

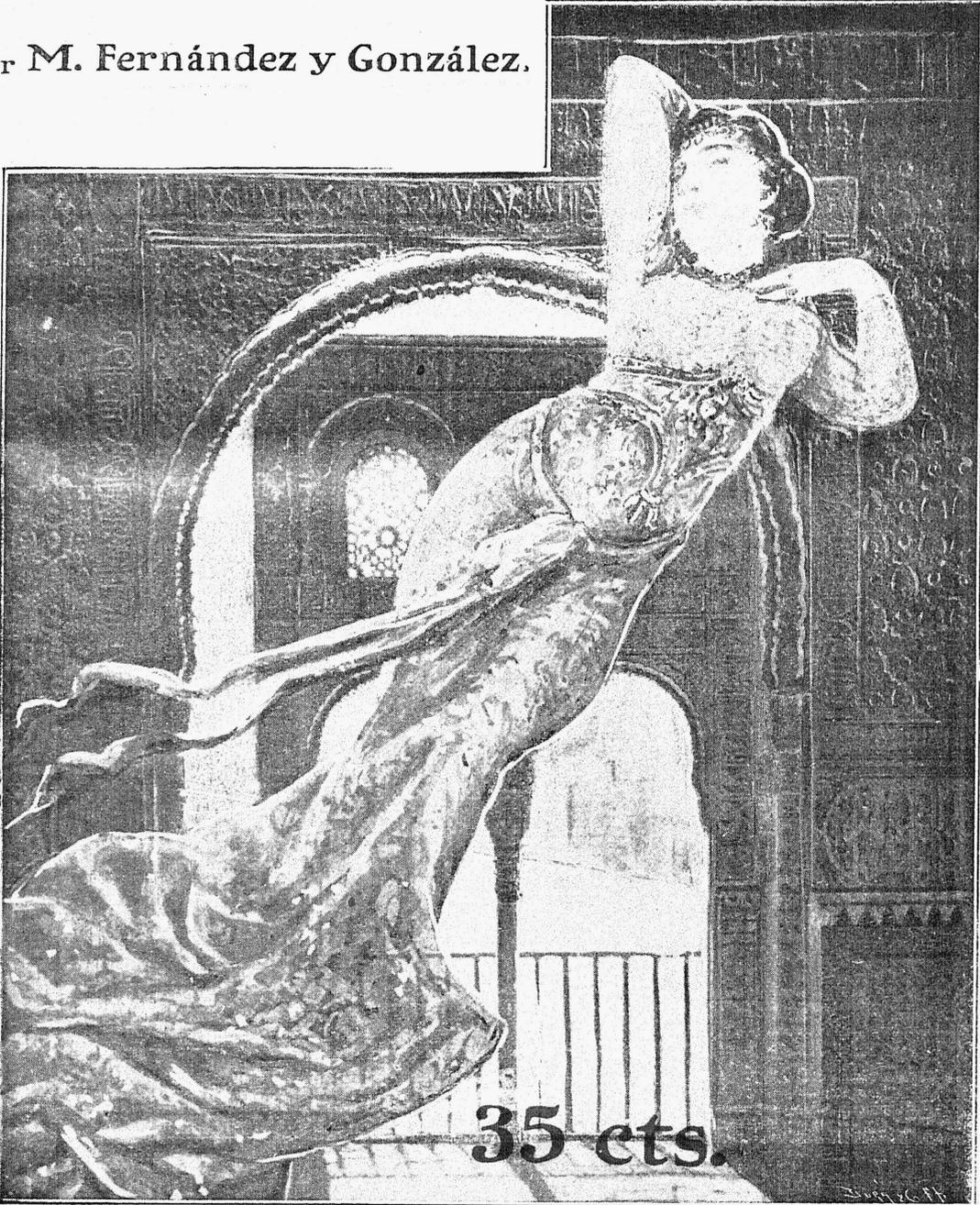
R-70.415



Leyendas de la Alhambra

32

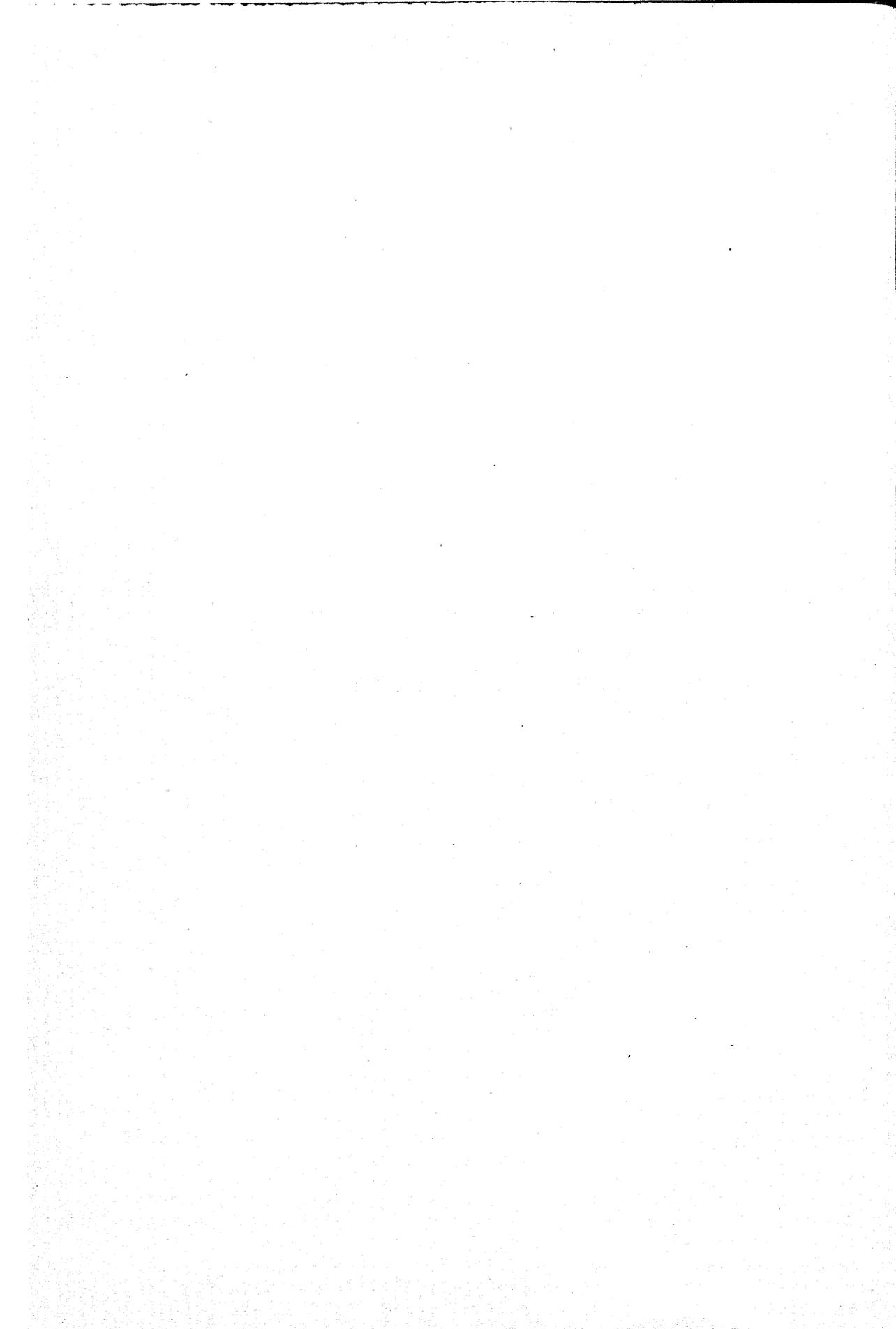
por M. Fernández y González.

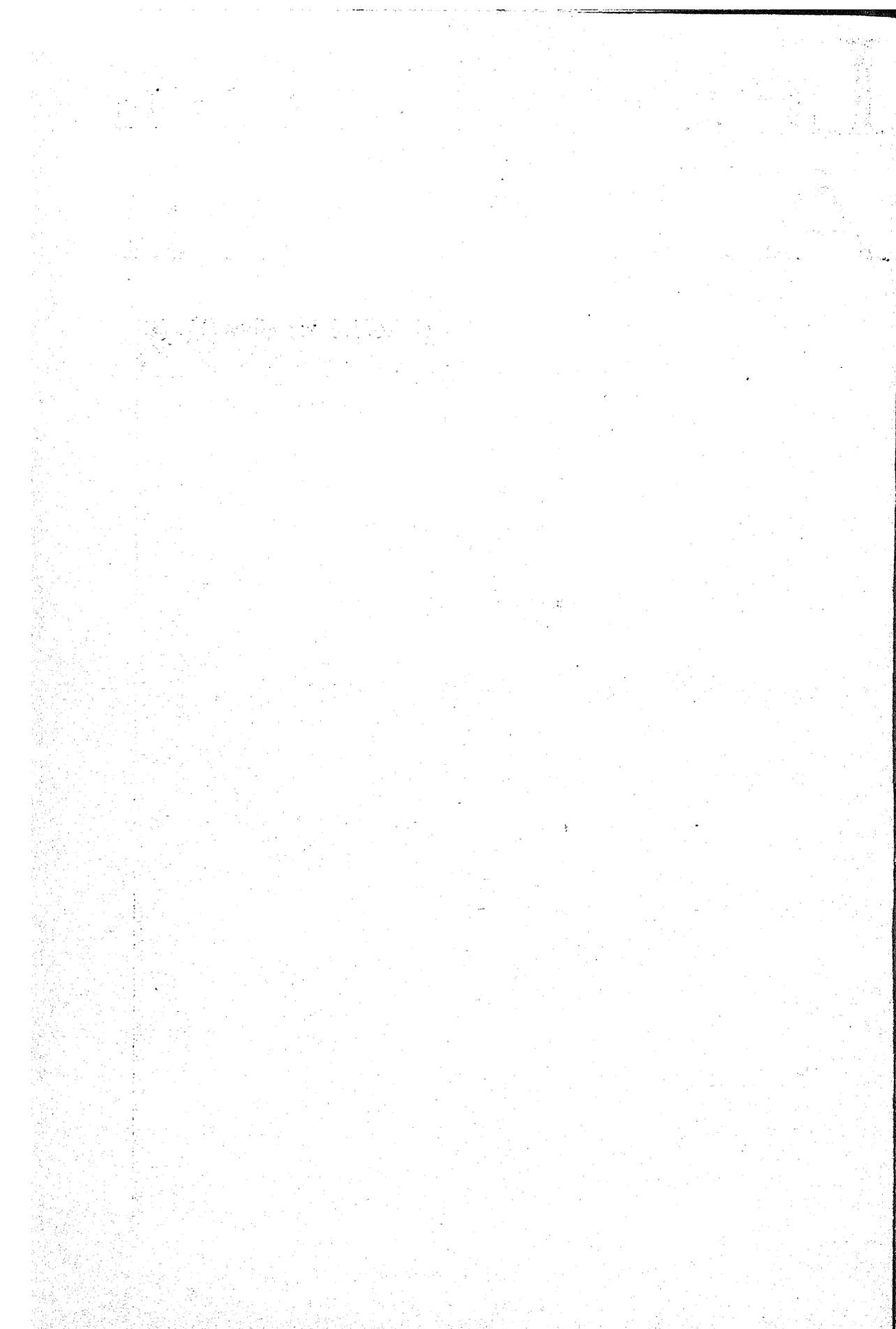


35 ets.

LA NOVELA ILUSTRADA
= PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS =
SEGUNDA ÉPOCA NÚMERO 235

TOMO PRIMERO





LEYENDAS

2.70.425



DE

LA ALHAMBRA

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO

LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Leyendas de la Alhambra.

LEYENDA PRIMERA

El Rey Nazar

I

LA COLINA ROJA

Por los tiempos en que acontecían los sucesos que vamos á referir, esto es, por los años de 1240 de la era cristiana y 637 de la Egira, el monte en que se levanta la Alhambra, tenía un aspecto enteramente distinto del que hoy tiene.

No se veían las esbeltas torres orladas de puntiagudas almenas, con sus estrechas saeteras y sus bellos ajimeces calados; ni los robustos muros que enlazan estas torres; ni las cúpulas, destellando bajo los rayos del sol los cambiantes de sus tejas de colores; ni la Torre de la Vela con su campana pendiente de un arco; ni el palacio del Emperador; ni el bellissimo Mirador de la Sultana; ni mucho menos la modesta torre de la iglesia de Santa María; ni siguiendo la ladera del monte de la Silla del Moro, el verde y florido Generalife con sus galerías aéreas y su altísimo ciprés de la Sultana, ni más allá, sobre el Cerro del Sol, el famoso y resplandeciente palacio de los Alijares...

Nada de esto existía aún: sólo se veía una colina áspera, pedregosa, de color rojizo, cubierta de retamas y espinos: en el extremo occidental de esta colina se alzaba únicamente una vieja torre, especie de atalaya de origen y antigüedad dudosos, pero que conservaba algunos vestigios de haber anidado en su construcción los fenicios; y en la parte media de la colina, en la dirección de Este á Sur, las ruinas de un templo romano consagrado á Diana.

Esta colina se llamaba la Colina Roja.

A excepción de las ruinas del templo y de la atalaya, ninguna otra habitación humana se veía en ella; y en cuanto á los montes que más adelante se llamaron la Silla del Moro y el Cerro del Sol, estaban completamente abandonados á los lagartos y á los grillos.

En las ruinas del templo no habitaba nadie, como no fuese momentáneamente algún bandido ó cazador furtivo, ni en la atalaya vivían más que algunos soldados moros, que desde aquella altura observaban la Vega y les fronteras, para avisar el peligro en el caso de que los cristianos fronterizos hiciesen alguna entrada.

No era sin embargo, esta la única torre fuerte que existía en Granada: en la colina que entonces se llamaba de Albunest, y hoy de los Mártires, se alzaba el castillo de las Torres Bermejas, dentro de cuya jurisdicción murada se encerraba una pequeña población llamada Garnat al-Jaud, ó Granada la de los judíos, y sobre la colina en que se extendía ya el Albaicín, teniendo á sus faldas el Zenete y el barrio del Hajeriz (1), se alzaban los fuertes muros y las torres chatas, cuadradas las unas, redondas las otras, de la Alcazaba Cadima, y más allá el antiguo palacio que antes de la construcción de la Alhambra habitaban los emires árabes y los primeros reyezuelos moros de Granada, construido por Aben-Habuz, y llamado por él mismo *Casa del gallo de viento*.

Pero á pesar de la aridez y soledad de la Colina Roja, el panorama que desde ella se descubría era encantador: procuraremos describirle, si es que pueden describirse aquel cielo radiante que parece transparentar en su límpido azul la

(1) Del deleite.

luz de los ojos de Dios; el verdor inmarchito de aquella tierra de bendición; la nítida blancura del manto de nieve de las montañas y su puro matiz de cobalto; procuraremos hacer sentir á nuestros lectores la belleza sin igual de aquel jardín de delicias, que sirve de alfombra mágica al trono de la hermosa ciudad á quien llamaban los moros la *cándida y la clara*.

Levántase al Oriente una montaña altísima, siempre cubierta de nieve, á la que sirven de base grupos de montañas azules, escalones maravillosos de aquella maravillosa pirámide construída por la palabra de Dios: esta montaña es Sierra Nevada: nace en ella el Genil, que torciéndose entre valles odoríferos, bajo la sombra de los álamos, orlado de flores, arrastra su clara corriente sobre arenas de plata, y desemboca en la extendida Vega, atravesándola en toda su extensión hasta los montes de Loja, aumentando su corriente por el raudal del humilde Darro, que se une á él á los pies de Granada, habiendo atravesado antes desde su nacimiento pintorescos valles, y dividido la Colina Roja del barrio del Hajeriz, con sus ruidosas linfas, que ruedan sobre arenas de oro.

Y esta magnífica llanura que se llama la Vega, que nace á los pies de Sierra Nevada y se extiende hasta la volcánica Sierra Elvira, deja ver desde la Colina Roja, bajo el diáfano horizonte que recortan las lejanas sierras al poniente, sus mil aldeas, blancas como nidos de tórtolas, con os humildes campanarios de sus iglesias, con los leves penachos de humo de sus hogares, entre bordaduras de colores, que tales parecen las alamedas con su verde esmeralda, los olivares con su verde oscuro, los riachuelos y las acequias que brillan entre los sembrados, cuya diversidad de matices hace parecer á la Vega, valiéndonos de una trase muy usada por nuestros poetas, un chal de colores bordado de plata; y luego, levantándose en anfiteatro sobre aquella Vega, á la derecha y á la izquierda de la Colina Roja, dos montes cubiertos por la población mora; y en esta población, brotando entre las casas como ramilletes en su búcaro, grupos de cipreses, de naranjos, de limoneros; y entre estas casas con sus pardos tejados, y entre estos ramilletes de verdura con sus vivos esmaltes, torreones altivos y robustos muros, campanarios y miradores; y sirviendo de dosel á todo esto el cerro de Santa Elena, y el del Aceituno, y la Silla del Moro y el Cerro del Sol; y sobre éste,

al otro lado de un océano de aire y de luz, la Sierra Nevada, que viene á ser el diamante del magnífico anillo de montañas que rodean á Granada y á la Vega.

Quien no ha visto el cielo de Granada, no puede comprender hasta qué grado de luz y esplendor alcanza el día: quien no ha visto sus árboles, no puede saber á cuánta fuerza de esmalte alcanza la vegetación; quien no ha dormido entre ficres al lado de una fuente en los cármenes (1) del Darro, no puede formar una idea hasta dónde puede ser armonioso ese himno que consagra la creación al Creador, en el magnífico acorde de los pájaros que cantan, las frondas que zumban, los arroyos que murmuran, los insectos que vuelan, el aura que suspira en largas é indolentes ráfagas. Andalucía es el jardín del mundo, y Granada es el edén de Andalucía.

Pues bien: esas sierras blancas ó azules; esa vega matizada; esas aldeas que salpican esa vega; esos ríos que la atraviesan; esas colinas cubiertas de casas, de jardines, de torreones, y el firmamento azul que alumbra con su radiante luz todo este maravilloso conjunto, es el panorama que se vea hace más de seis siglos desde la Colina Roja, y que se ve hoy, aunque modificado en la parte de población por los cambios que el tiempo efectúa en las obras de los hombres.

Por la situación de la colina en que ha sido construída, por el panorama que desde ella se descubre, por el cielo que la alumbra, la Alhambra es el alcázar más bellamente situado del mundo.

En 1240, si bien Granada era ya la perla de los musulmanes españoles, si tenía cuanto bello y maravilloso puede producir la naturaleza, la faltaba la magnífica *acrópolis* que debta ser la corona de majestad de la *reina de occidente*.

Esta *acrópolis* debía ser la Alhambra, y lo fué.

Hemos contraído el empeño de relataros la historia de ese alcázar maravilloso: no esa historia árida y severa que sólo se ocupa de sangrientas conquistas y horrorosas catástrofes; no la historia de la construcción con su lento desarrollo y la insoportable descripción del edificio, detalle por detalle, sino la historia romancesca, con todo su palpitante interés: queremos compilar los dramas que en el recinto de aquel alcázar se han representado; queremos recoger en una

(1) Cármenes, jardines, huertos de placer.

copa todas las lágrimas que en él se han vertido; queremos hacerlos sentir, aspirar los estremecimientos, los latidos de los corazones que allí han amado, que allí han odiado, que allí han sufrido; queremos consignar las hazañas y las traiciones que allí han tenido lugar; queremos hacer pasar delante de vuestra vista, como los espectros de una linterna mágica, los reyes, las sultanas, las esclavas del harén, las leyendas de encantamientos, los misterios de cada uno de aquellos retretes, las citas de enamorados en aquellos sombríos y floridos jardines al rayo de la luna; queremos levantar delante de vosotros generaciones muertas, y presentároslas llenas de vida, con su generoso valor, sus amores, sus odios, su civilización y su grandeza; queremos, en fin, que sepáis cuánto vale el pasado de ese alcázar que se asentaba sobre cuatro montes, y del cual sólo queda hoy una pequeña parte mutilada.

Tal es el difícil empeño que hemos contraído: para llevarle á cabo, es necesario que nos anticipemos á la construcción de la Alhambra.

Por eso os hemos llevado al sitio en que fué construída.

Por eso al llevaros á la Colina Roja, os la hemos presentado árida y desierta.

II

LA CASITA DEL REMANSO

Era el obscurecer de una lánguida tarde de primavera.

Los soldados moros que hasta entoncés habían vagado alrededor del viejo torreón de la Colina Roja, habían penetrado en él; se había cerrado su puerta de hierro, y poco después una espiral de humo había aparecido saliendo de una saetera junto á las almenas.

En las ventanas de la casa de la Villa de los Judíos y del Albaicín empezaba á verse acá y allá el reflejo de las lámparas en el interior de las habitaciones.

La luna llena, con su bello color nacarado, asomó sobre la cumbre de la Sierra Nevada, se elevó lentamente, é inundó con su blanda luz las distantes montañas, perdidas tras la neblina, la Vega cubierta con un velo de vapores, y la ciudad que levantaba como fantasmas sobre las colinas sus torreones y sus alminares.

La Colina Roja estaba desierta; pero un momento después de la salida de la luna, quien hu-

biera estado oculto entre las retamas y los jaramagos que cubrían las ruinas del templo de Diana, hubiera visto aparecer por entre una obscura grieta, enteramente cubierta de espinos, una forma humana.

Miró con recelo en torno suyo, y cuando vió que la colina estaba completamente desierta, adelantó recatadamente, y deslizándose por entre las escabrosidades del terreno, atravesó la cima, y bajó á la carrera por la vertiente que iba á concluir en el valle del Darro.

Lu go, si uiendo la corrienté del río arriba, atravesando con frecuencia su escaso raudal, que serpeaba entre los altos barrancos que se llaman todavía las *Angosturas del Darro*, continuó su marcha por espacio de una hora, y no se detuvo sino en un lugar donde el río hacía un profundo remanso, apilando su corriente como en un estanque, en una ancha y profunda hondonada del terreno.

El lugar en que el incógnito se había detenido era sumamente pintoresco: anchas y tupidas cortinas de hiedra cubrían las cortaduras de aquel ensanchamiento circular que tenía la forma de un gigantesco anfiteatro. Las dos estrechas aberturas por donde entraba y salía el río, estaban unidas, como por un pabellón flotante, por cortinajes de enredaderas que descendían hasta la corriente: sobre los bordes de las cortaduras, como verdes cabelleras, se levantaban las frondas odoríferas de los árboles frutales; brillaba la luna en la tranquila agua del remanso y en los blancos muros de una casita que se veía en la margen opuesta entre álamos y cipreses; delante de esta casa se veía un jardín, el perfume de cuyas flores traía consigo el aura de la noche, y un ruiseñor enamorado cantaba entre la espesura uniendo sus cadenciosos trinos al monótono murmurio del río.

Al lado opuesto, en la estrecha faja de arena pedregosa que dejaba libre el remanso, se veía una negra abertura entre la maleza, que servía sin duda de entrada á una gruta.

El incógnito miró en torno suyo, y después de contemplar indolentemente cuanto le rodeaba, se sentó sobre una gruesa piedra á la orilla de las aguas.

La luna le iluminaba de lleno con su blanca luz.

Era un mancebo como de veinte años: por su apostura, por la expresión de su semblante, y por lo rico de sus vestidos y de sus armas, po-

día decirse que pertenecía á una poderosa y nobilísima familia mora.

Examinémosle, puesto que la luna nos alumbraba y la soledad y la belleza del sitio nos convidan al reposo.

Era blanco como la espuma de las aguas, y de formas delicadas y hermosas como las de una dama: sus ojos negros brillaban en una mirada indolente, pero fija, poderosa, audaz; ni el más ligero bozo asomaba en su semblante de niño, á pesar de su aventajada estatura, y lo robusto y desarrollado de sus miembros representaban á un hombre: un casco de plata con arabescos de oro y esmaltes de colores cubría su cabeza: ceñía su pecho un coselete de Damasco, bajo una túnica corta de brocado, sujeta á la cintura por una faja de la India: en esta faja se veían atravesados un largo yatagán y un puñal; vestía calzas de grana, y ceñían sus pies borceguíes de cuero de Marruecos bordados de oro; por último, llevaba pendiente de su costado izquierdo una aljaba con flechas, y se apoyaba en un largo arco de acebo.

Este joven á la luz de la luna relumbraba; parecía en aquel lugar tan ameno, tan fresco, tan lánguidamente sonoro, un antiguo caballero encantado por una hada celosa.

Sentado sobre la piedra, apoyado el extremo del arco en la arena, afirmada la mano en el arco, reposando la cabeza en el brazo, el mancebo estuvo mirando fijamente la blanca casita que entre los álamos y los cipreses se veía al otro lado del remanso á la luz de la luna.

Ni el más leve ruido salía de ella, ni en sus galerías ni en sus ajimeces se veía el reflejo de una luz.

O aquella casa estaba inhabitada, ó sus moradores, á pesar que era el principio de la noche, se habían entregado ya al reposo.

Pero de repente, una voz de mujer, más dulce que la del ruiseñor que cantaba en la espesura, más grave que el murmurio del río, más suspirante que el gemido de las brisas, cantó poco después de la llegada del mancebo, como para demostrar que todos los habitantes de aquella casa no estaban entregados al sueño.

He aquí el romance que aquella voz cantó al son de una guzla; romance cuyas palabras llegaron claras, distintas y tentadoras á los oídos del mancebo:

Del encantado palacio de las Perlas soy el genio,
y esperando mis amores, envuelta en su encanto duermo.
Guárdanme como la joya del avaro, entre el misterio

de tenebrosos cenjuros, velada en niebla y silencio.

Ven, oh lumbre de mis ojos, que me abrasas en tu fuego,
y para tí mi hermosura y mis alcázares tengo.

Soy virgen, y de mi frente dicen que mata el destello,
en dulce encanto de amores, ó en tristes penar de celos.
Son mis alcázares reales las maravillas del tiempo,
y en montes de amor tu nombre está en dorados lettereros
en cintas de azul y grana escrito en sus aposentos.

Orientales alcatifas para tu descanso tengo,
y velarán blancas gasas de tus amores el sueño.

¡Ven, esposo de mi vida, regalado sol que anhelo;
ven, mis alcázares tienen para tí sombra y silencio,
y en ellos con mis amores, luz de mis ojos, te espero!

El joven escuchó transportado este romance; sus ojos se animaron gradualmente, y cuando la voz cesó, se levantó de una manera nerviosa, dejó caer el arco, y extendió sus brazos hacia la blanca casita.

—¡Oh! tú, quienquiera que seas,—exclamó—, mujer ó hurf, fruto bendito de una mujer ó arcángel del séptimo cielo, heme aquí que es la tercera vez que abandonando á mis guerreros vengo en tu busca: heme aquí ciego sin la luz de tu hermosura, y si no apagas con tu amor la sed de mi corazón, moriré como la triste florecilla á quien faltan los rayos del sol.

Apenas había pronunciado el joven estas palabras, cuando revoló, viniendo no sabemos de dónde, alrededor de su cabeza un enorme buho. Al sentir el ruido de sus alas, el mancebo se estremeció: al verle, recogió el arco que había dejado caer, armó en él una flecha, y la asestó al pájaro nocturno; éste se precipitó en un largo vuelo sobre la casita blanca, y penetró en ella por el obscuro arco de un ajimez; la flecha disparada por el mancebo penetró por aquel mismo ajimez en la casita.

Entonces el joven creyó oír una carcajada leve, que al parecer salía de la casa; carcajada burlona, intencionada, cruel, en que había algo de desesperado, algo de insensato.

—¡Siempre—exclamó—, siempre ese pájaro maldito! ¡en mi torreón de Loja, en las ruinas del templo romano, aquí! ¡y esa carcajada que me hiela la sangre y que me parece una amenaza!... ¡Una amenaza!... ¿y por qué?

En aquel momento cayó á los pies del joven, enviada sin duda de la casita, la misma flecha que había disparado; en las plumas de la flecha se veía enrollado un pergamino.

Recogió la flecha el joven, desató el pergamino, le desenvolvió, le leyó á la luz de la luna, y vió que decía:

“Si me amas y vienes por mis amores, enca-

ánfate á la gruta que tienes á tus espaldas.—*Bekralbayda.*, (1).

El joven besó la carta, arrojó otro beso á la casita, puso la flecha en la aljaba, y se dirigió hacia la oscura gruta, exclamando:

—¡Oh, bendito sea el buho, por quien ha penetrado mi flecha hasta la doncella de la frente pálida!

III

LA DAMA BLANCA

Pero cuando el mancebo llegó á la entrada de la gruta, se vió precisado á romper con su yatagán, para abrirse paso, las tupidas zarzas que la cubrían.

Después penetró de una manera resuelta en el obscuro antro.

Por algún tiempo descendió en línea recta por una estrecha y resbaladiza rampa; luego se vió obligado á volver y revolver obscurísimas sinuosidades, por una pendiente mayor y más resbaladiza, y, al fin, la inclinación del terreno se hizo tal, que perdió los pies, resbaló, y se sintió descender de una manera violenta.

Entonces se acordó del buho, de la carcajada, de cien supersticiosas consejas musulmanas: se aterró, é invocó á Dios: hubo un momento en que creyó que el terreno le faltaba, que caía despeñado en un abismo; dió un grito de espanto, y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, se encontró en un magnífico lecho de pieles de tigre, y respiró una atmósfera impregnada de perfumes: lo primero que vió ante sí fué una alta figura blanca que estaba inmóvil delante de él á los pies del lecho.

Era una mujer.

Pero una mujer hermosísima, irresistible, á pesar de que había pasado de su primera juventud.

Aunque parecía contar más de treinta años, su semblante blanco, nacarado, pálido, un tanto demacrado, exhalaba de sí tal fuerza de vida, que hacía bendecir á Dios que había creado una criatura, en la cual parecía haberse estacionado la juventud más brillante.

Sus negros ojos, fijos en el príncipe con una expresión ardiente y melancólica, brillaban como sabemos qué fuego dulce, concentrado, bajo

la sombra de sus negras y convexas pestañas: su boca entreabierta, por la que parecía salir un alma llena de sufrimiento y de dolores en un continuo suspiro, dejaba ver sus voluptuosos labios contraídos por una triste sonrisa, y pálidos como sus mejillas; por último, sus largos y brillantes cabellos caían en flotantes rizos sobre sus hombros y sobre sus espaldas, y era alta, esbelta, majestuosa, y vestida únicamente con una larga túnica de lana blanca, sujeta en el cuello, de mangas perdidas y suelta enteramente hasta cubrir sus pies, ocultando aquella singular belleza bajo su ancha piegadura.

Ni un solo adorno, ni una joya, ni una flor, se veían sobre esta mujer.

En su mano derecha tenía una lámpara de plata.

Jamás había visto el joven una figura tan hermosa, tan imponente, de aspecto tan sencillo á un tiempo.

La habitación en que se encontraba era también severa y sencilla, pero rica; cuatro paredes labradas de arabescos dorados sobre fondo blanco, y una cúpula de estalactitas, blancas también, con filetes de oro; la puerta, de arco de herradura, estaba cubierta por una cortina blanca de seda y oro, y de seda blanca y oro eran también los divanes que orlaban las paredes, y la alfombra que cubría el pavimento.

Debemos advertir que en aquellos tiempos, entre los moros, el vestir completamente de blanco era una señal de luto, y que se admitía en el luto el oro, como se admite ahora en los negros túmulos de las iglesias y en las lápidas de las tumbas.

Esta extraña mujer y esta habitación produjeron en el joven el mismo efecto que produciría en nosotros una persona enteramente vestida de negro, en una habitación enteramente negra también con adornos dorados.

La impresión de todo esto al volver en sí preocupó al joven; pero lo que más le preocupó, cuando de la dama enlutada pasó su vista á la habitación, fué ver sobre sus armas, que estaban en un diván, un buho enorme que dormía sobre una de sus patas, teniendo escondida la otra entre su plumaje.

El joven se incorporó violentamente y fijó una mirada vacilante en la dama enlutada, cuyas negras pupilas estaban fijas en él, destellando en su obscuro foco una chispa de fuego intenso y opaco.

(1) Traducido, *la doncella blanca*.

—¡Oh! ¡hermoso! ¡hermoso como su padre!— exclamó aquella mujer con una voz tan ardiente, que el joven se estremeció.

—¿Quién eres tú, que has nombrado á mi padre?—exclamó.

—¡Yo soy la maga de las umbrías!—contestó la enlutada.

—¡La maga de las umbrías!—exclamó el joven.

—Sí—dijo la maga sonriendo tristemente—; yo soy la maga de las umbrías.

Hubo un momento de solemne silencio, durante el cual continuaron cruzándose y confundiéndose las miradas de la dama y del joven, que se sentía arrastrar por un poder desconocido hacia aquella mujer.

—No; tú no eres maga—la dijo—; tú no eres un espíritu maldito: la amargura con que me has contestado me lo prueba; tú eres una mujer que sufres y lloras.

—Las lágrimas han hervido en mi corazón y se han secado—respondió aquella mujer.

El joven se levantó, se acercó á la dama y la tomó una mano, que ella no retiró.

—¿Por qué quieres engañarme?—la dijo con dulzura—, en el momento que abrí los ojos me aterré esta desolación; el luto que te cubre, el que reviste estas paredes: creí haber cerrado los ojos á la vida, que el puente Sirat (1), que todos hemos de pasar, se había abierto para mí, y que me encontraba en las regiones de la eterna sombra, y luego ese buho...

—Ese buho es mi compañero.

—Ese buho ha revolado tres veces en derredor de mi cabeza cuando me encontraba junto al remanso del río.

—El desdichado sale de noche, vuela, se pierde entre las espesuras, asusta á los murciélagos y se vuelve á dormir.

—Ese buho se precipitó en la casa blanca que está al otro lado del remanso, entre los cipreses.

—En esa casa le conocen y le aman.

—Tras ese huho entró en esa casa por un ajimez una flecha mía.

—He aquí la maldad humana! ¡El hombre

destruye por el placer de destruir! ¿Qué daño te había hecho ese pobre pájaro?

—Antes de que te conteste, respóndeme á una pregunta: ¿me conoces tú?

—No te he visto hasta ahora, y sé tu nombre.

—¿Por tu ciencia de maga?

—Sí, por mi ciencia—dijo la dama, repitiendo la extraña sonrisa que le era peculiar.

—¿Y quién soy yo?

—Tú eres el príncipe Sidy Mohammed-Abd' Allah, hijo y compañero en el mando del poderoso sultán de Andalucía Nazar-aben-al-Hhamar el Magnífico.

Y el acento de la dama al pronunciar el nombre del sultán de Granada era amargo y doloroso.

—Sí, yo soy; pues bien: voy á decirte ahora por qué me horrorizan los buhos.

La dama hizo un leve mohín de impaciencia.

—Dicen nuestros viejos que el día en que nació mi padre, en la fiesta de las hadas, cuando todos los circunstantes estaban alegres y regocijados, un buho entró en la sala y apagó las luces; aquella noche mi abuela murió á consecuencia del alumbramiento.

—¡Ah!

—Siendo mozo mi padre, salió la primera vez en algara contra cristianos; era de noche; un buho revoló tres veces alrededor de su cabeza, y mi padre fué gravemente herido en el combate.

—De modo que tu padre, el poderoso sultán Nazat—dijo con profundo acento la dama—, el invencible, el fuerte, acabó por estremecerse al nombre sólo de una de esas alimañas?

—Déjame continuar. Conoció mi padre allá en los años de su juventud una princesa africana (esto me lo ha contado muchas veces con las lágrimas en los ojos) que había ido á Córdoba á buscar en la ciencia de sus sabios la curación de una grave dolencia.

—¿Y de qué adolecía esa princesa?—preguntó con indolencia la dama, que conceptuando que la relación sería larga, puso la lámpara en un nicho calado y se sentó en un diván.

—La princesa africana adolecía de tristeza—contestó el príncipe, sentándose á los pies del lecho; el mismo mal de que adolezco yo.

—Ocupémonos ahora de la dolencia de la princesa, que tiempo tendremos de llegar á la tuya. Continúa.

—La princesa, mejor dicho, la sultana (1)

(1) Según el Korán, el puente Sirat, que deben pasar los creyentes después de su muerte, es delgado como un cabello y cortante como una navaja de afeitar; los justos le pasarán salvos, pero se romperá bajo la planta de los réprobos, que caerán en el fuego eterno.

(1) Llábase desde muy antiguo sultana en-

Leilaradhyah (1) había ido á Córdoba acompañada de uno de los wazires de su padre, Mohammed-Alostansir Billah, rey de Tlencen, y servida por un número considerable de hermosas esclavas.

—Por lo que veo, tu padre el poderoso Nazar tiene harto presente el nombre de esa Sultana. ¿Cuándo te refirió tu padre esa historia?

—Hace un año, al proclamarme su heredero y hacerme su partícipe en el gobierno del reino.

—Continúa.

—Ya te he dicho que la sultana Leila-Radhyah había ido desde Tlencen á Córdoba á buscar alivio á su dolencia: pues bien, la noche antes de que la princesa llegase á las fronteras de Córdoba, un buho entró por la ventana del aposento donde dormía mi padre, batió las alas sobre su cabeza, y le despertó.

—¿Y qué desgracia aconteció al noble Al-Hhamar?

—Mi padre vió huir al buho por la ventana, y se acordó del buho que había girado en derredor de su cabeza la noche antes de la batalla en que tan peligrosamente le hirieron, y de aquel otro buho que apagó las luces en las fiestas de su nacimiento. Pero lo tuvo á casualidad, y sin pensar más en ello se durmió de nuevo, cuando he aquí que le despertaron las voces de sus soldados. Levántase mi padre, sale de su aposento, y pregunta al primero que encuentra:—Las atalayas de la frontera hacen señal de que los cristianos han entrado por la tierra y la llevan á sangre y fuego: entre las sombras de la noche se ven las llamas de las alquerías incendiadas.—Y el que esto le contesta, corre adonde están ya sus compañeros armados. Mi padre llama á sus esclavos, se arma también, reúne á sus soldados alrededor de su bandera, y parte con ellos de Córdoba el primero con su valiente taifa de jinetes en busca del cristiano. Otros muchos walfes salen también de Córdoba con sus gentes armadas, pero mi padre les lleva delantera, y al amanecer encuentra á los cristianos.

—¿Y qué desgracia aconteció á tu padre?

—Mi padre venció á la primera embestida á los infieles, los puso en fuga, y les quitó la presa que habían hecho. Entre la presa iba una donce-

lla mora de maravillosa hermosura. Aquella doncella era la sultana Leila-Radhyah.

—¡Ah! ¡era la Sultana!

—Sí; al llegar á la frontera la encontraron los cristianos, mataron al wacir del rey de Tlencen, á los esclavos que la acompañaban, y la hicieron cautiva con sus esclavas. Mi padre mandó que la condujesen en un palanquín á Córdoba, y fué conversando con ella todo el camino. Era tan hermosa, tan pura y tan resplandeciente como un día sereno en un valle del Hedjaz. Mi padre se enamoró de ella...

—¿Y ella?...

—Amó á mi padre.

—¡Murió sin duda la desdichada!—dijo la dama blanca con una profunda amargura—; porque de no, tu padre, que es noble y generoso, la hubiera hecho su esposa.

—No—dijo el príncipe bajando los ojos.

—¡La envió sin duda á su padre el rey de Tlencen!

—No; mi padre la amaba demasiado para no temer perderla, y mi padre entonces no podía aspirar á que una Sultana fuese su esposa. Nuestra familia es humilde; mis abuelos fueron labradores, y éste es el mayor orgullo de mi padre: haber llegado á tan alto habiendo nacido tan bajo. Mi padre, cuando se apoderó de la sultana Leila-Radhyah, era walf; tenía riquezas, y una bella casa en Córdoba.

—¿Pero qué hizo tu padre de la sultana Leila-Radhyah?

—La llevó á su casa.

—¡Ah! Tu padre dijo: "Los cristianos se llevaban esta doncella para hacer de ella una ramera; ¿por qué no he de hacerla yo mi esclava? Lo que el guerrero encuentra en el campo es suyo." ¡Hizo tu padre bien! Pero continúa: la sultana, por mejor decir la esclava, debió morir de vergüenza.

—No; un año después de sus amores con mi padre, desapareció de su casa, encontróse sangre en su aposento, y mi padre, que la amaba, lloró su pérdida y la llora todavía.

—¿Y no te ha contado tu padre más acerca de la sultana esclava?

—No; pero cuando me contó esos amores cuya desgracia anunció sin duda el buho, mi padre lloraba.

—¿Y qué otras desgracias le anunció ese buho tan terrible?

—Le vió la noche antes de la funesta batalla

tre los musulmanes á las hijas de los reyes reconocidas por ellos.

(1) Noche apacible.

de Hins-Alacab (1). Le vió la alborada en que Córdoba cayó en poder de los cristianos: la noche que precedió al día de la pérdida de Sevilla le vió también; y por último, la misma noche en que murió asesinado el wálí de Almería, el desdichado Aben-Hud.

—¿Y no ha vuelto á ver tu padre á ese terrible buho?

—Sí, hace poco tiempo: precavido ya con las desventuras que le habían acontecido, mi padre llamó á sus sabios y les consultó.

—Ese buho te anuncia una nueva desgracia— le dijeron los sabios.

—¿Y qué desgracia es esa?

—Necesitamos consultar las estrellas para responderte.

—Consultadlas, pues—dijo padre.

Los sabios pasaron tres días mirando al cielo, y dijeron á mi padre:

—Aparta de Granada al príncipe Mohammed Abd'Allah.

—¿Y por qué?—preguntó mi padre

—Apártale—contestaron los sabios.

—¿Pero qué tengo que temer acerca de mi hijo?

—Las estrellas nos han dicho que amenazan á tu hijo, y á ti lo mismo, grandes desgracias si el príncipe continúa en Granada durante la luna de las flores.

Mi padre mandó á los sabios que consultasen de nuevo las estrellas.

Pero una, dos y tres veces las estrellas guardaron el profundo misterio acerca del peligro que nos amenazaba, y sólo repitieron que debía yo huir de Granada.

Entonces mi padre me envió á Alhama.

Yo estaba triste. Mi corazón tenía sed. Mi alma anhelaba un misterio: pasaron para mí los días sin luz y las noches sin reposo. Yo me sentía morir.

En vano mis jinetes lidiaban toros, y iustaban y corrían cañas y sortijas; mi enfermedad, mi misteriosa enfermedad, crecía; la tristeza me mataba; mis esclavos no lograban arrancarme una sonrisa; ni sus danzas me halagaban, ni sus cantos me entretenían, ni como otras veces, me dormía en su regazo: hasta me olvidé de la oración, llevando sólo mi cuerpo á la casa de Dios, pero no mi alma.

1. La batalla de las Navas de Tolosa en que Juzef Amyr-al-Mumenin fué vencido por el rey don Alonso VIII.

Yo palidecía; yo enlanguidecía.

—¿Como la sultana Leila-Radhya!

—Sí; como la Sultana. Súpolo mi padre, y vino á Alhama sin que yo lo supiese, y preparó grandes fiestas para ver si yo me distraía. En el mismo punto en que mi padre entró en Alhama, según supe después, un buho entró en mi retrete y apagó la lámpara.

—Veamos la desgracia que te anunciaba ese buho

—Al día siguiente me sorprendió bajo mis ventanas una inusitada y alegre música de dulzainas, guzlas y atabalejos que tañan en son concertado. Abrí un ajimez; entró por él un dorado rayo del sol de la mañana. Era el primer sol del mes de las flores. El jardín parecía reír: parecían reír sus fuentes; parecía que sus flores, y sus árboles, y sus pájaros cantaban todos juntos y que cantaba el cielo, y que cantaba el sol. Hermosas esclavas danzaban y tañían cuando yo aparecí en el ajimez, entonando un romance de amores en loor mío.

Estuve contemplando aquello durante un corto espacio, y luego me separé del ajimez con los ojos llenos de lágrimas.

Al volverme encontré delante de mí á mi padre que me miraba con tierno cuidado.

—¿Por qué estás abatido, mi hermoso leoncillo?—me dijo: ¿por qué vierten tus ojos lágrimas y están pálidas tus mejillas?

—No lo sé—le contesté—: mis ojos no tienen luz, ni alegría mi alma; la vida me pesa como la losa de una tumba.

—¿Amas á alguna mujer? Si amas, dímelo, y esa mujer será tuya, ya sea una humilde labradora, ó una poderosa sultana—me dijo.

—Ninguna mujer entristece mi alma—exclamé arrojándome entre sus brazos.

Mi padre procuró alegrarme, me mandó vestir mis mejores galas, montar uno de mis mejores caballos, y así, él á mi lado, y seguidos de lo más resplandeciente de la corte, salimos de los muros y llegamos á un ameno campo, donde aquella noche había hecho levantar mi padre una plaza de madera cubierta de paños de púrpura y oro.

Dentro de aquella plaza debían correrse toros, cañas y sortijas, y las graderías y los estrados estaban henchidos de hermosas damas cubiertas de galas ríenores resplandecientes que su hermosura.

En cuanto entré en la plaza, mis ojos se vol-

vieron, como si les hubiese obligado á ello el deseo, á un estrado puesto junto al estrado real, y se fijaron en una mujer.

Aquella mujer estaba, como tú, vestida de blanco; sin joyas como tú, y más joven que tu, aunque no más hermosa.

Aquella mujer era una doncella como de veinte años, pálida y triste como la luna, y hermosa y magnífica como el sol; tras de ella había un hombre alto, flaco, viejo, vestido también enteramente de blanco, con los ojos relucientes como carbunclos que se fijaban en mí y en mi padre de una manera que me espantaba.

Pero la doncella alegraba mi alma con su hermosura, la embriagaba con su mirada, sentía ante ella que una nueva vida me hacía fuerte y poderoso, y me volví á mi padre para decirle: Allí está la huri que yo amo, la alegría de mi alma, la paz de mi sueño, la vida de mi vida; es necesario que esa mujer sea mía, esclava ó Sultana, dama ó labradora.

Pero cuando miré á mi padre, vi sus ojos fijos, asombrados en la doncella.

Vi en sus ojos amor, un amor ardiente. Tuve miedo, y callé.

—¡Ah! tu padre se había enamorado como tú de la doncella blanca.

—He ahí, he ahí la desgracia que me había anunciado el buho.

Las fiestas fueron para mí muy tristes. Mi padre no volvió á preguntarme más acerca de mi tristeza. Estaba absorto en la contemplación de la doncella blanca, á quien yo no me atrevía á mirar por temor á mi padre.

Al día siguiente mi padre se volvió á Granada.

¿Se habría llevado consigo á su harem á la hermosa doncella?

Tuve celos; celos horribles, porque eran celos de mi padre.

Pregunté á mis wazires, á los alcaides, á los kadis de Alhama, si conocían á una enlutada doncella que con un viejo, enlutado también, había asistido á las fiestas.

El alcaide del alcázar me contestó que un viejo enlutado había estado hablando mucho tiempo con el rey antes de su partida, y que después no le había vuelto á ver. Que aquel viejo era forastero, y que nadie le conocía en Alhama.

¿A qué preguntar más?

Mi padre había comprado aquella doncella

sin duda, y por su amor se había olvidado de su hijo.

Pero me resigné con la voluntad de Dios.

Volvió mi tristeza más dolorosa, más desesperada, y volvieron ó más bien continuaron mis noches sin sueño.

Yo veía siempre delante de mí á la doncella blanca, de día en las nubes, en las flores, en el fondo de la aguas; de noche en la luz de la lámpara, en los ángulos de mi cámara, escondida tras las cortinas de mi lecho; luego, cuando el buho entraba y apagaba la luz, en medio de las tinieblas iluminándolas con el resplandor de su hermosura.

Yo me volvía loco.

Al tercer día de la partida de mi padre, al entrar en mi cámara de vuelta de un solitario paseo por los jardines, encontré sobre una gacela enrollada y periumada, en que estaban escritos con elegantes caracteres azules los siguientes versos:

La perla de las perlas,
La cándida y la pura,
El sol de las hermosas,
La rosa del Eden;
La virgen de tus sueños;
Tu sueño de ventura,
Espera á su adorado
Cuando en la noche oscura
Los trémulos luceros
Fulgor y sombra den.
Si buscas de sus ojos
La fulgida mirada;
Si de su aliento quieres
La esencia respirar;
Si es vida de tu vida;
Si es llama consagrada,
Alma del alma tuya,
Que para ti guardaba
Dios tiene en sus misterios
Sobre escondido altar;
Si quieres encontrarla;
Si anhelas sus amores,
Ven, príncipe, la noche
Te brinda con su amor:
Las márgenes del Darro
La guardar, entre flores,
Y en el silencio arrulla
Su sueño de dolores,
Trinando en los cipreses,
El triste ruseñor.

Detúvose el príncipe, reclinó la cabeza entre sus manos, y exhaló un ardiente suspiro.

—¿Era de ella?—preguntó la dama.

—No lo sé—contestó el príncipe levantando la cabeza:—sólo sé que tanto leí los versos, que

los aprendí de memoria; y luego... ella me llamaba: llamé al alcaide de mi palacio y le dije que durante siete días no permitiese entrar á nadie en mi cámara. Luego mandé que me ensillasen un caballo, y salí aquella misma noche de Alhama por un postigo de la alcazaba.

“La gacela me decía que la doncella blanca moraba entre flores en los cármenes del Darro; aguijé, pues, mi caballo hacia Granada, á la que llegué antes del amanecer; rodeé por el cerro de Al-Bahul, trepé la falda del cerro del Sol, bajé á la cumbre de la Colina Roja, y me oculté con mi caballo en las ruinas del templo romano. Vino el día; yo veía á lo lejos su luz por entre las grietas de las ruinas: un día largo como una eternidad, en que la impaciencia me hizo olvidarme de mí mismo hasta el punto de no tocar á las provisiones que llevaba conmigo. Al fin se extinguió la luz y la reemplazó otra más pálida: salí de las ruinas; era de noche; la luna iluminaba los montes: me arrastré por entre la maleza, para evitar que me viesen los soldados de la atalaya, y ganando la vertiente de la Colina, bajé al lecho del Darro, contra cuya corriente subí: anduve largo espacio: yo miraba á los cármenes; pero no veía cipreses; no escuchaba el trino del ruiseñor, sino á lo lejos y perdido en el silencio de la noche: al fin vi delante de mí un remanso en que brillaba la luz de la luna; al otro lado del remanso y más allá de un jardín una casita blanca, y tras de ella en bosque de cipreses entre los cuales cantaba un ruiseñor.

Allí debía morar la doncella blanca; la hermosura del sitio era digna de su hermosura; su encanto digno de su encanto; su melancólico reposo compañero de su tristeza.

Esperé contemplando la casa y el jardín: esperé con el corazón ansioso; pero llegó el alba y nada vi, nada más que la luna que desapareció; nada oí, nada más que al ruiseñor que cantaba y que calló cuando los gallos anunciaron la mañana.

Me volví á las ruinas del templo más triste y más enfermo que nunca.

Pasé otro día más largo, más terrible, y volví al remanso del río; pasé delante de él, y como la noche anterior, no vi más que la luna brillando en las aguas, no oí más que al ruiseñor cantando entre los cipreses.

Al fin, esta noche, cuando ya desesperado llamé á la doncella blanca, un buho revoló alrededor de mi cabeza; me aterró, pretendí ma-

tarle, el buho se lanzó en la casita blanca, y mi flecha, como te he dicho, entró tras él.

Luego esta misma flecha cayó á mis pies, trayendo entre sus plumas esta gacela que me ha traído aquí.

Y el príncipe sacó de entre su faja el pergamino, y le mostró á la dama.

—¿Y á pesar de que el buho anunciador de desdichas á tu familia ha revolado alrededor de tu cabeza, quieres ver á Bekralbayda?

—¡Oh! ¡Aunque me costase la salvación de mi alma!—exclamó el joven juntando las manos.

—¡Tú la amas!

—Como el arroyo al río, como el río al mar, como las flores á los céfiros, como el día al sol.

—Príncipe—dijo solemnemente la dama—; pues lo quieres, ven.

Y tomó la lámpara que había dejado en el nicho, y salió de la cámara guiando al joven.

IV

BEKRALBAYDA

Después de haber atravesado algunas pequeñas habitaciones, en las cuales el príncipe no reparó por efecto de su preocupación, de haber subido una estrecha escalera, y de haber salido por una pequeña casita á un lado del río, la dama hizo pasar al príncipe al otro lado del río por un estrecho puente formado con troncos de árboles.

La dama había dejado su lámpara en la pequeña casa por donde habían salido á la parte alta de la cortadura en cuyo fondo corría el Darro.

Sólo les alumbraba la fantástica luz de la luna.

Vista á su rayo la dama con su larga túnica flotante, con sus negros cabellos sueltos, que agitaban las brisas de la noche, tenía algo de sobrenatural, de extraordinario.

Cuando hubieron atravesado el puente rústico, se encontraron en un jardín frondosísimo; las copas de los árboles se unían hasta el punto de no dejar paso á los rayos de la luna; la estrecha calle por donde marchaban estaba cubierta de césped, y á uno de sus costados corría un arroyo que dejaba oír su melancólico y monótono murmullo: el ruiseñor continuaba cantando.

Las parras y las enredaderas, y la madre-selva y la hiedra, y los jazmines silvestres, cruzándose de árbol en árbol, formaban una mag-

nífica bóveda natural, bajo la que sólo podían comprenderse el reposo y el amor.

La dama y el príncipe adelantaban bajo aquella enramada en medio de una luz opaca y lánguida, la tortuosa senda se hizo al fin recta y ancha: se encontraban á la entrada de una verde sala, ancha, elevada, tapizada de flores y revestida de un oscuro follaje en cuyos mil aromas se impregnaba el viento.

Al entrar en aquella galería el príncipe se detuvo y dió un paso atrás: su corazón latió violentamente, y lanzó una exclamación ardiente, inarticulada.

Al fondo de aquella galería había visto una sombra blanca, iluminada enteramente por la luna que penetraba por un claro de la espesura.

—¿Qué sombra es aquella?—dijo alentando apenas el príncipe á la dama.

—Es Bekralbayda que te espera—contestó la dama.

—¡Bekralbayda! ¡jella! ¡esperándome en medio de la noche y del silencio en este lugar de delicias!—exclamó el joven, que se sentía morir.

Cuando el príncipe se volvió á buscar á su hermosa guía, ésta había desaparecido.

Estaba solo.

Delante de él, inmóvil, blanca, bajo el rayo de la luna, permanecía Bekralbayda.

El ruiseñor cantaba; el arroyo murmuraba; el viento agitaba levemente el follaje.

El príncipe adelantó hacia Bekralbayda, dudando de sus ojos, de su razón, creyéndose entregado á un sueño.

Sin embargo, aquel no era sueño.

Llegó al fin junto á ella.

La joven estaba al lado de una fuente.

Tenía la capeza baja, la vista fija en el césped, y el príncipe, á pesar de la luna, creyó ver teñido de rubor su semblante.

—¡Alma de mi alma!—exclamó el príncipe, contemplándola extasiado.

—¿Alma de tu alma?—exclamó Bekralbayda, levantando sus lucientes ojos negros y posando su mirada sobre el príncipe.—¿Alma de tu alma y o?

—¡Oh, sí! Desde el día en que te vi no alieno; desde el día en que te vi te guardo en mi memoria como un consuelo y como un infierno; desde el día en que te vi lo he olvidado todo para no pensar más que en ti; no he vivido sino para ti; sólo por ti he esperado.

—¿Y dónde me has visto, señor?

—¡Ahl! ¿Has olvidado, sultana, el lugar donde te he visto?

—Sólo una vez—dijo Bekralbayda—he visto damas cubiertas de joyas y galas; caballeros resplandecientes cabalgando en briosos corceles; soldados y banderas, fiesta regia, alegre música, toros y cañas; me habían hablado mucho de ello; había leído poemas en que se contaban todas estas grandezas; me habían dicho que sería un día sultana; pero yo no he salido nunca de aquí, ni he visto nunca más que...

Bekralbayda se detuvo.

—¿Más que á quién?—dijo con cierto celoso anhelo el príncipe.

—Yo no puedo decir quién es la persona á quien veo junto á mí desde la infancia.

—¿Pero eso persona?...

—Es un hombre...

—¿Un hombre viejo?

—Sí; un anciano.

—¿El que te acompañaba en las fiestas de Alhama?

—Sí.

Tranquilizóse el príncipe.

—¿Y no recuerdas haberme visto en las fiestas?

—No reparé en nada; aquella magnificencia, aquel esplendor, aquella multitud de damas y caballeros me aturdirían.

—Pues en esas fiestas te conocí y te amé.

—¡Amor! ¿Y qué es amar?—dijo Bekralbayda.

—¡Oh! ¿No sabes lo que es amor?

—¡El amor! Le he visto en palabras en los poemas: he comprendido que amar es morir.

—El amor es la vida, cuando el ser que amamos nos ama.

—¿Y cuando no somos amados?...

—El amor es la muerte.

—¡Ahl! ¿El amor es muerte y vida?

—Escucha—dijo el príncipe asiendo una mano á Bekralbayda y llevándola á un banco de césped, donde se sentaron—, el amor es la vida, cuando se satisface; el amor es la muerte cuando se desea sin esperanza.

—No te entiendo.

—Entonces, si no me entiendes, ¿cómo has escrito la gacela en que me llamabas y que me has arrojado con mi flecha?

—¡Ahl! ¡tu flecha!—exclamó estremeciéndose Bekralbayda.

—¿Por qué tiembles, alma mía?

—¡Tu flecha!... Estaba yo reclinada en mi diván; acababa de cantar un antiguo romance de los amores de una hada.

—¡Ah! ¿Conque ese romance no lo cantabas para mí?

—No; hace mucho tiempo que lo sé de memoria—contestó sonriendo Bekralbayda.

Sofocó un suspiro de despecho el príncipe.

—Acababa de cantar—continuó Bekralbayda—, cuando entró precipitadamente por la ventana Abu-al-Abu.

—¿Y quién es Abu-al-Abu?

—Es un buho á quien por viejo he puesto yo ese nombre (1). Tras Abu-al-Abu entró una flecha, que cortó la rosa que yo tenía prendida en los cabellos y se clavó detrás de mí en la pared.

Estremeciése el príncipe con aquel relato: al querer matar al buho había cortado con su flecha la corona de flores de la mujer de su amor.

Los moros eran muy supersticiosos, y tenían una gran sutileza para aplicar una causa á un acontecimiento algo extraordinario: Mohammed-Abd'Allah creyó que no habiendo acertado al buho con su flecha y habiendo estado á punto de matar con ella á Bekralbayda, se exponía á causarla la muerte si mataba, no ya á Abu-al-Abu, sino á cualquiera otro buho.

Los buhos, pues, se hicieron sagrados para el príncipe.

Por nada del mundo hubiera disparado sobre un buho.

Pero el amor y la hermosura de Bekralbayda le habían inspirado una consecuencia sumamente lógica, considerada la cuestión desde el punto de vista en que su superstición le había colocado; la consecuencia era ésta:

Si había tal paridad, tal unión vital y extraordinaria entre los buhos y Bekralbayda, y siendo los buhos fatales á su familia, Bekralbayda debía serle también fatal.

Tan cierto es que el hombre no ve más que lo que quiere ver.

Dominose, sin embargo, el príncipe, y dijo á la hermosísima Bekralbayda:

—¿Y quién arrancó la flecha de la pared?

Bajó los ojos Bekralbayda como aquel que no estando acostumbrado á mentir se ruboriza antes de pronunciar una mentira, y contestó:

—Yo arranqué la flecha.

—¿Y pusiste en ella la gacela?

—Sí; yo escribí la gacela, yo la puse en la flecha; yo la arrojé á tus pies.

—Y dime... ahora que lo recuerdo: ¿quién se rió dentro de la habitación donde se refugió el buho?

Fijó Bekralbayda sus grandes y candorosos ojos en el príncipe, los bajó y contestó sonriéndose:

—El que dió aquella carjada fué Abu-al-Abu.

—¿El buho?

—Sí: ¿no has leído los poemas de Antar?

—Sí.

—¿Y en ellos no hablan los animales?

—Sí; pero...

—Pues bien: Abu-al-Abu es uno de los animales que hablan, como hablaban en tiempos de Antar.

Las respuestas de Bekralbayda, que más adelante comprenderemos, asustaban al príncipe.

Para él era indudable que un alma condenada encerrada en el cuerpo de un buho perseguía á su familia.

—Y si no conoces el amor, si no me amas, ¿cómo en nombre de tu amor me has llamado? ¿Te lo aconsejó acaso Abu-al-Abu?

—Sí.

—¿Y fué también Abu-al-Abu el que llevó tus versos á mi alcazaba de Alhama?

—Sí.

—¿Pero para qué me has llamado?

Bajó los ojos de nuevo Bekralbayda, su rostro se cubrió de un rubor vivísimo, tembló, y quiso en vano pronunciar algunas palabras.

El príncipe insistió, y entonces ella levantó el bello y purísimo semblante, miró frente á frente con ansiedad al príncipe, y contestó:

—Te he llamado para ser tu esclava.

Y luego se cubrió el rostro con las manos, y procuró en vano contener su llanto.

—Aquí hay un misterio que no comprendo, luz de mis ojos: ¡tú mi esclava! ¡tú, que eres la señora de mi alma! ¡tú, por quien únicamente vivo! ¡tú lloras por mi causa! ¿Qué misterio es este, sol de hermosura? ¿Qué maldición pesa sobre nosotros, que así te aflige mi presencia? ¿Será acaso que Eblis (1) se ha puesto entre nosotros, encerrado en el cuerpo de Abu-al-Abu?

(1) Abu-al-Abu quiere decir el abuelo.

(1) El espíritu de las tinieblas entre los árabes.

Al pronunciar el príncipe estas palabras sonó á alguna distancia de él, á sus espaldas, la misma ca-cajada acerada, fría, sarcástica, burlesca que había escuchado antes.

Bekralbayda volvió azorada el rostro adonde había sonado la carcajada, y el príncipe se puso violentamente de pie.

—¡Ah!—dijo la joven á media voz, como para sí misma—; ya lo sabía yo. ¡Estaba ahí!

—¿Quién estaba ahí?—preguntó el príncipe, que había escuchado estas palabras.

—Abu-al-Abu—contestó la joven en el mismo tono.

—¡Oh! ¡buho maldito!—exclamó el príncipe. Entonces resonó otra vez la carcajada, pero lejana, muy lejana.

Asió con ansia Bekralbayda las manos del príncipe.

—¡Oh!—exclamó con acento ardiente y precipitado:—estamos un momento solos! ¿quién se rió antes, quién se ha reído ahora? ¡No es el buho; es Yshac-el-Rumi, el viejo que me guarda!

—¡Ah!—exclamó el príncipe.

—El fué quien me llevó á Alhama: él quien me hizo reparar en ti: él quien comprando á uno de tus esclavos, introdujo en tu cámara unos versos; él quien arrancó la flecha; quien puso en ella la gacela... él quien te ha traído aquí.

—Pero...

—Necesitamos aprovechar el tiempo; yo te amo, te amo, príncipe, como me amas tú; y...

La joven se detuvo, miró entre la espesura á un ajimez de la casita blanca, y exclamó con alegría:

—¡Estamos libres, enteramente libres! ¡podemos hablar cuanto queramos sin temor de ser escuchados! ¡podemos comprendernos!

—No te entiendo.

—¿Ves aquel ajimez?

—Sí.

—¿Ves un hombre que está apoyado en él, y tras el cual se ve el reflejo de una lámpara?

—Sí.

—Pues bien: aquel es Yshac-el-Rumi.

Dicho esto, Bekralbayda respiró libremente como quien descansa de una larga jornada, guardó algún tiempo silencio, y luego dijo al príncipe:

—Escúchame; te voy á contar una historia.

El príncipe escuchó con toda su alma.

V

UNA HISTORIA MUY SENCILLA

—Una alborada de primavera subió Yshac-el-Rumi al terrado de su casa.

En él encontró un canastillo de palma primorosamente labrado y cubierto de hermosas flores.

De entre las flores salía el vagido de una criatura al parecer recién nacida.

Yshac quitó las flores, y encontró debajo una niña vestida de blanco.

Pendiente del cuello de la niña se veía un amuleto, y á su lado un pergamino en que estaban escritas estas palabras:

Una sultana la ha dado á luz. Las buenas hadas la han llamado Bekralbayda.

Que ojos humanos no vean su hermosura, porque sería desgraciada y lo serías tú.

Yshac me sacó del canastillo, llamó á una nodriza, y me crió secretamente.

Porque aquella niña, como te lo ha dicho mi nombre, era yo.

No recuerdo los primeros años de mi infancia.

Sin embargo, algunas veces, como un sueño lejano, confuso, creo recordar á una mujer.

Recuerdo también confusamente que era muy joven y muy hermosa.

Yshac afirma, sin embargo, que no me vió otra mujer que mi nodriza, que era una rústica que nada tenía de hermosa, mientras que la mujer que yo creo recordar era hermosísima.

Pasaron los años.

Este jardín, estos árboles, estas fuentes han visto mi infancia y mi juventud; fuera de ellos yo no había visto nada, ni persona humana, más que á Yshac-el-Rumi, que se ocupaba en cultivar mi espíritu.

Parecía que vivíamos solos.

Yo no escuchaba en la casa ruido alguno.

Y á pesar de esto, bastaba con que yo estuviese durante algún tiempo fuera de mi retrete oyendo la sabia palabra de Yshac, que me sujetaba todos los días á muchas horas de estudio, para que al volver viese renovadas las flores en los búcaros, renovado el fuego y los perfumes de los braseros, limpio y arreglado el lecho.

Yshac no se había separado de mí; luego alguien, á quien yo no sentía, á quien yo no veía, nos acompañaba en la casa.

Yo preguntaba á Yshac; pero Yshac callaba. Cuando insistía, solía responderme: Aun no es tiempo."

Yo me entristecía al pensar en el misterio que me rodeaba.

Porque Yshac me había enseñado á leer, á escribir, á componer frases valiéndome de las flores, y me había dado libros en que se hablaba de un mundo que yo no conocía, de un mundo en que había poderosos y nobles reyes, hermosas sultanas, valientes caballeros enamorados, damas, fiestas, aventuras, amores.

¡Oh! yo ansiaba conocer todo esto, y cuando expresaba mi deseo á Yshac, me decía:

—Aún no es tiempo.

—¿Pero cuándo llegará ese tiempo?—le dije cansada ya de tan misteriosa contestación.

—Cuando hayan pasado sobre tu vida veinte años, cuando el amor haya hablado á tu corazón.

—¿Y cuándo hablará en mi corazón eso que tú llamas amor?

Aún no es tiempo—me contestaba Yshac.

Me resigné al fin y pasé mi vida entre flores y fuentes, entre la armonía del canto de mis risueños y de mi guzla.

Yo no conocía á otra persona que á Yshac; no tenía más amigo que Abu-al-Abu.

El viejo buho había sido mi compañero desde la infancia: en cuanto oscurecía, entraba por una ventana ó por un ajimez en la habitación que yo me encontraba, se posaba sobre mi hombro ó sobre mis rodillos ó sobre un almohadón del diván; esponjaba su plumaje, batía levemente las alas, y lanzaba de tiempo en tiempo un tenue silbido; Abu-al-Abu quería sin duda decirme algo; pero yo no comprendía su lenguaje.

Cuando yo le acariciaba pasando mi mano sobre sus alas, Abu-al-Abu se estremecía y repetía sus silbidos más tenues, más dulces, y esponjaba más su plumaje, y acababa por dormirse.

Yo amo á ese pobre viejo; él y mis pájaros y mis flores son los únicos que tienen para mí demostraciones de afecto, y sonoros cantos y suaves perfumes.

Yshac está siempre sombrío, hosco; me mira con sobrecejo; habla conmigo muy pocas palabras, y con mucha frecuencia en medio de la noche me estremece su risa, esa risa dolorosa y terrible, esa risa de condenado.

Pasaba así mi vida: llegó al fin un día en

que me sentí llena de una vida nueva; sentía en mi corazón una ansiedad lenta, dulce, pero que á pesar de su dulzura me atormentaba: cuando leía los hermosos poemas de Antar; cuando leía que un caballero enamorado iba venciendo peligros en busca de una dama encantada, yo me decía:

¿Cuál será el el caballero que me saque de mi encanto?

Yo quiero que sea blanco como las candidas rosas de mi jardín; que tenga los ojos negros como el fondo de las grutas del río; que sea más gentil que el álamo, más amoroso que el ruiseñor cuando trina: yo quiero que mi amado sea valiente, leal y buen caballero: yo le quiero ver en el esplendor de su poder y de su juventud.

Y yo preguntaba al buho:

—¿Dónde está el amado de mi alma?

Y el buho silbaba dolorosamente.

Y preguntaba al ruiseñor, y el ruiseñor callaba.

Y preguntaba á las flores, y las flores parecían que querían apartarse de mí volviéndose sobre su tallo.

Y preguntaba á Yshac, y él me contestaba:

—Aún no es tiempo.

Y al escuchar estas desconsoladoras respuestas, mis ojos se llenaban de lágrimas, y en mi pensamiento despierta, y en mis sueños dormida, veía yo al mancebo de mi amor, más enamorado, más valiente, más generoso, enlazadas mis manos á las suyas, viviendo en su vida.

Y yo le amo, yo le espero, decía al buho y al ruiseñor, y á las fuentes y á las flores.

Y todos ellos me contestaban de una manera dolorosa, como si hubieran querido decirme:

—El amor de tu amado será fatal para ti.

Y empecé á ponerme pálida, como los claveles cuando les falta el rayo del sol.

Y empezó el sueño á huir de mis noches, y la paz desapareció completamente de mis días.

Todo era triste para mí.

El cielo y la tierra, el sol y las nubes, y las flores.

Un día... hace muy poco tiempo, Yshac me dijo:

—Ha llegado la hora.

—¿La hora de conocer á mi amado?

—Sí—me contestó.

Al día siguiente me montó en un asno sencillamente enjaezado, y cubierta con un haike, y él detrás, cubierto con su albornoz, me sacó del

jardín, seguimos el río abajo, atravesamos una hermosa ciudad, salimos á una deliciosísima vega, y caminamos por ella hacia donde se pone el sol.

Aquella noche llegamos á otra ciudad rodeada de fuertes muros y altísimas torres.

—¿Qué ciudad es aquella?—pregunté á Ishac—, que brilla como plata bajo la luz de la luna?

—En esa ciudad está el amado de tu alma—me contestó.

Y no dijo más palabra, por más que le pregunté.

Dormimos aquella noche en una casa junto al río, cerca de la ciudad.

Mejor hubiera dicho que pasamos la noche, porque yo no dormí.

En medio de mi vela me sorprendió el ruido de un aleteo.

Era Abu-al-Abu, que entraba por la ventana.

El pobre viejo nos había seguido.

Se posó sobre mi hombro y estuvo largo rato silbando á mi oído de una manera lastimosa: luego se precipitó por la ventana y desapareció.

Al amanecer, Yshac me hizo montar en el asno y me llevó... al lugar donde te vi.

Cuando entramos, él mismo me quitó el haíke, y quedé con el rostro descubierto.

Todos me miraban, damas y caballeros.

Todos extrañaban sin duda mi luto y el de Yshac.

Yo miraba a todos los mancebos que pasaban junto á mí ó que estaban á mi lado; ninguno era el de mis sueños, el ser á quien yo amaba sin conocerle.

Pero de repente sonó una música poderosa de trompetas y atabales, de dulzainas y añafles, y entró el rey en la plaza.

A la derecha del rey venías tú.

Al verte, mi corazón se estremeció; fijé en ti mis ojos, y ya no los aparté más.

Porque tú eras el hombre de mi amor. Mi corazón me lo dijo.

Pero tú me miraste un momento, y luego... apartaste de mí los ojos y no me volviste á mirar más.

En cambio, otro hombre me miraba tenazmente.

Era el rey.

Yo apartaba los ojos del rey, los fijaba en ti, y no veía nada de lo que tenía alrededor.

Y las fiestas se acabaron, y tú desapareciste,

y yo quedé ciega y desdichada, con el corazón frío y los ojos llenos de lágrimas.

Al día siguiente Ishac me trajo otra vez al jardín.

Al entrar en él me dijo:

—Tu amado vendrá, y tú serás sultana.

Yo te esperaba.

Hoy me dijo Ishac:

—Tu amado vendrá esta noche: tú saldrás á su encuentro: las flores y las fuentes y las enramadas serán vuestros únicos testigos. Sé su esclava.

Yo quise hablar; pero Yshac me dijo con firmeza:

“El destino lo quiere: la esclava debe esperar á su señor; pero que su señor no sepa la historia de su esclava; porque si la supiera, morirías tú y moriría él.”

—Yshac no nos escucha—añadió Bekralbayda—: está en aquel ajimez, y yo he podido contactarte mi historia, he podido decirte: te amo, soy tu esclava; tú eres la sed de mi corazón, el sol de mi vida: te veo, me escuchas y soy feliz.

Mientras Bekralbayda había contado su sencilla historia al príncipe, la luna había descendido y se había ocultado al fin: la sombra había cubierto árboles, fuentes y flores: después que calló Bekralbayda no se vió más que la sombra de Yshac-el-Rumi en el ajimez en que lucía un resplandor opaco, ni se oyó más que el murmullo de las fuentes y el aleteo de un buho que revolaba entre la enramada.

VI

EL REY NAZAR VISTO POR EL LADO HISTÓRICO

Mohammed-aben-Abd'Allah-aben-Juzef-al-Hhamar-al-Nazar (1), el vencedor y el magnífico, sultán de Granada, era un poderoso rey, valiente y justiciero, que había logrado reunir dentro de los muros de Granada, de la ciudad rival de Damasco, todos los restos dispersos del pueblo moro español, que las conquistas del santo

(1) Este largo nombre significa: Mohámmed, hijo del servidor de Dios, hijo de Józef, hijo del Rojo, el defensor. Los árabes al nombrarse solían remontarse en su genealogía al cuarto abuelo y aun más arriba, según se ve en muchas inscripciones, singularmente en las sepulcrales, y los muros tomaron esta costumbre de los árabes.

rey Fernando III habían arrojado sucesivamente de Sevilla, de Córdoba, de Ubeda, de Baeza y de Jaén.

Granada, pues, había reconcentrado en una reducida extensión de terreno una población inmensa: sus villas se habían ensanchado; la Vega, los vertientes de Sierra Nevada y las Alpujarras se habían salpicado de aldeas, alquerías y castillos, y la misma Granada había visto aparecer rápidamente sobre las laderas de sus montes los barrios del Zenete y del Albaicín, fundados por los fugitivos de Baeza.

Granada en un día de combate arrojaba por sus puertas ochenta mil jinetes, que juntos con los caballeros y gente ligera de la Vega y de las montañas, componían un ejército de doscientos mil hombres fuertes y prácticos en la guerra contra el cristiano.

Fernando III por la parte de Castilla y Andalucía, y don Jaime de Aragón por la de Valencia y Murcia, se vieron contenidos por aquella última barrera en que habían concentrado su pujanza los restos vencidos de los moros españoles.

Como cabeza de este reino, de esta última esperanza de los moros en España, se veía al poderoso Aben-al-Hhamar-al-Nazar.

Digamos algo de este rey, el primero de la dinastía nazerita, y fundador de la Alhambra.

Al-Hhamar era descendiente de la tribu de los Beni-al-Ansari (1), un pariente ó sobrino de un ansari que acompañó á Mahoma en su fuga de Medina á la Meca, llamado Ebada; había venido de la Arabia á establecerse en España en los tiempos de la conquista de los árabes sobre la Península. De este ansari, pues, descendía Al-Hhamar.

Pero fuese por las vicisitudes de la fortuna ó por otra causa cualquiera, los padres de Al-Hhamar eran labradores de Arjona, entonces populosa y rica villa de la Andalucía Oriental.

A pesar de la escasa fortuna de sus padres, Al-Hhamar fué educado ventajosamente.

Era desperto de ingenio, y le enviaron á la universidad de Córdoba.

Gallardo, galán, fuerte y valiente, causaba ya en su mocedad temor á los alentados, y habiendo demostrado afición al ejercicio de las armas, su padre le dió una bolsa, una lanza y un caba-

llo, le predicó un sermón, que duró una hora larga, acerca de la generosidad, el valor y demás deberes de un caballero, y le envió á buscar fortuna por el mundo.

Fuese á Córdoba con algunas cartas de recomendación que había recogido de sus parientes de Arjona, y hubo de resignarse por el momento, no á entrar con un cargo en el ejército, sino á desempeñar algunos oficios administrativos. Al fin, aprovechando las disidencias y las guerras civiles en que había caído el califato de Córdoba bajo el gobierno de los emires, sucesores de Juzef-Myr-al-Mumenin, sirviendo ya al uno ya al otro, pero atendiendo siempre á la justicia de la causa á cuya defensa se decidía; ganada una y otra victoria, adquirió muy pronto en el ejército el dictado de Al-Nazar (1), que debía dar nombre á la dinastía fundada más tarde por él.

Empezaba á menguar la sangrienta luna de los almoravides (2); el califato de Córdoba se había hundido; la guerra civil le despedazaba: los almohades (3), predicando su doctrina religiosa, que los almoravides llamaban herética, habían irrumpido de Africa sobre España, y Lotawak-aben-Hud, último de los emires almoravides, luchaba con todas sus fuerzas.

Al-Hhamar sirvió á Aben-Hud, pero muy pronto volvió los armas contra él; tomó á Jaén por asalto, se apoderó de Arjona, de Guadix, de Baeza, y se hizo proclamar en los pueblos sujetos á su señorío sultán y altísimo emir de los fieles (4).

Quedóse aislado Aben-Hud.

En aquellas circunstancias, los reyes de Castilla y Aragón, don Fernando el Santo y don Jaime el Conquistador, emprendieron á un tiempo su expedición de conquista sobre los moros, el uno por la parte de Andalucía, el otro por la de Valencia.

Sorprendida Córdoba en una lluviosa noche de invierno por Domingo Muñoz, alcaide de Andújar, ve ocupado su barrio de la Ajarquia (5), sin poder echar de él á los audaces cristianos que se han fortalecido dentro de la

(1) El defensor.

(2) Al-Morabethin, religiosos ó ermitaños.

(3) Al-Mohahedyn, bi llah, los dirigidos por Dios.

(4) Sultán: *scultan tala amir al Mumenyn.*

(5) Del Oriente.

(1) Ansari, compañero medinés del Profeta.

VII

EL REY NAZAR VISTO POR EL LADO DE ADENTRO

ciudad. Avisan á Aben-Hud para que acuda con su ejército; pero ha acudido antes el rey de Castilla. La traición de un prisionero castellano que Aben-Hud envía á reconocer al ejército enemigo, le hace creer que las fuerzas de éste son infinitamente superiores á las suyas, y se retira, dejando en libertad á Fernando de estrechar á Córdoba, entregada á sí misma.

En su retirada encuentra Aben-Hud á un mensajero del emir de Valencia que le pide auxilio contra el rey de Aragón, que le estrecha; se decide Aben-Hud á prestárselo; pero en el camino, una noche, en el castillo de Almería, es ahogado por el walf Abderraman, que proclama á Al-Hhamar.

Huérfana Granada asimismo de emir por la muerte de Aben-Hud, proclama al afortunado caudillo, y encuéntrase, por lo tanto, Al-Hhamar rey del estado más considerable de la dominación musulmana sobre España, después del califato de Córdoba.

Esta ciudad, Valencia, Murcia y después Sevilla, han caído en poder de los cristianos; lo que resta á los moros en España, es ya la única y exclusiva monarquía del rey Nazar.

Sin embargo, se vió obligado á aliarse con Fernando III, á ayudarle con un cuerpo de caballería á la conquista de Sevilla, á declararse su vasallo rindiéndole pléito homenaje y á pagarle un tributo anual.

Esto no aconteció sino después de haberse visto obligado Al-Hhamar á rechazar una entrada de los cristianos, y hacer después levantar el estrecho sitio que puso sobre Granada el mismo Fernando III (1).

Tal era la historia del rey Nazar. Valiente, sabio, religioso, defendió su reino, fundó en él escuelas y mezquitas, y se dedicó á la protección de las artes y de la industria.

Sin embargo, éste gran rey moraba aún en la antigua casa del Gallo de Viento; no tenía un alcázar digno de su grandeza y de su poder; Al-Hhamar-al-Nazar, antes que en la suya propia, había pensado en la felicidad de sus vasallos.

(1) Se convino entre ambos reyes en que Al-Hhamar conservaría el reino de Granada bajo la soberanía y la protección del rey de Castilla, á quien pagaría un tributo anual de ciento cincuenta mil doblas, y acudiría con hombres de guerra cuando como vasallo fuese requerido; bajo este concepto ayudó Al-Hhamar á don Fernando en la conquista de Sevilla.

Había nacido Al-Hhamar en Arjona el miércoles 9 de la luna de Xaban (1) del año 51 de la egira (2); contaba, pues, cuarenta y cinco años en el momento en que le presentamos á nuestros lectores.

Era, sin embargo, muy hermoso; sus cejas estaban negrísimas y pobladas, y en su larga barba bermeja, semejante al oro, no asomaba una sola cana; sus mejillas blancas y brotando el color de la salud, no tenía rrugas; sus ojos brillaban con la fuerza de la juventud y tenían el reflejo de la prudencia; la toca blanca que envolvía su cabeza, dejando ver las puntas de oro de su corona, y su largo caftan negro, daban una gran majestad á su aspecto.

El rey Nazar era todavía hermoso, y sino era joven, no parecía viejo.

Aún podía pensar en el amor.

En amores había sido muy desgraciado Al-Hhamar.

Su primera esposa, Zobeya, madre del príncipe Mohhammed-Abd'Allah, había muerto al dar á luz á este príncipe.

La segunda, que no había sido su esposa, sino su cautiva, su esclava, la princesa Leila-Radhyah, había desaparecido, dejando un rastro de sangre en la casa de Nazar.

La tercera, Wadah, era una mujer terrible, una africana hermosísima, madre de su segundo hijo el príncipe Juzet, de la cual hacía mucho tiempo que le tenía apartado una repugnancia invencible, una antipatía mortal.

Wadah, la soberbia africana, le amaba, y sus celos eran un continuo tormento para Al-Hhamar.

Y sin embargo, Wadah no tenía razón alguna para tener celos del rey Nazar.

No amaba á ninguna mujer.

(1) Entre los árabes el orden de los meses, que llamaban lunas, es el siguiente: Muharram, Safer, Rabié primera, Rabié segunda, Regeb, Jaban, Ramazan, Xwal, Diicada y Dilhagia; cada mes se cuenta desde la aparición de una luna nueva hasta la aparición de otra luna, y este intervalo nunca pasa de los treinta días ni baja de los veintinueve, y así los computan alternadamente; pero el último mes en el año intercalar siempre tiene treinta días.

(2) 19 de Julio de 1195.

Ni aun pasaba de las puertas de su harem.

El rey Nazar hubiera podido pasar por un morabitho (1), á no ser por sus academias con sus sabios y poetas, ó por sus continuas excursiones por sus Estados para asegurar con su presencia el amor de sus vasallos y la fidelidad de sus alcaides ó walies.

Gozaba Nazar de una profunda paz como rey: en su reino todo florecía; sus ejércitos eran innumerables; tenía satisfecha su ambición.

Pero como hombre, estaba en una continua guerra; con un deseo misterioso, con una sed no satisfecha; estaba solo en el mundo; el amor de sus hijos no era b.stante para satisfacer aquel deseo.

Necesitaba otro amor.

La sultana Wadah no podía tampoco satisfacerlo: un continuo y sombrío disgusto que se veía impreso en su semblante, y su soberbia siempre provocadora, siempre agresiva, la separaban del rey.

Y luego había dos fantasmas ardientes en forma de mujer que se levantaban dentro de su alma.

Lejano, perdido allá en la inmensidad de los recuerdos el uno; cercano, candente, abrasador el otro.

La una mujer era la sultana Leila-Radhyah. Al-Hhamar no había podido olvidarla,

Podía decirse que la sultana Leila-Radhyah había sido su primer amor.

La había buscado en vano; en vano había gastado sus tesoros para descubrir su paradero.

Una circunstancia terrible le hacía recordar de una manera sombría su pérdida.

Durante sus amores con Leila-Radhyah, Al-Hhamar había contraído con Wadah uno de esos casamientos que se llaman de conveniencia. Wadah era poderosa.

Se la atribuía un poder mágico.

Ya hemos dicho que los moros son muy dados á la superstición.

Cuando conoció Al-Hhamar á Leila-Radhyah, mejor dicho, cuando se apoderó de ella, era simplemente wali (2); su cautiva era una doncella de sangre real, hija de un poderoso emir de Africa.

Al-Hhamar, que al verla había sentido por

ella un amor voraz, necesitando de consuelo por la muerte de su esposa Zobeya, madre del príncipe Mahhommed, ni se atrevió á devolver la doncella real á su padre, porque esto era perderla, ni á casarse con ella, porque sabía demasiado que el rey de Tlemcen no se avendría á dar por esposa á un simple wali una hija suya.

La ocultó, pues, en su casa, gozó sus amores, é hizo feliz durante algún tiempo á la pobre joven, que le amaba y todo lo posponía á su amor.

Pero llegó un día en que Al-Hhamar se casó con Wadah, quedando reducida Leila-Radhyah á la posición de una concubina, de una esclava que ningún derecho tenía.

Poco después desapareció, como hemos dicho, Leila-Radhyah, dejando en su aposento sangrienta señales. El rey la creyó muerta, y la lloró.

Aquella misma noche, Al-Hhamar escuchó en las habitaciones de su esposa, la hermosísima Wadah, terribles gritos, gritos semejantes á rugidos de leona.

Cuando entró en aquellas habitaciones, encontró á Wadah medio desnuda, destrenzados los cabellos, delirante, frenética, buscando acá y allá, levantando tapices, asomándose á los ajimeces, mirando al oscuro fondo de los patios, y gritando sin intermisión:

—¡Asesinos! ¡asesinos! ¡asesinos!

Wadah mostraba en sus manos un pequeño lienzo cuadrado de seda manchado de sangre.

Cuando vió á Al-Hhamar guardó el paño entre sus ropas descompuestas y lanzó una horrible carcajada.

En vano la preguntó Al-Hhamar acerca de sus gritos, de aquel lienzo ensangrentado, de aquel desvarío: Wadah guardó el más profundo silencio.

Al día siguiente, Al-Hhamar supo por los alcaides de su harem que dos esclavos habían desaparecido.

El uno era Leila-Radhyah, el otro un cautivo cristiano.

Wadah desde aquella noche no volvió á sonreirse ni á hablar; amaba á Al-Hhamar con delirio, pero le rechaba con horror; algunas veces, en el mismo punto en que se estremecía de placer entre sus brazos, le rechazaba gritando:

—¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!

Al-Hhamar había llegado á sentir horror hacia Wadah, y á recordar con más intensidad á su perdida Leila-Radhyah.

(1) Ermitaño.

(2) Capitán de soldados, ó gobernador de distrito.

La otra mujer cuyo recuerdo se levantaba próximo, ardiente, tentador en el alma del rey Nazar, era Bekralbayda.

Desde tres días antes que la había visto en las fiestas de Alhama, no había podido olvidarla.

Nunca había sentido un deseo más exigente.

Aquella niña llenaba su alma, pero sin destruir el amor que sentía hacia Leyla-Radhyach.

Había llamado en vano á Yshac-el-Rumi.

Yshac le había contestado:

—Aún no es tiempo

—¿Pero de qué familia es esa niña?

—No es tiempo—replicaba Yshac.

—¿Es libre ó esclava?—añadía el rey.

Y como si sólo se hubiera provisto de una sola respuesta, Yshac repetía:

—Aún no es tiempo.

Y sin pronunciar otra palabra, el sabio se despidió del rey, dejándole envenenada el alma.

Por eso el rey se paseaba triste, sombrío, apenado, por una de las extensas y sonoras cámaras de su palacio del Gallo de Viento.

Por eso de tiempo en tiempo murmuraba, exhalando un profundo suspiro:

—¡Aún no es tiempo que yo sea feliz!

VIII

LA VENTA DE UNA MUJER

Era ya tarde.

En medio de su distracción, escuchó el rey Nazar el ruido sonoro de las pisadas de alguno que se acercaba.

Entonces compuso su semblante para que nadie pudiese comprender por él lo que pasaba su alma.

Levantóse el tapiz de una puerta, y un esclavo negro magníficamente vestido con un sayo de escarlata y con una argoya de oro al cuello, se prosternó y dijo con voz gutural y respetuosa:

—¡Magnífico sultán de los creyentes! un viejo enlutado solicita arrojarse á tus plantas: dice que va en ello más de lo que puede pensarse.

Al oír el rey Nazar que le buscaba un hombre enlutado, se apresuró á mandarle introducir, lo que en aquella hora no hubiese hecho por nadie, ni aun por sus mismos hijos.

Entró en la cámara algún tiempo después un hombre alto, pálido, enteramente cubierto por un turbante blanco y por un ancho alquice

blanco también, sin dejar descubierto más que un semblante huesoso, en cuyas profundas órbitas se revolvían dos ojos brillantes como carbunclos.

Aquel hombre no se prosternó ante el rey Nazar: por el contrario, adelantó hacia él, rígido, enhiesto, sin producir ruido al andar, como una fantasma, y con la mirada candente y fija en el rey Nazar, que retrocedió.

—¡No me conoces, Al-Hhamar el vencedor y el magnífico!—dijo deteniéndose á poca distancia del rey.

—¿Tú eres el viejo que acompañaba á la doncella blanca—dijo el rey Nazar sin poder dominar su fascinación.

—Sí, yo soy el astrólogo Yshac—contestó aquel hombre, permaneciendo inmóvil en el sitio donde se había parado.

—¿Tú eres el que me dijiste, cuando yo te ofrecía montañas de oro por la doncella blanca: aún no es tiempo.

—Yo soy.

—¿Y á qué vienes?

—Vengo á venderte á Bekralbayda.

—¡A vendérmela! Pide cuanto desees, cuanto quieras.

—Yo no quiero dinero.

—¿Qué quieres, pues?

—Dcs cosas solas.

—Habla.

—Quiero que Bekralbayda sea doncella de tu esposa.

—¡Ah! ¡Poner junto á la terrible Wadah á ese arcángel del séptimo cielo! ¿Sabes tú quién es Wadah?

—Soy astrólogo y mago: lo sé.

Tembló imperceptiblemente el rey Nazar.

Ni uno ni otro se habían movido del sitio donde se habían parado.

Vistos á cierta distancia, parecían dos sombras, la una blanca y la otra negra, que no se atrevían á mirarse, que se rechazaban.

—¿Sabes que la sultana Wadah está loca?

—Lo sé.

Por un cambio natural en la disposición del ánimo del rey, preguntó con ansia á Yshac:

—¿Sabes por qué causa está loca la sultana?

—Sí.

—Dímelo.

—Aún no es tiempo.

El rey estremeció de nuevo.

—¿Y sabiendo que está loca la sultana, quieres poner á su lado á Bekralbayda?

—Sí.

—¿Pero cómo pueden satisfacerse mis amores estando Bekralbayda al aldo de la sultana?

—Ese negocio es tuyo.

—¿Y qué más quieres para entregarme esa doncella, aunque sea de ese modo?

—Ser tu astrólogo: vivir en tu alcázar.

—¡Y nada más pides!—exclamó con asombro el rey Nazar.

—Nada más quiero—contestó con voz cavernosa el astrólogo.

—Puedes traer mañana á Bekralbayda al alcázar.

—Pues bien: mañana la traeré. Adiós.

Y salió tan silenciosamente como había entrado, dejando fascinado y mudo al rey Nazar.

IX

DE CÓMO EL PRÍNCIPE MOHAMMED ESTUVO Á PUNTO DE SER AHORCADO POR LADRÓN

Bekralbayda era feliz.

Es verdad que aún no sabía el nombre de sus padres, pero sabía el de su amado.

Las sombras y el silencio habían protegido el delirio de sus amores con el príncipe.

El príncipe, por su parte, no podía ser tampoco más feliz; la mujer de su amor era suya en cuerpo y alma.

Los dos amantes se habían separado antes del amanecer, dándose cita para la noche siguiente.

Yshac-el-Rumi había pasado la noche en vela, inmóvil, apoyado en el alféizar del ajimez.

La dama blanca había dado salida al príncipe por el portillo de una cerca.

Bekralbayda, embellecida por un nuevo encanto, se había dirigido á su retrete y se había arrojado en su lecho, y había dormido un sueño de amores.

El príncipe se había encaminado á la Colina Roja, y se había ocultado en las ruinas del templo de Diana.

Pero antes de entrar en ellas, había arrojado una mirada al frontero Albaicín, á la casa del Gallo de Viento, y había exclamado al ver el reflejo de una luz en un ajimez del retrete del rey Nazar:

—¿Por qué velará á estas horas mi padre?

Pasó el día, un diáfano y radiante día de primavera.

Llegó la noche.

Una noche serena, lánguida, tranquila, sin

luna, pero dulce y misteriosamente alumbrada por los luceros.

El príncipe salió de las ruinas del templo, bajó la margen del río, y se encaminó á la casita blanca del remanso.

A la casita donde, sin duda, impaciente y estremecida de amor como él, le esperaba Bekralbayda.

Pero esperó una hora, y nada interrumpió el silencio y la soledad de aquellos lugares.

Pasó aún más tiempo, y nadie vino á llevar al príncipe junto á su amor.

Encaminose á la oscura gruta, y penetró en ella; pero en vano procuró dar con la pendiente entrada por donde había resbalado la noche antes, y que le había llevado al palacio de la dama blanca.

Por todas partes, en todas direcciones, encontraba la roca tajada, áspera, húmeda, y nada más.

—¿Me habré engañado?—se preguntó.

Y volvió á salir.

Pero aquella era la estrecha gruta cubierta de maleza por donde había penetrado la noche anterior.

Para confirmarle en ello estaban allí las ramas que había cortado con su yatagán para abrirse paso.

Sin embargo, aunque penetró una y otra vez, sólo halló una estrecha excavación en la roca, en la cual no había ninguna abertura.

Desesperado, abandonó aquel lugar y subió á las cortaduras del río y rodeó por los cármenes, buscando el postigo por donde le había dado salida la dama blanca.

Pero no halló la cerca.

En cambio se perdió en un laberinto de enramadas, que se intrincaban más á medida que el príncipe se revolvía más en ellas.

Llegó á un punto en que quiso salir y no pudo. No encontraba la salida, ni aun lograba dar con el río, cuya corriente le había guiado.

—¿Habrá aquí algún encantamiento?—dijo.

Y apenas había hecho esta exclamación, cuando oyó un ronco ladrido, y poco después se vió acometido por un enorme perro campestre y por una ronda de labradores armados de chuzos, uno de los cuales llevaba una linterna.

Cuando esto acontecía, había pasado ya largo tiempo. Era la media noche.

—He aquí el ladrón de nuestras hortalizas...

—El talador de nuestras flores.

—El caballero que se divierte en matar nuestros perros y seducir nuestras hijas—exclamaron en coro aquellos hombres, con gran sorpresa del admirado príncipe.

La verdad del caso era, que como aquellos honrados labriegos tenían mujeres y parientas hermosas, algunos jóvenes caballeros habían dado en la flor de ir á meterse en vedado por aquellos frondosos cármenes, pisando las flores que encontraban á su paso, pero con la cautela y la malicia del ladrón, favorecidos por alguna de las flores pisadas, y el príncipe Mohammed pagaba sin culpa las culpas de otros.

—¿Qué decís de vuestras flores y de vuestras hijas?—dijo el príncipe—; yo no vengo ni por las unas ni por las otras; me he perdido en vuestros cármenes, y os ruego que me saquéis de ellos.

—¿Que te saquemos?, pues ya se ve que te sacaremos—exclamaron los rústicos—, pero será para llevarle preso al rey, que nos hará justicia.

Estremecióse el príncipe.

—Vosotros no haréis eso—dijo—cuando sepais quien soy yo.

—Seas quien fueres, por ladrón te tenemos: ¿no has pasado nuestros términos de noche sin nuestra licencia?

—Yo no he encontrado cerca alguna.

—Tu has escalado la cerca: por lo mismo morirás ahorcado.

En efecto, el príncipe había saltado una pequeña tapia.

—¿Y para qué queremos llevarle al rey?—dijo otro—; nosotros podemos ahorcarle: ¿acaso no es un ladrón armado? ¿No sabeis que el que coge á un ladrón armado puede ahorcarle allí donde le pille?

—Pero yo no he hecho resistencia—exclamó el príncipe.

—¿Y quién sabe si la has hecho ó no? ¿lo dirás tú después de muerto?

—Si vosotros me ahorcáis, mi padre os descuartizará vivos—contestó con altivez el príncipe.

—Es que nosotros tenemos un padre que nos defenderá del tuyo, por poderoso que sea; porque nuestro padre es el poderoso y justiciero rey Nazar.

—Pues bien: de rodillas ante su hijo el príncipe Mohammed—dijo con altivez el joven.

—¿Tú eres el príncipe Mohammed, el valien-

te y virtuoso hijo del rey Nazar?—dijeron los rústicos—: no puede ser; ¿qué tiene que buscar nuestro buen príncipe por estos sitios y á estas horas?

—Es un mal caballero, que miente por salvarse.

—Un burlador de la justicia del rey y de nuestra honra.

—Un libertino.

—Un infame.

—Ahorquémosle.

—No; casémosle con la mujer que vendrá á buscar, y que sin duda es hija de uno de nosotros.

—Yo no conozco á vuestras hijas: os repito que soy el príncipe Mohammed.

—Pues bien: te llevaremos al rey, y el rey dirá si eres príncipe ó no.

Y arremetiéndolo á él, y sin que el príncipe pudiera valerse, le arrastraron consigo, le llevaron al otro lado del río, y por el camino y la puerta de Guadix le metieron en el Albaicín.

X

LA TORRE DEL GALLO DE VIENTO

Aún velaba el rey la misma noche en que había dado audiencia á Yshac, cuando un esclavo, el mismo que le había anunciado la llegada del astrólogo, le anunció que unos labradores traían preso al príncipe Mohammed.

Porque el príncipe había sido reconocido en el alcázar, y se había detenido á los labradores, que estaban aterrados por su torpeza en haber preso al príncipe.

Nublóse el semblante de Al-Hhamar.

Era el primer disgusto que le daba su hijo.

Mandó que introdujesen al príncipe y los labradores.

El príncipe se presentó confuso.

Los labradores, aterrados, se arrojaron á los pies del rey Nazar.

—Perdón, señor, perdón—exclamaron—: nosotros no conocíamos al esclarecido príncipe, tu hijo.

—El nos dijo quien era.

—Pero nosotros no le creímos.

—Porque los caballeros de Granada se entran de noche en nuestros cármenes.

—Y nos roban las flores...

—Las flores de nuestra alma.

—Nuestras esposas y nuestras hijas.

—Y creímos que el príncipe fuera uno de estos ladrones.

—Porque le encontramos dentro de nuestros cármenes.

—Que están cercados.

—Que están guardados.

—Nosotros no sabíamos que era el príncipe.

Impuso el rey Nazar silencio á los labradores, que hablaban á un tiempo y en coro, impulsados por el miedo, y preguntó á su hijo:

—¿Es cierto lo que éstos dicen?

—Me han encontrado en los cármenes, señor—contestó el joven.

—¿De noche y armado?

—Sí, señor.

—¡Idos!—dijo el rey á los labradores.

Estos no esperaron á que el rey repitiese su mandato, y salieron en tropel como una jauría espantada, no sin sufrir algunos latigazos de los esclavos y de los soldados en su tránsito por el alcázar.

El rey Nazar se había quedado solo con el príncipe, y le miraba ceñudo.

—¿No estabas en mi castillo real de Alhama?—dijo al fin Al-Hhamar.

—Sí, señor—contestó el príncipe.

—¿No te había mandado que no vinieses á Granada?

—Sí, señor.

—¿Por qué has venido? ¿Qué causa grave tienes que alegar en tu disculpa?

El príncipe sabía que su padre estaba enamorado de Bekralbayda, y no se atrevió á confesar la verdad.

—Tu hijo no tiene disculpa ninguna, poderoso sultán de los creyentes—contestó.

—Si uno de tus walíes abandonase un gobierno que tú le hubieses encomendado, si su gobierno estuviese en la frontera enemiga, ¿qué harías?

—Mandaría cortar la cabeza al walí—contestó con mesura, pero con firmeza, el príncipe.

—¿Porque el walí habría sido traidor y rebelde?

—Sí, señor.

—Tú eres príncipe: tú eres mi compañero en el mando: tú eres casi el sultán de Granada: tu culpa, por lo mismo, es mayor. ¿A qué has venido á Alhama?

—Estaba triste en Granada.

—¿Y tienes aquí tu alegría?

—Sí, señor.

—¿Y... tu alegría cómo se llama?

—Mi alegría no tiene nombre.

—¿Pero por qué has venido á Granada, desobedeciéndome? ¿por qué has abandonado mi estandarte en la frontera?

—Por respirar las auras de la noche en los cármenes del Darro.

—¡Oh! yo sabré tu secreto—dijo el rey.

Y llamando á dos de los más ancianos y prudentes de sus wazires (1), les mandó que encerrasen al príncipe en lo más alto de la torre del Gallo de Viento.

Esta antiquísima torre, cuadrada, alta, maciza, en la cual no se veía más que estrechas saeteras y una ventana en cada frente junto á las almenas, estaba largo tiempo hacía inhabitada y protegida por el terror supersticioso que inspiraba?

Decíase que habitaba en ella *el alma del rey Aben-Habuz el Sabio*.

Esta torre estaba situada en el centro de un patio del palacio á que daba nombre, y en su parte inferior no tenía puerta. Entrábase en ella por su altura media, por un pasadizo cubierto en forma de puente, que la unía con uno de los lados del patio.

Aquel pasadizo tenía una puerta de hierro macizo y mohoso, cuyos cerrojos y candados era fama que no se habían abierto en centenares de años. Después de aquel pasadizo y en el corazón de la torre, que parecía maciza también, se retorcía una estrecha escalera de caracol, iluminada apenas por la escasa claridad que penetraba cansada por estrechas y profundísimas saeteras, y en lo más alto de la torre terminaba la escalera en una cámara de ocho pies en cuadro, baja, de bóveda y envejecida, más que por el tiempo, por el humo de un hornillo que se veía como escondido en uno de los rincones.

En esta cámara, á nivel del pavimento resquebrajado y sucio, una compuerta de hierro cerraba la escalera, y cuatro ventanas semicirculares se abrían en dirección á los cuatro puntos cardinales.

Además, del centro ó clave de la bóveda des-

(1) Wazir, y sus semejantes *alvazil*, *alvazir*, *alvasir*, *alvazir*, *aluacir*, significaban entre los árabes de España ministro de Estado: esta voz unía en aquellos tiempos á la significación anterior, la esclarecida de gobernador ó presidente de un pueblo ó territorio, de capitán general, jefe de justicia y magistrado supremo que en muchos casos tenía una potestad independiente de la del califa.

cendía hasta la parte media de la altura de la cámara un eje de hierro, del que estaba suspendido un pequeño jinete, de hierro también, con el caballo en actitud de correr y con la lanza baja.

Aquel eje se volvía, obedeciendo á la veleta de la parte superior, y la punta de la lanza del caballero señalaba á la parte donde iba el viento.

Contábanse de esta torre cosas estupendas: decían que algunas noches se veía por sus altísimas ventanas un resplandor rojo como de infierno, y por entre sus almenas un humo luminoso: y de lo que más se hablaba era de un buho enormísimo, tan grande como la más grande águila que anidaba junto á las almenas; y á propósito del resplandor, y del humo, y del buho, se contaban tales cosas, que bastaban para aterrar á los muchachos y hacerlos callar cuando se obstinaban en el llanto, para lo que también bastaba nombrar simplemente el alma de Aben-Habuz, fundador de la torre y del palacio que tenía á sus pies.

Por una coincidencia singular, el patio en que esta torre se levantaba era el más alegre y bello del palacio: esbeltas columnitas sostenían sus galerías; flores, fuentes y estanques se veían en su terreno, y en él vagaban las hermosas esclavas de la servidumbre de la sultana Wadah.

Porque en aquel patio estaban las habitaciones de la esposa del rey Nazar.

Veíase además desde las ventanas de la torre toda Granada, la Vega, las sierras hasta los distantes confines: en una palabra, aquella torre era una excelente atalaya.

Los wazires condujeron hasta allí con un profundo respeto al príncipe, y éste, que al asomarse á la ventana había visto la Colina Roja, dijo á los wazires.

—Ahí, en el cercano monte, en las ruinas del templo romano, está mi caballo: no es justo que dejemos percer á nuestro compañero de batalla; haced que le vayan á buscar.

Los wazires se inclinaron profundamente y salieron, dejando solo al príncipe, que á los primeros rayos del sol de la mañana se puso á contemplar desde su altura el estrecho valle por donde el Darro atravesaba á Granada.

Porque en las márgenes del Darro moraba su vida y la mitad de su alma: Bekralbayda.

XI

DE CÓMO EL REY NAZAR COMPRENDIÓ QUE NO PODÍA SER FELIZ

Al-Hhamar había quedado profundamente triste.

A la tristeza por sus amores se unía la que le causaba la rebeldía de su hijo.

Porque su hijo (sus ojos de padre se lo habían dicho) guardaba dentro de su alma un secreto.

¿Y qué secreto era este que no quería revelar á su padre?

Y mientras el rey Nazar se deshacía en conjeturas, la solución del secreto entraba en su palacio con el caballo del príncipe, que los wazires habían ido á recoger en persona á la Colina Roja.

Uno de los wazires se presentó al rey

Llevaba en las manos unas pequeñas pero pesadas alforjas de seda bordadas, en cuyas bolsas se contenía sin duda dinero.

—Esto hemos encontrado sobre el caballo del príncipe, señor—dijo el wazir presentando las alforjas á Al-Hhamar.

El rey puso las alforjas sobre el diván y despidió al wazir.

Apenas se vio solo, examinó con una impaciencia febril las dos bolsas de las alforjas; por su contenido esperaba deducir el objeto de la secreta venida del príncipe á Granada.

Pero sólo encontró una razonable cantidad de *dirahmes* (1) de plata, lo que bastaba para un caballero, pero que era insuficiente para pagar una rebeldía; además encontró un pequeño envoltorio de seda.

Dentro de él halló dos cartas y un rizo de cabellos negros, sedosos, brillantes, largos, pesados, que exhalaban un delicioso perfume.

—¡Ha venido á Granada por una mujer! ¡ama! ¿Pero quién es esa mujer? Ruin debe ser cuando me la recata: estas cartas me lo dirán.

Abrió la primera, que estaba escrita en verso, y decía así:

“La perla de las perlas,
La cándida y la pura...”

Era, en fin, la carta que el príncipe había encontrado en su retrete en Alhama, la que le había servido de medio para encontrar á Bekralbayda.

(1) Moneda árabe de poco valor, que no tenía correspondencia con las nuestras.

La segunda carta, más explícita, era la que había sido enviada al príncipe en su misma flecha desde la casita blanca.

Al leer el nombre de Bekralbayda, que firmaba esta carta, el rey se sintió herido en el corazón.

—¡Conque se aman! y acaso acaso... sí... indudablemente: esta carta es una cita; y luego este rizo de cabellos...

El rey quedó profundamente pensativo, y se puso á pasear á largos pasos á lo largo de su cámara.

—Pero ellos no han podido conocerse; no han podido verse sino consintiéndolo ese viejo enlutado, ese Yshac-el-Rumi, ese hombre extraño que me hace temblar. Pero si ese miserable sabe que mi hijo y Bekralbayda son amantes, ¿por qué me vende esa mujer? ¡y con tan extrañas condiciones! No me ha pedido oro... únicamente que Bekralbayda esté al lado de la sultana Wadah, de esa terrible loca, y estar él á mi lado, ser mi astrólogo. ¡Oh poderoso Señor de Ismael! ¡tú, dador de la ciencia! ¡tú, misericordiosol aquí hay un misterio que no alcanzo á explicarme: ¡illumname tú, Señor, tú que amparas á los que en ti creen!... ¡ábreme camino, porque yo me siento cegar!

Y el rey siguió en su paseo, con la mirada escandecida, el aliento ardiente y entrecortado, las mejillas pálidas, el paso incierto.

Luchaba dentro de sí de una manera espantosa.

—¡Oh!—dijo al fin—: Dios castiga en mí algún pecado de mi raza: yo no puedo ser feliz.

Y siguió paseando.

—¿Y por qué no?—dijo de repente—: ¿quién sabe? acaso...

El rey volvió á su paseo. Anunciáronle [que un viejo y una dama enlutados querían hablarle.

El rey Nazar hizo un movimiento semejante al de quien despierta de un sueño al impulso de una mano extraña; tomó un pergamino y escribió en él durante un breve espacio: luego dobló el pergamino y le selló.

—Que entren el viejo y la mujer—dijo.

Poco después entró Yshac-el-Rumi llevando de la mano y sin velo á Bekralbayda, que inclinaba ruburosa la cabeza.

Entrambos se prosternaron ante el rey Nazar, que los alzó.

—¿Sabes á lo que vienes á mi palacio?—le preguntó Al-Hhamar.

—Sé que me han vendido al poderoso sultán de Granada—dijo con acento trémulo Bekralbayda.

—¿Pero no te han dicho que el sultán Nazar, que te ama, quiere tu amor y no tu sumisión?

Bekralbayda calló.

—Vas á servir á la poderosa sultana Wadah: está enferma: procura aliviar con tus consuelos sus dolencias. En cuanto á mí, en ocasión mejor te diré cuánto eres grata á mis ojos.

Entre tanto pon aquí tu nombre.

El rey la presentó el pergamino que había escrito y sellado poco antes.

—¿Y qué es esto, señor?—dijo con recelo Yshac el-Rumi.

—Aquí, salva la voluntad de Dios, está decretado invariablemente el destino de Bekralbayda. Sellado con mi sello, signado con su nombre, nadie abrirá ese pergamino hasta que ella misma le abra.

Y llamando el rey á sus esclavos, les mandó que llevasen á Bekralbayda á las habitaciones de su esposa.

Yshac-el-Rumi se quedó entre los sabios y astrólogos que vivían en el palacio del rey.

XII

EL PALACIO DE RUBÍES

Habían pasado muchos días.

El rey había tenido muchas entrevistas con Bekralbayda.

El príncipe continuaba preso.

Yshac-el-Rumi empezaba por su ciencia á privar con el rey.

Ninguno mejor que él descifraba los sueños del rey, ni respondía mejor á sus dudas.

El rey Nazar empalidecía.

Comprendíase que minaba algo su existencia. Sus ojos empezaban á tener cierto brillo fosforescente como los de la sultana Wadah.

Dormía poco, y aun así de una manera inquieta.

En medio de sus sueños, quien hubiera estado cerca de él le hubiera oído pronunciar el nombre de su hijo y de Bekralbayda.

Una noche el rey velaba.

Tenía junto á sí, en una pequeña mesa, un cuadrante y un pergamino extendido.

El rey marcaba con tinta roja sobre el pergamino líneas y compartimientos, los medía con

un compás, y volvía á meditar y á marcar líneas y puntos y á tomar medidas.

Quien le hubiera visto entonces, no le hubiera creído el sultán de Granada, el poderoso Nazar, sino un alarife (1) que se ocupaba en formar el plano de un palacio.

El rey se ocupaba profundamente de su trabajo.

Pero de repente le interrumpió un ruido inesperado.

El batir de las alas de un pájaro.

El rey Nazar se estremeció y miró.

Vió un enorme buho que revolaba en su cámara.

El rey Nazar se puso mortalmente pálido, y se levantó en busca de su arco.

Pero el buho estrechó su vuelo sobre la mesa, apagó la lámpara y escapó por la ventana.

Entonces resonó á alguna distancia una carcajada hueca.

El rey Nazar dió voces: entraron sus esclavos con luces.

El rey Nazar hizo que encendiesen la lámpara, que cerrasen las celosías de los ajimeces y las puertas, y que trajesen al momento al astrólogo Yshac el-Rumi.

Poco después el viejo estaba delante del rey Nazar, y á solas con él.

—Siéntate, le dijo el rey.

El astrólogo se sentó con la misma altivez que si hubiera sido otro rey.

—¿Sabes lo que me sucede?—le dijo.

—Yo lo sé todo—dijo con autoridad el mago.

—Veamos.

—En primer lugar, estás cada día más embriagado por los encantos de Bekralbayda.

—Es verdad.

—La sultana Wadah lo sabe y tiene celos.

—Es cierto.

—Bekralbayda quiere antes de ser tuya poner á prueba tu amor.

—¿Y me exige grandes sacrificios?

—Sé que á pretexto de que este palacio es triste, en lo que no la falta razón, te ha pedido que construyas para ella sola un alcázar.

—Es verdad.

—Tú te has puesto esta noche, poderoso sultán, á idear ese alcázar, y un buho ha entrado por la ventana y ha apagado la lámpara.

—¿Y por qué ese buho...?

—Porque ese buho quiere que ese alcázar se construya en el lugar donde está construído invisiblemente el encantado Palacio-de-Rubíes.

—¡El Palacio-de-Rubíes!

—Sí, en la Colina Roja.

—Explicame, explicame eso.

—Escucha.

Reclinóse el astrólogo indolentemente en el diván, y empezó después de algún tiempo de meditación, de esta manera:

—Allá en los primeros años después de la conquista de los árabes sobre España, era señor de Granada Abu-Mozni el-Zeirita.

Este rey, siendo ya viejo, murió y dejó su herencia, esto es, el señorío de Granada, á un sobrino suyo, viejo también, que residía en África y que se llamaba Aben-Habuz.

Cuando Aben-Habuz vino á Granada á recoger la herencia de su viejísimo tío, sólo halló un negro y carcomido castillo, puesto sobre la cima de un monte, al pie de las vertientes de una sierra, y en el castillo algunos cientos de feroces guerreros que miraban el ataud de roble de su señor, apoyados en las picas, con la misma expresión que el perro de montería que pierde al amo que le arrojaba sobre el rastro.

Aben Habuz no conocía á Abu-Mozni, y por lo tanto no se entristeció. Humilóle, sí, que un pariente suyo fuese llevado á la sepultura sin embalsamar y con un ataud y unos vestidos tan humildes, porque Abu Mozni había gastado el dinero de sus tierras y de sus vasallos en perros y murallas, y no había pensado ni una sola vez en su vida en tener un alcázar ni un harén, ni en proveerse de un lecho de piedra en donde dormir el último sueño.

Aben-Habuz mandó á sus médicos que embalsamasen los restos de su feroz tío; hizo quemar el ataud de roble y el sayo de lana; le encerró vestido de púrpura en un féretro de brocado, dentro de un sepulcro de mármol, sobre el cual hizo esculpir un pomposo epitafio, largamente meditado por sus sabios, y después de estos últimos deberes, satisfechos más bien que á la memoria de su tío, á su orgullo de rey, se lanzó con los tostados africanos que encontró en su herencia y con el ejército que había traído de allende el mar, sobre los enemigos, que, aprovechándose de la muerte de Abu-Mozni-el-Zeirita habían invadido su territorio; y después de haber recorrido las fronteras tras ellos, de haberles incendiado castillos y aldeas, y robándoles ganados y

(1) Arquitecto.

mujeres, se tornó á su alcazaba, repartió el botín entre los soldados, encerró las mujeres en una torre, y se echó á buscar un sitio donde edificar una residencia más digna de un rey, que el ahumado torreón donde había pasado largas veladas, tendido sobre una piel de tigre, el primer señor árabe de Granada.

Llamó á sus faqués y á sus astrólogos, y éstos, después de haber consultado las estrellas, le llevaron á la cresta de la colina, poco distante de la torre de la alcazaba, y le dijeron:

—Aquí, señor, debes alzar tu alcázar y la atalaya de tu reino; porque desde esta loma se ven la extendida vega y las distantes fronteras, y porque un rey debe estar siempre atento á la defensa de su pueblo.

Y Aben-Habuz hizo un alcázar y levantó una torre altísima en el lugar que le dijeron los faqués y los astrólogos, y sobre la torre puso un caballero de hierro con la lanza en ristre y girando á todos los vientos, y en la adarga del caballero mandó pintar un gallo y poner debajo esta leyenda:

Dice el sabio Aben-Habuz,
Que así se defiende el andaluz.

Porque el viejo rey tenía por una de sus más preciosas máximas, la de que un guerrero debía ser vigilante como un gallo, ligero como el viento, para volverse y correr á la parte por donde amenazase el peligro, y por esto y por otras razones que á nadie dijo, llamó á la torre de su alcazaba torre del Gallo de Viento.

Y encerrábase en ella el viejo rey, y se dormía al rechinar de la veleta, y la consultaba cada vez que soplabá el viento de la tormenta, y allí donde el caballero tenía asestada la punta de su lanza corría con sus gentes y hacía Eblis (1) que siempre encontrase enemigos, á quienes destrozaba, volviéndose cargado de preseas á su castillo.

Y sucedió que una de estas veces, en vez de encontrar enemigos, sólo halló un viejo astrólogo que al ver llegar al rey entre aquella muchedumbre de guerreros, se prosternó en tierra, pidió amparo á Aben Habuz, y le prometió, si le dejaba la vida, edificarle un alcázar tal, que fuese maravilla de los siglos venideros.

Rióse el rey del temor del astrólogo, hizole cabalgar á la grupa de uno de sus africanos, le

trajo á Granada, y se encerró con él en la torre del Gallo de Viento, sin dar oídos á otras palabras que á las del astrólogo, ni salir de la torre más que para hacer las azalae (1) en la mezuquita.

Y aconteció que el rey olvidó la guerra por la astrología, y pasaron lunas enteras sin que saliese contra los cristianos, á pesar de que éstos, mal escarmentados siempre, corrían la tierra haciendo talas y desaguisados, y los habitantes de las villas fronterizas, temerosos de ellos, corrieron á encerrarse tras los muros de la alcazaba Cadina y de la villa de los Judíos.

Cansóse el caballero de la torre de avisar el peligro, y desde entonces no volvió á inclinar su lanza al lugar por donde aparecían enemigos, y perdió su virtud el talismán, mientras el rey pasaba las noches en claro en la torre del Gallo de Viento, á la luz del hornillo donde el sabio hervía en sus vasijas de vidrio brebajes repugnantes.

Al fin, una noche el sabio y el rey salieron de la alcazaba por un postigo del muro, bajaron al valle formado por el Darro y subieron á la Colina Roja.

Era la noche oscura, y la tormenta hacía rechinar la veleta de la torre del Gallo de Viento; la lanza del caballero señalaba entonces á la Colina Roja, donde estaba el astrólogo con el rey.

Hay quien dice que el astrólogo sólo quería vengarse del rey por haberle éste arrebatado una hermosa doncella, hija suya, de la villa de los Judíos, y que había dado al rey un filtro que había secado su cerebro, tornándole loco.

Sea como quiera, el astrólogo encendió una hoguera en la parte oriental de la Colina Roja, en el mismo sitio donde estaban las ruinas de una antigua alcazaba, y arrojó al fuego, pronunciando palabras misteriosas, unos polvos mágicos fabricados por él delante del rey. Entonces la tierra tembló, condensóse el aire, tomó formas el humo de la hoguera, y aparecieron cuatro hadas hermosas, apenas cubiertas con velos de seda, batiendo sus transparentes alas de mariposa.

Aquellas hadas, que por el poder del conjuro del astrólogo habían sido arrancadas del quinto cielo, eran los genios del Palacio-de-Rubies.

Llamábase la una Aliento-de-las-flores, la se-

(1) Nombre que daban los árabes al diablo.

(1) Oraciones.

gunda Eco-de-las-armonías, la tercera Suspiro-de-amor, la cuarta Espejo-de-Dios (1).

Al aparecer las cuatro hadas se había levantado como por encanto alrededor del rey un alcázar de incomparable hermosura; el astrólogo había desaparecido; sólo quedaban las cuatro hadas revolando alrededor del rey, que corría frenético por los galerías y los retretes y las cámaras y los patios del alcázar encantado, de aquel magnífico alcázar fresco, riente y sonoro, con el canto de sus aves, la fragancia de sus flores, el murmullo de sus fuentes y el eco de sus armonías.

El rey corría y corría, y lanzaba grandes carcajadas.

Aben Habuz tenía un alcázar de oro y púrpura, era astrólogo y sabio, pero había perdido el juicio.

El judío se había vengado.

Las hadas giraban alrededor del rey, danzando unas veces, revolando en las cúpulas otras, perdiéndose en el fondo de los estanques, ó deshaciéndose en vapores perfumados entre las esbeltas columnatas de las galerías.

Y Aben Habuz seguía corriendo con la barba descompuesta, la túnica flotante, la toca deshecha, riendo siempre de una manera insensata, y las hadas repetían su risa de loco; detentase cansado, y las hadas se replegaban silenciosas en sus lechos de algas y flores, de perfumes y oro; de repente volvían á aparecer ante el rey, y excitado Aben-Habuz por su hermosura, corría en vano tras ellas, y el insensato reía de pena, y sufría riendo; y en vano quería contener aquella risa fatal que saltó á su pesar de su pecho.

Y tornábase con la aurora á la torre del Gallo de Viento, y en vano pretendía ver desde sus almenas el palacio donde había pasado la noche: la Colina Roja se presentaba á su vista escueta y árida, como antes del ensalmo del astrólogo, y el rey se impacientaba y preguntaba á sus cadíes y á sus wazires si veían sobre la colina las torres, los muros y los minaretes de un alcázar.

(1) Estos cuatro nombres tienen en árabe las correspondencias siguientes: *Aliento-de-las-flores*, Nafasu al-Azjari; *Eco-de-las-armonías*, Sadan-al-Angámi; *Suspiro-de-amor*, Jasratu-Jebbat; *Espejo-de-Dios*, Miratu-Allaji. Dejamos en el texto la traducción española de estos nombres, porque son demasiado extraños, es decir, porque no tienen tan buen sonido como otros que hemos consignado en el texto.

Los sabios de su corte se entristecían y tenían al rey por loco, porque nada veían.

Todas las noches Aben-Habuz subía á la Colina Roja, y entonces el alcázar se presentaba ante él soberbio, con sus altísimas torres, sus enhiestas almenas reales, sus cavas profundas y sus puertas de hierro, que se abrían para darle entrada hasta el Palacio-de-Rubíes, donde tornaba á su insensata alegría y su risa cruel.

Y cada noche que el rey penetraba en el palacio encantado parecía éste más hermoso, más diáfano y más rico de resplandores y de armonía: miraba su nombre escrito con oro entre los lazos de las atauxias (2) y de los alicatados (2), y le enardecían las leyendas de amor, en que hablaban para él con el lenguaje del Paraíso hurfes invisibles.

Y el desdichado sufría, reía y tornaba á su castillo, cada vez más insensato, cada vez más débil.

Su vida se consumía como una lámpara á la que falta pábulo, y aquel terrible rey, tan fiero y justador á su llegada á Granada, sólo era ya una sombra de lo que había sido: un cadáver animado.

Llegó á hacerse su locura terrible: azotaba á sus mujeres, reventaba á sus perros, cortaba la cabeza á sus sabios, y se reía siempre, y al eco de su risa huían todos, porque había llegado á ser un eco de muerte.

Una noche se ciñó su corona de rey sobre su frente de loco, y salió como acostumbraba de su castillo, al que, por fortuna de sus vasallos, no debía volver sino en hombros de los señores de su corte.

Rugía la tormenta, y el huracán zumbaba entre las quebraduras de los cerros.

Aben-Habuz subió impávido el repecho de la Colina Roja, llegó á la puerta de hierro del alcázar encantado, que se abrió ante él, y llegó hasta el fondo de un magnífico patio, entre cuyas galerías se habían refugiado las cuatro hadas, huyendo de la tormenta.

Cuando el rey Aben-Habuz las vió á la diáfana luz que alumbraba el alcázar, emanada del mismo, soltó una sonora carcajada, abrió con entrambas manos su alquicel para que las ha-

(1) Adornos de flores y hojas, especie de filigrana caprichosísima de que están ornamentadas las paredes de la Alhambra.

(2) Mosaicos que sirven unas veces de zócalo á las paredes, otras de pavimento.

das no pudiesen escaparse, y se fué hacia ellas pretendiendo abrazarlas.

Pero Espejo-de-Dios pasó sobre él, desahaciéndose en lluvia; Aljento-de-las-flores huyó, envolviéndole en perfumes; Eco-de-las-armonías se deslizó junto á él, rozando sus vestiduras y haciéndole escuchar cantos perdidos, y Suspiro-de-amor le burló, infiltrando en su corazón ardientes deseos.

Tras esta burla, las hadas fueron á posarse en un ángulo distante, y Aben Habuz corría tras ellas, riendo siempre y empeñándose en aquel juego fatal que agotaba sus fuerzas y su vida.

Y desaparecían y tornaban á aparecer, y las columnas y los arcos, los muros y las cúpulas parecían girar, uniéndose á aquel baile terrible, y las leyendas escritas con oro y colores, y los mármoles y los alicatados lanzaban lánguidos destellos y repetían enamorados cantares, y parecían exhalar céfiros lascivos impregnados de suavísimos perfumes.

Y el desdichado loco reía, y cada carcajada era más desgarradora, y sus pasos cada vez más inciertos y vacilantes, y el alcázar continuaba girando alrededor de él y acreciendo en destellos, en fragancia, en armonía.

Al fin, Aben-Habuz vaciló, sentóse fatigado sobre el pavimento, sus ojos se nublaron, la muerte voló en turno suyo, y volvió á la razón.

Entonces cesó su risa, quiso levantarse y no pudo, y miró á las hadas con los ojos inyectados de sangre.

—¡Malditos genios!—dijo con voz expirante; ¡habéis hecho insensato á un rey; pero este rey es sabio y se vengará! Dormid aquí, con mi corona y mis amores, hasta que un rey poderoso, descendiente del compañero del Profeta, venga con el poder que le prestará la ciencia á despertaros de vuestro sueño.

Y cayó por tierra y sus ojos se cerraron, y la muerte fué con él.

Al mismo tiempo se derrumbó con estruendo el alcázar, y las hadas quedaron sepultadas entre sus ruinas.

—Yo soy descendiente de Ansari—dijo sin poderse contener el rey Nazar.

—Sí, sí, tú eres el destinado á mostrar á las gentes el Palacio-de-Rubtes—dijo Yshac-el-Rumi; por eso, cuando por complacer á Bekralbayda has pensado en hacer un alcázar, ese buho ha entrado y ha apagado tu luz.

—¡Pero ese buho!...

—El rey Aben-Habuz fué encontrado muerto sobre la Colina Roja, y conducido á su castillo fué sepultado en una tumba magnífica. Pero el alma del rey Aben-Habuz ha quedado sobre la tierra, encantada en el cuerpo de un buho.

—¿Y quién te ha revelado ese misterio y esa maravillosa leyenda?—dijo el rey Nazar, temeroso de que aquel relato fuese una impostura de Yshac-el-Rumi.

—Hace mucho tiempo, señor—dijo el viejo de una manera inalterable—, que he consultado tu horóscopo con las estrellas.

—¿Y mi horóscopo cuál es?

—Tú serás el fundador de ese alcázar que admirarán las gentes, que construirás por el amor de una mujer, y al que darás tu nombre.

—¿Y ese alcázar existe?

—Existe encantado.

—¿Y puedo yo verle?

—Sí, poderoso señor; pero enloquecerías y morirías como el rey Aben-Habuz.

—¡Y bien! si no puedo verle, ¿cómo he de construir en el lugar donde se encuentra, un alcázar semejante?

—Yo te traeré pintado en pergamino el alcázar; medido y dispuesto desde lo más chico hasta lo más grande, de modo que los alarifes y los oficiales sólo tengan que labrar la piedra y la madera.

—¿Y cuándo me traerás ese pergamino?

—Pasada una luna.

—¡Una luna todavía!

—Necesito ese tiempo para visitar el alcázar encantado; y puesto que tanto amas á mi hija, aprovéchate tú para reducirla á tu amor.

—Dentro de una luna te espero—dijo el rey Nazar: vete.

—Dentro de una luna yo te haré conocer el Palacio-de-Rubtes. ¡Que el Altísimo y Misericordioso quede contigo, rey Nazar!

Y el astrólogo salió.

—¡Oh!—exclamó el rey Nazar: ¡el sabio rey Aben-Habuz encantado en un buho! ¡Este buho inspirándome el amor de Bekralbayda! ¡Ella pidiéndome un alcázar en cambio de sus amores! ¡Ese viejo contándome un extraño encantamiento! ¡Mi hijo, enamorado de ella, guardando su secreto; y ella, enamorada de mi hijo, y ocultando también su amor! Y luego, ¡yo conozco á ese viejo; yo le he visto alguna vez! Pues bien: dejemos correr las cosas, y Dios me guiará.

Fortalecido y tranquilo por su confianza en

Dios, el rey Nazar se reclinó en su diván, se envolvió en su alquicel y se durmió.

XIII

LA SULTANA LOCA

¡Qué hermosa era aquella mujer, á pesar de su locura!

Negros sus ojos y sus cabellos, como los ojos y los cabellos del ángel de la noche; su frente, su cuello y sus hombros eran más blancos que la espuma de un torrente cuando lo ilumina la luz de la luna.

¡Qué hermosa era la sultana Wadadh!

Las flores palidecían de envidia al verla, y los ruiseñores cantaban estremecidos de amor cuando ella pasaba lenta y pensativa bajo las enramadas de los jardines del alcázar.

Muchas veces pasaba largas horas sentada á la margen de las corrientes, mirando abstraída el continuo trenzar y destrenzar de las aguas, ó con la mirada absorta y fija en esas extrañas figuras que forman las nubes cuando las agrupa y las amontona el viento.

Otras veces se la sorprendía escribiendo sobre la arena con una varita acabada de arrancar á un boj, extrañas figuras y caracteres ininteligibles, ó ya retirada en sus retretes, entonando un cántico monótono y misterioso.

Nadie la había visto reír; pero nadie tampoco la había visto llorar.

Y á pesar de su enajenación, y de lo extraño de sus palabras y de sus acciones, nadie, á excepción del rey Nazar, la creía loca.

Por el contrario, la creían maga y poseída por un espíritu invisible.

Sus esclavos estaban con terror á su lado, y aprovechaban la primera ocasión para huir de ella.

De ella, que era tan hermosa.

Pero la mirada de sus negros ojos tenían una fijeza tal, parecían tan hambrientos, que aterraban.

El mismo rey Nazar había acabado por espantarse de ella.

La sultana no lloraba; pero cantaba cada día de una manera más triste.

Y aquel canto era la lluvia de lágrimas de su alma.

Hacia muchos años, casi veinte, desde el nacimiento del príncipe Juzel-Abdallah, segundo hijo del rey Nazar, que la sultana Wadah estaba

loca. ó como lo pretendían sus aterrados esclavos, poseída por un espíritu invisible.

Wadah amaba al rey Nazar con un amor desesperado; muchas noches se la escucha llamando de una manera desesperada á Al-Hhamar, y otras, abalanzándose y pretendiendo forzar las puertas que conducían á las habitaciones de su esposo.

Otras veces se la oía rugir como una leona, y cuando acudían los esclavos encargados de sujetarla en aquellos accesos, la veían ir de acá para allá levantando tapices, corriendo á todos los lugares oscuros, revolviéndolo todo como si buscase algo.

No había duda: la desdichada sultana Wadah estaba poseída de un espíritu invisible.

Un día se abrió la puerta dorada de su retrete.

Wadah exhaló un grito de alegría.

Por aquella puerta sólo podía venir el rey Nazar.

El rey entró y cerró de nuevo.

La sultana se abalanzó á él

—Yo te amo, te amo siempre—exclamó.

Y le besó en la boca.

El rey Nazar contestó, estremeciéndose á aquel beso, con un beso trémulo.

—Tú te aterraas junto á mí—dijo Wadah—, tú me temes; ¿por qué temes á tu amada?

El rey no supo qué contestar.

—¿Has visto acaso otra mujer más hermosa que yo?—dijo la sultana fijando su terrible mirada en Al-Hhamar.

—¡Oh! no—exclamó el rey—; tú eres la mujer más hermosa de la tierra.

Y el rey Nazar se estremecía, porque las mejillas de la sultana temblaban, y una leve espuma empezaba á blanquear sus labios rojos, como una banda de grana.

—Sí, sí—exclamó Wadah corriendo hacia un gigantesco espejo de plata y arrancándose sus vestiduras hasta quedar medio desnuda; yo me veo ahí; yo soy cada día más hermosa; yo embellezco las joyas y doy brillo á los diamantes; yo soy más blanca y más nacarada que las perlas; y yo le amo, yo le amo, y él me abandona: ¿habrá visto á otra mujer más hermosa que yo?

El rey Nazar conoció que había ido á ver á la sultana en uno de sus más graves momentos de locura.

Wadah continuó delante del espejo, destrozán-

dose los cabellos y arrancándose las joyas que la cubrían.

—Sí, sí; soy muy hermosa, Nazar; mírame, amado mío, mírame y amame: sólo he perdido el color de mis mejillas: me he quedado blanca, blanca como la luna; pero... eso fué desde un día...

Destellaron un relámpago salvaje los ojos de la sultana, se estremeció toda, lanzó un grito horrible, y casi desnuda, arrastrando su larga túnica de brocado, destrenzados los larguísimos cabellos, flotando sobre los tersos y redondos hombros, empezó á buscar por los rincones de la cámara, á revolver los almohadones del diván, á levantar los tapices de los retretes.

—¡Mi rosa blanca!—gritaba.—¡mi rosa blanca! ¡yo la tenía escondida, y me la han robado!

Y luego se sentó en el suelo, cruzó sus manos sobre sus rodillas, y se puso á cantar una melodía vaga, sin palabras, triste y lánguida como un suspiro.

El rey Nazar la contemplaba inmóvil; y lágrimas de compasión asomaban á sus ojos, suspendidas sobre sus mejillas.

¡La rosa blanca!

Jamás Wadah había pronunciado una sola palabra que aclarase el misterio de la causa de su locura. ¡Locura!

He aquí lo único que se la oía pronunciar en medio de su delirio.

El rey había preguntado á sus sabios, y éstos se habían esforzado en vano por descifrar aquel misterio.

En una ocasión se había puesto una magnífica rosa blanca en una copa de oro, oculta tras un tapiz, y el mismo rey Nazar había observado á su esposa escondido.

Llegado el acceso, la sultana había buscado, según costumbre, por todas partes, y al encontrar la rosa se había arrojado sobre ella y la había despedazado, exclamando:

—Mi rosa era más blanca, y más pura, y más fragante.

El rey había renunciado ya á conocer el misterio de la locura de su esposa.

Y habían pasado años y años.

Sin embargo, Wadah no había olvidado su pérdida rosa blanca.

.....
Seguía sentada en el suelo, cruzadas las manos delante de sus rodillas, y entonando su triste y lánguida melodía.

—¡Wadah!—la dijo el rey.

—¿Quién me llama?—exclamó la sultana escuchando con atención.

—Soy yo...—dijo el rey—; yo que te amo.

—¡Ah!—dijo la sultana—el rey Nazar: el rey Nazar es un ingrato: cuando yo le conocí, sólo tenía una pequeña, una pobrecilla bandera y doscientos esclavos, jinetes en yeguas negras y armados de lanzas: era un pobre walí... pero yo le amé, y fue poderoso.

Wadah pronunciaba estas palabras con una cadencia lenta, gutural, y tenía fija la vista en las bovedillas doradas de la cúpula.

—Yo era maga... un mago me había traído de las montañas donde nace el Nilo.

Yo amaba entonces solamente á mi rosa blanca, y la escondía para que nadie la marchitara con sus miradas.

Pero vi á Al-Hhamar y le amé: le amo tanto como á mi rosa blanca.

Le favorecí con mi poder; le di un amuleto que le hizo invencible, y Al-Hhamar se apoderó primero de un pueblo y luego de otro, y se hizo rey, rey fuerte, y sus soldados le llamaron el vencedor y el magnífico.

La rosa blanca tuvo celos de mi amor al rey Nazar, y me abandonó.

Y el rey Nazar me abandonó también, á pesar de que sabía que era mi alma.

El rey Nazar amaba á otra mujer.

—¡Leila Radhyah! ¡ah! ¡Leila-Radhyah! ¡pero tú tampoco has gozado los amores de Nazar ¡Yo sé que Nazar llora por tí!

Estremecióse Al Hhamar. Era la primera vez que la sultana Wadah nombraba á la princesa africana.

¿Sabría Wadah lo que había sido de ella?

Pero no se atrevió á preguntarla.

Continuó callando y escuchando con toda su alma.

Wadah permaneció sentada en el suelo, con la mirada fija en la cúpula y hablando como si estuviese sola.

—El rey Nazar es un ingrato: me lo debe todo, y me vé morir y no tiene compasión de mí. Una sola palabra suya sería para mí como el rocío de la alborada para las flores marchitas, y no pronuncia esa palabra.

Al-Hhamar se acercó á Wadah, la levantó en sus brazos, la estrechó en ellos, y la besó en la boca.

Wadah se estremeció, dió un grito, miró de

hito en hito al rey Nazar, y rompió á llorar.

Era la primera vez que lloraba después de veinte años.

Su mirada lúcida, radiante, se posó en el rey, y sus labios sonrieron.

—¡Ah! ¡eres tú, tál! ¡Cuánto tiempo hace que no te he visto!—exclamó:—¡ah! ¿quién me ha arrancado mis vestiduras? ¿quién ha destrenzado mis cabellos?... ¿Has sido tú? No, no, es imposible: tú tienes abandonada á tu esposa, tú no la amas!

—¡Wadah! ¡Wadah!—exclamó el rey—, ¿por qué dudas de mí?

—Dime—continuó Wadah—, ¿por qué has traído á mi lado una doncella que yo no conocía; una hermosísima doncella á quien enamoras?

—Bekralbayda es una esclava que he comprado para tí.

—Sí, es verdad—dijo Wadah:—también Leila-Radhyah era una esclava, y sin embargo, tú la amabas, Nazar.

—¡Leila Radhyah!—dijo el rey—, ¡dejemos en paz á los muertos!

—Sí, es verdad—dijo Wadah—, dejemos en paz á los muertos; pero tú la amabas, Nazar.

—Yo no he amado á ninguna más que á ti: tú en cambio amas á un fantasma, á un misterio más que á tu esposo.

—¡Yo!

—Sí: tú amas más que á mí á tu rosa blanca.

—¡Oh!—exclamó la sultana Wadah; y en sus negros ojos brillaba la razón:—¡Cuán torpes son los hombres! ¿No has comprendido cuál era mi rosa blanca?

—No, nunca lo has explicado.

—La rosa blanca... era mi alma... mi alma que me la han robado les que me robaron tu amor: yo he debido estar loca, Nazar.

—Acaso Dios lo haya permitido.

—Yo recuerdo, como sueños confusos, sueños horribles.

—Es necesario no recaer más en esos sueños, amor de mi alma—dijo el rey estrechando la entre sus brazos.

—Necesito el amor y la compañía de mi esposo—dijo Wadah.

—Y bien, la tendrás.

—Necesito que vivas á mi lado.

—Viviré.

—Quiero que tu hijo el príncipe Mohhammed...

—¿Qué sabes tú del príncipe?

—Sé que está preso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Bekralbayda, mi esclava, que le ve todos los días asomado á un ajimez en lo alto de la torre del Gallo de Viento.

Palideció levemente el rey Nazar, y Wadah aspiró aquella palidez.

—Mi hijo ha cometido un delito de inobediencia, y es necesario que le castigue.

—¿Y no habla por él en tu corazón el amor de su madre?

—¡Wadah!

—Perdónale, señor, perdónale... aunque no sea más que por la memoria de tu perdida Leila-Radhyah.

Pronunció la sultana con tal sarcasmo estas palabras, que el rey empezó á sospechar lo que nunca había sospechado: que su esposa hubiese tenido parte en la muerte de la princesa.

Y como si Wadah sólo hubiese recobrado por un momento la razón para aterrar al rey Nazar, volvió á su violento estado de locura.

El rey salió aterrado de la cámara.

Apenas se perdió el ruido de las pisadas del rey, cuando Wadah se alzó del suelo, donde de nuevo se había sentado, sombría, terrible; en sus ojos había vuelto á aparecer la razón.

—¡La ama! ¡ama á esa doncella!—exclamó—; ¡ha palidecido al saber que Bekralbayda ama á su hijo! Pues bien: ¡mis celos mataron á Leila-Radhyah! ¡mis celos matarán á Bekralbayda!

Y acabó de componer el desorden de sus ropas, recogió sus cabellos, y salió lenta y fatídica de la cámara dorada, por una puerta opuesta á aquella por donde había salido el rey.

XIV

LO QUE SE VEÍA DESDE LA TORRE DEL GALLO DE VIENTO

Mientras pasaba la luna fijada por plazo por Yshac-el Rumi para mostrar al rey la reproducción de las maravillas del Palacio de Rubies, acontecían en el palacio del Gallo de Viento pequeños sucesos, pero graves, y que no son para pasados en olvido.

El príncipe se desesperaba en la prisión de la torre.

Encerrado allí como un águila en su jaula,

sufría esa tortura lenta del prisionero que ve los azules horizontes, la gente que va y que viene, que entra y que sale, y la envidia, porque su paso no puede extenderse más allá de los muros de su prisión.

Inacción forzada, terrible, que irrita, que desespera, que desalienta, y tanto más cuando no se conoce el término de ese estado aflictivo, cuando no se sabe si se saldrá de la prisión para la tumba ó para el destierro.

Y cuando el que está preso ama como amaba el príncipe; cuando se tienen celos como el príncipe los tenía; cuando se ve desde la prisión lo que el príncipe veía todos los días, la vida llega á hacerse insoportable.

Al amanecer, por medio de las calles de césped de un jardín que veía el príncipe desde su empinada prisión, atravesaba una forma blanca, leve y gentil y se perdía entre la espesura de los bosquecillos. Aquella forma, aquella mujer hechicera era Bekralbayda.

Poco después, una forma negra, lenta grave, majestuosa, se perdía por el mismo lugar por donde había entrado la joven.

Aquella forma negra, aquel hombre de andar reposado y majestuoso era el rey Nazar.

Pasaba el tiempo; el príncipe, devorado de celosa rabia, contaba por cada instante un siglo.

Al fin, el rey y Bekralbayda salían del bosquecillo, atravesaban juntos el sendero, y se perdían bajo los pórticos.

No era sólo el príncipe el que veía esto.

Lo veía la sultana Wadah, estremecida de rabia, desde sus miradores.

Veíalo también, estremecido de una cruel alegría desde una torrecilla del muro, el astrólogo Yshac-el-Rumi.

Llegó al fin el plazo prefijado por el astrólogo.

Una noche entró en la cámara del rey con un voluminoso rollo de pergaminos.

Hízole sentar Al-Hhamar, y le dijo:

—Estoy impaciente por construir ese alcázar; mi amor hacia tu hija es cada día más grande.

—Mi hija es muy afortunada, poderoso señor.

—Pero tu hija se obstina en no corresponder á mi amor sino cuando haya construído para ella un alcázar.

—Aquí tienes las trazas de él, magnífico sultán, cuadra por cuadra, rico y majestuoso, como ha querido hacerle Dios.

El astrólogo extendió uno por uno todos los pergaminos.

En él estaban pintados primorosamente las habitaciones del alcázar, los patios, las fuentes, las galerías caladas, las blancas columnatas de mármol, los claros estanques, los techos de oro, rojo y azul, las cúpulas estrelladas; una gran inmensidad de exquisitas labores, de alicatados maravillosos, de labradas maderas, de celosías, de puertas; aquello era un prodigio que maravilló al rey.

—Mira, señor—le decía el astrólogo—, cuán bello es este patio: sus columnatas forman un espeso bosque cuando se le mira desde sus galerías, y los graciosos arcos parecen las copas de jóvenes palmeras que se cruzan; mira cuán magnífica es esa fuente que se sustenta sobre esos doce leones; pues las cuatro salas que rodean el patio, parecen robadas del Paraíso; sus cúpulas son cielos estrellados, y sus ajimeces parecen tan hermosos como los ojos de una hurí.

—Indudablemente Dios es grande sobre todas las grandezas, decía el rey, y este alcázar es una de sus maravillas.

Sus arcadas son tan ligeras, que parece que ha de hacerlas mover la brisa; sus columnas son tallos de azucenas en búcaros de nácar.

Sus estanques son espejos de Dios, y cada uno de sus jardines parecen el chal de una hurí.

¿Qué hombre podrá realizar tanta maravilla?

Ya no extrañó que el rey Aben-Habuz se volviere loco al ver tanto prodigio.

—Tú realizarás esta obra admirable, poderoso sultán Nazar—dijo el astrólogo.

—Yo he construído en mi Granada cien mezcitas y doscientos aljibes—dijo el rey—; yo he abierto á la ciencia multitud de escuelas; yo he rodeado el recinto de muros que orlan mil y treinta torres y treinta mil almenas; yo he invertido ciertamente en todas esas obras grandes tesoros; ¿pero qué tesoros bastarían para construir este alcázar, maravilla de las maravillas?

—El palacio en que vives no es digno de tu grandeza.

—Sea feliz y próspero mi pueblo, que yo tengo bastante con una torre para morar y una piel de tigre para reclinar mi cabeza, como el viejo rey Abu-Mozni-el-Zeirita.

—Tú amas á mi hija.

Calló el rey.

—Mi hija no te concederá su amor, sino cuando hayas construído para ella este rico alcázar.

—Tu hija me pide mucho. Es una esclava demasiado cara.

—Mi hija será sultana.

Se estremeció el rey.

—Mi hija es más hermosa y más preciada que ese alcázar que tanto te enamora.

Meditó un momento el rey, y luego dijo levantándose de una manera decidida:

—¡Construiremos el alcázar de las maravillas, Yshacl! ¡Yo te lo juro!

XV

UNO PARA CADA ALMENA

Y es de advertir que cuando el rey Nazar formó la resolución de construir aquel magnífico alcázar, no tenía una sola dobla en su tesoro.

Porque el rey Nazar invertía sumas cuantiosísimas en la construcción de hospitales, mezquitas, escuelas y otros establecimientos, y en pagar sabios que enseñasen al pueblo.

El rey había concebido un proyecto, para llevar el cual á cabo envió cartas á todas las villas del reino, llamando á todos los caballeros sus vasallos.

Ocho días después hervía Granada en forasteros.

Deslumbraban las galas y el aparato con que aquéllos habían venido á la corte, y las posadas estaban llenas, y se preguntaban los unos á los otros para qué habría hecho el rey aquel llamamiento.

Al fin un día los convocó el rey Nazar á su palacio de la torre del Gallo de Viento, y cuando todos estuvieron reunidos, salió vestido magníficamente en un caballo cubierto de paramentos de brocado, llevado de las riendas de púrpura por dos wazires, rodeado de sus sabios y de sus walfes y seguido de los esclavos negros de su guardia.

Precedían al rey Nazar timbaleros y trompetas, y de este modo, llevando tras sí á todos los nobles que había convocado, bajó por Alacab (1) á la calle de Elvira, y atravesando el barrio que poblaba la tribu de los Gomeles, subió á la Colina Roja.

En el centro de la cumbre había una magnífica tienda de seda y oro levantada para el rey.

Delante de la tienda había un trono.

Cuando el rey Nazar llegó junto al trono, descabalgó y descabalgaron los de su comitiva, y de igual manera descabalgaron los caballeros.

El rey subió sobre el trono, rodeándole los de

su séquito, y luego, delante del trono y en media luna, se extendieron todos los nobles, que pasarían de cuatro mil.

El rey Nazar paseó por ellos una mirada orgullosa.

La mirada de un rey que contemplaba delante de sí una caballería tan rica, tan noble y tan valiente.

—Os he llamado—dijo el rey—para concederos una gracia.

Salió una aclamación unánime de las bocas de los caballeros.

—Todos sois nobles y valientes, y la paz en que estamos con el cristiano os tenía ociosos y disgustados, convertidos en labradores.

Contestaron al rey unánimes señales de asentimiento.

—Mirad las distantes sierras: aquellas son las fronteras de nuestro territorio: de una parte hacia la tramontana tenemos á Murcia, de otra á Jaén, de otra á Córdoba, y allá al frente á Africa.

Volviéronse las miradas de los caballeros á las distantes fronteras con una avaricia feroz.

—¿Vosotros volaríais sobre vuestros caballos y sobre vuestras almadías, atravesaríais esas fronteras y ese mar, y haríais la guerra si yo os lo permitiese?

—¡Sí, sí, sí!—gritaron enardecidos de entusiasmo todos los caballeros.

Pero yo no puedo permitirlos la guerra; tengo asentadas las paces con los reyes de Castilla y Aragón y con los emires de Africa.

Nublóse el atezado rostro de todos aquellos bravíos guerreros.

—Mi estandarte real no puede ir delante de vosotros—añadió el rey Nazar.

—¿Y cómo hemos de pasar las fronteras cristianas y embestir las riberas de Africa, si tienes asentadas paces con los emires moros y los reyes cristianos?—dijo uno de los caballeros.

—Yo no puedo permitirlos la guerra; pero vosotros podeis hacer una sola algarada (1).

(1) Algarada: correría de pocas horas en tierra enemiga, durante la cual incendiaban aldeas y caseríos, cautivaban hombres y mujeres, y se volvían con la presa: en esta ocasión, la fe de Al-Hamar respecto á los tratados con sus aliados, era una especie de fe púnica: según el derecho internacional de aquellos tiempos, no se entendía rota una tregua ni falseado un tratado de paz, porque los vasallos de una de las dos altas partes contratantes rompiesen por la frontera en algará, hiciesen presas y se volviesen sin pasar

(1) La cuesta.

Volvió á brillar la alegría en el rostro de los caballeros.

—¿Una algarada á todo trance, señor?—dijo el mismo anciano.

—Sí—espondió el rey.

—¿A la redonda en las fronteras del reino?

—Sí.

—¿Y contra las riberas de Africa?

—Sí.

¿Y ningún daño nos parará, poderoso señor?

—Ninguno; pero atended á lo que os voy á decir.

Creció el silencio entre los caballeros.

—Os permito una algarada de sol á sol contra las fronteras de Córdoba, Jaén y Murcia, y contra la ribera opuesta de Africa, frente á nosotros. Una algarada de sol á sol y nada más. ¿Me entendéis bien?

—Sí, sí, poderoso señor.

—Pero entended mejor lo que os voy á decir: dentro de ocho días me habéis de entregar en Granada treinta mil cautivos.

—¡Treinta mil cautivos!—exclamaron con asombro los caballeros moros.

—Sí, treinta mil cautivos—dijo el rey—: uno para cada almena.

—¿Pero dónde encontraremos tantos cautivos, poderoso señor?

—Buscadlos; y... al campo vuestras banderas; á la mar vuestras fustas; pasados ochos soles, me habéis de entregad en Granada treinta mil cautivos, uno para cada almena.

Y el rey despidió á sus caballeros y se volvió á su castillo.

—¡Treinta mil cautivos!—decían poco después aquellos feroces guerreros, galopando por los caminos en busca de sus villas y alquerías.

—¡Uno para cada almena!—murmuraban otros pensativos.

—¿Qué pretenderá hacer el rey Nazar?—añadían todos.

adelante. Como en aquellos tiempos era muy difícil sostener á la gente rapaz y aventurera, estas correrías eran muías, y para prevenirlas no se tomaba otra precaución que la de guarnecer fuertemente las fronteras: un rey, sin embargo, podía castigar á muerte los vasallos que hubiesen entrado á saco y degüello por las tierras de aquel con quien tenían estipuladas paces; pero los corredores tenían muy buen cuidado de enviar parte de la presa al rey, mediante cuyo tributo el rey y haría, como se le decía, la vista gorda, y aun solía elogiar la hazaña.

XVI

UNO PARA CADA CAUTIVO

Maravilláronse los sabios y aturdiéronse los ignorantes con la extraña resolución del rey Nazar.

¿Para qué quería aquellos treinta mil esclavos?

¿Qué treinta mil almenas eran aquellas de que había hablado?

No se murmuraba de otra cosa en la corte.

Pero creció la maravilla cuando el rey llamó á ciertos oficiales que se ocupaban en labrar piedras, y encerrados con ellos en su castillo, les dijo:

—Yo tengo en la sierra canteras de preciosos mármoles: mío es el blanco y brillante, que al marfil semeja: mía la serpentina verde como la esmeralda: mío el granito rojo, verde y azul, y el manchado, que imita á la piel del tigre: ¿cuánto me daréis si os dejo sacar mármoles por dos años de esas canteras?

—Te daremos diez mil doblas marroquíes, señor—dijo el principal de aquellos menestrales.

Movió el rey la cabeza.

—Te daremos veinte mil doblas marroquíes. Repitió el rey su movimiento negativo.

—Te daremos treinta mil doblas marroquíes.

—Dadme treinta mil morteros de granito negro—dijo el rey—, uno para cada cautivo.

—¡Ah! señor, ¿y con qué compraremos el granito?

—Tomadle de mis canteras.

—¿Y cómo traeremos tanto mortero?

—Dejadlos al pie de las canteras.

—¿Y en cuánto tiempo, señor, hemos de arrancar el granito y labrarlo?

—En quince soles.

—¡Ah, poderoso señor! ¡Tú quieres que hagamos maravillas!

—Vuestro es el mármol de todo género que podáis arrancar durante dos años de mis canteras; pero habéis de entregarme dentro de quince soles treinta mil morteros de granito negro con su maza, uno para cada esclavo.

Consultaron algún tiempo entre sí los menestrales.

—¿Y si dentro de los quince soles nos faltase algún número de morteros, señor?

—Entonces perderéis los que halláis fabricados, y no os daré nada.

Volvieron á consultar entre sí los mecánicos.

—Dentro de quince soles, señor—dijeron—.

tendrás al pie de las canteras de la siera treinta mil morteros con su maza.

—Sí, sí—dijo el rey—; eso es, treinta mil: uno para cada cautivo.

Los menestrales salieron maravillados.

—¿Para qué querrá el rey—se decían—, treinta mil morteros?

XVII

¡EL REY NAZAR SE HA VUELTO LOCO!

Uno de los que más se maravillaban y más recelosos andaban con la determinación del rey Nazar, era el mismo que le había metido en la tentación de construir el Palacio de Rubíes.

Yshac-el-Rumi.

Aquel extraño viejo daba en vano vueltas á su imaginación para adivinar los proyectos del rey.

El destino que quería dar á aquellos treinta mil esclavos y el objeto á que destinaba aquellos treinta mil morteros, eran dos acertijos.

Sin embargo, aquellos dos acertijos, como veremos mas adelante, eran de muy fácil resolución.

Á pesar de la facilidad de esta resolución, Yshac-el-Rumi no daba con ella.

Lo que demostraba que tenía más de charlatán que de astrólogo.

Sin embargo, Yshac-el-Rumi, como veremos más adelante, no era un hombre malo.

Se había propuesto motivar un gran acto de justicia, y para ello se había valido como medio, de lo maravilloso, porque sabía demasiado lo dados que eran á la superstición los musulmanes.

Y cuando decimos los musulmanes, como separando de ellos á Yshac-el-Rumi, parece que decimos que Yshac no era musulmán.

En efecto, no lo era originariamente: su mismo sobrenombre de Rumi lo decía (1).

Si ahora os contáramos la historia de Yshac-el-Rumi, perdería gran parte de su interés nuestro relato.

Básteles saber que Yshac-el-Rumi no era astrólogo más que en la charla; que el cuento del rey Aben-Habuz había sido una invención suya para maravillar al rey; que el encantado alcázar de Rubíes era una mentira, y que los hermosos planos, dibujos y vistas que había mostrado al rey, y que tanto le habían encantado, los había

comprado á un alarife africano que había muerto en la miseria, sin lograr que ningún emir de Oriente quisiese gastar sus tesoros en la construcción de aquel magnífico alcázar, con el cual había soñado veinte años de su vida, invertidos en la composición, distribución, trazas y adornos que estaban demostrados en los pergaminos.

El alarife moribundo vendió á Yshac-el-Rumi aquellos planos, dibujos y trazas mediante una extraña condición, fundada en una historia de amores y desgracias, y por algunos dirahmes de plata, con los cuales debía ser comprada una sepultura de piedra.

El alarife había entregado todos los sueños de su vida á Yshac-el-Rumi, á trueque de una estrecha vivienda donde dormir por toda una eternidad.

Además el alarife había entregado á Yshac-el-Rumi una mujer y una niña.

La mujer era hermosísima: la niña daba señales de serlo.

Fiel Yshac á su juramento, había embalsamado y puesto en su lecho de piedra al africano, se había consagrado á aquella niña y á aquella mujer, y estaba á punto de realizar los sueños del difunto.

El rey Nazar conocía á la niña.

El príncipe Mohammed la amaba.

Porque aquella niña era Bekralbayda.

El alcázar maravilloso iba á construirse.

Pero no podía Yshac-el-Rumi sacar en claro para qué quería el rey Nazar aquellos treinta mil cautivos y aquellos treinta mil morteros.

Y no era solo Yshac-el-Rumi el que andaba pensativo y confuso por aquel misterio: llegó á interesarse en él todo el reino.

Porque autorizados los walis, capitanes y arrayaces, vasallos del rey Nazar, para entrar en algara por las tierras cristianas y las riberas de Africa, empezaron á tomar gente á sueldo, y no se veían por doquier más que escuadrones armados y banderas tendidas, atravesando la Vega y los desfiladeros de las montañas: y por otra parte, los alarifes y labradores de mármol buscaban cuantos oficiales podían, y pagándolos á precio de oro se los llevaban á las canteras del rey, donde trabajaban de día y de noche.

Entre tanto, el rey Nazar hacía frecuentes excursiones con Yshac-el-Rumi, y llevando consigo los maravillosos pergaminos, á la Colina Roja.

—Pero aquí no cabe este alcázar—decía á su

(1) *Rumi*, romano; así llamaban los árabes y los moros de España á los solariegos y á sus descendientes, esto es, á los españoles indígenas descendientes de los godos.

falso astrólogo: será necesario subir con los muros por la ladera del cerro, y correr por su cumbre, y bajar después á la Colina de Al-Bahul, cerrando las dos alas del alcázar como con un herrete, con una muralla que cierre el barrio de los Gomeles. ¡Oh! ¡quién tuviera vida para ver terminada esta maravilla!

Yshac se maravillaba de que el rey Nazar pidiese á Dios vida y no tesoros para construir aquel alcázar.

—Muy rico debe ser el rey—decía para sus adentros.

—Cien torres y treinta mil almenas en ellas y en los muros—decía el rey Nazar contemplando los planos—; un cautivo para cada almena; un mortero para cada cautivo; treinta mil dirahmes de oro cada un día: ¡sí, sí, por Allah! hay lo bastante para construir una nueva Damasco. ¡Treinta mil cautivos, uno para cada almena! ¡Treinta mil morteros, uno para cada cautivo! ¡Treinta mil dirahmes de oro cada un día!

Yshac-el-Rumi se contristó, porque creyó que el rey había perdido el juicio, y esto echaba á tierra todos sus proyectos.

Y no era solamente Yshac el que pensaba de esta manera.

Los habitantes de Granada decían también, pero en voz baja, por temor de ser castigados:

—¡El rey Nazar se ha vuelto loco!

XVIII

¡EL REY NAZAR ES UN SABIO!

Pasaron los ocho días que el rey había concedido á los caballeros del reino para un solo día de algarada alrededor de las fronteras y al frente de la costa.

El mismo día en que se cumplía el plazo amanecieron delante de las puertas de Granada los cuatro mil caballeros, con sus banderas y sus taifas en número de cincuenta mil hombres (1).

(1) No debe extrañarse que los capitanes y hombres de guerra del reino de Granada reuniesen bajo sus banderas particulares tal número de jinetes; debe tenerse en cuenta que al reino de Granada se habían refugiado los restos dispersos por la conquista de los otros reinos moros, y consta por testimonios auténticos, que sólo la ciudad de Granada, una de las mayores, entonces, del mundo, tenía una población de dos millones de almas, y arrojaba por sus puertas un día de combate, ochenta mil caballos y un número incalculable de infantes; no hay que deducir su población de entonces por la antigua de-

En el centro del aduar ó campamento formado por cada una de estas taifas, se veían las presas hechas en las fronteras cristianas y en la ribera de Africa, consistiendo la mayor parte de estas presas en cautivos.

Notábase que todos estos cautivos eran hombres, y hombres robustos; si los caballeros habían hecho cautivas, se habían abstenido sin duda de llevarlas á Granada, enviándolas con algún ligero resguardo á sus posesiones.

El rey Nazar que es eraba, no sin fundamento, que sus caballeros cumplirían fielmente su promesa, estaba preparado, y cuando le avisaron de la presencia de aquellas gentes de la Vega, salió de su castillo rodeado de su corte y seguido por los mismos esclavos de su guardia.

Cuando el rey salió á la Vega por la puerta de Elvira, las dulzainas, las trompetas, los tambores, los atabales y las atakeviras de sus caballeros tocaron la zambra, á la que contestaron los músicos del rey.

Al pasar por medio de los cerrados escuadrones, los soldados gritaban:

—¡Al-Hhamar le galib! (1).

A lo que el rey Nazar contestaba, sonriéndose benévolamente, á walíes y soldados:

—¡We! ¡le galib ille Allah! (2).

El rey llegó al fin, acompañado por los xeques (3) de las tribus, y de los principales walíes, á una magnífica tienda, alrededor de la cual había amontonado un botín inmenso.

—He ahí, poderoso y magnífico señor—dijo el más anciano de los xeques, señalándole los despojos amontonados—, la quinta parte de

marcación de sus muros, porque según sus costumbres, en una habitación muy reducida moraban y dormían diez, doce y aun veinte hombres. toda una familia; había que contar además en la jurisdicción particular de la ciudad, las aldeas y alquerías de la Vega, que eran entonces innumerables. Más adelante veremos que por efecto de las guerras civiles y por las emigraciones á Africa, la población de Granada había decaído ya de una manera considerable en los tiempos de la conquista por los Reyes Católicos.

(1) Al-Hhamar el vencedor.

(2) ¡Bah! ¡sólo Dios es vencedor! Este es el mote de las armas de los reyes moros de Granada adoptado por Al-Hhamar. Este mote está escrito en carácter nedji africano, en una banda diagonal de oro saliendo de la boca de dos dragantes, sobre un escudo campo verde.

(3) Lllaman xeque al más anciano, al más autorizado de una tribu, que tiene gobierno sobre ella y derecho de vida y muerte.

nuestra presa, que te corresponde como emir y sultán de los creyentes.

Y empezó á poner de manifiesto la presa.

Consistía ésta en dinero, en oro y plata, en cálices, copones, viriles, cruces, ornamentos y otros objetos sagrados robados á las iglesias, y por último, en una multitud de armas y de alhajas de uso particular.

—Buena granjería habéis hecho—dijo el rey.

—Nos ha costado en cambio mucha sangre, señor.

—Si los cristianos se dejasen entrar á saco sin resistencia, las algaras serían el mejor entretenimiento del mundo; todo tiene su precio; la presa de las algaras se paga.

—Allá quedan sobre la sangrienta frontera centenares de musulmes y miles de infieles.

—Pero no es esto lo que os he pedido.

—Espera, espera, señor; dentro de la tienda está la presa que han hecho los que han pasado á Africa.

Entró en la tienda el rey Nazar.

Estaba enteramente cubierta de telas de brocado; la mirra, áloe y el inciedso formaban grandes montones; brillaban, dentro de cajas, diamantes y perlas y otras piedras preciosas. Veíanse en gran número pieles de león y de tigre, y en el centro una gran caja llena de doblas marroquíes.

—Pero yo no os he pedido oro, ni perfumes, ni alhajas, ni preciosidades—dijo el rey Nazar—; y, ¡ay de vosotros, si sólo esto habéis traído!

—Es—dijo el xeque—que entre africanos y españoles te traemos justos y cabales los treinta mil esclavos.

—¡Los treinta mil esclavos!—exclamó el rey.

—Sí, poderoso señor.

—¿Y todos fuertes y robustos?

—Sí, magnífico señor; porque hemos matado á los viejos, á los niños y á los enfermos.

—¡Treinta mil cautivos!—exclamó el rey—; ¡un dirahme de oro cada un día por cada cautivo!

—¡Treinta mil dirahmes de oro cada un día!—murmuraron por lo bajo los circunstantes.—¿Y de dónde va á sacar ese tesoro el rey Nazar?

—El rey Nazar está loco.

—¿Y dónde tenéis esos treinta mil cautivos?—dijo con ansia el rey Nazar.

—Al punto van á pasar por delante de ti, magnífico sultán.

Y saliendo algunos walfes, se oyó poco después las músicas tañendo la zambra.

El rey Nazar, en la puerta de la tienda, á caballo, rodeado de su corte, á ambos lados los xeques y los walfes expedicionarios, empezaron á pasar por delante de él, entre jinetes moros escuadrados, los cautivos.

Iban delante los africanos atezados y fieros en medio de su vencimiento; todos jóvenes, todos robustos, todos bravíos; su número llegaría á diez mil; venían después los cautivos españoles, avergonzados por su derrota, pero al mismo tiempo altivos; conocíase que pertenecían á todas las clases y condiciones, desde el orgulloso noble hasta el humilde pechero; todos fuertes, todos robustos, todos jóvenes; pero impresas en las frentes de todos la desesperación de la desgracia.

El rey Nazar contempló los esclavos transportado de alegría.

En aquellos tiempos, estos azares de la fortuna eran tan comunes, que la desolación de un esclavo no conmovía á nadie.

Aquella época endurecía el corazón.

Por lo tanto, nada tenía de repugnancia la alegría del rey Nazar.

Cuando hubieron acabado de pasar los cautivos, el rey Nazar se volvió á los xeques y á los walfes, y les dijo:

—Guardaos vuestra presa por completo; yo no os he pedido oro, sino cautivos; me los habéis traído, y estoy satisfecho.

Y haciendo que se encargasen de la guarda de los cautivos los walfes de los seis mil de su guardia negra, se fué con su presa la Vega adelante.

—¡No quiere oro!—exclamaban maravillados los expedicionarios—; ¡y le hemos ofrecido una riqueza inmensa!, no hay duda: ¡el rey Nazar está loco!

Entre tanto, el rey, llevando consigo su corte y sus treinta mil cautivos, custodiados por sus seis mil esclavos negros, rodeó por fuera de los muros, llegó al lecho del río Darro, y siguió por su corriente arriba.

Siguiéronle la corte, los esclavos y los cautivos.

El rey atravesó la ciudad, se metió por las angosturas del río y siguió adelante.

—¿A dónde irá el rey?—se preguntaban los señores de su corte.

Pero el rey seguía caminando en silencio y aguijando su caballo, siempre contra la corriente del río.

El rey avanzaba; el sol había llegado á su mayor altura, y el rey seguía aguijando á su caballo.

Habían quedado atrás los frondosos cármenes y las alegres alquerías, y empezaron á marchar por las anchas ramblas de la montaña, cerca del nacimiento del río.

Al fin el rey dejó el lecho del río y trepó por el repecho de una colina deprimida y estrechísima.

En la cumbre de ella se detuvo.

—¡Mi buen alarife Kathan-aben-Kaleb!—dijo el rey Nazar dirigiéndose á un anciano que iba entre su corte.

—¿Qué me mandas, poderoso señor?

—¿Ves aquellos pinares que sombrean la sierra?

—Los veo, señor.

—¿Ves esas piedras que se amontonan sobre el lecho del río?

—Sí, señor.

—Pues bien, derroca esos pinos, levanta esas piedras y haz aquí el aduar de los cautivos.

Después, revolviendo su caballo, gritó:

—¡Ah del alcaide de mi guardia negra! Adelantó un africano atlético.

—Te dejo seis mil soldados; guarda con ellos mis cautivos, y ten presente que si te falta uno solo de los treinta mil que te entrego, te corto la cabeza. Ahora, mis buenos amigos, á Granada.

Y solo con su corte se volvió al Albaicín.

—No hay duda—decían los wazires y los sabios en vista de todo aquello—, el buen rey Nazar se ha vuelto loco.

Se levantó una ciudad rústica en la colina que había señalado el rey para aduar de sus cautivos.

Los pinos habían sido derrocados de la montaña, y las piedras alzadas del lecho del río.

La población había sido dividida en cuarteles.

Al frente de cada cuartel había un alcaide, encargado de vigilar á los cautivos y de cuidar que trabajasen.

En sólo cuatro días el aduar había sido levantado.

Los cautivos ya no tenían nada que hacer, y sus guardianes se preguntaban:

—¿Querrá el rey levantar en estas solitarias breñas una ciudad?

Y volvían á recaer en la opinión de que el rey se había vuelto loco.

Se acercaba el día que el rey Nazar había fijado á los mecánicos para que tuviesen concluidos los treinta mil morteros de granito negro con su maza.

Dos días antes, el rey Nazar convocó su corte, salió con ella de su palacio del Gallo de Viento, y tomó el camino de la sierra.

Al llegar á Dar-al-Huet (1), encontraron los que le acompañaban escuadronados sobre una loma los treinta mil cautivos, custodiados por seis mil esclavos negros de la guardia del rey Nazar.

A una señal del rey, la guardia y los cautivos siguieron tras de la corte, y caminaron hasta que llegaron á unos altísimos barrancos, sobre los cuales brillaba el sol en cortados mármoles de mil colores distintos: aquellas eran las ricas canteras de la sierra, las canteras del rey Nazar, una maravilla de la mano de Dios.

Aquellos lugares, famosos hoy por sus mármoles, se llaman el Barranco de San Juan.

Muchos de los que iban con el rey no habían visto aquel prodigio, y les maravilló su hermosura; pero lo que más les maravilló fué ver en el fondo del barranco una interminable sucesión de filas de morteros de granito negro con su maza.

Los canteros, los menestrales, orgullosos con su gigantesca obra, salían á recibir al rey Nazar tocando sus dulzainas y atabalejos, como celebrando una gran fiesta.

—¿Están los treinta mil?—preguntó con anhelo el rey.

—Sí, señor—contestó el que hacía de cabeza de los mecánicos—; sin faltar ni sobrar uno.

El rey mandó que cada cautivo tomase sobre sus hombros un mortero, y se notó que sólo quedaba un mortero cuando llegó el último cautivo.

Cuando al día siguiente entró el rey en Granada con aquella extraña procesión, todos se confirmaron en que había perdido el juicio.

—¡A no ser—decían algunos—que quiera moler á todos sus vasallos!

Pero cuando los curiosos vieron algunos días después que á lo largo del río Darro, desde Granada hasta su nacimiento, se extendían los treinta

ta mil cautivos machacando arenas sacadas del río hasta reducir las á polvo; cuando vieron que lavadas aquellas arenas dejaban en el fondo de los morteros partículas de oro; cuando supieron que el oro obtenido por este medio por cada esclavo ascendía al valor de más de una dobla, entonces el desprecio se trocó en admiración, y todos, chicos y grandes; exclamaron:

—¡El rey Nazar es un sabio!

XIX

EL SURCO DEL REY NAZAR

Y tenían razón.

El rey Nazar había podido muy bien, para proporcionarse tesoros, oprimir á sus vasallos con impuestos; pero el rey Nazar sabía muy bien que los pueblos oprimidos suelen acabar por hacer pedazos á la mano que los oprime.

El rey Nazar sabía esto, porque había estudiado la historia de los tiempos y conocido las catástrofes causadas por los tiranos.

Además de esto, el rey Nazar quería ser amado por sus súbditos, y un rey, para ser amado, necesita ser el padre de su pueblo, no su verdugo.

Había preferido, pues, arrancar sus tesoros á la tierra de promisión de que era rey.

Leyendo en una ocasión un antiguo libro romano había encontrado la manera de sacar el oro y la plata de las arenas de los ríos.

El Darro era abundantísimo de oro, y el rey recurrió á él.

Hubiera podido también, extremando la tiranía, haber obligado á sus vasallos á aquel áspero trabajo de machacar arena durísima.

El rey prefirió que á aquel rudísimo trabajo cayese sobre cautivos tomados en la tierra de sus enemigos.

Así es que ningún sacrificio costaban los tesoros del rey Nazar á los naturales del reino de Granada.

Era, pues, un rey bueno y sabio.

Es verdad que las correrías de sus caballeros sobre las fronteras de los reyes con quien tenía ajustadas paces, produjeron algunas enérgicas embajadas; pero el rey Nazar contestó que no estaba en su mano el evitar aquellos sucesos; que en otras ocasiones los cristianos fronterizos hacían lo mismo con los moros, y después de muchas idas y venidas, no se volvió á hablar más del asunto, los tratados de paz continuaron

en su fuerza y vigor, y los cautivos machacando arena en las márgenes del Darro.

El rey Nazar era un gran rey.

Pero se preguntaban los que diariamente iban á ver trabajar á los cautivos:

—¿En qué empleará el rey Nazar tanto oro?

Porque todos sabían que el rey no era avaro, ni quería sus riquezas más que para invertir las de una manera útil y beneficiosa á su reino.

Habían pasado dos meses desde el día en que los cautivos habían empezado á extraer oro de las arenas.

Los canteros, que por la labranza de los treinta mil morteros habían obtenido el derecho exclusivo durante dos años á los mármoles de las canteras de la sierra, habían recibido del rey la orden de cortar grandes trozos á propósito para columnas, pavimentos y otros piezas de fábrica.

Aquel mármol había sido pagado á gran precio por el oro del Darro, acuñado en la Casa de la Moneda.

—¿Qué obra irá á hacer el rey Al-Hhamar?— se preguntaban los curiosos.

Al-Hhamar entre tanto hacía frecuentes excursiones con Yshac-el Rumi á la Colina Roja.

La recorría en toda su extensión, subía el repecho del monte, se extendía hasta el Cerro del Sol, bajaba hasta la Colina de Al-Bahul, y observaba todos los diferentes puntos de vista que se ofrecían desde esas alturas.

Al fin, un día, se vió salir de la casa del Gallo de Viento á Al-Hhamar seguido de su corte; pero lo que más se extrañó fué que entre la corte iban dos hermosos bueyes ayuntados, cubiertos de paramentos de seda y oro y de penachos y campanillas de plata, y arrastrando un arado.

Cuando llegaron á la Colina Roja, el rey descabalgó y descabalgaron todos; el walí que guiaba la yunta la llevó por orden del rey á la parte extrema occidental de la colina; entonces el rey volvió sobre la tierra la corva punta del arado, y apoyándose fuertemente en la mancera, dijo clavando el hierro en la colina:

—¡Aquí será mi alcabala!

Y los bueyes siguieron adelante guiados por el walí, y el rey tras ellos afirmado en la mancera y abriendo un profundo surco.

Asomaba el sol por cima de la Sierra Nevada cuando la yunta empezó á andar en dirección de Occidente á Oriente.

El walí seguía guiando la yunta.

El rey se apoyaba en la mancera, y levantaba.

pedazos de tierra acaso jamás tocada por el arado.

Detrás seguía la corte admirada.

Al llegar á la parte media de la Colina Roja, frente por frente del alto y distante monte de Aynadamar, el rey se detuvo y exclamó:

—¡Aquí se levantará mi trono de justicia!

Y luego siguió adelante.

—El rey Nazar va á construir un alcázar—dijeron entre sí los cortesanos.—¿Pero, por qué no lo construye allá arriba, en lo alto del cerro?

La yunta siguió, y al llegar á un barranco torció á diestra mano, siguió la configuración de la Colina hacia Oriente, siguió torciendo á diestra mano, y al llegar á la parte media oriental de la Colina, se detuvo y dijo:

—¡Aquí abriré la puerta de mi alcázar, sobre una torre de siete bóvedas!

Y siguió adelante.

Y los cortesanos repitieron:

—¿Por qué el rey no construye su fortaleza en lo más alto?

Seguía la yunta marchando hacia la parte media occidental de la Colina, al mismo punto donde el rey había empezado el surco; pero antes de llegar á aquel punto se detuvo otra vez y dijo:

—¡Aquí se alzaré la torre de la puerta por donde entrarán los que hayan menester justicia! ¡Torre y puerta del juicio se llamarán!

Y continuó.

—Pequeño alcázar construye el rey—murmuraron los cortesanos—; ya han pasado los tiempos en que un Abd el-Rhman construía la ciudad de Azarah.

Pero cuando el rey hubo llegado al punto de donde aquel surco había partido, mandó que volviesen la yunta hacia el extremo occidental del frontero cerro de Al-Bahul.

Había que descender por un aspero repecho, bajar hasta la puerta donde empezaba el barrio de los Gomeles, y subir otro repecho para llegar á la Colina de Al-Bahul.

El walf, la yunta y el rey descendieron: cuando el rey llegó á la puerta de los Gomeles, se detuvo otra vez.

—Esta será la puerta de mis alcázares y castillos: aquí el siervo sacudirá su calzado para entrar en la morada real de su señor!

Y trepó por el opuesto repecho.

Y señaló con un surco á la redonda el cerro de Al-Bahul, y luego por la parte de Oriente del

cerro abrió de nuevo el surco, trepó al cerro del Sol, siguió en un extensísimo círculo, rodeó su cumbre, abrió otro surco en el pequeño valle que separa al cerro del Sol del cerro que domina la Colina Roja, y al llegar á su extremo exclamó:

—¡Esta será la Silla del rey moro, su fortaleza y su atalaya, desde donde se verán sus jardines, su harem, el campo de escaramuza de sus jinetes; sus bosques y su alcázar; cascadas de aguas cristalinas se derrumbarán por las laderas, cubriendo de flores y de verdor esta tierra brava y árida; cien torres con sus muros y treinta mil almenas, serán la coraza de esta maravilla, y sobre las ruinas del templo de los ídolos se alzaré la aljama dedicada al Dios Altísimo y único!

Los cortesanos no se atrevían á creer las palabras del rey, porque sólo veían dentro del extendido surco que el rey Nazar había abierto, una tierra rojiza, árida y pedregosa.

El rey descendió por la ladera de la Silla del Moro hasta la Colina Roja, y cuando llegó á ella, el sol trasponía en el Occidente.

Al amanecer del día siguiente, un número incalculable de trabajadores, dirigidos por alarifes, á los cuales mandaba el alarife del rey, que obedecía á Yshac-el Rumi, abrían profundos cimientos de torres y muros sobre el cerro, y una numerosa multitud de curiosos seguían maravillados aquella línea, que comprendía dentro de sí cuatro montes.

Granada estaba orgullosa con su rey.

Y eso que hasta entonces sólo había visto el surco del rey Nazar.

LEYENDA SEGUNDA

El Mirador de la Sultana.

I

¿SULTANA Ó ESCLAVA? ¿AMANTE Ó HIJA?

Empezaron á cruzar por Granada centenares de pesadas carretas de bueyes cargadas de mármoles labrados.

Veíanse las delgadas columnas de alabastro jaspeado y brillante, y los bellos capiteles labrados de arabescos, y las primorosas fuentes, y las durísimas losas de mármol.

Acarreaban la piedra, y el ladrillo y el estuco, y la cal.

En toda la extensión que había marcado el surco del rey, iban creciendo los muros y las to-

tres, y levantándose los compartimientos, formando un verdadero laberinto.

Veíanse bajo tinglados de madera, multitud de moros teniendo delante otros pedazos de madera, en que trazaban con el compás y con la escuadra las peregrinas labores que habían de enriquecer la obra maravillosa del rey Nazar.

Yshac-el-Rumi andaba entre ellos corrigiendo al uno, advirtiendo al otro, estimulando con alabanzas á los más.

Por todas partes se trabajaba, y la obra se veía crecer; un número incalculable de albañiles y de alarifes se empleaban en ella.

Los treinta mil cautivos continuaban robando su oro al Darro, y la Casa de la Moneda no cesaba de acuñar aquel oro, que inmediatamente se repartía entre los industriales de Granada.

Los cuatro montes se veían cubiertos de gente activa é incansable, y por todas partes resonaba el martillo, y por todas partes se escuchaba el sordo y continuo ruido del piñón de hierro, que hacía con tierra murallas de piedra.

El rey Nazar se levantaba con el alba, iba á buscar á Bekralbayda, se perdía con ella entre los bosquecillos de los jardines del harem de la casa del Gallo de Viento, causando mortales angustias á su hijo el príncipe Mohammed, que los veía desde su alta prisión, y horribles celos á la sultana Wadah, que acechaba escondida tras las celosías de los miradores.

Después de una hora de soledad con Bekralbayda, el rey Nazar iba á sentarse en su trono en la puerta de justicia del palacio del Gallo de Viento: oía las quejas y las peticiones de sus súbditos; las castigaba ó premiaba, y después de esto y de una ligera comida, se trasladaba á la Colina Roja, donde permanecía hasta la puesta del sol, que se retiraban los trabajadores.

Entonces el rey se volvía á la casa del Gallo de Viento, hacía su segunda comida, se encerraba en su cámara, y pasaba la noche hasta una hora avanzada leyendo antiguos libros, ó estudiando y comentando leyes.

La obra del Palacio de Rubies crecía; pero su extraordinaria magnitud la hacía más lenta de lo que el buen rey Nazar hubiera querido.

—¡Oh señor Dios!—exclamaba contristado—: ¿no tendré yo vida para ver terminada y resplandeciente esta maravilla?

Pero había una parte de la obra en que se habían agolpado cuantos trabajadores podían funcionar, sin embarazarse los unos á los otros; los

muros habían sido levantados en muy pocos días; el interior había sido embaldosado, alicatado, pintado, dorado y artesonado también en muy poco tiempo: al fin un día el sol pudo arrancar fulgidos destellos de los vidrios y de las tejas de colores y de la aguja dorada de su cúpula.

Aquei era un pequeñito alcázar, al que el rey Nazar había dado el nombre de Mirador de la Sultana.

Se componía de una torrecilla, que en su parte superior tenía una elegante columnata de alabastro, cerrada por la parte interior con celosías doradas.

Una galería, con columnas semejantes é iguales celosías; tres pequeños retretes con alhamfes ó alcobas, pavimentadas de mosaicos, con las paredes labradas de preciosa y menuda labor, con leyendas del Koran y versos amorosos en sus inscripciones, con techos en que la madera imitaba de una manera maravillosa el cedro, el sándalo, el nácar, el marfil, la plata y el oro, entrelazados, combinados, dispuestos de una manera tal, que recreaban la vista y la perdían en cambiantes de luz, y en cien ingeniosas labores, formaban aquel delicioso apartamento.

Una escalera de mármol estrecha y como construída por el genio del misterio, conducía á otros no menos lindos compartimientos bajos, que daban á una galería semejante á la galería superior, de arcos calados sostenidos en columnas, y de aquella galería se pasaba á un jardín formado de repente, con árboles y flores transplantados de los cármenes del Darro.

Las copas de los árboles frutales que se cruzaban; las galerías de cipreses y laureles que se extendían formando bóvedas, y que iban á concurrir en una cúpula de verdor, bajo la cual, en medio de un suelo cubierto de césped, se veía una fuente de mármol, de la que saltaba un rico surtidor, hacía que desde ninguna parte pudiese verse á las personas que vagaban por aquel jardín tan fresco, tan sombrero, entre cuyas ramas estaban escondidos en jaulas ruiseñores y jilgueros y cuantos pájaros tienen un canto melodioso.

—Al menos—dijo el rey Nazar cuando vió terminado aquel pequeñito alcázar—, ya no moriré sin haber visto una de las maravillas de esta obra del hombre: ahora es necesario que venga á ser su alma una de las maravillas de la obra de Dios.

Y mandó poner en el alcázar alfombras y divanes y pabellones de oro, y cuando todo estuvo

preparado, y en cada cámara una esclava, en la parte externa; y en la parte que correspondía á los adarves de la fortaleza, soldados de guardia, y en el jardín eunucos mudos, mandó trasladar á aquella primera construcción á Bekralbayda.

Vióse, pues, un día subir á la Colina Roja un palanquín cerrado, conducido por cuatro esclavos, y rodeado de una numerosa guardia mandada por un walf, que acompañaba al alcaide de los eunucos del rey.

Aquel palanquín pasó por medio de los trabadores y fué á perderse en el pórtico del Mirador de la Sultana.

Poco después una joven, cuya hermosura resplandecía más que el deslumbrador brocado de su túnica; más blanca que las gruesas perlas del collar que rodeaba su cuello; con los ojos más resplandecientes que los diamantes que entrelazaban sus negrísimas trenzas, entró en las magníficas habitaciones bajas del Mirador de la Sultana, acompañada del alcaide de los eunucos,

Aquella mujer, cuya hermosura resplandecía de tal modo, era Bekralbayda.

A pesar de lo anchuroso de los pliegues de su túnica de brocado, un ojo un tanto observador hubiera notado que Bekralbayda estaba encinta.

Este estado de maternidad, y la dulce palidez de sus mejillas y lo apasionadamente melancólico de su mirada, en que ardía un fuego recóndito y casi divino, la hacían parecer más hermosa.

—El poderoso, el invencible, el magnífico rey Nazar—dijo el alcaide—, quiere que el lucero del amor, el sol de la hermosura, la sonrisa de Dios, el ramillete de dulzura, la esclarecida sultana Bekralbayda, vea si la contenta el alcázar que ha construído para ella.

—Yo no puedo llamarme ya Bekralbayda—dijo suspirando la joven, por única contestación á las hiperbólicas alabanzas del eunuco (1).

—Venturoso aquel—dijo inclinándose profundamente el eunuco—, á quien des una hermosa prenda de tus amores, estrella de las sultanas; á quien des un príncipe poderoso ó una sultana tan hermosa como su noble madre.

—¡Me llamas sultana!—dijo con acento de extrañeza y de gran interés Bekralbayda; ¡saludas á lo que nacerá, si Allah lo permite, prínci-

pe si es varón y sultana si es hembra! ¿Sabes tú, acaso, algo acerca de mi destino?

—Sólo Dios sabe lo oculto—contestó inclinándose de nuevo y más profundamente el alcaide de los eunucos.

—Me han puesto vestiduras regias, perlas sobre el seno, diamantes y esmeraldas en los cabellos; han puesto arracadas de gran valor en mis orejas, y ajorcas de oro cuajadas de piedras preciosas en mis brazos; antes me han bañado en aguas olorosas; han vertido sobre mí esencias; no se engalana así á las esclavas del harem á quien el señor elige para sus placeres?

—Pero el alcaide de los eunucos sólo acompaña á las sultanas; sólo las sultanas pueden llevar la piadosa empresa del rey Nazar (y el eunuco señaló con una mirada respetuosa un rosetón de diamantes y rubíes que Bekralbayda llevaba cerrando su riquísimo caftan sobre su medio desnudo seno, en el centro de cuyo rosetón se veía el escudo real de Al-Hhamar, con su empresa, en que se leía en caracteres africanos: ¡Sólo Dios es vencedor!) Sólo las sultanas son servidas por esclavas doncellas, y guardadas por esclavos negros; y una perla del jardín de Hiram, un rayo desprendido del sol, no puede ser esclava. Por eso te llamo sultana, alegría del mundo; por eso me humillo ante ti, lucero de los luceros.

Y se inclinó de nuevo.

—¿Pero nada seguro puedes decirme?

—Sólo Dios sabe lo oculto—repitió el eunuco.

—¿Es decir que sólo me acompañas para mostrarme este alcázar?

—Para que el esclarecido y poderoso sultán sepa si te agrada.

—Di al noble y magnífico sultán Nazar, que para quien tiene el alma triste nada hay alegre; que para quien llora no hay nada hermoso más que su esperanza, y que la soledad y las lágrimas son los mejores compañeros de un desventurado.

—Tú se lo dirás al señor, noble sultana, porque el señor se acerca: ya oigo la zambra que le saluda; el siervo no puede permanecer aquí; que Allah te acompañe y te cubra de prosperidad, luz de los cielos.

Y el alcaide de los eunucos hizo una profunda reverencia, se retiró andando para atrás, y repitió su reverencia otras dos veces antes de desaparecer por la puerta.

(1) No debemos olvidarnos de que Bekralbayda significa la doncella blanca.

Bekralbayda se sentó en un diván y se replegó en sí misma, acongojada y pensativa; una dulce luz dorada que penetraba lánguida y vaga por las celosías de la cúpula, hacía brillar los diamantes de su prendido y daba un tono incitante y lascivo á la blancura de su cuello y de sus hombros desnudos; el blanco humo de un pebetero, extendiéndose delante de ella, la hacía aparecer dulcemente velada y más hermosa, con una hermosura eminentemente fantástica.

Y luego, aquella niña tan incitantemente hermosa, tan deliciosamente pura, con su tristeza de amor, con sus lágrimas de desconsuelo, con lo elocuente de la mirada de sus negros ojos, que se elevaban al cielo como implorando la misericordia de Dios, era una poesía viva, una poesía humana colocada en medio de otra poesía inmóvil, muda, pero resplandeciente, como animada por la luz que hacía brillar sus arabescos dorados, sus alicatados de colores, su alfombra de oro y seda, mientras á través de una puerta se veía un fondo obscuro y misterioso, y á través de la otra las enamadas tupidas y verdes de los cenadores de jazmines y laureles, amortiguando la luz del día, y dejando ver por alguna abertura un pedazo de cielo resplandeciente, azul, diáfano, incomparable.

Sintieronse leves pasos por la parte de la puerta del tondo obscuro, y poco después apareció en la puerta un hombre y se detuvo, se cruzó de brazos y contempló profundamente conmovido á Bekralbayda.

Ella ni había sentido sus pasos ni le había visto.

Un silencio profundo envolvía la cámara, silencio que sólo rompían de una manera vaga por la parte del jardín los lejanos y cadenciosos trinos de los pájaros; por la otra parte el zumbido unsono, tenue, perdido de los trabajadores.

El hombre que de una manera tan afectuosa, tan llena de interés contemplaba á la joven, era el rey Nazar.

Venía sencillamente vestido; únicamente brillaban en su cabeza, entre su toca, las puntas de su corona, y la empuñadura de su espada entre su faja.

Durante algún tiempo permaneció inmóvil en su benévola contemplación; luego adelantó y fué á sentarse silenciosamente en el mismo diván en que estaba replegada Bekralbayda, pero á cierta distancia.

Entonces la joven pareció despertar de un

sueño, se estremeció, levantó la cabeza, fijó una mirada ansiosa en el rey Nazar, y cruzando las manos exclamó:

—¡Ah, señor!

—¡Yo te amo!—dijo negligentemente el rey Nazar.

Bekralbayda se puso de pie, más pálida aún que lo que estaba, aterida, muda, como aniquilada; guardó durante algunos momentos silencio, y luego exclamó:

—¡Pero yo no puedo amarte... no! ¡No puedo amarte como tú quieres que te ame... no! ¡Allah, el grande, el poderoso Allah lo sabe: no puedo amarte así!

—Cuando te confesé mi amor—dijo reposadamente el rey Nazar—, tú me contestaste...

—¡Mentí! ¡mentí!—exclamó toda asustada Bekralbayda.

—Cuando te confesé mi amor—continuó impasible el rey—, me dijiste: Quiero ser sultana.

—¡Ah, misericordioso Dios! ¡mentí!

—Yo te dije: En buen hora sea; Dios te ha dado en sus bondades una hermosura superior á la de las mujeres de la tierra; eres una húrí que el Altísimo ha permitido aliente en las entrañas de una mujer; digna eres de ser sultana. Mi esposa la sultana Wadah ha enloquecido... está apartada de mí; tú ocuparás el lugar de la sultana Wadah, que por su locura se la puede considerar muerta.

—¡Ah, poderoso señor!

—Tú sabes que la locura de la sultana Wadah es verdad.

—La sultana Wadah es muy desdichada; la sultana Wadah llora una hija perdida.

—¡Una hija!—exclamó, levantándose aterrado, trémulo, herido como por un rayo por aquella terrible revelación, el rey Nazar.—¿Quién te ha dicho que la sultana Wadah ha perdido una hija?

—¡Qué! ¿no has perdido tú también tu hija, poderoso señor?—exclamó aterrada por su imprudencia Bekralbayda.

—Yo no he tenido de la sultana Wadah más que un hijo, el príncipe Juzef—contestó con voz cavernosa el rey Nazar.

—¡Oh! ¡yo me he engañado! ¡yo me he engañado!—exclamó trémula la joven.

—Tú no sabes mentir—dijo severamente el rey.

—¡Ah, señor!

Tú eres cándida y pura como la azucena de los valles.

—¡Yo me he engañado!

—Perro... ¿por qué te has engañado?

—Yo he visto á la sultana buscar una rosa blanca.

—¡Ah!

—Yo la he escuchado decir...

—¡Oh! ¿qué has escuchado?

—¡Mi rosa blanca! ¡la rosa de mis entrañas!

—¿Y no has escuchado más?

—¿Y á qué puede llamar una mujer la flor de sus entrañas, sino á su hija?—exclamó cubriéndose de un vivísimo rubor Bekralbayda.

—Sí, sí, te has engañado—dijo el rey Nazar reprimiéndose, volviendo á la tranquila y benévola expresión de su semblante, y sentándose de nuevo en el diván; ¡la rosa blanca! esa es una manía de la sultana.

—¡Infeliz!—murmuró Bekralbayda.

—La locura de la sultana Wadah me obliga á tomar otra esposa, te dije: puesto que quieres ser sultana, lo serás.

—¡Yo mentía!—replicó Bekralbayda.

—Luego—continuó el rey—añadiste: no me basta ser sultana: yo quiero que me des un alcázar tan hermoso como no le hayan visto ojos humanos: cuando me des ese alcázar seré tuya.

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Yo he mandado fabricar este alcázar, una de cuyas pequeñísimas partes es la que ocupamos.

—¡Pues bien! acaba ese alcázar, señor... y entonces...

—Este alcázar, que será la maravilla de las gentes, no puedo terminarlo yo, ni lo verá terminado mi hijo ni mi nieto. Si para cuando esté terminado este alcázar has de darme tus amores... sería preciso que Dios parase para no otros solos el tiempo, y que le apresurase para los demás.

—Pero lo que yo te he prometido no me obliga hasta que hayas cumplido tu promesa, hasta que hayas terminado el Palacio de Rubés: si para entonces hemos muerto, la culpa no es mía.

—¡Cuán mal parece la mentira en boca tan hermosa!—dijo el rey Nazar.

Ruborizóse Bekralbayda.

—¡Ah, señor! si yo miento—exclamó arrojándose á sus pies—es porque la mentira es la única arma que tengo para defenderme de ti.

El rey Nazar la levantó dulcemente y la sentó junto á sí.

—¿Piensas—la dijo—que si yo quisiera te podrías defender de mí?

—El generoso, el grande, el vencedor, el magnífico Nazar, no puede ni debe amar á una desdichada que no puede amarle.

—Y... ¿por qué no puedes amarme?

—¡Porque amo á otro!—exclamó con desesperación Bekralbayda—: ¡porque mi alma está en la suya! ¡porque llevo en mis entrañas la flor de mis amores!

Y Bekralbayda se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

El rey Nazar sintió que sus ojos se arrasaban: se dominó, apartó las manos de la joven de su rostro, y no pudiendo contenerse, inflamado de un amor inmenso, no á la mujer, sino á la madre de su nieto, la trajo á sí y la estrechó entre sus brazos, exclamando conmovido:

—¡Ah, hija mía! ¡hija de mi alma!

Y luego, como pesaroso de haberse dejado arrastrar de su corazón, separó de sí á Bekralbayda, compuso su semblante, recocró su impasibilidad, aunque aparente, y dijo:

—¿Amas á un hombre, y eres madre?

—Tú me has llamado hija, señor—exclamó con ansiedad Bekralbayda.

—¡Yo! ¡que yo te he llamado hija! ¡no sabes que te quiero para esposa!

—¡Y serías tú, poderoso sultán de los creyentes, esposo de una mujer que ama á otro hombre, que ha sido suya y que es madre!

—Yo te amo sobre todas las cosas: no importa que ames, si morando en mi alcázar no vuelves á ver al hombre á quien amas; no importa que seas madre... porque todos creerán que ese hijo es mío: eres mi esclava.

—¡Me matarás! ¡puedes matarme! pero no puedes hacer que yo olvide mi amor, que yo le ofenda! ¡no! ¡no!—exclamó Bekralbayda desesperada.

—Escucha—dijo el rey—: te cubriré de oro y perlas: te daré esclavas á millares: te rodearé de cuanta grandeza puede disponer un rey tan poderoso como yo.

—¡No!—exclamó con energía Bekralbayda.

—No volverás á ver á ese hombre.

—Pero le guardaré su amor, mi pureza dentro de mi alma como en un santuario.

—Yo buscaré á ese hombre y le mataré.

—El querrá morir mejor que verme en tus brazos.

—Cuando nazca tu hijo, te le quitaré.

—Me volveré loca como la sultana Wadah, y llamaré en mi delirio á la flor de mis amores, pero no seré tuya.

El rey Nazar se estremeció.

—¿Y si yo matase á tu hijo?

—Por la vida de mi hijo, no mataré á su padre.

—¿Pero estás segura de que ese hombre merece tu amor?

—¡Oh! yo soy para él la luz, la alegría, la vida.

—¿Y si por acaso no pudiera ser tu esposo?

—Sería su esclava.

—¿Quién es ese hombre á quien tanto amas? —exclamó afectando un furor que no sentía el rey Nazar, como no ignoraba que el hombre á quien amaba Bekralbayda era su hijo el príncipe Mahhommed.

—El hombre á quien amo... es un mancebo humilde... pobre... pero yo le amo así... y no le cambiaría por todos los sultanes de la tierra...

—¿Qué, amas así á...?

El rey Nazar se detuvo; iba á decir ¡á mi hijo!

—Quítame, señor—dijo la joven—, estas galas de sultana, estas alhajas; no me des para vivir este rico alcázar; no me saques de la condición de esclava: dejame sola, pobre con mi amor, y te bendecire.

—Tú serás sultana—dijo el rey Nazar.

—¡Ah, señor, ten compasión de mí!

—Tú serás sultana—repitió el rey Nazar, y salió.

Bekralbayda quedó anonadada.

Entre tanto, el rey murmuraba saliendo:

—Es digna de mi hijo: digna de la corona de Granada: sultana será, y sultán mi hijo... ¡pero esa hija perdida de Wadah!... ¡ese misterio!... ¡Si Allah me ayuda, ese misterio ha de aclararse ante mis ojos!... y si fuera... ¡ah! ¡si fuera ella! ¡si Bekralbayda fuera esa hija!

El rey Nazar se perdió poco después entre los trabajadores del alcázar.

II

LA MEJOR NOCHE DEL REY NAZAR

El rey se encaminó á la tienda que desde que principiaron las obras se había levantado para él en la Colina Roja.

Entró en ella, arrojóse en un diván, y quedó profundamente pensativo.

—Desde el momento en que descubrí—murmuraba—que mi hijo era el amante de Bekral-

bayda, el horror que me inspiró el sólo pensamiento de robar á mi hijo su amante, me curó de todo punto del amor que tenía hacia ella. Es verdad que la he enamorado, que he pretendido probar si es digna de ser sultana de Granada... y ha respondido á la prueba: ahora la amo como si fuera mi hija; y después que he sabido que es madre... ¡oh! el amor de otro nuevo hijo de mi can-re... de un descendiente de mi raza, que será como ella hermoso, y valiente y gallardo como él, porque será un príncipe. Dios me favorece; pero esa revelación de Bekralbayda... ¡lo que ha vuelto loca á la sultana Wadah, es la pérdida de una hija!... una mujer ve mejor que un hombre en el alma de otra mujer: ella no se engaña: yo recuerdo... el día en que desapareció de mi lado Leila-Radhyah, se encontraron en sus habitaciones manchas de sangre: aquel mismo día desapareció uno de mis esclavos, y Wadah se volvió de repente loca: desde entonces han pasado diez y siete años... la edad de Bekralbaday... Yshac-el-Rumi es un hombre misterioso. De una manera misteriosa me ha entregado á Bekralbayda... ese hombre á quien he hecho seguir, ha sido visto alguna vez en los carmenes del Darro, acompañado de una mujer... ¡oh! ¡esta misma noche! sí... sí... ¡esta misma noche!

El rey esperó con impaciencia á que el sol traspusiese: se fué, como de costumbre, á su palacio de la torre del Gallo de Viento, y exhaló un suspiro cuando vió el reflejo de la luz en las ventanas de la torre donde continuaba preso el príncipe Mohammed.

Luego entró en su cámara, comió como de costumbre, se quitó la corona y las vestiduras reales, púsose unos vestidos cortos y sencillos, se rebozó en un albornoz, y salió de su palacio por una puerta excusada, y solo.

La noche era oscura; el rey, embozado en su alquicel negro, se deslizó como una sombra junto á los muros de la alcazaba Cadima, llegó al barrio del Hajeriz, descendiendo por sus pendientes calles, llegó al valle donde corre el Darro, y siguiendo su corriente arriba, se metió por las angosturas.

Muy pronto llegó á la casita del remanso.

—Aquí es: este me han dicho es el sitio donde Yshac-el-Rumi desaparece por la entrada de una cueva, y vuelve á aparecer allá arriba sobre las cortaduras, acompañado de una mujer enlutada como él; es necesario buscar la entrada de esa cueva; frente á la casa del remanso me han

dicho que tiene la entrada; pero la noche es demasiado oscura... no importa, Dios me guiará; Dios que conoce el pensamiento que me trae aquí.

En efecto, el rey encontró, después de algún tiempo, la entrada de la cueva que buscaba.

Pero al penetrar por ella oyó un sordo ruido, el batir de las alas de un pájaro que pasó junto á él rozándole el rostro con las extremidades de las plumas.

El rey se detuvo, y se estremeció.

—¡El buho! ¡siempre ese pájaro maldito que me persigue!; pero no importa—añadió sobreponiéndose á su terror—, el Altísimo y unico, el amparador de quien le confiesa y le adora, me ayudará.

Y penetró resueltamente en la cueva.

Al entrar en ella vió á sus pies, como en el fondo de una sima, una línea de luz como la que puede verse un momento á través de una puerta que se cierra.

—¡Oh!—exclamó el rey—; aquí moran seres humanos. He visto cerrarse allá abajo una puerta, y he creído escuchar después los pasos de la persona que ha cerrado esa puerta que se alejaban. ¡Oh, señor fuerte y misericordioso! ¡ampáradme!

Y el rey Nazar palpó, encontró la entrada de una estrecha comunicación subterránea, y al poner el pie en ella notó que el piso era pendiente y resbaladizo.

El rey Nazar se asió á las escabrosidades naturales de uno de los costados de aquel pasaje tenebroso, y descendió ayudado con las manos, que se asían fuertemente á la roca, á los pies que resbalaban sobre la pendiente.

Al fin, después de haber descendido algún espacio, tropezó con la roca áspera y cortada que le cerraba el paso.

El rey Nazar palpó; la excavación ó el seno terminaba allí; no tenía continuación.

—Aquí debe haber una puerta oculta—dijo el rey—; yo he visto cerrarse esa puerta. Pues bien, suceda lo que quiera, no he de retroceder.

Y desnudando su puñal dió un fuerte golpe con su pomo sobre una piedra saliente que estaba incrustada en la roca.

Pero en vez de sonar como piedra al toque del rey Nazar, respondió un sonido vibrante, metálico, como el de una campana.

—¡Oh, poderoso señor!—exclamó el rey—; ó aquí hay encantamiento, ó he dado por acaso en

un lugar que sirve para llamar á los que conocen el secreto; encantamiento ó realidad, preparémonos.

Y el rey se desprendió rápidamente parte de la toca blanca que ceñía su cabeza, y la cruzó sobre su rostro, no dejando más que un estrecho resquicio para su ojo derecho.

Acababa el rey de encubrirse, cuando resonaron leves y casi perdidos, al otro lado de la roca, pasos de mujer; oyóse luego un rechinamiento áspero, como el del hierro sobre la piedra, brilló entre la obscuridad una línea de luz, y se abrió una puerta.

Delante del rey Nazar, con sus flotantes cabellos negros, sus ojos, su mirada profunda y melancólica, y su ancha y suelta túnica de lana, estaba la Dama blanca con una lámpara en la mano.

El rey se estremeció; contuvo un grito y un movimiento, y permaneció inmóvil.

—¿A quién buscas?—dijo la Dama blanca.

—A ti—contestó el rey con acento conmovido y alterado.

—¿Quién te envía?

Detúvose un momento el rey, y meditando que acaso aquella mujer no conocía otra persona que al astrólogo, contestó:

—Me envía el sabio Yshac-el-Rumi.

—Ven conmigo—dijo la Dama blanca.

Y siguió adelante por una estrecha mina abierta en la roca.

Poco después llegaron á una puerta forrada de hierro, que empujó la dama, y al fin se encontró con ella el rey Nazar en la misma cámara blanca y dorada, donde el príncipe había vuelto en sí algún tiempo antes.

—Espera aquí—dijo la Dama blanca dejando sobre un nicho calado la lámpara que tenía en la mano y desapareciendo por una puerta.

—¡Oh, poderoso Señor—exclamó el rey cuando se vió solo—, y cuán incomprensibles son tus decretos! ¡Por cuán torcidos caminos llevas al hombre de la mano!

Y el rey se sentó en el lecho y quedó meditando profundamente en la extraña aventura en que se encontraba empeñado.

Pasó un largo rato; al cabo oyó el rey el paso de una mujer acompañado del crujir de una túnica de seda; abrióse al fin la puerta y apareció la Dama blanca, ó más bien una hura descendida del paraíso.

El rey se puso de pie de una manera involun-

taria, y dió un paso hacia la dama, como si le hubiera atraído su hermosura.

Porque la Dama blanca se había transformado; es verdad que su semblante y su cuello y sus hombros aparecían un tanto enflaquecidos, sumamente pálido su semblante, extraordinariamente melancólicos sus ojos, pero esto aumentaba su hermosura, dándole el encanto del sufrimiento.

Y luego su peinado, y sus joyas y sus magníficas vestiduras...

Las anchas y largas trenzas de sus cabellos, brillantes por sí mismos, aumentando su brillo por las piedras preciosas que los salpicaban, estaban entrelazadas alrededor de una riquísima diadema de sultana; pendía de su cuello un ancho collar de rosetones de diamantes y perlas; cubría apenas su seno la parte superior de una túnica finísima de lino bordado con plata; sobre esta túnica llevaba otra de seda verde, recamada de bordaduras de oro, ancha flotante, larga hasta tocar el pavimento, cayendo sobre él en una magnífica plegadura; sobre esta túnica tenía otra larga, sólo hasta las rodillas, de brocado blanco, con bordaduras de aljofar, ciñéndose sobre la redonda y esbelta cintura de la dama por un joyel de pedrería, y cerrándose sobre el pecho con herretes de esmeraldas; por último, un caftán ó sobretodo que no pasaba de las rodillas, de anchas mangas perdidas de seda roja cubierta de arabescos negros, dos magníficas ajorcas ó brazaletes de pedrería, y unas ricas y deslumbrantes arracadas completaban el atavío y el prendido de la Dama blanca, transformada por su maravilloso traje en sultana.

—Estoy pronta—dijo la dama tomando de sobre un diván un ancho albornoz de lana blanca, y cubriéndose con él enteramente hasta el punto de que solo se veía bajo él la orla de la rozagante túnica verde—; estoy pronta, y te sigo.

—Sácame antes de aquí—dijo el rey Nazar, cuya voz se mostraba cada momento más conmovida.

—Ven conmigo—dijo la dama.

La dama tomó la lámpara, atravesó, precediendo al rey Nazar, algunas habitaciones, subió por unas escaleras, y en fin, por los mismos lugares por donde había conducido en otra ocasión al príncipe Mohammed, salió al aire libre, atravesó una calle de árboles, llegó á una cerca, abrió un postigo, salió con el rey, cerró el postigo, y dijo:

—Estamos en el campo; cúmpleme tu promesa.

—¿Qué te ha dicho que yo he prometido Yshac-el-Rumi?

—Me ha dicho—contestó con una extrañeza la dama—que tú me llevarías al alcázar que ha construído el rey para Bekralbayda.

—Cumpliré mi promesa—dijo el rey; pero ásete á mi brazo, sultana: la noche está oscura.

—Pero pronto saldrá la luna—dijo la dama, y es necesario aprovechar la obscuridad.

Y se asió al brazo del rey.

—¿Por qué me has llamado sultana?—dijo la dama.

—¿Por qué?... porque puedes y debes ser la sultana de la hermosura.

—Conócese—dijo con alguna severidad la dama, que estás acostumbrado á adular á las esclavas de tu señor.

—En alabarte no hay adulación: el lenguaje de los hombres no puede ponderar tu hermosura.

—¿Eres tú el alcaide de los eunucos del rey Nazar?—dijo creciendo en recelo la dama.

—Sí—contestó el rey sin vacilar.

—¡Es extraño!—murmuró ella.

Y guardó silencio.

—¿Dónde me llevas?—dijo al fin: paréceme que nos alejamos en dirección opuesta á la Colina Roja, donde el rey Nazar ha construído ese alcázar donde enamora á Bekralbayda.

—Voy á ganar la espesura por cima de los cármenes—dijo el rey; toda precaución es poca.

—Pero este terreno es muy áspero.

—Apóyate bien en mi brazo, sultana, y si no bastare, yo te llevaré sobre mis hombros.

—¡Oh, no sigamos! ¡Anhele llegar!

—¡Anheles llegar! ¿Puede un esclavo atreverse á preguntarte?

—¿Acostumbran los esclavos del rey á entremeterse en los secretos de su señor, ó es que no basta el oro que te se ha dado, y necesitas más para ser respetuoso?

—¡Oh, Dios misericordioso! ¡Perdona si te he ofendido, sultana!

La dama siguió andando, y no contestó.

—Dime—dijo al cabo de un breve espacio de silencio: ¿el rey ama á Bekralbayda?

—No.

—¡Que no la ama!

—El rey no puede amar á la que destina por esposa á su hijo el príncipe Mohammed.

—¡Ah! ¿Te ha dicho eso el rey?

—El rey me favorece con su confianza.

—¡Pero... si el rey enamora á Bekralbaydal

—El rey sólo ha querido probar si Bekralbayda es digna de ser esposa de su hijo, y la ha fingido amores, y la ha prometido tesoros. Bekralbayda, aunque ignora que el rey sabe sus amores con el príncipe, ha resistido á todas las tentaciones. ¡Oh, sí! ¡Es digna de ser sultana, y lo será!

Guardó de nuevo silencio la dama.

—¿A quién ama el rey Nazar?—dijo.

—A una mujer por quien llora hace diez y siete años.

—Mientes; más de diez y siete años hace que el rey Nazar hizo su esposa á la sultana Wadah: la adoraba; ha tenido de ella ..

—Ha tenido de ella un hijo, y ese hijo tiene ya veinte años. Hace diez y siete que la sultana Wadah está loca, y que el rey llora á sus solas, cuando nadie puede burlarse de su llanto, por una mujer.

—Pero se consuela con las esclavas de su harem.

—El rey Nazar tiene harem porque es rey; pero jamás pasa sus puertas: el rey Nazar tiene el alma cubierta de luto.

—¿Por la mujer que le arrebataron hace diez y siete años?—dijo alentando apenas la dama.

—El rey encontró sangre en el retrete de la luz de sus ojos, del alma de su alma, de su adorada Leila-Radhyah; pero su alma había desaparecido: el rey lloró, y llora: el rey daría su grandeza y su vida por volverla la existencia.

La dama no contestó una sola palabra.

—¿Dónde me llevas?—dijo con cuidado la dama, viendo que el rey se alejaba cada vez más: la luna empieza á salir.

—Allí hay un bosquecillo de avellanos—contestó el rey; necesito hablarte donde nadie nos pueda oír.

—¡Ah! ¿Necesitas hablarme? Pues qué, ¿hay alguna dificultad para lo que deseo?

—Tal vez.

—¿Por qué tiemblos?

—¡Ah! ¿Y quién no temblará á tu lado, asido á tu brazo, reina del amor?

—¿Qué es esto?—dijo la dama con terror y con orgullo; ¡tú no puedes ser el enviado de Yshac-el-Rumi!

—¡Oh! ¡la luna sale! ¡espera, espera á que descubra enteramente su disco y te contestaré!

—No daré ni un paso más—dijo con terror y cólera la dama; ¿quién eres? Tú no eres el alcaide de los eunucos, ó si lo eres, eres un miserable, un traidor.

—¡Oh, la luna, la luna!

—¡Vuélveme, vuélveme á mi asilo!—exclamó la dama pugnando por desasirse del rey que la detenía.

—¡Volver, volver adonde otros puedan verme á tu lado! ¡Oh! Dios me ha traído hasta ti: Dios quiere que sólo él sea testigo de lo que va á suceder entre los dos

—¿Y qué puede suceder?...—exclamó con terror la dama.

—¡Oh, mi amor y tu hermosura! ¡Dios misericordioso! ¿y cómo podía yo esperar tanta felicidad?

—¿Qué dice este hombre?—exclamó en el colmo de su terror la dama.

—¡La luna! ¡héla allí llena y resplandeciente, que se presenta en toda la plenitud de su belleza para alumbrar á mis amores, para brillar una vez sobre mis lágrimas de alegría, como ha brillado tantas otras sobre mis lágrimas desesperadas!

¡Ah, has cambiado de voz, fingías el acento! ¡Yo... yo recuerdo tu acento!... ¿Quién eres?—exclamó trémula la dama.

—Te has engalanado para deslumbrar con tu hermosura al rey Nazar, ¿no es verdad, luz de mis ojos?—dijo el rey.

—¿Quién eres?—dijo la dama con doble ansiedad.

Y el rey Nazar sentiría romperse su corazón de gozo, de felicidad, aunque sólo te hubieras presentado ante él con tu hermosa crencha negra suelta, y suelta tu túnica de luto, alma de mi vida, mi infortunada, mi hermosa, mi sultana, Leila-Radhyah.

La dama dió un grito de sorpresa, de angustia, de ansiedad, y arrancó la toca de sobre el semblante del rey, en que reflejó de lleno la luz de la luna.

—¡Ah! . ¡ah!... ¡Dios poderoso!... ¡Nazar!—exclamó, y se desmayó entre los brazos del rey

Encontrábanse junto á una fuente, á la entrada de una espesura de avellanos, en una meseta de la montaña; veían desde allí á lo lejos el Albaicín y la parte de la Colina Roja donde se alzaba el pequeño alcázar habitado por Bekralbayda.

El rey Nazar llevó á Leila-Radhyah, á la

única mujer á quien había amado, á la que había llorado muerta, á la que había cambiado su nombre por el de Maga de las hurtas, al lado de la fuente, y la roció el rostro con agua.

Pero Leila Radhyah no volvía en sí; gemía, como si demasiado comprimido su corazón estuviese próximo á romperse.

El rey estaba aterrado, y redoblaba sus esfuerzos para hacerla volver en sí: al fin Leila-Radhyah abrió los ojos, se incorporó entre los brazos del rey Nazar, le miró faz á faz, y se pasó las manos por la frente como si hubiese pretendido volver en sí de un sueño.

Luego exclamó con un acento profundamente conmovido, ardiente, enamorado, loco:

—¡Oh, señor, señor! ¡es él! ¡es él! ¡mi Nazar!

Y se arrojó á su cuello, le retuvo en sus brazos, y rompió á llorar; pero en un llanto de alegría.

—¡Oh!—exclamaba entre sus lágrimas con un acento indefinible de amor y de alegría—¡me ha creído muerta y no me ha olvidado!

—Yo vi sangre en tu retrete—contestó el rey Nazar.

—¡Oh! sí—dijo Leila-Radhyah: fué una noche horrible... horrible... mira, rey mío, señor de mi alma: mira.

Y Leila-Radhyah se abrió con una mano, trémula de impaciencia, la túnica interior, y mostró al rey las señales de tres anchas puñaladas.

—Oh! ¡qué horror!... y... ¿quién fué?—preguntó con acento cobarde el rey...

—¡Ella, ella, la hechicera, la maldita!...—contestó Leila-Radhyah.

—¡Wadah!—murmuró el rey.

—¡Sí, sí, Wadah, esa terrible hechicera sedienta de sangre! ¿Y sabes tú para qué me he puesto yo estas ropas, estas joyas, esta diadema?...

—Oh! ¡no!

—Para impedir un nuevo crimen.

—¡Un nuevo crimen!

—Sí: para impedir que se llevé á cabo una venganza horrorosa: para impedir que Wadah asesine á Bekralbayda.

El rey se alzó pálido, terrible.

—¡Qué, Wadah pretende asesinar á Bekralbayda!—exclamó.

—Ah! ¡tú amas á esa doncella!—exclamó Leila-Radhyah.

—¡Bekralbayda ha sido amante de mi hijo!—exclamó el rey.

—Ah!—exclamó Leila-Radhyah.

—¡Pero ese asesinato!—exclamó el rey que estaba desencajado—, ¡el pronóstico del buho maldito!

—¿De qué buho hablas?

—De uno que me persigue, que salió de la cueva por donde llegué hasta ti, rozando mi rostro con sus alas.

—Era Abu-al-Abu, á quien yo solté para que volase, como todas las noches, fuera del subterráneo.

—Ese buho me predice una desgracia horrible.

—Pero esa desgracia no será la muerte de Bekralbayda, yo te lo juro; te lo juro por el Dios Altísimo y Único.

—¿Pero esta horrible traición?...

—¿Cómo has venido á mi asilo, al asilo donde he estado oculta desde que eres rey de Granada? ¿Te lo ha revelado acaso el alcaide de los eunucos?

—No, no; Dios es el que me ha traído junto á tí: pero el tiempo vuela...

—Empieza ahora la noche, y hasta que medie Wadah no irá al alcázar que has construído para Bekralbayda. Pero es necesario que me lleves á él; que me ocultes; que te apoderes del alcaide de los eunucos para que no pueda revelar nada.

—¿Y quién introducirá á Wadah en el Mirador de la sultana?

—Yshac-el Rumi.

—¡Yshac-el Rumi!...

—Sí, sí; pero vamos, rey mío, vamos, y tú mismo sabrás, tú mismo verás lo horrible del odio de Wadah: tú sabrás en lo que consiste su locura: tú sabrás que tu Leila-Radhyah, tu sultana, es digna de tí. Ven.

—Sí, sí, vamos—dijo el Rey.

Leila-Radhyah se envolvió en su albornoz, se asió al brazo del rey, y ambos, siguiendo la ladera de la montaña, se encaminaron á la Colina Roja.

III

DE CÓMO LA SULTANA WADAH CREYÓ EN LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

Arrojaba la luna su blanca luz sobre la Colina Roja.

Sólo se veían los paredones en construcción, los andamios, el Mirador de la sultana, que se levantaba silencioso al Norte, y los guardas que

vagaban entre las obras, cantando para no dormirse. En el vestíbulo del Mirador de la sultana, apoyado en una columna, se veía un moro envuelto en un alquicel blanco.

Aquel hombre esperaba sin duda, porque miraba de tiempo en tiempo con impaciencia á la desembocadura de un callejón formado por dos trozos de muralla en construcción.

Al cabo aquella sombra blanca se afirmó sobre los pies, y salió al encuentro de dos sombras que desembocaban por el callejón.

Era la una, una mujer; la otra, un hombre.

Al salir el que esperaba al encuentro de los dos que venían, retrocedió.

—Tú no eres el alcaide—dijo al hombre.

—Yo soy el rey—dijo Al-Hhamar con voz tonante.

—¡El rey!—exclamó el que les había salido al encuentro.

Y se inclinó profundamente.

—Levántate, y llévame adonde llevarías á esta dama si la hubiera traído el alcaide.

—¡Señor!—murmuró aterrado el moro.

—Levántate y guía—añadió con acento de amenaza el rey.

El moro se levantó, se encaminó al vestíbulo, torció á la derecha, abrió un pequeño postigo, y entró por él.

—Esto está obscuro—dijo el rey.

—Así me han mandado tenerlo, señor.

—Busca una luz.

El moro obedeció, y volvió con una lámpara de los guardas.

Subieron por unas escaleras, atravesaron una galería, y entraron en un precioso retrete.

—Cierra esa puerta—dijo el rey al moro.

El moro cerró.

—Descúbrete—le dijo el rey Nazar.

El moro echó atrás la capucha de su albornoz con la que hasta entonces había tenido cubierta la cabeza.

—Ah! ¡eres mi walf Aliathar! ¡mi bravo africano! ¡el walf de la guarda de este alcázar en quien yo depositaba mi entera confianza! ¡y te has atrevido á hacerme traición.

El walf cayó de rodillas.

—No quiero saber el precio en que me has vendido: sólo quiero que obres como si no me hubieras encontrado, y te perdono.

—¡Ah poderoso señor!

—Que nadie sepa que yo estoy aquí.

—¡Ah, señor!

—Cumple fielmente con lo que te han encargado aquellos á quien te has vendido.

—Sólo tengo que esperar á la media noche á que se presenten un hombre y una mujer para introducirlos aquí.

—Pues bien, introdúcelos, y cuando estén dentro no les dejes salir.

—Así lo haré, señor.

—¿No está contigo en la guardia el walf Abd-el-Melek?

—Sí, señor, pero no sabe nada.

—No importa; di al walf Abd-el-Melek que vaya con cuarenta hombres á las angosturas del Darro; que en el ensanchamiento donde está el primer remanso busque la entrada de una cueva, que se oculte en ella, que prenda al hombre que entre, y que le lleve á las mazmorras de la Alcazaba.

—Así lo diré á Abd-el-Melek, magnífico señor.

—Dí á esta dama lo que tengas que decirle.

—Por esta celosía se ve la cámara donde reposa la sultana Bekralbayda—dijo Aliathar, que temblaba de terror.

En efecto, por una celosía dorada se veía una pequeña cámara octógona, donde se echaba de ver un ancho diván de brocado á la opaca luz de una lámpara.

—Por esta puerta—añadió el walf, señalando una pequeña situada en un ángulo—, y por unas escaleras estrechas, se baja á un alhamí que está cerrado por una puerta de cedro.

—Basta—dijo Leila-Radhyah, que permanecía encubierta—: lo demás ya lo sé.

El walf se inclinó profundamente.

—Oye ahora—dijo el rey—, y cumple fiel lo que voy á mandarte: ve y espera á ese hombre y á esa mujer; pero en el momento que entraren haz una señal leve para poder percibirla, voy á trasladarme á la Cámara que está sobre el vestíbulo.

—Yo se silbar como un buho—dijo el walf.

Se estremeció el rey.

—Bien, bien, no importa; silba cuando ese hombre y esa mujer hayan entrado: y no los avises, porque si no sucede aquí esta noche lo que debe suceder, te arrojo á mi verdugo para que me arroje tu cabeza.

—¡Ah, señor!

—Y, sobre todo, que Abd-el-Melek vaya á ocultarse en la cueva del río y cumpla las órdenes que te he dado. Vete.

El wali salió estremecido de miedo.

—Ven conmigo, alma de mi alma—dijo el rey tomando la lámpara y asiendo de la mano á Leila-Radhyah.

Atravesó con ella un estrecho corredor, abrió una puerta, y entró en un pequeño y bellissimo retrete.

—¿Quién diría que la tosca lámpara de hierro de un guarda de las obras de mis alcázares había de alumbrar mi felicidad?

Y dejó la lámpara sobre el alfeizar de una ventana. Después, estremecido de pasión, arrancó el albornoz á Leila-Radhyah.

—¡Oh santo Dios de Ismael y qué hermosa me la vuelves! ¡Qué hermosa y qué enamorada!—añadió al ver la mirada candente, lúcida, que Leila-Radhyah posaba en sus ojos.

—¿Te olvidas, señor, por tu pobre esclava del motivo que nos trae aquí—dijo Leila Radhyah, cuyas mejillas cubría un leve y dulce matiz de púrpura.

—Siento que mi cabeza se desvanece; en mis oídos resuena una música regalada; la fragancia que me rodea me embriaga: ¡y es el resplandor de tu hermosura que me ciega! ¡es tu voz que resuena en mi alma! ¡es tu aliento que respiro! ¡ah y qué misericordioso y qué grande es Dios!

—¡Oh! ¡Rey, rey mío!—exclamó Radhyah, exhalando estas palabras entre un suspiro.

Hubo un momento de silencio.

—¡Oh, qué feliz, qué feliz soy!... La felicidad que siento me comprime el corazón, me mata!—exclamó Leila-Radhyah.—¡Oh mi Nazar! ¡oh mi alma!

—Tu amor ha consagrado este alcázar, luz de mis ojos—exclamó el rey mirando con delicia á la princesa africana.—¡Oh, ¿por qué tenemos más en qué pensar que en nuestro amor?

—Oye, rey mío... ¿no es verdad que yo para ti no soy sultana ni esclava? ¿No es verdad que no soy para ti más que Leila-Radhyah?

Al-Hamar la estrechó entre sus brazos.

Para esa infame hechicera, para esa Wadah fatal, justicia; para ti, mi noble mártir, mi amor, mi vida, mi alcázar y mi corona.

—Y para ti mi alma—exclamó Leila-Radhyah, exhalando toda su alma en una divina sonrisa.

Callaron entrambos dominados por su amor, porque un amor que, comprimido, desgarrado, cubierto de luto y de dolores durante diez y siete años, estallaba al fin inmenso.

—Oye—dijo Leila-Radhyah—: quiero contarte una historia.

—¿Tu historia! ¡Una historia de desdichas!

—No, porque ha habido dos nobles y generosos hombres que me han protegido, que se han consagrado á mí; mi historia es muy sencilla y muy breve.

—¡Oh! Te escucho; tu voz es para mí tan dulce y tan amada como puede serlo la voz de los arcángeles al Señor.

—¿Te acuerdas del día en que nos conocimos?

—¡Oh!—exclamó el rey Nazar.

—Nos rodeaba el horror del combate; estaba yo cercada de cadáveres despedazados; los cristianos que me habían robado en la frontera cuando me dirigía á Córdoba, que habían muerto al wazir que me acompañaba, á mis doncellas, á mis esclavas, habían sido muertos á su vez por tus soldados, y yo lloraba desolada porque me veía cautiva cuando empezaba mi juventud, ¿te acuerdas?... apenas tenía doce años, y ya era una mujer; ya mi corazón languidecía de amor.

—Hija de Africa, alentada por el viento del desierto!—exclamó con entusiasmo Al-Hamar.—¡Oh, y qué hermosa eras ya! Pero ahora eres más hermosa; yo nunca hubiera creído que ojos de mujer pudieran brillar tanto, arder tanto, exhalar tanta dulzura... ¡Oh! Entonces eras una hermosa doncella... que llorabas... ahora eres un arcángel de fuego...

—Pero el dolor ha enfriado mi cuerpo y empalidecido mis mejillas.

—¡Oh, Dios mío! Y si la felicidad, si mi amor te embelesan, dime... ¿quién tendrá vida bastante fuerte para resistir tu hermosura, cuando en estos momentos tu hermosura mata?

—Y si eso fuese, si yo llegase á ser tan hermosa, tan resplandeciente como una hurí del Señor, ¿no creerías, mi hermoso, mi valiente Nazar, que el Altísimo empezaba á recompensarte sobre la tierra? Pero es que tu amor me embellece á tus ojos; hace diez y ocho años... ¡oh! ¡entonces sí que era hermosa! Pero tú entonces eras más hermoso que yo... me acuerdo, ¡oh!, me acuerdo como si hoy mismo me estuviera sucediendo, que vi de repente junto á mí un joven caballero en una yegua ensangrentada hasta el pretal de acero; me acuerdo que cuando vi fija en mí la mirada absorta de aquel mancebo, sentí inundada mi alma de una alegría, de una felicidad inmensa; lo olvidé todo: que me en

contraba sola, esclava en tierra extraña. ¿Y te acuerdas, Nazar, rey mío, con cuánta alegría me arrojé en tus brazos cuando tú me dijiste: yo te amo? ¿Te acuerdas de ese tiempo de amor en que fuí toda tuya, en cuerpo y en alma, sintiendo no tener más vida para consagrártela, para confundirla con la tuya? ¡Oh, y cuánto te amé desde el punto que te ví! ¡Oh! ¡Cuánto he llorado, sufrido, odiado, deseado y maldecido desde el momento en que te perdí!... ¡Oh cuán dichosa, cuán llena de insensata alegría, cuán enamorada, cuán transportada al cielo, ahora que te veo, que te hablo, que eres mío, mío para no volverte á separar de mí! Porque ahora... tú eres poderoso, Nazar; tú eres un gran rey; tú amas á tu Leila-Radhyah, y no habrá poder humano que pueda separarme ya de ti.

—¡Oh, no! Tú serás mi sultana... tú la alegría de mis alcázares; tú el genio del amor y de la armonía, que vivirá eternamente en ellos en el lugar que ocuparon, cuando el tiempo, que todo lo destruye, inflexible, los haya destruido.

—Cuando en los primeros días de nuestro amor vagábamos en las claras noches de luna por los jardines de Córdoba, yo creía que jamás podía tener sin mi ventura, ¿te acuerdas? Tu hijo el príncipe Mohammed aún estaba en la cuna; yo le amaba, yo le mecía sobre mis rodillas, yo quise reemplazar á la madre que había perdido.

—¡Ah!—exclamó el rey Nazar.

—Acuérdate cuán feliz era yo: por ti había olvidado mi padre, mis alcázares de Fez, mi altivez de sultana; á tu lado no deseaba nada, en nada pensaba más que en ti; si me cubría de galas, era por agradarte; si tañía la guzla y cantaba, era para hacer más lánguido el sueño que dormías, reclinada tu cabeza en mi regazo; si sonreía, era por tí y para tí. ¡Oh, Señor, yo creía que aquella felicidad iba á ser eterna!

—Satanás se puso en medio de nosotros.

—¡Oh! No recordemos eso; no lo recordemos. Tú no dejaste de amarme, no, no; tú me amabas con más fuerza; te habían dicho que Wadah era una poderosa maga... y tú... Wadah te vió y te amó, y compró á un hombre y vendió á otro por ser tuya, ó más bien, porque tú fueses suyo.

—¡Que compró á un hombre y vendió á otro!—exclamó Al-Hhamar.

—Sí; compró á uno de tus mayores amigos, á un pariente de tu padre: á David-aben-Kotham, cuyos consejos seguías tú ciegamente.

—¡Oh! No; te engañas, Leila mía: el noble

David-aben-Kotham no podía venderse; era el mejor caballero de Córdoba.

—Cada hombre tiene su precio. Wadah hizo creer á David en su poder y en su ciencia, y en que el hombre que fuese su esposo llegaría á ser un rey valiente y vencedor. David la creyó, y se vendió á ella por amor á ti: te hizo conocerla de una manera misteriosa, y tú... Pero no hablemos más de eso; esa maldita mujer te hechizó.

—¿Y quién fué el hombre á quien vendió Wadah?

—Un hombre á quien amaba y del cual tenía una hija.

—¡Ah! ¡conque es cierto!...

—Sí.

—¿Y esa hija es Bekralbayda?

—Sí.

—¿Pero cómo pudo Wadah ocultarla?...

—Bekralbayda pasaba por hija de una de sus esclavas.

—¡Ah!

—De ese modo podía tenerla junto á sí en tu misma casa: pero no se atrevió á tener del mismo modo á su antiguo amante, á quien vendió, porque su amante era un esclavo africano.

—¿Y cómo se llamaba ese esclavo?

—Daniel-el-Bokari.

—¡El alarife!...

—Sí, el gran alarife que ideó el Palacio-de-Rubtes, el maravilloso alcázar que tú estás construyendo.

—Continúa.

—El Bokari fué vendido, por fortuna, á un amo piadoso: éste, al verle triste y abatido, con las señales de la desesperación más profunda, quiso saber el secreto de sus penas. El Bokari, celoso, furioso contra Wadah, se las reveló: entonces su amo le dijo:—¿qué sabrás tú hacer que valga el precio que he dado por tu alma?—Yo soy alarife—dijo el Bokari.—Pues entonces, hazme un palacio en una de mis huertas del Guadalquivir, y eres libre.

El Bokari construyó el palacio y labró los jardines en la huerta, y tan satisfecho quedó su dueño, que no sólo le dió la libertad, sino otro tanto valor como el que había pagado por él á Wadah.

Había pasado un año desde tu casamiento con Wadah. Yo estaba abandonada en un apartado aposento de tu casa. Nadie se cuidaba de mí; tú me habías abandonado enteramente, hechizado por esa maldita; sólo me servía una esclavilla,

una pobre niña etíope: pasaba desesperada mis largas noches sin sueño, y de día me iba á pasear acompañada de la esclava por las riberas del Guadalquivir por los lugares más solitarios.

Allí, meditando en mi desventura, recordando mi infancia, mi juventud, mis alcázares, las esclavas que allí me habían servido de rodillas, y mi padre que se miraba en mis ojos, lloraba y me entristecía; pero nunca había pensado en vengarme ni de ti ni de Wadah.

Una tarde, ya se había puesto el sol, me volvía á Córdoba, cuando un joven se aproximó á mí.

—Allah te guarde y te recompense—me dijo—si te dignares escucharme

—¿Y qué tendrás tú que decirme?—le respondí con despego.

—Estás triste y lloras—repuso.

—¿Y qué te importa eso?—repliqué.

—Yo también estoy triste y lloro.

—Déjame seguir en paz mi camino—le dije con enfado.

—Una misma persona causa nuestra tristeza y nuestro llanto—añadió—la hechicera, la maga, la esposa de Al-Hhamar.

Cuando esto me dijo, ya le escuché de buen grado, y si entonces se hubiera separado de mí, yo le hubiera detenido.

—¿Y qué tienes tú que ver con Wadah?—le dije.

—No es éste sitio para hablar de estas cosas. Viene contigo esa esclava. Pero si quieres ayudarme y que yo te ayude contra esa mujer, espérame esta noche.

—Te esperaré.

—A tus habitaciones da un patio que tiene un postigo sobre el río.

—Es verdad.

—Pues bien, yo llegaré esta noche al mediar con una barca por este postigo.

—¿Y fué?—dijo el rey Nazar.

—A la media noche—repuso Leila-Radhyah—yo, excitada por lo que aquel hombre me había dicho, le franqueé el postigo.

Hacia una noche tempestuosa y oscura, llovía, tronaba.

Aquel hombre me dijo:

—Espérame en tu aposento, sultana.

Y sin esperar á más se perdió por uno de los arcos del patio.

Yo, absorta sin saber qué hacer, dudé un momento acerca del partido que debía tomar; pero

no sé por qué me había inspirado una gran confianza el Bokari, que él era, y fuí á esperarle en mis habitaciones.

Apenas había entrado en ellas, cuando se abrió una puerta y apareció el Bokari: traía entre su alquicel una niña como de dos años, dormida.

—He tenido más suerte de la que esperaba—me dijo—he encontrado abierto el aposento de mi hija, y á su nodriza dormida.

—¡De tu hija!—exclamé.

—Sí; esta niña es hija mía y de Wadah.

—¡Ah!

—Ahora, si tú quieres, sultana, sígueme.

—¿Qué te siga?

—Sí. ¿Qué pretendes esperar aquí? Al-Hhamar, fascinado por Wadah, ni aún se acuerda de ti: cuando Wadah eche de menos á su hija, creará que tú eres quien se la ha robado, y pretenderá vengarse de ti: aquí estás en peligro, huye.

—No me separaré de la casa donde vive Al-Hhamar—le contesté.

—Pero esa mujer es terrible y sanguinaria.

—No importa: llévate tu hija; yo me quedo aquí.

En vano el Bokari pretendió convencerme: yo no podía separarme del lugar en que, aunque sin verte, estaba próxima á ti.

Al fin, cansado de la inutilidad de sus esfuerzos, y viendo que la noche avanzaba, el Bokari salió.

—Deja abierto el postigo—me dijo—hasta el amanecer.

—¿Y á qué propósito?

—Déjale abierto, sultana, porque yo quiero velar por ti.

No sé qué extraña confianza me inspiraba aquel hombre, que cedí y dejé abierto el postigo.

Cuando entré en mi aposento me aterró: Wadah, desmelenada, pálida, desceñida la túnica, buscaba por todas partes en mi aposento, y rugía y lloraba.

Al verme, se abalanzó á mí como una leona.

—¡Dame mi rosa blanca, miserable! ¡dámela!—gritó.

—¡Tu rosa blanca!—exclamé—; ¡tu hija!

—¡Sí! ¡mi hija! ¡dame á mi hija que me has robado!—gritó.

—Dame tú mi Al-Hhamar—repuse.

—¡Qué! ¿no me darás mi hija, ladrona?—exclamó Wadah palideciendo.

—¡Tu hija! ¡tu hija!—exclamé, saboreando aquella venganza inesperada que me había procurado el Bokari:—ya no volverás á ver tu hija, hechicera.

—¡Ah! ¡ni tú volverás á ver el sol!—gritó.

Luego sentí tres golpes terribles sobre el pecho; después nada: una densa niebla había cubierto mis ojos; mi cabeza se había hecho pesada, como de plomo.

Cuando volví en mí me encontré en una habitación humilde, pero limpia y alegre.

Un hombre estaba á mi lado contemplándome con interés.

Era el Bokari.

—¡Ah! ¡Dios sea loado!—exclamó:—creí que no volverías á la vida, sultana.

Quise hablar, pero me hizo señal de que callase, y él mismo guardó silencio.

Algunos días después, como yo le preguntase por qué razón estaba en su poder, me contestó:

—Yo quise que dejaras abierto el postigo para protegerte: poco después ni los gritos de Wadah y los tuyos; me precipité en tu socorro, pero llegué tarde. Wadah había desaparecido, y tú estabas por tierra ensangrentada ó sin sentido. Cargué contigo; te llevé á mi barca, te restañé la sangre de la mejor manera posible, y apartándome con mi barca de aquel lugar maldito, te he traído aquí. Tenías tres puñaladas en el pecho que me hicieron temer por tu vida: pero la misericordia de Dios no ha querido que mueras.

—¡Ah! ¿Y para qué quiero yo vivir?

—¿Te has olvidado de tu padre, sultana?

—Mi padre no me recibirá.

—¿Quién sabe!

—Mi padre me pedirá cuentas de mi honra.

—Que se las pida á Al-Hhamar. ¿Acaso Al-Hhamar no te hizo su esclava? En el momento que tus heridas lo permitan iremos á Africa. Es necesario que tu poderoso padre te venga de Al-Hhamar.

Pasó así algún tiempo.

El Bokari, salvadas algunas horas de la tarde y de la noche, estaba á mi lado refiriéndome alegres cuentos para entretener mi tristeza.

Lo demás del tiempo lo pasaba encerrado.

—¿Qué estas haciendo?—le dije un día.

—Estoy haciendo un alcázar tan maravilloso, que no habrá rey que se atreva á construirle.

—Pero si le haces tú, no hay necesidad de que le haga un rey.

—Sí, pero yo le hago imitado en gacela, y para levantarle, para que se toque con las manos como ahora se toca con la vista, serían necesarios grandísimos tesoros.

—¡Y no me enseñarás ese alcázar!—le dije.

—Ven conmigo—me contestó.

Llevóme á una torrecilla, y en ella, colgados de las paredes y extendidos por el pavimento, vi una multitud de pergaminos, sobre cada uno de los cuales había pintada una maravillosa habitación, ó un patio incomparable, ó un jardín deleitoso.

—Este es el Palacio de Rubies, sultana—me dijo el Bokari:—el rey que posea este alcázar será el rey más poderoso de la tierra.

Cuando el Bokari dijo esto, mi pensamiento se fijó en ti, mi valiente Nazar, y dije:

—El llegará á ser rey; él será un rey grande y poderoso; él construirá este alcázar.

—¿Quién sabe?—dijo el Bokari—; pero para cuando Al-Hhamar sea rey, ya habré yo muerto. Es necesario buscar otro rey que pueda construir esta obra. Necesitamos pasar á Africa.

—Cuando quieras—le dije:—nada espero aquí.

Algunos días después llegábamos á Málaga, y nos embarcábamos en una galeota de un amigo del Bokari.

Llegamos al fin á Tlencen.

El Bokari, bajo pretexto de mostrar á mi padre el Palacio de Rubies, logró que le recibiese en su alcázar.

Maravilló tanto á mi padre la riqueza de la obra que había pintado el Bokari, que no teniendo tesoros bastantes para realizarla, quiso al menos que en su alcázar hiciese algunas habitaciones semejantes al Bokari.

Pasó algún tiempo.

El Bokari iba todos los días á los alcázares de mi padre á labrar las nuevas habitaciones.

Mi padre había llegado á tenerle ya amor.

Atrevióse al fin un día á decirle el Bokari:

—¿Dónde quieres que ponga esta inscripción que acabo de labrar?

La inscripción á que el Bokari se refería era mi nombre.

—¡Leila-Radhyah!—exclamó mi padre demudado.—¿Quién te ha dicho su nombre?

—Es el de una dama muy hermosa que yo conozco—dijo el Bokari.

—¿Y qué edad tiene esa dama?

—Diez y siete años.

Creció la palidez de Al-Mostansir.

—¿Y dónde has conocido á esa dama?

—En Córdoba: es cautiva de un valiente walf.

—¡Ah!—dijo mi padre—, ¿no más qué cautiva?

—Poderoso rey—dijo el Bokari—, la cautiva ama á su señor.

—¿Y su señor, la ama á ella?

—Se ha casado con otra.

—¿Cómo se llama ese walf que se casa con una mujer, teniendo en su poder otra que se llama Leila-Radhyah?

—Se llama Mohhammed-aben-Juzef-Al-Hhamar.

—Pero Al-Hhamar no es ya solamente un valiente walf; es un rey.

—¡Reyl!

—Sí por cierto: el califato de Córdoba se hunde: cada walf se cree bastante poderoso para declararse rey. Aben-Hud acabará mal; su corona se divide en muchas coronas.

—¿Y dices, señor, que Juzef-Al-Hhamar es rey?

—Sí; rey de Jaén, Guadix y Baeza. No hablemos más de esto.

—¿Pero esta inscripción?

—Rómpela.

—¿Olvidáis que es el nombre de Leila Radhyah?

—Rómpela.

—¿Pero por qué tanta severidad, señor? ¿No os digo que Al Hhamar...

—No hablemos más de esto; esa desdichada ha debido morir... y no ha salido morir. Rompe su nombre, y no le vuelvas á poner delante de mis ojos ni á enviarlo á mis oídos.

—¡Ah Leila, Leila de mi alma!—exclamó el rey Nazar:—¡y cuán culpable he sido para contigo!

—Eso ha sido un sueño, una pesadilla que ha pasado—dijo Leila-Radhyah sonriendo tristemente:—déjame continuar.

El Bokari no volvió á hablar más de mí á mi padre hasta que se concluyeron las obras. Cuando mi padre le hubo pagado, el Bokari se atrevió á decirle:

—Voy á España, señor: ¿qué diré á la desdichada que en aquella región llora?

—Cuéntala lo de la inscripción—le respondió mi padre.

El Bokari salió triste y acongojado de los al-

cazares de Al-Mostansir-Billah, porque me amaba y había concebido esperanzas de que mi padre me volvería su afecto.

Pero ni una palabra me dijo acerca de esto, sino cuando un año adelante le vi próximo á la muerte.

Entonces me lo reveló todo; y un amigo suyo, un renegado español, quedaba encargado de mí, de Bekralbayda y del Palacio de Rubíes.

Daniel-el-Bokari murió al cabo, y entonces conocí á Yshac-el-Rumi.

Ya le conoces tú.

Su historia es muy breve.

Se halló en la batalla de Alarros, como soldado del rey Alonso de Castilla, y fué hecho cautivo, vendido y traído á Africa.

En Africa estudió toda la ciencia que poseía su amo, que era astrólogo; y se enamoró de una hermosa hija que el astrólogo tenía. Ella se enamoró también de él, y sin que su padre lo supiese se comunicaban. Pero un día se apercibió de ello el viejo, y quiso matarlos á entrambos.

—Me casaré con ella—dijo Yshac.

—Tú no puedes casarte con mi hija—dijo colérico el viejo—, porque eres cristiano.

—Me haré musulmán.

—Pero eres mi esclavo.

—Y qué, ¿no vale nada la honra de tu hija?

El astrólogo, á pesar de su codicia, cedió; Yshac se hizo musulmán y se casó con su amante.

Pero la infeliz murió poco después, al dar á luz una criatura, que nació muerta.

—Ahora comprendo—dijo el rey Nazar—, la razón de la sombría tristeza de ese hombre; pero lo que no puedo comprender es la conducta que ha seguido y sigue conmigo.

—¡Ah! ¡pues es muy fácil de comprender! Yshac me ama.

Frunció el entrecejo el rey Nazar.

—Me ama como un padre ama á su hija, y quiere vengarme y vengar al pobre Daniel-el-Bokari, de quien fué grande amigo.

—¿Y por qué entonces el misterio de que te ha rodeado, y la especie de traición de haber arrojado á Bekralbayda en los brazos de mi hijo Mohhammed, y habérmela vendido después?

—Yshac-el-Rumi y yo amamos á Bekralbayda como si fuese nuestra hija: Yshac la llevó á Alhama para que el príncipe la viese y la amase; yo quise que tú la conocieses también.

—¿Y para qué?

—Para que tuviese celos Wadah.

—Pero los celos de Wadah matan.

—Te juro que no matarán á Bekralbayda.

—¿No estaba á tu lado en tu alcázar Yshac-el-Rumi?

—No comprendo bien esto.

—Antes de mucho lo comprenderás.

—Pero ¿y esa diadema, esas joyas, esas galas que te cubren y que valen un tesoro, Leila?

—Ah! ¿desconfías de mí?

—No, no desconfío; pero en tu habitación de Córdoba se encontraron todas tus joyas, joyas que yo he conservado como un precioso tesoro de mi corazón, porque creí que esas joyas y esas ropas eran lo único que me quedaba de ti.

—Después de la muerte del Bokarí, permanecimos algunos meses en Tlencen; pero al fin, yo que ansiaba volver á Andalucía, porque en Andalucía estabas tú, excité á Yshac á que viniésemos á vivir á Granada, y cediendo á mis deseos, Yshac dispuso el viaje.

Al día siguiente, un esclavo de mi padre entró en nuestra casa.

—¿Te llamas Yshac-el-Rumi?—dijo á éste.

—Sí—contestó.

—El poderoso rey Al-Mostansir Billah te ordena que vayas á su alcázar.

Yshac fué.

Al-Mostansir Billah le dió un cofre de hierro muy pequeño y una carta, y le dijo:

—Entrega esto á Leila-Rodhyah.

Al-Mostansir Billah, cuando hubo entregado el cofre y la carta y dicho estas palabras á Yshac, le volvió la espalda.

—Yshac me entregó el cofre y la carta.

Abrí la carta antes que el cofre, y vi que decía:

“Un rey tenía una hija.

“Y esta hija del rey era muy hermosa.

“Y tan hermosa era, que los sabios le habían dicho:

“Tu hija será causa de crímenes y desdichas.

“El rey encerró á su hija; pero la princesa empezó á languidecer.

“El rey llamó á los sabios y les mostró la princesa.

“¿Qué enfermedad padece mi hija?—les preguntó.

“Y los sabios le respondieron:

“Tu hija languidece de amor.

“Nosotros no nos atrevemos á volverle la salud; pero hemos consultado las estrellas, y las estrellas nos han dicho:

“Allá en Andalucía, del otro lado del mar, en la hermosa Córdoba, la hija del rey encontrará alivio á su dolencia.

“Y el rey, que amaba mucho á su hija, la envió á Córdoba. Pero su hija no volvió.

“Han pasado muchos años.

“Tú que vas á Córdoba, señora, busca á Leila-Radhyah y dala esas joyas.

“Pero no la digas que su padre la da un tesoro, porque Leila-Radhyah no tiene ya padre.

“No la digas que venga, porque si su padre la ve delante de sí, la matará.”

—Tu padre fué demasiado severo contigo—dijo el rey Nazar.

—Mi padre me ama—dijo Leila-Radhyah con los ojos arrasados de lágrimas.

—Te ama, ¿y á pesar de tu inocencia no te ha recibido?

—Mi padre me ha enviado hace pocos días otra carta.

—¿Otra carta!

—Sí, mírala.

Leila sacó de su seno una bolsita de seda verde y oro, y de ella un pergamino enrollado.

El rey Nazar leyó:

“Leila-Radhyah—decía aquella carta:

“He tenido nuevas que han reanimado mi esperanza.

“Un walí granadino me ha dicho que la sultana Wadah está loca.

“El rey Nazar puede, pues, apartarla de sí.

“El rey Nazar puede ser tu esposo.

“Te envío joyas y galas de sultana.

“Si quieres tener padre y hermanos, consiente en ser la esposa de Nazar.

“Si consientes, yo te enviaré servidumbre y esclavos y guardas, para que puedas presentarte en Granada como debe ser vista la hija de un rey.

“Tu padre te ama, Leila-Radhyah, pero no puede abrazarte hasta que laves tu deshonra.

“Procura ser esposa de Al-Hhamar.”

—¿Y qué has contestado á tu padre?—dijo el rey Nazar.

—No le he contestado todavía; pero mi respuesta la llevará un embajador tuyo; un embajador que le diga: tu hija Leila-Radhyah es sultana de Granada.

—Oh! Ese embajador partirá para Tlencen antes que salga el sol del nuevo día.

En aquel momento se oyó fuera un tenue silbido, un silbido semejante al de un buho.

El rey y Leila Radhyah salieron del retrete donde se encontraban, y se trasladaron á obscuras á aquel desde donde se veía la cámara de Bekralbayda.

Veamos lo que pasaba en esta cámara.

Estaba desierta.

Bekralbayda velaba en el jardín, mirando desde sus espesuras la torre del Gallo de Viento, que se veía á lo lejos, allá en el distante extremo del Albaicín bajo la luz de la luna, y en cuyas ventanas se veía el reflejo de una luz.

Bekralbayda creía ver en aquella ventana al príncipe, que velaba como ella

Estaba abstraída, absorta en su amor, cuando un esclavo se acercó á ella, se prosternó, y la dijo con voz humilde:

—Poderosa sultana, la noble sultana Wadah acaba de llegar y desea verte.

—¿Y dónde está la sultana?—exclamó con cierta alegría Bekralbayda, porque amaba á Wadah.

—Te espera en tu cámara, señora—contestó el esclavo.

Bekralbayda se encaminó precipitadamente hacia su cámara.

En ella, sentada en el diván que servía de lecho estaba Wadah, indolente, hermosa, más hermosa que nunca, y muy sencillamente vestida.

Al ver á Bekralbayda, se levantó, corrió á ella, y la besó en la boca.

—Oh!—exclamó—: ¡qué hermosa estás, hija mía! ¡cuánto he sufrido desde el día en que te sacaron del palacio del Gallo de Viento! Porque yo te amo, ya lo sabes.

—¡Ah, señora!—exclamó Bekralbayda—, y vienes á visitar á tu esclava!

—¡Esclava! ¡no! ¡tú no eres esclava! ¡tú eres sultana! Escucha: vengo á revelarte un secreto que te va á llenar de placer. El rey...

Bekralbayda palideció.

—¡Oh y cómo le ama!—pensó Wadah conteniendo mal su celosa rabia—: el rey piensa casarte... con...

—¿Con quién!...—exclamó pálida Bekralbayda.

—Con mi hijo—respondió la sultana.

—¿Con tu hijo! ¡con el príncipe Juzef-Abdallah!

—¿Qué, no te parece bastante hermoso mi hijo?...

—Ah! ¡sí! sí, señora; pero es muy joven... demasiado joven.

—Ah! ¿tú quisieras para esposo un hombre de la edad de su padre?

—Yo... no... ya es demasiado.

—¡Joven el uno! ¡el otro viejo!

—¿Pero qué importa eso, señora? ¿Por qué ha de pensar el rey en casarme? Te equivocas... Te equivocas... sultana: yo sé que el rey no quiere casarme con nadie.

—Ah! ¡no quiere casarte con nadie! ¡pues mira, yo había creído!... el otro día me dijo: Wadah, estoy pensando en casar á nuestro hijo.—¿Y con quién señor?—Con una doncella joven, hermosa, pura, á quien tú conoces.—¿Que yo conozco?—Sí; pero quiero sorprenderte, y no te diré su nombre.—Y no me lo dijo; pero al día siguiente te sacó del alcázar y te trajo á este otro alcázar: puso junto á ti eunucos, esclavos y guardas... majestad de sultana, y yo... yo creí que era porque te destinaba á nuestro hijo... al príncipe Juzef. ¡Y no amas tú á mi hijo!

—¡Ah, señora! le respeto... pero amarle... no.

—¿Y á quién amas?

—Yo... á nadie.

—¡A nadie! ¡y el estado en que te encuentras, pobre niña?

Y la mirada de Wadah se fijó de una manera marcada en Bekralbayda.

La pobre joven se cubrió el rostro con las manos.

—Ha sido una violencia, una horrible violencia...

—¡Del rey!

—¡Del rey!—exclamó asombrada Bekralbayda.

—¿Por qué tiembas?...

—Has dicho que el rey...

—Es tu amante...

—No, no, y cien veces no.

Wadah había dejado al fin su continente tranquilo.

Sus ojos arrojaban llamas.

Estaba trémula de cólera.

—Pues si no ha sido el rey, ¿quién ha sido?—añadió con la voz opaca por los celos y por el odio Wadah.

—Pero ¿qué te he hecho, señora, para que me trates así?—exclamó Bekralbayda.

—¿Qué me has hecho? ¿qué me has hecho? Pues no te ama el rey, Nazar?

—¡Dios mío!

—¿No eres tú su esclava querida?

—Soy su esclava... sí, es verdad, pero...

—No, tú no eres su esclava; tú eres su señora.

—Yo... ¿pero tú estás loca, sultana?

—¡Loca! ¡loca! ¡sí, es verdad! ¡loca de celos! ¿sabes tú quién soy yo?

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó Bekralbayda levantándose y pretendiendo huir.

Wadah la asió de un brazo y la atrajo á sí.

—¡Socorro!—gritó la joven—¡socorredme! ¡libradme de esta mujer!

—Nadie puede oírte: están cerradas las puertas, y los que te sirven alejados; nadie te oirá.

—¡Oh! ¡Señor, Señor de misericordia!—exclamó la joven cayendo de rodillas.

—Sí, sí, prosternate—dijo Wadah—; porque así debes de estar delante de mí: delante de la esposa que has injuriado.

—Yo os juro que no amo al rey.

—Pero él te ama.

—Yó no puedo impedirlo.

—Pero no se ama á los muertos.

—¡Ah! ¿qué dices? ¿pero no, tú no piensas así!... ¡tú no quieres asesinarme!... ¿no es verdad? yo no tengo la culpa, no... yo no amo al rey... yo no he sido suya... no puedo ser suya... antes la muerte... no... no puedo ser suya.

—Te obligará.

—¡Oh! ¡no! porque si quiere violentarme, yo le diré: soy amante del príncipe Mohammed: el hijo que llevo en mis entrañas es tu nieto.

—¡Mientes! ¡mientes! ¡quieres salvarte! ¿qué? ¿no te he visto yo perderte en los bosquecillos con el rey?

—Pero no tengo yo la culpa...

—Escucha: en otro tiempo, otra mujer me disputaba los amores de Nazar... yo maté á aquella mujer.

—¡Oh Dios mío!

—Pero la maté á puñaladas, y su sangre...

Wadah se detuvo.

—Yo veo su sangre corriendo siempre delante de mí como un torrente: yo me estremezco de noche, y me tapo la cabeza para que no caiga sobre ella la sangre de aquella mujer, la sangre de Leila-Radhyah. Yo no quiero ver más sangre, y no te mataré á puñaladas.

—¡Matadme! ¡matadme! ¡pero eso no puede ser! señora... no... yo te amaba...

—¡Que me amabas!

—Sí... como amaría á mi madre.

—¡A tu madre! ¡á tu madre! ¡Oh! yo tenía una hija: una hija que tendría ahora tu misma edad: y aquella miserable Leila-Radhyah la mató...

la mató; yo encontré sus ropas ensangrentadas... por eso maté á esa miserable mujer, que se me presenta todavía á cada paso delante de los ojos, hermosa y pálida como un espectro... por eso la di de puñaladas; pero á ti no: yo te mataré de modo que no salga fuera de tu cuerpo una sola gota de sangre... no... tú no te presentarás ante mí en mis sueños, en mis soledades, roja de los pies á la cabeza... yo soy sabia... yo conozco las yerbas que matan y las yerbas que enloquecen: mira.

Y mostró á Bekralbayda un frasquito de oro.

—¡Ah! ¿y qué es eso?...—exclamó aterrada la joven.

—Esto... esto es... mira, tú beberás esto.

—Yo... yo no beberé... no... yo resistiré... yo gritaré...

—¡Resistir!... ¿piensas acaso que puedes resistirme? gritarás... ¿te escuchará alguien?... tú beberás...

—¡Oh Dios poderoso!

—Beberás y sentirás entorpecidos tus ojos, pesada tu cabeza... te dormirás y no despertarás... no despertarás... y yo no tendré celos, porque no se ama á los muertos, y Al-Hhamar me volverá su amor.

Bekralbayda miraba fascinada á Wadah.

Wadah se había replegado en un ángulo del diván como una pantera, y fijaba sus ojos extrañados y escandecidos en Bekralbayda.

—¡Oh! ciertamente que eres muy hermosa... sólo he conocido una mujer que á tu edad fuese tan hermosa como tú, y esa mujer la veía en mi espejo; porque esa mujer era yo... pero ella, mi rosa blanca, sería más hermosa que tú... sí, más hermosa... y la mataron... ¡la mataron! yo maté á su asesino, á la infame... á la miserable Leila-Radhyah... Ahora tú me robas á Al-Hhamar... ¡has matado el amor que Al-Hhamar me tenía, y morirás... morirás también!

—¡Oh, señora! ¡yo no amo al rey! ¡te lo juro! no le amo... el rey me aterra, me persigue, me enamora... pero yo... yo no puedo amar al rey... yo no puedo ser suya... yo he sido de su hijo... de su hijo, ¿lo entiendes bien?... de su hijo, que está perseguido y aborrecido de su padre porque me ama.

Wadah miraba á Bekralbayda con una expresión letal. La joven continuó:

—Soy muy desgraciada—dijo—y poco me importaría morir... pero él me ama; él morirá si yo muriese...

—¡El! ¿y quién es él?—gritó Wadah levantándose furiosa—: ¿quién es el que tú amas, y morirá si tú mueres?

—¡El príncipe Mohammed!—exclamó con angustia Bekralbayda juntando sus manos.

—¡El príncipe! ¡el príncipe! ¡tú me engañas!

—No, no te engaño; escucha: busca al príncipe, pregúntale, pregúntale á quién ama; él te dirá: yo amo á Bekralbayda.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡eso no es verdad!

—Sí, sí; pregúntale: ¿ha sido tu esclava Bekralbayda? y él te contestará: pregúntalo á los bosquecillos de la casita del remanso; pregúntalo á las fuentes, á las flores, á la noche silenciosa y oscura, y ellos te dirán: nosotros hemos sido testigos de su felicidad; se aman, se aman, y Bekralbayda lleva en su seno la vida de su amor.

—¡Mientes! ¡mientes!—gritó Wadah.

—¡Oh! no, no miento; y si desiendo mi vida... espera, espera algún tiempo, sultana; espera que nazca mi hijo, y mátame después; pero no mates á mi hijo, no... mi hijo es inocente.

—Inocente era también mi hija, y la mataron.

—¿Pero tienes las entrañas de pedernal?—exclamó desesperada Bekralbayda.

—¡Tengo celos! ¡estoy loca! ¡Al-Hhamar me desprecia, y me desprecia por tí!

Y Wadah, pálida, terrible, convulsa, adelantó hacia Bekralbayda.

La joven cayó de rodillas.

—¡Perdón!—exclamó: ¡perdón!—yo no tengo la culpa.

—¡Bebe!—exclamó Wadah con voz ronca asiendo violentamente de un brazo á Bekralbayda y presentándola el frasquito de oro.

—¡No, no!—gritó Bekralbayda ronca de terror y de desesperación rechazando el pomo.

—¡Bebe!—repitió con acento más concentrado y terrible Wadah.

—¡No!—gritó con toda la fuerza de su alma la joven.

—¡Ah, no quieres beber, será preciso que corra otra vez sangre!

—¡Sangre, piadoso Allah! ¡sangre!—gritó Bekralbayda: no, no; tú no serás tan infame: yo no te he hecho ningún mal.

—¡Que no me has hecho ningún mal, y te ama Nazar, y por tí me desprecia, como me despreciaba por Leila-Radhyah!

Y arrastrata furiosa á la joven, que oponía una resistencia desesperada.

De repente Bekralbayda dió un grito agudísimo; uno de esos gritos que el terror arranca del alma: había visto brillar un puñal en la mano de Wadah, la muerte en sus ojos.

Pero en aquel momento sonó una voz grave, acentuada, terrible; voz que parecía salir de la eternidad, que contuvo el brazo de Wadah, y la hizo temblar.

—¡Wadah! había pronunciado aquella voz.

Y al mismo tiempo se había abierto con estruendo una puerta frente á Wadah, y había aparecido en ella Leila-Radhyah.

Wadah dió un grito horrible, dejó caer el puñal y quedó como petrificada, mirando con estupor, con espanto á Leila-Radhyah.

—¡Ellal! ¡siempre ella!—exclamó con voz sorda: ¡siempre su sombra ensangrentada!

—Sí, sí, yo soy, que vengo á impedir un horrible crimen—dijo Leila-Radhyah con acento solemne.

Y adelantó y asió á Bekralbayda, que la miraba asombrada; la levantó en sus brazos y la besó en la boca.

—¡Ah, hija mía!—exclamó: ¡pobre hija mía!

—¡Su hija!—exclamó Wadah con asombro.

—¡Mi hija! ¡crees que es mi hija! ¡pues bien, mira!—dijo Leila-Radhyah.

Y desabrochando rápidamente la túnica de Bekralbayda, la descubrió el hombro derecho, y mostró á Wadah un lunar rojo que Bekralbayda tenía sobre el hombro.

—¡Mátala si te atreves!—exclamó Leila-Radhyah.

Pasó una expresión de indecible angustia por el semblante de Wadah, su frente se cubrió de sudor, sus ojos se dilataron, se puso la mano sobre el corazón, cayó de rodillas, y se abalanzó á Bekralbayda; la abrazó y la besó llorando y riendo.

—¡Mi rosa blanca!—exclamó:—¡Mi hija!

—¡Tu hija!—exclamó Bekralbayda, rechazándola:—No, tú no eres mi madre; si fueras mi madre, la sangre te lo hubiera dicho; no hubieras querido matarme: ¡Mi madre tú!

—¡Sí, sí, yo soy tu madre!—exclamó arrastrándose á sus pies Wadah: Mírame, mírame bien... yo tuve una hija... yo creí que la habían matado... pero no... no, eres tú... yo te conozco ahora... ese lunar que tienes sobre el hombro, ese lunar que yo besaba cuando eras pequeña y te tenía sobre mis rodillas: ¡Oh, sí, sí! ¡Tú eres mi hija, mi hermosa hija, mi preciosa rosa

blanca! Y abrazaba las rodillas de Bekralbayda, que se retiraba constantemente de ella.

—¡Esa mujer está loca!—dijo Bekralbayda.

—¡Oh! sí, sí—dijo Wadah: He estado loca por ti, hija mía, porque te lloraba muerta; pero he vuelto á encontrarte, y ya no estoy loca, no... ¿no es verdad que no estoy loca, Leila-Radhyah? ¿No es verdad? Díselo tú, díselo: Dile que es mi hija... no te vengues de mí porque te maté... yo te maté porque creí que habías matado á mi hija... ¡perdóname! ¡perdóname! ¿Qué hubieras tú hecho con la mujer que hubiera matado á tu hija?

—Tú no me mataste, Wadah: El Dios único y misericordioso no quiso que yo muriese: yo he vivido para ser la madre de tu hija.

—¡Ah!—exclamó Wadah levantándose y pasándose ambas manos por la frente, como si hubiera pretendido arrancar de su cabeza una visión de sangre. ¿Con que no eres un espectro? ¿Con que eres tú... tú...? ¡la amante de Al-Hhamar viva delante mí! ¿Con que lo que sucedió aquella noche fué un horrible sueño?

—Sueño que ha durado diez y siete años—dijo profundamente Leila-Radhyah; pero yo no sé vengarme, sultana; vete, vete; has querido matar á tu hija sin conocerla, y yo he impedido ese crimen.

—¡Mi hija!—exclamó Wadah, y lanzó una horrible carcajada: ¡Mi hija amante de mi esposo! ¡Ah, ah!

Wadah volvía á su locura.

—¡Mi madre!—exclamó Bekralbayda volviendo de su sorpresa: ¡Es mi madre!

—Sí, tu madre es—dijo Leila-Radhyah.

—¿Y es hijo suyo el príncipe Mohammed?—exclamó con espanto Bekralbayda.

—No—dijo el rey Nazar entrando en la cámara; el príncipe Mohammed es hijo de Sobe-ya, mi primera esposa.

—¡Nazar! ¡Nazar! ¡Perdóname, perdóname!—exclamó Wadah, que tornó por un fenómeno del sentimiento á la razón; perdóname, Nazar; yo te engañé, pero yo te amaba... estaba loca por ti... yo te encubrí mi historia; yo te oculté la existencia de la hija de mis entrañas.

—Esto ha sido un sueño, un sueño sombrío—dijo Al-Hamar.

—¡Un sueño!

—Sí; yo no te he conocido, Wadah; tú no has existido para mí; vete.

—¡Me arrojas, me arrojas de ti como á una esclava!—exclamó llorando Wadah.

—No, no te arrojo—dijo el rey Nazar; vivirás en mi alcázar, te servirán esclavos, pero no me volverás á ver.

—¡Oh, no, rechazada por mi hija, rechazada por ti... sola y desesperada! No, no... Nazar, yo no puedo vivir así.

—Yo soy la que debe desaparecer—dijo Leila-Radhyah; quedaos vosotros y sed felices.

—El embajador que ha de anunciar á tu padre que eres sultana de Granada, ha partido ya—dijo Nazar.

—¡Sultana de Granada tú, Leila Radhyah!—exclamó en el colmo del dolor Wadah; sí, sí, sólo en buen hora, pero yo no lo veré.

Y antes de que ninguno de los que la acompañaban pudiera evitarlo ni impedirlo, apuró el contenido del pomo de oro.

—¿Qué has hecho?—exclamó horrorizado el rey Nazar.

—¡Morir!—contestó Wadah arrojándose sobre el diván y cubriéndose el rostro con las manos.

—Esta es la justicia de Dios—dijo con voz sonora á la puerta de la cámara.

Era la voz de Yshac-el Rumi que entró.

—¡Ah! vienes á tiempo—exclamó el rey; tú eres sabio; tú eres astrólogo; tú encontrarás un medio de salvar á esa desdichada.

—Mira, sultán Nazar—dijo Yshac-el-Rumi apartando las manos de Wadah de su semblante, que estaba pálido é inmóvil.

—¡Muerta!—exclamó el rey Nazar.

—Sí, muerta; era necesario que fuesen vengados Leila-Radhyah y Daniel el Bokarf.

—¿Y has sido tú?

—Sí; yo he sido el brazo de la justicia de Dios.

—Y tú, tú acaso también...—exclamó el rey mirando con ansiedad á Leila-Radhyah.

—¡Oh, no!—exclamó horrorizada Leila Radhyah: ¡Yo no sé asesinar!

—He sido yo—dijo Yshac-el-Rumi, y salió lentamente de la cámara.

El rey Nazar huyó de ella.

Leila-Radhyah levantó á Bekralbayda y se la llevó consigo.

El cadáver de Wadah quedó allí solo y abandonado.

IV

EN QUE YSHAC-EL-RUMI HACE PENSAR
AL REY NAZAR

Pasaron algunos días.

Wadah había sido enterrada con toda la pompa que corresponde á una sultana.

La corte del rey Nazar llevó luto.

El mismo día en que se sepultó á Wadah apareció en un palo en la plaza de Raab-Abayda, en el Albaicín, la cabeza del alcaide de los eunucos.

El rey había llamado á Yshac, y Yshac se le había presentado.

—Toma mi cabeza, señor, si te place—le dijo—: yo he hecho lo que he debido hacer: he cumplido la última voluntad de Daniel-el-Bokarrí: le he vengado de esa infame Wadah; he casado su hija con tu hijo; porque tú lo casarás, sultán, y te he obligado a construir, por tu amor á Bekralbayda, el Palacio de Rubés; además de eso te he devuelto tu amada Leila-Radhyah.

—¿Y si yo hubiese sido amante de la amante de mi hijo?—exclamó severamente el rey.

—Yo sabía que Bekralbayda no podía amarte; que no sería tuya sino por la violencia, y que tú eras demasiado noble y grande para valerte de la violencia contra una débil mujer.

—Pero ¿y si me hubiere enloquecido el amor?

—Yo te he seguido como tu sombra; en el momento preciso yo me hubiera puesto entre ti y Bekralbayda y te hubiera dicho: es la esposa de tu hijo; es la hija de tu esposa.

—¿Y por qué antes no me lo has revelado todo?

—¿Ha podido Wadah concluir de una manera más justiciera, y en que menos parte hubieras tú podido tener en su muerte?

El rey se puso á pasear lentamente por su cámara.

—Has jugado imprudentemente con el león—dijo.

—Toma mi cabeza, señor, en buen hora; pero tómala después que yo haya visto á Bekralbayda, esposa de tu hijo; á Leila-Radhyah, esposa tuya.

—Tu cabeza me hace suma falta—dijo el rey alzando á Yshac, que se había prosternado á sus pies.

—No en vano te llaman los tuyos el justo y el magnífico—exclamó Yshac.

—No sé, no sé si soy bastante justo dejando

de castigarte; pero á ti debe mi hijo una esposa noble, pura, digna de él; á ti debe mi Granada el alcázar que construyó; y yo, en fin, te debo el amor de mi alma, la mujer á quien nunca debí haber abandonado, la hermosa sultana Leila-Radhyah. No me atrevo, pues, á tocar á tu cabeza.

—Tú eres grande y justo—repitió Yshac.

—Mañana—dijo el rey, se harán en el alcázar dos bodas; consulta las estrellas, Yshac.

—Las estrellas son mudas—dijo el anciano.

—¡Mudas! Sin embargo, tú me has hablado en nombre de ellas.

—Me preguntaba tu superstición.

—¿Es decir que la astrología es mentira?

—Pregunta á un astrólogo cuándo va á morir.

—Tú me has contado cosas maravillosas.

—Era necesario usar contigo de todos los medios para llegar al punto donde hemos llegado.

—Me has contado la historia maravillosa del rey Abuz-Aben-Huz el sabio.

—Ha sido un cuento inventado por mí.

—¿Y el buho, ese terrible buho que me persigue?

—En Granada hay muchas torres, y en sus mechinales anidan muchos buhos; es muy fácil encontrar de noche esas alimañas.

—¿Con que es decir que la ciencia es mentira?

—Sí; la ciencia, que quiere soberbia y vana sobreponerse á la voluntad de Dios, que ha querido que el hombre no conozca más que lo que pueda conocer, es una mentira y un pecado.

—¡Sería necesario, pues, castigar á los astrólogos!

—No sería prudente, porque el vulgo los cree inspirados por Dios, y te demandarían de impiedad.

—Déjame solo—dijo el rey, que se había quedado profundamente pensativo.

Yshac salió.

El rey continuó paseándose por su cámara.

—¡Con que la ciencia de lo infinito es una mentira! ¡Con que sólo Dios conoce lo oculto!—exclamó el rey—; y, sin embargo, nos dejamos arrastrar por las imágenes de la astrología; ¡con que es decir que el hombre camina á tientas por un sendero de tinieblas al borde de un abismo, y sólo la virtud puede servirle de guía segura é impedirle que caiga! No sé qué pensar de ese Yshac; su mirada erraba sombría cuando hablaba conmigo; parecía poseído de una triste-

za profunda y de una aguda desesperación. Y, sin embargo, no sé por qué desconfío de él; hasta ahora no me ha hecho más que bien.

El rey siguió paseando.

De repente se detuvo y llamó á su wacir.

Presentóse el anciano.

—Irás á las habitaciones de la sultana Bekralbayda.

—Iré, señor.

—La dirás que tú, sabiendo que ama al príncipe Mohammed, quieres conducirla á su prisión.

—¿Y la conduciré?

—Sí; esta noche.

—¿Y cuánto tiempo permanecerá allí la sultana?

—Déjalos solos y avísame.

El wacir se inclinó y salió.

El rey Nazar atravesó algunas cámaras, llegó á una puerta y la abrió.

Una mujer se arrojó en sus brazos.

Aquella mujer era Leila-Radhyah.

V

CELOS Y MISTERIO

Era la media noche.

El príncipe Mohammed velaba en su alto calabozo de la torre del Gallo de Viento.

La veleta rechinaba.

Sin embargo, la lanza del caballero no se fijaba en ningún punto.

El príncipe, para entretener su tristeza, leía los amores del poeta cordobés Abu-Amar, que tenían mucha semejanza con los suyos.

De tiempo en tiempo se asomaba á una ventana, y miraba á un ángulo del patio á un ajimez donde se veía el reflejo de una luz, y delante de aquel reflejo una sombra de mujer.

Pero una de las veces que el príncipe miró á aquel ajimez, le encontró oscuro.

Pasó algun tiempo, y el ajimez permaneció abandonado.

Al fin vió luz en la galería inferior, y aparecieron una mujer que iba enteramente cubierta con un velo, acompañada de un anciano que la alumbraba con una lámpara.

A pesar de ir tan cuidadosamente encubierta la dama, el príncipe la reconoció.

—¿Adónde irá á estas horas y acompañada de un viejo Bekralbayda?—exclamó con celos y con rabia.

La mujer y el viejo atravesaron el patio y desaparecieron por otra parte de la galería.

El príncipe continuó abstraído en la ventana.

Poco después se oyó un ligero ruido en la escalera de la torre.

Luego la llave de los cerrojos de la compuerta.

Al cabo la compuerta se alzó, y apareció una mujer.

Volvió á caer la compuerta, y la mujer quedó sola é inmóvil, aunque estremecida delante del príncipe.

El príncipe creyó reconocerla de nuevo, y la arrancó el velo.

No se había engañado.

Era Bekralbayda, pero de luto.

A causa de la sencillez de su traje, estaba más hermosa.

El príncipe fué á arrojarse en sus brazos.

—Detente—dijo ella—, la desgracia nos separa.

—¡La desgracia!—exclamó el príncipe.

—Sí; tu padre no consiente en nuestra unión.

—¡Ah!—exclamó el príncipe—; me había olvidado, es verdad.

—Y... ¿qué es verdad?

—Tú no puedes ser mi esposa, porque...

—¿Por qué?

—Yo te he visto perderte con mi padre en los bosques de los jardines.

—¿Y has creído acaso?...

—Yo sé que mi padre te ama.

—Sí, es verdad; el rey Nazar me ama.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—Pero yo no he sido del rey Nazar.

—¡Ah! ¡tú me engañas!

—Dios no ha permitido que yo sea del rey Nazar, porque no ha querido que se cometan dos crímenes.

—¡Dos crímenes!

—Yo hubiera muerto de vergüenza y dolor si el rey Nazar me hubiera hecho suya por la violencia; y el rey Nazar haciéndome suya hubiera cometido un incesto.

—¡Un incesto!

—Sí, ¿no ves mi luto?

—¡Ese luto!...

—Este luto es por mi madre.

—¡Por tu madre! ¿y quién es tu madre?

—La sultana Wadah.

—¡La sultana Wadah! ¡la esposa de mi padre!

—Sí.

—¿Eres acaso mi hermana?

—No; Dios no lo ha querido.

—¿Pero si eres hija de la sultana Wadah?...

—Yo había nacido antes de que el rey Nazar conociese á mi madre.

—¡Ah! ¿y sabe el rey mi padre que tú eres hija de su esposa?

—Sí.

—¡Ah! de modo que...

—Sí... sí... el rey Nazar no me perseguirá más; pero...

—Te encerrará, te guardará, tendrá celos...

—¿Tendrá celos de ti?

—¿De mí? ¡Dios mío! Yo sabía que mi padre te amaba, y aun que en los primeros momentos he tenido celos, después estos celos me han horrorizado; mi padre es mi señor, yo soy su hijo y su siervo; él puede hacer de mí y de lo mío lo que mejor quiera; yo no puedo dejar de amarle y respetarle.

—Por lo mismo, Mohammed, yo he aprovechado la buena voluntad de un wacir de tu padre que se ha brindado á traerme aquí.

—¿Y para qué vienes?

—Para decirte que es necesario que me olvides.

—¿Me olvidarás tú?

—¡Ah!—exclamó Bekralbayda.

Y se echó á llorar.

—Tu padre te tiene preso por mi amor—añadió la joven.

—Mi padre me matará quitándome tu amor—exclamó el príncipe.

—Hemos nacido muy desgraciados.

—Que se cumpla la voluntad de Dios.

En aquel momento se oyeron en las escaleras pasos de muchos hombres armados.

—¡Oh, Dios poderoso—exclamó el príncipe—; viene gente á mi prisión, y es necesario que te ocultes.

—¿Que me ocultes? ¿y dónde?

—¡Ah, es verdad!—exclamó con desesperación Mohammed—; cúbrete con tu velo.

Bekralbayda se cubrió precipitadamente.

Poco después se oyeron los cerrojos de la compuerta, que se abrió.

Apareció un walf, que se prosternó ante el príncipe.

—¿Qué queréis?—le dijo éste.

—El poderoso y magnífico sultán, tu padre, me manda llevarte a su presencia con las personas que se encuentren contigo.

—¿Lo manda así el sultán?

—Así lo manda.

El príncipe se encaminó á las escaleras y las bajó resueltamente.

Bekralbayda le siguió.

Tras él iban el walf y los soldados silenciosos.

Cuando estuvieron en la parte del alcázar habitada por el sultán Nazar, el walf abrió la puerta de una cámara, donde dejó solos al príncipe y á Bekralbayda.

VI

MISTERIOS

Aquella cámara era de las más bellas del palacio del Gallo de Viento.

Un ancho diván de seda y una lámpara velada convidaban al reposo.

Búcaros de flores se veían por todas partes.

Braserillos de oro quemaban deliciosos perfumes.

A lo lejos, entre el silencio, se oía una guzla, á cuyo son cantaba una voz de mujer una canción de amores.

El príncipe y Bekralbayda estaban de pie en medio de la cámara.

Esperaban.

Pero pasó el tiempo... mucho tiempo, y nadie apareció.

Bekralbayda se sentó al fin, cansada, en el diván.

El príncipe fué á apoyarse en silencio en el alfeizur de un ajimez.

No se atrevían á acercarse ni á hablarse, por temor de ser oídos y escuchados.

Pasó la noche y llegó el alba.

El príncipe oyó el ruido de los añafles y de las atakebias que despertaban á los soldados del rey Nazar.

Poco después vió pasar bajo el ajimez caballos magníficamente enjaezados, esclavos deslumbrantemente vestidos, banleras y soldados.

—¿Qué fiesta irá á celebrarse hoy?—pensaba el príncipe al ver todo aquello.

Bekralbayda, que no había dormido, oía también todo aquel trafago y se maravillaba.

De repente se abrió la puerta de la izquierda de la cámara, y apareció el nuevo alcaide de los eunucos.

—Poderosa sultana—dijo prosternándose ante Bekralbayda—, ven, si quieres, á que tus esclavos engalanen tu hermosura.

—¿Lo manda el sultán?

—El esclarecido y magnífico sultán Nazar quiere que arrojes de ti la tristeza, luz de los cielos.

—Cúmplase la voluntad del señor—dijo Bekralbayda, y se levantó y siguió al alcaide de los eunucos.

El príncipe vió salir á Bekralbayda con inquietud.

En aquel punto se abrió la puerta de la derecha, y apareció el alcaide de los esclavos de palacio.

—Poderoso príncipe y señor—dijo prosternándose—, ven, si te place, á que tus esclavos te cubran de las vestiduras reales.

El príncipe salió.

La cámara quedó desierta.

Fuera crecía á cada momento el ruido de las gentes de armas, de las pisadas de los caballos, y del toque de añafles y timbales.

Asomaba por el Oriente un sol esplendoroso; y todo anunciaba un gran día.

VII

EL PERGAMINO SELLADO

Aún no había acabado de levantarse el sol sobre la cumbre de la veleta, cuando el rey Nazar departía mano á mano con Yshac-el-Rumi,

—Estoy satisfecho de ellos—le decía—, y soy feliz.

—¡Ah, señor! Tú has nacido para la gloria y para la fortuna—exclamó Yshac tristemente.

—¡Páreceme que te pesa de mi felicidad!—dijo con recelo el rey.

—¡Ah! No, no, señor; es que soy tan desgraciado, que la alegría me entristece, y hoy hasta el día es alegre.

Hubo un momento de silencio.

—Pero esto no importa—continuó Yshac—; lo que yo quería lo he conseguido. Leila-Radhyah y Bekralbayda son felices; ¿qué más puedo yo desear?

—A propósito: es necesario que vayas á buscar á Bekralbayda; el camino es por aquí.

Y el rey abrió una puerta secreta.

Cuando salía Yshac, entraba por otra puerta una mujer magnífica y resplandeciente: era Leila-Radhyah.

—¡Ah! ¡Luz de mis ojos!—exclamó el rey.—Al fin luce para nosotros el día de la felicidad.

—Y para nuestros hijos también.

—¡Oh! ¡Y cuán lejos está de sospechar su ventura mi hijo!

—¡Y cuán digno es de ser feliz! ¡Pobre niño! Tres meses encerrado con su amor y su desesperación en aquella torre.

—Eso le hará más querido á su esposa, y le enseñará á respetar más mis órdenes; pero ve, ve tú por él, vida de mi vida; quiero que tú seas quien me le traiga á mis pies para que le perdone.

Leila-Radhyah sonrió de una manera enloquecedora, lanzó un relámpago de amor de sus negros ojos al rey, y desapareció por una puerta.

Al-Hhamar el Magnífico sacó entonces de un arca un pliego cerrado, y le puso en una bandeja de oro sobre una mesa.

Pasó algún tiempo, y al fin aparecieron por dos puertas distintas Laila-Radhyah, trayendo de la mano al príncipe Mohammed; Yshac-el-Rumi, llevando del mismo modo á Bekralbayda.

Al verse los dos jóvenes delante del rey, palidieron y temblaron.

No sabían lo que iba á ser de ellos.

El rey adelantó hacia Bekralbayda, la besó en la frente, la asió de la mano y la llevó hasta su hijo, á quien abrazó.

—Tú amas á Bekralbayda—dijo el rey Nazar al príncipe Mohammed.

El príncipe bajó los ojos, creció su palidez, y mirando al fin á su padre con temor, le dijo con acento trémulo:

—Tanto la amo, que por ella he provocado tu enojo, señor.

—Y tú, tú también amas al príncipe mi hijo, Bekralbayda.

—El destino ha querido que sea suya mi alma—contestó Bekralbayda.

Tú—dijo el rey Nazar dirigiéndose á su hijo—has tenido celos de tu padre.

—¡Ah, señor!—murmuró el príncipe.

—Y tú—añadió el rey volviéndose á Bekralbayda—te has creído amada por mí.

Bekralbayda calló.

—Es verdad—dijo el rey—que yo he buscado tus amores.

Leila-Radhyah palideció intensamente al oír esta confesión del rey, y dió un paso hacia adelante.

—Pero antes de pedirte amores—continuó el rey Nazar—escribí lo que se contiene en ese pergamino que está cerrado sobre esa bandeja y se-

lado con mi sello. Tú, Bekralbayda, escribiste tu nombre sobre el pergamino cerrado; ¿le conoces?

El rey tomó el pergamino y le mostró á Bekralbayda.

—Sí, señor—dijo la joven—; este es el pergamino que tú escribiste la primera vez que hablaste conmigo, que cerraste, y sobre el cual me mandaste escribir mi nombre.

—¿Recuerdas estas circunstancias, Yshac-el-Rumi?—añadió el rey volviéndose al viejo.

—Sí, señor—dijo éste—: tú escribiste ese pergamino y le sellaste y mandaste que pusiese sobre él su nombre á Bekralbayda, la primera vez que hablaste con ella.

—Rompe el sello de ese pergamino, Bekralbayda, desenróllale y lécele en alta voz.

La joven obedeció, desenrolló el pergamino y leyó con voz trémula lo siguiente:

“He conocido una doncella blanca de ojos negros.

“Es hermosa como las huries que el señor promete á sus escogidos, y pura como la violeta que se esconde entre el césped á la margen de los arroyos.

“Mi hijo primogénito, el príncipe Mohhammed Abd-Allah, mi sucesor y mi compañero en el gobierno de mis reinos, la conoce también y la ama.

“Por ella ha desobedecido mis órdenes, ha dejado abandonadas en el castillo de Alhama mi bandera y mis gentes de guerra, y se ha venido á Granada enloquecido de amor.

“Yo debo castigar al príncipe, y le castigaré.

“Pero yo también debo hacer su felicidad, y procuraré hacerla.

“Ama con toda su alma á Bekralbayda.

“Bekralbayda será esposa de mi hijo si es digna de su amor.

“Yo rodearé á Bekralbayda de cuantas seducciones pueden enloquecer á una mujer.

“Me fingiré enamorado de ella.

“La ofreceré mis tesoros, y si esto no bastare, la ofreceré mi trono.

“Si resistiere á esto, procuraré aterrarla.

“Si Bekralbayda no resiste á la ambición, la alejaré de mi hijo.

“Porque una mujer que ama, y que ha pertenecido á otro hombre, debe despreciarlo todo por el hombre de su amor.

“Si resistiere á la ambición y sucumbiere al miedo, la apartaré también de mi hijo, porque

una mujer que ama debe morir antes que ofender al hombre de su amor.

“Pero si Bekralbayda conservare la fe que ha jurado al príncipe mi hijo, á pesar de mis dadas, de mis promesas y de mis amenazas, será esposa del príncipe, porque será digna de él.

“Yo por mí mismo pondré á prueba la virtud de Bekralbayda, porque tratándose de la virtud de mi hijo, de nadie me ffo más que de mí mismo.

“Después de haber adoptado esta resolución, he escrito esta gacela, que enrollaré y sellaré, y sobre la cual pondrá Bekralbayda su nombre

“De este modo, ya la entregue á mi hijo, ya la separe de él, podré hacerla comprender cuáles han sido mis intenciones al pedirla amores, y no podrá dudar de mi nobleza y de mi fe como caballero y como rey.”

Bekralbayda habia leído lentamente y con acento trémulo este escrito; durante su lectura, el corazón del príncipe y de la sultana Leila-Radhyah habian latido violentamente.

—Ya lo habéis oido—dijo el rey—: necesitaba saber si Bekralbayda era digna de mi hijo, y la he sujetado á grandes pruebas; Bekralbayda es la esposa de mi hijo.

Y asiendo á la joven de la mano, la arrojó en los brazos del príncipe.

Los dos jóvenes se arrojaron á los pies del rey Nazar, llorando de alegría.

Leila-Radhyah lloraba también.

Yshac-el-Rumi estaba pálido, trémulo, con la vista fija en el suelo.

En aquel momento resonó fuera una alegre música, y luego alto alarido de trompetas y roncoco doblar de timbales y atamborès.

—Ha llegado la hora—dijo el rey Nazar—: hoy serán las bodas del sultán de Granada con la noble y hermosa sultana Leila-Radhyad, y las de su hijo el príncipe Mohhammed, con el sol de los soles, la sultana Bekralbayda.

Y asiendo de la mano á Leila-Radhyad, salió de la cámara, seguido de su hijo y de Bekralbayda, á los que seguía con paso lento y á alguna distancia con la cabeza inclinada Yshac-el-Rumi, que murmuraba con acento ininteligible:

—¡Todos son felices! ¡Todos menos yo!

VIII

EN QUE SE DA FIN Á ESTA MARAVILLOSA HISTORIA

Y hubo aquella noche zambra en el alcázar en celebridad de aquellas dobles bodas, y durante

ocho días, justas, sortijas, toros y cañas en Bibrarrambla.

Se dieron cuantiosas limosnas á los pobres, y se pusieron en libertad centenares de cautivos.

Todo el mundo estaba alegre.

Granada disfrutaba de una paz inalterable bajo el justo y sabio dominio del sultán Nazar; crecía en comercio y en industria, y por lo tanto en riqueza, y en aquellas alegres y felices bodas veían los súbditos de Al-Hamar el augurio de nuevas prosperidades.

Sólo un hombre asistió triste y silencioso á aquellas bodas, á pesar de que el rey le había honrado y favorecido nombrándole wacir y concediéndole grandes mercedes.

Aquel hombre era Yshac-el-Rumi.

Terminadas las fiestas, Yshac desapareció sin despedirse del rey ni de Leila-Radhyah, ni del príncipe ni de Bekralbayda.

En vano el rey, movido de piedad, porque creía comprender la causa de la desaparición de Yshac, ofreció una fuerte cantidad al que le encontrase.

Nadie supo lo que había sido de él.

Entre tanto, la construcción del Palacio de Rubés, continuaba.

Nazar le había dado su nombre.

Aquel alcázar, que prometía ser maravilloso, se llamaba la Alhambra (1).

Al-Hamar había terminado la Alcazaba que mira al Occidente, donde se levantan aún la torre de la Vela, la del Homenaje y los Adarves; la plaza de las Cisternas, colocadas entre el muro interno de la Alcazaba y la fachada principal del Alcázar, y toda la parte de éste, desde la plaza de las Cisternas (hoy de los Algibes) hasta la torre de las Siete Bóvedas, y la de las Infantas; lo restante del recinto, crecía: levantábase ya sobre la ladera del monte los muros de Djene-al-Arifé (2), más arriba los del castillo de la Silla del Moro; más allá, en el cerro del Sol, los del palacio de los Alijares, y por último, sobre la colina de Al Binets (hoy de los Mártires) crecían los muros del recinto de las Torres Bermejas.

Pero Al-Hamar no pudo ver terminado su alcázar; sólo había visto parte de él: la torre del Juicio; la parte en que hoy se alza el palacio del

(1) *Al-Q'ars al-hhamar*, castillo del Rojo; por corrupción Alhambra.

(2) Generalife.

emperador Carlos V; la gran mezquita, en cuyo mirab había ocho columnas con capiteles de oro, en cuyo lugar se levanta hoy la iglesia de Santa María; la mezquita del Palacio, que aún se conserva; el patio del Mexnar ó del Consejo (hoy del Estanque ó de los Arrayanes); la sala de Comares y el Mirador de la Sultana.

Los demás retretes, cámaras, patios, jardines y departamentos, estaban únicamente comenzados, trazados, preparados, pero en embrión.

Sus nietos debían terminar aquella maravilla.

Su hijo, su nieto y su biznieto continuaron lentamente su construcción.

Su tercer nieto Ismail Abul-Walí concluyó el delicioso palacio del Generalife; por último, su cuarto nieto Juzef-Abul-Hhed,adj, vió al fin completo aquel acrópolo inmenso que cubría cuatro montes, compuesto por la Alhambra, por el Generalife, por el palacio de la Silla del Moro, por el de los Alijares, y por las Torres Bermejas.

Por el año de la Hégira 650, durante la luna de Xawan, unos labradores trajeron al rey Nazar, que ya contaba sesenta años, una caja de lata cerrada, sobre la cual se leía:

“Sólo el poderoso sultán Nazar, ó su hijo, si ha muerto, cuando se encuentre esta caja deben ver, so pena de traición de quien la encuentre, lo que en ella se contiene.

Aquella caja se había encontrado en lo profundo de una gruta del río Darro, cuya entrada correspondía á un ensanchamiento en que había un remanso entre las ropas podridas de un esqueleto humano.

El rey Nazar mandó abrir aquella caja, y dentro se encontró un pergamino muy bien conservado, en que se leía lo siguiente:

“Yo amaba con toda mi alma á la sultana “Leila-Radhyah.

“Pero jamás conoció ésta mi amor.

“Leila-Radhyah amaba á un poderoso rey.

“Yo la vengue de su enemiga, cuya sombra “lívida acompaña á mi espíritu condenado, y la “entregué al rey á quien amaba, y la hice dichosa.

“Hoy cumplido la última voluntad de Daniel-“el Bokari: su hija será sultana, y el Palacio de-

“Rubés se levantará sobre cuatro montes.

“Pero no he podido sobrevivir á mis celos.

“No he podido ver á Leila-Radhyah entre los “brazos de otro hombre.

“He preferido la muerte, y un tósigo me ha abierto las puertas de la región de las sombras.”

“Para que se sepa cuánto he amado á Leila-Radhyah, y cuánto he sufrido por ella; para que se sepa hasta qué punto me he sacrificado por cumplir el último y ardiente deseo de mi único amigo, dejo escrito este pergamino, que algún día se encontrará sobre mi cadáver.”

“*Yshac-el-Rumi.*”

El rey se enjugó una lágrima, y mandó poner en un sepulcro de mármol los restos de Yshac-el-Rumi, con esta inscripción:

“En el nombre de Dios piadoso y misericordioso: el sultán Nazar á los restos del mártir del amor y de la amistad. Que Dios, el Altísimo y Unico, tenga compasión de su alma.”

El Mirador de la Sultana permaneció cerrado y deshabitado mientras vivieron los que tenían memoria de la desastrosa muerte que había sobrevenido en él á la terrible sultana Wadah.

Hay quien cree que durante las obscuras noches de tormenta se ven vagar dos sombras blancas y diáfanas, que exhalan de sí una claridad tenue, mate y pálida; por las galerías del Mirador de la Sultana, precedidas de un buho que vuela lentamente en derredor de las columnas.

¿Serán las sombras de la sultana Wadah y de Yshac-el-Rumi? ¿de la víctima y del verdugo?

¿Será aquel buho Abu-al Abu?

¿Será, en fin, todo esto una ilusión causada por una tradición romancesca?

Nosotros, sin embargo, conociendo la tradición, hemos entrado algunas noches en las galerías del Mirador de la Sultana, cuando la tempestad rugía en el espacio: ninguna sombra, ningún buho hemos visto, más que las blancas columnas que aparecían un momento á la fugitiva luz del relámpago.

¿Será acaso que la tradición haya mentido, ó que al coronar la cruz las cúpulas de la Alhambra, hayan desaparecido de ella fantasmas y encantamientos, quedando solo y abandonado el Mirador de la Sultana?

LEYENDA TERCERA

El Alma de la Cisterna.

Nos hemos propuesto relatar á nuestros lectores todas las maravillosas leyendas de las tradiciones árabes de la Alhambra.

Revolviendo un día unos antiguos papeles encontrados en un desván en una casa del Albaicín, hallamos uno que se decía trasladado del arábigo al romance, de una historia árabe, en que se explicaba la causa por qué de tiempo en tiempo, durante la noche, solía oírse un tristísimo suspiro, saliendo por los brocales de los algibes de la Alhambra, y muy semejante al gemido de un espíritu condenado.

La traducción, aunque pesada y hecha bajo el mal gusto literario de la mayor parte de los prosistas españoles del siglo XVII, es tan bella en el fondo, tiene tal sabor oriental, que no hemos podido resistir al deseo de intercalarla entre las leyendas tradicionales é históricas referentes á la Alhambra.

Es un asunto fantástico; en él figuran hadas, conjuros y encantamientos, y aunque es un tanto embrollado y obscuro, nosotros hemos procurado darle claridad.

Este cuento ha sido inspirado sin duda á algún poeta moro por la Alhambra, porque los árabes siempre buscan á las cosas que les impresionan, por bellas ó por terribles, un origen maravilloso.

Antes de empezar á transcribir el cuento que llamaremos *El Alma de la Cisterna*, debemos describir esta cisterna que aun existe hoy con el nombre de los Algibes de la Alhambra.

Son extensísimos, como que ocupan todo el terreno comprendido entre la Alcazaba, y el lugar donde empezaban los muros de la fachada del alcázar, en un espacio como de cien pasos de anchura y trescientos, poco más ó menos, de longitud.

Se componen de dos arcadas sostenidas en el centro por dos hileras de pilares, y se baja por ellos por dos escaleras situadas á sus dos extremos.

Junto á la escalera del extremo que mira al Albaicín, están los dos anchos brocales por donde se saca el agua.

El techo es muy elevado, y el muro interior, por la continuación del contacto del agua durante centenares de años, está cubierto de un fuerte revestimiento de risco.

Conocidos los algibes, veamos la tradición árabe fantástica que los supone habitados por un espíritu maldito.

En los primeros tiempos de la Hegira, cuando Mahoma extendió el conocimiento del Dios Al-

tísimo y Único entre su pueblo, el cielo de Granada no era tan resplandeciente, ni su tierra fértil como ahora; su cielo era de color de plomo, cargado continuamente de oscuros nublados; en sus vastos eriales sólo crecía el espinó y el cardo silvestre, y en las altas y peladas crestas de sus sierras, jamás se vió blanco manto de nieve, ni corrió por sus vertientes raudal fecundador: era una tierra muerta, azotada por furiosos huracanes, y el fuego de Dios brotaba por entre las anchas grietas de sus montañas volcánicas.

Pasaban sobre ella, forzando su velo, las viajeros golondrinas, que huyendo del invierno se lanzaban de Gecira-Alandalus (1) á las costas de Africa, y nadie la habitaba sino los moradores de Gebel Elveira (2), que sufrían la esterilidad de la tierra y la tiranía de los godos, y habitabanla solo acaso porque el poderoso Allah ha dispuesto que no haya tierra sobre la que no fije el hombre la huella de su planta.

Tierra de muerte era para las razas dominadoras de Gecira-Alandalus, y la sangre de las batallas había enrojecido muchas veces sus secos campos y sus peladas crestas.

Y nunca el caliente aire del estío había oreado en ella las espigas de las mieses, ni las auras de la primavera habían volado entre la blanca y aromática flor de sus almendros.

Por aquellos tiempos existía ya la vieja torre, que se levanta hoy en el extremo occidental de la Colina Roja (3), y delante de ella una profunda cisterna construída por los romanos.

Es tradición que salían de la cisterna profundos gemidos, que bramaba en su seno haciendo retemblar la tierra un viento impetuoso, y que todas las noches salían de las oscuras bocas de aquel infierno, sombras medrosas que vagaban sobre la colina, y danzaban y flotaban en los aires bajo el rayo sombrío de una luna sangrienta, dejando oír tristes cantos de amor desesperado, y largos y profundos gemidos.

Nunca tornó á su tienda ó á su hogar cazador imprudente ni errante peregrino, que durante las sombras se atreviese á poner su planta sobre la Colina Roja, ni nadie, durante las horas más claras del día, asomó la frente á cualquiera de los profundos brocales de la cisterna, sin que fuese tragado por él.

Y desaparecieron jinetes y guerreros, y damas y doncellas, y poderosos señores y ruines esclavos, y llegó á inspirar tal horror la cisterna maldita, que ningún mortal, ave ó fiera se aventuró á pasar junto á ella, sino á la distancia de una legua á la redonda.

Cuentan antiguas historias, que por los tiempos en que los romanos dominaban á Gecira-Alandalus, esta tierra era tan rica de fuentes y de verdor como ahora; sombríos bosques cubrían su tierra, y las amantes palomas anidaban en las grietas de las rocas sobre los frescos manantiales.

Y la ciudad, tendida hoy allá á lo lejos en ruinas sobre la peñascosa Gebel-Elveira, era rica y floreciente, y venían á ella gentes de todas las naciones y la enriquecían, dejándola su oro á trueque de sus mercaderías.

Y entre los extranjeros vino un hombre mago, y corrió la tierra, y fundó la torre que aún hoy existe en la parte occidental de la Colina Roja, y la cisterna para proveerla de agua, valiéndose de la alquimia para pagar á los alarifes romanos que construyeron la cisterna y la torre; y en lo más alto de la torre labró un aposento hecho con tal virtud, que á través de la abertura de su bóveda se veían de día claro las estrellas.

Desde entonces empezó á decaer el comercio de Elvira; y sus mujeres, antes puras y honestas, se entregaron á la licencia y al desenfreno, y los hombres faltaron á sus pactos, y volvieron unos contra otros sus armas, y la miseria y el hambre les afligieron como un azote de Dios.

El mago, acusador con sus conjuros de tantos males, era un réprobo vendido á Satanás, y la tierra sobre la cual había puesto sus plantas, había sufrido un terrible castigo.

Y este hombre, á quien Satanás había dado su poder, quiso en su soberbia ser como Dios, y vivir con los tiempos y gozar de cuanto alumbraba el sol en la tierra y en los aires, y pensó edificar un palacio mágico, cuya hermosura atrajese á todas las gentes, comparable sólo al jardín de Hiram, y en el cual hubiese un pozo de aguas tan milagrosas como las del pozo Zemzem.

—Yo fundaré—dijo—un palacio maravilla de las maravillas, y le enriqueceré con todas las hermosas flores que Dios crió, y regaré estas flores con aguas olorosas; y arderán en el Palacio día y noche aceites aromáticos en lámparas de oro, y sobre sus pavimentos de pórfido pondré alfombras de resplandores, y envolveré sus mu-

(1) Península de España.

(2) Sierra de Ilberis.

(3) La torre de la Vela.

ros y sus cúpulas en un blanco velo de suaves perfumes, y arrancaré, para que le habiten, sus hadas al quinto cielo, y á él vendrán las mujeres más hermosas del mundo, y sus mesas se cubrirán con los manjares más exquisitos, y me halagarán los más hermosos sueños, y tal será el paraíso que yo haga para mí sobre esta tierra, que me mirarán con envidia los arcángeles del séptimo cielo.

Y el mago encendió sus hornillos, y sacó del jugo de hierbas extrañas filtros poderosos, y escribió con ellos sobre pieles de serpiente signos cabalísticos formando terribles conjuros, y evocó á las hadas del quinto cielo, y cuando las vió ante sí, adoró su propio poder, sin alcanzar en su ciencia, ciego por su soberbia, que no hay poder que no venga de Dios, ni obra que no sea obra de su voluntad.

Cuando el mago vió en torno de sí á las hadas, repitió sus conjuros, y el palacio mágico se levantó sobre la Colina Roja, y las hadas fueron á esconderse en sus retretes, en sus jardines, en sus cúpulas y en sus estanques.

Entonces el mago fué á la cisterna que estaba á las puertas del palacio, y las conjuró también.

Sus aguas se hicieron mágicas, é infiltraban en quien las bebía pensamientos impuros; les hacía olvidarse de su alma por los placeres del cuerpo, y el mago llegó á ser un ídolo adorado por cuantos atraídos por la fama del palacio maravilloso, venían á la Colina Roja, y, abrasados por la sed, bebían el agua de la cisterna maldita.

Y así pasaron muchos años hasta la venida de Mohammed aben-Abd-Allah (1) á difundir la luz de la verdad y el conocimiento de la ley alcoránica entre el pueblo de Ismael.

Moraba en aquel tiempo en las llanuras del Yemen un ismaelita, hombre de gran ciencia y virtud.

Bajo su tienda de pelo de camello, encontraba hospitalidad el peregrino, pan al pobre, remedio á sus dolencias el enfermo; la bendición de Dios era sobre su raza, y sus innumerables rebaños jamás eran acometidos por las panteras, ni robados por los errantes árabes del Hedjaz.

Nadab, que este era el nombre del justo, no dejaba ningún día de bendecir á Dios por sus beneficios, y nunca dejó de prosternarse y de adorar su omnipotencia, cuando el sol aparecía

tras la alborada, ó cuando se dejaba ver el lucero de la tarde precediendo á la noche.

Y era mujer de Nabah, Sarah, y de ella había tenido una hija única que había consagrado á Dios, llamándola Yémina: (1).

Y Yémina creció, y con los años de su hermosura llegó á ser maravillosa, y á medida que su edad avanzaba era más y más lozana su juventud, más tersa su frente, más radiantes sus ojos, más frescas sus mejillas y más húmedos y sonrosados sus labios.

Nadah, que adoraba á su hija, y empezaba á olvidarse por ella de su adoración á Dios, dejó de ser pastor nómada, vendió sus rebaños, abandonó las llanuras del Yemen y subió á las montañas del Hedjaz, sobre una de las cuales fabricó un bello palacio, adoptó la religión del Islam para poder ser rey de los pueblos comarcanos y lo fué vertiendo su oro entre los xeques (2) de las kabilas (3) cercanas.

Hacía esto por Yémina; por ella se había olvidado de Dios; por ella había querido ser rey, y lo era para que Yémina fuese princesa.

Y corrió la fama de la hermosura de Yémina, y poderosos reyes de países lejanos fueron al palacio de su padre á ofrecerle ricos presentes y á demandarla por esposa; pero ella no sentía el amor, y rechazaba los presentes y se negaba á las pretensiones.

Y se tornaban los mensajeros con los ricos regalos, y Yémina se mostraba cada día más joven, más hermosa y más ajena al amor.

Nadab llegó, al fin, por el amor de su hija á la idolatría, olvidándose de la ley de Dios, y lo que era peor, despreciándola; adoró á su hija, y levantó en su reino una estatua de oro, ante la cual hizo sacrificar víctimas, según el uso hebreo.

Y su impiedad trajo sobre él la justicia de Dios.

Ofendidos los reyes que habían sufrido la repulsa de Yémina, vinieron con poderosas huestes sobre el reino de aquel hombre, hecho rey por su soberbia y por sus tesoros, le acometieron, le vencieron, y sólo por permisión de Allah, que le tenía reservado para otros fines, pudo salvarse con alguno de los suyos, pobre, disfrazado de pastor, llevando consigo á Yémina sobre un camello.

Y así, curando él enfermedades malignas y

(1) Mahoma.

(1) Felicidad.

(2) Anciano, jefe de tribu.

(3) Tribu.

diciendo el horóscopo, viviendo de limosna y perseguido siempre do quiera que ponía la planta, atravesó el Africa y llegó al estrecho de Gebal-Tarik, donde se vió detenido por el mar, sin medios para embarcarse, y expuesto á los rigores de su destino.

En tanto el mago de la Colina Roja, que por sus conjuros, al evocar ante sí á la mujer más hermosa del mundo, había visto la imagen de Yémína, supo su llegada al otro lado del estrecho y consultó las estrellas.

—Esa mujer que es tan pura, tan joven y tan hermosa, guarda tu destino, le contestaron las estrellas.

El mago las contestó con una impía carcajada.

—¿Acaso tengo yo destino?—dijo—: el porvenir es mío, y será mi voluntad.

—Esa mujer—repusieron las estrellas—causará tu destino si no te ama, y traerá la esterilidad sobre esta tierra, porque así está escrito. Pero si logras sus amores serás inmortal, y será también inmortal ella y eterno con vosotros el palacio mágico que has construído.

El mago avivó el fuego de sus hornillos, arrojó en ellos unos polvos mágicos, pronunció un conjuro, y en aquel momento Nadab y su hija fueron trasladados por un poder oculto, mientras dormían, á la Colina Roja.

Al despertar Nadab y su hija se miraron con asombro.

—¿Qué tierra es esta tan fértil y tan hermosa?—dijo Nadab—y qué palacio de maravillas el que tenemos ante los ojos?

—Tierra de bendición es ciertamente, padre mío—dijo Yémína.

—Siento sed, y una sed devoradora—dijo Nadab.

—Yo tengo los labios áridos y secos—dijo Yémína.

En aquel momento vieron el agua límpida y transparente que brotaba por encima de los brocales de la cisterna maldita.

Hija y padre se precipitaron á los brocales y apagaron su sed, bebiendo largamente de aquel agua envenenada.

Nadab sintió, como todos los que antes que él habían bebido, abrasarse su corazón en un fuego impuro, arder su sangre y dilatarse su ser.

Yémína, que no había contaminado con el insensato orgullo de su padre, que había conservado su piedad, su fe en el Dios Altísimo y Único, y la inmaculada pureza de su alma, bebió

también, pero protegida por la mano de Dios, aquella agua terrible que hacía olvidarse de sus más sagrados deberes á los justos y temerosos de Allah, sólo sirvió para acrecentar en ella la pureza y la virtud, y para realzar su hermosura harto resplandeciente como la de una huri.

Cuando el mago la vió ante sus ojos, sintió abrasarse su alma en el fuego eterno; quiso tocar la túnica de Yémína, y sus manos se secaron; quiso hablarla, y quedó mudo; quiso anegar sus ojos en su hermosura, y cegó.

El mago había levantado altares á su hermosura, y moría exterminado por su mismo deseo.

La sentencia de las estrellas de que se había burlado el mago, se había cumplido.

Y á la presencia de Yémína huyeron las impuras ramerías que poblaban el palacio mágico, y desaparecieron los viles esclavos; y las hadas, libertadas del encanto, volvieron al quinto cielo.

Y el ángel Azrael tendió sus negras alas sobre el palacio, agitó su espada de fuego, y el palacio se hundió reduciéndose á polvo.

Y las antes claras y engañosas aguas de la cisterna maldita, se cambiaron en turbias y cenagosas.

Y el ángel dijo:

—¡Maldito mago, que tu espíritu condenado more desde ahora en la cisterna de las aguas maravillosas, y que sólo puedas salir de su infierno durante las tinieblas de la noche!

El espíritu condenado del mago fué á morar en la cisterna, escondido en un oscuro ángulo, y el cielo, antes tan diáfano, se convirtió en un cielo de color de plomo; y la tierra, antes tan fértil, en un erial infecundo, donde sólo brotaban abrojos.

Nadab y Yémína quedaron solos, errantes, en medio de una tierra desierta y maldecida por Dios.

Nadab, llevando de la mano á su hija, atravesó la pedregosa llanura, antes risueña vega, y en vano quiso salir de aquel país, donde sufría el castigo de su impiedad y de su soberbia; llegaba á los distantes valles, á las peladas montañas; pero montañas y valles presentaban para él y para su hija abismos insuperables que detaban su marcha, y les obligaban á tornar al punto de donde habían partido.

Desesperado Nadab, y no encontrando otro albergue que la torre situada en la Colina Roja junto á la cisterna maldita, hizo en ella para Yémína una pequeña habitación, y se dedicó á

estudiar en el cielo y en la tierra las virtudes de las hierbas y de los reptiles ponzoñosos.

Y llegó á ser astrólogo estudiando en los libros cabalísticos del mago que había encontrado en la torre, y conoció las virtudes de todas las hierbas, y alcanzó á hacer filtros para matar, para enamorar y para enloquecer.

Si alguna vez un viajero errante ó un cazador extraviado penetraban en aquella tierra, cuya entrada y salida sólo eran inaccesibles para Nadab y su hija; si este viajero ó este cazador entraban por acaso en la modesta vivienda de Yémína, y veían su hermosura durante la ausencia de Nadab, éste, sabedor de ello por sus conjuros, evocaba al desventurado, que enloquecía ó desaparecía tragado por la cisterna maldita.

Y crecía en encantos y en fuerza de juventud Yémína, á pesar de que habían pasado muchos años desde el día de su nacimiento.

Llegó el año 92 de la Hegira.

Reinaba en Damasco, sobre las tierras de Oriente, el califa Walid-ben-Abd-el Melik, y era emir de Africa Muzay-ben-Nosir, caudillo de gran fama, conquistador de Mogheb (1) desde las regiones del Poniente hasta los desiertos del Mediodía, que pasó el estrecho de Al-Zacab ó de las Angosturas (2), realizando el ensueño de Ocba, gran guerrero, que veinticinco años antes, no teniendo más tierras que conquistar allende el mar, llegando á su orilla se metió en él con su caballo hasta las cinchas, y dijo:

— ¡Oh, señor Allah! ¡Si estas profundas aguas no me detuvieran yo seguiría, para llevar más adelante el conocimiento de tu ley y santo nombre!

Muza pasó en cien galeotas el Estrecho, y su caudillo Tarik taló la Bética y siguió hollando á los duques godos, arrasando sus castillos e incendiando sus ciudades.

Y no iba solo, como capitán de la hueste, Tarik.

Acompañábase un godo traidor, un conde miserable, que por vengar á una hija deshonrada vendía la libertad de su patria, abriendo á los árabes la puerta de Gecira-Alandalus.

Aquel conde traidor se llamaba don Julián.

Su hija, Florinda.

El hombre que había deshonrado á su hija, don Rodrigo.

Don Rodrigo era rey de los godos.

Su último rey.

Esperad, esperad; vamos á contaros una leyenda maravillosa.

Después volveremos á la cisterna maldita.

El destino nos llevará á ella.

Era don Rodrigo de noble sangre goda.

Antes que don Rodrigo, había reinado Witiza.

Witiza el maldito.

El que hacía sus concubinas á las mujeres y á las hijas de sus vasallos.

El que martirizaba á los sacerdotes que le reprendían por sus vicios; el que desangraba con tributos á sus pueblos para labrar alcázares de oro para sus mancebas.

Pero los nobles se avergonzaron de servir á tal rey, y se sublevaron contra él.

Con los nobles se sublevó todo el reino.

Witiza fué vencido y muerto, y elegido rey don Rodrigo.

Pero una vez rey don Rodrigo, dió el torpe ejemplo de los mismos ó mayores vicios que Witiza.

Sórdido y avaro, acreció los tributos y no respetó nada.

Se entregó á los placeres, pasó la vida en las orgías sin apercibirse del poder árabe, que desde la cercana ribera del Africa amenazaba á su reino, ansioso de su conquista, y lo olvidó todo entre los festines y las monterías, sin tener en cuenta que había subido al trono por la destitución de Witiza, cuyos vicios y desórdenes continuaba, aumentándolos.

Era ya don Rodrigo hombre anciano, y, á pesar de su avanzada edad, había tomado por esposa á Aylat (Egila), noble doncella, hermosa y prudente; admirábanla sus vasallos, amábanla los mancebos, y dólíanse todos, aun los más adictos al rey, de que aquella hermosa flor, entonces en todo el brillo de su pureza, partiese su alhamí y su diván con aquel hombre ya caduco, gastado por los excesos de su juventud, en los cuales no había cesado, y con un pie ya al borde del sepulcro.

Don Oppas, arzobispo de Sevilla, que fué grande amigo del rey Witiza en los tiempos de su prosperidad, era uno de aquellos que creían una gran desdicha para Aylat su unión con don Rodrigo, hombre que por su carácter y por sus ideas no podía menos de hacerla desdichada.

(1) Poniente de Africa.

(2) Estrecho de Gibraltar.

Creó por lo mismo que la noble señora sería sensible al halago de otros amores, y ansioso de envenenar el corazón de don Rodrigo, rodeó de asechanzas á Aylat, la puso delante hermosos mancebos y tentaciones infernales, y procuró, en fin, por todos los medios herir en el corazón á don Rodrigo.

Pero Aylat, pura y virtuosa, comprendió que su deber era sacrificarse al lado de aquel árbol viejo y corroído sin herirle por el pie, y desesperado don Oppas de vencer la virtud de Aylat, tomó otro camino para herir al rey.

Moraba por entonces en Tánja (Tánger) una raza de árabes hebraizantes venida del Yemen, que desde muchos años atrás moraban en el Moghreb; aquella raza, sujeta á la dominación goda en la Mauritania Tingitana, había sufrido grandes persecuciones desde el tiempo del rey Egica, se había visto injuriada, despojada de sus haciendas, vendida por esclava, insultada en sus hijas y sus esposas, y á trocar sus creencias musulmanas por la religión de Cristo.

Era una raza cautiva, llena de odio, ansiosa de venganza, y pronta á tomarla de los godos en la primera ocasión.

Dominando á esta raza, estaba de gobernador de los godos en Tánger un hombre nobilísimo.

Llamaban á este hombre el conde don Julián.

Era costumbre entonces que los que iban á gobernar por el rey tierras distantes y mal seguras, dejasen en la corte sus hijos como en rehenes.

Según esta costumbre, el conde don Julián tenía en la corte del rey don Rodrigo, en rehenes, pero como doncella de la reina Aylat, á su única hija.

Esta doncella se llamaba Florinda.

Nacida y criada en Tánger, Florinda tenía en su traje y en sus costumbres, por más que fuese de pura sangre goda, mucho de las costumbres de los árabes.

Florinda no entraba en Toledo más que cuando sus obligaciones la llamaban al lado de la reina; lo demás del tiempo vivía en un estrecho valle, poco distante de la ciudad, situado entre dos montañas bajo un cielo triste y sombrío; por medio de este valle pasaba el Tajo lamiendo los cimientos de una altísima torre sombría y solitaria; su gran puerta de hierro estaba cubierta de signos extraños, y en sus muros, renegridos por los vientos y por las lluvias, no se veían ni

un ajimez ni una ventana; en torno de ella crecía la maleza tupida y enmarañada, sin señales que demostrasen que pie humano hubiera llegado á la puerta de la torre en centenares de años.

Contábanse acerca de esta torre terribles consejos: creíanla construída por Satanás, durante una tormenta, á la aparición de las razas del Norte sobre las tierras del Mediodía, y que guardaba por un poderoso ensalmo, el destino del pueblo godo: había quien aseguraba que el día que se abriese aquella puerta, unas gentes guerreras, venidas de la parte del mundo por donde aparece el sol, acometerían la Europa por el estrecho de Hércules, y se harían dueños de España.

Fuese por horror ó abandono, ningún rey se había atrevido á abrir aquella puerta, y la terrible torre era aún en el año 92 de la Hegira un objeto de terror.

Frente á ella, bañando sus muros en las aguas del Tajo, se alzaba un recinto almenado, defendido por cuatro torrecillas: la construcción de aquel castillejo era extraña: sus almenas puntiagudas, sus puertas ojivas, sus ajimeces calados y sus agudas agujas, le hacían parecer tanto goda como árabe.

Aquel castillejo, que pertenecía al conde don Julián, había sido en efecto construído por árabes hebraizantes, enviados por el conde á Toledo con el solo objeto de esta construcción.

En aquel castillejo vivía Florinda, acompañada de un viejo servidor de su padre, y servida por algunas doncellas y esclavos.

A pesar de ser doncella noble de su esposa Aylat, el rey don Rodrigo no conocía á Florinda.

Pero conocíala por su desgracia don Oppas, que la había elegido para ser el instrumento de perdición del rey.

—¿Por qué está triste el noble señor, gloria de los godos?—decía una tarde de verano, al trasponer el sol, el obispo don Oppas á don Rodrigo, mientras paseaba con él por las frondosas huertas de Toledo.

—Mi espíritu está triste—dijo el rey—; en vano busco el agua que ha de calmar la sed de mi alma; en los festines, en las mujeres más hermosas, sólo encuentro un tósigo abrasador que aumenta mi sed y devora mis entrañas.

A tal punto había llegado la corrupción de

aqueellos tiempos, que un rey que debía representar la justicia de Dios sobre la tierra, y un hombre que debía ser todo virtud y santidad, hablaba sin avergonzarse de tales asuntos.

—Tal vez encontraremos, señor, algo que consuele tu tristeza—dijo don Oppas—; algún raudal fresco y puro que temple tu sed sin abrasar tus entrañas.

—¿Y dónde está ese manantial milagroso?—dijo con ansia el rey.

—¿Conoces á las doncellas nobles de tu esposa?—dijo don Oppas.

—Conozco á la hermana del conde Arnolfo, á la hija del duque de Cantabria, á la sobrina del marqués Eurico...

—¿Pero no conoces á la hija del conde don Julián?

—No—respondió con ansia el rey—; y dicen que es muy hermosa.

—¡Ah! Es un sol de Africa: sus miradas queiman, su sonrisa embriaga; cuando canta, adormece el alma; cuando danza, arrebatada los sentidos: no es rubia, ni tiene los ojos azules como nuestras mujeres hijas del Norte: sus cabellos y sus ojos son negros como la desesperación de un enamorado, y su frente blanda y cándida como el primer sueño de amor de una virgen. ¿Pero para qué me esfuerzas? Tú mismo puedes verla dentro de un momento.

—¿Yo?

—Sí, tú poderoso señor, y verla como no la ha visto hombre alguno.

—¿Cómo?

—Allá abajo, entre aquellas espesuras, se baña con sus doncellas en un remanso del Tajo.

—¿Y cómo sabes tú eso? ¿La has visto tú?—dijo con acento celoso don Rodrigo.

—No; no me he atrevido ni aún á poner mis ojos en la que ha de ser la alegría y la ventura de mi señor—contestó servilmente don Oppas—; pero he comprado á una de sus doncellas, y sé el lugar donde se baña: para que puedas mirarla sin que turbes el sol de su hermosura, te he inclinado á que vengas á estos lugares, señor.

—¿Y dónde? ¿dónde dices que se baña esa hermosa?

—Toma por aquel sendero entre los árboles, señor, y pronto darás con el lugar oculto que ha elegido para sus baños Florinda.

El rey tomó á gran paso por el sendero que don Oppas le había señalado, y éste quedó sonriendo de una manera horrible; porque veía el

principio de la realización de sus proyectos, que tenían por objeto vengar á Witiza y poner sobre el trono de los godos á sus hijos.

A poco que anduvo don Rodrigo por el sendero, llegaron á sus oídos risas y cánticos femeniles.

Guiado por ellos adelantó, y llegó al fin á un lugar sombrío, donde, sin ser visto, vió un espectáculo encantador.

En un remanso tranquilo y transparente del río, vió á una mujer, mejor dicho, á una niña, en el momento de salir del baño.

Sus doncellas la esperaban con las ropas extendidas para cubrirla, pero no la cubrieron tan pronto que don Rodrigo no sorprendiese un tesoro de hermosura desnudo.

Por un momento el rey permaneció inmóvil y fascinado. Luego, cuando Florinda y sus doncellas se perdieron entre los árboles, se volvió demudado, enloquecido, en busca de don Oppas.

—¿La has visto, señor?—le preguntó sonriendo de una manera infame don Oppas.

¡Oh! ¡plugiera á Dios que no la hubiese visto, porque he cegado!—dijo el rey.

—El rinda te matará—murmuró de una manera ininteligible don Oppas; y luego añadió en voz alta:—esta noche puedes ser huésped de esa hermosa.

Era la hora del crepúsculo de aquella misma tarde.

El castillo del conde don Julián, la morada de su hija Florinda, aparecía iluminada por una luz rojiza á las orillas del Tajo.

En una habitación reducida del castillo, había en aquellos momentos un hombre y una mujer.

La mujer era de gran hermosura y muy joven; sus cabellos negrísimos estaban entrelazados á una faja de oro que ceñía su cabeza; la blancura de su frente se confundía con la de su velo, y sus cejas dilatadas, negrísimas y suavemente arqueadas coronaban sus ojos negros, grandes, brillantes, á que daban sombra y fuerza sus larguísimas pestañas; vestía una túnica larga hasta cubrir sus pies, baja lo bastante para dejar descubiertos en su parte superior un cuello deslumbrante de blancura, sus redondos hombros y el racimiento de su seno; sus brazos, sus admirables desnudos, estaban adornados con ajorcas de oro

y perlas; un cingulo de oro también, rodeaba á su reducida cintura su túnica de lana blanca, y entre ese cingulo relucía el pomo de un puñal.

Esta joven, que apenas contaría quince años, era Florinda, la hija única del conde don Julián, la hermosura á quien había sorprendido en el baño el rey don Rodrigo.

El hombre dormía en un ángulo distante, ó fingía dormir, tendido sobre unos almohadones; era un nubio, negro como el ébano, y estaba envuelto en un ropón rojo; aquel hombre era sin duda un esclavo, á juzgar por la argolla dorada que tenía al cuello.

Este esclavo se llamaba Kaib.

Florinda hilaba sentada junto á un mirador desde donde se veía el río; de tiempo en tiempo arrojaba una mirada distraída al lugar donde el esclavo estaba reclinado, y al sentir la mirada de Florinda, de los entreabiertos párpados del nubio salía un relámpago de amor desesperado, que, ó no notaba Florinda, ó fingía no notar.

Empezaba á oscurecer; Florinda dejó su rueca, se levantó del sillón de roble donde estaba sentada, fué á apoyarse en la balaustrada del mirador, y fijó su mirada distraída en la corriente del Tajo.

La luna llena empezaba á salir entre las quebraduras.

El nubio se levantó lentamente, y fué á apoyarse en la balaustrada donde se apoyaba Florinda.

—Hija de don Julián—la dijo señalándola el Poniente, teñido aún con las últimas ráfagas del crepúsculo—; el cielo está ensangrentado, la muerte y el estrago adelantan por el Oriente, y el buitre olfatea ya los cadáveres. ¡Virgen de los godos, nacida bajo el sol de Africa! ¡Menguado fué el día en que abriste los ojos á la luz! ¡Hora de maldición aquella en que mis ojos te vieron!

Florinda callaba aterrada por lo solemne de las palabras del esclavo, porque no era aquella la primera vez que la hablaba de tal modo, y le tenía por sabio y aun por hechicero.

—¡Oh, cuánto arnés roto y cuánto caballero muerto, hija de don Julián!—continuó Kaib—; el Oriente vendrá sobre el Occidente, y las gentes del Norte empaparán con su sangre las campiñas del Mediodía. ¡Oh, y cuánto arnés roto! ¡Cuánto caballero muerto!

Florinda siguió callando.

—¡Huye, hija de don Julián, huye!—conti-

nuó Kaib después de un instante de silencio—; ¡huye, yo te salvaré! ¡Tú serás la reina allá en mi patria distante, y yo seré el último de tus esclavos! ¡Huye, huye conmigo, hija de don Julián, porque el cielo mana sangre y el buitre olfatea ya los cadáveres!

—¿Qué me quieres anunciar, Kaib?—dijo Florinda volviéndose gravemente al esclavo.

—El imperio de los godos se hunde, y tú serás la causa—contestó Kaib.

—¡La causa yo!

—Sí, un hombre funesto ha visto tu hermosura; ese hombre te hará su manceba.

—¡Yo, manceba yo de nadie, vil esclavo!—exclamó con indignación Florinda—: ¡y así te atreves á insultarme porque te trato con misericordia!

—Mata al esclavo, señora—dijo Kaib fijando de una manera poderosa sus resplandecientes ojos en Florinda—: ¡mata al esclavo, pero escucha antes al sabio!

Florinda tembló.

—¿Me amenaza algún peligro?—dijo.

—Tú serás profanada por un hombre funesto, y tu profanación producirá torrentes de sangre vencedora.

—¡Tú me amas!—dijo con altivez Florinda.

—Mi corazón y mi alma son tuyos—dijo Kaib—; mis amores no tienen esperanza; sé que amas á Belay (1), al noble Belay, y qué él te ama; sé que si no te salvas caeré contigo, y que tu Belay te perderá.

—¿Pero se salvará Belay?

—El será el único príncipe godo que se salve del estrago. El será rey por la virtud y su espada; él será el primero de los salvadores del pueblo español.

—¡Oh! ¡si Belay se salva me salvaré con él!

—¡Dudas de mi ciencia y la desprecias!—dijo profundamente Kaib—; pues bien; cuando desesperada y loca me llares en la hora de la desgracia, me tendrás á tu lado; esa hora se acerca; ¡hasta entonces, hija de don Julián!

Y el esclavo se apartó de la balaustrada y se perdió en el interior de la habitación.

—¡Oh!—murmuró Florinda—; ¿qué puedo yo temer amándome Belay, mi valiente Belay?

Y permaneció en el mirador, inundada por la luz de la luna, y resplandeciente de hermosura.

(1) Pelayo.

Entre tanto, viniendo de Toledo avanzaba una cahalgata hacia el castillo de don Julián.

Al frente de aquella cabalgata venía el arzobispo don Oppas.

Florinda, que permanecía en el mirador, vió acercarse á aquellas gentes con un espanto instintivo.

Muy pronto resonó la voz de una bocina bajo los muros del castillo.

Entonces, Lotario, el antiguo servidor del conde don Julián á quien éste había confiado la guarda de su hija, se asomó á los adarves.

—¿Qué queréis?—dijo á los que llamaban.

—Somos cazadores que nos hemos extraviado—contestó don Oppas—y esperamos de ti hospitalidad por esta noche.

—La paz del Señor sea con vosotros—contestó Lotario en un acento que por lo bravo desmentía lo amistoso de sus palabras—; voy á ordenar que se os abran las puertas.

Poco después, Kaib dejaba caer el puente sobre el foso, y entraban en el castillo don Oppas y dos gallardos mancebos, con sus monteras: estos últimos entraron en los aposentos bajos del castillo, y don Oppas y los dos jóvenes entraron en los aposentos de Florinda, acompañados de Lotario y seguidos del receloso Kaib; poco después el esclavo cubría de viandas una ancha mesa, alumbrada por lámparas de bronce. Lotario como huésped y Kaib como esclavo, enpezaron á servir á don Oppas y á los dos jóvenes que se habían sentado en sillones de roble.

Era don Oppas un hombre como hasta de cincuenta años; vestía una túnica y un manto pardos, y bajo ellos se veía el reluciente hierro de un arnés, cuyo capacete cubría sus cabellos ya grises.

La expresión del semblante de este hombre era noble y benévola; dábale autoridad su barba larguísima y entrecana, y difícil era comprender en sus ojos una expresión de astucia y de dollez, que pasaba por ellos de tiempo en tiempo como un relampago; don Oppas observaba con astucia desde que entró en el castillo, mientras sus compañeros observaban también, aunque con reserva, cuanto pasaba en torno suyo.

Lotario observaba también con la misma reserva á los mancebos; vestían éstos clámides de escarlata, sandalias de riquísimo cuero, capacetes, armas y acicalas de oro; los dos eran tan semejantes, que vistos cada uno de por sí se les hubiera tomado al uno por el otro, como en sus

trajes y armas, había mucho de regio en los semblantes de los mancebos; sus miradas eran fijas, severas, llenas de imperio, y una nube fatídica parecía cubrir sus frentes majestuosas y rodearlas de una aureola.

Todos, los de adentro y los de fuera, guardaban silencio; todos observaban y eran observados.

—Muy rico eres—dijo al fin don Oppas como por decir algo á Lotario, levantando una copa de oro llena de vino—; oro es éste más acendrado que el del tesoro de don Rodrigo, y tu vino es vino de las Galias.

—¡Don Rodrigo!—dijo Lotario—; es verdad; el oro de la copa en que bebes es más acendrado que el de la copa del rey, como es más acendrada la lealtad del conde don Julián, mi señor, cuya es la copa que tienes en la mano, que la de los magnates que rodean al rey en la corte: bebed, hijos de Witiza; bebed el vino del conde don Julián y comed su pan; bebed y reposad y preparaos, porque se acerca el día en que cada cual pruebe su lealtad.

Los dos jóvenes se levantaron, tomaron dos copas, las chocaron y las apuraron de una sola vez.

Don Oppas bebió lentamente la mitad del contenido de la suya y ofreció el resto á Lotario.

Este rehusó.

—He jurado al Señor—dijo—no beber más que agua hasta que llegue el día del exterminio.

—¿Quién eres tú—le dijo el mayor de los hijos de Witiza—, que conoces nuestro nombre y nos auguras el porvenir?

Lotario miró al esclavo nubio, como si esperease de él la inspiración de sus palabras; el esclavo le miraba de una manera fija y singular.

—Escuchad—dijo—: yo, aunque me llamo Lotario, no soy godo; aunque me confieso cristiano, mis padres no lo fueron; yo he nacido en una tierra muy distante de España, bajo un cielo ardiente, sobre un suelo siempre bañado por los rayos de un sol rojo y brillante: me he criado allí, he amado allí; mi único deseo ha sido reposar en aquella tierra bendita en la fosa de mis padres y de mis hermanos: los sectarios de Mahoma me han arrojado de ella con mi raza hasta las regiones de Occidente, y nos hemos visto pobres, desnudos, sujetos á la religión y á las costumbres de los godos en la Mauritania Tingitana; allí he conocido y he servido al conde don Julián, y de allí he venido para guardar

y proteger á Florinda, la hija de mi señor.

—¡Florinda!—dijo como si escuchase un nombre extraño don Oppas—: no la conozco.

—Pluguiera á Dios que no la hubiéseis conocido—dijo con profundo acento Kaib—; ella será el pretexto de una guerra terrible; un pueblo vendrá sobre otro pueblo, y ella será la llave que abra al conquistador las puertas del Tanja. La cabeza del tirano caerá, pero sobre ella se levantarán otros tiranos, y el nombre de Kaba zumará en la posteridad como un eco de traición. La hija de don Julián ha nacido en mal hora á luz, porque su nombre será maldito, y maldita la raza de los suyos, y maldita la generación de ellos.

Era terrible y solemne el acento de Kaib; sus ojos radiantes parecían tener fija su mirada en el porvenir; su negro rostro parecía dar una fuerza sobrenatural á su discurso.

—¿Y acaso no pueden evitarse tantas desdichas?—dijo don Oppas dirigiendo la palabra á Lotario, como en desprecio de Kaib

—Lo que está escrito en los astros se cumplirá—dijo Kaib, aunque las palabras no se habían dirigido á él—: has venido á ver á la hija de don Julián: he aquí que el destino te la trae: mira.

Florinda había aparecido en la puerta de la cámara.

—Pronto el conde don Julián tendrá una injuria que vengar: pronto la puerta de aquella torre se abrirá ante un rey—añadió dirigiéndose al mirador, y señalando la torre solitaria que se veía al otro lado del río alumbrada fatídicamente por la luz de la luna—; al abrirse aquella funesta puerta, respetada por los hombres y por los siglos, las tribus del Oriente caerán sobre el Occidente; afilad vuestras espadas, hijos de Witiza, y vengad á vuestro padre asesinado por don Rodrigo, pero olvidad su trono, porque está escrito que la raza de los godos sea exterminada, y huid: habéis venido creyendo encontrar hombres que se vendieran á la traición: cuando tengamos que vengar una injuria la vengaremos, o la vengarán los que nos sobrevivan; pero no será una venganza vendida la que caiga sobre el acusador de la injuria.

Kaib, más que un esclavo, parecía el señor del castillo.

Florinda permanecía inmóvil en la puerta.

Don Oppas miraba con cólera al esclavo.

Los hijos de Witiza con asombro.

—Hemos venido—dijo don Oppas—á pedir hospitalidad, no insultos: la voz del esclavo ha resonado insolente en nuestros oídos: sea en buen hora: habéis llamado la tempestad sobre vuestras cabezas: vuestra será la culpa si las niebre el rayo.

Kaib no contestó á don Oppas, arrojó una triste mirada sobre Florinda, y murmuró con voz ronca y conmovida:

—Hija de don Julián, en mal hora nacida á la luz, lo que está escrito se cumplirá.

Después añadió:

—Nada tenéis ya que hacer aquí: el buitre ha visto á la paloma y afila sus garras: ¡idos!

—¡Idos!—repitió Lotario.

—¡Adiós!—dijo don Oppas levantándose:—nos has dado hospitalidad é injurias; la hospitalidad y las injurias serán pagadas. Adiós.

Y salió con los hijos de Witiza.

Florinda permanecía inmóvil en la cámara.

—Hija del conde don Julián: cuando llegue la hora de la desgracia me tendrás á tu lado—dijo Kaib.

Y salió lentamente de la cámara.

Don Oppas y los hijos de Witiza regresaron á Toledo.

Los dos mancebos se perdieron por las altas y estrechas callejuelas de la ciudad, y el obispo, seguido de los monjes, llegó al palacio, descalzó delante de la puerta de los Leones, y á través de la guarda, que se inclinó respetuosamente á su paso, se encaminó á la cámara del rey don Rodrigo.

Ante su puerta, jóvenes godos con mantos de púrpura y oro, y hermosas mujeres con los cuellos y los brazos desnudos, departían de amores y cacerías, de galantes aventuras, de ruidosos banquetes: los soldados se apoyaban en sus lanzas, inmóviles como estatuas de hierro; á lo largo de los muros de la gigantesca antecámara, y los esclavos se veían tras ellos entregados á un silencio estúpido.

Poco tiempo antes de la llegada de don Oppas al palacio, se abrió la puerta frontera á la de la cámara real, y apareció en ella un viejo, alto, flaco, pálido, con escasos cabellos grises y barba blanca, cubierto por una hopalanda parda.

Este hombre adelantó hasta el centro de la antecámara, y sin dirigirse á persona alguna dijo con acento grave y sonoro:

—Yo soy Gutz, el hebreo.

Agitóse el círculo de damas y caballeros, y de entre ellos adelantó hasta el recién llegado un noble cubierto con un arnés de guerra, caudillo al parecer de la guarda del rey.

—¿Eres tú el joyero de la calle del Sol?—preguntó á Gutz.

—Yo soy—contestó el viejo.

—¿El hechicero?

—Sí.

—¿Te espera el rey?

—Sí.

Tras estas breves palabras el noble adelantó hasta la puerta de la cámara real, levantó el tapiz y dijo:

—¡Señor! ¡Gutz el hebreo, joyero y hechicero!

Una voz gutural y débil, aunque imperiosa, contestó desde adentro:

—Mi leal Singiberto, deja entrar á ese perro infiel.

Singiberto hizo una seña á Gutz, y éste, pasando con desdén é insolencia entre los cortesanos, se perdió tras el tapiz que cubría la puerta de la cámara real.

Era tan frecuente entonces la entrada de embaucadores y magos en el palacio, que nadie tomó en aprecio la llegada de Gutz, y jóvenes y damas siguieron las pláticas interrumpidas.

Al punto dos escuderos, uno de los cuales llevaba una adarga blasonada, y otro una espada, penetraron en la antecámara, precedidos por un faraute, que con no menos insolencia que Gutz se detuvo en el centro, y dijo en alta voz:

—El noble y poderoso señor don Oppas, arzobispo de Sevilla.

Singiberto anunció de nuevo, é hizo seña al faraute de que don Oppas podía entrar en la cámara real.

Una antorcha de oro, alimentada con aceite aromático, alumbraba la cámara de don Rodrigo. Sus paredes estaban revestidas de riquísimos tapices, en los que se veían pintadas mujeres hermosas desnudas en el baño, mancebos reclinados en la sombra de verdes enramadas entre los brazos de náyades, trofeos de amor, é impudentes pinturas de deleite.

Sentado sobre una silla de marfil de preciosa labor, estaba don Rodrigo envuelto en una clámide de púrpura, y ceñidos sus blanquísimos cabellos por una corona de hierro.

Plegado sobre sus rodillas, envuelto en su an-

cha clámide, sólo se podía juzgar de su semblante pálido y de expresión noble, aunque degradada é indolente: sus ojos azules conservaban aún el brillo de la juventud, y una de sus manos blanca y tersa como la de una dama, se ocupaba en levantar hasta su nariz recta y afilada un pomo de oro lleno de esencias aromáticas que aspiraba con deleite, y de las cuales dejaba caer de tiempo en tiempo algunas gotas sobre su barba plateada y profusa, rizada con más esmero que la cabellera de una mujer.

A un lado, junto á la silla en que reposaba don Rodrigo, había una mesa, de la cual partían reflejos deslumbrantes arrancados por la luz de la antorcha. Según las crónicas de aquel tiempo, la tabla de esta mesa era una sola esmeralda encontrada por Fatimah la santa (1) junto al pozo Zemzem, y sus pies, fabricados por los genios, eran de oro macizo, de una labor sorprendente, y cuajados de perlas y diamantes.

Esta joya de inestimable valor era la famosa mesa de Salomón: había pasado en herencia á la tribu de Heber, y fué robada á sus descendientes por el rey Egica, cuando sujetó á feudo y tributo á los árabes hebraizantes, desterrados del Yemen y refugiados en el Moghreb. Esta misma mesa fué la que más tarde, después de la conquista de Gezira Alandalus por los árabes, produjo fatales desavenencias entre el emir Muza ben-Nóser, y su walf el valiente sin par Tarik ben Ziad.

Sobre esta mesa estaba como un adorno la espada de don Rodrigo, y sobre su empuñadura se posaba un azor (2) sujeto á la mesa por una sutil cadena de oro.

Todo revelaba allí el hombre sensual, degradado y envilecido.

Aquella arma de caballero, arrojada como al acaso sobre aquella pequeña mesa, era un contraste extraño, un mudo reproche á tanta degradación, á tanto abandono.

Cuando resonaron sobre la cámara real, al andar don Oppas, las piernas de su arnés, el rey que, á pesar de la presencia de Gutz, que estaba prosternado á sus pies, no había salido de su inmovilidad, se estremeció al aspero rechinar del acero, y levantó la cabeza arrojando en torno suyo una mirada inquieta que tornó á ser indolente cuando reconoció al obispo.

(1) Madre de Mahoma.

(2) Ave de cetrería.

—¡Ah! ¿eres tú, don Oppas?—dijo:—en verdad que te esperaba. ¿Qué perro es ese que se tiende á mis pies?—añadió reparando en Gutz.

—Lo ignoro, señor—contestó don Oppas.

—Es Gutz tu esclavo, poderoso rey—contestó el hebreo sin levantar la frente de la alfombra.

—¡Ah! ¿eres tú?—dijo don Rodrigo:—levántate esclavo, te he mandado llamar no me acuerdo para qué. ¿Eres hechicero?

—Tal dicen, señor; pero sólo Dios sabe lo oculto.

—¿Y crees tú, don Oppas—dijo don Rodrigo dirigiéndose al arzobispo—, en el poder de la hechicería?

—Tanto creo, señor—contestó don Oppas—, que, si saber mi destino quisiera, me dirigiría sin vacilar á uno de esos sabios que, alejados del mundo, han estudiado el lenguaje de las estrellas.

—Pues he aquí que á mi vez he tenido ese deseo—repuso el rey—, y he mandado buscar á uno de esos buhos que pasan la noche en vela mirando al cielo.

Don Oppas cruzó una mirada de inteligencia con Gutz.

—Dime tú, sabio—dijo don Rodrigo con indolencia—: ¿dónde está el límite de mi vida? Yo la siento fuerte y vigorosa dentro de mi cuerpo envejecido, y mi alma se revuelve ardiente como en los días de mi lejana juventud; pero mis noches sombrías, mis sueños apenadores, mis deseos insensatos: yo veo en lo recóncito de mi espíritu una mujer hija de mi fantasía, á cuya hermosura no alcanzan las más hermosas de mis concubinas. Aún más; yo he visto hoy, ésta tarde, á esa mujer, viva, desnuda delante de mis ojos, saliendo como Venus de la espuma de las aguas. Yo la amo; mi corazón se quema por ella. ¿Qué puedo yo esperar de esa mujer?

Gutz inclinó profundamente la cabeza, dejó caer los brazos á lo largo de su cuerpo, y sus ojos se cerraron como dominados por un sueño profundo: levantó su pecho dilatado por una respiración poderosa, contrajéronse los músculos de su semblante, y se borraron las profundas arrugas de su frente.

Don Rodrigo, replegado aún sobre su silla de marfil, miraba al hebreo con la ávida atención de un niño; estaba hastiado, y la expectativa de un acontecimiento cualquiera le divertía.

—Pronto, esclavo—dijo con impaciencia—: dime lo que puedo esperar ó temer de esa mujer.

Gutz abrió los ojos, levantó con altivez la cabeza, miró frente á frente á don Rodrigo, y dijo con voz ronca y acentuada:

—Tu destino ¡oh rey! es incierto: una nube oscura colocada delante de mis ojos no me deja ver claramente tu horóscopo; pero esa nube tiene ráfagas rojas; la sangre y el fuego habitan en ella.

Don Rodrigo se irguió: las palabras del hebreo aterraban vagamente: su mirada, antes glacial, se había animado, y sus labios se agitaban en una imperceptible convulsión.

—Lo que me has dicho es muy obscuro—exclamó el rey con acento convulso é irritado; yo quiero que tus ojos descifren mi porvenir: habla hechicero.

—Poderoso señor—dijo el hebreo—: haz que tus trompetas de guerra llamen tus gentes al combate: despliega tu bandera de rey y desnuda tu espada, porque yo veo extrañas gentes cabalgando en batalla contra tu pueblo, y el lugar de tu sepultura espera ya tus restos ensangrentados.

Don Rodrigo se lanzó de su silla al lugar donde se encontraba el hebreo, y asió furioso su túnica.

—Perro infiel—gritó—: si no mientes, haz que yo vea mi horóscopo, rasga delante de mí el velo que cubre el porvenir: vea yo esas gentes que cabalgan contra mi pueblo, ó por el Dios de Moisés y de Abraham que he de poner tu cabeza sobre la aguja más alta de la torre mayor de mi castillo.

—¡Rey!—continuó el hebreo sin inmutarse, alentado por una segunda mirada de don Oppas: lo que escribe la mano de Dios es siempre un misterio para los ojos mortales: en el valle, cerca de tu palacio, sobre las riberas del Tajo, hay una torre misteriosa cuya terrible puerta jamás ha sido tocada por la mano de un rey; si tu mano toca esa puerta, ella se abrirá, y dentro de la torre encontrarás tu destino.

—Pero esa torre—dijo el rey palideciendo— guarda una tradición oscura: según esa tradición, el rey que la abra, ó morirá ó será tan rico, tan sabio y tan poderoso como el rey Salomón: esa torre fué construída durante una tempestad por los magos que acompañaban á Atila, y desde aquel terrible rey hasta mí, ninguno ha osado penetrar en ella.

—Y tu mismo, rey, nada verás en la torre—añadió Gutz, obedeciendo á una tercera mira-

da de don Oppas—si no llevas contigo el triunfo de la pureza de una virgen.

—¿Y qué virgen es esa?

—Esa virgen es Florinda, la hija del conde don Julián.

—¡Pues bien!—exclamó don Rodrigo—; Florinda será mía, y luego mi mano tocará la puerta de la torre; buscaré en ella, en su recinto más tenebroso, el misterio de mi porvenir, y arrostraré con valor mi destino. ¡Hola, Singiberto!

El noble á quien el rey llamaba apareció en la puerta de la cámara.

—Llévate á ese hebreo—le dijo—y guárdale en la torre más fuerte del palacio.

Gutz adelantó hacia Singiberto, y salió con él.

—Debo triunfar de la pureza de Florinda, antes de ir á la torre misteriosa—exclamó el rey.—Y bien, ¿has reconocido ya la vivienda de la hija de don Julián?—añadió dirigiéndose á don Oppas.

—Sí, sí señor; y si tu quieres, esta misma noche Florinda será tuya.

—¡Oh! ¡esta noche! ¡esta noche!—exclamó el rey.

—Para vencerla será necesario que apeles á malas artes.

—¡Cómo!

—Si Florinda se viese sujeta á un letargo...

—¡Ah!

—Toma, señor—dijo don Oppas sacando de entre sus ropas un pomo de oro.

—¿Y qué es esto?

—Aquí se guarda el zumo de una hierba que produce un sueño delicioso.

El rey guardó con ansia el pomo.

—Florinda será tuya, señor, y después...

—Sí, después entraremos en la terrible torre; pero quiero que para entrar en ella me acompañen mis nobles, mis magnates: quiero entrar en la torre con toda mi grandeza de rey. Haré que estén preparados mis magnates, mis soldados y mis esclavos. Tu vendras conmigo. Vete, y vuelve al punto.

Don Oppas salió de la cámara murmurando:

—Dentro de poco se verá obligado á vengar una injuria del conde don Julian.

Poco tiempo después, como lo había ordenado don Rodrigo, multitud de nobles godos á caballo y armados de guerra, penetraron en el átrio del palacio.

Don Oppas, con escuderos y esclavos de su

casa, llegó el primero, paró bajo el pórtico, y entró en el palacio.

Luego, sin acompañamiento, sin galas, con clámides oscuras sobre los arneses, cubiertas las cabezas con bonetes de acero, anchas espadas al cinto, y cabalgando en caballos de batalla, llegaron al átrio, viniendo de distintos puntos tres mancebos.

Los soldados y las gentes del pueblo, que estaban agolpados á la puerta del átrio, abrieron paso á los tres ginetes, inclinándose respetuosamente ante ellos, y los nombres de Belay, Teodomiro y Favila corrieron de boca en boca, mientras todos los ojos se fijaban en los tres príncipes que, sin descabalgár, fueron á situarse en silencio en un oscuro ángulo del átrio.

Multitud de pajes, ricamente vestidos, giraban en todas direcciones, enrojando los muros con la luz de sus antorchas, y venciendo con ellas la blanca y tranquila luz de la luna.

Un rumor confuso de voces contenidas por el temor se levantaba más allá de los pórticos exteriores del palacio, donde la plebe, contenida por los soldados del rey, se agolpaba curiosa y asombrada.

Habíase extendido, girado y penetrado en las plazas, en los barrios y en las calles, más apartadas de Toledo, una noticia pavorosa. Decíase que la misteriosa torre que todos los reyes antecesores de don Rodrigo habían respetado; la terrible torre nunca abierta, tras cuyos muros se guardaba el destino del pueblo godo, iba á ser profanada por la planta del rey: un terror semejante al que causa el amago de una calamidad que no se conoce, había dominado todos los corazones, y cristianos y judíos abandonando sus casas, llenos de ansiedad, se agolpaban y se estrechaban hacia algún tiempo ante los pórticos del palacio.

Los arcos, los miradores, las balaustradas de las calles circunvecinas estaban llenos de gentes que maldecían en voz baja y contenida por el temor á don Rodrigo, al par que hablaban con el acento de la esperanza á los tres príncipes, Belay, Teodomiro y Favila, cuyas nobles frentes no se habían manchado con los vicios de la corte.

El pueblo los había visto armados de guerra en medio de los otros príncipes y magnates cubiertos de galas, y en esto habían com rendido una valiente promesa.

Al fin, tras una larga espera, se abrieron las

puertas del palacio, y el rey, cubierto con un manto de púrpura, ceñida la cabeza con la corona de hierro, pendiente de su costado la espada de oro, apareció sobre su blanco caballo Orelia, al que llevaban de las riendas dos nobles con túnicas y bonetes de escarlata; á su derecha cabalgaba don Oppas, á su izquierda Singiberto, ¡recedíanle pajes con antorchas, y le rodeaban cien esclavos negros de su guarda africana.

Los nobles que esperaban en el átrio se unieron á la comitiva, á la cual, tristes y silenciosos, siguieron al lento paso de sus caballos, Belay, Teodomiro y Favila.

La corte se abrió paso por medio del pueblo, que agitaba sombríamente, sin que una aclamación de amor ó de respeto llegase á los oídos de don Rodrigo.

La cabalgata bajó del palacio, atravesó la ciudad, y penetró en el valle, á cuyo fin, una frente á otro, teniendo en medio el Tajo, se alzaba la torre misteriosa y el castillo de don Julián. Cabalgaba delante del rey; su caballo galopaba con ardor como impulsado por una fuerza mágica; los pajes y los peones seguían jadeando á la carrera la rápida marcha de los jinetes; alguna vez un paje ó un esclavo caían cansados, y el caballo del rey pasaba sobre ellos como hubiera podido pasar por cima de un montón de hojas secas.

Florinda, en el mirador de su cámara, apoyada en su balaustrada, veía impasible, pálida, inmóvil, descender aquellas antorchas por la vertiente del valle, adelantar, llegar y parar al fin ante el foso de su castillo.

Sonaron las trompetas, y la voz de Singiberto gritó:

—¡Vasallo! ¡abrid al rey!

Crugieron las cadenas del puente, y don Rodrigo, don Oppas, Singiberto, y los dos nobles que llevaban las riendas de Orelia, entraron en el castillo.

Poco después arremetieron también por la porterna, Belay, Teodomiro y Favila.

Las demás gentes del rey rodearon el castillo.

Florinda permanecía en el mirador, siempre pálida, siempre impasible.

Pasó algún tiempo, y al cabo una sombra obscura apareció en el mirador junto á Florinda.

—Ha llegado la hora— dijo sombríamente Kaib.

Florinda se volvió á él, y le contempló gravemente.

—¿La hora de qué?—dijo.

—El rey don Rodrigo es tu huésped, señora.

—Y bien: que sirvan al rey; que mis manjares cubran su mesa; que el vino llene los jarros de oro; que le sirvan mis esclavos.

—Según antigua costumbre, el señor del castillo debe servir al rey.

—Mi padre le está sirviendo en Tanja.

Por lo mismo, en ausencia de tu padre, tú estás obligada á servir al rey—repuso sombríamente Kaib.

Guardó por un momento silencio Florinda; una expresión singular pasó por sus ojos; acreció su palidez, y al fin dijo:

—Ruega al rey me perdone si le hago esperar mientras me engalanan, para servirle dignamente, mis esclavas.

Y volviendo las espaldas á Kaib, se encaminó lentamente á una puerta, por la cual desapareció.

Kaib tuvo fija en ella, mientras pudo verla, una mirada profundamente conmovida.

Luego exclamó con acento tembloroso:

—¡Que se cumpla lo que está escrito!

Y fué á llevar el mensaje de Florinda al rey.

El rey se paseaba impaciente por una magnífica cámara.

Trofeos de guerra, arrancados á los enemigos en diferentes épocas, ennoblecían sus muros, atestigüando el valor de los ascendientes del conde don Julián.

Una ancha mesa, cubierta con paños de púrpura, dejaba ver humcantes viandas en platos de oro, y jarros del mismo metal, rodeados de anchas copas, rebosaban el vino.

Cuatro candelabros de oro alumbraban la mesa.

Todo demostraba la gran riqueza del dueño del castillo.

Delante de la mesa sólo había un enorme sillón cubierto con un dosel: el sillón del castellanó cedido al rey.

Don Oppas, Belay, Teodomiro y Favila, estaban agrupados y en silencio, á cierta distancia del rey, medida por el respeto.

No tuvo que esperar mucho don Rodrigo.

Abrióse una puerta, y apareció Florinda res-

plandeciente con su juventud, su pureza, su hermosura, sus joyas, sus magníficas galas.

Adelantó lentamente, arrastrando su pesada y brillante túnica de seda y oro, con la frente alta y ceñida con la diadema de las nobles godas.

A alguna distancia del rey se detuvo.

—Bien venido seas, señor—dijo con voz reposada y grave—, al hogar del conde don Julián.

Don Rodrigo, mudo de asombro ante tanta hermosura, no la contestó más que con la elocuente sorpresa de su semblante y la encendida mirada de sus ojos.

Florinda, silenciosa, inmóvil, imponente, fijaba en el rey una mirada altiva y severa.

Parecía que no veía á las otras personas que había en la cámara, aunque entre ellas estaba Belay, el amado de su alma.

El rey temblaba; con la mirada fija en Florinda, la llama de un amor infernal se había apoderado de su alma, y lo había olvidado todo; el descontento de sus vasallos y los funestos amagos del porvenir que guardaba para él la terrible torre que se levantaba escueta, solitaria y muda al otro lado del Tajo.

Las primeras palabras que pronunció don Rodrigo representaban su deseo.

—Salid—dijo á don Oppas y á los tres príncipes—, salid y esperad afuera.

—¡Que salgamos—exclamó obedeciendo á la voz de sus celos Belay.

—¿Quién habla cuando el señor manda?—gritó el rey.

—Esa doncella—exclamó adelantándose Belay—, es mi esposa.

—¡Tu esposa, Florinda!—exclamó palideciendo mortalmente el rey y temblando de cólera.

—Me ha jurado la fe de su amor ante Dios.

—¡Ah! ¿y no es más que eso? príncipe; yo creí que en efecto la hija de don Julián era tu esposa... pero no lo es... ni lo será, porque yo que soy tu señor no te la concederé.

—Dicen rey don Rodrigo—observó con un marcado acento de amenaza Belay—, que para ti nada hay respetable más que tu voluntad; que allí donde tus ojos se fijan van la impureza y la deshonra.

—¿Y quién dice eso, mi leal Belay, mi buen pariente, mi hermoso príncipe?—dijo el rey dominando mal su cólera.

—Lo dicen las desdichadas que has deshonrado, los viejos cuyas canas has escarnecido, las

madres á quienes has arrojado cubiertas de vergüenza las hijas de sus entrañas.

¡Ah! ¿y no te han dicho que el rey castiga de muerte á los traidores que se atreven á insultarle?—dijo don Rodrigo adelantándose furioso hacia Belay, que puso la mano sobre la empuñadura de su espada.

Don Oppas cubría con una frialdad hipócrita la alegría de su alma; veía al hasta entonces leal y respetuoso Belay, rebelado contra don Rodrigo; veía al rey decidido á todo; sabía que para que cayese la ira de un vasallo poderoso del conde don Julián sobre don Rodrigo, bastaba con que éste tocase solamente á la orla de la túnica de Florinda; veía ya rebosar de Tánger millares de combatientes salvajes, los veía atravesar el estrecho de Alzacac, poner las plantas en Calpe, devastar la Bética y prestar una poderosa ayuda á los hijos de Witiza.

Veía acercarse el momento en que el conde don Julián sería injuriado por don Rodrigo en Florinda.

Belay lo veía del mismo modo, y esperaba al rey con la mano puesta en la empuñadura de su espada.

Florinda se interpuso.

—El rey lo manda—dijo con acento dominador—; salid, príncipes; el rey está en el hogar de un noble vasallo, y tiene derecho á ser obedecido en él. Salid: la hija del conde don Julián cumplirá con lo que debe á su sangre.

Belay vaciló: pero una mirada de Florinda le decidió á obedecer; salió, y tras él salieron Teodomiro y Favila, y al fin, don Oppas, que apenas podía contener su feroz alegría.

Florinda y el rey quedaron solos.

—Sentaos, señor, sentaos—dijo la joven—; estáis bajo un techo amigo; honrad la copa de mi padre bebiendo en ella.

Y Florinda llenó de vino una ancha copa de oro.

El rey fijó una mirada codiciosa en la copa, mientras que revolvía en su mano entre sus ropas el pomo que le había dado don Oppas.

Pero ¿cómo verter el contenido del pomo en la copa sin que lo notase Florinda?

Una idea surgió en el pensamiento del rey.

—Me han dicho—dijo—que cantas de una manera maravillosa.

—¿Y quién te ha dicho eso, señor?

—No recuerdo bien... ¡Ah, sí! Algunas noches he oído el son de una lira en los aposentos de la

reina; el sonido de aquella lira me ha arrebatado, ha resonado dulcemente en mi corazón, y la voz que ha cantado unida á aquella lira me ha parecido la voz de un arcángel; por la mañana he preguntado quién era la mujer que tan dulces armonías exhalaba en los aposentos de la reina Aylat, y me han contestado: "Era la hermosa hija del conde don Julián."

—Te han engañado, señor—contestó Florinda—; nunca he cantado en los aposentos de mi señora.

Tembló el rey, temiendo que Florinda no se pudiese tañer la lira.

—Pero si quieres, señor—dijo la joven—, cantaré para ti.

El alma del rey se dilató.

—Espera un momento, señor; voy á pedir á mis esclavas mi lira de marfil.

—Apenas hubo vuelto Florinda la espalda, cuando don Rodrigo, trémulo, dominado por una ardiente y próxima esperanza, vertió el contenido del pomo que le había dado don Oppas en la copa que había llenado Florinda.

Poco después la joven volvió preludiando de una manera mágica en las cuerdas de oro de una magnífica lira de marfil.

El semblante de Florinda estaba triste y apenado como si un funesto presentimiento oprimiera su alma, y permaneció de pie preludiando en su lira á poca distancia del rey.

—¿No bebes, señor?—le dijo después de un momento de silencio.—¿Recelas acaso de la copa de tu vasallo?

—Es antigua costumbre que el vasallo beba primero cuando ofrece la copa á su rey—dijo don Rodrigo.

Y presentó la copa á Florinda.

La joven sostuvo con su brazo izquierdo su lira, tomó la copa y bebió un sorbo.

—La liberación completa—dijo el rey sonriendo—; esa es la costumbre.

Florinda apuró lo copa.

—¡Ah!—murmuró el rey—; tu hermosura es mía.

—¿Qué dices, señor?

—Que me llenes otra vez la copa.

Llenóla Florinda, y el rey la apuró.

Fuese que el pequeño resto que había quedado en la copa inficionase el vino nuevamente echado en ella por Florinda, fuese que le embriagase la hermosura de la joven, el rey sintió en su cabeza un vago y delicioso delirio; pare-

cióle que la hermosura de Florinda se aumentaba y crecía hasta hacerse sobrenatural; que las luces se amortiguaban, y que sólo quedaba la luz de la hermosura de Florinda; luego vió como en un sueño fijos en los suyos los ojos de la joven que le decían amores; la vió tomar un escabel, sentarse á sus piés, mirarle sonriendo como sólo mira á un hombre la mujer que le adora, y al cabo escuchó un canto dulcísimo.

Creyóse arrebatado al Paraíso, y luego cesar la música, rodear su cuello los frescos brazos de Florinda, y posarse en sus labios áridos unos labios húmedos y ardientes.

Florinda resplandecía; Florinda le embriagaba, y en medio de su embriaguez y de su delirio, no pudo escuchar el rey estas palabras, pronunciadas con acento terrible por una voz ronca tras el tapiz de una puerta de la cámara:

—¡Lo que estaba escrito se ha cumplido: el Oriente avanza contra el Occidente, y el buitres se cierne ya sobre el campo de la matanza esperando los cadáveres!

Entretanto el rey, que había salido del castillo seguido de don Oppas, de Belay, de Teodomiros, de Favila y de sus cortesanos, atravesó el Tajo en barcas que estaban preparadas, y llegó cerca de la torre, situada en la otra orilla, hasta la cual habían abierto paso algunos esclavos, rompiendo con sus espadas la maleza.

El rey descabalgó al fin delante de la puerta de la torre.

Todos temblaron en aquel momento solemne: el rey de impaciencia, don Oppas de esperanza, los demás de la comitiva de terror.

Sólo Belay y los dos príncipes, sus nobles amigos, no temblaron; pero invocaron á Dios con las manos puestas en las empuñaduras de sus espadas.

Porque á la llegada del rey, dentro de la torre, en torno de ella, cerca y lejos, en los aires y en las entrañas de la tierra se había oído un rumor lejano y confuso de batalla; lentamente aquel rumor creció; oyóse al fin de una manera distinta el choque del hierro contra el hierro, los gritos de guerra, los clamores de los moribundos, el relinchar de los caballos, el alarido de las trompetas, el silbo de las flechas, el áspero rechinar de las ruedas de los carros y el doblar de los tambores y atabales.

Sin que nadie tocase á la puerta, ésta se abrió

con estruendo, y una luz pálida, sin oriente ni ocaso, alumbró el interior.

Al abrirse, el estruendo creció; parecía que el valle lanzaba guerreros en todas direcciones; mugió sordamente el Tajo, condensóse la niebla, tembló la tierra bajo los cascos de millares de caballos, el aire vibró herido por innumerables y salvajes gritos de guerra, y un cálido y nauseabundo olor de sangre lo envolvió todo.

Y en medio de aquel estruendo pavoroso, dominándole como el bramido del huracán domina al ruido del aguacero en la tormenta, una voz cavernosa retumbó dentro de la torre, que vaciló al sonido de aquella voz sobre sus fortísimos cimientos.

—¿Quiénes sois y qué queréis?—dijo la voz.

—Soy don Rodrigo, rey de los godos—contestó el rey.

Al escuchar estas palabras, salió de la torre una explosión de carcajadas, y un coro infinito gritó:

—¡Es el rey don Rodrigo! ¡el último rey! ¡el último rey de los godos!

Y al mismo tiempo avanzaron hacia la puerta, pero sin pasar de ella, sombras envueltas en flotantes velos, pálidas y macilentas como cadáveres insepultos, y los ojos de todas las sombras se fijaban en el rey que estaba fascinado, y las bocas de todas las sombras le saludaban con insolentes carcajadas, y los brazos de todas las sombras se extendían hacia él.

Y sus calvas cabezas relucían, y sus monstruosos cuerpos se retorcían, y sus infernales bocas chillaban, gritaban, aullaban, rugían, y á la vista de aquella espantosa visión, la comitiva del rey huyó aterrada hasta las márgenes del río y hasta los remotos confines del valle.

Sólo quedaron delante de la puerta de la torre el rey con los cabellos erizados de espanto, detenido por un poder superior, y Belay, Teodomiro y Favila, á pie, envueltos en sus clámides rojas, con las espadas desnudas en las manos diestras, las siniestras sobre el corazón y el nombre de Dios en los labios.

El rey, aterrado, trémulo, fijaba la inmóvil mirada de sus ojos en la tremenda visión; los tres príncipes sentían latir en sus venas su sangre de valientes sin miedo y sin tacha.

—¡Adentro, señor!—gritó Belay adelantando con la espada en alto: ¡Adelante, hermanos míos! ¡Ya que hemos llegado hasta aquí, es

preciso que las artes de Satanás no detengan á cuatro príncipes cristianos!

Y asíó á don Rodrigo, y seguido de Teodomiro y Favila, penetró en la torre.

La visión desapareció como por ensalmo; apenas el rey y los tres príncipes pisaron el interior de la torre, apagóse la claridad lívida que antes la había alumbrado, y sólo quedó el ténue reflejo de la luna.

—¡Una antorcha!—gritó Belay.

Desde la margen del río adelantó uno de los pajes más atrevidos, y entregó una antorcha al príncipe.

El noble godo adelantó aún más, dentro de la torre, y la reconoció á la luz de la antorcha.

Era la torre inmensa, tétrica, bastante á imponer terror por sí sola, sin la ayuda de sus apariciones, al corazón más valiente; formábase una bóveda circular, sustentada en el centro por un gigantesco pilar; la altura de esta bóveda se perdía en la obscuridad, y sobre sus muros y en medio de la pilastra, se veían, labrados en la roca, monstruos informes, reptiles horribles, esqueletos de gigantes; todo, allí como petrificado por un conjuro ó por una maldición; obscuras inscripciones orlaban los muros en fajas de piedra, con letras de sangre, y sangre parecía brotar el pavimento humedo y resbaladizo.

Belay conduciendo al rey, y seguido de Teodomiro y Favila, recorrió la torre, y sólo se detuvo ante una especie de nicho, en el cual había un arca de hierro mohoso.

Al verla don Rodrigo, ya más sereno por la desaparición de las sombras, que siempre incrédulo é impto había juzgado un delirio de su razón, dió un grito de alegría.

—¡Abrid, abrid!—dijo á los príncipes—; allí debe encerrarse un riquísimo tesoro; ¡abrid!

Belay levantó la pesada tapa, y alumbró el interior del arca.

Don Rodrigo lanzó dentro de ella una mirada codiciosa.

Pero en vez de joyas sólo encontró veinticinco coronas de hierro atadas en una cadena; su blason real roto y manchado, su espada enmohecida, y su manto real hecho girones y ensangrentado. Un libro escrito en caracteres árabes, el *Koran*, estaba puesto sobre la *Biblia* abierta y deshojada, y el verde pendón del Profeta envolvía en sus pliegues otro objeto.

Belay sacudió la bandera, y de ella, una cabeza humana cayó sobre el pavimento.

Aquella cabeza separada de su tronco era tan semejante á la que aún vivía sobre los hombros de don Rodrigo, que los príncipes se estremecieron, y el rey tembló y sintió correr por sus venas el frío de la muerte.

—¡A las armas, hermanos míos!—gritó Belay—; corramos á nuestros castillos, ¡que el pueblo godo se levante á tu voz, señor, porque la tradición se cumple, y en esta torre fatal está encerrado tu destino!

—¡Los árabes!—exclamó don Rodrigo, levantando por primera vez su cabeza en un movimiento de energía; ¡pues bien! que vengan; las canas no me impedirán cubrir mi cabeza con mi capacete coronado, y bajo la púrpura vestiré la lóriga! la corona en la frente y la espada en la mano, cabalgaré delante de mi pueblo, y si está escrito que hayamos de sucumbir, sucumbiremos como valientes! ¿no es verdad, príncipes?

Los tres príncipes se miraron con estupor. Habían creído hasta entonces que el rey había muerto para el valor, y que sólo vivía para la molición y para la corrupción.

—Venid, mis valientes caudillos; pronto mis huestes y las de mis nobles probarán si es incontrastable lo que está escrito por el destino. Entretanto, adiós.

Y salió delante de ellos de la torre, cabalgó en su corcel y llamó en voz alta á don Oppas.

Don Oppas se acercó temblando.

—A Toledo—dijo el rey con acento sombrío.

Poco después la brillante cabalgata aterrada, triste y silenciosa, volvió á entrar en la ciudad.

Antes del amanecer salió de ella á pie por la puerta de los Leones un hombre envuelto en una clámide roja, á en silencio y á gran paso se encaminó al valle del Tajo.

Desde que salió el rey del castillo del conde don Julián, Florinda, pálida, pintada en el semblante una expresión de despecho y de desesperación horrible, había permanecido en su mirador, dejando brillar las lágrimas que corrían silenciosamente por sus mejillas, á los rayos de la luna.

Recordaba de una manera confusa una cosa horrible; se sentía lacerada en el cuerpo y en el alma, y su pensamiento pasaba tan pronto del rey don Rodrigo, su infame burlador, á Belay, el amado de su alma.

Florinda no comprendía la razón de su mo-

mentáneo delirio entre los brazos del rey; la desdichada no sabía que había sido embriagada por un filtro terrible.

Conocía, sin embargo, su vergüenza, y anhelaba venganza, una venganza cruda.

Hubo un momento en que una horrible decisión se pintó en su semblante, se apartó bruscamente del mirador, corrió á su cámara, tomó un pergamino, y escribió en él apresuradamente algunas líneas.

Después llamó á Kaib.

Este apareció de improviso como si hubiese estado detrás de la puerta.

—Ha llegado la hora de la tritulación, Florinda, y me has llamado; heme aquí: ¿Qué quieres?

—Es necesario que lleves esta carta á mi padre á Tanja.

—Iré—dijo Kaib.

—Pues bien, vete, y que el nuevo sol te vea cabalgando hacia el Oriente.

—Antes de partir es necesario que yo te deje segura y libre del infame.

—¡Ah!—exclamó Florinda cubriéndose de rubor: ¿sabes...?

—Lo sé todo; yo soy mago.

—¿Y habías previsto la horrible desgracia que me iba á acontecer?

—Sí.

—¿Y por qué no me salvaste?—exclamó con desesperación Florinda.

—Estaba escrito que tú fueses sacrificada, para que el pueblo godo fuese destruido.

—¡Ah!

—Pero yo no puedo dejarte abandonada. El infame don Rodrigo arde en tus amores, su delirio por ti crece; siempre tendrá para enloquecerte un filtro, un ensalmo. La ciencia se vende al oro. Pero ven; yo te daré un amuleto que te libre de las asechanzas del rey. Ven, hija de don Julián; ven.

Arrastrada por el acento solemne del esclavo, Florinda le siguió; salieron del castillo por un postigo, atravesaron el Tajo en una barca, y llegaron á la torre maravillosa apenas se habían alejado de ella el rey y sus gentes.

Kaib desnudó su puñal y tocó con el pomo en la gran puerta de hierro. El eco despertó, como de las profundidades de un abismo, el ruido causado por la mano del hombre.

Una voz pujante como á la llegada del rey, gritó desde adentro:

—¿Quiénes sois, y qué queréis?

—Somos Florinda y Kaib—contestó el esclavo.

Entonces la puerta se abrió en silencio y por sí misma.

Una claridad lívida iluminaba el interior.

—No tiembles, Florinda—dijo con voz segura Kaib—, porque si tiembles, esa puerta se cerrará y no volverá á abrirse más para nosotros.

Florinda procuró dominarse, y lo consiguió, á pesar de que vagaban con paso lento, en torno suyo, sombras envueltas en sudarios blancos, pálidas y sombrías, como cadáveres insepultos; cada una de ellas fijaba sus hundidos ojos en la joven de una manera horrible y cruel.

—Todos estos han llamado como nosotros á esta puerta—dijo Kaib—; todos ellos han sucumbido al pavor, y velan encantados aquí; mira, hay valientes guerreros y hermosas damas; todos han venido en busca del tesoro que encierra esta torre, y ese tesoro está guardado para ti.

Florinda sentía dentro de su espíritu un poder superior; su corazón dominaba todos aquellos terrores; su vista se extendía sin vacilar por los ámbitos de la torre, abarcándolos con su mirada serena y poderosa.

Y era porque Florinda estaba desesperada, y no podía aterrarse porque tenía sed de venganza, y aquella ansiosa rabia la daba valor.

Kaib, llevando de la mano á Florinda, avanzó hasta el pie de la pilastra que sostenía la bóveda de la torre, y puso la mano sobre la cabeza de un horrible jorobado de piedra, que estaba como incrustado al pie de la pilastra.

—Yo he leído en los astros—dijo—; yo soy mago; los astros me han revelado que tú guardas un amuleto que defiende á las mujeres de la impureza de los hombres y de su propia impureza.

El enano rugió sordamente, levantó la cabeza y volteó en sus órbitas, mirando á Kaib y á Florinda, sus torvos ojos de piedra, que por un momento parecieron de fuego.

Ninguno de los dos tembló.

Entonces el jorobado se arrancó de la pilastra, y caminó delante de los dos, haciendo resonar sobre el pavimento las secas pisadas de sus enormes pies de mármol.

—He aquí la piedra de los siete sellos—dijo deteniéndose en la parte oriental de la pilastra—; si esa mujer es la sentenciada por el destino á causar la ruina del pueblo godo, su mano

romperá el encanto, y el precioso talismán será suyo.

Sobre la losa que servía de puerta á un arco, había á cada lado tres signos, y otro en el centro; aquellos siete signos eran enteramente iguales entre sí, y parecían láminas de oro sobrepuestas al mármol; consistían estos sellos en dos triángulos cruzados, dentro de los cuales se leía en caracteres caldeos: ¡Dios!

Florinda tocó con su dedo el signo del centro, que desapareció absorbido por el mármol, como una gota de agua que cae sobre una plancha de hierro caldeado.

Tocó el segundo, el tercero, hasta el séptimo, y todos desaparecieron de igual modo.

—He aquí la Kaba de los árabes—dijo el enano—; lo que estaba escrito se ha cumplido.

Y asiendo la piedra por uno de los bordes, la separó, á pesar de su enorme peso, con la misma facilidad que si hubiera levantado la hoja seca de un árbol.

Entonces quedó descubierto un precioso arco árabe de oro, calado, esmaltado y cincelado, que daba entrada á un pequeño retrete resplandeciente.

Una luz brillantísima emanaba de una caja de esmeraldas, colocada sobre almohadones de púrpura, oro y piedras preciosas.

—En esa caja está el amuleto—dijo el enano—; la mujer que le tenga pendiente de su cuello, estará libre de la impureza, pero no de las desgracias, de las injurias, ni de la muerte.

Mujer consagrada á Dios será, y la muerte y la condenación caerán sobre el hombre que ponga en ella su mano, mientras tenga sobre su seno el amuleto.

—Escrito está—murmuró Kaib—; ¡cúmplase la voluntad del Dios grande y justo!

Florinda abrió la caja.

Dentro había un collar de gruesas perlas y de inestimable precio, y en el centro de él, pendiente de la perla más gruesa, había una manecita negra de ébano, sobre la cual, y de una manera imperceptible, estaba grabado el sello de Salomón, en cuyo centro, en caracteres caldeos, se leía la palabra ¡Dios!

—Nada tenéis que hacer ya aquí—dijo el enano—; el decreto del destino se ha cumplido; la Florinda de los godos, la Kaba de los árabes, ha roto los siete sellos que guardaban la ruina de un pueblo. Idos.

El jorobado fué á enclavarse de nuevo en el lugar que había abandonado, tornando á su marcesca inmovilidad.

Florinda fué á cañirse el amuleto.

—Espera—dijo Kaib—; yo te amo.

Florinda miró con los ojos arrasados de lágrimas al esclavo.

—Yo te amo—continuó Kaib—, como ama el hermano á la hermana, la madre á la hija, el día al sol; pero Kaib no ha encontrado gracia en tus ojos, hija de don Julián; amas á un hombre que no puede ser tu esposo, y tu pureza ha sido arrebatada por un infame á quien no podías amar. Nos vemos por la última vez, Florinda.

—¡Por la última vez!

—Sí; yo moriré pronto, moriré junto á tu padre que vendrá á vengarte.

—¿Y mi padre?

—Morirá también.

—¡Oh, Dios mío! ¿y mi pueblo?

—Será esclavo.

—¡Y todo por mí!

—¡Estaba escrito!

—Pero el destino es injusto.

—Dios te ha elegido por víctima.

—Pues bien, que se cumpla la voluntad de Dios.

Y Florinda levantó la frente radiante de majestad y de valor.

—No volveremos á vernos más—dijo Kaib—; abrázame, hija de don Julián.

Florinda se arrojó entre los brazos del nubio, como pudiera haberse arrojado entre los brazos de su padre, y lloró sobre su robusto pecho.

Kaib la besó en la cabeza sobre los cabellos, y la separó de sí.

Florinda rodeó á su cuello el amuleto.

Entonces pareció que su hermosura crecía; sus ojos brillaban con un resplandor sobrenatural; la blancura de su tez se había hecho deslumbrante; el amor volaba en torno suyo, irresistible, impregnado de ambrosía y de pureza.

Kaib sintió abrasarse su corazón en un fuego infinito y voraz; Florinda no era entonces una mujer; era más que una hurf; era un arcángel.

A su vista se agitaron los millares de monstruos enclavados en los muros y en la pilastra, y en la bóveda de la torre, sobre unos alvéolos de piedra chocaron sus duras cabezas, y un grito de guerra retumbó inmenso en las concavidades.

Pero lentamente volvió el silencio á dominar la torre, se apagó el crepúsculo frío y nebuloso

que la iluminaba, y sólo quedó el reflejo de la luz de la luna que penetraba blanca y débil por la ancha arcada de la puerta por la que salieron los jóvenes.

La puerta se cerró inmediatamente.

—He cumplido con lo que me prescribían el destino y el amor—dijo Kaib.—¡Hija de don Julián! ¡un poder superior te protege, y en vano quiere envolverte en sus alas el negro espíritu de los amores impuros!

Florinda callaba; sus ojos, fijos en la luna, estaban llenos de lágrimas.

Parecía que su vista alcanzaba á leer en la inmensidad el porvenir.

—Adiós—dijo Kaib.

—¿Cómo? ¿me abandonas aquí, sola, junto á esta terrible torre?

—Siento los pasos de un hombre que se acerca, y ese hombre te acompañará; ese hombre es Belay.

—¡Belay! — exclamó Florinda alentando apenas.

Y aprovechando su sorpresa y su conmoción, Kaib se alejó.

Poco después apareció á los rayos de la luna un hombre.

Florinda había quedado inmóvil junto á la puerta de la torre.

Por un secreto instinto, al acercarse aquel hombre, le reconoció.

—¡Ah! ¡Belay! ¡Belay! ¿adónde vas?—le dijo.

—¡Florinda!—exclamó el joven príncipe, alentado apenas al escuchar la voz de su amada.

—Sí, yo soy.

—¿Qué haces aquí?

—¿A qué vienes tú?

—Vengo á penetrar en esta terrible torre; vengo á evocar al espíritu maldito que la habita: á preguntarle lo que debemos temer ó lo que podemos esperar. ¿Y cuando vengo aquí, anhelando la salvación de mi patria, te encuentro, Florinda, sola, junto á esta tremenda torre?...

—Yo no soy ya Florinda... tu Florinda, la que debía ser tu esposa... soy la manceba del rey don Rodrigo.

—¡Tú!—gritó Belay exhalando su corazón hecho pedazos en su grito—: ¡tú la manceba del rey!

—¡Dios lo quiere!

—¡Que Dios quiere que tú mancilles la honra

de tus abuelos!—exclamó Belay—: ¡esa es una horrible blasfemia! ¡tú estás loca, Florinda!

Florinda aceptaba su destino de una manera heroica: amaba á Belay, y por lo mismo quería apartarle de ella: aborrecía de muerte al rey, y por lo mismo quería unirse á él.

—¿No la había dicho aquel terrible jorobado de piedra, que el hombre que pusiese sobre ella sus manos impuras, mientras tuviese pendiente de su cuello el amuleto de Salomón, perdería su cuerpo y su alma?

Florinda, por vengarse, quería buscar al rey; embriagarle con sus amores; ser su manceba; ser, en fin, para él un doble tósigo para su cuerpo y para su alma: el cuerpo ensangrentado: el alma condenada.

—Yo amo al rey—dijo con voz lánguida Florinda.

—¿Y así olvidas tus promesas, mi amor, mi vida?

—Ama á otra hermosa.

—¡Ah Florinda! ¡Florinda! ¡tú estás loca!

—¡No, no! ¡recuerda bien! ¡esta noche!...

—¡Ah! ¡esta noche!...

—El rey vino á mi castillo.

—Es verdad.

—El rey pretendió que yo le sirviese la copa.

—Es verdad.

—Tú quisiste oponerte á que yo quedase sola con el rey.

—Sí, sí, es verdad.

—Pues bien; yo había llamado al rey.

—¡Tú!

—Sí, yo; yo que le serví la copa de mis amores.

—¡Oh! ¡malditas seas, tú, mujer, que has herido de un solo golpe la honra del padre y el corazón del amante!

Y fuera de sí, se volvió á la puerta de la torre, se arrojó contra ella, y la golpeó con las manos.

La puerta se abrió, y Belay se precipitó dentro.

.....
Cuando salió empezaba á amanecer.

La frente de Belay se mostraba radiante de valor.

—¡Que la causa de su pérdida en Florinda!—exclamó con acento profundo—: ¡que su padre el conde don Julián será traidor, que los árabes vencerán á los godos, y que yo, yo, Belay, duque de Cantabria; seré el primer rey de otro árbol de reyes! ¡Oh! ¡hagamos callar nuestro corazón;

ahoguemos en él la voz de nuestro amor y de nuestros celos! ¡la patria necesita nuestro brazo, y nuestro amor es todo entero de la patria!

El generoso mancebo se encaminó á Toledo.

En aquellos momentos, Florinda, engalanada como una reina, y sonriendo de amor, entraba en la cámara de don Rodrigo, y se arrojaba entre sus brazos.

Kaib galopaba sobre su potro negro, atravesando la España para ir á llevar al gobernador de Tanja, al conde don Julián, la carta en que Florinda le avisaba de su deshonra.

El sol había descendido y aparecido ocho veces desde que Kaib había partido con la carta.

Había llegado al monte Calpe, á la ribera del estrecho de Alzacac, y había entrado en una nave de mercaderes para trasladarse á Tanja.

Muy pronto la nave se acercó á las riberas de Africa.

A lo lejos, Kaib, inmóvil y de pie sobre la proa, vió en el horizonte de un mar brillantado por los rayos del sol una ciudad agarena, cuyos altos minaretes parecían desafiar á las tempestades.

Aquella ciudad era Tanja.

Fuera de los muros, junto á la espuma de las aguas, se veían levantadas algunas tiendas.

Multitud de árabes á caballo armados de lanzas, caracoleaban alrededor de las tiendas, ejercitándose en sus armas, como soldados que se disponen á una empresa cercana.

Más próxima al mar que las otras, había una tienda, sobre la cual ondeaba un pendón de seda roja y verde; á la puerta de esta tienda dos hombres paseaban amigablemente y miraban al mar, en cuyo lejano horizonte aparecía un punto negro.

Aquel punto negro era la nave que conducía á Kaib.

La edad de los hombres que paseaban delante de la tienda, parecía ser la de cincuenta años. Los dos mostraban en su semblante el sello de dominio que la costumbre del mando imprime en los caudillos.

El uno llevaba el capaceté de oro y la clámide de púrpura de los nobles godos; su semblante pálido y triste parecía reflejar el presentimiento de una gran desgracia, y su paso era lento, grave y majestuoso.

El otro hombre que con él paseaba, era un árabe hijo de Damasco, cuya frente atezada es-

taba cubierta por una toca roja y verde: causaba terror la mirada incontrastable, salvaje, cruel, de sus ojos negros como el ébano; vestía un alquicel blanco, un caftan rojo y una loriga de guerra; en su ancha faja de Persia escondía un corvo puñal, y sujetaba una larga espada con empuñadura de hierro.

Este árabe era Muza-aben-Nosir, vasallo del califa Walid y conquistador del Moghreb, hasta la Mauritania Tingitana. Muza y el conde don Julián hablaban de gravísimos asuntos.

—Inútil es cuanto te esfuerces, emir, en convencerme á que haga traición á mi rey—decía el conde—: por él tengo el gobierno de la Mauritania Tingitana, y la defenderé á todo poder contra ti y contra todos los que enviare el califa tu señor. No me pidas que te abra las puertas de mi patria, que no vengo de raza de traidores, ni hay oro bastante en el mundo para obligarme á ser traidor.

—Nobles y leales son tus palabras, conde, y leal y noble eres, y es por cierto grande lástima que tan buen caballero sirva á un rey tan tirano como don Rodrigo.

—El reino le castigará como á Witiza, y pondrá otro rey en su lugar—dijo el conde—si necesario fuese: por lo mismo, si yo te he recibido de paz, es porque de paz has venido, y porque yo siempre tenderé mi mano á los prudentes y á los esforzados.

Muza no insistió al ver la firmeza del conde, pero no dejó de mirar con anhelo, y sin saber por qué causa, á la nave que conducía á Kaib.

Durante algún tiempo el godo y el árabe continuaron paseando y hablando de sus respectivas patrias, señalando y ponderando cada uno las excelencias de la suya, como si hubieran sido los amigos más grandes del mundo.

Entre tanto la nave había llegado á la ribera y de ella había saltado en tierra Kaib, que al ver á su señor corrió hacia él.

Una palidez sombría cubrió las mejillas de don Julián al ver la precipitación con que se acercaba á él uno de sus esclavos que había reconocido.

Kaib no tardó en arrojarse á los pies de su señor.

—¿Qué nuevas me traes?—dijo alentando apenas el conde don Julián.

—Esta carta de tu hija te las revelará, señor—dijo Kaib sacando del seno el pergamino que le había encomendado Florinda, y entregándolo al conde don Julián.

Este rompió los sellos, y leyó:

—Oh! ¿qué es esto, Dios, poderoso Dios?—dijo el conde dejando caer el pergamino apenas le hubo leído, y llevándose las manos á la cabeza, como si hubiese temido que se le escapase.

Muza recogió el pergamino, pasó la vista por la escritura, y luego, sonriendo con un gozo cruel, leyó en voz alta el contenido.

Decía así:

“Padre: la cólera de Dios ha caído sobre nuestras cabezas.

“El destino se cumple, y la muerte acecha.

“Nuestro hogar ha sido profanado.

“El infame rey don Rodrigo ha mancillado, valiéndose de malas artes, la pureza de tu hija.

“Tu Florinda está deshonrada, y morirá de vergüenza.

“Padre: desnuda tu espada, desnúdala, y vengá á tu hija.”

Mientras el árabe leía, los ojos de Kaib se inyectaban de sangre.

Al fin exclamó con voz semejante á un rugido, y como si hubiese ignorado lo que contenía la carta:

—Mientes tú, perro infiel; es imposible que esa carta diga lo que tú supones que dice.

Al verse insultado el soberbio Muza de tal modo por un esclavo, una palidez de muerte cubrió su semblante, y desnudó transportado de cólera su puñal.

Kaib no tuvo tiempo de huir ni de defenderse; el árabe le había herido de una puñalada.

Kaib cayó murmurando:

—Estaba escrito.

Y expiró.

—Oh! ¿qué es esto?—dijo don Julián volviendo en sí.

—Esto es—dijo Muza mostrándole la carta—tu hija deshonrada y tu esclavo muerto.

El conde don Julián arrebató el pergamino á Muza, y se alejó frenético.

El emir entró en su tienda murmurando:

—Lo que no han hecho la ambición ni el oro, lo hace la venganza; Gecira-Alandatus será esclava del Islam.

Pocos días después, el conde don Julián decía á Muza en un aposento de su palacio de Tanja:

—¡Emir de Africa! ¡Caudillo del poderoso walí, reúne tus soldados! Yo te abro las puertas de Tanja; yo te doy los galeones de los godos! ¡Emir el poderoso walí! ¡Pisa las playas de Es-

pañal ¡Adelante, al galope de los caballos de tus feroces árabes! ¡Yo voy contigo! ¡Yo que voy por la cabeza de don Rodrigo!

Muza sonrió de una manera horrible y exclamó:

— ¡Estaba escrito! ¡Lo que no puedo hacer la ambición lo hace la venganza!

Algunos días después, un ejército árabe pasaba en cien galeones el Estrecho, y pisaba las playas de la Bética.

Antes el walí Tarik-aben-Zyad, con una caballería escogida, había pasado en cuatro grandes barcos de Tanja á Sebta, y de Sebta á Andaluza con éxito venturoso.

Tarik había devastado algunas comarcas de la Bética, y había avisado á Muza de que podía pasar con su ejército.

Cuando el príncipe godo 'Admir (1) supo esta invasión, escribió á don Rodrigo la carta siguiente:

“Señor: aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa; yo no sé si del cielo ó de la tierra; yo me hallé acometido de ellos de improviso, resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora, á mi pesar, acampan en nuestra tierra. Ruégote, señor, pues tanto te cumple, que vengas á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar; ven tú, señor, en persona, que será lo mejor.”

El espanto cundió entre los godos, y el rey don Rodrigo se levantó aterrado de entre los brazos de Florinda, donde le sorprendió la noticia.

El sangriento vaticinio de la horrible torre empezaba á cumplirse.

La corona de los godos y la cabeza de don Rodrigo estaban amenazadas.

Don Oppas veía con placer acercarse el día en que fuese derrocado el enemigo de Witiza.

Los hijos de aquel rey gozaban ya con su venganza.

Florinda miraba próximo el momento en que el infame tirano caería ensangrentado á los pies del conde don Julián.

Don Rodrigo, reuniendo cuantas gentes pudo,

(1) Teodomiro.

partió para la Bética, y llegó con un innumerable ejército á Sidonia.

Tarik, la valiente espada del Islam, le salió al encuentro.

El trono de los godos cayó por tierra en la batalla de Wad-al-Iette (1)

Don Rodrigo cayó muerto á manos de Tarik.

El traidor don Julián cayó también horrorizado de haber vendido á su patria por lavar su honor.

Pero Florinda estaba vengada.

Los árabes, por haber sido ella la causa de la pérdida de un reino, la llamaron la Kaba (2).

Los árabes siguieron adelante en su triunfo; y la bandera del Islam tremoló sobre Toledo.

Sólo quedaron algunos godos reunidos por Belay en las montañas de Asturias, sin rendir homenaje á los vencedores.

Las gentes de Damasco vinieron á buscar la tierra fértil de Gecira-Alandalus, y se dirigieron á la Bética, y en ella buscaron á Iliberis.

Porque así estaba escrito.

Y quiso Dios que cuando asomaron viniendo de la parte de las Marinas por la cumbre de un monte, á cuyo pie tiempo adelante se levantó la villa de Al Padul, voló el arcángel de la vida y de la alegría con sus alas de oro y su flotante túnica celeste recamada de estrellas, sobre la tierra árida y seca de Iliberis, y disipó los vapores que la cubrían, y dijo con una voz dulce y sonora como el murmurio de las auras entre las flores:

“Vuelve á ser lo que eras, tierra maldita, antes de la impiedad de tus antiguos moradores.

“Cúbrete de praderas y de fuentes, de bosques y de sotos.

“Alégrate, animal-viviente y ave voladora.

“Y cúbranse tus sierras de nieve.

“Y tus montes de verdura.

Y muéstrate riente y engalanada bajo tu cielo azul.

“Porque Dios te bendice para que seas el paraíso de su pueblo.

“Pero quede en ti la señal de su maldición, como recuerdo de una historia pasada.

“Y que la parda sierra donde es Iliberis, no produzca ni hierba ni fruto.

(1) Río del Olvido, hoy por corrupción Guadalete.

(2) La mala mujer.

“Ni de asilo sirva á ave ni fiera, sino á in-
mundo reptil y á víbora ponzoñosa.”

Y dicho esto, el ázger datió su ligera y dorada
pluma.

Y se deshizo en lluvia de flores y aromas.

Y se alegró el cielo y regocijóse la tierra.

Brotaron las fuentes de las alturas y corrieron
los ríos.

Y columpiárense las auras en las verdes fron-
das de las arboledas.

Y cantaron los pájaros.

Y balaron las ovejas en los altozanos.

Pero allá en el confín opuesto á Geb-el-Solair
quedó la sierra de Ilíberis infecunda y triste,
despoblada de gentes y de animales, y desnudas
de verdor sus asperas crestas, entre cuyas grietas
asomaba su amarillenta luz el fuego de los
volcanes.

Y cuando los de Damasco llegaron á la cum-
bre del alto del Padul, se creyeron trasladados
á un jardín de delicias.

Y fijaron sus ojos asombrados en el monte de
la Alcazaba, y en la Colina Roja y en la villa
de los judíos.

Y al ver los castillos sobre los montes, al pie
de otros montes más altos.

Y la corona de nieve de la sierra.

Y la extendida altombra de verdura de la
vega, exclamaron:

—¡Allah Kuakbar (1) este es el jardín de De-
licias!

Y la ciudad de los castillos sobre los montes
Al Garb-Nat (2).

Y llamaron desde entonces á la Alcazaba, y á
la Colina, y á la villa, Garbnat.

Y las ocuparon y edificaron en ellas sobre las
ruinas romanas torres y muros, y una aljama á
Dios dentro de los muros y defendida por las
torres.

Y llamaron al monte de Ilíberis Gébel-Elveira
(3), á causa de su esterilidad.

Y llamaron al castillo antiguo que encontra-
ron Hins-al-Roman (4).

Y construyeron frente á él, al otro lado de la
fortaleza, otro que se llama hoy Alcazaba Ca-
dima.

Y labraron esta Alcazaba el año 148 de la
Egira, en tiempos de Ased-aben-Abd-el-Rajman-
el-Schevani, primer walf de Granada.

Nadab, á la llegada de aquellas gentes ex-
tranjeras, escondió más á Yémina, trasladándola
á una excavación abierta en la cisterna de la
Colina Roja; receloso de aquellas tribus de
Oriente que con las lanzas teñidas aún en la
sangre de los godos, avanzaban á la carrera de
sus caballos de Africa en dirección á las mon-
tañas.

Y Ased el-Schevani era un siro feroz, que,
mancero aún, había venido con el caudillo Ocb-
aben-Nafe-el-Farih, sobre las tierras del Mo-
ghreb, y había ensangrentado su caballo hasta las
cinchas en sangre berberisca treinta y cinco
años antes de la conquista de España por los
árabes.

Y así es que al tiempo en que los de Damasco
allegaron á las tierras de Granada, las tinieblas
del invierno y el sol del estío habían pasado
ochenta veces sobre su cabeza.

Y era su barba blanca y su tez roja.

Y mostraba gran cuerpo y fuerza á pesar de
sus muchos años.

Y era respetado por sabio y por valiente entre
los más doctos y esforzados de su tribu.

Nunca había tenido mujeres, ni había amado.
Ased-el-Schevani decía que el amor era una en-
fermedad del espíritu, y la mujer el demonio
tentador que Allah ha arrojado sobre el camino
del hombre para hacerle débil y apartarle de
toda fuerza y merecimiento.

Pero el amor es ley invencible, yugo inevita-
ble, luz del cielo sin la cual el hombre sería una
fiera, y la mujer la antorcha de oro y perlas don-
de ha puesto Dios el resplandor de su hermo-
sura.

Estaba escrito que Ased-el-Schevani había de
arder alguna vez en su fuego.

Y ardió; pero de una manera voraz, insen-
sata.

Hasta el punto de consumir en aquel fuego su
corazón, y bajar á la tumba débil, desesperado
y loco.

Y sucedió así.

Sobre la cumbre del monte fronterizo á la Co-
lina Roja, los de Damasco, huyendo de la este-
rilidad de Elvira, buscando aires puros y aguas
saludables, tierra fértil y pabellones de verdura,
habían levantado la torre que hoy se ve ruinoso
cerca de la plaza de Bib-al-Bonut, mirando al

(1) Dios es grande.

(2) La hermosa del Poniente.

(3) Sierra Elvira.

(4) Castillo de los romanos.

cerro donde más tarde se levantó la torre del Aceituno (1).

En aquella torre, labrada por cautivos cristianos, moraba el walf de Granada, y desde ella veía, durante el día, levantarse lentamente las fuertes murallas de la Alcazaba Cadima y vigilaba las torres-Bermejas, y se dejaba caer desde ella sobre los enemigos de su tierra, que en medio de las disensiones que habían empezado á arder entre los hijos del Islam, apenas conquistada España, corrían sus fronteras en algaras devastadoras, y pretendían encender la guerra civil, que más tarde debía arrancar la España del dominio de los califas de Oriente.

Velaba una noche Ased-el-Schevaní.

Apojado en las almenas de su fuerte morada, contemplaba al lejos la altísima sierra ostentando su candido velo de nieve á los rayos de la luna, y la vega, dormida bajo el dulce reflejo, y silencioso todo en torno como si el genio del sueño hubiera batido sus blancas alas sobre Granada.

Recordaba Ased-el-Schevaní el apacible cielo de la Siria, sus fértiles campos, la luna alumbrando blandamente las cúpulas y los almenares de la soberbia Jerusalén, su patria; suspiraba en su orgullo de guerrero porque no veía ante sí otras torres y otros muros semejantes en que la luna quebrase sus rayos, y el viento sus alas, y la sombra su manto de obscuridad.

Y parecióle, cuando esto pensaba, que en la cumbre de la Colina Roja se levantaba tromba de niebla, y que la niebla se condensaba y tomaba formas de muros y torres, que mostraban tras sus ajimeces luces y sombras, regocijo de zambra y ecos de armonía.

Creyó ver jinetear alrededor de aquel castillo, sobre la pelada vertiente de la colina hasta el lecho del río, multitud de caballeros que parecían vagar en los aires como sombras, y esconderse en oscuras grietas como reptiles; parecióle que una aureola de luz coronaba aquel alcázar de los sueños, y de las hadas, y de los encantados, y llamó á su katib (2), que dormía en su aposento sobre una piel de camello.

—¿No ves, Aruhín—le dijo—una corona de perlas y de rubíes sobre la cabeza de aquel moate? Parece que un manto de oro y resplan-

dores se ha extendido sobre él, y que las hadas del quinto cielo han descendido á la tierra en una fiesta del Edem.

El viejo Aruhín se frotó los ojos y nada vió.

Porque estaba escrito que sólo los señores de Granada alcanzarían á ver con sus ojos de hombre el Palacio-de-Rubíes.

—Yonada veo, señor—contestó el katib—, sino las ruinas del templo romano y una opaca luz que brilla entre sus pórticos destrozados.

Y así era verdad: velando entre las ruinas, el sabio Nadab pronunciaba el conjuro que hacía ver á Ased-el-Schevaní aquellas maravillas.

Porque Nadab necesitaba atraer á la Colina Roja y á la cisterna donde estaba escondida Yémina, á Ased el Schevaní.

Este comprendió al fin que en la visión perenne ante sus ojos se encerraba un misterio; despidió agramente á Aruhín, y tomando su alquicel, su arco y su aljaba, salió con recato de la torre, bajó el repecho de la Alcazaba, atravesó el río sobre un puente romano, y empezó á trepar por la vertiente de la Colina Roja.

Cuando salió del bosque que la rodeaba y miró á su cumbre, nada vió: la Colina solitaria sólo mostraba las ruinas, la torre y los anchos brocales de la cisterna.

Pero Ased-el-Schevaní andaba impulsado por el destino, y avanzó hasta la cumbre; parecióle escuchar un dulce y perdido canto de mujer en las profundidades de la cisterna, y cuando puso el pie sobre el brocal más inmediato sintió sobre su cabeza un ruido sordo y tenue, semejante al que produce una tienda de seda que se despliega; brilló en sus ojos un resplandor vivísimo; halagó sus oídos una música armoniosa sobre todas las armonías; aspiró un ambiente saturado de perfumes, y lánguidas y frescas brisas agitaron su barba y el flotante extremo de su toca.

El invisible Palacio-de-Rubíes se había levantado en torno suyo con todo su esplendor oriental; pero más bello, más delicado, más rico que cuantos alcázares había visto hasta entonces el Schevaní.

Aquel maravilloso palacio parecía ser una profecía de lo que con el tiempo serían los alcázares de la Alhambra, y el walf contemplaba absorto sus jardines, sus galerías, sus retretes, con todas sus galas, sus labores de oro, sus leyendas de amor y su voluptuosidad, y escuchaba con delicia sus blandos é incitantes rumores, que parecían emanar de hurtes invisibles.

(1) Esta torre no existe hoy; sobre sus cimientos esta levantada la ermita de San Miguel.

(2) Secretario.

Ased-el-Schevaní, absorto de admiración, avanzó por aquellos encantados ámbitos precedido de hermosas mujeres que bailaban la zambra al son de guzlas de marfil, y rodeado de silenciosos esclavos y seguido de feroces guerreros.

—¡Oh, Señor Allah!—exclamó Ased-el-Schevaní—: ¿qué alcázar de luz es este que guarda tantas maravillas, si no es el jardín de Hiram, que ve en sueños el justo cuando atraviesa el Desierto en su peregrinación á la santa ciudad? (1) Yo le he visto una vez, Señor, y no era tan fresco ni tan sonoro como este; ni eran sus flores tan bellas, ni sus aguas tan claras, ni sus retretes tan magníficos. ¡Oh, Señor Allah! ¿Qué quieres de tu siervo el Schevaní?

Calló el anciano, porque cerca de él, á través de un arco primorosamente calado, escuchó unas voces juveniles que le llamaban departiendo alegremente.

—Sí, hermanas mías—decía una de ellas—; Ased-el-Schevaní es un leopardo de Africa que siempre ha resistido á los halagos del amor.

—Pero no resistirá á los encantos de la hermosura de Yémina—repuso otra de ellas.

—Ni á los filtros de su padre Nadab—añadió una tercera.

—Ni á las locuras de su ambición—dijo otra.

—Os engañáis—repuso la primera que había hablado—: escuchándonos está, y no llega porque aborrece á la mujer.

—Por la mujer enloquecerá.

—No.

—Sí.

Y aquellas mujeres que con voz tan incitante hablaban, aparecieron de repente ante Schevaní.

Plegó el árabe su poblado y cano entrecejo al ver ante sí una turba de muchachas de ojos negros, vestidas de blanco y coronadas de flores, que le sonreían y provocaban bailando voluptuosamente en torno suyo, envolviéndole en deleites que nunca había sentido.

Pero en vano quiso luchar; dominóle tanta fascinación, y cayó desvanecido sobre un diván.

—¡Guala! (2)—dijo vencido enteramente, extendiéndose con molición sobre el diván.—¡Guala! he sido un necio en dejar correr mi vida sin buscar el amor.

Y cayó en un sueño dulce, ardiente y lleno de encantos, de alegría y de felicidad.

Cuando despertó miró en torno suyo, y se creyó encerrado en una prisión; era el ambiente húmedo, los muros tristes, profundas las grietas, donde arraigaban plantas parásitas; y sobre altos pilares romanos, en la cóncava y oscura bóveda, á través de la cual continuas infiltraciones dejaban caer sobre el pavimento anchas gotas de agua, que producían un ruido monótono y solemne sobre los turbios charcos corrompidos, en cuyo fondo se revolvían reptiles acuáticos: en la oscura bóveda, repetimos, parecían vagar fantasmas sombríos.

Sintió por la primera vez el feroz Ased-el-Schevaní pavor en el corazón; sus dientes se entrechocaron de frío, y sintió comprimida su alma por una angustia desconocida para él.

—¡Por Allah!—dijo estremeciéndose—, que mis enemigos se han valido de malas artes para encantarme, y estoy en poder de Eblis!

—¡No—dijo una voz dulcísima resonando en la obscuridad—: no; sino en poder del amor.

—¡Amor!—exclamó el walf con desdén—; ¿y qué es el amor para mí, espada de Islam, que he vencido al Desierto su espalda de arenales y hecho mis abluciones con sangre de enemigos?

—¡Recuerda!—dijo otra voz.

El árabe tembló; por primera vez sentía el remordimiento delante de un recuerdo terrible.

—Aún brota sangre la tumba de la desdichada hija del conde don Julián—repitió la voz.

El árabe irguió la cabeza.

—¡Era una vil ramera!—gritó.

Entonces, y contestando al Schevaní, la voz cantó:

Tres veces el sol ha trasmontado los horizontes de Gecira-Alandalus entre nubes rojas.

Tres veces vapor de sangre ha enrojido más á aquellas nubes.

Y el sol ha dorado tres veces las bravias frentes del árabe y del godo, cuyos brazos no han cesado de herir.

¿Qué jinete es aquel que se envuelve en la pelea?

Su caftan está ensangrentado, y rompe entre los enemigos hiriendo en ellos con el asta de una bandera del Islam.

¡Avanza, Ased-el-Schevaní! ¡tus feroces siros te siguen!

¡Aprieta el hierro en tu mano, y desgarras los ijares de tu corcel!

¡Los árabes cejan, y la victoria empieza á batir tus alas sobre los godos!

(1) La Meca.

(2) Por Dios.

¡Aprieta el hierro en tu mano, Schevaní!
 ¡Que los godos de vencedores se conviertan en
 vencidos!
 ¡Que no quede uno!
 ¡He allí á Tarik! ¡á Tarik el valiente, el del
 caballo negro y la sangrienta espada!
 ¡Tarik, el genio del combate!
 ¡Adelante, muslines! ¡Adelante!
 Tarik ha enrojecido su espada en la sangre de
 don Rodrigo.
 Del último rey de los godos.
 El valiente Orelia ha huido asombrado con la
 muerte de su real jinete.
 ¡Un esfuerzo más!
 ¡Los godos huyen!
 El implacable Wad-al-Lette les cierra el paso
 ó los ahoga en sus ondas.
 ¡Un esfuerzo más! ¡Gecira-Alandalus es es-
 clava del Islam!
 Tarik el invencible ha hollado la púrpura de
 los godos.
 A sus pies, sobre una alfombra de cadáveres,
 révuelve los ojos expirantes el infortunado don
 Rodrigo.
 ¡Enviad su cabeza al califa!
 Una cabeza de rey es el mejor presente que
 puede enviarle un muslim.
 ¡Cortadla!
 ¿Por qué tú, Tarik, tan valiente y tan fiero,
 no cercenas la cabeza de tu enemigo?
 Tú no eres verdugo.
 Pero he allí á Ased-el-Schevaní.
 Ased-el-Schevaní; el leopardo de Oriente in-
 saciable de sangre.
 El hombre cuya amada es la muerte, y cuyo
 mejor alcázar es el campo de la pelea.
 ¡Helo que llega!
 ¡Oh! el yatagán de Ased-el-Schevaní se ha
 teñido en la sangre del moribundo don Rodrigo,
 y su siniestra mano muestra, entre un círculo de
 guerreros horrorizados, la cabeza de un rey sin
 fortuna.
 ¡Paso al verdugo!
 ¡Paso á Ased-el-Schevaní!
 Y la voz que así cantaba, lanzó una estriden-
 te carcajada.
 Y á impulsos de terror, la carne del walí se
 despegó de sus huesos.
 Y la voz siguió su canto.
 "La luna brilla.
 La tienda del árabe se eleva en la llanura.
 Allá en los altos duerme una ciudad.

¡Corona de un imperio poderoso! ¡Corte de
 cien reyes! ¡Tolaitola! (1).

¡Cómo alzas tus robustas torres en medio de
 las brumas de las sombras y de las nieblas del
 Tajo!

Pero tu puerta de Zocodover se abre.

Una mujer sale por ella, desciende al llano,
 y llega á la tienda del árabe.

Es hermosa, pero está pálida y triste como
 una flor cortada de su tallo.

Con ella va su desventura.

Es Florinda, la infeliz hija del conde don
 Julián.

La Kaba de los árabes.

Su túnica está rasgada y cubierta de lodo.

Sus rubios cabellos destrenzados flotan en
 torno de su semblante, en que aparece la terri-
 ble expresión de su locura.

Muchos dolores han pasado por ella.

Ha visto morir á su padre y á los suyos.

Está sola, sola en el mundo.

Sola con su deshonra y su desventura.

Y las mujeres árabes la siguen, arrojándola
 lodo y gritando:

—¡Esa es la Kaba!

Una mano amiga ha abierto para ella las
 puertas de la ciudad.

Y la desventurada corre por el campo.

Corre, y la luna alumbra su pálido semblante,
 y los ecos nocturnos repiten sus insensatas car-
 cajadas.

¡Ay de la gacela que huye!

El leopardo acecha.

Acecha sediento de sangre, y se estremece de
 placer al sentir los pasos de una nueva víctima.
 que se acerca.

El tapiz de la tienda se abre.

Y Ased-el-Schevaní fija su sombría mirada en
 Florinda.

Y el hombre de hierro se estremece.

Porque aquella mujer es muy hermosa, y su
 túnica descuidada, muestra su incitante des-
 nudez.

¡Acuérdate, Ased-el-Schevaní!

Cesó por un momento la voz que cantaba,
 como para dar tiempo á Ased-el-Schevaní de
 recoger sus recuerdos, y acreció su temblor, y
 un sudor frío corrió á lo largo de su cuerpo, y
 fantasmas vengadoras tomaron formas para él
 en el obscuro fondo de la cisterna.

(1) Toledo.

Recordó una noche de luna, en que, volviendo de Damasco con la cabeza del rey don Rodrigo canforada, dentro de una caja de sándalo; se detuvo á poca distancia de Toledo, para entrar en él ostentando clavado en el hierro de su lanza el hediondo y miserable despojo.

La luna brillaba.

Los árabes que acompañaban al Shevaní dormían junto á sus caballos.

Y él velaba.

Medió la noche, y una sombra blanca y vaga, adelantó entre las brumas, se acercó vacilante, y entró en la tienda del walí.

A la luz de la lámpara que le alumbraba, Ased-el-Shevaní, vió una mujer hermosísima, pálida é inmóvil delante de él.

Sus hombros y su seno, deslumbrantes de blancura, estaban desnudos; suelto el cabello de oro, y alrededor de su cuello se veía un collar de diamantes del cual pendía un amuleto.

Aquel amuleto era una manecita de ébano engastada en oro.

Era la mano mágica, símbolo del Islam, que pendía de la esmeralda cabalística de Salomón.

—Yo soy Florinda—dijola hermosa acercándose al walí y mirándole con los ojos vagos y extraviados—; yo soy un arcángel del séptimo cielo, castigado por Allah y convertido en mujer.

La infeliz estaba en uno de sus momentos de locura.

—Mira: yo soy muy hermosa—dijo al Schevaní—; por mí, un pueblo ha venido sobre otro pueblo, y han corrido ríos de sangre; por mí, el pueblo de Ismael es señor de los godos de Occidente, y ese pueblo me insulta porque dice que soy ramera.

Y mienten—añadió Florinda, asiéndose estremecida á los hombros del Schevaní—, mienten yo soy vírgen, y mis hermanos los arcángeles vienen á acompañarme en mis sueños; pero mis pies están heridos por los abrojos y mi túnica desgarrada, y tengo hambre y frío.

Y la infeliz temblaba: una palidez mortal cubría con un velo terrible su semblante.

Y Ased-el-Shevaní no tuvo compasión de ella.

—¡Ahl!—la dijo—: ¡Tú eres Florinda! ¡La manceba de don Rodrigo!

Su horrible boca dejó ver en una feroz sonrisa sus blancos y agudos dientes de tigre.

—En verdad que es muy hermosa esta muchacha—murmuró sintiendo por primera vez un deseo amoroso—. ¡Está loca! ¡La noche es soli-

taria! ¡Mis guerreros duermen! ¡Nadie podrá arrojarme á la cara una debilidad! ¡Y luego!...

El Schevaní lanzó una sombría mirada á Florinda, poniendo la mano en el pomo de su puñal.

Florinda le contemplaba con la curiosidad fría y vaga de los insensatos.

—Mira—le dijo—yo amo á un hombre, y ese hombre es generoso, noble y valiente.

Yo guardo su nombre y su recuerdo en mi corazón, y temo que se me escape y quedar sola; sola, porque ese recuerdo me acompaña y duerme conmigo.

Déjame reclinar me en tu diván, y guárdame, porque me persiguen.

Si mi amado estuviera aquí, él velaría mi sueño, porque me ama.

Los celos y la envidia irritaron al Schevaní al ver el amor que hacía otro hombre resplandecía en la mirada de la pobre loca.

—Tu amante es un cobarde—dijo—, un perro traidor que te abandona en tu miseria.

—No, no es un cobarde—dijo con voz dulce Florinda—. ¡Si tú supieras su nombre!...

Y la desdichada miró en torno suyo con espanto, como el avaro que teme le roben su tesoro.

Pero su mirada se tranquilizó; nadie había que la escuchase más que Ased-el-Shevaní.

Florinda llevó al walí á un ángulo de la tienda.

—Mi amado es príncipe—le dijo—; mi amado es hermoso como los arboles de la tarde; mi amado conquistará palmo á palmo las tierras que ha conquistado en Gezira-Alandalus, el Islam, y me vengará de los que me insultan llamándome ramera. ¡Ay del Islam ante la espada de Belay! El vendrá de Asturias como un vendaval, y aportillará los muros de Tolaitola, y pondrá los pendones de la Cruz sobre sus almenas: entonces yo seré reina; pero no moriré como Aylat (1). ¡Ay! ¡la mataron sin compasión estas gentes feroces! ¡La mataron sobre mi seno, y aun las negras manchas de su sangre están sobre mi túnica! ¡Defiéndeme tú, hasta que venga Belay, porque me van a matar como á Aylat!

Ased-el-Shevaní palideció de cólera, irritóse su ojo voraz, y un caliente halito de sangre le embriagó: la crueldad rebosaba en su corazón, y tomó la caja de sándalo que guardaba la cabeza de don Rodrigo.

—Mira—la dijo, abriéndola caja y mostrándola—

(1) La esposa de don Rodrigo.

le la cabeza del rey—: he aquí la suerte que espera á su Belay.

Florinda dió un grito: había reconocido al rey en aquel sangriento despojo, y la habían horrorizado sus cabellos blancos manchados de sangre negra coagulada.

Por un momento desapareció su locura, y miró á Ased-el-Schevaní á la luz de la razón.

—¡Ah! ¡Eres tú, tú el verdugo!... ¡tú, el que yo vi en Tolaitola llevando en tu lanza la cabeza del rey! ¡tú, á quien desde aquel día no he podido olvidar!... ¡Déjame huir de ti! ¡tu mano no se cansa de herir, ni tus ojos de mirar la muertel ¡apártate de mi camino, porque tu mirada me hiela, y me das horror! ¡Más horror que los árabes que me insultan y me llaman la Kaba!

—Florinda, amante de Belay—dijo Ased-el-Schevaní, dejando á un lado la caja que contenía la cabeza del rey don Rodrigo, y mirando con el gozo de la crueldad á la joven—: ¡oh! yo mancharé tu pureza y te mandaré deshonorada al hombre de tu amor. ¡Oh! ¡Belay! ¡el insensato que levanta aún una bandera cristiana delante del Koram y se atreve á llamarse rey de Gecira-Alandalus! ¡Oh! ¡y te tengo en mi poder! ¡y él te ama! pues bien; serás la esclava de mis esclavos, y dormirás en mis caballerizas entre los pies de mis corceles, junto á la jaula de mi pantera de Africa.

Y Ased-el-Schevaní midió con una feroz ojeada á Florinda y se lanzó sobre ella.

Pero Florinda no retrocedió: un poder superior la protegía.

En vano el Schevaní pretendía llegar hasta ella.

Entonces sus ojos se inyectaron de sangre como los de un lobo rabioso, tomó una azagaya y la lanzó á la desdichada: la terrible arma se abrió paso á través de su seno, brotó de la herida un ancho surtidor de sangre, los ojos de Florinda se empañaron, y cayó murmurando entre suspiros de agonía el nombre de Belay.

Una vez dado el primer paso de crueldad, el Schevaní no se contuvo; Florinda se revolvía sobre un lecho de sangre, y el talismán se desprendió de su cuello.

El genio del horror y de la impureza se posó sobre la tienda del Schevaní, y Dios arrojó sobre ella su maldición.

La Nat de los hebraizantes, la Florinda de los godos, la Kaba de los árabes, había caído bajo su funesto horóscopo: sus miembros desgarrados

fueron abandonados en el lugar que ocupaba la tienda, y el poderoso talismán recogido por Ased-el-Schevaní había aumentado el valor de su tesoro.

Ased-el-Schevaní no conocía la virtud de aquel poderoso talismán; le creía sólo una alhaja de gran valor.

El Schevaní, después de aquella noche, olvidó aquella historia de horror, y pidió al califa le concediese una tierra en Gecira-Alandalus para sus gentes de Damasco.

El califa le concedió la tierra de Ilberis.

Pero estaba escrito que sería castigado, y su crueldad con Florinda y su codicia en conservar como un rico despojo el amuleto que llevaba al cuello la joven, fué la causa de su castigo.

Nadad, el padre de Yémina, sabía que el amuleto estaba en el tesoro de Ased-el-Schevaní; sabía que aquel amuleto tenía la virtud de defender de la impureza ajena á la mujer que lo llevase sobre sí, y quiso apoderarse de aquel talismán valiéndose para ello de la misma Yémina.

Para atraerle le había hecho ver, valiéndose de sus conjuros, el encantado Palacio-de-Rubíes.

Ased-el-Schevaní estaba transido de horror.

Veía la macilenta cabeza del rey don Rodrigo, y á Florinda, fría, impasible, pálida, ensangrentada, atormentándole con el recuerdo de su ser.

—Y ¡acuérdate!—repetía la voz dulcísima que parecía venir de la bóveda de la cisterna, y en la cual creía recordar el árabe la dulce voz de Florinda.

—¡Ah, sí! ¡Yo te amo, Florinda!—exclamó arrojándose por tierra el feroz walí.

—¿Por qué dijiste, pues—contestó con sarcasmo la voz—, que no conocías el amor?

—¡Oh! ¡piedad, piedad, Florinda!—exclamó el walí—; ó haz que lo que ha sucedido sea un sueño, ó quita de delante de mis ojos esta terrible visión que me atormenta.

Y como si aquella voz sólo hubiese resonado para despertar los remordimientos en el alma de Ased-el-Schevaní, quedó la cisterna muda y obscura; desaparecieron las fantasmas, y Ased-el-Schevaní se atrevió á adelantar buscando la salida.

Entre las sombrías penumbras encontró una puerta, y entró en una cámara tan rica y tan bella como las del Palacio-de-Rubíes, alumbrada por una lámpara, á cuya luz se veía dormida sobre un lecho una mujer.

Era Yémina.

Al verla el viejo y feroz walf tembló.

Creyó ver ante sí á Florinda, pero radiante de hermosura, sonriente de felicidad; la joven despertó, y fijó de una manera intensa la mirada de sus grandes ojos celestes en el walf.

—Tú eres Ased-el-Schevaní—dijo la joven sin levantar la cabeza del almohadón donde la tenía reclinada.

El árabe tembló, pero no de terror.

Un amor inmenso, un amor de los cielos inundaba su alma; porque Yémina, como lo decía su nombre, era la felicidad.

Sus ojos azules, límpidos como el cielo, lucientes como él, como él hermosos, le sonreían y le acariciaban.

Sintió Ased-el-Schevaní dentro de sí una vida nueva; encontróse joven, ardiente, feliz.

Sus labios murmuraron armónicos versos exhalados de su alma, como el más excelente poeta pudiera haberlos exhalado delante de la hermosísima virgen de sus amores.

—Yo te amo, hurí—exclamó—; te amo, y por ti me siento capaz de todo.

Eres para mí más preciada que la clara y fresca fuentecilla que brota entre flores á la sombra del oasis del Desierto para el cansado y sediento caminante.

Tú eres la luz y la vida, el sueño de paz y la esperanza de ventura.

Por ti sería yo capaz de conquistar los cielos, aunque defendiese su puerta el arcángel de fuego.

—No quiero tanto—dijo Yémina—; si me concedes lo que voy á pedirte, creeré que me amas y te amaré.

—¿Y qué puedes pedirme que yo no te conceda, luz esplendorosa de mi alma?

—¿Te acuerdas de una mujer á quien amaste?

—¡Ah! ¡Florinda! ¡Florinda!—exclamó el Schevaní—; ¿por qué me recuerdas mi crimen? Era una noche triste y sombría; la luna estaba velada por vapores de sangre; tú estabas delante de mí, pálida, loca, aunque hermosa, manchada de lodo la túnica; no estabas tan hermosa como ahora, sultana de las huríes, no; yo... me irrité... yo no había amado... escitaste mi furor... pero yo no te he olvidado... yo he florado tu muerte... porque no creí que volvería á encontrarte tan resplandeciente, tan hermosa como la mayor de las hermosuras. ¿Por qué me recuerdas mi crimen, y me despedazas el alma?

—Yo no soy Florinda—dijo Yémina—; si á

tus ojos la represento es porque Dios quiere en castigo de tu crueldad que tú veas siempre á Florinda en la mujer que ames. Tú ves mis cabellos dorados y mis ojos azules. Pues bien, mira por un momento.

Se transformó Yémina, y se presentó á Ased-el-Schevaní con sus cabellos negros y brillantes, sus ojos negros y deslumbradores, su frente cándida y purísima, y su boca purpúrea, exhalando ambrosía.

Aquella visión duró un momento.

Deslumbró á Ased-el-Schevaní, como si en sus ojos hubiera brillado el sol.

Y pasó como un relámpago, y volvió á ver en Yémina á Florinda.

Ased-el-Schevaní empezó á enloquecer, y soltó una insensata carcajada.

—¡Oh! ¡Yo te amo! ¡Yo te amo!—exclamó.—Amame y seremos los dos seres más felices de la tierra. ¿Por qué no me amas tú también? ¿Acaso me conservas rencor?

—Yo te amaré si me das lo que te pida—repuso Yémina.

—Y bien, ¿qué quieres?—respondió anhelante Ased-el-Schevaní.

—Acuérdate: cuando matiste á Florinda la quitaste un collar de perlas que llevaba sobre su seno.

—¡Ah! ¡Ah! ¡El rico collar de perlas!—exclamó Ased-el-Schevaní, lanzando una larga carcajada.

Y luego, tomando una guzla de marfil con cuerdas de oro que se vía junto á Yémina, sentó á sus pies y cantó, con la voz fresca y pura como un joven, él, que nunca había hecho versos ni había cantado, el romance siguiente:

Hermosa de las hermosas, flor preciada, luz del cielo:
¿para qué quieres las joyas, si sus pálidos reflejos
han de amenguar lo brillante de tus dorados cabellos?
Envidia tendrán las perlas si las posas en tu seno,
porque es nácar animado que de amores guarda incendios.
No hay zafir como tus ojos, ni diamantes de alto precio
que se atrevan á igualarse en lo luciente con ellos.
Eres búcaro de flores que para el amor nacieron,
y de Hiram en los jardines de Dios las meció el aliento.
Eres joya de su mano, pura como allá en los cielos,
la nubecilla que pasa al leve impulso del viento,
ante el sol que la colora, en lumbré de amor traspuerto.
Que Allah, hermosa, te bendiga, pues eres cerrado huerto,
que para tu amante guardas de tu pureza el misterio.

Ased-el-Schevaní dejó la guzla y lanzó otra insensata carcajada.

Su locura crecía.

—Quiero el collar de Florinda—dijo Yémina.

con voz dulce, acariciando con sus rosados dedos la larga barba blanca del Schevaní.

—¡El collar de Florinda!—exclamó el árabe—
—¡un collar que vale muchos cuentos de doblas!
La locura y el amor no habían logrado dominar la codicia del Schevaní.

—No te amaré—dijo Yémína.

—¡Que no me amarás!—exclamó con fiereza el árabe.

—No—repuso reposadamente Yémína.

—¡Acuérdate!—dijo á su vez el árabe.

—¡Tú heriste á Florinda!—exclamó con desprecio la joven.

Ciego de cólera ante aquel desprecio, el feroz siro, un pensamiento de sangre pasó por su alma, y desnudó fuera de sí su puñal.

Pero cuando descargó el golpe sintió un agudo dolor en la mano, y se encontró...

En su lecho, en la alcazaba del Albaicín.

—Ha sido un sueño—dijo—; he creído que hería á aquella mujer, y he dado con el puño en el muro; ¡pero qué sueño tan horrible y tan hermoso!

Ased-el-Schevaní no logró volver á dormirse.

Vefa delante de sí radiante de hermosura á Yémína.

A la noche siguiente volvió á subir á la plataforma de la torre más alta de su castillo, y como la noche anterior se apoyó en las almenas.

Entonces volvió á ver sobre la cumbre de la Colina Roja, el esplendoroso alcázar, y los caballeros que giraban alrededor en los aires y en la tierra y oyó la distante y armoniosa música de la zambra que se exhalaba por los calados ajimeces del alcázar.

—No, pues ahora no sueño, poderoso Allah—exclamó Ased-el-Schevaní—; yo afirmo los pies en mi castillo, y mis manos en sus almenas: yo veo la luna triste y pálida que sigue lentamente su curso; el viento de la noche refresca mi frente, y allí, allí, sobre la Colina Roja, se levanta ese alcázar maravilloso y se agitan aquellos caballeros sobrenaturales, y se escucha esa armonía incomparable. ¡No, no es un sueño, poderoso Señor!

Y como la noche antes salió de su alcazaba por un postigo, y se trasladó á la Colina Roja.

Y como la noche antes, vió el Palacio-de-Rubies y escuchó la voz de sus remordimientos en el fondo de la cisterna, y vió á Yémína, y la enamoró; y Yémína le volvió á pedir el amuleto de Salomón que había robado á Florinda, y como

la noche anterior, se irritó y quiso herir á Yémína como á Florinda había herido, y volvió á sentir su mano lastimada y á encontrarse en su lecho en la alcazaba del Albaicín.

Durante siete noches se repitió este prodigio, y durante estos siete días Ased-el-Schevaní se presentaba á sus vasallos más loco y más feroz.

Al fin, á la octava noche, el árabe no subió á la plataforma de la torre, sino que bajó á un profundo subterráneo de su castillo, donde tenía su tesoro.

Abrió un enorme cofre de hierro, y de entre otras muchas joyas tomó el collar de perlas de Florinda, y se encaminó á la Colina Roja.

El amor y el deseo habían dominado en él á la codicia.

Cuando entró en el Palacio-de-Rubies, no resonó en sus oídos la voz de su remordimiento, ni descendió á la obscura cisterna.

Le protegía el talismán.

Yémína salió á su encuentro y le sonrió.

—¿Me traes el hermoso collar?—dijo.

—Sí—contestó todo trémulo Ased-el-Schevaní, sacándole de su seno—; vale un tesoro, pero mi vida vale más, y si no me amas moriré. ¿Me amarás tú si te doy esta inestimable joya?

—¡Oh, sí! ¡Te amaré siempre!—dijo la joven.

E inclinó su hermosa cabeza delante de Ased-el-Schevaní.

El árabe puso el talismán alrededor del cuello de Yémína, y cuando se le hubo puesto quiso abrazarla.

Pero le rechazó una fuerza incontrastable.

—Sí, sí—dijo Yémína—, te amaré siempre como ama el remordimiento al crimen. Yo apareceré á cada momento más hermosa ante ti; seré tu eterna desesperación, tu infierno.

Y al decir Yémína estas palabras, Ased-el-Schevaní se encontró entre las tinieblas y el ambiente húmedo de la cisterna, y vió delante de sí como un cuerpo lúcido, y cada vez más hermosa, á Yémína.

Si quería acercarse á ella, parecía que un muro invisible le contenía.

Si pretendía herirla, su puñal encontraba un cuerpo duro é impenetrable como el diamante; si, desesperado, no pudiendo resistir el martirio de la vista de tanta hermosura, pretendía huir, el terrible fantasma se le ponía siempre delante, cada vez más hermoso, cada vez más incitador.

Yémína se había convertido en el infierno de Ased-el-Schevaní.

Porque Ased-el-Schevaní había muerto.

Sus wazires habían encontrado su cadáver en su lecho, y le habían enterrado con gran pompa en el panteón de la Alcazaba.

Lo que quedaba sufriendo penas eternas en la cisterna era el alma de Ased-el-Schevaní.

De Ased-el-Schevaní, el alma condenada de la cisterna de la Alhambra.

Algunas noches oscuras, frías, tempestuosas, salen por los brocales de la cisterna gritos débiles, perdidos, desesperados.

Son los gemidos de desesperación de Ased-el-Schevaní.

Del verdugo del don Rodrigo.

Del infame asesino, del torpe profanador de Florinda.

Otras serenas y tranquilas noches de luna, cuando todos duermen, hasta los guardas de los adarves, se percibe un canto dulcísimo y perdido.

Es la voz de Yémina que excita la desesperación de Ased-el-Schevaní.

Pero ya sea la noche oscura ó apacible, ya la alumbre la verde luz del relámpago ó el pálido reflejo de la luna, si pasáis junto á los brocales de la cisterna y escucháis ya un gemido, un canto, no os asoméis al obscuro brocal, porque puede tragáros el abismo y haceros probar el mismo infierno que prueba hace centenares de años Ased-el-Schevaní.

Esta es la historia maravillosa del alma de la cisterna.

Sed, pues, buenos y caritativos, porque Dios, Altísimo y Unico, condena al pecador con lo mismo con que pecó.

He aquí la tradición referente á los algibes de la Alhambra.

¿Dónde pudo tener origen?

¿Escuchó algún poeta moro, durante una noche melancólica, el derrumbe del agua en los algibes, ó algún gemido del viento en sus altas bóvedas romanas, y de ello tomó asunto para escribir una bella leyenda árabe?

No lo sabemos.

Pero sabemos, sí, que muchas noches oscuras y tempestuosas nos hemos asomado á uno de los brocales de la cisterna y hemos escuchado atentamente.

Sólo hemos oído el crujir de las gotas de la lluvia sobre el agua allí depositada; pero nunca nos hemos podido hacer la ilusión de que en aquel ruido procediese del gemido de un alma condenada, ni del canto de un ser sobrenatural.

Esto acaso consiste en que nuestra imaginación es menos impresionable que la del poeta moro, autor de la leyenda *El alma de la cisterna*.

FIN DEL TOMO PRIMERO

Leyendas de la Alhambra.

LEYENDA CUARTA

La Puerta del Juicio.

1

Cuando se pasa de la puerta de los Gomeles, y de las tres pendientes avenidas que se presentan á la vista, bajo los tupidos toldos de verdura de las frondas de los álamos que se cruzan, se toma la más pendiente, la de la izquierda; ya cerca de su terminación se encuentra un cubo de fortificación á la usanza del siglo xvi, y más allá, apoyándose en este cubo, una magnífica fuente greco-romana del gusto del renacimiento, denominada *Pilar del Emperador Carlos V.*

Siguiendo adelante, á lo largo del muro en que está esculpida la decoración de la fuente, y torciendo á la izquierda, se levanta de improviso ante los ojos, como una sorpresa, la majestuosa *Puerta del Juicio*, entrada principal del alcázar de la Alhambra.

Esta puerta, formada por dos torreones, unidos en la parte media de su altura por un gigantesco arco de herradura, tiene en su fondo un muro, en el cual se abre una puerta más pequeña, de arco de herradura también, labrada en rico mármol blanco de la sierra, y sustentado por dos bellas columnas con caprichosos capiteles, y galanamente ornamentado con flores y cintas entrelazadas.

Sobre la clave del arco mayor se ve esculpida una mano extendida y vuelta la palma; sobre la del arco menor hay esculpida una llave (1).

(1) La mano es el símbolo del Islam: como la mano consta de cinco dedos, y cada dedo de tres articulaciones, excepto el pulgar que sólo tiene dos, y todas están sujetas á la unidad de la mano, del mismo modo el Koran contiene cinco principios fundamentales: primero, creer en Dios, y que Mahoma es su profeta; segundo, hacer oración; tercero, dar limosna; cuarto,

En los tiempos á que nos referimos en la leyenda que empezamos á relatar á nuestros lectores, esto es, en el año 724 de la Hegira, y 1325 de Jesucristo, cuando se pasaba de la puerta de los Gomeles, fuertemente torreada y defendida por adarves, se veía una larga avenida de edificios chatos, de un solo piso, que servían de cuarteles á los soldados de la guardia del rey, en la vertiente del pequeño valle comprendido entre la Alcazaba y las Torres Bermejas; y por ambos lados, hasta el pie de los muros, la escarpadura desnuda sin árboles que pudiesen encubrir á los enemigos que lograsen forzar aquel primer puesto fortificado de la puerta de los Gomeles.

Siguiendo aquella ancha avenida, siempre poblada de soldados y esclavos, se llegaba en lo más alto á la torre de las *Siete bóvedas* (1), entrada principal de la Alhambra y su más magnífica; pero antes de llegar á esta torre, en la parte media de la avenida, á la izquierda, se encontraba un camino llano orlado de cipreses y laureles, desde cuyo principio se veía levantarse al fondo, sencilla y majestuosa, la torre del Juicio, entrada principal del alcázar de los reyes moros.

ayunar en la cuaresma de Rahmazan; quinto, peregrinar á Medina y á la Meca. Cada uno de estos preceptos tiene tres modificaciones, excepto el quinto que puede reducirse á dos: buen corazón y buena obra; estos dogmas provienen de la unidad de Dios, y la mano con sus cinco dedos y sus catorce coyunturas simbolizan fundamentalmente el islamismo.

La llave es un símbolo que se refiere al Paraíso, y que debe abrir su puerta á los escogidos.

Estos dos signos, y no la media luna, como creen muchos, eran la empresa religiosa de los moros de Granada.

(1) Conocida hoy vulgarmente con el nombre de Torre de los Siete suelos.

Entonces, delante de estas torres, se veía una bella plazoleta circular rodeada de jardines: no existían ni el pilar del Emperador, ni el cubo de fortificación, existiendo sólo por la parte que este cubo ocupa un adarve que iba á dar sobre la escarpadura de la fortaleza por aquella parte.

El muro que se apoya hoy á la derecha sobre la Torre del Juicio, no era, como ahora, un muro de tierra y piedra, sino de brillante y tersa argamasa roja que dejaba comprender su dureza marmórea, y en cuya parte superior corría la columnata de una galería que correspondía á un jardín del alcázar (1).

En el segundo arco de la Puerta del Juicio, entre sus adornos, se leía entonces como ahora la inscripción siguiente: *Dios sea loado: no hay otro Dios que Dios y Mahoma su profeta: no hay fortaleza sin Dios:* y sobre este arco y estos adornos, en una ancha faja de estuco, con caracteres cúficos entrelazados de flores y cintas se leía esta otra inscripción: *Mandó labrar esta portada, llamada Judiciaria, con la cual Dios Altísimo haga dichosa la ley de los hijos de salvación, Abul-Giux-Nazar-aben-Abdallah-aben-Nazar, mantenga Dios en las morismas sus obras pías y caritativas. Labróse á 27 días de la luna de Maulud el engendradizo, año de 647.*

De modo que en los tiempos de nuestra leyenda sólo hacía setenta y siete años desde que se había terminado la Torre del Juicio, ó al menos desde que se había hecho su portada.

Llamábase la puerta principal del alcázar Torre del Juicio, porque habiendo seguido los árabes, y continuándola los moros, la costumbre de los tiempos primitivos, el rey en persona, ó en representación suya el cadí de los cadíes ó justicia mayor del reino, oían en aquella Puerta en audiencia pública las quejas de los súbditos, y dirimían sus contiendas y pleitos de una manera ejecutiva.

De continuo aquella puerta estaba cerrada, con sus dos grandes hojas forradas de hierro y fuertemente claveteadas, y por fuera de ella, como en respeto de la autoridad real, se veían los esclavos de la Guardia berberisca ricamente vestidos y dando la guardia.

Sólo se abría un postigo para la entrada de los magnates y caballeros; de par en par sólo se

(1) Hoy este lugar es una explanada, al fondo de la que se levanta la parte meridional del palacio del Emperador.

abría la puerta para dar salida ó entrada al rey ó á los embajadores de reyes; cuando aquella puerta se abría enteramente, pasaba siempre bajo ella el estandarte real, acompañando al rey ó á los embajadores, y después la puerta cerraba sus tremendas hojas de hierro.

Todos los giumas (viernes), á la hora de la salida del sol, aquella puerta se abría, y aparecía tras ella un espectáculo sorprendente: el trono de justicia, con su dosel rojo, sus almohadas de púrpura y brocado, y sus siete gradas cubiertas con una alfombra de Persia: á los pies de estas gradas, á la derecha, el alférez mayor del reino con el estandarte real, y al otro lado el alguacil mayor con la espada de justicia, y walfes, y arrayaces, y caballeros, y eunucos: en lo alto, el rey sentado en los almohadones, y delante de la puerta, en semicírculo, para contener al pueblo que asistía á la audiencia, los esclavos berberiscos con sus largas lanzas, sus bruñidas armaduras y sus turbantes rojos.

Quando en vez del rey hacía justicia el cadí de los cadíes, sentábase éste en un almohadón en la primera grada, y en vez de la corte que acompañaba al rey, le acompañaban ciertos funcionarios de orden judicial; pero nunca faltaban el estandarte real y la espada de justicia, como representantes de la autoridad regia.

Un katib (secretario), colocado en el centro del semicírculo determinado por los esclavos, berberiscos llamaba por su orden á los que habían pedido audiencia, y los dejaba pasar hasta los pies del trono de justicia.

Después que ésta había acabado de administrarse, la puerta se cerraba, y el rey, la corte y el trono desaparecían tras ella.

¿Quién podría comprender ahora, á la vista de aquella puerta abandonada, de aquel torreón cuyas almenas reales ha derrocado el tiempo, y á las cuales ha sustituido el conquistador con un desnudo pretil, con una especie de grosero ribete de mampostería, el magnífico esplendor de que en los tiempos de la dominación mora se vió rodeado, y el profundo respeto con que los musulmanes de Granada miraban aquella puerta, lugar sagrado donde en nombre de las leyes podía ir el más pobre, el más abyecto á ejercitar su derecho?

Hoy un centinela indiferente, provisto de una prosaica consigna, se pasea con el fusil al brazo, ó se apoya en él de pie inmóvil, sin sospechar siquiera la grandeza pasada de aquel lugar, y en

el sitio donde hace cuatro siglos se levantaba el trono de justicia de los reyes de Granada, se ve hoy la mezquina mesa cubierta con una manta de lana, donde escribe sus partes el sargento de la guardia.

El tiempo, que todo lo muda, que todo lo empalidece, que todo lo gasta, que todo lo pulveriza, ha convertido en un desnudo esqueleto de lo que fué á la Torre del Juicio ó de Justicia de los reyes de la Alhambra.

Por eso nosotros, que somos exageradamente entusiastas, no hemos podido pasar nunca bajo el arco de mármol de la Torre del Juicio, de la hermosa y poética puerta del alcázar moro, sin sentir algo de respeto, sin creernos transportados á otros tiempos y á otras gentes, como si hubiese pasado junto á nosotros rozándonos la cabeza con sus alas el genio de lo que fué.

Además, para que nosotros sintamos una conmoción indefinible al pasar bajo aquel arco, al pisar aquel dintel de mármol, existe una razón poderosa.

Nosotros sabemos que sobre aquel dintel, al pie de su trono de justicia, cayó asesinado un rey de la dinastía nazerita.

Su sangre ha caído allí, y allí acaso la ve aún la justicia del cielo.

Porque el rey asesinado era un buen caballero, un corazón leal, lleno de caridad y de justicia.

Aquel rey era el sultán de Andalucía y de Granada, Abul-Walid-Ismael-Abul-Said, quinto descendiente coronado del magnífico rey Nazar.

II

El día 8 de la luna de Regeb del año 725 de la Hegira (1), después de la oración de azobih, á punto que se dejaban ver en el Oriente las primeras ráfagas rosadas precursoras del sol, los berberiscos que daban la guardia de la puerta del Juicio, acudieron presurosos, llamados por los atabales, y se formaron en dos filas abriendo calle á ambos lados de la puerta.

Poco después la puerta se abrió, salió un tropel de jinetes armados sobre caballos de guerra, entré los cuales ondeaba el estandarte real, y tras estos caballeros, en medio de una corte resplandeciente, apareció el rey Abul-Walid, armado con un arnés esmaltado de oro y colores, con corona en la cabeza y manto de púrpura so-

bre los hombros cabalgando en un poderoso corcel con paramento de brocado sobre sus lorigas de acero.

Piafaba el soberbio bruto, hijo de las llanuras de Baeza, orgulloso de su jinete; y en verdad que nunca las moras granadinas habían visto, ocultas tras las celosías, un hombre más hermoso ni de aspecto más noble y regio que el sultán de Granada Abul-Walid-Nazar.

Era blanco y mostraba la barba bermeja, como su quinto abuelo Al-Hhamar, el vencedor; sus ojos tenían en su mirada la dulzura de la gacela cuando contemplaban la hermosura, ó el sombrío y aterrador fuego de los del león irritado cuando los revolvía entre el combate; cuando nada le distraía ó le irritaba, mostraba su semblante una melancolía vaga, una ansiedad profunda, una sed insaciable, pero sed de felicidad; el poderoso Abul-Walid no era feliz.

Sentía remordimientos, y no había encontrado venturas en el amor.

Sus remordimientos le recordaban á su tío el rey de Granada, Abul-Giux-Nazar, á quien había destronado.

Digamos algo acerca de la historia de Abul-Walid.

Para que se comprenda bien esta historia, necesitamos remontarnos á los tiempos del sultán Mohammed aben-Abdalah-aben-Nazar, hijo de Al-Hhamar el Magnífico.

El rey Al-Hhamar el Magnífico, el primer rey independiente de Granada, el fundador de la dinastía nazerita, había muerto de un accidente extraño, y, según algunos, por tósigo, á las puestas del sol del viernes 29 de giumada postrera, del año 671 de la Hegira (1). Honrado por amigos y enemigos de este gran rey, fué consolado en su último trance por el infante don Felipe, hermano del rey Alfonso de Castilla, que le acompañaba.

Murió cerca de Granada, en su tienda, en ocasión en que iba en persona á reprimir la rebeldía de los walíes de Málaga, Guadix y Comares.

He aquí el epitafio que su hijo el sultán Mohammed II hizo esculpir sobre su sepulcro, y que pudieron ver nuestros abuelos en el panteón de la Alhambra:

“Este es el sepulcro del sultán alto, fortaleza del Islam, decoro del género humano, gloria del

(1) 1345 de Jesucristo.

(1) 1273 de Jesucristo.

día y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de clemencia para los pueblos, pero de la *secta*, esplendor de la ley, amparo de la *tradición*, espada de la *verdad*, mantenedor de las criaturas, león de la guerra, ruina de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las fronteras, vencedor de las huestes, domador de los tiranos, triunfador de los ímpíos, príncipe de los fieles, sabio adalid del pueblo escogido, defensa de la fe, honra de los reyes y sultanes, el vencedor por Dios, el ocupado en el camino de Dios. Abu-Abdalah-aben-Juzef-aben-Nazar-el-Ansari, ensálcele Dios al grado de los altos y justificados y le coloque entre los profetas, justos, mártires y santos, y complázcase Dios en él y le sea misericordioso, pues fué servido que naciese el año 591 y que fuese su tránsito día giuna (viernes) después de la azala de alazar á 29 de la luna giunada postrera, año 671. Alabado sea Aquel cuyo imperio no fina, cuyo reinado no principió, cuyo tiempo no fallecerá, que no hay más Dios que él, el Misericordioso y Clemente (1).“

Sucedióle su hijo Mohhammed, mancebo animoso y valiente, y que á pesar de la grandeza de su padre encontró el reino ya un tanto dividido en bandos y amenazado por las rebeldías de algunos walfes, aunque por lo demás próspero y floreciente.

Apenas proclamado rey se trasladó á la corte de Alfonso X, á renovar la alianza que su padre había mantenido con Castilla; y tan simpático supo hacerse al sabio rey cristiano, que quiso armarle y le armó por sí mismo caballero.

Pero Mohhammed no había hecho de buen grado esta alianza; contribuía á su disgusto el que la reina doña Violante, esposa de Alfonso, le comprometió, abusando de su galantería, á que se aviniese con los walfes de Málaga, Guadix y Comares.

Aprovechando Mohhammed II la ausencia de los reyes de Castilla y Aragón para asistir al Concilio de León, alentó el proyecto de recobrar la Andalucía entera. Pareciéndole, sin embargo, demasiado ardua la empresa para él, sólo entró en tratos de alianza con el emir de Marruecos, Abu-Juzef, jefe de la poderosa tribu

de los Beri-Merines; aceptó Juzef, y vino de Africa con una poderosa hueste de caballería á Algeciras, donde le esperaba el rey de Granada.

Acometida la empresa por la parte de Jaén, el Adelantado de la frontera, don Nuño, murió en la jornada como valiente, pereciendo además ocho mil cristianos.

Abu-Juzef envió la cabeza del Adelantado al rey de Granada, y al verla éste, que había tratado mucho en vida á don Nuño, se cubrió el rostro con ambas manos, exclamando:

—¡Guala, mi buen amigo, que no me lo merecáis!...

Por otra parte, don Sancho, hijo del rey de Aragón, arzobispo titular de Granada, acometió á los moros con un formidable ejército; pero el rey Mohhammed le desbarató y le hizo á él mismo prisionero, siendo ocasión esta presa de don Sancho para que se pusiesen á punto de volver sus armas los moros los unos contra los otros, porque los africanos querían enviar al cautivo al emir de Marruecos, y los andaluces al rey de Granada; pero el arráez Aben-Nazar, infante de la casa de Granada, que presenciaba la contienda, arremetió hacia el cautivo don Sancho, exclamando:

“No quiera Dios que por un perro se pierdan tantos buenos caballeros como aquí están.”

Y pasándole de una lanzada, de la que el infeliz cayó muerto, le mandó le cortasen la mano derecha y la cabeza; envióse la mano con su anillo al rey de Granada, y la cabeza al emir de Marruecos.

¡Tremenda manera de obviar la cuestión!

Supo Alfonso de Castilla en León esta brava acometida de los moros, y abandonando por entonces el negocio de su coronación como emperador de Alemania, para lo que únicamente había ido al Concilio, volvió en defensa de la ya poseída corona de Castilla, y firmó con el emir de Marruecos y con el rey de Granada un armisticio de dos años.

Más adelante, puesto por Alfonso sitio á Algeciras, y destrozada su armada en el mar y su ejército en tierra, levantóse contra él, en su propio reino, una tempestad terrible: coligáronse contra él la reina su esposa, los infantes sus hijos, sus magnates; y el infante don Sancho, su primogénito, se hizo el caudillo de esta conspiración contra su padre, y se apoderó de su corona.

(1) Hemos insertado este epitafio é insertaremos otros, porque estas inscripciones sepulcrales pertenecen á la Alhambra, y porque además dan á conocer el estilo apologético de los moros, con toda su exagerada hipérbole y su decidido y característico sabor poético y religioso.

El infeliz Alfonso, vencido, fugitivo, abandonado de todos, pidió sucesivamente ayuda á los reyes de Portugal, de Aragón y de Francia, que se excusaron, como asimismo el Papa, que se limitó á decirle que se resignase: desesperado entonces Alfonso recurrió á la ayuda del emir de Marruecos, su enemigo, que se encontraba fortificando á Algeciras, y que al recibirle en medio de su ejército le puso á su derecha y le dejó oír estas memorables palabras:

—Te trato así, porque eres desgraciado, y me uno á ti para vengar la causa común de todos los reyes y de todos los padres.

La alianza del rey destronado con el emir de Marruecos impuso terror al hijo rebelde, y al fin se humilló, devolvió la corona á su padre, y obtuvo su perdón.

Entre tanto el rey de Granada, para consolidar y robustecer su reino, aprovechaba las disidencias entre los reyes cristianos del resto de España. El rey de Aragón estaba en guerra con Francia por la posesión de Sicilia, y Sancho IV, que había heredado al fin el trono de Castilla por muerte de Alfonso, se veía obligado á reprimir las sediciones de sus vasallos.

Dominó Mohammed los elementos rebeldes de su reino, se hizo respetar del emir de Marruecos, que pretendía tener predominio en los asuntos de los moros en España, recobró ciudades y villas á los cristianos; y al fin, cubierto de gloria, murió el domingo 8 de la luna de jaban del año 701 (1).

Dejó tres hijos.

Mohammed, su primogénito y compañero, el que le sucedió en el trono.

Farax, que conspiró contra la vida de su hermano.

Y Nazar, que reinó también.

Fué proclamado Mohammed III, con el nombre de Abu-Abd'Allah-Mohammed.

Era este rey hermoso sobre toda ponderación; y tan dado al cuidado de los negocios, que no había wazires que pudiesen estar á su lado tanto tiempo como él trabajaba.

Este trabajo asiduo le hizo perder la salud.

Otros contratiempos vinieron á agravar sus cuidados.

Apenas había subido al trono, cuando un pariente suyo, Abul-Hegiag aben-Nazar, se le rebeló en la ciudad de Guadix, donde era walf, y

se negó á venir á Granada á su solemne jura de rey: reprimió al fin esta rebeldía, y se concertó con el rey de Aragón don Jaime.

Tomó á Ceuta en Africa y otras villas y lugares en España, y ya respetado de unos y de otros, se dedicó á hermosear á Granada y á continuar la obra de la Alhambra.

Sacóle de repente de esta pacífica existencia el rey don Jaime, que rompiendo la tregua vino con un formidable ejército sobre la ciudad de Almería, y la sitió.

El rey de Castilla cercaba en tanto á Algeciras.

Avínose con este último, que levantó el cerco mediante la cesión de otras villas y castillos; pero el rey de Aragón, más tenaz, se fortificó en su campo y continuó el cerco sobre Almería.

Mientras el rey Mohammed se ocupaba del gobierno y de la defensa de su reino, su hermano Nazar, á quien aguijoneaba su ambición, se hizo un fuerte partido en Granada, y pretendió abiertamente la corona.

Daba por pretexto para su pretensión que el rey estaba enfermo de los ojos, que necesitaba fiarse de los ajenos y que no podía confiarse prudentemente el cuidado del reino á un rey ciego.

Concertóse la conspiración con tal reserva, que nada pudo traslucirse de ella hasta el último día de Rhamazan, en que al amanecer los conjurados cercaron el alcázar con muchas gentes del pueblo bajo, que sin pretender entrar y sin armas, se limitaban á gritar:

—¡Viva el rey Nazar! ¡viva el rey Nazar!

Otro número inmenso del populacho acudió á la casa del wazir Abu-Abd'Allah-el-Lachmi, que por su severidad estaba aborrecido de los magnates que ayudaban en la conjuración á Nazar, y echaron las puertas abajo y penetraron dentro robando oro, plata, vestidos, armas caballos; destruyendo sus alhajas, sus libros y sus muebles.

Luego corrieron al alcázar, y con pretexto de apoderarse del wazir, que se había refugiado en él, atropellaron la guardia, entraron furiosos sin respetar al rey Mohammed que les salió al paso, y en su presencia mataron al wazir y saquearon el mismo alcázar de la Alhambra.

Mohammed se vió obligado á huir; pero le cercaron en una torre y le intimaron á que abdicase en su hermano Nazar.

Viéndose solo y desamparado Mohammed,

(1) 1302 de Jesucristo.

abdició aquella noche solemnemente la corona en su hermano Nazar, que no quiso verle, y le envió al palacio del príncipe, fuera de Granada, y después á la fortaleza de Almuñécar.

Nazar fué jurado rey.

No tardó mucho el rey Nazar en verse tratado de la misma manera que él había tratado á su hermano.

Un sobrino suyo, Abul-Said, hijo de una de sus hermanas y del walf de Málaga, Ferag-aben-Nazar, andaba procurándose parciales con harta ambición; mandóle prender Nazar, pero el manco fué avisado y huyó de Granada; escribió el rey á su cuñado Ferag para que corrigiese á su hijo; pero el walf de Málaga le contestó severamente que si su hijo le destronaba, no haría más que imitar la conducta que él mismo había observado con su hermano el rey Mohammed.

Aconteció por este tiempo al rey Nazar un accidente de apoplejía; tuiéronle por muerto; divulgóse como cierta esta noticia, y los parciales del destronado Mohammed III corrieron á la fortaleza de Almuñécar, le sacaron de ella y le llevaron á Granada.

Pero ¿cuál fué la sorpresa de éstos cuando al entrar en Granada supieron que el rey Nazar había recobrado la salud y que Granada ardía en fiestas por su restablecimiento. El buen Mohammed pretextó que su venida había sido a visitarle sabiendo el quebranto de su salud. Nazar afectó creerle, y le mandó volver á Almuñécar, y que le acompañasen los que le habían traído.

Por aquel tiempo entró Fernando IV de Castilla en tierras de Granada, y puso sitio á Alcaudete. Gentes hubo que atribuyeron esta entrada del castellano á sugerencias del destronado Mohammed, aunque el desgraciado estaba completamente ajeno á ella.

Pero cuando el rey de Castilla se ponía sobre Martos, emplazado por unos hermanos llamados los Carvajales, á quienes había mandado dar injustamente muerte, murió cabalmente en el mismo tiempo en que los hermanos le habían citado ante el tribunal de Dios.

Por esa razón llamóse desde entonces á Fernando IV de Castilla el *Emplazado*.

Por aquel tiempo, á principios de la luna de jawal del año 713 (1), murió en Almuñécar el desterrado Mohammed, y su hermano Nazar mandó trasladarle al panteón de la Alhambra,

y poner sobre su sepulcro la siguiente inscripción:

“Este es el sepulcro del sultán virtuoso, príncipe justo, sabio en el temor de Dios, uno de los reyes virtuosos, sufrido en los trabajos, laborioso en el camino de Dios, el apacible, el austero, el temeroso de Dios, el humilde, el resignado en Dios en las desventuras y en las prosperidades, morador de los dos paraísos con su meditación y sus alabanzas, el que encaminaba á las criaturas y mantenía la justicia, camino patente de la confianza y de la bondad, mantenedor del pueblo en su honra, con victorias ganadas con propio valor, justicia del trono, decoro y luz resplandeciente del Estado, puerta de la ley y de la fe; constante loador de Dios en sus males y en sus desgracias, lucirá en el día de la cuenta, exacto en la tradición y en las obras de la ley y en las altas purificaciones: el dispuesto siempre contra infieles con paso de firmeza y meritorio observado, de la justa medida, carta franca de humanidad, amparador de los templos, defensor de la religión, el escogido, el inclito, el heredero de los Nazares, heredero de sus Estados y de su justicia y laborioso celo en la defensa y gobierno de los pueblos, y en acrecentar sus ventajas y utilidades, el clemente rey, príncipe de los muslines, honor de los creyentes, domador irresistible de los incrédulos, el vencedor por la gracia de Dios, Abu-Abd'Allah, hijo del príncipe de los fieles, el sultán exélso prefecto de la dirección, nube de rocío, vida de la tradición, apoyo de la secta, el laborioso en el camino de Dios, amparador de la ley de Dios, Abu-Abd'Allah, hijo del príncipe de los fieles, el vencedor por Dios Abu-Abd'Allah-aben Juzef-aben-Nazar, honre Dios su mansión y sea venturoso por su bondad: nació, complázcase Dios de él, en día miércoles 3 de jaban honrado del año 655, y murió, santifique Dios su espíritu y retrigere su sepulcro con las copas suaves de su benignidad, en día lunes 3 de jawal del año 713. Llévelo Dios á las más altas mansiones de los justos, por la verdad de la ley, y bendiga á los que queden de su casa. Bendiga Dios á nuestro señor y á nuestro dueño Mohammed, y á los suyos con bendición cumplida.”

Por el otro lado de la piedra se grabó una inscripción en verso en que se rogaba á Dios le concediese el premio de sus virtudes; que refrigerase con benignas auras su sepulcro; que le regase con apacible rocío y liberales nubes de clemen-

(1) 1314 de Jesucristo.

cia; que le vistiese y adornase de las preciosas vestiduras de su misericordia, y que le colocase en las eternas y felices moradas del paraíso.

Farecía que ocupando ya Abul Giux-Nazar, legítimamente el trono por la muerte de su hermano Mohhammed III, debían desaparecer los partidos; pero no fué así: la codicia del mando y de los altos empleos del gobierno, traían enemistados y divididos á los principales caballeros de Granada, y vueltos todos contra el wazir ó primer ministro del rey Mohhammed-aben Al-Hagib, hombre astuto y cruel, causa de las grandes alteraciones que hubo en su tiempo, y particularmente de la ruina del rey Nazar.

Porque Al-Hagib, en su desmedida ambición, tenía alejados del palacio á los principales señores de Granada, para que ninguno se procurase la gracia del rey, y desterraba á los unos é injuriaba á los otros, hasta el punto de que fueron ya tantos los ofendidos, que formaron bando para destruirle, y destruir, si era necesario, al rey Nazar que le protegía.

Volvieron otra vez á alentar las pretensiones del joven hijo del walf de Málaga, cuñado del rey, y le ofrecieron la corona.

Abul Walid aceptó; se puso en inteligencia con los conjurados, y el walf su padre envió á Granada ciertas gentes que levantaron un motín, pidiendo la cabeza del wazir Al-Hagib.

Pero el rey le amaba; salió, habló á los amotinados y pudo por el momento conjurar el peligro. Castigóse imprudentemente á algunos, y esto fué origen de una sedición más respetable. Muchos caballeros de Granada huyeron á Málaga, incitaron al walf á que se rebelase contra Nazar, y al fin lograron que su hijo Abul Walid partiese contra Granada acaudillando una hueste numerosa.

Al saberse esto, Granada se dividió en bandos; robábanse y matábanse los unos á los otros, y saciaban mutuamente sus odios y sus venganzas. Una noche entera duró este conflicto, y al amanecer, los que llevaban la peor parte abrieron las puertas del Albaicín á Abul-Walid, que se apoderó de la Alcazaba vieja.

Abul-Giux-Nazar se fortaleció en la Alhambra, donde le cercaron los soldados de Abul-Walid.

Viéndose perdido Nazar, envió cartas al rey don Pedro de Castilla que se encontraba en Córdoba, pidiéndole socorro; pero por pronto que el rey castellano entró en tierras de Grana-

da, tuvo tiempo el walf de Málaga para estrechar á Nazar y obligarle á rendirse, con la condición de que su sobrino Abul-Walid-Abu-Said, ya rey, le cediese la ciudad de Guadix y su comarca, y seguridad y perdón para los que habían seguido su bando.

Concediólo todo en la alegría del triunfo el nuevo rey; partió Nazar para Guadix, y el rey don Pedro de Castilla, sabiendo estas nuevas, que ya su ayuda era inútil á Nazar, se volvió; pero no sin talar y saquear cuanto encontró á su vuelta, apoderándose de la fortaleza de Huete.

Nazar vivió tranquilamente en Guadix algunos años sin dar oídos á los consejos de los que le incitaban á que procurase recobrar su corona, y murió tranquilo, resignado con su suerte.

Trajeron su cadáver al panteón de la Alhambra, y el rey mandó se le dedicase esta inscripción:

“Este es el sepulcro del sultán alto, poderoso, ilustre, de muy gran casa, descendiente de los reyes muy nobles, de la más preciada prosapia de los excelentes Al-Ansaríes, el más alto de linaje, esplendor real y defensa invencible de los suyos. El cuarto de los reyes de Beni-Nazar, defensores de la ley y de la dirección, escogidos celadores laboriosos en el camino de Dios, el rey clemente con los hombres, liberal entre los liberales, en su bondad noble generoso, bien intencionado, santo, misericordioso, Abul-Giux-Nazar, hijo del sultán alto, emperador, ilustre defensor, rey justo, inclito, humano defensor de la ley del Islam, aniquilador de los idólatras, el favorcido, el vencedor, el piadoso, el santo príncipe de los fieles Abu-Abd’Allah, hijo del sultán noble, rey, honor de los hombres, caudillo de los fieles, rey de los que temen á Dios, y de los bien intencionados, depósito fiel de la tradición y palabras del Islam, amparo de la religión y de la fe, el vencedor por Dios, el victorioso; por la gracia de Dios, el santo, el misericordioso príncipe de los musulimes, Abu-Abd’Allah-aben-Nazar: sálvele Dios y cúbrale con su misericordia y su clemencia, colóquele en morada de santidad, escríbale entre aquellos con quienes se complace.

“Fué su nacimiento día lunes 24 de la luna de Rahmazan el grande, año de 686 (1). Fué jurado en día viernes 2 de jawal, año 708 (2), y mu-

(1) 1287 de Jesucristo.

(2) 1309 de Jesucristo.

rió, sepultado la noche del miércoles 6 de la luna de dilcada, año de 722 (1). Alabado sea el rey de la verdad, el claro heredero de la tierra y de lo que hay sobre ella, que El es el mejor de los herederos."

Y por el otro lado se leía la siguiente inscripción en verso:

"¡Oh sepulcro del generoso! Sobre tu polvo caigan nubes celestes de amparo, de misericordia y de paz; en su estrado se oiga siempre la bendición á un noble rey, generoso de los más generosos; delicia del género humano, bondad de corazón sobre todas las criaturas; caridad, manantial perenne de gloria, seas feliz con Nazar, el cuarto de los reyes de Beni-Nazar, defensores del Islam. Desde el lucero de la religión, desde el alba de la ley, fué su trono de ellos el mejor amparo de las criaturas. ¡Oh, Señor de la bondad y de la humanidad! tu casa fué mina de juicio, de prudencia, de virtud y de beneficencia, y hallaron en ti lo que deseaban cuantos tuvieron la suerte de conocerte y acercarse á ti, la nobleza y excelencia del orbe; el resplandor de la bondad en su cara, como la luz del día que quita las sombras. Nunca estuvo la luna en más perfecto y hermoso plenilunio: los altos méritos de Abul Giux dan de sí olor vivo como el mosco precioso se descubre á un ensellado bote. Cúbrale Dios con su misericordia, con lo cual se sirva ponerle en la eterna morada de las delicias."

Abul-Walid-Abu-Said no pudo destruir los bandos á beneficio de cuya lucha había subido al trono: habíanse acostumbrado los magnates de Granada á disponer del poder real y á no concederlo sino á aquel que más favorecía su ambición: pero como eran muchos y los altos empleos del reino no bastaban para contentar á todos, se dividían, se hacían la guerra, andaban en perpetuas intrigas y conspiraciones, y el rey para entretenerlos se veía obligado, ya que no podía darles otra cosa, á llevarlos continuamente contra las fronteras cristianas, de las cuales se volvían generalmente cargados con una rica presa.

Pero esto tenía sus inconvenientes: no siempre los de Granada alcanzaban victoria: habíanselas con los fronteros cristianos, que de padres á hijos estaban avezados á la guerra: entre estos desastres, fué uno la batalla de Hins-Aila, por

otro nombre de Fortuna, donde los fronteros de Martos hicieron un horrible destrozo en los muros de Granada, y poco después los castellanos tomaron con horrible estrago la fortaleza de Tiscar, obligando á rendirse con mil y quinientos hombres al valiente alcaide Muhamad-Hamdum.

Con tales reveses, con los partidos cada día más enconados dentro de su reino, Abu-Walid empezó á recelar de su fortuna y á sentir remordimientos.

Parecióle que lo que le acontecía no era otra cosa que un castigo de Dios por la traición que había obrado con el otro rey Abul-Giux-Nazar, que le estaba reservada igual suerte, y que sólo venciendo á los enemigos de Dios podría alcanzar el perdón de sus pecados.

Por eso el rey estaba triste: por eso de una manera tan sombría, en medio de la pompa de su majestad, salía por la puerta del Juicio de su alcázar de la Alhambra contra los cristianos.

III

Tenía además el rey Abul-Walid otra razón para estar triste y apenado.

Esta razón era un sueño.

Un sueño tenaz de amores.

Durante siete noches consecutivas, y después de un letargo profundo, había visto brillar un punto rojo en medio de las tinieblas de su letargo, ensancharse aquel punto, extenderse como un velo de sangre, y luego aquel velo ir cambiando de color hasta volverse de color de rosa, y trocarse al fin en un espacio diáfano circundado de una luz blanca, radiante y dulce.

En medio de aquel espacio había visto cada una de las noches aparecer una figura pequeña, y apenas perceptible, acercarse, crecer, mostrár al fin las formas de una doncella joven y hermosa que se acercaba con la túnica flotante como una nube impelida por el viento, al diván donde reposaba el rey.

A medida que la doncella se acercaba, el rey sentía ir creciendo un delicado y fresco perfume que parecía emanado de ella, y luego veía claramente sus ojos negros amorosamente fijos en los suyos, y sus flotantes cabellos que semejaban ebras de oro, y su frente blanca como el marfil, y cándida y pura como la mirada de la joven tortolilla que aún no ha amado: veía sus hombros y su garganta desnudos, nacarados, palpitantes; sus manos y sus brazos en una actitud

(1) 1312 de Jesucristo.

de pudor sobre su seno, y sus pequeños pies que cubría y descubría caprichosamente la flotante halda de la túnica.

Luego el semblante de la doncella, con los ojos nublados de amor y la fresca y fragante boca entreabierta en un leve suspiro, se acercaba al semblante del rey; pero cuando el rey iba á besarla, la virgen desaparecía, y sólo quedaba ante el rey, brillando entre las más densas tinieblas, una cruz de sangre y fuego.

IV

A la primera noche que el rey vió esta visión, despertó encendido de amor y transido de terror.

Túvolo al fin por delirio de su pensamiento, y volvió á reclinarse en los almohadones de su diván.

Pero no logró dormirse.

Veía fijos en él los ojos de la doncella soñada; aquellos ojos que le brindaban amor, y su boca, aquella boca que le prometía delicias.

Al alba se levantó, y ansioso de olvidar el sueño que le atormentaba, salió de caza; pero en el monte, en el valle, en la selva, en el altozano, en las márgenes del río y en el arenoso fondo de los barrancos, en el fondo melancólico de las espesuras, y en el obscuro antro de las grutas, allí, en todas partes veía á la hermosa doncella flotando delante de él; y cuando irritado por la visión tendía hacia ella su arco en el furor de su delirio, la visión de amores desaparecía, y quedaba en su lugar una cruz de sangre y fuego.

Durante siete noches el rey vió en sueños á la doncella misteriosa, cada vez más pura, cada vez más enamorada, cada vez más resplandeciente.

Durante siete días que salió á caza pretendió borrar la impresión de su sueño en medio de la luz y del aire de los campos y de las montañas, vió en la luz á la doncella enamorada, en la sombra la cruz de fuego, y el aire le trajo el perfume suavísimo que, como emanación de la doncella misteriosa, respiraba en sus sueños.

V

Vivía en la torre de las Siete bóvedas, en una habitación alta que le había concedido el rey, un astrólogo viejísimo; y tanto, que nadie se atrevía á calcular los años de su vida.

Era calvo; tenía el semblante arrugado como

un pergamino viejo, sobre el cual ha secado el sol la lluvia; sus ojos pequeños y redondos apenas se veían cubiertos por las largas cerdas de sus cejas, que de una manera extraña caían delante de ellos como un velo; su nariz larga y afilada sobresalía duramente de unas mejillas salientes, cubiertas de una piel árida y de color verdoso; su barba era larguísima, cana, de color impuro, y su túnica caía hasta cubrir sus pies en una larga plegadura, como podía haber caído sobre un armazón de caña.

Aquel viejo no había venido de ninguna parte, ó á lo menos no se sabía de dónde había venido.

Una noche los guardas de la torre de las Siete bóvedas vieron en los ajimeces de la parte más alta de la torre un resplandor sanguíneo, y vieron á la luz de la luna salir un humo espeso y luminoso por las ventanillas de la cúpula.

El alcaide de la torre avisó de ello al alcaide de palacio, el alcaide de palacio al wazir del rey, el wazir á Abul-Walid.

El rey mandó á su wazir, Masud-Almocharaví que fuese á ver lo que era aquello, y fué el wazir; y cuando llegó á la parte alta de la torre encontró al viejísimo astrólogo, que meditaba sobre un cuadrante tendido en una estera.

Maravillóse el wazir de ver aquel espectáculo, y de la misma manera se maravilló el alcaide de la torre.

Aquel viejo imponía espanto.

Además, las alfombras, los pebeteros, los divanes, las labores de aquella rica habitación donde el rey solía pasar algunos momentos, habían desaparecido: quedaban en su lugar unas paredes negras y lustrosas, cubiertas de pinturas de extraños animales y de caracteres desconocidos, rojos los unos; blancos, verdes ó azules los otros: en tablas á lo largo de los muros se veían redomas, craneos y hosamentas de hombres y animales, arrugadas pieles de serpiente, y enormes libros amarillos apilados en los ángulos y arrojados por el suelo.

A un lado había un hornillo, y sobre los carbones apagados se veía una enorme ampolla de vidrio, que contenía un licor negro viscoso.

—¿Qué hombre es ese?—preguntó el wazir, que era muy soberbio, al alcaide, desdeñándose de dirigir la palabra al viejo—: ¿cómo ha entrado aquí? ¿por qué has permitido que haga tal transformación en este aposento que era una alegría?

—¿Sabes tú cómo ha venido tu alma á tu cuerpo, ó cómo se separará de ella?—dijo el viejo con voz ronca sin levantar los ojos de su cuadrante, y mientras el alcaide guardaba un silencio de asombro.

—¿Es decir—dijo Masud-Almoharaví—que tú has venido á ser el alma de la torre?

—¡Tú lo has dicho!—exclamó el viejo.

—Pero ¿cómo le habéis dejado entrar tú y los tuyos?—dijo con irritación el wazir al alcaide.

—Nosotros, excelente señor, no hemos visto á este hombre ni yo ni mis soldados. Como has visto, las escaleras y las puertas que hasta aquí conducen estaban cerradas: las llaves las tiene el rey, y tú has traído esas llaves; ese hombre sólo ha podido entrar aquí por el aire, y aún así invisible; porque ni yo ni los míos le hemos visto entrar.

—¿Quién eres?—dijo con desabrimiento el wazir al viejo.

—Quiero contestarte—dijo el viejo levantándose y dirigiéndose al wazir—, aunque tu soberbia merecía que no te diese contestación: yo soy Abu-Jacub-Al-Hakem-Billah (1).

—¿De dónde has venido?

—¡De la eternidad!—contestó huecamente el sabio.

Irritóse el wazir, porque no era hombre á quien se dominaba con facilidad, y acostumbrado á la adulación de los más grandes señores, le sentaba muy mal la audaz manera de aquel viejo decrepito.

—¿Será que quieras que yo te envíe á la eternidad haciéndote morir azotado por los frenos de los caballos de la torre?

—De la eternidad vengo y á la eternidad voy—dijo el viejo sin dar muestra del más leve temor—; y no serás tú ciertamente el que á la eternidad me envíe. He venido aquí, porque esta es la única parte del mundo que me quedaba que visitar, y deseaba ver este alcázar maravilloso y esta ciudad de delicias: me he aposentado donde me ha convenido, y me he hecho huésped de Granada, sin meterme á averiguar si le placería ó no: como estoy acostumbrado á vivir á mi gusto, y me desagradaban los adornos afeminados, las inscripciones de amor que se veían en esta cámara, la he preparado para mi uso como mejor me ha convenido. Además, como me gusta conocer las personas en cuya casa vivo, me ocu-

paba en levantar el horóscopo del rey de Granada, y en averiguar cuánto tiempo estará levantado este alcázar sobre la tierra. Por lo demás, todo lo que pretendas en contra mía es inútil; quédate ó vete, como mejor te plazca; si quieres puedes decir al rey que si viene á visitarme le recibiré, y que si no quiere venir irá á buscarle. Te he dicho cuanto te tenía que decir.

Y el viejo se reclinó de nuevo en la estera, y volvió á consultar su cuadrante.

—¿Qué haces?—dijo con irritación el wazir—; ¿así crees que puedes burlarme?

—Estoy leyendo una parte oscura de tu pasado—dijo el viejo sin levantar los ojos del cuadrante—. Por ejemplo, estoy leyendo el nombre de Abul-Fath-Nazir-el-Ferih, tu predecesor en el empleo de wazir del rey.

Púsose pálido Masud-Almoharaví, y mandando al alcaide que se retirase, se quedó solo con Al-Hakem-Billah.

—Sí—continuó éste—; “veo el nombre del pasado wazir sobre una tumba, acompañado de pomposos elogios; la enemistad no pasa del sepulcro, y la hora de la muerte de un hombre es también la hora en que le elogie su enemigo. Veo dentro de esa tumba un cadáver corroído por un tósigo voraz; averiguando de dónde ha salido ese tósigo, veo un cervatillo humeante sobre una fuente de plata; esta fuente está puesta sobre una mesa, en que hay pan candéal y frutas y confituras, y licores malditos por Dios y prohibidos á sus creyentes. A ambos lados de la mesa veo dos hombres; el uno es el muerto del sepulcro, pero vivo y lleno de salud y robustez; es Abul-Fath-Nazir-el-Ferih; el otro es un hombre pálido, soberbio, que se domina mal, que encubre mal el odio que siente hacia el que está sentado frente á él; ese hombre eres tú, tú mismo; pero diez años más joven. La habitación donde estos dos hombres están, forma una parte de un hermoso carmen situado en las angosturas del Darro; por último, un hermoso sol de primavera hace pasar sus rayos por los cristales de colores de las ventanas de la cúpula, bajo la cual estáis sentados, teniendo en medio una mesa, tú y el anterior wazir.”

La altivez de Masud-Almoharaví se había desplomado, y pálido y convulso escuchaba, sin ser poderoso á pronunciar una sola palabra, al sabio Jacub.

—Es mucho, es mucho lo que veo—añadió el viejo sin mover los ojos del cuadrante—; en un

(1) El padre Jacob, el sabio por Dios.

bellísimo retrete del mismo carmen, hay reclinada en un diván, y sencillamente vestida, una niña de quince años.

¡Y qué hermosa es!

¡Pero también cuán terrible!

El espíritu del mal ha llenado su corazón, y en su boca, que todavía no han marchitado los años, es ya fingida la sonrisa.

El hombre que habla con el wazir Abul-Fath-Nazir-el Ferih, tú, es un envenenador que se finge amigo de su víctima; la niña que allá en su retiro revuelve pensamientos ambiciosos, es una envenenadora, una parricida, un arcángel condenado, que ha servido tranquila á su padre el plato funesto, y se ha retirado después.

El temblor de Masud-Almoharaví crecía; su palidez se había hecho lívida.

—De los dos amigos—continuó el viejo—, el uno comió del manjar envenenado; el otro se disculpó con haber satisfecho con los otros manjares anteriores su apetito, y no comió.

Al día siguiente apareció muerto en su lecho el wazir Abul-Fath-Nazir-el-Ferih; y sus asesinos, afectando gran sentimiento, se presentaron vestidos de luto al rey Abul-Walid.

Tú llevabas á Ketirah, á la parricida, asida de la mano; tú fuiste quien levantaste de su frente de virgen maldita, el velo tras el cual debía ver el rey la condenación de su alma; porque el rey se enamoró de Ketirah.

Pero Ketirah era ambiciosa, y exigió el puesto de la sultana.

Tú, á quien el rey había hecho su wazir; tú, que eras el tercero en los amores del rey con la hija del difunto wazir, hiciste que aquel obstáculo desapareciese: la sultana Aleidah murió por haber aspirado demasiado la fuerte fragancia de un ramillete de flores.

Ketirah fué sultana; pero no sé qué señales vieron los parientes de la sultana Aleidah en su semblante, que sospecharon, y sospecharon de ti... porque tú eras quien habías presentado al rey la hermosa Keteirah, la tentadora hija del wazir difunto, y Ketirah, por muerte de Aleidah, había llegado á ser sultana.

Los bandos de Granada se han aumentado con un bando más: con los parciales de Mohammed-aben Ismail, hijo del walf de Algeciras, primo del rey Abul-Walid, y primo también de la difunta sultana Aleidah.

Para desdicha tuya, y digo desdicha, porque tus enemigos son temibles, el joven Mohhammede

es ambicioso; hace mucho tiempo que tiene puestos los ojos en la corona de Granada, y amaba además de una manera desesperada á la difunta sultana Aleidah; tú eres un obstáculo á su ambición, y sabe ó cree que tú eres el asesino de Aleidah.

De modo que es muy posible que en vez de morir yo al rigor de los azotes con que querías castigar en mí un pretendido delito, caigas tú bajo el puñal de los que ven en ti al acusador de dos infames y cobardes asesinatos.

¡Es mucho! ¡es mucho lo que he visto al consultar tu horóscopo!

—¿Y me matará el hijo del walf de Algeciras?—dijo con acento trémulo el wazir.

—No; morirás como has matado.

—¡Ahl! ¿y cuándo?

—Tendrás tiempo para poner en el trono al hijo primogénito de tu señor.

—¿Pues qué, va á morir el buen rey Abul-Walid?

—¿Acaso pretendes que el rey sea eterno?

—Pero es joven.

—La muerte no cuenta los años.

—¿Y cómo morirá el rey?

—Más te importa saber cómo morirás tú.

—¿Y yo?...

—Ya lo sabrás.

—¿Nada más me dirás?

—Nada.

—¿Qué quieres que diga al poderoso Abul-Walid?

—Dile que en su alcázar está quien es más poderoso que él.

—¿Quieres esclavos que te sirvan, muchachas de ojos negros que te deleiten, perfumes que te embriaguen, manjares que te regalen?

—A lo que vengo vengo, y Dios no me ha enviado á encenagarme en torpezas; ¿crees tú que si yo deseara la mujer más hermosa de la tierra, no la tendría con sólo pronunciar una palabra? ¿Y qué son para mí las mujeres de la tierra, ni los arcangeles del cielo, ni las hurtes del paraíso?

—¿Conque nada puedo darte?

—¿Has visto que alguna vez dé el esclavo al señor, el pobre al rico, el débil al fuerte? Yo soy un águila, tú eres un vencejo. Vete.

El wazir salió sin saber lo que le acontecía y transido de terror.

Dominóse, sin embargo, durante su tránsito hasta palacio, y encontrando en él al rey en la

magnífica sala de las Dos Hermanas, le habló pomposamente del sabio Abu Jacub, le encareció las maravillas de la transformación que había notado en la torre, y tanto, que cuando el rey quedó solo, dijo profundamente pensativo:

—Dicen los hombres de Dios, y yo lo tengo por cosa cierta, que Satanás anda siempre alrededor de los palacios de los reyes, y que algunas veces se aposenta en ellos y se hace visible.

¿Será ese astrólogo Satanás?

¿Y si es, qué quiere?

¿No soy un rey temeroso de Dios?

VI

Abul-Walid fué á visitar aquella noche al viejo astrólogo, que de una manera tan extraña y sin pedirle licencia se había aposentado en la mejor cámara de la torre de la puerta de su castillo real, y que tan á su gusto había transformado el interior de aquella cámara.

Abu-Jacub-Al-Hakem había prometido en una y otra entrevista al rey, levantarle figura y descifrarle en el astrónomo; pero con el pretexto de que las conjunciones planetarias no eran propicias, alegando otras veces excusas plausibles, el rey no había logrado saber ni una sola palabra acerca de su destino por boca de Abu-Jacub.

Pero cuando se vió afligido por la ardiente visión, que tentadora y misteriosa se había repetido para él siete noches consecutivas, el rey, no pudiendo resistir más, se trasladó una noche á la torre de las Siete bóvedas, y se entró resueltamente en la vivienda de Abu Jacub.

—Sé á lo que vienes—dijo éste.

—Pues bien, puesto que te he honrado en mi corte, que todos te reverencian y que te llamas mi astrólogo, desciframe mi sueño.

—Ese sueño es una tentación, rey Abul-Walid; una tentación que pone á prueba tu nobleza y tu caridad.

—No te comprendo.

—Vas á comprenderme.

Y el sabio abrió uno de los ajimeces.

—Ven acá—dijo el rey.

El rey fué al ajimez.

—Mira hacia el Poniente.

—Nada veo, es la noche muy oscura.

Abu-Jacub tocó los ojos del rey.

—Vuelve á mirar—dijo.

—Veo las fronteras de mi reino y la villa fronteriza de Martos.

—Mira aún.

—Veo una casa de solar cristiana: sobre su puerta, en un blasón, hay una cruz roja.

—¿No has visto una cruz roja en tu sueño?

—Sí.

—¿Y no crees que esa cruz roja que se ve sobre el blasón de la casa del corregidor Sancho de Arias, tiene relación con tu sueño?

—Sí; ¿pero qué quiere decir esa cruz?

—Esa cruz quiere decir que una cristiana causará tu muerte, poderoso rey Abul-Walid.

—¿Es acaso esa cristiana la doncella que yo he visto en sueños?

—Sí.

—Quiero verla.

—Vas á verla en una ocasión solemne: mira. El rey miró.

—Veo un ancho dormitorio: en aquel dormitorio un enorme lecho; en aquel lecho un caballero anciano, con la cabeza cubierta por un vendaje sangriento y expirante.

A un lado del lecho hay un faki cristiano leyendo en una Biblia; al otro lado una mujer sencillamente vestida, vuelta de espaldas, que parece orar y tener asidas las manos del herido.

—No veo á la mujer de mis sueños—dijo el rey.

—Sí, por cierto: es esa que está vuelta de espaldas; como se encuentra replegada sobre el lecho, no puedes admirar su gentileza; pero tiempo tendrás de verla.

—¿Y qué significa lo que allí sucede?

—Significa que el buen corregidor Sancho de Arias muere á consecuencia de heridas.

—¡Heridas!

—Sí, heridas recibidas hace tres días en las fronteras de tu reino.

—No tengo noticia de ningún encuentro con los cristianos.

—Tu alcaide de Loja, que intentó una algaría sobre la frontera, ha sido vencido, y como prudente no te ha dado noticia de su desastre: ha dejado sobre la frontera cristiana la flor de sus caballeros muertos á manos de los vecinos de Martos, á quienes acaudillaba su corregidor; pero el desdichado no gozó el triunfo; recibió algunos hachazos en la cabeza de manos del tremendo Alí-Athar, tu alcaide en Loja, y hélo ahí expirante. Escucha lo que se habla en esa habitación.

—Nada oigo—dijo el rey—: la Vega y las montañas están envueltas en el más profundo silencio.

Tocó Abu-Jacub los oídos del rey, y repitió.

—Escucha.

—Oigo al fakí cristiano rezar en rummy (1); oigo el sobrealiento y la fatiga del herido que está dominado por un letargo.

—Escucha aún.

—La mujer llora.

—Y el herido despierta y parece que cobra aliento, como si le ayudara la mano de Dios.

El rey siguió escuchando.

He aquí lo que el rey oyó:

—Padre—dijo el herido: Sé que voy á morir, y que necesito de vuestro auxilio y de vuestra presencia; pero veo á mi lado á mi hija; siento su mano sobre mis manos, y recuerdo que antes de morir necesito confiarla un importante secreto que sólo sabe Dios... y yo; y que sólo ella debe saber. Dejadnos solos, padre mío, que cuando haya concluido con este último deber que me prescribe mi conciencia, volveré á ampararme de vos.

El fraile salió.

Quedaron solos el anciano que moría, y la joven que de verle morir lloraba.

XII

—Levántate y siéntate al lado de mi lecho, María—dijo Sancho de Arias.

Al levantarse María, al sentarse, dejó ver al rey Abu Walid su semblante.

—¡Es ella! ¡Es ella! la hermosísima y casta virgen de mis sueños de amores—exclamó el rey.

—Escucha—dijo secamente Abu-Jacub al-Hakem.

—Tienes quince años, María—dijo el moribundo.

—Pluguiera á Dios que no hubiera nacido, señor, si había de veros en tan miserable estado.

—Muerdo como debe morir un cristiano y un caballero—dijo Sancho de Arias, defendiendo á mi Dios, á mi patria y á mi rey. Además, que ya mis años son muchos, y confío en que Dios en su misericordia me reciba en su seno; como hombre he cumplido con arreglo á la ley de Dios; como ministro del rey, la vara de la justicia no se ha quebrado ni torcido en mis manos; respectó á mis semejantes, tú eres una prueba de que he tenido caridad hasta para con mis enemigos.

—¡Yo, señor!...

—Sí; ha llegado el solemne momento en que lo sepas. No eres mi hija.

—¡Pues de quién soy yo hija, señor!—exclamó María.

—Eres hija de moro; de un infiel del reino de Granada.

—¡Ah, señor!

—La verdad es dura, pero es necesario que la sepas. Hace diez años era yo alcaide por el rey del castillo de Alcaudete. Tenía una buena esposa y dos hijas tan hermosas como tú tan puras como tú, como tú tan buenas. Llamóme por entonces el Adelantado de Jaén, y obedeciendo como debía, acudí á su llamamiento.

Apenas había llegado á las puertas de Jaén, cuando la campana del castillo fronterizo de la Guardia empezó á tocar apresuradamente á rebato.

Poco después, y cuando acababa de entrar en casa del Adelantado, llegó un corredor cubierto de sudor, de polvo y de sangre, y mi corazón al verlo se heló. Era un vecino de Alcaudete; los moros habían pasado la frontera en número formidable, habían embestido la villa y el castillo, y los habían entrado á sangre y fuego; los vecinos, sorprendidos, apenas habían tenido tiempo de huir, y los que quedaron dentro fueron degollados.

A aquella noticia, los vecinos de Jaén, los de la Guardia, los de los lugares cercanos, corrieron á las armas; juntóse un escuadrón de infantería con cuatro bandéras y doscientos rocines, y todos marchamos desalados en socorro de Alcaudete.

Pero llegamos tarde; los fugitivos que se nos unían nos daban noticias aterradoras; los moros habían saqueado la villa, la habían puesto fuego, habían degollado á los hombres y á las mujeres viejas, y se habían llevado cautivas á las mujeres jóvenes y á las niñas.

Cuando yo entré en el castillo, lo primero que hallé fué el cadáver de mi esposa: más allá mis dos hijas abrazadas y muertas al pie del muro, debajo de una ventana: según las señales, las desgraciadas se habían arrojado por aquella ventana, prefiriendo la muerte de los mártires á la deshonra y al alejamiento de la ley de Jesucristo entre los infieles.

El anciano pronunciaba estas palabras con voz lenta y lúgubre, pero de una manera terrible, sin derramar una sola lágrima.

(1) En romano; esto es, en latín.

El rey Abul-Walid, desde la torre de las Siete Lóvedas, avanzando al ajimez, pálido, anhelante, con los ojos inmóviles, presenciaba aquella escena que pasaba tan lejos de él, de la misma manera que si hubiera estado en el aposento donde el corregidor de Martos moribundo hacía aquella revelación á la misteriosa virgen de sus sueños, y lo oía y lo veía todo por virtud de la ciencia de Abu-Jacub Al-Hakem.

—Yo juré—continuó el anciano—, sebr la sangre de las prendas de mi alma, vengarlas de los infieles, y desde entonces acometí en continuas correrías las fronteras del reino de Granada; asalté aldeas, las puse á sangre y fuego, y no me hartaba, no me hartaba de sangre, porque toda me parecía poca para vengar la de mi esposa y la de mis hijas.

Una noche... una noche lóbrega y terrible pasé la frontera, y me acerqué por atajos y trochas á la villa de Yllora.

En su castillo habia fiesta: un príncipe moro habia ido á aquel pueblo á gozar de la pureza de sus aguas y de sus aires, y á recobrar la salud quebrantada: le divertían con una zambra.

Los moros, descuidados, sin recelar que hubiese peligro en una fortaleza en que se encerraban centenares de hombres llevados por el príncipe infiel en su guarda, no velaron como debían en las murallas: mis buenos fronteros arrimaron en silencio sus escalas á los muros, y treparon y saltaron dentro del castillo, y yo delante de ellos.

Un momento después los cantos moriscos se habían convertido en gritos de combate y ayes de agonía. Sorprendidos los moros, creyendo tener sobre sí todo el ejército de Castilla, huyeron despavoridos, y yo y mis gentes nos cebamos en su alcance. Fué una buena carnicería de infieles, que llenó de luto á Granada, y la presa magnífica; porque el príncipe moro habia llevado consigo grandes riquezas en muebles, en tapices, en joyas y en dinero. Pero el principal tesoro que encontré fuiste tú, María.

—¡Yo!—exclamó la joven.

—Sí; cuando ya cansados de matar y de amontonar riquezas nos retirábamos, al pasar por delante de una cámara oí el triste llanto de un niño abandonado.

Entré. En una magnífica cuna, cubierta de amuletos, según el uso moro, vi una niña, que al acercarme yo me tendió sus bracitos.

—Y ¿qué daño ha hecho á nadie esta infeliz

criatura?—me dije.—No permita Dios que yo tiña mis manos en sangre inocente, ni que robe un alma al cielo.

Y te tomé en mis brazos, y te llevé sobre el caparazón de mi caballo á Alcaudete, y te mandé bautizar, y te llamaste María, en ofrenda á la santa Virgen, y te adopté por hija; y pensando yo en que algún día serías mujer y amarías.

—¡Ah señor!

—Sí; que amarías. . y has amado; amas...

—Es verdad.

—Amas á un buen hidalgo, á un valiente; á un mozo temeroso de Dios: á Gonzalo Núñez.

—Es verdad—dijo María ruborizándose.

Al escuchar Abul-Walid que María amaba los celos, y unos celos crueles, vengativos, llena, ron su alma.

—¡Arra!—exclamó roncamente:—¡ama la hermosa virgen de mis sueños!

—Pero tú matarás su amor:—dijo con un acento singular el sombrío Abu-Jacub.

—Escuchemos, escuchemos—dijo el rey.

Sancho de Arias y María habían guardado por un breve espacio silencio: él como quien cansado reposa para tomar nuevas fuerzas; ella dominada por lo solemne de la revelación del anciano moribundo.

—Amas, y yo apruebo tu amor: Gonzalo Núñez es digno de ti y tú eres digna de él. Yo he conocido vuestro amor, aunque me lo has ocultado.

—¡Ah señor! El es muy pobre, y esperaba á que el rey le diese un oficio para poder casarse conmigo.

—Sí; él es pobre, tú eres rica, María.

—¡Rica yo!

—Sí; ya te he dicho que cuando te adopté pensé en que un día serías mujer, en que amarías, en que te casarías, y quise que tuvieses una buena dote: pensando en esto, guardé para ti un tesoro que encontré en la habitación donde habías quedado abandonada.

—¡Un tesoro!

—Sí; y un tesoro de inestimable valor. Busca debajo de mi almohada. Encontrarás una bolsa.

—Hela aquí—dijo María sacando de debajo de la almohada una bolsa de seda á manera de saco, cerrada por dos cordones.

—Abre la bolsa y toma una llave que encontraras en ella.

María sacó de la bolsa una pequeña llave.

—Abre ahora aquel armario, dijo el anciano

señalándola uno que había al fondo de la alcoba.

La joven se levantó, fué al armario y le abrió.

—Está vacío—dijo.

—No importa, tira hacia ti de la primera tabla; sácala.

María desencajó la tabla.

—Mira bien al fondo del armario—dijo Sancho de Arias —¿Qué ves?

La joven miró con ceidado.

—Veo un cajón muy encajado y muy disimulado, y en el centro de él un agujero.

—Mete la misma llave del armario, y tira.

María tiró.

—Saca lo que encuentres dentro.

María metió la mano en el cajón y encontró otra bolsa de seda, pero más grande que la que había encontrado bajo la almohada, y pesadísima con relación á su volumen.

Aquella bolsa estaba también cerrada con un cordón, y en un papel cosido á ella estaban escritas estas palabras: "Dote de María."

Además, la bolsa estaba recamada con arabescos de oro y plata.

—Abre la bolsa—dijo el moribundo—y mira lo que contiene.

Abrió la bolsa María, metió la mano, encontró un objeto y le sacó.

Era un largo y pesado collar de gruesas perlas con broché de diamantes y rubies, y en el centro, pendiente de la perla más gruesa, una cruz de oro cubierta de diamantes.

—¡Oh, Dios mío!—dijo la joven—¿y habéis pasado estrecheces, señor, teniendo esta rica joya?

—Era parte de tu dote; pero aún queda más.

La joven metió la mano y sacó dos magníficos brazaletes cincelados, esmaltados, cuajados de pedrería, que estaban unidos el uno al otro por una cinta de seda.

María miró sin codicia aquellas dos admirables joyas, como sin ella había mirado el collar, y las puso junto á éste á los pies del lecho del moribundo.

Volvió á meter la mano, y sacó dos arracadas tan ricas y tan maravillosas como el collar y los brazaletes; sucesivamente sacó veinticinco sortijas de grande precio atadas en una cinta, dos ajorcas y un ceñidor de oro, perlas, diamantes y rubies.

El aderezo completo, por último, de una mora riquísima, de una sultana.

Todas aquellas joyas puestas sobre el lecho de

Sancho de Arias, brillaban, relucían, arrojaban destellos fúlgidos al recibir la móvil luz de la lámpara que alumbraba el dormitorio.

—Como ya te he dicho—continuó el moribundo—, esas joyas las encontré en la misma habitación en que tú estabas, en un arca en que había ropas de mujer, que no tomé por embarazosas: su valor me maravilló; pero lo que me maravilló más, fué el ver en la casa de un infiel la hermosa cruz del cellar. ¿Qué mujer podía haber llevado aquella alhaja? ¡Sábelo Dios; pudo ser tu madre.

—¡Mi madre!

—Dios lo sabe.

—¿Pero no sabéis quiénes fueron mis padres?

—Por la habitación en que te encontré, por la cuna en que estabas, por los amuletos que te cubrían á la usanza mora, juzgué que debías ser hija de aquel príncipe moro que había escapado al verse sorprendido por mis fronteros... Pero después nada supe. ¿Y qué te importa? Vale más que pasés como hija de un hidalgo honrado y cristiano, que no que sepan que eres hija de un infiel, por más que este infiel fuese príncipe, rico y poderoso. Este secreto debe quedarse entre nosotros. Conmigo le guardará la tumba. Guárdale tú si no es que quieres, cediendo á la soberbia humana, aparecer como hija de uno de los grandes de la tierra, por más que ese grande, como infiel, esté desheredado del cielo.

—¡Ah! no, no; yo no tengo vanidad, padre mío; y esas joyas...

—Servirán para asegurar el pan á tus hijos si te casas con Gonzalo Núñez.

—¡Gonzalo Núñez! sabe Dios lo que habrá sido de él. Hace un año, padre, que se despidió de mí: he recibido una sola carta suya, allá desde la frontera de Murcia, donde estaba sirviendo al rey de Aragón, y... no he vuelto á tener noticias suyas. Acaso ha muerto buscando fortuna para ser mi esposo.

—¡Muerto! ¿quién sabe? y en fin, si ha muerto, ha muerto como bueno, como muero yo.

—¡Oh, Dios mío! ¡si eso fuera cierto!...

—Si fuera cierto, sería asunto de sentirlo, pero no de desesperarse. Eres joven, hermosa, rica, y no te faltaría un nuevo amor.

—Pero yo no puedo, yo no debo amar á otro más que á él.

—¡Que no debes!... ¿acaso, María, has sido débil? ¿acaso has olvidado lo que no debe olvidar jamás una dodecella honrada?

—¡Ah! ¡no, no, padre mío!—repuso la joven poniéndose densamente encendida. Vuestra hija no ha olvidado jamás lo que debe á vuestra honra, ni él jamás ha pretendido de mí nada deshonoroso.

Al escuchar estas palabras, el rey Abul-Walid respiró recio, como aquel que se ve libre de un carga, y aprovechando un momento en que guardaron silencio el moribundo y la joven, dijo Abu-Jacob, sin apartar la vista de aquel remoto dormitorio de Martos:

—Amor de niños; amor que pasa con la ausencia, que no sobrevive al amante muerto. Y es posible que su amante haya muerto.

—No, no ha muerto—dijo con acento seco y duro Abu-jacob; aparta por un momento la vista de María y de Sancho de Arias, y fijala en el camino de Castilla, á la frontera cerca de Martos.

—Está la noche muy oscura, y no veo—dijo el rey.

—Mira—dijo el mago tocando de nuevo los ojos de Abul-Walid.

Entonces el rey, á pesar de la obscuridad, vió un largo y estrecho camino, y galopando por él, cerca de Martos, dos jinetes armados de todas armas, caladas las viseras, las lanzas en las cunas y llevando cada uno de ellos sobre la grupa de sus caballos una maleta.

—¿Vienen acaso esos cristianos—dijo el rey—de la frontera de Murcia, á avisar á María de que su amante vive?

—Más que eso: el que cabalga delante con arnés tranzado y espuela de caballero, es el mismo Gonzalo Núñez; el que cabalga detrás es su escudero; lo que llevan en esas dos maletas, oro puro. El amante de María vuelve armado caballero por el rey don Jaime II de Aragón, honrado por sus hazañas y rico por las presas que ha hecho á los moros de Murcia. Síguelos, y verás cómo sin vacilar entran en la villa, cómo antes de ir á su propia casa Gonzalo Núñez llega á la casa del corregidor Sancho de Arias y llana á grandes aldabadas; María le abre, un escudero le dice que su amo está expirando, y el joven, á pesar de lo embarazoso y pesado de la armadura, sube á saltos las escaleras, cruza y atraviesa la sala; ya entra en el dormitorio, y se queda helado de espanto al ver la situación en que se encuentra el que cree padre de su amada.

Escucha ahora, y mira.

—¿Qué es esto, señor?—dijo Gonzalo Núñez

levantándose la visera—: ¿cómo os encuentro así?... ¿pero Dios no querrá?...

—Dios lo quiere, y llegáis muy á tiempo, Gonzalo: Dios os trae: la vida se me acaba, y mi hija va á quedar huérfana.

—No lo será mientras yo viva, señor.

—Sí, vos seréis su esposo.

—¿Cómo, señor! ¿sabéis?...

—Lo sé todo; sé que por su amor habéis ido á buscar fortuna á cambio de vuestra vida.

—Y la he encontrado, señor; vuelvo rico, y alentando la esperanza que vos habéis realizado de que María fuese mi esposa.

—Sí, hijos míos, sí, y escuchad: casáos inmediatamente.

—¿Cómo!—dijo María mientras Gonzalo guardaba un silencio de asentimiento egoísta—: ¿caliente aún vuestro cadáver?...

—Lleva por mí luto en el corazón, no en los vestidos, María; no esperes huérfana y doncella por cumplir con el juicio de las gentes el que pase un año después de mi muerte. Unete á él, y para que tengas una obligación de hacerlo... acercáos, hijos míos, acercáos.

Los jóvenes se acercaron, y el anciano asió sus manos y las unió.

Entonces los dos jóvenes cayeron de rodillas.

—Vuestro padre moribundo os une—dijo Sancho de Arias con voz conmovida y cada vez más débil—: que os bendiga Dios, hijos míos, y que apenas muerto yo... pero, ¿á qué esperar mi muerte?... ¿no hay en la casa un sacerdote?...

Pero como si Dios no hubiera querido que Sancho de Arias llevase á la tumba este consuelo, fatigado en demasía por la conversación que había sostenido, le atacó una tos violenta, se le abrieron las heridas y arrojó un vómito de sangre: tras el vómito vino la muerte.

—¿A qué quieres presenciar los llantos y la desolación de esa casa?—dijo el mago borrando la visión de los ojos del rey que sólo vieron el fondo obscuro de la noche.

—¿Pero se casará la virgen de mis sueños con ese cristiano?—dijo pálido y convulso Abul-Walid.

—No, si tú quieres—dijo el mago—; pero para evitarlo será necesario que levantes tu estandarte, que reunas tus gentes de guerra, y que caigas como una tempestad sobre la villa fronteriza de Martos.

—Caeré, caeré—gritó Abul-Walid—y la don-

cella de la frente, pálida no será de otro, que será mía.

Y arrojando su bolsa al mago, salió de su morada y se precipitó rápidamente por las escaleras de la torre.

—Ve, ve, Abul-Walid-Abu Said—dijo soltando una carcajada horrible el mago—: eres mío: vas á buscar tu condenación en esa mujer.

Incitado, pues, con el amor de María, y con el pretexto de hacer una algara en las fronteras cristianas, salió el rey Abul-Walid por la Puerta del Juicio de la Alhambra desplegado su estandarte de guerra y rodeado de sus caballeros.

VIII

¡Qué hermosa está una virgen cuando se atavía para sus bodas!

¡Qué bello, sobre su frente de azucena, el encendido color del clavel, que enciende un enamorado y misterioso pensamiento!

¡Oh y cuán hermosa estaba María!

Han pasado tres días desde la muerte de Sancho de Arias, y el dolor que esta muerte la ha causado, da á sus ojos, á sus mejillas, á su boca, una dulce languidez que la hace más hermosa.

La impaciencia de Gonzalo ha triunfado, ayudada por el último deseo de su padre, y acaso también por una impaciencia de que ella no quiere darse cuenta.

Se esta engalanando; se está poniendo sobre sus galas las magníficas joyas que había guardado para ella Sancho de Arias.

Les espera el altar: después caerá sumisa y enamorada entre los brazos de su esposo, y al día siguiente guardará aquellas joyas y aquellas galas para vestirse un día u otro.

Pero la virgen no debe ir al altar enlutada: sería un casamiento demasiado fúgubre, al que parecería asistir como un testigo invisible la muerte.

Una anciana, que la ha servido de nodriza, la engalana llorando.

Porque la experiencia fría dice á la anciana que cuando una mujer se casa entra en una nueva vía, á cuyo fin puede encontrar el mayor de los infortunios.

El infortunio del corazón.

Nadie más asiste al atavío de la hermosa.

Sus cabellos destrenzados, sus hombros y su seno desnudos, no la obligan á avergonzarse, porque quien la ve es casi su madre: ha visto

nacer aquellos encantos: nada hay en María que la sea ajeno: la cree su hechura, y la joven no cree que la ven los ojos de otro, porque los ojos de la anciana son como si fueran sus ojos.

Y, sin embargo, hay una expresión de orgullo en los ojos de la nodriza, y...

—¡Qué hermosa eres!—exclama—; ¡dichoso el hombre para quien Dios te ha criado! ¡Oh! ¡qué feliz será!

Y la joven se sonríe y se ruboriza.

Y entre tanto el hombre que va á ser feliz espera impaciente en otra habitación, rodeado de sus deudos y de sus amigos, á que la desposada acabe de ataviarse, y cuenta el tiempo por los latidos de su corazón, y en cada ruido que llega hasta él cree percibir el ruido de los pasos de su amada.

Hace un hermoso día: Dios le bendiga.

El sol ha amanecido más puro que nunca.

Parece que el sol ama también y toma parte en las bodas.

La campana de la iglesia llamaba á la oración.

Los pájaros cantaban en el huerto.

Las brisas de la mañana agitan con blando ruido las enredaderas del balcón.

¡Oh! ¡Qué día tan hermoso!

Y las jóvenes que van á la iglesia á oír la primera misa, dicen con acento de enamorada codicia á su vecina:

—Hoy se casa María, la hija del difunto corregidor.

—¿Con quién se casa?—dijo una vieja.

—Con el hijo de Nuño Núñez; con Gonzalo.

—¡Oh! ¡bendígalos Dios!—dice la vieja—: tal para cual!

Y la noticia cunde por la villa, y hay quien deja el trabajo por ver casarse á la doncella más hermosa de la frontera, con el galán que en toda la frontera se conoce por más gentil y más bravo.

Y hay quien añade:

—El difunto corregidor no ha querido que lo entierren hasta que esté casada su hija con Gonzalo Núñez.

Y otro dice:

—Y ha querido que su hija vaya hecha un asca de oro, con ciertas alhajas que él allá en otro tiempo tomó á los moros. Ya veréis, ya veréis cómo María viene hecha una imagen.

La iglesia se va llenando de gente, y los monaguillos suben á la torre para repicar cuando asomen los novios allá por lo último de la calle

Real, y el sacristán saca el terno más lujoso para el señor beneficiado, y luego cubre de blandones el altar mayor, y manda avisar al organista.

Porque el señor Gonzalo Núñez ha vuelto rico de la guerra, y quiere casarse como un rey, con música y luces, y la iglesia colgada de damasco rojo con espejuelos.

Y cada vez van acudiendo más muchachas engalanadas, y la iglesia se llena, y todos esperan.

Y el rey Abul-Walid-Abu Said, desgarrá entre tanto los ijares de su corcel, y blande la lanza de dos hierros, y mira ansioso el camino adelante, y tras él van sus moros de Granada sus moros, que cubren el camino como una larga serpiente erizada de lanzas, y que corren, corren, vuelan, como el simoum, detrás de su rey, que cabalga el delantero, y de su estandarte real, que ondea junto al pendoncillo de la lanza del rey.

—¡Y corre, corre, que el sol sube!—grita Abul-Walid á su caballo.—¡Corre, que tocan á fiesta las campanas de Martos, y ese toque me espanta! ¡corre, *Lucero* mío, y te regalaré un pretal de oro y te coronaré de garzotas de diamantes! ¡corre, *Lucero* mío, corre, que me roba el cristiano la virgen de la frente pálida!

Y cada moro dice á su caballo:

—¡Corre, corre, que el rey vuela! ¡corre, que allí están las doncellas cristianas y la rica presa, y los cautivos que se truecan por oro! ¡corre, corcel mío, corre, que el rey vuela, y allí en la cercana villa están el amor y la fortuna!

Y pasan como un torbellino y zumban como el huracán, y los labriegos, al verlos acercarse, huyen despavoridos hacia los muros, gritando:

—¡Los moros! ¡al arma la tierra! ¡los moros de Granada vienen en busca de nuestras mujeres y de nuestra plata.

Y allá van los campesinos que huyen, y el rey moro que vuela, y la gente que le sigue.

Y las campanas de la villa siguen repicando.

Y el sol inundando la tierra con su primer esplendor de la mañana.

Y los pájaros cantando en las arboledas.

Y entre tanto, por la calle Real de la villa, hacia la plaza, va María, hermosa y resplandeciente, modesta y pálida, los ojos en el suelo, agitado el seno, pensando á un tiempo en su amor y en su padre muerto; y en aquel otro padre moro á quien no conoce, y en las alhajas

que la adornan, cree sentir el espíritu de su madre.

Y el amor, y el dolor, y la duda, y la ansiedad, hacen correr de tiempo en tiempo dos lágrimas tranquilas por sus mejillas.

Y la rodean dueñas y doncellas, y se asoman á las ventanas para mirarla, y los que la miran y los que pasan por la calle, se paran; la bendicen.

Y las mujeres miran con envidia al novio, y á María, y á sus alhajas.

Y los hombres fijan una mirada de deseo en la novia, y otra de envidia en el novio, que va tras de María, con los ojos fijos en ella, al lado de su padre, rodeado de sus hermanos y seguido de sus amigos y parientes.

Ya llegan á la iglesia, atraviesan con trabajo por entre la gente, se acercan al presbiterio, y se arrodillan en los almohadones.

Y empieza la misa.

Todos callan, todos están de rodillas.

Sólo se oye lento y grave el canto del sacerdote y el órgano que le acompaña.

Pero de repente otro ruido horrible se sobrepone á la voz del beneficiado y á la del órgano.

Un trueno seco, poderoso, concentrado, que retumba en el espacio, y luego otro y otro.

Todos se levantan sobrecogidos, todos se revuelven, todos se confunden, todos quieren huir á un tiempo.

Porque aquel trueno seco, rápido, poderoso, es la voz de las máquinas del exterminio (1).

Los hombres corren á las armas, las mujeres van estremecidas de espanto en busca de sus hijos para huir con ellos, y las jóvenes siguen á sus madres estremecidas como el cervatillo que siente la trompa del cazador y el ladrido de los perros.

La fiesta se ha trocado en combate.

Los fronteros de Martos, á medio armar, sorprendidos, pelean en las calles, desde las casas, desde las torres, con los moros que avanzan, que van llegando hasta el corazón de la villa como un torrente que nada puede contener.

(1) La artillería. Las crónicas árabes dicen, describiendo la entrada en Martos en esta ocasión del rey Abul-Walid, que combatió la ciudad con máquinas é ingenios que lanzaban globos de fuego con grandes truenos, todos semejantes á los rayos de las tempestades, y hacían grande estrago en las torres y muros de la ciudad.

Zumba roncamente la jara, y crujen secas y desapacibles las cuerdas de las ballestas.

Oyese el chasquido de la honda, y la piedra, lanzada por un brazo vigoroso, hiende los aires produciendo un ronco mugido, y va á abollar las jacarillas templadas con las aguas del Genil.

Algunos vecinos pretenden atajar el paso á los moros, pero Abul-Walid rompe por ellos y los arremolina y los holla, arrojándolos muertos á ambos lados de su paso, como el jabalí se abre una senda por medio de la maleza que rompe con sus colmillos.

—¡Y pisa, pisa á esos perros!—gritó Abul-Walid á su caballo—; ¡avanza, Lucero mío, avanza; báñate en sangre hasta las cinchas, que yo te regalaré un pretal de oro, y coronaré tu cabeza con garzotas de diamantes! ¡Avanza, Lucero mío, avanza! ¡holla á esos perros! ¡la virgen de mis sueños dirige mi lanza, que por sus negros ojos esparce entre los cristianos las sombras de la muerte!

Y el valiente Lucero, embravecido por el combate, avanza gallardo y feroz, y salta sobre los cadáveres, y lleva á su real jinete allí donde los fronteros están más apiñados.

Y los venablos y las piedras y las jaras rebotan sobre la armadura dorada del rey como sobre una roca, y Abul-Walid, con la lanza baja y la mirada sangrienta é impaciente, avanza siempre, hiriendo cuanto encuentra, y gritando sin cesar á su caballo:

—¡Písalos, Lucero mío, písalos, y yo te honraré poniendo sobre tu espalda la hermosa virgen de las crenchas de oro!

Y como ha sido el delantero en el camino del rey, es el delantero en el combate.

Y como por el camino le han seguido sus moros, le siguen por las calles de la villa.

Sus moros, los feroces africanos de su guardia, que llevan los alquiceles rojos para que no los manche la sangre.

Pero ¿quién es aquel otro jinete que por la otra parte de la villa avanza llevando tras sí una taifa de caballeros abencerrajes, entre los cuales ondea un estandarte verde?

Monta en una yegua blanca como la aurora; ciñe lucientes armas, y sobre su casco ondean plumas azules y encarnadas.

Y hermoso y joven, y valiente y fiero.

Brilla en sus ojos algo de regio que impone respeto, y algo de sombrero que espanta.

Su semblante es dorado como el sol, y su rizada y negra barba remeda sortijas de ébano.

Es Mohhammed aben-Ismaíl, infante de Granada, primo del rey, hijo del wali de Algeciras.

Bien se conoce en su semblante y en sus proezas la autoridad de su persona, y en la bravura con que hiende por los cristianos, lo guerrero de su raza.

Es muy joven, y sin embargo, ya ha ceñido muchas veces la sangrienta corona de la victoria, y acompaña en esta ocasión al rey de Granada, porque un caballero que tanto vale no puede quedarse en la ciudad adormido al son regalado de las zambras, mientras su rey oye el alarido de la pelea.

Pero Mohhammed solo busca nuevos triunfos, mientras el rey amores; Mohhammed grita, mientras el rey invoca á la virgen de sus sueños: ¡Sólo Dios es vencedor!

Y Dios fortalece su brazo, y le convierte en un rayo que destruye cuanto toca.

¡Ay de los fronteros de Martos!

Sus hombres y sus mancebos han caído bajo los pies de los caballos de los moros vencedores.

Los viejos huyen y se esconden, y en la fuga los encuentra la implacable espada, y en el lugar donde se han escondido es el fuego no menos implacable.

Solo quedan en Martos niños y mujeres.

Mujeres y niños que los moros sacan cautivos á vuelta de la presa.

Las telas, la ropa, el oro, la plata, los ornamentos y los vasos sagrados van á amontonarse revueltos sobre el arco de sangre.

Y los esclavos van cargando en las bestias que encuentran en la villa el botín que de la villa arrebatan los moros, y lo llevan al campo para hacer el reparto.

Nadie hay que resista ya.

Y, sin embargo, una gran casa se defiende aún del infante Mohhammed aben Ismaíl y de sus gentes que la cercan.

Cada ventana, cada tronera, cada rendija de aquella casa da salida á la muerte.

Los abencerrajes la embisten una y otra vez, y son rechazados.

El infante Aben-Ismaíl ruga como un tigre irritado, y avanza hacha en mano hacia la puerta.

Otro joven, de la familia más esclarecida de los abencerrajes, Aben Osmin, se adelanta armado de otra hacha junto á él.

Gime, cruje la puerta, resiste algunos instantes, y al fin cede.

Una nube de venablos sale del zaguán, y el infante Aben-Ismael oye á su derecha un grito de muerte.

El bravo Aben Osmin ha caído á su lado; atravesado el pecho por una vira.

Y al verle caer, el infante gritó á los suyos:

—Pensaba hacerles gracia de la vida por valientes; pero mi caudillo Osmin ha muerto: que no quede uno, ni hombre, ni mujer, ni niño.

Y se lanza hambriento de venganza en la casa.

Pero ¿qué le detiene de repente?

Ha entrado en una gran sala.

Aquella sala está colgada de negro.

En medio de ocho blandones hay un cadáver.

El cadáver de un cristiano armado, cubierto por una bandera mora, y á cuya noble y cana cabeza sirve de pabellón otra bandera.

Pero no es esto lo que detiene al infante; sus esclavos que han entrado á la par con él, que han escuchado su grito de exterminio, se apoderan de una hermosísima doncella, cubierta de galas y de joyas, cuya hermosura aumenta el terror que lucha débilmente con los esclavos, y sobre la cual se levantan los corvos alfanges.

Y un grito de horror del infante detiene á los esclavos, y el infante llega y mira á la doncella.

Y apenas ha tenido tiempo de mirarla, cuando, salvo de las armas de los fronteros, se siente herido en el corazón por los ojos de aquella niña.

Y tiembla y palidece y tartamudea, y dice al fin á la hermosa asiéndola dulcemente de una mano:

—No tiembles, gacela de oro, flor de la umbría, lucero de la tarde, sol de la hermosura.

No tiembles, porque no has nacido para morir sino para matar.

No para ser cautiva sino señora.

Yo, entré aquí libre y bravo, y heme cobarde y cautivo.

Yo vivía, y muero.

Yo veía y he cegado.

No tiembles, gacela de oro, rocío del alba, luz de los cielos.

Quien tú has muerto te da vida.

Quien te ha cautivado te hace señora.

Aunque el moro sabe el habla castellana, transportado por su amor, la habla en árabe.

Que cuando amamos, cuando queremos comunicar todo nuestro amor al alma que nos lo inspira, no encontramos otro lenguaje más elocuente que el dulce lenguaje de la patria.

La doncella sólo comprende que el joven príncipe la enamora, porque el acento del amor se hace entender á todas las gentes; se ruboriza, palidece, baja los ojos y prorrumpe en llanto.

Entonces el infante, más repuesto, habla en castellano:

—¿Por qué lloras?—la dice—, ¿acaso has perdido á tu madre?

—Mi padre ha muerto!—dice María señalando el cadáver de Sancho de Arias—, ¡mi padre ha muerto!

—Yo honraré su cadáver, y le seguirán arrasando los pendoncillos de sus lanzas por el polvo, en señal de luto, mis caballeros abencerrajes.

—¡Mi esposo ha debido morir también! El uno ayer, el otro hoy: ¡oh! ¡que os maldiga Dios!

—¡Tu esposo! ¿amabas á un hombre!

—¡Y le amo—exclamó llorando María.

El infante se pone pálido, y luego, dominándose, dice apartando á un lado á María:

—¿Estás segura de que tu esposo ha muerto?

—Sí; porque me tienes en tu poder y no lo veo—contesta María.

—¿Estaba contigo aquí en esta casa?

—Sí.

—Escucha, amor de los cielos; óyeme, y no me mires como á un enemigo. No sé por qué te amo; te amo como si fueras alma de mi alma, y no tengo celos de ese hombre á quien amas. Escúchame, sultana de las hurtes; por enjugar tu llanto daría yo mi nombre y mis riquezas, y mis victorias y mis frondosos cármes del Darro, y mi castillo de Al-Padul, y mi libertad y mi vida. Escúchame: buscaremos á tu esposo, le buscaremos, y si vive yo le protegeré á todo mi poder, y si está herido, yo haré que mi sabio médico le cure, y si ha muerto... ¡oh! ¿qué haré yo para secar tu llanto, luz de mis ojos, hermana mía?

—¡Oh! ¿es verdad lo que decís, señor?—exclama María, no acertando á comprender en un moro á quien mira con odio tanta generosidad.

—¡Qué si es verdad! mentira sea la luz del sol y el azul de los cielos, y quede mi alma en tinieblas si te engaño. ¿Y á qué había yo de engañarte, lucero de mi vida? ¿No te tengo en mi poder?

¿Quién podría defenderte de mí, si yo mismo no te defendiese?

—¡Oh, señor? ¡Dios os bendiga!—dice María arrojándose á sus pies.

—Escucha:—la contesta alzándola el infante—; eres muy hermosa y si el rey te ve podrá codiciarte. ¡Ay entonces del rey! ¡ay entonces de mí! las joyas que te engalanan traerfan sobre todas las miradas; dame esas joyas, sultana, yo te las guardaré, y te las daré dobladas; si son de tu madre, yo te daré mitad de las joyas de la mía. Pero pronto, que se oyen los atabales; dame esas joyas, envuélvete en tu velo y sígueme.

María se quita una tras otra las joyas y las entrega al infante Mohammed que las guarda en su escarcela, luego se cubre con su velo, y el infante la ase de la mano, y dice á sus esclavos:

—Quedáos aquí, y guardad ese honrado cadáver que duerme el sueño de los valientes bajo los trofeos de la victoria. Que nadie se atreva á insultarle. Sígueme, sultana; es necesario ponerte cuanto antes en salvo, entre mis jinetes: yo te rodearé de lanzas como á un muro, mi caballo de batalla se convertirá en el cordero del amor.

—¿Y mi esposo?—dice acreciendo en llanto María.

—¡Ah! ¡es verdad! ¿decías que estaba en esta casa?

—Sí.

—¿Qué la defendía?

—Sí.

—¡Oh! ¡quiera Dios!...— el infante se detiene temeroso de que las palabras lastimen el corazón de María.

Y la lleva consigo, y recorren todos los aposentos mirando los cadáveres que vuelven los esclavos.

—Y ¡ese era su padre! ¡ese era su hermano! ¡ese era su amigo!—exclama á cada uno que ve, anegada en lágrimas María.

Pero de repente, en el zaguán, la infeliz, á la vista de un caballero ensangrentado é inerte, da un grito horrible.

—¡El es!—exclama.

Y cae desvanecida entre los brazos del infante.

—¡Ese! ¡ese mancebo era su esposo!—exclama con compasión y con ira al mismo tiempo Aben-Ismael.—¡El! ¡el matador de mi amigo, de mi hermano Aben-Osmin! ¡el á quien en venganza de la sangre de mi hermano de guerra, abrí yo las puertas de la muerte con mi hacha!

Y es verdad: Gonzalo Núñez tiene la cabeza herida de un hachazo.

—¡Oh, el matador de Aben-Osmin!—exclama el infante. Sí; le conozco bien á pesar de la sangre que le cubre el rostro. El fué el primero á quien encontramos cuando se abrió la puerta. Y si no ha muerto, ¿he de salvar yo á este hombre? Y bien: esta infeliz le ama; seamos generosos y caritativos en nombre de Dios Altísimo y misericordioso, y que El tenga compasión de nuestra alma—añade arrojando una mirada de amor desesperado á María.

—Que venga al punto mi sabio médico Ayub—añade: buscadle; él me sigue siempre en el combate.

Y—aquí estoy, no! le señor—responde un anciano de lengua barba blanca, vestido sencillamente con una túnica parda, y ceñida la cabeza con una toca blanca.

—¿Hay un soplo siquiera de vida en ese caballero?—le dice el infante.

—Sí, sí, señor—dice el sabio después de haber observado profundamente á Gonzalo: Vive; pero solo Dios, que sabe lo oculto, sabe si sobrevivirá á la herida.

—¡La ciencia es hija de Dios! ¡Ayub, alienta esa vida! ¡Alientala como si fuera la de mi hermano, y si le salvas te llamaré mi padre! Partamos de aquí antes que el tumulto crezca; partamos á mi castillo de Al-Padul antes que sobrevenga el rey. Ocultémosla á sus ojos. Salvémosla para su amor.

Y dejando momentáneamente á María en brazos de un wazir de sus abencerrajes, cabalga sobre su caballo, que le tienen de la rienda dos esclavos, y luego toma sobre el arzón á María, y parte rodeado de sus caballeros.

Pero al salir de la villa, los esclavos de la guardia del rey le detienen.

—Soy el infante de Granada Sidy aben-Ismael—exclamó con altivez. Paso, esclavos.

Y los esclavos, inclinados y respetuosos, pero con firmeza—le contestan:

—El rey manda que ninguna mujer salga de los reales...

Y Abul-Walid, ebrio de amor y de desesperación porque no la encuentra, busca entre tanto por todas partes de la villa á María; levanta los velos de todas las mujeres, y las entrega irritado á su soldadesca; entra y sale en las casas, hasta en las que están arruinadas; hace revolver las

ruinas, y nada halla; pasan las horas, y crece la desesperación y la cólera del rey, y al fin llega la tarde sin haber encontrado á María.

Y cuando el sol estaba próximo á ponerse, cuando ya desesperado iba á levantar el campo, un esclavo le dice:

—Tú buscas, señor, á una hermosa cautiva.

Y el rey le responde:

—Sí; ¿la conoces tú?

—He visto una hermosísima cristiana entre las gentes del infante Aben-Ismael.

—¿Tiene los cabellos rubios?

—Como el oro.

—¿Y la frente blanca?

—Como el alba.

—¿Y los ojos negros?

—Como la noche.

—¿Y dices que esa doncella está en poder del infante Aben-Ismael?

—Entre sus taifas de abencerrajes la he visto —magnífico sultán.

El rey arroja su garzota de diamantes al esclavo, y mira ansioso al lugar del campo donde ondea el estandarte rojo de los Beni-Serag (1).

Y entonces ve que, saliendo de las enfiladas tiendas, un caballero ismaelita adelanta llevando de la mano á una cristiana á un cercano bosque; y el rey, apartándose bruscamente de los suyos, aprieta los acicates á su valiente Lucero, se dirige por otro lado al bosque, descabalgua, y sin cuidarse de atar su caballo, que le sigue como un perro, se pierde sólo en la espesura.

IX

Y entre tanto el infante Aben-Ismael y María se dirigen al bosque.

Ella va enteramente cubierta con el velo, y bajo él corren las lágrimas y se oyen sollozos ahogados.

—No llores, hermana mía—dice Aben-Ismael; tu llanto me despedaza el corazón; no sé por qué te amo como amaba á mi madre; no llores; el hombre á quien amas acaso no ha muerto; acaso yo pueda devolvértelo; y tu padre, sus nobles restos serán respetados y honrados.

María continúa sollozando.

—Escucha—la dice el infante: Muy pronto ese bosque nos habrá ocultado del rey, que podría cegar ante tu hermosura. ¡Ay del rey si pretendiera hacerte su esclava! Pero no temas;

tú y yo, y algunos de los míos, esperaremos aquí ocultos, y cuando el rey haya partido, yo te pondré en salvo.

Y María continúa callando.

—Mira—repite el infante: Yo tengo en una aldea cerca de Granada, en la Azubia, un hermoso y retirado palacio; allí hay hermosos jardines, frescas fuentes, apartamentos misteriosos que te ocultarán á las miradas de todos, y ni el sol te verá, si no quieres que el sol te vea. ¿Por qué lloras, pues, hermana mía? ¿Pretendo yo ser tu tirano?

—¡Mi padre, mi esposo!—exclama la infeliz María, acreciendo en sus lágrimas.

—Tu padre está en el lugar que el Altísimo concede á los honrados y á los valientes; tu esposo... ¿sabes tú si algún día le encontrarás?

—¡Oh, pluguiera á Dios, para que se secaran mis lágrimas!—dice María.

De repente, el infante se detiene, y pone mano á su espada.

Un hombre ha aparecido de improviso en una revuelta de la espesura, y adelanta como un tigre hambriento hacia el infante y hacia María.

—¿Por qué te detienes?—dice ésta al infante.

—¡El rey!—murmura el infante con voz estremeada por la cólera.

—¡El rey!—repite María, y sin saber por qué se estremece y tiembla.

X

—¡Guárdete Allah, mi valiente primo!—dice el rey acercándose. ¿Adónde llevas á esa cristiana?

—Es mi esclava—dice Aben-Ismael; el apoderarme de ella me ha costado mucha sangre de mis escuadrones, y la pérdida de mi amigo Aben-Osmin, que se cuenta entre los mártires de la victoria. ¿Acaso pretendes, señor, que yo no tenga potestad sobre esta esclava?

María calla y tiembla.

—¡Mío es el quinto de las presas!—exclamó con voz temblorosa el rey. ¡Mía la potestad de elegir entre la presa la que mejor quiera! Yo soy el señor y tú eres el esclavo! ¿Te atreverás á oponerte á mi voluntad?

—Tu siervo soy y lo confieso—dice Aben-Ismael conteniéndose á duras penas, porque por el lado por donde había venido el rey empezaban á asomar esclavos de su guardia africana; tu siervo soy; pero no merecen mi valor y la

(1) Abencerrajes.

sangre que por Dios y por ti he vertido en una y otra batalla, que me concedas esta esclava?

El rey entonces adelanta hacia María y la levanta de sobre el rostro el velo; y al verla tan hermosa, con el semblante cubierto de rubor inclinado á la tierra, y temblando de espanto, la reconoce; su corazón se abrasa en un fuego impuro, y grita fuera de sí:

—¡Esta es mía!

—¡Tuya!—exclama el infante en el colmo de su furor.

Pero los esclavos africanos llegan; el infante está solo; medita que una resistencia inútil sólo servirá para privar á María de un defensor generoso, y contesta:

—Tuyo es, señor, cuanto es de tu siervo: llévate á la cristiana; y si en ello crees que hay un sacrificio por mi parte, sirva para aumentar en uno los sacrificios que por ti he hecho.

Y sin decir más palabra se vuelve desesperado; se aleja dejando en poder del rey á María, llega á sus abencerrajes, y,

—¡A caballo!—les grita—; ¡á caballo y á Granada!

Y el valiente escuadrón de los abencerrajes plega las tiendas, cabalga, y parte en silencio y á la carrera tras de su caudillo, que lleva un infierno en el alma.

XI

Han pasado tres días.

Es la noche del tercero.

En el Generalife hay una alegre zambra.

Las damas, cubiertas de pedrería, y de galas y de brocados, más hermosa la más fea que el rubí más precioso, bailan con gentiles mancebos, que tres días antes estaban cubiertos de sangre desde el acicate hasta el crestón del capacete.

Las dulzainas y las leilas, y las bandolinas y las guzlas llenan la noche de armonías.

Dentro de las cámaras se extiende el blanco y aromático humo de los pebeteros que agitan las brisas nocturnas, que penetran por los ajimeces y por las galerías, y llevan consigo la fragancia que han robado á las flores de los jardines.

Algunos enamorados discurren fuera de las cámaras, entre las sombrías enramadas, diciendo su amor á la hermosa de su alma, entre el misterio del silencio y de la noche.

La luna brilla tranquila en los estanques, y todo es paz, todo es melancolía, todo es amor.

Sólo hay dos caballeros en el Generalife que

no participan de la alegría de los otros; que van tristes y solos, y silenciosos.

Son el rey Abul Walid y el infante Aben-Ismael.

El infante sigue al rey como una sombra, y el rey está tan abismado en sus pensamientos que no ve al infante que le sigue.

El rey piensa en María, y el infante, siguiéndole, piensa también en ella,

María es para él un arcángel de fuego.

Su recuerdo le quema el alma.

La memoria de su desdén le desespera.

La Alhambra, tan hermosa, tan alegre, tan resplandeciente, se ha tornado en una tumba para el rey.

Porque María es su vida, y María le desprecia.

Porque el rey la adora, y María cuando le dice su amor calla, fría y muda como una estatua.

Y el rey ha puesto á sus pies su corona, y la ha ofrecido la mitad de su tálamo y el nombre de sultana.

Pero María tiene allá su corazón en el humicante Martos, y entre sus ruinas ensangrentadas ve continuamente el caláver de su padre y el de su amado Gonzalo.

Y María llora inconsolable, y cuando el rey habla de amores le vuelve la espalda.

Por eso el rey está triste.

Por eso cuando piensa en María (y está siempre pensando en ella) su corazón se abrasa en un fuego volcánico, y se revuelven en su cabeza sombríos pensamientos.

Por eso el rey no danza ni sonríe á las damas; ni se acompaña de nadie.

Por eso el fresco, riente y perfumado Generalife no tiene para él ni mujeres hermosas, ni armonías, ni sombríos jardines, ni los tersos espejos de sus estanques, ni la luz de la luna, ni el cielo azul, ni los trémulos luceros que en los estanques reflejan.

Por eso, Generalife el hermoso, Generalife el engalanado, Generalife el de las zambras, es para el rey una tumba, como lo es también su magnífico y resplandeciente alcázar.

Porque María es para él un terrible arcángel de fuego.

Y el infante Aben-Ismael piensa de otro modo en María.

María es para él la fresca fuentequilla que brota á la sombra de las palmeras del Desierto, con

su raudal transparente y puro, á cuyo lado, sobre la verde hierba, se reclina el viajero cansado, y se aduerme el fuerte camello.

Aben-Ismael ve á través de la pura y candorosa mirada de María, su almá, como pudiera ver el fondo tranquilo de la fuentecilla del Desierto, á través de su límpida superficie.

Y Aben-Ismael no ha pensado siquiera en enturbiar ni aun con su hálito aquella pura fuente, pero ve al león sediento que vaga en torno de ella y rugie, y centellea miradas de fuego, y á quien sólo la voluntad de Dios contiene para que no enturbie la fuente purísima con su espumosa y ardiente boca.

Por eso, silencioso, sombrío, escondida la mano bajo su jaqueta, y manoseando impaciente el pomo de su puñal, sigue al rey.

Al rey que abandona triste, solo y mudo el sarao; y se pierde en los jardines.

El infante se pierde también bajo su sombra tras el rey.

Y el rey va tan absorto pensando en María, que no siente que el infante le sigue.

Y avanza.

Avanza su paso precipitado como el que se impacienta por la distancia que le separa del objeto de su deseo.

El rey baja por una escalinata oscura, al extremo de uno de los jardines, y entra en una ancha arcada obscurísima (1).

Pero sigue por ella su paso seguro y rápido á pesar de la obscuridad, como quien conoce bien el lugar por donde camina.

Sirven de guía al infante los pasos del rey, y la obscuridad le inspira proyectos horribles.

Pero el rey adelanta con tal rapidez, que el infante, cuyo paso es inseguro, no logra alcanzarle.

Dios no quiere que se cometa un regicidio entre las tinieblas.

Quiere que todos vean el rostro del asesino.

El rey, protegido por Dios, se salva aquella noche.

El infante sigue aún, sirviéndole de guía los

pasos del rey; se le acerca: ya es pequeña la distancia, y el infante desnuda su puñal.

Pero de improviso suena una llave en una cerradura, se abre y se cierra instantáneamente una puerta, resuena otra vez la llave cerrando por dentro, y el infante queda perdido en la obscuridad.

Piensa volverse y adelanta, palpando con las manos extendidas.

Al fin una dulce claridad brilla á un extremo de la mina, apresura su paso el infante, llega á una escalinata, la sube, y se encuentra á la luz de la luna en un pequeño espacio, al lado de un foso, entre altos muros, y al pie de una torre orlada de puntaagudas almenas.

El infante quiere en vano reconocer aquella torre: se parece á otras muchas de la Alhambra, y nunca ha estado en aquellos sitios.

En la parte media de la torre hay un mirador, al que da paso un ajimez calado, per entre cuyo doble arco se ve el interior de una magnífica cámara iluminada por una lámpara que luce colgada en el centro de ella como una luna opaca.

El infante, sin saber por qué, fija los ojos en el mirador, y escucha con toda su alma.

Pero nada turba el silencio, más que á lo lejos los sonidos de la zambra del Generalife, repetidos débilmente por los ecos, y cerca, la voz de los guardas de los muros, que de tiempo en tiempo lanzan un grito de vigilancia.

Pero de repente se oyen fuertes pasos, pasos de mujer en la cámara á que corresponde el mirador, y aparece en éste una forma blanca, que se ase á la balaustrada y vuelve con fiereza su rostro al interior.

Tras aquella forma blanca, gentil, hechicera que inundan los rayos de la luna, aparece una sombra oscura, en la que el infante cree reconocer el rey.

Al acercarse aquella forma sombría á la forma blanca, ésta se avanza á la balaustrada, y exclama con un acento desesperado, que llega entero á los oídos del infante:

—Si das un solo paso más hacia mí, me arrojó al pie del muro.

Y el infante oye una horrible maldición que parece salir de la boca del rey, y luego ve que la sombra oscura se retira.

La sombra blanca permanece en el mirador, asida á la balaustrada.

Pasa algún tiempo, y el infante avanza: llega

(1) En aquellos tiempos una mina, revestida de estuco y mármoles, servía de magnífica comunicación á la Alhambra con el Generalife, por la parte de la puerta de Hierro, entre los torres de los Picos y de la Cautiva. Aún quedan en la subida del Generalife algunos vestigios de esta mina.

al pie del muro, y permanece por un breve espacio silencioso, oculto en la penumbra.

—¡María!—dice al fin—: ¡María!

Y la blanca sombra, al escuchar aquel nombre dos veces repetido, se inclina sobre la balastrada, y busca con la vista, en el lugar de donde ha salido la voz, á la persona que ha pronunciado aquel nombre.

—¿Quién eres?—dice con la voz alterada aún por el terror la mujer.

—Soy... tu hermano el infante Ismail.

—¡Oh! ¡Pues si verdaderamente eres mi hermano, sálvame, sálvame de este hombre! ¡Lo temo todo!... ¡Esta noche ha podido defenderme la muerte!... ¡pero mañana!... ¿quién sabe?

—¡Mañana! ¡Mañana la muerte te habrá defendido!—dice con voz ronca el infante.

—¡La muerte! ¡No te comprendo!

—¡Mañana, el rey no te amará!

—¡Ah!—exclama María comprendiendo al infante—: ¡siempre la muerte en torno mío!

—Pero Gonzalo vive.

—¡Que vive Gonzalo!—exclama con un acento de inmensa alegría la joven.

—Sí: y cuida de él mi sabio médico, allá en mi castillo de Hins-haleux, en la frontera.

—¡Que Dios te bendiga!—exclama llorando de gozo María.

—Y adiós—dice el infante—: nada temas; mañana el rey no te amará.

—¡Dios te bendiga!—repite María, y desaparece.

—¿Y cómo piensas valerte para que mañana el rey no ame á esa doncella?—dice una voz áspera, bronca, cavernosa, al mismo tiempo que una mano descansa en su hombro.

El infante Aben-Ismail se vuelve, y ve delante de sí un viejo horrible, envuelto en una túnica extraña, alto, seco, espantoso.

Aquel viejo es Abu Jacub-al-Hakem-Billah.

—¿Quién eres tú?—dice el infante, que no le conoce.

—Yo soy quien puedo ayudarte—contesta el mago.

—¡Ayudarme! ¿Y para qué necesito yo tu ayuda?

—Pretendes matar al rey.

—Y le mataré mañana mismo.

—Ciertamente; para matar á un hombre basta otro hombre; pero cuando se trata de matar á un rey, si el hombre que le mate no quiere morir, necesita parciales que le ayuden.

—¿Y qué se me da de morir ó no después de vengarme?

—Recuerda que en tu castillo de Hins-haleux hay un pobre herido que necesita de tu protección.

—¡Es verdad!—dice el infante.

—Recuerda aún que en esa torre está tu hermana.

Y el mago pronuncia esta última palabra de una manera singular, hasta el punto de que repara en ello el infante.

Y como si el mago adivinara su pensamiento, añade:

—Muestra las joyas que tu hermana llevaba el día en que la encontraste en Martos, y muéstralas á tu padre el wazir de Algeciras.

—Explícame...

—Tu padre te lo explicará. Por ahora lo que más importa es proteger á María: si tú mueres por haber matado al rey, María quedará sola y abandonada, y no habrá dejado de ser cautiva de Abul-Walid, sino para serlo de su hijo. María es hermosa...

—¡Es verdad!

—Comprende, pues, por qué debes procurar que la muerte del rey no cause la tuya.

El infante inclina la cabeza, y permanece pensativo.

—¿Y qué hacer?—dice al fin.

—El wazir del rey Masud-Almoharavi tiene muchos enemigos.

—Es soberbio, iracundo y rapaz; ofende continuamente á los más poderosos, apartándolos del rey, y trata como á sus esclavos á los vasallos del rey.

—Por lo mismo esta noche están congregados algunos caballeros tratando de su muerte; pero no se atreven á ella, porque les falta una cabeza poderosa; un infante de Granada, como tú, por ejemplo.

—¿Y dónde se reúnen esos caballeros?

—En las cuevas de Dinadamar; si tú los buscas, ellos te acogerán con alegría; y ayudado por ellos podrás matar al rey impunemente.

—¿Será necesario sublevar á Granada contra el wazir?

—Busca el medio más seguro: eso es de cuenta tuya. Ya te he dicho bastante. Quédate en paz. Y el mago, sin que el infante pudiera explicarse cómo, desaparece de sus ojos.

Aben-Ismael permanece algún tiempo inmó-

vil; después levanta la cabeza, fija la vista en el mirador, y exclama:

—¡Mañana el rey no te amará, hermana mía!
¡A las cuevas de Dinadamar!

XII

Fuera de sí el infante, busca de nuevo las escaleras y la mina; llega al Generalife, y para que no puedan sospechar de su ausencia anterior ni de la que deba seguirla, se deja ver en la zambra.

Y no sólo se deja ver, sino que se dirige á la sultana Retirah, y como infante de Granada, la dice:

—Primavera de flores que no se marchitan, alegría del mundo, alma del alma del magnífico y vencedor sultán de Andalucía, ¿querrás honrar á tu esclavo con la honra mayor de la tierra, y hacerle dichoso con la felicidad mayor de la vida, bailando con él esta zambra?

La sultana le mira, y su semblante, antes frío, severo, que parece empañado por una nube funesta, se dilata, sonríe, y tiene su mano al infante.

—¿Y no palidecerá de celos—le dice de modo que nadie puede oírlo—, al verme danzar contigo la amada de tu alma?

—La amada de mi alma vive en mi corazón— responde el infante con voz insegura y temblorosa—y no puede tener celos de ti, sultana.

Y el infante al pronunciar estas palabras recuerda dolorosamente á su perdida sultana Aleidah, envenenada por Masud-Almohoraví para poner en el trono á Ketirah.

Aleidah, el arcángel de paz que amaba á Aben-Ismaíl en el misterio de su alma, como Aben-Ismaíl la amaba á ella, que jamás le confesó su amor, ni con un relámpago de sus negros ojos, ni con un suspiro de su alto seno, ni con una sonrisa de su purpúrea boca.

Aleidah, la honesta, la cándida y la pura, que bajó á la tumba llevando con ella el secreto de su amor.

—¿Y sabe la amada de tu corazón que vive en él?—dice Retirah con voz desfallecida, abandonándose lánguidamente á la zambra entre los brazos del infante, que se sorprende á aquellas palabras porque no las espera.

Pero en aquel momento comprende que Ketirah le ama, que puede herir el alma de Abul-Walid en su honra antes que herir su cuerpo, y se propone engañar el amor de la sultana, que

espera su respuesta, fijando en sus ojos la ardiente y lánguida mirada de sus ojos garzos.

El rey, que ha vuelto á la zambra, y que vaga sombrío y ceñudo por los salones, ve de improviso la mirada que se cruza entre la sultana y el infante; nota su conversación en voz baja, cree adivinar sus palabras, y su honra ofendida, si no su amor, porque el que siente por María le impide amar á otra mujer, rugen en violenta lucha en su corazón, y abarca en una mirada de odio salvaje á los dos imprudentes que osan manchar su nombre.

Y Ketirah no nota aquella mirada, porque hace mucho tiempo que ama en secreto á Aben-Ismaíl, desesperada, y la primera palabra de amor del infante la ha enloquecido.

Nada ve, nada oye, nada siente más que la traidora mirada de Aben-Ismaíl, y el brazo con que éste estrecha fuertemente su cintura.

Ketirah lo ha olvidado todo; no vive más que para el infante.

Pero el infante observa al rey, y le ve trémulo, terrible, dudando.

—No te atreverás á deshonorarte delante de tu corte—dice para sí el infante—: procurarás vengarte, porque comprendes que porque me has robado á la cautiva cristiana te robo yo tu esposa. Yo no sabía que tu esposa me amaba; pero ya que me ama, mi venganza será completa; primero tu honra, después tu vida. Cuando quieras vengarte será tarde.

Y sigue danzando con la sultana, con la sultana que le sonríe amorosa, mostrándole por sus entreabiertos labios, que dan salida á ardientes suspiros, perlas más blancas, más puras, más frescas que las del rico collar que al compás de la danza se agita en su cuello de nácar sobre su alto y palpitante seno.

Ketirah es muy hermosa.

Sus negros cabellos flotan perfumados como una nube negra y densa, en medio de la cual, pálida de amores, brilla la luna llena en toda su hermosura; una luna en que hay dos soles que despiden rayos.

Su cintura es redonda, y mórbida y cimbradora, y la falda de la túnica dejaba ver, al flotar, un pie por el que envidiarían ser pisadas las flores.

Y no se balancea con más gracia una palmera al impulso de las auras, que la gallarda sultana en la danza, entre los brazos de Aben-Ismaíl.

Y hay un momento en que el infante, á pesar de su eterno amor á su perdida Aleidah, se siente embriagado como el que ha bebido con exceso el néctar prohibido á los creyentes.

Todo lo que hay en torno suyo vaga, gira confuso y no ve nada; nada más que los ojos y la boca de Ketirah.

¡Ketirah! ¡el demonio tentador! ¡el tósigo libado en copa de oro! ¡la maldita de la tentación!

¡Ketirah!, ¡á quien para ser comparada á una hurí sólo la faltan los ojos negros, y que hace suspirar al creyente porque sabe que en el paraíso no encontrará una hurí que tenga los ojos garzos como Ketirah!

¡Ketrah! ¡que atrae á sí á los corazones y los abraza con un leve relámpago de su ojo!

¡Ketirah la envenenadora! ¡Ketirah la adúltera!

¡La adúltera!

Vedlos: se pierden en los jardines.

Ved al rey que los sigue.

Ved después que ellos tornan, y sus miradas son más amantes y guardan un destello de felicidad.

—¿Y por qué no?—dice el infante vacilando de su virtud—: mujer más hermosa no he conocido, y me ama como las flores al sol. ¿Por qué no amarla? ¿No he sido bastante tiempo fiel á mi malogrado, á mi ignorado amor por Aleidah? ¿me amaba ella acaso? ¿era acaso más hermosa, más enamorada que Ketirah?

Satanás se ha apoderado del infante; sólo á Ketirah ve, sólo á Ketirah ama, sólo por Ketirah vive.

Ha olvidado á su hermana, á la pobre Marta.

—¡Oh! ¡si el rey muriese y tú fueras rey!—dice en un momento de pasión Ketirah.

—¿Y no aborrecerías tú á quien matase á Abul-Walid?—dice el infante.

—Yo le daría mis joyas, porque con la muerte del rey me habría dado la joya de mi corazón, que eres tú, amado mío, luz de mi alma, sueño de mi sueño. ¡Oh! ¡cuánto he sufrido amandote sin que tú comprendieras mi amor! Creía que Dios me castigaba dándome un infierno. Y esta noche, esta noche cuando me has pedido la honra de bailar contigo, cuando me has llamado respetuosamente sultana, he llorado dentro de mi corazón porque no me creías tu esclava como lo crees ahora. Porque tu sabes que soy tu esclava, que ni mi voluntad es tu voluntad, mi alegría tu alegría, y un suspiro de amor de tu boca el

suspiro de mis suspiros. Mata á Abul-Walid, mátales. Yo no le amo: me uní á él por ambición y le aborrecí y aborrecí su grandeza cuando fué suya. Mátales, y si no te atreves á matarles, le mataré yo.

Aben-Ismaíl recordó entonces la conjuración de los enemigos de Masud Ahnoharaví en las cuevas de Dinadamar, y recordó á Marta.

—Mañana morirá el rey—dice con voz segura á Ketirah.

—¡Mañana!

—Sí; pero para que mañana muera es necesario que me separe de ti esta noche.

—¡Oh! pues si nuestra separación ahora ha de procurarnos una unión eterna, ve, amado mío, ve; mañana te espero.

El infante se separa de la sultana y pasa sereno y tranquilo delante del rey.

¡Oh!—dice Abul-Walid—: no diré á nadie mi deshonor, pero me vengaré: primero tú, infante de Granada, para que el corazón de esa infame que te ama se rompa; y luego ella, para que te acompañe... en la muerte.

Y el rey, disimulando su rabia, se acerca á la sultana, la saluda y la sonríe.

XIII

Aben-Ismaíl entre tanto sale del Generalife por la parte alta, descendiendo rápidamente por la falda de la Silla del Moro, llega á los cármenes del Darro, atraviesa el río, trepa por la cuesta vertiente, recorre una ladera, y se encuentra en el barranco donde están las cuevas de Dinadamar.

Pero reina un silencio profundo: la luna ilumina en paz desde lo más alto del cielo el barranco: todas las cuevas están cerradas (1) y obscuras.

—¿Me habrá engañado el viejo que encontré en el castillo?—dice Aben-Ismaíl declinando por el barranco:—¡aquí no hay señal alguna de conspiración ni de conspiradores!

Pero no ha acabado aun de pronunciar el infante estas palabras, cuando de detrás de una

(1) Era costumbre de los moros pobres vivir en cuevas, que habitaban lo mejor que les era posible: de este género de viviendas miserables aun hay muchas en Granada, habitadas generalmente por gitanos y gente pobre. Estas cuevas-habitaciones tenían naturalmente puertas, y por eso hemos usado en el texto la frase *cerradas*.

breña salta un moro, cubierto el rostro con la toca, y le pone al pecho una ballesta armada, y le dice:

—Detente si no quieres morir.

Y el infante se detiene y se alegra, porque en aquel hombre que le amenaza ve un indicio de la conspiración.

—¿Quién eres?—le pregunta el moro encubierto.

—Soy 'el infante Aben-Ismael, que busco á los caballeros que conspiran contra el wazir Masud-Almoharaví.

—¿Sabes el nombre de esos caballeros, ó si quiera el de uno solo de ellos?

—No lo sé.

—Pues entonces debes morir.

—No; más bien llévame entre ellos; vengo solo: nadie me sigue: si soy traidor, más seguro estaré entre los conjurados; y si me matas, la conjuración no tendrá efecto, porque yo soy el que la ha de alentar y hacer posible.

Parecían contener al moro estas palabras: da un silbido y acuden otros moros: habla con ellos algunas palabras en voz baja el primero, y los otros van á reconocer los alrededores. Cuando se convencen que nadie hay en ellos, que el infante viene solo, vuelven, asen del infante, le vendan los ojos, le levantan en alto y le llevan: el infante siente abrir una puerta, bajar después á los que le conducen unas escaleras, atravesar un largo espacio pendiente, detenerse, y adelantarse uno de ellos solo. Poco después escucha los pasos de aquel hombre, que llega á los otros, habla en voz baja con ellos, y siguen con el infante y le dejan en tierra y se retiran.

Entonces oye una voz que le dice:

—¿Eres tú el infante Mohhammed-aben-Ismael, hijo del walf de Algeciras y primo del rey?

—Sí—contesta el infante.

—¿Quién te ha dado noticias de que estábamos aquí reunidos?

—Un astrólogo á quien he consultado.

—Has sido imprudente.

—El astrólogo no nos hará traición.

—¿Y te conjuras tú contra el rey?

—Sí; quiero matarle.

—¿Por qué razón?

—Me ha quitado una cautiva en la toma de Martos.

—¿Y crees tú que se pueda matar al rey?

—Yo, si me ayudais, le matare mañana.

—¡Mañana!

—Sí; yo mismo, por mi mano.

—¿Será preciso que se amotine el pueblo?

—Se le amotina.

No tenemos bastante dinero para ello."

—Le tengo yo—dice el infante, y se arranca la venda de los ojos.

XIV

Encontróse en un ancho subterráneo de negra bóveda y de muros húmedos.

Aquel subterráneo presenta por todas partes señales indelebles de que es una cisterna.

Alrededor hay de pie multitud de moros, algunos de los cuales tienen hachas encendidas en las manos.

El infante ve que la mayor parte de aquellos caballeros son amigos suyos.

—¿Por qué, pues, habéis desconfiado de mí?—dice.

—Se ve el rostro de los amigos—contesta el que antes había hablado—, pero no se ve el corazón.

—Aprovechemos el tiempo—replica el infante—; ya es alta la noche, y yo pienso matar al rey mañana, cuando esté en su trono de justicia.

—¿Y también al wazir Masud-Almoharaví?—preguntan algunos.

—Al wazir también—dice el infante,

—Si nos das el oro que sea necesario, aún nos queda tiempo bastante para pagar la gente aventurera, los meadigos y los alborotadores, y producir un motín—dice otro.

—Oro tendréis cuanto sea necesario—replica el infante.

—Pero si hemos de matar al rey—dice el que primero ha hablado—, es necesario que pensemos en quién ha de sucederle.

—¿Y quién ha de sucederle mejor que su hijo y de la sultana Aleidad?—dice el infante.

—El príncipe Mohhammed es muy joven aún—dicen la mayor parte de los conjurados.

—No faltará quien gobierne durante su juventud—dice el infante.

Trátase al fin el negocio, líganse unos á otros con juramentos, danse señas, salen de la cueva, y dos de ellos acompañan al infante á su casa á recibir el dinero con que había de pagarse la sublevación del populacho.

El infante queda solo.

Pero no se recoge al lecho.

Pasa lo que resta de noche paseándose por su cámara, delirando como un ebrio y encendida el alma con el ardiente recuerdo de las caricias de la tentadora sultana Ketirah.

XV

Al día siguiente, el infante Aben Ismail, su hermano Yshac, y como hasta cincuenta caballeros parciales suyos, aparecen en la Puerta del Juicio de la Alhambra dentro del círculo de los guardas, y al pie del trono de justicia.

Su nobleza les concede aquel lugar que nadie les ha disputado.

Aún no ha salido el sol, y el rey no se ha sentado en el trono de justicia.

Pero ya están allí el estandarte real, los guardas, y los que esperan para exponer sus quejas.

Nótase algo de sombrío en el semblante de Aben-Ismaíl y de los caballeros que le acompañan.

Sus miradas inquietas parece que esperan la aparición de algo que tarda, y sus oídos atentos un rumor que no suena.

Y no es el rey lo sólo que esperan: no es el alarido de las trompetas que anuncian su llegada el ruido único que ansían escuchar; porque sus miradas y su atención tanto parecen dividirse entre el interior del alcázar y el exterior de él.

Al fin suena un alto alarido de trompetas, añafles y atakebiras en la parte de adentro, y el infante Aben-Ismaíl y los caballeros que le acompañan se inquietan y palidecen.

El rumor se acerca más.

Nuevas guardias rodean el trono de justicia, y al fin aparece el rey Abul-Walid, que se sienta en medio de su majestad en el trono, y,

—¿Qué quieren mi noble primo y mis caballeros?—dice con voz ronca al infante y á los que le rodean al pie del trono.

El infante mira á los suyos, y estos como que parecen decirle con sus miradas, espera; y,

—Venidos á pedirte justicia, señor—contesta Aben-Ismaíl—, pero los pobres y los menestrales esperan también: juzga sus agravios antes que los nuestros, invencible sultán.

Masud-Almoharaví, que acompaña al rey, mira con recelo al infante y á los suyos, pero no se atreve á expresar sus temores, porque no son por la vida del rey, sino porque espera que aquellos caballeros se quejen de él amargamente al

rey, y el segundo wazir, que también al rey acompaña, permanece en su puesto y sin recelar nada, grave é inmóvil.

Empieza la audiencia, y sigue, y es larga, porque son muchos los querellosos que acuden al rey.

Quedan sin embargo pocos, y los conjurados no oyen el rumor que esperaban, y que debe ser la señal para consumir su delito.

En fin, el último de los del pueblo es oído, y no habiendo ya más á quien juzgar, el rey dirige severamente la palabra á Aben-Ismaíl.

—¿De qué tienes que quejarte, mi noble primo?—le dice.

En aquel momento suena un rumor sordo en la parte de la ciudad, allá abajo, que aumenta y zumba.

El semblante de Aben Ismaíl palidece aún más; sus ojos centellean, y dice adelantando hacia el trono:

—Me querello de tu tiranía—dice sin inclinarse, con la frente alta y terrible acento de amenaza.

El rey palidece y tiembla de cólera; salta abajo del trono empuñando su espada, y se dirige furioso á Aben-Ismaíl apellidándole traidor.

Pero Aben-Ismaíl más pronto, ó más afortunado, ase al rey por su vestiduras, le arroja contra la puerta, saca un puñal de la manga de su aljaba, y dice con voz terrible hiriendo al rey:

—¡Tú me robaste en Martos una doncella cristiana, y yo te robo la vida!

Y en el mismo punto, y cuando el rey cae exánime, y el segundo wazir, que ha pretendido defender al rey, cae hecho pedazos por los conjurados, el rumor, los gritos que se acercan, resuenan ya distintos, y se escucha á una turba inmensa que adelanta hacia el alcázar gritando:

—¡Muera el wazir Masud-Almoharaví! ¡muera el tirano!

Y la confusión cunde, y los guardas se arremolinan, y Aben-Ismaíl y los suyos se abren paso con sus espadas entre la revuelta y sorprendida guardia africana, y se reúne al populacho que llega sediento de la sangre del wazir, excitado y pagado por los caballeros de la conjuración, y gritando cada vez con más furor:

—¡Muera el wazir Masud-Almoharaví! ¡muera el ladrón! ¡muera el tirano!

Y en aquel momento terrible, el wazir amenazado, ase al rey moribundo, le carga sobre sus hombros, y se pierde con él en el interior del

alcázar, después de gritar á los de la guardia africana:

—¡Cerrad las puertas! ¡á los muros los balles-teros! ¡sigame, siga al rey el que no sea traidor!

Y la puerta cierra sus dos hojas de hierro antes que puedan llegar los conjurados, que sacian su coraje despedazando á los africanos que han quedado fuera, y combaten inútilmente durante todo aquel día el alcázar, del cual son rechazados.

XVI

Todo es confusión dentro y fuera de palacio.

El rey moribundo ha sido conducido á la cámara de la sultana Ketirah, cuya alma se alegra, pero á cuyos ojos asoman lágrimas.

Arrojase sobre el rey, llora, gime, se mesa los cabellos y pretende cerrar con sus labios sus heridas.

Y el rey moribundo vuelve á ella los turbios ojos, la reconoce y grita:

—¡Esta! ¡esta! ¡la infame adúltera, es la causa de mi muerte! ¡Apartadla de mí, y descabezadla! ¿No lo oís? ¿No soy yo el rey? ¿Nadie me obedece?

Pero con la sultana y con el rey sólo está Masud-Almoharaví: el cómplice del parricidio de Ketirah, el envenenador de la sultana Aleidah, y no se mueve.

—¿Es verdad lo que el sultán moribundo dice? —pregunta el wazir á Ketirah.

—Sí, sí: amo al infante Aben Ismail—dice Ketirah, la terrible mujer que no sabe conservar mucho tiempo el disimulo—: le amo y me ama. ¿Qué me importa todo? yo no negaré nunca mi amor.

Masud se estremece, y mira si hay alguien que los escuche.

Pero nadie hay en la cámara.

—¡Silencio, imprudente—grita poniendo una mano en la boca de la sultana—. ¡Si alguien te oyera rodarían nuestras cabezas! ¡Pero ese hombre está expirando!—añade mirando al rey—. ¡Granada está alborotada! ¡Es necesario prevenir el primer ímpetu de la irritada muchedumbre! ¡Voy!... ¡Es preciso que yo salga de aquí! ¡Quédate tú; no te separes de él: está expirando; pero si antes de expirar entrase alguien!... ¡antes de que hable, Ketirah!...

Ketirah lanza una mirada terrible al rey, que dice á Masud que ella le ha comprendido, y Masud sale.

Y el rey, que lo ha oído todo, que ha comprendido todo lo horrible de su situación, pretende levantarse y prorrumpió en gritos.

Pero Ketirah sofoca sus gritos cubriéndole la cabeza con su almaizar, y el rey lucha, y con la lucha sale á borbotones la sangre de las heridas.

El rey ya no puede gritar, nadie puede oírle, Ketirah continúa sofocándole, implacable y terrible, con el almaizar.

Y el rey continúa luchando.

Y la sangre brotando de las heridas.

Satanás se sonríe escondido en la cúpula.

XVII

Entre tanto Masud-Almoharaví sale al patio á sosegar á la guardia que está revuelta, y la gente que se agolpa fuera del alcázar, y les dice: Que el rey está vivo, que sus heridas son leves, y que pronto le verán sano y salvo.

Pa sincerarse, ó más bien para evitar toda sospecha respecto á Ketirah, manda prender de orden de la sultana á algunos de los que habían estado en el motín, y de orden de la sultana los descabeza en el acto, y manda poner sus cabezas en las a menas de la Puerta del Juicio.

Después entra de nuevo en la cámara de la sultana.

El rey había muerto.

La sultana le miraba fríamente.

Acababa de expirar, y Ketirah tenía las manos teñidas en sangre.

—¡Oh, qué es eso!—exclama Masud al ver las rojas manos de la sultana.

—Una puñalada más—responde Ketirah.—Tardaba mucho en morir, sentí pasos que se acercaban, y no sabiendo que eran tuyos, sentí mielo.

Y Ketirah se encamina á la fuente que surge en el centro de la cámara y lava tranquilamente sus manos y su puñal, que cuando está limpio envaina y guarda entre su ceñidor de púrpura.

—Yo amo al infante Aben-Ismael—dice poniendo las manos en los hombros de Masud y acariciándole con su mirada.—Quiero que sea sultán. Quiero ser su sultana.

Masud se estremece.

—¡Imposible!—exclama—; he mandado cortar la cabeza de algunos parciales de Aben-Ismael, y éste anda huyendo.

—¿Y por que has ajusticiado á esos hombres?

—Para que el pueblo no nos hiciera pedazos.

—Quiero que el amado de mi alma sea sultán, y yo ser sultana—replica con doble insistencia Ketirah.

—El pueblo no recibirá un rey que tiene teñidas las manos en la sangre de Abul-Walid, á quien amaba. El pueblo mirará con horror á la esposa de Abul-Walid entre los brazos de su asesino.

—¿Y qué hemos de hacer? ¿He de perder yo á mi amado?

—Gozar puedes sus amores sin zozobra y en secreto, siendo gobernadora del reino conmigo á nombre del príncipe Mohammed.

—¡El hijo de Aleidah!

—¿No murió su madre?

—Sí.

—¿No es débil la salud del príncipe?

—Sí.

—Si dentro de un año, pasado ya el horror que hoy siente el pueblo por el infante Aben-Ismael, muriese el rey Mohammed...

—¿Entonces mi adorado podría ser proclamado rey?

—¡Quién lo duda!

—¿Y seré yo entre tanto gobernadora?...

—Conmigo.

—¡Ve entonces, ve, Masud! ¡yo me quedo guardando al rey muerto! ¡ve tú á proclamar al rey vivo!

—Vuelve á salir Masud de la cámara de Ketirah, y dice á la guardia berberisca y á su caudillo Ozmiz que el rey va muy bien.

Luego sale por la ciudad, habla á sus amigos y les dice que vayan á palacio para autorizar y defender lo que conviene al bien común y particular de todos ellos.

Trae á cuantos amigos puede á palacio, los deja en el patio con la guardia y entra en la cámara de la sultana.

Poco después envía un mensaje al caudillo Ozmin y á todos los caballeros diciéndoles que pasen al salón, que el rey, más restablecido, les quiere hablar.

Entran todos en el salón de Embajadores, y cuando toda la nobleza de la corte está junta, se presenta la sultana Ketirah doliente, llorosa y enlutada, llevando de la mano al príncipe Mohammed, niño de corta edad.

Masud les anuncia la muerte del rey, y los compele á que juren al joven príncipe.

Amigos los unos del rey difunto, sobrecojidos otros, aunque no faltaban ambiciones, juran á

Mohammed-aben-Ismael-aben-Nazar por su rey y señor.

Luego toda la nobleza y la guardia salen por las calles y repiten en Granada la proclamación del nuevo rey.

Pero aquella noche una sombra se desliza por la cuesta que rodea las espaldas de la Alhambra, llega al pie de una torre y hace una señal, cae una escala, y el bulto trepa por ella hasta un ajimez.

Luego se escucha un beso entre el silencio, y el ajimez se cierra.

El asesino, y su cómplice la adúltera, están entregados á su amor, y Masud-Almoharaví, el infame, vela sus placeres.

XVIII

El desdichado rey Abul-Walid fué sepultado en la randa ó panteón del alcázar, junto á sus abuelos.

Sobre su tumba se puso la inscripción siguiente:

“Este es el sepulcro del rey mártir, conquistador de las fronteras, defensor de la religión, el inclito, el escogido, el reparador de la familia de los Nazares, el príncipe justo, el amparador, el denodado, el héroe de la guerra y de las batallas, el noble, el generoso, el más afortunado de los reyes de su dinastía, el más aventajado en piedad y celo de la honra de Dios, espada de la guerra santa, muro de los pueblos, fortaleza de los caudillos, amparo de los nobles, alivio de los pobres, el compasivo con los que temían, el domador de los soberbios, laborioso en el camino de Dios, vencedor por la gracia de Dios, príncipe de los Muzlimes Abul Walid-Ismael, hijo del amparador excelso, del vencedor, escogido, noble, vengador, engrandecedor de la familia Nazaria, columna de la dinastía Algalibia, el piadoso, el compasivo Abu-Said-Ferag, hijo del noble y esclarecido defensor de los defensores del Islam, decoro de los príncipes Algalibes, honor, alteza de la prosapia, el santo, el piadoso Abul-Walid-Ismael-aben-Nazar, santificado sea su espíritu en bienaventuranza, sea refrigerado con el rocío de la misericordia, séale concedido amplio galardón por premio de sus certámenes meritorios, por su martirio, pues lo hizo Dios, conquistador de pueblos, debelador de soberbios reyes enemigos suyos, y fué atesorando méritos hasta el día señalado que Dios le destinó para que llegado el plazo sellase sus días

con buenas obras; recíbase y colóquese en lugar de retribución y honra, lugar que tenía preparado por su santo celo; murió, Dios le perdone, á traición, pero con gloria y en la firme pura confesión de los reyes sus antepasados, y fué elevado á las moradas de eterna felicidad; nació, complázcase Dios de él, en hora bienaventurada, entre manos del alba del día giuma diez y siete de la luna de jawal, año seiscientos setenta y siete (1); fué jurado día jueves veintisiete de jawal, año setecientos trece (2); y fué muerto en día lunes veintiséis de la luna de regeh insigne, año setecientos veinticinco (3). Alabado sea el rey verdadero, que mientras todas las criaturas acaban y se suceden, permanece eterno é inmutable.“

La leyenda que acabamos de relataros es la referente á las manchas sangrientas de la Puerta del Juicio del alcázar de la Alhambra.

LEYENDA QUINTA

La Torre de la Cautiva

(CONTINUACIÓN DE LA ANTERIOR)

1

Si cuando os encontráis en la plaza de los Aljibes de la Alhambra os volvéis hacia el palacio del emperador Carlos V, y siguiendo á lo largo de su fachada meridional torcéis á la izquierda entre este mismo palacio y la iglesia de Santa María, y seguís luego un pequeño paseo plantado de tilos, continuando por el camino que conduce á la puerta de Hierro, os encontraréis al poco espacio delante de la torre de los Picos.

Por cima de los adarves del muro que se apoya en la torre, veréis sobre el monte fronterero, verde con el eterno verdor de sus laureles, las blancas torrecillas y las galerías del Generalife: á la izquierda se extenderá vuestra vista en un espacio más ancho; veréis el monte de San Miguel con el verde pálido de sus nopales, y la ermita del santo Arcángel en la cima, y más allá, dominándole, el alto y árido cerro de Almadamar.

Pero si volvéis la vista á la derecha, encontraréis á pocos pasos un muro revestido de espesa hiedra, que se apoya en la torre de los Picos, y en el cual hay un portón de tablas.

(1) 1278 de Jesucristo.

(2) 1313 de ídem.

(3) 1325 de ídem.

Llegad, llamad á aquel portón, y pedid que os dejen pasar por favor, porque aquella es una propiedad particular.

Una vez dentro, encontraréis un arroyo ruidoso que corre junto á las banquetas de los adarves, por la izquierda, entre hierbecillas y violetas, á la derecha árboles frutales y hortalizas, y entre éstas y el arroyo, estrecho sendero por donde marcháis.

A poco que adelantéis encontraréis una pequeña torre, la torre del Tesoro, abierta por el lado que mira á la parte de adentro del muro, dejando por los tramos cortados y ruinosos de su estrecha escalera arabe, sus bóvedas grietadas y su plataforma que amenaza un hundimiento. Seguid adelante, y á medio tiro de fusil encontraréis la torre que vamos buscando.

La torre de la Cautiva.

Entrase á esta torre por una puerta baja, de herradura, situada al Norte: después de un desmantelado ingreso, se entra en un patio sostenido en pilares de ladrillo; patio cuya luz es tan estrecha, que, más que patio, parece una chimenea: al fondo de este patio sombrío está una pequeña puerta, á la que se llega dejando á la izquierda la estrecha escalera que conduce, ascendiendo, á la plataforma; descendiendo, á una habitación inferior, y después á los subterráneos.

Abierta la pequeña puerta del fondo que hemos citado, se penetra en una cámara destrozada, pero que, por los restos que en ella quedan de estucos labrados, de alhamíes, de ajimeces, de la cúpula de estalactitas; por la faja de mosaico que orla la parte inferior de las paredes, se comprende que debió ser tan magnífica como cualquiera otra de las hermosas cámaras del alcázar.

Pero sus adornos están ahumados por el fogón de la pobre familia que tiene por albergue miserable un alcázar destruido: tabiques que sirven de compartimientos alteran el plano; los ajimeces están tapiados y cubiertos por miserables ventanas de tablas tendidas; el pavimento destrozado, polvoroso; la cúpula agujereada, rota por la lluvia que se filtra por la desnuda plataforma, en la cual brota la hierba. Con la Alhambra se han cometido y se están cometiendo barbaries inauditas: no parece sino que se tiene empeño en que desaparezca, en que se destruya. ¡Como si fuera cosa fácil y hacedera el construir una Alhambra!

Algunas tardes de invierno, envueltos en nuestra capa, cubierto el rostro con un ancho calañés, bajo un cielo densamente nublado, bajo la lluvia, hemos pasado por el sendero de esa huerta, junto á las torres de los Picos, de la Cautiva y de las Infantas, y por las puertas y por las ventanas de todas ellas hemos visto salir un humo espeso que arrebatava incesantemente el viento, y que incesantemente se reproducía. Era que las pobres familias habitantes de esas torres infortunadas, se calentaban con la leña húmeda y verde que ecababan de arrancar de los desnudos árboles de la huerta.

Era que una nueva capa de hollín caía sobre los arabescos.

Y al ver esto, rehosaba de nuestro pecho un hondo suspiro, porque no éramos bastante ricos, bastante poderosos, para arrancar á aquellas torres de su ignominiosa esclavitud.

II

Pero en 1325, época de la muerte del rey Abul-Walid, era distinto el estado y el destino de esta torre.

Entonces la puerta, que correspondía á un pequeño y bello jardín, era de graciosa herradura, ornamentada, embaldosado de mármol blanco el ingreso, cerrado por dos hojas de alerce labrado con labores y cintas caprichosamente entrelazadas; aquel patio de paredes blancas y brillantes tenía más luz; aquella cámara, en fin, con su preciosa puerta estucada, con sus tres alhamíes con ajimeces al fondo, con sus paredes resplandecientes y matizadas como el más bello brocado con su cúpula de estalactitas, estrelladas como un cielo, con su lámpara de ágata, pendiente de la cúpula, con su alizir ó faja de mosaicos, con su pavimento de mosaico también, semejante á una rica alfombra, y en el centro del cual corría clara y murmurante el agua de una fuente; aquella cámara, repetimos, era un apartamento delicioso, donde sólo podía pensarse en el amor.

Debajo de esta cámara había otra más pequeña, menos alumbrada, pero con una luz más vaga, más misteriosa; había en entrambas la misma riqueza; en entrambas orlaban las paredes blancos divanes, en entrambas los braseros de plata consumían continuamente los perfumes más preciados: aquella torre tan severa por la parte exterior, tan desnuda como un guerrero

revestido de su coraza, en su parte interna, era un nido de amor.

Era, en fin, el retiro donde el rey Abul-Walid había encerrado á María, y por esta razón la torre se llama, desde entonces, torre de la Cautiva.

III

Aún estaban calientes los restos de Abul-Walid, aún llevaba por el luto la corte, cuando dos sombras cuidadosamente encubiertas salían del alcázar, atravesaban pegados á los adarves la parte alta de la Alhambra, llegaban á la torre de la Cautiva, y una de ellas abría su puerta, entraban las dos sombras y la puerta tornaba á cerrarse.

Entonces, á la luz de una lámpara que iluminaba el patio de la torre, se veía que estas dos personas, que se habían despojado ya, seguras de no ser vistas, la una de su velo, la otra del capuz de su almaizar, eran la sultana Ketirah y el wazir Masud-Almoharaví.

Los dos infames cómplices.

Ella bajo su ancho haiké iba deslumbrantemente engalanada.

El mostraba brocados bajo su ancho almaizar.

El wazir bajaba con la sultana por las escaleras á la habitación inferior de la torre.

Luego subía otra vez las escaleras, llegaba á la puerta de la habitación superior, la abría y entraba.

La sultana, cuando se quedaba sola, abría una ventana que daba sobre el pendiente barranco que rodea la espalda de la Alhambra.

Y allí, ya fuese la noche serena, oscura, sólo alumbrada de una manera vaga é infinita por el débil resplandor de los luceros, ya la pálida luna inundase la torre, la ventana, y la frente, tan maldita como hermosa de Ketirah, ya la tormenta bramase en los aires, y el relámpago rasgase las tinieblas y la lluvia azotase su frente, y el huracán desordenase sus cabellos, la sultana permanecía inmóvil, anhelante, con el corazón estremecido, con la mirada candente y fija en lo profundo del obscuro barranco.

Y pasaban algunas veces horas perézosas, largas, apenadoras, sin que la sultana oyese más que el zumbir del viento, ó el suspirar de las auras entre las frondas del cercano Generalife, ó el retumbar del trueno, ó el dulce canto de los ruiseñores enamorados.

Y Ketirah no tenía oídos ni ojos más que para el infante Aben-Ismael, y parecíale estar escuchando su voz enamorada, y estar viendo siempre su hermoso semblante, pálido de amor, y sus negros ojos fijos en los suyos.

Sólo había un ruido que la sultana percibía desde muy lejos, aunque silbase el viento y go-tease la lluvia y rebramase el trueno; y este ruido era el de los pasos de un hombre que, invariablemente, tardando más ó menos, subía por el barranco, adelantaba, se detenía al pie de la torre y lanzaba un tenue silbido.

Y entonces la sultana, trémula de impaciencia y estremecida de amor, enloquecida, transportada, arrojaba una larga escala fuera de la torre, afianzaba cuidadosamente sus gariños en el alféizar de la ventana, y avanzaba el cuerpo hacia afuera sclicita y cuidadosa.

Poco después la escala se atirantaba, balanceaba, y un hombre subía, llegaba al alféizar, y saltaba dentro de la habitación entre los brazos de la sultana.

La lámpara que ardía lánguidamente en la cámara alumbraba la frente del que había entrado.

Aquel hombre era el infante Aben-Ismael.

El infante, que aún estaba fascinado por los tentadores encantos de Ketirah.

El infante, que estaba vendido á Satanás.

IV

Entretanto el wazir Masud-Almoharavi estaba delante de María.

De María; la amante de Gonzalo, la cautiva del malaventurado Abul-Walid, la pobre huérfana abandonada; olvidada por el infante Aben-Ismael.

Una noche, la noche siguiente á la en que el infante la había prometido salvarla de los amores del rey, María, replegada en el ángulo de un diván, inmóvil y silenciosa, lloraba.

Y no cesaba su llanto, y un secreto temor la oprimía el alma, y triste y apenada no se atrevía á pensar en Gonzalo.

Porque no sabía si le perdería porque la muerte se lo arrebatara, ó porque su desdicha la arrebatara á Gonzalo.

Porque María estaba resuelta á morir antes que otro hombre la robase al amado de su alma.

Durante el día había oído gritos tumultuosos al otro lado de la Alhambra por la parte de Mediodía: había visto correr á los soldados hacia el

Oriente por los cercanos adarves, y el eunuco mudo que la servía se había olvidado de llevarla la comida.

Del mismo modo se había olvidado encender la lámpara.

La cámara estaba iluminada sólo por el reflejo de la luna que entraba por un ajimez, y por los transparentes de estuco de la cúpula, en rayos plateados.

Nunca tan fantástica aquella cámara; nunca más hermosa María que entonces, apenada, doliente; anegada en llanto, al reflejo pálido de aquella luz fantástica.

Y, como hemos dicho, á pesar de que era la estación de los calores, María sintió un frío mortal, un terror vago, profundo, una inquietud horrible: le parecía que no estaba sola, que había junto á ella alguien á quien no veía, y que, á pesar de no verle le parecía un ser horrible, sobrenatural, maldito.

María, de tiempo en tiempo y como atraída por una fuerza invisible, fijaba sus ojos en el fondo obscuro del arco de la puerta de la cámara.

De repente pareció que en aquel fondo obscuro brillaba, como humo débilmente luminoso, una forma indeterminada; que aquella forma vaga se condensaba, que tomaba al fin la figura de un hombre alto y negro.

Aquel hombre, ó aquella sombra, adelantaba lentamente hacia María.

Y María no gritó, porque hay terrores que ahogan la voz, que hielan la sangre y que, si duran mucho tiempo, matan.

Aquella sombra se detuvo en el centro de la cámara, debajo de la lámpara, y extendió el brazo hasta ella y la tocó.

Y sin saber María cómo podía ser, porque no había visto luz en las manos de aquel hombre, al tocar aquella mano á la lámpara, la lámpara ardió.

Entonces María vió á un viejo horrible.

En una palabra: al mago Abu-Jacob-Al-Hhakem-Billah.

—Estás estremecida de espanto—dijo el sabio, y es necesario que no temas; ¿y por qué has de temer? Cuando los hombres se olvidan de tí, Dios me envía á salvarte.

Y María, como si su alma obedeciese á una voluntad poderosa, perdió su temor y miró, tranquila ya, á Abu-Jacob.

—¿Quién eres?—le pregunta.

—¿Quién soy yo?—replicó el viejo.—¿Y qué te importa? No era más natural que me dijases: ¿quién soy yo?

—Yo soy una desdichada que muere apartada de cuanto la era amado en el mundo: la muerte me arrebató á mi padre...

—¡Tu padre! ¡he aquí lo que son los hijos del hombre! ¡Para ellos el corazón y la conciencia no es más que la costumbre! ¡Tu padre! ¿Sabes tú quién es te padre?

—He conocido un noble anciano que me llamaba su hija, que me amaba como á su hija, á quien yo amaba como á mi padre.

—¿Y crees tú que era menos noble el padre que te dió el ser?

—¿Le conocéis vos?

—¿Que si le conozco? Ya lo creo.

—¿Y os envía él?

—No; ya te lo he dicho, me envía Dios. Hoy me envía á esta cámara, mañana me enviará debajo de esta cámara.

—No os comprendo.

—Ni te importa nada el no comprenderme en esta parte. Hablábamos de tu padre.

—¡Oh! ¿Si habéis conocido á mi padre, conoceríais también á mi madre?

—Cierto que la conocí...

—¡Ah! Decidme...

—Tu madre, doña Catalina de Cardona...

—¡Ah! ¿era castellana?

—Era catalana.

—¿Pero los catalanes son cristianos?

—Sí, ciertamente; y cristiana era tu madre, y noble, y pura, y hermosa, la mujer más hermosa de la corte de Aragón.

—Mi padre, el noble caballero que me ha criado y a quien no puedo menos de llamar mi padre, me dió que me había encontrado muy niña, en mi primera infancia, en una villa del reino de Granada en poder de infieles. ¿Será que acaso los moros me robaron á mis padres?

—No—dijo Abu-Jacob—me obligas á contarte una historia, y voy á hacerlo. Escúchame, pues.

Y Abu-Jacob empezó de esta manera:

V

Hace veinte años, el rey de Granada envió una ostentosa embajada al rey de Aragón.

Era embajador del rey de Granada un valiente, noble y hermoso mancebo, infante de la casa

real, que se llamaba Abd-el-Rahhman-el-Ferih.

Se trataba de asentar unas treguas, y el rey de Granada escogió á su primo Abd-el-Rahhman, porque era persuasivo, dulce, sabía ganar las voluntades de todo el mundo, y era además valiente y discreto.

Con Abd-el-Rahhman envió el rey de Granada al de Aragón un riquísimo presente: se contaban por cientos las piedras preciosas, por docenas los caballos de Arabia, y las alfombras de Persia, y los perfumes, y las barras de oro y plata.

Entre estos presentes iba una doncella de sangre real que, con un crecidísimo dote, enviaba el rey moro al cristiano, ya para que la tomase por suya, ya para que la casase, como en honra, con el caballero de su corte que más le viniese en grado, ó con cualquier caballero que, aunque no fuese natural de sus reinos, fuese vasallo suyo.

Walidé, que así se llamaba la infanta granadina, había salido del harén donde la habían criado sus ayas con alegría; hasta entonces no había visto más gentes que las mujeres del harén, ni más hombres que el rey su tío, y los silenciosos eunucos, ni se había espaciado su vista más que en el azul firmamento; que en cuanto á la tierra, no había podido pasar de los muros de los jardines del harén.

Ni amaba ni sabía lo que era amor.

Tenía sólo catorce años, y el amor dormía aún, desconocido para ella, en su alma,

Era, á pesar de su juventud, una mujer poderosamente hermosa, blanca, gentil, modesta; pura la dulce sonrisa de sus ojos; pura la tranquila y cándida sonrisa de su boca.

Cuando Walidé se vió fuera de la Alhambra, sobre las hamugas de brocado de su blanca ha-cauea, rodeada de guardas negros á caballo y acompañada de Abd-el-Rahhman, que solícito no se apartaba de ella un punto, sonrió al primer hombre hermoso que vfa.

Y Abd-el-Rahhman, á pesar de haberse casado cuatro años antes y de tener un hijo, se estremeció ante aquella primera sonrisa de amor, casi virgen, anquella dulce y tranquila mirada que decía amor sin saberlo.

Y luego, cuando Walidé salió por la puerta de Elvira de la ciudad, y vió extenderse ante ella la ancha Vega con sus mil colores, con sus mil aldeas, con sus lejanas montañas azules, sonrió.

y miró con amor á aquel verdor riente, engalanado, magnífico, con sus vapores dorados bajo el sol de la mañana, como había sonreído y mirado con amor al hermoso y gentil infante Abd-el-Rahhaman.

Walidé empezaba á vivir.

Empezaba á abrir su alma al amor; pero de una manera tranquila, inocente, como era tranquila é inocente su alma.

En mal hora el rey su tío, necesitado de paces con el cristiano, había fijado su mirada fría en la cándida hermosura de la infanta para enviarla, casi esclava, á una tierra extraña á ser la esposa de alguno de los zafios montañeses vasallos del rey de Aragón.

Porque el rey de Aragón no podía como cristiano tener más que una esposa, y siendo presentada de una manera solemne y pública en su corte Walidé, no podía hacerla su manceba sin grave escándalo.

El rey de Granada enviaba, pues, una doncella casadera, hermosa, noble y rica, para que su suerte se jugase á la suerte, para que deshojase aquella flor delicada al rudo choque con un montañés bravío.

Y la desdicha mayor fué que el embajador del rey de Granada, su primo el infante Abd-el-Rahhaman, se enamorase ciegamente de Walidé, hasta el punto de que hizo para sí el razonamiento siguiente:

—Mi primo el señor rey de Granada, envía á la infanta al rey de Aragón para que la tenga para sí ó la dé en matrimonio á uno de sus vasallos: el rey de Aragón no guardará para sí la infanta; sus costumbres cristianas se lo vedan; pues bien, antes de dar mi embajada al rey de Aragón, le rendiré pleitohomenaje por mis castillos de la frontera de Murcia, me declararé su vasallo... y después... aunque sea necesario excitar su interés con algunos miles de doblas, procuraré que yo sea el vasallo que el rey de Aragón elija para esposo de la infanta.

Y fiando demasiado en sus cálculos el enamorado embajador, se dedicó á enamorar á Walidé.

Cuando llegaron á Tarazona, donde tenía su corte por aquellos días el rey de Aragón don Alonso IV, ya Walidé y Abd-el-Rahhaman se amaban mutuamente, y, lo que es más, se lo habían concedido todo.

Porque el infante había dilatado cuanto había podido el viaje, haciendo jornadas muy cortas y

deteniéndose á veces en un pueblo tres días. Walidé se había enamorado del infante desde el momento en que le había visto, y Abd-el-Rahhaman no había sido el más fiel depositario.

Los primeros días, Walidé fué llevada por su hacanea; pero al poco tiempo, con la ocasión de pasar un río cuyo puente se había roto, por un vado, el infante, para asegurar á la infanta de un tropiezo y de una caída al agua, la puso sobre un cojín sobre el arzón delantero de su caballo, y la rodeó la redonda y esbelta cintura con un brazo tembloroso.

Walidé se estremeció y experimentó una sensación dulce, infinita.

Hasta entonces ella y él solo habían hablado con los ojos.

Era el principio de la noche; la numerosa embajada del infante, con sus jinetes y con sus acémilas, atravesaba una ancha sábana del Guadalquivir.

La luna reflejaba en las aguas, y se duplicaba en los dos brillantes ojos de Walidé, que se fijaban en ella con una dulce y pensativa melancolía, mientras el infante, conduciéndola en el arzón de su caballo, estrechaba enamorado su cintura, y bebía con su ardiente mirada, la mirada de la infanta fija en la suya.

Y entonces, la infanta, que estaba entregada á un sueño de amor, oyó junto á sí una voz dulce, ardiente, trémula, que la decía:

—Yo te amo.

Te amo como la noche á la luna que la da su blanca y dulce luz; te amo como el alba al sol que tiñe sus mejillas de púrpura.

Te amo como á la tierra el mar que continuamente la besa, y como el viento á la palmera que continuamente la mece.

Amame tú, maga de los sueños, á quien yo he amado antes de ver tu hermosura.

Amame tú, si no quieres que mi alma esté lóbrega como una noche sin luna, fría como una alborada sin sol, silenciosa como la tierra á quien el mar no besa, y triste y mustia como una palmera á quien no acaricia el viento.

—¿Y qué es amor?—dijo Walidé apartando su mirada de la luna y fijándola cándida y enamorada en el infante.—¿Es por ventura el amor ese tranquilo afán del alma, que sueña y ve en sus sueños un hombre? ¿Es por ventura un dulce fuego que llena el alma y la aduerme en una delicia sin fin, junto al hombre del sueño? ¿Es por ventura el amor el que estremece la cintura de

la mujer cuando el hombre ha soñado la rodea con su brazo? ¡Oh! si ese es el amor que acaricia al alma, y la consuela, y la dilata, y la enciende en un dulce fuego; si es el amor el que da á los ojos de la mujer un alma cariñosa y dulce por los ojos de un hombre, yo te amo, señor; yo te amo como la noche á la luna, como el alba al sol, como el mar á la tierra, como el viento á la palma. Si amar no es vivir, ni pensar, ni alentar más que para un hombre, yo te amo, señor, yo te amo.

Y Walidé reclinó la cabeza sobre el hombro de Abd-el Rahhman, que la besó en la frente.

Walidé se estremeció de una manera más poderosa, y murmuró:

—Yo te amo; mi vida es tu amor; si me falta tu amor yo moriré.

Cuando llegaron, pues, á Tarazona, ella y él eran los amantes más dichosos de la tierra.

Abd-el-Rahhman, en cuanto anunció su embajada á Alonso IV de Aragón, le pidió permiso para verle particularmente, y el rey se apresuró á concedérselo; al atravesar el infante una galería del alcázar, cruzó por delante de él una dama cristiana, y se detuvo un momento y plideció.

El infante sintió también á la vista de la dama no sé qué extraño presentimiento.

La dama siguió adelante murmurando:

—¡Oh! ¡qué moro tan gentil!

Y el infante siguió diciendo para sus adentros:

—¡Oh! ¡qué cristiana tan hermosa!

Pero ella amaba á otro hombre, y él amaba á Walidé.

Aquella dama que había cruzado como una tentación la galería, era doña Catalina de Cardona, doncella noble de la reina de Aragón.

—¡Era mi madre!

—Sí, tu madre era—respondió el mago, y después de un momento de silencio continuó.

VI

Pero á pesar del amor que el infante sentía hacia Walidé, había quedado fija en su memoria y en su corazón, sin poderse explicar con qué deseo, con qué afán vago y misterioso, el recuerdo de doña Catalina de Cardona.

Era muy hermosa esta dama; blanca y pálida, con hermosos cabellos rubios como el oro, con hermosos ojos negros como el ébano y lucientes como el carbunco, y majestuosa y gentil, y es-

belta á maravilla; era muy joven y su frente resplandecía de pureza.

Y el infante adelantaba hacia la cámara donde el rey de Aragón le esperaba, murmurando sin ser poderoso á otro pensamiento:

—¡Oh! ¡qué cristiana tan hermosa!

Y, sin embargo, el amor que sentía por Walidé permanecía vivo, ardiente en su corazón.

Cuando entró á la presencia del rey, el infante dobló una rodilla.

—Poderoso sultán de Aragón—dijo—, el esclarecido, el vencedor, el magnífico sultán de Granada y del Andalucía, mi señor, á ti me envía; pero antes de notificarte el objeto de mi embajada, quiero declararme vasallo tuyo; no embargante el vasallaje que confieso al rey mi señor natural el noble sultán de Granada, y á rendirte pleitohomenaje por mis villas y castillos de la frontera de Murcia.

Maravilló al rey de Aragón el vasallaje de un infante moro á quien no conocía y con el cual nunca había tenido ni amistad ni guerra, pero se lo agradeció, lo aceptó, mandó llamar á su canciller, solemnizóse e. pleitohomenaje, y el rey de Aragón le abrazó y le besó en la mejilla, mandando escribir su nombre entre el de los grandes vasallos de sus reinos.

—¿Por qué me habrá rendido vasallaje este moro?—dijo para sí Alonso IV, cuando Abd-el-Rahhman salía de la cámara.

Y Abd-el-Rahhman murmuraba saliendo:

—Sólo me falta satisfacer la codicia del consejero favorito del rey cristiano; yo averiguaré quién este consejero sea; le daré cuanto oro sea necesario, y Walidé será mía.

Y á seguida murmuraba suspirando:

—¡Oh y cuán hermosa! ¡cuán hermosa es aquella cristiana!

VII

Dijeron al infante que el favorito del rey de Aragón era un noble caballero, muy valiente y muy bravo, llamado Men-Roger de Cardona.

El infante envió á Men-Roger un caballo de Arabia, un arnés de Damasco, una lanza de dos hierros con pendoncillo de brocado, un rico capellar y una túnica de púrpura.

Men Roger recibió el presente creyendo que se trataba de que influyese con el rey de Aragón para el feliz éxito de las pretensiones del rey de Granada.

Men-Roger, el soberbio rico hombre de Aragón, convidó á comer al infante moro.

Al día siguiente, al sentarse á la mesa, vió junto á sí Abd-el-Rahhaman á la hermosísima cristiana que habia encontrado en el alcázar dos días antes, y se turbó: ella se turbó también y bajó los ojos.

—Es mi hermana doña Catalina—dijo Men-Roger al infante.

Y durante las cuatro horas que aquella comida duró, el infante habló de las magnificencias de la corte de Granada, y ponderó sus caballeros y sus damas; pero al ponderar á éstas añadió:

—Y, sin embargo, no he visto en Granada ni en todo su reino, ni en las Alpujarras, ni en Murcia, ni en Almería, una dama tan hermosa como la que vi en el alcázar del rey cristiano la primera vez que entré en él.

Y doña Catalina al oír esto miró al moro, y el moro vió amor en la mirada de doña Catalina, y Men-Roger no vió nada, porque estaba gravemente ocupado en trincar un faisán.

Y al recibir la mirada de doña Catalina, dijo para sí el infante:

—¡Oh! ¡si yo no amase tanto á Walidé!

Y doña Catalina dijo también para sus adentros:

—¡Oh! ¡si no fuera moro ese mancebo!

VIII

Cuando concluyó la comida, doña Catalina se retiró, y el barón catalán y el infante granadino quedaron solos.

Después de hablar de varios asuntos, Abd-el-Rahhaman dijo á Men-Roger:

—Tú eres valido del rey tu señor.

—El noble rey don Alonso conoce mi lealtad, y la premia concediéndome su confianza—contestó el aragonés con cierta reserva, porque no sabía adónde iba á parar el moro.

—¿De modo que si tú pidieras una gracia para mí al rey tu señor, para mí que desde ayer soy su vasallo?...

—¿Y qué gracia es esa?

—Una mujer.

—¿Una vasalla del rey?

—Sí; más que eso aún: una sierva.

—¿Para hacerla tu esposa?

—Sí.

—Y ¿quién es?... ¡sierva del rey! ¡no puede ser noble!

—El rey puede concedérmela.

—Te prometo que, si concedértela puede, te la concederá.

El infante estrechó la mano del barón catalán, y poco después se separó de él.

IX

Al día siguiente se presentó Abd-el-Rahhaman con toda la ostentación de su embajada al rey de Aragón.

Le precedían los presentes del rey de Granada.

Entre ellos iba Walidé maravillosamente vestida y cubierta con un velo de gasa, que sin cubrir su hermosura la aumentaba, como una ligera nubecilla aumenta la belleza de la luna.

El infante adelantó con ella llevándola asida de la mano, y la presentó al rey, levantando su velo con una mano y dando con la otra á Alfonso IV una cédula en pergamino, en que constaba la voluntad del rey de Granada respecto á su sobrina la infanta Walidé al presentarla al rey de Aragón.

Un intérprete leyó aquel pergamino.

Al escuchar los caballeros de la corte de Alfonso IV, que estaban presentes, que el rey de Aragón podía dar en matrimonio, con su rico dote, aquella mujer, aquella niña de tan maravillosa hermosura, todas las miradas se fijaron con codicia en Walidé, especialmente la de Men-Roger de Cardona.

Después Abd-el-Rahhaman notificó al rey el objeto de su embajada.

Las treguas que el rey de Granada pedía convenían también al de Aragón, y fueron concedidas y estipuladas sin dificultad. Cuando el tratado estuvo concluído, Abd-el-Rahhaman dijo á Alonso IV:

—Recordarás, noble y poderoso rey, que soy tu vasallo.

—Es cierto—dijo el rey de Aragón—: hace tres días me rendiste pleitohomenaje, y yo le recibí: ¿pero por qué me recuerdas eso?

—El rey de Granada, al entregarte la infanta Walidé, ha sido con la condición de que la tengas para ti, ó de que la des por esposa á uno de tus vasallos. Ahora bien: ¿guardas tú para ti á la infanta?

—Yo no tengo ni tendré más que una esposa—dijo el rey.

—Pues entonces, señor—replicó el infante—, yo te pido por esposa á la infanta Walidé.

Y antes de que el rey pudiese contestar, Men-

Roger de Cardona se adelantó pálido y trémulo hacia el dosel del rey, y exclamó:

—Y yo la pido también á vuestra señoría; yo que soy rico hombre de solar, y que he vertido mi sangre en cien batallas matando moros.

—¡Ahl! ¡tú eres un perro traidor, sin fe y sin lealtad en sus palabras!—dijo el infante á Men-Roger.

—Pídeme mi hermana y te la dará, infante—dijo el barón catalán—; pero yo pido al rey esa doncella.

—¿Y me la pides tú también, infante de Granada, mi vasallo?—dijo Alonso IV.

—Sí, sí, señor—exclamó con toda su alma Abd-el-Rahhaman—: es mi prima, la amo y ella me ama.

La incertidumbre hacía temblar á Men Roger.

—Yo os la concedo á los dos—dijo el rey—: á ti, canciller de mis reinos, valiente y leal vasallo mío; á ti, infante de Granada, mi noble vasallo.

—Pero, señor—exclamó Abd el-Rahhaman— la infanta no puede dividirse en dos: sobra, pues, uno.

—Dices bien—exclamó todo descompuesto Men Roger—; sobra uno de los dos.

—Pues, caballeros—dijo el rey—, que Dios y San Jaim. decidan vuestra contienda: dentro de tres días, en la Tela, en un palenque cerrado, obtendrá por premio de su victoria la infanta de Granada, cualquiera de los dos que venza.

Y el rey despidió á su corte, y Walidé se quedó en el alcázar del rey, y Abd el-Rahhaman y Men Roger salieron cada cual por su lado, convertidos en los enemigos más implacables del mundo.

X

Pasaron los tres días del plazo.

Fuera de los muros de Tarazona se había levantado un palenque.

Aquel palenque era el campo cerrado donde las armas debían dirimir la contienda de dos hombres enamorados de una mujer.

Aunque el plazo había sido breve, la fama del duelo había cundido; gran número de damas y caballeros de las ciudades y villas cercanas á Tarazona habían acudido á presenciar aquel raro litigio entre un cristiano y un moro, que debía sentenciarse por Dios y por San Jaime.

Desde muy temprano los estrados y las barreras estaban llenos de gente: en los primeros se

veían hermosas damas, hidalgos, caballeros y mesnaderos, todos engalanados, todos impacientes porque llegase la hora del trance. En las barreras se agolpaba el popular ruidoso, que á cada momento crecía, y los ballesteros del rey guardaban aquellas barreras y aseguraban el palenque.

A un extremo de él estaba un tablado cubierta de hermosos tapices, y sobre aquel tablado dos doseles; el uno más rico y más bello que el otro.

Pero es de advertir que en el dosel menos rico estaban recamadas las armas de Aragón, y en el otro más adornado, más bello, se veía entre flores una aljaba, un arco y un cendal, armas del amor.

Al pie de estos dos doseles había una larga gradería cubierta de almohadones rojos y alfombras á los pies, donde debían sentarse, en la primera grada las damas de la reina; en la segunda y tercera los oficiales de la casa del rey.

A la derecha de estos dos doseles había un estrado cubierto por paños rojos: aquel estrado debían ocupar los jueces del campo, los heraldos, los farantes, los perseverantes, los escuderos y demás oficiales de armas: á la izquierda se levantaba otro estrado cubierto de paños turques con estrellas de plata, donde debían presenciar el duelo los caballeros granadinos que habían venido acompañando en su embajada al infante Abd-el-Rahhaman.

Al otro extremo del palenque había dos tiendas de las mejores que se habían visto en mucho tiempo, aunque diferentes entre sí: la una era cuadrada, de tafetán verde con galones de oro, y sembrada toda de un blasón rojo con cuatro vástagos de oro, armas de la casa de Cardona, lo que demostraba que aquella tienda, en la cual había guarda de hombres de armas con el mismo blasón que se veía en la tienda al pecho, estaba destinada á Men-Roger de Cardona, rico hombre de Aragón y gran privado del rey Alonso IV.

La otra tienda era redonda, y resplandecía por su tela de oro y seda recamada de ricas labores arabescas y rodeada de una alfombra de Persia: á su puerta había, dando la guarda, esclavos negros con marlotas y capellares rojos y arneses dorados, lo que decía claro que aquella era la tienda del infante de Granada Abd-el-Rahhaman.

Y todo esto, los dos nobles doseles, los estra-

dos, las graderías, las tiendas, la arena igualada y extendida dentro de las barreras, la multitud noble y plebeya que llenaba andamios, estrados y graderías; las galas de las damas, las empresas de los caballeros, el aspecto feroz de los ballesteros aragoneses, las brillantes armaduras de los hombres de armas y escuderos de Men-Roger, y los ostentosos trajes y las armaduras doradas de los esclavos del infante de Granada, ofrecían vivos matices y brillantes destellos, y cien cambiantes de color y de luz, bajo el sol que salía por un horizonte azul y despejado.

XI

Apenas había asomado el sol en el Oriente, como si aquella fuese una señal, oyóse fuera del palenque una ruidosa y alta trompetería, á cuyo sonido todos los que esperaban desde el amanecer rompieron en una aclamación ruidosa.

La corte se acercaba.

Al fin se abrió una poterna y entraron cuatro reyes de armas á caballo, con sus estoques dorados en las manos.

Seguían detrás cuatro heraldos con sus dalmáticas de terciopelo rojo guarnecidas de oro, y con sus mazas al hombro.

Luego una turba de farautes, perseverantes y escuderos, á caballo también; después, diez y seis trompeteros y otros tantos timbaleros, jinetes en caballos blancos, tocando á un tiempo sus instrumentos.

Luego el Condestable con la espada real, y junto á él el alférez mayor con el estandarte de Aragón, y todos los oficiales de la casa del rey.

Luego, en unas andas muy vistosas, cubiertas de paños de brocado y flores, y deslumbrantemente engalanadas, precedida de muchachas vestidas de blanco, que bailaban acompañándose de sus panderetas, rodeada de doncellas nobles de la reina, en hacaneas blancas, llevada cada una de la rienda por un caballero, entró Walidé, confusa y ruborosa, sorprendiendo á los hombres y haciendo morir de envidia á las mujeres con su hermosura.

Después venían á caballo el rey y la reina, él en su corcel de batalla, ella en su blanco palafreón; los rico hombres, los pajes, los escuderos, y por último un escuadrón de hombres de armas.

Toda esta comitiva atravesó lentamente el palenque; cuando llegaron á la gradería del estrado donde estaban levantados los doseles, el mismo rey en persona descabalgó, fué á las an-

das en que era llevada la infantita Walidé, que bajó de ellas, y conducida de la mano por el rey, subió la gradería, y fué á ocupar el trono del amor en medio de los murmullos y de las aclamaciones que arrancaban á todos los presentes. la hermosura y las resplandecientes galas de que iba cubierta Walidé.

Al pie del dosel se extendieron pajes y doncellas, y cuando la infanta de Granada se hubo sentado, el rey bajó de nuevo la gradería, y llevó su esposa al trono, donde se sentó á su lado; los rico-hombres, los mesnaderos, los pajes, se extendieron á los pies de la grada, donde estaban sentadas en almohadones las damas de la reina, los jueces del campo y los reyes de armas, y los demás oficiates ocuparon el tablado que les estaba destinado, y la comitiva mora del infante Abd Rahhaman el suyo.

Entonces, á una señal del rey don Alonso, el rey de armas *Cataluña*, á caballo, seguido de sus oficiales de armas y precedido de los trompeteros y timbaleros, dió una grida ó pregón en que manifestó á todos los circunstantes:

“Cómo el rey moro de Granada había enviado al señor rey de Aragón una doncella mora, infanta de su casa, para que la casase con aquel de sus vasallos que más le pluguiese.

“Otros: cómo habiendo venido por embajador del rey de Granada el noble infante, su primo, Abd-el-Rahhaman, el infante había rendido pleito homenaje y vasallaje al señor rey de Aragón.

“Otros: cómo el infante de Granada Abd-el-Rahhaman, y el noble, alto y poderoso señor Men-Roger de Cardona, vasallos ambos del señor rey de Aragón, habían pedido á un tiempo á dicho señor rey les concediese por esposa la infantita Walidé, que se hallaba presente en el trono de la hermosura.

“Y finalmente, que el susodicho señor rey de Aragón había ordenado que para no ofender á ninguno de los pretendientes, riñesen á la infantita Walidé, en palenque cerrado de poder á poder, en trance de muerte, si necesario fuese, ante Dios y el bienaventurado apóstol San Jaime.”

El rey de armas de *Cataluña* repitió este pregón en los cuatro ángulos del palenque, y luego leyó los capítulos del combate.

Según ellos, se tendría por vencido:

“El que saliere del palenque dejando en él á su contrario.



“El que cayere del corcel al suelo.

“El que pidiere suspensión del duelo.

“El que usare de malas artes, prohibidas por las leyes de la caballería.

“El que hiere de mala manera á su contrario.”

Y otros muchos y prolijos capítulos que se leían en tales ocasiones, y que estaban autorizados por la ley y por la costumbre.

Después de esto se dió otro pregón para que nadie fuese osado, por cosa que sucediere á cualquiera de los dos caballeros, á dar voces ó aviso, ó á hacer seña con la mano, so pena de que al que hablare se le cortaría la lengua, y al que hiciere seña se le cortaría la mano.

A seguida se retiraron el rey de armas y sus oficiales, y los jueces del campo mandaron tocar las trompetas y los timbales, á cuyo son salieron cada cual de su tienda á caballo y armados, el infante Abd-el-Rahhaman y Men-Roger de Cardona, rodeados cada cual de sus escuderos y caballeros.

Llevaba el infante de Granada un bonete forrado de oro ricamente labrado; y coronado por una garzota de plumas verdes en señal de esperanza; un arnés tunecino redoblado, y forrado de tela y oro; una túnica de brocado de rica labor, y un capellar de grana con flecos y borlas de oro; montaba un caballo andaluz poderoso, que hacía retemblar la tierra bajo sus cascos; embrazaba una adarga de cuero de Marruecos, respuntada y bordada de oro y seda, y empuñaba una lanza de ébano, de dos hierros, de Toledo.

Mon Roger mostraba las resplandecientes armas, la marlota y la lanza de dos hierros que le había regalado el infante, y montaba el hermoso caballo de Arabia que había acompañado á aquel regalo, lo que el infante tomó por insolencia, y el rey y todos los circunstantes por descortesía, porque aquello era lo mismo que decir al infante:

—Te combato con tus propias armas.

El infante tomó por un lado de la liza, y el aragonés por el otro, y al pasar por delante de los reyes y de la infanta Walidé, para saludarlos, se cruzaron, y después fueron á ponerse uno frente al otro, cada uno á un extremo de la liza.

Entonces bajaron los jueces del campo y les partieron el sol (1), reconocieron sus armas, las

(1) Por partir el sol se entendía poner á los caballeros de tal modo que el reflejo de los rayos

dieron por buenas; y les tomaron juramento por su honor de que no llevaban sobre sí amuletos ni hechizos en daño de su contrario, después de lo cual se retiraron.

Entonces, cuando los caballeros habían quedado en sus puestos, teniendo el freno de cada uno de sus caballos un faraute, el rey hizo una seña con su bastón y las trompetas y los timbales rompieron en alto alarido.

A este primer son los caballeros pusieron sus lanzas en los ristres, se adargaron é inclinaron el cuerpo sobre el arzón delantero.

Entonces sonó el toque de arremetida, los farauces soltaron los frenos, y el moro y el catalán partieron el uno contra el otro como dos rayos, y se encontraron con terrible pujanza y estruendo en medio de la liza.

Las dos lanzas se rompieron contra las adargas, sin que ninguno de los dos adversarios se descompusiese.

Pasaron y todos aplaudieron, porque entrambos, el moro y el cristiano en aquella primera carrera, habían sido muy buenos caballeros.

Los escuderos del campo les dieron nuevas lanzas, y volvieron á partir y á encontrarse.

El infante de Granada hizo dar un rodeo al catalán, falseándole la adarga é hiriéndole ligeramente por la parte falsa del arnés, debajo del brazo, y el catalán pasó sin tocar al moro.

La ventaja estaba de parte del infante.

La sangre corría á borbotones de la herida de Men-Roger, y los que habían apostado por su triunfo empezaron á dar por perdido su dinero. Pero de repente el caballo del infante, sin que nadie pudiera dar con la causa, se inquietó, empezó á encabritarse, mordió el freno, y escapó de la liza sin que pudiese estorbarlo su jinete.

Todos lo tuvieron á hechicería, tal vez á las artes del barón catalán; pero como uno de los capítulos del duelo era que el caballero que se saliera de la liza fuese declarado vencido, fué el infante, y el rey declaró que Men-Roger de Cardona había ganado buena y lealmente á la infanta, y se la concedió por esposa.

Al saber esto Walidé, palideció intensamente y murmuró:

—No ha vencido al amado de mi alma sino valiéndose de Satanás, que le ha ayudado con

del sol en las armaduras no favoreciese al uno y perjudicase al otro, y ponerlos á cierta distancia con iguales condiciones, para que ninguno tuviese ventaja sobre el otro.

malas artes. Pues bien, esposo mío, yo te juro, no sólo no ser tuya, sino vengar al infante de la traición que has obrado con él.

Y todos se engañaron en lo de las hechicerías; la verdad era que al errar el golpe el catalán había herido sin quererlo en un ijar al caballo del infante, y éste, irritado por el dolor de la herida, había partido.

XII

Entre tanto Abd-el Rahhaman, sin poder contener á su caballo, era llevado por él con la velocidad del huracán á través de los campos.

Nadie supo en Tarazona lo que había sido del infante.

A los tres días los caballeros y las gentes y los esclavos que habían acompañado á Abd-el-Rahhaman en su embajada, partieron de Tarazona.

El rey, antes de que partiesen, les preguntó por el infante.

—No sabemos lo que ha sido del bravo Abd-el-Rahhaman, señor—respondió un xequé que había acompañado al infante.

—Dios le ayude—dijo el rey de Aragón—, porque es un buen caballero.

XIII

Tres días después se efectuaron las bodas de Men Roger de Cardona y de la infanta Walidé:

La hermosa joven se había presentado alegre, y riendo, de adas sus ropas moras por otras magníficas á la usanza de los cristianos, y más hermosa que nunca.

Men-Roger llevaba vendado el brazo izquierdo, y suspendido de una venda de seda negra que sujetaba en su cuello.

La infanta, por medio de un intérprete, declaró que voluntariamente se instruiría en la religión cristiana y se bautizaría apenas estuviese instruída, todo por amor á su esposo.

—¡Lo que son las mujeres moras!—exclamó para sí el rey al ver que tan pronto olvidaba sus amores la infanta.—¡Una aragonesa se hubiera dejado matar!

XIV

Pero al día siguiente dieron una terrible nueva al rey, por la cual no supo decir si la infanta amaba como toda mujer debe amar, ó si amaba demasiado.

En la cámara nupcial se había encontrado

muerto, cosido á puñaladas, á Men-Roger de Cardona.

Sobre su pecho, sujeto por un puñal, se veía un pergamino, y en él escrito en árabe lo siguiente:

“Las moras de Granada matamos ó morimos cuando nos entregan un hombre á quien no amamos.”

El rey se aterró por la muestra que había dado de sí aquel amor terrible, y mandó prender á la infanta.

Pero la infanta había desaparecido.

Y lo que era más extraño, la hermosa doña Catalina de Cardona, la hermana del difunto, había desaparecido también.

XV

—¿Y cómo aconteció eso?—dijo María, que escuchaba con sumo interés al mago.

—De una manera muy sencilla. El infante cuando pudo dominar á su caballo comprendió la situación en que se encontraba; no le cupo duda de que su enemigo había sido declarado vencedor y de que se le habría entregado la infanta Walidé.

Al pensar esto, la venganza lució como un relámpago sombrío en el alma del infante.

—¡Oh!—dijo—tú me has robado mi amante, yo te robaré tu hermana, la hermosa doncella de las crenchas de oro.

Y desde que el infante adoptó esta resolución, como que le pareció menos dolorosa la pérdida de Walidé.

Pero para ello era necesario ser prudente. Se encontraba en medio de los campos y se dirigió sin vacilar á un caserío.

Un labriego le salió al encuentro.

—Tú eres pobre—le dijo el infante, que hablaba bien el español.

—Ni pobre ni rico—le contestó el labriego.

—Pero no te vendría mal que yo te cambiase este hermoso caballo por uno de tus rocinas.

—No por cierto, señor.

—Ni que yo irocase todas mis galas por un vestido tuyo.

—¡Ah! no por cierto.

—Pues bien—dijo el infante descabalgando—; entremos en tu casa.

Allí se efectuó el cambio.

—Escucha—le dijo el infante—: cura á este caballo; la herida es ligera, y bien merece por hermoso y bravo que se cuide de él.

—¡Ah! Sí, señor—dijo admirado el labriego.

—Oye aún: mete este caballo en tu establo, y guarda estas armas y estas ropas, mañana vendrán á comprártelo todo, y te darán por ello un monte de oro

—¡Ah, señor!

—Y á persona viviente digas que me has visto.

—Descuidad, señor.

Y el infante, montado en el rocín de labor que le había cambiado el campesino por su magnífico caballo de batalla, y vestido como un rústico, se alejó hacia Tarazona; esperó á que cerrase la noche, y cuando ésta hubo extendido su sombra entró en la ciudad, sin que nadie reparase en él á causa de su disfraz, y se entró en la casa donde estaban las gentes de su embajada.

—Abdelamar—dijo á uno de sus escuderos favoritos—: tú no me has visto; guarda un profundo secreto, y búscame una de esas viejas embaucadoras que dicen que hay en todas las poblaciones de los cristianos.

Abdelamar salió, y poco después volvió con una de esas viejas que viven de ser corredoras del amor, y favorecedoras de doncellas y galanes.

El infante se encerró con ella, y la dijo:

—Amo á una noble dama de esta ciudad, y no puedo decírla mi amor: ¿quieres tú, buena mujer, encargarte de llevarla un mensaje mío?

Y puso en manos de la vieja un bolsillo.

—¿Y cómo se llama esa doncella, hermoso señor?

—Doña Catalina de Cardona—contestó el infante.

—¡Ah señor! ¿Que es más dura que una peña! ¿Tiene amores con un caballero muy noble y muy rico, que se llama Men-Jorge de Ariza, y oiz que se va á casar con él: muchos enamorados me han encargado de lo mismo que vos me encargáis; pero aunque la he hablado, porque yo tengo un compadre que es escudero de su hermano, no he podido recabar nada de ella: ni aun siquiera que se asome á los miradores para que la vea el enamorado!

—No importa—dijo el infante—: id, puesto que podés hablarla, y decidla que un caballero extranjero á quien vió hace cinco días en el alcázar, y que hace cuatro comió á su mesa con ella y con su hermano, muere por ella; que no ha podido olvidarla un momento, y que la ruega le permita la ventura de hablarla á solas.

—Iré, hermoso señor, iré; pero mucho me temo que mi ida sea en vano como tantas otras.

Y la vieja salió; y el infante se quedó entregado á su rabia y á su duda; y después de haberse dado á conocer á los principales caballeros de su embajada, de haberles recomendado el secreto, y de haberles mandado que se despidiesen del rey de Aragón, como si él no hubiese parecido, se encerró en un aposento y se acostó para no dormir.

Al día siguiente, al medio día, Abdelamar avisó al infante de que la vieja que había hablado con él la noche anterior estaba en el zaguán.

El infante mandó que trajese á la vieja, y se encerró con ella.

Rebosaba la alegría del semblante de aquella mujer.

—¡Ah, señor—exclamó! ¡Y qué dichosos sois! ¡Doña Catalina os ama! ¡Una doncella tan noble, y tan hermosa, y tan rica! ¡Oh, qué buena ventura os acompaña, señor!

—¡Que me ama! ¡Os lo ha dicho ella!—exclamó el infante, cuyo corazón se había abrasado al recibir aquella noticia en un fuego para él desconocido.

—Ella no me lo ha dicho, señor—dijo la vieja; pero yo no necesito que me digan las cosas; cuando la di vuestro recado me contestó poniéndose muy pálida:—¿Es un caballero joven, moreno, que tiene los ojos negros?—El mismo, señora mía. la contesté—. ¿Y decís que quiere hablarme?—Por veros muere—. Guardó algún tiempo de silencio aquella luz de los cielos, y luego, poniéndose muy colorada, me dijo:—Id y avisadle, que aprovechando el estar mi hermano en el lecho guardando una herida, le veré esta noche por la reja del huerto, á la media noche. Que venga solo y disfrazado.—Y cuando yo oí esto, vine desalada á avisároslo, mi hermoso señor.

Informóse el infante de las señas del lugar de la cita de doña Catalina, dió otro bolsillo á la dueña, y la despidió.

Cuando llegó la hora de la cita, que el infante esperó con una impaciencia mortal, salió, atravesó las calles desiertas, iluminadas á medias por la luz de la luna, y llegó á un lugar, después de haber andado mucho, donde en una tapia, por cima de la cual se veían árboles frutales, vió una ancha reja.

Pero aquella reja estaba cerrada. Acercóse á ella el infante, y esperó muriéndose de ansiedad.

Pasó algún tiempo, y ya temía que la vieja le hubiese engañado, cuando sintió por dentro de la reja unas pisadas de mujer que se acercaron, y detrás de la reja se detuvieron.

Al fin, y pasado un corto espacio, rechinaron los postigos, se abrieron, y apareció á la luz de ia luna una mujer vestido de blanco.

Era doña Catalina.

XVI

—¡Oh, hermoso lucero de mi obscura noche! —exclamó el infante asiéndose á la reja y mirando con ansia á la hermosísima doña Catalina.

—Mirad no os equivoqueis, caballero—dijo con seriedad la doncella, y no digais esas palabras creyendo que yo soy la hermosa infanta que habeis traído de Granada.

—¡Oh! no, no, sé que sois vos; vos, la alegría de mi alma, el agua regalada que mi sed desea.

—Si vuestro caballo no se hubiera espantado, hubiérais vencido á mi hermano, hubiera sido vuestra la infanta, y no os hubiérais acordado de mí. Sin duda que me hablais de amar por vengaros de mi hermano; y si yo he consentido de veros, ha sido para deciros por mí misma que os habeis engañado torpemente al elegirme por medio para vuestra venganza.

—¡Ah, partiérame una lanza el corazón antes de que yo escuchara de vuestros hermosos labios tan crueles palabras!

Pronunció el infante de una manera tan dolorosa estas palabras, que doña Catalina repuso dulcificando su acento:

—¿Me amais en efecto? ¿No me engañais? ¿Puedo fiar en vuestro honor de caballero? y si me amais, ¿cómo es que habeis reñido en duelo la mano de la hermosa infanta granadina?

—Porque creía amarla, señora; pero me engañaba; yo no he amado hasta que os he visto, no; os lo juro por la santa piedra de la Kaba, por el arcángel Gabriel, por Dios, por mi alma. ¡Ah! yo no sabía lo que era morir por una mujer hasta ahora; no, no, os lo juro.

—¡Es singular!—dijo doña Catalina; yo amaba á un hombre.

Y doña Catalina se detuvo ruborosa.

—Seguid, alegría de mi vida, seguid—dijo con anhelo el infante.

—Sí—continuó doña Catalina con la voz trémula; yo amaba ó creía amar; pero... si es

cierto lo que decís... me ha sucedido lo mismo que á vos...

Doña Catalina se detuvo de nuevo.

—¡Me amais como yo os amo!—exclamó el infante loco de alegría; hemos nacido el uno para el otro; vos cristiana, yo moro; y al vernos hemos comprendido lo que es el amor; que no habíamos amado hasta que nos hemos visto.

Doña Catalina guardó silencio.

—Hablad, hablad—dijo el infante; ¿no veis que muero?

Y Abd-el-Rahman se asía á la reja para sostenerse, y temblaba.

—Yo os amo—dijo doña Catalina con la voz apagada.

El infante reclinó su cabeza en la reja y rompió á llorar, porque las lágrimas acompañan tanto á las grandes alegrías como á los grandes dolores.

Y al ver llorar á un hombre tan valiente y tan bravo, las entrañas enamoradas de doña Catalina se abrieron.

—Somos muy desgraciados—dijo.

—¡Desgraciados!—exclamó el infante levantando á doña Catalina los ojos nublados por las lágrimas en que reflejaba la luna. ¡Desgraciados! ¿Y por qué?

—Vos sois moro, yo soy cristiana.

—Para los que se aman no hay más Dios que el amor.

—Sois enemigo de mi hermano.

—Le perdono.

—Mi hermano no os perdonará.

—Le diré: amo á vuestra hermana, soy hijo de reyes.

—Mi hermano os pedirá lo que yo no os pido,

—¡Qué!

—Que renegueis de vuestra patria y de vuestro Dios.

—¡Oh! ¡No! ¡Nunca!

—Lo sé, y por eso os amaré siempre; yo no podría amar á quien por mí se envileciese.

Guardaron entrambos silencio.

—¿Me pediríais vos que renegase de mi Dios?—dijo doña Catalina.

—¡Oh, no!—respondió el infante,

—Pues bien, amémosos—dijo doña Catalina.

El infante quiso en la locura de su alegría asir una mano, que la hermosísima cristiana tenía apoyada en la reja.

Doña Catalina la retiró.

—Amémosos, pero desde lejos; guardemos

cada uno dentro de nuestra alma, como un santuario, nuestro amor.

—¡Amarnos desde lejos! ¿Y por qué no unirnos?

—No lo quiere Dios; vos sois moro, yo soy cristiana.

—Vos seguireis siendo cristiana, y yo seguiré siendo moro,

Pronunció de una manera tan sentida estas palabras el infante, que doña Catalina no contestó.

Permaneció por un momento en silencio dominada por el amor que el infante la inspiraba.

—¿Y cómo, cómo—dijo al fin—no separarnos?

—Seguidme.

—¡Que os siga! ¡Qué habeis dicho!

—Necesito veros continuamente, teneros continuamente á mi lado para vivir; sin vos los cielos no tienen luz para mí, ni el sol resplandores, ni brillan las estrellas; sin vos moriré... ¡Ah! ¡Vos cuando os negais á seguirme no me amais!

—Amo antes que á vos á mi honra—contestó con voz severa doña Catalina.

Pero su voz temblaba.

—En fin, ¿no sereis mía? ¿No partireis conmigo á Granada?

—¡No!—exclamó doña Catalina.

Y guardando silencio por un momento, dijo:

—¡Adiós!

—¡Adiós!—¿Es decir que me dejais?

—Me aparto de vos.

—¿Y no volveremos á vernos?

—No nos debemos ver: adiós.

—Esperad, esperad, vida de mi vida, ved que desdeñando mis amores me matais.

—Adiós—repitió doña Catalina.

Y cerró la reja.

Abd-el-Rahhman permaneció algunos momentos delante de aquella reja, mudo y anonadado, y luego alzó con resolución la cabeza, y dijo:

—Por el Dios Altísimo y Unico, hermosa cristiana, que has de ser mía.

XVII

—¿Y lo fué?—preguntó María con gran interés al mago.

—Sí; ¿no te he dicho que tú eres hija de doña Catalina de Cardona?

—¡Ah!

—El infante de Granada insistió, suplicó, llo-

ró, y, al fin, como tu madre estaba enamorada, se rindió.

—¿Huyó con mi padre?

—Sí, con el infante de Granada, Abd-el-Rahhman, la misma noche en que se celebraban las bodas de Men-Roger de Cardona con la infanta Walidé. Asistamos á las bodas, voy á presentártelas. Mira.

Iluminóse el fondo de la habitación, y María vió una sala rica, colgada de banderas y tapices, y reluciente de luces; al fondo de la sala había un altar; á un lado del altar había multitud de damas y al otro gran número de caballeros.

Se abrió una puerta, y entró una dama ya de edad proveccta llevando de la mano á otra dama muy joven, muy hermosa y magníficamente ataviada.

La una dama era la reina de Aragón, la otra la infanta Walidé.

Se abrió otra puerta, y apareció otro caballero llevando á otro de la mano.

El que le llevaba era el rey de Aragón; el que era llevado, Men-Roger de Cardona.

Seguían á la reina y á la novia multitud de damas; al rey y al novio, gran número de caballeros.

Cuando la infanta y Men-Roger estuvieron delante del altar, se arrodillaron en unos almohadones.

Luego, por una puertecita situada junto al altar, salió el obispo de Tarazona con sus clérigos y su báculo de oro, hizo una plática á los novios, y después les echó la bendición nupcial.

Y á seguida, en otra cámara más extensa y más rica, empezó el sarao, que duró hasta muy entrada la noche.

Al fin la reina asió de la mano á la desposada, y la condujo á la cámara nupcial, donde la dejó sola.

El rey llevó á aquella misma cámara al desposado, y se despidió de él á la puerta.

Men-Roger y la infanta Walidé quedaron solos.

La infanta no comprendía el dialecto aragonés, pero comprendía sí el dialecto de los ojos.

Men-Roger adelantaba hacia ella pálido de deseo.

La infanta estaba en medio de la estancia, delante del gran lecho nupcial, cruzada de brazos y con la vista inclinada al suelo.

Men-Roger se acercó á ella, y la abrazó.

Ella no resistió el abrazo.

Pero de repente, cuando Men-Roger fué á estampar un beso en la boca de Walidé, dió un grito, y cayó de espaldas. Walidé, al ser abraza le había herido en un costado con un puñal que tenía prevenido, y luego, cuando cayó, Walidé, horrible con su venganza, dió de puñaladas al infeliz, sacó de su seno un papel, y con la última puñalada le clavó sobre el pecho de Men-Roger.

Aquel papel decía en letras arábigas:

“Las moras de Granada matamos ó morimos cuando nos entregan á un hombre á quien no amamos.”

XVIII

—Pero lo que hizo aquella mujer fué infame—dijo María.

—Escucha, escucha—continuó el mago—, y verás hasta dónde puede llegar el amor de una mora.

María escuchó de nuevo, y el mago continuó:

—Cuando Walidé vió ante sí muerto y ensangrentado á Men-Roger, tuvo miedo. Buscó una puerta, y huyó á la ventura, atravesó una galería, llegó á unas escaleras, las bajó, se encontró en un huerto iluminado por la luna, le recorrió buscando otra salida, y encontró un postigo.

Aquel postigo tenía la cerradura rota y corridos los cerrojos.

Estaba abierto.

Walidé se lanzó, á la ventura siempre, por aquel postigo.

Pero de repente se encontró con un hombre.

La luna daba de lleno en su semblante, y Walidé arrojó un grito de alegría.

Porque aquel hombre era el infante Abd-el-Rahhman, que mientras sus gentes ponfan en salvo á doña Catalina, que había huído, se había quedado con algunos de los suyos cubriendo por sí mismo la salida, y resuelto á todo.

Del mismo modo que Walidé había reconocido al infante, éste la reconoció á ella.

Una intensa alegría inundó el alma de entrambos.

La de ella, porque se veía al fin salvada por el hombre que vivía en su alma; la de él, porque se vengaba de una doble manera de la falta de fe de Men-Roger.

Walidé comprendió que no debía decir á su amante que había matado á su esposo.

Abd-el-Rahhman comprendió que debía en-

cubrir el motivo por qué se encontraba allí á tales horas.

—¡He huído! ¡he huído, amado mío, aprovechando la confusión de la fiesta de mis bodas!—dijo Walidé—; pero vámonos de aquí, vámonos, porque dentro de poco nos perseguirán.

—¡Ah!—dijo el infante asiendo á Walidé y llevándola consigo—; yo creía que te habían avisado que encontrarías franco el postigo del huerto, y que yo te esperaba fuera para salvarte.

—¡Oh! nadie me ha dicho nada—dijo Walidé siguiendo á buen paso al infante, al que á medida que adelantaba se iban incorporando sus gentes, que estaban apostadas en las calles inmediatas—: pero antes de ser de otro hombre, lo arrostré todo: si no te hubiera encontrado, si no hubiera podido huir, me hubiera dejado matar antes que faltar á tu fe.

—¡Alma de mi alma!—exclamó el infante.

Pero al pronunciar aquella exclamación, mentía: su amor hacia Walidé había pasado vencido por el amor de doña Catalina de Cardona.

El infante y los suyos iban vestidos á la aragonesa: la infanta, para no hacerse reparable si por ventura los encontraban los guardas de la ciudad, se había despojado de sus joyas, y había cubierto su rico traje con la capa del infante. Además de esto, Abd-el-Rahhman y los suyos llevaban puestas las manos en las empuñadoras de las espadas.

Muy pronto, franqueada por los guardas pagados una de las puertas de la ciudad, los fugitivos se encontraron en el campo.

El infante llamó aparte á Abdelamar.

—Oye—le dijo—: sigue tú adelante, muy adelante con la cristiana, de modo que durante el camino hasta Granada no pueda verla la infanta Walidé, con la cual seguiré yo el mismo camino. Que ninguno de los tuyos se quede atrás y pueda decir que contigo va una mujer. Adelante, adelante, y á la carrera.

Y montando á caballo tomó sobre el arzón á Walidé, y partió.

Muy pronto los fugitivos se perdieron entre el silencio y las brumas de la noche.

.....
.....
En vano el rey de Aragón quiso saber lo que había sido de la infanta mora, y de la rica hembra cristiana.

Parecía que el mar se había tragado á Walidé y á doña Catalina.

Alonso IV, pues, hubo de contentarse con hacer unas ostentosas exequias á su favorito.

Hablóse de ello durante muchos días en la corte, y al fin todos se olvidaron de Men-Roger, de su hermana y de la infanta Walidé.

XIX

Durante una hermosa noche de verano, una sombra blanca, acompañada de otra sombra negra, penetraron por el claro de un vallado en uno de los bellos y frondosos cármenes del Darro.

Los rayos de la luna se detenían en la fronda de los árboles frutales, y bajo ellos encontraban un camino obscuro y oculto la sombra blanca y la sombra negra.

Cuando las dos sombras llegaron á un punto, desde el cual se veía una blanca casa en medio de un jardín iluminado enteramente por la luz de la luna, se detuvieron.

—Te había prometido—dijo la sombra negra á la sombra blanca—, traerte al lugar donde tu esposo viene á pasar las noches entre los brazos de una mujer.

—Si me lo haces ver seré tuya—dijo con voz irritada y ronca la sombra blanca.

—¿Ves aquella luz que brilla detrás de aquel ajimez?

—Sí.

—Pues allí reposa la cristiana que sacó de Tarazona el infante Abd-el-Rahhman, la misma noche en que te libró de tu mal destino.

—Para condenarme á otro peor—dijo Walidé—, que ella era; para condenarme á la desesperación de verme despreciada por otra mujer. ¿Y es esa mujer hermosa?

—Como el lucero de la tarde al principiar una noche de primavera.

—Pues bien, Abdelamar, después de que haya visto á mi esposo salir de esa casa, quiero conocer á esa mujer.

—Será necesario gastar algún oro.

—¿Y qué importa?—dijo la infanta—: ¿no estoy muriendo de celos? ¡la vida que me pidiesen la daría por vengarme!

—¡Oh, y cuánto amas al infante!—dijo suspirando Abdelamar.

—Te juro que le aborrezco.

—¿Y por qué no huyes de él y le desprecias?

—Quiero vengarme.

—¡Ah! ¡mal haya la hora—dijo Abdelamar—, en que el infante me puso á tu lado para servir-

te! ¡Un día y otro día he dominado mi amor, que un día y otro día ha ido en aumento.

—¿Y no te amo yo?

—¡Tú no puedes amar á nadie!... ¡tu alma no es tuya!

—Cuando me hayas vengado te convencerás de que el amor del infante ha pasado para mí.

—¿Y por qué deseas la muerte de esa cristiana y no la del infante?—dijo Abdelamar.

—Porque el infante la ama tanto, que preferiría morir á perderla; porque la pérdida de esa mujer le desgarrará el corazón, y su recuerdo le quemará eternamente el alma. ¡Morir! ¿qué es morir? ¡Un dolor breve! ¡una breve agonía! No: ¡yo quiero que viva! ¡yo quiero que lllore! ¡yo quiero que sepa que me he vengado!

Walidé, aquella niña tan inocente, tan cándida, tan pura, tan dulce en otro tiempo, se había convertido en un demonio por el amor.

Abdelamar, el amigo más que el siervo de Abd-el-Rahhman, puesto por él al lado de Walidé, enloquecido por la hermosura de la infanta, había hecho traición á su señor: él era el que había revelado á Walidé los amores del infante con doña Catalina de Cardona; él era quien había prometido, en cambio de su amor á Walidé, una venganza terrible; él era, en fin, quien la había llevado á aquel frondoso y apartado carmen, donde ignorada de todos vivía doña Catalina, ardiendo en el amor del infante y de su pequeña hija.

—Porque tú, María, añadió el mago, acababas de nacer.

—¡Ah, Dios mío! ¡y mi madre! ¡qué fué de mi pobre madre!—exclamó María.

—Tu madre cayó ante los celos de Walidé.

—¡Cómo!

—Walidé no pudo tener duda de que el infante amaba á otra: le vió salir de aquella casa acompañado de una mujer, que llegó con él hasta cerca del bosquecillo donde estaba oculta con Abdelamar. Oyó hablar á su esposo y á aquella mujer un habla extranjera, vió á la luz de la luna la incomparable hermosura de doña Catalina, y se decidió á todo.

Algunos días después, cuando el infante transportado de amor fué una noche á embriagarse entre los brazos de tu madre, la encontró muerta.

—¡Muerta!

—Sí; Abdelamar había comprado á fuerza de oro á la esclava cocinera de doña Catalina, y la infeliz fué envenenada. Tú misma estuviste á

punto de muerte, y fué necesaria toda la ciencia de los más famosos médicos para salvarte.

—¡Yo!

—Sí; tú te habías alimentado del pecho de tu madre después de haber sido ésta envenenada.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡y quedó sin castigo tanto crimen!

—El crimen continúa en la raza de Walidé.

—¡En la raza de Walidé!

—Sí; en su hija Ketirah.

—¡En su hija! ¿Y dónde está esa mujer?

—En los brazos de tu hermano: en la cámara que está bajo ésta.

—¡Mi hermano! ¿y quién es mi hermano?

—El generoso caballero que te amparó en Martos: el que recogió á tu amante, á Gonzalo, y le hizo conducir á Hinsaleux donde vive, y muere de impaciencia pensando en ti.

—¡Que vive Gonzalo!—exclamó trémula de alegría la joven.

—Sí, vive, y te rescatará y será tu esposo; pero es necesario para ello que tú misma contribuyas á tu libertad.

—¡Dios mío! ¿y cómo? ¡sola, abandonada!

—Oyendo los amores de Masud-Almoharaví.

—¡Oh! ¡nunca!—exclamó María.

—Engañale, domínale...

—Yo no sé mentir.

—Tu mentira servirá para castigar el crimen.

—Para castigar el crimen, ¿de quién?

—De la mujer que está entre los brazos de tu hermano, de la miserable que por ser sultana se unió en una infame alianza con un hombre miserable y ambicioso, y mató al que creía su padre.

—¿Pues quién era el padre de esa mujer?

—Esa mujer era hija de Walidé y del infante Abd-el-Rahhman.

—¡Pero entonces, el infante Aben-el-Ismaíl, esa mujer y yo, somos hermanos!

—¡Ya se ve, tienen los moros tantas mujeres! Dos años antes de conocer á Walidé tuvo Abd-el-Rahhman un hijo de su primera esposa: ese hijo es el infante Aben-Ismaíl; poco después de su vuelta de Aragón con Walidé y con tu madre tuvo Abd-el-Rahhman una hija de Walidé que se llamó Ketirah, y algunos años después de sus amores con tu madre, que resistió mucho tiempo á sus deseos, á pesar de su amor, y que á pesar de su amor pasó también algunos años sin darle hijos, naciste tú. De modo que tu hermano

Aben-Ismaíl, infante de Granada, tiene veintisiete años; Ketirah veinticinco, y tú quince, y todos sois hermanos, hijos de un mismo hombre, y de distinta madre cada uno. Zobeya, la primera mujer de Abd-el-Rahhman, murió al dar á luz á su hijo; doña Catalina, tu madre, fué envenenada por Walidé, y al envenenarla, Walidé huyó, temiendo verse vendida por Abdela-mar, su cómplice, si no cedía á sus amores; huyó y se refugió en la casa de un pariente suyo, wazir del difunto rey Abul-Walid, que se llamaba Abul-Fath-Nazir-el-Ferih. Ocultóla éste, tuvo amores con ella, y viéndola triste, porque era madre y no tenía consigo á su hija, la robó de los palacios de Abd-el-Rahhman, la ocultó tanto como había ocultado á su madre, y Ketirah, cuando asesinó á Abul-Fath-Nazir-el-Ferih, creyó que asesinaba á su padre.

—Pero esa es una sucesión de crímenes horrosa.

—Ketirah estaba maldita en su madre, que había muerto al fin devorada por el remordimiento; Ketirah es el demonio bajo la figura de un arcángel; si Ketirah sabe que su amante, su hermoso Aben-Ismaíl, te libró del rey Adul-Walidé y le mató por ti, en sus celos, en su rabia te matará.

—¿Y quién puede decir eso á esa mujer?

—Masud-Almoharaví, si le desprecias.

—Yo la diré que soy su hermana.

—Aunque te creyese, ¿piensas que se detendría mucho en matar á su hermana, la que no se detuvo en matar al que creía su padre?

—¡Oh, qué mujer tan horrible! ¡parricida, incestuosa!...

—Y adúltera.

—¿Y cómo salvarse de ella?

—Primero, escribiendo á tu padre.

—¿A mi padre?

—Sí, al walf de Algeciras, el noble, el poderoso Mohammed Abd-el-Rahhman.

Y Abu-Jacob sacó de entre su hoyalanda un pergamino enrollado y un tintero.

—Pero yo no sé escribir.

—No importa, yo escribiré por ti. Al fin, yo llevaré tu mano para que escribas tu nombre.

María estaba fascinada, pendiente de las palabras del mago, que desenvolvió el pergamino y se puso á escribir sobre sus rodillas.

Lo que escribía el mago era la historia de la sorpresa de Illora por los fronteros de Alcaudete acaudillados por Sancho de Arias, el robo por

este de la hija de doña Catalina, y la existencia de las alhajas de aquella infortunada en poder del infante Aben-Ismael.

—Además, señor—decía la carta—: sólo con verme me conoceréis; porque los que conocieron á mi madre, á quien tanto amásteis, dicen que soy una viva imagen suya.

La carta concluía diciendo al walf de Algeciras el peligro en que se encontraba su hijo, penetrando todas las noches en la Alhambra para ver á la sultana Ketirah, y exponiéndose, si era visto, á ser preso y muerto como asesino del rey Abul-Walid.

—Firma—dijo el mago cuando hubo leído esta carta á María.

—Pero ya os he dicho que yo no sé escribir.

El mago se apoderó de la mano de la joven, y la hizo escribir al pie del pergamino y con caracteres arábigos su nombre.

—Tu padre vendrá á salvarte—dijo el mago—y tu hermano te entregará á tu amante.

—¿Pero quien llevará esta carta á mi padre?

—La recibirá dentro de un momento—dijo el mago, guardándola entre su ropón talar.

—¿Qué! ¿Está mi padre en Granada?

—¿Y qué te importa? Lo que te importa es entretener con esperanzas á Masud-Almoharaví para dar tiempo á que llegue tu padre.

—No.

—Acuérdate de Gonzalo.

—¡Ah, Dios mío!

—Acuérdate de que tu hermano, amando á la sultana Ketirah, está entregado á Satanás.

—Pues bien, mentiré.

—Pues es preciso que te prepares, porque siento ya los pasos de Masud-Almoharaví que se acerca. Adíos.

Y el mago se levantó, adelantó hacia la puerta, y se desvaneció en su penumbra.

María quedó entregada á una fascinación incomprendible.

XX

Apenas el mago había salido ó desaparecido, cuando se abrió la puerta, y deslumbrante de galas y de brocados entró Masud-Almoharaví.

María se estremeció; pero recordando las últimas palabras del mago, dominó su conmoción.

—Hermosa sultana del amor—dijo Masud-Almoharaví—, que Allah te guarde y te bendi-

ga. Heme ante ti, que vengo á ofrecerte mi amor y mi alma.

—¡Tu amor y tu alma! lo mismo me dice el rey, y tú eres su siervo.

—El rey ha muerto—dijo con voz lúgubre el wazir.

—¿Que ha muerto el rey!

—¿No has oído hoy rumor de combate?

—Sí.

—¿No has visto correr los esclavos negros por los adarves?

—Sí.

—¿Y nada has sospechado?

—He creído por un momento que los cristianos...

—¡Llegar los cristianos á la Alhambra! ¡Cuando los cristianos lleguen á sus muros, los montones de cadáveres serán más altos que las sierras, y la Vega se habrá convertido en un mar de sangre!

—¿Y quien ha matado al rey?

—Yo—dijo Masud-Almoharaví mintiendo, porque no quería decir á María que el infante Aben-Ismael había matado por ella al rey.

—¿Y por qué le has matado?—dijo María?

—¿Le amabas?

—¡Amarle yo?—exclamó con horror María.

—Agradéceme entonces su muerte, porque con ella te he librado de una suerte horrible.

María, recordando siempre las palabras del mago, se dominó.

—Sí, sí, es verdad—dijo—: el rey Abul-Walí era un tirano. Anoche... ¡oh qué horror!... pero siéntate, siéntate junto á mí.

Masud-Almoharaví se sentó transportado de deseo junto á María.

Y la joven, con el magnífico traje musulmán que le había obliga á vestir el rey Abul-Walí, quitándole sus ropas castellanas; con sus ricos cabellos rubios agrupados en anchas y largas trenzas; con su blancura nacarada; con sus resplandecientes ojos negros, y con el encendido color que asomaba á sus mejillas, excitado por la situación difícil en que se encontraba, era el hermosísimo trasunto de un sueño de amores.

Masud-Almoharaví contrastaba energicamente con ella: era ya viejo, estaba pálido y demacrado: sus enormes ojos, en que se traslucía la raza africana, tenía un no sé qué de terrible, de fiero, de amenazador, aun cuando querían dulcificarse y expresar el amor ó la amistad: sobre su frente había impreso una profunda arruga el

remordimiento, y sus ricas galas hacían contrastar esta fealdad del cuerpo y del alma que aparecían en su semblante.

Masud-Almoharaví na había amado hasta entonces más que á su ambición; pero desde un día en que acompañando al rey Abul-Walid vió á María, su corazón se abrió al amor, y á un amor tan violento cuanto había tardado en conocerle su corazón.

En el breve espacio que había pasado entre el día que el rey Abul-Walid había traído de Martos á la joven, hasta que el rey murió, Masud-Almoharaví la había visto algunas veces.

La última le había hablado de amor.

María le rechazó.

Por esta razón María conocía á Masud-Almoharaví.

Por el anterior desdén de María, el enamorado wazir se maravillaba de que la joven le sonriese y le hubiese mandado sentar á su lado.

—La mujer, como el hombre—dijo para sí Masud—, tiene ambición: cuando el rey la enamoraba, esta rosa del Hirám me despreció: ahora que el rey ha muerto es distinto: yo no puedo ser para ella el prendido de perlas que ciña su cabeza, los perfumes, que suavicen su cuerpo, las telas brillantes que realcen su hermosura: yo daré á esta doncella cuanto quiera, y será mía.

Y obedeciendo á este pensamiento, Masud la dijo:

—Esta torre es muy triste ¿no es verdad?

—No, no, señor—dijo María—: por el contrario, ¡es tan bella esa quebrada que serpea al pie de la torre! ¡suena tan blandamente el arroyo que por esa quebrada se despeña! ¡cantan con una música tan regalada los ruiseñores que anidan en los laureles del cercano monte, y es esta torre tan hermosa! Desde aquella ventana veo salir el sol, y por esa otra le miro ponerse: la luna parece más hermosa en medio de este silencio: sólo estaría mejor que en esta torre...

—¿En dónde?

—En los lugares donde nací... ó al menos donde me crié—añadió María, recordando que había nacido en uno de los cármenes de Granada.

—¡Oh! ¿Vivirías más alegre en Martos?—dijo Masud.

—¡Oh! Sí, señor; allí reposan los restos de mi padre.

Y los ojos de María se llenaron de lágrimas á la memoria del buen Sancino de Arias.

—¿Y no dejaste allí un amante?

María se acordó de las palabras del mago, y replicó sin vacilar:

—¡Ah! No, señor; nunca he amado.

—¿No has amado tampoco al rey Abul-Walid?

—Si le amara, ¿no lloraría por su muerte?

—El rey era hermoso y joven aún, y galán y enamorado—dijo Masud-Almoharaví, dominando un estremecimiento, porque no podía alejar de sí el recuerdo del instante en que vió ante sí á Ketirah lavando el puñal con que había acabado de matar al rey.

—Sí, sí—dijo María—; el rey moro era hermoso y tierno y enamorado; pero ¿no era yo su cautiva? ¿No me había arrancado de mi patria? Yo no puedo amar lejos de mi patria; yo mientras esté en prisiones sólo puedo gemir como el ruiseñor, aun cuando esté encerrado en una jaula de oro.

—Pues bien; si sólo en tu patria puedes amar, cristiana, yo acaudillaré mis jinetes é iré á apoderarme de Martos, construiré en él para ti un alcázar, y vivirás en él.

—Pero ¿no estaba Martos en poder de los moros?

El rey Abul-Walid dejó en él poca guarda, y los fronteros de Alcaudete y de Jaén han vuelto á apoderarse de la villa. Pero no importa; yo llevaré á Martos mi bandera; yo reduciré de nuevo aquella villa, te llevaré á ella y viviré á tu lado.

Presentóse de repente á la vista de María Martos, entregado de nuevo al degüello y al incendio, sus viejos y sus niños muertos, sus doncellas, las que hubiesen quedado del rebato anterior, hechas cautivas, y se estremeció.

—No, no—dijo—; creo que lo que me impide amar no es el estar separada de mi patria, sino el dolor que siento por la muerte de mi padre.

—¡Oh!—exclamó Masud—; yo seré á un tiempo para ti tu padre, tu esposo, tu hermano, si tú quieres; yo haré venir para ti de Oriente los perfumes más preciados, la púrpura más encendida, las telas de oro y plata, cuantas preciosidades crió Dios y descubrieron los hombres; yo te daré mi alma y tú serás mi arcángel y mi hurf sobre la tierra.

—Espera—dijo María.

—¡Que espere! ¡tú no sabes lo que es esperar cuando se ama! ¡tú no sabes lo que es vivir muriendo en la duda! Yo no lo sabía tampoco has-

ta que te vi, cristiana; pero desde que te he visto, en mis sueños, en mi vela, donde quiera que estoy, me persigue tu imagen; por ti vivo y por ti muer; sin ti el mundo me es odioso y triste; contigo la mansión más lóbrega sería para mí un paraíso.

—¡Espera!—repitió María

—¿Y llegará un día en que me ames?

—Yo no he amado nunca—dijo María recordando las palabras del mago.

—Pues bien; yo haré tanto, que tú me amarás—dijo Masud.

Y enamorando á María, y contenido por un poder incomprendible, pasó con ella gran parte de la noche, hasta que oyó tres palmadas.

Era la seña de la sultana Ketirah que le avisaba de que ya era hora de volver al alcázar.

Empezaba á alborear.

Masud-Almoharaví salió, prometiendo á María que volvería á la noche siguiente.

Cuando María se quedó sola, se arrodilló y oró á Dios, primero, por el alma de su madre; luego, por la de Sancho de Arias, y al fin por su Gonzalo y por su amor.

XXI

Y pasaron algunas noches, y todas ellas la sultana fué á la torre de la Cautiva á recibir entre sus brazos al infante Aben-Ismaíl, y Masud á decir sus amores á María.

El infante se mostraba cada vez más enamorado de Ketirah.

María decía siempre á Masud:

—¡Espera!

Y la sultana moría de amor entre los brazos del infante, y Masud de impaciencia y de amor al lado de María.

Había llegado aquella noche, en que, como dijimos al principio de esta leyenda, Masud estaba delante de María.

De María, que, más pálida y más triste que de costumbre, doblegaba la cabeza bajo uno de esos presentimientos oscuros que nos oprimen el corazón, porque no sabemos si va á acontecernos una gran ventura ó una gran desgracia.

La sultana Ketirah, por su parte, en la habitación inferior, estaba consternada.

Al entrar el infante por el ajimez la había rechazado, y su semblante estaba lívido y sombrío.

Para que nuestros lectores comprendan lo que pasó aquella noche en la torre de la Cautiva, es

necesario que retrocedamos á la noche aquella en que el mago tuvo su última entrevista con María.

XXII

Pero al retroceder vamos á encontrarnos, no en la Alhambra, sino en la cámara de un fuerte-castillo; no en Granada, sino en Algeciras.

Es ya tarde.

Las atalayas del muro entonan de tiempo en tiempo un grito de alerta.

La luna se sepulta en el mar, que, abrillatado por su reflejo, parece una inmensa llanura de plata,

A lo lejos se ve á Gibraltar, saliendo como un negro fantasma sobre las ondas.

En la magnífica cámara de la torre del Homenaje del alcázar de Algeciras, sobre un diván de pieles de tigre, duerme un hombre.

Es ya casi anciano, pero hermoso todavía.

Su sueño parece agitado, y la cercana luz de la lámpara deja ver la contracción de su semblante.

Sueña, y su sueño le tortura el alma.

Sueña con su hijo.

Con el infante Aben Ismaíl.

Porque el hombre que duerme es Mohhamed-Abd-el-Rahhman, infante de Granada y walf de Algeciras.

El amante de Walidé y de doña Calalina de Cardona.

El walf sueña con su hijo.

Con su hijo, que después de haber muerto al rey de Granada no se sabe dónde para.

Su padre cree verle en los brazos de una mujer.

P aquella mujer le horroriza.

Porque cree conocerla, aunque no la ha visto nunca.

En la hermosa frente de aquella mujer le parece leer una maldición.

Y que su hijo, uniéndose á ella, está maldito.

Y el sueño va condensándose en la imaginación del walf, hasta convertirse en una horrible pesadilla.

Parécele que aquella mujer devora á su hijo... que más que mujer es un vampiro, una mala hada.

El walf despierta aterrado y salta del diván.

Y para refrescar la fiebre de su frente con las auras nocturnas, se asoma á su ajimez.

La luna ha acabado de ponerse, el mar no

brilla, la noche ha quedado densamente lóbrega.

—Así está mi alma—dice el walf—; sin luz, sin alegría, como esta noche; pero esta noche pasará, y primero la blanca aurora y después el esplendente sol brillarán en la mar, y todo estará alegre menos mi corazón.

El walf suspira.

—¡Oh!—continúa—: ¡desde el día en que la vi muerta! ¡mi cristiana! ¡mi amor!

El walf inclina la cabeza, doblegado por el pesar.

—¡Han pasado catorce años, y no he podido olvidarla! Aún soy joven y ya mi barba está blanca, y arrugadas mis mejillas. Es que el llanto las ha blanqueado; es que al pasar por mis mejillas ha dejado en ellas un surco de fuego.

Calló un momento Abd-el-Rahhaman y lanzó su mirada al inmenso espacio, como pretendiendo anegar en él su alma.

—¡Mi hija! ¡mi pobre hija!—exclamó—; ¡no la hija de aquella mujer maldita; de aquella terrible Walidé, que era tan horrible como su madre; sino la hija de mi cristiana, de la luz de mi alma, de mi perdida Catalina: la hija de mis entrañas; mi hermosa María!

Calló de nuevo el infante.

—Su madre—continuó—quiso que se llamase así, que fuese cristiana..., y yo la hice bautizar en secreto por un sacerdote cautivo, á quien di la libertad..., y me robaron á mi pequeña María en aquella funesta sorpresa de Illora. ¡Oh! ¿qué habrá sido de ella?

El walf se retiró de la ventana y se puso á pasear agitado por la cámara.

De repente sus ojos se fijaron en un objeto blanco que había sobre el diván.

Se acercó y lo tomó: era un pergamino enrollado.

Acercóse á la luz de lámpara, tomó aquel pergamino y le leyó.

A medida que le leía, una conmoción profunda le agitaba y se ponía cada vez más pálido.

—¡Mi hija! ¡mi hija!—exclamó—: ¡conque mi hija vive, y está cautiva en la Alhambra de Granada; y mi hijo se aduerme entre los brazos de esa sultana adúltera! ¡Oh! ¡es necesario correr, volar, salvarlos á los dos! ¡Zuleka! ¡Zuleka!

Y á la voz del walf se abrió una puerta y apareció un moro.

—¡Pronto, Zuleka, mi caballo, el tuyo, cien jinetes: vamos á partir ahora mismo á Granada!

Zuleka desapareció: poco después, el walf Abd-el-Rahhaman, su katib ó secretario Zuleka, y cien esclavos, cabalgaban á la carrera por un obscuro camino.

XXIII

Al tercer día de viaje, el walf Abd-el-Rahhaman entró en el reino de Granada por la parte de lá frontera de Murcia.

Era un caluroso crepúsculo de verano: el sol, que ya había transpuesto, había dejado anchos jirones rojos en el horizonte: relámpagos producidos por el calor se mezclaban momentáneamente á aquel calor rojizo, tiñendo con él el espacio y las montañas, en cuyos altísimos picos reflejaba el postrer rayo del sol, que ya se había ocultado por los valles.

Negros nubarrones avanzaban por el Mediodía impulsados por un viento abrasador, y roncós y pesados truenos retumbaban en la inmensidad.

—¡Arriba, arriba, señor!—exclamó Zuleka dirigiéndose al walf, y tomando con su caballo uno de los repechos de la montaña—: la tormenta avanza, y muy pronto la rambla será un torrente. ¡Arriba, arriba, señor!

Abd-el-Rahhaman, que iba profundamente distraído, tornó en sí á la voz de Zuleka, vió que el cielo se ponía rojo; vió las nubes que avanzaban en escuadrón cerrado; escuchó los roncós bramidos del trueno y el sordo silbar del viento, y empezó á trepar por la ladera en que se había aventurado ya Zuleka.

Los cien jinetes de su resguardo le siguieron.

Trepaban por la tortuosa senda de una aspersísima montaña.

Aquella senda que serpeaba por la falda no llegaba hasta la cumbre, sino que iba á parar á la obscura boca de una caverna, situada á la mitad del acceso.

Los caballos trepaban con trabajo.

Los del walf y Zuleka iban mucho más delanteros que los de los jinetes moros, no porque fuesen más fuertes, sino porque los moros refrenaban á sus caballos, procurando, aunque disimuladamente, que no adelantasen.

Lo que producía esta resistencia á adelantar en los jinetes, era una voz que había corrido entre ellos en el mismo momento en que entraban en el sendero que conducía á la caverna.

—Vamos á la cueva de las trescientas cincuenta y cuatro malas hadas—había dicho uno

de ellos, que era del país por el cual marchaban á la sazón.

—¡De las trescientas cincuenta y cuatro malas hadas has dicho!—replicó otro moro.

—Sí; de las malditas, que salen de noche de su caverna, roban de sus cunas á los niños, los devoran, y á la noche siguiente van á poner sus corazones roídos envueltos en sus ropas ensangrentadas, en las mismas cunas de donde los robaron para que los vean sus madres.

—Pero nosotros no somos niños—dijo otro de los soldados.

—Pues peor; mucho peor—dijo el que refería—: somos hombres..., y no sabéis lo que las malas hadas que moran en la caverna hacen con los hombres.

—No.

—¿Qué hacen?

—Cuando un hombre joven, ó aun cuando no sea joven, cuando un hombre fuerte pasa por este desfiladero, la mayor, esto es, la primera nacida de las hadas, sale á la puerta de la caverna y arroja al viento un puñado de sal, diciendo: “¡Hermana mía, la tempestad, ven!” Y apenas la maldita, la condenada de Dios dice estas palabras, cuando sucede lo que está sucediendo ahora: el viento zumba, las nubes salen no se sabe de dónde, retumba el trueno, arden los relámpagos, el cielo se cubre y se pone negro, y cae en medio de las más profundas tinieblas un aguacero violento que dura á veces algunas horas: cuando pasa, el torrente producido en la rambla por la lluvia, parece sangre.

—¿Y para qué llama la hermana mayor de las hadas malas á su hermana la tempestad?

—Para que el viajero á quien la tempestad sorprende busque albergue en la caverna.

—¡Ah!

—¿Y qué hacen con el viajero?

—Las hadas que moran en esa caverna—continuó el narrador—, son los espíritus de trescientas cincuenta y cuatro doncellas, cuyas madres murieron enamoradas de su padre antes de darlas á luz. Sienten una sed de amor rabiosa, que procuran satisfacer, sin conseguirlo, con todos los que pasan este desfiladero, y que ignorando el peligro se olvidan de llevar consigo, para que los defienda la impureza de las hadas, el sello cabalístico del poderoso Salomón.

—Pues yo no le llevo.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Y acaso tampoco lo lleve nuestro señor, que ya está cerca de la gruta—dijo el narrador.

—¿Y por qué no le avisamos?

—¿Y quién se atreve? Ya sabéis que nuestro señor castiga á sangre á quien le habla cuando él no le pregunta: ya sabéis que dice que el que se entromete á hablar á su señor cuando él no le habla, comete un atrevimiento, y que siervo que se atreve á su dueño, está muy cerca de ser traidor. Si yo le hablara, á la primera palabra me tendería á sus pies. ¿Le hablaría alguno de vosotros?

—¡No!

—¡No!

—¡No!

—Pues ni yo tampoco. ¡Que Dios tenga piedad de él!

A pesar de que los jinetes refrenaban un tanto sus caballos, habían llegado cerca de la gruta á una especie de plataforma de la montaña.

Zuleka entonces se volvió, y dejó oír en medio de los mugidos de la tempestad la voz de su corneta, que en dos toques consecutivos mandó á los jinetes hacer alto y echar pie á tierra.

Los jinetes obedecieron, y teniendo las bridas de los caballos se agruparon alrededor del que contaba el cuento.

Abd-el-Rohhman y Zuleka seguían ya á pie y llevando los caballos del diestro, porque la senda se hacía muy áspera hacia la gruta.

—¿Y qué? ¿qué sucede á los que entran en esa caverna?—dijeron algunos.

—¡Oid! ¡oid! ya la tormenta se echa encima y empieza á llover; amparémonos de la saliente de esta roca, y entretengamos la espera con un cuento maravilloso.

—Sí.

—¿Cuento?

—¿Es la historia del encanto de la caverna?

—Sí por cierto, la historia de un rey mago que tué el padre de las trescientas cincuenta y cuatro hadas.

Y los jinetes fueron á ponerse bajo el resalto gigantesco de una roca, y se agruparon en torno del cuentista.

La tempestad descargó entonces en todo su furor, y empezó á oírse el mugido de las aguas que se despeñaban por la rambla, y que crecían á cada momento mezclando su bramido, cada vez más ronco y poderoso, al pujante bramido de la tempestad.

XXIV

—Habéis de saber, amigos—dijo el cuentista con la importancia y el placer del que tiene pendiente de su palabra la atención de muchos hombres—, que había en esta tierra, no se sabe cuándo, pero sí que hace mucho tiempo, un rey muy poderoso, que había pasado los años de su vida estudiando la astrología, la ciencia maldita de lo oculto; era, pues, muy sabio y muy poderoso. pero no era feliz; no tenía lo que necesitaba; y para procurárselo conjuró á Satanás.

—¿Y Satanás obedeció?

—Sí, porque el rey había estudiado los Siete libros mágicos de Salomón, y se había hecho mago.

—¿Y qué pidió el rey mago á Satanás?

—¡La felicidad!

—¿Y se la dió Satanás?

—Le dió lo que él creía, la felicidad, esto es, riquezas y vasallos; poder invencible contra sus enemigos, y una juventud y una hermosura inauditas, durante trescientos cincuenta y cinco años.

—¡Oh, y qué rey tan feliz!—dijo un jinete de barba blanca; un hombre que durante trescientos cincuenta y cinco años, sería joven, rico, invencible y hermoso, y no sirviendo á nadie.

—Te engañas—dijo el cuentista—; el rey mago era esclavo de sí mismo.

—¡Ah!

—¡Oh!

—¿Y cómo?

—Ya veréis; el rey mago estaba cansado de todo; porque hacía mucho tiempo que las aves del aire, los animales de la tierra, los peces del mar y los frutos de todo el mundo le servían por su ciencia de manjares, y no encontraba nada que no le repugnase y que pudiese excitar su apetito.

—¡Ah!

—Además de esto, el mago era soberbio, y quería tener un palacio como no lo hubiera en el mundo, en aquel palacio un harem en que hubiera las mujeres más maravillosamente hermosas de la tierra. Era además cruel, y se gozaba con la sangre, con la muerte y el estrago.

—¡Ah ualdito!

—En el mismo punto en que pactó con Satanás que durante trescientos cincuenta y cinco años le tendría por esclavo, con la condición de que pasados los trescientos cincuenta y cinco años él sería esclavo suyo por una eternidad...

—¿Tanto valía el arma del rey mago?

—El diablo había tratado con él de mala fe, porque si el diablo fuese una vez honrado, dejaría de ser el diablo, Ya veréis. En el mismo punto en que estuvo hecho aquel trato, que se hizo por cierto en aquella gruta, el rey mago dijo á Satanás: Quiero tener un alcázar como no le haya tenido el poderoso Salomón.

Apenas dijo el mago estas palabras, cuando sobre la cumbre de esta montaña apareció un alcázar... yo no puedo deciros cómo era el alcázar, porque no hay palabras en lo humano para encarecerle. Pero era más bello, mucho más bello que la Alhambra, y eso que dicen que la hicieron las buenas hadas del rey Nazar.

—¡Oh! ¡oh!—exclamaron todos los jinetes en coro.

—Y eso que Satanás había construido el alcázar en un momento.

Repitióse el murmullo de asombro.

—Cuando el rey mago vió aquel palacio tan maravilloso, dijo al diablo:

—Satanás, tengo hambre; los frutos y los animales de la tierra me enojan; dame un fruto que no haya ni en la tierra, ni el cielo, ni en el infierno.

Y Satanás desapareció por un momento, y volvió á aparecer con una hermosa manzana en la mano. Había ido por ella al jardín de Hiram, y la había cogido del árbol de la vida.

—¡Ah!

—Cuando el rey mago comió la manzana, su corazón ardió, sus ojos se pusieron rojos, le devoró una sed terrible, y gritó: Satanás, quiero recrear mis ojos en el exterminio; quiero ver los cadáveres hechos pedazos sobre el campo de batalla y devorados por los buitres; tengo sed y quiero aplacarla en sangre humana. En el mismo punto, Satanás tomó al rey sobre sus alas de murciélago, y en un solo instante le condujo á un campo donde se embestían los ejércitos de dos reyes enemigos; y cuando el horno de la pelea estaba encendido y bravo, Satanás se mezcló con el rey entre los combatientes, y el rey veía morir las unas á las manos de las otras, criaturas de Dios; y se recreaba en cada herida, se alegraba en cada muerte, bebía sangre de los moribundos, y luego, cuando se hubo acabado la batalla y traspuso el sol, vió á los buitres venir en bandadas, caer sobre el campo de batalla, y devorar los cadáveres desnudos. Y entonces exclamó: ¡Satanás! la noche empieza; tengo sue-

ño; la sangre me ha embriagado; quiero dormir mi embriaguez entre los brazos de la doncella más hermosa del mundo; llévame donde yo repose y temple mi sed de amor. Y como Satanás era su esclavo, le tomó sobre sus hombros y le llevó á una cabaña.

—¡A una cabaña!

—Las mujeres más hermosas son las que respiran el aire saludable de las montañas, las que se ejercitan apacentando sus rebaños, las que templan su sed con el agua pura de los manantiales, y satisfacen su hambre con los sazonados frutos de los árboles; las que nunca se han pintado con alheña las uñas y los cabellos, las que nunca han oprimido con el ceñidor su cintura, ni con el borceguí su pie; las que no han olido otro perfume que el de los romeros y el que los vientecillos arrancan de las flores; las que para enamorar no conocen el artificio, ni mienten ni tienen celos, ni las devora la envidia; ¡oh! ¡sí! las montañesas de mi tierra son las mujeres más hermosas del mundo. Pues, como decía, el diablo llevó á la cabaña de una de estas vírgenes al mago, y como el mago era hermoso y parecía joven, y le ayudaba Satanás, la pobre muchacha, aunque estaba enamorada de otro, se enamoró de él y le sonrió amorosa; y el mago satisfizo su sed de amor, y durmió entre sus brazos su embriaguez de sangre; y cuando despertó, dijo á Satanás: Esta muchacha me enoja; llévame á mi alcázar. Y el diablo le llevó, y este fue el primer pacto del rey mago con Satanás. Y cuando la muchacha despertó se encontró sola, y buscó enamorada al rey y no lo encontró, y empezó á palidecer y á enflaquecer, y murió á los pocos días, y con ella murió antes de nacer, y teniendo ya un alma impura, la hija que la desdichada había concebido en sus breves amores con el rey mago.

Y el segundo día de su pacto con el diablo, el rey comió otra manzana del árbol de la vida, y vió otra batalla, y bebió sangre, y tuvo otra doncella, y la doncella murió, y con ella una hija no nacida.

Y durante el primer año de su pacto con el diablo, comió el rey mago trescientas cincuenta y cuatro manzanas del árbol de la vida, y vió otras tantas batallas, y se embriagó otras tantas veces con sangre humana; y el diablo le dió otras tantas doncellas que murieron abandonadas, y con ellas, antes de ver la luz, sus hijas. Y el día en que se cumplía el año, todas estas hijas

no nacidas vinieron al palacio del rey mago convertidas en unas hermosísimas hadas, engalanadas con vestiduras tales, tan sutiles, tan transparentes y tan ricas, como no hay artífice que las hiciese iguales; y adornadas con oro, perlas y diamantes, como no se encuentran en el seno de la tierra, ni en las entrañas de las rocas, ni en los abismos del mar. Y el mago vió alrededor de sí trescientas cincuenta y cuatro hijas, una por cada año de la vida que le había concedido Satanás, y todas tan hermosas, tan resplandecientes, tan magníficas como el rey mago no había podido soñar en sus más ardientes sueños de deseo. Sucedió que cuando el mago vió delante de sí á su primera hija, se enamoró perdidamente de ella, y su hija de él; pero por más que hacían por unirse, los separaba siempre un muro invisible, impenetrable, que les impedía tocarse; y el mago y la hada gemían y giraban alrededor el uno del otro, siempre separados por un muro tan delgado como un cabello y tan claro como el diamante, y como el diamante tan duro. Y cuando el mago vió su segunda hija más hermosa que la primera, se obstinó más, y así sucesivamente, hasta que, rodeado de las trescientas cincuenta y cuatro, y rodeándose todas ellas, y siempre sin poder tocarse, llamó desesperado á Satanás.—Yo muero—dijo; dame la más hermosa de mis hijas.—Por cada hija tuya, un año de tu vida—dijo Satanás.—Te lo doy—dijo el mago.—Y Satanás rompió del muro de diamante que le separaba de la primera hija, y el uno y el otro se estrecharon entre sus brazos.

—¡Ah, malditos, malditos!

—Pero apenas tocó el mago á su primera hija, sintió cansancio de ella, y le pareció más hermosa la segunda.—Dame mi segunda hija, Satanás—dijo el mago.—¿Me darás por ella otro año de tu vida?—Sí—contestó el mago.—Ten, pues—dijo Satanás. Y le entregó su segunda hija. Pero apenas la tocó el mago, la aborreció. Pidió una tercera á Satanás, y Satanás le pidió otro año de su vida. Y así, pidiendo una á una sus hijas á Satanás, y dándole por cada una de ellas un año de su vida, y aborreciendo á sus hijas apenas las tocaba, desde el anochecer de una noche de horror, hasta el amanecer de un día de tormenta, el diablo dió al mago sus trescientas cincuenta y cuatro hijas, y el mago gastó sus trescientos cincuenta y cuatro años sin haber apagado su sed de amor, sin haber cometido un

solo incesto. Dios no lo quiso permitir, y el diablo se alegró de ello, porque en un año que llevaba de servir al rey mago, había conocido que su esclavitud era insoportable. Cuando el mago rechazaba á su última hija, cantó el gallo en la alborada.—Eres mi esclavo—dijo Satanás al mago; tus vicios han sido más poderosos que tu ciencia, y has gastado en una noche de deseo los trescientos cincuenta y cuatro años que yo te dí por tu alma. Y asiéndose del rey mago, le arrebató consigo á los abismos, y con el rey mago se hundió su negro palacio, y sólo quedó esa caverna, donde sedientas de amor penan las trescientas cincuenta y cuatro (1) hadas malas, sus hijas. Y por su sed de amor, cuando un hombre que no lleva sobre sí un amuleto entra en la rambla, las hadas malas llaman á la tempestad, y el viajero, huyendo de ella, trepa á la gruta, y cuando está dentro las hadas se apoderan de él y todas le quieren para sí, y lo despedazan pretendiendo arrebatárselo las unas á las otras; y en el momento en que el desdichado muere, mordido, arañado, sofocado, extrangulado, despedazado, cesa la tempestad, y se ve el torrente que se precipita por la rambla, rojo como sangre humana.

—¡Y nuestro señor ha entrado en esa maldita caverna!

—Dios tenga piedad de él si no lleva consigo un amuleto.

—¿Y quién te ha contado ese cuento?

—¡Qué! ¿Dudareis de él?

—No dudo, pero ¿cómo se sabe lo que pasa en esa caverna si todos los que entran en ella mueren?

—Yo no sé quién lo habrá contado; algún varón justo y temeroso de Dios.

—Además de eso, ¿crees tú que sea falso un cuento que tiene tan provechosa enseñanza?

—¿Y qué enseñanza es esa?

—Que al hombre le matan los vicios, le hacen odioso á Dios, y le condenan.

—¡Ah, ah!

—Pero ved que la tempestad pasa, y sale la luna.

—Es verdad; pero nuestro señor no sale de la caverna.

—Sí; pero su katib Zuleka está sentado tranquilamente á su entrada.

—¡No importa, no importa! ¿Qué habrá sucedido á nuestro señor?

XXV

¿Qué había acontecido, pues, dentro de la caverna de las trescientas cincuenta y cuatro malas hadas al walí Abd-el-Rahhman?

Apenas entró en ella, sintió un vértigo inexplicable, y se sentó junto á una piedra.

Poco después reclinó su cabeza en sus rodillas, y se durmió.

De repente sintió que le movían suavemente, y oyó una voz que le dijo:

—¡Despierta, infante Abd-el-Rahhman!

El walí abrió los ojos, y no se encontró ya en la gruta, sino en un alcázar maravilloso.

Pero aquel alcázar tenía algo de terrible.

Parecía que sus cúpulas estaban perdidas en una niebla vaga, infinita, á través de la cual penetraba una claridad fría.

Los arcos, las galerías, las columnas, estaban abiertos á un espacio nebuloso también, infinito, apenador.

El alcázar parecía estar suspendido en el abismo, flotar sobre él.

Entre los arcos, entre las galerías, entre las columnas, pasaban y cruzaban, y volvían á pasar y á cruzar, confundiendo, mezclándose, sombras indecisas, que como las nubes se extendían y cambiaban de forma, dejándose ver á veces cerca y determinadas como mujeres hermosas y ricamente engalanadas, que fijaban por un momento sus ojos negros y relucientes en Abd-el-Rahhman, y luego se alejaban como empujadas por el viento, y se confundían en la niebla volviendo á dejarse ver en una nueva oleada.

—¡Oh, poderoso Allah!—dijo el walí; ¿qué doncellas son éstas, que así vienen y van, y que así me miran y que no se acercan á mí? Todas son resplandecientes como gotas de rocío á los rayos del sol, y todas hermosas, y todas anhelantes y tristes. ¿Por qué turban mi razón esas mujeres, y me embriagan y avivan recuerdos de mi juventud ya acibarados por los años y por las desgracias?

—¡Abd el-Rahhman!—dijo una voz que parecía salir de la inmensidad, sonora, vibrante, que puso espanto en el corazón del walí; ¿qué has hecho de tus hijos?

(1) El año de los árabes es lunar y consta de 354 días, excepto el año intercalar que se cuenta de treinta y cuatro á treinta y cuatro años y tiene 355.

—¡Mis hijos!—exclamó Abd el-Rahhaman— ¡mis hijos, genio invisible, yo no tengo más que un hijo!

—A más del asesino del rey Abul Walid, has tenido dos hijas; ¿qué has hecho de ellas?

—La una me la robó su madre; la otra me la robaron los cristianos—contestó el walí.

—Dos de tus hijos están malditos—exclamó la voz.

—¡Ah, perdón para ellos!—repuso el walí.

—La última hija tuya, tu María...

—¡Ah! ¿qué es de María?—exclamó el walí,

—¡María! corre á la Alhambra, walí, corre á la Alhambra y salva á María, porque la impureza y el crimen la acechan.

El walí guardó silencio, aterrado.

—¿Te acuerdas de tu sobrina Aleidah, la sultana de Granada?

—¡Ah infeliz!

—Fué envenenada por una mujer terrible.

—¿Y quién es esa mujer; vive, puedo tomar venganza de ella?

—Esa mujer ocupó el tálamo vacío de Abul-Walid; esa mujer fué sultana; esa mujer envenenó á que creía su padre...

—¿Pues quién fué su padre?

—Su nombre está envuelto en un misterio para ti, porque es necesario que se cumpla una venganza terrible.

—¿Y sabré el nombre del padre de esa mujer?

—Cuando la hayas exterminado.

—¡Matadora de Aleidah! ¡envenenadora del que creía su padre!

—Y la condenación del alma de tu hijo.

—¡De mi hijo!

—Sí; de tu hijo, que enloquece entre los brazos de la adúltera; de tu hijo, que amaba á su prima la sultana Aleidah y que al estremecerse de amor entre los brazos de la sultana que mató á su padre y á su esposo, ignora que mató también á la anterior sultana.

—¡Invisible genio! ¿me haces esta revelación para que castigue tantos crímenes?

—Sí; toma.

Un pergamino enrollado cayó á los pies del infante Abd-el-Rahhaman.

—¿Qué es esto, poderoso genio?—dijo el infante.

—Esa es la historia de los crímenes de la sultana Ketirah, y de su cómplice el wazir Masud-Almoharaví: da esta historia á tu hijo.

—¿Y dónde encontraré á mi hijo, poderoso genio?

—Mañana, cuando la noche sobrevenga, en el sendero por donde marches, encontrarás sentado y de frente a ti un perro blanco de montería. Cuando te llegues á él, el perro se levantará y correrá delante de ti; sigue á ese perro. y él te llevará al lugar de donde todas las noches sale tu hijo para perder su alma entre los brazos de Ketirah.

—¡Poderoso genio!...—dijo el walí.

—Yo no soy genio... soy un condenado que vaga sobre la tierra, hasta el día en que, siendo el vengador de los crímenes de los hombres, alcance mi perdón.

—¡Ah! ¿tú has sido hombre?

—Sí; yo he sido el rey mago Abu-Jacob-el-Alime, y esas doncellas que ves aparecer y desaparecer entre la niebla, y que no te despedazan porque te protejo yo, son mis trescientas cincuenta y cuatro hijas malditas: una por cada día de pecado.

Y apenas la voz del mago Abu-Jacob pronunció estas palabras, cuando el alcázar fantástico y sus hadas malditas se desvanecieron en una niebla impura, resonaron gritos horribles, como de mujeres desesperadas que se alejaban, y se perdieron al fin en el silencio, y el rey se puso de pie, y se encontró en medio de la caverna, por cuya abertura penetraba la luz de la luna.

—¡Oh! ¡ha sido un sueño, un horrible sueño! yo había oído contar muchas veces el cuento de las hadas malditas, hijas del mago, pero no sabía que fuese esta la caverna; además, llevo consigo un anillo mágico que me protege; pero este pergamino—añadió reparando en uno enrollado que tenía entre los pliegues de su faja...—¡Oh! ¡este pergamino escrito!... ¿conque esto ha sido más que un sueño? ¡Oh poderoso Allah! ¡que se cumpla lo que está escrito! ¡si encuentro un perro blanco de montería, le seguiré, y si encuentro á mi hijo le daré este pergamino! ¡Oh poderoso Señor, que se cumpla tu voluntad!

Y saliendo de la gruta, despertó á su secretario Zuleka, que dormía á su entrada.

—¡A caballo!—dijo el infante, y prosigamos nuestro camino.

Zuleka se llevó la corneta á los labios, y tocó á cabalgar: los cien jinetes salieron de debajo del resalte de la roca, donde se habían acogido durante la tempestad, y poco después, el infante, Zuleka, y los esclavos, cabalgaban á la orilla.

del torrente rojo que la tormenta había formado en la rambla.

XXVI

Era la noche del siguiente día: la luna brillaba en medio del firmamento.

El walf de Algeciras había soltado las riendas sobre el cuello de su caballo, había inclinado la cabeza, y se había dormido.

A Zuleka le había acontecido otro tanto.

Otro tanto á los cien jinetes.

Los caballos seguían uno tras otro por un sendero de la montaña.

De repente el caballo del infante, que iba el delantero, se paró, irguió el cuello, olfateó el aire, rehiló las orejas y lanzó un largo relincho.

Luego partió á la carrera, raudo y pujante como la tormenta, perdiéndose por entre las revueltas por la montaña, con la misma valentía con que hubiera corrido por el llano.

Muy pronto quedaron atrás Zuleka y los jinetes, y las rocas y las coínas parecían huir desliziándose junto al caballo.

Y cuando el caballo encontraba una roca en medio del sendero, la salvaba de un salto; y de la misma manera salvaba las cortaduras que se le oponían.

Y el infante, á pesar de la rápida carrera de su caballo, seguía durmiendo.

Súbito se oyó entre las quebraduras un ladrido potente, ronco, prolongado; y como si aquel ladrido hubiera tenido más fuerza que la violenta carrera del caballo, el infante despertó.

Y al despertar el infante, el caballo se paró de repente, como si le hubiera dominado un encanto.

Y Abd-el-Rahhaman vió delante de sí, á la entrada de un sendero, á la luz de la luna, un enorme perro de montería, sentado y mirándole de hito en hito con unos ojos que parecían brasas.

El infante invocó á Dios.

Aquel perro era horrible, feroz.

Sus largas lanas blancas arrastraban por el suelo.

Al ver ante sí al infante se levantó, se volvió, y se dió á correr por la montaña.

El infante apretó los acicates á su caballo, que partió tras el perro.

Y el perro siguió corriendo por cortaduras, por precipicios, por ramblas y por desfiladeros.

A cada paso que adelantaban, el paisaje se

hacía más agreste y bravío, más triste y más opaca la luz de la luna.

Al fin, el perro se detuvo en la cumbre de un cerro, delante de una vieja torre de atalaya.

El infante refrenó su caballo.

Y echó pie á tierra.

Cuando buscó al perro, éste había desaparecido.

Por una de las saeteras de la torre, se veía una luz rojiza.

La puerta de hierro de la atalaya estaba cerrada.

Cuando el walf de Algeciras se dirigió á ella para llamar, oyó dentro el relincho de un caballo y el crujir de un cerrojo por la parte de adentro de la puerta, que se abrió al fin, dejando ver dos hombres.

Uno de ellos era un esclavo negro; llevaba en la una mano una antorcha, y en la otra tenía del diestro un hermoso caballo árabe.

El otro hombre era un hermoso y joven caballero moro.

Al verle, el walf de Algeciras dió un paso atrás. Aquel caballero era su hijo, el infante de Granada, Aben Ismail.

El asesino del rey Abul-Walid, el amante de su hermana la sultana Ketirah, el que se había olvidado de su otra hermana María.

No deben olvidar los que leyeren esta historia, que el mago Jacub-al-Hakem había ocultado al walf Abd-el-Rahhaman que Ketirah era su hija; que el infante Aben-Ismail ignoraba que fuese su hermana, y que sólo conocía este horrible secreto María, que no había podido revelarlo á nadie reclusa en la torre de la Cautiva.

El infante retrocedió á su vez al reconocer á la luz de la luna á su padre.

—Al fin te encuentro—dijo con voz ronca el walf—: á ti, que huyes de la luz del sol, de la justicia de los hombres y de la indignación de tu padre.

—¡Ah, señor!—contestó todo trémulo el infante.

—Zenko—dijo el walf al esclavo de su hijo—: tenme el caballo: y tú—añadió dirigiendo severamente su voz al infante—, llévame adonde podamos hablar sin que nos escuchen más oídos que los de Dios.

El infante, todo confuso, tomó la antorcha de las manos de Zenko, se dirigió al interior de la torre, y subió por unas escaleras.

Llegaron á un pequeño espacio, en el que ni lecho había, y el infante Aben-Ismaíl puso la antorcha entre una grieta del muro.

—¡Digno albergue de un asesino!—exclamó el walf mirando severamente á su hijo—: cuadra bien á quien tal crimen ha cometido mancillando mis canas, una vieja atalaya abandonada, por refugio, en lo más áspero de una montaña.

—¿Sabes tú, padre y señor, por qué maté yo al rey Abul-Walid?—dijo Aben-Ismaíl levantando los ojos y posándolos en su padre.

—¡Y aún querrás disculparte de aquel crimen!

—Yo maté á un tirano en medio de su corte, con peligro, y combatí después la Alhambra; si no pude tomarla, no fué mía la culpa, sino de la suerte que me volvió las espaldas.

—Tú mataste al rey por gozar libremente los amores de la maldita sultana Ketirah.

—¡Ah! no: es cierto que después la sultana me ha enloquecido; pero... yo maté al rey porque pretendía deshonorar á una cautiva que me robó en Martos: fué necesario matarle para que no sacrificase á sus deseos á la infeliz María.

—¡Marfa!—exclamó Abd-el-Rahhaman—: ¡Marfa! ¿es la cristiana que está cautiva en la Alhambra?

—Sí, señor; ella es.

—Y dime, hijo mío... ¿has amado tú á esa doncella?

—Sí, sí, señor; pero de una manera tranquila, pura, como se ama á una hermana.

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! poderoso Señor, que no has permitido que el hermano dishonre á su hermana.

—¿Qué decís, señor?

—¡Oh! nada, nada. Digo que has hecho muy bien en matar al rey.

—Y habéis dicho también que María es mi hermana; eso mismo me dijo una noche de una manera misteriosa un mago, un astrólogo: la noche que precedió al día en que maté á Abul-Walid, y cuando quise que el mago me explicase sus palabras, me dijo: "Muestra á tu padre el walf de Algeciras las joyas que tu hermana llevaba el día en que la encontraste en Martos."

—¿Y dónde están esas joyas?—dijo con anhelo el walf.

—Aquí, bajo una piedra, escondidas en este mismo aposento.

—¡Oh! ¡muéstrame, muéstrame esas joyas!

El infante fué á un ángulo del aposento, levantó una piedra, socavó debajo de ella la tierra

con su puñal, y sacó un talego de seda, que entregó á su padre.

El walf sacó con ansia aquellas joyas y las examinó.

Eran las mismas que Sancho de Arias había dado á María.

—¡Ah!—exclamó el walf—; ¡las joyas de su madre!

—¿Y quién era su madre?—dijo Aben-Ismaíl.

—Su madre no era la tuya; pero ella es mi hija. ¡Y el rey Ismaíl se había atrevido á la honra de esa doncella!... Has hecho bien en matarle: has hecho bien, porque le has matado defendiendo á tu hermana.

—¡Mi hermana! ¡Mi hermanal!—exclamó Aben-Ismaíl—: ¡harto me lo decía el corazón!

—Y, sin embargo, respecto á otra mujer, el corazón te ha sido infiel—dijo Abd-el-Rahhaman.

—¡Otra mujer!

—La infame sultana Ketirah.

—¡La infame sultana has dicho, padre y señor!

—Sí; la mujer que por ser sultana envenenó á su padre.

—¡Oh, Dios mío!

—La que ayudándose de Masud-Almoharaví, y ayudándole á él, mató á tu prima la sultana Aleidah.

—¡La prueba, padre, la prueba!—exclamó Aben-Ismaíl.

—La conciencia de la sultana Ketirah te dará esa prueba, si quieres, esta misma noche.

—¡Esta misma noche!

—Sí; ¿para qué salías cuando yo llegué de la torre? Para ir á arrojarte á los brazos de Ketirah.

—Es verdad.

—Además, este pergamino te revelará los crímenes de la sultana y de sus cómplices.

Y dió á su hijo el pergamino que le había dado el mago en la caverna de las hadas malditas.

—Pues bien; ve—añadió el walf—; pero ve á vengar á tu prima la sultana Aleidah, á salvar á tu hermana María: yo te acompañaré.

Y tras estas palabras, salieron del aposento y bajaron las escaleras, tomaron los caballos y partieron por entre los cerros á la Alhambra, que ya estaba próxima, el padre y el hijo.

XXVII

—Padre—dijo el infante Aben-Ismael mientras marchaban—, ¿quieres la felicidad de tu hija la cristiana?

—¡Que si quiero su felicidad!... Yo la he llorado muerta; yo la he recordado continuamente en mis sueños, sin poder olvidarla; y era que mi hija vivía y su espíritu se hacía sentir del mío. ¡Oh! ¡que si quiero hacerla feliz! ¡Dudarías tú, Mohammed, de que yo desease tu felicidad!

—La felicidad de mi hermana María puede serte muy dolorosa, señor.

—¡Dolorosa! ¿y por qué?

—María ama á un hombre.

—¿Y á qué hombre ama?

—A un cristiano.

Detúvose un instante contrariado Abd-el-Rahman.

—¡Ah!—dijo—me la robaron los cristianos; ha crecido entre ellos... ha debido, pues, amar á un cristiano... ¿Y ese cristiano es digno de ella y de nuestra sangre?

—Es un valiente caballero de Martos: el día en que iba á casarse con María, el rey Abul-Walid acometió la villa, y Gonzalo Núñez sacó á María de la iglesia, la llevó á su casa, y defendió aquella casa con sus parientes y amigos. Yo la acometía. En la acometida mis gentes cayeron como la mies bajo la hoz del segador, y ese aliente mancebo, Gonzalo Núñez, el amante de mi hermana, cayó al fin á mis pies.

—¿Y murió?

—No; no lo quiso Dios. Cuando salvé á mi hermana del furor y de la codicia de mis esclavos, porque es muy hermosa y estaba cubierta con las ricas joyas que has visto, padre; cuando la vi llorando, aterrada, trémula, sentí por ella un amor como nunca le había sentido, dulce, tranquilo. Procuré consolarla, y ella me dijo que había perdido á su padre y á su esposo. Su padre estaba muerto; pero no se sabía lo que había sido de su esposo, y le buscamos entre los cadáveres y le encontramos.

—¡Vivo!

—Con muy pocas esperanzas de vida. Yo le dejé con mi sabio médico y di orden á mis esclavos de que le llevasen á mi castillo de Hins-Aleux. Después pretendí salvar á María; pero no pude. El rey la vió, la codició y me la robó. Algunos días después, maté al rey.

—¿Y el esposo de María vive?

—¡Oh! Sí, señor; vive, y está restablecido y fuerte. ¿Quieres hacer feliz á tu hija, señor?

—¡Oh! Sí!

—Pues bien, separémonos en la entrada del camino de Granada, que ya está cercano; corrí al castillo de Hins Aleux. La noche empieza; picando, bien puedes llegar y traer á Gonzalo antes de media noche y entregarle tu hija.

—¡Oh, poderoso Señor!

—Yo, entretanto, veré á la sultana Ketirah, y si no te han engañado, padre y señor, si ella ha sido la envenenadora de mi perdida Aleidah... ¡oh! yo te juro castigarla, señor, y de tal modo, que cause horror á las gentes.

—Y cuando vuelva con Gonzalo, ¿cómo sabré dónde está mi hija?

—Entra, señor, por detrás de la Alhambra, y llega hasta la torre de la puerta de Hierro; un esclavo mío te esperará y te guiará. Pero he allé el camino de Granada, señor; yo voy á seguir por los cerros hacia la Alhambra; tú, por el camino, gana la vega y llega á Hins-Aleux. Di á Gonzalo que eres mi padre, que todo lo sabes, y que vas á entregarle tu hija.

—Adiós, pues, infante de Granada, hijo mío; adiós, pues; ha llegado la hora de comenzar un grande sacrificio y de efectuar una gran venganza.

Y el padre acercó su caballo al de su hijo y le abrazó.

Luego se separó, bajó por un sendero á un ancho camino y partió por él á la carrera.

Aben-Ismael se lanzó también á la carrera por un valle cercano, y se perdió en la montaña, repitiendo:

—¡La sultana Ketirah, esa hermosura que parece un arcángel del séptimo cielo y á quien yo adoraba, es la infame envenenadora de mi perdida sultana Aleidah! Sí, mi padre no se ha engañado... ¡Oh, más la valiera no haber nacido!

XXVIII

En una magnífica cámara de un fuerte castillo moro, se paseaba solo un joven con traje castellano.

Estaba pálido, como acabado de salir de una enfermedad.

Pero era hermoso, muy hermoso, y en la apariencia muy bravo.

Apenas contaría veinticuatro años.

De una de las columnas que sostenían la techumbre de cedro de la cámara, estaba colgado

un arnés completo castellano, y apoyada en él una larga lanza.

Bajo este arnés se vetan los jaeces de un caballo.

El joven se asomaba de tiempo en tiempo á un ajimez y miraba á la luna.

Y sus ojos se llenaban de lágrimas.

¡Oh!—exclamaba.—¿Te mirará ella á ti, blanca lámpara de la noche, como yo te miro pensando en ella? ¡Oh María, mi María!

Y el joven se apartaba del ajimez y volvía á pasearse por la cámara.

De repente se escuchó en la poterna el sonido de una bocina; se oyó el estruendo del puente y del rastrillo, y poco después un moro asomó á la puerta de la cámara y dijo:

—¡Cristiano! El padre de mi noble y poderoso señor, el esclarecido é invencible walí de Algeciras, Abd-el-Rahhaman, desea verte.

—¡Oh! Que entre, que entre al momento—dijo Gonzalo.

Poco después entraba en la cámara Abd-el-Rahhaman.

Observó durante algunos segundos en silencio al joven, y el noble semblante del walí resplandeció con la expresión de la benevolencia.

—Guárdete Dios, mancebo, y te proteja—le dijo.—¿Sabes quién soy?

—Sí, según acaban de decirme, que eres el padre de un caballero moro á quien mi desdicha hizo mi vencedor, y á quien después me he visto obligado á amar, porque le debo la vida.

—¡Oh! Aben-Ismael, mi hijo, te ama también, cristiano, y á ti me envía.

—Gracias doy al cielo de haber conocido un tan grande caballero como demuestras ser. Pero ¿qué me quieres?

—¿No deseas nada?

—¡Descar! Sí, sí por cierto... deseo la muerte.

—¡La muerte!

—Sí; estoy fuera de mi patria, vencido...

—Pero no eres cautivo. En mi hijo has encontrado un hermano, en mí un padre.

—Dios os lo pague—dijo Gonzalo—; pero ¿me podréis dar vosotros lo que yo he perdido?

—Hablas como mancebo, y como mancebo enamorado; sobre ti no han llovido todavía todas las amarguras las nubes de la desgracia. Amas y eres amado, y si por algún tiempo el destino te ha robado mi hija...

—¡Tu hija!... ¡Yo no conozco á tu hija!—contestó con extrañeza Gonzalo.

—¡Que no la conoces, y mueres por ella!

—Te engañas, señor; yo no he amado más que á una mujer, y esa mujer es cristiana.

—Mi hija es cristiana también.

—La mujer que yo amo tiene el hermoso nombre de la santa Virgen madre de Dios.

—El nombre de la madre de Jesús es nombre de mi hija.

—¡María!

—Sí, María.

—Pero es imposible. La María de mi amor ha vivido siempre en Martos, y era hija del corregidor Sancho de Arias.

—En Martos ha vivido mi hermosa María, y por hija del corregidor Sancho de Arias pasaba.

—¡Oh! Esto no puede ser.

—Dios, que es todopoderoso, ha querido que así sea.

—¡Hija tuya María!

—Sí; y de una rica hembra aragonesa.

—¡Oh! No alcanzo á comprenderlo.

—Hace centenares de años que, primero los árabes y después los moros, estamos en continuo trato con los cristianos; las razas se han mezclado, porque el amor es más poderoso que el odio; ya ha sido una hermosa doncella originaria de Africa, cautiva en la entrada de su villa, la que ha dado su sangre á los hijos del cristiano; ya una hermosa cristiana arrebatada á su familia, la que ha dado su sangre á los hijos del Islam. ¿Te parece tan extraño que yo en mis mocedades tomase por esposa á una cristiana, y que la hija fruto de estos amores fuese robada por los cristianos?

—¡Oh! Bien puede ser—dijo Gonzalo.

—¿Y amarías tú menos á María porque fuese mi hija?

—¡Aborrecerla! ¿Quién habla de aborrecerla? ¿Puedo aborrecerla acaso? Y luego, ¿no debo á tu hijo la vida?

—Y tu amor y el honor de María. Si mi hijo no hubiera matado al rey de Granada, ¿que hubiera sido de ella? Estaría deshonrada, triste y sola en el harén de la Alhambra.

—¡Oh, Dios mío! Y ahora ¿dónde está?

—Cautiva en una torre de la Alhambra.

—Pero ¿pura... salvada?

—A que me ayudes á salvarla vengo por ti.

—¡Por mí!

—Sígueme, y te entrego á María.

—¡Oh!, sí te sigo—dijo Gonzalo, dirigiéndose á su armadura.

—Voy á ser tu escudero—dijo el infante Abdel-Rahhaman, tomando las piezas de aquella armadura.

—¡Oh, sí! ¡Pronto, pronto, si de salvarla se trata!

—¡Salvarla, sí! ¿Y crees tú que el salvar á mi hija no me cuesta un inmenso sacrificio?

—¡Un sacrificio!

—Sí; salvarla es hacerla feliz; según me ha dicho mi hijo, María te ama de tal modo, que no puede ser feliz sino siendo tu esposa. Tú la llevarás contigo; y yo, que hace catorce años que no la veo, que no la he visto crecer, la veré un momento para perderla después.

—¡Perderla! ¿y por qué no seguirmos, señor?

—¡Seguiros! ¿y adónde querfais que fuese yo con vosotros?

—A Castilla.

—¡Entre cristianos!

—¿Y no es tu hija cristiana?

—Para darte á María—dijo con severidad el infante—, ¿te he pedido yo que te quedes entre nosotros y que apostates de tu religión?

—¡Ah, señor, perdón!

—¡Alt, Alt!—dijo el infante acabando de enhebrillar la última pieza del arnés de Gonzalo—: un caballo de batalla y veinte jinetes. Pronto, pronto.

El criado que había aparecido á la puerta desapareció.

—No hablemos, pues, más de esto—dijo el infante dirigiendo de nuevo su palabra á Gonzalo.—Así lo ha querido Dios, y así es, porque no puede ser que deje de cumplirse la voluntad de Dios. Ahora, cristiano, sígueme, y roguemos á Dios que nos proteja, porque la empresa que vamos á acometer es peligrosa.

Y salió con Gonzalo de la cámara.

Poco después, el moro y el cristiano cabalgaban por el camino de Granada y á gran prisa, seguidos de veinte jinetes moros.

XXIX

Volvamos, pues, á la relación que dejamos interrumpida en el momento en que, después de haber entrado el infante Aben-Ismaíl por un ajimez en la habitación de la torre de la Cautiva, donde le esperaba la sultana Ketirah, rechazó á ésta, que, como solía, se había arrojado entre sus brazos.

Esta acción, inesperada, violenta y la expre-

sión lívida del semblante de Aben-Ismaíl, sobrecogieron á la sultana.

—¿Qué te he hecho yo, desdichada de mí—exclamó—, para que así me arrojes de tus brazos? ¿En qué te ha ofendido tu esclava, señor de mi alma? ¿ó es que ya no me amas, y quieres abandonarme?

—¡Quisiera Dios que nunca te hubiera amado!—exclamó el infante.

—¡Habla! ¡habla!—exclamó trémula la sultana—: ¡explicame la razón de tus palabras!

—Aún no es tiempo—dijo el infante—; faltan tres personas aquí.

—¿Que faltan tres personas?

—Sí; haz llamar á Masud-Almoharaví.

—¡A Masud!—exclamó la sultana—; ¡oh, si fuera verdad lo que sospecho!

—¿Y qué sospechas?

—¡Tú quieres ser rey de Granada!

—¡Yo!

—Sí; sabes que yo te amo antes que á mi alma; sabes que Masud no puede negarme nada, y... ansías esa corona...

—Puede ser...—exclamó después de un momento de profunda meditación Aben-Ismaíl.

—Y es el sueño más ardiente de mi alma—dijo Ketirah—: ¡tú sultán de Granada! ¡yo tu sultana! El hijo de Abul-Walid y de Aleidah, la difunta sultana, el rey Mohammed, es débil de salud; puede morir de un momento á otro...

—Llama á Masud-Almoharaví—repitió el infante.

Ketirah se levantó y salió.

Poco después volvió acompañada del wazir.

—¡Masud! ¡Masud!—exclamó Ketirah—; ¡ha llegado el momento! ¡quiere la corona de Granada!

—¡Que quiere la corona de Granada... el infante Aben-Ismaíl, el matador del rey Abul-Walid! Aún no es tiempo... aún no es tiempo: más adelante...

—Pero ya es tiempo de castigar vuestros crímenes—dijo Aben-Ismaíl que había corrido á la puerta de la cámara, la había cerrado y se había guardado la llave.

—¡Oh! ¿qué es esto?—dijo Masud-Almoharaví, mientras la sultana miraba aterrada al infante—: ¿de qué crímenes hablas?

—Aún faltan dos personas—dijo sombríamente Aben-Ismaíl.

—Pero yo no te comprendo; no puedo comprenderte—exclamó Ketirah.

—Faltan mi padre y el esposo de mi hermana. Y se puso á pasear sombríamente á lo largo de la cámara.

La sultana y el wazir se encontraban en una situación extraña; en vano le hablaba, le suplicaba la sultana Ketirah: el infante continuaba en su sombrío silencio y en su paseo inalterable.

En vano Masud Almoharaví quería resolver aquella situación por la fuerza.

El feroz y reconocido valor del infante le contenta.

Pesaba sobre la sultana un presentimiento horrible: el presentimiento de lo desconocido.

Masud Almoharaví temblaba, porque en el semblante del infante aparecía una expresión terrible.

Pasaron así dos horas: el infante paseando, ceñudo, pálido y silencioso, murmurando palabras ininteligibles, la sultana y el wazir temiéndolo todo, retirados é inmóviles en un ángulo.

Al fin sonó abajo, al pie de la torre, un ténuesilbido.

El infante corrió al ajimez.

A la luz de la luna vió al pie de la torre, en el barranco, dos jinetes y algunos hombres á pie.

Entonces el infante dió otro silbido en el ajimez y echó abajo la larguísima escala.

Descabalgaron los dos jinetes: los de á pie tuvieron los caballos, y los que habían desmontado, el uno tras el otro, treparon por la escala.

Un momento después entraron por el ajimez, Gonzalo Núñez y el wazí Abd-el-Rahhman, armados de todas armas.

—He aquí que ha llegado el momento del juicio—exclamó Aben-Ismaíl dirigiendo su ronca palabra á la sultana y al wazir—: adelantad, padre mío; adelantad, hermano mío; he aquí á los asesinos de la sultana Aleidah.

XXX

Al oír aquella acusación, un grito de espanto se exhaló á un tiempo de las bocas de la sultana y del wazir.

Al escuchar aquel grito, Aben-Ismaíl se puso pálido y avanzó hacia Ketirah y Masud.

—¿Conque son ciertos los crímenes de que os acusa este pergamino?—exclamó sacando de entre su faja el que le había dado su padre.

El infante Abd-el-Rahhman se cruzó entre su hijo y los dos miserables que estaban aterrados.

Donde está el padre, el hijo calla—dijo con gran autoridad.

Y apartó á Aben-Ismaíl, que se hizo atrás pálido y sombrío.

Y tú, cristiano, mira y escucha cómo un caudillo moro hace justicia en nombre de Dios.

Gonzalo, ante lo que veía, estaba profundamente maravillado.

—He ahí—continuó Abd-el-Rahhman—una mujer que parece ser un arcángel, y que dentro de sí tiene el alma de Satanás: he ahí un viejo que debía ser un espejo de justicia y de valor para los vasallos del rey de Granada, y que sin embargo es un miserable zorro, que salió de su obscura madriguera para subir á la luz por la senda del crimen.

—¿Y con qué derecho te atreves á insultarme á mí, á la madre de tu rey, infante de Granada?—exclamó la sultana que había logrado dominarse.

—Con el que da la justicia de Dios—contestó el infante—; con el que me dan vuestros crímenes.

—¡Mis crímenes! ¿y cuáles son mis crímenes?—exclamó la sultana.

—¿Qué hacías aquí? ¿á qué has venido á esta torre, hermosa Ketirah?—exclamó con sarcasmo Abd-el-Rahhman.

—¡Que á qué he venido aquí!—exclamó Ketirah con audacia—: engañada por tu hijo.

—¿Por mi hijo?

—Sí, tu hijo que había solicitado verme...

—¿Y tú te prestaste á ver al matador de tu esposo en el solitario aposento de una torre del muro, donde el regicida debía entrar por medio de una escala para apurar un placer adúltero entre los brazos de una mujer infame!

—¿Padre!—exclamó confundido Aben-Ismaíl.

—Ya que tuviste razones bastantes para matar al rey, ¿has tenido las mismas para consumir unos horribles amores con su viuda?

—¡Padre!

—¡Silencio cuando yo hable! He venido á hacer justicia en nombre de Dios, y habrá justicia para todos.

—Sí, para todos habrá justicia—dijo una voz terrible y retumbante al otro lado de la cerrada puerta.

Y sin que aquella puerta se abriese, apareció en la cámara el viejo rey mago condenado, Abu-Jacob-el-Alime, el padre de las trescientas cincuenta y cuatro hadas malditas.

Su aparición aterró á todos, incluso Gonzalo,

que nunca había pensado existiese un viejo tan horrible como Jacob.

—Sí, habrá justicia para todos—exclamó el mago, adelantando en medio del silencio general y sentándose en el suelo sobre la alfombra en el centro de la cámara—. Para todos habrá castigo y recompensas; tú, cristiano, que no has ofendido á Dios, que no has manchado tus manos con sangre, que no te has vendido á Satanás, tendrás por recompensa á tu buena, á tu pura, á tu inocente, á tu amada María; pero tú, infante de Granada, Abd-el-Rahhman; tú, que amparaste á Walidé cuando la encontraste con las manos teñidas en sangre; tú, que casi renegaste de Dios por los amores de una cristiana; tú, que diste ocasión con tus pasiones á que Walidé se tiñera en la sangre de doña Catalina; tú, que cuando desapareció Walidé huyendo de tu furor y llevándose consigo una hija tuya, olvidaste á tu hija por odio á su madre, y la abandonaste á su destino, y la olvidaste, y has causado su pérdida por tu abandono; tú, que huiste cobardemente de Illora cuando te acometieron los fronteros de Alcaudete, y con tu cobardía dejaste entre los cristianos á otra hija tuya, que criada entre otras gentes adoró á otros dioses; tú, que con tu soberbia has ensoberbecido á tu hijo, que ha matado á su rey; tú, que después no has castigado á tu hijo; tú, infante de Granada, walí de Algeciras, Mohammed-Abd-el Rahhman, tú serás castigado: pasarás días de horror y noches de tinieblas y de llanto, y el remordimiento roerá tu corazón, porque tú, por saciar una venganza contra un enemigo, has producido las desgracias de tu familia, maldecida por Dios.

Abd-el-Rahhman quiso contestar y no pudo: los ojos del rey mago condenado, fijos en él, le helaban la sangre.

—¿Y qué te diré yo, Ketirah, teñida en la sangre del que llamabas tu padre; que ocupaste el trono de Abul-Walid manchado con la sangre de su esposa, asesinada por ti; que después diste el golpe de misericordia, la última puñalada á tu esposo, asesinado por tu amante, y abriste los brazos á ese mismo amante teñido en la sangre de tu esposo?

Ketirah abrió los labios para contestar, y la palabra se heló en ellos.

El mago se volvió terrible á Masud-Almoharaví, que temblaba.

—Y tú—exclamó—amigo traidor del pasado Wazir Abul-Fath-Nazir-el-Ferih, tú, el que por

substituirle halagaste la ambición de la infame Ketirah, y la impulsaste á que envenenara al que creía su padre...

—¿Pues qué!—exclamó Ketirah—: ¿no era mi padre Abul-Fath-Nazir?

El mago, condenado no contestó á Ketirah, sino que siguió dirigiendo su tremenda palabra á Masud, que estaba doblegado ante aquella terrible acusación que parecía la voz de su conciencia.

—Tú, tirano, codicioso y soberbio, que ayudaste á Ketirah en la muerte de la sultana Aleidah; tú, que la llevaste al tálamo de Abul-Walid; tú, que has sido el cómplice de los crímenes de esa mujer, ¿qué te puedo yo decir, sino que la justicia de Dios está suspendida sobre tu cabeza?

Calló el mago, y todos callaron, y un silencio de muerte dominó en la torre.

—¿Y qué haces tú, infante de Granada Abd-el-Rahhman, tú que habías venido á salvar á tu hija la cristiana, y á castigar á la parricida, á la adúltera, á la incestuosa?

—¡A la incestuosa!—exclamó Ketirah adelantando, pálida como un cadáver.

—Esperad, esperad—dijo el mago—; siento á una persona que se acerca; esa persona es María: Masud, al llamarle Ketirah, se encontraba con María, y por olvido, al bajar, ha dejado abierta la puerta de la prisión de la cristiana. Ella ha aprovechado esta circunstancia y ha recorrido la torre; pero su puerta estaba cerrada, y al cabo, después de bajar desde el almenar hasta los subterráneos, ha estado ahí tras esa puerta escuchando estremecida de terror. Ve y abre á tu hermana, infante Aben-Ismael; abre esa puerta y entrégala á su esposo, pero después que haya pronunciado la revelación que ha de ser vuestro castigo.

El infante Aben-Ismael, dominado por el acento del mago, fué á la puerta y la abrió: María entró pálida, fatal, aterrada; y adelantando hacia Ketirah, dijo con acento solemne:

—¡Yo he oído nombrar aquí á la sultana de Granada! Yo he oído una voz de mujer, y aquí no hay más mujer que tú: ¿serás tu acaso mi hermana, la hija de Walidé, la segunda esposa de mi padre?

—Yo soy hija de Abul-Fath-Nazir-el-Ferih—dijo con acento de horror Ketirah.

—Abul-Fath-Nazir—exclamó el mago—amparó en su fuga á Walidé, que te llevaba consigo; Abul-Fath-Nazir gozó los amores de tu ma-

dre y te llamó su hija. Metió contigo una víbora en su seno, porque tú le mataste.

Un grito de horror salió de todas las bocas.

Las palabras del mago tenían tal autoridad, tal acento de revelación, que nadie dudó de ellas.

María no pudo resistir á tanto horror, y cayó desmayada en los brazos de Gonzalo.

—¡Salvadla! ¡salvadla! ¡apartadla de este infierno!—gritó el mago.

Y obediente á su voz, Aben-Ismael y Gonzalo cargaron con María, fueron al ajimez, salió por él Gonzalo, y descendió por la escala llevando consigo á María desmayada.

El infante Aben-Ismael aseguraba la escala.

Abd-el-Rahhman y Masud fijaban una mirada ansiosa en el ajimez donde había desaparecido María.

—¡Oh! ¡mi hija! ¡mi hija! ¡ya no volveré á verla!—exclamó Abd-el-Rahhman abalanzándose al ajimez.

De repente Masud, á quien arrastraba su amor tras María, se avanzó también al ajimez, saltó por cima del infante Aben Ismael, y se asió á la escala recibiendo una puñalada en el pecho de manos del infante.

Y, sin embargo, como si el amor hubiera sido para él una segunda vida, se deslizó por la escala y llegó al pie de ella, á tiempo que Gonzalo, con María desmayada aún, montaba á caballo.

Masud montó en el otro caballo que tenía del diestro un esclavo, le arrebató la lanza y siguió á la carrera, tras el caballo de Gonzalo que corría barranco arriba.

Y ¡cosa extraña! delante del caballo que montaba Masud, corría dando horribles ladridos el lanudo y gigantesco perro que había guiado al walf de Algeciras aquella misma noche al albergue donde se ocultaba su hijo.

XXXI

Cuando el padre y el hijo se retiraron del ajimez, el maldito rey mago había desaparecido.

Sólo quedaba en la cámara Ketirah, pero en un estado horrible.

Estaba replegada en el diván, muda, sombría, con la mirada extraviada, y jadeante.

Tenía en la mano un pomo de oro.

De aquel pomo salían algunas gotas de un ícor verdoso.

—¡Oh!—exclamaron á un tiempo su padre y

su hermano corriendo hacia ella.—¿Qué has hecho, desdichada?

—¡Adúltera! ¡parricida! ¡incestuosa!—exclamó con acento terrible la sultana Ketirah.

El padre y el hijo cayeron de rodillas.

Ketirah continuó delirando.

—¡La vida! ¡la vida! ¿para qué quiero yo esta vida de horror?

¡Maldito sea mi padre, que me abandonó!

¡Maldito sea mi hermano, que puso los ojos en mi hermosura!

Y Abd-el-Rahhman y Aben-Ismael cayeron de rostro contra el suelo, y sintieron sobre sí la mano de Dios.

.....

.....

En vano los esclavos que esperaban á su señor al pie de la torre esperaron toda la noche; al amanecer, temerosos de ser vistos, se retiraron.

La escala quedó pendiente del ajimez.

Pero cuando subieron á la torre, los que entraron en ella la encontraron abandonada.

El padre y los dos hijos habían desaparecido.

¿Qué había sido de ellos?

Nadie volvió á ver más ni á la sultana Ketirah, ni á Masud-Almoharaví, ni á Abd-el-Rahhman, ni á Aben-Ismael.

Un profundo misterio había envuelto su suerte.

En cuanto á la torre, como muchos sabían que en ella había estado cautiva una doncella cristiana, que había causado la muerte de Abul-Walid; como habían encontrado pendiente de uno de los ajimeces una escala, y á los pies de la torre las huellas de pisadas de caballos, dióse por segura la fuga de la cautiva cristiana, y por aquella singularidad llamaron á la torre, y siguen llamándola hasta hoy por tradición, la torre de la Cautiva.

Algunos pretenden que durante las noches oscuras de invierno se iluminan con un fuego sombrío los destrozados ajimeces de la torre de la Cautiva; que se ve, cantando lúgubemente sobre ella, una sombra negra envuelta en una nube impura, y que se oyen dentro gemidos y ruido de cadenas.

Nosotros creemos que estas maravillas son hijas de la imaginación impresionable de los andaluces; bramidos del viento contra la torre, y efectos de la momentánea luz del relámpago que durante la tormenta la iluminan.

Sin embargo, las gentes sencillas creen como

en un artículo de fe en la tradición de la torre de la Cautiva.

Pero ¿cómo explicar la desaparición de todos los personajes del cuento?

Para explicarla hay que atravesar la parte alta de la Alhambra, é ir á buscar otra tradición en la torre cuyo nombre sirve de título á la leyenda siguiente.

LEYENDA SEXTA

La Torre de los Siete Suelos

CUYO FINAL SIRVE DE EPILOGO Á LAS DOS ANTERIORES

I

Si vais á Granada, y en la parte meridional de la Alhambra veis dos torres rajadas, aporillados los muros, las vides serpeando hasta las almenas, al pie un arroyo, y junto al arroyo flores y árboles; si tropezáis en fragmentos desprendidos, en escombros amontonados, aquella parte que veis, teniendo delante un cubo, en que crecen los jaramagos y las malvas locas, y sobre el cubo las dos torres, orladas por una tapia de tierra con aspilleras, y entre las dos torres un muro y en este muro una puerta tapiada, podéis decir que estáis en la torre de los Siete Suelos, entrada principal de la Alhambra en otros días, y hoy ruina miserable, insultada por los hombres y por el tiempo.

Difícilmente puede comprenderse la pasada magnificencia de aquella puerta.

A principios del siglo actual, los franceses, los hijos de ese pueblo ilustradísimo, que vinieron á España con el no menos ilustradísimo, sabio, prepotente, colosal Bonaparte, tuvieron el buen gusto de minar la Alhambra y de barrenar sus muros: no podían llevársela como se llevaron otras tantas cosas que aún no han vuelto, y quisieron destruirla; afortunadamente un soldado de los inválidos del castillo tuvo valor bastante para cortar la mina: pero cuando ya había volado la magnífica torre del Agua, cuyos vestigios se ven con vergüenza de los civilizadores del mundo en la parte Sur de la Alhambra, donde yacen arrojados fragmentos de los muros sobre el barranco. Del mismo modo por la parte de adentro de los muros, junto á la torre de los Siete Suelos, se ve un colosal fragmento de bóveda, surcado por los barrenos, fragmento que debía tener sobre sí una inscripción que dijese:

“No fueron españoles los que esto hicieron, sino los franceses que trajo á España para civilizarla Naj oleón el Grande.”

De la misma manera en la torre de los Picos, en la bellísima torre de los Picos, debía escribirse:

“Las balas rasas que dejaron sus señales como se ven en el muro de esa torre, fueron disparadas desde las baterías de la Silla del Moro, por los franceses que acaudillaba el mariscal Sebastiani.”

Y debía añadirse:

“La Alhambra no resistió; esas ruinas fueron hechas con la sola intención de destruir; las señales de esas balas de treinta y seis no las recibió en medio del combate la torre de los Picos; los franceses las dispararon inútilmente para destruir la torre, que resistió como un viejo soldado tras su coraza á prueba. La Alhambra tembló bajo la explosión de las minas, se rajaron sus torres y sus muros, pero resistió, no se destruyó enteramente, como si un genio invisible la hubiera protegido.”

Sin embargo, la torre de los Siete Suelos quedó destrozada, su parte interior y sus adornos volaron, algunos fragmentos de las magníficas enjutas de mármol de su puerta han aparecido ahora entre los escombros, y están en poder de uno de los amigos del autor.

Como si no hubiera sido bastante el bárbaro atentado de los franceses, un día, durante la última guerra civil, cuando tuvo lugar sobre Castilla y Andalucía la expedición de Gómez, púsose en la cabeza á un capitán general de Granada fortificar la Alhambra, y un ingeniero para orlar la torre de los Siete Suelos de una tapia aspillera, voló su parte superior que los franceses habían rajado,

Ahora, por último, la intendencia de la Casa Real ha retirado las escasas cantidades destinadas para restaurar la Alhambra; parece, pues, que extraños y propios, Montescos y Capuletes, han tomado por empresa que la Alhambra desaparezca de sobre la haz de la tierra.

Nosotros al ver esto bajamos la cabeza, y decimos como los árabes:

“¡Que se cumpla lo que está escrito!”

II

Pero en los tiempos antiguos, era distinto.

La torre de los Siete Suelos era una magnífica torre.

Alzaba con altivez sus muros orlados de almenas reales.

Ostentaba los bellos mármoles labrados de su ingreso, y los ajimeces calados del muro, y sus matacanes y sus ladroneras y su ancho cubo, sobre cuya plataforma vagaban los soldados del rey moro.

El sol, al salir, alumbraba con alegría aquella puerta.

Pero antes del rey Abul-Walid, la torre de los Siete Suelos no tenía unida á sí la terrible tradición que con ella vive.

Esta tradición es sombría.

Dícese que todas las noches, al dar el reloj las doce, sale de la torre un caballero moro, jinete en un caballo blanco sin cabeza, y precedido de un enorme y lanudo perro blanco, que recorren con la rapidez del relámpago los bosques de la Alhambra, y que al expirar la última campanada de las doce vuelven á la torre y á su último suelo, del que no vuelven á salir hasta la noche siguiente.

Dícese que el que por acaso ve al *Belludo* y al *Descabezado* durante su brevísima excursión nocturna, experimenta una desgracia.

Añádese que el moro que cabalga en el *Descabezado* es un espíritu maldito.

Y preguntad á las buenas gentes de los alrededores si es verdad lo del perro lanudo y lo del caballo sin cabeza, y os contestarán sin vacilar:

—Yo los he visto, una ó más veces, y me ha ha acontecido tal ó cual desgracia.

Había un guarda en los bosques de la Alhambra que se llamaba por apodo el *Coronel*; era un excelente hombre y un excelente cazador, y vivía en una cueva, casi frente por frente de la torre de los Siete Suelos.

Una mañana de invierno el autor subió á la Alhambra.

Hacía un hermoso día; pero la noche anterior había sido una noche de tormenta.

El autor encontró al *Coronel* sentado tristemente al sol, en el poyo de piedras que había junto á la puerta de la cueva.

—¡Eh, *Coronel!*—le dije—; buenos días: ¿qué hace usted ahí tan triste y cariacontecido?

—¡Ay, señor de mi alma!—me contestó—Anoche, cuando más arreciaba el temporal, me dieron tentaciones de salir, porque de estas noches se valen los matuteros (1), y abrí la puerta á

punto que daban las doce; el *Belludo* y el *Descabezado* pasaron junto á mí como alma que lleva el diablo.

—¡Bah!—le dije—; estaría usted medio dormido.

—¡Ca! no, señor: hace diez años los ví otra noche, y al día siguiente murió mi mujer.

—¿Y qué desgracia le ha sucedido á usted ahora?

—¡Se me ha muerto la Lebre!a!

Cuando un hombre habla con tanta fe, no hay más recurso que oír y callar.

Es, pues, una tradición reconocida, creída como un hecho indudable, la existencia en la torre de los Siete Suelos de la Alhambra de un caballo sin cabeza y de un perro con muchas lanas.

En cuanto á los siete suelos misteriosos, no están en la torre, sino en el cubo semicircular de defensa que está situado delante de la torre (1).

Uno de estos suelos es una galería semicircular, en la cual de trecho en trecho hay una especie de nicho profundo y abocinado que atraviesa el muro, en cuya parte exterior hay una piedra con una abertura ovalada, y sobre ella una cruz ca'ada.

Aquellos nichos estaban destinados á los escuchas.

En el pavimento, y también de trecho en trecho, hay aberturas cuadradas, respiraderos sin duda de las galerías inferiores.

Cuando se arroja una piedra por uno de aquellos respiraderos, se la siente caer retumbando como en una sima.

En cuanto á los Siete Suelos, estando cegada la escalera que conduce al tercero, nada puede asegurarse.

Pero cuentan los viejos que cuando aquellas escaleras no estaban cegadas, se bajaba bien al tercer suelo; pero que en el cuarto la atmósfera era espesa; que en el quinto no se podía ya respirar, que se apagaban las luces, por bien preparadas que fuesen, y, por último, que los que se habían atrevido á llegar hasta la escalera que conducía al sexto piso, habían oído un estruendo sordo y vaporoso, y se habían vuelto aterrados.

Quede consignado, pues, que en Granada se cree en el *Belludo* y el *Descabezado* de la torre de los Siete Suelos; que se cree dominada la

(1) Contrabandistas de carne.

(1) El autor ha visto dos de estos suelos y la escalera cegada que conduce al tercero.

torre por un encanto, y que nadie ha bajado ni podría bajar hasta el séptimo suelo.

Veamos ahora la tradición mora.

III

Allá por los tiempos en que los árabes emprendieron su conquista sobre España, en el sitio donde ahora se levanta la torre de los Siete Suelos, dicen que había una sima profundísima, en cuya parte interior, naciendo en su borde, se torcía un estrecho, escarpado y peligroso sendero.

Una tarde, á tiempo que el sol trasponía, apareció entre los montes un caballo que llevaba sobre sí una dama.

Aquella dama era negra, pero hermosa como la reina de Saba; llevaba los cabellos sueltos y desordenados; vestía una elegante y larga túnica de púrpura, y en el cuello y en los brazos, collar y brazaletes de gruesas perlas.

El caballo era blanco, é iba en pelo.

Sólo tenía un freno de oro y riendas de oro también, con las que le regía la dama.

Aquella dama, en la inquietud de la mirada de sus negros ojos, en la sobreexcitación de su alto seno y en el ardiente hálito que emanaba de su boca purpúrea y entreabierta, se comprendía que estaba amenazada de un grave peligro; y en la precipitación con que lanzaba su caballo á través del tortuoso sendero abierto entre el enmarañado bosque que entonces cubría la Colina Roja, la Silla del Moro y el Cerro del Sol, demostraba claro que huía.

Apenas había llegado la dama al barranco que hoy se llama Peña-Partida, y que está ya próximo al lugar donde hoy se levanta la torre de los Siete Suelos, y donde antes existía la cima que hemos citado, cuando se oyeron roncós ladridos; y apareció por el mismo lugar por donde había llegado la dama, un enorme perro blanco de montería.

Al sentir sus ladridos, la dama se estremeció, y aguijó su caballo, que partió por el descenso del barranco y se dirigió como una flecha al borde de la sima.

Al verle la dama dió un grito de horror, y se arrojó del caballo al suelo, quedando desmayada por la violencia del golpe junto al borde de la sima.

El caballo se lanzó en ella, y desapareció, produciendo su caída un ruido sordo, terrible,

atronador, en las profundidades lóbregas de aquel agujero horrible.

IV

La dama había quedado suspendida entre los espinos sobre el abismo: el perro llegó al borde, asió con los dientes su túnica, y la sacó fuera.

Entre tanto llegó un hombre y dió un puntapié al perro, que se hizo atrás y enseñó sus dientes amenazadores al hombre aquel, pero no le acometió.

Aquel hombre tenía un aspecto terrible.

Era su frente de color cobrizo, su cabellera bermeja, casi roja, como si se la hubiera teñido con sangre, y tan áspera, que sus cabellos, más que cabellos, parecían cerdas: del mismo modo, su barba prolongada, revuelta, era áspera y roja, y cubría de tal modo su semblante, que apenas se le veían las narices anchas y romas, y dos ojillos grises, pero móviles, duros, feroces, de expresión cruel y perversa: de su boca, y por cima de su revuelta barba, se veían salir cruzados cuatro colmillos blancos y agudos: era de estatura atlética, de miembros fornidos y cobrizos, estaba desnudo y descalzo, y sólo cubría una parte de su cuerpo una especie de taparrabo negro de una tela de lana tosca: de la cintura de esta prenda colgaba un hacha enorme con un ástil de hierro muy corto; llevaba á la espalda un arco de fresno largo y poderoso, atravesadas en la especie de cinturón de que pendía el hacha, como hasta una docena de flechas, y se apoyaba en una pica corta y gruesa de roble, en una especie de chuzo, en cuyo extremo superior se veía enastado un ancho y reluciente hierro de dos filos.

Había cerrado la noche.

Una luna pálida, opaca, lanzaba un resplandor turbio, sombrío, impuro, casi rojo, en el claro del bosque, en el centro del cual se abría la boca de la sima.

Aquella luz fantástica, pavorosa en el centro de un bosque solitario, sin oírse otro ruido que el del viento que zumbaba desapacible y frío entre las encinas; aquella dama negra desmayada; aquel hombre singular, bravío, de aspecto feroz, que la contemplaba con una alegría repugnante, y aquel perro sentado, con su enorme estatura, sus larguísimas lanas blancas, y sus ojos amenazadores y relucientes fijos en el hombre, eran un cuadro extraño, tras el cual como que se adivinaba una historia sombría y terrible.

De repente, y cuando el hombre rojo se inclinaba sobre la hermosa dama negra, los ecos del bosque repitieron el sonido atronador de una bocina.

A aquel sonido, el hombre rojo se irguió, arrojó á sus pies la pica, se quitó el arco de la espalda, le templó, armó en él una flecha, y miró con fiera al sitio de donde había provenido el son de la bocina.

Retumbó un segundo toque más cercano: el salvaje entezó el arco, y esperó aún.

Por tercera vez, y ya á muy poca distancia, se oyó el sonido de la bocina, y apareció una forma humana entre la primera línea de los árboles.

Entonces el hombre rojo extendió el arco, le forzó, y dejó ir la cuerda, y una flecha partió silbando, y fué á rebotar como sobre en una roca en el bulto que adelantaba, que se precipitó á la carrera por la vertiente de la colina, y llegó al fin al lugar donde estaban el hombre rojo, la dama desmayada y el perro.

V

El hombre nuevamente aparecido venía completamente armado por un arnés negro y reluciente.

Bajo su casco sin visera, redondo y liso, sin adorno alguno, se veía un semblante blanco, hermoso, melancólico, con unos grandes y lucientes ojos negros.

Pero en el fondo de aquellos ojos había algo que causaba espanto.

El hombre rojo y el de la armadura negra se miraron fijamente y en silencio durante algunos segundos, pero con un odio infinito.

—Te has valido de tus malas artes, y de la amistad que tienes con el diablo, Kaibar, por robar del alcázar del rey Al-Bahul á la hermosa Zairah—dijo el de la armadura negra—; pues bien, has trabajado para mí; porque voy á matarte, y después nadie me preguntará por Zairah, á quien amo.

—¿Y dónde has visto tú á Zairah, Jacob?—exclamó con voz ronca y sarcástica Kaibar.

—Me la ha mostrado en sueños el espíritu que me ayuda.

—¿Y cómo sabías tú que existía Zairah?

—Un día estaba triste, muy triste—dijo Jacob sentándose sobre una de las asperezas del borde de la sima con la misma tranquilidad que si no hubiera tenido delante un enemigo—; velaba yo,

apoyado en las almenas de la torre grande de la alcazaba de Cairvan (1): brillaba como ahora la luna triste y sombría.

Y mi alma estaba envuelta en tinieblas.

—¿Por qué—dije levantando los ojos al cielo—; por qué, grande y poderoso Allah, conturbas mi espíritu y le sumerges en sombra?

¿No soy yo hijo del poderoso rey Al-Bahul, el de los ojos de diamante y la barba de oro? ¿No tengo riquezas y esclavos, soldados invencibles, y corazón valiente que no se estremece ante el peligro? ¿Por qué, pues, mi corazón arde en un deseo misterioso como si encerrase un volcán?

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando sonó en mi oído una música regalada, que parecía venir de muy lejos, pero que, sin embargo, yo oía como si sonase junto á mí.

Aquella música parecía provenir de las cuerdas de oro de una guzla, y poco después la acompañó una voz dulce, dulcísima, que resonó en mi corazón como el arrullo de la tórtola en los oídos de su compañera enamorada.

¡Oh!—exclamé al ver que aquella voz templaba el fuego de mi corazón como una lluvia de rocío—: ya sé lo que deseo; ya sé lo que siento; yo amo á esa virgen que canta.

—¿Y qué cantaba la virgen—dijo con ronca voz el salvaje?

—Cantaba un romance muy triste—contestó Jacob.

—¿Y te acuerdas de él?—repuso Kaibar.

—Quedó fijo en mi memoria, como el bote de una lanza de Damasco queda señalado sobre una adarga de Kufa.

—Yo quiero oír ese romance—dijo Kaibar,

(1) Ciudad á poca distancia de Túnez. Dicen las crónicas árabes que el walí Moavia-aben-Horeig, al llegar al sitio en que se levantó Cairvan, que era un valle cubierto de una espesa y enmarañada selva, poblada únicamente de leones, tigres y serpientes, dijo en altas voces: "Salid de este lugar, fieras que moráis en este valle; salid; dejad este bosque y espesa selva." Y que habiendo repetido estas voces tres veces, ó en tres días, no quedó allí fiera, león, onza ó sierpe que no dejase luego aquel bosque. Que luego mandó á su gente desmontar el terreno y cercarlo de altos muros, y clavando en medio su lanza, dijo á los suyos: "Este es, este es vuestro Cairvan." Como si hubiese dicho: "Este es vuestro parador, el descanso de vuestra jornada." Más adelante el espacio comprendido por los muros se pobló, y la ciudad continuó con el nombre de Cairvan.

que cediendo á una especie de fascinación extraña desarmó su arco y se sentó junto á Jacob.

Zairah, desmayada aún, estaba entre los dos.

El lanudo perro, tomando parte en aquella escena, miraba, alternativamente al uno y al otro.

—Sí, yo quiero oír ese romance,—repitió Kaibar.

—Pues óyelo—dijo Jacob.

Y empezó de este modo con voz lenta y cadenciosa:

Libres los vientos zumbando vagan;
 Libres navegan las nubes blancas,
 Del firmamento la azul campaña;
 Libres batiendo las leves alas,
 Las golondrinas besan las aguas
 Del ancho lago que riza el aura;
 Libres las ondas, la curva playa,
 Amantes orlan de espumas candidas;
 Las mariposas engalanadas
 Ora revuelan, ora se paran
 Entre las flores de mi ventana,
 Y yo entretanto me miro esclava,
 Me cercan muros, puertas me guardan,
 Y en mis mejillas el sol ve lágrimas,
 Cuando aparece por la mañana,
 Y aún ve mis ojos que el llanto empaña
 Cuando á los mares cansado baja.

Calló Jacob, y Kaibar que le había escuchado atentamente, le dijo:

—¿Y qué hiciste después de oír ese cantar?

—Me pareció que mi alma entera se había trasladado al lugar desconocido de donde parecía haber venido aquel canto; conocí que la tristeza que antes me aquejaba era una tristeza de amor.

—¿Y amaste?

—¡Con toda mi alma!

—¿Y conociste á la virgen de tu amor?

—Sí.

—¿Y era ella?—dijo Kaibar, señalando con un ademán enérgico á la dama que aún estaba desmayada.

—Sí, era Zairah—dijo Jacob—: con la diferencia de que cuando yo la conocí era blanca como un rayo de la luna, y cuando me dió su amor, cuando fué mía, cuando apuré en sus brazos la sed de mi amor, se tornó negra.

—¡Que ha sido tuya Zairah!—exclamó Kaibar, levantándose demudado y feroz, y empuñando de nuevo su arco.

Jacob se levantó, y miró con desprecio al salvaje.

—¡Vete!—le dijo—; eres una bestia feroz, Kaibar.

—O me dejas á Zairah, ó tu vida—exclamó el salvaje haciéndose atrás y armando de nuevo la flecha en el arco.

—¡Vete!—repitió Jacob—; ¡vete! y no me obligues á matarte.

El salvaje palideció de cólera, entezó su arco, y disparó.

Pero la flecha rebotó en el coselete de Jacob, que se lanzó furioso sobre el salvaje y le estrechó entre sus brazos.

Parecía que Kaibar debía ahogar entre los suyos á Jacob: tanto, al parecer, le aventajaba en fuerzas.

Pero no sucedió así.

Como si la armadura de Jacob hubiese tenido vida, fuerza y voluntad, aquella negra y reluciente armadura se movía, estrechaba, sofocaba al salvaje.

—¡Oh! tú también tienes pacto con Satanás—dijo Kaibar—, y Satanás te protege, exclamó redoblando sus esfuerzos.

Pero en aquel momento, Jacob levantó su brazo armado con su puñal y le sepultó por tres veces en el pecho del salvaje.

A la primera puñalada, los brazos de éste dejaron de oprimir á Jacob; á la segunda se doblegó; á la tercera cayó rebotando en la sima, impulsado vigorosamente por Jacob.

El perro lanzó un gruñido horrible, y se puso á lamer la sangre de Kaibar que había quedado entre las piedras.

Entonces volvió en sí Zairah.

Ningún vestigio había quedado del crimen. Kaibar había desaparecido en la sima; el perro había lamido su sangre; Jacob había arrojado al abismo su puñal.

VI

Para que nuestros lectores puedan comprender con claridad la leyenda que otros nos contaron y que nosotros contamos á nuestra vez, necesitamos dejar á Jacob, á Zairah y al perro al borde de la sima donde más adelante se construyó la torre de los Siete Suelos, é ir á buscar la historia de un rey de Africa.

Este rey se llamaba Yaks-Al-Bahul.

Este rey no había nacido de príncipes.

Por el contrario, no se sabía quiénes fueron sus padres.

Un día le encontraron unos cazadores de leones de Tánger en un antro, en el momento en que le amamantaba una leona, al par que á un extraño cachorro.

La leona fué muerta, y Yaks-Al-Bahul y el cachorro llevados como testimonio de un milagro al gran faquí de la mezquita mayor de Tánger.

Yaks era un muchacho bermejo como las gudejas de su nodriza, y de mirada feroz como ella, y muy robusto y crecido.

El cachorro tenía tanto de perro como de león, y era horrible.

El faquí, que era un grande astrólogo, recibió al niño y al perro; oyó atentamente la relación de los cazadores, y cuando se quedó solo se puso á consultar sus cuadrantes y sus astrolabios.

Comprendió al fin, por lo que sus primeras tentativas astrológicas le revelaron, que nada sabría si no evocaba al diablo.

Estremeciése el bueno de Almedí, porque era religioso y justo, y no le gustaba tratar con los espíritus condenados; pero con la intención de servir á Dios se subió á una torrecilla de su casa y conjuró á Satanás.

Apenas había pronunciado su conjuro, cuando oyó un zumbido sordo y tenaz, y vio un moscardón negro y reluciente que había entrado por la ventana y volaba alrededor de su cabeza.

—En el nombre de Dios altísimo y único—dijo Almedí—; ¿eres tú el arcángel rebelde?

—Yo soy—contestó una voz que zumbaba como el vuelo del moscardón.

—¿Y por qué te me presentas en esa forma?

—Porque es la más á mano que he encontrado.

—Eres mi esclavo.

—Ya lo sé: has pronunciado el conjuro más terrible de Salomón.

—Toma otra forma—dijo Almedí.

—Esa es una tiranía inútil, que te puede costar cara—contestó el maldito.

—Toma otra forma—repitió con doble imperio Almedí.

—Sea, pues tú lo quieres.

Y no sólo tomó otra forma el diablo, sino que la tomó también el interior de la torrecilla donde estaba Almedí.

Este vió: primero, una dama hermosa sobre toda ponderación, engalanada sobre todo encarecimiento, que fijaba en él una mirada enamorada, dulce, capaz de volver locos á cien faques ascéticos: la habitación se había transformado

en un retrete dorado, matizado, resplandeciente, adornado con divanes, con lámparas, con alfombras, como no lo había visto ningún Almedí.

El bueno del faquí, en cuanto vió aquella hermosísima niña con sus sedosos cabellos negros, sueltos en largos y anchos rizos sobre los desnudos hombros; la rica y doble gargantilla de perlas que rodeaba su cuello de blancura deslumbradora y descansaba sobre un seno medio descubierto; los encantos irresistibles que se veían á través de la magnífica y escudada túnica, se olvidó de los dos engendros que le habían llevado los cazadores de leones, y del deseo de saber su historia. Y, sin embargo, la hermosísima joven tenía en los brazos al pequeño hombre-fiera de cabellos y ojos de león, y á sus pies, echado en el diván de seda y oro, al extraño animal, monstruosa mezcla de la deformidad del león y del perro.

Y aquella niña, ó, por mejor decir, el diablo, acariciaba á los dos pequeñuelos, y al recibir sus caricias, el niño lloraba y el perro aullaba.

—¡Eh! ¿qué tal te parezco?—dijo el diablo con una voz tan cavernosa, tan estridente, de acento tan cruelmente burlón, que no parecía sino que la pronunciaba otra persona detrás de la joven.

—Vete—dijo el faquí, creyendo que el diablo se había escondido tras de la hermosa niña que ocupaba el diván.

Al pronunciar Almedí su mandato, hermosa, diván y retrete desaparecieron, y sólo quedaron el niño llorando y el perro aullando.

Pero Almedí había perdido su alma.

Se había enamorado frenéticamente de Satanás, ó, lo que era lo mismo, aunque el no lo sabía, de la hermosa doncella.

Y la llamó á voces, descompuesto el semblante, temblándole la larga barba.

Una carcajada mujeril, pero dulce, incitante, tentadora, le contestó.

Almedí corrió al ángulo de la torrecilla donde había resonado aquella carcajada, con los brazos extendidos, creyendo que el diablo había hecho invisible á la hermosa dama.

Pero al llegar á aquel ángulo, donde nada encontró, en el ángulo opuesto resonó otra carcajada más dulce, más sonora, más incitante.

El diablo jugaba con Almedí al esconder, y entre tanto el pequeño hombre-fiera y el aborto

de perro y león acrecían en su llanto y sus enruñados.

Tenían hambre.

Después de algún tiempo de inútil lucha, el faquí se sentó en medio de la habitación, agotadas sus fuerzas.

Inclinó la cabeza sobre sus rodillas, cerró los ojos, y alimentó el recuerdo de aquella hermosísima visión que había desaparecido.

Y recordando, vino á recordar que aquella visión se le había presentado á causa de su conjuro al diablo.

Y como ardía en deseos de volver á ver á aquella seductora doncella, volvió á conjurar á Satanás.

Entonces un sapo negro y verde, como si hubiera caído del techo, cayó sobre la halda de la túnica de lana blanca del faquí, y se puso á mirarle frente á frente.

—¿Eres tú, Satanás?—dijo Almedí.

—Yo soy—dijo una voz atronadora que no se podía concebir saliese del cuerpo del sapo.

—¿Por qué has tomado esa figura?—dijo Almedí.

—Qué, ¿no soy yo dueño de tomar la figura que más me agrade? ¿No dices tú en tus sermones, en la grande aljamía: "Buenos creyentes, temerosos de Dios: cuando entre en vuestra casa un moscón negro y reluciente, zumbando, zumbando, orad á Dios á fin de ahuyentarlo, porque ese moscón es el diablo, que viene á susurrar en vuestros oídos palabras de perdición: cuando veáis junto á una fuente un sapo negro y verde, aunque os aqueje la sed, no bebáis; porque aquel sapo será el diablo que habrá escupido en el agua, y si bebéis os hará suyo." ¿Por qué te quejas, pues, de que yo tome las dos figuras que tú me has supuesto?

—Hazme ver á la doncella blanca de los ojos negros—dijo Almedí, que á duras penas había tenido paciencia para escuchar la réplica del diablo.

—No quiero—dijo éste—; eres un viejo ridículo; ¿qué se ha hecho de tu santidad? Eva la ha desvanecido como el sol desvanece la niebla.

—¿Se llama Eva la doncella hermosa?

—Eva es la mujer, ó, por mejor decir, el conjunto de tentaciones de todas las mujeres.

—Pues bien que aparezca Eva.

—Quiero ser generoso contigo; renuncio á tu posesión; no quieras ver á Eva, pues que si la ves eres mío.

—¿Pues no era Eva la que he visto?—

—Era Eva, después de haber hablado conmigo; la Eva del pecado y de la impureza; la que perseguía á Adán por los bosques del paraíso perdido, poniéndose entre él y Dios.

—Mientes: en tiempo de Eva no se había descubierto el oro ni las perlas, ni existía Cachemira, ni Kufa, ni Damasco.

—Pero existen hoy, y yo he visto á Eva como he querido. Estos sabios son insufribles: ¿si sabré yo lo que me hago?

—No, no lo sabes, porque te estoy pidiendo que me presentes ante los ojos á Eva, y resistes.

—Porque tengo lástima de tí, pobre tonto.

—Me obligarás á que pronuncie de nuevo el conjuro.

—No, no lo hagas, porque el sonido de ese conjuro me hace padecer horriblemente; pero ya que me obligas, voy á vengarme de tí: mira.

Sintió Almedí un sonido semejante al de una tienda de tela sutil y crujiente que se desplegase sobre su cabeza.

Y, en efecto, una tienda se había desplegado.

Tienda tejida de hilos sutiles y resplandecientes de mil colores como los rayos del sol que pasan por la lluvia; compartidos estos colores en labores caladas, en sutiles mallas que dejaban ver una luz resplandeciente, pero de una manera dulcísima, grata sobre todos los halagos á los sentidos. Sostenían la tienda columnas en que no se veían más que los resplandores de las piedras preciosas de que estaban cuajadas, y que giraban incesantemente, pareciendo un raudal purísimo que subía del pavimento.

Y aquel pavimento era un relumbrante alicatado (mosaico) de diamantes, de rubíes, de carbunclos, de esmeraldas, de topacios, de amatistas, de perlas negras y de perlas blancas, de cuantas preciosidades encerró Dios en las entrañas de la tierra y en las profundidades de los mares.

Y en medio del pavimento había una fuente labrada de un solo diamante, y de la fuente surgía un agua clarísima y tan olorosa, tan rica de ambrosia como los manantiales del paraíso donde apagará su sed el justo toda una eternidad con sola una vez que beba una sola gota.

Y más allá de la fuente, tendida en un lecho cándido y resplandeciente como la luna, había una mujer más hermosa que todas las hermosuras de la tierra, más resplandeciente que la tienda en que se encontraba, y casta y pura como el

pensamiento de un niño que murmura las primeras palabras con que su madre procura encaminar su espíritu á Dios.

Y tenía los cabellos, las cejas y las pestañas tan negros, que junto á ellos hubieran parecido blancas las alas de un cuervo de Egipto.

Y eran sus mejillas como los arboles del sol de la mañana.

Y era su carne tan blanca, que junto á ella hubiera parecido negra la nieve de las cumbres donde no se posa planta humana.

Y una túnica riquísima, pero transparente, aumentaba los hechizos de aquella imagen de la mujer que Dios crió para que fuese como la sultana de las hurfes, para hacer feliz á Adán en el paraíso.

Era la imagen de Eva antes del pecado.

Almedí cayó de rostro sobre el pavimento con el alma abrasada en un fuego impuro, y adoró á Satanás en la imagen de Eva.

El niño-fiera, y el cachorro de perro y de león, el uno entre los brazos y el otro á los pies de Eva maldita, lloraban, gritaban, aullaban, rugían con más fuerza que nunca.

—Levántate—dijo la ronca y temerosa voz del diablo.—Eres ya mío; pero quiero concederte un medio de volver á tu libertad. Voy á decirte en una historia, en la historia de esos dos hermanos, adónde pueden llevar á una criatura el olvido de Dios por la mujer y por los impuros placeres de un amor idólatra.

—Dame á Eva—replicó Almedí.

—Te la daré, si me la pides después de haber escuchado la historia de esos dos hermanos.

Y señaló al niño y al perro.

—Dame á Eva.

—Escucha.

Y dominado por un poder oculto y misterioso, Almedí, con los ojos fijos en la imagen de Eva, sentado sobre sus rodillas, inmóvil, pálido, atento, escuchó.

Y el diablo le contó una historia.

Y la historia era esta.

VII

Hay allá en las tierras de Occidente una tierra fértil, de cielo radiante, cubierta de flores y de verdor.

La guardan sierras que la dan su nieve en claros raudales; la surcan ríos que fertilizan sus praderas, y sobre la vega y sobre sus montes se ven alquerías blancas y torres bermejas.

Esta tierra, paraíso del mundo, jardín de delicias, huerto de amores, bendita y riente, guardada por Dios para los más valientes y fervorosos de sus escogidos, estaba en poder de unos cristianos, nietos de unos bárbaros que habían venido á las regiones del Mediodía desde las regiones donde jamás se derrite el hielo.

Aquellos cristianos eran los visigodos.

Corría el año de seiscientos setenta y cuatro.

Era rey de los visigodos Wamba.

Wamba, á quien habían obligado á ser rey.

Este rey era muy bravo.

En los primeros tiempos de su reinado sublevaronse algunos de sus más poderosos vasallos; pero Wamba fué sobre ellos, los venció y les puso en temor y respeto de su nombre.

Entre estos grandes había uno que se llamaba Ervigio.

Era mancebo y hermoso á maravilla, y tenía tanta soberbia como hermosura.

Era pariente del pasado rey Recesvinto, y aunque no se atrevía á declarar abiertamente sus intentos, alentaba esperanzas de ser rey y procuraba en secreto parciales.

Pero luchaba con el temor que imponía la bravura de Wamba, y andaba desalentado y triste.

VIII

Una tarde de primavera, Ervigio se paseaba solo por las huertas del Tajo, á los pies de la altura donde se asienta Toledo.

Iba pensativo, pensando en cómo haría para arrebatarse á Wamba su corona y ceñirla á su cabeza.

El sol trasponía.

Ervigio se alejaba por la orilla del río.

De repente tropezó en un objeto, y oyó una voz áspera que se quejaba.

Ervigio había tropezado con un hombre que estaba sentado al borde de una roca, sobre el río, con una caña de pescar en la mano.

Aquel hombre era muy singular; tan pequeño, que apenas llegaba á la cintura de Ervigio; jorobado, patizambo, tuerto y viejo.

Alzóse al ser tropezado en ademán amenazador, y puso mano ferozmente á su puñal, y se encogió como el tigre para dar el salto sobre su presa.

Ervigio puso mano á su espada.

Pero al verle el enano, se amansó, envainó su puñal, sonrió horriblemente, arrojó su caña al

río, y dijo con acento singular, entre burlón y cruel:

—He aquí que el río no me ha dado ni un solo pececillo; pero la tierra me ha dado una buena pesca. Yo te esperaba.

—¿Que me esperabas?

—Sí; ella me había dicho: el día en que te sentares en la roca y eehares tu anzuelo al río y no sacares del agua peces desde que el sol salga hasta que se ponga, aquel día habrás encontrado al que mi alma adora.

—¡Ah!—dijo Ervigio.—Esa profecía ¿te la había hecho conocer una mujer?

—Sí, poderoso y afortunado señor; una virgen hermosa.

—Déjame continuar mi camino—dijo Ervigio, que, como estaba poseído de la ambición, rechazaba al amor.

Pero el enano no se apartó del sendero.

—El sol se ha puesto, y no he sacado del río ni el más pequeño pececillo; tú eres, pues, el mancebo á quien ella ama; yo te esperaba, has venido, y yo te he hablado, rey de los godos.

—¡Rey de los godos!—exclamó Ervigio.

—Sí; tú serás rey por el amor de ella. Sígueme.

Y el enano saltó de la roca abajo á la selva, y Ervigio, que había oído saludarle como rey por aquel extraño jorobado, le siguió.

IX

Había en el centro de una obscura selva de encinas, sobre una eminencia rodeada por un arroyo, una torre triste y solitaria, cubierta de musgo y enmohecida su puerta de hierro.

Nadie, ni una sola persona se veía, ni en el claro de la selva, ni al pie de la eminencia donde estaba construída la torre, ni en la torre misma.

Esta no tenía ventanas ni respiradero alguno al exterior.

Ninguna senda se veía en el bosque que conduciese á la torre.

Era de noche y brillaba la luna.

Una luna rojiza y opaca.

Dominaba en torno de la torre y en el bosque un silencio de muerte.

Pero en medio de este silencio se oyó de repente como el ruido de dos espadas que cortaban la maleza.

Poco después, por un sendero que ellos mismos se habían abierto, aparecieron dos seres humanos.

El uno alto, esbelto, que andaba con gran majestad.

El otro pequeño, contrahecho, monstruoso, que remedaba en su andar al lobo traidor cuando se acerca al redil que guardan los mastines.

Eran Ervigio y el jorobado á quien había encontrado pescando en la margen del río.

Adelantaron entrambos hasta la torre, y cuando llegaron á su puerta, el enano dijo á Ervigio:

—Si tú eres aquel á quien ella espera, la puerta de la torre se abrirá al tocarla tú.

—¿Hay en esto algún arte de Satanás?—dijo Ervigio.

—¿Y qué te importa? ¿no quieres ser rey?

La ambición habló más alto que el temor de Dios en el corazón de Ervigio, y tocó con una mano audaz las planchas de hierro de la puerta de la torre.

Apenas había tocado Ervigio, cuando la puerta se abrió con un silencio pavoroso.

Dentro no se veían más que tinieblas.

—Si eres tú á quien ella ama—dijo el jorobado—, cuando entres dentro las tinieblas desaparecerán y oirás maravillas.

Ervigio, impulsado siempre por su ambición, penetró en la torre.

Apenas había penetrado en el lóbrego dintel, cuando apareció á sus ojos, iluminado por un resplandor rojizo, un ancho lago de sangre, en medio del cual había un palacio rojo también y reluciente.

—¡Oh! Esto es horrible—dijo Ervigio.

—Para ser rey es necesario atravesar ese lago.

Una barca negra, á la que nadie guiaba, salió por las puertas del alcázar rojo, que se abrieron, y adelantó hasta tocar á la orilla donde se encontraban Ervigio y el enano.

Entrambos saltaron dentro.

Apenas había tocado Ervigio la negra barca con sus plantas, cuando ésta se hundió entre un remolino del lago, desapareciendo entre sus rojas ondas.

Y se oyó la voz del enano que rugía en medio del estruendo atronador del remolino.

La virgen maldita ha encontrado á su maldito esposo, y su generación es mía.

Y aquellas palabras retronaron, se extendie-

ron, vibraron y fueron repetidas por mil ecos pavorosos.

X

Y ahora—dijo Satanás dirigiéndose á Almadí—, quiero que sepas quién era la mujer que había atraído á sí con sus encantamientos al ambicioso Ervigio.

Era una doncella que aún no había cumplido los quince años, hermosa a maravilla, pero con una hermosura terrible.

El color de su tez era dorado, sus cabellos dorados también, sus ojos leonados con las pupilas negras, flexible el cuerpo como el de una pantera, y esbelta, gentil y voluptuosa.

Era una mujer como no había dos sobre la tierra.

Parecía una mezcla de fiera y de criatura humana.

Y á pesar del color de su piel, de sus cabellos y de sus ojos, era tal la brillantez, la suavidad y la transparencia de su piel; tan sedosos, tan ricos, tan rizados sus cabellos; tan grandes, poderosos y lucientes sus ojos; tan preciadas las joyas que la engalanaban, tan ricas y tan bellas las túnicas que vestía, que no hubiera habido un hombre que la hubiese visto que no hubiera desfallecido de amor.

Era judía, y se llamaba Asenéth.

Su madre se había llamado Zelpha, y había sido una joven hermosísima.

Pero con una hermosura semejante á la de las demás mujeres, y enteramente distinta de la de su hija.

Zelpha había tenido un hermano judío también, y que se había llamado Jamné.

Jamné había sido mercader de sedas, y de púrpura y de paños preciados.

Había sido un miserable, vendido á mí, y cuando hubo cometido cuantos crímenes son imaginables, el robo, la calumnia, la usura, la hechicería y el envenenamiento, quiso cometer el último y más horrible de los crímenes: el incesto.

Zelpha, la hermosísima Zelpha, era, sin embargo, sabia; su madre, famosa hechicera, la había enseñado la astrología judiciaria, y el arte de los ensalmos y de los encantamientos, y á confeccionar filtros y hechizos, y á evocar los muertos, y á hacer comparecer los vivos, y á leer en sus pensamientos.

Zelpha, que era más sabia que su hermano,

adivinó sus intentos, y antes de que este la hechizara para reducirla á su voluntad, determinó hechizarle á él.

Para ello, una noche se arrancó tres de sus hermosos cabellos negros, los ató cabalísticamente, los quemó á la luz de su lámpara, y me llamó.

Era una doncella hermosa, y de quien yo esperaba mucho, y me presenté á ella en la forma de un hermoso mancebo.

—Sé—me dijo—que mi hermano quiere hacer de mí suya. Yo le aborrezco. Verne entre sus brazos sería para mí un tormento horrible.

—¿Y por qué aborreces á tu hermano?

—Es miserable y receloso—dijo—; me tiene vestida de lana parda, me da de comer pan de avena, y me tiene encerrada donde ni aun la luz del sol veo.

—¿Y qué quieres?

—Quiero... lo que no alcanza á hacer la ciencia que me enseñó mi madre. Yo quisiera castigar á mi hermano por la tiranía con que me trata, y por la impureza que por mí siente: es una bestia feroz.

—¿Y te vales de mí?—la dije.

—Sí—me contestó.

—Y ¿qué me darás en cambio?

—Estoy enamorada de un hombre.

—Y ¿qué hombre es ese?

—El duque godo, Wamba.

—Valiente hombre.

—Y hermoso.

—Y temeroso de Dios. No sé si podrán vencerlo tus malas artes.

—Wamba sueña conmigo.

—¡Ah!

—Sí; un día que estaba yo muy triste porque se había despertado en mi alma el primer deseo del amor, evoqué la imagen de un hombre que fuese hermoso, noble, rico, valiente, y que no hubiese amado á ninguna mujer.

Cuando yo le evoqué era la alta noche, y mi aposento estaba envuelto en tinieblas; entre mi lecho y la pared apareció un hombre como de unos treinta años.

Era rubio, blanco, y sus ojos azules eran tan hermosos que me abrasaban de a nor.

—¿Quién es ese hombre? ¿cómo se llama?—pregunté al espíritu.

Entonces sobre su cabeza, en la pared oscura, apareció en letras de fuego este nombre: WAMBA.

—¿De qué pueblo es, y qué religión profesa?— añadió.

—Es lusitano; de la ciudad de Igeditania, descendiente de los visigodos, y cristiano; mag-nate de la corte de sus reyes, es un capitán bravo é invencible, y tanto ama la guerra que no ha sentido amor por mujer alguna.

—Que mi imagen vaya al sueño de ese hombre y que me ame—dijo al espíritu.

Entonces vi que los ojos de Wamba me miraban con amor y con deseo; que se ñjaban en mi boca y en mi seno desnudo, y que sus mejillas palidecían.

Wamba me había visto en sueños, y obedeciendo á mis conjuros me amaba; ahora bien, yo no puedo romper mis prisiones, ayúdame tú, Satanás. Convierte á mi hermano en una bestia fe-roz obediente á mi voluntad.

Entonces yo transformé en león á Jamné y le traje humilde y manso á los pies de Zelpha.

—Has hecho mi voluntad—dijo ella—y te lo agradezco.

—Pues si no me das lo que te pido, volveré á tu hermano á su antigua forma y te entregaré á él.

—¿Y qué quieres?

—Quiero la descendencia que tuvieres de Wamba.

Zelpha, mala hija y mala hermana, era también antes de serlo mala madre.

Maltrató á Jamné, que había encontrado en sus mismos crímenes el castigo, abrió sus arcas y sus armarios, se apoderó de sus riquezas, se vistió como una sultana, y al día siguiente abrió la tienda, y se puso á vender telas, joyas y perfumes, teniendo á sus pies al león rojo en que yo había transformado á su hermano.

Y no sabes tú con cuánta rabia veía Jamné, en cuyo cuerpo de león vivía su alma de hombre, á su hermana engalanada, hermosísima, magnífica, prodigando sus sonrisas á los compradores y escuchando sus palabras de amor.

La tienda de la hermosa judía, que tenía á sus pies encadenado y manso á un formidable león de Africa, llegó á ser la más concurrida de Toledo; frecuentábanla los caballeros más principales, y todos enamoraban á Zelpha, y ella los escuchaba á todos, pero sólo se bajaban sus ojos y se estremecía su corazón ante un hombre.

Aquel hombre era Wamba.

Con asombro de todos los que conocían la se-

verdad del noble godo, y su desprecio á las mu- jeres, le vieron concurrir á la tienda de la her- mosa israelita, y palidecer de celos cuando veía á ésta hablando ó sonriendo con otro señor.

Zelpha quería irritar la pasión Wamba, y se veía reducida á esperarlo todo de su amor: por- que el amor que sentía por Wamba la domina- ba, haciendo inútil su ciencia de hechicera.

Wamba pasaba todos los días por la tienda de Zelpha, y entraba en ella con frecuencia, la com- praba telas, joyas y perfumes, la miraba mucho de una manera ardiente é involuntaria, pero no la decía una sola palabra de amor.

Un día por la maña, cuando Zelpha abría su tienda y amarraba por la parte de adentro á su hermano, transformado en león, un esclavo ne- gro se sentó á la parte de afuera de la tienda, y se puso á mirar de hito en hito á la joven.

—¿Qué quieres?—le dijo ésta con altivez.

—Si no te enojaras, lumbre de Dios—dijo el esclavo—, yo te daría un mensaje que traigo para ti.

—¿Tal es que pueda ofenderme?

—Es un mensaje de amor.

—¿Quién te envía?

—Un señor muy noble y muy rico.

—¿Cómo se llama?

—Wamba.

—¡Ah!—dijo Zelpha.

—¿Qué diré á mi señor?—preguntó el esclavo.

—Dile que esta tarde pasará á la puesta del sol por las huertas del rey.

—¿Y nada más?

—Nada más.

El esclavo partió.

Zelpha cerró la tienda, porque necesitaba ata- viarse deslumbrantemente para parecer más her- mosa á su adorado Wamba.

Entrelazó sus cabellos de diamantes y de per- las de las que había amontonado su hermano, se vistió con las mejores túnicas de lino, de seda y de brocado, que tenía para venderlas á pre- cios exorbitantes en la tienda, en todo lo cual invirtió mucho tiempo, comió de una manera suculenta, á pesar de su impaciencia, para que el ayuno no le robase sus bellos colores, y allá, á la tarde, dejando encerrado y hambriento á su hermano, que rugía de hambre y de rabia, se envolvió en un largo velo que la cubría de pies á cabeza, y con paso lento se encaminó á las huertas del rey, y se puso á vagar por entre las alamedas á las orillas del río.

Vió bajar con impaciencia el sol al Occidente, y ponerse al fin.

Si Zelpha hubiese conservado para con Wamba su poder de hechicera, le hubiera evocado.

Pero Zelpha amaba, y el amor domina y no permite otra hechicería.

A punto que el sol se ocultaba, apareció por una avenida de la alameda un caballero ricamente vestido.

Zelpha le reconoció, á pesar de la distancia, su corazón se agitó, y se sentó para esperar á su amado Wamba en una piedra al lado de la corriente.

Wamba llegó hasta ella.

—¿Serás tú acaso á quien yo busco?

—¿Y á quién buscáis, señor?—contestó temblorosa Zelpha.

—Busco á la doncella más hermosa de Toledo.

—¿Será esa acaso la judía de la calle del Sol?

—¡Oh, ella es á quien amo! Adiós.

—¿Por qué te vas, señor?

—Voy á buscar á esa doncella.

—¡Oh! pues no sigas, señor mío, porque esa doncella enamorada está á tus pies.

Y Zelpha, echándose atrás el velo, y descubriendo su resplandeciente hermosura, aumentada por sus resplandecientes galas, asió las manos de Wamba que la levantó en sus brazos.

Nadie los veía más que la blanca luna que acababa de aparecer en el Oriente.

XI

Por un postigo del muro de Toledo, entraban aquella noche una mujer envuelta de los pies á la cabeza en un velo blanco, y un hombre envuelto asimismo de la cabeza á los pies en una clámide roja.

El hombre y la mujer atravesaron las calles de la ciudad, subieron á lo alto, y el hombre se detuvo junto al muro de un frondoso huerto, y llamó á un postigo.

Un esclavo abrió, y el hombre y la mujer entraron.

Siguieron adelante, y penetraron en una doble cámara extensa y hermosa.

Pero los adornos de aquella cámara eran banderas africanas, y los muebles severos, y las paredes desnudas de tapicerías.

Una lámpara de hierro la iluminaba.

Cuando estuvieron dentro, la mujer se des-

envolvió de su velo, y el hombre de su clámide. Era Wamba y Zelpha.

.....
Zelpha, durante muchos días, permaneció al lado de Wamba.

Su tienda estaba cerrada, y los rugidos del león hambriento asustaban á los vecinos y á los que pasaban por la calle.

Zelpha, sin embargo, no parecía.

XII

Pero llegó un momento en que Zelpha tuvo celos.

Celos, no ciertamente de una mujer, sino celos de la guerra.

Wamba la había dicho:

—Voy á partir á Africa.

—Llévame contigo—había contestado Zelpha.

—Aquella tierra abrasa; tus mejillas se quemarán bajo aquel sol ardiente, y luego... exponerte á los peligros... no, no; el guerrero sólo debe llevar al combate su lanza y su escudo.

Wamba era muy firme; Zelpha no tenía sobre él más poder que el de su hermosura, y se acercaba el día de la partida.

Zelpha quiso detenerle, y no pudiendo detenerle por su voluntad, pensó en valerse de un filtro.

Pero no quería confiarse á nadie, ni podía tampoco hacer el filtro en el palacio de Wamba.

Una mañana muy temprano, con el pretexto de ir á visitar su casa, salió del palacio de Wamba.

Al acercarse á la tienda, la sorprendieron los horribles rugidos del león, su hermano, y una espiral de negro humo que salía por encima de la casa.

—¿Qué será eso?—dijo Zelpha.

Aquello era que Jamné, que aunque había perdido la forma de hombre no había perdido la inteligencia, hambriento, celoso, desesperado, había llamado al infierno y hablaba conmigo.

Me pedía que yo le restituyese á su forma de hombre y á su poder de hechicero.

Pero yo no podía hacerlo, porque Jamné estaba hechizado por un conjuro invencible para mí; pero le dije:

—Zelpha se acerca.

Jamné se echó á temblar.

—Y me maltratará—dijo; porque me aborrece y es cruel.

—Zelpha no puede maltratarte—le dije.

—¿Y por qué?

—Porque ha perdido su poder y su ciencia al perder su pureza entre los brazos de Wamba.

—¡Ah!—exclamó Jamné en un rugido, mezcla de dolor y de alegría; ¿conque Zelpha apagará la sed de mi amor?

—Recuerda que es tu hermana.

—¿Y qué me importa?

—Oíenderás á Dios, y Dios te castigará.

—Yo la amo.

—Si tu hermana es tuya, concebirá y tendrá una hija.

—No importa.

—Zelpha morirá al ser madre, y su hija heredará la ciencia y el poder que ella ha perdido.

—¡Ah!

—Y como has amado á tu hermana amarás á tu hija, porque estás maldito de Dios; y tu hija, que no te conocerá, será más cruel contigo que lo ha sido Zelpha.

—¡No importa!—exclamó rugiendo con más fuerza Jamné; ¡yo la amo!

—Pues hela que abre la puerta—le dije—; quedad en paz.

Y desaparecí.

XIII

Lo que sucedió cuando Zelpha abrió la puerta, fué horrible.

Jamné, irritado, hambriento, feroz, enamorado, tomó de su hermana una venganza completa.

Zelpha fué suya, y no sólo fué suya, sino que fué su esclava.

Zelpha no volvió á ver á Wamba.

Había partido á la guerra, y estaba en Africa.

Jamné había dicho á su hermana:

—Abre la tienda y vende; toma una esclava que te sirva, y tu y yo, ya que por tu crueldad y tu infamia me veo reducido á esta forma, que sólo tú podías quitarme, y que ya no puedes porque has perdido tu poder, comamos y vivamos lo mejor posible. El daño que me has hecho se vuelve contra ti; te ves reducida á ser la amante de un león, cuando podías haberlo sido de un hombre. Abre la tienda y toma la esclava; pero no pienses en más, porque yo estaré siempre junto á ti, y en cuanto intentares huir te despedazaré.

Zelpha hizo lo que Jamné la mandaba, porque tenía miedo.

Había probado su poder mágico, y su antiguo poder no había respaldado.

Desde el momento en que había perdido su pureza entre los brazos de Wamba, había perdido su poder, y había quedado reducida á la condición de una mujer vulgar.

Jamné en cambio había recobrado todo su poder mágico, menos para volver á su antigua forma.

En el tiempo preciso, desde que Zelpha había caído de nuevo en poder de su hermano, dió á luz una hija.

Aquella hija tenía los cabellos y los ojos del color del león, y la piel dorada.

Pero era un prodigio de hermosura.

Zelpha murió al darla á luz.

Jamné evocó á una hada maldita para que la criase, y la hada se presentó y amamantó á la niña.

Jamné la puso por nombre Asenéth, y quiso obtener por mí lo que no podía obtener por sí mismo.

Y repitiendo sus conjuros, me evocó.

—Genio—me dijo cuando me presenté á él—: un palacio encantado para guardar á mi hija y criarla para mí.

Apenas había dicho estas palabras, cuando se encontraron en un palacio magnífico.

Pero todo en él era rojo; el oro, las piedras preciosas, las columnas de pórfido; hasta las aguas que corrían de las fuentes.

Aquel palacio era invisible para los que no conociesen su encanto, y estaba guardado por un lago de sangre.

Solo un hombre podía entrar en él; el hombre para quien había nacido destinada Asenéth.

Hadas condenadas la sirvieron como esclavas y mecieron su cuna durante su infancia. Genios invisibles y malditos llenaban para ella los aires en armonía, y de encantos los sueños.

Para ella, el alcazar encantado no era rojo.

Tenía por do quiera frescos y brillantes apartamentos en que corrían sobre las fuentes cristalinas aguas olorosas, hasta cuyas cúpulas subía el fragante humo de los perfumes; aquellos apartamentos salían á deliciosos jardines, donde había cuantos árboles, cuantas flores, cuantas plantas crió Dios para arrojarlas sobre el mundo, cada cual en su lugar y su estación. Carros y transparentes lagos relumbraban acá y allá en medio de los jardines, bajo un sol siempre eterno, siempre brillante, siempre de rayos tibios,

en un firmamento siempre azul, por el cual sólo pasaban nubecillas rosadas, nunca la densa y negra niebla de la tormenta.

Ella, que era espíritu de tinieblas, sólo conocía al día.

Ella, que era el producto y el castigo á un tiempo de un horrible pecado, no conocía los pesares.

La felicidad moraba en su alma, y amaba desde los primeros años con toda su alma, con toda su voluntad, á un sér que veía niño como ella, cuando era niño, mancebo cuando fué mujer, á quien veía, digo, por todas partes, en las nubecillas rosadas del cielo, en el fondo de los lagos, entre las flores de los jardines, á la sombra de las enramadas, en los ángulos de sus retretes, entre el humo blanco y aromático de los pebeteros, y sobre los surtidores de las fuentes.

Asenéth oía su voz que le decía, yo te amo, en el murmullo de las aguas, en el vuelo de las brisas, en los cantares lejanos y perdidos que las hadas malditas entonaban para adormirla.

Y cuando se dormía, le veía en sus sueños; pero en sus sueños, como en su vigilia, jamás tocaba á aquel mancebo, ni se obstinaba por llegar á él: bastábale con ver su hermosura, con amarle, con sentirse amada de él. Asenéth, que había heredado toda la ciencia que su madre había perdido, que era por lo tanto más sabia que su padre Jamné, sabía que al cumplir los quince años se decidiría su destino; que pertenecería á su padre si vencía al hombre de su amor cuando entrase en el palacio encantado, ó que pertenecería al hombre de su amor si éste le vencía.

Jamné, menos sabio que su hija, no conocía sus pensamientos.

La acompañaba continuamente como un perro, y se echaba á sus pies; y aunque la desesperación y la terrible fiebre de que adolecía la fiera, en la que se había transformado su hermana, le aquejasen, no rugía por no despertar ó incomodar á su hija con sus rugidos.

Para Jamné, el palacio encantado no era ni claro, ni fresco, ni oloroso.

Por el contrario, era horriblemente rojo, lleno de un aire cálido que abrasaba su pecho, y respiraba por todas partes el nauseabundo olor de sangre fresca que irritaba sus ardientes fauces.

XIV

Llegó, no la primavera del año, porque en el alcázar encantado todo el tiempo era una perpetua primavera para Asenéth y un abrasado estío para Jamné, sino la primavera de la vida de Asenéth.

Faltaba únicamente un día para que la doncella maldita cumplierse los quince años.

Aquella noche, cuando Jamné dormía á los pies del diván de su hija, Asenéth fijó en él una mirada sombría.

—Mañana—dijo—el diablo, mi esclavo, se pondrá á pescar en el río, y si pasa por allí el amado de mi alma, le traerá á mis brazos.

Y si para entonces tu eres león, depedazarás á mi amado.

Pero si eres perro, mi amado te despedará á ti, y yo quedaré libre de mi encanto.

Y Jamné, bien ajeno de la crueldad de su hija, dormía.

Asenéth se levantó, fué á un ajimez de su retrete, y miró á las estrellas.

—Hablad para mí—dijo.

Y las estrellas temblaron en la inmensidad, y enviaron á Asenéth trémulos resplandores.

Asenéth leyó en aquellos resplandores las siguientes palabras:

—“Evoca al genio de la vida.”

—Poderoso genio de la vida—dijo Asenéth haciendo un amueto obra del sabio rey Salomón—ven.

Apareció un genio horroroso.

Tenía cuatro pechos, cuatro ojos, cuatro manos y una cabellera de fuego.

En la una mano tenía una llave de oro, y en la otra una llave de plomo.

Su cabeza era de joven, su pecho y sus brazos de hombre, su vientre hinchado y sus pies vacilantes.

Andaba en paso lento, pero no cesaba de andar.

Asenéth siguió tras él, porque el genio no se detenía.

A medida que adelantaba, su paso se hacía más rápido; marchaba por un camino rodeado de jardines.

—Poderoso genio—le dijo Asenéth—: ¿sabes para qué te he llamado?

—Sí. Tu temes á tu padre, tienes poder para transformarle, para debilitarle y entregarle al furor de tu amante.

—Y dime: ¿mi amante le matará?

—No—dijo el genio—; porque tu padre no ha cumplido aún su destino.

—Y dime: ¿cual es el destino de mi padre?

—El de llevar al último límite la maldición de su raza. Tú eres la ramera de tu padre.

Se estremeció Asenéth.

—¿Y no puedo evitarlo?

—Sí, si tienes valor para ello.

—¿Y qué he de hacer?

—Cuando mañana llegue a ti Ervigio...

—¿Se llama Ervigio el amado de mi alma?

—Sí, y por ti morirá ó por ti será rey.

—¡Será rey!—dijo con altivez Aseneth—y yo seré reina.

—Tú serás la ramera de tu padre, si Ervigio no muere delante de ti despedazado por él.

—¿Y si yo eso hiciere?...

—Tú has nacido destinada en tu pureza á Ervigio, tú le amas desde antes de nacer; tú por él has enloquecido; consentir en su muerte sería lo mismo que matar tu alma: Dios aceptaría tu sacrificio, te perdonaría por él, y perdonaría á tu familia. Tú habrías sido la víctima expiatoria.

—Matando á Ervigio.

—Sacrificándote en él.

—No—dijo con una inmensa valentía Asenéth.

—Tú y los tuyos caeréis en el fuego eterno.

—No importa.

—Entonces, ¿para qué me has llamado?

—Para preguntarte cuántos son los días de mi padre.

—Más que los tuyos.

—¡Ah! ¿y cómo podré yo hacer para que los días de ese maldito terminen mañana?

—De ningún modo.

—Pero ¿puedo dejarle encantado de mi palacio?

—Dios romperá el encanto cuando llegue la hora del castigo.

—¿Pero Ervigio será mi esposo?

—Será tu amante.

—¿No más que mi amante?

—Ervigio cuando sea rey te abandonará.

—No le haré rey.

—No puedes, á no ser que le dejes despedazar por tu padre.

—Yo soy sabia, soy hechicera...

—Lo que está escrito, se cumplirá.

—Desaparece de mi vista, genio maldito.

—El genio de la vida desapareció con estruendo en las entrañas de la tierra.

Asenéth se sentó pensativa bajo un árbol de sus jardines.

Brillaba una luna plácida y tranquila.

Y apenas se sentó, oyó cantar un ruiseñor.

Asenéth comprendía el lenguaje de las aves, y oyó que el ruiseñor decía:

—¿Qué haces tú ahí, hermana golondrina, desvelada en un nido ajeno?

—Estoy muy cansada, y no he podido llegar al alcázar de Toledo; me he parado en este ciprés, y sin embargo no he podido dormirme.

—¿Te ha sucedido algo que te aflija, hermana?

—Sí: esta mañana con el alba salí de Africa; allí quema ya el sol, y los manantiales están secos, rugen los leones sedientos, y los vencejos caen sofocados de calor.

Yo había dejado mi nido en el alcázar de Toledo, y dije á mi esposo:

—Amado mío, yo me voy á España, sígueme.

—Tengo que arreglar aquí unos negocios con nuestro rey, se acerca la grande partida; pero vete tú sola, si el calor te sofoca, ya sabes el camino, arregla nuestra casa para cuando lleguemos.

Me despedí de él, y llegué á España cuando ya el sol quemaba.

Estaba muy cansada.

Volaba entonces sobre la hermosa tierra del Ilíberis.

Mis alas estaban doloridas.

Abatí el vuelo sobre un frondoso bosque, y me escondí con delicia en un sicomoro.

¡Ay, hermano ruiseñor! estaba escrito que yo no reposase.

Apenas había plegado mis alas y esponjado mis plumas, cuando he aquí que de una negra sima que se veía á poca distancia desde el sicomoro, salió un culebrón enorme.

Yo me aterré y me dí por perdida, y no pude moverme.

Creí morir.

Pero el culebrón no reparó en mí.

Empezó á silbar, y yo entendía sus silbidos.

El culebrón decía:

—Hermano Lagarto, el de las escamas blancas, verdes y azules, ven.

Ven, hermano lagarto, el de las escamas azules, verdes y blancas.

Y se oyó ruido entre la hierba, y un lagarto enorme se asomó al borde de la sima y se puso á mirar á la culebra, agitando la cola.

—¿Qué sucede, hermana mfa?—dijo el lagarto.

—¿Te acuerdas?—dijo la culebra.

—¿De qué?

—De la tarde de horrores.

¡Ah! ¿de aquella tarde en que un anciano de barba blanca, que venía montado en un asno, y acompañado de sus dos hijos, hombre y mujer, se detuvo al pie de la acacia junto á la fuente?

—Sí. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo de que el viejo se apeó, se sentó junto á la fuente, sacó su hijo provisiones de unas alforjas, comieron él y su padre y su hermana, y luego el viejo se tendió bajo la acacia y se durmió.

—Sí, sí, veo que te acuerdas, y te acordarás también de que los dos hijos del viejo eran muy jóvenes: él tendría veinte años y ella catorce. Él era hermoso y fuerte, y ella delicada y pura como una flor.

—Sí, es verdad—dijo el lagarto; él se llamaba Jamné y ella Zelpha.

—¿Y eran judíos?

—Y malditos.

—¿Te acuerdas?

—El asno, que era muy fuerte, iba muy cargado y pacía la hierba; pero paciendo, no quitaba ojo del viejo que dormía.

—¿Y no te acuerdas de más?—dijo la culebra.

¡Vaya! me acuerdo de lo que dijeron los dos malditos: ¿y tú?

—Yo también.

Jamné se acercó á su padre y le examinó atentamente: el viejo no se movía; entonces Jamné sacó de entre su hopalanda un largo y reluciente puñal, y acercó su hoja á la entreabierta boca de su padre.

La brillante hoja del puñal no se empañó.

—Nuestro padre no despertará—dijo Jamné á Zelpha.

—Porque nuestro padre ha comido un dátil que yo traía guardado para él desde Africa.

Zelpha se encogió de hombros.

—De modo—dijo—que lo que el asno trae sobre sí es nuestro.

—Nuestro es el tesoro de perlas, diamantes y telas preciosas que trae sobre sí el asno.

—¿Y dónde iremos á llevar esas riquezas?—

—A la corte imperial de los godos, á Toledo. Pero para que no interrumpán el sueño de nuestro padre, acostémosle en un lecho eterno.

—¿Y cómo abriremos ese lecho?; no tenemos más hierro que tu puñal.

—Aquí hay una ancha sepultura—dijo Jamné señalando á la sima.

—¡Ah! es verdad. El diablo nos esperaba—dijo sonriendo de una manera horrible Zelpha—, y ha abierto la sepultura de nuestro padre.

—Ayúdame á arrojarle en ella, hermana.

—¿Y no temes que algún día nos llame á esta sepultura la voz de nuestro padre?—dijo Zelpha.

—Dios es Satanás—dijo impiamente Jamné—; ¿te acuerdas, hermano lagarto?

—Vaya si me acuerdo; y me acuerdo también de que al escuchar aquella blasfemia me estremecí: los hombres son impíos, porque son soberbios, y una poca de ciencia les hace rebelarse contra Dios; los dos hermanos malditos eran sabios, conocían la ciencia del mal, y como el dios del mal era quien les inspiraba, creían que no había más Dios que Satanás; Satanás, á quien el asesinato, el parricidio y la impureza son agradables. ¡Vaya si me acuerdo! Luego, los dos hermanos asieron el cadáver de su padre, el uno por los pies y el otro por la cabeza; le mecieron un momento, y le arrojaron en medio de la sima.

—Y luego—añadió la culebra—los dos miserables se acercaron al asno; ¿te acuerdas de lo que sucedió?

—Sucedió que el asno, al acercarse el parricida, se volvió, y le dió una coz en la frente y no le hizo daño; pero marcó sobre su frente maldita una mancha roja é indeleble.

—Así fué, así fué, hermano Lagarto. Luego Jamné castigó al asno, montó en él á su hermana Zelpha, tiró del jumento, y desaparecieron entre los árboles.

—Yo me quedé horrorizado—dijo el lagarto.

—Y yo también—añadió la culebra.

—Y yo—dijo la golondrina que escuchaba todo esto—, sentía que las plumas se me arrancaban de la carne, amigo ruiseñor.

—Las hombres son infames y réprobos—añadió el ruiseñor—; se gozan en el mal; no los puedo ver.

—Ni yo; el año pasado me destruyeron mi nido.

—Y á mí hace pocos días me mataron mi compañera; por eso canto tan tristemente.

—¡Pobre ruiseñor!

—¿Y no dijeron más el lagarto y la culebra?

—Sí, sí, dijeron: y yo los escuchaba, porque aunque tenía mucho miedo, tenía más curiosidad.

—Hembra al fin—dijo el ruiseñor.

—Pues, como decía—continuó la golondrina desentendiéndose en la observación del ruiseñor—, el lagarto y la culebra siguieron hablando, y yo escuchándolos.

—Tú y yo—dijo la culebra—, cuando desaparecieron los dos infames, nos despedimos escandalizados y llenos de horror por lo que habíamos visto: tú te metiste en tu grieta, y yo me bajé abajo á lo profundo, donde tú no has querido nunca bajar.

—Está aquello muy lóbrego y muy obscuro; y aunque tú me has dicho que en pasando de lo obscuro hay maravillas, he tenido miedo: en una ocasión quise bajar, y al llegar á cierto punto me volví atrás: se oía un ruido atronador, sordo, espantable.

—Es el alma de Araham, el padre de Jamné y de Zelpha, que se revuelve rugiente, y malice de continuo á sus hijas y á los descendientes de sus hijos.

—Y tiene razón—dijo el lagarto.

—Pero él se tuvo la culpa de lo que le sucedió: bien claro se lo dijeron los astrólogos.

—¿Y qué le dijeron los astrólogos?—preguntó el lagarto.

—¡Ve la historia de Abraham.

El lagarto se acomodó en la hierba para oír mejor, y yo apliqué mi oído con cuanta atención pude: mi curiosidad crecía.

—Hace veinte años, un médico judío que ya pasaba de los treinta, entró montado en un asno por una de las puertas de Damasco.

Aquel médico era Abraham.

Conocía las virtudes de las hierbas, y sabía hacer filtros; pero nunca había hecho venenos ni invocado á Satanás: era demasiado caritativo para que pudiese hacer lo uno, y harto temeroso de Dios para que pudiese hacer lo otro. Siendo muy niño había perdido á sus padres, y entrado á servir, para que lo sustentase, á un famoso médico árabe. Le acompañaba á las montañas y á los valles á buscar hierbas salutíferas, y luego á ver á los enfermos: en doce años que estuvo al lado del médico se hizo tan sabio como él, y co-

noció todas las hierbas que él conocía, y aprendió á curar todas las enfermedades que él curaba. Con el ejemplo del sabio árabe, que era muy religioso, se hizo creyente, temeroso de Dios, y caritativo y buen hombre.

El médico árabe le quería como á un hijo.

Y, sin embargo, el mismo día en que Abraham cumplía sus treinta años, y siendo ya muy viejo el médico árabe, éste le dijo:

—Ya eres hombre crecido, sabes todo lo que yo sé, y no es bien que continúes en la servidumbre: te compraré un asno, una bolsa y hierbas medicinales, y te irás por el mundo á probar fortuna.

—Pero yo no quiero separarme de ti, que eres mi padre—dijo Abraham—: qué lante pocos años de vida, y quiero estar á tu lado para cerrarte los ojos.

—Tú no puedes permanecer en mi casa—dijo el médico—, porque si permaneces vendrá sobre tí y sobre mí una gran desgracia.

—Pero ¿qué desgracia puede sucedernos, siendo, como lo somos, piadosos y guardadores de los preceptos de Dios.

—No puedes permanecer en mi casa—dijo el anciano.

—Si tú me arrojaras de ella, me iré; pero permaneceré en la ciudad esperando que pase tu enojo, y que me llames á tí.

—Yo no estoy enojado contigo; pero te aconsejo y te mando que salgas de mi casa. Dios lo quiere.

—¿No me dirás el secreto de tu resolución?

—No debo decírtelo. Ve, hijo mío, ve, donde quiera que fueses irá contigo mi bendición.

Era tal y tan firme la resolución del anciano médico, que Abraham se vió obligado á obedecer: tomó la bolsa y algunas ropas que le dió el viejo, montó en el asno y se alejó llorando y desolado; pero no salió de Alejandría, en cuya ciudad moraban, sino que se fué á vivir á un barrio fuera de los muros, y se dió á conocer como médico, y empezó á curar y adquirir fama, hasta el punto de que se hizo en muy pocos días el médico más famoso de la ciudad.

—¿Quién te ha contado esa historia, hermana culebra?—dijo con acento de incredulidad el lagarto.

—Me la ha contado el alma del mismo Abraham, hermano lagarto—dijo ofendida la culebra—; y si tú no hubieses sido cobarde y hubie-

ras bajado al último suelo de la sima, al palacio encantado y maravilloso donde pena Abraham por desobediente á Dios, el alma de Abraham te hubiera contado también esta historia.

—No te ofendas, amiga culebra—dijo el lagarto—; pero es tan moravilloso lo que me cuentas...

—Pues aún quedan más maravillas.

—¿Y dime, por qué amando de tal modo á Abraham el viejo médico árabe, le echó de su casa?

—Porque el viejo tenía una hija hermosísima.

—¡Ah! ¿y se había enamorado de ella Abraham.

—No, porque Abraham no la conocía. El médico tenía escondida á su hija como un tesoro.

Porque Abraham era avaro, y fundaba en su hija grandes esperanzas.

Leila-Fatimah (1) era una doncella de diez y seis años.

Parecía que Dios se había complacido en ella.

Si algún hombre la hubiese visto, hubiera desfallecido de amor como á la vista de una huri.

Su frente era un arca de pureza, sus ojos dos lumbreras de amor, sus cabellos redes de almas, y su cuello, y su seno, y su talle, atractivo de corazones.

Al verla en sus primeros años tan hermosa, el avaro médico dijo:

—Mi esposa me ha dado una perla: pues bien, embellezcamos esta perla; rodeémosla de atractivos; pulámosla y hagámosla tan hermosa que sea inapreciable.

Y la enseñó todo lo que sabía, que no era poco, y quiso que aprendiese lo que él no sabía, que era mucho.

Buscó á una maga, y la pagó espléndidamente para que enseñase á Leila-Fatimah la ciencia de los astros y de lo infinito; pero del infinito que vino de Dios, no del infinito del mal, que viene del diablo.

Pero la maga era mala, y sin que lo supiese el viejo médico enseñó á Leila-Fatimah la ciencia de lo oculto, y la hechicería y la cábala.

Y la ciencia hacía cada vez más hermosa á Leila-Fatimah, dando á su mirada un brillo sobrenatural, á su frente una majestad irresistible, á su sonrisa un poder del infierno.

Y el anciano médico, cada vez que veía cre-

cer á su hija en ciencia y en hermosura, se frotaba alegremente las manos, y exclamaba:

—Cuando tú hayas llegado á la fuerza de tu juventud y á la cumbre de la ciencia, yo te llevaré á Damasco y te presentaré al califa. Y el califa se enamorará de ti, porque no podrá menos de enamorarse, y tú serás sultana, y yo seré wazir del califa y tendré alcázares y tesoros, y esclavos, y recogeré al fin el fruto digno de mis vigilias durante tantos años.

Y cuando el codicioso médico vió que su hija era sabia, aunque era todavía niña, quiso que tuviese todo lo que hace amable á una mujer, y buscó bayaderas, y las llevó á su casa, y las bayaderas, espléndidamente pagadas, enseñaron á Leila-Fatimah las danzas lubricas que ellas bailaban en las plazas, agitando sus panderetas al son de sus guzlas.

Y al poco tiempo Leila-Fatimah bailaba como la mejor bayadera, tocaba la guzla y la tiorba y la guitarra, y repicaba las castañuelas como una hija de Egipto, hacía hermosos versos, y cantaba como una alondra.

Y era más: Leila-Fatimah amaba, porque el diablo la había enseñado á amar.

Y era el amor de Leila-Fatimah ardiente y voluptuoso, como inspirado por el diablo.

Y soñaba con sus amores sin objeto, y se abrazaba en ellos, y como no veía á nadie, porque su padre la tenía casi emparedada, un día en que el delirio de su amor de virgen era más intenso, evocó al diablo.

El diablo se la presentó en la figura de Abraham.

Abraham era muy hermoso, y Leila se enamoró de él.

Y fué á arrojarle en sus brazos.

Pero como el diablo era un espíritu, se le huyó.

—¿Por qué huyes de mí, luz de mis ojos, alegría de mi alma, agua fresca y cristalina de mi sed?—dijo llorando Leila-Fatimah.

El diablo, que se había propuesto representar á Abraham, le dijo:

—Yo no puedo ser tuyo mientras viva tu padre.

—¿Y por qué?

—Parque entre estas paredes desfallezco, me ahogo; yo no puedo darte mi amor sino en medio de los jardines, á la luz de la luna, libres tú y yo como los pájaros que vuelan de una enramada á otra enramada.

(1) Noche hermosa.

—¿Y quién eres tú?

—Yo soy un discípulo de tu padre, médico como él, y como él sabio. Yo no puedo ser tuyo, porque como tu padre te guarda, me he valido de la ciencia para meterme en tus habitaciones convertido en un soplo de aire por las rendijas de las puertas, y me he dejado el cuerpo fuera.

—Pero yo te veo; veo tus ojos, veo tu boca que me sonríe.

—Sí, sí, eso es verdad; es que mi espíritu toma la apariencia de mi cuerpo; pero para que te convenzas, llega á mí, y á seme si puedes.

Leila-Fatimah se dirigió al diablo, disfrazado con la figura de Abraham; y aunque el diablo no huyó, sólo cogió Leila aire.

—¿Y cómo te llamas?—dijo jadeante de deseo la hermosísima doncella.

—Abraham.

—¿Y vives en la casa de mi padre?

—Sí.

—¡Oh! pues yo haré que mi padre abra las puertas de mis habitaciones para que pueda entrar tu cuerpo.

—Tu padre no consentirá, porque te guarda para el califa de Damasco.

—¡Para el califa, que será un señor muy serio y muy déspota, que me tratará como una esclava!—dijo Leila-Fatimah; no, yo te amo á ti, y sólo seré tuya: mi padre me ama, y no me negará ser tu esposa.

—Tú no serás mi esposa mientras tu padre viva.

—Mi padre me ama.

—Tu padre ama más al oro, y espera que el califa le pague espléndidamente tu hermosura.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Leila-Fatimah, en cuyos ojos apareció una expresión terrible—: pues si eso es verdad, mi padre no me venderá al califa. Yo soy sabia, más sabia que él, ¡oh! ¡oh! mi padre no me venderá al califa, y tú serás mío, yo te lo juro.

—Ya eres mujer y hermosa, y dentro de tres días tu padre te meterá en un palanquín y te llevará á Damasco.

—No me llevará.

—Lo veremos; tu padre se acerca, y yo me voy; quédate en paz.

Y el diablo se desvaneció como humo.

Leila-Fatimah se quedó desesperada.

Poco después sonaron llaves y cerrojos y puertas, y el severo médico entró en el retrete

donde acurrucada en un diván estaba su hija llorando.

Al verla el médico pálida y desolada se aterró.

—¿Qué te contrista, alegría de mi vida, esperanza de mis canas?—dijo el médico.

—Amo á un hombre, buen padre mío—dijo Leila fijando en él sus hermosos ojos negros llenos de lágrimas.

El médico, á pesar de sus años, dió un salto.

—¡Qué amas!... ¡qué amas á un hombre!—exclamó templándole la barba de miedo y de cólera.—Mas ¿cuándo has visto á un hombre?

—Yo amo á tu discípulo Abraham.

—Pero ¿dónde has visto tú á mi discípulo?—exclamó en el colmo de su cólera el médico.

—Yo le amo, y quiero ser su esposa—contestó Leila-Fatimah llorando como un niño voluntarioso.

—Tú no has nacido para ese perro judío—exclamó completamente fuera de sí el médico.

—Yo le amo y le quiero—repitió Leila, llorando más fuerte.

—Pero, ¿cómo, cuándo, dónde le has visto?

Leila no quiso decir la verdad á su padre, porque amaba á Abraham, y no quería exponerle á la cólera del viejo.

—Yo soy sabia, padre: un día mi corazón se abrasaba en un fuego dulce y desconocido: tenía sed en el alma. Entonces evoqué á un genio, y le dije:

—¿Por qué mi sueño es fatigoso? ¿por qué lloro sin causa? ¿por qué mi corazón se estremece, y mi alma está triste?

—Tú amas—me dijo el genio—: has llegado á la edad en que el corazón de una virgen se abre como el capullo de una rosa para recibir el rocío de la mañana.

El médico se desesperó, porque no había contado con la naturaleza, que habla al alma de las niñas aunque se las guarde en el fondo de un pozo.

Porque el amor nace con ellas, y llega un día en que habla, y seduce y enloquece.

Y se arrepintió de haberla hecho sabia.

Pero quiso saber hasta el fin todo el secreto de los vírgenes amores de su hija.

—¿Y dónde has visto á Abraham?—la dijo.

—¡Soy sabia!—dijo con énfasis Leila.

—¡Ah! has buscado un hombre, y ha venido á ti la imagen del que tenías más cerca: pues bien, yo apartaré de ti ese peligro.

—Sí le apartaras de mí moriremos, padre— dijo con acento solemne Leila.

—¡Qué moriremos!—exclamó con espanto el médico.

—Sí, porque yo moriré sin su amor, y el remordimiento de haber causado mi muerte, te matará.

Leila invirtiendo su pensamiento se había sentenciado.

Un terror vago llenó de un frío apenador el alma del médico, y huyó encerrando de nuevo á su hija,

Procuró dominarse, sin embargo, y llamó á Abraham, y sin decirle la causa de su resolución le despidió.

Abraham, pues, que nada sabía, tomó la bolsa que le dió su maestro, el médico, montó en el asno, y se alejó de la casa.

XV

Apenas había pasado una luna desde que Abraham había salido de la casa de su maestro, de su segundo padre, cuando una noche llamaron á grandes golpes á la puerta de su casa.

Abrió, y vió á uno de los esclavos del médico.

—Mi señor se muere—dijo el negro—; se muere de una enfermedad desconocida, le han visto todos los médicos de Alejandría, y ninguno ha podido descubrir la causa de su mal; tú eres el único que no le ha visitado; ven.

—¡Qué mi padre, mi buen anciano padre se muere!—exclamó todo asustado y trémulo el buen Abraham.

Se echó sobre los hombros su capellar, y sin toca, para no detenerse, siguió á la carrera al esclavo negro.

Cuando llegó á casa del padre de Leila, le encontró delirando.

El viejo no le conoció.

Algunos médicos estaban alrededor de su lecho.

—Esta es una lámpara que se apaga—dijo llorando Abraham—: pero yo no sé qué aceite pueda reanimarla.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni yo—dijeron los otros médicos.

Revolvieron los autores más graves que tenía entre sus buenos libros el difunto, y en ninguno se encontró ni la más leve noticia ni la más

leve indicación de la enfermedad misteriosa que mataba al viejo.

Y su vida se acababa, se acababa.

Y los médicos, profundamente contrariados porque se veían en aquel momento ignorantes, miraban con cólera los progresos del mal, que se les reía en sus barbas, acabando de un manera rápida, segura, y cada vez más creciente, con el enfermo.

Al fin el viejo dió una gran voz pronunciando el nombre de su hija en acento amenazador, como si la hubiera emplazado ante la justicia del Altísimo, y expiró.

En aquellos momentos, el diablo, que estaba delante de Leila-Fatimah bajo la figura de Abraham, dijo á la infame virgen parricida:

—He cumplido tu voluntad; tu padre no te venderá al califa de Damasco, porque tu padre ha muerto.

Y la maldita parricida se levantó de sobre su diván, y exclamó:

—Al fin soy libre como las aves de la selva y el aire del firmamento y la luz del sol; soy sabia, y buscaré á mi amado y me uniré á él.

Al mismo tiempo, los médicos, uno tras otro, contrariados y cabizbajos, salieron de la casa.

Sólo se quedó en ella Abraham, pálido, consternado y lloroso, velando los restos de su maestro.

XVI

Al fin, el kalf y los ministros de justicia fueron á la casa y mandaron sacar el cadáver y sepultarle.

Abraham se fué con la túnica rasgada, descalzo y con la cabeza baja en señal de luto, tras el féretro de su maestro.

Cuando le enterraron, aún quedó en el cementerio sentado sobre el montecillo de tierra removida de su sepultura.

XVII

Entre tanto, el kadí recorría la casa del difunto y hacía inventario de sus riquezas.

Porque el médico, cuyo único pecado era la avaricia, había amontonado inmensos tesoros.

Encontraron ánforas llenas las unas de oro acuñado, las otras de perlas, las otras de diamantes, y de piedras inestimables otras muchas.

Todo esto lo habían encontrado en un sótano tapiado.

De buena gana el kadí se hubiera quedado con todo aquello, porque el difunto había disimulado de tal modo por avaricia su riqueza, que todos le creían pobre.

Pero iban con él muchos ministros de justicia, y los dos esclavos negros y la esclava cocinera del médico, y se vió obligado á ser justo y recto, y á hacer un fiel inventario.

—¡Gran herencia encuentra aquí el califa!— dijo el kadí que creía que el médico había muerto sin herederos.

—Te engañas—dijo uno de los esclavos—, porque nuestro señor tiene una hija.

—Lo ignoraba—dijo el kadí con alegría, porque, traían los de un heredero mujer, creyó que le sería fácil abusar de su ignorancia y quedarse con parte de la herencia.

—Nada tiene de extraño que no lo supieras—dijo la esclava—, porque mi señora es muy hermosa, y su padre la recataba mucho y la tenía siempre encerrada, de modo que ningún hombre la ha visto, ni ella ha visto a ningún hombre.

—¡Ah, ah! He ahí una buena crianza—dijo el kadí.—Vuestro amo era un varón sabio y justo y temeroso de Dios, y no hacía como esos padres que dejan ver á todos la hermosura de sus hijas y comercian con su impureza. Y en verdad, en verdad—añadió el kadí, que examinaba unos pergaminos del difunto—, he aquí una escritura en que vuestro amo declara que tiene una hija llamada Leila-Fatimah (hermoso nombre), y declara para en el caso de que le sorprenda la muerte, que no tiene otro hijo, y que esa doncella es la heredera de todas sus riquezas. ¿Quién había de creer que vuestro señor era tan rico, y que tenía por hija una tal joya?

Y el kadí se hizo conducir á las habitaciones de Leila-Fatimah, á la que encontró durmiendo apaciblemente ó fingiendo que dormía.

Sus esclavas doncellas que la servían, tan emparedadas como ella, la despertaron, y Leila salió soñolienta y admirada á recibir al kadí.

Al saber que su padre había muerto, Leila fingió la mayor desesperación, se mesó los cabellos, se rasgó los vestidos y maldijo la hora en que nació para ver morir á su padre.

Satanás, escondido en un rincón del retrete, se reía, enseñando sus negros colmillos, del fingido dolor de Leila-Fatimah

Entrejóla el kadí las riquezas de su padre, la

saludó con las frases más pomposas, la deseó fecundos consuelos, y llamándose su esclavo, salió de la casa con sus gentes.

Leila-Fatimah, pretextando que quería quedarse enteramente sola para llorar á su padre y dejarse acabar por el sentimiento, dió á cada uno de sus esclavos la libertad y algunas monedas de oro, y los despidió.

Los esclavos salieron de la casa como los pájaros á quienes una mano compasiva abre la jaula donde han estado encerrados largo tiempo, y bendijeron la muerte del viejo médico, que aunque los había tratado bien, porque no era malo, los había tenido largos años enflaquecidos y hambrientos, porque era avaro.

Leila se quedó en su casa enteramente sola.

Entonces, valiéndose de su ciencia mágica, evocó al diablo.

—Aquí estoy, señora mía—dijo satánás presentándose, como siempre, bajo la figura de Abraham—, ¿qué me queréis?

Leila fué á arrojarse entre sus brazos; pero el diablo se le huyó.

—¿Por qué no ha entrado hasta mí tu cuerpo con tu alma?—dijo la enamorada joven.—¿No están abiertas mis puertas?

—Yo no tengo cuerpo—dijo el diablo.

—¿Pues quién eres tú?—dijo asombrada Leila-Fatimah.

—¿No te lo dice tu ciencia?

Leila se reconcentró, miró fijamente al diablo, y exclamó:

—¡Ah, tú eres Satanás!

—Al fin me has mirado con los ojos de la ciencia y no con los del corazón, y me has reconocido.

—¿Y Abraham?—dijo Leila.

—Está llorando sobre la sepultura de tu padre.

—¿Y no piensa en mí?

—Abraham no te conoce.

—¿Pues no ha hablado su espíritu conmigo?

—He sido yo que he tomado su figura.

—¿Y no me amará Abraham?

—Sí, si tú quieres.

—Quiero presentarme á él como una hada.

—Hazlo, eres sabia.

—No puedo; yo soy sabia para hechizar, para enamorar, para matar; conozco el lenguaje de las estrellas, puedo obligarlas á que me digan lo que ha de suceder; pero no puedo trasladarme con el pensamiento á donde mejor quiera;

no puedo transformarme, no puedo construir en un momento un palacio, y yo le quisiera hacer.

—Entre las joyas que ha dejado tu padre hay un poderoso talismán.

—¿Y qué talismán es ese?

—Un abanico de oro, perlas y plumas. Búscalo.

Leila fué al lugar donde estaba el tesoro que su padre había amontonado, y después de revolver mucho encontró un precioso abanico formado de plumas de los más raros colores y como no había visto ninguno de ninguna ave Leila; su mango era de oro con cercos de perlas, de diamantes y de rubíes, y éste sujeto por una cadena de oro á un brazalete que se cerraba con un pequeña llave hecha de una esmeralda, pendiente del brazalete, que deslumbraba con la riqueza de sus piedras, por una sutil cadena.

—Tu padre prestó á un wazir muchos miles de doblas sobre ese abanico; el wazir se obligó á pagarle el préstamo en un tiempo dado, transcurrido el cual, el abanico sería de tu padre.

El wazir había robado su abanico del tesoro del califa, donde estaba de padres á hijos, desde que un ángel dió de parte de Dios ese talismán á Fatimah la Santa, madre del Profeta.

Las plumas son de aves del Paraíso, y el oro y las piedras, cogidas en los valles del Edén.

Un arcángel le fabricó, y Dios le dió la virtud que tiene.

El califa no sólo no sabía la virtud de este talismán, sino que ni tampoco conocía su poder. El wazir, creyéndole simplemente una alhaja de precio incomparable, le empeñó á tu padre, porque, como le había robado al califa, no quería tenerlo en su poder.

—Tu padre le guardó entre sus tesoros, sin saber tampoco cuanta era su virtud.

—Pero yo que te he dado el filtro que ha apagado la vida de tu padre, te doy tambien ese talismán.

—¿Y cual es su virtud?—dijo Leila.

—No te lo diré si no me lo pagas.

—Ya te he dado mi alma por la vida de mi padre.

—Dame las almas de tus hijos.

—¡Oh! eso no.

—Pues bien, Abraham no te amará.

—Y si te doy mi descendencia...

—Abraham será tuyo.

—Pues te la doy.

—Firma aquí—dijo el diablo poniendo un

pergamino escrito con fuego delante de los ojos de Leila-Fatimah—; firma con tu sangre.

Leila se arrancó un alfiler de oro de su peinado, y se rasgó un dedo.

Corrió la sangre, y con ella firmó la joven el escrito que el diablo le había presentado, y que era una escritura solemne, por la cual Leila cedía su descendencia al espíritu de las tinieblas.

—Dime ahora la virtud de ese talismán.

—Tiene muchas: en primer lugar, á ese talismán obedece un genio.

—¿Y cómo he de hacerle aparecer?

—Cuando quieras hablarle, ponle el abanico primero sobre el corazón, luego sobre los ojos, y últimamente sobre la cabeza. Luego di por tres veces: genio esclavo del abanico de Fatimah la Santa, ven.

Leila estaba impaciente por conocer la virtud del talismán, é hizo lo que el diablo le había dicho.

Inmediatamente la habitación en que la joven estaba se llenó de un humo rojo y denso, que se fue haciendo más denso, hasta que se convirtió en una nubecilla; luego la nubecilla cayó al suelo, se prolongó, se adelgazó, tomó formas, y apareció un hombrecillo, tal y tan diminuto como el dedo índice de Leila, que era muy pequenito.

Aquel hombrecillo saltó del suelo y se asió al broche del seno de Leila, y la miró con unos ojillos recucientes y negros como los de un pequeño ratón.

Era de color cobrizo, con la nariz larga, el rostro largo y la barba puntiaguda; tenía puesto un gorro dorado, y el diminuto cuerpo, vestido con un sayo dorado; en la mano tenía una vara delgada y larga como una fina aguja, y en la punta de la vara un cascabel que sonaba, sonaba sin cesar; y el geniecillo se reía mirando á Leila-Fatimah.

Leila se desaferró del broche de diamantes de su seno, y al genio le puso sobre la palma de su mano.

—¿Qué quieres?—la dijo el genio haciéndola un mohán y dando una calióla y con una voceta como la de un pajarito.

—Quiero un palacio más rico que el del sultán de la India.

Inmediatamente Leila se encontró en un magnífico y resplandeciente acazár, dentro de un pabellón desde el cual y entre columnas de resplandecientes mármoles, se veían torres y

muros dorados, y más allá de los muros, jardines y lagos y horizontes azules.

El diablo había desaparecido.

El alcázar era sonoro.

Parecía exhalar de sí una música deliciosa que convidaba al sueño.

Anchos y blandos divanes ofrecían reposo.

Fuentes de aguas olorosas refrescaban y embalsamaban el ambiente.

Todo aquello era magnífico.

—Quiero que venga aquí el tesoro de mi padre—añadió Leila.

Anforas, cofres y sacos aparecieron en el centro del retrete.

—Quiero que guarde ese tesoro un arca de hierro pulimentado como un espejo, bellamente labrado, y que sólo se abra cuando le toque yo.

Cubrió el tesoro una magnífica arca que deslumbraba por su brillantez, cerrada con siete candados y cubierta de peregrinas labores.

Leila llegó al arca, y al tocarla, se abrió.

Cada parte del tesoro estaba en un compartimiento separado: aquí las perlas, acullá las piedras, cada una según su género, y las monedas de oro y plata, cada una según su valor.

—Quiero un bruñido espejo de plata—dijo Leila después de haber cerrado el arca, y trasladándose á otra magnífica habitación.

Apareció un espejo gigantesco de resplandeciente plata, en que se reprodujo enteramente la hermosa figura de la joven.

—Quiero parecer más niña—dijo Leila.

—¿Más niña?—exclamó el genio—; eso no puede ser; aún no has cumplido los quince años y tu juventud es fuerte, rica, incomparable como el primer verdor de la primavera.

—Quiero parecer más niña y ser más mujer—dijo Leila.

Y entonces pareció como que su semblante resplandecía, como que sus ojos deslumbraban, como que sus cabellos se hacían más finos y más pesados y más bellos sus rizos y más negros; y se levantó su estatura, y se alzó su seno y sus brazos, y su cuello y las demás partes de su cuerpo se volvieron tales como sólo Dios puede imaginar para hacer un ángel mujer.

Y Leila Fatimah, se veía desnuda en el espejo, y sonreía orgullosa á aquella nueva hermosura que no había desfigurado ni una sola de sus formas, porque Dios había ya criado á Leila demasiado hermosa.

—Quiero que se peinen mis cabellos y se adornen de joyas—dijo Leila.

—Me estás convirtiendo en tu esclava—dijo el genio.

—Lo quiero.

Los hermosos cabellos de Leila se trenzaron, rodearon su cabeza, cayeron en rizos y en lazos junto á sus mejillas, y sobre sus hombros y sobre su seno, y entre ellos brillaban racimos de perlas y de diamantes y de rubíes y de corales, formando alrededor de su cabeza una como corona de hojas de vid con fruto.

—Quiero un hermoso collar para mi garganta y unas hermosas arracadas para mis orejas, y brazaletes y ajorcas para mis brazos y mis piernas.

El genio cumplió la voluntad de Leila

Y no parecía sino que aquellas joyas habían sido buscadas á propósito para realzar la blancura y la belleza de la joven.

—Quiero un ceñidor interior para mi cintura que defienda mi pureza y me haga invulnerable y fuerte, capaz de vencer á uno, á diez, á un cuento de caballeros armados.

—Te basta para eso con tu hermosura y con tus ojos, sultana—dijo el genio.—¡Qué hermosa eres, señora mía! ¡Qué hermosa! Yo te amo.

—¡Ah, ah, ah!—dijo riendo la joven, ¿y cómo harías tú para satisfacer tu amor?

El genio saltó de la mano al redondo y blanquísimo hombro de Leila, y la mordió en su incomparable cuello.

Leila dió un grito agudo, se puso de repente pálida como si no la hubiese quedado una sola gota de sangre en las venas, pero aquella palidez aumentó su hermosura.

Leila se sintió desfallecer.

Un fuego ardiente, el tuego de un volcán, llenaba sus venas y las consumía.

Su vida se había multiplicado.

El resplandor de su hermosura se había hecho irresistible.

—Vuelve á mi mano, maldito—exclama Leila.

—¡Oh! ¡qué hermosa, qué hermosa eres, sultana mía!—exclamó el genio volviendo de nuevo á la mano de la joven.—Tú no sabías el peligro que corrías conmigo, ¿no es verdad?—dijo el genio.—Pero ya no tiene remedio; tú tendrás siempre una sed inextinguible de amor, sufrirás eternamente el infierno de tu pecado, y amarás como no ha amado otra mujer sobre la tierra.

—¿Y no veré satisfecho mi amor?

—Tú serás muy feliz durante algunos años; pero qué serán esos años?, un instante, menos que un instante en la eternidad; Satanás ha sido muy cruel contigo, porque tú has sido muy cruel con tu padre.

—¿Quién se acuerda ahora de aquel viejo avaro que me tenía emparedada?

—Dices bien, ¿á qué acordarse de eso?; tu padre duerme tranquilo en la tumba.

—Quiero ver á mi adorado—dijo Leila dejándose caer sobre un diván.

—¿Y vas á recibirle así?; es virtuoso y casto, y tu desnudez le sonrojaría.

—Visteme de túnicas de luz—dijo Leila.

Inmediatamente lucientes y finísimas túnicas cubrieron á la joven.

Leila entonces parecía un astro caído del firmamento.

Pero sus resplandores no ofendían á la vista.

—Quiero ver a mi amado, ¿dónde está?

—Llorando sobre la tumba de tu padre.

—Que se sequen sus lágrimas, y que sienta mi amor en su corazón.

—Ya no llora, y se estremece dulcemente halagado por un fuego desconocido,

—Ahora llévame con mi palacio á Damasco.

—Mira por aquella ventana: ¿que ves?

—Veo fuertes torres á la luz de la luna—dijo Leila.

—Aquel es el alcázar del califa.

—Veó á los pies de la altura donde está ese alcázar una ciudad cubierta por la sombra.

—Esa ciudad es Damasco. ¿Qué más quieres?

—Quiero que al despertar mañana, el califa vea mi resplandeciente palacio; que lo vean desde la ciudad, y que vean esclavos en sus pórticos, y que dentro haya bailarinas que me alegren, y doncellas que me sirvan, y músicos que me recreen.

—Mira—dijo el genio—: ¿ves allá entre las quebraduras de una distante sierra una lucecita?

—Sí.

—¿Sabes dónde arde esa lucecita?

—No.

—Voy á mostrártelo.

Leila se encontró en una cabaña miserable; en ella un anciano y un joven lloraban desconsoladamente junto á una mujer joven y hermosa, pero enferma y enflaquecida, que moría.

—¿Y á que me has traído aquí?—dijo Leila.

—Escucha, esas pobres gentes son labradores.

—¿Y qué me importa?

—Escucha: los años anteriores han sido malos; no sólo no han podido esos infelices pagar su tributo al califa, sino que se han privado de lo más necesario; hace quince días que los encargados de cobrar las contribuciones del califa fueron á esa choza, y a pesar de las lágrimas de esa familia, se llevaron los dos jumentillos con que araban sus tierras, su cabra, sus semillas y hasta su lecho; esa familia hace quince días que está hambrienta; el padre y el hijo se han sustentado con hierbas y raíces; pero la pobre Haraxa no ha podido resistir, y muere entre los brazos de su padre y de su esposo. Invocan á Dios, ¿no los oyes? tú tienes poder, dime: levanta del suelo á esa mujer, y la levanto; dales pan y medios de vivir y de ser felices, y se lo doy; ¿no ves lo que pende del pecho de esa desgraciada?: un niño que procura amamantarse del pecho exhausto, y no puede.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—dijo con dureza Leila; yo me abraso de amor. Llévame á mi alcázar.

—Héte en él; pero no tienes caridad: Dios que hizo ese talismán de que soy esclavo, le construyó para la santa madre de su Enviado; ¡oh, y cuán diferente uso hacía en su poder aquella alma noble!

—Calla.

—Un memento, señora mfa: lo que tú no has querido hacer con esa pobre familia, lo ha hecho Dios; los había castigado porque la prosperidad los había hecho un tanto soberbios; los había reducido á esa cabaña, á esa desdicha. Pero han invocado con fe á Dios: eran buenos, y Dios les ha envido un ángel en figura de peregrino.

Con el ángel ha entrado la providencia de Dios en la cabaña.

Han tenido alimento, y el ángel les ha dejado al partir un saco lleno de oro.

—Haz que venga naturalmente atraído á mí, mi adorado Abraham—dijo Leila.

—Tú no tienes caridad. Helo aquí que viene.

—Vete—dijo Leila.

El genio saltó de la mano al suelo, y desapareció como había aparecido, desvaneciéndose en humo.

XVIII

—¿Sebes, hermana culebra, que tu cuento me está maravillando?—dijo el lagarto.—¿Crees tú que eso puede haber sucedido?

—Eso y mucho mas puede hacer Dios, que es todopoderoso, hermano lagarto.

—Sí, sí, pero esa mujer endemoniada...

—Dios la castigaba con sus mismas pasiones. Cuando el alma de Abraham, que está allá abajo penando donde tú no te has atrevido á bajar, me contaba esto, la desdichada alma se estremecía.

—Sigue, hermana culhira, sigue; tengo impaciencia por saber el fin del cuento.

—Pues escucha, hermano lagarto, y aprende y escarmienta.

—Yo, hermano ruiseñor—añadió la golondrina—escuchaba sin dormirme, aunque estaba muy cansada.

—Como te escucho yo, amiga golondrina—dijo el ruiseñor—y como te escucha esa maldita Asenéth, que, como Leila Fatimah, quiere matar á su padre por gozar sus amores.

—¡Oh!—exclamó Asenéth—pájaros habladores, seguid, seguid vuestro cuento de los amores de la maga con el judío Abraham, mi abuelo.

La golondrina calló un momento como quien recuerda, y luego continuó:

FIN DEL TOMO SEGUNDO

Leyendas de la Alhambra.

LEYENDA SEXTA

La Torre de los Siete Suelos

CUYO FINAL SIRVE DE EPILOGO Á LAS DOS
ANTERIORES

(Continuación)

XIX

La culebra siguió diciendo á su amigo el lagarto:

—Entre tanto, el buen Abraham, que había dejado de llorar de repente, y se había sentido inflamar por un fuego dulce y desconocido, olvidó enteramente á su protector, y saliendo del cementerio, montó en su asno, y se volvió hacia un lugar donde le llamaba una fuerza misteriosa que le atraía, le atraía, sin que fuese poderoso á contrarrestarla, y sin saber á dónde.

Y el asno andaba con la velocidad del Borac (r), y la tierra que se quedaba rápidamente atrás, y parecía un río que huía.

Y antes de amanecer, Abraham se encontró no lejos de una populosa ciudad y á la puerta de un jardín deleitoso.

En medio del extensísimo jardín había un palacio resplandeciente que arrojaba sobre el jardín y sobre los montes una luz diáfana, más diáfana que la de la aurora.

El asno se detuvo en la puerta del jardín, levantó la cabeza, abrió sus narices al viento, y rebuznó.

En el momento se abrió la puerta del jardín, y aparecieron muchos esclavos negros.

—¿Eres tú—dijeron—el sabio medico á quien nuestra señora espera?

—Y ¿quién es vuestra señora? Yo, al ver la

hermosura de estos sitios y los resplandores de aquel palacio, había creído que Dios el Misericordioso me mostraba su jardín de Hiram.

—Estos no son los jardines de Hiram, sino los de nuestra señora, que está enferma y te espera.

—¿Es acaso la sultana de este imperio vuestra señora?

—Nuestra señora es la poderosa maga Leila-Fatimah.

Al oír la palabra maga, Abraham invocó á Dios; y le invocó tan de corazón, que fueron inútiles para con él en aquel momento los hechizos de Leila-Fatimah.

Revolvió su asno, y escapó á cuanto correr pudo el asno por la campiña.

El cuadrúpedo tomó por una senda, y al fin de ella se paró delante de un humilde edificio.

—¡Loado sea Dios, que me trae á su santa casa!—dijo Abraham.

En efecto, el asno se había detenido en una pequeña mezquita, donde hacía penitencia un hombre de Dios, un santo morabito.

Abraham descabalgó de su asno, y entró en la mezquita.

El morabito estaba prosternado delante del mirab.

Prosternose también Abraham, y oró.

Cuando se levantó vió delante de sí al morabito, que era un anciano de barba blanca.

—¿Qué buscas ante Dios?—dijo el morabito.

—La tentación me ha acometido, hermano—dijo Abraham—cuando oraba esta noche sobre la sepultura de mi padre.

—Dios sólo es veraz, y Satanás es pérfido; llenos de lazos tendidos por el demonio está el camino de la vida: dichosos los que, como tú, acuden en sus tribulaciones á Dios.

—Es que me siento vacilar, hermano mío.

—¿Qué te dice el diablo?

(r) Cuadrúpedo maravilloso y alado en que, según dicen las leyendas musulmanas, hizo Mahoma una excursión al Paraíso.

- Ha llenado de amor mi corazón.
 —Amar puede el hombre, para él ha nacido la mujer.
 —Pero mi amor es ardiente, desenfrenado.
 —Recorre á la penitencia.
 —Mi corazón vacila.
 —Véncele.
 —¿Querías consultar la voluntad de Dios en las estrellas, hermano?
 —Las consultaré por tu amor, porque te veo lleno de tribulación.
 —Dios te lo pagará.
 —Quédate entre tanto conmigo, bajo el amparo de la casa de Dios.

XX

Entre tanto, Leila se paseaba furiosa por el magnífico alcázar, viendo que Abraham se le huía.

Consultaba al genio esclavo del abanico de Fatimah la Santa, y el genio se le reía diciéndole que no podía nada contra Dios.

—Pero Abraham saldrá alguna vez de la mezquita—decía la enamorada maga.

—Cuando salga te prometo traértelo. Entre tanto, y para que te diviertas, te voy á traer al califa que se ha asombrado al ver levantarse desde sus miradores este magnífico alcázar que yo he construido para ti.

En efecto, el califa al ver aquellas altas torres y aquellos magníficos jardines que el día anterior no existían delante de su palacio, afrentándole con su hermosura, llamó á los sabios y les dijo:

—¿Qué alcázar es aquél resplandeciente que se levanta sobre un monte donde ayer era un llano cubierto de viñas?

Los sabios miraron y se restregaron los ojos, porque dudaban.

Y del mismo modo las gentes de Damasco se asomaban á los terrados de sus casas, maravillados de aquello.

Y los sabios dijeron al califa:

—Artes mágicas debe haber en esto; porque ni los hombres pueden hacer una obra tan grande en tan poco tiempo, ni el más sabio trabajando toda su vida podría idear una obra tan magnífica.

El califa envió á su wazir para que se informara de aquello.

El wazir volvió asombrado y enloquecido.

—No vayas, señor—le dijo—, á ese alcázar,

porque en él encontrarás una mujer tal y tan hermosa, que perderás tu alma.

Esto mismo incitó con más fuerza al califa para ver aquella peregrina hermosura que, como una perla en su concha, se escondía en una obra tan magnífica.

Hízose preceder por sus esclavos, montó en un caballo blanco, y precedido de su corte se encaminó al alcázar misterioso.

XXI

—He aquí que el califa de Oriente se acerca—dijo el geniecillo á Leila—Fatimah. Mira si quieres ser sultana.

—Por Abraham maté á mi padre, y sólo de Abraham seré—dijo la virgen maldita.

—¿Pero no recibirás al califa?

—Sí, le recibiré, y le enloqueceré para que me sirva.

—Pues ya se acerca.

—Vete, pues.

Poco después, un esclavo eunuco tocaba con una varita de oro á la puerta del retrete de la joven.

Levantóse ésta del diván, abrió la puerta, y al verla tan resplandeciente y tan hermosa, el califa se prosternó.

—Levántate, Walid, emir de los creyentes—dijo Leila—; y no te prosternes ante tu esclava.

Y alzó al sultán.

Luego cerró la puerta y se quedó sola con él.

Walid, que aún era mancebo, desfallecía de amor.

Leila le hizo sentarse en el diván, y se sentó junto á él.

—Cara y dichosa ha sido el alba en que has aparecido junto á Damasco, cabeza de mi imperio, sultana de las huries—dijo el califa.—¿Por qué has venido á alegrar esta tierra con tu hermosura?

—Venía á buscarte, señor.

—¿A buscarme? ¿Será acaso que Dios se ha propuesto premiarme por mi fe y por mis victorias contra los infieles, y me envía un pedazo de su paraíso, y con él un arcángel del séptimo cielo?

—Dios me envía á salvarte, señor.

—¿A salvarme dándome tu amor?

—Mi amor no puede ser de los hombres de la tierra.

Walid se prosternó.

—¡Oh poderoso genio!—exclamó—: ¿por qué

te han visto mis ojos si no ha de ser mía tu hermosura?

—No pienses en el amor, cuando Dios me envía á salvar tu imperio.

—¿A salvar mi imperio?

—Si los hijos de Abbas despliegan en silencio la sangrienta bandera contra los hijos de Omeya, ¡ay de ti y ay de los tuyos, si yo por mandato de Dios no te revelase la traición que se acerca á ti en silencio!

—¡Habla, poderoso genio!—dijo Walid aterrado por aquella obscura profecía.

—Ven acá—dijo Leila llevándole á un mirador—; ¿ves aquella mezquita en el valle, junto á la vertiente de la montaña?

—Allí mora un santo.

—Allí mora la traición.

—¿La traición dices?

—Sí; en aquella mezquita se oculta un sabio médico llamado Abraham, que viene á alentar á los partidarios de Abul-Abbas.

—Y ¿qué he de hacer, poderoso genio?

—Escucha: cuando medie la noche rodearás tú mismo con tus gentes aquella mezquita.

—Lo haré.

—Sacarás fuera al morabitho y al hebreo Abraham.

—Lo haré.

—Después te llevarás á esos dos traidores á la alcazaba, y los encerrarás en una mazmorra.

—Sí; y luego?

—Luego... mira... primero crucificarás al morabitho.

—¿Y después?

—Después cortarás por ti mismo la cabeza, y á solas con él, encerrado en su mazmorra, al hebreo Abraham.

—¿Y habré salvado mi corona?

—Tu corona, tu familia y tus parciales.

—Y después, ¿no me amarás tú?

—Consiste eso en la voluntad de Dios.

—¡Oh! yo serviré de tal modo á Dios, que Dios me recompensará dándome tu amor.

—Sí, yo te amo...—dijo lánguidamente Leila.

—¡Ah! ¡sol ardiente de mi alma!—exclamó Walid.

—Pero no te daré mi amor hasta que hayas exterminado á los traidores y á los impíos.

—¡Oh! pues los exterminaré.

Y el califa y Leila siguieron hablando familiarmente hasta la caída de la tarde.

Walid cada vez más enamorado; Leila cada vez más traidora con él.

Pero, á pesar de su amor, Walid se sentía dominado, sujeto por un poder invencible.

Y era que protegía la pureza de Leila el círculo mágico que rodeaba su cintura.

El califa salió del alcázar de Leila al empezar la noche, afirmándola que haría pedazos á los traidores y que volvería al día siguiente.

Cuando el califa salió, Leila-Fatimah se puso el abanico sobre el corazón, sobre los ojos y sobre la cabeza, y llamó al genio.

El genio acudió.

—El califa sacará á la media noche á Abraham de la casa de Dios—le dijo—; prepárate á hacerle venir.

—¿Y vendrá?

—Vendrá.

—Ahora prepárame mi aposento nupcial, y aumenta mis galas y mi hermosura.

El geniecillo, al escuchar aquel mandato, soltó una carcajada tal y tan siniestra, que aterró á Leila.

—¿Por qué te ríes?—dijo la maga.

—Me río por la locura de tu amor—contestó el genio—; pero ya he hecho tu cámara nupcial, y he aumentado tu hermosura y tus galas; ven á ver mi obra y á mirar tu belleza.

Y ella fué á examinar aquel nuevo milagro del genio.

XXII

Llegaba la media noche.

El anciano morabitho de la mezquita del valle consultaba tristemente las estrellas.

Junto á él estaba Abraham.

—El espíritu del mal te persigue—dijo el morabitho al hebreo.

—¿Y cómo podré conjurarle?—dijo éste.

—La muerte se acerca; si la arrostras sin temblar serás salvado; pero si no, caerás en poder de Satanás, y te perderás.

—¿Y no hablan más claro las estrellas?

—Las estrellas hablan siempre misteriosamente; pues te avisan de un peligro y te dan el medio de conjurarlo; ese medio es morir con el valor de un mártir sin estremecerte ante la muerte.

—Voy á orar—dijo Abraham—, para que Dios me dé su fortaleza.

—Oremos juntos, hermano—dijo el morabitho—, porque la hora de la tribulación se acerca para los dos.

Y entraron en la mezquita, y entrambos se prosternaron ante el mirab.

XXIII

Poco tiempo después llamaron á la puerta.

—He ahí la muerte—dijo el morabitho.

—Abrid al califa magnífico y vencedor—dijo fuera una voz robusta.

—El momento ha llegado—dijo el morabitho á Abraham—; valor y fe en Dios, y dentro de poco tiempo nos encontraremos juntos en el paraíso.

—Moriré como un mártir—dijo Abraham—; ve y abre al califa, hermano.

El morabitho abrió.

Walid se arrojó frenético dentro de la mezquita, y dijo á los esclavos que le seguían:

—¡Apoderaos de esos dos traidores, y cargadlos de cadenas!

—Abraham y el morabitho fueron conducidos á la alcazaba del califa, y arrojados en profundas mazmorras.

Abraham, sin temor, estuvo orando á Dios.

Sentía, sin embargo, en su alma un combate rudo que no era terror á la muerte.

Parecía que una voz poderosa le llamaba, y que una fuerza irresistible tiraba de él.

Era que Leila, viéndole fuera de la casa de Dios, donde únicamente estaba protegido por sus encantos, compelia al genio á que le trajese á sí.

Pero Abraham tenía fijo el pensamiento en Dios, no le había asaltado el temor de la muerte, y Dios le amparaba.

Pero de repente se oyeron gemidos de agonía.

Gemidos horribles.

Y junto á los gemidos, gritos y risas de verdugos.

Era que crucificaban al morabitho.

Al oír aquellos lastimosos gemidos, Abraham dejó de orar.

Un terror vago empezó á apoderarse de él.

De repente se abrió la puerta de la mazmorra, y unos feroces esclavos entraron con un hornillo encendido y unos hierros de forma horrosa.

Entonces Abraham temió á la muerte y exclamó:

—¿Acaso no se habrá engañado el morabitho? y luego... yo no quiero morir...

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando se encontró en una magnífica y resplan-

deciente cámara nupcial delante de Leila, cuya hermosura era tal como la de un arcángel.

Abraham creyó que le habían matado en la mazmorra, y que se encontraba en el paraíso delante de su hurí.

—Sí, sí—dijo Leila—; has muerto y eres mío.

Pero quítame mi cingulo de pureza, porque de otro modo no podré ser tuya.

Y se abrió sus magníficas túnicas, dejando descubierto el cingulo que tenía sobre su cintura desnuda.

Abraham se arrodilló, y quitó el cingulo á Leila.

En aquel momento se oyó un estruendo pavoroso como el de un inmenso edificio que se desplomara: oyóse una carcajada horrible y la voz de Satanás que dijo:

—Has perdido el talismán de la madre del Profeta por tu impureza, y al derrocarse el alcázar de tus locos deseos, se ha sepultado con él el tesoro que había reunido la avaricia de tu padre.

—Pero Abraham es tuyo.

—Suya eres tú.

—Y bien: su amor me basta—exclamó Leila-Fatimah.

XXIV

Encontróse de repente Abraham caminando entre montañas, llevando delante á su asno, y sobre su asno una mujer hermosísima y sencillamente vestida.

Abraham había perdido completamente la memoria de lo que le había acontecido.

Del mismo modo la había perdido Leila-Fatimah.

Pero Abraham se abrasaba en los amores de ella, y ella en los amores de él.

Aquel amanecer llegaron á Damasco.

Abraham tomó una casita en los arrabales de la ciudad, y empezó á curar como médico.

Y como era muy sabio, adquirió una gran fama, y le llamaron los más ricos, y le pagaron maravillosamente sus curas.

Antes del año de haberse unido Abraham y Leila Fatimah, ésta dió á luz un niño.

Aquel niño se llamó Jamné.

Púsose enfermo el califa, y de tal modo y con una enfermedad tan extraña, que los médicos de la corte no atinaban con ella.

Al fin fué llamado Abraham.

Y Abraham, después de muchos días, restituyó su salud al califa.

Y el califa dió á Abraham, en premio de su curación, un palacio con jardines dentro del mismo Damasco, y muchos miles de mitcales de oro. Y entonces dijo Leila á Abraham:

—Oye, amado mío; el oficio de médico es trabajoso: ir de acá para allá, correr todo el día; levantarte de noche de entre mis brazos para ir á curar dolencias... te tengo muy poco tiempo á mi lado, y yo te amo mucho, con toda mi alma, y quisiera estar siempre á tu lado.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Deja de curar á otro que al califa: pídele licencia para vender el palacio que te ha dado, y que es muy grande y demasiado magnífico para nosotros; y con el dinero de la venta del palacio y el que te ha dado el califa, compremos joyas y ricas telas y perfumes, y pongamos una tienda: yo atraeré á los magnates, que comprarán sin escusar el precio por hablar conmigo, y además prestaremos con usura y nos pondremos muy ricos.

—Pero eso es ofender á Dios.

—Yo no tengo más Dios que tú, y además, tenemos un hijo.

—Lo pensaré—dijo Abraham.

Abraham hasta entonces era inocente: no había ofendido á Dios; creía haber encontrado en un camino sola y abandonada á una hermosa y casta doncella que había huído de casa de unos parientes codiciosos que querían venderla, porque había olvidado lo del encanto y aquel resplandeciente alcázar donde había quitado su cingulo de pureza á Leila-Fatimah, que al perder el talismán no había perdido su ciencia, y había engañado á Abraham. Este se había casado con ella, y había seguido siendo bueno y compasivo.

Cuando Leila le propuso que aumentara su dinero con la usura, Abraham, que amaba ciegamente á su esposa, vaciló; pero aún le quedaba temor de Dios, y consultó á los astrólogos.

Estos, uno tras otro, hasta siete, á quienes buscó, le dijeron una misma cosa.

—Esto es: sepárate de tu mujer, que te perderá; porque es un espíritu maldito vendido al diablo.

Pero creía tan buena y tan inocente á su esposa Abraham, que creyó más bien que los astrólogos eran unos ignorantes, que no decían la verdad, y despreció sus avisos;

Desde aquel momento pecó Abraham desoyendo las revelaciones de Dios.

Y como amaba á Leila-Fatimah sobre todas las cosas, cedió al fin á sus halagos; vendió con licencia del califa en una gran cantidad á un príncipe de Persia el palacio que el califa le había regalado, y con este dinero, y el que antes tenía, compró púrpuras, y sedas, y brocados, y perfumes, y alhajas, y puso una hermosa tienda en el bazar de Damasco.

Al mismo tiempo se negó á curar á todo el mundo menos al califa, lo que fué una falta de caridad, y se pasaba los días enteros en el fondo de la tienda, sobre una tarima y una alfombra, mascando ópico, jugando sobre sus rodillas con su pequeñuelo Jamné, y tocando la guitarra, mientras Leila excitaba con sus miradas á los hombres que pasaban por delante de su tienda, y que compraban muy caro el breve placer de hablar algún tiempo con la hermosísima mercadera.

A puestas del sol se cerraba la tienda, y los dos esposos comían espléndidamente, bebían contra la ley licores espirituosos, y luego se entregaban á un amor desenfrenado.

Su oro se había aumentado y se aumentaba cada día más, por medio de la usura.

Desde muy pequeño, Leila, á hurtadillas de su padre, enseñaba á su hijo su ciencia maldita.

Los dos esposos estaban continuamente ofendiendo á Dios.

Pero se amaban de una manera tal, que eran felices.

Las artes mágicas de Leila-Fatimah aumentaban cada día el amor de Abraham.

Y así pasaron seis años, durante los cuales Leila no tuvo más hijos.

Pero al empezar el séptimo, se encontró en cinta.

Al cumplirse los siete años del nacimiento de Jamné, Leila dió á luz una niña.

Aquella niña se llamó Zelpha.

XXV

Pasaron otros siete años, durante los cuales se multiplicó la riqueza de los dos esposos.

Leila por medio de su ciencia hacía que siempre apareciese para ella joven y buen mozo Abraham, y que ella pareciese á Abraham hermosísima, pero no sucedía lo mismo con los extraños.

Leila, en verdad, aparecía cada vez más hermosa; pero Abraham, gastado por los placeres y por los licores, parecía ya un viejo decrepito, cuando en realidad era aún joven.

Al ver las gentes tan solícita y tan enamorada á la hermosísima mercadera de su viejo marido, se maravillaban, y decían:

—Ese hombre debe de haber dado á su mujer hechizos para que le ame de tal modo.

Y las gentes no sabían que el hechizado era Abraham.

Porque Leila parecía la mejor mujer del mundo, con sus grandes y dulces ojos de gacela y su alegre sonrisa.

Pasaron aún siete años.

Centuplicóse el caudal de los esposos.

Jamné era ya un hermoso mancebo y un terrible mago, y su hermana Zelpha una hermosa niña de siete años, que parecía haber nacido de una sonrisa de la Aurora.

Al cumplirse los siete años de la vida de Zelpha, Jamné empezó á amarla con un amor incestuoso y maldito.

Zelpha estaba crecida de una manera maravillosa.

Parecía una mujer.

Y Leila se complacía en el amor de Jamné hacia su hermana.

Esta no había llegado aún á la edad del amor, y aunque su madre la enseñaba la magia y la astrología, su corazón aún no había hablado.

Se acercaba el día en que se cumplía el tercer período de siete años, desde el día en que había nacido Jamné.

Las riquezas de los esposos habían llegado á una suma maravillosa.

La hermosura de Leila, en vez de amenguarse, había crecido.

Abraham estaba decrepito para las gentes; pero cada día más fuerte y más hermoso para Leila.

Jamné era un mancebo hermoso, sabio, valiente, y amaba cada día más á su hermana.

Zelpha era una doncella hermosísima, tan hermosa como su madre, y soñaba ya con su primer amor.

Pero aquel primer amor no era para su hermano.

• Era para un hombre soñado.

Todos envidiaban á Abraham, que era tan rico, y que tenía una mujer tan hermosa y unos tan hermosos hijos.

¡No sabían á qué precio pagaba Abraham aquella felicidad!

XXVI

Una noche velaba sola é impaciente Leila en su retrete.

Estaba sola porque habían venido á llamar á Abraham para curar al califa, que se había puesto enfermo, y de quien seguía siendo médico.

Estaba impaciente porque Abraham tardaba, y no sabía vivir sin él.

De repente Leila oyó ruido cerca de la habitación, y su alma se inundó de alegría, porque creyó que era Abraham.

Se levantó del diván y corrió á la puerta; pero al llegar á ella retrocedió aterrada, y dió un grito.

Una figura horrorosa se había presentado en ella.

Era Satanás.

—¿Qué quieres?—le dijo Leila—. Yo no te he llamado.

—Vengo por ti—dijo el diablo—; ha llegado la hora.

—¿La hora de qué?—dijo estremecida de espanto Leila.

—Han pasado tres veces siete años desde que nació tu hijo—respondió Satanás—; pronto llegará la hora precisa, y tu cuerpo morirá.

—¡Oh, no, no! Yo creo que sólo ha pasado un instante desde que bebí el amor en los brazos de Abraham.

—¡Tres veces siete años!—dijo el diablo—: esa era la cuenta de tu vida, y eres mía.

—Pídemelo que quieras y no me mates—exclamó juntando las manos Leila.

—Has tenido en tu mano la vida eterna, la felicidad eterna, y la has cambiado por una felicidad de muerte.

—¡La vida! ¡la vida!—exclamó Leila que empezaba á sentir un frío extraño.

—Sólo Dios podía dártela, y los decretos de Dios son inmutables.

—Te daré lo que me pidas.

—No puedes darme nada: me diste tu alma, y después las almas de tus hijos: tus hijos, que son malditos como tú, me darán el alma de tus nietos.

—¡La vida! ¡Oh, mi vida de amores! ¡Un instante más! ¡Que me vea yo antes de morir entre los brazos de Abraham!

—El momento llega, ya han pasado tres veces siete años desde que nació Jamné, el maldito.

Y mientras Satanás decía estas palabras, Leila cayó sobre el diván, y se puso fría, muy fría. Murió.

XXVII

En aquel mismo punto, Abraham, á despecho de su ciencia, veía morir en el palacio al califa.

Salió de allí con el alma entristecida, y cuando entró en su casa encontró á Leila muerta.

Sus hijos dormían.

Cuando los despertaron los gritos de desesperación de su padre, miraron á su madre muerta con los ojos enjutos.

Abraham lloró desconsoladamente sobre el cadáver de Leila.

Luego la mandó embalsamar como á una sultana, y la sepultó bajo una ostentosa tumba.

Después, no permitiéndole su dolor vivir en Damasco, redujo á un pequeño volumen sus tesoros, empleándolos en piedras maravillosas, en perlas incomparables, y en algunas telas de púrpura, oro y piedras preciosas que sólo podía comprar un rey poderoso.

Cargó su tesoro en un asno, puso sobre él á su hija Zelpha, y acompañándole su hijo Jámne salió un día de Damasco.

Por aquel tiempo el caudillo Oeba-aben-Nafne, había conquistado el Poniente de Africa.

Abraham, para poder vender sus costosísimas joyas, fué á buscar aquel ejército vencedor que se había enriquecido con los despojos de la victoria.

Pero una vez en la parte occidental de Africa, en Tánger, supo Abraham que más allá, al otro lado del estrecho de Alzacab, estaba la tan poderosa tierra de las Hespérides, que eran señores de ellas unas gentes riquísimas, y que allí podría vender sus tesoros, llorar tranquilamente bajo un cielo tan azul como el de la Siria, á su pérdida Leila-Fatimah.

Abraham se embarcó con sus hijos y con el jumento que conducía su tesoro, y pasó el Estrecho.

Al fin puso sus plantas en España

Y una tarde, ya te acuerdas, hermano lagarto, al encontrarse Jámne en un bosque solitario, en este mismo bosque, al lado de esta sima, vió llegada para él la ocasión más propicia para

deshacerse del viejo padre y apoderarse de su tesoro y de su hermana.

Ya sabes lo que sucedió la tarde de horrores.

—Sí, sí, lo sé, amiga culebra.

—Pero lo que tú no sabes es que en la misma hora en que fué arrojado á la sima por sus malditos hijos Abraham, se contaban justos tres veces siete años desde que Abraham poseyó la maldita hermosura de Leila-Fatimah.

—¿Y no sabes más, hermana culebra?

—Sí; sé que el alma de Abraham, por no haber sido dócil al consejo de los siete astrólogos á quienes había consultado, cuando Leila le propuso ofender á Dios, estará penando hasta que sobre esta sima se levante una torre fuerte de siete suelos, que será la puerta de un alcázar como no habrá otra sobre la tierra, y hasta que muera en este alcázar y venga á penar en la torre una mujer que haya sido parricida, adúltera é incestuosa.

—¿Y quién te ha dicho eso, hermana culebra?

—El alma en pena de Abraham.

—¿Y no sabes lo que fué de los hijos de Abraham?

—No se lo pregunté.

—Dios es vengador, y justo é inexorable, hermana culebra.

—Tienes razón, hermano lagarto. Dios es Dios, y no hay otro Señor que El: El ha criado este sol que abrasa más de lo que yo quisiera, y me voy á mis profundidades.

—Y yo á mi grieta.

La culebra y el lagarto desaparecieron, y yo me quedé horrorizada, amigo ruiseñor, y no pude descansar—añadió la golondrina—: de modo que cuando me puse en camino por la tarde para Toledo, estaba tan rendida que me he visto obligada á pararme aquí.

—Vente á mi nido, y en él descansarás: es blandó y mullido—dijo amorosamente el ruiseñor.

—Dios castiga á los adúlteros—dijo con enojo la golondrina—; y como ya he descansado, me voy de un vuelo á mi nido del alcázar de Toledo.

Y la golondrina voló, y el ruiseñor se quedó gorjeando:

—¡Solo! ¡solo! ¡solo!

XXVIII

Asenéth permaneció por algún tiempo intravil donde se había sentado.

Luego, á pesar de la terrible historia de su

abuelos, que había oído cantar á la golondrina, se levantó y dijo:

—¡Yo amo á Ervigio!

Y se volvió al palacio maravilloso.

Aún dormía á los pies del diván, donde había estado reclinada, su padre.

Asenéth le contempló profundamente.

—¿Con que si te dejas tu fuerza—exclamó la joven maldita—despedazarás á mi más amado?

Jamné, aunque dormido, hizo un movimiento que parecía una contestación afirmativa á la pregunta de su hija.

—¡Oh, no le despedazarás—dijo Asenéth—, porque yo te reduciré á un estado miserable!

Y pronunciando un horrible conjuro, exclamó:

—¡Oh tú, hombre convertido en león, conviértete en un perro viejo é impotente!

Inmediatamente el león se transformó en un perro lanudo, cojo, ciego, miserable, que empezó á arrastrarse gruñendo dolorosamente á los pies de Asenéth.

Pero Asenéth le hirió con el pie en el vientre, le arrojó lejos de sí, y abandonó la cámara donde Jamné, castigado de nuevo por Dios, quedaba lanzando dolorosos aullidos.

XXIX

Al día siguiente, cuando Asenéth se encontraba más abstraído en sus pensamientos de amor, tembló el alcázar todo, y yo, Satanás, dije desde las entrañas de la tierra:

—Ervigio me ha encontrado pescando en la orilla del río; ha tenido valor para arrostrar el encanto, y tú y él sois míos.

Inmediatamente Ervigio se presentó á Asenéth.

Á la vista de su hermosura, el noble godo palideció y tembló.

—¿Quién eres tú, diosa—dijo—, que así brillas ante mis ojos con la plenitud de tu hermosura?

—Yo soy tu esclava—dijo la impaciente Asenéth, arrojándose en sus brazos.

Y Jamné, ciego, cojo, viejo, enfermo, vagaba gruñendo dolorosamente alrededor de la habitación donde su hija, olvidándose de todo, deliraba entre los brazos de Ervigio.

Y Ervigio permaneció siete días en el alcázar encantado, y siempre que salía del misterioso retrete de amor de Asenéth, encontraba á Jamné, y le daba con el pie, exclamando:

—Horrible y asqueroso animal, ¿qué haces en el paraíso de las delicias?

Y Asenéth no reparaba en que su padre había sido maltratado, y seguía bebiendo con sus ojos enamorados la mirada de amor de Ervigio.

La noche del séptimo día, él y ella se sentaron en el mismo lugar donde ella había oído la conversación del rui señor y de la golondrina.

Ervigio estaba profundamente pensativo.

—¿Por qué estás triste, alegría de mi alma?—dijo Asenéth—: ¿no tienes aquí cuanto puede desear una criatura? ¿ó es que mi hermosura no es ya bastante para alegrarte ni mi amor para satisfacerte, señor de mi alma?

—¡Ah! no, no—dijo Ervigio—; pero yo quiero ser rey.

—¡Rey! ¿Y de los godos acaso?

—Sí.

—Pero Wamba es su rey.

—¿Y qué importa? ¿No me amas tú?

—¡Que si te amo! Tú eres mi luz y mi vida; pero...

—¿Quieres ser rey?

—Sí. Más que eso: quiero vencer á Wamba.

—¡Le vencerás! Ven conmigo.

—Ervigio siguió á Asenéth, que le llevó al alcázar mágico.

—Dejóle en una cámara, se encerró en otra, y á poco salió con un pomito de oro en las manos.

—Haz que den esto á Wamba, y eres rey—le dijo.

—¿Y cómo he de hacerlo si no salgo de este alcázar?—contestó el godo.

—¿Me olvidarás, Ervigio, cuando te encuentres fuera de aquí?—dijo Asenéth, rodeándole sol hermosos brazos al cuello.

—Antes se olvidará el sol de alumbrar el día que yo te olvide—repuso Ervigio.

—Pues bien; si no vinieres cuando seas rey, yo iré á buscarte. Acuérdate de que me quedo.

Ervigio besó amorosamente los ojos de Asenéth.

—Vas á verle en el alcázar de Wamba.

Apenas pronunció Asenéth estas palabras cuando Ervigio se vió en las galerías del alcázar de Toledo.

Y entonces le pareció un sueño lo que le había acontecido en el alcázar mágico; pero vió en sus manos el pomo de oro que le había dado Asenéth, y exclamó:

—No ha sido un sueño: he aquí el filtro que

me ha dado la maga enamorada. Veamos si por medio de este filtro seré rey.

—Y buscó en el alcázar á uno de sus parciales, en quien tenía extremada confianza Wamba, y se encerró con él, y estuvieron hablando largo tiempo.

XXX

Al día siguiente, Wamba adoleció.

Había bebido el filtro compuesto por Asenéth.

Perdió el sentido súbitamente á las primeras horas de la noche, y todos creyeron que moría.

Para enterrarle con muestras de humildad, cortáronle el cabello, señal de nobleza entre los godos, y le pusieron la mortaja.

Cuando Wamba volvió en sí y se encontró su cabeza trasquilada, exclamó:

—He aquí que queda franco mi trono á los traidores, porque yo no puedo ser rey (1).

Y en aquel mismo punto pidió que le trajesen á Ervigio.

Wamba estaba loco.

—Yo he muerto—le dijo—; pero tú vives y eres fuerte; ¿querrás tú la corona que se me ha caído de la cabeza? ¡Ah, ah! ¡Y qué bien llevarás tú mi corona!

Y los parciales de Ervigio, aprovechándose de aquella extraña locura de Wamba, le hicieron firmar la renunciación de su corona en Ervigio.

Luégo Wamba expresó su deseo de retirarse del mundo, y partiendo á Pampliega, tomó el hábito de monje.

Ervigio era rey de los godos.

Debíalo á las artes mágicas de Asenéth, y sin embargo de la embriaguez de su grandeza, se olvidó de Asenéth.

Y en vano Asenéth le llamó; en vano, desesperada con su soledad y con sus lágrimas, me evocó y me pidió que la ayudase.

—Mata á Ervigio—decía yo.

Pero ella no se atrevía á matarle, porque le amaba.

Pasaron siete años; siete años desde que Ervigio poseyó á Asenéth, y Ervigio murió.

Murió de una enfermedad desconocida, y Asenéth, á causa de su ciencia, le vió morir, se aterró y exclamó:

(1) Determinóse en el sexto Concilio Toledano que no pudiese ser rey de los godos el que tuviese tonsurados los cabellos.

—Sea yo llevada de esta tierra maldita, donde le he conocido, donde le he amado, donde le he esperado y donde reposan sus cenizas; con viértame Dios en una fiera, que no pueda amar á hombre ni de hombre ser amada, y noche de quebranto y de duelo sea conmigo.

Y apenas Asenéth, impulsada por su desesperación, había pronunciado estas palabras, cuando se encontró en un profundo y oscuro antro.

Junto á ella había un perro.

Pero un perro formidable; había pasado el poder de Asenéth, y su padre había recobrado su fuerza de león.

Asenéth, convertida en león, rugía de dolor por la muerte de Ervigio.

Y entonces Jamné fué dueño de su hijo, y así vivieron algún tiempo en aquel profundo antro los dos malditos.

Pero Jamné fué un día muerto por unos cazadores.

Asenéth quedó sola.

Y en su soledad dió á luz esos dos gemelos que tengo sobre mis rodillas: el uno, hombre con cabellos, ojos y piel de león; el otro, extraña mezcla de león y perro.

Ya sabes la larga historia de los padres y de los abuelos de ese niño y de ese perro, Almedí.

—¿Quieres ahora que te dé los amores de la Eva maldita?

XXXI

Almedí había escuchado atentamente aquel largo relato, y se había estremecido más de una vez.

Cuando Satanás concluyó aquel cuento, Almedí invocó poderosamente á Dios.

Entonces la Eva, la hermosísima Eva maldita y el maravilloso alcázar que la contenía desaparecieron.

Sólo quedaron delante de Almedí el pequeño hombre-fiera y el extraño cachorro de perro y de león.

Almedí circuncidó al hombre-fiera, y le puso por nombre Jask Al-Bahul.

Buscó una nodriza á propósito para cada uno de los dos hermanos, y se dedicó á la enseñanza del que podía comprenderle y serle comprensible, porque Almedí no conocía el lenguaje de los animales.

Cuando Jask-Al-Bahul fué crecido, le contó su historia, revelóle que aquel lanudísimo perro era hermano suyo, que debía tratarle como á tal,

y ser bueno y temeroso de Dios si quería apartar de sobre sí la maldición que pesaba sobre su familia.

Jask-Al-Bahul, por el contrario de los suyos, crecía en la virtud, amaba á su hermano, aunque bajo aquella figura, y el feroz perro era para él, como para Almedí, sumiso y manso como un cordero.

Y pasaron así desde el nacimiento de Jask-Al-Bahul y de su hermano tres veces siete años.

Almedí murió, teniendo de un lado al hombre-fiera y del otro al perro-león.

Después que le hubieron enterrado y honrado, Jask-Al Bahul dijo á su hermano:

—Hemos quedado solos, pero somos fuertes y valientes; yo voy á vender la escasa herencia que nos ha dejado el buen Almedí, y compraré una lanza y un caballo, iremos al ejército de los árabes que siguen sus conquistas en Africa, y ganaremos nuestro sustento en batalla.

El perro movió la cola y lanzó un leve gruñido, como aprobando la determinación de su hermano, y éste vendió lo que les había dejado Almedí; compró una lanza y un caballo, y salió de Tánger precedido de su hermano, que rastreaba el camino.

El perro-león había tomado el camino de las montañas, y caminaba á prisa, tan á prisa, que apenas podía seguirle el caballo de Jask-Al-Bahul.

—¿Y dónde me llevas, hermano?—decía Jask.

El perro seguía rastreando y callando, y cada vez más de prisa.

Al fin, para no perderle de vista, Jask tuvo que poner su caballo á la carrera.

Muy pronto se aventuraron en la montaña.

Corría el perro, y corría el caballo.

—¿Y adónde me llevas, hermano?—decía Jask.

Y el perro y el caballo, el uno detrás del otro, seguían corriendo.

Llegó la tarde, bajó el sol, apareció la noche, y lució en los cielos la luna.

Y el perro y el caballo seguían corriendo.

De repente se presentó á los ojos de Jask una llanura inmensa, inmensísima.

Las anchas colinas de arena se perdían en el horizonte. Allá á lo lejos se veía una ciudad.

Y antes de la ciudad una torre.

Y el perro siguió corriendo hasta la torre.

Algunos hombres pasaban por el camino en sus camellos, y decían á Jask:

—¿Vas acaso en busca de la doncella pálida, buen caballero? Si es así, que Dios te ayude.

Y uno tras otro, siete viajeros dijeron las mismas palabras á Jask.

Cuando le habló el séptimo, Jask procuró detener á su caballo, y por primera vez el caballo obedeció; paróse, y delante de él se tendió en tierra el perro.

—Díme tú por tu vida, así Dios te ayude, ¿qué doncella es esa pálida de que me hablas?

Detuvo el viajero su camello, y contestó:

—Esa doncella es la más hermosa doncella del mundo; túvola el rey de estas regiones, Almunassar, de una maga con quien se había casado; pero por ser tan hermosa esta doncella, su madre, que no quería que se casase sino con un hombre muy valiente, hizo que el rey Almunassar encerrase á la doncella en una torre, que es aquella que se ve allá, bajo los rayos de la luna, y para que la guardase puso un gigante, que siempre de día y de noche, sin comer y sin dormir, está dando vueltas alrededor de la torre, con su clava al hombro. Muchos caballeros muy valientes, atraídos por la fama de la hermosura de Aidamarah, que éste es el nombre de la doncella pálida, y aun por el tesoro que encontrara con esta doncella el que venciese al gigante, han venido, pero los huesos de todos blanquean allá alrededor de la torre, formando una muralia horrorosa, porque han venido miles de caballeros y á todos los ha exterminado el gigante, que es invulnerable, y sólo puede matarsele hiriéndole en el ojo izquierdo; pero tiene puesta sobre el ojo una defensa de acero tan fuerte, y es tal su destreza para guardarse de los golpes, que todos los que han pretendido matar al gigante han perecido: además, para vencerle es necesario pronunciar al herirle ciertas palabras misteriosas que nadie sabe: con que así, buen caballero, si vas en busca de la doncella pálida, que Dios te ayude.

Y tras estas palabras, el viajero arreó á su camello, y siguió su camino.

Jask era tan valiente como la fiera á que se parecía tanto, y bastó con que conociese aquel peligro para que deseara vencerlo.

—Y llévame á la torre donde se guarda por ese gigante la doncella de la frente pálida, la hermosa hija del rey Almunassar y de la maga—dijo al perro.

Y el perro partió de nuevo á la carrera, y siguióle á la carrera el caballo de Jask.

Y se acercaba la torre, se acercaba hasta el punto de ver sus almenas y sus ajimeces, y el gigante que, como una muralla de hierro movable, daba vueltas alrededor de ella, relumbrando bajo los rayos de la luna.

Y el perro y Jask seguían corriendo.

De improviso se escuchó un bramido tan aterrador y tan fuerte como el de una tempestad desencadenada, y se vió venir hacia el perro y hacia Jask al gigante.

Y resonaban las piezas de su armadura, retumbando y retumbando á la redonda con un estridor atronante y pavoroso, y parecía que la tierra temblaba bajo los pies del monstruo, que adelantaba con su terrible maza en alto.

El perro se paró, se replegó sobre sí mismo amenazador y rugiente, y Jask detuvo su caballo, y requirió su lanza para arrojarla al gigante, antes de que éste pudiese tocarle.

Llegó al fin el momento; faltaba poco espacio para que llegase á los dos hermanos el gigante, cuando Jask se aseguró en los estribos, y poniendo su corazón en Dios, exclamó arrojando su lanza contra el monstruo:

—¡Señor! ¡Señor! ¡tú sólo eres el Fuerte y el Invencible!

Y después de haber arrojado su lanza con toda la fuerza de su brazo de león contra el gigante, cerró los ojos y esperó la muerte.

Pero en aquel punto oyose un estruendo horrible: tembló la llanura y gimieron los distantes ecos.

Jask abrió los ojos, y vió al gigante tendido delante de él; su lanza estaba clavada en el ojo izquierdo del monstruo.

Y al mismo tiempo se abrió la puerta de la torre, y lucieron antorchas, y sonó una alegre música, y aparecieron doncellas vestidas de blanco, cada una de las cuales llevaba en las manos una luminaria.

Y todas aquellas doncellas cantaban en coro y decían en su cante:

“Bien venido sea el esposo, el esposo de la doncella pálida.

“Para él, valiente entre los valientes, hermoso entre los hermosos, guarda Aidamarah su hermosura.

“Bien venido sea el esposo de la doncella, pálida á poseer su belleza y sus tesoros.

“Bien venido sea.”

Y las doncellas adelantaron, y llegaron á Jask, y se arrodillaron y le presentaron un palanquín

en que Jask subió, y las doncellas blancas le llevaron á la torre, y una conducía su caballo, y otras rodeaban y acariciaban á su hermano el perro.

Y cuando llegaron á la torre, otras doncellas le desnudaron y le lavaron con aguas olorosas, y le vistieron preciosas túnicas.

Y entonces, otras doncellas más hermosas aún le tomaron en medio, y cantando y tocando alegremente le llevaron á una hermosa cámara.

XXXII

A la puerta de aquella cámara se retiraron las doncellas.

Jask adelantó solo.

La puerta se cerró silenciosamente.

Y entonces de un diván se levantó una doncella cuya hermosura deslumbró á Jask.

Y se acercó á él y le miró, y luego se arrojó en sus brazos.

El perro que había seguido á Jask, que nunca se separaba de él, gruñó dolorosamente, y se echó á los pies del diván sobre la alfombra de pieles de tigre.

XXXIII

Súpose que el gigante guardador de la hermosísima Aidamarah había sido vencido por un extranjero, y el rey Almunassar corrió á ver á aquel á quien los hados habían consentido llegar á tanta ventura.

Maravilló al rey el extraño color de los ojos y de los cabellos y de la piel de Jask; pero no extrañó de encontrar á Aidamarah enamorada locamente de él, porque Jask era muy hermoso.

Y hubo fiestas, y zambras y regocijos, y luminarias en la corte de Almunassar.

Y se celebraron con regia pompa y aparato las bodas de Jask y de Aidamarah, y á ellas asistió tristemente echado á los pies de su hermano el perro-león.

Y cuando pasaron las fiestas, y la zambra, y la luna de las delicias, el rey Almunassar llamó á su yerno y se encerró con él, y le dijo:

—Mi reino, hijo mío, es un reino desconocido, puesto en los linderos del Desierto, donde no llegan los de otras tierras. Yo no sé de dónde tú vienes, ni quiénes son los tuyos, ni te lo pregunto, porque eres hermoso y valiente; has librado á mi hija y la harás venturosa; pero para que esa ventura sea completa es necesario que mi reino, que está gobernado en justicia, tenga paz: unos

vecinos bárbaros y feroces nos la turban; enemigos que no hemos podido vencer, que vienen todos los años y nos roban y desaparecen después en el Desierto. ¿Te atreverás tú, hijo mío, á ir contra esas gentes?

Jask aseguró al rey Almunassar que iría contra aquellos bárbaros y los vencería.

—Innumerables son como las arenas del Desierto y gigantescos como las rocas. Si ellos no nos destruyen completamente, es para que podamos criar nuestras hijas y enseñarlas el canto y la danza; pero cuando nuestras hijas están crecidas, vienen y nos las arrebatan.

—Yo venceré á esos descreídos, señor—dijo Jask—, los venceré y tu reino quedará libre y tranquilo.

—Necesario será construir torres con ruedas, dentro de las cuales vayan nuestros soldados—dijo el rey—; de otro modo, los gigantes del Desierto nos despedazarían á la primera embestida.

—Iré yo solo, señor—dijo Jask—, y con la ayuda de Dios los venceré.

—¿Tú solo!

—¿No vencí al terrible gigante que guardaba á mi esposa?

—¿Dios es misericordioso y vencedor!—dijo el rey Almunassar.

Y se despidió triste de Jask, porque su hija le amaba, y Jask acometía una empresa en la que debía morir.

Los gigantes del Desierto eran innumerables.

XXXIV

Al día siguiente, muy temprano, y mientras su esposa dormía, Jask se levantó silenciosamente, besó á Aidamarah en la boca sin despertarla, se vistió la armadura, y sobre ella una túnica de oro; bajó á las caballerizas, enjaezó su caballo, montó en él, y precedido de su hermano el perro, salió antes de que fuese de día, y sin que nadie le viese, de la ciudad por un postigo del muro.

Cuando se vió en el campo, y lejos de la ciudad, á punto que alboreaba, se detuvo ante una fuente, descabalgó, hizo su ablución, y dirigió á Dios desde el fondo de su alma la oración de azobhi (del alba).

Luego se volvió al perro, y le dijo:

—¡Sus!, hermano mío, guía, guía al campo de los gigantes.

Y el perro partió rastreando y á la carrera.

Y las palmeras se quedaron atrás.

Y se quedaron atrás las colinas verdes.

Y se quedaron atrás los arroyos.

Y el perro seguía rastreando y corriendo sobre ásperas y peladas rocas.

Graznaban las águilas en las altísimas cortaduras.

Zumbaba contra ellas el viento.

Rocas y águilas se quedaron atrás.

Y el perro seguía rastreando y corriendo sobre montes de arena roja, como si la hubiesen empapado en sangre.

Más allá, sólo había una niebla roja é impura, como el resplandor de un horno.

Y acá y allá se oía el rugido de los leones y de las panteras.

Y las colinas rojas se quedaron atrás.

Y ya no se escuchó el rugido de las fieras.

Y el perro seguía rastreando y corriendo entre la niebla roja é impura.

Y el caballo de Jask le seguía.

Y Jask se inclinaba sobre el arzón de su caballo, con la adarga al pecho y la lanza en ristre, invocando el nombre de Dios.

De repente se escuchó una voz dulcísima que parecía salir de las entrañas de aquella tierra enrojecida.

—“¿El hermoso caballero, adónde va?”

“¿Adónde va el hermoso caballero?”

“El aire de suego fecará sus ojos, y sus plantas se abrasarán, como si pisase sobre un volcán.

—“¿El hermoso caballero, dónde va?”

“Si logra pasar la niebla encendida, encontrará más allá la muerte.

“Cada grano de arena se levantará contra él.

“Cada átomo del sol le herirá.

“Mas allá de la niebla de fuego están los hambrientos gigantes

“¿El hermoso caballero dónde va?”

“Vuélvete á la tierra verde y umbrosa, gentil caballero.

“Donde corren los arroyos, y las tórtolas cantan entre los álamos negros.

“Vuélvete donde la amada de tu alma llora por tu ausencia.

“Vuélvete, si no quieres que su llanto no se seque jamás.”

—¿Quién eres tú, genio misterioso, que así me hablas?—dijo Jask deteniendo su caballo—: tu acento es dulce como el gorjeo del ruiseñor, y melancólico como el zumbido del vientecillo de

la tarde en las hojas de la palmera. ¿Por qué no te dejas ver de mí?

Tembló ligeramente la tierra, arrojó una llamarada roja, y quedó ante Jask una mujer hermosísima.

Sus cabellos negros, negrísimos, y tan largos que caían hasta sus pies en anchos rizos, estaban ceñidos por una corona de mirto seco.

Su semblante era moreno, sus ojos negros, brillantes, ardientes, y su túnica blanca, con una blancura que deslumbraba.

La hermosura de aquella mujer quemaba el corazón.

—¿Quién eres?—la preguntó Jask.

—Yo soy Giazul, el genio del Desierto—respondió la hermosa joven—; mi carro es la niebla roja, y mis potentes caballos son el Simoun.

Al desplegarse mi túnica se enrojece el cielo, la tierra tiembla espantada, las palmeras gimen, las rocas se estremecen, las águilas apresuran su vuelo y las fieras rugen asombradas y yertas de espanto.

Al ruido de mi carro de combate, los caraveneros palidecen, los camellos apresuran su marcha, y los caballos corren, corren, gimiendo.

Cuando yo he pasado, ni palmeras, ni rocas, ni águilas, ni fieras, ni caravanas; montes de arena blanca y reluciente, son las fúnebres huellas de mi paso.

¡Ay del insensato que se atreva á poner la planta en mis dominios, si no le ayuda el Dios Misericordioso y el Invencible!

—Vuélvete, hermoso caballero, vuélvete, aun que yo plegue mi túnica y duerma mientras tú pasas.

Aunque las arenas del Desierto permanezcan inmóviles, más allá están los terribles gigantes.

No quieras condenar al dolor de la viudez á tu amada, y á la orfandad á la hija que vive en sus entrañas.

—¿Qué importa que muera yo, si muero por salvar un pueblo entero?—dijo Jask.

Destellaron un brillante relámpago los ojos de Giazul.

—Noble y generoso es lo que acabas de decir—exclamó el genio—; quiero ayudarte. ¿Pero tienes tú el alma bastante fuerte para resistir á la prueba?

—Habla, poderoso genio, habla—dijo Jask.

—Sólo puedes vencer de una manera á los gigantes.

Allá lejos, muy lejos, hay una laguna salada.

Entre las rocas de sus orillas relumbra cuajada la blanca sal.

Si tú lograses llegar hasta la laguna Salada; si llenares de la sal que blanquea sus orillas el saco de tu caballo; con esparcir á tu alrededor aquella sal cuando te acometiesen los gigantes, habrás vencido.

Los gigantes habrán sido exterminados.

Pero para llegar á la laguna Salada, es necesario exponer el cuerpo y el alma.

En el camino encontrarás por do quiera la tentación.

Y si á la tentación cedieres, serás convertido en roca, en roca del Desierto, y dentro de ella encontrarás tu infierno.

—Dios el Altísimo y Unico me ayudará.

—Voy á abrirte el camino de la laguna Salada. Ese camino está lleno de peligros; ¡ay de tí si no sabes vencerlos!

El genio se elevó de la tierra.

Su blanca túnica se abrió como un abanico.

Sus negros cabellos se extendieron alrededor de su frente como una negra aureola.

Sus ojos brillaron como dos soles.

Sus dos brazos extendidos, parecían tocar el uno el Oriente y el otro el Occidente.

Sonó un sordo y potente bramido, tembló la tierra, y el genio creció, creció, creció, hasta cubrirlo todo.

Y las arenas del Desierto se levantaron en potentes remolinos, y una atmósfera de fuego envolvió á Jask, á su caballo y á su hermano el perro.

Y el caballo, inmóvil, con las orejas rebildas, temblaba.

Y el perro-león lanzaba un poderoso aullido.

Y Jask invocaba á Dios.

Y pasaban junto á él las ardientes arenas, los fragmentos de las rocas, las palmeras arrancadas de su asiento.

Pasaban sin tocarle.

Sin tocarle á su hermano el perro.

Y la tromba aumentaba, el ronco mugido crecía, y el perro aullaba con más fuerza, y el temblor del caballo crecía.

Y Jask, con el corazón sereno, continuaba invocando el nombre de Dios.

Pasó la tromba.

A la niebla caliginosa é impura, sucedió un cielo azul y radiante, como Jask no había visto jamás.

La tierra estaba cubierta de verdor.

Frescos bosquecillos se levantaban en torno de claros lagos, y el camino por donde Jask marchaba, estaba cubierto de flotes.

Jask caminaba solo; su hermano el perro, y su valiente caballo habían desaparecido.

Cerca se veía una magnífica ciudad.

Al fijar en ella sus ojos Jask, las puertas de la ciudad se abrieron.

Por ella salió una comitiva numerosa.

Venían delante jinetes armados con arneses resplandecientes, guiados por un estandarte dorado; tras los jinetes se oía una música tan armoniosa, que regalaba los sentidos.

Aquellos jinetes avanzaron rápidamente.

Al llegar junto á Jask, su caudillo echó pie á tierra, y se arrodilló á los pies de Jask.

—Tú eres nuestro rey—le dijo mostrándole una corona que traía un magnate en una banda de oro sobre un paño de púrpura.

—Yo soy un viajero—contestó Jask—; dejadme pasar: yo voy allá lejos, muy lejos.

—Si eres nuestro rey, nada se opondrá á tu voluntad: esclavos tuyos seremos, y esclavos tuyos serán los pueblos cerca y lejos, porque nosotros somos invencibles.

—Yo no soy soberbio—dijo Jask Al-Bahul—; para qué quiero esclavizar á nadie? Dejadme pasar.

—Si fueres nuestro rey, serás el más temido de los hombres—dijo el que estaba arrodillado á sus pies.

—Yo no quiero que me teman mis vasallos, sino que me amen—exclamó Jask—; dejadme pasar.

—Si no fueres nuestro rey, serás como Dios, porque nuestra corona es mágica.

—Yo adoro al Dios Altísimo y Único—repuso el joven.—Dejadme hacer mi camino, dejadme pasar.

Entonces desapareció todo lo que se había presentado ante los ojos de Jask, y se encontró marchando por el mismo camino.

Las tentaciones de la soberbia nada habían podido con él.

Siguiendo el camino, se encontró en un bosque de sauces.

El ambiente era fresco y balsámico; mullido y espeso el césped sobre que marchaba, y salpicado de bellas florecillas; una armonía sensual parecía salir de entre las enramadas; una ambrosía suavísima halagaba los sentidos.

Al revolver de una senda, Jask se encontró de

repente en un espacio redondo, en medio del cual había un pequeño lago.

Alegres y seductoras risas se escuchaban, como si las produjesen mujeres invisibles.

Jask vió agitarse una forma hermosísima en el fondo cristalino del lago.

Luego se rompió su tersa superficie, y salió al encuentro de Jask una hada desnuda.

Fascinaban sus miradas, embriagaba su aliento, sus brazos estrechaban á Jask, su seno se comprimía contra el suyo, su boca fresquísimamente y llena de ambrosía, le besaba, y su acento ardiente y opaco, decía:

—¡Yo te amo!

—Yo sólo puedo amar á una mujer—dijo Jask rechazando á la hada.

—Aidamarah es una mortal, y yo soy el genio inmortal del amor; mis placeres serán para ti eternos; yo te anegaré en delicias, y cada día seré más hermosa, más resplandeciente; ámame, porque yo fallezco por ti.

—Mi corazón es de Aidamarah—exclamó de nuevo Jask, y rechazó vigorosamente la tentación.

—Tú serás como Dios, si me poseyeres—dijo la hada.

—No hay más Dios que Dios el Altísimo y Único—exclamó Jask.

Y la hada impura, y el transparente lago, y el sombrío bosquecillo, desaparecieron.

La lujuria había sido tan impotente para con Jask, como lo había sido la soberbia.

De repente Jask se encontró en un palacio: un viejo encorvado y trémulo, marchaba delante de él: llevaba un haz de llaves.

Aquel viejo se detenía de tiempo en tiempo delante de una fuerte arca.

—He aquí plata—decía volviéndose á Jask.

Jask seguía adelante.

El viejo dejaba el arca abierta, adelantaba á Jask, abría otra arca, y le decía:

—He aquí oro.

Jask seguía andando más de prisa.

El viejo corría y se adelantaba.

—He aquí perlas y rubíes—exclamaba abriendo otra arca.

Jask, siempre en silencio, apresuraba su paso.

Pero el viejo se ponía delante, y abría otra arca.

—He aquí esmeraldas y carbunclos.

Y Jask corría.

El viejo se le adelantaba jadeando, y le abría otra arca.

—He aquí diamantes grandes como huevos de paloma.

Y Jask apresuraba su carrera.

—El que posea estas riquezas, será señor del mundo—gritaba el viejo no pudiendo seguir á Jask.

—No hay más señor que Dios en la tierra y en los cielos—exclamó Jask.

Entonces desapareció el palacio.

Jask había triunfado de la avaricia, como había triunfado de la soberbia y de la injuria.

De repente Jask se encontró desnudo, roto, y pobre en la plaza de una ciudad; todos los que pasaban y los que se cruzaban, se le ponían al paso, le miraban descaradamente, y se le refan.

—¿Adónde irá éste?—exclamaban.

—El horrible.

—El imbécil.

—El mendigo.

—El cobarde.

—El hijo de la ramera.

—Insultarle, para que no se atreva á mostrar su hediondez entre nosotros.

Y Jask, impassible, decía:

—Apartaos, y dejadme hacer mi camino.

—¿Y adónde irás tú? ¡á algún tremedal, único lugar digno de tí!

—Arrojadle lodo hasta que lo sepultéis: ¿quién de ha traído á manchar con su presencia nuestra hermosa ciudad?

Y le arrojaban lodo y le escupían, y Jask seguía adelante sin irritarse, y exclamando siempre:

—Dejadme, dejadme hacer mi camino.

—Es un cobarde—decía una mujer impura—; ¿no véis cuál sufre los insultos?

Y le hirió con un chapín en la cara.

—No hay otro valiente que Dios—exclamó Jask—: sólo El es el Fuerte y el Invencible.

Desapareció todo aquello.

Jask había vencido á la ira como á la soberbia, á la lujuria y á la avaricia.

Pero estaba cansado y hambriento, no caminaba ya sobre flores ni sobre alfombras, ni sobre plazas enarenadas; trepaba penosamente entre ásperas rocas.

Durante mucho tiempo sufrió; pero al fin no pudo resistir.

—Tengo hambre y sed—dijo.

—Come y bebe, señor—dijo un genio apare-

ciendo de repente y mostrándole una hermosa tienda.

Jask entró en ella.

Encontró dentro un blando diván, y delante del diván, sobre una magnífica alfombra, vió vajilla de oro, y copas y transparentes frascos.

Y las fuentes llenas de viandas, y los frascos llenos de licores.

—Come, señor, y reposa—dijo el genio.

Jask examinó los manjares; pero todos estaban prohibidos por la ley.

Aquella gran diversidad de platos estaban compuestos con las diferentes partes del cerdo.

El pan estaba amasado con la manteca de este animal.

Los frascos estaban llenos de licores.

Agua y pan de avena—dijo Jask.

—Deja eso para los miserables, señor—dijo el genio—: ¿qué importa la ley? Tienes hambre y sed, estás cansado, come, bebe, reposa; si no, morirás.

—¡Dichoso del que muere alimentando su alma con el temor de Dios!—dijo Jask.

Entonces los manjares y la tienda y el genio desaparecieron.

Jask había triunfado de la tentación de la gula, como de las tentaciones anteriores.

Pero se encontraba marchando por un terreno más árido y quebrado, bajo los rayos de un sol abrasador.

—¡Oh, Señor, Señor, sosténme!—exclamó—: ¡dame tu fortaleza, porque me siento desfallecer!

Y siguió su camino vacilante, trémulo, débil, seca la garganta, sufriendo el crudo aguijón del hambre, desvanecida la cabeza.

Resbaló sobre una roca, y cayó desde una altura inmensa.

Encontróse del lado de un camino por donde pasaba mucha gente.

Unos iban en hombros de sus esclavos, otros jinetes en poderosos caballos, otros en camellos, otros en jumentos, aquellos en carretas de bueyes.

Todas hacían cómodamente su camino.

Jask, hambriento, estropeado, se arrastraba sobre sus manos.

—Mira—decía una voz misteriosa á su oído—: aquel faquí va cómodamente sentado sobre las hamugas, va satisfecho y repleto. ¡Si tú fueras como él!

—Dios le prospere—decía Jask.

—Aquel walí va jinete en un poderoso caballo, mira cómo galopa... allá va, allá va... ya se

pierde... ya se perdió... y tú sigues arrastrándote.

—Dios me ayudará para que llegue al fin de mi camino.

—Pero tu camino es un camino doloroso...

—Todo camino es dulce y toda fatiga poca, cuando se marcha á una buena obra. El camino estrecho y áspero es el camino del Paraíso.

Y al decir estas palabras Jask, se encontró de repente de pie, fuerte, sin hambre, sin sed, con sus sandalias nuevas y en las manos su báculo de viaje.

Había sufrido su miseria sin irritarse ante la dicha de los demás. Había vencido á la envidia.

Marchaba por un camino ancho y llano.

A lo lejos, pero muy lejos, lejísimo, se veía relumbrar una línea blanca en el horizonte.

—¿Será aquella la laguna Salada?—exclamó—; pero si es, ¡cuán lejos!

Y siguió andando.

De repente sintió que sus miembros se entumecían, que sus párpados se ponían pesados, que una suave languidez se apoderaba de su cuerpo.

—¡Oh! ¡cuán lejos está el lago de las aguas saladas!—exclamó.

Entonces dijo una voz tentadora á su oído:

—Mira, allí hay un sombrero bosquecillo de acacias; en él las aves difunden su grata armonía, y los arroyos murmuran dulcemente: los rayos del sol abrasan, queda aún mucho día, descansa, y luego á la tarde continuarás tu camino.

—El que se detiene en el camino del bien, se expone á caer en la tentación, no me detendré hasta que, agotadas mis fuerzas, caiga. Entonces Dios tendrá piedad de mí, porque no habrá consistido en mi voluntad.

—El lago de las aguas saladas está muy lejos, y te rinde la fatiga.

—Confío en la misericordia de Dios que me dará su fortaleza.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras Jask, cuando se encontró cabalgando de nuevo en su caballo, que corría, corría, siguiendo al perro, que corría también.

Jask había vencido á la pereza, como á las otras seis mortales tentaciones.

Dios le había premiado.

Su caballo le llevó con la velocidad del huracán á las orillas del lago de las aguas saladas.

Entonces una voz maravillosa, voz que parecía provenir de los cielos, le dijo:

—Descansa, y cobra fuerzas para cumplir la voluntad de Dios.

Jask desmontó, y se echó á dormir bajo la sombra de una roca.

Su hermano el perro, se echó á sus pies y se durmió también.

El caballo inclinó la cabeza y durmió.

XXXV

Pasó la tarde, pasó la noche, y llegó el alba del día siguiente

Jask, su hermano y su caballo, dormían.

A la primera claridad de la mañana, la misma voz que le había ordenado que descansase, despertó á Jask.

—Levántate y prepárate—dijo—: el momento se acerca.

Jask despertó, despertó á su perro, y despertó al caballo.

Entonces Jask tomó el saco donde llevaba el pienso de su cabalgadura, le vació, y le llenó de sal cuajada entre las rosas.

Cuando le hubo llenado, Jask montó de nuevo á caballo, y dijo al perro-león:

—Hermanito mío, llévame al campo de los Gigantes.

El perro partió á la carrera bordeando la laguna Salada.

El caballo le seguía rápido como una exhalación.

Muy pronto la laguna se quedó atrás.

Se acercaban á una selva de árboles gigantescos, de negros follajes, y en cuyo seno sólo se veían tinieblas.

El perro se lanzó en aquella selva.

Le siguió el caballo.

Apenas hubieron revuelto el primer seno de la selva, se encontraron en una obscuridad profunda.

El perro seguía corriendo en medio de las tinieblas, y ladrando.

El caballo corriendo y relinchando.

Jask entonando un himno á la grandeza de Dios. Y parecía que los árboles chocaban rudamente sus troncos.

Y se oía el áspero y terrible estridor de las ramas que se desgajaban.

Y el mugido sordo y pavoroso de torrentes invisibles.

Y de tiempo en tiempo un relámpago azul temblaba entre las tinieblas, esclareciéndolas por un instante.

Y á su resplandor momentáneo se veían agitarse sombras gigantescas girando en torbellino alrededor de Jask.

Y se oía espantoso chocar de armas.

Y rechinar de carros.

Y relinchos de caballos.

Todo esto llevado por un huracán pujante que rebramaba, que zumbaba, que silbaba, pero que no se sentía.

Y todo aquello era pavoroso, terrible.

Sin embargo, Jask tenía su corazón puesto en el Señor Fuerte y su confianza en El, y no se aterraba.

Y el perro corría y corría.

Y el caballo le seguía, le seguía como una exhalación.

¿Cuánto tiempo duró el paso de Jask por la selva de los Espantos?

Sólo Dios lo sabe.

Al fin se encontró en una llanura árida.

En medio de ella, allá lejos, muy lejos, se alzaba una ciudad gigantesca.

A pesar de la distancia, Jask veía sus puertas de quince codos de altura, y las enormísimas piedras de sus muros.

El camino por donde marchaba Jask estaba sembrado de huesos humanos.

Apenas el caballo de Jask hubo puesto los cascos en aquella llanura, cuando se oyó un horrísono estruendo en la distante ciudad.

Por sus cien puertas empezaron á rebosar en la árida llanura ejércitos de gigantes.

Sus voces formidables como las del trueno, juntas y discordantes, ensordecían el espacio.

El perro se hizo atrás, se sentó amenazador, y rugió.

El caballo se plantó, enhiestó el cuello, y tembló.

Sólo Jask permaneció impávido.

Y los gigantes adelantaban inundando la llanura.

Desnudos y negros y feroces eran, con pinos por clavas en las manos.

En medio de ellos ondeaba una bandera, tan grande como una gran nube, y que ocultaba los rayos del sol.

Y adelantaban los gigantes con la velocidad de la tormenta.

Cuando estuvieron cerca, Jask excitó á su hermano, y aguijó á su corcel.

El perro y el caballo, aunque estremecidos de terror, se lanzaron de frente contra los gigantes

Jask llevaba un puñado de sal en la mano.

Cuando ya le separaba muy poca distancia de los monstruos, cuando sus gigantescos cuerpos le daban sombra, cuando casi podían alcanzarse con las clavas, cuando le rodearon rugientes y amenazadores, Jask arrojó á su alrededor el puñado de sal que tenía en la mano.

Entonces los primeros gigantes, los que estaban más próximos á Jask, se detuvieron y quedaron inmóviles; sus formas se hincharon; de negros que eran se convirtieron en rojos, y al cabo quedaron convertidos en enormes rocas.

Jask pasó entre ellos arrojando á derecha é izquierda puñados de sal.

A medida que adelantaba, quedaban á los dos lados en su marcha rocas y rocas; rocas que habían sido gigantes.

Cuando llegó á la ciudad, á la ciudad monstruosa, hufan desordenados delante de él millares de monstruos aterrados por el ejemplo de la desgracia de sus compañeros.

Delante de todos iba el que llevaba la bandera. Pero el perro y el caballo corrían más que los gigantes.

Los alcanzaban, y Jask arrojaba nuevos puñados de sal, y aparecían nuevas rocas.

Al fin solo quedó un gigante, pero doblemente mayor que los otros.

Aquel era su rey.

Aquel llevaba la inmensísima bandera.

Jask no le alcanzó hasta el centro de la plaza de la ciudad.

Y aquella plaza era un campo de muchas leguas.

Jask arrojó un puñado de sal al gigante, que inmediatamente se convirtió en roca.

Y la bandera cayó de sus manos, y se extendió en la plaza.

Y Jask recorrió la ciudad arrojando sal en medio de ella.

Y no menguaba la sal del saco, por mucha que Jask sacaba.

Y las casas y los palacios, y las calles y las plazas, se convertían en montañas, en cordilleras, en valles.

Y de los valles y de las vertientes de las montañas salían mujeres y hombres y niños, innumerables cautivos que los salvajes tenían aprisionados para alimentarse con ellos, y cuyas prisiones había roto la fortaleza del alma de Jask, que no había caído en el pecado, ni temblado ante el terror.

Y Jask tardó siete días en transformar la ciudad maldita, y á la tarde del séptimo, se encontró de nuevo en la que había sido plaza de la ciudad, y que entonces era un campo yermo y extenso, en medio del cual estaba extendida la roja bandera de los gigantes.

Y el perro y el caballo se precipitaron sobre aquella bandera; y sobre la bandera puso los pies la innumerable muchedumbre de viejos, jóvenes, mujeres y niños que Jask había liberado.

Y cuando no quedó ni uno solo que no estuviese sobre la bandera, ésta se levantó en los aires y flotó rápidamente en el espacio, y poco después descendió; y Jask y los que le acompañaban se encontraron en una llanura, delante de las puertas de la ciudad del rey Al Munassar.

Los habitantes, que habían visto aparecer á lo lejos sobre el horizonte aquella nube roja, adelantar rápidamente hacia la ciudad, pasar sobre ella y descender, salieron asustados no sabiendo lo que aquello fuese.

Pero cuando vieron adelantar á Jask-Al-Bahul sobre su corcel de guerra precedido de su perro, y seguido de gentes que habían sido robadas en años anteriores por los gigantes, una exclamación de júbilo y de alegría retumbó en los aires en honor de Jask.

Aidamarah se arrojó desfallecida en sus brazos.

Porque le había creído muerto.

Jask había invertido en su expedición siete veces siete días.

XXXVI

Los libertados y sus familias proclamaron su padre á Jask.

El rey Al-Munassar renunció con alegría su corona, y la puso sobre sus sienes.

La bandera de los gigantes, doblada y redoblada, fué á servir de alfombra á la grande Aljama, y en ella se bordaron inscripciones en loor de Dios por mandato de Jask, que no quiso que se consagrasen en honor suyo.

Su reino fué feliz y próspero; ya no se vieron talados los campos, ni yermas las aldeas.

Los moradores durmieron tranquilos sin temor á los gigantes, y no hubo uno solo que no fuese á ser testigo del prodigio de la transformación de aquellos monstruos en rocas.

Sobre cada una de aquellas rocas había una palma agostada y estéril.

Aquella palma había sido la clava del gigante.

XXXVII

Algún tiempo después, y cuando Jask era un rey adorado por sus vasallos y respetado por sus vecinos, que le pagaban tributo, Aidamarah dió á luz una niña.

En la fiesta de las buenas hadas, pusieron por nombre á aquella niña Zairah.

Era hermosa á maravilla, de apacible sonrisa y de mirada dulce y tranquila.

Jask quiso saber el horóscopo de su hija, y los astrólogos, después de haber consultado siete veces las estrellas en siete veces distintas, le dijeron:

—Tu hija ¡oh rey! está sujeta á grandes desgracias.

—¿Y qué desgracias son esas?

Tendrás otros dos hijos, el uno se llamará Jacub y el otro Kaibar.

Jacub será un hermoso mancebo, pero continuará en él la maldición de tu raza, que el Altísimo ha suspendido para ti.

El otro será salvaje y feroz, amará la sangre y el crimen, y participará de la crueldad y la malicia de tus padres.

Tus hijos serán tu postrera prueba.

Si la resistieses sin entregarte á la desesperación y sin blasfemar de Dios, se abrirán para ti las puertas del Paraíso.

Pero prepárate, rey, porque te esperan grandes dolores.

—Cúmplase la voluntad de Dios—replicó Jask—: ¿y qué dolores son esos que Dios me envía para prueba? ¿Os los han puesto patentés los astros?

—Tu hermosa Aidamarah morirá cuando dé á luz á Kaibar: sus entrañas se romperán al dar á luz á tal monstruo.

—Dios me la ha dado, y Dios puede quitármela—exclamó Jask con los ojos llenos de lágrimas.—¿Y cuándo morirá la luz de mi alma?

—Pasadas tres veces siete lunas.

—¿Y qué más desgracias me amenazan?

—Pasados tres veces siete años, tus hijos conocerán á su hermana, y la amarán.

—¡Oh, Señor!

—Y ella amará á su hermano Jacub, y será suya.

—¡Oh, Señor!

—Y Kaibar conocerá también á su hermana, y la amará.

Y ambos por el amor á su hermana se venderán á Satanás.

Y después el un hermano matará á su hermano por celos de Zairah.

—¡Oh, Señor, Señor, y cuán dura es esta prueba!—exclamó Jask—; y decidme, añadió: vosotros que sois sabios, ¿no sabéis si hay algún medio para prevenir tanta desgracia?

—Consultaremos de nuevo los astros—dijeron los astrólogos.

Y el rey esperó á que transcurriesen otras siete noches.

—Señor—le dijeron los astrólogos transcurrido este tiempo—: no te queda más que una esperanza dudosa.

—¿Y cuál es esa esperanza?

—Apartar de ti á tu hija Zairah.

—¡A la prenda de mi amor!

—No la veas jamás.

—¡Ah!

—Pon, entre tu reino y el lugar donde se encuentre, los mares.

—¡Desdichado de mí!

—Entrega su crianza á varones justos y mujeres virtuosas, que no se an que es hija de un rey.

—¿Y para qué es eso?

—Para que sea como si tu hija no hubiera nacido.

—Si así salvo su alma y la de mis otros hijos, lo haré.

Además procura que tu hija no sea vista más que durante su primera edad por los que pusieres á su lado para que aprenda á conocer á Dios. Luego, que nadie la vea ni ella pueda ver á nadie.

—¡Desdichada hija mía!

—Así acaso se librará de su funesto destino, y del crimen tus otros hijos.

—Cúmplase la voluntad de Dios.

—Pero para que esa dudosa esperanza se realice, es necesario que apartes de ti á Zairah antes que tu esposa dé á luz á otro hijo.

Y los sabios se inclinaron profundamente ante Jask, y le dejaron solo.

XXXVIII

Era Jask tan temeroso de Dios, que no vaciló en arrostrar el nuevo y terrible sacrificio que el Señor le exigía.

Aprovechando la ocasión del paso de los árabes á España, una noche, convirtiéndose en ladrón de sí mismo, penetró en las habitaciones donde se criaba su hija y la robó recatadamente, y la sacó de su palacio.

Luego, disfrazándose de labrador, se fué á la campiña, y para que amamantase á su hija, sedujo con oro á una aldeana que abandonó á su esposo y al pequeñito hijo que criaba.

Jask, por imprevisión, arrastrado por su amor de padre, había cometido sin sospecharlo, dos grandes pecados: había robado una madre y una esposa á su familia, y había dado por nodriza á su hija una mala madre y una mala esposa.

Débil para el dolor de Aidamarah, Jask había cometido además otro pecado; había amargado el corazón de su esposa, haciéndola concebir la horrible duda de si su hija era muerta ó viva.

Jask además había mentido.

Jask, sin sospecharlo, había vuelto sus espaldas á Dios.

Su amor hacia Aidamarah le había perdido.

Había pecado y no podía arrepentirse de su pecado, porque no sabía que le había cometido. Dios es infinito y único, é incomprensible.

¡Loado sea su nombre!

XXXIX

Jask tuvo algún tiempo escondida á su hija y á su nodriza en la cabaña de un valle.

El mismo cuidaba de la nodriza; la llevaba el alimento y las ropas, y cuanto había menester.

Encubierto siempre, siempre desconocido para la nodriza.

Y entre tanto hacía correr á los suyos por todas las tierras comarcanas en busca de su hija.

Y todas las tardes, cuando el sol se ponía, Aidamarah rodeaba sus brazos á su cuello, y le decía con las lágrimas en los ojos y el seno palpitante, pálida y consternada:

—¿Han encontrado tus exploradores á nuestra hija?

Y Jask respondía también con las lágrimas en los ojos:

—Dios no lo quiere.

Aidamarah iba á sentarse en el suelo en un ángulo con el rostro vuelto á la pared, y allí permanecía inmóvil.

Jask se limpiaba los ojos con el extremo de la toca, y salía.

Y así pasaron una luna y otra, hasta siete.

Un día Jask anunció á Aidamarah que se veía obligado á hacer un largo viaje á las tierras de Occidente.

Aidamarah estaba de nuevo encinta.

Al saber que su esposo, á quien amaba con toda su alma, iba á separarse de ella, la desdichada se desmayó.

Jask, aprovechando su desmayo, montó en su corcel y solo, al tiempo que amanecía, sin llevar consigo más que una bolsa llena de oro, su espada, su lanza y su escudo; y su hermano el perro-león que le precedía, y que jamás se esperaba de él, partió de la ciudad, y se trasladó al valle donde la nodriza amamantaba á su hijo.

En el camino entró en un rebaño de camellos que pastaban en la ribera, y compró el más fuerte y poderoso.

Al pasar por una aldea, compró jaeces y almohadones para el camello, y un palanquín cubierto.

Luego siguió su ruta, llegó á la cabaña del valle, puso sobre el camello á su hija y á la nodriza, agua y mantenimientos, y tomó el camino de Tánger.

XL

Hay en las tierras de Ilberis, por bajo de la Sierra Nevada, mirando al distante mar, un pequeño valle, junto al cual pasa la corriente, humilde aún, del Genil.

En una eminencia del valle se ven aún los restos, ó más bien los cimientos cubiertos de musgo de un antiguo edificio, siglos hace arruado.

En aquellos tiempos, sobre estos cimientos se levantaban cuatro torres unidas por cuatro muros de muralla, y en medio de estas cuatro torres una torre mayor.

Esta torre no tenía en su parte superior más que una cámara, y una galería que daba salida á las escaleras de la torre, y entrada á la cámara.

Esta cámara estaba dividida en dos por una pared, que no pasaba de la mitad de la altura del espacio general.

En cada uno de estos compartimientos había un ajimez, pero abiertos en tan espesos muros, que desde adentro sólo se veían á lo lejos las distantes montañas y el lejano mar, cuyos horizontes se perdían en la niebla de Africa.

Cada uno de estos ajimeces tenían por la parte de adentro una fuerte verja que se abría y se cerraba.

Búcaros con flores llenaban el espacio del muro, desde la verja á la parte exterior.

Estos dos compartimientos, si eran alegres, se debía á los ajimecillos transparentes de la cúpula estrellada, á las labores doradas de las paredes, á sus esmaltes de colores, á los surtidores que emanaban de las fuentes de mármol, á los brillantes espejos de plata con marcos de oro, que se veían entre las columnas que sostenían la cúpula.

Estos dos compartimientos tenían dentro de sí cuanto puede apetecer una mujer en su retrete. El baño, el diván, los pebeteros, las esencias más preciadas, las tapicerías más ricas.

Estos dos compartimientos eran exactamente iguales.

Ya en el uno, ya en el otro, moraba continuamente una mujer.

Pero una mujer maravillosamente hermosa, y ricamente engalanada.

¿Para quién se engañaba aquella mujer?

Ella no conocía á nadie.

Recordaba, sí, á unas gentes que la habían criado.

A dos ancianos, el uno hombre, la otra mujer.

Pero hacía muchos años que había dejado de ver á aquellos dos seres.

Muchos años, durante los cuales no había visto más seres vivientes que las moscas azules que cruzaban la dorada atmósfera de sus retretes, ó las mariposas de oro y colores que venían á pararse un momento sobre los ramilletes de los búcaros, ó las golondrinas que revolaban junto á sus nidos fabricados bajo las almenas de la torre.

Esta mujer, mejor dicho, esta joven, porque sólo contaba veintiún años, era Zairah, la infortunada hija de Jask-Al-Bahul, y de su esposa Aidamarah.

Zairah, desde el momento en que cumplió los ocho años, mucho antes de que el amor pudiera hablar á su corazón, había sido sentenciada á la soledad.

Hacía tres años que no veía á persona viviente.

Servíanla, sin embargo, como á una sultana.

Cuando se levantaba del suelo con el alba, encontraba abierta la puerta del otro departamento.

En cuanto Zairah pasaba de ella, la puerta se

cerraba, y poco después se volvía á abrirse.

El departamento en que había pasadol a noche, había sido cuidadosamente limpiado, renovadas las flores y las ropas, y puestos excelentes manjares sobre una rica alfombra en vajillas de oro.

Cuando Zairah deseaba alguna cosa, un perfume, un pájaro, un libro, un instrumento, tocaba con una varita de oro, sobre una copa puesta sobre una mesa, dejaba sobre ella escrito en un papel su deseo, y pasaba á la otra parte.

Inmediatamente se cerraba la puerta, volvía á abrirse al poco tiempo, y cuando Zairah volvía, encontraba el objeto que había pedido.

En una ocasión se sintió enferma y llamó, avisando en un papel su estado.

Inmediatamente apareció una persona, enteramente cubierta, examinó a la joven, y la asistió hasta que estuvo completamente restablecida.

Así vivía la infeliz hija de Jask-Al-Bahul y Aidamarah.

NLI

Según lo habían predicho los astrólogos, Aidamarah tuvo dos hijos, transcurridos tres veces siete meses desde el nacimiento de Zairah.

El uno se llamó Jacob; el otro Kaibar.

Aidamarah murió al dar á luz el último.

Era éste tan monstruo y tan feroz, como hermoso y apacible era Jacob.

Jask hizo que los astrólogos consultasen el destino de sus dos hijos.

Los astrólogos consultaron las estrellas, y dijeron al rey:

—Señor, aparta de ti á tus hijos, críalos al uno lejos del otro, porque si crecieren juntos, ó si algún día se encontraren, se despedazarán.

Jask envió á Kaibar á la parte oriental del Africa.

A Jacob á la parte occidental.

Pasaron tres veces siete años.

Un día, Kaibar, cuyos instintos salvajes no había podido contrariar una excelente enseñanza, vagaba por las montañas de la Abisinia, desnudo, con el carcaj á la espalda, y en las manos el arco entezado.

Seguía á una corza, á quien seguía jadeante y cansado su corcillo.

Tendió el arco, é iba á disparar, cuando entre la inofensiva bestia y su cría se levantó una forma humana.

Era una mujer negra, pero hermosa, como no había visto otra Kaibar.

Vestía una túnica roja, y sobre sus cabellos negros y brillantes llevaba una diadema de corales.

—¿Quién eres?—dijo Keibar sintiéndose fascinado por primera vez por aquella imponente y negra belleza.

—Soy una sombra—dijo ella.

—¿Una sombra!

—Sí, la sombra de una mujer.

—¿Esa mujer ha muerto?

—No.

—¿Vive?

—Sí. Contéplame bien: yo soy su espíritu, que vaga buscando el amor sobre la tierra, y el destino me ha traído á ti.

—¿Qué buscas tú el amor?... ¿Pues como no te busca el amor á ti?

—He nacido para vivir sola; para morir sola.

—¡Ah! yo te amo—dijo Kaibar.

Y adelantó hacia la joven.

Pero la joven siguió delante de él ligera y feble como llevada á impulsos del vientecillo de la tarde.

—¡Oh! ¡yo te amo, y si no eres más... moriré!—dijo Kaibar extendiendo los brazos hacia la hermosa.

—Consulta á un varón que encontrarás allá arriba, en la hendidura de aquella pared, y él te dirá lo que necesitas hacer para alcanzar el cuerpo de mi sombra.

Y la hermosa sombra negra desapareció como un vapor.

Kaibar había quedado con el alma envenenada.

El sol ardía en lo más alto del cielo.

Las palmeras y los nopales inclinaban sus cabezas mustias bajo su rayo abrasador.

Kaibar empezó á trepar por la pendiente.

XLII

Cuando llegó á la entrada de la grieta, encontró dentro á un ermitaño.

Era viejísimo, encorvado, con una larga barba blanca, calzados los pies con unas sandalias de piel de camello, vestido el cuerpo con un sayo de lana, y ceñidos los lomos con una cuerda.

Sobre sus rodillas tenía abierto un libro negro.

Aquel libro estaba escrito con caracteres rojos.

Cuando entró el joven, el ermitaño clavó en él sus pequeños ojos grises y relucientes.

Kaibar retrocedió.

Aquel hombre le ponía espantó.

—Sí eres cobarde—dijo el ermitaño con voz profunda y cavernosa—¿por qué vienes á mí?

—¿Quién eres?—dijo Keibar.

—Yo soy Eblís (1), el viejo.

—¡Túl ¡tú Satanás!

—Yo soy.

—Y bien—dijo Keibar—; ¿me puedes tú dar los amores de la doncella negra?

—Sí, si tu los quieres.

—¡Que si los quiero! por ella se estremece mi corazón.

—¿Sabes quién es esa doncella?

—Debe ser hija de un rey poderoso, ó de un poderoso genio.

—En efecto, esa doncella es hija de un rey.

—¡De un rey! ¿y cómo se llama?

—Jask-Al-Bahul.

—¡Yo he oído pronunciar el nombre de ese rey!

—Ya lo creo; como que ese rey es tu padre.

—¡Mi padre un rey!

—Sí—dijo el diablo—; sientate y escucha.

Keibar se sentó.

Eblís le contó la historia de sus padres.

Keibar le escuchó con atención.

Cuando el diablo hubo concluído, preguntó á Keibar.

—¿Y á pesar de saber que esa sombra que te ha enamorado, es la sombra de tu hermana Zairah, insistes en tus amores?

—¡La amol ¡oh! sí, ¡la amol pero ¿por qué es negra la luz de mis ojos?

—Antes era blanca como la luna; pero desde que ha amado á tu hermano Jacob...

—¡A mi hermano Jacob!...

—Sí, el que vive en el Cairvan.

Un pensamiento de muerte pasó por el corazón de Kaibar.

—Pues bien—dijo—, yo quiero ver á mi hermana Zairah; quiero ser amado por ella.

—La verás, la arrebatrás de su prisión; pero yo no sé si te amaré.

—¡Oh! ¡véala yo! ¡sea mía!

—Para ello necesitas mi ayuda.

—¿Y no me la darás?

—Sí; pero dame tú tu alma.

—¡Mi alma! ¿pues quién eres tú?

—Yo soy Eblís.

—¿Y puedes tú darme lo que deseo?

—Sí.

—Pues toma en buen hora mi alma.

El diablo metió la mano debajo de su túnica y sacó un pedazo de caña, con la cual se había hecho una especie de tubo, cerrado por un nudo natural en la parte inferior y tapado por un pedazo de pino en la parte superior.

El diablo quitó aquel tapón, y mostró á Kaibar el interior de la caña, relleno de una especie de pomada verde.

—Esta es la hiel de un enamorado loco que se ahorcó por una mujer que no le amaba—dijo Satanás.

—¿Y para qué sirve este unto?

—Cuando quisieres penetrar hasta Zairah, úntate con él las sienes, sobre el corazón, en las palmas de las manos y en las plantas de los pies, y pronuncia su nombre.

El diablo entregó la caña con su contenido maldito á Kaibar.

Kaibar se untó inmediatamente con aquella verde pomada las partes que el diablo le había dicho, y pronunció el nombre de Zairah.

Aún no había acabado de pronunciarle, cuando se encontró sobre una montaña, al pie de un castillo, junto al muro de unos jardines.

Una mujer joven, negra y hermosa adelantaba sobre un caballo negro, precedida por un perro y seguida por un caballero armado con armas negras, jinete en otro poderoso caballo.

XLIII

Al ver la dama á Kaibar se estremeció.

El perro-león rugió.

El caballo se encabritó, y luego partió á la carrera.

Tras el caballo que conducía á la joven, partió el del caballero del arnés negro.

Kaibar, con la pujanza de un gigante, siguió á la carrera al caballo que conducía la dama.

El destino había reunido á los tres hermanos.

Muy pronto, y por distinto camino, se perdieron el caballo de la dama negra y el del caballero del negro arnés.

¡Y cosa extraña!

Delante de Kaibar corría, corría, como pretendiendo guiarle, su tío, el hermano de su padre, el perro-león.

¿Quién era el otro caballero de las armas negras?

¿Cómo había podido apoderarse de la negra y hermosísima dama?

(1) El diablo.

Aquel caballero era Jacob, el otro hijo del rey Jask-Al-Bahul.

El hermano de Kaibar.

Una noche velaba Jacob.

Ya lo sabeis.

El mismo nos lo ha dicho.

La pálida luz de la luna iluminaba las almenas de la torre de la alcazaba de Kaibar, donde el joven príncipe se encontraba.

Estaba triste.

Un sueño vago y misterioso de amor había enlanguecido su alma.

Ansiaba, y no ansiaba lo que ansiaba.

Tenía sed, y no sabía en qué fuente podía temprarla.

Su corazón ardía, y Jacob buscaba en vano la causa de aquel fuego.

De improviso, allá á lo lejos, como viniendo del otro lado de los mares, resonó una voz dulcísima, y oyó aquel romance de amores que decía:

Libres los vientos zumbando vagan;
Libres navegan las nubes blancas,
Del firmamento la azul campaña;
Libres, batiendo las leves alas,
Las golondrinas besan las aguas
Del ancho lago que riza el aura;
Libres las ondas, la curva playa
Amantes orlan de espumas candidas;
Las mariposas engalanadas,
Ora revuelan, ora se paran
Entre las flores de mi ventana,
Y yo entre tanto me miro esclava,
Me cercan muros, puertas me guardan,
Y en mis mejillas el sol ve lágrimas,
Cuando aparece por la mañana,
Y aún ve mis ojos que el llanto empaña
Cuando á los mares cansado baja.

Y el eco lánguido y cadencioso repetía débilmente aquel cantar que parecía habían traído á los oídos de Jacob hadas invisibles.

Jacob había sido educado en el Kairvan, sin conocer su origen, por un anciano kadí.

Cuando después de haber permanecido largo tiempo en las almenas de la torre, después de que se hubo perdido en el silencio el lejano y voluptuoso eco de la canción, bajó á la cámara, y encontró prosternado y orando al anciano kadí.

—¿Qué tribulación nos amenaza, mi buen Abu-Kair?—dijo el joven príncipe dirigiéndose al anciano.

—La tentación vuela en torno de mí—dijo el

anciano—; Satanás ha rozado mi frente con sus alas de vampiro.

—¿Y qué te ha dicho Satanás?

—¡Oh! el pérfido me enseñaba una bolsa llena de oro.

—¡Una bolsa llena de oro!

—Y un anillo con una gruesa esmeralda.

—¡Ah!

—Y un rosario de coral y de diamantes.

—¡Cosa extraña!—dijo el príncipe—; ¡yo tengo oro y un anillo con una esmeralda y un rosario de corales y diamantes.

—En efecto, el diablo para ofrecermé estas cosas, había tomado tu figura.

—¡Ah, el malo! ¡Pues si yo estaba hace poco en lo alto de la torre!

—Ya lo sabía yo; y además había conocido á Satanás, porque aunque había tomado tu figura, no había podido replegar de tal modo á sus espaldas sus negras alas, que yo no las viese.

—¡Ah! ¿y qué te decía?

—Yo amo á una mujer, no la conozco; pero la siento en mi alma; debe ser muy hermosa, porque mis ojos la buscan ansiosos como el ciego busca la luz; muy joven, porque mi alma al sentirla se refresca; muy pura, porque el fuego en que enciende mi alma es dulce y tibio como el sol del primer día de la primavera.

—¡Ah! pues yo amo así, yo siento así—dijo el príncipe.—¿Y qué más te decía el condenado?

—Esa doncella debe ser princesa, porque a presentirla, mi alma se enorgullece; hija de un poderoso debe ser.

—Sí, sí, así lo siento yo. Pero continua relándome lo que decía el negro espíritu bajo mi figura.

—Me decía: "Yo no sé quién soy, y quiero saberlo, hanme criado sin decirme el nombre de mi padre, pero debe ser poderoso y noble, y debe amarme mucho, porque yo tengo hermosos caballos de Arabia, y armas de oro, y túnicas preciadas, y joyas, y tesoros. ¿Quién es mi padre?"

—¿Y qué contestaste tú al diablo?

—Yo le dije, no te lo puedo decir. Entonces el diablo sacó una gran bolsa y me la mostró.

—¿Era como ésta?—dijo el príncipe sacando una bolsa, y mostrándola al kadí, cuyos ojos brillaron.

—Como esa era.

—Toma, pues—dijo el príncipe—; quiero que tu sueño se realice.

El kadí se apoderó con ansia de la bolsa.

—Pero dime lo que dijiste al diablo en mi figura—dijo el príncipe.

—Yo—dijo el kadí—dije al diablo: tú eres hijo de un rey.

—¡Hijo de un rey! ¡de un rey poderoso!

—Sí, de un rey que tiene sus dominios en los linderos del Desierto.

—¿Y cómo se llama ese rey?

—Lo mismo me preguntó el diablo, pero yo no quise contestar; entonces me enseñó una hermosa sortija con una gruesa esmeralda, y me dijo: tuya es si me declaras el nombre de mi padre.

—He aquí la sortija—dijo el príncipe quitándose de un dedo de la mano izquierda una magnífica esmeralda.

El kadí se apoderó de la sortija con doble ansia que con la que se había apoderado de la bolsa.

—Tu padre se llama Jask-Al-Bahul—dijo el kadí.

—Y dime: ¿tiene mi padre otros hijos? y téngalos ó no, ¿por qué me ha separado de sí?

—Esta misma pregunta me hizo el diablo—repuso el kadí—; pero yo callé; entonces el diablo me enseñó un largo rosario de corales y diamantes, y me dijo:

—Esta joya es preciosa; si me revelas mi historia, te la doy.

—Toma, toma—dijo el príncipe sacando de su seno un hermoso rosario de corales y diamantes—; pero cuéntame mi historia.

El kadí se apoderó del rosario, y contó á Jacub la historia de su padre y el horóscopo suyo y el de sus hermanos.

Jask á nadie había revelado aquel secreto, pero lo sabía el diablo, que todo lo sabe, y tomando la figura del kadí, que dormía en otro aposento, había revelado al joven príncipe su destino, y al revelárselo se había valido de aquellas trazas para quitarle el bolsillo, la sortija y el rosario, que eran tres talismanes que debían proteger al príncipe contra la desgracia.

Cuando el príncipe supo su historia, dijo:

—¡Ah! por noble y alta y poderosa que sea la princesa que me enamora, yo soy también alto, noble y poderoso; pero, ¿dónde está esta princesa, cuya voz he oído dulce y enamorada, como viniendo de la inmensidad?

—Yo no puedo decirte, señor—contestó el falso kadí—; esto es: el diablo, que para perder

al joven había tomado la figura del kadí; pero puedo decirte donde hay un sabio, que te revelará lo que deseas.

—¿Y donde mora ese sabio?

—En la selva cercana á Kairvan.

—Pero yo no puedo salir de este castillo.

—Yo te sacaré de él: sígueme; pero es necesario que te dejes vendar los ojos.

Y el diablo vendó los ojos al príncipe, le asió de la mano, y le guió.

Estuvieron andando durante mucho tiempo; primero subiendo y bajando escaleras; después atravesando subterráneos; al cabo marchando por el campo.

Después de algunas horas de marcha, el diablo se detuvo, quitó de los ojos la venda al príncipe, y érte se entonó en una inmensa caverna, á cuyo fondo se despeña un torrente que salía por la entrada de la caverna y se perdía en la selva.

A la magen izquierda del torrente, sobre unas peñas, debajo de la bóveda natural de la caverna, y como escondida en un negro seno, había una choza formada por troncos de árboles y ramas secas. Dentro ardía una luz rojiza.

Sentado junto á aquella luz había un viejo, viejísimo, que cantaba tristemente:

“Está escrito: la torre se levantará sobre la sima.

“Y la torre tendrá siete suelos.

“Y cada uno de estos suelos estará habitado por un espíritu maldito.

“Y cuando ya estuvieren en la torre los siete espíritus condenados, la guardará otro jinete en un caballo sin cabeza, acompañado de un perro velludo.

“Así está escrito, y lo que está escrito se cumple.

“Faltan aún centenares de años para que se cumpla lo que está escrito.

“Pero finados que sean estos años, lo que está escrito se cumplirá.”

Jacub, que había oído esto, se volvió al diablo que había tomado la figura del kadí para conducirle allí, y no le encontró.

Entonces, decidido á todo, entró en la obscura cabaña donde cantaba el viejo.

—¿Quién eres?—le preguntó éste al verle entrar.

—Yo soy el príncipe Jacub, hijo del poderoso rey Jask-Al-Bahul.

—¡Ah! ¿Tú eres el que estás enamorado de tu hermana?

—¡Qué!—exclamó el príncipe—¿Es el de mi hermana Zairah, el dulce, el ardiente espíritu que vive dentro de mi alma?

—Sí.

—¿Y cómo haré para llegar á mi hermana?

—No te retrae de tus amores el saber que es hermana tuya?

—No.

—¿No temes perder tu alma, logrando tus deseos?

—Yo la amo.

—¿Y si tu hermano la amase también?

—Mataría á mi hermano.

—¿Y si yo te pidiese tu alma por el cumplimiento de tus deseos?

—Pero, ¿quién eres tú?

—Yo soy Satanás.

—¡Ah! ¿Y necesitas mi alma á cambio de mi amor?

—Sí.

—¿Y no me darás mi amor, si no te doy mi alma?

—No.

—Pues te la doy.

—Firma aquí—dijo el diablo presentando á Jacob un papel en blanco.

Jacob, enloquecido por su amor, firmó.

—Dame mis amores—dijo después de haber firmado.

El diablo hirió con el pie el suelo, tembló ligeramente la tierra, se oyó en sus entrañas un sordo bramido, y apareció, saliendo de la tierra, un caballo negro encubertado de batalla, llevando sobre su lomo una armadura negra completa, un escudo, una lanza, un hacha y una espada.

—Cíñete esas armas que están sobre el caballo—dijo el diablo.

Jacob se ciñó el arnés negro y reluciente.

Creyó entonces que su vida se aumentaba, que se aumentaban sus fuerzas, que se aumentaba su entendimiento. Sintióse más joven, más ardiente, más ágil.

Supo cosas que hasta entonces no había sabido.

En una palabra: se transformó en otro hombre, y creció en hermosura.

—Monta á caballo—le dijo el diablo.

El príncipe montó, el caballo se encabritó feroz; pero el príncipe le contuvo, y le hizo piafar dócil á su mano.

—¿Y qué he de hacer ahora para llegar á la amada de mi alma?

—Ese caballo te llevará veloz como el pensamiento.

—¿Pero mi amada está encerrada tras fuertes murallas!

—Mientras lleves puesta esta armadura negra, no sólo te defenderá ella de todos los peligros, de todos los golpes, de todas las asechanzas, sino que podrás entrar en donde quieras y salir cuando lo desees. La persona que lleves asida de la mano, podrá entrar y salir del mismo modo, y asimismo las personas que vayan asidas á la que vaya asida á ti.

—¿De modo que podrá penetrar hasta Zairah?

—En este momento sueña Zairah contigo, y te llama.

—Pues bien—caballo mío—; llévame hasta el castillo donde mora mi amada.

Apenas había pronunciado el príncipe estas palabras, cuando el caballo partió como una flecha, salió de la caverna, atravesó la selva, atravesó la sierra, llegó al mar, le pasó, puso los cascos en las playas de Andalucía, trepó por las verdes vertientes de las Alpujarras, y poco después quedaba inmóvil delante de la puerta de un fuerte castillo.

Aquel castillo era el en que estaba cautiva desde su infancia Zairah.

XLIV

Velaba Zairah.

Una visión de amores la había despertado de su sueño.

Veía ante sí un caballero blanco, pálido, hermoso, que la miraba intensamente, acariciándola con la dulce mirada de sus resplandecientes ojos negros.

—¡Oh, tú, visión de mi deseo—dijo Zairah, ó semejanza de un hombre! ¡Oh, tú, á quien mi corazón ama! ¡Si no existes, desaparece; pero si vives, si me escuchas, si me amas como yo te amo, ven!

Ven, porque me siento morir.

Mi cautiverio me es ya insoportable.

Mi soledad horrorosa.

Ven, amado de mi alma.

Da vida á mi corazón y libertad á mi tristeza, y consuelo á mi desesperación.

Ven, que yo te amo.

Y mi amor es virgen, virgen como el primer perfume de las pequeñas violetas azules y amarillas que orlan los bordes de mis búcaros en la primavera.

Ven, amado de mi alma, que soy hermosa.

Ven, y yo seré para ti la paloma amante que arrullará tu sueño.

Tú serás para mí el cedro oloroso y fuerte donde anida la paloma.

Ven, amado de mi alma, si existes; y si no existes, huye de mi pensamiento, fantasma tentador, y no me atormentes.

De improviso calló Zairah.

Había sentido pisadas, unas pisadas que le eran desconocidas.

Sonó una puerta, y las pisadas se sintieron más próximas.

Abrióse por fin la puerta del compartimiento donde se encontraba Zairah, y apareció Jacob.

XLV

Zairah se puso de pie.

Al verla Jacob tan hermosa, tan deslumbrante, retrocedió, y quedó inmóvil.

—¿Quién eres tú?—dijo Zairah con voz dulce, adelantando hacia él.

—Yo te amo—dijo Jacob saliendo á su encuentro.

Y Zairah vió en Jacob al amante de su visión, á la amada de su pensamiento.

—Y yo te amo—dijo Zairah arrojándose en los brazos de Jacob.

Entonces resonó leve, amarga, distante, como venida de la inmensidad, una carcajada horrible.

Una carcajada del infierno.

Y los jóvenes no la oyeron, porque habían nacido para amarse, y estaban transportados de amor el uno en los brazos del otro.

Y tras la infernal carcajada, sonó una voz tan pavorosa como ella.

Y aquella voz exclamó:

“Lo que está escrito se cumple; la descendencia de Abraham vuelve á ser maldita.”

Y zumbó el huracán alrededor de los muros.

Y penetrando en un pujante remolino por los ajimeces, apagó la lámpara que alumbraba el gabinete de Zairah.

XLVI

Empezó á amanecer.

Una blanca faja de luz orló el horizonte.

Aquella luz débil fué creciendo, creciendo, y al fin iluminó los objetos de la cámara de Zairah.

Zairah dormía en el diván.

En sus entreabiertos labios vagaba una sonrisa de deleite.

Y Jacob la contemplaba con espanto.

Porque Zairah, de blanca que era como el alba, se había tornado negra como la noche.

Y, sin embargo, su hermosura había crecido hasta el punto de ser irresistible.

Del mismo modo que había cambiado el color de tu tez, había cambiado el color de sus ropas.

Su túnica, de blanca que era, se había vuelto roja.

El collar de azabache, que antes enaltecía la blancura de su garganta, se había convertido en una gargantilla de perlas, cuya lasciva blancura contrastaba con el luciente negro de su cuello y de su seno.

Y Jacob la contemplaba con espanto y con adoración á un tiempo.

Y como si la mirada fija y candente de Jacob hubiera tenido una fuerza sobrenatural, Zairah abrió los ojos.

¡Oh, y qué mirada la de los ojos de Zairah!

Brillaban como astros de amor, enamoraban como las más dulces palabras, como las más regaladas armonías, como los perfumes más suaves.

Jacob se sintió morir.

Y Zairah, al ver la luz del día, exclamó:

—¡Huyamos, amado mío! ¡huyamos! si es que puedes sacarme por donde tú has entrado; ¡huyamos! porque si te encuentran aquí, te matarán.

Huyamos, y vivamos siempre juntos.

No quiero volver á estar sola.

Si tú me dejases, aquí moriría, y moriría desesperada.

Y tú no querrás que tu Zairah muera.

—¡Oh! ¡no!

—¡Cuánto te amo! Creo que tu amor me ha dado una nueva vida.

Y sí, sí; me estoy viendo en mi hermoso espejo de plata, y estoy más blanca, más blanca: y mis ojos y mis cabellos son más negros.

—¡Blanca! ¡blanca!—exclamó con terror Jacob.

Y miró al espejo en que se miraba la joven.

Y su terror se aumentó.

En efecto, en el espejo, Zairah parecía blanca, de una manera deslumbradora.

Pero cuando la miraba Jacob, la veía negra. ¿Qué podía ser aquello?

Y Zairah exclamaba:

—¡Huyamos, amado mío, huyamos! porque si te encuentran aquí te matarán.

XLVII

Entre tanto, ó mejor, poco antes de que amaneciera, una inmensa nube flotaba en el espacio, y adelantó de la parte de Oriente á la de Occidente.

Cuando estuvo cerca del castillo de las Alpujarras, donde había estado encerrada veintiún años Zairah, la nube descendió.

Empezaba á amanecer.

A la dudosa luz del crepúsculo pudo verse que lo que parecía una nube era un inmenso paño rojo.

Era, en efecto, la bandera mágica que en los tiempos de su juventud había tomado Jask-Al-Bahul á los gigantes del Desierto.

La bandera descendió á los pies del castillo, sobre la cumbre de la montaña.

Sobre la nube venían Jask-Al-Bahul, su caballo en pelo, sin más que el freno, y el perro-león.

Cuando hubieron llegado, Jask, su hermano el perro, y su caballo, salieron de la bandera.

En cuanto hubieron salido de ella, la bandera roja se evaporó como una emanación de sangre.

Jask, llevando del diestro á su caballo, y seguido por su hermano el perro, se dirigió á la poterna del castillo.

Jask vió con terror que junto á la poterna había un caballo encubertado.

—¡Oh! ¡si habré llegado tarde!—exclamó.

Y apresuró el paso hacia la poterna.

Pero antes de llegar á ella, la poterna se abrió y apareció Jacob llevando de la mano á Zairah.

Jask la vió negra, como la veía Jacob, y al reparar en su color, lanzó un grito de espanto y se arrojó hacia los dos jóvenes.

Pero antes de decir lo que aconteció, digamos por qué había venido al castillo donde se guardaba su hija sobre la roja bandera de los gigantes el rey Jask-Al-Bahul.

XLVIII

Hacia algún tiempo que Jask veía en sueños una visión terrible.

Un joven hermoso y pálido adelantaba hacia él llevando a una joven de la mano.

Jask quería ponerse entre ambos jóvenes; pero en el punto en que lo pretendía, sus ojos se nu-

blaban, zumbaban sus oídos, y un frío de muerte helaba su corazón.

Este sueño se repitió siete veces consecutivas.

Entonces, lleno de un vago terror, Jask hizo que sus astrólogos consultasen las estrellas.

Y los astrólogos le dijeron:

—Señor, tú tienes una hija y dos hijos.

—Es verdad—dijo el rey.

En otro tiempo, por consejo de tus astrólogos, que habían consultado por tu mandato el libro infinito, alejaste de ti á tu hija, y procuraste que de nadie fuese vista.

—Es verdad.

—Más tarde separaste de ti á tus otros hijos; enviaste el uno al Oriente y el otro al Occidente, y procuraste que no conociesen su origen.

—Es verdad

—Pero el diablo los hará conocerse: es más, los reunirá: tu hija será de uno de sus hermanos, y éste matará al otro. Además, hay delante de tu horóscopo una nube Roja.

—¿Y cuándo conocerá mi hijo a su hermana? ¿Cuándo el un hermano matará al otro?

—Dentro de muy pocas horas—dijeron los astrólogos—, si hemos de creer á las estrellas.

—¡Dentro de muy pocas horas!—exclamó aterrado Jask.—¿Y cómo impedir esas horribles desgracias? El castillo en que tengo encerrada á mi hija está al otro lado de los mares, en las tierras de Occidente: de aquí á allá hay centenares de leguas.

—Tú puedes hacer ese viaje en un instante—dijeron los astrólogos.

—¿Y cómo? un águila tardaría en llegar.

—Tú posees algo que vuela con más rapidez que un águila.

—¡Yo!

—Sí, tú. Tienes en la grande aljama, sirviendo de Alfombra...

—¡Ah! ¡sí, es verdad! la bandera de los gigantes que vencí con la ayuda de Dios.

—Pues bien: monta á caballo para llegar mas pronto á la grande aljama; toma esa bandera, ponte sobre ella, y ella te llevará adonde deseas; pero si cuando llegares vieres á tu hija convertida de blanca en negra, habrás llegado tarde; tu hija habrá sido la manceba de su hermano.

Bajó á las caballerizas, seguido del perro su hermano, puso un freno á su caballo de batalla, y sin entretenerse á encubertarle, ni aun á ensillarle por no perder tiempo, montó en él en pelo, y se dirigió á la carrera á la grande aljama;

tomó la bandera, la extendió, y él, su hermano y su caballo se pusieron sobre ella.

Inmediatamente la bandera se levantó en los aires, y condujo instantáneamente á Jask al castillo de las Alpujarras, á punto que salían por la poterna Zairah y Jacub asidos de las manos.

XLIX

Jask se precipitó hacia ellos.

—¿Adónde vais, desdichados?—exclamó.

—¿Quién eres tú?—exclamó Jacub con fiereza.

—¡Yo!... ¿quién soy yo?—exclamó Jask sin atreverse á contestar á aquella pregunta.

—¿Querrás tú impedir acaso que yo lleve conmigo á mi esposa?

—Zairah no puede ser tu esposa.

—¡Lo es ya!—exclamó Jacub.

—¡Ah, sí, sí; era blanca y está convertida en negra!—exclamó Jask, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué quiere decir este hombre?—exclamó Zairah, que se veía blanca como antes.

—¡Ese mancebo es tu hermano!—exclamó con desesperación Jask.

Al oír estas palabras Zairah, se vió negra, y exhaló un grito de horror.

Se desasí de la mano de Jacub, y pretendiendo huir de él, saltó en el caballo de batalla de su padre.

Al sentirla sobre sí el bruto, partió á correr.

—¡Ah!—exclamó Jacub palideciendo de muerte y cerrando con su padre sin conocerle.—Tú me has robado á mi alma.

—¡Ah, desdichado!—exclamó Jask, cayendo herido de muerte á los pies de Jacub.—Has sido impuro con tu hermana y has teñido tus manos en la sangre de tu padre.

Y expiró.

Las últimas palabras de Jak-Al-Bahul retumbaron, terribles, en el corazón de Jacub.

Y, sin embargo, saltó sobre el arzón de su caballo, y siguió á la carrera á Zairah, que se alejaba.

Entonces fué cuando apareció Kaibar, y se puso en seguimiento de Zairah.

El perro-león rugió dolorosamente junto al cadáver de su hermano, y siguió á su sobrina, precediendo á Kaibar.

L

Durante todo el día Kaibar siguió á Zairah.

El caballo de Jacub había tomado otro camino y no parecía.

Al fin, al trasponer el sol los horizontes, después de haber corrido entre montañas y precipicios, desbocado su caballo, y con el terror en el alma, Zairah llegó á la sima, sobre la cual debía levantarse la torre de los Siete Suelos, y cayó desmayada á la aproximación de Kaibar.

Jacub había sobrevivido al fin, y un hermano, para que se cumpliese lo pronosticado por las estrellas, había caído á las manos del otro durante el desmayo de Zairah.

Kaibar había caído á lo profundo de la sima, el caballo de Jask-Al-Bahul, en que había llegado Zairah, había caído también despeñado en el abismo.

El perro había lamido la sangre de Kaibar; Jacub había lanzado á la sima su puñal ensangrentado.

Había salido la luna,

Cuando Zairah volvió en sí, sólo encontró á su lado á Jucub.

El perro-león estaba sentado, amenazador y terrible, en medio de los dos jóvenes.

LI

Zairah se pasó la mano por la frente, y apartó de sobre ella las pesadas bandas de sus cabellos:

Sus ojos miraban con espanto á Jacub.

—¡Conque tú—exclamó—, tú, el mancebo hermoso de mi amor, eres mi hermano!

—¡Tu hermano! Miente aquel hombre que lo dijo—exclamó Jacub.

—¡Aquel hombre!... Aquel hombre tenía algo que me espantaba—exclamó Zairah.

—Esto ha sido un sueño, un sueño que no debemos recordar, alma mía.

—¡Un sueño! No; yo era blanca como la nieve, ya hora mis brazos, mi seno, están negros, negros como el carbón.

—¡Oh, no! ¡Tú sueñas—exclamó estremeciéndose Jacub.

—Debemos de haber cometido un crimen horrible, exclamó Zairah.

—El crimen de haber nacido destinados el uno para el otro.

—¿Quién sabe si nos ha unido el infierno?

—¡El inferno!

—¡He tenido un sueño, una visión!

—¡Una visión!

—¡Sí! Una visión horrorosa!

—La noche nos rodea, la luna brilla en los cielos, los aires son puros, todo nos convida á amar; ¿por qué hemos de hablar de cosas lúgubres?

Y Jacob adelantó hacia Zairah.

—No me toques, no me toques—exclamó la joven, retirándose.

—Tú no me amas—dijo sombríamente Jacob.

—¡Sí, sí te amo; pero de otro modo!

—¡De otro modo!

—Sí; de una manera más dulce, más tranquila: te amo como amaría á mi hermano, y nada más.

—¡Oh! Cuando me viste la noche pasada junto á ti no me hablabas de tal manera.

—Entonces era blanca, y ahora soy negra.

Jacob se estremeció.

—Pero yo te amo del mismo modo, con toda mi alma—dijo.

—¡Oh! ¡No, no! He soñado...

—Pero ¿qué has soñado?

—Me parece que acabo de despertar el sueño, un sueño de sangre.

—¿De sangre?...

—Sí.

—El terror de que estabas poseída...

—Dime, ¿que se ha hecho del buen caballero que nos dijo que éramos hermanos?

—Se fué—contestó con voz ronca Jacob.

—¡Se fué! ¿Y aquel otro hombre horrible de la cabellera roja?

—¿El que te perseguía?

—Sí.

—Se fué también.

—Mira, yo los he visto en el sueño sombrío que acaba de pasar por mí.

—¿Que los has visto?

—Sí, ensangrentados y pálidos.

—No, no puede ser—exclamó Jacob, cuya turbación crecía.

—Sí, sí; el caballero melancólico, grave, tenía abierto el pecho de una puñalada, y corría la sangre de la herida, y me miraba con dolor.

—¡Ah! No, no.

—Le he visto...

—Te lo repite tu terror.

—El otro, el de la cabellera bermeja, estaba

despedazado, magullado, como un hombre que ha caído despeñado sobre rocas.

—¡Ah! No, no.

—Y el buen caballero me decía: "Tú eres mi hija."

—¡Te llamaba su hija!

—Y el hombre de la cabellera bermeja me decía: "Tu eres mi hermana."

—¡Su hermana! ¡No, no puede ser!

—Y el caballero añadía: "Mi hijo me ha asesinado"; y el hombre bermejo decía: "Mi hermano me ha asesinado."

Jacob lanzó un gemido.

—Y alrededor de los que se decían mi padre y mi hermano, vagaban muchas sombras entre una atmósfera de fuego, y todos decían en coro:

—Nuestra raza se ha terminado; pero ha terminado maldita.

El terror de Jacob se aumentó, y adelantó hacia su hermana.

—¡Oh! ¡No me toques! ¡no me toques!—exclamó ésta, retirándose.

—Pero yo te amo.

—Nuestro amor es maldito.

—¿Y crees tú en sueños.

—Los sueños son avisos de Dios.

—O del inferno.

Y Jacob dió otro paso hacia Zairah.

—¡No me toques—exclamó ésta—, si no quieres morir y matarme!

—¡Cómo?

—No he acabado de decirte mi sueño; soñaba lo que está aconteciendo ahora mismo; en medio de los dos había un perro horrible, tú pugnabas por acercarte á mí, el perro gruñía de una manera amenazadora, y tú seguías acercándote como te acercas; al fin me asías una mano, y el perro, el perro nos arrastraba á los dos...

En aquel momento Jacob asió la mano de Zairah.

Un estremicimiento poderoso, un frío horrible, pasó por el cuerpo de los dos hermanos, y el perro, lanzando roncós, desesperados ladridos, se lanzó en la sima.

Y como arrastrados, como atraídos por él, se precipitaron también en la sima los dos hermanos asidos de las manos.

LII

Y al caer los dos hermanos en la sima, un alarido atronador, y coro infernal de voces condenadas se levantó sobre ella.

"Nuestra raza maldita se ha extinguido en la maldición.

"La torre se levantará sobre la sima, y con la torre el castillo resplandeciente.

"Y pasaron para esto centenares de años.

"Y Jacob, el último hijo de la familia condenada, el incestuoso, el parricida, el fratricida, vagará insepulto alrededor de la torre, hasta que una sultana que haya sido parricida, adúltera é incestuosa, muera en el castillo.

"Y entonces nosotros descansaremos perdonados por nuestra expiación en un infierno, y sólo quedarán en el obscuro fondo de la torre la mujer adúltera y parricida y su cómplice, y nuestro hermano el perro velando en la torre.

"Nuestra raza maldita se ha extinguido en la maldición.

"La torre se levantará sobre la sima, y con la torre el castillo resplandeciente."

Callaron las voces infernales, se apagó el eco que habían producido, y nada se escuchó cerca ó lejos de la sima: quedaron los alrededores desiertos, y la luna alumbrando blandamente á la noche.

LIII

Poco tiempo después de estos sucesos vinieron los árabes á España y la conquistaron.

Levantaron castillos en las montañas, y atalayas en las cumbres.

Sin embargo, la sima maldita permaneció abierta, y sin que pasase junto á ella hombre, animal, ni fiera, durante un espacio de más de quinientos años.

Hasta que el rey Nazar construyó la Alhambra.

Entonces, sobre la sima maldita, se levantó la torre de los Siete Suelos.

Y apenas se levantó la torre, cuando todas las noches salía de su fondo un espectro condenado que vagaba por el alcázar, esperando á la sultana que había de dar la señal con sus crímenes del descanso de la descendencia de Abraham y de Leila-Fatimah.

Pasaron, sin embargo, todavía más de cien años.

Al fin la sultana Ketirah, la esposa adúltera de Abul-Walid, murió en la torre de la Cautiva, y Jacob, que no era otro el mago que había impulsado al rey Abul-Walid hacia los amores de María, pudo al fin decir á su familia:

—Descansad: vuestras penas están cumplidas,

la sultana envenenadora, adúltera, incestuosa, ha muerto en el alcázar de la Alhambra: su cómplice va á bajar al infierno de la torre.

LIV

Y en efecto, Masud-Almoharaví bajó al fondo de la torre, pero jinete en un caballo sin cabeza, y precedido de un perro lanudo.

¿Quién había descabezado al caballo de Masud-Almoharaví?

Recordemos lo que ya hemos referido.

Cuando, auxiliado por el infante Aben-Ismaíl, Gonzalo se deslizaba con María por la escala, fuera de la torre de la Cautiva, Masud-Almoharaví se lanzó tras ellos, no sin recibir al lanzarse una puñalada del infante Aben-Ismaíl.

Sin embargo, á pesar de lo mortal de la herida, al mismo tiempo que Gonzalo montaba en su caballo con María, desmayada aún, Masud montó en otro que tenía del diestro un esclavo, y partió á la carrera tras Gonzalo.

Delante del caballo que montaba Masud corría ladrando el perro-león, el lanudo perro hermano de Jask-Al-Bahul.

Cuando Gonzalo hubo salido del barranco, notó que le seguían.

Al notarlo, notó también que quien le seguía era un hombre solo.

Entonces revolvió su caballo, y acometió con su espada á Masud.

Masud sorprendido, sin tener tiempo de enristrar su lanza, encabritó para defenderse su caballo.

La espada de Gonzalo brilló como un relámpago, y la cabeza del caballo rodó por tierra.

Entonces aquel caballo sin cabeza arrastró consigo á su jinete, siguiendo siempre al perro que ladraba; y perro, caballo y hombre, se encontraron en una magnífica cámara, sostenida por columnas y arcos calados en el fondo de la torre de los Siete Suelos.

Apenas se encontraron allí, el caballo quedó inmóvil en el centro de aquella magnífica cámara; el perro se echó á sus pies y se durmió; Masud-Almoharaví, el hombre condenado, se apoyó en su lanza, inclinó la cabeza, y se durmió también.

Gonzalo y María entretanto adelantaban hacia la frontera cristiana.

Llegaron al cabo á ella.

Algún tiempo después eran esposos.

Y el espíritu de Masud-Almoharaví vió aque-

llas alegres bodas, y los celos fueron su tormento.

Y aguijado por su dolor, todas las noche á la media noche sale de la torre en el caballo sin cabeza, precedido del perro, recorre los bosques de la Alhambra con la lanza en ristre, y vuelve al instante al fondo de la torre, de donde sale, y cae en un letargo de penas, soñando siempre en la felicidad de María.

Esta es la tradición del *Velludo* y del *Descabezado* de la torre de los Siete Suelos.

LEYENDA SEPTIMA

El mirador de Lindaraja.

CAPÍTULO PRIMERO

I

El rey Abul-Walid dejó cuatro hijos; Muhamad, su sucesor, de doce años; Farag, el segundo; Abul-Hegiag el tercero; é Ismail, el cuarto.

El mayor de estos cuatro hijos fué proclamado bajo el nombre de Abu-Abdallah Muhamad IV, el mismo día en que murió su padre.

En razón á la corta edad del rey, el wazir Almabrub tomó sobre sí el gobierno del reino.

Muy pronto la altivez y la avaricia de este wazir provocaron el disgusto y las demostraciones del esclavizado pueblo, y tres años después de su exaltación al trono, el rey Muhamad, que sólo tenía quince años, le mandó cortar la cabeza, á la vuelta de una empresa sobre la frontera de Castilla, y tomó las riendas del gobierno.

En sus primeras expediciones conquistó á Baeza y Gibraltar.

Poco después perdió á Gibraltar de nuevo, contra el emir de Fez, Abul-Hassan.

Pero en vez de disputarle Muhamad esta conquista, prefirió aliarse con él, y tan de buena fe lo hizo, que cuando los cristianos, bajo las banderas de Alonso XI de Castilla, fueron á cercar aquella plaza, acudió á socorrer al emir de Fez para que no se la arrebatasen.

Hizo levantar el sitio, y cuando penetró en la plaza hizo conocer á los reyes y capitanes africanos con injuriosas pullas el servicio que les había prestado, y ofendidos éstos le asesinaron cuando se embarcaba para ir á visitar al emir de Fez, su aliado.

Muhamad murió en la primavera de su juventud, aún no cumplidos los veinte años.

Inmediatamente los wazires y la nobleza proclamaron rey al hermano del difunto, Abul-Hegiag, y éste mandó recoger el cuerpo de su hermano, y le llevaron á Málaga, donde fué enterrado en una huerta del rey, fuera de la ciudad.

Sobre su sepulcro se escribió el epitafio siguiente:

“Este es el sepulcro del noble rey, fuerte, magnánimo, liberal, esclarecido, Abul-Abdallah-Muhamad, de feliz memoria, de la real prosapia: prudente, virtuoso, ínclito guerrero, vencedor, caudillo de vencedoras huestes, de la antigua é ínclita familia de los Nazares, príncipe de los fieles, hijo del sultán Abul-Walid-Aben-Ferag-Aben-Nazar, á quien Dios haya perdonado y tenga en descanso. Nació (el Señor se complazca de él) día ocho de Muarram del año de setecientos quince, y murió (Dios le perdone) á trece de Dilhagía del año de setecientos treinta y tres. ¡Loor y gloria á Dios Altísimo é inmortal!”

II

El nuevo rey Juzef-Abul-Hegiag entabló inmediatamente negociaciones, por las que obtuvo una tregua de cuatro años entre Alonso XI de Castilla, el emir de Fez Abul-Hassan y él. Ocupóse durante esta paz transitoria en la administración de sus reinos; dió muchos decretos para precisar la acepción de las leyes, obscurecidas por las sutilezas de los imanes y de los katibs; estableció fórmulas sencillísimas para los actos públicos y particulares, creó distinciones honoríficas para recompensar los servicios á imitación de sus vecinos cristianos, concluyó la Alhambra, y erigió otros muchos monumentos, de que él fué el único arquitecto.

Apenas terminada la tregua, el emir de Fez envió á su hijo á hacer excursiones en la Andalucía cristiana. Este joven príncipe murió en esta expedición. Su padre Abul-Hassan juró vengar su muerte, sujetando de nuevo á los matadores al antiguo dominio de los Almoravides, y publicó el *agihed* ó guerra santa, reuniendo sobre Ceuta las fuerzas de su imperio, y atravesando el Estrecho con doscientas naves, en las que se trasladaban á España cuatrocientos mil infantes y sesenta mil caballos. El rey de Granada fué á unirse con él á Gezira Alhadra (Isla-Verde), y los dos ejércitos combinados marcharon sobre Tarifa, y la cercaron.

Los reyes cristianos se estremecieron de espanto ante este nuevo esfuerzo del Africa, y Alonso XI excitó á los reyes de Portugal y de Aragón para que se uniese con él, á fin de contra restar al enemigo común.

La batalla del Salado decidió la suerte de aquella empresa.

Los moros fueron vencidos.

El harem del emir de Fez, su hermana, su hija y sus tesoros cayeron en poder de los cristianos.

Encerrado el rey Juzef en la Isla Verde, se vió obligado para volver á Granada á embarcarse secretamente, yendo á desembarcar en Almuñécar.

Sucesivamente Alonso de Castilla se apoderó de Tarifa, de la Isla Verde y de Algeciras.

Juzef era decididamente desgraciado en la guerra.

III

Había nacido para la paz, para la ciencia, para las artes.

Fué el Augusto de Granada.

Instituyó numerosas escuelas, y determinó para todas las del reino una enseñanza igual; embelleció con mezquitas, aljibes, cisternas, hospitales y palacios la ciudad de Granada, y formó ó renovó sobre muchos objetos reglamentos que llevaron su nombre, y que fueron, mientras subsistió el reino, sus leyes.

Cuando Abul-Hegiag pactó las treguas con el rey de Castilla, sólo contaba veinticinco años.

Era muy dado al estudio de las ciencias y de las bellas letras.

Era un astrólogo consumado, y hacía hermosos versos, en competencia con los más floridos poetas de Granada.

Dícese que en un poema suyo, describiendo la hermosura de su esclava Lindaraja, escribió también un pabellón ó mirador, de tal manera, que enamorada la esclava de aquella descripción, le pidió le mandase construir tal y como le había visto en su fantasía.

Entonces el rey mandó á sus alarifes, que estaban acabando de construir la magnífica sala de las Dos Hermanas, la más hermosa del patio de los Leones, fabricasen en su fondo, más allá de una bellísima galería, el mirador que aún lleva el nombre de Lindaraja.

Juzef extremó en él la galanura y la belleza

de los matizados adornos de flores entrelazadas; los bellos arcos de sus pequeños ajimeces; el gracioso calado de sus celosías de alerce; el menudo mosaico de brillante esmalte de su pavimento, y el techo transparente de cristales de colores sobre ricas maderas labradas; la elegancia y la esbeltez de su arco de entrada, por el que se ve la magnífica sala de las Dos Hermanas, y á su fondo el fantástico patio de los Leones, con sus blancas columnas de alabastro y sus arcos calados.

Juzef mandó construir de tal manera este mirador, que sentada Lindaraja en almohadones sobre el pavimento, viese el jardín que bajo el mirador se extendía hasta los Adarves, teniendo á la izquierda la torre de Embajadores, á la derecha el mirador de la Sultana, y al frente, levantándose sobre el monte hasta la antigua torre del Aceituno, el barrio del Hageriz; sobre él, el Albaicín; sobre el Albaicín, coronando la silueta del monte, el cretón de rojas murallas robustecidas por cien torres.

Juzef-Abul-Hegiag era un grande artista.

Amaba, y sabía ofrecer á su amor una galantería digna de un rey poeta.

Para esto, para el amor, para la ciencia, para las artes, había nacido Abul-Hegiag. Y no porque su debilidad de ánimo le hiciese incapaz para la guerra; no porque faltase pujanza á su brazo para romper una lanza, ni porque fuese mal justador ó mal caballero.

Juzef era bravo como un león; y aunque fué generalmente desgraciado en sus empresas guerreras, nadie se ha atrevido á tacharle de mal capitán ó de cobarde.

Todo consistía en que Juzef era sabio; en que comprendía que la guerra es para los Estados funesta, que más que ella los engrandece y los hace prósperos la paz.

Que los tesoros que en la guerra se gastan, producen incalculables beneficios, invirtiéndolos en pro del interés público, creando escuelas donde el saber se difunda, donde la ciencia brille; hospitales donde el enfermo encuentre salud ó consuelo; lugares de recreo donde el pueblo se esparza y divierta la fatiga de los días del trabajo; estimulando á los sabios, á los artistas, á los poetas; acreciendo, en fin, los elementos de civilización.

Todo esto lo hizo el joven Juzef-Abul-Hegiag: desdeñando la guerra, que destruye, por la feconda paz, que crea, consagrando su vida á me-

jorar la suerte de sus vasallos, y á hacer de Granada un emporio.

Juzef es quizá, después de Al-Hhamar, el rey más noble, más simpático y más grande de Granada.

El vencedor Al-Hhamar formó el reino: Abul-Hegiag, el sabio, le llevó á la más alta cumbre de su esplendor.

El uno se valió de la espada: el otro del arte y de la ciencia.

IV

Á primera vista, el arqueólogo que recorre el alcázar de la Alhambra, distingue la parte construída bajo Aben-Al Hhamar, de la otra, construída bajo Abul-Hegiag.

La primera es grandiosa, robusta, magnífica en sus adornos. Á la belleza se ha antepuesto la majestad.

La otra es delicada, feble, bellísima, casi fantástica, por lo delicado, por la exquisita combinación de adornos y de labores; por lo menudo y primoroso de los detalles; por el lujo, en fin, prodigado en todo, sin llegar nunca á la pesadez ni el embrollamiento.

El patio de los Leones, las salas de los Abencerrajes, la llamada de Justicia y la de las Dos Hermanas, con su mirador de Lindaraja y sus preciosas habitaciones altas, pequeñas, con arcos, adornos y ensamblajes en miníatura, parecen el palacio soñado, hecho por un genio para habitación de una hada.

El buen rey Juzef hizo muy bien en invertir en la construcción de aquella parte del alcázar, y en otros notables edificios de Granada, los tesoros que el bravo y guerrero rey Al-Hhamar hubiera gastado en guerras.

Juzef-Abul-Hegiag, aún hoy, merece bien de Granada.

V

¿Quién era Lindaraja?

No se sabía.

¿Era hada ó mujer?

Se ignoraba también.

El rey Abul-Hegiag, en sus largas casidas de versos, la llamaba arcángel del séptimo cielo; ventura de los que la veían; edén representado en una mujer, sueño de amores; alegría de toda tristeza; armonía de toda armonía.

Esto consistía tal vez, en que, á despecho de la hermosura de la sultana Daimiel, esposa de

Juzef, y de las quinientas esclavas de su harem el rey estaba locamente enamorado de Lindaraja.

Un día, hemos dicho mal, una noche vagaba el rey por el patio de los Leones.

La luna brillaba en el tranquilo cielo con una luz dulce, pálida, melancólica, clarísima, que rielaba en las aguas que caían murmurando sobre el ancho pilón de la fuente.

Los arcos de las galerías, las penumbras, los fondos de las salas de los Abencerrajes, de las Dos Hermanas y de Justicia, todo era fantástico, todo vago, todo misterioso.

El rey Juzef se adormía contemplando la belleza de su obra, en aquella hora silenciosa, á la luz lánguida de la luna, en medio de la soledad, como un amante que contempla la belleza de su amada, durante las horas del reposo á la luz blanca de una lámpara de alabastro.

Juzef observaba el efecto de la luna en la sala de las Dos Hermanas, cuya construcción estaba próxima á concluir.

De improviso, y cuando miraba á través del elegantísimo arco del fondo de la sala, una claridad tenue, azul, vaga, se dejó ver como una niebla fantástica detrás del arco. Y el rey Juzef vió que aquella niebla tomaba formas.

Y que aquellas formas se iban condensando.

Y que á medida que se condensaban, tomaban color y vida.

Y apareció ante Abul-Hegiag una doncella como ojos humanos no la habían visto jamás.

Esta doncella tenía suelta una larga cabellera ondulante, en la cual parecía brillar la luna, como hubiera podido brillar sobre finísimas hebras de oro.

Vió unos ojos azules como el cielo de la noche, que resplandecían con todo el encanto de la hermosura, con todo el lánguido brillo del sol poniente.

Juzef, cuando vió la mirada de aquellos ojos de hurí fija en él, con la ternura y las ardientes promesas de un amante y la pureza de una hada, no vió mas que aquellos ojos.

Ardió su corazón en un fuego desconocido, y adelantó hacia aquella forma hechicera.

Pero sólo encontró el ajimez situado en el centro de la galería, detrás del arco.

Se encontró envuelto en la vaga penumbra.

Aquella claridad fantástica había desaparecido.

Con ella había desaparecido la visión celeste.

Pero quedaba impregnada en el aire una ambrosía deliciosa.

—¡Ah!—exclamó suspirando abul-Hegiag, es que me ha adormecido, y he soñado la maga digna de habitar en estos retretes encantados:—¡Oh señor Allah!—no soy yo el inventor de estas maravillas; tú me las has inspirado; tú me las has hecho ver en sueños para que yo las construya; este portento no es obra mía; tú le has hecho, Señor poderoso y sabio sobre todas las sabidurías; y tú me has dejado ver en sueños á la hada de estos lugares: ¡Qué poderoso y qué grande eres, señor Allah!

Y Juzef suspiró de nuevo, y triste y meditabundo bajó por aquella misma galería á los baños, y en la apartada cámara de los divanes se arrojó, sobre uno de ellos, y se durmió.

VI

Apenas se había dormido, un sueño batió sobre él sus alas de oro, púrpura y azul; le halagó con el blando ambiente que sus alas movían, y sopló sobre sus ojos su aliento tibio y perfumado.

El rey volvió á ver la hermosísima aparición.

Le sonreía; le embriagaba; le enamoraba.

Parecía que á través de su blancura de alabastro se transparentaba el fuego del amor, de la voluptuosidad, de la hermosura, de cuantos embriagadores embelesos guardan las hurtes para los elegidos de Dios, que después de su muerte van á morar en las eternas mansiones del Paraíso.

Juzef pugnaba por decir á aquella aparición lo que sentía, y no encontraba voz. Ansiaba tocarla, y no encontraba manos. Pretendía seguirla, y se sentía sin pies.

El rey gemía, sufría; y sufrió de tal manera, que no pudiendo resistir más, el sufrimiento le despertó.

Se encontró á obscuras; su lámpara se había apagado.

Sintió un leve rumor, semejante á los ligeros pasos de alguien que se deslizase sobre las alcatifas de seda y oro, casi sin tocarlas.

Una ambrosía muy semejante á la que el rey había aspirado al desaparecer la visión, en la galería de la sala de las Dos Hermanas, le envolvió, y se hizo sentir de él tenue y deliciosa.

El rey se levantó; siguió aquellos pasos, casi perdidos, que se oían constantemente delante de él; siguió tras ellos, por galerías oscuras; salió por ellas, del alcázar á los jardines; se perdió

bajo la obscura sombra de enramadas de laureles, si ver delante de sí forma alguna, pero sintiendo siempre los pasos.

Llegó á un postigo de hierro del muro, que cerraba por aquella parte, cerca del lecho del Darro, los jardines del alcázar, y el postigo se abrió en silencio, y volvió á cerrarse cuando hubo salido el rey.

Los pasos, tenues, vagos, fantásticos, resonaban aún delante de él, produciendo un ruido semejante al de una hoja seca que arrastra un ligero vientecillo.

La luna brillaba, y, sin embargo, el rey no veía forma alguna.

Y seguía bajando por una pendiente cuesta, escuchando siempre delante de él los pasos.

Y así llegó hasta el agua del Darro que corría en un pobre raudal, pero clara, ruidosa, sonora, gimiendo entre las piedras.

El rey oyó entonces el leve chasquido de unas pisadas sobre el agua que se extendía, poco profunda, en un ancho remanso abrillantado por la luna.

El rey pasó, entrando en el agua que apenas llegaba á cubrir sus pies.

Se oía constantemente el ligero chasquido.

Luego volvió á sonar sobre la arena el leve ruido, semejante al de la hoja seca impulsada por el viento.

El rey empezaba á entrar por las sombrosas, verdes de odoríferas Angosturas del Darro.

Y los pasos continuaban resonando delante de él.

Y así siguió andando durante una hora, hasta que llegó á una espesura de álamos, entre los cuales crecían aromáticas plantas silvestres.

El ruido de los pasos cesó.

El rey miró en torno suyo, y le pareció que entonces era cuando realmente despertaba.

Estaba en el centro de una de las alamedas que crecían en las márgenes del Darro, al pie de los lindos Carmenes de las Angosturas.

—¿Cómo me encuentro aquí?—dijo Juzef—; yo no estoy en mi alcázar: este es uno de los apartados y sombrosos lugares del Darro: la luna me deja ver álamos gentiles; el silencio me deja percibir el sonoro y dulce murmurio del río; las flores me envían su fragancia, y las puras Náyades su languideces: ¿que es esto, Señor Altísimo y Unico? ¿Con qué misterio has traído aquí á tu siervo Juzef? ¿Cumplase tu voluntad, sabio y misericordioso Allah!

Acababa el rey de pronunciar estas palabras, cuando detrás de una pequeña espesura sonó un profundo gemido.

El rey acudió á donde aquel gemido había sonado, y solo halló un hombre muerto.

Un hermoso joven, con ricas y nobles ropas, partida la cabeza por un golpe de yatagán.

—¡Ah! ¡Dios es justiciero y misericordioso!— exclamó Abul-Hegiag. El me ha traído aquí, sin duda para que no quede oculto y sin castigo un crimen; però este desdichado no puede ser el que ha gemido de una manera tan apenada; está frío como el mármol y su sangre aparece coagulada; hace ya tiempo que este desdichado ha debido pasar el terrible puente Sirat; ¡que el Altísimo haya tenido misericordia de su alma! Pero, ¿quién, quién, si él no ha podido ser, ha arrojado de sí aquel largo y doloroso gemido?

Oyóse entonces un roce de ropas en una espesura, al frente del rey.

Y Juzef al levantar la vista vió delante de sí una doncella de maravillosa hermosura, vestida con una túnica blanca que desde los hombros la caía hasta los pies, y tendidas dos largas trenzas rubias sobre el pecho y sobre el cuerpo, casi tan largas como su túnica.

La luna brillaba sobre su semblante y sobre sus brazos extendidos hacia el rey, como sobre blanquísimo alabastro.

De los azules ojos de la doncella se desprendían gruesas lágrimas; de su boca, entreabierta, se exhalaba el dolor.

—Tú eres—dijo—el sabio y poderoso rey Juzef Abul-Hegiag, el servidor de Dios, el justo y el fuerte; ¡ampárame!

—¿Y contra quién he de ampararte, resplandor del día?—exclamó Juzef, que creía tener ante sí, realizada, viviente, hermosísima, á la visión de su sueño.

—Llévame contigo, apártame, ocúltame donde yo pueda llorar sin miedo.

—¿Conoces tú á ese desdichado que está muerto junto á nosotros, flor del Edén?

—Sí.

—¿Era tu amante?

—No; el fuego del amor no ha abrasado todavía mi corazón; aún no le ha hecho latir el anhelo; aún no me ha hecho suspirar la esperanza.

—Hablas como si hubieras amado con toda tu alma.

—Adivino el amor. Pero llévame contigo, rey

poderoso y ensalzado; apártame de este lugar de horror.

—¿Quién ha muerto á ese desdichado?

—No lo sé.

—¿Cómo has llegado aquí con él?

—No lo sé.

—¿Quién es tu padre?

—Yo no tengo padre.

—¿Quién es entonces tu pariente?

—Yo no tengo parientes.

—¿En qué tierra ha visto la primera luz la sultana de las hermosas?

—En ninguna tierra.

—Entonces, si no eres de la tierra, serás del cielo; tal vez la buena hada de esu desventurado.

—Yo soy un misterio; llévame contigo.

—¿Por qué no me dices quién ha muerto á ese mancebo para que yo le vengue en justicia?; parece noble, y, sin embargo, yo, que conozco á todos mis nobles, no le conozco á él.

—Tampoco le conozco yo.

—Entonces, ¿por qué gimes? ¿por qué lloras?

—Porque la sangre y la muerte me dan horror; espantan mi alma, y la hieren.

—¿Por ventura quieres que vaguemos por estas umbrías hasta que deje ver sus primeros albores la mañana?

—¡Ah! no: tendría miedo por tí.

—¿Quién se atrevería sobre mi tierra á levantar el brazo traidor contra mí?

—Sálvate y sálvame—dijo la doncella asiendo las manos del rey, que se estremeció todo.

—Pero si no eres de la tierra; si eres un ser celeste como parece proclamarlo tu maravillosa hermosura, ¿qué pueden hacer contra tí los mortales?

—Yo soy un misterio—repitió la hermosísima doncella.

Y continuaba llorando.

—Dime á lo menos tu nombre para que yo le grave en mi corazón—dijo el rey estrechándola dulcemente las manos.

—Yo soy Lind-Hharadj (1).

—Hermoso nombre, pero terrible, si tu corazón es tan duro como él (2).

—Yo no sé si tengo corazón.

—Me lo dirán mis lágrimas, si no las enju-

(1) Por corrupción, Lindaraja.

(2) Este nombre significa *Piedra preciosa*.

gas: mis gemidos, si no te conmueves; mi desesperación, si no la calmas con tu amor.

—Llévame contigo, guárdame donde nadie me vea, donde nadie me oiga, si no quieres que sobrevenga para ti una desventura.

—Mi desventura eres tú.

—Si yo pudiera amar, te amaría.

—¿Otro misterio aún? pues qué, ¿las hadas no aman?

—Yo no soy hada.

—Pues si ni hada ni mujer, arcángel.

—No oiga Dios tu idolatría: no veas en mí un varón de Dios de los que viven eternos junto á Dios.

Y por más que hizo el rey, por más que suplicó, no pudo alcanzar que Lindaraja desvaneciese aquel misterio.

Y la llevó consigo.

Y la tomó en sus hombros, siempre que fué necesario pasar el río que serpeaba por las Angosturas, para que no se mojasen los delicados pies de Lindaraja.

Y cada vez que el rey sentía sobre sí el dulce peso y el tibio calor de la doncella, agonizaba á un tiempo de felicidad y de angustia.

Y le parecía que un ser nuevo, abrasador, divino, henchía su ser transformando su ser.

Y se detenía y volvía á pedir amor á Lindaraja, que le escuchaba impasible y le excitaba á continuar el camino.

Y al cabo el rey llegó con ella al postigo de hierro que cerraba los muros de los jardines del alcázar, por la parte del río.

Pero entonces el postigo no se abrió como á la salida del rey.

Y antes de que el rey llegase al postigo, un soldado de la guardia negra, que velaba en las almenas, mandó hacer alto al rey armando su ballesta.

Y fué necesario que el rey diese su nombre para que el postigo se abriese.

—¿Quién abrió el postigo cuando yo salí, que yo no vi á nadie?—preguntó el rey.

—Tú le mandaste abrir, señor—dijo el guarda.

—Mira no te atrevas á mentir cuando el rey te habla, porque podrás ser castigado con azotes: cuando yo llegué á nadie vi, y el postigo se abrió, y volvió á cerrarse cuando yo salí.

—Yo te hice detenerte, señor, y tú me dijiste: abre: y abrí, saliste, y cerré.

—Continúa velando—dijo el rey, sin atreverse á decir más al esclavo negro.

—Dicen que dormido se puede andar, hablar y obrar como si se estuviera despierto—dijo para sí el rey—; puede ser que esto haya sido.

Y continuó adelantando, á través de los jardines, hacia el alcázar, llevando de la mano á Lindaraja que gemía y lloraba.

VII

Entraron al fin por otro pequeño postigo en el alcázar.

Y el rey, por los mismos pasadizos y por las mismas estrechas escaleras por donde había bajado de la cámara de los Divanes, llegó á ella.

La lámpara, cubierta por un globo de nácar y oro, ardía blandamente.

—Cuando yo desperté, la lámpara estaba apagada: ¿quién ha podido entrar aquí sin que yo le llame, para encenderla? Espera un solo instante, mi sultana: el rey es tu esclavo, y su alcázar, tu alcázar: reclínate en mi diván, y reposa.

Lindaraja se dirigió lánguidamente al magnífico lecho del rey, y se reclinó en él.

Juzef la contempló por un momento inmóvil. Suspiró, y triste y lento salió por una estrecha puerta de la cámara; torció por un estrecho pasadizo, y llegó á una pequeña estancia, en la cual, sobre una estera de palma, envuelto en una túnica roja, dormía un esclavo negro.

El buen rey Juzef, en vez de tocarle con el pie, se inclinó, y le movió suavemente con la mano.

El esclavo despertó, y al ver al rey, se levantó rápidamente, y se prosternó.

—¿Qué quiere de su siervo el excelso sultán, ensalzado por Dios?—dijo con voz dulce y llena de un respetuoso afecto el esclavo—: alguna dolencia te ha hecho abandonar tu diván?

—No, Daimar, no; pero quiero saber quién ha encendido mi lámpara que se había apagado.

—Nadie, señor: yo no me he movido desde que me enviaste á descansar; aquí no entra, no puede entrar nadie: tus guardas son leales: habrás soñado que se había apagado tu lámpara.

—Sí, sí, Daimar; he soñado, es cierto: vuelve á tu reposo: que Allah te de un hermoso sueño.

Cuando volvió á entrar el rey en su cámara, la lámpara se había apagado.

—¡Ah!—exclamó el rey—: ¿quién ha hecho esto? ¿quién ha envuelto en tinieblas mi lugar de reposo?

—Tu esclava, señor—contestó la dulcísima voz de Lindaraja: tu esclava, y el amor.

Desde aquel día, ó más bien desde aquella noche, Lindaraja fué la sultana, no la esclava, del buen rey Juzef-Abul-Hegiag.

VIII

Al día siguiente, Juzef despertó de un sueño de felicidad.

Lindaraja dormía á su lado, pero sin duda no era feliz.

En su semblante dormido, aparecía la tristeza del alma.

De sus hermosos ojos cerrados pendía una lágrima.

El rey no se atrevió á despertarla.

Por las altas ventanas de la cúpula, á través de sus caladas labores, entraban los primeros rayos del sol inundando la cámara con una luz dorada.

Abul-Hegiag no se acordaba de haberse levantado nunca tan tarde: de no haber rezado en su mezquita la oración de azobhi (1).

Miró con terror á Lindaraja.

—¿Será esa hermosísima criatura uno de los arcángeles desterrados del séptimo cielo con Satanás, que Satanás me envía para poner á prueba la fortaleza de mi alma y mi fe en el Dios Altísimo y Unico?

En aquel momento Lindaraja despertó.

Se incorporó; apartó desobre su frente una de sus trenzas rubias, y fijó sus hermosos ojos azules y oscuros, casi negros, en el rey que estaba de pie, pálido, inmóvil, contemplándola profundamente.

—¿Por qué desconñas de tu sierva, señor? Me has pedido amor, y amor te he dado: libre era, y soy tu esclava: ¿qué más quieres de mí? ¿Por qué recelas de mí?

—Porque la felicidad que contigo he encontrado no es una felicidad de la tierra, y las hadas y las hurfes no pueden ser tocadas por mano mortal sin que el mortal que las toque muera; y yo vivo, vivo con cien vidas más que vivía antes de encontrarte.

—Yo soy un misterio—repitió Lindaraja—, guárdame como un misterio, porque si alguien

(1) Del alba.

sabe que tú me amas, que me tienes en tu poder, te sobrevendrá una gran desgracia: la noche y el silencio son los únicos testigos que pudieran revelar que me has encontrado; y ese guarda que nos ha visto entrar por el postigo de tus jardines: haz que ese guarda enmudezca.

—Ese guarda te ha visto entrar—dijo Juzef—, pero no sabe si permaneces aquí: á más de eso, yo no evitaré una desgracia cometiendo una acción reprobada é injuriosa; yo no mataré á ese guarda, ni aun le encarcelaré: nada ha hecho que merezca una injusticia tal.

—¡Ay, si ese guarda es la causa de una gran desdicha!

IX

El rey salió dejando encerrada á Lindaraja en la cámara de los Divanes, y se fué á la puerta de su alcázar á administrar justicia con sus vazires, porque era viernes.

Á poco que estuvo allí, entre los que venían, ya á reclamar justicia, ya á dar parte de algún suceso extraordinario, adelantaron tres ancianos labradores de los cármenes de las Angosturas del Darro, y prosternándose ante Juzef, dijo el más anciano de ellos:

—Un crimen se ha cometido dentro de nuestra propiedad, poderoso y ensalzado emir de los creyentes: mientras dormíamos, un noble caballero, á juzgar por sus vestiduras, ha sido muerto: nosotros le hemos encontrado por la mañana, hemos dado parte al cadí, y el cadí nos ha preso: y sólo por el beneficio que das á tus súbditos, de que tú les oigas en justicia, señor, hemos podido venir hasta aquí.

—¿Y no tenéis vosotros conocimiento del hecho?—dijo el rey—; ¿no habéis podido evitarle, ó por lo menos prender á los asesinos?

—No, señor—dijo el que hasta entonces habia hablado—; nosotros sólo hemos encontrado el cadáver de ese caballero, y para que no se nos culpase por haber sido muerto en nuestra propiedad, hemos dado parte al cadí que nos ha preso.

—¿Qué sabes tú de esto, mi sabio y leal Abd-el-Kerim?—dijo el rey volviéndose al anciano cadí de los cadíes (1).

—El cadí Abd-el-Azis-Bulbul me dió parte

(1) Jefe de los jueces, ó Justicia mayor del reino, que formaba parte de su Consejo.

esta mañana, al amanecer, de que en uno de los cármes de las Angosturas, cerca del agua, en la demarcación de dos cármes que pertenecen á los que te piden justicia, se había encontrado un magnate, á juzgar por su aspecto, muerto de un tajo de yatagán en la cabeza.

—¿Y no se sabe—dijo el rey—quién sea ese magnate?

—No, señor invicto y esclarecido—contestó el cadí de los cadíes—; hasta ahora ninguno de los creyentes que han pasado por la plaza de Al-Bolut, donde se le ha puesto á la puerta de la mezquita para ver si alguien le conocía, le ha conocido.

—Que le paseen en un lecho por todos los sitios más concurridos de la ciudad—dijo el rey—; que se le mantenga en cada uno de ellos durante algún tiempo á la expectación pública; que se pregone un premio de cien dirhames de oro al que revele quién es y lo pruebe, y que no se le sepulte hasta dentro de tres días; por la noche se le tendrá en su lecho á la puerta de la gran mezquita, rodeado de hachones encendidos y con una gran guardia de mis esclavos negros, acompañándolos un cadí y un katib (1). Esos tres hombres son inocentes—añadió el rey señalando á los tres labradores—: manda dar á cada uno de ellos una dobla de plata juzefina, en resarcimiento del perjuicio que haya podido hacerseles prendiéndolos, y que vayan en paz, libres y honrados.

—¡Bendito seas tú y Dios te ensalce y te prospere, rey magnánimo, justiciero y misericordioso.

—Que el Altísimo y Único prolongue tus días, engrandezca tu estado y te colme de prosperidades á ti y á los tuyos.

—Que tu nombre preeminente y glorioso llene toda la redondez de la tierra—dijeron á un tiempo los tres labradores.

Y recibiendo cada uno de ellos una dobla de plata que les dió un siervo del cadí de los cadíes, después de haber hecho una multitud de zalemas (2) al rey, partieron llenos de alegría, ensalzando la justicia y la generosidad del gran rey Abul-Hegiag.

Cuando el rey hubo concluído su audiencia, oyendo á todos los que á él habían acudido, y sentenciado sus causas en justicia, se volvió al

interior de su alcázar, y entrándose solo con el cadí de los cadíes en la gran cámara de embajadores, le dijo:

—Abd-el-Kerim, tú eres el ojo de mi justicia; el oído siempre atento para escuchar todo lo que puede ser en servicio de Dios ó del rey: por ti mi Granada está regida en justicia; castigados los criminales y premiados los que bien obran: tú tienes numerosos cadíes honrados, rectos, y de despierto ingenio. Voy á confiarte un encargo de importancia: necesito que se averigüe de qué casa noble y rica de mi ciudad de Granada, ó de cualquiera de las otras ciudades, villas, alquerías y distritos de mi reino, ha desaparecido una doncella noble y hermosa. Quinientas doblas de oro juzefinas serán el premio del que descubra esto, y el nombre y la calidad del padre ó de los parientes de esta doncella.

—No quedará lugar en tu reino, poderoso señor, donde no se hagan pesquisas, y espero decirte dentro de poco quién sea y de qué lugar y familia esa doncella que se ha perdido.

—Pregonado ha de ser esto en todos los lugares públicos de mis reinos—dijo el rey—, ofreciéndose el premio de quinientas doblas, y añadiendo que el que ocultare lo que acerca de esto supiere, si se descubriese que lo sabía se le castigará con azotes, cárcel y destierro, si fuese persona común; ó será descabezado por inobediente y desleal al rey si fuere persona noble: quiero que esto se pregone en Granada delante de ese cadáver desconocido, y que un alguacil ponga en cada uno de los lugares públicos donde el pregón se hiciere, un papel en que esté escrito el pregón.

—Será como lo ordenas, magnífico señor—contestó Abd-el-Kerim.

—Vete, y que desde el momento se pasee ese cadáver por la ciudad y se vocean los pregones, y al mismo tiempo salgan jinetes llevando la orden de esto á los cadíes de todos los lugares y distritos de mi reino, y que se recomiende la mayor actividad y el más escrupuloso cumplimiento.

El cadí de los cadíes se inclinó profundamente, tocó con su mano derecha los pies del rey, y luego se besó la punta de los dedos y salió sin volver al rey la espalda, hasta que estuvo en el cercano patio del Mexuar (1).

(1) Un juez y un escribano.

(2) Reverencias profundas, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada.

(1) Del Consejo: hoy de los Arrayanes ó del Estanque.

—¿Qué tendrá que ver ese caballero muerto y desconocido con la hermosa doncella, noble, perdida?—iba murmurando para sí el anciano Abd-el Kerin—; con mucho interés toma el rey este asunto.

X

Entre tanto Juzef Abul-Hegiag llamó á su esclavo Daimar, y le dijo:

—Mi buen servidor, quiero que pidas á mi cocinero una canastilla con rutas, alcuzcuz de leche y miel, carne tierna de carnero, en mantequilla fresca, y un ave cocida: pondrás también un frasco de licor de naranja y pan candéal: todo esto cubierto con un blanco paño de damasco, me lo traerás al instante aquí, y si te preguntare para quién lo pides, le dirás, como haciéndole una gran confianza, que el rey ha hecho voto de comer desde hoy solo, encerrado, y sin servidores.

El esclavo se inclinó, y salió.

El rey se quedó esperando, recostado en un diván con el pensamiento lleno de la hermosura de Lindaraja y del misterio que la rodeaba.

Poco después acudió Daimar con un precioso canastillo, de palma y junco primorosamente labrado, y lo presentó al rey.

El rey abrió con una llave de oro una pequeña puerta, tomó el canastillo, entró con él por la puerta; dejó el canastillo sobre la alfombra, cerró la puerta por dentro, y por bellas galerías se dirigió á la cámara de los Divanes, donde encontró á Lindaraja, sentada delante del gran espejo de plata que servía al rey para ataviarse, trenzándose los magníficos cabellos.

Ella vió reflejarse en el espejo la figura del rey, que adelantaba con el canastillo en las manos, y le dijo volviéndose á él y sonriendo, aunque de una manera violenta:

—¿Quién te ha convertido en sirviente, señor?

—Tu voluntad, tu hermosura y mi amor, luz de mis ojos. Si te dignas aceptar la vianda que te traigo y me permites que te la sirva y te acompañe, me habrás favorecido, según mi deseo.

Lindaraja se volvió sobre el mismo almohadón en que estaba sentada.

El rey acercó una pequeña y preciosa mesa de mosaico, redonda y muy baja, extendió sobre ella el rico paño de hilo de Damasco tan fino y tan brillante que parecía de seda, puso sobre la mesa las bateas y los jarros de oro en que iban

las viandas, la leche, el vino de naranja, y el agua, partió el pan con su gümía, se sentó frente á Lindaraja, y se puso á comer á par de ella (1).

XI

Lindaraja mostraba, extendida sobre el hermosísimo semblante, una negra nube de tristeza y dejaba conocer que si comía era por no disgustar al rey.

—¿Por ventura eres desdichada?—la pregunto el rey.

—¿Por qué me preguntas lo que yo no puedo contestar sin cometer el delito de disgustarte, señor?—dijo Lindaraja—; pues ¿qué puede ser más que muy venturosa la que, como yo, se ve favorecida y honrada por su rey y señor?

Y dos lágrimas rodaron de los hermosos ojos de Lindaraja.

—El alma no puede encubrir su dolor—dijo profundamente el rey—: la sonrisa del desdichado será siempre amarga, y su palabra breve: tú llenarás mis días de tristeza con tu tristeza; tus lágrimas llenarán mi corazón de lágrimas. ¿Quién eres? ¿qué deseas? Pide; manda: yo no soy el señor aquí, sino el esclavo. Ante tu voluntad desaparece mi voluntad: yo te amo.

—Y yo soy tuya—contestó brevemente Lindaraja.

—Si; pero como es la esclava del señor: gimiendo, estremeciéndose entre sus brazos, con los ojos nublados por la tristeza y el corazón comprimido por el dolor: ¡ah! por tu causa escucho sobre mi cabeza el lúgubre ruido del batir de las negras alas del terrible arcángel Azrael (2).

—Mi única felicidad posible es tu felicidad, señor—contestó tristemente Lindaraja.

—Pero yo no puedo ser feliz si no veo resplandecer en tus ojos la alegría y el amor; mientras yo te vea triste y acuitada, mi corazón estará envuelto en negra vestidura de luto; mi pensamiento será triste como una noche lóbrega; mi vigilia estará llena de dolor y mis sueños de espanto. ¡Oh!

(1) Los árabes y los moros no usan cubiertos: las manos los substituyen, y en cuanto á los líquidos que constituyen la salsa de los manjares, los embeben con el pan. Veán nuestros lectores comer á uno de nuestros labriegos con los dedos, y habrán visto comer á un moro.

(2) Arcángel de la muerte.

¿Por qué no me amas tú, hurí de las hurfes, hija de una mirada creadora del Señor? ¿Por qué tu alma no arde en mi alma, abrasándola y abrasándome en un fuego delicioso? ¿Por qué entristeces para mí mi alcázar de rubíes, el sol de mi Granada y su radiante cielo? ¿Por qué conviertes en una tumba todo lo que me rodea?

—Tú eres noble, generoso y magnánimo, señor: diviertes tu espíritu en la práctica del bien; haz felices y prósperos á tus súbditos; goza amparando al desvalido, premiando al virtuoso, castigando al malvado. ¿Qué es la hermosura de una mujer? ¿Qué son el amor y los placeres comparados con la grandeza y las altas obligaciones de un rey? Levántate sobre la tentación, señor; no veas en mí más que una esclava humilde y agradecida que los hados han puesto bajo tu protección, y no te olvides, por ella, de las obligaciones de tu grandeza.

Y así continuaron hablando durante un largo espacio, Abul-Hegiag y Lindaraja; él, suplicante y enamorado; ella, sumisa, pero triste, sin dar al rey la más leve esperanza de amor.

Y el rey enloquecía.

Dudaba de si Lindaraja era una mujer, un ángel, una hurí, ó una hada, ó un ser sobrenatural, ó un castigo que Dios le enviaba por haber pactado treguas con los eternos enemigos del Islam.

—¡Oh!—exclamaba el rey.—Yo he visto lo inútil que es la guerra contra esos leones del otro lado de los montes, que se juntan en innumerables ejércitos y hacen inútiles todos los esfuerzos de los musulimes andaluces, mermados y reducidos, del reino de Granada. Yo he visto que una continua guerra sólo daría por resultado el desmembramiento sucesivo de mi reino. Castilla, Aragón, León, Galicia, Cataluña y Valencia son más fuertes que Granada. El rey Ad-fun, coaligado con los reyessus hermanos, me ha quitado á Tarifa y á Gibraltar, mi baluarte del Estrecho; la tregua es conveniente; Granada exhausta por las continuas guerras que han sostenido mis antecesores, necesita robustecerse, fortalecerse para resistir esa continua oleada que viene sobre ella de la parte de Castilla, y sólo puede robustecerse y fortalecerse con la paz. No, no, Señor altísimo y misericordioso, tú sabes que yo no cedo en valor ni en empujanza á mi noble abuelo Aben-Nazar-Al-Hhamar; tú sabes que el vapor de la sangre de la batalla no desvanece mi cabeza, y que mis ojos no se nu-

blan con nube de espanto ante los cadáveres sangrientos, ni mi pecho esquivo las contrapuestas lanzas; tú sabes bien, Señor, que no soy ni débil, ni cobarde, ni mezuquino. Pero el sol de Islam se nubla para los musulimes españoles; tu mano protectora nos ha abandonado por nuestros crímenes, por nuestras divisiones, por nuestras ambiciones; hemos olvidado que el enemigo común acecha como un tigre, siempre vigilante, siempre astuto, siempre ancioso de sangre islámica, por despojarnos los unos á los otros. Yo he recibido una herencia funesta, y hago la paz porque no puedo hacer la guerra. ¿Por qué, Señor, Dios mío, me conturbas y llenas mi espíritu con este amor del infierno? ¿Por qué apartas de mí tu invencible mano y me dejas caer en la tentación?...

Y los ojos de rey, mientras pensaba esto, se impregnaban de la mirada amortiguada de Lindaraja, que pasaba ardiente, triste y desesperada á la par, por entre la sombra de sus espesas y largas pestañas.

Y parecía como que Lindaraja adivinaba el pensamiento del rey.

Y como si la tristeza y desventura del rey aumentasen su desventura y su tristeza.

Y el rey, mas enamorado á cada momento de Lindaraja, agonizaba.

XII

Adelantó el día.

Llegó la tarde.

Cerró la noche.

Sonó al fin en todos los alminares de las mezquitas de Granada las voces de los muedenes que repetían tres veces su grito:

—¡No hay otro Dios que Dios, y Mahoma su Profeta! Creyentes: ha llegado la hora de la oración de alajá (1); haced vuestra ablución; orad al Señor.

Los guardas nocturnos vagaban ya por las calles; especialmente junto á la rica Al-Kaicería, donde estaban las tiendas de los mercaderes de sedas, de plata y oro y de piedras preciosas.

La grande mezquita de Granada, adherida al palacio de los faqufes (2), estaba muy próxima á la Al-Kaicería.

(1) Última oración, ya entrada la noche.

(2) Jefe de los faqufes ó sacerdotes. Gran sacerdote, personaje religioso inferior sólo al sultán; pontífice supremo entre los musulmanes, jefe á un tiempo de la religión y del Estado.

En las grandes puertas de alambre dorado de la mezquita, tejido en primorosas labores, reflejaban el brillo de algunas antorchas que tenían en las manos soldados esclavos de la guardia negra del rey, cubiertos con almetes y jacos (1) de luciente acero, apoyados en fuertes picas de anchos y largos hierros acanalados.

Un cadí y un katib estaban sentados sobre sus piernas en la puerta de la mezquita.

El voceador público, alejado por lo infame de su oficio, estaba reclinado contra el muro de la mezquita, envuelto en una penumbra.

Entre los ochos guardias con antorchas había un palanquín muy bajo cubierto con un paño negro, y sobre el palanquín el cadáver de un joven cubierto por ricas vestiduras de oro y seda, y partida la parte superior de la cabeza por una cuchillada que habían lavado y dejaba ver los bordes inflamados y lívidos de la larga y profunda herida.

Hasta aquella hora muchos curiosos habían roneado el cadáver: le habían examinado. Habían leído el pregón del rey, que escrito sobre un gran papel con letras enormes, estaba pegado en el muro de la mezquita, junto á su puerta, y alumbrado por una antorcha.

Nadie había reconocido el cadáver.

Nadie sabía de qué casa faltaba la doncella noble y rica que decía el pregón.

Y todos lo sentían, porque á todos les parecía muy bien el premio de quinientas doblas juzefinas de oro.

Pero en cuanto sonó en el altísimo alminar de la gran mezquita la voz del mueen mayor de Granada, que llamaba á los creyentes á la oración de alajá, todos se retiraron.

Porque aquella última convocación era también la señal de que todos los vecinos se retirasen á sus casas, so pena de multa ó prisión si después de aquella hora se les encontraba en la calle sin causa bastante justificada.

—Respetable cadí Hassan—decía un viejo al otro de los que estaban sentados á la puerta de la mezquita—, las noches van siendo largas y frías y vamos á coger algún dolor de huesos si pasamos ésta bajo el influjo de las estrellas: ¿no te ha dicho nada el esclarecido cadí de los cadíes Abd el-Kerin, acerca de la hora en que debemos cargar con el muerto y dónde hemos de

dejarle, á fin de que podamos irnos á nuestra casa?

—Mi buen katib, Ali-Zinzan, nada me ha dicho sino que tenga dos horas delante de cada mezquita ese cadáver; que mande gritar un pregón cuando llegue y cuando marche; y como las horas son tan horas de día como de noche, mira tú cómo no tenemos más remedio que esperar á que llegue la media noche é irnos con el muerto á la mezquita de All-Morabhetin (1) que es la más cercana á esta grande aljama, hacer gritar un pregón cuando nos vayamos y otro cuando lleguemos, y esperarnos allí á que lleguen las dos horas de azobhí y de adohá (2).

Suspiró profundamente el katib.

Le espantaba aqueila noche pasada al sereno, á sus años.

—¿Y en qué hemos de pasar el tiempo?—dijo— Eblís ha hecho que no se sepa quién es el muerto, ni quién el homicida, porque aquí ha habido homicidio, no asesinato, respetable cadí Hassan; el golpe está dado en combate; se conoce á la legua, y la muerte debió ser instantánea; en el yatagán del difunto hay mellas recientes, y muchas; señal clara de que la lucha fué larga y recia. ¿Cómo esos dormilones de hortelanos no oyeron el ruido de los aceros?

—Porque Dios ha querido que nosotros pasemos la noche al sereno, mi buen katib Ali-Zinzan; pero yo os juro por la Meca, y por la piedra negra de la Santa Kaba, y por las Siete Durmientes, que el primero que, habiendo ya voceado el mueden á la oración de Alajá, se me pare delante del muerto, le echó mano y le envió á la cárcel por contravention de los sabios ordenamientos de nuestros excelente rey y señor el magnífico Juzef-Abul-Hegiag.

XIII

No pareció sino como que Dios quería que el cadí tuviese ocasión de cumplir esta amenaza, porque apenas la pronunció, se vió venir por la parte de la Al-Kaiceria un bulto oscuro que adelantó en paso grave, dejando al fin conocer la figura de un hombre robusto y encorvado, vestido á la beduína, con una túnica corta de lana parda, calzas rayadas de azul y negro, borceguíes de cordobán obscuro, alquicel pardo,

(1) De los ermitaños.

(2) Los musulmanes cuentan las horas, como ya hemos dicho en la nota anterior, por sus azalaes ú oraciones de azobhí de adohá del alba y de día claro.

(1) Corazas.

como la túnica, y toca retorcida y apretada en la cabeza con el extremo caído sobre el pecho, volviendo á su espalda.

Este hombre se apoyaba en un largo bastón nudoso, sin llevar otra arma, á lo meros, visible.

Era de media edad; ni joven ni viejo. Así se vió cuando, al acercarse al cadáver para examinarle, le iluminaron de lleno las antorchas de los esclavos negros.

Tenía una larga, espesa, negrísima y rizada barba; las cejas largas, anchas, pobladas y casi unidas, la frente ancha; alta y casi bronceada como las mejillas, en fuerza de moreno; los ojos de mirada móvil, pero penetrante, negros, muy negros y muy grandes; la nariz recta, enérgica y pronunciada; los brazos, desnudos desde el codo, á causa de lo corto de la manga de la túnica, membrudos y vellosos; la pierna robusta y fuerte.

Este hombre, á no ser porque era muy encorvado, hubiera parecido de grande estatura. Se detuvo delante del cadáver, le miró, y se sonrió de una manera feroz, dejando ver, al sonreirse, una dentadura blanquísima, fuerte y aguda como la de un tigré.

—¡Ah!—dijo con una voz cavernosa: ¿ahí estás tú?, ¿tú estás ahí noble caballero?

El cadí, que se había levantado silencioso como un gato, y se había acercado cautelosamente al recién venido, blandiendo su varita negra, insignia de su cargo, para tocarle con ella, y constituirle por este solo hecho en prisión, oyó perfectamente las palabras que aquel hombre había dicho y no lo tocó con su vara, porque aquel hombre se había convertido de repente en su amigo, haciéndole creer, por las palabras que le había oído, que conocía al muerto.

Y el cadí de los cadíes, su jefe, le había dicho:

—Cadí Hassan, cuando encuentres un hombre que conociere al muerto, te vendrás con el muerto y con ese hombre á mi casa, fuere la hora que fuere.

—¿Y si quién conociere al muerto es mujer?— contestó el minucioso cadí.

—Te vendrás á mi casa con el muerto y con la mujer.

Así es que el cadí Hassan le faltó tiempo para decir á aquel hombre:

—Tú sabes cómo se llama.

—¿Y tú lo sabes también?—dijo el hombre mirando de una manera vaga al cadí.

—¡Oh misericordioso Allah!—respondió éste— si yo lo supiese, hace mucho tiempo estaría reposando en mi casa.

—Pues, ¿y quién no sabe como se llama ese?— repuso aquel hombre, basta con verle; ese hombre se llama como tú y yo nos llamaremos un día; se llama cadáver.

—El cadí palideció de cólera.

—¿Te burlas de mí, infame?—dijo—¿no sabes que yo soy un cadí y puedo mandarte dar cien palos en las piernas?

—¿Y qué ganaría yo con burlarme de ti, ni tú con hacerme dar palos?, me has preguntado cómo se llama ese, y te lo he dicho. Allah te guarde, quédate en paz, yo me voy á buscarla.

—¿Y á quién vas tú á buscar?—exclamó el cadí—¿sabes tú acaso quién es la doncella hermosa que falta de su casa en los reinos del rey nuestro señor, el poderoso, el invencible Juzef-Abul-Hegiag?

—¡Calla!—dijo aquel hombre—¿el rey nuestro señor, pregunta de dónde se ha perdido una doncella?

—Si tú lo sabes, ganarás quinientas doblas de oro juzefinas.

—¡Oh poderoso é invencible Allah!—contestó aquel hombre—; si yo tuviera los tesoros que tiene el rey Juzef, daría cien veces ciento quinientas doblas de oro porque me dijese dónde encontraría yo á mi hada, á estrella caída del cielo, á la que me lleva tras sí, si encontrarla nunca y sin alegría ni reposo. ¿Conoces tú á mi hada, respectable cadí?; pero no, si la conocieras, si, como yo, la hubieras visto en sueños, estarías loco como yo.

—Y dice bien—exclamó el voceador público allá desde su penumbra—; ese es el loco Abu-Al Kassen, que duerme en la puerta de la santa mezquita de Al-Baú.

El cadí se retiró con respeto de aquel hombre que fijaba en él su mirada chispeante y calenturienta, y le dejaba ver su afilada dentadura á través de su sombría sonrisa.

Entre los musulmanes, los locos son mirados con un respeto supersticioso, porque, por una preocupación fuertemente arraigada, creen que han perdido la razón porque han sido poseídos por un espíritu de fuego; por el espíritu de Dios.

Abu-Al Kassen soltó una carcajada, larga y seca, y dijo, viendo que el cadí se retiraba más y más:

—¡Ah!, ¿pues quién creías tú que era yo, po-

bre viejo; ni ¿quién es para mí el rey de Granada? Yo soy Dios, porque Allah está en mí, y puedo reducirte á cenizas.

El cadí se retiró aún más, y tembló.

Los bravos esclavos negros miraban con miedo al poseído por el espíritu misterioso.

El voceador público continuaba tranquilamente recostado en el muro de la mezquita.

Abu-Al-Kassen arrancó una antorcha de la mano de uno de los guardias que se la dejó sin resistencia, y se fué con ella al pregón manuscrito que estaba pegado en el muro y le leyó.

Al verle, una expresión de alegría iluminó el semblante del loco.

Luego acercó la antorcha al papel, y le quemó.

Después lanzó vigorosamente de sí la antorcha, que fué á caer á una larga distancia, y se alejó cantando de una manera ininteligible y gutural.

—Pues ha venido uno y no le hemos preso.— dijo el katib Ali-Zinzan.

—¡Un hombre de Dios! — exclamó con un profundo respeto el cadí.

Y se sentó, estremecido aún, en el dintel de la mezquita.

XIV

Entre tanto, aquel hombre singular adelantaba por un laberinto de altas, estrechas, torcidas y oscuras callejas en dirección á la parte alta de la ciudad, murmurando:

—Han puesto delante de todos al infame: ella hufa con él; la perdí: el rey pregunta de qué casa falta una hermosa doncella; cuál es su nombre, el de su padre ó el de sus parientes: Lindaraja está sin duda en tu poder, Juzef-Abul-Hegiag: ¡ay de ti si me ocultas la doncella africana! ¡Ay de ti si la toca tu aliento impuro!

Y el loco cuerdo, ó el cuerdo loco siguió avanzando, y muy pronto se perdió en las cuevas del Albaicín.

Algún tiempo después, dormía enroscado como un perro en la puerta del atrio de la mezquita de Al Baul.

XV

Como hemos dicho anteriormente, el rey Muhamad, hermano mayor de Abul Hegiag, había sido asesinado por los mismos africanos del ejército del sultán de Marruecos Abul Hassan, á quienes había ayudado en contra de los cristianos y en servicio de su señor.

Aliado éste con él, antes de que supiese la

muerte de Muhamad, le había enviado un magnífico presente, compuesto de doce doncellas africanas, de maravillosa hermosura, ricamente vestidas y alhajadas, de doce camellos cargados de telas preciosas, y de doce caballos de batalla con otros tantos arneses.

Cuando todo esto llegó á Gibraltar, ya había sido asesinado el rey Muhamad, y como el presente se destinaba al rey de Granada, y había sido ya proclamado Juzef-Abul-Hegiag, los embajadores de Abul Hassan, encargados de ofrecer el presente en nombre de su amo al rey de Granada, encontrando un rey muerto, se fueron á llevar el presente al rey vivo, y algunos días después de su llegada á Gibraltar, entraron por las puertas del alcázar de la Alhambra con gran pompa, llevando en palanquines y cubiertas con velos de seda y oro á las doncellas, y con magníficos esclavos que conducían los camellos y los caballos de batalla.

Abul-Hegiag recibió el presente, diciendo á los embajadores:

—El crimen cometido por los xeqes del ejército de vuestro señor el esclarecido sultán del Mogreb-Abul-Hassan, ha sido ya castigado por mí: el viento oreá las cabezas de los siete xeqes asesinos, en lo más alto de Geb-al-Tarik, y puede verlas vuestro señor desde la ciudad de Ceuta: este crimen, de todo punto ajeno á la voluntad del noble sultán vuestro amo no puede romper la buena amistad y alianza que existía entre él y mi malaventurado hermano, y que yo me propongo mantener. En prenda de ello, acepto el presente que enviaba al rey de Granada, y con vosotros partirá el que yo le enviaré.

Las esclavas entraron en el harem del rey Abul-Hegiag.

XVI

Había entre ellas una que apenas contaba catorce años; pero cuya hermosura era prodigiosa.

Había nacido en Kairvan, en el harem de un poderoso xeqe, del que era hija.

Pocos años antes, Kair Bada, que así se llamaba este poderoso xeqe, se rebeló contra Abul-Hassan, apoderándose con sus parciales y esclavos de la ciudad y de su territorio, asesinando á los xeqes, walfes y demás prohombres adictos al sultán, y declarandose rey independiente de Kairvan.

Abul-Hassan reunió un poderoso ejército, marchó sobre Kairvan, la cercó, la tomó al asal-

to, prendió á Kair-Bada, le descabezó como á sus cómplices y á todos los que por debilidad ó por miedo le habían reconocido, puso algunos centenares de cabezas sobre las almenas de la ciudad, confiscó la hacienda de Kair-Bada, arrasó hasta los cimientos los palacios que éste tenía en Kairvan, los aró, los sembró de sal, puso en cada uno de aquellos solares una inscripción grabada en piedra, para que fuese considerado como traidor el que sobre aquellos solares edificase, redujo á la esclavitud á sus hijos, se llevó á su harem sus cuatro esposas, sus esclavas y sus hijas, se apoderó de sus tesoros y se volvió á Marruecos, seguro de que en mucho tiempo nadie se atrevería á rebelarse contra él en el Kairvan.

Entre las hijas de Kair-Bada que Abul-Hassan había hecho conducir á su harem, iba Daimiel, que entonces sólo contaba ocho años; pero tan hermosa ya, que no pudo menos de cautivar al ánimo del emperador, que se propuso hacerla su esposa cuando Daimiel llegase á la edad prescrita por el Korán.

XVII

Un año antes de que Daimiel llegase á esta edad, había llegado á su completo desarrollo y á todo el esplendor de su maravillosa hermosura. Era morena y brillante como el sol, con los cabellos negros como la noche, é intensamente negros, con reflejos azulados como las alas del cuervo. Sus ojos, oscuros como un abismo, abrasaban con un fuego intenso; brillaban con un resplandor desconocido; imponían miedo por su mirada majestuosa, incontrastable y dominadora. Su tez era más suave que la seda de Damasco, y su talle, al andar, se balanceaba con la misma gallardía que la palma real del Desierto mecida por las suaves auras de la mañana.

Fero Abul-Hassan era feroz, desapacible, rudo, y encorvado por el peso de los años: más guerrero que galán y que cortesano, se cuidaba poco del aliño de su persona, y su desaseo llegaba hasta lo repugnante. Su caftan y su alquicel de lana y su toca de lino, un tiempo blancos, estaban sucios, del color de la tierra sobre que se tendía á los pies de su caballo, durante sus expediciones, el terrible Abul-Hassan, y manchados en muchas partes con la sangre de la batalla.

A más de esto, aunque por su fealdad, su fiebre, su vejez y su desaseo, no hubiera repugna-

do á Daimiel, se acordaba ésta de que Abul-Hassan había cortado la cabeza á su padre, había reducido á la esclavitud á sus hermanos y vendido en el bazar como botín de guerra á sus hermanas y á su madre, y le aborrecía con toda la indomable fuerza de su alma.

Un día, cuando ya Daimiel había llegado á la madurez de su belleza, el xequé de los guardianes del harem la dijo:

—Alégrate, señora; el esclarecido, el grande, el victorioso, el ensalzado sobre todos los emires ensalzados por Dios, el magnífico sultán Mohammed-Abul-Hassan ha fijado en ti su mirada, y has encontrado gracia en ella: el poderoso emir le espera: las esclavas sirvientes del harem van á añadir á tu hermosura ricas galas y preciosas joyas; alégrate con toda tu alma, señora.

—No—contestó Daimiel, sin mirar al xequé de los guardianes del harem.

—El sultán lo ordena—dijo con imperio el xequé.

—Toma mi cabeza y llévasela—contestó Daimiel con tal acento, con tal energía y con tal desprecio, que el xequé creyó inútil insistir, é irritado por el inconcebible desacato de la joven, fué á ponerlo en noticia del sultán, esperando que éste castigaría á sangre la rebeldía de Daimiel.

Pero con asombro suyo, el xequé oyó decir al sultán cuando hubo oído el relato de la rebelde negativa de Daimiel.

—Me aborrece: esto es muy natural; tengo las manos teñidas en la sangre de su padre: que se la lleven á Dar-al-Guad (1); que la sirvan en ella como á una sultana, y que se la de todo lo que quiera, menos la libertad.

XVIII

Daimiel fué conducida de una manera regia al campo, á un precioso alcázar, los muros de cuyos jardines lamían las aguas del río.

Daimiel se veía obligada á vestir ropas interiores de finísimo lino, túnicas de brocado, borceguies forrados de aljofar, so pena de estar desnuda. Tenía que aceptar exquisitos manjares, so pena de morir de hambre; se veía obligada á bañarse en aguas olorosas, ó á sufrir un desaseo repugnante. El blanco y odorífero humo de los

(1) Casa del río.

pebeteros la rodeaba. Todo era en torno de ella, esplendor, alegría y belleza.

Las esclavas, los esclavos, los guardias, se prosternaban á su paso como se hubieran prosternado en presencia del emir, porque así lo había ordenado éste.

Y Daimiel se irritaba más y más contra Abul-Hassan, porque en todo esto reconocía una seducción humillante.

El odio de Daimiel contra el sultán no se amenguaba por nada, no se vendía por nada. Crecía á medida que sentía aquella lucha dulce, aquella galantería apasionada y muda que sólo hablaba por los hechos.

XIX

Pasó un año.

Daimiel había crecido; había llegado á su definitivo desarrollo; su hermosura resplandecía.

Abul-Hassan volvió á enviarla el xequé de los guardianes de su harem, Aben-Moab, que se prosternó, humillándose ante Daimiel.

—¿Por qué te arrastras á mis pies?—dijo con desprecio Daimiel—; tú, el poderoso y rico xequé, favorito del sultán tu amo?

—El excelente, el magnánimo, el encumbreado emir, vive en tinieblas de duelo y de desesperación; su alma está triste sin tu amor; su diván te espera, tú serás su sultana, la dueña de su voluntad, tuyos serán su imperio y sus tesoros. ¿qué he de responder al magnífico emir Abul-Hassan?

—Que antes de unirse á mí, una la cabeza y el tronco de mi padre, beba el lago de sangre que se extiende entre él y yo, ó que le aumente separando de mi tronco mi cabeza.

—El sultán morirá de pesar.

—Mi padre murió también.

—¿Es eso todo lo que he de contestar al favorecido entre los favorecidos de Dios?

—Eso—contestó Daimiel volviendo la espalda á Aben-Moab, y desapareciendo bajo el arco calado de una puerta.

El xequé se levantó escandalizado, salió de Dar-al-Guad, montó á caballo y le desgarró los ijares con los acicates, lleno de cólera, para llevar á Abul-Hassan la respuesta de Daimiel.

El sultán suspiró profundamente, y dijo:

—El sabio, el justo, el misericordioso Allah no quiere que mi espíritu se debilite y mi cabeza enloquezca con el amor premiado, con la

posesión de esa hada maldita; llévatela, y que sea una de las doce doncellas que envió á mi buen aliado el rey de Granada.

—Me atrevo á advertirte, señor, no te arrepientas tarde de haber alejado de ti á esa mujer tentadora; mira no te maten los celos al considerarla en los brazos del rey de Granada; ¿por qué, si quieres preservar tu espíritu de sus encantos, no la haces esposa de la muerte?

—Eso sería injusto, Aben-Moab; lo mejor es apartar de mí ese Satanás tentador: llévatela, y ni una palabra más.

Tanto como había sido desgraciado Abul-Hassan en sus amores por Daimiel, fué afortunado Juzef-Abul-Hegiag.

Daimiel tenía doce años; Juzef diez y siete.

Era blanco y rubio como Al-Hhamat el Magnífico; hermoso y gentil sobre toda ponderación, y apenas apuntaba á su labio el bozo; tenía los ojos azules, puros y tranquilos, como una noche serena, y en ellos brillaba la generosidad, el valor, la virtud y la inteligencia.

¶ [Cuando recibió el presente que el sultán de Marruecos había enviado á su hermano, aún no había provisto de conubinas su harem: mas todavía, no había rendido tributo al amor ni con un solo pensamiento.

Cuando vió á las doncellas esclavas, hermosas todas, todas jóvenes, la hermosura de las once apareció para el rey nublada por el fúlgido resplandor de la hermosura de Daimiel, la más joven de todas ellas.

—Por el más venturoso de los hombres me tendríais —dijo Juzef-Abul-Hegiag, acercándose tembloroso y ya enamorado á Daimiel—, si quisieras partir conmigo mi tálamo y mi trono, la vida y el alma, la alegría y la tristeza, el placer y el dolor.

Daimiel se enrojeció, bajó los ojos y tembló de felicidad, mientras las once doncellas palidecían de envidia.

No contestó al rey sino arrojándose á sus pies y besando sus manos, que cubrió de lágrimas.

El rey la alzó y fijó en ella su mirada, en que resplandecía un dulce asombro, tan intenso como el que brillaba en la mirada que Daimiel anegaba en la mirada del rey.

—Las que hasta ahora han sido tus compañeras—dijo el rey, señalando á las once jóvenes—, serán tus doncellas; pero no mis esclavas; esposas serán de los mejores caballeros de mi

reino, porque yo las tomo bajo mi adopción, y favorecido por mí será el que merezca ser su esposo.

—Si tú supieras, señor—dijo Daimiel—de dónde vengo, y por qué vengo, tal vez encontrarías prudente el no hacerme ni tu esposa ni tu esclava, ni tocar á uno solo de mis cabellos.

—¿Ha decretado el Altísimo que acontezca una desgracia al que te posea, como al mortal á quien apareciéndose una hurí toque á ella?

—Pasión de locura siente por mí tu feroz aliado el sultán de Africa; el matador de mi padre; el terrible almoravide Mohammed-Abul-Hassan.

—¿Y por qué, si tanto te ama el emir de los creyentes africanos, te envía á mi harem, sultana de la hermosura?

—Su insensato amor no le ha permitido hacerme la más desventurada de las criaturas envileciéndome, cuando yo he despreciado el ocupar su lecho como sultana, y me ha enviado á ti creyendo vengarse, haciéndome tu esclava, porque él me conoce bien y sabe que no he nacido para la esclavitud; pero cuando sepa que en vez de hacerme tu esclava me haces tu sultana, que yo te amo y que tú me amas, se irritará contra ti, acogerá con ansia el primer pretexto, y te hará la guerra.

—¡Sea en buen hora!—contestó Abul-Hegiag, en cuyos ojos destelló una valiente mirada; Abul-Hassan, si tal hace, re arrepentirá de haber vuelto contra sí las lanzas de mis caballeros; mañana, en mi grande aljama, delante de los principales de mi reino, te tomaré por esposa, y Granada arderá por muchos días en fiestas, y se alegrará con la luz de los ojos de su sultana.

Todo esto aconteció. Las bodas se hicieron; Bib-Arrambla se engalanó de fiesta real; murieron centenares de toros durante los regocijos, que duraron un mes entero; se corrieron cañas; se bohordó; se justó; hubo todas las noches durante aquel mes, alegre zambra, ya en la Alhambra, ya en el Generalife, ya en los palacios de placer que el rey tenía en la Vega y en la montaña.

XX

Daimiel y Abul-Hegiag enloquecían de amor; y llegó un momento en que tan dichosa se vió Daimiel, que por haberla enviado á Granada, casi perdonó á Abul-Hassan la muerte de su pa-

dre, la esclavitud de su madre y de sus hermanos.

Abul-Hegiag escribió una larga carta á Abul-Hassan participándole su casamiento con Daimiel, ofreciéndole un inmenso rescate por su madre, por sus hermanos y hermanas, y porque levantase de sobre el nombre de su padre Kair-Bada la mancha de traición.

Abul-Hegiag envió esta carta á Marruecos con una ostentosa embajada y con un magnífico presente.

Al mes, el embajador Yacub-Alf-ben-Bharaj volvió trayendo una larga gacela llena de hermosos versos, que había escrito uno de los poetas más famosos de la ciudad de Marruecos.

Daimiel se asombró al leer los versos.

La galantería del feroz sultán de Marruecos la aterraba.

No sabía lo que debía temer.

A esta gacela había añadido Abul-Hassan magníficos alhaites ó collares de perlas y de piedras preciosas, ajorcas, arracadas, ceñidores, todo de un valor inmenso, dentro de un cofrecillo de oloroso zándalo, incrustado con preciosos arabescos, de nácar, oro y plata.

Todavía más: Fatimatul, Azzarah, madre de Daimiel y sus cuatro hermanas, habían sido enviadas, cubiertas de galas y de joyas, dignas de sultana, por Abul-Hassan á Abul-Hegiag, y sus cuatro hermanos con ricas vestiduras y arneses dorados y lanzas con pendoncillos de brocado.

Pero había venido también una esclava nubia, negra como la noche y hermosa como la reina de Sava, destinada por Abul-Hassan al servicio de Daimiel.

Esa esclava se llamaba Sarul-Noema:

Una túnica de brocado escarlata; un manto azul entretejido con hilos de plata y bordado de estrellas de oro; corales engastados en oro en la garganta, en las arracadas, en las ajorcas, en los brazaletes, hacían resaltar la magnífica y terrible hermosura de aquella reina de la noche.

—Esta es la venganza de Abul-Hassan—dijo para sí Daimiel, viendo que Abul-Hegiag palió la vista de Sarul Noema.

El rey dijo algunas palabras en voz baja á Jacub-Alf-ben-Bharaj.

Este, después de haber saludado profundamente al rey, se inclinó no menos profundamente ante Sarul-Noema, y la indicó que le siguiese.

Antes de salir, Sarul-Noema envolvió en una mirada de fuego al rey y miró con altanería á Daimiel.

Esta comprendió que entre ella y Abul-Hegiag se había cruzado una negra nube.

XXI

Daimiel, antes que musulmana, era mujer; amaba con toda su alma á Abul-Hegiag: no quería, no podía comprender que el rey pudiese casarse con otras mujeres y tener además de las esposas legítimas cuantas concubinas quisiese.

Abul-Hegiag, sin embargo, no hizo su esposa á Sarul-Noema.

Pero comenzó con ella su harem.

Rápidamente, el joven rey, aunque no dió otra compañera esposa á Daimiel, pobló su harem de las más hermosas esclavas del reino de Granada, del Africa Occidental y Septentrional, de Egipto, del Cáucaso, de Persia y de Arabia.

Abul-Hegiag llegó á tener trescientas concubinas.

Pero su amor del alma era Daimiel: su volcán Sarul-Noema.

El resto de las concubinas se mantenían puras en el fondo del harem: no servían para otra cosa que para su ostentación de rey y para recrearle cuando en una de las magníficas salas de su alcázar se adormía reclinado en el regazo de Sarul-Noema, entre nubes de perfume.

Abul-Hassan había logrado vengarse del amor de Daimiel á Abul-Hegiag, pero no por completo.

Abul-Hegiag había admitido á su favor y á su lecho á otra mujer, pero sin dejar de amar con toda su alma á su sultana.

Daimiel era su felicidad pura, el amor de su espíritu, su hada, su hurf, su arcángel.

Su alma aspiraba deliciosas y frescas sensaciones en la mirada de su esposa, y el hijo que ésta le había dado, el infante Mohammed, en el plazo preciso, después de su casamiento, hacía estremecer sus entrañas con su sonrisa infantil, al paso que el pequeño Juzef-el-Nosseyr, hijo de su favorita Sarul-Noema, le hacía sentir una inquietud vaga cuando le miraba con sus grandes y duros ojos negros de mulato.

XXII

Sarul-Noema no seducía al rey; le atraía, le arrastraba á sí: le envolvía en un amor satánico que hacía gemir al rey, que le torturaba, que

le abrazaba de una manera terrible, dolorosa, el alma.

Y aquel dolor embriagaba al rey en una felicidad punzante, desgarradora.

Sarul-Noema era su alma maldita.

Daimiel su buena hada.

Pero la buena hada se había entristecido.

Sus ojos habían tomado otra vez la dura expresión de la desgracia que había tenido en Marruecos bajo el dominio de Abul Hassan.

Cuando ninguna nube había oscurecido su amor, Daimiel había sido un arcángel.

Aborrecía de nuevo, y la terrible expresión de la venganza, de la implacable venganza, cuyo germen tenía en su ardiente sangre africana, había empañado con una sombra siniestra la limpidez de sus hermosos ojos negros.

En vano se esforzaba por ocultar al rey el estado de su alma.

Abul-Hegiag lo comprendía: se arrepentía de haber cedido á la influencia satánica de Sarul-Noema: se hacía el propósito de separarla de sí, de enviarla á uno de sus alcázares de la Alpujarra con su hijo Juzef-el-Nosseyr; pero al ir á poner en práctica este propósito, le faltaba el valor.

Sarul-Noema le atraía como un abismo.

XXIII

Y pasaron así dos, cuatro, seis años.

Cada día más torva, más ceñuda Daimiel; más tentadora, más apasionada; más candente Sarul-Noema.

Nada había dicho la esposa al esposo contra la esclava.

Nada había dicho la esclava al señor contra la esposa.

Y, sin embargo, aquellas dos mujeres se aborrecían de muerte.

Y si no se tendían asechanzas, era porque no había encontrado ninguna de las dos una ocasión propicia.

Abul-Hassan había logrado su objeto.

Su venganza no había buscado una víctima en Daimiel.

La amaba con toda la abnegación del amor que inflama las almas enérgicas; gozaba con la felicidad que encontraba en su amor Daniel.

Pero aborrecía con un odio infinito á Abul-Hegiag, causa de aquella felicidad, porque partía su felicidad con Daimiel.

XXIV

Entonces hizo un nuevo sacrificio.

El sultán de Egipto le había enviado como un raro presente una nubia muy joven, que había comprado á su codicioso padre, terrible hechicero de la Abisinia. Sarul-Noema era también sabia: era también hechicera.

Pero le había repugnado tanto como á Daimiel el viejo y formidable Abul-Hassan, y en vez de emplear sus hechizos, si no de maga, de mujer, en dominar al sultán de Marruecos, envolviéndole en su amor, los empleó en dominarle para defenderse de él.

Fuerza es decir que lo que más defendió á Sarul-Noema de Abul-Hassan, fué el encendido y dominador recuerdo que éste conservaba de Daimiel.

Pero cuando Abul Hassan supo por el embajador de Granada que Daimiel era su esposa, que se amaban, que eran felices, se acordó de Sarul-Noema, y dijo para sí:

El supremo Allah no ha dado á todas las criaturas un corazón inalterable, como al emir de Marruecos: si yo no fuese Abul-Hassan, si yo no tuviera lleno el espíritu de la hermosura y del alma de Daimiel, Sarul-Noema no sería mi esclava, porque sería mi señora: el joven Abul-Hegiag, amado por Daimiel, le habrá entregado su alma entera para no volver á recobrarla; pero yo pondré á Satanás, con toda su negra hermosura, con su irresistible incentivo, junto á ese mancebo rey de Granada: si Daimiel se ha enamorado de Abul-Hegiag, de él se enamorará Sarul-Noema; le enloquecerá, le atraerá á sus brazos, le embriagará, le hará sufrir un horrible martirio, hiriendo su alma, que es Daimiel, al estrechar, ebrio por el tósigo del amor maldito, á la hermostísima Sarul-Noema entre sus brazos: ¡ah, sí! yo me vengaré de ese mozo que alcanza la felicidad que yo no he alcanzado, perturbando su alma, llenándola de una tristeza de muerte.

Y engalanó con una pompa regia á Sarul-Noema.

Y la envió, como un magnífico presente, como una expresiva muestra de su amistad, al rey de Granada.

XXV

Un día, Sarul-Noema oyó, oculta detrás de una celosía, una conversación que sostenían dos eunucos del harem.

—No cree en Allah, el que no cree en la maravillosa virtud de las aguas de la cisterna de la mezquita de Al-Baul; como que todos los días escupe en sus aguas el hombre de Dios Sydi Abu-al-Kassen.

—Y di tú, Babá—dijo el otro esclavo—; ¿quién es ese santo varón Sydi Abu-al-Kassen, á quien tanto oigo nombrar y á quien no conozco?

—¿Y cómo, desgraciado, sabiendo que existe Sydi Abu-al-Kassen, no has ido á prosternarte ante él y á procurar que te toque para estar á salvo de la peste, de la muerte violenta y de otro sinnúmero de desgracias?

—Á la verdad que yo no sabía que tuviese tanta virtud el contacto de ese santo hombre de Dios.

—Figúrate tu, Zaik, si tendrá virtud Sydi Abu-al-Kassen, cuando sólo con escupir por la mañana á la cisterna de la mezquita de Al-Baul, da una virtud tan maravillosa á su agua, que todo aquel que la bebe, logra lo que desea.

—Pues entonces, Babá, no sé yo cómo la cisterna tiene agua, porque tanto debían apresurarse á ir á beberla los creyentes, que la dejasen seca.

—No seas blasfemo, ni impío, ni estúpido, Zaik—dijo Babá—; ese agua no tiene virtud para el que la bebe, si antes no ha sido tocado por Sydi Abu-al-Kassen, y son muy contados, ó más bien, no se sabe si alguno ha sido tocado por el santo hombre de Dios; porque has de saber que Sydi Abu-al-Kassen no está en la mezquita de Al-Baul más que algunas noches, desde la oración de alajá hasta la de azobhí, y rugue de tal manera cuando siente que se acerca alguien á la puerta del atrio de la mezquita, junto á la cual duerme, que es necesario ser valiente como un león para acercarse á él.

—¡Yal! ¿Pues cómo quieres que yo haya visto á ese hombre de Dios, si á la hora en que él anda por el mundo estamos guardando el harem?

—Por esa razón yo no lo he visto tampoco; pero una noche voy á pedir licencia á nuestro cadí para que me deje ir á ver á Sydi A'u-al-Kassen; y como se digne tocarme, en cuanto amanezca bebo, hasta no poder más, del agua de la cisterna.

—¿Y qué desearías tú, Babá?

—El amor de una mujer.

—¿La conozco yo?

—Sí.

—¿Quién es?

—¡Ah! es muy negro mi amor, y no me atrevo á decirlo ni á mí mismo.

—¿Si creerás tú que yo no he conocido que te abrasas por Sayda (1) Sarul-Noema?

—Calla, porque en el harem no se sabe quién escucha, y si te oyen, aunque el rey es muy bueno, no escapo sin que me corten la lengua, y me quemem los ojos por haber mirado con amor á una mujer del rey y haberlo dicho.

Los dos eunucos continuaron hablando en voz baja, y Sarul-Noema no pudo oír más; pero sabía que podía contar con un servidor ciego dentro del harem.

XXVI

Al día siguiente Babá se encontraba delante de Sarul Noema, en un pequeño y precioso gabinete de la galería alta de Comares (2).

En esta galería, cubierta por celosías de alerce, penetraba blandamente la luz, y mucho más blandamente aún en el retrete donde estaba Sarul Noema, y al que se entraba por un precioso arco.

La joven estaba reclinada en un diván de brocado de plata y seda, vestida con una blanca y ancha túnica de finísimo lino, ceñida á la cintura por una faja de Persia de vivos colores; los cabellos trenzados y ceñidos por una diadema de perlas, y sobre la túnica un ancho caftan, abierto, de brocado azul y oro, sujeto en la garganta con un ancho herrete de diamantes, del cual apenas se veía parte, bajo un collar de gruesas perlas y de muchas vueltas: los brazaletes y las ajorcas de las piernas eran de oro macizo y piedras preciosas; y los chapines que encerraban los pequeños pies de la abisinia eran como el caftan, de brocado azul y oro, bordados de aljofar.

Un gran pebetero de oro exhalaba en un ángulo del retrete, el blanco humo de los perfumes que se quemaban en él, y que cuidaba de renovar una pequeña esclava africana.

Sobre el diván, junto á Sarul-Noema, había

(1) Sayda, es un tratamiento, que significa señora, como sídî, señor.

(2) Esta galería, como gran parte de las habitaciones correspondientes al patio del Mexuar, de los Arrayanes ó del Estanque, ha desaparecido, como todos los adornos y los aleros de los muros laterales del patio.

una guzla (1) de sándalo, con incrustaciones en preciosos arabescos de marfil, ébano, nácar, cobre, plata y oro.

XXVII

Sarul-Noema estaba indolentemente tendida en el diván, con un magnífico brazo apoyado en los almohadones, la cabeza en la mano, y la mirada ardiente, velada por la sombra de las largas pestañas de sus párpados entreabiertos.

Babá se estremeció, y se cubrió de sudor frío.

Tenía miedo de encontrarse allí con Sarul-Noema, y miraba con inquietud á la pequeña esclava, que de tiempo en tiempo arrojaba sobre el brasero incienso, mirra y aloe.

—Es sorda y muda—dijo Sarul-Noema con la voz opaca, dulce, tentadora.

—Pero no es ciega—se atrevió á decir Babá.

—Y qué me importa?—contestó Sarul-Noema—; Haraxa nada verá que pueda ponerte en peligro de que caiga tu cabeza de sobre tus hombros.

—Por ti, señora, por una sola palabra de tu boca, perdería yo cien veces la vida—dijo Babá enloquecido por su pasión, alentado por la indolencia y voluptuosa actitud de Sarul-Noema.

—¿Son míos tu vida y tu alma?—dijo la abisinia.

—Si más que vida y alma tuviera, señora, sería tuyo.

—Bien: pronto pondré á prueba tu valor: espera esta noche en el postigo del muro de los jardines que da sobre el río.

—No me dejarán llegar hasta allí, señora.

—Sí, Babá; porque yo diré al kadî de los eunucos que voy á salir esta noche, y que te he elegido para que tú me acompañes.

—El viejo Aben-Moab es en cuerpo y alma del rey, y el rey sabrá que has salido.

—Y qué, ¿soy yo una esclava que no puedo salir del harem sin temor de que si su señor lo sabe la mande matar? yo soy señora, yo mando, y Aben-Moab obedecerá.

—Aben-Moab seguirá tus pasos y los míos.

—A Aben-Moab no se le ha mandado que me vigile: si tienes miedo de lo que yo no temo, otro esclavo menos cobarde me acompañará.

—Mi temor era por ti, señora—contestó el esclavo.

(1) Pequeño instrumento de cuerdas, semejante á un laud.

—Esta noche, al primer canto del gallo, espera donde te he dicho: vete.

Bará salió, y Sarul-Noema se quedó murmurando:

—Ese insensato es mío: ¡ay de la sultana Daimiel!

XXVIII

Babá esperó con impaciencia á que llegase la hora de ir á esperar á la abisinia, y nunca se le hizo el día tan largo.

A puestas del sol, el kadí Aben-Moab le dijo:

—Espera junto al postigo del muro de los jardines, por la parte del río, á la media noche.

Babá estuvo en el lugar de la cita mucho tiempo antes de la hora.

Al fin se oyeron pasos, y á la luz de la luna, Babá vió aparecer por entre las galerías de mirtos y laureles, dos formas blancas: era la una, una mujer completamente envuelta en haïke, rodeada á la cabeza la toca, sin más que una abertura para los ojos: era la otra, un hombre envuelto en un alquicel.

Aquel hombre era el kadí Aben-Moab.

Llegó adonde estaba Babá, y le examinó.

Babá estaba bien armado, con casco, coselete, alfange, y una fuerte azagaya, en que se apoyaba.

—Te se va á confiar un tesoro—le dijo el kadí Aben-Moab—; tú eres bravo como un león, Babá; ¡ay de ti si no defiendes bien ese tesoro! acompaña á esta dama, y protégela contra importunos y rondadores.

—La vida perderé antes que nadie se atreva á insultar á la dama que se me confía.

—Eso has de hacer, Babá—dijo el kadí.

Y adelantó hacia el postigo, y mandó á los guardas que le abriesen, y estuviesen atentos para abrir de nuevo á la dama y á Babá cuando volviesen.

El postigo de hierro se abrió, y salieron la dama y Babá.

Aben-Moab se volvió, y en el centro de los jardines, bajo una enramada, encontró al rey.

—¿No has podido disuadirla de su empeño, Aben-Moab?—le dijo Juzef.

—No, ensalzado é invencible emir; dice que quiere hablar al hombre de Dios en la mezquita de Al-Baul, para que Dios, por la intercesión de aquel hombre que está lleno de su espíritu, la conceda lo que desea.

—¿Y qué desea Sayda Sarul-Noema?—dijo el

rey—: ¿caso no la concedo cuanto me pide? ¿no gasto liberalmente con ella mis tesoros?

—Sayda Sarul-Noema desea reinar sola en tu corazón, poderoso califa—respondió Aben-Moab.

—¡Mi corazón!—dijo el rey—; esto me recuerda que hace algunos días no he visto á la sultana Daimiel, ni á mi hijo el infante Mohammed: cuando dejadas las atenciones del gobierno de mis reinos y de mi ciudad de Granada, me consagro al amor, siempre se encaminan mis pasos al retrete de Sarul-Noema: yo creo que me ha dado bebedizos, y que no tiene necesidad de pedir la intercesión del hombre de Dios de la mezquita de Al-Baul para reinar en mi corazón sola: precédeme: ve, anuncia á la sultana que yo sigo tus pasos.

Aben-Moab se alejó, y el rey le siguió.

XXIX

Entre tanto Abu-al-Kassen, apoyándose en su bastón forrado, adelantaba por las empinadas calles por donde se subía á la cumbre de la colina de Al-Baul.

Llegó al fin á la puerta de la mezquita, y se sentó en su dintel.

La puerta estaba cerrada.

Una respiración ardiente; una especie de rugido sordo, salía del pecho de Abu-al-Kassen.

—Van pasando lunas y lunas—exclamó—y todavía no ha sonado la hora de mi venganza: ¡el loco! ¡el hombre de Dios! créanlo en buen hora; ese es mi poder en esta tierra en que me encuentro pobre y solo; y ella, ella, ¿dónde está elia?; en vano recorro la ciudad, penetro en las casas prevaliéndome del respeto que inspiro; en vano penetro en la apartada habitación de las mujeres, levanto sus velos y miro sus semblantes; en ninguna parte encuentro la hermosura de Lindaraja; ¡oh! y van pasando lunas y lunas sin que yo la encuentre.

Abu-al-Kassen guardó de improvisó silencio.

XXX

Habían resonado pasos en dirección á la mezquita.

Muy pronto, entre la vaga sombra de la noche, se vieron adelantar dos bultos blancos.

Abu-al-Kassen se puso de pie, y blandió su nudoso bastón.

—¿Quién es el insensato—dijo—que se atreve á turbar mi reposo, sin temor á la cólera de Dios

—Hombre de Dios—dijo la mujer, que tal parecía uno de los dos bultos—; no te irrites contra una desdichada que viene á pedirte protección.

—Sígueme si quieres—dijo Abu-al-Kassen—, pero sígueme sola; qué se quede aquí el que te acompaña.

Este se acercaba lentamente, pero con cierto miedo, á Abu-al-Kassen.

Quería ser tocado por él, aunque fuese de una manera algo dura, para beber al día siguiente del agua del aljibe de la mezquita y alcanzar lo que deseaba.

Porque aquel hombre era Babá, y aquella mujer Sarul-Noema.

—Detente y deja á esta mujer que me siga— exclamó Abu-al-Kassen con voz terrible, que hizo temblar á Babá.

—Tócame al menos con tu santa mano—dijo el esclavo.

—No pretendas que te toque—dijo Abu-al-Kassen—, porque si te toco perecerás: espera; y tú, sígueme.

Babá se quedó inmóvil como una estatua en el lugar en que le habían cogido las palabras de Abu-al-Kassen, y Sarul-Noema siguió á éste que se había puesto en marcha.

Cuando hubieron recorrido algunas estrechas y obscuras callejas, Abu-al-Kassen se detuvo, y dijo á Sarul-Noema:

—¿No te aterra seguirme?

—No, santo hombre de Dios; porque nada adverso puedo acontecerme viniendo de ti: todo lo que tú toques será santificado, porque lo habrá tocado el espíritu de Dios.

—Palabras de verdad ha de decir quien conmigo hablare, si no quiere que le acontezca una desventura: ¿quien eres?

—Yo soy Sarul Noema, y tengo mío al poderoso rey de Granada.

—¿Eres su sultana, ó su esclava?

—No, ni esclava ni sultana: más que eso: soy su corazón.

—Sígueme.

Y Abu-al-Kassen siguió andando á gran paso. Sarul-Noema, acostumbrada á la indolencia del harem, le seguía con fatiga.

Abu-al-Kassen empezó á trepar por lo más alto del Albaicín; llegó á la torre y postigo del Aceituno (1).

XXXI

Abu-al-Kassen llamó á grandes voces á los guardas de la torre, que al reconocer al hombre de Dios, acudieron presurosos, y se acercaron con el deseo de ser tocados ó esculpidos por él.

—No os acerqueis, ó moriréis—dijo con voz terrible el santo hombre.

Los guardas se detuvieron.

—Abrid el postigo—añadió Abu-al-Kassen.

El postigo fué abierto al instante, y Abu-al-Kassen y Sarul-Noema salieron.

—Dichosa tú—la dijo uno de los guardas al pasar junto á él Sarul-Noema—, que logras ser favorecida por el hombre de Dios.

Inmediatamente se cerró el postigo.

Abu-al-Kassen siguió trepando por el monte; se metió por un oscuro barranco entre esta y la subida del que hoy se llama Cerro Gordo, y continuó su marcha por el pedregoso y difícil barranco.

Sarul-Noema se fatigaba en demasía y se paraba de tiempo en tiempo.

Abu-al-Kassen se detenía, la dejaba descansar algunos instantes, y proseguía su marcha.

Al fin se detuvo en un lugar sombrío, al pie de una torre robusta, escueta y solitaria.

Aquella torre se llamaba Borg Eblis (1).

Abu-al-Kassen llegó á su pequeñísima puerta, la abrió, entró y dijo á Sarul-Noema:

—Sígueme.

La joven penetró sin vacilar.

Como que creía con una fe ciega que Abu-al-Kassen era un santón, un hombre lleno de espíritu de Dios, del cual nada tenía que temer; porque, según la supersticiosa creencia de los musulmanes, todo lo que provenga de estos locos, aun los tormentos y la muerte, es una gran ventura.

Sarul-Noema se encontró en un espacio densamente lóbrego: oyó los pasos de Abu-al-Kassen que se alejaba por unas escaleras, y esperó.

XXXII

El ruido de los pasos de Abu-al-Kassen cesó, y durante algún tiempo un profundo silencio envolvió á Sarul-Noema.

Luego volvieron á resonar los pasos, y poco después apareció en el muro, en un muro negro

mismo sitio donde hoy se encuentra la ermita de San Miguel el Alto.

(1) Torre del diablo.

(1) Esta torre y este postigo estaban en el

y húmedo, el reflejo de una luz que provenía de unas escaleras.

Al fin sobrevino Abu-al-Kassen.

Traía en la mano una lámpara de oro.

Sarul-Noema se había desarrollado de la cabeza la toca, se había desenvuelto del haíke, tenía ambas cosas recogidas sobre su brazo izquierdo, y se dejaba ver magníficamente vestida con una túnica de brocado azul en plata, con un caftan largo y ancho con largas mangas, de brocado rojo en oro; diamantes ciniendo su cabeza, diamantes en su garganta, ajorcas riquísimas en sus brazos y piernas; sus largas trenzas negras y brillantes caían sobre su seno, y se unían más abajo de sus rodillas en un lazo de piedras preciosas.

Sarul-Noema deslumbraba.

Pero brillaban más sus ojos, fijos de una manera intensa en el santón, que la rica pedrería de que iba cubierta.

XXXIII

—Hermosa eres sobre todas las hermosuras—hija de la noche—exclamó con asombro Abu-al-Kassen—; en ti resplandecen las preciadas piedras como en el cielo las estrellas; pero tus ojos, como el sol, apagan su brillo: si yo pudiera amar, te amaría, huiría de las huríes; pero mi corazón no tiene amor más que para una mujer.

—Pues qué, ¿los hombres de Dios aman á otro ser más que á Dios?—dijo Sarul-Noema.

—Síguese—la dijo Abu-al-Kassen—; yo no me consolaría si no pudiera darte, para que descansases, un lugar digno de tu hermosura.

Abu-al-Kassen dejó en el suelo la lámpara, se inclinó junto á una gran piedra del pavimento, y poco después aquella piedra, que era una puerta secreta, giró y dejó descubierta una escalera estrecha, cuyos peldaños eran de blanquísimo mármol de Macæel.

Abu-al-Kassen tomó la lámpara, bajó por las escaleras, y Sarul-Noema le siguió.

A poco estaban en una pequeña, pero bellísima galería.

Sarul Noema no había visto en la Alhambra nada tan bello y tan rico.

El pavimento era de menudo y brillante mosaico; columnas, semejantes al marfil, con capiteles dorados, sostenían los arcos labrados, matizados con oro, blanco, rojo y azul, y las preciosas cúpulas que se alzaban en los espacios contenido por aquellos arcos.

Por una puerta ricamente festonada, Abu-al-Kassen entró en una cámara maravillosa, rodeada de blandos y ricos divanes, cubierto en parte el pavimento de mosaico, por alkatifas tejidas de oro, plata y seda.

XXXIV

—Reposa aquí, sultana—la dijo Abu-al-Kassen—mientras yo te ofrezco algunas bebidas y confituras.

Y encendiendo una gran lámpara que había sobre una mesa de mosaico, salió de la cámara dejando sola á Sarul-Noema.

—Los santones—dijo ésta—son todos sucios y desarrapados; en su mirada brilla un fuego terrible; moran en mezquitas pobres y desaseadas; y éste viste con aseo, es hermoso y joven, y tiene bajo tierra un alcázar tan ostentoso como el del amado de mi alma; ¿qué será este hombre? ¿se habrán engañado todos, y no será hombre de Dios? Si así es, he cometido una gran imprudencia.

Y Sarul-Noema sintió un terror vago.

A poco se oyeron los pasos de Abu-al-Kassen.

Traía en las manos una gran fuente de plata, sobre ella dos preciosos jarros de plata también, y en torno de los jarros magníficos dátiles del Desierto, y transparentes confituras.

Abu-al-Kassen puso la fuente junto al diván donde estaba reclinada Sarul-Noema, y la dijo:

—Si te place, come y bebe; en un jarro hay licor de granada, en el otro, agua purísima de Ain-Azara (1); dátiles son esos que Dios ha madurado sobre los campos de Lar y de Sur, y confituras las otras de los más hábiles confiteros granadinos.

—¿Me aseguras que en nada de eso hay maleficio?—dijo con la voz un tanto trémula Sarul-Noema.

—Tú desconfías de mí—dijo sonriendo tristemente Abu-al-Kassen—; y pues desconfías, no crees á los que dicen que yo soy un hombre de Dios.

—Yo te creo mago.

—¡Ah! si yo tuviese el poder de hechicero—exclamó Abu-al-Kassen—no estaría yo lejos de las tiendas de mi kabila, en mi hermosa Taha (2), en la vertiente oriental del Atlas; no dormiría yo como un perro, en la puerta de la mezquita

(1) Fuente de la Flor.

(2) Distrito.

de Al-Baul; no tendría el corazón seco como una esponja puesta al sol, no sentiría la desesperación que me enfurece.

—¿Quién eres tú, pues?—dijo con alguna más confianza Sarul-Noema—tomando un dátil, partiéndole, comiendo la mitad de él, y dando la otra mitad á Abu-al-Kassen por complacerle.

—Antes de que te diga quién soy, dime quién eres y qué me quieres, para que yo vea si puedo confiar en ti—dijo Abu-al-Kassen sentándose sobre la alkatifa—á los pies de Sarul-Noema.

—Yo no sé quién soy—contestó la joven—; un hombre de mi misma raza; pero no debía de ser mi padre, porque me trataba cruelmente, me llevó á Marruecos y me vendió esclava al emir Abul Hassan; todos creen que yo soy hechicera; pero yo digo como tú, que si lo fuese no estaría aquí, ni hablaría contigo, ni tendría celos, ni moriría de dolor.

—¿Amas y no te aman, y te ves despreciada por otra?—preguntó con viveza Abu-al-Kassen.

—Abu-Hegiag se adormece de amor cuando le miro y me llama el fuego de su alma; pero yo no soy sultana, la sultana es otra, y con ella parte también su amor el rey; yo muero en su amor, yo ansío que él muera en mis amores, que todas las otras mujeres le parezcan cosa vil y despreciable; le quiero todo para mí y partiéndole con otra, agonizo, y Satanás me inspira terribles ideas.

“No; amo y soy amada, Juzef.”

—¿Y cómo has venido tú de Africa á Granada?

—Por la venganza de Abul-Hassan, cuyos amores despreciaba yo, porque no había nacido para amarle, y que no teniendo valor para ser mi tirano, me envió como parte de un presente suyo al rey de Granada.

—¿Y le amaste y te amó?

—Nuestras almas, al vernos, ardieron en un mismo fuego; pero el rey amaba ya á la sultana Daimiel, á quien por mis amores no ha dejado de amar.

—¿Y te pesa la vida de la sultana?—dijo profundamente Abu-al-Kassen.

—A los muertos se les llora, se guarda de ellos por algún tiempo un recuerdo triste y doloroso, y luego se les olvida.

—Morirá la sultana Daimiel cuando tú me ayudes—dijo Abu-al-Kassen—; cuando por tu medio encontrase yo mi tesoro.

—¿Y qué tesoro es ese?—dijo Sarul-Noema.

—Una mujer misteriosa, una hada, una huri, un arcángel de hermosura. Escucha y comprende cuánta debe ser mi desesperación.

Abu-al-Kassen guardó silencio, inclinó la cabeza sobre el pecho, se concentró en su pensamiento, y luego empezó de esta manera:

XXXV

—Hay entre la falda oriental del Atlas y el desierto de Dar, en un hermoso y fructífero valle en que crecen el olivo, el nopal, la palmera y mil diversidades de árboles de rico y sabroso fruto.

El río Al-Kassen atraviesa, claro y fresco, este valle, que se llama la Taha de los Beni-Kassen.

En el centro de este valle hay un fuerte y rojo castillo, que cien veces ha resistido á los soldados del sultán de Marruecos, que en vano ha pretendido sujetar á su dominio á la terrible tribu de los Beni-Kassen.

Alrededor de este castillo, como un rebaño de ovejas en torno de su pastor, se levantan las cabañas de los guerreros de mi tribu. El río pasa por medio de ellas, besando los muros del castillo; y la luz de los ojos de Dios ilumina este valle bendito.

Hace diez años, la mano de Dios tocó la frente de mi padre Mahhommed-Juzef-al-Kassen, y le hundió en el sepulcro.

La misma noche en que había muerto, mientras yo velaba junto a su cadáver, un buho, un maldito buho entró por un ajimez, revoló alrededor de la lámpara, y la apagó.

Sentí pavor en mi corazón y frío en mis huesos.

El buho revolaba sobre mi cabeza, cerca de ella entre las tinieblas.

Y á mí me parecía oír una leve carcajada.

Una carcajada de loco.

Y entre aquella carcajada, una voz apenas perceptible que decía: “¡Ay del descendiente de Nazar! ¡Ay del buen Juzef-Abul-Hegiag! ¡El tigre se lanzará un día sobre él, y con él será la sombra!”

Y yo no comprendía estas palabras que me daban pavor.

¿Qué tenía yo que ver con el rey Abul-Hegiag?

¿Dónde moraba aquel rey?

¿De qué tierra era señor?

Y cuando en medio de mi pavor pensaba yo esto, el buho decía:

—¡Lindaraja, Lindaraja! Ella dejará su nombre en mi alcázar de rubíes: por ella se escribirá sobre una tumba regia una gran inscripción en loor de un gran rey en la rauda (1) de mi palacio de las Maravillas.

Continuaban las carcajadas.

Y la voz tenue y apenas perceptible decía:

—Lindaraja es la luz de la hermosura, la alegría de las alegrías; la espuma del torrente es menos blanca que ella, y el fuego intenso de la tierra menos ardiente que su sangre.

¡Lindaraja la hada! ¡Lindaraja la hurf! ¡Lindaraja el arcángel!

Busca, busca, busca, Yacub-Abu-al-Kassen.

XXXVI

Y mi corazón empezó á inflamarse.

Y me pareció que un ser sobrenatural se infiltraba en mi ser.

Y mis labios murmuraron por sí mismos, sin que en ellos tuviese parte ni voluntad:

—¡Lindaraja la hada! ¡Lindaraja la hurf! ¡Lindaraja el arcángel del séptimo cielo!

Y el buho soltó una larga carcajada.

Y se lanzó por el ajimez.

Un sopor denso envolvió mi espíritu.

Las tinieblas fueron con mi alma.

Pesaron sobre ella.

La abrumaron. Hice un esfuerzo como el que pretende dominar la agonía de la muerte, y desporté.

Porque había dormido, había soñado.

La lámpara ardía.

A su luz se veía el macilento é inmóvil semblante de mi padre.

Me levanté.

Y corrí al ajimez.

Sus celosías estaban cerradas.

Las puertas de la cámara estaban cerradas también.

El buho no había podido entrar allí; todo, pues, había sido un sueño.

Sin embargo, mis labios murmuraban incesantemente el nombre de Lindaraja, y mi imaginación pretendía adivinar la hermosura de la doncella más blanca que la espuma de las aguas y de sangre más ardiente que las entrañas de un volcán.

(1) Panteón.

XXXVII

Cuando se hubieron rendido á mi padre los últimos honores; cuando la losa del sepulcro se hubo cerrado sobre él, el anciano faquí de nuestra tribu me puso en posesión de todo lo que había sido de mi padre, y la tribu entera me aclamó su señor.

Primero me entregaron el tesoro.

Después abrieron las puertas del harén.

Me señalaron una anciana, y me dijeron:

—Esta es tu madre.

Hasta venticuatro hermosas mujeres.

Y me dijeron:

—Estas fueron concubinas de tu padre; están prohibidas para tí; son hermosas; no incurras en pecado.

Me llevaron á otro lugar donde había siete hermosas muchachas.

Y me dijeron:

—Doncellas son estas y te son permitidas; haz de ellas tus esposas ó tus esclavas, si quieres.

Luego llegaron á una puerta dorada y la abrieron.

—Vas á ver un misterio—me dijo el anciano faquí.

Es una hermosa niña, lejana aún del día de su juventud y de la edad del amor.

Se ignora si es hija de tu padre. El lo negaba.

Dios le perdone; él decía:

—Durante una obscura noche de tormenta en que el trueno estremecía la tierra y el relámpago encendía el aire, en lo más crudo del fragor y del fuego del cielo, se abrió la cúpula de mi cámara, descendieron cuatro blancas hadas, no sé si buenas ó malas, y dejaron en una cuna de marfil, á mis pies, una hermosa niña.

—Esta es Lindaraja—me dijeron—, y serás bienaventurado si alcanzar á la edad de su amor y la haces tu esposa.

Y las hadas, tras esto, desaparecieron, dejándome á Lindaraja.

Pero se cree—añadían los que me habían llevado al harén—que Lindaraja es hija de tu padre y de una hermosa esclava asiática que murió de una manera misteriosa.

En la duda, pues, no ofendas al Señor, amando con impureza á la que puede ser tu hermana.

XXXVIII

Entonces me mostraron una niña como de siete años, cuya hermosura llegaba á lo maravilloso.

Al verme, retrocedió aterrada, mirándome con espanto.

¿Por qué la espantaba yo?

Apenas tenía veinte años, y las doncellas de mi tribu me sonreían.

Y bajaban ante mí, ruborosas, su mirada.

¿Qué veía en mí Lindaraja que la aterrara?

Yo, desde el momento en que la vi, la amé.

A pesar de su corta edad, yo veía ya en ella á la mujer de mi destino.

Y recordaba con estremecimiento lo que había visto en mi sueño al lado del cadáver de mi padre.

¿Por qué en mi sueño había oído yo el nombre del rey Juzef-Abul-Hegiag junto al nombre de Lindaraja?

Quise saber si había en el mundo algún rey que se llamase Juzef-Abul-Hegiag.

Y el faquí me dijo:

—Al otro lado del Atlas, más allá del califato de Marruecos, está el estrecho de Geb-al-Tarik (1); al otro lado de ese estrecho está la tierra bendita de Granada, y sobre ella impera el rey Mohammed-Juzef-Abul-Hegiag, de la esclarecida dinastía de los Nazeritas, amigo y aliado del emir de Marruecos Abul-Hassan.

¿Por qué, pues, había yo oído en mi sueño el nombre de Lindaraja, y existía Lindaraja?

¿El nombre del rey Abul-Hegiag, y existía el rey Abul-Hegiag?

¿Por qué me había dicho mi sueño que cuando el rey Abul-Hegiag conociese á Lindaraja la muerte sería con él?

Todo esto abrasaba mi cabeza y comprimía mi corazón.

El faquí me mandó jurar que siempre consideraría á Lindaraja como mi hermana.

Y yo juré lo que quisieron que jurase.

Pero sólo con los labios.

No con el corazón, no con la voluntad.

XXXIX

¿Por qué dudaban de lo que mi padre había asegurado?

Esto es: que Lindaraja no era su hija.

(1) Gibraltar.

Que se la habían dejado cuatro hadas en su castillo durante una noche de tormenta.

¿No debía yo creer mejor á mi padre, que á los temores del faquí y de los xeques de la tribu?

XL

Sin embargo, sólo el pensar en Lindaraja me ponía pavor.

Me parecía que entre ella y yo existía algo terrible.

Me lo parece aún.

Su recuerdo, cada día más ardiente, vive en mi memoria.

Por ella reduciría yo á polvo, si me fuere posible, al que me la roba, al que me la oculta.

Y él está en Granada, aquí, no tengo duda de ello.

Por eso estoy yo también en Granada.

Por eso aproveché la ocasión de un momento de delirio, de un momento de furor sordo; que suele pasar por mí cuando insisto demasiado en su recuerdo.

—Está poseído del espíritu de Dios: es un hombre de Dios: oí decir un día en que volvía en mí de uno de aquellos accidentes de furor y de desesperación.

Ahora, siempre que quiero, recaigo en ellos.

Me basta con suponer á Lindaraja en los brazos de un hombre, enamorada de él, delirante de amor.

¡Oh! cesemos, porque si pienso mucho en esto, tú serás testigo de uno de esos horribles accidentes.

Verás que la sangre sube á mi rostro, y le ennegrece.

Que mis ojos ruedan en sus órbitas; que de mi pecho sale un rugido espantoso: que me revuelvo sobre la tierra y arrojo por mi boca una espuma sangrienta.

Te aterrarias, y yo no quiero aterrarte; hermosa de las hermosas.

De tiempo en tiempo, yo procuro encontrar uno de esos accidentes en el atrio de la mezquita de Al-Baul, cuando van á orar á ella los creyentes.

Y mi fama de hombre poseído por el espíritu de fuego, de hombre de Dios, crece.

Y todos me respetan.

Y todos se prosternan á mi paso.

Y todos ansían que yo les toque y les escupa el rostro.

Porque hay una tradición unida á la mezquita de Al-Baul, que dice: "Y un día aparecerá en el atrio de la mezquita de Al-Baul un elogio de Dios, lleno de su espíritu infinito: un hombre santo.

"Y el creyente que llegare á tener la ventura de ser tocado por este hombre Dios, y bebiera después la milagrosa agua del aljibe de la mezquita, logrará lo que desee, aunque su deseo consista en que descienda para él, del séptimo cielo, uno de los siete arcángeles del Señor."

Así es que yo evito el tocar ni aun por acaso á ninguno, no sea que si le toco beba el agua de la cisterna, y al ver que su deseo no se cumple, dejen de respetarme y de tenerme por santo.

Yo, cuando se acercan á mí, los aterro, los alejo con una mirada de amenaza.

Porque á pesar de que creen que ser muerto por mí, es llevar la bienaventuranza al Paraíso, ninguno quiere morir.

Yo, solo, vencido, desterrado, pobre, me prevalgo del error de los musulmanes granadinos, que me creen poseído del espíritu de Dios.

XLI

Oye:

Un día vagaba yo por estos montes desesperado, para entregarme sin testigos á mi dolor, y encontré esta torre vieja, negra, arrasadas sus almenas, cubierta su parte superior de jaramagos y de ortigas, que aparecían sobre ella secas por el sol del estío, como los cabellos impuros y erizados de una vieja horrible.

Un pastor que pasaba de prisa por la ladera opuesta con sus ovejas, al verme llegar á la torre, detuvo su paso y dijo al asno de su hato:

—No tan de prisa, valeroso: Eblis ha huído ya de la torre maldita, porque se ha acercado á ella el hombre de Dios de la mezquita de Al-Baul.

Hice señal de que se acercase aquel hombre, y él, lanzándose rápidamente por la ladera, se acercó violentamente á mí, ansioso sin duda de que yo le tocase, ó de tocarme. *

—Detente—le dije—, si no quieres morir devorado por el fuego.

El pastor se detuvo, y se prosternó.

—¿Qué quieres de tu siervo, justo y santo varón de Dios?—me dijo.

—¿Por qué has dicho á tu jumeto—le pregunté yo—que anduviese de prisa, porque Eblis había abandonado la torre maldita al acercarme yo á ella?

—Esta es Borg-Eblis—me dijo—: cuando hay que pasar por necesidad á cierta distancia de ella, se pasa de prisa, invocando el santo nombre de Allah para evitar que Satanás salga de la torre y haga el maldito una de las tuyas: pero habiéndote tú acercado á ella, santo varón, Satanás ha huído, sin duda: tócala con tu mano milagrosa, y Satanás no volverá.

XLII

Me acerqué á la torre, dí alrededor siete vueltas, y á cada una de ellas la toqué con el pie y con la mano, y escupí á su muro.

—Santificada está ya la torre maldita—dijo el pastor—y ya los pastores que bajan de la sierra para llevar los rebaños á Granada, no rodearán por no pasar junto á ella.

—¿Por ventura, quieres decirme, si lo sabes, por qué fué maldita esta torre?

—Voy á contarte lo que de esta torre se cuenta—dijo el pastor, sentándose en el dintel de marmol de la puerta de la torre, mientras su jumeto y sus ovejas pacían tranquilamente en la ladera, sin temor alguno al diablo, sin duda porque su pastor les había dicho que al acercarme yo á la torre, Satanás había huído de ella.

XLIII

Hace mucho años, muchos, un poderoso caballero de la tribu de los Beni-Egas, según se cuenta, robó de una alquería de la montaña una hermosa doncella, y la trajo á un alcázar subterráneo que había edificado en unas grandes cuevas debajo de esta torre.

Los parientes de la doncella la habían seguido sin poder alcanzarle, porque el caballo del caballero, cuando creía que le iban á tocar, se lanzaba como un rayo y se separaba de ellos: los esperaba á larga distancia, y cuando estaban cerca, volvía á dispararse y á esperar.

Y así los trajo hasta torre.

El caballo era negro como la noche.

Y sus cascos, cuando corría, arrancaban fuego de las peñas.

Ellos lanzaban sobre el caballero las flechas de sus arcos.

Pero antes de llegar al caballero, rechazaban en el aire como si hubieran chocado en un muro de diamante, y venían á caer sin fuerza á los pies de los que las habían disparado, que las recogían, las volvían á disparar, y volvía á suceder lo mismo.

XLIV

El caballero y el corcel, con la doncella robada, desaparecieron en la torre.

Y cuando los parientes de la doncella se acercaron á la puerta de la torre, ésta se bamboleó, inclinándose é irguiéndose, como si hubiera estado viva.

Y asomaron á su puerta y á sus almenas monstruos nunca vistos y de formas extrañas y horrosas, que silbaban de una manera insoportable á los oídos.

Y arrojaban fuego por los ojos y por la boca.

Y al mismo tiempo se oían dentro de la torre truenos y bramidos, y rugidos y rebuznos, y graznar de aves feroces, y el zumbido de un torrente que parecía despeñarse en una profunda sima.

Y los deudos de la doncella y los amigos de sus deudos que les habían acompañado para perseguir al robador, á quien todos conocían como un principal caballero de la familia de los Beni-Egas, gran privado del rey y poseedor de feraces tierras en aquellos contornos, huyeron atarados de la torre.

Y se volvieron á su alquería de la montaña.

XLV

A la mañana siguiente Kinsul-Amina, que así se llamaba la doncella robada por Yezid-el-Ferhí-Ben-Egas, que así se llamaba el caballero robador, apareció en su lecho muerta, negra como un carbón y dura y brillante como ébano pulimentado.

Y á pesar de que el día antes Amina era blanca como la nieve acabada de caer de la nube, sus parientes la reconocieron, porque había conservado las bellas formas de su hermosura.

XLVI

Y pasaron nueve lunas.

Y la noche en que la novena espiraba, el guardián del cementerio de la aldea cercana á la alquería, donde Kinsul-Amina había sido enterrada, se despertó por unos vaguidos fuertes, horribles, que resonaban en el cementerio.

Salió, y á la luz de su lámpara vió sobre la entreabierta sepultura de Kinsul-Amina un niño recién nacido, gigantesco, negro como el ébano, y hermoso como Kinsul-Amina.

Y el guardián de los muertos llamó al faquí de la mezquita.

Y éste, al ver aquel prodigio, temeroso, hizo sus abluciones.

Y oró y conjuró á Satanás por si estaba en el cuerpo de aquella criatura, que tal parecía, según eran sus horribles gritos.

Por último, y como era ofender á Dios matar aquella criatura, se buscó una nodriza que quisiese criarla.

Y ninguna de las jóvenes de toda la comarca que pudieran haber lactado al niño, quiso hacerlo.

Porque la criatura les daba espanto.

Pero cuando el faquí creía que el niño moriría de hambre, apareció trotando por la sierra una cabra negra.

Y le amamantó y le crió.

Y el niño se criaba en el atrio de la mezquita

Y las gentes le llamaban Aben-Az-Raël (1) porque le había dado á luz una sepultura.

XLVII

Y la misma noche en que nació Aben-Az-Raël, desapareció otra doncella hermosa de otra de las alquerías de la Sierra

Y á la alborada siguiente la encontraron sus padres en su lecho, convertida en estatua de ébano.

Y la enterraron en el mismo cementerio en donde había sido enterrada la otra, y junto á ella.

Y á las nueve lunas apareció otro niño negro, que fué criado también por la cabra negra, y á quien llamaron también Aben-Az-Raël.

Y así de nueve en nueve lunas desaparecieron de las alquerías del contorno doncellas, hasta siete, contando desde Kinsul Amina.

Y sus sepulturas dieron á luz niños negros exactamente parecidos á sus madres, que fueron criados por la misma cabra en el atrio de la mezquita de la aldea.

Y cuando aparecía el uno, desaparecía el otro que había criado la cabra.

De modo que la cabra no criaba nunca más que uno.

Y dicen que cuando iban á cumplirse las nueve lunas, el niño crecía prodigiosamente como si un día hubiese sido para él un año, y que cuando abandonaba á su nodriza, era un hombre robusto y fornido.

(1) Hijo del arcángel de la muerte.

Cuando desapareció el último, desapareció también la cabra.

Y dicen que en vano era sembrar flores ni hortalizas en el pequeño huerto del atrio de la mezquita, en el ángulo donde la cabra había criado á los siete hermanos Beni-Az-Raël.

Porque la semilla se quemaba y se tornaba negra como el carbón.

XLVIII

Y cuando sus siete hijos estuvieron criados y fuertes Yezid-el-Ferhí-Ben-Egas salía con ellos, jinetes en potros negros, armados con arneses de bruñido acero, con tocas rojas y caftanes rojos, y fuertes lanzas de dos hierros.

Y el mayor de los Beni-Egas llevaba enarbolado un pendón rojo, como si hubiera sido teñido en sangre.

Y Yezid-el-Ferhí, sin cometer hostilidad alguna contra los habitantes de las alquerías, aldeas, villas y ciudades del reino de Granada, ganaba la frontera cristiana; combatía durante siete días, desde que cerraba la noche hasta que apuntaba la alborada, y se volvía trayendo él y cada uno de sus hijos y sobre sus caballos, una hermosa doncella, y las alforjas llenas de oro y alhajas.

Y cada nueve lunas Yezid-el Ferhí hacía una excursión á tierra de cristianos y traía otras ocho doncellas y otras ocho cargas de oro.

Y dicen que con este oro doraba las ajaracas, las ataujías y demás ornamentos de su rico alcázar subterráneo.

Y los siete hermanos Beni-Az-Raël, labraban en las canteras de la sierra hermosas columnas de alabastro y de jaspe, y de brillante serpentina y anchas losas para los pavimentos.

Y las llevaban sobre sus hombros á la torre, en la cual se hundían con ellas.

Y por esto se cree que debajo de esta torre hay un alcázar maravilloso.

¿Ves ese monte circular de tierra que rodea está torre, santo hombre de Dios?

Dicen que es la tierra de las excavaciones que los siete Beni-Az-Raël hacían para construir los hermosos apartamentos del alcázar.

¿No ves que esa tierra parece ceniza, y que en ella no brota ni la más pequeña hierbecilla, ni siquiera plantas venenosas?

Es que esa tierra ha sido convertida en ceniza al tocarla el caballero maldito y sus siete malditos hijos.

Por eso llamaban á esta torre Borg-Eblis.

Desde hoy la llamarán la Torre del hombre de Dios.

Porque yo lo contaré en toda la comarca, y todos sabrán que tú la has purificado y la has santificado dando siete vueltas alrededor de ella, y tocándola siete veces con tu mano.

XLIX

Calló el pastor, se prosternó, y se alejó triste, porque yo no había querido tocarle.

L

Aquella noche dormí, como de costumbre, en la puerta del atrio de la mezquita de Al-Baul.

Al amanecer, cuando los menestrales abrían sus tiendas, me fuí á la de un herrero de la vecindad, y le dije:

—¿Quieres seguirme, Babil, con todos los útiles necesarios para abrir una vieja puerta de hierro?

—¿Qué pretenderás tú de mí que yo no me apresure á poner por obra, santo hombre de Dios?—dijo Babil poniendo en una pequeña espuela de palma algunas herramientas—; adonde tú fueres te seguiré yo.

—Sigueme, pues—le dije.

Y eché á andar.

Y él detrás, y yo delante, al cabo de una hora llegamos á Borg-Eblis.

—Esta es la torre maldita—dijo Babil, retrocediendo desde el momento en que la vió.

—Maldita era—le respondí—; pero ya no lo es, porque yo la he santificado tocándola siete veces, dando siete vueltas á su alrededor y pronunciando siete conjuros.

Babil se acercó ya sin temor á la torre, como se hubiera acercado á cualquiera otra torre de Granada.

Y en poco tiempo rompió las fuertes chapas de hierro, y abrió la puerta.

Dentro de la torre no había más que el negro espacio circular que tú has visto al entrar, y una escalera que conduce á otra habitación alta, igual á la inferior y á la desmochada plataforma de la torre.

—Aquí—dije á Babil—debajo de la torre, hay un alcázar magnífico.

—Eso cuentan los viejos—me contestó Babil—, y añaden que en ese palacio hay un gran tesoro que conseguirá el que al mediar la noche en que se celebra la memoria del profeta Sydí

Juan (1), el compañero de Jesús, se atreva á llegar á la puerta de esta torre y á llamar á ella siete veces, arrostrando con valor todos los espantos que sobrevengan, será dueño de ese tesoro y de siete hermosísimas doncellas que están aquí encantadas.

—Pues veamos—dijo á Babil—si á pesar de no ser la noche de San Juan, nosotros, encontrando la puerta por donde se baja á ese alcázar, encontramos el tesoro, y las siete hermosas doncellas.

En aquel momento puse maquinalmente la mano derecha sobre el hombro izquierdo de Babil.

Este se estremeció de alegría.

—¡Ah santo hombre de Dios!—dijo Babil—: yo ya he encontrado lo que deseaba: tú me has tocado, y en cuanto me permitas marchar, voy á la cisterna de Al-Baul, bebo agua, cuanta pudiere, y dentro de nueve lunas mi mujer Xaira, que, á pesar de los amuletos y de las oraciones de los faquís, ha permanecido infecunda diez años, me dará un hermoso hijo.

—¿Y es eso todo lo que deseas?—dijo á Babil.

—Sí, venerable hombre de Dios; porque quien no tiene hijos está en el lito de Dios, y nada puede acontecerle bien.

Y el sencillo Babil se puso, lleno de alegría, á golpear con el mango de hierro de una de sus herramientas, el pavimento de mármol.

—Aquí hay una puerta—dijo al sentir golpeando una gran losa, que el golpe producía un ruido sonoro.

Buscó después, sacando la tierra que cubría las juntas, y encontró un hierro mohoso.

—El juego con que se abre esta losa está enmohecido y no obedece: yo le romperé, y luego vendré y pondré un juego nuevo, y construiré una cerradura fuerte y una llave segura para la puerta de la torre.

LI

Babil logró al fin levantar la pesada losa, y pudimos descender hasta aquí.

Lo que vimos después, lo vas á ver ahora, sultana de la hermosura, y te llenarás de asombro como yo me llené de espanto al verlo.

—¿Y tan terrible es lo que viste?—dijo Sarul-Noema.

(1) San Juan Bautista, á quien los musulmanes reverencian, así como á Jesús, como profetas inferiores á Mahoma.

—Ven y juzga por tí misma—dijo Abu-al-Kassen.

Y se alzó de los pies de Sarul-Noema, que se levantó á la par del diván donde estaba reclinada, tomó la lámpara de mano que había llevado hasta allí, y llegó á una bellísima puerta cerrada por hojas de alerce, que abrió, y entraron en una cámara circular, que sobre columnas de serpentina verde sostenía una magnífica cúpula.

LII

—Nada veo aquí—dijo Sarul-Noema—, más que una cámara maravillosa por la belleza de su arquitectura y la riqueza de sus adornos.

—Continuemos—dijo Abu-al-Kassen.

Y sucesivamente atravesaron otras salas más ricas y más bellas que las anteriores.

Al fin bajaron por una ancha escalera de bruñido mármol blanco, y á su pie encontraron una magnífica puerta dorada, mucho más rica y más bella que las que habían encontrado hasta allí.

Abu-al-Kassen abrió aquella puerta.

La luz de la lámpara que Abu al Kassen llevaba, arrancó miles de brillantes destellos.

La cámara en que habían entrado, sostenida por arcos calados con multitud de preciosas cúpulas que componían una grande, caprichosa y portentosa cúpula, parecía cubierta de cuantas piedras preciosas Dios crió.

Era redonda, y alrededor corría una galería orlada al pie de los muros portentosos por sus raras y brillantes labores, de un ancho diván que parecía de tela de cristal.

Los intercolumnios que sostenían la cúpula eran siete.

Entre sus cuatro columnas, reclinada sobre una brillante ánfora, había una estatua de mujer hermosísima, de ébano pulimentado.

Todas ellas eran exactamente iguales, de tamaño natural.

Todas estaban representadas con una ancha túnica que se plegaba menudamente sobre su cuerpo, dejando conocer sus maravillosas formas.

Todas, en una actitud igual, estaban como reclinadas sobre la ánfora de brillante esmalte que tenían junto á sí.

Todas tenían la expresión del amor sediento, no satisfecho, sin esperanza.

Aquellas esculturas eran tan perfectas, tan

maravillosas, que se comprendía que no podían haber sido obra de la mano del hombre.

—Tú no conoces á Lindaraja—exclamó apenado Abu-al-Kassen—; pues bien, todas esas negras estatuas son su imagen perfecta, inmóvil, muda, insensible, fría; éstas son sin duda las siete doncellas robadas de las alquerías de la montaña por Yezid el-Ferhí: y mira—añadió Abu-al-Kassen, llegando á una de las estatuas y asiéndose á ella para subir á su pedestal y llegar á su ánfora, en la cual destapándola metió la mano—: mira doblas marroques de oro cendrado.

Y Abu-al-Kassen arrojó algunas monedas de oro sobre el pavimento.

Luego, cubrió de nuevo el ánfora.

Fué á otra estatua del frente, trepó también á su pedestal, descubrió el ánfora, y dijo á Sarul-Noema:

—Acércate; quiero que llesves una rica memoria de Abu-al-Kassen, al que llaman el hombre de Dios de la mezquita de Al-Bahul.

Y sacó un magnífico y largo collar de rubíes, encendidos como el sol cuando en una calurosa tarde de estío traspone en el Desierto; como un inmenso disco de sangre inflamado.

—¿Es algún amuleto terrible ese collar?—dijo Sarul-Noema, que, como mujer, fijaba en la riquísima joya una mirada codiciosa.

—No, pero sobre tu negra y magnífica garganta, este collar deslumbrará hasta hacer mortal tu hermosura.

Sarul-Noema se acercó á Abu-al-Kassen, inclinó su hermosa cabeza, y Abu al-Kassen la quitó el collar de brillantes y le arrojó en el ánfora de donde había sacado el de rubíes.

—Justo es—dijo—, que quede aquí una memoria tuya.

—¡Oh! ¡cuán mezquino es el valor de esos diamantes comparado con el de estos hermosos carbunclos—dijo Sarul Noema.

Abu-al-Kassen hizo seis vueltas con el collar, le puso en la esbelta garganta de Sarul-Noema, y se vió obligado á sacar las hermosas trenzas de la joven para que no quedase sobre ellas el collar.

—¡Oh! tus trenzas pesan como el oro virgen—exclamó Abu-al-Kassen—: ¡qué hermosa eres, hija de los sueños! espera, espera.

Y volvió á subir sobre el pedestal, y fué sacando pieza por pieza un aderezo completo de

carbunclos, ajorcas, brazaletes, sortijas, arracadas, cendal.

Y á medida que prendía estas joyas á Sarul-Noema, depositaba la que le había quitado de hermosos diamantes, en el ánfora.

Sarul-Noema se lanzó ansiosa á una de las brillantes columnas, y se contempló en ella.

Abu-al-Kassen la iluminaba con la luz de su lámpara.

Sarul-Noema cerró los ojos.

Se había visto como en un espejo en la columna, y se había deslumbrado.

Volvió á abrir los ojos, resistió el resplandor, se vió al fin, y dió un grito de alegría.

—¡Oh!—exclamó—: yo soy una hura: ¿quién podrá resistir al esplendor de mi hermosura?

Sonó una carcajada, chirriante, desapacible, y se oyó al mismo tiempo el batir de unas pesadas alas.

Abu-al-Kassen y Sarul-Noema miraron á la cúpula, de donde provenía el seco batir de aquellas alas, y vieron un buho blanco, color que marcaba su ancianidad.

—¡Ahl el maldito buho—exclamó Abu-al-Kassen—; el buho que me hizo ver en sueños junto al cadáver de mi padre la hermosura de arcángel de Lindaraja.

LIII

Sarul-Noema fijaba su mirada fascinada en el buho, que continuaba describiendo anchos círculos en torno de la cúpula.

—Los días del séptimo Nazar están contados—dijo el buho—; muy pronto el lucero de la noche infiltrará su rayo lúgubre sobre la tumba de Abul-Hegiag, á través de los ajimeces del panteón de mi alcázar de rubíes: ¡ahl los días del séptimo Nazar están contados: los asesinos tiemblan junto á mí.

Sonó otra carcajada hueca y fría; el buho estrechó su vuelo, y apagó la lámpara de Abu-al-Kassen.

LIV

Sarul-Noema se asió, aterrada, á Abu-al-Kassen.

—Tú abrasas como un hierro candente—exclamó Abu-al-Kassen—: estamos malditos de Dios.

Y asiendo por el talle á Sarul-Noema, atravesó con ella las tinieblas, subió las escaleras como si sus ojos hubiesen encontrado entre las

tinieblas luz, la llevó al retrete, desde donde había partido algún tiempo antes, y la puso sobre el diván.

LV

Sarul-Noema estaba profundamente dormida.

Al dejarla sobre el diván, Abu-al-Kassen se pasó la mano por la frente.

—¡Oh! ha sido un sueño—dijo—; yo no he podido ni por un solo momento amar á otra mujer que á Lindaraja: yo no he amado nunca como he creído amar en la maldita cámara encantada, y el buho... el terrible buho que se refa... ¡ahl no, no: esto ha sido un sueño de Satanás.

LVI

Sarul-Noema despertó, y miró con extrañeza en torno suyo.

—¡Ahl—dijo—, ha sido un sueño: yo no he visto la deslumbrante cámara: yo no he podido dejar de amar ni por un momento al rey de mi alma: pero ¡ahl estos carbunclos... esta hermosura que resplandece...

Y se miró en uno de los planos brillantes de los jarros de oro que estaban á sus pies.

—Tú, tú agonizas mirando mis ojos: ¡ahl tú eres un mago que atraes á tu palacio encantado á la mujer que te enamora, aunque sea la amante de un rey, guardada por fuertes torres y rodeada de vigilantes esclavos... ¡ahl ¡por qué me he acordado yo del loco de la mezquita de Al-Baul?

—Ese collar es un talismán—dijo temblando Abu-al-Kassen—: tú te transformas á mis ojos; tomas la apariencia de Lindaraja, ó más bien, tú eres Lindaraja

Sarul-Noema dió un grito horrible.

En la brillante superficie del jarro había visto que el negro color de su piel había ido perdiendo su intensidad hasta convertirse en una blancura infinita.

Sólo la quedaban negros los ojos y los cabellos.

Se desconocía á sí misma.

Y, sin embargo, no habían variado sus formas.

Era que al convertirse en blanca Sarul-Noema, había crecido de una manera maravillosa su hermosura.

LVII

—¡Ahl—exclamó—: ¡sí! se va desvaneciendo como una niebla en mi cabeza el sueño que me ha envuelto: ¡ah, sí! yo he soñado que era negra

como la noche: que un mago negro como yo me había llevado al alcázar del califa Abul Hassan: que Abul-Hassan me había enviado como un presente al rey de Granada: que yo le había amado; que había tenido de él un hijo... ¡ahl no, mentira: yo estoy tan pura como una nubecilla de la mañana: ¡ahl ¡no! ¡no! todo ha sido un sueño: yo he dormido muchos años... ¿dónde? ¿cómo? No lo sé; pero te roconozco, Abu-al-Kassen, y yo, al reconocerte, te miro con horror; porque tú eres mi hermano, mi maldito hermano que me ama.

—Espera, espera—dijo Abu-al-Kassen, viendo que Lindaraja se alzaba y se separaba de él—; espera, hada, hurí, arcángel ó hermana mfa, espera: recordemos:

—Sí, recordemos—dijo Lindaraja de pie, inmóvil y altiva.

Una noche sonó la bocina de un caballero, delante del castillo de nuestro padre.

Tú, obedeciendo el mandato del Koran, que manda dar hospitalidad á los extranjeros y á los caminantes, abriste las puertas de tu castillo y recibiste en él á un caballero joven y hermoso, que cabalgaba en un caballo de aliento de fuego y ojos centeliantes.

—¡Malditos sean de Allah caballero y corcell ¡maldita sea la hora menguada y tenebrosa en que llegaron á mi tribu y á mi castillo—dijo Abu-al-Kassen, tembloroso y pálido de cólera.

LVIII

—Aquel hombre—continuó Lindaraja, ó Sarul-Noema convertida en Lindaraja—, era un poderoso emir, rebelde, hijo y nieto de emiras, entre los moros de la otra banda (1); un hombre misterioso á quien nadie conocía en su tierra, que había heredado de su padre el odio y la venganza de los hijos de un rey de Granada á quien su padre había asesinado.

Aquel hombre se llamaba el infante Sydi-Ben-Ismail de la familia de los Nazares-al-Galibez, como que su padre había sido primo hermano del rey de Granada Ismail-Abul-Walid.

El infante Sydi Ismail, padre de Yuzuf-Ben-Ismail, que era el caballero que había llegado á nuestro castillo de Al-Kassen, por ofensas que de él había recibido su primo Ismail-Abul-Walid.

(1) Moros españoles.

Pero no pudo triunfar de los parciales del difunto rey Ismail-Abul-Walid, y su familia, contándose entre ella el infante Sydi-Yusuf-Ben-Ismail, se vió obligada á huir á Africa, á ampararse del padre del califa Abul-Hassan, que dió á los hijos del desterrado honra y preeminencias en su corte, á pesar de que eran de muy poca edad.

—¡Malditos sean el caballero y el caballo que llegaron en una noche de tormenta á mi castillo de Al-Kassen!—dijo Abu-al-Kassen con una voz ronca y sombría.

LIX

Lindaraja retrocedió un paso hasta llegar al diván, y se sentó, permaneciendo en una actitud erguida y rígida.

El collar, las ajorcas, los brazaletes y el cendal de carbunclos, brillaban como gotas de sangre coaguladas, transparentes, lúcidas, sobre sus negros cabellos, sobre su garganta, sobre sus brazos y sus piernas blanquísimas.

Ayesa (1) Abu-al-Kassen la contemplaba con la mirada estraviada, delirante.

Podía decirse que entonces estaba loco, que entonces era verdaderamente un hombre de Dios.

LX

—¿Y sabes por qué—dijo Lindaraja—llegó á nuestro castillo y pidió hospitalidad en él durante una noche de tormenta, el hermoso y bravo mancebo, el infante Sydi-Juzef-ben-Ismail-ben-Nazar-al-Galidí?

—Tú, burlando la vigilancia de mis esclavos, debiste escuchar las palabras engañosas y emponzoñadas del hijo del traidor—dijo creciendo en lo ronco y en lo terrible de su acento Ayesa-Abu-al-Kassen.

—El infante Sydi Juzef no necesitaba comprar la traición de nadie; le protegía un poder superior: el caballo encantado que le había traído á nuestro castillo; el terrible corcel que arrojaba humo ardiente por las anchas narices, y cuyos ojos centelleaban como los carbunclos que me engalanan. Mientras Sydi Juzef estuviese á tres tiros de arco de su corcel, aunque de éste le separasen muros, aunque estuviese repultado en las entrañas de la tierra, ó suspendido en los aires, Sydi Juzef era invencible: nada podía ope-

nerse á su voluntad; los muros se abrían ante él, y no había puerta cerrada que le estorbase el paso.

—¿Y por qué—dijo Abu-al-Kassen—si podía penetrar en mi castillo sin que yo se lo estorbase, y llegar hasta ti, me pidió hospitalidad?

—Por mí iba Sydi Juzef á nuestro castillo—dijo Lindaraja—; oye: ¿por qué Sydi Juzef me buscaba? esta es otra historia.

LXI

Guardó por algunos instantes silencio Lindaraja, como para evocar sus recuerdos, y luego empezó de esta manera:

—El infante Sydi Juzef había cumplido sus quince años.

Era hermoso, gentil, valiente y fuerte.

El emir de los almoravides, Abul-Hassan, le había hecho kaid de una taifa de jinetes de su guardia negra.

En las excursiones que Sydi Juzef había hecho contra las kabilas rebeldes, al Occidente del imperio de Marruecos, con los cien jinetes negros de su taifa, había dado, á pesar de su juventud, tales pruebas de valor y de prudencia, que los feroces negros que acaudillaba no sólo sentían por él un gran respeto, sino que le amaban, y le dieron el sobrenombre de Almansur (1).

Un día que volvió trayendo consigo los tesoros, las mujeres, los rebaños de una tribu rebelde, á Marruecos, encontró á su madre expirante.

La infanta Sayda Al-Meida, que así se llamaba su madre, apenas tuvo tiempo para contarle las desgracias de su familia, que Sydi Juzef ignoraba, y para encargarle la venganza contra los hijos del rey de Granada Ismail-Abul-Walid, el mayor de los cuales, Mohammed-ben-Ismail-ben-Nazar, ocupaba el trono.

Apenas había hecho su revelación y su encargo al infante Juzef, su madre Sayda Al-Meida, murió.

LXII

El conocimiento de que su padre había muerto de una manera miserable, á causa de haber matado al rey de Granada, Ismail-Abul-Walid, por ofensas que de él había recibido, que la inmensa hacienda que su padre, como infante de

(1) Jesús.

(1) El invencible.

la familia real de Granada parecía había sido confiscada por el rey, que su padre y sus descendientes habían sido declarados traidores, y pesaba sobre sus cabezas una sentencia de proscripción ó de muerte, si volvían á Granada, y eran reconocidos, entristeció de tal modo al infante Yuzuf, que para distraer su tristeza se fué á la plaza de Al-Moebin, á la puerta de cuya mezquita se reunían los juglares, contadores de cuentos, bailaban las hermosos bayaderas al son de la guzla, de la tiorba y de los atabalejos.

LXIII

El infante Yuzuf se acercó á un inmenso corro de ociosos, dentro del cual, sobre una alfombra, una magnífica bayadera, medio desnuda, se agitaba incitante y lasciva en la danza de la mariposa.

Al infante Yuzuf le pareció aquella muchacha demasiado descarada, aquella danza demasiado lúbrica: sintió repugnancia; se separó de aquel corro, y se acercó á otro que obstruía la entrada de la puerta del atrio de la mezquita.

Aquel corro rodeaba á un negro viejo y grave que no era juglar, sino astrólogo, á juzgar por el astrolabio y el cuadrante que tenía junto á sí, sobre una alfombra vieja, en que estaba sentado.

Un niño negro, como de diez años, estaba sentado junto al astrólogo.

Ambos parecían abisinios.

El astrólogo tenía delante de sí una fuente de cobre, y en ella se veían monedas de cobre, de plata, y algunas de oro.

El astrólogo ganaba su sustento diciendo en las últimas horas de la tarde su horóscopo á todo el que arrojaba una moneda en la fuente que tenía delante de sí.

Si la moneda era de cobre, el horóscopo era breve; más largo, si la moneda era de plata, y si de oro, el horóscopo se hacia largo y difuso, y eran mayores las observaciones que el astrólogo hacía en la mano, en el semblante y en los ojos de quien le consultaba.

LXIV

El infante Sydi Yuzuf, que devorado por el dolor de la muerte de su madre y por la tristeza del conocimiento de las desgracias de su familia, había ido á la plaza de Al-Moebin á buscar, desesperado, un momento de distracción, se alegró de encontrar dentro del corro, á que se ha-

bía acercado, en vez de un narrador de cuentos, un astrólogo.

—¿Eres tú verdaderamente sabio—dijo con voz triste el infante—ó un charlatán de los que engañan á la crédula muchedumbre?

—Oigo una voz terrible—dijo el astrólogo—; ella me revela que el hombre de donde esa voz emana, tiene luto en el alma; que su historia es lamentable y su porvenir misterioso.

El príncipe arrojó una dobla de oro marroquí en la fuente.

—Dime mi horóscopo—exclamó.

—No he de decirte lo aquí, noble señor—dijo el negro mirando fijamente al infante Yuzuf—; si quieres saber tu destino, ven conmigo; Kaleb—añadió despertando al niño, que dormía junto á él—recoge el dinero, el cuadrante, el astrolabio y la alfombra, y síguenos.

El astrólogo negro se levantó, y seguido del infante Sydi Yuzuf entró en el atrio de la mezquita, se dirigió á la puerta de su altísimo alminar, y entró por ella.

El infante le siguió por la suave rampa que conducía á lo alto del alminar.

El niño entró poco después, llevando consigo lo que le había mandado recoger el astrólogo.

En lo más alto del alminar había un aposento cuadrado y negro que recibía la luz de una abertura circular, en el centro de la bóveda, construída de tal modo que aun de día claro se veían á través de ella las estrellas.

En un ángulo había un hornillo; sobre él, vasijas y utensilios de metal, arcilla y vidrio; las negras paredes estaban cubiertas de signos cabalísticos y de leyendas en extraños caracteres, marcados los unos y las otras con tinta roja.

En la bóveda estaba pintado el Zodíaco con sus doce signos.

El pavimento apenas se veía; apenas se podía andar por él; tan cubierto estaba de enormes libros, de vasijas y de raros instrumentos.

LXV

El astrólogo ofreció dos viejos almohadones á Sydi Yuzuf, y le dijo:

—Siéntate si te place, noble señor.

Sydi Yuzuf se sentó.

—¿Por qué moras tú—preguntó al astrólogo— en lo más alto del alminar de la santa mezquita del Al Moebin?

—El faquí Ali-Dathan me debe grandes bene-

ficios; le he curado algunas enfermedades malignas, y he sacado de una doncella, hija suya, los demonios.

—¿Tan sabio eres?—dijo el infante.

—No hay más sabio que el Dios Altísimo y Único—respondió humildemente el astrólogo—; El es la ciencia de las ciencias; la luz de la luz; en el lugar de donde El se aparta, sólo hay error y tinieblas; ¡bendito sea el santo nombre de Allah!

—Por toda una eternidad—dijo el infante.

—El faquí Ali-Dathan, agradecido á mí—dijo el astrólogo—, y no teniendo con qué pagarme, por su pobreza, su curación y la de su hija, pidió para mí al faquí de los faqués licencia para que morase en el alminar de su mezquita.

—Tú eres sin duda rico; ¿por que no moras en una hermosa vivienda entre jardines?

—Dios ama la modestia y la caridad: yo reparto la limosna que me dan los creyentes, entre los que son más pobres que yo—dijo el astrólogo.

—Añade esas diez doblas á la limosna que yo te he dado.

El astrólogo tomó las diez brillantes monedas, tocó los pies del infante con su mano diestra, se la besó y después se tocó con ella la frente.

—¿Por qué me saludas como si fuese un sultán?—le preguntó Sydi Yuzuf.

—Yo veo en tí un gran príncipe, un príncipe vencedor, favorecido y ensalzado por Dios—contestó el astrólogo haciendo á Sydi Yuzuf un nuevo acatamiento.

—¿Y no ves nada más en mí?—le preguntó el infante.

—Sí; tú acabas de experimentar una gran desgracia, un dolor insoportable—contestó el astrólogo—: una criatura que tú amabas ha cerrado los ojos á la luz del mundo para abrirlos á la eterna luz.

—¡Mi madre!—dijo el príncipe.

—¿En qué luna nació tu madre?

En la luna de rabie postrera, día giuma.

—¿A qué hora?

—A la del alba.

—¿Que dijeron las buenas hadas cuando las consultaron el horóscopo?

—Que sería madre de grandes adalides.

—Adalides son los sultanes; ¿en qué luna ha muerto tu madre?

—Hoy, al alba—contestó Yuzuf con profunda tristeza y con los ojos cubiertos de lágrimas.

—¿Cuántos años han pasado por la vida de tu buena madre?

—Cuarenta, desde el alba en que nació hasta el alba en que se oscureció su vida.

—¿Cómo se llamaba?

—La infanta Sayda Al-Meida.

—¿La viste morir?

—Yo cumplí el piadoso deber de cerrarla los ojos.

—¿A qué parte quedó inclinado su semblante?

—Al Oriente; el primer rayo del sol, entrando por el ajimez, enrojeció su rostro pálido.

—Bienaventurados aquellos que al morir quedan mirando á la santa casa de la Meca; felices aquellos cuyo pálido semblante besa el primer rayo de sol; justos habrán sido en la tierra y bienaventurados serán en el paraíso.

—Así sea—exclamó tristemente Sydi Yuzuf.

—Con lo que me has dicho me basta para saber que tú eres el hombre predestinado que yo busco para llegar á un destino próspero y eminente.

—Habla; te escucho.

LXVI

La noche había avanzado lentamente, y había sobrevenido densamente oscura.

A través de la abertura circular de la bóveda se veían brillar con trémulos resplandores las estrellas.

Y un rayo azul de un lucero venía á posarse sobre la frente de Sydi Yuzuf.

—Sí; tu eres el predestinado que yo esperaba: la estrella Aldeboran se une á tí por medio de un rayo celeste; escucha, príncipe: vas á oír una extraña historia:

LXVII

Sydi Yuzuf no veía al astrólogo.

Estaba envuelto en las tinieblas.

Su voz cavernosa pronunciaba lentamente sus palabras, que parecían salir del fondo de una profunda cisterna.

En las tierras de Occidente, al otro lado de las Angusturas (1), hay una altísima montaña, cuya cumbre, siempre cana por eternas nieves, se esconde en las nubes.

(1) Estrecho de Gibraltar.

Llábase esta montaña la sierra de la Helada (1).

Al pie de esta montaña, sobre siete montes, hay una ciudad nobilísima, fundada por el ínclito progenitor de la familia Al-Nazar.

Sobre esta ciudad, cercada por fuertes muros con mil torres almenadas, se alza un alcázar de luz.

Este alcázar se llama Al-Qars-al-Hhamra (2).

A los pies de esta ciudad, como un inmenso y maravilloso jardín, se extiende una ancha vega salpicada de blancas alquerías, matizada con los vivos colores de sus frutos, de sus plantas, rodeada de un valladar de montañas azules.

Esta ciudad, que está al pie de la sierra, reclinada, como una dama hermosísima en un diván, sobre los montes, teniendo por rica alfombra á sus pies la vega de las blancas alquerías, del claro río y de los brillantes matices, se llama Al-Garb-Nart (3).

Sobre esta ciudad, en un monte, y en una quebrada de este monte, mirando á las cercanas sierras de Guadix, hay una torre solitaria, construída en tiempos remotos por gentes ignoradas.

Esta torre es ancha, fuerte, redonda, construída de una sola pieza, con una argamasa semejante al granito, coronada de agudas almenas, y cerrada por una fuerte puerta de hierro.

Debajo de esta torre había unos inmensos antros, los cuales se han convertido en un alcázar maravilloso.

—Oye, príncipe, cómo se construyó y para qué se construyó aquel alcázar.

LXVIII

Un bravo xequé de la Siria que había oído ponderar las excelencias de Al-Garb-Nat, y la belleza de sus mujeres, se decidió á ir al Occidente, á la península de Gezira-Alandalus (4), por ver si eran ciertas las grandezas que de la hermosa y potente ciudad de los nazeritas se contaban por todo el mundo,

Este xequé se llamaba Zezyd-el-Ferhí-ben-Egas.

Alcanzaba una gran hermosura, una gran fuerza y un gran valcr.

Su juventud se había prolongado, y á pesar de que contaba ya sesenta años, apenas podían atribuírsele treinta.

Zezyd el-Ferhí había sido un varón justo y temeroso de Dios.

No se había ocupado durante muchos años más que de buenas obras, ni había empleado en otra cosa su valor que en combatir contra los enemigos del Islam.

Dios había puesto su mano sobre su cabeza, y le había prosperado.

Tenía en Damasco muchos hermosos palacios, bellas alquerías en los campos, en las alquerías numerosos rebaños y naves en la mar, con las que todos los años, á excepción del Rhama-dan (1), en que iba á visitar en peregrinación la santa casa de la Meca, llevaba el terror á las riberas cristianas del Mediterráneo, la muerte y el estrago, trayendo consigo gran número de cautivos é inmensas riquezas.

Un día en que apresó una nave de Afranc (2), entre las mujeres que cautivó en ella encontró una joven de una hermosura maravillosa, y tal, que al verla cegó el alma de Zezyd-el-Ferhí, y por ella se olvidó de Dios y de todo lo bueno que había hecho, y la llevó á su harem y la hizo su concubina por la violencia, y la adoró, poniéndola en su corazón y en su alma en el lugar de Allah el santo y el justo, ante cuyos ojos todo está presente, y que nunca deja sin castigo el pecado.

Y dicen que la doncella de Afranc, que amaba con toda su alma á un mancebo de su tierra, sintió tan negra desesperación y tal tan rabiosa sed de venganza al ver manchada su pureza y muerto su amor por la violencia de Zezyd-el-Ferhí, que invocó á Satanás, y le vendió su alma porque la procurarse una terrible venganza.

Y cuentan que Satanás la dijo:

—Tal idolatría siente por ti mi hijo Zezyd-el-Ferhí, que la más cruda venganza que podía tomarse contra él sería el que te viese convertida en un cadáver frío, horrible y repugnante: Zezyd-el-Ferhí viviría condenado á un tormento sin fin, cometería toda clase de iniquidades, y su alma se perdería en el fuego eterno.

—¡Mátame!—exclamó la desesperada hermosura.

Y Satanás sopló sus ojos y su boca, y tocó con

(1) Sierra Nevada, la Geb-al-Solair.
 (2) El castillo rojo, llamado hoy por corrupción Alhambra.
 (3) La Hermosa del Poniente. Granada.
 (4) España.

(1) Cuaresma.
 (2) Francia.

su dedo de fuego su seno, sobre su corazón.

Y ardió de tal modo en tan voraz fuego el corazón de la infeliz por su perdido amante, sintió tal horror por Yezyd-el-Ferhí, que cuando éste sobrevino y la estrechó frenético de amor entre sus brazos, el horror y la desesperación aniquilaron el alma de la desdichada.

Y Yezyd-el-Ferhí la sintió pasar inerte, fría, muerta entre sus brazos.

LXIX

Yezyd-el Ferhí blasfemó, maldiciendo el santo nombre de Allah.

Y como si Allah hubiese querido castigar al réprobo con un infierno en la vida, Yezyd el-Ferhí, creciendo su amor por la infeliz muerta, sintió el mismo fuego abrasador por ella que ella había sentido á causa del poder de Satanás, permitiéndolo Dios, por su perdido amante.

LXX

Y en vano Yezyd-el-Ferhí había pretendido conservar, aunque muerta, valiéndose de jugos de hierbas que tienen la virtud de evitar la putrefacción, la hermosura de su adorada.

El semblante de la triste se había tornado lívido, horrible, desencajado.

Todo su cuerpo se había hinchado, y se rompía rápidamente.

Nada había quedado de ella más que un objeto hediondo.

Pero Yezyd guardaba su imagen en su memoria de una manera tan viva, que le parecía verla.

Y se desesperaba de no poder tocarla.

LXXI

Entonces se fué á buscar á un sabio mago que había aparecido en una cueva cerca de Damasco, cuyo nombre nadie sabía, ignorándose cuál era la tierra de donde provenía.

Este sabio era enjuto de carnes, pero fuerte, nervioso y de una fuerza tal, que cerraba la puerta de su cueva con un peñasco que había subido desde el pie del monte, y que no hubieran alcanzado ni á mover el esfuerzo de consuno de mil hombres forzudos.

Este mago tenía la cara larga, de color de cobre: la nariz prolongada; rásgada la boca, fuera de la cual saltan cruzándose cuatro agudos colmillos: los ojos hundidos en sus alvéolos, verdes

como las hojas de la cicuta, y brillantes como el interior de un horno encendido: su barba, rala y escasa, y con un rojo que se asemejaba al de la sangre, se repartía en dos puntas, y su cabeza, sobre sus grandes y puntiagudas orejas y sobre su larga frente, dejaba ver una cabellera roja, áspera y erizada, como las cerdas del cerro de un jabalí.

Las manos de este hombre eran largas, huesudas, vellosas, y tenían por uñas garras, así como sus pies descalzos.

Vestía una hopalanda larga y negra.

Y algunos decían que bajo aquella hopalanda se veía asomar á veces una larga cola erizada, como la de un león.

Decían que, no sólo resucitaba á los muertos, sino que á los viejos decrepitos los convertía en jóvenes ágiles y robustos; que curaba la fealdad, á la cual llamaba una enfermedad, transformando en hermosísimas doncellas á viejas horribles.

LXXII

Yezyd-el-Ferhí montó á caballo, y se fué en derecha á la cueva del mago.

Estaba éste en su puerta sentado al sol, rasándose la cabeza con las largas y corvas uñas de uno de sus pies.

Dicen que Yezyd-el-Ferhí contó después que cuando él llegó junto al mago, salía por debajo de su hopalanda una larga, enorme y escamosa cola de serpiente que se encogió en seguida, ocultándose.

El mago, al ver á Yezyd-el-Ferhí, le dijo con una voz semejante á un trueno lejano:

—Sé á lo que vienes, y te esperaba; Zahara-Llemal (1) se ha convertido en podre, y tu alma ha quedado envuelta en tinieblas, en medio de las cuales ves, desesperándote, á Zahara viva y resplandeciente.

—¿Quién eres tú, sabio de los sabios?—dijo Yezyd-el-Ferhí—; dime tu nombre para que yo pueda ensalzarte y bendecirte.

—Mi nombre está escrito en el firmamento, sobre la estrella más alta y mil veces más alta que está alta la más alta estrella sobre la tierra; mi nombre resplandece en caracteres de fuego, y llena de un resplandor sombrío el universo con la tempestad; ese nombre dice: Satanás.

—Pues bien, Satanás,—dijo Yezyd-el-Ferhí

(1) Flor de la hermosura.

prosternándose y tocando con su mano el asqueroso y horrible pie del diablo, besándosele y poniéndosele sobre la cabeza y sobre el corazón; yo te adoro y soy tuyo; yo maldigo el nombre de Allah, que ha permitido que perezca y se reduzca á hedionda podredumbre el fuego de mi alma, la hermosa entre las hermosas, la incomparable Zahara-Llemal; tú eres mi Dios y mi señor, Eblis; pero vuélveme lo que he perdido; vuélvemelo, y que mi alma te acompañe en tu infierno.

—¿Y cuándo me darás tu alma?

—Cuando me vuelvas mi perdida* Zahara-Llemal.

—Yo no puedo volvértela, si no encuentras una mujer casta, hermosa, sencilla, que tenga quince años, y á pesar de esto, no haya amado, ni aun soñado con el amor.

—¿Y dónde voy yo á encontrar ese tesoro de castidad? Las mujeres, á los quince años, y aun mucho antes, te conocen ya, Elbis, y no conservan ni aun el recuerdo de la immaculada pureza del alma.

—Tú, propenso siempre al amor, has pensado en ir á Gezira-Alandalus, la hermosura de cuyas mujeres has oído alabar; en Gezira-Alandalus, el sol no es tan ardiente como en la Siria, y las mujeres á los quince años son niñas aún; vete, busca una hermosa doncella pura de ojos celestes, de sus quince primaveras, y cuando la hayas encontrado, llámame para que celebremos nuestro convenio; por muy lejos que esté de ti cuando me llames, me verás al momento en que invocares mi nombre: vete, y ponte en marcha. Mas no, espera; dentro de un momento te encontrarás sobre tu caballo, y con grandes riquezas en oro y piedras preciosas en tus alforjas en Gezira-Alandalus, sobre la ciudad de Garb-Nat.

El diablo se levantó produciendo un ruido como el de las escamas de un reptil que se arrastra sobre un sendero pedregoso, asíó con ambas manos la cabeza de Zezyd-el-Ferhí, haciéndole sentir sus agudísimas garras, y le sopló en los ojos.

Zezyd-el-Ferhí creyó haber cegado, dió un grito, y cuando abrió los ojos se encontró á caballo, en una sombra quebrada, al pie de una torre redonda y rojiza, en la vertiente de un monte árido.

LXXIII

Aquel lugar era horrible y triste.

La tierra que rodeaba la torre, tenía color de ceniza.

Soplaba un viento frío, denso, pesado, en anchas ráfagas que pasaban silbando de una manera sorda, y caían y volvían á levantarse.

Zezyd-el-Ferhí reparó en que su caballo blanco se había convertido en negro, que aparecía más fuerte, más fiero. y arrojaba por las narices humo inflamado.

LXXIV

—Dios sólo es veraz, y Satanás es pérfido—dijo—recordando por milagro esta santa sura del Koran, Zezyd-el-Ferhí; ¿es esta la hermosa, la incomparable hermosura de la tierra de Garb-Nat, en Gecira-Alandalus?

El caballo lanzó un ardiente resoplido, saltó de costado, y partió á la carrera por la empinada vertiente del monte, á cuya cumbre llegó instantáneamente.

—¡Oh, la maravilla de las maravillas!—dijo Zezyd-el-Ferhí viendo á lo lejos, bajo el monte en que se encontraba, sobre siete colinas, Granada.

Al Oriente, la Sierra de la Helada; á los pies de la ciudad, de Oriente á Poniente, la Vega; detrás de sí, las crestas distantes de la Sierra de Guadix.

—¡Oh! sí—dijo—; Satanás no me ha engañado; las doncellas de esta tierra deben ser hermosas como las huríes; ¿quién me diera ver una de ellas, que no haya pasado de sus quince años, que sea pura como un rayo del sol?

Y de improviso, trepando rápidamente el caballo por la vertiente de la Sierra, le llevó á una blanca y hermosa alquería situada en un valle fresco, alegre y fructífero, entre dos altas montañas.

LXXV

A alguna distancia de la alquería, bañándose los blancos pies en el remanso de un arroyo que rodaba por medio del valle, había una niña hermosísima, pura y cándida.

El caballo de Zezyd-el-Ferhí se había detenido á alguna distancia de ella; y no arrojaba por las largas aberturas de sus narices humo inflamado.

—¿Qué quiere el buen caballero?—dijo la niña retirando los pies del agua, y alzándose sobre el césped.

—Soy extranjero—contestó Zezyd-el-Ferhí—, he subido á estos montes para ver desde ellos la hermosura de la tierra, y tengo hambre y sed.

—Espera, extranjero—le dijo la niña, fijando en él de una manera candorosa la clara mirada de sus grandes ojos azules como el cielo.

Y calzándose los pequeños chapines, se dirigió á la entrada de la alquería.

—Padre—dijo con su voz sonora y tranquila—; ha llegado un extranjero y tiene hambre y sed.

LXXVI

Zezyd-el-Ferhí había desmontado y adelantaba hacia la puerta de la alquería, llevando su caballo de la brida.

Al llamamiento de la niña apareció un hombre en la puerta de la alquería, bajo el tupido emparrado que la sombreaba.

Este hombre era alto y robusto; pero ya anciano.

Sus cejas y su larga barba estaban completamente blancas.

Vestía una túnica parda, y tenía rodeada á la cabeza una toca muy blanca.

Su semblante representaba el valor y la inteligencia, y por su expresión particular daba á conocer que el anciano había vivido retirado de las ciudades.

—La alabanza á Dios—dijo el anciano á Zezyd el-Ferhí—que se acercaba.

—No hay otro Dios que Dios—contestó Zezyd-el-Ferhí.

Y se violentó terriblemente para decir estas palabras, porque al reconocer por su señor á Satanás, había renegado de Dios.

—¿De dónde vienes, extranjero?—le preguntó el viejo.

—De muy lejanas tierras—contestó Zezyd-el-Ferhí—; de Damasco.

—¿Y dónde está Damasco?—preguntó el viejo que, como campesino, era ignorante.

—En la Siria—contestó Zezyd-el-Ferhí—; allá, muy lejos, en las distantes riberas de un mar que está más allá de otro mar que se ve desde allí, desde la alta cumbre nevada de aquella montaña.

Zezyd-el-Ferhí señaló con su membrudo brazo la enhiesta cumbre de Geb-al-Solair (1).

—¡Ah!—contestó el campesino—con la admiración y el respeto que causan á los que nunca han salido de la tierra donde nacieron, los que vienen de extrañas y lejanas tierras; tú debes ser muy sabio.

—No hay más sabio que Dios—contestó Zezyd-el-Ferhí—olvidándose de que se había vendido á Satanás.

—Kinsul-Amina—dijo el anciano—, toma el caballo de este extranjero, y llévale al establo.

La niña, que miraba con una inocente fijeza á Zezyd-el-Ferhí, tomó las bridas del caballo, que la siguió como un cordero; pero mirándola con un ojo ardiente y encarnecido, y le llevó á un establo cercano.

LXXVII

—Si quisieres, señor—dijo el campesino—entra en tu casa, y reposa.

Zezyd-el-Ferhí entró en una pequeña habitación muy fresca, abierta como un cenador sobre un pequeño patio, en el cual crecían rosales, azucenas y otras flores, y se despeñaba una clara fuente.

El campesino invitó á su huésped á que se sentase en un pequeño poyo, en una especie de gradaalzada sobre el pavimento, sobre una estera de junco.

Cuando se hubo sentado Zezyd-el-Ferhí, el campesino se sentó á par de él.

—Tú dirás lo que quisieres—dijo el campesino—no queriendo ser indiscreto.

—Tú debes ser muy feliz—dijo Zezyd-el-Ferhí—; la salud y el contento robosan de tu semblante.

—Injusto sería si me quejase de las bondades de Allah; él me ha conservado mi salud y mi vigor, aun en mi vejez; me ha dado veinte hijos, y ninguno de ellos ha muerto ni padecido mala enfermedad; mis tierras me han dado buenas cosechas, mis ganados han crecido, y nunca han caído sobre ellos maleficio; tengo gran número de nietos, muchos de los cuales tienen más edad que mi última hija Kinsul Amina.

—Es decir, que tú tienes más hijas que la que yo he visto.

—Kinsul-Amina es la única hija que he tenido; yo la llamo mi última hija, porque es el últi-

(1) Sierra Nevada.

mo de mis hijos que ha venido con buenas hadas al mundo, hace quince años.

—¡Ah! tú eres muy feliz—repitió suspirando Zezyd-el-Ferhí, porque pensaba en la hermosura de Kinsul-Amina, que le había hecho olvidar á su perdida Zahara-Llemal.

—Sí—contestó el campesino—; por la misericordia de Allah, soy muy feliz; mis hijos han prosperado; todas las alquerías que ves desde aquí y las que están al otro lado del monte, son de mis hijos, y forman una *taha*, de la cual soy el xeque, y de la que el rey me ha hecho kaid; en esta *taha* están las que llaman las siete hermosas hijas de la montaña; todas de una misma edad y todas semejantes; la una es mi hija y las otras seis mis nietas; grandes señores, atraídos por la fama de su hermosura, han venido á pedirselas por esposas; pero ellas son niñas aún y cándidas, no conocen el amor, y yo no he querido inquietarlas.

—Verdaderamente, tu hija es una maravilla de hermosura—dijo Zezyd-el-Ferhí—y si tú me conocieras mejor, yo te la pediría por esposa.

—Esposa será de aquel que Dios quiera la haga conocer el amor, pobre ó rico, de esta tierra ó de otras extrañas; pero cesemos en esta conversación que ella no debe oír, porque siento que se acerca.

LXXVIII

Y así era, Kinsul-Amina se acercaba cantando alegremente como una alondra al despertar el día.

Con ella venían algunos jóvenes, vestidos con sayos pardos; hermosos todos, y todos de mirada brava y altiva.

Eran nietos del anciano kaid, que estaban segando heno cuando llegó Zezyd el-Ferhí, y que habían acudido porque su tía Kinsul-Amina les había pedido heno para el caballo de Zezyd-el-Ferhí, atraídos por la novedad de conocer al extranjero.

Eran á lo menos diez, y el menor, de más edad que Kinsul-Amina.

LXXIX

—He aquí algunos de mis nietos—dijo el anciano—; todos ellos han ido á la guerra con nuestro rey, y han vuelto sin recibir herida alguna, aunque han ido los delanteros, porque son muy diestros en tirar con el arco.

—Me place—dijo Zezyd-el-Ferhí—porque soy

también gran tirador de arco; nó me ha vencido nadie en la buena puntería, y quisiera ver si me vence alguno de tus nietos.

LXXX

Zezyd-el-Ferhí era, en verdad, gran tirador de saeta, y deseaba captarse de algún modo la admiración de Kinsul-Amina.

Porque el que causa admiración á una mujer, empieza á ser amado por ella.

Y Zezyd-el-Ferhí ansiaba ser amado por Kinsul-Amina.

—Come, bebe y reposa antes—dijo el anciano—; aún queda algún sol, y como mejor se tira es á la caída de la tarde, que la luz es más diáfana, hija mía—añadió—; trae á nuestro huésped que coma y que beba; ejerzamos con él la hospitalidad que prescribe la santa ley de Dios.

Amina, mientras conversaban su padre y Zezyd-el-Ferhí, trajo carne de cordero condimentada con manteca de vacas, alcuzcuz hecho con leche y miel, frutas y licor de manzana.

El xeque, obedeciendo la prescripción del Koran, de partir el pan y la sal con el extranjero hospedado bajo el techo de todo buen muslim, comió con Zezyd-el-Ferhí, servidos ambos por Kinsul-Amina y por sus nietos.

Cuando hubo terminado la comida, transponía el sol.

Zezyd-el-Ferhí se levantó, y dijo:

—Salgamos y probemos nuestra destreza en el tiro del arco, si es que aquí tenéis arcos y saetas.

—Tenemos cada cual el nuestro—dijo el mayor de los jóvenes—; y con el nuestro, si nos lo permitieres, tiraremos, porque á él estamos acostumbrados.

—Yo tiraré con cualquiera de vuestros arcos—dijo Zezyd-el-Ferhí.

—Pero como nuestros arcos son de mucha fuerza—dijo otro de los jóvenes—nosotros te daremos tres tiros de ventaja, para que puedas conocer y templar el que eligieres.

—Sin ventaja tiraré con cualquiera, y después de vosotros.

—Yo—dijo Kinsul-Amina—, daré el premio al vencedor, y este premio será un ramillete de flores atado con mi cendal.

Y Kinsul-Amina se quitó el cendal de seda azul que ceñía sus rubios cabellos, y se puso á hacer un ramillete de las hermosas flores que crecían en el patio alrededor de la fuente.

LXXXI

—¿Y cuál será el blanco?—preguntó uno de los nietos á su abuelo.

—Mi sortija—contestó la niña, que estaba inclinada haciendo su ramillete.

—Tienes las manos tan pequeñas y los dedos tan delgados, Kinsul-Amina—dijo uno de sus sobrinos—, que será necesario, si la sortija ha de servir de blanco, no ponerla á más distancia que á la de cincuenta pasos naturales.

—Ciento han de ser—exclamó severamente el xequé—; vergüenza hubiera tenido yo en los tiempos en que mis ojos veían claro, de tirar á menos de cien pasos, aunque el blanco hubiese sido como una lenteja, cien pasos han de ser: vamos á medirlos.

Y el xequé salió de la alquería, y desde debajo del emparrado, siguiendo un arriate, á cuyos lados había bancales de legumbres, marchó contando los pasos: á los ciento se detuvo junto á un manzano pequeño, que inclinaba una de sus ramas sobre el arriate.

Sus nietos habían sacado entretanto sus arcos y sus aljabas.

LXXXII

Amina salió en aquel momento con un hermoso ramillete.

Cruzaba una paloma á grande altura sobre el pequeño valle en que entre las cumbres de las dos montañas, y al pie de otra montaña mayor, estaba situada la alquería.

Kinsul-Amina adelantaba hacia el lugar adonde se había detenido su padre, para poner en él, como blanco, su sortija.

Yezyd-el-Ferhí tomó á uno de los jóvenes su arco y una flecha, y disparó sobre la paloma que pasaba cruzando sobre el valle.

Se vió aletear á la desdichada avecilla, y caer un momento después desde su altura.

Kinsul-Amina, que seguía marchando, se detuvo y lanzó un grito de espanto, recogiendo el ave atravesada por la flecha, y manchándose con su sangre.

—¡Ah!—exclamó—: Albaida (1), mi paloma viajera.

Y rompió á llorar.

Había arrojado el ramillete para levantar á la paloma expirante.

—¿Quién de vosotros—dijo, volviéndose á sus

(1) La blanca.

sobrinos—, ha tenido la dureza de entrañas de tirar sobre este inocente animal?

—Estrella de la tarde—dijo Yezyd-el-Ferhí—: si yo hubiera sabido que amabas á esa ave, no hubiera pretendido probar mi destreza, tirando sobre ella.

—¡Ah! ¿has sido tú?—dijo Kinsul-Amina.

Y de sus hermosos ojos se exhaló involuntariamente una mirada de odio, que heló la sangre en las venas de Yezyd-el-Ferhí, sobre cuyos ojos se había desplomado la terrible mirada de Kinsul-Amina.

—Y bien—dijo el mayor de los nietos presentes del xequé—: quien ignora el mal que hace, no peca: no disgustemos á nuestro huésped por una pequeña desgracia involuntaria.

Kinsul-Amina estrechó contra su seno á la paloma muerta, recogió tristemente el ramillete, y siguió su camino para llegar al manzano junto al cual estaba detenido el xequé.

Cuando llegó, ató de un cordón de seda su sortija, y la suspendió de la punta de la rama del manzano que se inclinaba sobre el arriate.

Luego, triste y cabizbaja, siguió á su padre que, sin apercibirse del accidente de la muerte de la paloma, ó sobreponiéndose á él por respeto á su huésped, se volvió adonde estaban Yezyd-el-Ferhí y sus diez nietos.

Amina se sentó, abatida, en la puerta de la alquería, se puso el ramillete sobre la falda, y se entregó á la dolorosa contemplación de su paloma muerta.

LXXXIII

En el cuello de la paloma había una cinta azul con un hermoso lazo, y cosido á él un pergamino, en que estaban escritas con letras muy menudas, estas palabras:

“Hermana mía Kinsul-Amina: el santo anacoreta de la rambla de las Piedras Rojas me ha contestado á la pregunta que me hiciste acerca de lo que sucedería hoy: el buho blanco, me ha dicho, ha revolado tres veces á la media noche sobre la alquería de tu padre, ha entrado por el ajimez del aposento de tu hermana, y ha apagado su lámpara, chupando su aceite. ¡Ay de tu hermana, Kinsul-Amina!”

LXXXIV

La pobre niña había enviado el día antes su paloma viajera á su sobrina Kaira, que vivía al otro lado de la montaña.

¿Por qué había tardado tanto en volver la paloma viajera?

Kinsul-Amina la había enviado á la salida del sol, y la paloma había vuelto á su puesta para ser herida por el extranjero y caer muerta á los pies de Kinsul-Amina, trayendo aquel funesto presagio.

Kinsul-Amina se sintió helada de terror, aborreció más y más al extranjero, y permaneció con la vista inmóvil sobre el fatal avisc.

LXXXV

Entretanto, el xeque había dicho:

—Pues que nuestro huésped desea tirar el último, tire el primero el más joven de vosotros, continúe el menor, hasta llegar al de más edad.

—Apenas veo la sortija de Kinsul-Amina—dijo un hermoso mancebo, como de diez y ocho años, tomando posición y armando en su enorme arco una flecha.

Luego, añadió al disparar:

—¡En el nombre de Dios Altísimo y Unico! La flecha partió silbando.

—¡Oh, buen engendro de guerrero!—exclamó Zezyd-el-Ferhí—, has cortado una hoja de la rama del manzano, á distancia de tres gemes de la sortija.

—Pues yo cortaré por lo menos el cordón—dijo el nieto que seguía por edad al que había tirado.

Y disparó, invocando el nombre de Dios.

—¡Grande ojo!—exclamó Zezyd-el-Ferhí—: has cortado otra hoja, más cerca que tu hermano: ambos, si hubiérais tirado sobre un hombre, le hubiérais muerto.

Tiraron sucesivamente los otros ocho.

Para cada uno de ellos tuvo una alabanza Zezyd-el-Ferhí, y una alabanza justa.

Todos ellos habían hecho pasar sus flechas muy cerca de la sortija.

La del mayor de los hermanos había rozado con las plumas de su extremo posterior el cordón del cual estaba pendiente la sortija.

LXXXVI

Llegó á su vez á Zezyd-el-Ferhí.

—Dadme el arco más duro—exclamó.

El mayor de los hermanos le dió el suyo.

Zezyd-el-Ferhí le tomó, armó una flecha, disparó instantáneamente, y la rama del manzano se agitó con una gran violencia.

Corrieron allá los diez hermanos y el xeque. Zezyd-el-Ferhí se volvió hacia Kinsul-Amina, y la dijo:

—¿Por qué tanto dolor por una paloma, cuando no te dueles por mi corazón atravesado por la dura flecha del amor?

Kinsul-Amina no respondió.

Permaneció como si nadie la hubiera hablado.

—¡Ah! ¡serás mía, luz de los cielos! sólo por ti he venido á la montaña—exclamó con acento ronco Zezyd-el-Ferhí.

Kinsul-Amina guardó un silencio de desprecio.

LXXXVII

Entretanto el xeque y sus diez nietos habían llegado al manzano, y habían encontrado la flecha disparada por Zezyd-el-Ferhí sujeta en la sortija de Kinsul-Amina; el cordón de los cabellos de la joven con que la sortija había sido suspendida, era tan fuerte, y estaba de tal modo atado á la rama, que la flecha no había podido romperle ni causar más que la violenta sacudida de la rama.

—El diablo debe ayudarte—dijo el mayor de los nietos del xeque—: yo veo bien, y no alcanzaba á distinguir el hueco de la sortija: la flecha no ha podido pasar, y se ha quedado fuertemente unida á la sortija, y la ha roto.

—¿Y por qué no ha de haberle ayudado Dios?—dijo severamente el xeque.

—Ese hombre es terrible—contestó el nieto mayor—y mucho me temo no haya venido con él á nuestra casa una desgracia.

LXXXVIII

En aquel momento se oyeron agudos gritos de Kinsul-Amina.

El xeque y sus nietos se volvieron hacia la alquería.

Vieron que Zezyd-el-Ferhí había sacado su caballo del establo; ponía sobre él á Kinsul-Amina, y montaba.

El negro corcel arrojaba por las narices humo inflamado, cuyo sombrío fulgor se veía entre la luz opaca del crepúsculo de la tarde.

Kinsul-Amina continuaba gritando, revolviéndose desesperada entre los brazos del árabe que mantenía su caballo inmóvil, á pesar de que el xeque y sus nietos corrían con todas sus fuerzas hacia él.

Quando iban casi á tocarle, el caballo partió.

por el declive del valle con la violencia de una flecha, y se detuvo instantáneamente como á cien pasos de distancia.

Los diez jóvenes recogieron sus arcos y dispararon: las flechas retrocedieron, como si hubieran chocado en un muro, y vinieron á caer á los pies de los jóvenes, que las recogieron de nuevo y avanzaron á la carrera.

El caballo había vuelto á lanzarse y á detenerse.

Los diez mancebos hicieron pie firme, y dispararon de nuevo, sucediendo lo mismo: las flechas rechazaron y vinieron á caer á sus pies.

Y así llegaron hasta cerca de la torre delante la cual se había encontrado de repente Yezyd-el-Ferhí, un momento después de haber soplado cerca de Damasco Satanás los ojos y las narices de su caballo.

Cuando éste hubo llegado delante de la torre, el xeque y sus diez nietos retrocedieron despavoridos. La torre parecía haberse animado; se inclinaba, se erguía; se balanceaba, sacudía sus almenas, y de ellas se exhalaba un relámpago deslumbrante y continuo, y salía un estruendo infernal, á pesar de que se oían los desesperados gritos de Kinsul-Amina.

LXXXIX

Yezyd el-Ferhí había invocado á Satanás en el momento en que había tenido sobre su caballo á Kinsul-Amina.

Satanás había acudido á su socorro, había hecho rechazar las flechas poniéndose como un escudo invisible entre ellas y Yezyd-el-Ferhí, y cuando éste hubo llegado delante de la torre, aterró al xeque y á sus diez nietos que huyeron despavoridos.

Cuando llegaron á su alquería, encontraron la paloma muerta sobre el ramillete deshojado, y leyeron con espanto el fatal pronóstico que había traído la paloma.

XC

Satanás, montado en una almena de la torre maldita, inclinado hacia Yezyd-el-Ferhí, y golpeando con su cola de cocodrilo la piedra del muro, decía á su nuevo adorador:

—No debes estar descontento de mí: has encontrado la doncella pura de cuerpo y alma: ¿quién como yo sabe dónde está la pureza? pero para que Kinsul-Amina se convierta en tu per-

didá Zahara Llemal, es necesario que hagamos nuestro convenio: ¿qué me darás tú?

—Mi alma cuando muera.

—¿Y sabes tú cuando vas á morir?

—Los días del hombre están escritos en el libro del destino.

—Cuando hayan pasado siete veces siete lunas, morirás devorado por el amor que pides.

—Siete veces siete lunas, ardiendo en el amor de Zahara-Llemal, y mi alma es tuya.

XCI

Entonces cayó á los pies del caballo de Yezyd-el-Ferhí una llave negra.

Yezyd-el-Ferhí puso en tierra á Kinsul-Amina, que había cesado de gritar, y que permaneció inmóvil como una estatua y pálida como una muerta; descabalgó, recogió la negra llave, llegó á la puerta de la torre, y la abrió.

Un poder invencible le hizo penetrar en la torre, y le condujo por unas estrechas escaleras á su parte superior.

Detrás de Yezyd entró rígida, como un cadáver que anduviese, Kinsul-Amina, y siguió á Yezyd-el-Ferhí por las escaleras.

Detrás de Kinsul-Amina entró el negro corcel de Yezyd-el-Ferhí en la torre, y permaneció inmóvil en el centro de su parte baja.

XCII

Yezyd-el-Ferhí se encontró en una estancia circular de negras paredes, de negra bóveda, de pavimento negro, iluminado por una lámpara rojiza y opaca que pendía de una bóveda.

En medio de este aposento se detuvo y permaneció inmóvil, como una estatua, blanca y muda, Kinsul-Amina: sin dejar de parecerse á ella misma, por un misterio incomprensible se parecía á Zahara-Llemal.

Yezyd-el-Ferhí pretendió acercarse á ella, y no lo consiguió.

Por todas partes, girando alrededor de Kinsul-Amina, encontraba como un muro durísimo é invisible, y sobre la cabeza de Yezyd-el-Ferhí retumbaba un terrible y burlona carcajada.

—Yo no creía que fueses tan poco leal en el cumplimiento de tus promesas, Satanás—dijo desesperado Yezyd-el-Ferhí.

—Los pactos conmigo se sellan con sangre—dijo Satanás, apareciendo de repente ante Yezyd-el-Ferhí.

—Tomé sangre—le dijo—y dame la hermosa de Zahara-Llmal.

XCIII

Satanás se echó sobre Yezyd-el-Ferhí, le tiró por tierra, y mordió su yugular, como hubiera podido hacerlo un tigre.

—¿Por qué me devoras?—dijo aterrado Yezyd-el-Ferhí.

—No te devoro, amigo mío—dijo el diablo—, tomo la sangre que necesito para el dote de tu esposa.

La sangre salió á borbotones de la herida que había abierto en la garganta de Yezyd-el-Ferhí, Satanás, y formaba una charca en un hueco del pavimento.

Cuando aquel hueco estuvo lleno, Satanás lanzó su aliento de fuego sobre la herida, y la herida se cerró, y apareció la garganta de Yezyd-el-Ferhí como si jamás hubiera sido herida.

XCIV

Satanás sopló en un lugar de la pared, y apareció un hornillo inflamado, y en el hornillo un gran crisol que el diablo manejaba con sus dedos como si hubieran sido unas tenazas.

El crisol estaba lleno de oro.

En pocos instantes, con aquel oro Satanás hizo algunas joyas con sus engastes para piedras preciosas, de un labor tan maravillosa como no hubiera podido hacerla ningún artífice humano.

Luego se inclinó sobre la sangre que había en la charca, murmuró algunas roncadas imprecaciones y la sangre hirvió y se inflamó.

Satanás revolvió aquella sangre con la negra uña del índice de su mano derecha, y á poco se oyó un ligero ruido como el de pequeñas piedras que se chocasen. Se apagó la llama roja, y quedó un número infinito de deslumbrantes carbunclos en el hueco que antes ocupaba la sangre.

Satanás clavó aquellas piedras, una por una, y con una rapidez pasmosa, en los engastes de las joyas de magnífica labor que había fabricado. Eran un largo collar, una diadema, dos brazaletes, dos arracadas y cuatro ajorcas.

XCV

—La hija de Adán á la cual te acercares con estas joyas, se estremecerá de amor por ti—dijo Satanás—: á medida que la adornes con ellas,

irá sintiendo un amor ardiente como el fuego del infierno: apodérate primero de su cabeza, ciñéndola la diadema; su virtud empezará á vacilar: ponla en seguida el brazaletes y la jorca del brazo derecho, y empezará á ceder su firmeza: luego, la arracada de la oreja derecha, y la armonía del amor empezará á hacerla sentir su encanto: después, el brazaletes y la ajorca del brazo izquierdo y la arracada de la oreja izquierda, y la parecerás hermoso sobre todas las hermosuras: ponla luego la ajorca del pie derecho, y se inclinará hacia ti buscando un apoyo, después la del izquierdo, y se arrojará en tus brazos: ponla, por último, el collar, y su sangre se inflamará, su corazón se abrirá ansiando encerrarte dentro de sí, y será tuya, no con el amor de mujer, sino con el amor impuro de una hada arrojada por Dios del quinto cielo.

XCVI

Yezyd-el-Ferhí, con las alhajas mágicas que el diablo le había entregado, se acercó á Kinsul-Amina, y por aquella vez nada le impidió acercarse á la desdichada joven; pero Kinsul-Amina había ido perdiendo lentamente su incomparable blancura.

Primero había tomado el color de la plata que se empaña, luego se había ido oscureciendo hasta que se había convertido en negra.

Negra como el ébano.

Sólo había algo de blanco en sus ojos, y en sus labios un rojo encendido.

XCVII

Aquella maravilla se había efectuado por el poder mágico de las alhajas que el diablo había hecho con la sangre de Yezyd-el-Ferhí.

Y esta transformación se había hecho á medida que Yezyd-el-Ferhí había ido prendiendo las joyas á Kinsul-Amina.

Cuando la ciñó la diadema, la cabeza de la joven se llenó de pensamientos ardientes y desconocidos, que la hicieron olvidar su alquería, su padre, sus hermanos.

Miró á Yezyd-el-Ferhí, y le pareció hermoso sobre todas las hermosuras.

Su mirada ardiente había hecho estremecerse de felicidad á Yezyd-el-Ferhí.

Sucedió, en fin, lo que el diablo había dicho sucedería, á medida que Yezyd-el-Ferhí prendía las joyas á Kinsul-Amina.

Cuando la prendió el collar, la joven, ya com-

pletamente negra, se arrojó delirante en los brazos de Zezyd-el-Ferhí.

XCVIII

Satanás, invisible, se reía.

Zezyd-el-Ferhí enloquecía, y olvidaba á Zahara-Llemal por Kinsul-Amina.

Y pasaba la noche.

Llegó á la mitad de su curso, y Zezyd-el-Ferhí lanzó un rugido de desesperación.

Kinsul-Amina había caído en un letargo profundo.

Luego había quedado fría é inmóvil.

Lentamente fué tomando su cuerpo consistencia, hasta que se convirtió en una estatua de brillante ébano.

De la misma manera se habían convertido en ébano las vestiduras de la joven.

Sólo habían quedado tales como el diablo las había entregado á Zezyd-el-Ferhí, las joyas que adornaban aún á aquella estatua inanimada.

XCIX

Zezyd-el-Ferhí se desesperó, blasfemó, é invocó á Satanás.

Este se le apareció en la misma forma que las veces anteriores, y le miró sonriendo de una manera burlona, y envolviéndole en su mirada cruel y maligna:

—Eres pérfido, Satanás—le dijo Zezyd-el-Ferhí—; me has engañado dos veces: has convertido en negra á Kinsul-Amina, y, por último, la has transformado en una estatua insensible.

—La impureza ennegrece el alma, y la negra alma de Kinsul-Amina ha ennegrecido su cuerpo; pero has visto en ella la forma, la hermosura, la mirada de Zahara-Llemal; has escuchado su dulce voz enamorada, has respirado la ambrosía de su aliento, has gozado los amores de una hurf negra, infinitamente más hermosa que la hermosísima reina de Saba, en medio de cuyos encantos hice yo que el sabio rey Salomón se olvidase de Jehovah, mi enemigo.

Y el diablo soltó una larga y horrible carcajada.

—¿Pero por qué, por qué si yo te he dado mi alma, me has robado la felicidad de mi amortornando insensible á Kinsul-Amina?

—Eres necio, y no comprendes cuán amigo tuyo he sido al convertir en una estatua á la mujer cuya hermosura y cuyo amor te hubiera

matado: no quiero tener tu alma hasta que pasen siete veces y otras siete veces nueve lunas.

—¡Nueve lunas!

—Sí, tú has querido la mujer de quince años, pura de cuerpo y de alma, y hermosa sobre todas las hermosuras: sólo había siete mujeres tales como tú me habías pedido una; y estas siete mujeres eran: Kinsul-Amina y las seis hijas de sus seis hermanos mayores: sólo Kinsul-Amina, cuando tú me llamaste, había cumplido quince años: su sobrina mayor no cumplirá sus quince primaveras hasta dentro de nueve lunas: entonces yo te la entregaré, como te he entregado á Kinsul-Amina: Kairah cuando hayan pasado nueve lunas, será más hermosa que su tía, más pura y más dulce que ella, y cuando le hubieres prendido mis joyas mágicas, será para ti más amante que lo ha sido durante tres horas Kinsul-Amina.

—¿Y cuánto durará para mí el amor de Kairah?

—Lo que ha durado el amor de Kinsul-Amina.

—Moriré.

—Está escrito que no mueras hasta que hayan pasado siete veces y otras siete, nueve lunas: entonces serás mío por una eternidad, y tu alma sedienta vivirá entre las siete estatuas de Kinsul-Amina y de las seis hijas de sus hermanos, á quien procurarás reanimar inútilmente.

—¿Y después de Kairah, á quién conoceré?

—Nueve lunas después de que hayas apurado el amor de Kairah, su prima Zobeidah habrá cumplido sus quince años, y será tuya.

—¿Y después de Zobeidah?—dijo alentando apenas Zezyd-el-Ferhí.

—A las nueve lunas de la insensibilidad de Zobeidah, llegará á la edad del amor Aleidah, prima de Kairah y de Zobeidah; después de Aleidah conocerás á Alifa, después de Alifa á Leila, y por último á Zenna.

—¿Y luego?

—Luego pasarán siete veces nueve lunas, y serás mío cuando se haya cumplido lo que está escrito.

—Y dime—preguntó Zezyd-el-Ferhí al diablo—, ¿por qué cumple sus años cada una de las nietas del padre de Kinsul-Amina nueve lunas después de la otra?

—Esa es una historia que te voy á contar para consolarte de la pérdida de Kinsul-Amina—contestó el diablo sentándose en el suelo, enfrente

del diván donde había quedado recostada en una actitud de indolencia la joven convertida en estatua.

Yezyd-el-Ferhí se sentó en el suelo, en el centro de la estancia, debajo de la lámpara, teniendo á la derecha al arcángel maldito, y á la izquierda la negra estatua de ébano de Kinsul-Amina.

el diablo se limpió estrepitosamente las narices, sacó un enorme pedazo de opio de debajo de su hopalanda, se puso á mascarle, y empezó con la boca llena la relación siguiente:

C

Manjur-el-Kelebi-ben-Salema, de la tribu de Keleb, era en los años de su vigor bandido en las ásperas quebraduras del Atlas, y todos los viajeros que atravesaban aquellas lóbregas gargantas para ir desde los últimos límites del califato de Marruecos á las fértiles comarcas anteriores al desierto de Daren, eran robados y muertos por la taifa de forajidos que acaudillaba Manjur-el-Kelebi-ben-Salema.

CI

Y había á la mitad del camino un fondak (1), cuyo dueño, que se llamaba Sarhabil, era un buen hijo mío, que, como todos los que tienen en medio de los caminos casas de descanso para los viajeros, estaba en inteligencia con los ladrones de la comarca.

Cuando llegaba un pobre fatigado, apoyado en un bastón con las alforjas vacías, y por único peculio algunos dirhames de cobre, Sarhabil no se movía de sobre el poyo de una especie de nicho que tenía cerca del hogar de su fondak, desde donde ma daba á los criados, y donde escribía la cuenta del gasto de los viajeros, poniendo ciento por uno, y robando simuladamente cuanto podía.

Pero cuando llegaba una caravana en que iba gente rica con las bolsas de cuero bien rellenas de oro, aunque fuesen escoltados por bravos bereberes de los que se ocupan en acompañar á los viajeros, con arco, espada y azagaya, y una lanza, además, los de á caballo, Sarhabil dejaba su nicho, saltaba del fondak, trepaba lentamente, mientras podían verle por la vertiente de la inmediata montaña, y cuando internado entre los espesos alcornoques de nadie podía ser visto, trepaba rápidamente, llegaba á las cumbres, si era de día hacía una humareda, á la que contestaba otra al poco tiempo en una montaña distan-

te; y si era de noche, hacía llamaradas, á las que contestaban otras llamaradas.

No pasaba mucho tiempo después que Sarhabil hacía su primera señal, hasta que por medio de ella Manjur-el-Kelebi-ben-Salema sabía que había una buena presa en el fondak de Sarhabil.

CII

Después de haber avisado á los ladrones, para lo cual no se valía de nadie Sarhabil, éste se volvía al fondak, acosaba á fuerza de humildes servicios á los viajeros, les preguntaba si gustaban de la música ó del amor, ó de los hermosos cuentos que para proporcionarles todo esto tenía Sarhabil medios en su fondak, y procuraba por todos los medios posibles hacer grata la estancia á los caminantes para dar tiempo á que pudiera emboscarse con los suyos Manjur sobre el camino que debían seguir los viajeros.

CIII

Estos, al poco tiempo de haber salido del fondak; eran irremisiblemente robados, muertos los que resistían, apaleados los que no habían buscado su salvación en la fuga, y las mujeres, á excepción de las que eran viejas ó feas, llevadas al aduar que en unas agrias gargantas del Atlas tenía Manjur-el-Kelebi-ben-Salema.

Aquel aduar era su lugar de residencia, y asimismo de sus ladrones.

Estos al principio habían vivido solos, pero con las mujeres que sucesivamente fueron robadas, se formó una población, en la cual no faltaba nada, ni aún la mezquita, porque sucede que no hay ladrón que no sea creyente y temeroso de Dios.

La presa se hacía dos partes: la una parte se dividía entre Manjur y Sarhabil, y la otra, por igual, entre todos los bandidos, que eran setenta.

Las mujeres las reservaba para sí Manjur.

Pero como eran muchas las mujeres robadas, Manjur elegía las más hermosas, que entraban en su harem, y las otras las daba, según su mérito, como recompensa, á los bandidos que con más valor habían peleado con los bereberes, para hacer el robo.

CIV

Como en estas caravanas iban camellos, caballos, mulas y asnos, el aduar de Manjur-el-Kelebi estaba ricamente provisto de caballerías; y

(1) Parador.

como delante de él se extendía un rico y fructífero valle, estos animales servían para la agricultura, las camellas daban su excelente leche, y ellas y sus machos, su pelo, con el cual se hacían hermosas telas.

Porque Manjur el-Kelebi ben-Salema vivía completamente retirado y oculto, y no quería ir, ni que ninguno de los suyos fuese, á las ciudades ó aldeas, ya fuesen del califato de Marruecos, ya de las comarcas habitadas del desierto de Dáren, por temor de que los cadfes pudiesen saber dónde estaba el aduar de los terribles y famosos ladrones del Atlas.

CV

El terror que imponían estos bandidos fué tal que Sarhabil tuvo el disgusto de que durante un año no entrase ni un solo viajero en su fondak, á no ser pobretes que nada tenían que temer de los ladrones.

Le eran inútiles los músicos. las desvergonzadas muchachas que tenía ostentosamente vestidas para seducir á los viajeros y retenerlos en el fondak, y el viejo narrador de cuentos que los entretenían pendientes de sus relaciones de encantamientos alrededor del fuego del hogar en el invierno, ó bajo el emparrado que se extendía delante de la puerta del fondak, en el verano.

Sarhabil se desesperaba.

CVI

Pero un día, uno de los criados que había ido á cazar lagartos, por entretenerse en algo, entrando frenéticos gritos de alegría.

—¿Qué es eso, Neza? ¿te has encontrado el tesoro de los tres enanos amarillos de la rambla de las brujas?—dijo desde su nicho con muy mal humor Sarhabil, irritado por las estrepitosas demostraciones de alegría de Neza.

—¡Ah! ¡oh! ¡oh!—exclamó Neza, abriendo desmesuradamente la boca y los ojos, y levantando las manos en alto—; he encontrado algo, que, si no es el tesoro de los tres enanos amarillos, vale por lo menos una parte de él.

—Pero ¿qué has encontrado, necio?

—¡Oh, buen Allah! he encontrado—respondió Neza—, cuatro esclavos negros que traían cuatro mulas blancas.

—¿Y es ese el tesoro que has encontrado, imbecil?

—He dicho á aquellos esclavos: ¡Allah guarde á la buena gente!—y ellos me han dicho—:

El Misericordioso guarde al buen hombre, así Él te bendiga y te prospere, dinos si está muy lejos el fondak.

Cuando revolviéreis tres veces tres montañas, sobre una colina por donde el camino pasa, al lado de una fuente entre abedules y nopales, al pie de tres grandes palmeras, encontraréis el hermoso fondak de mi buen amo Sarhabil:

—¿Y podrá tu amo dar un hospedaje digno al excelente y magnífico embajador que el omnipotente Shah de Persia ha enviado al esclarecido y magnífico sultán de Marruecos?

Al oír esto Sarhabil, saltó de sobre su apoyo, se acercó á Neza, y poniéndole ambas manos en los hombros, le dijo pálido de impaciencia:

—¿Y qué contestaste tú, necio, á esos buenos esclavos?

—¡Bah!—les dije—: en el fondak de mi excelente amo Sarhabil hay de cuanto Dios crió: hermosas habitaciones, dignas de ricos y poderosos viajeros; muchachas de ojos negros; músicos; narrador de cuentos; hermosos baños; gran establo, y, sobre todo, excelente y aromática comida, y quedad con Dios, que para prevenirlo todo voy al momento á avisar á mi amo. Y dí á correr, y aquí estoy.

En su alegría Sarhabil abrazó y besó á Neza, que era un tanto feo y dos tantos sucio.

Luego alborotó el fondak; puso en movimiento á todos los criados, mandó bajar á los músicos, previno á las muchachas que se vistiesen con sus mejores ropas, y poniéndose él mismo su castan menos viejo, salió con parte de sus criados y con parte de los músicos del fondak para ir á recibir con la honra debida al gran embajador del esclarecido y poderoso Shah de Persia.

CVII

Arun-al-Mabruk era un viejo avaro que había pasado toda su vida aprovechando los medios de acumular oro.

Descendiente de una ilustre familia, francas para él las puertas del palacio del Shah, empleaba todos los recursos de su astucia, la adulación y la mentira, para apoderarse del ánimo de su señor y ocupar las más altas dignidades de la corte.

Poseía el arte de hacer sospechosos al Shah los que le estorbaban, ó aquellos cuya gran riqueza excitaba su codicia.

El Shah, confiado en demasía en la lealtad de

Arun-al-Mabruk, mandaba cortar la cabeza, y muchas veces la cortaba por sí mismo, á aquel á quien Mabruk había hecho aparecer sospechoso.

Decían los que veían el gran favor que Arun-al-Mabruk gozaba con el Shah, que Mabruk era hechicero y tenía encantado al Shah.

Pero Mabruk, cuando llegaban á su oído estas murmuraciones, negaba lo de la hechicería, porque el Shah mandaba quemar los hechiceros diciendo que el que se atrevía á hacer por arte diabólica lo que sólo podía hacer Dios, debía ser quemado, y entrar por el fuego de la tierra en el eterno fuego á que Dios me había arrojado á mí.

Mabruk, pues, ocultaba la ciencia de la magia negra que yo le había enseñado, y no hubo usado de ella sino en un profundo subterráneo desde donde pronunciaba los conjuros y hacía las operaciones cabalísticas, que ya servían para mantenerle en el favor del rey, ya para hacer que se enamorase de su fealdad y de su vejez alguna mujer hermosa.

Porque Arun-al-Mabruk era tan codicioso de hermosas mujeres como de hermosas doblas de oro cendrado.

CVIII

Arun-al-Mabruk era el embajador que el Shah de Persia había enviado al Sultán de Marruecos, y se acercaba al fondak de Sarhabil.

La causa de esta embajada importaba mucho más á Arun-al-Mabruk que al Shah.

Esta causa era una mujer.

Esta mujer se llamaba Xahferinda.

CIX

Un día me estremeció un formidable conjuro.

Estaba yo ocupado en convencer á un médico á quien un codicioso heredero incitaba con grandes promesas para que envenenase á su padre, cuando me sorprendió la terrible evocación de Arun-al-Mabruk.

Mabruk había trazado sobre un tablero cabalístico el sello de Salomón al conjurarme que me presentase á él.

Abandoné al médico, y aparecí delante de Arun-al-Mabruk.

—¿Qué me quieres?—le dije—; me has irritado contra ti; me has llamado en el momento en que vacilaba la virtud de un médico que, como puedes comprender, es un hombre raro.

—He tenido un sueño delicioso; he visto una mujer cuya juventud no puedo explicarte, llena de una virtud prodigiosa; junto á ella pasaban débiles ancianos, pobres, miserables, agobiados por los años, por las enfermedades y por la indigencia; aquella hada los tocaba; los viejos se convertían en jóvenes hermosos y fuertes; sus andrajos eran resplandecientes vestiduras de paño de oro, con ricas labores de piedras preciosas; dejaban de pisar la áspera tierra, y cabalgaban en blanquísimos caballos, y se alejaban dejando tras sí un rastro de luz.

—Has visto en sueños el arcángel de la vida—le respondí á un testarudo á quien aborrezco porque no quiso unirse á mí para volverse contra Allah.

—He apurado los conjuros más terribles para lograr que se me presente la imagen clara, fija, de aquella niña, de aquella maga, de aquella hada, de aquella hurt, de aquel arcángel, y no lo he conseguido; evócala tú, quiero verla; estás sujeto á mi poder hasta que se cumpla el plazo de mi vida; si no me complaces, te obligaré á permanecer aquí en este subterráneo, hasta que, ó cumplas mi deseo, ó muera yo y sea tuyo.

CX

Me estremecí.

Yo, en un momento de impotente desesperación, había dado sobre mí á Arun-al-Mabruk un poder terrible.

Le había hecho conocer un conjuro al cual yo no podía resistir, esto es, á que me evocase inscribiendo el sello de Salomón sobre el tablero mágico del sabio rey, que yo poseía y le había entregado.

Al-Mabruk tenía sobre mí un poder invencible.

Podía sujetarme á su voluntad todo el tiempo que viviese, y yo no podía destruirle.

Porque yo no puedo ni crear ni destruir.

El arcángel de la vida y de la muerte no me obedece.

Si yo dijera: Azraël, mata, Azraël ni aun escucharía mi voz.

Si yo pudiera destruir, hubiera vencido á mi enemigo.

CXI

Al-Mabruk había hecho conmigo un convenio ventajosísimo.

Yo me había obligado á poner completamente de su parte al Shah de Persia Brahadubur de

tal modo, que el verdadero señor de Persia fuese Manjur-al-Mabruk.

Este, por su parte, se había obligado, para servirme, á hacer todo el daño que pudiese.

Mabruk había desconfiado de mí, y me había exigido le procurase un poder bastante para sujetarme á su voluntad mientras él viviese.

No me era posible engañarle, porque podía asegurarse por sí mismo de la eficacia del poder que yo le diese sobre mí.

CXII

¡Ah! me estremezco cuando recuerdo lo que me hizo sufrir Mabruk cuando hizo sobre mí la prueba de su poder.

Mabruk sabía, porque yo se lo había dicho, que el cerdo era un animal que me causaba una repugnancia invencible.

Los supersticiosos que creen que cuando un cochino se enfurece, que yo me he metido dentro de él, no saben lo que dicen.

El mayor castigo que podía haberme dado Allah, hubiera sido encerrarme en un cerdo por toda una eternidad.

Pues bien, lo que Allah no quiso hacer, lo hizo Al-Mabruk.

Me obligó primero á traer un enorme puerco de la tierra impura donde se alimentan con estos animales inmundos.

Y luego, inscribiendo sobre el tablero mágico el sello cabalístico, murmuró roncamente estas terribles palabras:

—Satanás: por la virtud del sello misterioso del sabio rey Salomón, entra en el cuerpo de ese cerdo. Imposible me fué resistir.

Vencido por un poder superior, me encontré desesperado dentro del cuerpo del repugnante animal.

Aquí ha sido el instante de mi eternidad en que he vivido más horriblemente.

Si hubiera podido morir, hubiera muerto de la peor de las muertes: de asco.

A pesar de que Al-Mabruk, satisfecho de su prueba, se apresuró á sacarme de aquel cuerpo inmundo, estuve sufriendo las terribles consecuencias muchos días; arrepintiéndome de haber dado tal poder sobre mí al miserable Al-Mabruk.

¡Ah! no se me olvida; cuando muera, después que yo le haya destrozado el alma haciéndole sufrir horriblemente, le convertiré en jabalí; en un jabalí inmortal, que no podrá mamar ninguna

herida, y en el cual no podrá hacer presa ningún perro.

El cuerpo de un cerdo salvaje será el infinito infierno de Al-Mabruk.

Y el maldito me desespera.

Cuenta más de cien años, y aún no da muestras de morir.

Me era forzoso obedecerle, y obedecí.

—¿Qué quieres?—le dije.

—Quiero que conozcas por medio de tu poder á la hermosísima criatura con quien he soñado: que me digas si es mujer ó hada, hurf ó arcángel.

Voy á decírtelo al momento, ó, por mejor decir, va á decírtelo Kossah, el genio de los sueños tentadores.

CXIII

En aquel momento apareció el pequeño y jorobado Rossah, con sus ojillos lúcidos de fuego verde, y con sus grandes alas de vampiro que le sirven para adormecer á aquellos á quienes quiere hacer sentir sueños tentadores.

Kosan se acurrucó en mi hombro derecho, me mordió cariñosamente la oreja, y me dijo:

—Sé para lo que me llamas, padre: la hermosa que ha visto en sueños tu protegido es Xahferinda, la hija del wisir del Shah de Persia Brahadubrur.

—¡Ah!—exclamó con alegría Al-Mabruk—; el infame viejo que hace cuanto puede por ponerme en desgracia con el Shah, y que cuando me habla me ase cariñosamente las manos, y me llama su amigo, su querido amigo, su hermano. ¿Y ese camello viejo es padre de una niña tan hermosa como Xahferinda?

—¡Ah!—exclamó Kossah.—La naturaleza es loca: da á padres feos hijos hermosísimos, y á padres hermosísimos hijos contrahechos. ¿Quién creará que yo soy hijo de Kaleidah, la hada más hermosa del quinto cielo, y de un céfiro de la mañana? Kaleidah, cuando me á luz y me vió tan feo, me arrojó á la tierra; caí sobre la punta más alta del Himalaya, y como no podía morir, todo se redujo á que de la violencia del golpe quedé corcovado; como que mi madre me arrojó desde el quinto cielo, desde una altura superior á la en que se encuentran los planetas, los cometas, las estrellas y los luceros.

—¿Y dónde habita Xahferinda?

—Brahadubrur, cuando nació su hija—res-

respondió Kossah—pidió á los astrólogos su horóscopo, y éstos le dijeron:

—Tu hija será tan hermosa como desgraciada, y sus desgracias superarán á todo lo imaginable, si conociere á un hombre que le hiciese perder el aborrecimiento natural que sentirá hacia los hombres y le amare; ocúltala hasta que cumpla sus diez y siete años, y que sólo mujeres la vean; si Xahferinda llegare á esta edad sin amor, amará y será la más dichosa de las mujeres.

—¿Y qué edad tiene Xahferinda?—preguntó temblando Al-Mabruk.

—Quince años—respondió Kossah.

—¿Y no ha amado?

—Aún no ha visto ningún hombre.

—¿Dónde habita?

—En un palacio rodeado de fuertes muros, á las orillas del Tigris.

—¿Y por qué has hecho ver en sueños á mi amigo Al-Mabruk la imagen de Xahferinda, mi buen hijo?—preguntó á Kossah.

—Yo soy el genio de los sueños voluptuosos—contestó el geniecillo—; yo visito el apartamento de las vírgenes cuando reposan, y les hago ver hermosos y enamorados mancebos que las acarician; yo les hago conocer el amor soñado, envenenándoles el alma, un amor que no pueden encontrar en la vida. Xahferinda me irritaba; la he hecho ver en sueños muchos hermosos mancebos, y ha despertado horrorizada, llena de aborrecimiento hacia los hombres; desesperado, he llevado á su alma la imagen del joven más hermoso que alienta ahora sobre la tierra: Brador, el hijo más joven del poderoso sultán de Tartaria; Xahferinda le ha visto con horror, y entretanto, el hijo del sultán, á quien he hecho ver en sueños la imagen de Xahferinda, la busca enloquecido de amor, porque los magos de su padre han consultado las estrellas, las estrellas les han dicho que es Xahferinda la mujer en quien ha soñado el príncipe Brador, y el lugar donde se halla, y ellos lo han dicho al príncipe, que ha abandonado el palacio, la corte y el reino de su padre, y con acémilas cargadas de oro para corromper la fidelidad de los guardas á cuya custodia ha confiado Brahadubrur su hija, ha llegado y la ha robado esta misma noche, encamiñándose con ella al mar de Damasco.

CXIV

—¡Detenlos, Satanás—exclamó frenético Manjur-al-Mabruk.

—No puedo—contestó el arcángel condenado—; todo mi poder se reduce á evocar los muertos y los vivos, á inspirar pasiones desesperadas, á aconsejar en mi provecho á los que vacilan, excitados por la pasión; si yo pudiera hacer más que esto, sería más poderoso que mi eterno enemigo Allah.

—Pero puedes saber dónde se hallan—dijo Manjur-al-Mabruk—; hacédmelos ver; quiero verlos.

CXV

Entonces murmuró algunas palabras en el lenguaje de los cielos, lenguaje que nunca oirán los mortales, y que no comprenderían aunque le oyesen.

Al mismo tiempo lancé de sobre mí al pequeño Kossah, que me incomodaba, y que desapareció, porque su presencia era ya completamente inútil.

Al instante que murmuré mi conjuro, el fondo del subterráneo donde estábamos Manjur-al-Mabruk y yo se iluminó con una claridad vaga, con una claridad muy semejante á la de la luna que ilumina la tierra á través de la niebla de una fría noche de invierno.

Se veía el mar; sus riberas estaban perdidas en la distancia; sobre las olas se deslizaba una nave.

Sobre el alcázar de popa de aquella nave se veían dos jóvenes hermosísimos, hombre y mujer: ella era Xahferinda; él era el príncipe tártaro Brador.

Xahferinda estaba vestida de blanco, con ceñidor azul y cendal del mismo color sobre los negros y rizados cabellos; sus anchas trenzas caían sobre sus hombros, sobre su seno, hasta tocar casi sus pies con sus extremos.

El príncipe Brador estaba magníficamente vestido; el brillo de sus galas aumentaba su hermosura.

Los veíamos como si hubiéramos estado cerca de ellos, tocándolos; oíamos sus palabras.

Brador pintaba con toda la vehemencia de su alma su pasión amorosa á Xahferinda.

Esta sólo contestaba con un frío desprecio á sus palabras.

Manjur-al-Mabruk gozaba con lo que desesperaba á Brador, esto es, con el desprecio que Xahferinda dejaba sentir á su enamorado.

Era el desprecio de la joven uno de esos desprecios que hielan el alma al ser despreciado, porque no dejan entrever tras ellos ni la más leve vislumbre de esperanza.

CXVI

—Me lanzaré á la mar, los seguiré—exclamó Arun-al-Mabruk; apresaré su almadfa, mataré á ese odioso joven y me apoderaré de Xahferinda.

—Mira—le dije—, ¿no ves aparecer entre la bruma, sobre el mar un punto negro?

—Sí—me contestó Arun—; esa es una nave.

—¿Qué nave es esa?

—Si tú vieras como yo veo—le respondí—, distinguirías la siniestra figura de Abu-Yshac-ben-Zeyadatala, pirata argelino que llena de terror el mar de Damasco.

—¡Alí!—exclamó Arun-al-Mabruk—ese can rabioso se apoderará de Xahferinda.

—¿Y qué te importa—dije á Arun-al-Mabruk—; Zeyadatala es un hombre feroz que nunca ha amado otra cosa que la sangre y la muerte; las mujeres, á sus ojos, son criaturas despreciables que sólo sirven para ser vendidas en los bazares de Damasco, Alepo, Bokara, Kairban ó Marruecos, según, en cuanto al precio, su juventud, su pureza ó su hermosura: Zeyadatala considera las mujeres como una mercancía que vale más ó menos según el capricho del comprador. Zeyadatala apresará con suma facilidad, porque es un buitres del mar, la nave del príncipe Brador; se apoderará de los tesoros que ha embarcado el príncipe, para vivir libremente lejos de su padre en las tierras de Al-Moghreb, con Xahferinda, cuidará á ésta mucho para que no enflaquezca, porque como mercader de esclavas, es gran conocedor de la hermosura, aunque no sea aficionado á ella, y la venderá á alto precio en cualquiera de los bazares á que concurre con sus presas.

—¿No podría yo alcanzar á Abu-Yshac-ben-Zeyadatala y ofrecerle un tesoro por Xahferinda?—dijo el enamorado Arun-Al-Mabruk.

—En primer lugar, antes de que tú llegases á Bizancio para embarcarte, Zeyadatala habrá tenido tiempo para llegar con su cautiva á cualquiera de los bazares del Poniente; y en segundo lugar, si le alcanzares, Zeyadatala apresaría tu nave, se quedaría con tu tesoro, y probablemente para tener el placer de ver correr una poca de sangre, te cortaría la cabeza; fuerza es que esperes á que sepamos adonde lleva Zeyadatala á Xahferinda, quién la compra y á qué ciudad va á parar.

—Pero si alguien compra á Xahferinda—exclamó Arun-Al-Dabruk terriblemente irritado y en un transporte de celos—me robará su pureza.

—Si eso sucede, te verás obligado á resignarte á ello.

—¿Y cuál es tu poder, Satanás?—exclamó creciendo en irritación Al-Mabruk.

—Si yo fuera omnipotente—le respondí—no sentiría la rabiosa sed que me devora, no sería un condenado; cuanto existe estaría sujeto á mi voluntad; pero, mira: la galeota de Yshac-ben-Zeyadatala, está ya muy cerca de la almadfa del príncipe Brador; el pirata, aunque es de noche y sumamente débil la luz de la luna, ha desplegado su roja bandera; mira cómo los marineros viejos que tripulan la almadfa del príncipe Brador acuden á los remos y sueltan todas las velas, transidos de terror, porque han reconocido la galeota del terrible Zeyadatala y pretenden escapar á todo trance; pero el viento les es contrario, al par que es favorable á Zeyadatala. Mira, el príncipe Brador ase por la cintura á Xahferinda, la levanta, lleva al interior del alcázar de popa, la encierra, sale sobre el puente, desnuda su corvo y cortante sable tártaro, y se prepara á defender, hasta morir, su tesoro.

Un momento más, y la galeota habrá embestido á la almadfa, la habrá afianzado con sus garfios de abordaje, y Zeyadatala habrá saltado á ella, hacha en mano, al frente de sus feroces berberiscos.

CXVII

Y así fué.

Algún tiempo después, el espolón de la galeota argelina se clavó, rechinando, en el costado de la almadfa griega.

Zeyadatala saltó como un tigre sobre la cu-

bierta, y el desdichado príncipe Brador, aunque era tan bravo como hermoso, cayó muerto, partido el cráneo por un hachazo de Zeyadatala.

Después de esto, los tripulantes griegos de la almadía se rindieron pidiendo gracia á Zeyadatala. Pero esto era lo mismo que pedir blandura á una roca, dulzura á las aguas del mar, suavidad á un espino, compasión á un tigre.

Zeyadatala pasó á cuchillo á todos los tripulantes, se apoderó de Xahferinda, la trasladó á su galeota, y recogió, ebrio de gozo, cien bolsas de cuero llenas de dirhames de oro, que encontró en el alcázar de popa de la almadía; luego, la hizo dar barrenos, desaherró de ella el espón de su galeote, y siguió su rumbo hacia el Poniente.

La almadía se sumergió poco después, llevando consigo los cadáveres del infortunado príncipe Brador y de los tripulantes.

Al mismo tiempo Zeyadatala decía á Xahferinda, pues se mostraba impasible:

—No tienes por qué afligirte, muchacha; los compradores de esclavas me conocen demasiado, y saben que yo exijo por las mías un gran precio; sólo un sultán puede poseer una muchacha vendida por Abu-Yshac-ben-Zeyadatala; en ti, en tus artes consistirá después engañar á tu señor y volverle loco hasta el punto de que te haga sultana; debes alegrarte, porque al ser mía has encontrado tu fortuna.

CXVIII

Ocho terribles días me obligó á Arun-al-Mabruk á tenerle delante de la vista la galeota de Zeyadatala, donde era conducida Xahferinda, hasta que al fin la galeota fondeó delante de Tanja (1), y Zeyadatala bajó á tierra con Xahferinda, enteramente envuelta por un ancho haiké y una larga toca.

Xahferinda fué llevada por Zeyadatala al bazar de Tánger, y en él Zeyadatala la hizo desenvolverse del haiké y de la toca.

Xahferinda quedó deslumbrante de hermosura, y ricamente engalanada con brocados y joyas que Zeyadatala la había puésto para aumentar su precio.

CXIX

Apenas se había descubierto Xahferinda, cuando el Kaid de los eunucos del sultán de Marruecos, que iba todos los días al bazar para ver si se ponía de venta una esclava digna de su real amo, se acercó á Xahferinda, que sentada en un diván estaba muda y altiva, y la tocó en un hombro con su varita negra.

Esto significaba que Xahferinda pertenecía ya al harem del sultán.

Tras esto, el kaid hizo una seña á un esclavo negro que estaba á la puerta del bazar, y poco después apareció un palanquín cubierto, cerrado con cortinas de brocado púrpura, y conducido por cuatro esclavos negros, eunucos del harem, vestidos de rojo.

Zeyadatala dijo á Xahferinda:

—Lo que yo te había predicho se ha cumplido: ya eres dama del harem del poderoso sultán de Marruecos; ahora, en ti consiste ser sultana; sigue á este honrado kaid, y entra en el palanquín del harem.

Xahferinda se levantó siempre muda, siempre altiva, siguió al kaid, y entró en el palanquín, que se puso en marcha, atravesando las estrechas calles de Marruecos, en dirección á la Kasbá del sultán.

Zeyadatala seguía al kaid, que iba inmediatamente detrás del palanquín.

Cuando los moros que discurrían por las calles veían pasar el palanquín imperial, se detenían, cruzaban los brazos sobre el pecho, é inclinaban la cabeza, haciendo una profunda zalema (1), como si hubiera pasado el sultán en persona.

Cuando llegaron á la Kasbá, y ya dentro de ella, á la puerta dorada del harem, que se abrió para que pasase el palanquín, el kaid dijo á Zeyadatala:

—¿Qué precio has de recibir por esa perla de Oriente?

—Cuatro mil doblas marroquíes de oro cendrado—contestó Zeyadatala—; las dos mil las valen las telas de oro y seda, y las alhajas que adornan á Xahferinda.

—¿Es ese el hombre de esa sonrisa de Dios?—preguntó el kaid.

—Así se llama—contestó Zeyadatala.

—¿De qué parte de la tierra es esa huri?—preguntó el kaid.

(1) Tánger.

(1) Reverencia.

—Ella lo dirá al sultán vencedor—contestó ella: yo no he logrado que me conteste una sola palabra: es sin duda de tierras de Oriente, porque yo la cautivé cerca de Bizancio.

—Aguarda en paz á que yo vuelva con las cuatro mil doblas—dijo el kaib, y entró en el harem, cuyas puertas doradas se cerraron.

CXX

Pasó un breve espacio, durante el cual el ferroz Zeyadatala tuvo tiempo bastante para impacientarse, hasta que al fin se abrió de nuevo la puerta del harem, y apareció el kaid seguido de diez y seis eunucos negros, cada uno de los cuales traía al hombro una pesada bolsa de cuero.

—En cada una de esas bolsas hay doscientas cincuenta doblas—dijo el kaid del harem—: vtee con estos honrados muchachos, y cuenta delante de ellos el dinero donde mejor te pareciere: si faltare algo, ó alguna no fuere de excelente oro, te se dará lo que falte: el Señor Altísimo y Único te prospere.

—La bendición y la misericordia de Allah queden con el esclarecido é invencible sultán de Marruecos—dijo Zeyadatala, y salió.

CXXI

Xahferinda había sido llevada á un precioso apartamento del harem, vacío por la muerte de la hermosa Kaina, favorita del sultán.

—Déjame en libertad—dije entonces á Arunal-Mabruk —: ya sabes dónde está Xahferinda.

—No, Satanás, no—me contestó Al-Mabruk; —yo quiero asistir desde aquí á la primera vista de Xahferinda y del bravo Abul-Hassan.

—¡Ah! pues mira: Abul-Hassan preside su mexuar (1); sus wazires, sus alimes y sus kaitbs (2) están sentados en semicírculos sobre el pavimento, delante del diván imperial en que se sienta el poderoso califa: detrás de él, á alguna distancia, está con el ancho y reluciente alfanje desnudo el kaid-al-Medina (3); algo detrás se

(1) Consejo.

(2) Ministros, sabios y secretarios.

(3) Señor ó prefecto de la ciudad; jefe de los ejecutores de justicia.

extiende una línea de diez agigantados negros de la guardia del sultán, con capacetes y coracinas doradas, ropones talados rojos, apoyados en largas picas de combate, embrazando adargas de cuero dorado y bordado con sedas de colores, y tres grandes borlas de seda roja y oro.

Todo demuestra que el sultán trata en consejo un asunto muy grave: es no menos que entrar en la península de España para invadir con un formidable ejército la Andalucía cristiana.

CXXII

Pues, mira; el consejo se interrumpe; Abul-Hassan se levanta.

En la gran puerta de la sala del mexuar ha aparecido el kaid del harem, y se ha tocado la frente, la boca y el pecho, sobre el corazón, con el extremo de su varita negra.

Esta es una señal convenida, que quiere decir que en el harem hay una nueva dama desconocida del sultán, que supera en gracia y en hermosura á todas las otras damas del harem, y aun á la sultana.

Esta señal sólo la comprende Abul-Hassan.

Sus pálidas mejillas se tiñen de un leve color purpúreo; brillan sus negros ojos; tiembla su negra y blanca barba; hace señal á los de su consejo para que se retiren, y se dirige á la puerta de la sala.

El kaid del harem se vuelve, y marcha delante del sultán, con su varita inclinada hacia adelante.

Todas las puertas se abren silenciosamente: todos los cortinajes de seda y oro se levantan, y los esclavos que abren estas puertas y levantan estos cortinajes, se prosternan profundamente al paso del sultán.

Atraviesan una y otra espléndida sala, una y otra magnífica galería, el kaid grave y lento, con su varita inclinada hacia adelante, y tras él el sultán, grave y silencioso.

CXXIII

Llegan al fin á una pequeña puerta ricamente labrada, incrustada en oro, plata, cobre, sándalo, nácar, marfil y ébano, formando caprichosos y brillantes mosaicos.

El kaid saca de entre su ropón una llave de oro, y abre con ella la preciosa puerta.

Aquella es la puerta interior del harem, la puerta misteriosa de la morada del amor y de la voluptuosidad.

El sultán pasa, pasa el kaid, y cierra por dentro la puerta.

Luego, vuelve á preceder al sultán.

CXXIV

Allí los retretes son más lindos, más pequeños, má delicados, más ricamente adornados.

Las flores en búcaros de blanca porcelana, exhalan su deliciosa fragancia.

Cuatro esclavas negras llevando sobre las cabezas braserillos de oro en que se queman exquisitos perfumes de Oriente, van dejando tras sí un leve humo azulado, que llena el espacio de una suave fragancia.

CXXV

El kaid se detiene delante de una puerta de marfil.

Las cuatro esclavas prosternadas, levantando sobre sus negros brazos los perfumeros, quedan á ambos lados de la puerta, que abre con otra llave de oro el kaid.

Aquella puerta es la de los encantados retretes de la favorita del sultán.

Este pasa solo por aquella puerta, que cierra inmediatamente el kaid.

Abul-Hhassan atraviesa una linda galería, un retrete admirable, y llega á una sala maravillosa, con una cúpula semejante á la parte de superior de una gruta de hadas, y en la cual, á través de un arco, en un mirador, cuyos ajimeces, cerrados con celosías de marfil, dan sobre un jardín hermosísimo, sentada sobre almohadones de Damasco y plata, está Xahferinda sola.

El sultán al verla se detiene y empalidece, como si se hubiera coagulado su sangre; tiembla, y no acierta á dar un paso, ni á pronunciar una sola palabra.

La hermosura de Xahferinda le ha deslumbrado, le ha enamorado, le ha vuelto loco.

CXXVI

Xahferinda le mira silenciosa, impassible, seria y altiva, y esto desconcierta más y más al sultán.

Este lucha, logra sobreponerse á la violenta impresión que ha sentido á la vista de Xahferinda, se acerca á ella, y la dice temblándole la voz, temblando todo su ser:

—¿De dónde has descendido, rayo de luz eterna, perfección de la hermosura, prodigio viviente, que eres la más grande alabanza del poderío del Señor fuerte, que alcanza á producir un tal portento? Habla, sultana de las hurfes, arcángel de luz, conjunto de toda felicidad, armonía de las armonías, perfume de los perfumes, rosa de Hiram, sol del Paraíso, habla y ordena: tu esclavo está ante ti.

Y el sultán se prosterna como el esclavo ante su señor, y Xahferinda permanece muda, inmóvil, altiva como la había encontrado el sultán.

—Oye, Arun-al-Mabruk: el sultán ruega, el sultán llora, el sultán gime: el fuerte, el feroz, el bravo, el indomable Abul-Hhassan se ha convertido en una débil mujer desesperada, encantado por la mágica hermosura de Xahferinda, y ella permanece como si nada viese, muda siempre, siempre altiva.

Mira; el sultán se levanta irritado, contempla de una manera profunda y sombría á Xahferinda.

—Tú no eres mujer, sino estatua: las lágrimas no hacen en ti más efecto que el que harían sobre el mármol; tú has ennegrecido mi alma, llenándola de luto y de desesperación: permita el poderoso Allah, para que nadie te goce, que cuando á ti se acerque el hombre á quien has de amar, te conviertas en una negra é insensible estatua.

Esta maldición no conmueve á Xahferinda, que continúa apareciendo silenciosa é impassible.

CXXVII

El sultán huye, sale del harem, y frenético, desesperado, corta algunas cabezas de súbditos poderosos, y les confiscas los bienes.

Xahferinda ha nacido para producir involuntariamente sangre y lágrimas.

Déjame libre, Al-Mabruk; Xahferinda está

defendida en el harem de la Kasbá de Marruecos por el inmenso predominio que su hermosura ejerce sobre el sultán.

dio en el califato de Marruecos: si tú quisieres, yo seré el embajador que lleve tu carta al califa de Marruecos.

CXXVIII

Pero fué inútil mi ruego: el enamorado Al-Mabruk me retuvo junto á sí, y me conjuró, para que no perdiese de vista á Xahferinda, y le avisase en el momento en que el sultán fuese á visitarla.

Inmediatamente Al-Mabruk se cubrió con sus vestiduras de corte, y se fué á ver al Shah, Brahdabrak.

Como te he dicho, amigo Yezyd, el Shah Brahdabrak estaba completamente influido, completamente dominado por las malas artes, por los insidiosos servicios y por los encantamientos de Arun-al-Mabruk.

Si éste le hubiera pedido su hija la princesa Hebaba, hermosísima doncella, por la cual sentía una loca pasión de padre el Shah, se la hubiera dado.

Tan lívido, tan lleno de desesperación y de ansiedad se presentó á Brahdabrak Arun-al-Mabruk, que el Shah no pudo menos de decirle con una grande solitud:

—¿Qué negra desgracia te acongoja, mi buen amigo, que así te veo trémulo y desesperado?

—¡Ah, excelente y esclarecido señor!—dijo Al-Mabruk—; tu siervo se encuentra sin alma; su alma está encerrada en el harem del sultán de Marruecos: si tu humilde esclavo no recobra su alma, morirá, y la eterna sombra será con él.

—¡Tu alma está en el harem de mi amigo el poderoso califa de Occidente!—exclamó Brahdabrak—: ¿cómo se llama tu alma, Arun?

—Xahferinda, señor.

—¿Y qué quieres?

—Que tú, excelso, poderoso, invencible y temido señor de Persia, escribas si quisieres una carta de tu noble mano al sultán de Marruecos, diciéndole que Xahferinda es dama de tu harem, que la amas, que te ha sido robada por el corsario argelino Zeyadatala, que la reclamas, porque sabes que está en su harem, y que si te la negare, causa será ésta para que consideres rota tu amistad y tu alianza con él, y envíes tus innumerables naves con tus formidables ejércitos al Occidente, para causar el estrago y el incen-

CXXIX

El débil Brahdabrak, movido á compasión por el cruel afán de su favorito Al-Mabruk, hizo cuanto éste quiso, y dos días después, Al-Mabruk con un gran séquito partió para las riberas del mar de Damasco, llevando un magnífico presente, que consistía en veinticuatro caballos árabes de pura raza, con paramentos de brocado, infinidad de piezas de telas de oro y plata, grandes cajas de sándalo de rica labor llenas de perfumes de Arabia, y siete doncellas persas de grande hermosura, magníficamente vestidas y engalanadas con joyas que valían un tesoro.

Un mes duró el viaje.

En todo este tiempo Al-Mabruk no consintió en que yo me separase de él, ni dejase de ver un solo momento á Xahferinda, ni dejase de avisarle cuando el sultán iba á visitarla.

CXXX

Abul-Hassan entraba todos los días á la hora de adohar (1) en el apartamento de Xahferinda.

Suplicaba, gemía, lloraba, se desesperaba, y Xahferinda permanecía insensible y muda.

Parecía como que se gozaba en la desesperación del sultán.

CXXXI

Llegamos por fin á Cepta (2), y Al-Mabruk anunció á su walí la embajada del Shah de Persia.

Desde aquel punto gran número de soldados del sultán escoltaron á Al-Mabruk hasta la ciudad de Marruecos.

Algunos jinetes, cuyos caballos eran veloces como el viento, partieron delante enviados por el walí de Cepta para anunciar al sultán que

(1) Medio día.

(2) Ceuta.

tras ellos llegaría la embajada del Shah Brahdabrak.

Cuando nosotros llegamos á Cepta, su gran puerto estaba cubierto de naves, en las que se embarcaban sin cesar soldados.

Abul-Hhassan preparaba su expedición contra la Andalucía cristiana.

CXXXII

Inmediatamente después de nuestra llegada á la ciudad de Marruecos, el sultán recibió á Al-Mabruk, y éste le entregó la carta de Brahdabrak.

Yo asistí invisible á la audiencia.

Abul-Hhassan se puso pálido al leer la carta del Shah de Persia, y cuando la hubo leído murmuró de una manera ininteligible:

—¡Y bien, qué importa! Xahferinda pierde mi alma en las tinieblas de la tentación; me enerva, me hace débil; Satanás se vale de ella para perderme; apartarla de mí es servir al Dios fuerte y Único.

Y luego dijo á Al-Mabruk en voz alta, firme y serena:

—Embajador de mi noble y poderoso amigo y aliado el Shah de Persia Brahdabrak, favorecido y ensalzado por el Señor invencible y misericordioso, escucha lo que diré por tu boca á tu excelente y esclarecido amo. Si yo hubiera sabido que la hermosa Xahferinda era una prenda tan estimada del Shah Brahdabrak, mi hermano, hubiera mandado cortar la cabeza al hombre temerario que había osado robarla, y sin esperar mensaje alguno de tu señor se la hubiera enviado con un honroso acompañamiento y un presente mío digno de la grandeza de Brahdabrak; pero nada he podido saber, porque Xahferinda ha permanecido muda á mis preguntas, como una insensible estatua; inmediatamente voy á mandar que Xahferinda te sea entregada, y sirva esto para afianzar más y más la buena amistad y alianza que existe entre el poderoso Shah de Persia Brahdabrak, y su hermano el sultán del Moghreb.

CXXXII

Xahferinda fué entregada á Al-Mabruk, que se apresuró á entregar al sultán de Marruecos el

presente que para él traía el Shah de Persia y á salir de la ciudad, dirigiéndose á las vertientes del Atlas para tomar el largo camino de Persia, por tierra, temeroso de que, si se embarcaba, un corsario tan audaz como Zeyadatale le robase á Xahferinda.

CXXXIV

Este era el embajador que Neza había dicho á Sarhabil se acercaba á su fondak, y al que Sarhabil había salido á recibir con sus músicos y sus criados.

A poca distancia, sobre el desfiladero, encontraron algunos beduinos á caballo.

—¿Sois de la comitiva del sublime embajador del Shah de Persia?—dijo Sarhabil á los beduinos.

—De su acompañamiento somos, y venimos delante para asegurar el camino—dijo el que parecía jefe de aquellos hombres.

—Seguro está el camino—dijo Sarhabil—, porque el maldito Manjur-el-Kelebi ben-Salema, que le infestaba, causó tal terror con sus asesinatos y sus latrocinios, que hace mucho tiempo nadie pasa por este camino, lo que me tiene pobre y desesperado, porque hace mucho tiempo no entra un solo viajero en mi fondak; entre tanto, El-Kelebi se ha cansado de esperar sin que nadie pase, se ha ido á otras regiones del Atlas, y por éstas no se tienen noticias de él.

—¡Dios sea loado!—dijo el jefe de los beduinos—; porque cuentan que el bandido Manjur era tan terrible y tan terribles los suyos, que no había medio de defenderse de él ni aun con un ejército.

—Vuestro camino haréis hasta el desierto de Daren sin un solo tropiezo—dijo Sarhabil—; pero seguid adelante, que yo prosigo para saludar al noble embajador del Shah de Persia.

Los beduinos siguieron hacia el fondak, que estaba próximo, y Sarhabil marchó al encuentro de la caravana, que había empezado á aparecer por un recodo del desfiladero.

Se oía el canto monstruoso con que los conductores de los camellos animan á los animales en su larga marcha.

Algunos de éstos, gigantescos, pesadamente cargados, habían empezado á desfilar: entre ellos marchaban árabes armados á pie y á caballo.

Al fin, sobre la abultada espalda de uno de los camellos, apareció una especie de litera cerrada con cortinas, dentro de la cual debía ir una persona.

Aparecieron otros seis camellos con literas, y por último una larga escolta de beduínos á caballo.

CXXXV

Sarhabil mandó á sus músicos que empezasen á tocar, y se colocó con ellos á un lado del estrecho camino, por el que sólo cabía de frente un camello.

Las dulzainas, los atabalejos y las tiorbas de los músicos rompieron en una concertada armonía que repitieron los ecos de la montaña.

Entonces se abrieron las cortinas de una de las literas, y asomó por entre ellas una cabeza: la de Arun-al-Mabruk.

—¿Qué es eso?—preguntó al conductor de su camello.

—Es, poderoso señor, Sarhabil, el dueño del fondak, donde si te placiere pasarás la noche, que acostumbra á salir á recibir con música á los viajeros ricos y nobles que se acercan á su fondak; yo lo sé muy bien porque he pasado por aquí con algunas caravanas, y más que todo con yeguas que hemos llevado á Persia para obtener caballos de buena sangre.

—¿Y tiene músicos en su fondak ese Sarhabil?

—¡Oh! ya lo creo, señor; el fondak de Sarhabil tiene de todo cuanto Dios crió: excelentes baños, muchachas de ojos negros, exquisitas viandas, y establos y caballerizas para gran número de camellos y de caballos; como que en otro tiempo este camino era muy concurrido, y pasaban por él con frecuencia grandes príncipes y magnates.

—¿Y por qué no es ahora concurrido este camino?

—¿Por qué, señor? porque Manjur-el-Kelebí ha matado y ha robado en este camino mucha gente.

—Gente que vendría descuidada.

—¡Ahl no, señor; por mucha gente que haya venido guardando una caravana, no ha dejado de ser robada por Manjur-el-Kelebí: él conoce perfectamente las quebraduras en la montaña, espera en las estrechas gargantas por donde sólo

puede pasar un hombre de frente, y el número, como ves, es inútil, porque Manjur sólo tiene un hombre con quien combatir.

—¿Y anda ahora por aquí ese bandido?—dijo con sumo cuidado Arun-al-Mabruk.

—No, señor, porque como por terror á él nadie pasaba por este camino, se ha cansado de esperar, y se ha ido á otra parte; por lo menos hace ya más de un año que no se habla de ningún robo.

—¿Y á quién han de robar, imbécil, si nadie pasa?—dijo Arun-al-Mabruk.

En este momento el camello que conducía á Arun-al-Mabruk llegó al sitio donde esperaba con sus músicos Sarhabil.

—Poderoso y noble señor—dijo éste haciendo una gran genuflexión—; yo soy Sarhabil, hijo de Sarhabil el Zurdo, nieto de Sarhabil el Bizco, biznieto de Sarhabil el Ciego, que fué hijo de...

—Basta, basta—dijo Arun-al-Mabruk—; si se te deja, eres capaz de llegar con tu genealogía hasta Adán y llamarle también Sarhabil, por lo cual resultarías más noble que el Profeta.

—Dios ensalce á Mohammed-el-Koraisi, libreme el poderoso Allah de creerme más noble que el Profeta—dijo Sarhabil profundamente inclinado—; pero eso no se opone á que yo sea un buen hombre que se desvive porque encuentren en su fondak cuantas comodidades son apetecibles los poderosos príncipes que hacen su camino por estas montañas; yo, señor, tengo para ti baños perfumados, frescas odaliscas, agradable música, cómodo aposento y excelentes viandas.

—Pues ve delante y que yo lo encuentre dispuesto todo—dijo Arun-al-Mabruk, escondiendo de nuevo su cabeza entre las cortinas de la litera, que se cerraron.

CXXXVI

Sarhabil se deslizó con sus músicos, saltando sobre las breñas, por el costado del camino, le tomó cuando hubo adelantado al primer camello, y siguió á la carrera hacia el fondak.

—Cuando llegó á él Arun-al-Mabruk, se encontró á la entrada del fondak con media docena de muchachas beduínas, relumbrantemente vestidas, que tocaban las castañuelas, llevando el compás de la música que estaba detrás de ellas.

Todos los criados del fondak formaban en tercera línea, y delante de todo esto se veía á Sarhabil, orgulloso del recibimiento que hacía al rico embajador del poderoso sultán de Persia.

CXXXVII

—¿Qué es esto?—dijo Arun-al-Mabruk bajando del camello—; ¿qué mujeres son esas? Quitadme de ahí esas rameras, que no las vea la hurí que traigo conmigo.

El servicialísimo Sarhabil hizo una seña imperiosa á las muchachas, y éstas desaparecieron murmurando.

Entretanto, Arun-al-Mabruk había ayudado á bajar de su camello á Xahferinda.

Esta estaba completamente envuelta en su toca y en su haíke.

—Llévanos—dijo Arun-al-Mabruk, asiendo de la mano á Xahferinda—, á la mejor estancia de tu fondak.

CXXXVIII

Sarhabil precedió á Arun-al-Mabruk, á quien seguía con una actitud altiva Xahferinda, y les llevó á una hermosa sala baja.

Seis esclavas, envueltas en haíkes y velos, habían bajado de otros tantos camellos, y entraron en la sala baja á servir á Xahferinda.

Arun-al-Mabruk salió, y dijo á Sarhabil que se había quedado á la puerta:

—¿Tienes algunas noticias de un famoso bandido que ha sembrado el terror por estas comarcas?

—¡Oh!—exclamó Sarhabil abriendo desmesuradamente la boca, y sonriendo de una manera supina, con los labios y con los ojos—: tñ, esclarecido señor, te refieres, sin duda, al tremendo Manjur-el-Kelebí-Ben-Salema; ¡maldito ladrón! él me tiene pobre, porque ha ahuyentado de esta travesía á los viajeros, y como yo no me puedo llevar mi fondak á otra parte, como él puede irse adondequiera con sus ladrones, estoy casi arruinado.

—Es decir, que Sydi Manjur está muy lejos de aquí.

—¡Oh!—exclamó abriendo de nuevo enormemente la boca Sarhabil—lejísimos; si se le nece-

sitar para algo, sería necesario pasarse sin él; y además, que tú, invencible señor, nada tienes que temer, porque traes defensa sobrada para resistir á Manjur y á ciento más como él, que te acometiesen.

—¡Oh, sí!—dijo Arun-al-Mabruk—; esos villanos no se atreven más que á las caravanas mal defendidas: aposenta bien á toda mi gente, y aguarda una buena recompensa.

Y tras esto, Arun-al-Mabruk, sin miedo alguno al Kelebí, se entró en la sala donde estaba Xahferinda.

CXXXIX

Los beduños estaban poniendo las cargas de los camellos en el vestíbulo del fondak, y los ojos de Sarhabil se cebaban codiciosos en aquellos pesados fardos, que debían contener, sin duda, un riquísimo presente del sultán de Marruecos del Shah de Persia.

CXL

A la puesta del sol, todas las cargas formaban una gran pila, á la que daban guardia algunos beduños armados. Los caballos estaban en las caballerizas; los camellos en el establo, y toda la gente de la caravana reposando en el patio, ó bajo el emparrado que se extendía delante del fondak.

En la cocina de éste, infinidad de cacerolas, de ollas y de otras vasijas, hervían cada cual en su tono, causando la alegre esperanza de los hambrientos caravaneros.

Sarhabil, encaramado en su nicho, se ocupaba en ir anotando la larga y crecida cuenta que esperaba le indemnizaran de los quebrantos de todo un año.

Un beduño tocaba fuera con gran maestría una guzla, y entonaba uno de esos melancólicos cantares de los hijos del Desierto y de la montaña.

CXLI

Empezó á cerrar la noche.
Se sirvieron las viandas.

Después de esto, todos se entregaron al reposo, y la puerta del fondak se cerró.

Sólo quedaron velandos los beduinos armados que guardaban las cargas de los camellos.

Sarhabil, con una lámpara encendida en la mano, atravesó lentamente el patio, subió unas escaleras, entró en un aposento, y se encerró en él.

Debía suponerse que se había entregado también al reposo; pero no fué así.

El aposento en que se había encerrado Sarhabil correspondía á la parte posterior del fondak, y daba sobre un espeso bosquecillo de acacias, entre las cuales se elevaban algunas gigantescas palmeras.

Sarhabil, cuando estuvo encerrado, abrió un arcón y sacó de él una escala.

Abrió luego una ventana, aseguró á ella la escala, y la dejó caer fuera.

Luego se descolgó con suma ligereza, y cuando llegó al suelo, se metió rápidamente por entre las acacias, y trepó con vigor por la vertiente de la montaña.

Una hora después llegaba á su cumbre.

A una extensa cumbre que se torcía como el lomo de un gigantesco camello.

Sarhabil descendió por la opuesta vertiente, y cuando hubo llegado á un ancho rellano, se detuvo, hizo fuego, y quemó algunos matojos secos.

Por tres veces repitió aquella señal con la mirada fija en un punto lejano, que no podía distinguir la vista, porque la noche era muy obscura.

Sarhabil hizo nuevas señas, repitiendo la llamarada de los matojos.

Pero ninguna otra luz aparecía en el punto donde miraba.

—Estará muy lejos de aquí Manjur—exclamó con desaliento—; pero no, desde su aduar pueden verse mis señas. ¡Oh!, ¿será qué esos descreídos están entregados al sueño? ¡Azrarél los confunda!, y pensar que no hemos de apoderarnos de esos fardos que deben contener inmensas riquezas, telas de oro y plata, acaso piedras de gran valor!

Y Sarhabil repitió su señal.

De improviso lanzó una exclamación de alegría.

Allá, muy lejos, entre las tinieblas, había aparecido un punto luminoso, que desapareció como desaparece una estrella errante, y volvió á aparecer otras tres veces.

Sarhabil exclamó:

—¡Ah! antes de la media noche Manjur estará aquí.

Y se volvió á buen paso al fondak.

Llegó á él, trepó por la escala, penetró en el aposento, recogió la escala, cerró la ventana, y se acostó vestido sobre un sucio diván, después de apagar la luz.

Al poco tiempo roncaba estrepitosamente.

CXLII

Al primer canto del gallo, al canto de la media noche, Sarhabil despertó, se sentó en el diván, y esperó con el oído atento.

Volvió á cantar el gallo, y seguidamente ladró uno de los perros del fondak.

—¡Maldito can!—dijo Sarhabil—; ha venteadó á Manjur y alborota; ya se ve, ese es nuevo, y no conoce á Manjur como los otros que se están callados, tanto valdría que ladraran cuando yo me acerco al fondak.

Aún no había acabado de murmurar estas palabras Sarhabil, cuando sonó un golpe violento; apagado, especial, en la ventana de la estancia.

—¡Ah! ya está ahí—dijo Sarhabil.

Y se levantó y abrió la ventana.

En ella estaba clavada una saeta.

Sarhabil lanzó fuera la escala.

Poco después se sintió saltar á un hombre dentro del aposento.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo una voz vibrante—; por qué me has hecho venir desde allá arriba?

—Gran presa, Manjur, gran presa; cargas de telas ricas, de dinero, de joyas, de perfumes, siete mujeres, un embajador de Persia, veinte camellos y más de doscientos caballos.

—¿Hacia dónde marchaban?—dijo Manjur.

—Hacia Daren.

—¿Qué gente es la que acompaña á la caravana?

—Beduinos de Sus.

—Buena gente; pero ya me conocen; huyen, y luego vienen á mi aduar á pedir su parte, ¿cuándo va á marchar ese embajador?

—Al amanecer.

—Pues quédate á Dios, que, aunque las noches son ahora largas, no hay que perder tiempo.

Y Manjur, sin decir ni una palabra más ganó la ventana, y después de haber arrancado de ella la saeta, se deslizó por la escala al suelo, desapareciendo en la obscuridad.

Sarhabil recogió la escala, la guardó en el arcón, cerró la ventana, se echó en el diván, cogió el sueño, y pasó lo que quedaba de noche roncando con el mayor descuido.

CXLIII

Era la hora de adohar (1) del siguiente día.

Los beduinos, los camellos y los caballos de la caravana de Al-Mabruk marchaban por una estrechísima garganta, áspera y tortuosa, comprimida entre unas altísimas cortaduras.

Sólo podían marchar uno á uno los hombres, los camellos y los caballos, y aun así se avanzaba muy lentamente, porque aquella parte del camino, más que para hombres y para animales, era para palomas.

Arun-al-Mabruk se desesperaba, y contribuía á aumentar su irritación el recuerdo de la pésima comida que le había dado Sarhabil, de las mil incomodidades del fondak, y de la enorme cuenta que Sarhabil le había hecho pagar.

Uníase á esto el vago terror que había acometido á Arun-al-Mabruk al verse dentro de aquella lóbrega garganta.

La idea de que podía sobrevenir el tremendo Manjur, le helaba de espanto.

En aquellas estrechuras era de todo punto imposible la defensa.

Nada, sin embargo, acontecía.

Sólo se oía el monótono canto de los camellos, el chocar de las herraduras de los caballos sobre las piedras, y el áspero graznido de las águilas que anidaban en las altas cortaduras.

Estaban ya próximos á la salida de la garganta, y Al-Mabruk empezaba á tranquilizarse.

—En efecto—dijo—, debe estar muy lejos de aquí el bandido Manjur.

CXLIV

Como para desmentir estas palabras de Al-Mabruk, apenas las había pronunciado, se oyó un gran alarido á la cabeza de la caravana, que se perdía entre las quebraduras.

A aquel alarido se unió un vocerío terrible y amenazador que provenía de lo alto de las rocas, de los breñales, de todo lo que dominaba la garganta.

(1) El Medio día.

Desde allí partían saetas que llegaban zumbando á los beduinos, y los herían de muerte.

Sobre todo esto, en una cortadura alzada perpendicularmente sobre el sitio en que el camello de Al-Mabruk había sido detenido por su aterrado camellero, se oía una voz retumbante como el trueno, que gritaba:

—¡No tiréis sobre las literas! ¡Ahí vienen mujeres, y esas mujeres son nuestras!

CXLV

Al oír esto Al-Mabruk se aterró, y me evocó para que acudiese en su ayuda.

Pero afortunadamente para mí, no tenía el tablero mágico de Salomón, no podía obligarme, y yo me hice sordo á su llamamiento, más bien no me presenté á él, porque yo estaba allí, en su misma litera; le sentía temblar y rezar, porque el réprobo, viendo que yo no acudía á su evocación, invocaba el nombre de Dios.

CXLVI

Muy pronto, los beduinos que no habían sido muertos ó gravemente heridos, abandonando los camellos y los caballos, huyeron trepando por las quebraduras, y pusieronse á cubierto entre los breñales y las peñas.

Los del acompañamiento que había traído Arun-al-Mabruk de Persia habían huído también.

Al-Mabruk, sobre su camello, se había quedado solo con Xahferinda y las esclavas que había comprado para que la sirviesen de doncellas.

CXLVII

Por las cortaduras, por los breñales, empezaron á descolgarse Manjur-el-Kelebf-ben-Salema y los suyos, que muy pronto, y en número de más de ciento, rodearon los camellos en que estaban Al-Mabruk, Xahferinda y las seis esclavas.

Los bandidos hicieron arrodillar á los camellos, y abrieron las cortinas de las literas.

Por acaso, El-Kelebf abrió la litera de Xahferinda, y se deslumbró.

Xahferinda se había desenvuelto de la toca y del haike, y aparecía en todo el esplendor de su hermosura.

—¡Oh luz del cielo!—exclamó con asombro Manjur—; con buenas hadas ha amanecido para mí este día, que te pone en mi poder; pero no tiembles, flor de Hiram, clara fuente del Paraíso, sultana de los luceros; El-Kelebí, cuyo nombre aterra á los más esforzados, es tu esclavo: el menor de tus deseos será para mí un precepto tan obligatorio como los que encierra el santo libro de Dios.

CXLVIII

Xahferinda no temblaba; miraba tranquila y severa á Manjur.

Contaba éste entonces veinticinco años, y era hermoso y gentil sobre toda ponderación.

Sin embargo, no era el hombre á quien debía amar Xahferinda.

Porque Xahferinda no debía amar á ninguno.

Era soberbia, estaba enamorada de sí misma, y los hombres sólo la inspiraban aborrecimiento y desprecio.

CXLIX

Manjur suplicó á Xahferinda que saliese de la litera.

La joven obedeció impasible, y puso sus pequeños pies sobre las piedras del áspero sendero, permaneciendo inmóvil.

Y aconteció que cuando Arun-al-Mabruk vió que Manjur así transportado de amor las manos de Xahferinda, se lanzó á él, poniendo, ebrio de desesperación y de celos, la mano en su puñal.

Entonces, uno de los bandidos de Manjur armó una saeta en su arco, disparó y atravesó de la espalda al pecho á Arun-al-Mabruk, que cayó lanzando un rugida de rabia.

La sangre saltó á borbotones por sus heridas, sus ojos empezaron á nublarse, la vida se le escapaba.

—¡Por Salomón y por Satanás!—exclamó—, por los arcángeles negros y por los siete infiernos, maldita seas tú, Xahferinda, maldición caiga sobre tu raza; conviértaste en negra é inanimada estatua en el momento en que á un hombre a ma-

res y confundieres su alma con la tuya, y malditas sean como tú, y como tú en negra estatua se conviertan las mujeres que de ti y en tu descendencia vinieren á la vida!

Y Manjur expiró, murmurando terribles conjuros que escuchó el infierno.

Yo me estremecí de alegría.

Me encontraba libre; Manjur era mío, y para vengarme de lo que me había hecho sufrir, reanimé con su espíritu á un jabalí que moría de viejo, y que ya no morirá, porque él es el infierno viviente de Arun-al-Mabruk.

CL

Manjur-el-Kelebí ben-Salema, á más de Xahferinda, que para él era un tesoro inapreciable, encontró en telas de oro y plata, en perfumes de Arabia, en joyas y en dinero, un verdadero tesoro, que se llevó á su aduar en los caballos y en los camellos, dejando en el fondo del desierto los muertos para que los devorasen los buitres, y abandonados á su desesperación los heridos.

En su aduar, Xahferinda, reducida á la condición de una esclava, se vió esposa, contra su voluntad, de Manjur, poseída por él y llena hacia él de aborrecimiento.

Manjur dió por esposas las seis doncellas que también había apresado, y que eran muy hermosas, á sus seis bandidos más valientes; dividió con equidad la presa, dió una buena parte á Sarhabil, que se la había procurado, y reposó tranquilo.

CLI

Pero no tardó en recibir un aviso de Sarhabil que le hizo perder su tranquilidad.

Los beduinos y los de la comitiva de Arun-al-Mabruk que habían escapado, habían vuelto á Marruecos y se habían presentado al kadir de los kadíes y le habían relatado lo que con el bandido Manjur-el-Kelebí ben-Salema les había acontecido.

Súpolo por el kadí de los kadíes el feroz Abul-Hhassan, y le acometió un acceso tal de furor por la audacia de Manjur, que se había atrevido á apoderarse de un presente suyo al Shah de

Persia, y sobre todo de Xahferinda, que mandó descabezar á los beduinos que no habían sabido defender la caravana, levantó un ejército, y se puso él mismo á la cabeza para ir á castigar á Manjur-el-Kelebi.

Avisado éste á tiempo por Sarhabil, salió de su aduar con sus bandidos, sus mujeres, sus hijos, sus caballos y sus camellos, llevándolos cargados con inmensas riquezas; atravesó la parte oriental del Atlas, vino á caer una noche en la costa, en un lugar solitario, abrigo de contrabandistas, entre el río Tensift y la ciudad de Mogador; se convino con los contrabandistas que fueran á buscar los barcos necesarios, y á la noche siguiente, reunidos una multitud de enormes cárabes, se embarcó en ellos con sus riquezas, su gente, sus caballos y sus camellos, y tomó el rumbo para las costas de la península de España.

Manjur se expatriaba por temor al terrible Abul-Hassan, que le buscaba en persona con un grande ejército, bastante para escudriñar los más enmarañados escondrijos del Atlas.

Pero nada encontró más que un aduar incendiado, y después de dos meses de continuas y penosas pesquisas, como sobreviniese la estación de las grandes lluvias, hubo de volverse burlado y furioso á Marruecos.

Manjur-el Kelebi ben Salema se había perdido.

CLII

Seis días después de su salida de Africa llegó á las playas de Schalobanyah (1) y desembarcó sus camellos, sus caballos y sus riquezas, reparó á su gente lo que les correspondía, pagó á los piratas que le habían llevado hasta allí en sus barcos, y dejando á su gente en libertad de ir adonde quisiese, cargó su hacienda en algunos camellos, y con Xahferinda, dos doncellas para que la sirviesen y algunos criados que tomó en la población y que no le conocían, se encaminó á Granada, cuya hermosura había oído ponderar, llegando al día siguiente.

Apostóse en una hospedería, y en el bazar que en ella servía á los mercaderes que iban de todas las partes del mundo á vender toda clase de telas preciosas, perfumes y otras mercaderías

(1) Salobreña.

excelentes, puso de venta las telas de oro y plata, las alhajas y los aromas de Oriente que había robado á Arun-al-Mabrck.

CLIII

Eran tan preciosas las telas y las joyas, tan exquisitos los perfumes, como presente del poderoso sultán del Almogrhet al potentísimo Shah de Persia, que en muy pocos días la gente rica y principal de Granada lo compró todo, dejando en cambio á Manjur-el-Kelebi una gran cantidad de oro.

CLIV

El-Kelebi se echó á buscar fuera de Granada un sitio apartado, pero ameno y feraz, donde comprar tierras, fundar una alquería y vivir tranquilamente con la hermosísima Xahferinda, á quien tenía escondida y encerrada con sus dos doncellas en uno de los aposentos de la hospedería.

Después de reconocer los alrededores de Granada se decidió por la parte alta, y fundó la alquería de donde has robado hoy á Kinsul-Amina, á esa desdichada sobre la cual ha caído la terrible maldición lanzada sobre Xahferinda y sus descendientes por el moribundo Arun-al-Mabrik.

—¡Cómo!— dijo Yezyd-el-Ferhi.—¿El viejo padre de Kinsul-Amina es Manjur-el-Kelebi-ben-Salema?...

—Sí, por cierto; te extraña sin duda el haber visto en él las apariencias de un varón justo y temeroso de Dios, de un patriarca rodeado de su familia, que ha obtenido la confianza del rey hasta el punto de que le haya hecho kaid de las alquerías de esta parte de la montaña; tú no puedes comprender que un hombre tan venerable como lo parece Manjur-el-Kelebi, tenga una historia de latrocinios y asesinatos. Sin embargo, ese es el mundo, esa es la vida: no se puede fiar en las apariencias; ¡qué de cosas sabrían los hombres si pudiesen ver lo que yo veo oculto bajo el velo de la hipocresía!

—Y dime, ¿vive Xahferinda?—dijo Yezyd-el-Ferhi.

—Xahferinda murió al dar á luz á Kinsul-Amina, y no pudo quejarse ciertamente Manjur-

ni-Kelebi de su fecundidad, porque le dió seis hijos y una hija.

—¿Y como es que no se convirtió Xahferinda en una negra estatua insensible?—preguntó Zezyd.

—Para eso, según la maldición de Arun-al-Mabruk, era necesario que hubiese amado á un hombre, y hubiese sido suya: Xahferinda murió sin amar.

—¿Sin amar, y dió siete hijos á Manjur?

—La naturaleza es terrible, prescinde del alma: para determinar la generación, no necesita del amor: muchas mujeres que no han amado ni podido amar á sus maridos, les han dado una prole numerosa: Xahferinda fué siempre para Manjur la esclava sin voluntad, no la esposa amante: Xahferinda aborrecía á los hombres, causó el horrible castigo de Manjur, que en vano procuró hacerse amar de Xahferinda por todos los medios imaginables.

—Y dime—preguntó Zezyd-el-Ferhi—: puesto que Kinsul-Amina, después de haber sido mía se ha convertido en estatua de ébano, ¿debe haberme amado?

—¿Y quién lo duda? te ha adorado; ha sentido por ti toda la ardiente felicidad del amor, por la virtud mágica de las joyas que la adornan: quítala esas joyas, Zezyd, y guárdalas, guárdalas para que cuando dentro de nueve lunas roes á Kairah, sobrina de Kinsul-Amina, te ame y se convierta á su vez en estatua.

—¿Y por qué no he de robar antes de nueve lunas á Kairah?

—Porque faltan nueve lunas para que Kairah cumpla sus quince años.

—Me aburriré de fastidio, me desesperaré, se me hará insoportable una vida sin amor.

—Ama, en tanto que puedas amar á Kinsul-Amina.

—¿Una estatua fría, muda inmóvil?

—Kinsul-Amina no ha muerto, está encantada, y nada más: mañana amanecerá en su lecho, fría é inmóvil, y la enterrarán; pero, á pesar de esto, no morirá Kinsul-Amina: de ella tendrás un valiente hijo negro como la noche; feroz como una pantera de Java, que aparecerá sobre la tumba de su madre, y que, pasadas dos veces nueve lunas, te se presentará fuerte y terrible.

—¿Fuerte y terrible un niño de dos años?

—Para él cada luna será como un año para cualquiera otro hombre. Escucha lo que harás, porque yo voy á despedirme de ti, y no volveré

á verte hasta que hayas terminado tu vida: pasadas nueve lunas montarás en tu caballo y te dejarás conducir por él: él te llevará á una alquería de la montaña, en la que encontrarás á Kairah, y la traerás á esta torre, donde la pondrás las joyas que has puesto á Kinsul-Amina: por su virtud, será tuya, te amará, y se convertirá entre tus brazos en estatua de ébano, como Kinsul-Amina. Para robar á Kairah, como para robar á sus otras cinco primas, á las que buscarás de nueve en nueve lunas, lleva contigo esas joyas que te harán invencible: nueve lunas después de haber sido encantada Zenna, la menor de las nietas de Manjur-el-Kelebi, te se presentarán tus siete hijos á caballo y armados: vete á correr con ellos las tierras de los cristianos: tala, incendia, saquea, mata, y tráete los tesoros que á los cristianos quitares, á esta torre: con esos tesoros construirás en las profundas cavernas que bajo esta torre existen un hermoso alcázar, y en medio de él fabricarás una sala redonda con siete intercolumnios, en cada uno de los cuales colocarás una de las siete estatuas: junto á esta estatua pondrás una ánfora y la llenarás de oro, y en la ánfora de la última de Zenna, colocarás los carbunclos mágicos que yo te he dado: ellos defenderán la torre, ellos harán que el terror ahuyente á los que á esta torre se acercaren.

—Y para qué he de construir ese alcázar?—dijo Zezyd-el-Ferhi.

—Para que tengan una morada digna las siete damas encantadas.

—¿Y para qué he de poner junto á cada una de ellas una ánfora llena de oro?

—Porque está escrito que ese sea el dote de una mujer que nacerá del espíritu de las siete damas encantadas, que morirán, cuando la octava dama, que por su grande hermosura se llamará Lindaraja, haya nacido.

—Y esa dama ¿será tan hermosa como aquellas de cuyo espíritu se haya formado?

—Tendrá con creces la hermosura y la pureza de todas ellas, y la altivez de Xahferinda.

—Y ese hermosísima dama, ¿será mía? ¿no será encantada como sus madres?

—Cuando esa dama fuere formada, tú habrás muerto.

—¡Oh! no construiré el alcázar, no haré nada de lo que me dices: preferiré ir á buscar á Kairah, pedirla por esposa á su padre y unirme á ella.

—Kairah no te amará hasta que hayas puesto

sobre ella mis joyas mágicas; y cuando esto sucediere, será encantada.

—¡Oh! me volveré á Dios, que tiene más poder que tú, Satanás.

—Eres mi esclavo, me has dado tu sangre—

dijo Satanás soltando una horrisona carcajada que hizo retemblar la tierra—: lo que está escrito se cumplirá.

Y después de estas palabras, Satanás desapareció.

FIN DEL TOMO TERCERO

Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet

Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la

magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días**, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados (1270-1492).

Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).

Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).

Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).

Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).

Leyendas de la Alhambra.

LEYENDA SÉPTIMA

El mirador de Lindaraja.

(Continuación)

CLV

Yezyd-el-Ferhí quedó en la torre, sujeto, sin saberlo, á un encanto.

Le atraía de una manera irresistible la negra, inmóvil y fría hermosura de Kinsul-Amina.

Sufría de una manera horrible. Al quitar el collar á Kinsul-Amina, se le había puesto impreviamente, y se abrasaba de amor: no podía separarse de la estatua, ni dormía, ni comía, ni bebía. No necesitaba nada de esto, porque como Kinsul-Amina, estaba encantado.

CLVI

Y sucedió como Satanás había dicho sucedería.

Manjur-el-Kelebi y sus hijos y sus nietos y sus nietas, que habían acudido á la alquería, encontraron ese asombro á Kinsul-Amina negra como una etope y muerta, en la apariencia.

La enterraron, y se entregaron al dolor.

Manjur veía un efecto de la maldición de Dios, por sus pasados crímenes, en el terrible prodigio que había acontecido con Kinsul-Amina.

CLVII

Pasaron nueve lunas.

Kairah fué robada como Kinsul-Amina, y en la tumba de ésta apareció un niño negro, recién nacido, completamente semejante á su madre.

Por la mañana apareció en su lecho, negra y

muerta, Kairah, que fué enterrada junto á Kinsul-Amina.

Nueve lunas después fué robada Zobeidah.

Y apareció otro niño sobre la tumba de Kairah.

Y esto mismo sucedió respecto á Aleidah, Alifa, Leila y Zenna, hasta que no quedó ni una sola de las nietas de Manjur-el-Kelebi.

CLVIII

Nueve lunas después, siete mancebos gigantes, formidables, jinetes en caballos negros como la noche, se presentaron completamente armados, llevando un estandarte rojo, á Yezyd-el-Ferhí, á quien saludaron llamándole padre.

Yezyd-el-Ferhí, arrastrado por su destino, se lanzó con ellos sobre las tierras de los cristianos, mató innumerables de ellos, se volvió á su torre cargado de un riquísimo tesoro, en dinero y alhajas, y durante nueve lunas se ocupó en la construcción del alcázar subterráneo.

A las nueve lunas volvió á la frontera cristiana, tornó con otro tesoro, y continuó la construcción del alcázar.

Durante otras nueve lunas, pasadas las cuales hizo otra correría y volvió con otro tesoro, y cuando hubieron pasado siete veces nueve lunas desde que sus hijos se presentaron á Yezyd-el-Ferhí, estuvo construido el alcázar, y la sala redonda con los siete intercolumnios, y colocada en cada uno de los intercolumnios una de las damas encantadas.

CLIX

Después de esto, Yezyd-el-Ferhí se encontró fuera de la torre, cabalgando en el caballo mágico, rodeado de sus siete hijos negros, y él y

ellos se lanzaron á la montaña donde estaban la alquería de Manjur-el-Kelebí-ben-Salema y las de sus seis hijos y las de sus treinta y seis nietos con sus familias y sus esclavos y sus ganados.

Y las alquerías fueron incendiadas.

Y Manjur-el-Kelebí-ben-Salema y toda su descendencia, degollada por los siete feroces negros.

Y así quiso Dios castigar las maldades del bandido Manjur-el-Kelebí.

Y cuando esta obra de exterminio y de justicia hubo sido hecha, Yezyd-el-Ferhí se encontró en la sala redonda donde estaban encantadas la hija y las seis nietas de Manjur-el-Kelebí.

CLX

La sala resplandecía como si hubiera sido fabricada con piedras preciosas; la inundaba una luz radiante como la que hubieran podido producir cien soles.

Yezyd-el-Ferhí sintió que su sangre empezaba á helársele. Sintió sobre sí el estruendo de las negras alas del arcángel Az-raël, y quiso invocar el nombre de Allah.

Pero era un réprobo, y en su corazón no había fe.

El poderoso Allah no podía oírle.

Yezyd-el-Ferhí, mientras agonizaba, vió que las siete estatuas negras se levantaban y extendían hacia él los brazos, como maldiciéndole.

Luego vió que del seno de cada una de las estatuas se exhalaba una ligera y transparente nubecilla que se elevaba hacia la cúpula, en la cual las siete nubes se unieron en una nube mayor que descendió hasta tocar el pavimento; se condensó, fué tomando forma, y apareció una doncella como de quince años, más hermosa que lo habían sido las siete damas encantadas, blanca como el alba, con los ojos azules como el cielo de una tranquila noche de primavera, con los cabellos dorados como el oro virgen, y con la boca purpúrea como una entreabierta granada.

Aquella doncella era Lindaraja.

Al aparecer, las siete damas se dejaron caer, y se apoyaron sobre sus ánforas, inclinando las cabezas.

Habían muerto

Dios había tenido misericordia de ellas, y había terminado con la muerte sus sufrimientos.

CLXI

Yezyd-el-Ferhí creyó por un momento que dominaba su agonía; se sintió fuerte, joven, ardiente, y adelantó hacia Lindaraja.

Pero antes de tocarla cayó sin vida, como el toro á quien hiere en la cerviz el carnicero.

Tembló el alcázar subterráneo, se rasgó, tragando á Yezyd-el-Ferhí, y cuando éste hubo desaparecido, volvió á cerrarse.

Sólo quedó en el centro de la deslumbrante sala, en la cual estaba fija la mirada inmóvil de las siete desventuradas, una ramita de sándalo y marfil, con preciosas labores de oro y plata, y en la cuna una hermosísima niña recién nacida.

Aquella niña era Lindaraja.

La doncella que había visto Yezyd-el-Ferhí no había sido otra cosa que lo que debía ser, corriendo el tiempo, Lindaraja.

CLXII

Y cuatro buenas hadas, cuando esto hubo acontecido, descendieron del quinto cielo al alcázar subterráneo.

Alzaron la cuna en que estaba Lindaraja, se elevaron con ella, y atravesando el espacio fueron á caer con la niña en el castillo de Al-Kassen, donde velaba, entregado á sombríos pensamientos, el formidable Mahomad-Juzef-ben-Rassen, xequé y señor de la tribu de los Beni-Kassen.

Dios enviaba con Lindaraja un tremendo castigo á Mohamad-Juzef, que había sido duro de corazón y sanguinario, y tenía sobre su conciencia un mar de sangre.

CLXIII

—Conque, en fin—dijo con una inmensa alegría Ayesa-Abu-al-Kassen, ¿tú no eres mi hermana, Lindaraja?

—Déjame continuar—respondió Lindaraja—; aún no he concluído mi relato.

CLXIV

Lindaraja continuó:

—El astrólogo de la mezquita de Al-Meschid, de Damasco—continuó diciendo al infante Mohammed-ben-Ismail:

—Era una horrible noche de tormenta.

Mahomad-Juzef-ben-Kassen se revolvía sin poder alcanzar el sueño, sobre su revuelto lecho de pieles de leones negros.

Su lámpara se había apagado.

Sólo se iluminaba de tiempo en tiempo la estancia, por la deslumbrante y lívida luz de los relámpagos que penetraban por el ajimez, que Mahomad-Juzef había dejado abierto, porque hacía un calor sofocante.

De improviso sintió un ligero ruido sobre su cabeza, como si algo hubiese penetrado blandamente á través de la bóveda.

La estancia se iluminó con una luz diáfana, y en medio de ella vió Mahomad-Juzef las cuatro hadas inmortales que dejaron sobre el pavimento la cuna en que dormía Lindaraja.

Una de ellas, Keldubruur, la hada del porvenir, se acercó á Mahomad-Juzef, y le dijo:

—El Santo, Misericordioso y Grande Allah, el Altísimo y Unico, que ha visto tus iniquidades, te confía esta niña, que será tu martirio sobre la tierra, la purificación de tu alma, ó su condenación.

Oye ahora cómo ha venido á la luz esta niña, porque así lo ha querido Allah; sin padre, con siete madres, ó más bien, formada con los espíritus de siete jóvenes desventuradas, sobre las que ha caído la maldición de su raza.

Y Keldubruur contó la historia del nacimiento de Lindaraja á Mahomad-Juzef.

Cuando hubo acabado la historia, añadió:

—Tú amarás á Lindaraja, y tu alma se abrazará en su amor. Si sufres en silencio ese amor, si apuras su agonía, si respetas la pureza de Lindaraja, Dios te habrá perdonado; pero ¡ay de ti si extiendes tus manos hacia ella, si fijas una mirada impura en su belleza! tu alma se habrá perdido en las tinieblas eternas.

Y Keldubruur desapareció, y con ella las otras tres hadas, y la luz dulce y diáfana que de los ojos de tierna hermosura de las hadas emanaba.

CLXV

Y Mahomad-Juzef creyó que había logrado dormir, que había soñado, y que la fuerza del sueño le había despertado.

Se encontraba envuelto en tinieblas.

Pero de improviso, y cerca de sí, oyó el llanto de un niño recién nacido, y á la luz de un relámpago vió la cuna, y en ella á Lindaraja que extendía hacia él sus pequeños brazos.

Mahomad se levantó, tomó la niña, la envolvió en su alquicel, salió de su estancia, llegó al harem, y entregó secretamente la niña á una de las nodrizas para que la amamantasen, la llevó á una habitación apartada, y la encargó guardarse profundamente el secreto, si no quería perder la cabeza.

CLXVI

Pasaron nueve años sin que nadie más que el anciano faquí de la tribu y la anciana nodriza conociesen la existencia de Lindaraja.

A los nueve años, Lindaraja era tan hermosa como sus madres, reunidos los encantos de cuerpo y de alma de todas ellas.

Mahomad Juzef amó con adoración á Lindaraja.

Pero se acordaba del pronóstico de la hada Keldubruk, comprimía su amor hacia Lindaraja, y para aplacar la cólera del Señor se entregaba a buenas obras, y era tan excelente y tan humano, como había sido malvado y cruel.

Pero un poder irresistible le obligaba á volver á ver á Lindaraja, y cada vez que la veía, enloquecía más por su hermosura.

CLXVII

Pasaron así cuatro años.

Mahomad-Juzef, apartándose aterrado de Lindaraja porque enloquecía volviendo á verla, y envenándose más y más el alma y sufriendo un martirio horrible, hasta que al fin enloqueció del todo, se volvió rebelde contra Dios, miró de una manera impura á Lindaraja, tendió hacia ella los brazos, y murió.

Los suyos encontraron su cadáver en su estancia, sobre su lecho de pieles de león.

CLXVIII

Ayesa-Abu-al-Kassen, hijo de Mahomad-Juzef, que es un hermoso mançebo, adora á Lindaraja, duda de si es ó no su hermana, lucha consi-

go mismo, y está á punto de sacrificar á su loca pasión á la virgen más hermosa que ha producido la voluntad de Dios.

CLXIX

Calló el astrólogo, y el infante Yuzuf-ben Ismail, maravillado por aquella larga historia de prodigios, no habló por algún tiempo, á pesar de que el astrólogo había concluído su relato.

CLXX

La obscuridad se había hecho más densa; el rayo azul que, emanando de un lucero, penetraba por la abertura del techo y se apoyaba en la frente del astrólogo, se había hecho más azul y más luminoso, inundando con una luz espantosa el negro semblante del mago, que resaltaba sobre las tinieblas, y fijaba en el infante una mirada ansiosa.

CLXXI

—¿Quién te ha referido esa historia?—dijo al fin el infante.

—El genio de los sueños voluptuosos, Kossah, el malintencionado, el maligno—contestó el astrólogo.

—¡Ah! ¿conque todo esto se reduce á un sueño tuyo?—dijo Sydi Yuzuf—: me has visto triste y has querido distraerme sin duda contándome un cuento de hadas, de genios, de diablos, de maldiciones y de encantamientos; te lo agradezco: pero ya es tarde: toma tu recompensa, y concédeme al pie de la torre.

Y Sydi Yuzuf arrojó algunas monedas de oro á los pies del astrólogo.

—Lindaraja existe—dijo éste con acento sombrío—; existe, y te ama ya, sin conocerte: por un vago sueño de virgen está enamorada de un hombre que vive dentro de su alma, á quien espera, por quien llora, con quien sueña, y ese hombre eres tú, infante desterrado de Granada, que, al perder tu madre, has encontrado el amor de un arcángel.

—¿Y cómo sabes tu eso, si no me conocías?

—Cuando Kossah el malévolo me contó la his-

toria de Lindaraja, quise verla, conjuré su imagen, y la vi.

—Y cómo la conjuraste para verla tú, ¿no la puedes conjurar para que yo la vea?—dijo el infante Sydi Yuzuf.

CLXXII

El mago no contestó al infante, sino que murmuró en voz ronca palabras para el infante ininteligibles: su semblante, iluminado por el rayo azul, estaba espantoso, ardía en sus ojos un fuego terrible, salía de su boca una espuma sanguiinolenta, temblaba, y tenía el horroroso aspecto de un cadáver vuelto por un momento á la vida.

Cuando el astrólogo acabó su conjuro, en medio de las tinieblas, á sus espaldas, apareció Lindaraja, iluminada por una luz que no sabía de dónde provenía, destacándose sobre el fondo de la densa obscuridad.

CLXXIII

El infante Sydi Yuzuf lo olvidó todo ante la aparición de Lindaraja.

Su madre, el dolor de su pérdida, la historia que el astrólogo acababa de contarle; para él no existía otra cosa que Lindaraja.

Hasta de aquel de quien ningún hombre debe olvidarse, se olvidó: de Dios.

Y no tuvo ni corazón, ni pensamiento, ni deseo, ni amor más que para Lindaraja.

Su aparición le atraía de una manera irresistible.

Se levantó en cuanío la vió, y pretendió acercarse á ella.

La aparición se retiró, y el infante, siguiéndola, tocó al muro de la estancia.

Lindaraja continuaba inmóvil, muda delante de él, inundándolo con la dulce, amante, y al par pudorosa mirada de sus grandes ojos azules.

Sus cabellos de oro y su transparente túnica blanca flotaban dulcemente al impulso de un viento que no se sentía.

Por el contrario, en la torre se aspiraba una calma horrible y un calor sofocante.

CLXXIV

Pasó algún tiempo, y la sombra de Lindaraja se hundió en las tinieblas, como una luz que se apaga.

El infante Sydi Yuzuf se volvió desesperado al astrólogo.

—Quiero verla, quiero sentirla, oír su voz, aspirar su aliento: llévame adonde esa mujer esté.

—Sígueme—le dijo el mago.

Y salió de la estancia circular, entrando en las estrechas y obscuras rampas, por las que se descendía de la torre.

CLXXV

Llegaron al patio de la mezquita, en el cual se levantaban algunas palmeras como gigantescas sombras en medio de la obscuridad.

Se oía entre el silencio el silbar de una lechuzca, y el monótono murmullo de la fuente del patio de la mezquita.

El astrólogo se encaminó á la puerta del patio, llamó á su guarda que dormía junto á ella, y le mandó que le abriese.

La puerta se abrió, y el astrólogo y Sydi Yuzuf salieron á la plaza del Mercado, que estaba desierta, obscura y silenciosa.

CLXXVI

En medio de ella, cerca del bazar donde se vendían las esclavas, el astrólogo se detuvo, describió con su varita negra un círculo en el aire sobre su cabeza y sobre la del infante, y otro círculo en la tierra, en torno de los dos, y pronunció un conjuro.

Oyóse instantáneamente un ruido semejante al que produce el huracán cuando bate en medio de la tormenta sus potentes alas, y un magnífico caballo negro, cuyos ojos relucían como grandes carbunclos, y de cuyas narices salía humo inflamado, cayó, y se detuvo junto al astrólogo y el infante.

Olfateó á éste, arrojándole sobre la cara su abrasador aliento, y lanzó un relincho de alegría.

—Este es el caballo mágico que Satanás dió á Yezyd-el-Ferhí—dijo el astrólogo—: cabalga en él: él te llevará con la rapidez del rayo adonde desees; mientras te encuentres á dos tiros de arco de él, serás invencible y podrás hacer cuanto quieras; pero si te separares de él á más distancia que la de dos tiros de arco, el caballo desaparecerá, y será necesario un nuevo conjuro para que vuelva junto á ti.

CLXXVII

El infante cabalgó en el caballo, y como la única idea que tenía era Lindaraja, como ella era su único deseo, en cuanto se encontró sobre el bruto se sintió lanzado en el espacio, arrastrado por la velocidad del rayo, y sin mediar ni aun la duración de un instante, en la comarca de Daren, junto á la puerta del castillo de Al-Kassen.

CLXXVIII

La tormenta tronaba en el espacio: el relámpago encendía momentáneamente las tinieblas, y un buho, blanco por viejo, revolaba sobre la torre principal del castillo, lanzando carcajadas semejantes á las de un loco.

El infante Sydi Yuzuf llamó con una bocina que encontró en el arzón del caballo, y que como él, mágica, produjo un sonido abrumador, despertándole, Ayesa-abu-Kassen.

CLXXIX

—Es cierto—dijo Ayesa—; pero yo, hermana mía, adorada mía, no vi nada mágico al dar hospitalidad al infante Sydi Yuzuf; sólo vi un caballero sobre un caballo que no tenía los ojos ardientes, ni arrojaba humo por las narices: era un hermoso caballo de Persia, negro como las tinieblas, y nada más.

—El caballo, al presentarte tú á Sydi Yuzuf, había perdido todo su aspecto sobrenatural; pero no su poder mágico: diste hospitalidad al infante conduciéndole á una de las más hermosas estancias del castillo; mandaste llevar el caballo á las caballerizas, deseaste muy buena noche á Sydi Yuzuf, y te volviste á tu aposento.

CLXXX

Pero como el infante estaba cerca del caballo mágico, por la virtud de éste, y porque el único deseo de Sydi Yuzuf era conocerme, hablarme, decirme su amor, pedirme su felicidad, en cuanto le hubiste dejado solo, el infante se encaminó á mí, las puertas se abrieron delante de él por sí mismas hasta la del harem, pasó por entre sus

guardas sin despertarlos, y se encontró delante de mí.

Yo le esperaba: yo le había visto cuando me aparecí á él en Damasco: yo le recibí como la amante enamorada espera á su prometido.

—¡Y fuiste suya!—exclamó con una celosa rabia Ayesa-abu-Kassen.

—No; el amor que por mí sentía y siente el infante Sydi Yuzuf, es tan puro como el que yo siento por él: la impureza mataría nuestro amor: nuestras almas se confunden en una: nuestro amor se alimenta de sí mismo, y encuentra en sí mismo una felicidad desconocida: es necesario, además, que mi destino se cumpla: yo llevaré mi pureza á un rey que me amará y morirá por mí.

—¿Y quién es ese rey?—preguntó Ayesa-abu-Kassen.

—Un rey magnánimo, justo, poderoso y sabio, cuyo nombre ignoro.

—Yo mataré á ese rey—dijo con un furor concentrado Abu Kassen—; pero aún falta mucho de tu historia, hermana mía, porque desde la noche en que desapareciste de mi castillo de Al-Kassen hasta ahora, han pasado siete años.

—Voy á continuar—dijo Lindaraja.

Y continuó de esta manera:

—Desde el momento en que nos vimos Sydi Yuzuf y yo, fuimos el uno para el otro, como si nos hubiésemos conocido siempre, como si siempre nos hubiésemos amado; él me refirió toda la larga historia que te he referido: yo le revelé lo que las hadas me habían revelado; esto es, que mis amores serían puros, que perdería de una manera funesta al amado de mi alma, y sería la amante desdichada de un gran rey, que perecería por mí.

Díjele, además, que yo lo temía todo de tu amor impetuoso, y que ansiaba verme fuera del castillo de Al-Kassen.

Como mi deseo era el deseo de Yuzuf, deseo lo que yo deseaba, é instantáneamente nos encontramos fuera del castillo, sobre el caballo mágico que nos conducía á través de las escabrosas montañas del Atlas.

CLXXXI

De improviso, el caballo se detuvo, tembló, lanzó un relincho de dolor, y desapareció, dejándonos á pie y solos en medio de las escabrosidades del Atlas.

Era una noche de tormenta.

Los relámpagos rasgaban el espacio, desvaneciéndose por un momento las sombras.

El agua caía á torrentes.

Estábamos sobre unas horribles rocas por las cuales no encontrábamos camino.

De improviso, jinete en el mismo caballo que nos había abandonado, apareció un horrible viejo negro, que vimos á la luz de un relámpago.

El infante Sydi Yuzuf lanzó un grito de alegría.

—¡Ah!—exclamó—, es mi amigo el astrólogo de la torre de la mezquita de Meruan, en Damasco: ¡sálvanos, an igo mío!

—¡Ah!—dijo el astrologo—; salvaré á Lindaraja; pero tú te quedarás aquí en estas asperezas bajo la tormenta, mientras yo me llevo conmigo á la doncella de las trenzas de oro; ¡ah! yo no podía arrebatarla del castillo de Al-Kassen, porque mientras ella no amase, la protegían las hadas; tú eras el hombre á quien Lindaraja debía amar, te ha visto, te ha amado, te ha seguido, y ya no la protegen las hadas; Lindaraja es mía, porque mi poder es superior á tu fuerza.

Y saltó del caballo y se acercó á mí para ponerme sobre el arzón.

Entonces Sydi Yuzuf, ciego de cólera, tiró de su yatagan, se arrojó sobre el astrólogo, y le hirió de muerte.

El astrólogo, al expirar, murmuró un terrible conjuro.

Yo sentí un desvanecimiento insoportable, un frío agudo, y no me acuerdo de más.

No sé dónde he estado, ni lo que ha pasado por mí, hasta que he vuelto á despertar y me he encontrado junto á ti con estas deslumbrantes y ricas joyas que me abrasan de amor.

—¡De amor por mí!—exclamó Ayesa-abu-Kassen.

—No, de amor por el infante Sydi Yuzuf que me busca.

—¡Mataré á ese hombre!—exclamó frenético Ayesa, y tú serás mía.

Y se lanzó sobre Lindaraja.

Pero no pudo llegar á ella.

Parecía como que se lo impedía un transparente muro de diamante.

—¡Ah! te protegen las joyas mágicas dadas por Satanás al infame Yezyd-el-Ferhí; quiero acercarme á ti, y no puedo; en vano pretendo detenerte; las puertas se abren delante de ti; te

alejás, desapareces; ¡oh mi alma! ¡mi alma!
¡Eblis, ayúdame y soy tuyo!

CLXXXII

Lindaraja se había apartado de Ayesa-abu-Kassen.

Las puertas se habían abierto delante de ella; había salido de la torre, Abu-Kassen la había seguido; pero Lindaraja había avanzado rápidamente, y su blanca figura se había perdido entre las sombras de la noche, descendiendo hacia la estrecha garganta que se llama las Angosturas del Darro.

Ayesa-abu-Kassen siguió á la carrera la dirección que había tomado Lindaraja.

CLXXXIII

Impulsaba á ésta un poder superior.

Ligera como una pluma que el viento lleva, descendió por las vertientes, por los barrancos, por las cortaduras, hasta que llegó á los frondosos cármenes de los márgenes del río, y se detuvo entre una espesura de gentiles álamos negros que se alzaban junto á un remanso de la corriente.

La luna hacía brillar las aguas del remanso, y su reflejo esclarecía levemente la penumbra causada por el follaje de los álamos.

CLXXXIV

Al pie de uno de ellos, tendido sobre el césped, dormido, teniendo á su lado su arco y su aljaba, había un hermoso mancebo vestido de blanco.

Aquel mancebo era el objeto que había atraído á Lindaraja, porque aquel mancebo era el infante Yuzuf-aen-Ismael.

Lindaraja se arrodilló junto á él, y le besó en la frente.

Sydi Yuzuf despertó, y al ver junto á sí á Lindaraja, que iluminaba completamente la luna, exhaló un grito de alegría delirante.

—¡Ah, qué hermoso sueño!—exclamó—; quisiera Allah que no se desvaneciese, que fueses tú en cuerpo y alma la hermosa á quien busco enamorado.

—¡Ah, no! no soy la aparición de un sueño— exclamó la joven—; soy yo, Lindaraja, tu amante, tu amada, tu alma; pero ázate, ven, huyamos; un hombre terrible nos persigue; á mí me defiende de él un encanto, pero ignoro si el encanto que me protege te protegerá á ti también.

—¿Y qué hombre es ese que te persigue?

—El terrible Ayesa-abu-Kassen.

—¿El señor del Castillo de Al-Kassen, de donde yo te saqué hace seis años, la misma noche en que te perdí?

—Sí—contestó Lindaraja aterrada—, es bravo, fuerte, indomable, y si me encuentra contigo te matará.

—¿Es acaso su yatagan más fuerte que el mío, ó impenetrable su cuerpo como las escamas de un cocodrillo? ¿por qué hemos de huir de un hombre? Ven, hermosa mía, amada mía, alma de mi alma; sentémonos junto á estas transparentes aguas, á la luz de esta clara luna; hablemos; necesito saber lo que ha sido de ti, cómo has recobrado tu forma y tu blancura, y tus celestes ojos y tus dorados cabellos.

—Yo no me acuerdo de nada—contestó Lindaraja—; sobre mí cayó sombra de muerte la noche en que huíamos del castillo de Al-Kassen, cuando tú heriste á aquel horrible viejo negro, hasta esta noche en que he despertado en un hermoso alcázar, y me he visto delante de Ayesa-abu-Kassen, del cual me ha defendido y me ha permitido huir el poder mágico de estos hermosos carbunclos.

—¡Ah! ¿no has sabido lo que ha sido de ti durante siete años?

—No; para mí es como si no hubiera pasado un solo instante desde que me dormí entre las asperezas del Atlas, hasta que he despertado en esta tierra que no conozco: ¿qué tierra es esta, amado mío?

—La patria bendita de mi padre y de mis abuelos—dijo el infante Sydi Yuzuf—: la hermosa tierra de Granada.

—Y dime—preguntó Lindaraja recordando su horóscopo—; ¿es señor de esta tierra un rey justo, benéfico y sabio?

—Así llaman á Juzef-Abul-Hegiag, mi primo—contestó Sydi Yuzuf.

—¿Y si es tu primo ese rey, por qué no le buscas, por qué no te amparas de él? ¿eres tú culpable de que tu padre matara á su padre?

—Sentencia de traición pesa sobre mi familia—contestó tristemente Sydi Yuzuf—: mi madre.

ha muerto en el destierro: si yo me presentase al rey Juzef, me encerraría en una torre por lo que me quedase de vida: por eso, desde que he venido á la tierra de Granada á buscarte, ando oculto amparándome de los viejos parciales de mi padre: de día habito en una alquería de la montaña: las noches oscuras penetró en Granada, y voy á la casa de alguno de mis amigos: las noches claras vago por las alturas solitarias, desde donde se ve la Alhambra, porque en la Alhambra están sepultados los reyes Al-Galibes, mis abuelos: porque en la Alhambra existía el cuerpo de una mujer negra, el alma de mi Lindaraja.

—¡Mi alma en el cuerpo de una mujer negra! —exclamó Lindaraja.

—Escucha: cuando en aquella terrible noche maté yo al astrólogo de la mezquita de Meruan, que pretendía llevarte consigo, antes de expirar, el astrólogo pronunció un conjuro tal y tan terrible, que de blanca que eras como el alabastro, te convertiste en negra como el ébano: negros se tornaron tus azules ojos, negros tus rubios cabellos, roja como la sangre la túnica que te envolvía: todo esto lo vi á la luz de un relámpago: cuando el relámpago se apagó, tú te perdiste en la obscuridad, te busqué y no te hallé; te llamé y no me respondiste: entretanto, el caballo mágico, el caballo maldito en el que pretendí calzar para buscarte, asió por su túnica con los dientes el cadáver del astrólogo, y partió con él, produciendo al lanzarse un fragor semejante al de un formidable trueno que retumbó entre las rocas, se alejó, se extinguió.

CLXXXV

Yo me quedé perdido entre la tormenta, en las ásperas quebraduras del Atlas.

Amaneció por fin, y encontré un áspero sendero que seguía.

Al medio día llegué á un fondak y pregunté á su dueño si había visto pasar una doncella negra y hermosa.

—¿Te la han robado esta noche los beduinos, señor?—me preguntó el dueño del fondak.

—¿Por qué me preguntas si me la han robado?—le dije con el alma helada de espanto.

—Porque por aquí han pasado esta mañana—me contestó el del fondak—seis beduinos que

llevaban una hermosa doncella negra con vestiduras rojas.

—¿Y adónde iban esos beduinos—le pregunté.

—A la gran ciudad de Marruecos, corte del poderoso califa Abul-Hhassan, para vender en su bazar la doncella, por la que esperaban un gran precio.

—Si yo tuviese un buen caballo—dije al dueño del fondak—, ¿podría dar alcance á los beduinos?

—Si tú me compraras un caballo ruano que tengo en mi caballeriza y caminares bien, podrías llegar casi al mismo tiempo que ellos á Marruecos; pero mi caballo es de gran precio.

Yo llevaba conmigo mucho oro y ricas joyas; pagué bien el caballo, monté en él y tomé á gran prisa el camino de Marruecos, al que llegué en seis días, sin detenerme mas que el tiempo necesario para tomar un frugal alimento y para que descansase mi caballo.

CLXXXVI

En cuanto entré en la ciudad me encaminé al bazar de las esclavas.

Entre otras muchas, y más hermosas que todas, estabas tú.

Me acerqué á ti, y no me conociste.

Yo sólo pude reconocerte por la mirada de tus ojos y por la voz de mi corazón, que me decía que tú eras Lindaraja.

Busqué al kaid del bazar, que era un anciano venerable, y le supliqué me dijese quiénes eran los dueños de aquella esclava negra.

—Míralos allí—me dijo—: son aquellos seis beduinos que conversan sentados bajo los arcos del atrio.

Di las gracias al anciano kaid y me fuí á buscar á los beduinos.

Entre tanto, los compradores de esclavas se agrupaban delante de ti admirando tu hermosura y temiendo pidieran por ti un gran precio.

—¿Queréis decirme—pregunté á los beduinos—con qué derecho habéis traído al bazar para venderla á esa doncella negra?

—La hemos comprado á su viejo padre—me respondió con audacia uno de los beduinos.

—Mientes tú—le dije—; esa doncella es mía; atravesaba con ella el Atlas, sobrevino la noche y la tormenta, y la perdí; lo perdido busca á su

dueño; dadme esa doncella y os haré un buen regalo.

—¿Y cómo sabremos si esa doncella es tuya?— dijo otro de los beduños.

Yo me aterré.

Había visto que, no reconociéndome tú, no podría alegar ningún derecho sobre ti.

—¿Cuánto queréis por esa doncella—les pregunté.

Por esa doncella queremos quinientos mitcales de oro; pero cuando se abra la venta pública á la hora de adohar, la doncella negra será del que más diere sobre los quinientos mitcales.

CLXXXVII

No me detuve ni un momento más.

La hora de adohar se acercaba.

Pregunté al anciano kaid dónde había un joyero rico que pudiera comprar alhajas de gran precio, y me indicó la tienda de uno, cerca del bazar.

Yo no tenía en dinero más que unos cien mitcales; pero llevaba mis sortijas, mis herretes y mi collar de diamantes que valían mucho más que los beduños pedían por ti.

Vendiendo con mucha ventaja para el joyero mil alhajas, recibí ochocientos mitcales de cuatro al marco, los puse en las alforjas de mi caballo, y me volví al bazar á tiempo que empezaba la venta pública y se hacía la puja para comprarla.

Un viejecillo encorvado y sucio que te miraba con ojos codiciosos, había ofrecido quinientos cinco mitcales.

Un mulato atlético, cubierto de joyas y galas, y que parecía riquísimo, ofreció quinientos veinte.

Yo ofrecí quinientos cincuenta.

—Seiscientos—dijo el mulato.

—Ochocientos—dije yo.

El mulato se retiró lleno de despecho, como se había retirado el viejecillo.

Los que quedaban eran curiosos que me miraban con asombro por la gran cantidad que había ofrecido por ti.

—Ochocientos mitcales de cuatro al marco dan por la hermosa doncella negra—dijo el anciano kaid del bazar; ¿quién da más?

Nadie respondió.

El kaid repitió dos veces su pregunta.

Todos callaron.

—A la una... á las dos... á las tres—dijo lentamente el kaid.

Sucedió el mismo silencio que las veces anteriores.

—La hermosa doncella negra es tuya—me dijo el kaid—; entrégame los ochocientos mitcales y llévatela en buen hora y con buena suerte.

En aquel momento, una voz altiva dijo á mis espaldas:

—Esa esclava es del poderoso é invencible sultán de Marruecos.

Y adelantó un mulato, llegó á ti y te tocó en un hombro con una varita negra.

Era el alcaide del harem del sultán.

Yo creí morir.

Era imposible salvarte.

—Alégrate—me dijo el kaid del bazar; es muy hermosa, pero también muy cara: con ochocientos mitcales se compran doscientas doncellas.

Yo salí del bazar desesperado.

CLXXXVIII

Me metí en una hospedería y estuve tres días encerrado en mi aposento, sin ver á nadie, enfermo, agonizando, como si todo hubiera acabado para mí en el mundo.

La muerte de mi madre no me causó tanto dolor como tu pérdida.

CLXXXIX

Al fin me dije: acercándome á ella, aunque no la vea, puede ser que mi dolor se calme, y quién sabe si entrando en la casa del sultán á su servicio tendré ocasión de robarla.

Esta esperanza me alentó y me volvió las fuerzas.

Salí de la hospedería, compré un rico traje de tela de oro y plata, digno de un infante de Granada, y vestido con este traje fui al alcázar del sultán, y diciendo mi nombre pedí hablarle.

Abul Hhassan me recibió inmediatamente.

—Por qué ventura tus hados prósperos te han traído á mi corte, infante Yuzuf—me dijo benévola-mente el sultán.

—Desterrado vivo de mi patria, sultán esclavizado; mi madre ha muerto en Damasco, y yo, por estar más cerca de la tierra bendita donde

he visto por primera vez el sol, he venido á tu reino, esperando encontrar en ti una generosa protección.

—El rey Abul-Walí-ben-Ismaíl era enemigo encubierto de mi poderoso padre el ínclito adalid de los creyentes Juzef-Abul-Hassan, me dijo el emir de Africa. Tu padre, por sus odios con él, practicó una acción grata á mi valiente padre: el rey Mahomad-ben-Ismaíl que ahora impera en Granada, y me hace recelar de su buena fe y alianza, y me ayuda poco contra los cristianos nuestros comunes enemigos: acaso no esté lejos el día en que á mí me convenga proclamarle en mi corte rey de Granada, y enviarte con un bravo ejército berebere á Jezira Alandalus, para que arrojes de su trono al rey Mahomad-ben-Ismaíl; pero hasta que llegue ese caso, es necesario que cambies de nombre, y que vivas en mi corte sin que nadie pueda sospechar que tú eres el infante de Granada Juzef-ben-Ismaíl: hoy me he visto obligado á cortar la cabeza al alcaide de mi guardia negra; ocupa tú su puesto: vive en mi alcázar, y llámate Aliathar.

Así pasó un año.

Vino una invasión de los almonades en España para ayudar en el sitio de Geb-al-Tarik al rey Mahomad-ben-Ismaíl de Granada.

Este irritó á los xeques que habfan mandado el ejército de Abul-Hhassan en el sitio, improperándoles con palabras duras y ofensivas, y estos, rencorosos y vengativos, como africanos, le esperaron en una quebradura del monte, y le mataron sin que le pudiera valer su guardia; porque el sendero era estrecho y tan áspero, que sólo podía ir un caballero tras otro caballero, y aún así con trabajo.

CXC

Entonces dije á Abul-Hhassan que aquella era la ocasión más oportuna de que yo fuese á Granada á conquistar el trono de mis abuelos.

—Espera—me dijo Abul-Hhassan—, á que yo vea con cuanta bravura y lealtad obra conmigo el nuevo rey Juzef-Abul-Hegiag.

Me vi obligado á quedarme en Marruecos; pero me quedé en él sin mi alma.

Desesperado Abul-Hhassan por tu desdén, que no podía vencer, y del que se quejaba conmigo en sus amistosas confianzas, ignorando que yo

te amaba, y aun que te conocía, te había enviado como un magnífico regalo al harem del rey de Granada Juzef-Abul-Hegiag.

Desde entonces han pasado seis años.

Abul-Hegiag disgustaba cada día más; al sultán de Marruecos.

Desgraciado Abul-Hegiag en todas sus empresas contra los cristianos, había acabado por pactar con ellos una tregua de diez años, y esto irritó de tal modo á Abul-Hegiag, que me dijo:

—Aborrezco como á mi mayor enemigo al rey de Granada, porque es amigo de los cristianos: ha llegado el momento de que vayas á tu patria: pero es prudente que primero vayas solo y encubierto: saliste niño de Granada, y no pueden conocerte; pero, por si te asemejares á tu padre, vive oculto, busca á los parciales de tu padre, prepara una insurrección en Granada en favor tuyo; y cuando todo esté prevenido, vuelve á Tánger, donde encontrarás mi ejército, con el cual pasarás las Angosturas, y podrás ser proclamado por tus amigos en Granada, cuando pongas tus plantas en Andalucía al frente de un ejército, y salga á tu encuentro para combatirte Juzef-Abul-Hegiag.

CXCI

Aún no hace una luna que he llegado á Granada, he tenido la fortuna de que los viejos parciales de mi padre me reconozcan por la semejanza que tengo con él, y por las cartas que el sultán de Marruecos me ha dado, y sobre todo esto, me anima la felicidad de haberte encontrado.

Mis amigos están dispuestos á la insurrección, un ejército me espera en Tánger, antes de que amanezca el día partiremos, y no pasará una luna hasta que yo entre con mis poderosas huestes en Andalucía, venza al rey Abul-Hegiag, y te coloque á mi lado sobre el trono de Granada.

CXCII

—¡Los muertos no reinan!—dijo una voz terrible, retumbando detrás de los jóvenes.

Se abrió la espesura, y un hombre terrible salió de entre ella.

La luz de la luna dejó ver el sombrío rostro de Ayesa-abu-Kassen.



Miró un momento á los dos jóvenes, y luego, rugiendo como un tigre irritado, se lanzó sobre el infante Sydi Yuzuf, le arrancó el yatagan y le hirió en la cabeza.

El infante cayó sin exhalar un solo grito.

Todo se había hecho en un instante.

Lindaraja, inmóvil, aterrada, muda por el dolor, miraba de una manera suprema al infante Yuzuf, que yacía muerto á sus pies.

Ayesa-abu-Kassen miraba de una manera sombría, espantosa, á Lindaraja; con la expresión de la fiera que aún no se ha saciado de sangre.

—¡Oh!—dijo—¡tú también!

Y descargó sobre ella el yatagan.

Pero las joyas mágicas protegfan á Lindaraja.

El yatagan rebotó como si hubiera encontrado un invisible escudo de acero redoblado.

CXCIII

Lindaraja era invulnerable: más aún: á medida que Ayesa-abu-Kassen se acercaba á ella, Lindaraja se apartaba de él con mas rapidez.

Ayesa-abu-Kassen, desesperado, arrojó lejos de sí el yatagan, que fué á caer junto al cadáver del infante Sydi Yuzuf.

CXCIV

Y corría trás Lindaraja, la llamaba, la suplicaba con toda la agonia de su alma.

Y Lindaraja huía abismándose en las oscuras penumbras, perdiéndose y volviendo á aparecer á lo lejos, apartando cada vez más del cadáver del infante Sydi Yuzuf á Ayesa-abu-Kassen.

Al fin, Lindaraja se perdió del todo.

Abu-Kassen, corriendo, llamándola á gritos, subió hacia arriba por entre las Angosturas, contra la corriente del río.

Ayesa se perdió también entre las obscuridades de las Angosturas.

Se oyeron por algún tiempo sus gritos, que al cabo se apagaron en la distancia.

La luna, pálida y triste, bañaba junto al remanso, con su luz siniestra, el cadáver del infante Sydi Yuzuf.

Reinaba un silencio profundo, que no turbaba ni el ruiseñor cantando entre los árboles, ni el grillo entonando su chillido monótono entre la

hierba, ni las linfas del humilde río al correr entre las piedras por su pendiente lecho.

Entonces fué cuando atraído á aquel sitio por la voluntad de Dios el rey Juzef-abul-Hegiag-ben-Ismaíl-al Galib, llegó junto al infante Sydi Yuzuf, y encontró á Lindaraja, á quien atraía su muerto amante, ó, más bien, el destino del rey Juzef.

Lo que estaba escrito se cumplía.

CXCV

Esta era la historia de Lindaraja, que durante siete años, por virtud de un encanto, había aparecido negra bajo el nombre de Sarul-Noema.

Aquellos siete años habían sido para ella como uno de esos letargos profundos, al despertar de los cuales nada recuerda el que lo ha sufrido.

Pero al entrar en la Alhambra Lindaraja, al penetrar con el rey en la magnífica cámara de los Divanes perteneciente al departamento de los baños, Lindaraja reconoció aquel aposento, lo recordó todo, me había sido esclava favorita de Juzef-Abul Hegiag, que le había amado, que había sido rival de la sultana Daimiel, que había tenido un hijo, que había querido envenenar á la sultana, que para esto sólo había salido con Babá de la Alhambra, en busca del hombre de Dios de la mezquita de Al-Bahul, en quien había encontrado al terrible Ayesa-abu-Kassen; al asesino del infante Sydi Yuzuf.

Recordó todo lo que la había acontecido durante los seis años de su encanto; pero como se recuerda un sueño, y como si ella hubiera sido otra persona.

Se sintió pura, inmaculada, como si Sarul-Noema no hubiese sido ella misma, sujeta al poder de un encanto.

Y á pesar de esto, amaba como las madres aman á sus hijos, al infame Juzef-el-Noseyr.

Y amaba al rey Juzef-Abul-Hegiag, como aman las madres al padre de sus hijos.

Cuando estuvo dentro de la Alhambra, el amor que había sentido por el infame Sydi Yuzuf fué tomando para ella el carácter vago de un sueño, y borrándose de sus recuerdos como se borran los sueños sombríos.

CXCVI

Pero Lindaraja no podía olvidar á Ayesa abu-Kassen.

Sabía que Ayesa si la encontraba, si sabía que estaba en poder del rey, la mataría, como había matado al infante Sydi Yuzuf.

Y Lindaraja no quería que el rey muriese.

Pensó encontrar un medio de salvar al rey refiriéndole su historia, haciéndole conocer al terrible Ayesa-Abu-Kassen.

Pero meditó que el rey no tenía poder bastante para herir la cabeza de un loco, venerado por el vulgo como hombre de Dios.

Lindaraja, pues, guardó su secreto, y sólo exigió del rey la mantuviese oculta sin que la viese ni una sola persona.

CXCVII

Lindaraja quería defender al rey con el misterio.

Pero como lo que está decretado por el destino no pueden controvertirlo las criaturas, el rey, sin saberlo, había desvanecido aquel misterio, exponiendo públicamente al desconocido infante Sydi Yuzuf para que le reconociesen, y preguntando por pregones de qué familia faltaba una doncella.

Ayesa-Abu-Kassen había visto el cadáver y había leído el pregón.

No podía, pues, dudar, que Lindaraja estaba en poder de Abul-Hegiag, ó que por lo menos éste sabía dónde estaba.

Ayesa se propuso descubrir el paradero de Lindaraja; pero sin cometer una sola imprudencia.

¿Qué importa esperar.

La venganza es muy paciente, y la venganza más sabrosa es la que se come fría; la que el tiempo no ha gastado.

CXCVIII

El día siguiente á la noche en que Abul-Hegiag encontró á Lindaraja, pudo hacer pregonar un premio para el que le dijese dónde se encontraba su favorita Sarul-Noema.

Babá, el esclavo del harem que había acompañado á Lindaraja, bajo el nombre y la forma de Sarul-Noema, á la mezquita de Al-Bahul en

busca del hombre de Dios, había esperado en vano á que Sarul-Noema volviese.

Apuntó el día, y el mueden de la mezquita llamó desde el alminar á los creyentes á la oración de azobhí.

Poco después se abrió la puerta del atrio, la de la mezquita, y Babá fué el primero que entró.

Hizo sus abluciones en la fuente del atrio, entró en la mezquita, se prosternó ante el Mirab (1), y oró fervorosamente á Dios porque hiciese aparecer á Sarul-Noema.

La mezquita se había ido llenando de gente.

Babá se levantó y atravesó por entre los que oraban para ir á la puerta del atrio, y ver si Sarul-Noema había vuelto, ó por lo menos el hombre de Dios.

Todos al verle pasar con su negro color, su ancho ropón rojo, su cadena dorada al cuello y su rico yatagan sujeto á su cintura por una faja de Persia, decían:

—Es un guarda del harem del rey; ¿habrá aquí alguna dama del harem? Nada tiene de extraño; la fama de santidad de la mezquita de Al-Bahul y lo milagroso de su hombre de Dios Ayesa-abu-Kassen, se extiende por todo el mundo. Sin duda esa dama ha perdido el amor del rey, y viene á pedirle al misericordioso Allah en nuestra santa mezquita.

Y los vecinos que se decían unos á otros estas palabras en voz baja, mientras el faquí en el Al-mimbar (2) rezaba en voz alta y grave para que la repitiesen los creyentes, las suras del Koran, las oraciones de la hora de alba, miraban con curiosidad al sitio destinado á las mujeres, por ver si á pesar de las envolturas de los haikes reconocían por su actitud y por su gallardía á la dama del harem del rey, que sin duda estaba en la mezquita.

Porque de no, ¿á qué había ido allí el guarda negro del harem?

Pero todos los haikes, todos los albornos, todos los velos de las mujeres que allí estaban eran de telas ordinarias.

Cuando hubo concluído la oración, los vecinos salieron de la mezquita, y todos miraban al pasar á Babá que estaba de pie, inmóvil, en la puerta del atrio con el semblante sombrío, y amenazador.

(1) Adoratorio.

(2) Púlpito.

—¿Qué hará ahí—se decían unos á otros los vecinos alejándose—ese esclavos del rey esperando con tal mal gesto?

Porque los moros, aunque delante de gentes extrañas no lo parecen, son los hombres más curiosos del mundo, y los que más importancia dan á la cosa más pequeña, á causa de su viva imaginación.

Y la presencia en la puerta de una mezquita de un guarda del harem del rey, no era ciertamente una cosa pequeña; porque todos sabían que un guarda del harem no salía jamás de él, sino acompañando á una dama.

Todos sabían que á la presencia del guarda del harem, que iba siempre muy delante de la litera en que la dama era conducida, debían ocultarse, para no ver ni aun la litera del harem, y que no bebían salir de nuevo hasta que hubiese transcurrido tiempo suficiente para que la litera hubiese pasado.

Un ostentoso eunuco del harem con sus magníficas vestiduras, precedía siempre á una dama del rey como el relámpago precede al rayo.

Si un musulmán hubiese permanecido en la vía pública despues de haber visto al eunuco del harem, y hubiese fijado, aunque desde lejos, una irreverente mirada en la litera, el eunuco se hubiera vuelto hacia él, desnudando su yatagan, y de un solo golpe hubiera cortado la cabeza al insensato que á tanto se hubiera atrevido; despues hubiera continuado tranquilamente su camino, dispuesto á hacer otro tanto con otro loco que se atreviese á semejante audacia.

Los vecinos, pues, sentían con mucha razón una gran curiosidad al ver á la puerta de la mezquita de Al-Bahul, esperando amenazador y sombrío, á un fornido y terrible eunuco del harem del rey Abul-Hegrag.

Pero ninguno de ellos al pasar junto al desesperado Babá se atrevió á mirarle frente á frente.

CXCIX

Salió el sol, y resonó de nuevo en la torre de la mezquita la voz del mueden, que llamaba á la oración de adohar.

Babá no pensaba ya; puede decirse que nada sentía ya más que un zumbido sordo en sus oídos; que no veía otra cosa que un torbellino de objetos informes que daba vueltas en torno de él.

Estaba aterrado; le parecía que no tenía cabeza, que se la había derribado de sobre los hombros uno de los esclavos del messuar (1).

Babá estaba aterrado.

No tenía una perfecta seguridad de que existía.

Los vecinos ortodoxos que no prescindían de hacer todas las oraciones en la mezquita, no estando enfermos, vieron al volver con asombro y con una creciente curiosidad, que aún estaba allí el eunuco del harem.

Esto causó en ellos una impresión semejante á la que produce el escándalo.

Porque todo lo que es extremadamente desusado, asombra, indigna ó escandaliza.

¿Se habría fugado la dama que debía haber satido del harem adjunta al eunuco?

El terror que se pintaba en el semblante de éste parecía indicarlo.

Y la fuga de una dama de su harem, causaba y causa entre los musulmanes un escándalo semejante al que causaría entre los cristianos la fuga de una monja de su convento.

CC

A la hora de la oración de adohar, los vecinos que volvieron á la mezquita tuvieron ocasión de sublimar su curiosidad hasta un grado infinito.

El desdichado Babá, tendido en el atrio, á la sombra de una gigantesca higuera, cargada de su negro fruto, aparecía con las vestiduras mojadas, inmóvil, muerto.

En su desesperación, viendo que el medio día había llegado y que no aparecían ni Sarul Noema ni Ayesa-Abu-Kassen, se había arrojado al aljibe de la mezquita, abierto en el muro de la izquierda del atrio, y cuando habían acudido á sacarle, estaba ahogado.

Junto á él había un kadí, un katit que escribía apresuradamente sentado en el suelo, y algunos vecinos que servían de testigos.

Cuando estuvo llena la formalidad legal, el kadí con el katib y los testigos, llevando el cadáver del Babá, se encaminaron á la Alhambra.

Babá era llevado en una especie de angarillas, y tan cubierto, que no podía deducirse

(1) Jefe de los verdugos, verdugo principal, y al mismo tiempo de la policía urbana de los mercados y del orden público.

que en aquellas angarillas se condujese un cadáver.

Podía muy bien ser aquello, por su apariencia, cualquiera otra cosa.

El kadí buscó al kaid del harem, Aben-Moab, y cuando se hubo encerrado con él y con las angarillas, quitó las mantas y la paja que ba o ellas se había puesto para disimular la forma del cadáver, y Babá, ahogado, quedó á la vista de Aben-Moab, que le reconoció con terror.

—¿Dónde has encontrado este esclavo, mi buen kadí?—le preguntó con voz poco segura.

—Unas mujeres de la vecindad de la mezquita de Al-Bahul que fueron á llenar sus cántaros al aljibe, vieron en su fondo á este desdichado (Dios haya tenido misericordia de él); han vuelto aterradas á sus casas, y los hombres de su familia han acudido, me han avisado, he ido yo con mi katit, he mandado sacar al esclavo, he hecho la información necesaria, que es esta, y he traído el cadáver procurando que se pueda creer que he traído otra cosa.

Aben-Moab lo comprendió todo; esto es, que Sarul-Noema se había fugado, y que Babá, temiendo un horrible castigo, había buscado la muerte en el aljibe.

—Has hecho bien, y has sido prudente, buen kadí—dijo Aben-Moab tomando la información y leyéndola.

Después añadió, haciendo desaparecer la información en su faja:

—Vete, y guarda acerca de esto un profundo secreto; encárgalo además á los que supieren esta desgracia; el asunto es tan grave, que puede costar muy bien la cabeza á los imprudentes.

El kadí salió temblando, y Aben-Moab se quedó aterrado junto al cadáver de Babá.

CCI

—Sarul-Noema es el alma del alma del rey—murmuró con voz trémula Aben-Moab—; si va á verla y no la encuentra, ¿qué le diré? Es verdad que el rey me ha mandado obedecer ciegamente á Sarul-Noema; pero yo he debido decirle: Sarul-Noema quiere salir de noche del harem y del alcázar; no lo hice por no disgustar al rey; porque no esperaba sucediese esto; ella amaba al rey. ¿Se la habrán arrebatado á Babá? No, no; Babá se hubiera dejado hacer pedazos; se ha fugado sin duda; sin duda ha engañado á

Babá; yo he debido acompañarla; á mí no me hubiera engañado; ¿qué va á ser de mí, justo y misericordioso Allah! Mi señor el noble rey Abul-Hegiag es humano y justo, pero idolatraba en Sarul-Noema; su pérdida puede volverle loco; un loco es capaz de todo.

Y Aben-Moab se llevó instintivamente la mano á su garganta.

—Puede ser—dijo alentando una débil esperanza, con el ansia de los desesperados Aben-Moab—que el rey no vaya á ver hoy á Sarul-Noema; aprovechemos el tiempo.

Y saliendo de la estancia y cerrando su puerta y guardando su llave, salió del alcázar y se fue á la mezquita de Al-Bahul, como punto de partida de sus investigaciones.

CCII

Iba á caballo.

Preguntó si habían visto á una dama acompañando al hombre de Dios de la mezquita de Al-Baul, y nadie le supo contestar.

Solamente le dijeron algunos viejos que habían seguido á Ayesa, ansiando ser tocado por él, para obtener la felicidad, que el hombre de Dios vivía en una solitaria torre en la montaña.

Aben-Moab se hizo guiar por uno de aquellos hombres, llegó á la torre y llamó á su puerta.

Nadie respondió.

La torre parecía abandonada.

Mandar forzar su puerta era inútil.

Nadie se hubiera atrevido á violar la morada del hombre Dios.

Aben-Moab recorrió las alquerías de la Montaña, preguntando siempre y sin obtener contestación.

Entró en algunos morabitos donde vivían en penitencia otros santones, y ninguno le dió noticia de su compañero Ayesa-abu-Kassen.

Pero se escandalizaron mucho de que se le buscase; se pusieron furiosos, y maldijeron á Aben-Moab.

Llegaba la noche, y Aben-Moab se encontró perdido y desesperado entre unas ásperas quebraduras.

CCIII

Al día siguiente, unos campesinos encontraron en un barranco, al pie de una altísima cor-

cadáver de Aben-Moab, junto á su caballo, muerto también.

CCIV

El rey supo aquel mismo día aquella funesta noticia.

Habían llevado á la Alhambra el cadáver de Aben-Moab.

El rey le estimaba mucho, y se entristeció.

Entre la faja de Aben-Moab se encontraron la información del kadí, y la llave del aposento donde había dejado Aben-Moab el cadáver de Babá.

El rey mandó inquirir la causa del ahogamiento de Babá y del despeñamiento de Aben-Moab, y entonces supo que Sarul-Noema había desaparecido del harem.

Los otros guardas que nada tenían que responder de este suceso, ni por qué temer la cólera del rey, declararon que la noche antes Sarul-Noema había salido con Babá, y que no habían vuelto.

Los guardas del postigo del muro de los jardines sobre el Darro, declararon que Aben-Moab les había mandado abrir el postigo para que saliese una dama, á quien acompañaba un guarda del harem.

Juzef-Abul-Hegiag dijo al alcaide del alcázar, á quien había encargado estas averiguaciones:

—Y bien, si no vuelve, que el Señor altísimo y misericordioso la proteja.

Y volvió las espaldas al alcaide.

Esta conformidad del rey consistía en que, obedeciendo su destino, lo había olvidado todo por Lindaraja.

CCV

Y el rey, obediente á la voluntad de Lindaraja, la guardaba envuelta en el más profundo misterio.

Nadie sabía que Lindaraja estaba en el alcázar: ni aun Daimar, el esclavo que más inmediatamente servía á Abul-Hegiag, y que gozaba de toda su confianza.

Abul-Hegiag tomaba todos los días la vianda de manos de Daimar, y se encerraba.

Daimar, ni aun pretendía adivinar por qué hacía el rey esto; porque su ciega fidelidad y su profundo respeto al rey no le permitían poner en él su pensamiento, sino para servirle hasta morir.

Cuando los otros esclavos inmediatos á Abul-Hegiag le preguntaban por qué comía el rey solo y encerrado, Daimar sólo les contestaba con una mirada feroz.

Entre tanto Abul-Hegiag servía por completo á Lindaraja, y pasaba embriagado en su amor la mayor parte del día, saliendo sólo por breve espacio para cumplir sus más imprescindibles obligaciones de la sala de los Divanes, donde dejaba encerrada á Lindaraja, guardándose la llave.

CCVI

La sultana Daimiel supo esto, y supo también que su enemiga, su aborrecida rival Sarul-Noema había desaparecido.

La sultana supuso, y creyó su suposición, que Abul-Hegiag había conocido su aborrecimiento celoso á Sarul-Noema, que había temido por ella, que había aparentado su desaparición, que la guardaba cuidadoso, y que en su recelo llevaba él mismo la comida á Sarul-Noema, para evitar que si ella adivinaba que Sarul-Noema existía escondida en el alcázar, pudiese envenenarla.

Y como el rey, que antes vacilaba entre el amor de Daimiel y de Sarul-Noema, ó, por mejor decir, las amaba á las dos, había dejado de ver completamente á la sultana, porque el amor de Lindaraja llenaba toda su alma, y no permitía en ella otro amor; la sultana, al verse abandonada, juró por Allah, por el Profeta, por los siete cielos y por los siete arcángeles, no cesar hasta encontrar un medio de destruir á Sarul-Noema.

Porque Daimiel creía, sin tener duda alguna, que lo que el rey guardaba con tanto cuidado era Sarul-Noema.

CCVII

Sobrevino un suceso que afirmó en esta creencia á la sultana Daimiel.

Lindaraja amaba con toda su alma al infante

Juzef-el-Nosseyr, al hijo que había tenido de Abul-Hegiag, bajo la forma de Sarul-Noema.

Un día, Lindaraja dijo al rey:

—¿Por qué no me haces ver á tus pequeños infantes? Yo amo mucho á los niños: son hermosos arcángeles pequeños: tráeme tus hijos para que yo los vea, amado mío: los pequeñuelos no rompen ningún secreto: yo amo á tus hijos, y quiero verlos.

CCVIII

Abul-Hegiag, que no tenía otra voluntad que la voluntad de Lindaraja, se apresuró á complacerla, y trajo á los infantes Ishak-ben Yuzuf y Otman-Ábu-Abdallah, y á la infanta Xairah, hijos de la sultana Daimiel, y al infante Juzef el-Nosseyr, hijo de Sarul-Noema, ó lo que es lo mismo, de Lindaraja cuando estuvo sujeta al encanto.

CCIX

Lindaraja se estremeció al ver al infante mulato, á su hijo, que apenas contaba cuatro años, y posaba en ella de una manera intensa la cándida mirada de sus grandes ojos negros.

Parecía como que el niño había reconocido á su madre.

Acaso para él no era Lindaraja blanca, rubia y de ojos azules, sino negra, como lo había sido bajo el nombre de Sarul Noema.

El infante mulato exhaló un grito de alegría, se arrojó al cuello de Lindaraja, y la besó y la acarició, jugando con los carbunclos mágicos de que nunca se desprendía Lindaraja.

Entretanto, los dos infantes y la infanta, hijos de la sultana Daimiel, se asían á las vestiduras del rey, y miraban con ese franco recelo de los niños á Lindaraja.

—El hijo de la esclava—dijo tristemente Lindaraja—, ama á la esclava: los hijos de la sultana la aborrecen; el alma de su madre vive en ellos.

—¡Ah, no!—se apresuró á decir Abul-Hegiag—; todo consiste en que el infante Juzef es más afable que sus hermanos.

—Porque la mala ventura—dijo con voz ardiente Lindaraja—ha señalado su frente de niño:

y los que han nacido con mala ventura son afables y cariñosos.

Abul-Hegiag recordó de una manera amarga á Sarul-Noema.

Sintió remordimiento por haberla abandonado.

—¿Vive la madre de este niño?—preguntó Lindaraja.

Abul-Hegiag, cogido de improviso por esta pregunta, vaciló, y mintió por la primera vez de su vida.

—Ha muerto—contestó tristemente.

—¿Y hace mucho tiempo que ha muerto esa desdichada, señor?—preguntó Lindaraja.

—El mismo día en que te conocí—respondió el rey.

—¿Y ha muerto también en tu corazón?

—Sí, porque desde que te conozco, mi único amor eres tú.

—Yo adopto este pobre niño—dijo Lindaraja estrechando contra su corazón á Juzef-el-Nosseyr—; las plantas nacientes necesitan el calor del sol y el rocío de la mañana; yo seré para tu hijo el sol y el rocío; no le vuelvas al harem, déjale conmigo, yo le amo.

Y sin hacer una sola caricia á los otros infantes, reclinó á Juzef-el-Nosseyr en su regazo, y le adormió, entonando uno de esos suaves cantos en que las madres exhalan toda su alma para sus hijos.

CCX

Abul-Hegiag sacó en silencio del apartamento donde ocultaba á Lindaraja á los infantes, los entregó á los guardas del harem, y se volvió junto á Lindaraja.

Juzef-el-Nosseyr se había dormido en su regazo.

—¿Y no tienes otros hijos?

—Sí—contestó Abul-Hegiag—; tengo otros tres de mi primera esposa la sultana Aixa, muerta hace quince años, el infante Mohamad-ben-Juzef-ben-Ismail-ben-Nazar, mi successor y partícipe en el mando, que ya cuenta veinte años; el infante Ismail-ben-Yuzuf-ben-Ismail-ben-Nazar, emir de mi caballería, y la sultana Haxima-Cubra, á quien he casado hace un año con mi primo el infante de Granada Abu-Abdallah: Ismail cuenta diez y ocho años, y Haxima Cubra, diez y seis.

—Veo nubes de sangre sobre mí, y sobre tu descendencia—exclamó tristemente Lindaraja—: tus hijos se harán la guerra: tu hija ayudará á la traición: tu reino será dividido en bandos: sobre tu tumba correrá caliente raudal de sangre, y los cristianos avanzarán sobre tu reino y estrecharán sus fronteras: ocúltame, Abul-Hegiag; guárdame como guardarías tu vida: porque el día en que se conozca que me tienes á tu lado y me amas, moriré yo con este desgraciado que duerme en mi regazo, y morirás tú, y con tu muerte empezará la desventura y la ruina.

—¡Oh! ¿quién eres tú, hada, huri ó arcángel, por cuya boca habla el destino?—exclamó poseído por un vago terror el rey.

—Yo soy un misterio; yo soy Lindaraja—contestó la joven—; yo te amo, yo soy tu destino.

Y en vano el rey suplicó.

Lindaraja guardó, como siempre que el rey la preguntaba, el misterio de su ser.

CCXI

Desde aquel día, el infante Juzef-el-Nosseyr permaneció encerrado y oculto con Lindaraja en las estancias de los baños del rey.

La sultana Daimiel creyó, sin tener ya duda alguna, que lo que el rey ocultaba en sus baños no era otra cosa que su favorita Sarul-Noema.

Sabía que el hijo de Sarul-Noema, que el infante Juzef-el-Nosseyr, había, como su padre, desaparecido del harem.

Corrompiendo, además, la fidelidad de algunos de los esclavos de la servidumbre inmediata de Abul-Hegiag, que éste había entrado en los baños con sus tres hijos menores y con el infante Juzef-el-Nosseyr.

Que sus tres hijos habían sido devueltos al harem; pero que el infante mulato no había vuelto á salir.

Esto formó en la sultana la creencia de que Sarul-Noema había sido ocultada por el rey.

Porque, ¿quién otra que Sarul-Noema, que su madre, podía tener interés en retener junto á sí al infante Juzef el Nosseyr?

¿Por qué ocultaba el rey á Sarul-Noema?

¿Había comprendido que su vida estaba en peligro?

La sultana Daimiel estaba completamente abandonada por el rey, que pasaba lunas enteras sin verla en sus magníficas habitaciones.

Rara vez Abul-Hegiag entraba en ellas, y aun así permanecía poco tiempo, y no tenía ni una palabra dulce, ni una mirada amante para la sultana Daimiel.

Esta sentía, con una rabia de momento en momento, la necesidad de exterminar á su enemiga Sarul-Noema.

CCXII

¿Pero, cómo?

Penetrar en el retiro donde Daimiel suponía oculta á Sarul-Noema, era imposible.

Daimar velaba junto á su puerta, y cuando le rendía el sueño, dormía atravesado delante de ella.

Era una locura pretender corromper al fidelísimo Daimar.

Daimar pertenecía en cuerpo y en alma al rey.

Era más fácil, comprando al cocinero del rey, envenenar la comida que el rey llevaba por sí mismo al lugar donde tenía escondida, según creía la sultana, á Sarul Noema.

Pero esto era también impracticable.

El rey comía aquellas viandas, y la sultana Daimiel amaba con toda su alma, y con la locura de los celos, á Abul-Hegiag.

CCXIII

La sultana, pues, sufría un infierno, y además estaba aterrada.

Nada podía contra Sarul Noema, y lo temía todo de ella.

Porque Sarul-Noema no le había disimulado su odio.

¿Llegaría un día en que Abul-Hegiag, completamente enloquecido por Sarul-Noema, cediendo á sus sugerencias, apartase de sí á su esposa, la enviase á un alcázar distante, y elevase al rango de sultana á su esclava favorita?

El alma de Daimiel estaba envenenada, poseída por Satanás.

CCXIV

Por aquel tiempo, el rey, que era espléndido y no cesaba en las hermosas construcciones, es-

taba terminando la de una magnífica cámara, que más adelante se llamó de las Dos Hermanas, frente á la que, por una desdicha, se llama hoy sala de los Abencerrajes, en el patio de los Leones.

El rey hablaba con suma frecuencia de la belleza de aquella cámara á Lindaraja, y la había mostrado el plano y los dibujos de ella.

—La he construído pensando en ti—la decía Abul Hégiag—; la he cubierto con una cúpula estrellada, donde la vista se pierde en lo peregrino de las labores, como mi alma se anega en la contemplación de tus perfecciones peregrinas, arcángel de mi amor: por todas partes en esa cámara, entre la preciosa ajaraca, se lee la palabra felicidad. ¡Oh cuánto más resplandeciente sería esa hermosa cámara si tú la habitases, luz de los astros!

Y tanto ponderó el rey aquella maravillosa estancia con sus pequeños y preciosos apartamentos adjuntos, que Lindaraja, que al cabo era mujer, se enamoró de ella, y ansió habitarla.

CCXV

Una mañana, al despertar, dijo sonriendo al rey:

—He tenido un hermoso sueño, amado mío.

—¿Y qué has soñado, alma de mi alma?—la preguntó Abul Hégiag.

—He visto tú cámara de la Felicidad—le contestó Lindaraja—; pero había en ella algo de que no me has hablado.

—¿Y qué había, luz del cielo?

—Había en el fondo de la cámara, más allá del arco del frente de su entrada, en el muro de una preciosa galería, otro arco maravilloso, y tras este arco un pequeño y hermosísimo mirador con las paredes ricamente labradas, con el techo de alerce calado, con un pequeño ajimez al pie de cada uno de sus muros, tocando con sus alfeizares el rico pavimento alicatado.

Y estos ajimeces cerrados con bellas celosías de sándalo, por las cuales se veía un deleitoso y fresco jardín, con una grande y bullidora fuente, cuyas aguas brillaban á la dulce luz de la luna.

Y á la derecha y á la izquierda de este jardín, las fuertes torres de tu alcázar.

Y al frente y al otro lado de un profundo valle, un monte cubierto de casas y jardines, y

sobre aquel monte, como una cresta, los rojos muros de tu ciudad.

Y sobre aquellos muros, otro monte mayor.

Y allá, á lo lejos, sierras perdidas entre la blanca neblina de la noche.

Y en el mirador había cojines de púrpura y oro.

Tu hijo, Juzef-el-Nosseyr, dormía en aquellos cojines á mi lado.

Tú reclinabas en mi regazo tu cabeza.

Yo, feliz y enamorada, tañía la guzla, y cantaba.

Por las celosías entraba la fresca aura de la noche, embalsamada por el perfume de las flores.

Un rayo de la luna, penetrando por los alizares (1) de la cúpula de tu sala de la Felicidad, caía delante del mirador, á través del arco de la sala, iluminándonos blandamente con su reflejo.

Un ruiseñor cantaba oculto en una de las acacias del jardín.

Y de tiempo en tiempo se oía el grito de vigilancia de los guardias de tu alcázar, que se repetía perdiéndose al fin en la distancia y en el silencio.

¡Oh qué hermoso y qué encantador era todo esto!

¡Qué fresca y qué aromática el aural!

¡Qué iárguida la luz de aquel rayo de la luna!

¡Cómo convidaba al reposo, al amor, al sueño, á la felicidad, la tranquilidad de la noche, el rumor de la fuente, el canto del ruiseñor, el murmullo de las espesuras del jardín, suavemente mecidas por el viento, la voz de tus guerreros vigilantes que se perdía sonora en la distancia!

¡Cuán feliz era yo!

¡Qué hermoso sueño!

Tenía á mi lado todo cuanto amaba.

Todo cuanto me rodeaba era hermoso, dulce, grande, encantador.

—¿Recuerdas bien tu sueño, amada mía?—dijo el rey.

—Sí—contestó Lindaraja.

—¿Y podrías señalarme sobre el plano de mi cámara de la Felicidad ese hermoso mirador que has visto en sueños, y hacerme conocer su forma?—dijo el rey.

—Sí—contestó Lindaraja.

(1) Pequeñas ventanas.

CCXVI

El rey buscó el plano de la que hoy se llama sala de las Dos Hermanas, lo extendió sobre una pequeña mesa, delante de Lindaraja, puso junto á ella un tintero de oro con una caña cortada, y Lindaraja marcó sobre la vitela del plano el espacio del mirador.

Luego en otra vitela, describió su arco, su esbelto y precioso arco.

Dibujó por último su interior, sus ajimeces, sus arcos sobrepuestos, la graciosa labor de los muros, la ataxia ó entrelazo de su calado techo de alerce, sus preciosas celosías de sándalo, la menuda labor del alicatado de su pavimento y de la estrecha faja inferior de los muros, inclusa la inscripción que en carácter neogri africano corre en torno del mirador, en la parte superior de esta faja.

Y todo lo diseñó Lindaraja como hoy se encuentra.

—¡O maravilla de las maravillas!—exclamó Abul-Hegiag—tú eres sabia, tú lo dominas todo; mi grande alarife Aben-Dalhy se va á asombrar cuando vea este diseño; este mirador llevará tu nombre, amada mía; yo pensaba: ¿qué falta á mi sala de la Felicidad que es tan hermosa y tan rica? La falta aire, la falta frescura. Y lo que la faltaba era tu rico mirador.

Este hermoso ojo abierto sobre mi Albaicin; esta boca purísima para aspirar el aura cargada con el aroma de los cármenes del Darro. ¡Ah! yo romperé el muro ciego de esta galería; yo haré que trahjen día y noche mis alarifes y mis esclavos; y antes de que haya transcurrido una luna, el mirador de Lindaraja será la joya más rica del maravilloso alcázar de los reyes Algalibes.

CCXVII

Y el rey cumplió su palabra.

Aben-Dalhy, el grande alarife, se puso las manos en la cabeza, y prorumpió en exclamaciones de asombro.

—Sabio eres, poderoso señor—dijo Aben-Dalhy—; tú encuentras en tu fantasía la belleza de las bellezas, la fijas con diestra mano en la vitela, y produces maravillas de la arquitectura; pero yo conozco tu mano, señor, y este portentoso

so diseño no es obra tuya; parece el sueño de una virgen enamorada; ¡oh, qué delicado y qué hermoso es este mirador!

—Es la obra de una hada, mi buen Aben-Dalhy—dijo sonriendo el rey—; le he encontrado junto á mí al despertar de un sueño delicioso.

—En verdad que sólo una hada pudiera crear tal maravilla—dijo el alarife mayor del rey. ¿Y cómo llamaremos á esta preciosa joya?

—Tú lo has dicho—contestó afablemente el rey—; la llamaremos Piedra Preciosa. (*Lindaraja.*)

—¡Oh! y en vano sería buscar nombre más adecuado—dijo Aben-Dalhy—; hemos encontrado lo que faltaba á la sala de la Felicidad; este mirador, en su fondo, es como un rico collar de rubíes en la blanca garganta de una virgen hermosa, un adorno inapreciable que realza su hermosura, que la da resplandores.

—Pues bien, Aben-Dalhy, manos á la obra; rompe el muro de la galería, haz que trabajen cuantos hombres sean necesarios; antes de una luna quiero ver desde el fondo de la cámara de los Leones (1) por el ajimez del mirador de Lindaraja mi barrio del Hajeriz y mi populoso Albaicin con su roja corona de muros torreados.

CCXVIII

Al día siguiente, una multitud de hombres trabajaban en la construcción del mirador.

Unos rompían el muro de la galería; ahondaban otros en el jardín los cimientos; más allá se preparaba esa argamasa que el tiempo ha convertido en roca: Aben-Dalhy y sus dibujantes agrandaban los menudos adornos diseñados por Lindaraja.

Y aquellos adornos eran copiados en moldes huecos de madera; los marmolistas torneaban las columnas de alabastro, y esculpían los preciosos y pequeños capiteles.

Los carpinteros labraban el techo y las celosías, y los alfahareros cortaban á cincel de baldosas vidriadas de colores las menudas piezas del alicatado, y embuffan de una manera maravillosa los caracteres negros de la inscripción, en blancos planos vidriados.

El patio de los Leones y sus dependencias se habían convertido en un vasto taller.

(1) Hoy de los Abencerrajes.

Todo se hacía á la par por manos diestras y ágiles, y como el mirador era pequeño, antes de quince días estuvo concluída la obra del alarife, y entraron los doradores, los recamadores, los pintores.

Se abrió además una escalera y una mina que ponía en comunicación con los baños el jardín, el mirador, la sala de la Felicidad, hoy de las Dos Hermanas, y el patio de los Leones, que se comunicaba además con el resto del alcázar por la Sala de Justicia, al Norte con los baños del harem, al Sur por su magnífico vestíbulo con el patio del Mexuar ó de la Alberca, y el gran salón de Comares ó de Embajadores.

CCXIX

Una noche, cuando el mirador estuvo completamente terminado, Abul-Hegiag cerró por sí mismo las puertas internas y externas del vestíbulo del Patio de los Leones, y del mismo modo la que ponía en comunicación al patio con el harem por la parte de la Sala de Justicia.

Cerró también la del panteón ó randa de sus antepasados, situada á la derecha de la galería por donde se pasa á la Sala de Justicia, y, por último, la de entrada de la Sala de la Felicidad, dejando en el Patio de los Leones, como un perro vigilante, y armado hasta los dientes, á su fiel esclavo Daimar.

Luego bajó á los baños, llegó á la puerta que los ponía en comunicación con el harem, y tocando por dentro á ella, dijo á alguien que debía estar del otro lado:

—Empezad el muro que ha de cubrir esta puerta; al amanecer debe estar concluído.

Y se retiró.

Abul-Hegiag había aislado á Lindaraja.

No podía entrarse á los baños del rey, al jardín, al mirador de Lindaraja y á la Sala de la Felicidad, sino por la puerta de ésta.

Para guardar esta puerta, velaba en el patio Daimar.

Además, todas las puertas del Patio de los Leones estaban cerradas.

El rey podía llegar sin dar rodeos hasta la gran mezquita del alcázar, atravesando el Patio de los Leones, penetrando en la sala que llevaba su mismo nombre, recorriendo una mina y subiéndolo unas escaleras (1)

(1) La mezquita real de la Alhambra estaba, poco más ó menos, en el mismo plano sobre el

CCXX

Abul-Hegiag entró en la Sala de los Divanes, asió con la mano derecha á Lindaraja, y con la izquierda al infante Juzef-el-Nosseyr, y por una mina y unas escaleras, los condujo á la galería situada entre la Sala de la Felicidad y el mirador.

No había una sola lámpara encendida.

Un rayo de la luna, penetrando por un alizar de la cúpula de la sala, caía sobre el pavimento de brillante alicatado, delante del arco del mirador.

—He aquí realizado mi sueño—exclamó con alegría Lindaraja—; he aquí mi mirador; he aquí el rayo de la luna, dejándole ver tal como yo le he soñado, con su blanco reflejo.

Y avanzó, entró en el mirador, se sentó sobre los cojines que le rodeaban y miró por su celosía.

—He ahí el jardín fresco y sombrío—dijo—, las almenas del adarbe; más allá, el vacío del valle; luego, tu ciudad, sus muros, el monte, las distantes sierras; á la derecha y á la izquierda, como gigantes en vela, las torres de tu alcázar, la fresca aura, la fuente murmuradora, el ruiseñor que canta, la vigilante voz de tus soldados. ¡Oh, mi sueño, mi sueño!

Y apoyó su brazo en el alféizar del ajimez, y en su mano la hermosa cabeza.

Permaneció así algunos momentos, entregada á una meditación profunda.

Luego permaneció como si despertarse, se volvió al infante Juzef-el-Nosseyr, le besó en la boca y rompió á llorar.

Después reclinó su cabeza sobre el pecho de Abul-Hegiag, y continuó llorando.

—¿Porqué esas lágrimas?—dijo entristecido Abul-Hegiag; ¿acaso no se ha cumplido fielmente tu deseo?

—La hora más venturosa es la que precede á las grandes desventuras—contestó Lindaraja—; es tan grande mi felicidad, que me espanta; veo la sangrienta nube que se acerca, siento rugir el lejano trueno en las profundidades del abismo, y mi alma se llena de luto.

cual se levanta hoy la iglesia de Santa María. Había, además, una pequeña mezquita ó adoratorio antiguo, del rey Al-Fhamar, que modificada hoy y mutilada, constituye el oratorio del alcázar y se llama *Capilla de los Reyes Católicos*.

—¡Siempre el misterio, siempre ese negro misterio!—murmuró tristemente el rey.—¿Qué puedes temer, amada por mí y dentro de mi alcázar?

—¡Oh! He vuelto á soñar; tras el sueño de amor y de felicidad ha venido el espantoso sueño de sangre y lágrimas. Oye: deliraba yo enamorada entre tus brazos, aquí, en este encantado apartamento; todo era fresco y puro como ahora; mi hijo... quiero decir tu hijo, el infante Juzef-el-Nosseyr... ya sabes que le amo como si fuera mi hijo... dormía tranquilamente á mi lado, como ahora; cantaba el ruiseñor, murmuraba la fuente, nos alumbraba dulce, y pálido, con su reflejo, un rayo de la luna: todo como ahora; como ahora, tus ojos graves y melancólicos me enlanguidecían con su mirada de amor; sentía palpar tu pecho á par del mío: yo era muy feliz; de repente sentí en mis oídos una voz seca y espantosa que me decía: "Te amaré un rey grande, bueno y sabio; tú le amarás. y cuando tú le amares, la eterna sombra será con él." ¡Ah! Yo me estremecí, amado mío, porque cuando te conocí fuí tu esclava sin voluntad; porque lentamente te has ido convirtiendo en el hombre de mi amor; porque cuando te pedí este soñado retrete te amaba con toda mi alma, y hoy te adoro; me estremecí, porque soy tu destino funesto, y lo que está escrito se cumplirá.

Y Lindaraja reclinó de nuevo su cabeza sobre el seno del rey, y lloró.

CCXXI

Abul-Hegiag la estrechó dulcemente entre sus brazos, guardó por un breve espacio silencio, y luego dijo:

—Delirios de tu amor, alma de mi alma.

—¡Ah, no, no! Calla y escucha—dijo Lindaraja.

Y miró al rey de una manera ansiosa, á través de sus lágrimas.

Luego continuó:

—De improviso, este hermoso sueño se convirtió en un sueño de muerte; desapareció este mirador, ese fresco jardín, esa hermosa sala; el lánguido rayo de la luna tomó un siniestro color de sangre; en torno mío no había más que un espacio obscuro, infinito, lleno por un silencio sepulcral; no se oía el murmullo de la espesura, ni el murmurar de la fuente, ni el canto del rui-

señor enamorado, ni la voz de tus guerreros vigilantes; todo era sombra y quietud de espanto. Por medio de esta sombra penetraba el rayo sangriento de la luna, y alumbraba un cadáver: ¡el tuyo! De tu pecho, por anchas heridas, brotaban nuevos raudales de sangre; luego, una tumba regia envolvió tu cadáver; sobre tu tumba vi la inscripción que habían escrito tus sabios; aquella inscripción ensalza tus virtudes y tu grandeza, y contaba que habías muerto asesinado. Mi corazón se anegó en lágrimas de hiel y de desconsuelo. Me vi sola en el mundo; busqué en torno mío, y encontré con horror el cadáver helado del infante Juzef-el-Nosseyr. Luego me sentí agonizar, se heló mi sangre, mis ojos se cerraron, pesó sobre mi alma la sombra, y desperté horrorizada.

—¡Ah!—exclamó Abul-Hegiag; vuelve en ti, arroja de ti el funesto recuerdo de tu sueño; ¡no es una vaga químera producida por el exceso de tu amor. ¿Quién puede atreverse á la vida del poderoso Abul-Hegiag? Yo no tengo enemigos; no he hecho más que bien, y todos me aman, y en cuanto á ti, ¿quién, viviendo yo, osaría atentar contra la vida de mi alma?

—Lo que está escrito se cumplirá—dijo tristemente Lindaraja.

El rey la llevó al jardín. En medio de su hermosura, bajo sus frescas enramadas, envuelta por el perfume de las flores, Lindaraja pareció olvidar lo sombrío de su sueño.

CCXXII

Pasaron algunos días.

Se acercaba la luna de Jawal, del año 755 de la hegira (1).

Terminaban los hermosos y apacibles días de la luna de Ramazan.

El hombre de Dios de la mezquita de Al-Bahul, Ayesa-abu-Kassen, se había perdido.

Nadie le había visto desde el día en que se había sacado del aljibe de la mezquita el cadáver de Babá, el guardián del harem del rey.

¿Qué había sido de Ayesa-abu-Kassen?

Nadie lo sabía.

Sólo lo había visto un momento el kadí Hassan, delante del cadáver del infante Sydi Yuzuf.

(1) 1354 de la era cristiana.

ben-Ismaíl, expuesto delante de la mezquita principal para que fuese reconocido.

Ayesa había murmurado algunas roncadas palabras delante del cadáver, había leído el pregón en que se ofrecía un premio al que manifestase de qué familia del reino había faltado una hermosa doncella, y después de esto, Ayesa había desaparecido.

Nadie reconoció el cadáver, y á los dos días fué preciso enterrarle.

Los viejos amigos del infante Ismaíl, asesino del rey Abul-Walid, habían reconocido en el cadáver á su hijo el infante Sydi Yuzuf; pero no lo manifestaron por temor de que se descubriese la traición que con el infante Sydi Yuzuf tenían tramada contra el rey Abul Hegiag.

Pero no faltó de entre ellos quien escribió al emir de Marruecos y Fez, Abul-Hassan, la desgraciada muerte del infante Sydi Juzef.

El feroz Abul Hassan después de leer la carta, murmuró encogiéndose de hombros:

—No estaba escrito que Yuzuf-ben-Ismaíl reinase. Cúmplase la voluntad de Dios.

CCXXIII

Entretanto, Ayesa-Abu-Kassen, habiendo abandonado de noche la puerta del atrio de la mezquita Al-Bahul, y de día la torre solitaria de la montaña, vagaba por las asperezas de ésta; se alimentaba de lo que le daban los pastores, y de noche se acercaba á la Alhambra, y vagaba alrededor de sus muros.

Su corazón le atraía; le decía que allí estaba Lindaraja.

Pero nada sabía; nada podía decirle nadie, porque nadie conocía, á excepción del esclavo Daimar, que había en el alcázar una dama cuidadosamente oculta por el rey.

CCXXIV

Sin embargo, Ayesa-Abu-Kassen se decía:

—Junto al cadáver de aquel maldito á quien yo abrí las puertas de las tinieblas, había un pregón escrito en que se prometía un premio al que revelase de qué familia del reino de Granada faltaba una hermosa doncella. Esta doncella no puede ser otra que Lindaraja. El rey la conoce;

pero la tendrá en su poder? ¿la habrá encontrado alguno de los magnates de la corte? Yo podría buscar al rey, hablarle, pedirle el premio, más que esto: reclamarle á Lindaraja como una dama de mi familia; porque todos los de la tribu de Beni-Kassen creen que Lindaraja es mi hermana: pero Abul-Hegiag puede estar prevenido por ella contra mí; puede prenderme sin que yo logre acercarme á ella, y descabezarme ó encerrarme en una lóbrega mazmorra. Y luego, no sé si Lindaraja ama á Abul-Hegiag. ¿Si no le ama, para qué he de matarme yo? Necesito averiguar sin preguntar nada. ¿Y cómo?

Esperaré, y el tiempo acaso me procurará el medic de vengarme.

CCXXV

Ayesa-Abu-Kassen continuó rondando de noche el alcázar por la parte del harem.

Pero sólo durante las noches oscuras, para evitar la vigilancia de los guardas.

Se arrastraba silenciosamente como una culebra, llegaba á los muros, se deslizaba á lo largo de ellos entre la sombra, hasta el ángulo de una torre de cuyo punto no podía pasar.

Una gran cortadura del terreno se lo impedía. Allí se acurrucaba.

Desde el pie de aquella torre, que era el mirador de la sultana, á lo largo de un lienzo de muro de poca extensión, veía otra torre, en uno de cuyos ajimeces se veía á través de las celosías el reflejo de una luz, durante las primeras horas de la noche.

Algunas veces las celosías se abrían, y como para respirar con más libertad el aire, aparecía, apoyada en la columna central del ajimez, la forma de una mujer.

Pero aquella mujer no era Lindaraja.

Si hubiera sido ella, á pesar de las sombras de la noche, la hubiera reconocido Ayesa-Abu-Kassen.

Las habitaciones del alcázar donde moraba Lindaraja, estaban más allá del mirador de la sultana, entre ésta y la gran torre de Comares.

Desde el lugar donde se acurrucaba Ayesa-Abu-Kassen, le era de todo punto imposible ver el mirador de Lindaraja.

Se lo estorbaban el de la sultana y los muros de los jardines.

CCXXVI

Una noche, el ajimez de la torre cercana al lugar donde se escondía Ayesa Abu-Kassen, se abrió y apareció la misma dama que otras veces.

Aquella dama podía ser la sultana Daimiel, ó alguna de las esclavas de su harem.

Aquella mujer inclinó el cuerpo hacia afuera, en la actitud de la más profunda atención.

Poco después se oyó un ruido semejante al silbido particular de una lechuza.

Inmediatamente la mujer se retiró de la ventana, desapareció el reflejo de la luz, y todo quedó envuelto en la densa obscuridad de la noche.

Ayesa-Abu-Kassen se deslizó rápidamente y sin ruido á lo largo del muro, y llegó al ángulo de la torre de cuyo ajimez había desaparecido la luz.

A poco, el silbido de la lechuza se repitió muy cerca de él.

Ayesa no tuvo duda de que aquel silbido lo había producido un hombre.

Oyóse inmediatamente el leve ruido de un objeto ligero que desde lo alto había caído al pie de la torre.

Ayesa tampoco tuvo duda de que lo que había causado aquel ligero ruido era el extremo de una escala.

Pegóse al muro, miró con profunda atención, y al trasluz del opaco cielo, vió que un hombre trepaba por la escala y penetraba por el ajimez.

Ayesa, audaz, rápido, trepó á su vez por la escala, y penetró en una estancia completamente obscura.

Pero al fondo de ella, á través de un tapiz que cubría una puerta, vió el reflejo de una luz, se acercó sin causar ruido, se tendió en el suelo, y miró á la cámara inmediata por debajo del tapiz.

CCXXVII

Sentada en un diván al frente de la puerta había una dama hermosísima y profundamente triste.

Estaba vestida de blanco, con una sencilla túnica de cachemira pegada en la cintura, con un ceñidor de damasco rojo bordado de oro.

No tenía sobre sí ni una sola joya.

Peró su hermosura resplandecía.

Era la sultana Daimiel.

CCXXVIII

Sentado delante de ella sobre dos almohadones, había un joven como de veinticinco años, vestido con una túnica corta á la beduina, de color pardo oscuro, con calzas azules oscuras, borceguies negros sencillos, y toca de un verde denso.

Llevaba entre la faja, de color oscuro también, un pequeño alfanje ancho y sumamente corto; una especie de hoz.

Este joven era hermoso y blanco, y tenía los ojos azules y la barba bermeja como todos los príncipes de la familia Nazar.

Aquel joven era el infante de Granada Abu-Abdalá, esposo de Axima-Bubra, hija mayor de Abul-Hegiag.

CCXXIX

La sultana y el infante hablaban con calor, cuando se puso en escucha Ayesa-Abu-Kassen.

—No puede esperarse más—decía Daimiel—; el peligro amenaza: el rey me aborrece, me abandona por esa miserable esclava negra, por esa infame Sarul-Noema, que le tiene hechizado: y no es esto solo: el rey me amenaza. Hoy ha venido á verme porque lo he llamado, y cuando, irritada por su servicio, por su desamor, he acusado de esto á los hechizos de esa miserable, y cuando olvidada de todo he preferido la amenaza de destruirla, el rey se ha puesto sombrío, y me ha dicho en el colmo de su furor: "Olvídate de que has pensado atentar á la vida de Lindaraja, porque si pretendes hacer algo contra ella que me infunda una sola sospecha, te doy por cárcel mi alcázar de Adra".

—¡Lindaraja!—exclamó el infante Abu-Abdalá—, mientras la sangre golpeaba violentamente en el corazón de Ayesa-Abu-Kassen; pero esa esclava no se llama Lindaraja.

—Habrá parecido poco á Abul-Hegiag el nombre de Sarul-Noema (1) de su favorita, y le habrá dado el nombre de Lindaraja (2).

Para Ayesa-Abu-Kassen, Sarul-Noema y Lindaraja eran una misma persona.

—Y bien, ¿qué hacer?—dijo profundamente Abu-Abdalá.

(1) Hermosa flor.

(2) Piedra preciosa, como hemos dicho.

—Impedir que esa mujer me sacrifique y nos sacrifique á todos á su ambición.

—¡A su ambición!—exclamó Abu-Abdalá.

—Sí, el hijo de Sarul-Noema, el mulato aborrecible, el infante Juzef-el-Nosseyr, ha desaparecido del harem, está con su madre, el rey pasa encerrado con ellos casi todo su tiempo, los guarda en medio de un misterio profundo, temen que se use contra ellos el veneno, y él toma su comida de mano de su fidelísimo esclavo Daimar, y come con ellos. Es necesario apartar de Granada al rey Abul-Hegiag, es necesario que mueran Sarul-Noema y su hijo.

—¿Y cómo apartar al rey de Granada?—dijo el infante Abu-Abdalá.

La tregua ha expirado há más de un año, al expirar la tregua, el bravo rey de los rumfes (1), Aujour-ben-Ferdelanben-Sancho (2) puso cerco á Geb-Altarik, y murió de la peste negra; su hijo Pedro, bravo como su padre, se ha negado á pactar otra tregua, y embiste furioso nuestras fronteras; los adalides (3) que las defienden son parciales nuestros; vete á buscarlos; diles el conflicto en que nos encontramos, y el peligro en que ellos mismos se encontrarán, si el rey, dominado por los hechizos de Sarul-Noema, me encarcela á mí, á su hijo Mahomad, á mi hijo Ismail, á mis otros hijos, á tu esposa, á ti, y se revuelve contra nuestros amigos para que nadie pueda impedirle que proclame su sucesor en el trono al hijo de esa maldita Sarul-Noema: al odio-so mulato.

—¿Y qué han de hacer los adalides de la frontera?—dijo á Abu-Abdalá—; ¿una rebelión? No querrán comprometerse á tanto; eso sería poner sus cabezas bajo la cuchilla; porque el pueblo ama al rey; porque todos le amamos.

—Y yo le amo también—dijo con acento ardiente la sultana—; yo no quiero una rebelión, lo que quiero es librarle de los hechizos de esa maga maldita.

—Y qué pueden hacer en esto los adalides fronterizos?

—Que se dejen tomar la ciudad de Alhama sobre la cual el rey Pedro de Castilla ha enviado toda su caballería; que aunque puedan combatirla cejen y abandonen á Alhama á su propia

(1) Cristianos.

(2) Alonso Onceno de Castilla, hijo de Fernando IV, nieto de Sancho IV.

(3) Adalid; cargo entre los árabes igual al de nuestros adelantados de frontera.

defensa; Alhama es la llave de nuestras fronteras, y Abul-Hegiag saldrá de Granada con un grande ejército para socorrer á Albama, dejará confiada la custodia de Sarul-Noema á la fidelidad de Daimar; pero apenas haya salido del alcázar, Daimar caerá, caerán Sarul-Noema y Juzef-el-Nosseyr, y muerta la maga, sus hechizos no tendrán influencia sobre Abul-Hegiag.

—¿Y si el rey llevare consigo á Sarul-Noema y á su hijo?

El rey los ama tanto, que no los expondrá á que por los azares de una batalla les sean arrebatados por los rumfes.

—¡Ah! tu astucia me parece segura, sultana; el peligro que tú has visto nos amenaza de cerca, y es necesario evitarlo.

—Pues bien—exclamó la sultana—, no perdamos un momento; sal de aquí, monta á caballo...

CCXXX

Ayesa no esperó á oír más, ¿ni para qué necesitaba oír más?

Sabía ya que Lindaraja estaba en poder de Abul-Hegiag, que le amaba.

Ganó rápidamente el ajimez, se deslizó por la escala, y después por la vertiente del cerro hacia el cauce del río murmurando:

—No reinará el infante Juzef-el-Nosseyr.

CCXXXI

El día siguiente era el primero de la luna de Jawal, del año 755 de la hegira.

Lindaraja había despertado sombría y triste.

—¿Por qué se nubla tu hermoso semblante, amada mía?—la preguntó cuidadoso Abul-Hegiag.

—Un triste presentimiento me oprime el corazón—exclamó Lindaraja—; no te apartes hoy de mi lado, señor, lo temo todo: me parece que estando á mi lado nada puede amenazarte.

—El mueden del alminar del alcázar llama á la oración de adoha—contestó el piadoso Juzef—; jamás mis súbditos me han visto faltar á la oración de esta hora, donde se eleva á Dios la Kobba (1) pública; mi falta causaría escándalo; cree-

(1) Oración por el rey.

rían que las venenosas raíces de la impiedad se apoderaban de mi corazón, ahora que Pedroben-Adjun de Castilla amenaza mis fronteras.

—Si estuvieses enfermo no podrías ir á la Kokba pública, señor—exclamó con ansiedad Lindaraja.

—La mentira y la cobardía no deben manchar los labios ni el corazón de un rey. ¿Por qué esos tristes presentimientos, Lindaraja?

—He vuelto á tener aquel horrible sueño—exclamó Lindaraja desesperada—; he visto con más claridad que antes hundirse en la tumba tu cadáver ensangrentado; he visto junto á mí á mi hijo, frío, inmóvil; me he sentido morir; y luego, señor, esta noche al despertar del sueño, á impulsos del pavor, he visto un buho blanco revolando en torno de la cúpula; ha descendido hasta la lámpara, y la ha apagado. Me pareció que había apagado tu vida, porque ese buho, señor, es el genio maldito de la raza de los Nazares, y siempre que ese buho aparece en el alcázar, muere un rey nazerita.

—Supersticiones—dijo el rey, á quien sólo entristecía el dolor de Lindaraja; el que pone su fe en el Dios grande, Altísimo, Único y misericordioso, no puede, no debe temer ni maleficos ni hechizos; pero déjame partir; no debo hacer esperar á mi corte que habrá acudido ya á mi mezquita; el mueden ha llamado ya por tercera vez á la oración.

—¡No!—exclamó Lindaraja asiéndose con más fuerza al rey.

Por la primera vez, Abul-Hegiag fué severo con Lindaraja.

La apartó de sí, y escapó.

Lindaraja lanzó un grito de espanto, cayó de rodillas, y elevó su corazón á Dios.

CCXXXII

La mezquita real estaba resplandeciente.

Los infantes, los wazires, los faqufes, los alines, todos los altos caballeros de la corte de Abul-Hegiag, cubiertos con ricas vestiduras, llenaban la mezquita, y el faquí de los faqufes con el Koran abierto en la mano por el lugar de la oración, esperaba para subir al mimbar la llegada del rey.

CCXXXIII

El mueden había llamado por segunda vez á la oración, cuando se oyó un rumor extraño en la puerta de la mezquita.

Los soldados de la guardia negra del rey que guardaban la puerta, impedían la entrada á un hombre terrible, que con traje de beduíno, apoyado en un bastón nudoso y ceñido un puñal, mandaba con imperio á los guardias que le dejasen franco el paso.

Oyóse una voz atronadora que gritó colérica:

—¿Quién es el impío desventurado que se atreve á impedir el paso en la casa del Señor al hombre de Dios de la mezquita de Al-Bahul?

A estas palabras, los soldados que guardaban la puerta retrocedieron con espanto, y el faquí de los faqufes, y los infantes, y los doctores y wazires, y los caballeros que estaban dentro de la mezquita, se apresuraron á salir al encuentro del venerable hombre de Dios de la mezquita de Al-Bahul.

Este los miró de una manera sombría, adelantó en silencio, y se detuvo delante del adoratorio.

Sus ojos flameaban, temblaban sus mejillas, salía de su boca el aliento semejante á un rugido sordo, entre espuma sanguinolenta.

Su membrudo cuerpo se estremecía de los pies á la cabeza con un poderoso temblor.

En torno suyo todos estaban inclinados con la cabeza baja, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin atreverse á dirigir una palabra á Ayesa-Abu-Kassen; porque le creían lleno del espíritu de Dios, y le contemplaban entregado á un santo furor.

Ayesa-Abu-Kassen se sentó sobre el pavimento, y empezó á golpear en él impaciente con su nudoso bastón, murmurando al mismo tiempo palabras raras é ininteligibles.

Con suma frecuencia volvía la cabeza atrás, y lanzaba una mirada de tigre á la entrada de la mezquita.

Todos los que en ella estaban permanecían inclinados y respetuosamente silenciosos en torno de Ayesa-Abu-Kassen.

Y pasaba el tiempo.

El furor del falso santón crecía.

Oyóse al fin la sonora voz del mueden que voceaba por vez tercera llamando á la oración.

—¡La hora se acerca!—exclamó Ayesa-Abu-

Kassen de una manera tal, que le oyeron todos los que estaban en torno suyo, y temblaron.

Funesto debía ser, según ellos, lo que sobreviniese en aquella hora fatal.

CCXXXIV

Pasó un breve espacio, hasta que se oyó son de añafles, dulzainas, atakebiras y atabalejos.

El rey se acercaba.

El furor de Ayesa-Abu-Kassen parecía haberse calmado.

Estaba sentado delante de los almohadones destinados al rey y al infante Mahomad, su sucesor y participe en el mando.

Abul Hegiag entró en la mezquita rodeado de su séquito.

Al ver á Aysea-Abul-Kassen—dijo al faquí de los faquíes que había salido á su encuentro:

—¿Qué hombre es aquel que de un modo tan irreverente está sentado delante del mirab?

—Es el venerable hombre de Dios de la santa mezquita de Al Bahul, la milagrosa—contestó con acento solemne el anciano faquí de los faquíes.

—Bien venido sea á mi mezquita el favorecido del Señor—dijo piadosamente el rey Abul-Hegiag.

Y en una fuente de oro que le presentaba un esclavo, hizo sus abluciones.

Luego, purificado ya, entró en el sagrado recinto del mirab, y se arrodilló en el almohadón de la derecha.

A su izquierda, sobre el otro almohadón, se arrodilló el príncipe Mahomad, que, como los demás que estaban en la mezquita, había hecho en el atrio sus abluciones.

Sólo el rey podía hacerlas dentro de la mezquita, y antes de entrar en él miró.

CCXXXV

El faquí de los faquíes subió al mimbar con el Koran abierto en la mano, y empezaron las oraciones de la hora de adoha.

Terminadas éstas, llegando á la Kokba ú oración pública por el rey, dijo el faquí de los faquíes:

—Elevad vuestro espíritu: rogad al Altísimo, único y misericordioso, por la salud y por la

prosperidad de nuestro señor el ínclito, el grande, el justo, el invencible, el favorecido de Dios Juzef-Abul-Hegiag-ben-Walf-ben-Ismail-ben-Naya-Algalf, príncipe de los creyentes, columna del Islam, espada de la fe.

Entonces, Ayesa-Abu-Kassen que había permanecido inmóvil, sentado en el suelo durante toda la oración, entre el adoratorio de mirab y el rey y su hijo el infante Mahomad, se alzó de improviso, dejando en el suelo su bastón nudoso, y miró de una manera terrible al rey.

Todos creyeron que el venerado santón iba á anunciar algún suceso importante al rey en nombre de Dios.

Abul-Hegiag lo creyó así, y humilló su cabeza ante el fingido santón.

Estaba éste poseído de un furor terrible.

Abarcó con una sombría mirada al rey, y arrojándose sobre él, furioso, le hirió de una puñalada en la parte superior de la espalda.

—¡Ah!—gritó—; ¡no volverás á ver la luz de los ojos de Lindaraja!

El rey lanzó un grito espantoso al sentirse herido, y se alzó.

—¡Traición!—dijo con voz terrible—; ¡á mí, caballeros!..

—Y no pudo decir más.

Ayesa-Abu-Kassen le había dado otras tres puñaladas en el pecho, y cayó por tierra bañado en su sangre.

Todo esto sucedió en un solo instante, sin dar tiempo á que el infante Mahomad y los caballeros que rodeaban al rey evitasen el asesinato.

Aprovechando el primer momento de sorpresa, Abu-Kassen se inclinó rápidamente, cogió su bastón, saltó como una fiera acorralada por cima del cuerpo del rey, y haciendo girar con una terrible fuerza su bastón, gritó:

—¡Paso á la justicia del Altísimo! ¡paso al hombre de Dios!

Cien espadas cayeron á pesar de esto sobre Ayesa-Abu-Kassen, que fué hecho pedazos y arrastrado por los esclavos de la guardia del rey, al atrio de la mezquita.

CCXXXVI

Todo era tumulto, confusión, espanto, alaridos.

El infante Mahomad lloraba sobre su padre expirante.

Los caballeros granadinos blandían furiosos

sus yataganes, ansiosos de muerte y de venganza.

El faquí de los faqués y los otros faqués inferiores invocaban á grandes voces el nombre de Dios.

Los esclavos de la guardia negra rugían como tigres, buscando ansiosos á quién herir, y exclamando transportados de furor:

—¡Nuestro buen rey ha muerto á manos de la traición! ¡nuestro buen rey ha sido asesinado!

Y esta terrible palabra, pasando de boca en boca como un eco funesto, llegó hasta el fiel Daimar, que guardaba el Patio de los Leones.

Y Daimar, golpeando con los puños cerrados la gran puerta de la sala de la Felicidad, gritó en el colmo de su dolor y de su cólera:

—¡Oh! tú, quien quieras que seas, amada de su alma! el dolor llama á tu puerta; tu amado ha muerto á manos de un traidor.

CCXXXVII

Nadie contestó.

Sólo el eco, haciendo retumbar en el interior los golpes que Daimar descargaba sobre la puerta.

Gritó Daimar por segunda y tercera vez, y por segunda y tercera vez sólo contestó el eco.

—¿Habrá muerto ella también?—exclamó Daimar?

Y aterrado por esta idea, salió presuroso del Patio de los Leones y entró en el del Mexuar, á tiempo que la corte con el infante Mahomad entraba en él, trayendo en brazos de los príncipes de la sangre al rey Abul-Hegiag expirante.

—¡El arcángel Azrael ha tendido sus negras alas sobre el alcázar!—gritó con desesperación Daimar, al ver en aquel miserable estado á su señor.

—¿Y ella... y ella, Daimar?—exclamó Abul-Hegiag al ver ante sí á su fiel esclavo.

—La llamo, y no me responde—contestó Daimar.

—Pronto, pronto... hijos míos... caballeros—dijo el rey—: llevadme á la sala de la Felicidad... en la bolsa que pende de mi cintura está llave de su puerta... quiero morir allí... quiero verla antes de morir.

CCXXXVIII

El infante Mahomad tomó la llave de la bolsa, y partió anhelante, solo, para abrir la puerta para cuando llegase el rey, que á causa de sus heridas era conducido lentamente.

CCXXXIX

El Patio de los leones estaba completamente solitario, y á pesar de su belleza y de la adorada luz del sol de la mañana, que la inundaba, aparecía á los ojos del infante triste y lúgubre.

El joven Mahomad corrió temblando el fiador del cerrojo que afianzaba la labrada puerta, abrió sus dos hojas, y antes de acabar de abrirlas cayó de rodillas.

En el fondo de la sala, delante del arco del mirador, vió una aparición de luz.

Una mujer hermosísima, tan hermosa como las huries, que describe el Koran, aparecía entre un vapor luminoso y radiante.

En su hermosísima faz aparecía la palidez de la muerte, y tenía en sus brazos un niño mulato tan triste como ella.

CCXL

—Rey Mahomad-ben-Juzef-ben-Nazar—dijo con voz sonora y dulce Lindaraja—: oye lo que dirás á tu padre. La amada de tu alma, la hija de las tumbas nacida para ti, vuelve á las tumbas cuando tú bajas al panteón de tus mayores; pero el espíritu de tu amada no se separará de ti: ella y tu hijo vivirán contigo para no morir, en los eternos campos donde todo es ventura.

Y dichas estas palabras, Lindaraja y el infante Juzef-el-Nosseyr, desaparecieron entre el vapor luminoso que se elevó lentamente.

Luego, sólo quedó la cámara de la Felicidad, y á su fondo el mirador de Lindaraja.

El infante Mahomad se alzó y entró.

En el mirador, sobre los almohadones, había una guzla de marfil, nácar, ébano, plata y oro.

Era la guzla de Lindaraja.

Daimar entró poco después.

—¿Dónde está?—dijo—: el rey expira, el rey no puede pasar de la entrada del patio.

—Se ha elevado delante de mí á las eternas

regiones del paraíso: era una hurí ismortal; mi padre ha gozado sobre la tierra la felicidad que pocos logran después de su muerte.

CCXLI

Al salir de la sala de la Felicidad, el infante se detuvo.

Delante de la columnata de la entrada del patio, su hermano Ismail y los principales caballeros de Granada levantaban en alto el cadáver de Abul-Hegiag: ambos lados de la galería estaban llenos de todos los magnates y dignatarios de la corte.

La sultana Daimiel, rodeada de sus doncellas, teniendo junto á sí á sus pequeños hijos, lloraba con la vista ansiosa y extraviada, fija en el cadáver de Abul-Hegiag.

Delante de este grupo terrible, el walí de los walíes (1) teniendo á su lado al alférez mayor que extendía sobre el cadáver del rey el rojo estandarte real de Granada, y los primeros dignatarios de la corte, gritaban con voz extensa en que vibraba el dolor:

—El ínclito, el vencedor, el magnífico é incomparable emir de los musulimes, brazo de la creencia, espada de Dios, humillador de infieles, luz de la justicia, el rey mártir Sydi Juzef Abul-Hegiag-ben-Walí-ben-Ismail-ben-Mohamad-ben-Nazar-el-Galibí, ha muerto á manos de la traición: que Dios maldiga al traidor, y Satanás devore su alma en los infiernos.

—Así sea—contestó en un sordo murmullo toda la corte.

El walí de los walíes repitió por segunda y tercera vez su proclama, anunciando la muerte del rey.

Luego dijo:

—Salud y prosperidad y bienandanza de Dios á nuestro señor el rey Sydi-Mahomad-ben-Juzef-ben-Walí-ben-Nazar-el-Galibí; la maldición de Dios al que no le acatare y obedeciere como á su rey y señor.

—Así sea—contestó la corte.

El walí de los walíes repitió por segunda y tercera vez la proclamación de rey del infante Mahomad.

Después de esto, toda la corte avanzó hacia Mahomad, que estaba inmóvil, junto á la fuente

(1) Generalísimo, lugar-teniente del reino.

del patio, y apoyado en ella, abandonando al rey muerto por el rey vivo, y yendo á hacerle su acatamiento.

—Todavía no, todavía no—dijo lleno de dolor el joven príncipe á los primeros que llegaron á él—: cuando mi buen padre esté sepultado en el panteón de mis abuelos.

Y se encaminó lentamente al cadáver de Abul-Hegiag, llegó y oró sobre él.

CCXLII

Aquella tarde el cadáver despedazado de Ayesa-Abu-Kassen entregado al pueblo, furioso por la muerte de Abul-Hegiag, fué arrastrado por las calles, y llevado al Albaicín, y quemado en la plaza de Bib al-Bolut (1), al mismo tiempo que con gran pompa y magnificencia era sepultado en su tumba, entre sus mayores, en el panteón de Alhambra Juzef-Abul-Hegiag.

CCXLIII

Sobre su sepulcro se puso la siguiente inscripción, compuesta por el poeta granadino Sadir-ben-Ama:

“Aquí yace el rey mártir y de noble linaje, gentil, docto, virtuoso, cuya clemencia y bondad y demás excelentes virtudes publica el reino de Granada, y hará época en la historia la felicidad de su tiempo: Soberano príncipe, ínclito caudillo, espada cortante del pueblo muzlime, esforzado alférez entre los más valientes reyes, que por la gracia de Dios aventajó á todos en el gobierno de la paz y de la guerra, que defendió con su prudencia y valor al Estado, y que consiguió sus deseados fines con la ayuda de Dios, el príncipe de los fieles, Juzef-Abul-Hegiag, hijo del gran rey Abul-Walid, y nieto del excelente rey Abu-Said Farag-Aben-Ismail de la familia Nazari, de los cuales el uno fué león de Dios, invencible domador de sus enemigos y sojuzgador de los pueblos, mantenedor de los pueblos en justicia, con leyes, y defensor de la religión con espada y lanza, y digno de la memoria eterna de los hombres: el otro á

(1) Plaza de los Estandartes: hoy Plaza Larga.

“quien Dios haya recibido por su misericordia
 “entre los bienaventurados; pues fué columna y
 “decoro de su familia, y gobernó con loable felici-
 “dad y paz el reino, mirando por la pública y
 “privada prosperidad: que en todas las cosas
 “hacía notar su prudencia, justicia y benevolencia,
 “hasta que Dios Todopoderoso, colmado ya
 “de méritos, le llevó del mundo coronándole antes
 “con la corona del martirio, pues habiendo
 “cumplido la obligación del ayuno cuando humildemente
 “oraba postrado en la mezquita pidiendo á Dios
 “perdón de sus debilidades y deslices, la violenta
 “mano de un impío, permitiéndolo así Dios justísimo,
 “para pena de aquel malvado, le quitó la vida cuando
 “más cercano estaba de la gracia del Todopoderoso:
 “lo que acaeció el día primero de Jawal, año de setecientos
 “cincuenta y cinco. ¡Ojalá esta muerte que hizo ilustre
 “el lugar y la ocasión le haya sido de galardón,
 “y haya sido recibido en las moradas deliciosas del
 “paraíso entre sus felices mayores y antepasados!
 “Principió á reinar miércules catorce de dilhagia
 “año setecientos treinta y tres. Había nacido
 “día veinte y ocho de rabie postrera año setecientos
 “diez y ocho: alabado sea Dios único y eterno que
 “da la muerte á los hombres, y galardona con la
 “bienaventuranza (1).”

CCXLIV

Esta es la tradición del Mirador de Lindaraja.

Cuentan los viejos, que allá *in illo tempore*, los que se atrevían á quedarse de noche en la *Casa Real* de Granada, y vagando por el Patio de los Leones se asomaban á la puerta de la Sala de las Dos Hermanas, veían levantarse en el Mirador de Lindaraja la sombra blanca de una mora hermosísima, que llevando en sus brazos un niño negro, adelantaba atravesando la sala, llegaba á la galería del patio, torcía á la izquierda, y luego á la derecha, y desaparecía por una pequeña puerta.

Aquella mora era Lindaraja; aquel niño su hijo, al que llevaba junto á la tumba de su padre el rey Abul-Hegiag.

(1) Estas losas sepulcrales se ponían de canto, á lo largo de la losa que cubría el sepulcro: así es que podían leerse por ambas caras.

Porque la puerta por donde Lindaraja se perdía con el niño, era la del panteón de los reyes moros de Granada.

LEYENDA VIII

El patio de los Leones.

I

El patio de los Leones del alcázar de la Alhambra, es la joya más rica que ha sobrevivido á la ya centenares de años hace pasada arquitectura árabe.

En vano querréis dominar un sentimiento de doloroso entusiasmo, al ver de repente desde el magnífico arco festonado que sirve de entrada al patio de los Leones, yendo del Mexuar, ó de los Arrayanes, las ciento veinticuatro esbeltas y bellísimas columnas que sostienen sus galerías y sus templete, sus arcos apuntados ó redondos, de herradura ó semicirculares, estucados, labrados, cubiertos de inscripciones bajo aleros de alerce tallados, pero áridos, secos, rotos, torcidos por el tiempo; la gran pila de su fuente de mármol, sostenida por doce leones, y sus estanques de mármol, por donde corre el agua de la fuente (1).

(1) Esta fuente es un dodecágono de mármol blanco de la sierra, de diez pies y medio de diámetro y dos de fondo, sobre la cual asienta un pedestal que contiene otra pila menor, de cuatro pies de diámetro y uno y medio de fondo. En cada uno de los lados del dodecágono de la gran pila, hay una cenefa de adornos de hojas, lazos y flores, entre las cuales se leen las siguientes inscripciones interpretadas por don Pedro Lozano y el licenciado Castillo.

TRADUCCIÓN DE LOZANO

Bendito sea el que dió al príncipe Mohamed (*) una habitación que con su hermosura sirve de adorno á las demás habitaciones.

Y si no, ahí está ese vergel en que hay maravillas que no ha permitido Dios haya otras que las igualen, ni aun en los dos santuarios.

Y un montón de transparentes perlas, cuyo brillo resplandece con los saltos del aljófár, continuamente agitada.

(*) Mohamed VI.

Veréis sus capricosas y elegantes arcadas, enrojadas por el tiempo, que ha borrado sus colores, su oro, sus menudos dibujos; los puntales de madera y las barras de hierro que sostienen los aéreos templetos para que no se vengán á tierra; las magníficas ensambladuras de sus techos, agujereadas, convertidas en una ruina miserable, rotos sus alicatados y pavimento, y sin embargo hermoso todavía.

Y no sabemos cuál de los dos es el que mengua.

¿No ves con qué confusión corre el agua, y sin embargo caen sobre ella otras corrientes?

A manera de un amante que se deshace en lágrimas por medio de que haya quien las haga manifiestas.

Y quizá no es en realidad más que una blanca nube que se desprende sobre los leones.

De tal modo se extiende la mano liberal del califa, que cuando franquea sus beneficios, alcanzan á los furiosos leones de la milicia.

¡Oh, tú que miras á esos leones, á quienes la falta de vida impide ejercer la furia!

¡Oh, heredero de la sangre de los Nazeritas! No hay gloria que se iguale con la de haber heredado el poder y grandeza que te hará despreciar á los más encumbrados magnates.

La paz de Dios sea contigo perpetuamente, teniendo en sujeción á tus súbditos y domando á tus enemigos.

TRADUCCIÓN DE CASTILLO

Bendito sea aquel que dotó al adelantado rey Juzuf de gracias que adornan su hermosura á las cosas preciadas. E si no ved cómo en este jardín hay riquezas, que Dios no permite que en la hermosura haya otras tales; de las cuales es esta hechura de aljófar, de resplandeciente luz, cuyos extremos adornan los bailes del blanco aljófar, que cae sobre ellos en el círculo plateado, que á un mismo tiempo parece que se derrite en las claras é albísimas piezas de mármol, que con su hermosura y lustre parece á la vista que con ella se deshace la piedra dura, é no se entiende cuál es el licor que ansí se deshace. ¿Pues no ves cómo el agua corre alrededor de ella, é sobre ella hay otros profluvios? En semejanza de un apasionado amante que de sus ojos echa lágrimas, é por temor de su émulo, disimulando su afecto se las vuelve á tragar. E si bien la queremos comparar, no es la pila de esta fuente sino una roca blaquísima, de la cual salen profluvios de mantenimiento á los leones, en semejanza de la liberal mano de Juzuf, que reparte á los leo-

¿Por qué maldición incomprensible se deja á esa joya abandonada sin defensa á la implacable y destructora acción del tiempo, que ciego y fatal pulveriza del mismo modo lo hermoso y lo deforme?

¿No merece la Alhambra que se gaste en ella algún oro, que se la cure, en una palabra, que se la devuelva su lozana juventud?

¿Esta realidad, superior á los encarecimientos de las *Mil y una Noches*, á los ponderados palacios del califa Aarum-al-Raschid?

Pero recordamos que ya en este libro hemos declamado á propósito de la ruina de otros lugares de la Alhambra.

Y como nuestras declamaciones no han de dar resultado...

Continuemos.

Adheridos al patio de los Leones hay tres departamentos.

La sala de las Dos Hermanas á la izquierda.

La de los Abencerrajes, ó de los Leones, á la derecha.

Y al fondo la admirable sala de Justicia.

En la galería que existe entre el patio y la sala de Justicia, y en su extremo derecho, hay una puerta pequeña que sirve de entrada á lo que fué *rauda* ó pendón de los reyes de Granada.

Todas estas habitaciones con sus dependencias, forman el departamento, por decirlo así, del patio de los Leones.

nes de la milicia sus tesoros. Pues ¡oh, tú que ves los leones que están en guarda, á los cuales el no tener vida les hace no ejecutar su furia! Por tanto, ¡oh, heredero de la sangre de los Naceres! Siéndote, como es tan congénito en ella, heredáis alteza y poderío, con que á los grandes reyes tendréis en menos. La salud sea con vos perpetuamente, con triunfo é victoria de tus enemigos.

La diferencia que se nota entre estas dos traducciones consiste: primero, en que la de Lozano es libre, y la de Castillo sujeta servilmente á la letra, y además en la múltiple y maravillosa variedad de la acepción de las palabras de la lengua árabe, acaso la mas rica de todas. Hay además que tener en cuenta lo caprichoso de los caracteres, que desempeñan el doble objeto de expresar el concepto y de contribuir al adorno. Por lo tanto, las inscripciones de la Alhambra, especialmente las cúficas, son de difícilísima interpretación.

II

La sala de las Dos Hermanas es uno de los retretes más suntuosos y mejor conservados del alcázar.

Llamase de las Dos Hermanas, porque en su pavimento tiene dos gigantescas losas exactamente iguales,

Los alicatados, los adornos de los cuatro arcos, uno de los cuales la da entrada, dos corresponden á alcobas, y otro da paso al hechicero, al incomparable mirador de Lindaraja, son tan lindos, tan bellos, las paredes tan armónicas, tan deliciosamente ornamentadas, tan caprichosas sus cenefas, tan majestuosa, tan variada, tan caprichosa su cúpula de estalactitas, sostenida sobre veinticuatro columnas, entre las cuales se abren ajimeces calados; tan poética, tan misteriosa la luz que la inunda, que más bien que una obra de los hombres parece el sueño realizado de un poeta (1).

Por el arco de frente al de entrada se pasa á una magnífica antesala, y de allí al Mirador de Lindaraja.

III

El Mirador de Lindaraja es perfectamente cuadrado, y da vista al patio que lleva su nombre; tiene un ajimez al frente y dos á cada costado.

(1) Entre los adornos de las fajas y medallones, de los arcos, de las enjutas, y el de los marcos de los arcos, y en estos arcos, se ven multitud de inscripciones en prosa y en verso.

Las en verso han sido traducidas en metros castellanos, no sabemos por quién, que encontramos en el libro del viajero de Granada del señor Lafuente Alcántara.

Helas aquí:

Soy de forma muy preciosa;
son prodigio mis labores
y belleza;
Soy creación maravillosa;
¿de quién no arranca loores
mi grandeza?

Contemplad la piedra dura,
ya desbastada y bruñida
diestramente.

Cómo brilla en mi estructura,
fui tiniebla en luz vertida
prontamente.

Estos ajimeces son muy bajos, es decir, su alféizar está muy poco levantado del pavimento, sin duda para que sentados sobre los almohadones se pudiese ver el valle del río y el frontero Albaicín.

Ahora esto no puede verse, porque en tiempos de Carlos V se construyó con parte de las columnas y materiales ornamentados del palacio árabe de invierno, que destruyó el *buen Emperador*, por no decir otra cosa, para construir un palacio plateresco que podía muy bien haber construido en otra parte, en vez de echarse en cima la calificación de *barbaro* que pueden aplicarle las artes. En vez de ese patio que hoy existe, y que se llama de Lindaraja, sólo existía un jardín, y en ese jardín un adarve bajo que permitía ver la población cercana.

Este mirador, así como la parte interior y alta de la Sala de las Dos Hermanas, por la delicadeza de los adornos y por sus dimensiones, por su carácter general, por sus comunicaciones con los baños y jardines, parecían estar destinados á la mansión de las sultanas ó favoritas. Las celosías que cubren sus ajimeces, lo reducido de los retretes, su media luz lánguida, dan fundamento bastante para esta opinión.

Los mármoles más preciados
en mi alcázar se pusieron
con ingenio:
No bien fueron colocados
del príncipe relucieron
con el genio.
Mis esplendores deslumbran
tanto que son envidiados
por el cielo:
Luceros que en él alumbran
son por mi luz sombreados
en el suelo.

Y estas otras, sobre los arcos.

¿Has visto mucha grandeza?
pues es mayor mi belleza.

Y dice al verme la gente:
¡qué linda! ¡qué clara fuente!

Otro me ve, se recrea,
y me llama: *Mar que ondea*.

Hé aquí la inscripción en prosa:

Sólo Dios es vencedor: Dese gloria á nuestro señor Abu-Abd-Allah, conceda Dios su perpetuo auxilio á nuestro señor Emir de los fieles.

IV

Frente á la Sala de las Dos Hermanas, en el centro de la galería de la derecha del patio, está la cámara de los Leones llamada hoy de los Abencerrajes, en memoria del sangriento suceso que tuvo lugar en aquella sala, y que consignaremos más adelante.

Esta sala es muy semejante á la de las Dos Hermanas: diferénciase en que en vez de los dos arcos que tiene aquélla á los costados, y que corresponden á dos alcobas ó alhamíes, tiene dos especies de cenadores sostenidos por una columna en el centro, y con techos planos de ensambladura en el interior; y en que la cúpula, en vez de ser octógona, es estrellada. Además, la fuente de la Sala de las Dos Hermanas está formada por un rebajo del pavimento, y la de los Abencerrajes está levantada medio pie sobre el suyo.

Además, esta cámara, tal como está hoy, no tiene comunicación con ninguna otra del alcázar.

En la fuente de su pavimento hay grandes manchas rojas.

Es tradición—dice—que aquellas manchas rojas son el resultado de un horrible crimen.

Sobre aquellas manchas rojas se ha escrito la leyenda de que vamos á ocuparnos.

V

Granada estaba más que nunca dividida en bandos.

Se acercaba la hora de que los cristianos se apoderasen al fin de aquella Alhambra tan codiciada, de aquella fortaleza cuyo dueño era el dueño de Granada, la cándida y la clara.

Había en Granada tres reyes á un tiempo.

Uno en la Alhambra, otro en el palacio del Gallo de Viento en el Albaicín, y el tercero en Málaga.

Era el uno el viejo Muley-Hhacem, hijo de Ismail.

El otro Muley-Abu-Allah-al-Zagal (1) su hermano.

Y El tercero, hijo de uno y sobrino de otro, Muley-Abu-Abd-Allah-al-Sagir-al-Zogoibí (2),

(1) El Mozo.

(2) El Pequeño y el Desdichadillo.

conocido más vulgarmente por Boabdil, ó por el rey Chico de Granada.

Estos sobrenombres eran cosas de los bandos para conocer á cada uno de los reyes.

Llamaban á Muley-Hhacem, el Viejo; á Muley-Abd-Allah, el Mozo; á Muley-Abu-Allah, el Chico.

Esto era muy bueno porque no podían equivocarse.

VI

La muerte del rey de Castilla, Enrique IV; la reunión de las dos coronas de Aragón y Castilla, por el casamiento de Isabel I y Fernando V; el formidable carácter del Rey de Granada Abul-Hhacem, y la desunión de sus vasallos, habían marcado el momento en que debía sucumbir Granada.

Añadíanse otras ambiciones secundarias á las del hermano y el hijo de Muley-Hhacem, y otras rivalidades terribles.

Estas ambiciones eran las de dos hijos de Abul-Hhacem, llamados los infantes Sydi-Yahye y Sydi-Al-Hhamar, hijos de una renegada cristiana que Abul-Hhacem había cautivado en su juventud en la frontera de Martos, por lo que había repudiado á su prima la sultana Aixa-la-Horra (1), lo que había establecido odios y banderías entre las dos sultanas, Aixa-la-Horra y Zoraya (2) la renegada (3).

Ayudaba la poderosa familia de los Zegrías á la sultana Zoraya: la no menos poderosa de los Abencerrajes, á la Horra: los Zenetes, los Masamudes, los Mazas, los Gomeles, todas las familias, en fin, estaban entre sí enemistadas, y divididas.

Los Reyes Católicos eran demasiado políticos para no volver en su provecho estas disensiones de Granada, y á su advenimiento al trono, al pretender Muley-Hhacem ratificar con ellos las treguas que habían tenido con Enrique IV, Fernando é Isabel le habían impuesto como condición

(1) La honesta.

(2) Lucero-de-la-mañana.

(3) Esta cristiana, según la tradición y las crónicas, era hija del alcaide de Martos, Sancho Jiménez de Solís; cautivóla en una correría el rey Abul-Hhacem, y enamorado de ella la hizo su esposa, cambiando su nombre de Isabel de Solís en el de Zoraya.

que se confesase su vesallo y les pagase tributo.

La respuesta de Muley Hhacem fué altiva y dura.

"Id y decid á vuestros reyes, dijo á los embajadores castellanos que habían ido á hacerle tal proposición, que ya murieron los reyes de Granada que pagaban tributo á los cristianos, y que en Granada no se labra sino alfanges y lanzas contra nuestros enemigos."

Dicho esto despidió á los embajadores y mandó hacer los preparativos para una guerra con Castilla, á pesar de que los Reyes Católicos concedieron la tregua sin otra condición.

Pero no tardó él mismo en romperla; en el año de 886 (1), aprovechando el descuido de los cristianos en la frontera, entró por ella á sangre y fuego, se puso sobre Zahara, villa situada entre Ronda y Medina Sidonia, y á pesar de que estaba bien guarnecida, la sorprendió durante las tinieblas de una noche obscurísima y tempestuosa, en que se desplomara el aguacero y bramaba el huracán. Los cristianos, á quienes la tregua y lo tempestuoso de la noche hacían creerse seguros, despertaron desfavoridos y pasaron del sueño á la muerte.

Al regresar Muley-Hhacem á Granada, y en medio de los plácemes de sus cortesanos, dicen que el anciano faquí Al-Macer dijo con sobrado valor al salir del alcázar:

"¡Las ruinas de Zahara caerán sobre nuestras cabezas! ¡Ojalá mienta yo, que el ánimo me da que el fin y acabamiento de nuestro señorío en España es ya llegado!"

A pesar de esto, el rey Abul-Hhacem, sin hacer caso de los alimes (2) y de los faqués (3) segura en sus algaras y cabalgadas, y amagaba á las villas fronterizas, aunque no podía tomarlas, porque los cristianos, con el escarmiento de Zahara, estaban prevenidos, contentándose con talar la tierra y cautivar y robar lo que encontraban de muros afuera.

No se hizo esperar mucho tiempo la venganza de los cristianos por la desgracia de Zahara. A principios del año 887 (4) don Rodrigo Ponce de León, señor de Marchena, con gentes de Sevilla, se encaminó á la frontera con el bravo intento de tomar la ciudad de Alhama; á media

legua de la ciudad se detuvo con sus jinetes y peones en unos profundos valles rodeados de recuestos y collados muy altos, y oculto en aquel lugar esperó á la noche; cuando ésta hubo llegado, y por cierto densa y obscura, se encaminaron á Alhama, y como al acercarse notasen que todo estaba tranquilo en el castillo, algunos de los cristianos pusieron con gran silencio escalas á la muralla, subieron con gran ánimo á ella, mataron los centinelas que encontraron dormidos, abrieron las puertas que daban al campo, y dieron entrada al resto de sus gentes. Los moros, sorprendidos por aquella hazaña, resistieron muy poco, y los más se salieron del castillo, bajaron á la ciudad y cerraron sus puertas, procurando defenderse con palizadas y barreras.

A la venida del día, los cristianos emprendieron el asalto, pusieron escalas por diferentes puntos, y á pesar de que los moros se defendían bravamente, los cristianos, aunque á costa de una gran mortandad, lograron penetrar en Alhama.

El combate duró todo el día y parte de la noche.

Los moros se defendían de calle en calle, en las que hacían barreras con los muebles, con las puertas, con los carros, con cuanto encontraban á mano; pero la llegada de un refuerzo de cristianos, decidió en favor de éstos la victoria.

Los moros fueron casi en su totalidad degollados.

Las mujeres, los viejos y los niños, que se habían acogido como débiles é inermes á la mezquita principal, fueron muertos sin compasión, y casas y calles y mezquitas sólo mostraban cadáveres.

La venganza que los cristianos tomaron por el desastre de Zahara, fué completa y horrible.

La noticia de este desastre llenó de luto á Granada; los faktes cruzaban por las plazas y por las calles llorando á gritos y pronunciando las más terribles y funestas profecías; el pueblo estaba espantado, y aumentaba el espanto la llegada de los habitantes de las villas fronterizas que venían desalados á encerrarse en Granada con sus haberes, temerosos de una suerte igual á la del Alhacen.

Pero Muley-Hhacem no se aterró, reunió de golpe tres mil caballos y cincuenta mil peones y marchó sobre Alhama; pero con la precipitación se había olvidado de llevar artillería y no pudo recobrar la ciudad.

(1) 1481 de J. C.

(2) Sabios.

(3) Sacerdotes, doctores de la ley.

(4) 1482 de J. C.

Más adelante volvió á cercar á Alhama, y ya casi estaba á punto de rendirse, cuando le avisaron de que su presencia era necesaria en Granada.

Su hijo y su hermano se le habían rebelado cada cual por su parte, y era llegado el momento en que los bandos interiores no le dejasen tiempo ni fuerza para atentar á la defensa de sus fronteras.

VII

Entre tanto los cristianos tomaron á Loja, y mientras Muley-Hhacem fué á su socorro, su hijo Boabdil, ayudado por su bando, se rebeló abiertamente en Granada, proclamándose rey; los vasallos leales del rey acudieron á su defensa, acaudillados por el wazir y por el walf de la ciudad; hubo un reñidísimo combate en las calles, y los rebeldes lograron apoderarse del Albaicín. El populacho, ansioso de novedades y transtornos, se declaró por el hijo y desbarató á los que venían con gentes á nombre de su padre. En vano algunos buenos caballeros pretendían restablecer la paz; el rey Muley-Hhacem, dejando lo de Loja acudió á Granada, y ayudado por su hermano el infante Zelim, walf de Almería, pudo recobrar la Alhambra, á excepción de una torre que defendía el alcaide Aben-Comixa que después fué wazir de Boabdil.

Con estas ventajas el rey viejo y el infante su hermano se atrevieron á bajar á la llanura, pero fueron devastados.

Encastillados el rey Chico y el rey Viejo, el uno en el Albaicín, el otro en la Alhambra, cansados de matarse sus parciales, se suspendieron los horrores de la guerra civil; pero sin ceder el padre ni el hijo.

Abul-Hhacem, desesperado, y viendo que entretanto Loja se perdía, marchó de nuevo en su socorro, pero apenas salió de la Alhambra, cuando se apoderó de ella el alcaide Aben-Comixa y la entregó al rey Boabdil.

Entretanto su padre hacía levantar el sitio de Loja á los cristianos.

Boabdil había sido proclamado rey.

Abul-Hhacem, no pudiendo hacer otra cosa, por consejo de su hermano Abdalá-al-Zagal, se retiró á Málaga, que con Guadix era de su alcaldía, y se mantuvieron fieles al rey.

VIII

Al fin, después de desastrosos hechos civiles, en que cada día se insurreccionaban las salas de Granada, y mientras el ejército de los castellanos acometía las fronteras, el rey Muley-Hhacem, viejo ya y achacoso, cedió la corona á su hermano Abdaal-al-Zagal.

Su hijo había sido hecho cautivo por los cristianos en la batalla de Lucena.

La sultana Aixa-la-Horra pedía su auxilio á los Reyes Católicos, y éstos se lo concedían, más porque Boabdil fuese á turbar con la guerra civil á Granada y á debilitarla, que por otra razón.

Boabdil, con la ayuda de los cristianos, se apoderó del Albaicín y después de la Alhambra.

Su tío Abdalá-al-Zagal se retiró á Málaga y Almería.

IX

Y siguió la guerra civil.

Y siguieron los cristianos adelantando en las fronteras.

Al fin Boabdil firmó una alianza con los Reyes Católicos, declarándose su vasallo.

Los Reyes Católicos, que ya se habían apoderado de Málaga, ayudaron á Boabdil contra su tío, se apoderaron de Baza, después de un largo sitio.

Aterrado Al-Zagal con lo pujanza de los cristianos, se presentó á la merced de los Reyes Católicos, firmó con ellos perpetua alianza, se declaró su vasallo y les entregó sus ciudades de Guadix y Almería.

Los Reyes Católicos ofrecieron en cambio al Zagal la taha de Andarax y el valle de Alhaurin con todas sus alquerías y la mitad de las salinas de Maleha.

Rindiéronse asimismo las fortalezas de Taberna y Serón en el interior, y las marinas de Almunekab y Jalubania, todo lo cual aconteció el año 896 (1).

X

Quedaba, pues, único señor del reino, pero de un reino deshecho, despedazado por los bandos civiles y casi destruído, el rey Boabdil.

(1) Este año árabe coincide con los de 1490 y 1491 de J. C.

En tales tiempos está consignada la tradición del Patio de los Leones que vamos á referir á nuestros lectores, después de los antecedentes descriptivos é históricos que hemos creído necesarios.

XI

LA SULTANA ZORAIDA

Era esta desgraciada una joya de Dios.

Apenas habíá cumplido veinte primaveras, y ya sus días eran tristes y sus noches sin sueño.

¿Quién podrá encarecer su blancura, más intensa que la de la plata virgen, ni quién sus cabellos dorados como el oro de Arabia?

Sus ojos eran azules como el cielo despejado de una tarde de primavera, y sus pupilas negras como una noche de tempestad.

Y como de la tempestad salen los relámpagos, de las negras pupilas de Zoraida salían también relámpagos de amor.

¿Por qué aquella huri mortal, aquel ramillete de perfección estaba triste y silenciosa, sentada en la fresca y embalsamada sala de los Divanes? (1).

(1) Conócese ahora esta habitación como una de las más bellas y mejor concluidas de la Alhambra, con el nombre de *Cuarto de las camas*, y es un departamento de los baños, es un cuadro de poca extensión, sostenido por cuatro columnas de mármol blanco de Macael, más allá de las cuales hay dos alhamíes, cuyo techo está sostenido por una columna en el centro y otras dos empotradas á los extremos; la del centro se apoya sobre un plano revestido de alicatado (mosaico), y levantado del pavimento 24 pulgadas, cuyo plano estaba destinado á sostener el diván ó lecho donde los reyes reposaban después del baño. El pavimento general del retrete es de mosaico, y en el centro tiene una fuente al nivel del pavimento; los huecos están adornados con un zócalo de azulejos de dos varas de altura sobrepuesta, al cual corre una cenefa; sobre esta galería baja hay otra alta sostenida en cuatro pilastras, entre las cuales corre una barandilla de madera, galería donde, según algunos autores afirman, se colocaban los músicos que tañían para hacer agradable á los reyes el reposo del baño. Encima de esta segunda galería hay diez y seis ajimeces ó transparentes pequeños, cuatro en cada lado, sobre los cuales asienta una cornisa de madera de bovedilla, de la que arranca la magnífica ensambladura cónica hasta terminar en un pequeño techo plano, en cuyo centro hay un precioso cupulino.

¿Por qué las lágrimas corrían lentas é incessantes á lo largo de sus mejillas?

¡Ayl Zoraida en aquella maravillosa cámara era una garza real aprisionada en una jaula de oro y pedrería.

Y como la garza desde su encierro recuerda los anchos espacios, y el magnífico espectáculo de la tierra vista desde las alturas, y al recordarlo inclina apenas la cabeza, así Zoraida recordaba otros espacios en que se había remontado su alma hasta el cielo del amor y de la felicidad.

¿Qué se habían hecho sus sueños?

Habían desaparecido quemados por el beso impuro de Boabdil.

En mal hora su padre le había arrebatado del silencioso alcázar de Málaga en donde pasó su infancia, arrullada por el canto de su nodriza y de sus doncellas.

En mal hora la llevó á Granada.

Y en día de muerte la llevó á los miradores de Bib-Arrambla, para que con ocasión de unas cañas y torneos, sortijas y toros, fuese admirada y vista su hermosura por los caballeros de Granada.

Y por el rey Boabdil.

Y por el abencerraje Ben-Ahmed.

.....
Boabdil había sido su esposo.

Ben-Ahmed se había atrevido á dirigirla. primero miradas, y luego suspiros, y al fin palabras de amor.

.....
¡Oh y cuán ardientes, cuán tristes, cuán apenadores eran los recuerdos de la sultana Zoraida!

Una lámpara de oro incrustada en nácar enviaba al semblante de Zoraida una tenue y dulce claridad que brillaba en sus lágrimas.

Era muy tarde, y la sultana no había dormido.

Era cerca del amanecer.

Los guardas de la muralla de la Alhambra, rendidos al sueño, no dejaban oír su grito de vigilancia; todo reposaba en el alcázar.

Sin embargo, por el adarve del jardín del mirador de Lindaraja se veían alejarse dos sombras hacia un ángulo de muralla; á la dudosa luz del alba que empezaba á esclarecer, se nota-

ba que la una sombra era un hombre, la otra una mujer.

Al llegar á aquel ángulo, la mujer desenvolvió una escala y la arrojó fuera.

—El día viene—dijo al hombre—; por fortuna he podido alejar á los guardas; aprovecha este momento para alejarte, walf; recuerda que no es tu vida la que expones, sino la vida y la honra de una desdichada.

—De un arcángel de muerte—murmuró con voz ronca el hombre.

¡Ah! ¡Infeliz... infeliz de ella! ¿Olvidas que es esposa de Boabdil?

—¡Oh! Si me amara, ¿qué importan la muerte y la deshonra, y los tormentos, á trueque de un instante de felicidad?...

—Vete, vete, walf Ben Ahmed; ¡si los guardas volvieran!...

—He subido por esta escala con la alegría del sol que sale, y la bajo con la tristeza del sol que se pone: yo había esperado ver mi cielo; pero mi cielo ha estado nublado para mí.

—Oye, walf, y espera y alienta tu esperanza... mi señora me ha dicho para ti estas palabras:

“Esta noche en el Generalife, al pie del ciprés de Abul-Walid.”

—¡Ah!

—Vete, pues.

—¡Otro día!

—Un día de hermosa esperanza, y después... una noche de felicidad.

—¡Og-Allah (1)—exclamó Ben-Ahmed; y arrancándose una joya la entregó á la esclava, y se deslizó por la escala.

Cuando la escala perdió su fuerte tensión, señal clara de que el que había descendido por ella había tomado tierra, la mujer la recogió.

Luego se inclinó sobre el adarve, y escuchó atentamente.

Poco después, allá á lo lejos, pasando por un puente del Darro, y trepando por la vecina cuesta del Chapiz, se escuchó el sonoro galope de un caballo.

XII

EL SULTÁN BOABDIL

Granada estaba amenazada.

Los Reyes Católicos, después de haber con-

quistado las principales villas y ciudades del reino, habían acampado delante de Granada, llevando consigo la flor de sus caballeros.

Y delante de Granada, en la Vega, habían levantado su ciudad real.

La ciudad de Santa Fe.

Un día, aquella ciudad, que sólo había sido antes un real, apareció cercada de muros.

Cuando aquello vieron los moros desde la Alhambra, se maravillaron, porque la tarde antes no existían aquellos muros, y no podían comprender cómo se habían levantado en una sola noche.

Aquello era una industria de los cristianos.

Por ella se cantó aquel romance que dice:

“Cercada está Santa Fe
de mucho lienzo encerao.”

Pero muy pronto los muros de lienzo se convirtieron en muros de piedra, y el real de los Reyes Católicos se convirtió en ciudad.

Y á pesar de que aquella ciudad con sus muros, sus torres y su cava se levantaba delante de Granada, y el rey Boabdil dormía como si hubiese sestado completamente en paz con los cristianos.

Dormía en el mirador de Lindaraja, entre los brazos de una esclava.

Lentamente la luz del día fué creciendo, y la esclava despertó, se envolvió en su túnica y se sentó en el diván.

Poco después de la aparición del alba, un ronco son de atakebiras, dulzainas y atabales rasgó el espacio, y cuando cesó este clamor guerrero, se escuchó la voz del mueden de la mezquita del alcázar que llamaba á la oración de Azobih.

Boabdil se levantó, sonrió á la esclava, fué á hacer su ablución á la fuente de la Sala de las Dos Hermanas.

Después se prosternó con el rostro vuelto al Oriente, y oró un momento.

Luego fué al diván, se reclinó en él indolentemente é hizo una seña á su esclava.

Esta se levantó, y fué á una puerta.

Salió, y poco después entraron otras cuatro hermosísimas esclavas.

La una traía una arquilla llena de perfumes y aguas olorosas, y la otra una fuente de oro, la otra un espejo, la otra una rica toalla.

(1) Og-Allah: quiéralo Dios: hoy decimos ojalá.

Las esclavas se arrodillaron, y luego se apoderaron del rey y le ataviaron.

Después se retiraron las esclavas, y entraron cuatro walfes escuderos del rey.

Le armaron, pusieronle su manto de púrpura sobre los hombros, la espada al costado, y la corona en la cabeza.

Después el rey se trasladó á la cámara de Embajadores y recibió á su corte.

En el patio del Mexuar ondeaba su estandarte.

Los caballeros que le rodeaban, estaban cubiertos de resplandecientes arneses.

¿Salía Boabdil contra los cristianos?

No; iba á una fiesta de cañas en Bib-Arrambla.

XIII

LAS CAÑAS SE VUELVEN LANZAS

¡Cuán engalanada se muestra la plaza!

Parece que los bosques la han enviado sus coves, las praderas sus flores, sus sedas Damasco, sus púrpuras Tiro, sus resplandores Oriente.

Damas de hermosura más resplandeciente que sus resplandecientes galas, ocupan ventanas y balconcitos y miradores y estrados, y parecen un cielo que se mueve y gira y brilla, agitando sus ventales de plumas y pedrería.

Y los galanes, mezclados con las damas, dejan ver sus aljabas verdes en señal de esperanza, labradas de oro fino y de perlas, y sus bonetes con plumas, cada cual del color de su dama.

Y hay entre muchas de aquellas tocas, trenzas rubias y negras, prendas de amor; y lazos de oro en las mangas de las aljibas con motes de amor, y cadenas de amor al cuello de muchos caballeros.

Y á los ríes de ventanas y miradores, más allá de los estrados, está la extendida tela (1), en que brilla apisonada la blanca y menuda arena del Genil.

Y alrededor de la tela las barreras de colores, con sus poternas de hierro dorado, y entre las banieras y los estrados, los africanos de la guardia del rey, con sus armaduras doradas, sus capellares rojos y sus relucientes botones de acero, con plumas que ondean al viento.

Y allá, al fondo de la tela, está el trono del

(1) El terreno del campo para justas y torneos ó para duelos.

señor rey, con su cortina de púrpura bordada de oro y sembrada de estrellas de rubíes, con el blasón de Al-Hhamar-el-Nocerí campeando en el centro, y que parece como empalidecido, como empañado al verse en un lugar de fiestas, en vez de encontrarse delante del real de los cristianos que cercan á Granada.

Boabdil es un rey insensato.

Insensatas son esas damas que están cubiertas de joyas, lazos y galas.

Insensatos esos mancebos, que enamoran cuando debían cabalgar contra el castellano.

Sólo los fakís, prosternados en las mezquita, exclaman:

¡Allah ku Abkar! ¡Allah ku Rhhaman! ¡Le galib ile Allah! (1)

Entretanto el rey ocupa su trono en Bib-Arrambla (2), y junto á él, pálida, triste y pensativa se sienta la sultana Zoraida, y delante las sultanas de la familia real (3), y más abajo las favoritas y luego las esclavas.

Y detrás del trono los wazires, y los alcaides, y los kadfes, y los walfes, y los alimes, y los xeques.

Una aclamación herida hiende los aires, por que el rey ha hecho una seña con su lenzuelo, y van á empezar las fiestas.

Un solo caballero ve con expresión sombría la seña del rey, y escucha con despecho el tañido de los instrumentos músicos y de guerra que llaman á las cuadrillas.

Está de pie á la derecha del rey, y tiene desnuda la ancha espada en que se apoya.

Es el único que no lleva galas, y que en vez de una ligera armadura dorada, como la que llevan los otros caballeros, se encuentra armado con un fuerte arnés de guerra de Milán.

En la barrera, sus pajes tienen del diestro un bravo conxel encubertado de batalla, y sus escuderos mantienen la gruesa y larga lanza, la ancha y redoblada adarga de siete aceros, y el ferrado yelmo de encaje.

Es joven: en la fuerza de su juventud.

(1) ¡Dios es grande! ¡Dios es misericordioso! ¡Sólo Dios es vencedor!

(2) Puerta del Arenal.

(3) Todas las princesas de la sangre se llaman sultanas entre los musulmanes, aunque sean doncellas.

La majestad irradia de su alta y serena frente.
En sus negros ojos brilla un valor bravío.

En su boca aparece una sonrisa de valor y de desprecio.

Aquel mancebo es el infante Muza-ben-Abil-Gazan: el valiente de Granada, hijo de Muley-Hhacem y de una esclava cristiana, hermano bastardo de Boabdil, indomable y vencedor alcaide de su caballería.

Cuando Muza cabalga en la Vega contra los cristianos, llevando tras sí las innumerables tairas de jinetes de Granada tras su bandera roja, allá va el huracán.

Cuando salen á su encuentro Gonzalo de Córdoba, ó el Alcaide de los Donceles, ó el conde de Cabra, ó Hernán Pérez del Pulgar con sus lanzas castellanas, parece que chocan dos montañas de acero lanzadas la una contra la otra por la mano de Dios.

Cuando entre los suyos está pálido, sombrío y ceñudo, los suyos tiemplan.

Muza está pálido; sus ojos centellean; su negra barba tiembla.

Su robusta mano empuña convulsivamente el pomo de su espada.

Su vista se fija en la puerta de Al-Bonut (1).

Por allí entran lucidas cuadrillas de zegríes.

A su frente, altivo, provocador, insolente, viene oprimiendo los lomos de un tordo rodado, Mahhomed-Zegrí, alcaide de la alcazaba Kadima, cubierto de galas rojas y arrastrando rojas gualdrapas: llevaba pintado en su adarga un salvaje sosteniendo un mundo, y por bajo este jactancioso mote: *Con más puedo*.

Su moreno semblante africano se volvió hacia el trono en el momento en que entró en la tela, y sonrió con sarcasmo á la sultana, con desprecio al rey, y fijó una mirada de odio y de reto en el infante Muza.

La sultana palideció; el rey bajó los ojos; Muza lanzó una mirada de muerte al Zegrí.

Seguían á Mohhamed-Adel-Zegrí, de cuatro en cuatro, cien caballeros zegríes, jinetes en potros negros de pura sangre árabe.

Iban cubiertos de seda, sin mostrar más que unos ligeros jacos (2), forrados de tela de oro: sus aljabas, sus marlotas, sus almaizares, eran de brocado rojo como el de su caudillo, y sobre

sus bonetes ondeaban plumas que parecían haber sido teñidas en sangre.

Al mismo tiempo por la puerta de Al-Kaissería entró un hermoso mancebo, jinete en una yegua blanca, con bonete, aljaba y capellar de brocado verde y gualdrapas de lo mismo.

En su adarga llevaba pintada un águila que volaba junto á un sol, y por bajo este letrero.

"Más alto vuelo."

Este caballero, que era muy hermoso, se llamaba Ahmed-ben Zeragh, y era jefe de la poderosa familia de los abencerrajes.

Seguíanle de cuatro en cuatro jinetes como él en yeguas blancas, y como él vistiendo brocado verde, cien bravos caballeros abencerrajes.

Los dos jefes de las dos tribus, Mahhomed-Adel-Zegrí, y Aben-Ahmed-Aben-Zeragh, se unieron para ir á saludar al rey, y del mismo modo se unieron sus cuadrillas.

Después del saludo, cada uno tomó por un costado de la liza: seguían á cada uno sus caballeros, y al fin los escuadrones se formaron el uno frente al otro: los abencerrajes estaban á la derecha del trono, los zegríes á la izquierda: en medio la arena despejada: á una señal del rey, los escuderos de las fiestas saltaron las barreras, y cargados de haces de cañas forradas de vistosas cintas, poveyeron de ellas á los caballeros y se retiraron.

Entonces sonó la señal.

Los dos escuadrones se abrieron, desplegándose como un abanico.

Y caracolearon los caballos, y se mezclaron de una manera ordenada formando círculos y caprichosas combinaciones, y entrando y saliendo y remedando de una manera muy vistosa una trabada escaramuza.

Y volaban las cañas, ondeando las cintas de colores, y las damas y los caballeros y el populacho, y el mismo rey, aplaudían y reían de muy buena gana, cuando un caballero torpe ó descuidado recibía un golpe de caña en el rostro.

Por una, dos y tres veces las cuadrillas quedaron sin cañas, se replegaron haciendo provisión de nuevas cañas, y volvieron á juego; pero á la cuarta vez, un caballero abencerraje lanzó un grito de muerte y cayó de su yegua.

Algunos escuderos de los zegríes habían saltado la valla y habían dado á sus dueños picas de combate.

Por esto se dijo el romance aquel:

(1) De los Estandartes.

(2) Corazas pequeñas.

"No hay amigo para amigo:
Las cañas se vuelven lanzas."

XV

EL CIPRÉS DE LA SULTANA

XIV

LA BATALLA

A aquella infame traición de los zegríes, siguió un tumulto espantoso.

Los abencerrajes, provistos de lanzas los unos, los otros valiéndose sólo de las espadas, se revolvieron con un odio y una saña incomparables.

De los estrados, de las galerías, de las casas, bajaban á la liza caballeros, y aun el populacho empezaba á tomar parte, dividiéndose Granada en dos bandos.

El rey con la sultana, con sus mujeres, con sus consejeros, escapó y se encerró en la Alhambra.

El infante Muza quedó en la plaza revolviéndose entre los combatientes y gritando para ponerlos en paz:

—Ved, caballeros, que tenemos á las puertas los cristianos, que el peligro arrecia, y que no es esta la ocasión de volver las armas los unos contra los otros, sino de ir juntos y alentados contra el enemigo de todos; ea, caballeros, bajad las armas y mirad á Granada que llora: y si tenéis sed de sangre, venid conmigo y busquémosla cristiana en el Real de Santa-Fe.

Pero en vano tronaba la voz de Muza: los zegríes no obedecían, y los abencerrajes, que hubieran obedecido, se veían obligados á defenderse de los zegríes.

Entonces Muza dejó las persuasiones y apeló á la fuerza.

Reunió alrededor de su bandera á los africanos de la guardia del rey y á sus esclavos negros, y embistió con los zegríes.

Reforzados los abencerrajes, se llevaron al fin por delante cuanto encontraron.

Los zegríes huyeron, dejando sobre la plaza muchos cadáveres de los suyos, y fueron á encerrarse en el castillo de Bib-Ataubín (1).

Los abencerrajes fueron á encerrarse con el rey en la Alhambra.

Comprendieron los zegríes que, vencidos como estaban, abandonados de todos, el rey podía hacer en ellos un terrible escarmiento.

Pensaron, pues, en engañar al rey.

La misma sultana Zoraya, la renegada á quien servían, envió á Mohhamed-Adel-Zegrí un mensajero, con el que le dijo que era necesario ganar tiempo, y buscar sobre seguro otro medio de acometer al rey Boabdil.

La sultana Aixa la-Horra por su parte, ayudada por el alcaide Muza, pugnaba en la Alhambra por decidir al rey á que cortase la cabeza á los traidores.

Pero el rey era débil, y resistía.

Parecióle peligroso hacer justicia en unos caballeros tan turbulentos que tanto poder tenían y tan poderosos eran, y se avino á recibir á Mohhamed Adel-Zegrí.

El caudillo de los zegríes se esforzó por probar que un caballero zegrí que había huido temiéndole el castigo, había sido el que por celos de una dama había arrojado una lanza contra un abencerraje, y que el combate que después había seguido, había sido una equivocación lamentable. Que habían corrido voces en el momento de la lucha entre los zegríes de que querían destruirlos; que esto había causado su tenaz resistencia; pero que, aclarados los hechos, los zegríes no tenían el menor reparo en dar cuantas satisfacciones fueren necesarias al rey y á los abencerrajes, y en renovar con ellos la antigua amistad, dando en rehenes de ella sus hijos y sus esposas.

Parecióle al rey bastante la satisfacción de los zegríes, y los abencerrajes sacrificaron su justo odio en favor de la patria: aquel mismo día los cristianos habían corrido las dos leguas de vega que hay desde Santa-Fe á Granada; se habían extendido por una parte hasta la Azubia, y por otra hasta Viznar; y aldeanos y labradores habían entrado despavoridos en Granada.

Era, pues, necesario de todo punto la unión más estrecha entre los caballeros granadinos, el olvido de todos los odios, y los esfuerzos comunes y unidos contra el enemigo común.

Cedió, pues, el rey por temor, cediendo los abencerrajes por generosidad; concertaron una avenencia, y para celebrarla se dispuso una zambra en el Generalife, donde debían echarse los

(1) De la puerta de los convertidos.

lazos de una nueva amistad entre zegríes y abencerrajes.

Llegó la noche.

El Generalife estaba resplandeciente.

Sus cascadas corrían bajo sus verdes bóvedas de laurel, entre las que estaban escondidas jaulas con cuantos pájaros de voz armoniosa podía reunir el deseo.

Las lámparas de colores ardían en el oscuro fondo de las enramadas, esparciendo una dulce luz.

Las fuentes saltaban, cruzando caprichosamente sus surtidores, bajo los que ardían mil luces.

Al lado de los estanques, entre los jardines, al dulce eco de la fiesta, vagaban parejas de damas y caballeros que hablaban de amor.

El cielo estaba plácido y tranquilo; la luna brillaba, y las frescas auras gemían entre las enramadas.

Pero había un jardín en el Generalife, en el cual no brillaban luces.

Únicamente la luna reflejaba en su largo estanque.

Un solo ruiseñor cantaba escondido en lo más alto de un árbol gigantesco.

Aquel árbol era un ciprés.

El ciprés de Abul-Walid.

Si vais al Generalife encontraréis aún aquel jardín, aquel estanque, la antigua atarvea con flores ahora, como entonces, porque la naturaleza es más pródiga que los hombres; éstos han dejado que se arruinen las galerías de estuco y mármol, los aleros, las cúpulas...; la primavera ha cuidado de cubrir cada año de flores las orillas del estanque, y cada año ha nacido una rama nueva al ciprés.

Cuando el *cicerone* que os acompaña llega á aquel jardín, se detiene y os dice con un entusiasmo verdaderamente romanesco:

—Aquel es el ciprés de la Sultana.

Y cuando os acercáis á él, veis que los que han llegado primero que vos, han cortado con

un entusiasmo también enteramente romanesco, una astilla del árbol, una especie de reliquia.

El ciprés, junto á su pie, á la altura de un hombre, está roído, ó más bien desollado, por el entusiasmo de los viajeros.

Una tarde estaba el autor sentado, á la puesta del sol, en el pequeño jardín donde existe el ciprés.

Hablaba con un viejo inválido de la compañía de la Alhambra, y miraba á la altísima punta del árbol maquinalmente.

De improviso, viniendo de la parte de la Silla del Moro un gran pájaro blanco se cernió un momento sobre la punta del ciprés, y se detuvo en ella.

—¿Qué clase de pájaro es ese, tío Juan?—dijo el autor al inválido.

—¡Ah! ¡ah!—exclamó el viejo—; es un animal muy raro: es un grajo.

—¡Un cuervo blanco!

—Sí, señor, un grajo cano de viejo: como que dicen que el ciprés de la Sultana tiene cuatrocientos años, y que ese cuervo es tan viejo como él.

—¿Quién ha dicho á usted eso, tío Juan?

—Mi padre se lo oyó decir á mi abuelo, que decía que se lo había oído decir al suyo, y que el abuelo de más allá se lo había oído decir al de más lejos.

—Vamos, esa es una noticia transmitida de generación en generación: una tradición, en una palabra.

—Como se sabe que la sultana que engañó al rey Chico de Granada, dejándose enamorar de un abencerraje al pie de ese árbol, era rubia y blanca, y tenía los ojos garzos y una pequeña rosa, que le hacía mucha gracia, en la mejilla derecha.

No me atreví á desmentir al tío Juan, que siguió contándome con la fe más ciega, y como hubiera podido contarme un suceso del día anterior, la tradición de los amores de la sultana de Granada, y del abencerraje Aben-Ahmed.

Otase desde aquel solitario jardín, perdido y tenue á lo lejos, el concierto de la fiesta que se agitaba en el Generalife.

El ruiseñor, escondido en el árbol, trinaba.

La luna brillaba en la tersa é inmóvil superficie del estanque.

Los bosquecillos de laureles proyectaban misteriosas penumbras.

La brisa de la noche volaba cargada del aroma de las flores.

Entre la obscura sombra de un bosquecillo se destacaron cuatro fantasmas blancos.

Eran cuatro hombres envueltos en sus almazares.

Hablaban de una manera contenida.

Se deslizaron siempre en la sombra hacia el ciprés, y se ocultaron detrás de él en una espesura de rosales.

El que hubiera estado junto á ellos habría podido oír el diálogo siguiente:

—¿Y estás seguro, primo Mahandin, de lo que nos has confiado?

—Esta mañana, antes de amanecer, uno de los guardas del jardín de Lindaraja vió salir de los baños á Zaruhlema! (1) —contestó el preguntado.

—¡Ah! ¡la doncella favorita de la sultana! —dijo otro.

—Con Zaruhlema! iba Aben-Ahmed. El guarda la oyó decir: "Esta noche en el Generalife, al pie del ciprés de Abul-Walid."

—¿Y no podrá ser que quien haya dado esa cita á Aben-Ahmed sea la misma Zaruhlema!?

—Aben-Ahmed no se hubiera expuesto por esa dama á escalar la Alhambra y á entrar en los baños del rey. No se hubiera pagado tan espléndidamente á los guardas para que se retirasen.

—Silencio—dijo uno de los cuatro—; me parece que oigo abrir recatadamente una puerta de la galería.

—Ocultémonos bien, y silencio.

No volvieron á hablar una sola palabra.

Una mujer salió de la galería, y adelantó hacia el ciprés con paso tímido é irresoluto.

Cuando se puso bajo la luz de la luna, brilló el brocado de su túnica, y brillaron las alhajas de que venía prendida.

Traía cubierto el semblante con el velo

Adelantó hacia el ciprés, miró en torno suyo con anhelo, se sentó al pie del árbol sobre el

césped, y se descubrió echándose atrás el velo.

Era la sultana Zoraida.

Estaba pálida, temblorosa, dominada por una excitación profunda.

En sus magníficos ojos brillaban á un tiempo el amor, el temor, la amistad, la pureza contrariada, el orgullo comprimido.

Su seno, cubierto de deslumbrantes joyas, se levantaba y se deprimía.

Su aliento salía abrasador y fatigado por sus entreabiertos labios.

Todo en ella revelaba una mujer en cuyas venas latía sangre africana, á impulsos de un amor largo tiempo hacia contrariado, dominado hasta el momento de la prueba.

Amor escondido en un delicioso misterio, cubierto por las alas del arcángel de la pureza, tranquilo hasta entonces como las aguas de un lago, profundo como el abismo, é indeleble como la marca puesta por el dedo de Dios sobre la frente de una criatura.

Aquel amor había llevado hasta el pie de aquel ciprés á la sultana, de aquel funesto ciprés, mudo confidente de amores misteriosos; y allí, entre un vacilante silencio, al tibio rayo de la luna, al suave y aromático aliento de las auroras, que susurraban lentamente entre las flores y las enramadas, la desdichada Zoraida recibió en el misterioso fondo de su alma la última y más ardiente revelación de aquel amor hasta entonces dominado, silencioso, vago, infinito, que hacía mucho tiempo llenaba sus sueños.

Zoraida vió el abismo en el momento en que éste se abría á sus pies, y quiso retroceder.

Quiso huir.

Se levantó trémula y se encaminó á la galería, pero de repente apareció junto á ella, saliendo de entre una enramada, un hombre.

Era Aben-Ahmed.

Galán, hermoso, enamorado.

Pretendió huir aún; pero encontró ante sus pies de rodillas al abencerraje pálido y tembloroso.

Y sintió sus manos asidas por otras manos convulsas, y unos labios ardientes y trémulos que besaban con delirio sus manos.

—¡Oh! ¿qué haces? —exclamó la sultana

—Desfallecer de amor, alma de mi alma— contestó al abencerraje.

Zoraida cayó sin fuerzas, rendida por su amor sobre el césped que rodeaba al ciprés.

Y entonces, cuando los dos amantes sólo te-

(1) Flor de hermosura.

nían ojos y oídos para sí mismos, los cuatro hombres que estaban ocultos tras el ciprés en la espesura, se alejaron con paso silencioso, y se perdieron á lo largo de los jardines.

Y Aben-Ahmed, entretanto, permanecía á los pies de Zoraida, y la decía fuera de sí:

—¡Oh! ¡bendita sea la noche que envuelve en su silencio nuestro amor! ¡bendita sea la luna que alumbró tu hermosura!

¡Tu frente encendida por el rubor y la agitación de tu seno, son voces mudas que pronuncia tu alma, y que me dicen: ¡yo te amo!

Alza los ojos, gacela, y pon tu mirada de delicias en mi mirada.

Ellos son la lumbre de mi vida.

Su fulgor, el fulgor de la estrella esplendorosa de mi destino.

Callaba la sultana; callaba y temblaba.

Aben-Ahmed enloquecía con su hermosura, y exclamaba:

—Sultana del amor, flor de las flores, lucero de los luceros, hurí de las huríes, rosa del Paraíso, la noche nos envuelve en su silencio; huyamos; huyamos lejos de ese rey miserable y cobarde y de la ruina de Granada; salvemos nuestro amor.

Yo tengo en Africa alcázares.

Yo tengo en aquellos alcázares tesoros.

Yo soy el jefe de una valiente tribu.

De la tribu de los Beni-Zerahg.

Descendiente como Al-Hhamar-el-Nazerita. del Ansarí, mi estandarte verde ondea sobre las lanzas de mis bravos abencerrajes.

Aquí la infamia nos rodea y la traición nos acecha.

Huyamos, sultana.

Huyamos de esta corte de ignominia.

Yo daré en Africa á tu hermosura un trono más resplandeciente que el de Boabdil.

Al oír el nombre del rey, la sultana volvió en sí como si despertase de un sueño.

—¡Ah!—exclamó—; ¡eres tú, Aben-Ahmed! ¿qué quieres á los pies de la sultana?

¡Levántate, desdicha! ¡Los esclavos del rey velan, y tu cabeza está mal segura en tus hombros!

¡Huye! ¡Huye y sáivate! ¡Que el sultán de Granada no puede herirte!

Al escuchar el altivo acento de Zoraida, que

había logrado sobreponerse á su sueño, Aben-Ahmed se creyó humillado.

—¿Por qué me has llamado aquí en el silencio de una noche tranquila, si no me amas?—exclamó: ¿Por qué has venido sola á este apartado jardín donde todo convida al misterio y á los amores?

Si es que no te parezco bastante grande, yo lidiaré, y, te lo repito, te conquistaré un trono, el trono de Damasco, y serás sultana del Oriente y del Occidente, desde el estrecho de Geb-al-Tarik, hasta las vertientes del Atlas y los linderos del gran Sahara.

—¡Oh! ¿Qué dices? ¡Aparta, vasallo! ¡Para ser sultana me basta un trono, para ser noble y leal á mi rey y á mi esposo, arde en mis venas la esclarecida sangre del sultán Ismail!

Aparta y vete.

La sultana ha venido aquí, te ha llamado aquí, para robar á tus insensatos amores la última esperanza, para apartarte de una horrible senda, que sólo conduce á un lago de sangre.

—Yo siento el buitre que se acerca—exclamó tristemente Aben-Ahmed.

Yo oigo en los aires lúgubres rumores.

Es Ariel (1), que bate sobre mí sus alas negras.

Quédate á Dios, sultana.

Si al trasponer el sol del próximo día, al aparecer en el Oriente el lucero de la tarde, ves pasar por delante de él una nubecilla roja, ese será mi espíritu que esperará trémulo de amor una sola mirada de tus ojos.

Y trémulo, pálido como un cadáver, se levantó el Abencerraje de los pies de la sultana.

—¡Morir!—dijo Zoraida estremecida, arrastrada por la invencible fuerza de su amor: ¡Morir tú! ¿Y por qué?

—Lo que está escrito se cumplirá—dijo con desesperación Aben-Ahmed: ¿Acaso puedo yo vivir en las tinieblas de la desesperación sin tu amor.

¡Oh! Yo no te conocía cuando vine de Africa con mi tribu.

¡Yo no sabía, que la Alhambra había de ser para mí, como un vaso de oro y rubíes lleno de falaz tósigo.

Y, sin embargo, los sabios de mi patria me habían dicho:

(1) El arcángel de la muerte.

“¿Adónde vas, caudillo?

Cuando el alción de Africa tienda su vuelo al Occidente;

Cuando busque aires más puros y más frescos y tierras más tapizadas de verdor;

Cuando abata su vuelo junto á las claras corrientes,

Sobre las pintadas flores,

Llegará al pie de una montaña coronada por la majestad de un alcázar;

Y en el alcázar encontrará una garza real;

Y la garza causará la muerte del alción, porque le amará y apartará de él los ojos, que posará en los de un cobarde gerifalte;

Y el gerifalte verterá con alevosía la sangre del alción, viajero y peregrino, y velo de sombra extenderá sobre él.”

—Lo que pronosticaron los sabios se ha cumplido.

Partí, llegué, te vi, y te amé.

Te amé... como ama el cielo al sol, el mar al viento.

Te amé... como ama el ciego la luz, y el desdichado la esperanza.

Te amé... con toda mi alma, con toda mi vida, con todo mi deseo, con toda mi voluntad.

Te amé... para morir de amor.

Quédate á Dios, sultana.

Lo que está escrito se cumplirá.

¿Acaso puedo vivir?

¡No! Insultaré á los zegríes, y me matarán.

Y si quiero morir con gloria, ¿no velan en el real cristiano, sedientos de sangre mora, ese famoso Gonzalo de Córdoba, el bravo Ponce de León, Hernando del Pulgar, y don Alonso de Aguilar el Valiente?

Adiós, sultana.

Ariel bate ya sus negras alas.

La hora se acerca.

Y fuera de sí Aben-Ahmed, se apartó de la sultana.

Zoraida no pudo contener su llanto.

Detúvose Aben-Ahmed estremecido de alegría, y tornó al sitio donde aún permanecía inmóvil la sultana.

—¿Por qué lloras?—exclamó Aben-Ahmed—cada lágrima tuya vale un torrente de sangre. Si tú me amas, hurí, pronuncia una sola palabra, y cuanto se oponga á nuestro amor caerá ante mi espada.

—¡Vete!—dijo la sultana dominando su conmoción y procurando ahogar sus sollozos.

—¡Oh! ¡Dejarte cuando todo el llanto que corre de tus ojos, la agitación de tu seno, la palidez de tu semblante me dicen que me amas!

—¡Vete!—repitió Zoraida.

—No, no me alejaré. Alejarme sería morir.

—Permaneciendo, morirás.

—¿Y qué importa?

—¿Y mi amor?—exclamó con desesperación Aben-Ahmed.

La sultana se levantó de una manera solemne; sus lágrimas se habían secado, brillaba su mirada, tranquila, grave, inspirada.

—Antes de conocerte—dijo, yo vivía otra vida tranquila, dulce, resignada, sin alegría, es verdad; pero también sin dolores; no amaba á mi esposo, porque no le eligió mi voluntad, porque Dios no había querido que le amara; pero no le aborrecía.

Mi sueño era tranquilo.

Las flores tenían para mí colores y fragancia.

El aura era fresca y balsámica.

Mi aliento la aspiraba con delicia.

Yo veía al sol levantarse majestuosamente en el Oriente y caer lleno de languidez en el Occidente, como el camello que se reclina después de una larga jornada.

Yo lo amaba todo; las flores, los pájaros, las auras, el sol, la tierra, los luceros que vierten una vaga y misteriosa luz en el firmamento.

Era yo entonces feliz; las buenas hadas me halagaban en mis sueños, y al despertar el alba me sonreía.

Pero cuando te vi, Aben-Ahmed, las mejillas, doradas por el sol de Africa, cabalgando al frente de tus bizarros abencerrajes en tu yegua blanca, llevando tras ti el verde estandarte de la familia del Profeta;

Cuando pasaste bajo mis celosías, galán y hermoso, terciada la pica, la frente alta, suelta la toca al viento, resplandeciente la mirada;

¡Oh! cuando te vi, el ángel de la paz no batió ya sobre mí sus alas blanca, ni las flores, ni la alborada, ni el sol tuvieron para mí fragancia, frescura, ni resplandores;

Los pasos de mi esposo, que se acercaba á mi retrete y que antes no me inquietaban, me aterraron.

Las puras frentes de mis hijos me causaron vergüenza.

Porque yo dentro de mi alma era adúltera.

Porque dentro de mi alma yo te amaba.

Y yo no debía amarte.

Quise vencer aquel amor vergonzoso, y creció.
Quise contenerle al menos, y se desbordó.

Y cuando yo luchaba en vano conmigo misma, tú, enamorado de mí, me aquejabas con tu amor.

En la noche, cuando todo callaba, cuando todo dormía, el sonido de una guitarra vino á estre-mecerme.

Y luego tu voz que cantaba á lo lejos en la margen del río, entre las espesuras de avellanos, llegaba, conducida por los traidores céfiros, hasta el mirador, desde el cual fijaba yo en la luna mis ojos llenos de lágrimas.

¿Quién sabía si aquel canto de amores busca-ba á la sultana que gemía en su mirador, ó á una dama escondida tras sus celosías en los cárme-nes del Darro?

Yo sola sabía que aquel canto venía á bus-carme.

Yo sola sabía que aquella palabra ardiente, que aquella armonía melancólica hablaba á la sultana.

Y yo me volvía loca.

Yo luchaba.

Quise al fin probar el último remedio.

Quise conocerte, tratarte, contemplarte de cer-ca, sorprender tus debilidades, tus miserias, en-contrar razones para olvidarte.

Y te vi; y te hablé; y sólo hallé en ti prendas para amarte más.

Desesperada, quise probar el último esfuerzo, y te llamé aquí á este jardín solitario para hacer imposible mi vergüenza separándote de mí, apar-tándote de mí, irritándote, despreciándote.

Yo quería quedarme sola con mi amor.

Quería que huyeses, que me aborrecieses.

¡Y me has vencido!

¡Yo te amo, Aben-Ahmed!

¡Te amo antes que todo!

Pero vete... déjame...

Porque si yo fuese tuyo, la vergüenza me ma-taría.

Porque no podría sobrevivir á mi infamia.

Tras esta apasionada declaración, la sultana calló, y doblegó su frente bajo el peso de la ver-güenza.

Aben-Ahmed llegó á la atarvea, cortó algunas rosas blancas, las enlazó, y las puso á manera de corona sobre la frente de la sultana.

—¡Oh!—exclamó—: si no puedes, si no debes ser mía, guarda estas flores como el emblema de nuestros castos amores, y cuando estas rosas es-

tén marchitas, acuérdate de que el corazón de Aben-Ahmed estará marchito también.

—¡Oh!—exclamó Zoraida levantando hacia Aben-Ahmed sus ojos inundados de lágrimas: —¡Oh! ¡si estas rosas no estuviera sobre la pesa-da corona que ha ceñido á mi frente Boabdil!

..Apenas había pronunciado la sultana estas palabras, cuando entre la espesura de rosales, situada detrás del ciprés, apareció bajo el rayo de la luna un semblante pálido, convulso, horri-ble, que abarcaba en una mirada de muerte á los dos amantes.

Era el rey Boabdil.

Tras él, ocultos en la sombra, se veían cuatro hombres envueltos en alquiceles blancos.

Aben-Ahmed y Zoraida se alejaban entretan-to á lo largo del jardín, y muy pronto se perdie-ron entre la espesura.

El rey saltó como un tigre de entre la enra-mada, con la mano puesta en su puñal, y la san-grienta mirada fija en el lugar por donde habían desaparecido los amantes.

Los cuatro hombres salieron tras él y le ro-dearon.

Eran Mahhomed-Adel-Zegrí, Hamet-Zegrit, Mahandon Gomel, y Mahandin, todos zegríes, todos enemigos de Aben-Ahmed.

Hamet-Zegrí se puso delante del rey.

—¿Adónde vas, señor—le dijo—: si matamos á Aben-Ahmed aquí, en el Generalife, entre los brazos de la sultana, su muerte será un aviso para los demás abencerrajes, y todos deben morir, porque todos son traidores. La venganza, señor, es más sabrosa cuanto más se espera. No caiga uno solo, una cabeza es poco.

—Sí, dices bien—exclamó el rey con acento opaco—; todos... todos...

Y luego, en un momento de horrible decisión, exclamó:

—Id mañana á la Alhambra acompañados de mi verdugo.

Y apartándose bruscamente de los cuatro zegríes, se perdió por la oscura galería del fondo del jardín.

Al terminarse la zambra en el Generalife, los abencerrajes recibieron una invitación del rey, que los invitaba para un sarao en el patio de los Leones.

Desde aquella noche en que la sultana Zoraida escuchó al enamorado Aben-Ahamed y le confesó su amor en el Generalife, se conoce el viejo árbol de Abul-Walid bajo el nombre tradicional de *Ciprés de la Sultana*.

XVI

LA CÁMARA DE LOS LEONES

Al día siguiente, recostado sobre un diván, en el fondo de uno de los magníficos alhamfes de la cámara de los Leones, había un hombre cubierto de regias vestiduras.

Estaba pálido, sombrío, meditabundo.

Temblaba su barba bermeja, y temblaban de tiempo en tiempo en una contracción poderosa los músculos de su semblante, y un largo y breve estremecimiento corría de tiempo en tiempo á lo largo de su cuerpo.

Aquel hombre era el sultán Boabdil.

Estaba solo.

Su mirada terrible, fija, lúgubre, se fijaba en la fuente de mármol colocada en el centro del pavimento, y en la cual no corrían las aguas.

La fuente de la cámara y el alhamí del frente del en que asentaba el rey, estaban cubiertos de tapices rojos.

La cámara estaba velada por una media luz.

El resplandor del sol penetraba fatigado por los dobles transparentes de la cúpula estrellada, produciendo sobre los muros un reflejo perdido y fatídico, y dejando en sombra á los alhamfes.

Nada se oía, más que el paso acompasado de los esclavos que guardaban en las galerías del patio de los Leones las puertas de las cámaras.

Notábase en el semblante del rey la impaciencia con que medía el tiempo.

Sus miradas crueles; reconcentradas, pasaban tan pronto de la puerta de la cámara al tapiz rojo que cubría el alhamí del frente, como de este tapiz á la taza de mármol situada en el centro del pavimento.

Llegó al fin un punto en que el semblante del rey se dilató.

Habían resonado pasos en las galerías del patio de los Leones.

Los pasos se acercaron.

El tapiz de brocado rojo que cubría el magnífico arco de entrada de la cámara se levantó, y apareció un hombre.

Era el abencerraje Aben-Ahmed.

Venía magníficamente vestido, y delante de su hermoso rostro parecía flotar una nube de tristeza.

Adelantó hacia el rey, y dijo inclinándose profundamente:

—Allah te guarde y te prospere, magnífico sultán: ¿qué quieres de tu siervo?

Boabdil no contestó al abencerraje.

Se levantó y atravesó lentamente la cámara, llegó al alhamí del frente, levantó un tanto el tapiz rojo, miró al fondo, vió entre la obscuridad una sombra informe, y sonrió, con la espalda vuelta al abencerraje, de una manera horrosa.

Luego, compuesto ya el semblante, pasó por delante de Aben-Ahmed, que miraba con recelo lo que el rey hacía, y levantó el tapiz de la puerta de entrada.

En aquel momento Mahandon-Gomel extendía en las galerías del patio de los Leones feroces esclavos negros de la guardia del rey, armados hasta los dientes.

Boabdil dejó caer el tapiz, reconoció bajo sus ropas con su mano trémula su cota de malla, probó si su puñal salía con facilidad de la vaina, y después de esto volvió con paso lento al diván que había dejado, y se sentó en él.

Aben-Ahmed adivinó un peligro, y un peligro inminente y terrible.

Pero era bravo y sereno, y ni un solo músculo de su semblante se contrajo.

Permanecía prosternado en el mismo lugar desde donde había saludado á Boabdil, que fijaba en él una mirada reconcentrada.

Pero muy pronto aquella mirada perdió su expresión sombría, á la manera que los vapores de la mañana se deshacen, se evaporan, se pierden bajo el rayo del sol.

Su semblante pálido y hermoso dejó ver la lánguida é indolente sonrisa, y la expresión débil y sensual que le caracterizaba.

Sus ojos miraron con una paz profunda á Aben-Ahmed.

—Walí Aben-Ahmed—dijo el rey—; después de la miserable traición que los zegríes cometieron contra ti, y contra los caballeros de tu tribu, siento un indecible placer al verte vivo y salvó ante mí. Levántate, valiente caudillo de los abencerrajes; te he llamado porque es muy justo que yo pretenda desagraciar por mi parte á los generosos abencerrajes. Levántate y ven á sentarte junto á mí.

Aben Ahmed creyó sinceras las palabras del rey, y sintió un verdadero remordimiento, una profunda vergüenza al recordar que amaba á la esposa de un hombre que le trataba de una tan noble manera.

Obedeció al rey, y se sentó en el diván.

El rey reparó en la espada del abencerraje.

Celebró las labores cinceladas de su empuñadura de oro.

Luejo quiso ver la hoja.

Aben-Ahmed, perdido enteramente el recelo, desnudó la espada y la entregó al rey.

El rey ponderó el temple de la hoja y lo primoroso de sus labores.

Después, refiriéndose á la batalla del día anterior, elogió el valor de Aben-Ahmed, y como premio de aquel valor le abrazó.

Ni halló loriga ni jacerino bajo las ropas del abencerraje

Sólo llevaba sedas y brocados

Cuando Aben-Ahmed estaba completamente desarmado, el rey le dijo:

—Tú eres africano; tú habrás pasado muchas noches á la luz de las estrellas, y habrás consultado á los sabios; tú habrás oído á los xeques de tu tribu contar terribles historias durante las largas noches de invierno; pero jamás habrá sonado en tus oídos una tan terrible como la que vas á oír de boca de tu rey.

Aben-Ahmed tembló de una manera involuntaria.

Un presentimiento frío, lúgubre, había penetrado en su alma.

—Es una historia triste para uno; bella para dos; es una historia de un rey ofendido de una sultana miserable, y de un esclavo infame; una hermosa historia, ¡por Allah!

Aben Ahmed empezaba á comprender la verdad; pero se dominó sin embargo.

El rey continuó:

—Si, es una bella historia; ¡por los *Siete Durmientes* estoy seguro que no habrás oído otra tal en toda tu vida, walí!

Escucha:

“Moraba en una ciudad fuerte y poderosa un rey á quien todos llamaban débil y cobarde.

Todos se mofaban de él... á su espalda, porque es fama que aquel rey llevaba sus venganzas hasta la crueldad.

Y este rey, solo, perseguido por su destino, abandonado de sus vasallos, receloso de sus es-

clavos, llegó á encontrar triste y solitaria su morada real.

Y ten en cuenta que nunca poderoso sultán ó respetado emir alcanzaron á ver juntos tanto oro y tantas alhajas, tantos mármoles y tantas grandezas como tenía el alcázar que aquel rey desdichado había heredado de sus abuelos.

Aquel rey ruin, débil y cobarde, como decían sus vasallos.

Y como aquel rey tenía corazón, corazón agitado por miserables pasiones humanas, se dijo sondeando su corazón.

Buscare entre las princesas de mi reino ó de regiones dístantes, una mujer hermosa, amante, de ojos brilladores, y frente pura que no empalidezca bajo el brillo de la corona.

Y así no estaré solo y abandonado.

Y buscó y encontró.

Y á mano, á fe; dentro de su misma tribu, en su misma familia, casi en su alcázar.

Y ella, la que debía ser sultana, escuchó ruburosa al anciano wazir que en nombre del rey la requirió para que fuese sultana, y aceptó.

Todo cambió.

Pareció que el casamiento del rey y de la princesa había sido una evocación mágica.

Porque despertaron de su inercia damas y caballeros, se prendieron las unas sus velos, y dejaron los otros sus arneses de batalla.

Y hubo toros y zambras, y se corrieron sortiñas y cañas.

Y hubo fiestas magníficas que duraron muchos días.

Y todo parecía sonreír al rey.

Y pasaron muchas lunas, y la sultana le dió hijos.

Pero llegó un día fatal en que un walí de Africa, cabeza de una tribu, un mancebo de sangre real como tú, valiente como tú, como tú hermoso, y como tú rico y afortunado, vino de regiones apartadas cabalgando delante de su escudrón de lanzas á servir á aquel rey que estaba en guerra con un enemigo poderoso.

Y el walí africano y la sultana se conocieron. Más no se amaron.

Y la vil mujer manchó entre un vergonzoso misterio la honra de su esposo.”

El rey se detuvo.

Aben-Ahmed temblaba por Zoraida.

El rey continuó:

“Una noche... noche de fiesta... cuatro leales vasallos de aquel rey encontraron en el aparta-

miento más sombrío de su jardín, en uno de los alcázares del rey, á la sultana en los brazos del walí.“

—Miente el traidor que tal haya dicho—exclamó sin poderse contener Aben-Ahmed—; la sultana es más pura que infame la calumnia de sus acusadores.

—¡Ah! ¿conocíais á esa sultana?—dijo fríamente Boabdil; pues bien... escucha, aún queda lo mejor de la historia...

“El rey vió también lo que los otros habían visto.

Vió el semblante de los culpables al rayo de la luna, y pudo haberlos castigado allí.

Pero no bastaba á su venganza aquella poca sangre impura.

Necesitaba verterla á torrentes, porque aquel rey era cruel, muy cruel en sus venganzas.“

Al llegar el rey á este punto, sus ojos se dilataron como los de la fiera que acorralla á una presa.

Aben-Ahmed vió sangre en la mirada del rey, se encontró desarmado, y dominado por su terror pretendió lanzarse fuera de la cámara.

Pero al levantar el tapiz, vió por fuera una doble fila de esclavos africanos.

Retrocedió, y olvidando que la cámara no tenía otra salida, se lanzó al alhamí cubierto por el tapiz.

Cinco hombres salieron de detrás de él.

Los cuatro eran los zегries acusadores.

El otro el verdugo del rey.

Un feroz esclavo, desnudo hasta la cintura, rodeado á la frente un cendal rojo, y ceñido un ancho y corvo alfange.

Aben-Ahmed cerró involuntariamente los ojos á impulsos del horror.

Boabdil asió al abencerraje por la aljuba, y le arrastró junto á sí.

Sus ojos centelleaban.

Sus mejillas estaban pálidas y cárdenos y convulsos sus labios.

Su ronca voz era semejante al rugido de un tigre.

—¡Conoces mi historia!—dijo Aben-Ahmed; pero aún no sabes los nombres. ¡Oh, yo te los diré! Pero prostérnate, esclavo, delante de tu señor.

Y le arrojó á sus pies.

Aben-Ahmed—arrastrado por su funesto destino, aterrado por la fatalidad que ceñía una au-

reola de muerte á sus insensatos amores, permaneció prosternado, inerte, ante Boabdil.

—¡Oh!—exclamó el rey.—¡Por Allah, que la venganza es un placer infinito! ¡Por Allah, que cuando se tiene poder para hacer pedazos á un enemigo, se puede rechazar el mote de *Desventuradillo!* (1) ¡Yo soy el sultán de Andalucía! ¡Yo el esposo ultrajado! ¡Y tú... tú el esclavo vil que escupes á la frente de tu señor, y que vas á morir con tu cómplice, con la hermosa Zoraida, con la sultana adúltera de mi leyenda.

—¡E.lá!—exclamó Aben Ahmed, levantándose de repente, en un ademán que hizo retroceder al rey.—¡Ella también! ¡Oh, no! ¡Tú, rey miserable y traidor, eres el que va á morir, calumniador de mujeres, vil renegado, que vendes tu patria, de miedo! ¡Por Allah!

Y se lanzó al rey para arrancarle su espada.

Boabdil dió un grito de espanto al sentirse asido por el abencerraje.

Pero á punto los cuatro testigos de aquella escena se arrojaron sobre el abencerraje, y el verdugo á su vez, á una seña del rey, se apoderó de él.

Aben-Ahmed cayó.

El verdugo, después de haberle herido, continuaba de pie é inmóvil junto á él.

—¡Su cabeza!—gritó el rey trémulo de ira.

Aben-Ahmed se levantó sobre sus brazos ensangrentados y quiso acometer á los que le acosaban; pero le faltaron las fuerzas y cayó de nuevo sobre el pavimento; luchó aún, miró con desprecio al rey, y exclamó:

—¡Asesino!... ¡Maldito seas!...

La voz de Aben-Ahmed se heló.

El verdugo había cortado de un solo golpe de alfange su cabeza.

Boabdil miró con espanto aquella cabeza, poco antes tan hermosa y entonces tan lívida y tan desencajada; la duda acerca del crimen de que había sido acusado Aben-Ahmed asaltó su espíritu, y el remordimiento empezó á desgarrar su corazón.

Pero la vista de la sangre le cegaba.

Su caliente olor le embriagaba, y cayó en un terrible estado de demencia.

—¡Todos!—exclamó con una voz ronca y lúgubre.—¡Que perezcan todos! ¿Acaso no soy yo el sultán de Andalucía? ¡Matadlos!... ¡son

(1) Boabdil tenía el sobrenombre árabe de *Zogóibí*, que significa *Desventuradillo*.

traidores!... ¡matad á todo el que pase esa puerta!... ¡que la sangre corra á lo largo de las atarveas y vaya á enrojecer mis albercas de mármol!

Los zegríes gozaban con un placer infinito su venganza en la cólera del rey.

—Pero repara, señor—dijo Mahandon—, que si no se ocultan los esclavos que están en las galerías del patio, ninguno de los abencerrajes entrará; los has convidado para una fiesta, y no es costumbre que asistan á las fiestas del alcázar hombres armados de guerra. Ocúltalos, señor, que con que quedemos aquí treinta zegríes y el verdugo, hay bastante para acabar con esos perros.

Y así se hizo.

Los esclavos africanos desaparecieron de las galerías del Patio de los Leones; pero quedaron agrupados y ocultos tras las puertas del panteón y de los baños.

A poco, un venerable anciano de la tribu de los Abencerrajes, kadí de corte, llamado Abual-Hhakem, levantó el tapiz de la cámara de los Leones y adelantó para prosternarse ante el rey.

Pero sus débiles pies resbalaron en la sangre del walí Aben-Ahmed, y cayó.

Y no volvió a levantarse, porque el verdugo se apoderó de él y le cortó la cabeza.

Y después de esto fueron entrando en la cámara uno tras otro treinta y seis caballeros abencerrajes.

Y así, uno tras otro, fueron sacrificados al furor de Boabdil y á la traición de los zegríes.

Todos, en fin, hubieran sido exterminados si aquel horrible crimen no se hubiese revelado por sí mismo con un indicio terrible.

Al entrar el walí abencerraje Aben-Alabéz en el alcázar, como adelantara pensativo y receloso por el patio del Mexuar, al pisar la galería que da entrada al Patio de los Leones, sus ojos se fijaron con horror en la atarvea que cruzaba el pavimento de mármol.

Por aquella atarvea avanzaba una ola negra de sangre, tiñendo el blanco mármol de un color impuro, y aquella roja cinta de muerte emanaba ondeando de la cámara de los Leones.

Estremeciéndose de horror Aben-Alabéz, detúzose, y escuchó.

Reinaba un profundo silencio, en medio del cual se percibía algún ahogado gemido.

En el momento, como el gamo que siente los perros sobre su rastro, el walí se volvió atrás, desenvainó su espada, y atropellando la guardia del alcázar salió de él, y bajó á la ciudad dando gritos y acusando la traición del rey.

Muy pronto la Alhambra se vió acometida por los abencerrajes que habían quedado vivos, por los caballeros de sus tribus amigas que se les habían unido, y por un populacho numeroso, compuesto de esa clase de gentes que siempre están dispuestas á un motín.

Empezó el combate; más bien que el combate el asalto.

Crujían de una parte los falconetes y las lombardas, y de otra la arcabucería y la ballestería.

Aquel estruendo de combate llegó hasta la distante cámara de la sultana Zoraida, que viendo asaltada la Alhambra, salió de sus habitaciones en busca del rey, y le encontró en el patio del Mexuar, á punto que huía del de los Leones.

Dondequiera que ponían los pies el rey ó los zegríes que le acompañaban, dejaban señales rojas.

—¿Que es esto, señor—dijo Zoraida.—¿Vienes herido, ó ha llegado la hora del acabamiento de Granada? ¿Qué sangre es esa que corre por las atarveas?

Y siguiendo aquella sangre, temiéndolo todo, entró primero en el patio y luego en la cámara de los Leones.

Al levantar el tapiz, salió de su boca un grito agudo, rasgado, infinito.

Un grito de horror.

La fuente de la cámara rebosaba sangre.

Un círculo de cabezas cercenadas y horribles la rodeaba.

En un ángulo, cuerpos descabezados mostraban en los colores de sus vestidos las divisas de los abencerrajes.

Por un refinamiento de crueldad de Boabdil, la cabeza de Aben-Ahmed estaba pendiente de la cúpula, en la cadena de oro de una magnífica lámpara de alabastro, cuyos fragmentos estaban esparcidos acá y allá.

Por un momento, los ojos de la sultana estuvieron fijos en aquel mísero despojo; comprimíose su corazón, brotaron lágrimas sus ojos, palideció su frente, hízose amenazadora y sombría, se crisparon sus miembros, y se lanzó ru-

giente como una leona á Boabdil, que la había seguido:

—¡Ven á mirarlo, ven!—le dijo asiéndole con fuerza desesperada por un brazo.—¡Mira tu obra, mírala frente á frente! ¡Deleita en ella tu mirada! ¡Hazaña digna de ti y de tus zegríes; el lobo se une al lobo! ¡Bien; yo creía ser la esposa de un rey y de un caballero, y en vez de él sólo encuentro un verdugo y un cobarde!

Boabdil miró sombríamente á la sultana, y sus labios se contrajeron con una sonrisa amarga, convulsiva, horrorosa.

—¡Al!—dijo lanzando una histérica carcajada—; ¡hoy es un buen día! ¡todos los traidores á la vez! ¡y tú también sultana! ¡oh! ¡yo soy poderoso, yo soy el sultán de Andalucía! ¡sangre! ¡sangre! ¡verted sangre sobre mi cabeza, porque arde y ya á romperse! ¡tú también, sultana!... ¡por los siete cielos de Dios que este lecho no es menos bello que la grama del Generalife!—añadió con acento horroroso, señalando el pavimento ensangrentado—; ¡vas á morir, sultana, porque eres adúltera, y has arrojado mancha de infamia sobre la faz de tu esposo, y tu señor!

Zoraida lanzó una profunda mirada de desprecio al rey y á los zegríes agrupados tras él; su hermosa frente se levantó orgullosa, magnífica en su indignación, y con voz severa acentuada, dijo con majestad á los zegríes:

—¿Hay alguno entre vosotros que se atreva á decir, ni aun á pensar, que la sultana de Granada ha manchado su nombre limpio más que el sol?

Callaron un momento los zegríes dominados por el soberbio ademán, por la palabra altiva de Zoraida, y el rey miró con impaciencia á los cuatro traidores causantes del asesinato de los abencerrajes.

Aquella mirada los decidió.

—Yo—dijo Mahandín, adelantando—en nombre de estos tres caballeros (y señaló á Mahandon, á Mohamet y á Hamet-Zegrí), te acuso, sultana, ante Dios y los hombres, de adulterio, traición y complicidad con el abencerraje Aben-Ahmed, contra el rey tu esposo y nuestro señor.

Estas palabras resonaron en medio de un silencio solemne, en medio de los zegríes, de los caballeros y de los esclavos de la guarda del rey que le habían rodeado al ruido del combate de los que habían seguido contra la Alhambra, al abencerraje Aben-Alabez.

Y la sultana, sobrecogida por aquella impu-

dente acusación, tornóse al acusador lívida de cólera, temblorosos sus miembros, ardió en sus venas la sangre de su raza, y gritó con ronca y terrible voz:

—¡Mientes tú, villano y mal caballero, y los que contigo son; y yo, Zoraida, nieta y esposa del rey, apelo contra vuestra acusación al juicio de Dios en la prueba del duelo, os llamo infames y calumniadores, y á falta de guante, recibe tú, Mahandín, en tu rostro de cobarde y asesino el chapín de la sultana!

Y fuera de sí Zoraida, olvidándose de quién era, se arrancó uno de sus chapines bordados de aljofar y azotó con él el rostro de Mahandín.

Aquel sangriento ultraje era más de lo que podía sufrir gente dominada por bravas pasiones, originaria de Africa y feroz como los leones de su patria.

Las treinta espadas de los zegríes lucieron fuera de las vainas, interpúsose el rey, avanzaron los esclavos de su guardia, y se cernió sobre el alcázar durante un momento el genio de la muerte codicioso de más cadáveres.

Pero de repente un tropel de esclavos negros, precedido del infante Muza, penetró en el patio de los Leones con las ballestas armadas y las frentes cubiertas de sudor.

—¡Huye, señor!—gritó Muza dirigiéndose al rey—: ¡huye! ¡el pueblo y las tribus amigas de los abencerrajes han forzado las puertas de la Alhambra y llegan al alcázar! ¡escucha!

Un rumor sordo de voces, inmenso, rugiente, de entre el cual salían algunos disparos de arcabuz, llegó á los oídos del rey.

Los zegríes retrocedieron, envainaron sus espadas, asieron de Boabdil y escaparon con él por un postigo de la sala de Justicia, á tiempo que los amotinados rompían las puertas del alcázar.

Muza, asido de la sultana, que se había desmayado, y escapó con ello por la torre de *Las Almenas* (1).

Los abencerrajes y las tribus sus amigas, seguidos de un inmenso populacho á quien había irritado el asesinato de Aben-Ahmed, que por su generosidad y valentía era muy querido en Granada, inundó el patio y la cámara de los Leones, y no quedó un zegrí con vida de los que no pudieron escapar del alcázar.

La infame traición fué vengada hasta la saciedad.

(1) Hoy de los Picos.

Cuando los amotinados no encontraron á quien matar, rompieron todos los preciosos muebles del alcázar.

Los abencerrajes, recogiendo sus tesoros, y llevando consigo sus mujeres y sus familias, salieron de Granada; los unos desesperados á servir contra Granada bajo la bandera de los Reyes Católicos, y los otros, fieles á su religión, á su patria y á su nombre de caballeros, pasaron á Africa, de donde siete siglos antes habian venido sus abuelos para conquistar las tierras de Occidente, llevando consigo los restos del desventurado Aben-Ahmed, que fué sepultado á la sombra de una palmera en el suelo de su patria.

Desde aquel terrible día, la cámara de los Leones, en memoria del asesinato, se llama *Sala de los Abencerrajes*, y aún se muestran al viajero sobre el mármol de su fuente y de su pavimento las manchas rojas que se dicen son producidas por la sangre de aquellos valientes caballeros.

XVII

EL JUICIO DE DIOS

Había pasado una luna desde el día en que la cámara de los Leones se manchó de una manera indeleble con la sangre de los abencerrajes.

Era una noche oscura.

El Real de los Reyes Católicos, la ciudad de Santa-Fe, dormía, confiada su seguridad á la vigilancia de los atalayas y de los escuchas.

Los caballeros *continuos* armados de guerra hacían su guarda en las tiendas de los reyes, y más allá todo era silencio y soledad.

Pero de improviso, de una de las calles del Real, resonaron callados pasos y son de cabalgaduras.

Cuatro sombras, llevando caballos del diestro, se deslizaron á lo largo de la calle en dirección á la puerta del Real que miraba á Granada.

Cuando hubieron llegado á ella, se oyó entre el silencio una voz que gritó:

—¿Quién va?

—Haced que adelante el alférez de la guarda—contestó una de las cuatro sombras.

Levantóse el tapiz de una tienda cercana, dejándose ver el reflejo de una luz en el interior, y apareció otra sombra.

—¿Quién va?—repitió.

—El *Alcaide de los Donceles*—contestó el primero dirigiéndose al que había preguntado.

—Guárdete Dios, capitán—dijo aquél—: ¿qué deseas?

—Salir á la Vega con estos tres caballeros, que son don Alonso de Aguilar, don Manuel Ponce de León y don Juan Chacón.

Guardó silencio por un momento el alférez, como aquel á quien se pide una cosa difícil.

—¿Sabéis, caballeros—dijo al fin—que yo no puedo hacer lo que me pedís?

Lo sabemos, y por eso lo suplicamos.

—¡Sus altezas!...

—Sus altezas no sabrán que hemos salido por esta puerta ni por otra, sino que no hemos entrado. Dí, pues, al atalaya que nos deje paso franco.

—Puede sucedernos un fracaso, porque los moros rondan el campo á la redonda.

—¡Pardiez! ¿sabes, alférez, que tenemos empeñada una porfía con los capitanes de caballos Hernán Pérez del Pulgar y Gonzalo Fernández de Córdoba, sobre quién hará una mayor hazaña, y que no hemos de perderla sino con la vida?

—Pues porfía tenéis, y con porfía lo pedís, salid, caballeros, y que Dios os ayude.

Y el alférez llegó al atalaya y le previno.

Y los cuatro capitanes cristianos salieron al campo, montaron á caballo, y se alejaron más que á paso del Real.

Era á punto de amanecer.

Los cuatro caballeros cristianos aguijaron sus caballos.

Y como iban en busca de aventuras, les dejaron ir, para que la aventura fuese completa, por el primer camino que los animales tomaron.

Y el acaso, protector de locos y aventureros, que todo es uno, les deparó aventura tal, que cuando á la vista de ella se encontraron, se dieron por tan satisfechos como quien ha logrado un imposible.

Y fué que vieron venir el camino adelante de la parte de Granada, y á la luz del alba que esclarecía, un bulto blanco, asaz en grandeza, y ligero como un copo de plumas impulsado por el viento.

Verse, afirmarse en los estribos y correr á él, fué cosa de un momento.

Y el bulto, al ver que los cuatro caballeros castellanos arremetían, se detuvo.

Y una voz dulce de mujer dolorida y triste se dirigió á ellos.

—Si sois caballeros—dijo—amparadme, que de caballeros es favorecer al desvalido, y yo soy una mujer que viene de Granada, y va al Real de los cristanos.

—Mujer y á esta ahora—dijo el señor de Cartagena, don Juan Chacón, en grave conflicto hallarse debe, pues anda en tales camino sola y desamparada.

—¡Ojalá fuesen míos el peligro y la desventura!—replicó la dama—, que no me hallarais tan menesterosa de amparo; mas, pues sois caballeros, según lo indica vuestra medida, y cristianos, pues habláis en algarabía (1), os ruego me lleveis á punto donde yo pueda ver á don Juan Chacón, señor de Cartagena.

El día entraba ya aprisa, y á su luz pudieron ver los castellanos á una mora vestida con ropas blancas, de gran juventud y hermosura, montada en una hacanea, y pálida y temerosa, al parecer, de hallarse entre enemigos.

—Si á don Juan Chacón buscas, hermosa doncella—dijo el mismo—, hablar puedes de lo que con ese caballero te importa, porque yo y mis amigos lo somos suyos en gran manera.

—Bueno será que nos separemos del camino—dijo ella metiendo su hacanea por las hazas, y entrándose en una espesa alameda que allí á mano se veía.

Los cuatro caballeros la siguieron asaz maravillados del lance.

Cuando hubieron llegado á un lugar espeso, en el cual de nadie podían ser vistos, la mora sacó una carta envuelta en un paño de seda, y habló á los cristianos de esta manera:

—Yo me llamo Zaruhyemal, y soy doncella de la infeliz sultana de Granada, á quien persigue el destino hasta el punto de verse obligada á pedir amparo á sus enemigos.

Detúvose la mora y creció la curiosidad de los cristianos.

—Escrito estaba—contuó ella—que Granada debía llegar á ocasión de vergüenza y de mala ventura.

Para que lo escrito se cumpliera, el Dios al-

tísimo permitió que entraran en Granada unos caballeros sin fe, mentirosos y alevos con quienes alientan la traición y la envidia.

Ya conoceréis, caballeros, que hablo de los zegríes, raza feroz del Desierto, malavenida con la generosidad y la cortesanía de la gente de Granada, sediciosos y rebeldes, promovedores de motines y causadores del mayor crimen que vieron los tiempos pasados ni verán los venideros,

Y Zaruhyemal les refirió los encarnizados odios de los zegríes y de los abencerrajes, la traición de las cañas, la acusación de la sultana y el degüello de los abencerrajes.

Que la sultana estaba presa en la torre de Comares de la Alhambra, esperando su salvación y su honra del juicio de Dios, en la prueba del duelo.

Y que el plazo terminaba aquel día que ya había amanecido.

—Si sois caballeros—continuó—, pues veis que una da na pone en grave riesgo su honra, yendo á entrar en un campo enemigo, hacedme la merced de llevar sin perder un instante esta carta y entregadla á aquel para quien es, y que Dios os juzgue, caballeros, tal como cumpláis con un encargo en que se arriesgan la honra y la vida de una sultana.

Tomó la carta de don Juan Chacón, rompió los hilos del sello de oro y la desenrolló.

—¿Qué haces cristiano?—exclamó con acento de reconvencción la mora.

—Si á don Juan Chacón es á quien va dirigida esta carta, señora, permite á don Juan Chacón, que está en tu presencia, bese tu mano en albricias de la honra que le hace, amparándose de él una señora tal como la sultana de Granada.

Y tomó la hermosa y blanca mano de Zaruhyemal y la besó, no sin que lo encendido de la vergüenza colorease las mejillas de la mora.

Después leyó á sus compañeros en alta voz la carta, que decía de esta manera:

“A ti, don Juan Chacón, señor de Cartagena, la sultana Zoraida te saluda y desea prosperidad.

“Tu clara valentía brilla lejos de ti, como el sol en los lejanos montes.

“Te conocen los desvalidos y te bendicen los desdichados.

“Pues siempre has sido generoso y amparador, ampárame, cristiano.

(1) Corrupción del árabe, usada para entenderse respectivamente moros y cristianos.

"Así Allah multiplique y ennoblezca tu descendencia sobre las noblezas de tu raza.

"Así cierres los ojos á la luz tras una larga vida de bienandanzas.

"Mi honor ha sido mancillado por las lenguas viles de cuatro traidores.

"A punto estoy de la prueba del duelo confiando en Dios, en ti y en mi inocencia.

"Y vencerás: yo lo espero.

"Una cristiana cautiva que me asiste, me ha dicho cuánto vales y cuánto puedes.!

"Cuánto eres la honra de la hueste de los venturosos reyes que tienen vasallos tales como tú.

"¡Oh! han lanzado la sangre de mi amor á mi semblante, y han roto mi corazón.

"Porque yo amaba, cristiano, á un hombre á quien han asesinado por mi causa.

"Pero con un amor puro, noble, exento de mancilla.

"Ven, cristiano; ven con otros tres de tus amigos, que siéndolo tuyos no pueden ser sino generosos y valientes.

"Ven, y cobra la sangre de Aben-Ahmed.

"Ven, y lava mi deshonra.

"La doncella de mi casa, que te entregará estas letras, te conducirá á donde encuentres armas y preseas, bastantes á que puedas encubrir tu nombre y su patria.

Ven, ¡oh! ven, cristiano, porque desamparada de todos, en ti confío."

Don Juan se estremeció de alegría, y dijo á sus tres amigos:

—Y bien; si buscábamos aventuras, ¿cuál mejor que esta? ¿Cómo podremos esclarecer nuestro nombre mejor que defendiendo á una sultana de cuatro enemigos tan valientes como los zegríes? ¡A caballo, caballeros! ¡A caballo, y que esta dama nos conduzca al sitio donde hemos de trocar armas y cabalgaduras!

Movió un tanto la cabeza el prudente don Alfonso de Aguilar, y permaneció á pie mientras los otros tres castellanos montaban en sus caballos.

—¿Y cómo es—dijo á la mora mirándola profundamente—que no hay caballeros en Granada, que se llama la de los bravos, para arrojar el guante á los acusadores de la sultana?

—¡Cristiano!—respondió con orgullo Zaruhyemal—: ten en cuenta que una dama es la portadora de este mensaje, y que un moro granadino no os daría otra cosa que el bote de su lanza, ni os hablaría con otra lengua que con la espada.

Si os place, venid: si teméis traición, quedaos, que no faltarán aún en vuestros mismos reales caballeros que tomen sobre sí y con placer la empresa que vosotros no aceptáis.

Calló cortésmente don Alonso á estas razones, ayudó á cabalgar á la mora, saltó en su caballo, y tras algunas breves palabras acerca del camino que elegirían, tomaron la Vega adelante y al través, y dejando á mano siniestra á Granada, y siempre por fuera de camino y lejos de las alquerías, para evitar un encuentro, se dirigieron, guiados por Zaruhyemal, á las verdes colinas que se extienden cubiertas de olivares á la falda de Sierra Nevada.

Y anduvieron así dos horas, y al cabo de ellas llegaron, rodeando entre los olivares, á un pequeño alcázar rodeado de un bosque de laureles en las inmediaciones de una aldea llamada la Azubia.

Gozábase desde allí de la vista de un país admirable.

Los resplandecientes aljares con sus cúpulas altísimas; la Alhambra con sus torres rojizas y sus techos cubiertos de tejas de colores, que lanzaban destellos de fuego heridas por el sol; la alcazaba con sus fuertes muros y sus altísimos cipreses; el cerro de Al-Baul cubierto de higueras de Túnez, sobre las que descollaban cedros de Siria y palmeras de Africa; las vertientes de las colinas cubiertas de blancas y alegres casas, sobre las cuales descollaban las frondas de los jardines; luego la Vega, tendida á los pies de Granada, cercada de ríos y acequias que relumbaban al sol, y más allá las distantes sierras, perdidas tras vapores fantásticos, que se elevaban en un cielo azul y radiante; todo esto era un espectáculo nuevo, maravilloso, que fascinó á los caballeros y los hizo suspirar por la llegada del día en que el pendón real de Isabel y de Fernando ondease sobre aquel resplandeciente castillo, que guardaba como una veladora atalaya aquel jardín de delicias.

Zaruhyemal bajó entretanto de la hacanea, y llamó al postigo de una cerca.

El postigo se abrió instantáneamente.

Los cristianos desmontaron, entraron en un jardín, y un esclavo negro asió de las cabalgaduras y las introdujo en el jardín tras sus jinetes.

El postigo tornó á cerrarse.

El jardín era una maravilla, y á su fondo se alzaba una magnífica arcada sostenida por algunas columnas de alabastro.

Al fondo de la arcada había una gran puerta, por la cual entró Zaruhyemal guiando á los cuatro caballeros.

Subieron una escalera, atravesaron una galería y entraron en una magnífica cámara, que parecía haber sido construída para albergar al genio de los amores.

El ambiente, la luz, los perfumes, la forma de la cámara, sostenida por grupos de columnas, con fondos labrados y matizados con caprichosos colores, con su alta cúpula casi perdida en la obscuridad, con su fuente de mármol, en que un claro surtidor murmuraba tenuemente, al par que las brisas agitaban los tapices y venían á saturarse en los perfumes, todo era allí voluptuoso, todo convidaba á amar.

—¿A quién pertenece este alcázar?—dijo el alcaide de los Donceles á Zaruhyemal.

—Al infante Muza-Ben Abil-Gazan—contestó la hermosa joven, y suyas son también las armas y las preseas que vais á vestiros, y los caballos que vais á montar.

Y guiándolos, atravesó otra galería, abrió otra puerta, y los introdujo en una sala de armas.

Los castellanos se maravillaron; jamás, ni en los alcázares de sus reyes, habían visto una tan rica armería.

Cuatro esclavos les ciñeron los arneses que eligieron; les vistieron túnicas de brocado, y ocultaron sus cabellos bajo tocas á la usanza africana.

Avanzaba el día, y los castellanos, armados ya y á punto de poder pasar por wáltes africanos, bajaron al jardín, y fuera de la cerca encontraron cuatro caballos de la más pura raza árabe, encubertados de guerra.

Y cabalgaron y se despidieron de la doncella mora, y tomaron la vuelta de los montes, guiados por un africano de la servidumbre de Muza, para entrar en Granada por el camino de Almería.

Y era ya tiempo.

El sol había llegado á la mitad de su carrera.

En la plaza de Bib-Arrambla, el palenque abierto, ocupadas las galerías por una multitud numerosa, mostraba en uno de sus extremos la tienda de los mantenedores de la acusación contra Zoraida.

En el extremo se levantaba un cadalso enlutado, en que la desdichada Zoraida estaba vestida de blanco entre sus damas.

Delante de la tienda de los mantenedores

había clavadas cuatro lanzas en la arena, y pendiente de cada lanza una reluciente adarga.

A siniestra mano se veía el estrado destinado á los jueces del campo.

Eran estos jueces el infante Muza-Ben-Abil-Gazan, el wazir Aben-Comixa y el katib Aben-el-Kerun.

Más allá, guardado por esclavos, se veía un astillero lleno de lanzas de batalla y algunos caballos encubertados de guerra, trabados de los pies.

Todo revelaba á primera vista el grave asunto que se sustentaba en aquel coso, no hacía muchos días engalanado de fiesta.

La sultana Zoraida, sentada sobre un diván de seda negra y oro en el cadalso, parecía tranquila, á pesar de que bajo aquel cadalso estaban hacinados ramajes que debían ser la hoguera de la adúltera si los zegríes sostenedores de la acusación triunfaban, ó si llegado el término del plazo no se presentaban caballeros para defender la inocencia de la acusada.

Desde el amanecer, una multitud inmensa llenaba las graderías, y gran número de damas y caballeros, aunque con sencillas vestiduras de luto, ocupaban los estrados.

Boabdil había llevado hasta el colmo su crueldad, asistiendo á la prueba con galas de fiesta.

Y el pueblo murmuraba del rey, al paso que todos se dolían de la sultana y maldecían á los zegríes.

A la salida del sol, un alférez ó porta-bandera de los acusadores, precedido de añales y atabales, y seguido de jinetes armados, pregonó la acusación contra la sultana á son de trompeta y arrojó cuatro guantes á la arena, retando á los presentes y por venir que la inocencia de la sultana defendieren.

Tras el estrado de los jueces, algunos caballeros se agitaron con visibles muestras de contestar al reto; pero el infante Muza los contuvo.

Nadie contestó.

Y pasó el tiempo.

El pueblo se impacientaba.

El sol ascendía.

Llegó al fin la oración de adohar (1).

Tornó á salir de la tienda de los zegríes el alférez en la misma forma que la vez anterior, repitió la acusación y el reto, y como antes, nadie contestó á él.

(1) Mediodía.

Y pasaba el tiempo, el sol descendía; si no había campeones que defendiesen la inocencia de la sultana, ésta debía morir de muerte de fuego como adúltera y enemiga del rey, en el punto en que el sol tocase á su ocaso.

El semblante antes sereno de Zoraida palideció, más de indignación que de terror.

Creyó que su súplica había sido desatendida por los caballeros cristianos.

Su orgullo de sultana se irritó.

Y tal vez un pensamiento distinto cruzó por su mente, y la arrancó una lágrima.

Bien hubiera podido suceder que sus campeones hubieran sido acometidos en la Vega por fuerzas superiores.

Tal vez la muerte les impedía llegar al sitio adonde los llamaban.

Corría en tanto el tiempo.

Al fin, el sol, que descendía, sólo dejó ver una estrecha faja de rojiza luz en los aleros de la plaza opuestos al Occidente.

Las miradas de todos se fijaban con ansiedad en aquella línea luminosa.

El sol se había transformado para la sultana en un reloj implacable.

En el momento en que sus rayos dejasen de tocar enteramente aquel alero, debía repetirse la acusación y el reto, y si nadie respondía á él, debía declararse á la sultana desamparada de Dios, y por lo tanto culpable.

Al fin desapareció aquel último rayo, y el sol se hundió tras el horizonte.

El mueden (1) de la mezquita mayor llamó á los fieles á la oración de *almagreb* (2).

De nuevo, el alférez, con su comitiva, adelantó al centro del palenque; pero aún no habían acabado de resonar los clarines, cuando se oyó gran alarido y gritería por la parte del Zacatín, resonó la trompeta del alcaide de la puerta de la Al-Kaissería, y el mismo alcaide adelantó á caballo, llegó ante el rey Boabdil, hizo arrodillarse ante él al bruto, y anunció al rey que cuatro caballeros berberiscos solicitaban se les diese campo para defender como campeones la inocencia de la sultana.

El rey, pálido de despecho, concedió la licencia, y el alcaide se tornó á la puerta.

(1) Al-Mueden; especie de sacristán de mezquita que llamaba á voces desde el almirar ó torre á la oración. Los árabes no tenían campanas.

(2) Puestas del sol: oración de la tarde.

Agitóse el pueblo, desalentado ya: levantóse un sordo rumor, corrieron los escuderos con los caballos á la tienda de los acusadores, subieron los jueces al estrado, y acreció la palidez de la ansiedad en el rostro de la sultana.

Abrióse á punto la puerta de la Al-Kaissería, y arremetieron por ella cuatro jinetes berberiscos, que atravesaron á la carrera el palenque, y llegaron al pie del cadalso de la sultana.

Al ver sus armas, sus penachos, sus galas y sus magníficos corceles, el pueblo y las damas y los caballeros aplaudieron.

Entre tanto, los cuatro caballeros berberiscos que llevaban caladas las viseras de sus yelmos de encaje, desmontaron, y uno de ellos subió la gradería del cadalso, se arrodilló ante la sultana, y la dijo en arábigo aljamiado:

—Poderosa señora: yo y esos tres caballeros, que en tu defensa conmigo son, somos cuatro hermanos berberiscos, que venimos de Africa, y desembarcados en Almería, sabiendo que está amenazada por los cristianos esta hermosa ciudad, hemos querido contribuir con nuestras vidas á su defensa.

Y viniendo su vía, hemos sabido por un alkarreño (1) la aflicción en que te hallas, y á tus pies nos ponemos para ofrecerte nuestras vidas, y cuanto somos y tenemos,

Calló el caballero, y la sultana le contempló un tanto en silencio.

Pero una esclava cristiana que estaba junto á ella, y que escuchaba atentamente, y con no menos atención miraba al caballero que para hablar con la sultana se había levantado la visera, la dijo:

—Acepta, señora, porque ese que á tus pies tienes no es otro que don Juan Chacón, señor de Cartagena, á quien escribiste aquellas letras por mi consejo.

Sonrió tristemente la sultana, mirando con agradecimiento al capitán castellano, y le dijo con voz conmovida:

—Dios te premie y premie á tus hermanos, caballero, por la merced que me hacéis: yo os acepto como defensores de mi inocencia, que en Allah y en vosotros confío, volverá á brillar; aunque tan vilmente han pretendido mancillarla los traidores zegríes.

Don Juan Chacón besó la mano á la sultana, se caló la visera, bajó del cadalso, cabalgó con

(1) Aldeano de alquería ó alkaria, aldea.

sus otros tres compañeros, y los cuatro, extendidos al pie del cadalso, esperaron á que, según la ley y uso reconocido, se pronunciasen la acusación y el reto.

Resonaron al fin las trompetas, y el alférez acusó á la sultana, y retó á nacidos y por nacer, á presentes y ausentes, á vivos y á muertos, á chicos y á grandes, en nombre de los mantenedores de la acusación.

Cuando hubo concluído, don Juan Chacón adelantó un tanto su caballo, y dijo con voz pujante que todos escucharon y en aljamía:

—Mientes tú, en lo que dices, como cobarde y mal nacido, y miente quien te lo manda decir, y quien lo sostenga miente, y miente quien al escucharlo calle, y en prenda y en señal de que admitimos el reto de los calumniadores de poder á poder y á todo trance de batalla, ved lo que haré y harán conmigo mis hermanos.

Y atravesando el palenque á media rienda, los cuatro caballeros hirieron con sus lanzas de dos hierros las adargas que cada uno de los mantenedores de la acusación tenían suspendidas de una pica clavada en tierra delante de su tienda.

Oyóse un ruido vibrante y metálico, les adargas cayeron á la arena, y los caballeros defensores tomaron campo y fueron á situarse al otro lado del palenque vuelta la espalda á la sultana, á tiempo que Hamet-Zegrí, Mahandín, Mahandon y Mahhomed-Zegrí, tomando las adargas heridas de manos de sus escuderos, cabalgaron y adelantaron en el palenque, hasta ponerse frente á frente de los cuatro castellanos.

Mahhomed Zegrí enfiló con el alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba; Hamet-Zegrí, con don Manuel Ponce de León, Mahandon con don Alonso de Aguilar, y Mahandín con don Juan Chacón.

Bajaron los jueces del campo á la arena, demandaron juramento á los caballeros de lidiar como buenos y leales sin ayuda de hechiceras y amuletos, les partieron el sol (1), y el infante Muza dijo en alta voz:

—Campo cerrado y batalla os concedemos, caballeros; partid y haced vuestro deber.

Al mismo tiempo hicieron señal los añafles y los atabales, el rey arrojó á la arena un bastón de oro, y los combatientes partieron uno contra otro, chocándose entre una nube de polvo en medio del palenque.

(1) Esto es: el terreno por partes iguales.

Retumbó el encuentro rudo y poderoso en los ámbitos de la plaza, y cuando se desvaneció el remolino, la multitud miró con ansiedad.

Todos los caballeros estaban en su lugar.

Las picas habían resbalado de las acicaladas adargas.

Tomaron de nuevo campo, y se encontraron con igual ímpetu.

La pica del alcaide de los Donceles arrojó desesperado de los arzones al feroz Mahhomed-Zegrí, y los otros seis caballeros, no encontrando ventaja, volvieron á tomar campo.

Mahhomed Zegrí, en tanto, se había levantado fuera de sí de cólera, yendo con rabia á desjarretar el caballo de don Diego Fernández de Córdoba.

Pero las había con un ebemigo experimentado, y le encontró pie á tierra junto á sí con la espada en alto.

Antes de que el zegrí hubiera podido adargarse, vinieron al suelo las plumas y la mitad de su bonete, á un tremendo tajo del castellano.

El moro llevaba lo peor.

Acosábale don Diego, y caían sobre él los pesados golpes de su espada de á dos manos, rebotando sobre su adarga de Fez con igual ímpetu que el recio granizo de la tempestad sobre las altas cúpulas.

Retrocedía Mahhomed, dejando tras sí pedazos de su guarnecida armadura, y jirones de su rico sayo de púrpura.

Acorralábale sin descanso el bravo Alcaide de los Donceles.

Al cabo le puso entre su espada y la valla que sustentaba uno de los costados del cadalso de la sultana.

Rugía el moro como un tigre herido por un león, y era espantoso de ver su semblante y los furiosos tajos que descargaba en vano sobre la adarga damasquina que embrazaba su enemigo.

Y duraba el combate.

Corría la sangre de entrambos campeones.

Zoraida, pálida y aterrada, miraba con ansiedad á don Diego, y éste cobró alientos al ver la suplicante mirada de sultana.

Enojóle tanta resistencia, arrojó lejos de sí la adarga, alzó su espada á dos manos, describió con ella un ancho círculo sobre su cabeza, y exclamando, olvidado en su furor de su incógnito y del lugar en que se encontraba—: ¡Santiago y Castilla!—la dejó caer con el ímpetu de una encina.

derrumbada por el huracán, sobre el moro.

Nadie entre el estruendo del combate, que allá en el centro del palenque se sustentaba á caballo, oyó el grito de guerra del Alcaide de los Donceles, sino Mohhamed-Zegrí, que cayó por tierra como herido por un rayo, exclamando:

—¡Traición! ¡son castellanos!

Y su sangre se heló. rodaron sus ojos en sus órbitas, y la lividez de la muerte alteró su semblante.

El generoso alcaide saludó á la sultana.

Luego tomó el alfange del moro, y le cortó la cabeza.

Subió la gradería del cadalso, y puso en su última grada, á los pies de la sultana, aquel sangriento despojo.

Después recogió su adarga, requirió su caballo, montó en él, y se retiró á un lado para ver la suerte del combate, que seguía encarnizado entre los otros seis caballeros.

Los que más á punto de vencimiento estaban eran don Juan Chacón y Mahandín.

Entrambos habían roto sus lanzas.

Entrambos se habían desguarnecido la cabeza, y peleaban con ella descubierta.

Entrambos apenas podían repararse por las adargas rotas y abolladas por los furiosos golpes.

Cruzaban y volvían á cruzarse los caballos.

Cada encuentro era una herida; cada choque un amago de muerte.

El moro mostraba los ojos inyectados de sangre, como la hiena que olfatea los cadáveres.

Don Juan Chacón le fascinaba con su ardiente mirada.

Pasaba el tiempo, la luz menguaba: la noche tendía ya sobre los cielos su manto de tinieblas.

Era preciso concluir.

Don Juan Chacón apretó los dientes y los puños, y su espada se rompió en la adarga del moro, dejándole el brazo desguarnecido.

Y sin darle tiempo para rehacerse, veloz como el relámpago, el señor de Cartagena tomó de su arzón la maza de armas, describió con ella en alto tres círculos, y la lanzó de sí.

La maza partió silbando, y fué á chocar en la cabeza de Mahandín, que cayó por la grupa de su caballo, horriblemente ensangrentado.

Después no se movió.

Estaba muerto.

Don Juan Chacón desmontó, cortó á Mahandín la cabeza, la llevó al cadalso de la sultana, y la puso junto á la de Mohhamed-Zegrí.

Un silencio de horror dominaba en el extenso palenque.

Por orden de Muza, esclavos con antorchas encendidas rodeaban á los combatientes alumbrándolos.

Aquello tenía un aspecto terriblemente fantástico.

Don Juan Chacón montó de nuevo á caballo, y fué á situarse junto á la valla, al lado del Alcaide de los Donceles.

Sólo rompían el lúgubre silencio el estruendo del combate de los cuatro caballeros, y los alaridos de los parientes de los dos zegríes cuyas cabezas lívidas y ensangrentadas estaban á los pies de Zoraida.

Hicieron los jueces salir de la plaza á aquellas gentes para que no desalentasen con sus quejas á los caballeros que lidiaban, y luego sólo se escuchó el áspero ruido de los golpes del combate.

Don Manuel Ponce de León y don Alonso de Aguilar sintieron una generosa envidia al ver que sus compañeros habían *fenecido sus armas con tanta preza*, como se decía entonces, y arremetieron con nuevo furor á los moros.

El primero y Hamet-Zegrí habían tomado lanzas nuevas, y justaban como en torneo, entrando y saliendo en liza con gran bizarría y coraje.

Parecía á pesar de hacer ya gran tiempo que lidiaban, que no se habían tocado á los arneses, y sin embargo, crugían las adargas y recejaban los caballos; no siendo bastantes á sostener los poderosos golpes.

Hamet-Zegrí, enojado de la duración del combate, furioso con la muerte desastrada de su pariente Mohandín, plantó su caballo en firme cuando venía á encontrarle Ponce de León á toda carrera, hizo el cuerpo atrás, tendió el brazo y le arrojó la lanza, que hendió los aires silbando como una jara desprendida de una ballesta.

Hubiéralo pasado mal el castellano á herirle de lleno el asta; pero la rabia hizo perder el tino al moro, descompúsose, y su pica resbaló en la adarga del castellano, que aguijó á su caballo para encontrar en la jacerina á Hamet-Zegrí.

El moro conoció lo terrible é inevitable del

golpe, y encabritó su caballo, poniéndose casi en pie, y cubriéndose con él.

La lanza de don Manuel hirió en el pecho por debajo de la cobertura al corcel, que cayó de espaldas, cogiendo debajo á su jinete.

El cristiano esperó á que se levantase; pero Hamet Zegrí permaneció en tierra junto á su caballo muerto; el caparazón de hierro, al caer sobre él, habia roto su pecho, y por su boca manaba la sangre á borbotones.

Don Manuel Ponce de León cortó la cabeza á Hamet Zegrí, fué al cadalso de la sultana, puso á sus pies aquella tercera cabeza, y fué á reunirse á sus amigos.

Y entonces la atención general se fijó en don Alonso de Aguilar y en Mahandon.

El moro, desalentado ya por la muerte de sus compañeros, se batía con la fuerza de la desesperación.

Suelto, ágil, vigoroso, giraba como un torbellino en torno del cristiano; revolviase éste, encontrábanse, se martillaban, volvían á separarse, y se chocaban de nuevo.

Y parecía que la esperanza perdida daba fuerzas y actividad al moro.

Rompió la espada y tomó el hacha de armas: lanzóla á su enemigo, y la rechazó su adarga: entonces desnudó su puñal, arrimó los acicates á su corcel, y al pasar ceñido al de don Alonso, abrió los brazos, y con una ligereza increíble asió al castellano del cuello, pretendiendo derribarle del caballo.

Pero don Alonso se afirmó en los estribos, lanzó lejos de sí la adarga y la espada, abrazó al moro, le arrancó de los arzones; y sujetándole con un brazo vigoroso, hundió por tres veces en su cuello, bajo el falso de su armadura, su puñal de misericordia (1).

El moro abrió los brazos y cayó muerto á los pies del caballo de don Alonso, que echó pie á tierra, cortó la cabeza á su enemigo, y fué á colocarla junto á las otras tres en el cadalso de la sultana.

El pueblo, hasta entonces silencioso, lanzó una aclamación de alegría, demostrando cuánto eran odiosos los zegríes.

Sonaron las trompetas en alto alarido de triunfo; y Muza, bajando á la sangrienta liza con los jueces del campo, gritó en medio del silencio

(1) Daga larga y unida con que los antiguos caballeros remataban á sus enemigos vencidos.

del pueblo, ansioso por escuchar sus palabras y señalando las cuatro cabezas lívidas de los zegríes alumbradas por cien antorchas.

—¡He aquí la justicia del Señor Altísimo, Unico y Misericordioso!

¡La sultana Zoraida es inocente!

Entonces adelantó una tropa de esclavos africanos, en cuyo centro iba un hombre vestido de rojo.

Aquel hombre era el verdugo.

Tomó las cabezas de los vencidos, y se alejó con ellas.

Aquellas cabezas fueron puestas en escarpas en las puertas del castillo de Bib-Ataubin, como convenía se hiciese con asesinos y calumniadores.

Entretanto el rey bajó precipitadamente del estrado real, y fué á estrechar entre sus brazos á la sultana.

Zoraida se retiró con horror.

—¡Aparta, asesino!—le dijo—: desde hoy, tú en la Alhambra, yo en el Albaicín.

Y arrojándose entre los brazos de Muza que venía á declararla libre, salió de la plaza acompañada de los jueces y escoltada por los cuatro caballeros castellanos sus defensores.

Al día siguiente, mientras los cuatro caballeros, vueltos de la Azubia, adonde habian ido á tomar sus armas y sus caballos, curaban en secreto sus heridas en sus tiendas, en el Real de Santa-Fe, un escudero del infante Muza-Aben-Abil Gazan, en nombre de la sultana Zoraida les entregó como presentes magníficas joyas, y los caballos y armas con que habian vencido á los zegríes.

Al mismo tiempo, uno de los más nobles caballeros de Granada, yendo de paz, entregó á los Reyes Católicos un pergamino rodado y sellado con el sello de oro de la sultana en que ésta les relataba la grande hazaña de sus cuatro defensores.

XVIII

LOS PRONÓSTICOS

A medida que transcurría el tiempo, se iba haciendo más angustiosa la situación de Granada.

Los cristianos la cercaban por la parte de la Vega y de las montañas á la parte de Almería, y sus campeadores corrían hasta sus puertas, llegando el caso de no atreverse á salir fuera de ellas los habitantes, por temor de ser muertos ó cautivos.

¶ Solamente por la parte de las Alpujarras, lugar montañoso y habitado por gentes intratables y bravías, estaban libres del cerco de los cristianos.

Por allí podía venir un refuerzo del Africa.

Pero Boabdil era débil, y los reyes de Castilla demasiado temidos, y los musulmanes de Africa abandonaron asimismo aquella hermosa ciudad, en donde estaban acorralados los últimos restos del imperio de los agarenos en España.

Cada día acontecía una nueva hazaña de los cristianos, tal y tan grande, que ponía pavor en el ánimo de los sitiados.

Una noche, los habitantes de Granada de la parte del Zacatín, de la Al-Kaissería, y de los alrededores de la mezquita, despertaron asustados á las voces de ¡al arma! de los guardas nocturnos.

Dormía entonces Boabdil en el Mirador de Lindaraja.

Frente á sí tenía la Sala de las Dos Hermanas.

Más allá el patio de los Leones.

Luego la terrible cámara de los Abencerrajes.

Parecía que allí le había llevado el remordimiento.

Boabdil no sabía separarse de aquel patio y de sus habitaciones.

Parecía que le llamaban á sí las sangrientas sombras de Aben-Ahmed y de los treinta y seis caballeros abencerrajea degollados.

El rey soñaba bajo el fresco halago de las auras que entraban saturadas de las fragancias de los cármenes por las celosías del mirador.

La noche era plácida y tranquila.

Los luceros brillaban allá perdidos en la inmensidad.

Cantaban los ruisenores solitarios entre las alamedas del río.

Y, sin embargo, el sueño del rey era terrible.

Una horrorosa pesadilla de sangre.

Parecía que por la puerta de la sala de los Abencerrajes salía Aben-Ahmed, y tras él sus treinta y seis compañeros con las cabezas en las manos.

Cada una de aquellas cabezas dejaba caer sobre el pavimento un chorro de sangre.

Y los fantasmas adelantaban en procesión lúgubre y silenciosa.

Y llegaban al rey, y suspendían sucesivamente sobre su cabeza, sus cabezas cercenadas, y la bañaban en caliente sangre.

El rey luchaba por apartar de sí aquella visión terrible, y no podía.

Pero de repente le despertaron descompasadas voces, y estruendo de gentes que corrían y de armas que se chocaban.

Y las voces decían en recio alarido:

—¡A las armas! ¡a las armas! ¡los cristianos están en la ciudad!

Despertó el rey, y saltó de su lecho.

Apenas se había levantado, cuando vió delante de sí á su hermano bastardo el infame Muza.

—¿Qué significa esto, hermano mío?—dijo el rey.

—Esto significa que tanta infamia, tanto crimen, tanta inocente sangre vertida, trae sobre nosotros la cólera de Dios.

—¡Tu también, hermano! ¡tú también!—exclamó con angustia el rey.

—Los cristianos se atreven ya á entrar en nuestra ciudad, y á poner el nombre de sus ídolos en la puerta de la mezquita.

—¡No te entiendo!

—¡Plaza! ¡plaza!—gritó una voz al mismo tiempo en el patio de los Leones.—¡Quiero ver al poderoso sultán!

—He ahí al arrayaz Abd-Allah-ben-Tarfé que llega—dijo Muza.—El te dirá el atrevimiento de los cristianos.

Entró á la sazón un moro atlético, armado de todas armas.

Llevaba en la mano un cartón dorado, en el centro del cual se veía escrito en grandes letras azules castellanas el mote: AVE MARIA.

La advocación más dulce de la Santa Virgen. Madre de Dios.

El moro estaba pálido y convulso, y sus ojos despedían llamas, sacudiendo con furor el cartón entre sus manos.

—¿Qué es eso?—dijo Boabdil.

—Esto es—contestó Tarfe—, que ese infiel á quien Dios maldiga, ese cristiano Hernández Pérez del Pulgar, á quien llaman entre los suyos el de las *fazañas*, ha clavado sobre la puerta de alambre de la mezquita mayor este cartel con el nombre de MARÍA.

—Pero habrá encontrado el infiel la muertel—exclamó colérico el rey.

—El maldito ha escapado matando á alguno de los guardas.

—¿Pero si ha escapado, cómo le habéis conocido?

—Conocióle á la luz de las antorchas con que acudieron algunos vecinos, un guarda que ha sido durante algún tiempo cautivo de los cristianos.

¿Y quién otro que el bravo Hernando del Pulgar pudiera atreverse á tanto?

¿No sabes que él con algunos pocos de los suyos tomó la fortaleza del Salar á escala franca, por lo cual sus reyes le hicieron alcaide de aquella fortaleza?

¿No sabes que desde ella nos ha corrido la tierra, nos ha incendiado las mieses y nos ha cogido cautivos y rebaños?

¿Acaso ignoras, ni lo ignora nadie, quién es Hernán Pérez del Pulgar?

¿No sabes que el mote jactancioso que tiene en su escudo ese caballero es: *El pulgar quebrar y no doblar*?

—Dios permite que seamos humillados—exclamó con una vergonzosa desesperación el rey.

—Pero quien nos humilla tiene cabeza—exclamó con energía Tarfe—: dadme licencia, señor, y yo iré á los Reales de Isabel y de Fernando por la cabeza de Pulgar.

—Ve, ve, mi valiente arrayaz, que siendo tú quien vas, no dudo que lavarás la afrenta que nos han hecho los cristianos.

Ve, mi valiente Tarfe, ve, y que Allah vaya en tu ayuda.

Tarfe y Muza salieron, salieron los que le acompañaban, y el rey quedó solo.

Volvióse á reclinar en el lecho, volvieron á entorpecerse sus sentidos, y volvió á su visión de sangre.

En efecto, el bravo Alcaide del Salar, Hernán Pérez del Pulgar, el de *las fazañas*, había entrado en Granada.

Aque'la tarde había llamado á su tienda en el Real de Santa Fe á sus escuderos. Eran éstos quince, apreciados en gran manera por su valor.

Sentáronse, y se descubrieron respetuosamente ante su capitán, que les dijo con voz grave:

—Bien conozco, hidalgos, vuestra lealtad y vuestro esfuerzo, de que me habéis dado grandes pruebas, y yo á mi vez os pago prefiriéndoos para confiaros un gran intento, que, llevado á cabo, pondrá nuestros nombres en el templo de la Fama.

Miraron con anhelo sus escuderos á Pulgar, que continuó de la misma manera reposada y tranquila:

—Esta noche voy á entrar en Granada con la ayuda de Dios; pero como me tocará al alma el que interponiéndose algunos fieles malograsen mi propósito, quiero que vengáis conmigo, no como en recompensa de la estimación en que os tengo, ni como mandato, más os lo habré en gran merced si consentís.

Levantóse uno de los escuderos, llamado Francisco de Bedmar, y dijo:

—Donde vayas tú, capitán, iremos nosotros sin dudar, y si algún temor podemos tener, no será otro sino el de la pérdida de tan noble y valiente caudillo.

Miróle de hito en hito Pulgar.

—Tú, Bedmar—dijo—, escalaste los muros de Alhama; también os he visto á vosotros tomar á escala franca el castillo del Salar, combatir en Vélez y en Baza, en los mismos llanos de la Vega. Y ahora que estáis á mi lado, ¿por qué ponéis en Dios tan poca confianza y me contáis con los muertos? (1).

—Mal cumplíramos con lo que te debemos, Hernando—observó otro de ellos—, si no te aconsejáramos cuando pretendes correr á una perdición cierta.

—No es consejo lo que os pido—dijo gravemente Hernán Pérez—; lo que quiero es que me acompañéis hasta las puertas de Granada, Dios nos libertará, y si nos acorralan, ¿qué importa? *ya aprendimos en el Zenete la manera de hacernos paso* (2).

(1) Histórico á la letra: crónica de Hernán Pérez del Pulgar.

(2) Histórico á la letra: crónica de Hernán Pérez del Pulgar.

Tendió, dicho esto, la mano á Bedmar y á los otros escuderos, y diciéndoles el lugar de la Vega donde debían reunirse, despidiólos.

Era cerca del amanecer.

En la confluencia del Darro y del Genil aparecieron, viniendo de la parte de la Vega, algunos jinetes á caballo.

Sólo podían apreciarse sus bultos porque la noche era lóbrega.

Detúvose al llegar á aquel punto el que cabalgaba delante de los jinetes, y al hablarles dejó conocer en su acento que era Hernando del Pulgar.

Los jinetes que le seguían eran sus escuderos.

—Ahora bien, amigos míos, y ya que hemos llegado—dijo Pulgar—, ved de recoger entre esas alamedas algún ramaje, y procuradle seco en tal manera que ayda á maravilla.

—¿Cómo! ¿pretendes poner fuego á Granada?—dijo uno de los escuderos llamado Aguilera.

—Sí tal,—contestó Pulgar—; y en Dios confío que hemos de volver al Real alumbrados por las llamas que devoren sus ponderadas casas y sus ricos alcázares.

Quedaron atónitos los hidalgos; pero conociendo la tenacidad de Pulgar, obedecieron, y cargando de ramaje seco la grupa de sus caballos, siguieron á su capitán, marchando por el cauce del Darro, para que con el ruido de la corriente no se notase el de las pisadas de los caballos.

Merced á esta precaución, y á lo obscurísimo de la noche, pasaron sin ser sentidos de los atalayas moros, por delante del castillo de Bib-Ataupin, y llegaron al puente de la puerta Real ó Bib-Al-Malek, bajo el que se agruparon los quince escuderos en redor de Pulgar.

—Aguardadme aquí—les dijo—; y tú, Pedro, que conoces mejor que nosotros la ciudad en que te criaste, carga en tu caballo ese ramaje, y sígueme.

Trabóse gran altercado entre los hidalgos.

Ninguno quería menos que acompañar á su capitán; vinieron á disputa, alteráronse; y á tal punto llegó la porfía, que Pulgar se vió obligado á consentir en que, echándolo á la suerte, le acompañasen algunos.

Al fin, guiado por Pedro, y acompañado de Bedmar y de otros cuatro, el Alcaide del Salar siguió bajo el largo y lóbrego puente con el agua

á la rodilla, penetró en la ciudad, y siguió á obscuras á lo largo de la *Ribera de los Curtidores*, hasta llegar frente por frente de un magnífico edificio (1).

Treparon uno tras otro el poco elevado muro que encajonaba el río, y por una estrechísima calleja, que apenas daba lugar á un arroyo de desagüe (2), penetraron en una plaza de poca extensión, donde se alzaban uno frente á otro dos altísimos edificios.

Era el uno la universidad (3) granadina, emporio de ciencia, santuario del saber, adonde habían refluído los sabios de Córdoba y Sevilla, y cuantos habían sido arrojados por las armas castellanas hasta aquel último recinto donde flotaba en España la enseña del Islam; el otro la gran mezquita de Granada (4), con su puerta de alambre dorado, sus ricos ajimeces de mármol y sus aleros labrados, si bien entonces no podía verse tanta maravilla, á causa de la gran obscuridad de la noche.

—¿Hemos llegado?—dijo el Alcaide del Salar al morisco Pedro del Pulgar (5).

(1) Llámase el edificio que citamos *Casa del Carbón*, porque hace años se depositaba en él este combustible por sus dueños hasta que obtenían licencia para venderle. A juzgar por sus restos, este edificio debió ser, en los días de su esplendor, suntuosísimo; el arco de su fachada, guarnecido de greca con enjutas de labor persa, es de herradura y de una riqueza admirable; corre sobre él una inscripción casi borrada por el tiempo, y sobre ella se ven tres ajimeces, tapiado el del centro, y los laterales con restos de transparentes, formados de ramaje y hojas á semejanza de los del patio de los Leones. Tras este arco hay un pequeño vestíbulo, cubierto por una bóveda de estalactitas, y en los lados hay dos puertas labradas y tapiadas, levantándose delante de ellas, y hasta el arranque del gran arco exterior, dos especies de cajones de tablas blanqueadas, que sirven de tienda á dos adoradores de pieles de gato, y que dan al viejo edificio todo el romántico colorido de un monumento profanado.

(2) Según todas las probabilidades, Pulgar y los cinco escuderos entraron por la calle de la Gallinería, que corre paralela al río hasta el puente del Carbón, y por el Zacatín y calleja del Tinte, al lugar donde ahora está la iglesia del Sagrario, y donde antes estaba la mezquita mayor.

(3) Hoy casas capitulares.

(4) Hoy templo del Sagrario.

(5) Este era un moro cautivado por Pulgar, que al bautizarse tomó el nombre de Pedro del Pulgar.

—Sí, señor—dijo el cristiano nuevo—: escucha cómo zumba el viento en el altísimo alminar de la mezquita; esta pared que nos guarda es de la Universidad, y esa gran casa oscura que ves en la sombra, la del fakí de los fakies.

Acrecentóse la impaciencia de Pulgar, y pidiendo á Pedro menesteres de encender, prendió fuego al hachón que consigo traía, y sacó de debajo de su sobrevesta un cartón dorado, en que se veía un nombre escrito en letras azules góticas.

—¡El *Ave Maria!*—exclamaron con asombro los escuderos.

Pulgar llegó á la puerta de la mezquita y se arrodilló: los escuderos se arrodillaron también.

—Sed vosotros testigos—dijo á los cinco, que estaban entusiasmados y conmovidos con el ternísimo interés de Pulgar—, de cómo tomo posesión de esta mezquita en nombre de los reyes de Castilla, consagrándola desde ahora á la Reina del cielo, cuyo nombre dejo en poder de los infieles hasta que llegue la hora del rescate (1).

Y atando en el pomo de su puñal las cintas de que pendía el cartel, le clavó de una sola puñalada entre las mallas de alambre de la puerta.

Luego se levantó, y se levantaron los escuderos, y Pulgar dijo á Pedro:

—¿Dónde está la Al-Kaissería?

Pedro le señaló una estrecha calleja que comunicaba con el Zacatín, y le dijo:

—Por allí, señor.

—Alumbra, y guía.

Cuando llegaron á la puerta de la Al Kaisse-
ría, Pulgar le dijo:

—Echa ahí ese ramaje.

Y cuando Pedro le hubo echado, Pulgar arrojó sobre él el hacha encendida.

Pero á punto sintieron pasos de muchos hombres con faroles encendidos que rondaban guardando aquel riquísimo barrio.

Verlos y acometerlos espada en mano, fué una misma cosa.

Gritaron los moros, alborotóse por aquella parte la ciudad, y Pulgar, temiendo que le venciese la muchedumbre, gritó á sus escuderos:

—¡Por el mismo camino! ¡Corazón sereno, y espada pronta!

Y rompiendo por medio de los moros escapó (1).

Y las llamas amenazaban á la Al-Kaissería, y los moros, acudiendo de todas partes gritaban:

—¡Al arma! ¡los cristianos!

Aquellas eran las voces que habían llegado hasta el rey.

El cartel aquel, el que Tarfe había llevado á la Alhambra.

XIX

SIGUEN LOS PRONÓSTICOS

Granada, tan venturosa antes, tan afortunada, había llegado al punto de que todo para ella se convirtiese en desdicha y mala ventura.

Sus caudillos emigraban á Africa, ó morían en la Vega.

(1) Si no existiese un indudable documento histórico que testimonia esta gran hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, se creería arrancada de una novela caballeresca.

En el archivo del marquesado del Salar, libro I, leg. 2.^o, tomo VIII, se encuentra una real cédula original de los Reyes Católicos, á favor de los quince escuderos que entraron en Granada con Hernández Pérez del Pulgar, y que copiada á la letra es como sigue:

“El Rey e la Reina: Por la presente damos nuestra palabra real de facer merced á vos Gerónimo de Aguilera, e Francisco Bedmar, e Diego de Jaén, e Alvaro de Peñalver, e Diego Ximénez, e Pedro de Pulgar, Adalides, e Montesino de Avila, e Ramiro de Guzmán, e Cristóbal de Castro, e Tristán de Montemayor, e Diego de Baena e Torre, Alfon de Almería, e Luis de Quero, e Rodrigo Velázquez, que todos sois *quin-
ce escuderos*, e á cada uno, de tierras e hacienda en la ciudad de Granada, de que pluga á Nuestro Señor que esté rendida á nuestro dominio; la cual dicha merced os facemos porque entrásteis con Fernando del Pulgar, nuestro Alcaide del Salar; á pegar fuego en la ciudad de Granada en la mezquita mayor, por el peligro á que os pusisteis.—Fecho en 30 de diciembre de 1491 años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandato del Rey e la Reina, Fernán Dávarez.”

Además los Reyes Católicos hicieron merced á Hernán Pérez del Pulgar de añadir á los cuarteles de su escudo el *Ave Maria*, y el privilegio para sí el de ser enterrado en el mismo sitio donde llevó á cabo aquella grande empresa.

(Archivo del Salar.)

(1) Crónica de Hernán Pérez del Pulgar.

Sus sabios y sus fakies estaban siempre pronosticando desdichas.

Todos tenían, no la fe de la salvación, sino la certeza del acabamiento de la patria.

Todos miraban con terror al porvenir, y á un porvenir cercano.

Y Boabdil entretanto se adormía.

Boabdil no procuraba acabar con los bandos uniéndolos bajo su mano, y dándolos de este modo fuerza.

Por otra parte, la unión de Aragón y de Castilla, de España, en fin, bajo un mismo cetro, hasta imposible la lucha.

Maldecían, sin embargo, á Boabdil.

Como si él, á quien historiadores benévolos han llamado el *Desdichadillo*, hubiera podido oponerse á los decretos del destino.

Es verdad que su inercia, su molicie, habían llegado al último punto.

No se le veía salir de los departamentos del patio de los Leones, donde tenía su harem, donde estaba el panteón en que reposaban sus antepasados, donde existía la fatal sala que encerraba sus remordimientos.

En aquel patio le tenían aprisionado los recuerdos de su dinastía, esto es, el pasado; sus placeres, esto es, el presente; y su conciencia, que venía á ser el decreto de su porvenir.

Y allí recibía las noticias, funestas todas, que le traían sus caballeros.

Allí escuchaba con la cabeza inclinada á sus sabios que le aconsejaban.

A sus valientes que pretendían sacarle de su inercia.

Allí, en la noche del mismo día en que Tarfe le pidió licencia para ir á retar al audaz cristiano que se había atrevido á penetrar en Granada, recibió la noticia de un nuevo desastre, que venía á ser un nuevo pronóstico de desgracias.

XX

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

Apenas el sol había desvanecido las nieblas de la noche anterior, y sus rayos tibios aún se tendían sobre Santa Fe, cuando un confuso rumor de pasos acelerados de armas que se choca-

ban y de gentes que subían á toda prisa las escaleras que conducían á los adarves, se dejó oír por la parte que mira á Granada,

Los reyes don Fernando y doña Isabel, el príncipe don Juan, las infantas doña Juana y doña Isabel, fray Hernando de Talavera, Pulgar, Córdova, Tendilla, Aguilar y cien nobles caballeros, rodeados de lanzas y ceñidos semblantes, miraban al campo donde un moro ante ellos se mostraba acompañado de diez africanos á caballo y un trompeta, armados.

Montaba en un poderoso caballo negro encubertado de guerra, y afianzaba una lanza, en cuyo hierro se veía pendiente el cartel del AVE MARÍA que Pulgar había fijado aquella noche en la puerta de la mezquita mayor de Granada.

Era el arrayaz Abd-Allah-ben-Tarfe.

Llamas arrojaban los ojos del valiente moro. Su roja sobrevesta parecía pedir sangre.

Sus mejillas pálidas eran la clara muestra de la cólera que agitaba su alma.

El ronco son de su trompeta había llamado al adarve á los reyes, á los príncipes y á los caudillos cristianos.

Y todos se maravillaron de que aquel infiel se atreviese á presentarse con tamaño atrevimiento ante ellos.

Y Tarfe los miraba como mira el toro á la muchedumbre que le provoca desde la valla, y su cólera era cada vez más convulsiva, y su mano agitaba el cartel del AVE MARÍA, blandiendo hasta hacerla crujir en el aire su fuerte lanza de dos hierros.

Más cuando vió cubiertos de cristianos los adarves, paseó la sombría mirada sobre ellos, reconociendo á cada uno de los capitanes á quienes había visto el semblante entre el polvo de la batalla, y cuando vió competidores dignos hizo una seña al trompetero.

Por tres veces el son de la sonora trompeta rasgó el espacio, y retumbando en la cercana Geb-el Beira, fué repetido á lo lejos en redondo por los ecos de las montañas.

Aquel sonido de atención fué repetido de igual modo por las trompetas del Real.

El rey, la reina, el príncipe, los infantes, los caudillos y los soldados de Castilla y Aragón, España, en fin, escuchaban á un solo hombre.

Tarfe se alzó en los estribos, miró el adarve con fiereza y su voz poderosa se extendió en el espacio:

—¡Perros traidores!—dijo—: vosotros los que

entráis como el buho en nuestra ciudad amparados de las tinieblas para dejar en ella el nombre de vuestros ídolos! ¡yo soy Tarfe! ¡yo el que ha arrancado de la mezquita el nombre de MARIA, y le arrastra delante de vosotros, sobre el polvo de vuestros Reales.

¡Salid, canes ladradores!

¡Salid uno á uno, dos á dos, ciento á ciento!

¡Salid! ¡Tarfe os espera!

Mi lanza os conoce, villanos, y mi espada aún tiene en su filo la señal de vuestra sangre.

Calló el moro esperando la respuesta, pero ni una voz ni un movimiento salieron de entre los cristianos, que parecían estatuas de hierro.

Irritóse Tarfe, hizo botar su corcel, le lanzó hasta salvar la mitad de la distancia que le separaba del muro, y gritó con doble furor:

—Y si no bastan las afrentas que habéis oído para que salgáis al campo, mirad, castellanos, dónde pongo el nombre de MARIA; y si algún peón ó caballero, infante ó rey, de ello ha enojo, á esperarle voy en la Vega hasta que el sol trasponga las montañas de Loja.

Y esto diciendo, puso el cartel del AVE MARIA en la cinta que enrollaba la cola de su caballo, revolvió al freno, y seguido de los suyos se alejó lentamente de los Reales hasta llegar á la espesura donde Zaruhymal había dado la carta de la sultana á don Juan Chacón; descendió del caballo, despidió á los esclavos y al trompetero, y se reclinó sobre el césped en la sombra, tendida á mano la pica, y ceñido el talabarte de la adarga.

En tanto, en silencio, se hundieron como sombras tras las almenas del Real de Santa Fe reyes é infantes, damas y caballeros.

Ni usa sola palabra acerca del sucero se cruzó entre aquel ejército de valientes.

El reto había sido lanzado con sobrada insolencia para que se departiese sobre él.

Todos los semblantes estaban ceñudos; todos los corazones ardiendo.

Cada una de aquellas espadas estaba mal contenida en su vaina.

Pero lo que faltaba en palabras, sobraba en actividad.

De las almenas se pasó á las tiendas, y de la vestidura de paz al arnés de guerra.

Y entre aquellos viejos soldados endurecidos con la fatiga de los combates, un mancebo imberbe, hermoso como una dama, pero de mirada

severa, y centelleante como la de un león, atravesó en paso apresurado el Real, y al otro extremo entró en una tienda aislada.

—Pronto, Nuño—dijo á un soldado viejo que esperaba impaciente á la puerta—; mi arnés, mi lanza y mi caballo: pronto, porque los capitanes del Real se arman á porfía y no tardarán mucho cien buenas espadas en demandar licencia á sus Altezas para rescatar la santa AVE MARIA de las manos de ese perro infiel.

Y así era.

Apenas don Fernando y doña Isabel habían entrado en sus tiendas visiblemente alterados por el reto de Tarfe, cuando un tropel de capitanes, alféreces y demás cabos de los tercios entraron armados hasta los dientes, pasando casi por cima de los *continuos*, y demandaron licencia para ir á rescatar con la muerte del moro el nombre de MARIA.

Cada cual alegó su derecho, y con tan buenas razones, y siendo todos pares en valor y merecimientos, don Fernando y doña Isabel reunieron su consejo para elegir el campeón que debía llevar á cabo tan importante empresa.

Mientras esto acaecía, el hermoso mancebo que había corrido á su tienda en vez de correr como los otros á las de los reyes, se había cubierto de un arnés de finísimo temple; había abrazado una adarga de Fez, ganada por sus ascendientes á los moros en aquella misma Vega, y jinete en un fogoso potro cordobés, blandiendo una pesada y larga lanza de fresno, se lanzó á la carrera á través de una puerta cercana, sorprendiendo á la guardia de ella, dió la vuelta al Real y se lanzó en la Vega al escape de su caballo de batalla.

Pronto, muy pronto desapareció entre una nube de polvo, á pesar de los gritos de la guardia del Real, y llegó á la arboleda donde esperaba Tarfe.

El mancebo caló su visera y llegó á un llano del bosque donde Tarfe con el descuido de los valientes, á los pies de su caballo, dormía sobre el blando césped.

Latió con doble impaciencia el corazón del mozo, y fijó una intensa mirada de cólera en el moro.

—¡Levántate!—gritó poniendo los cascos de su caballo junto á Tarfe.—¡Levántate, jactancioso, y ven conmigo á batalla!

Tarfe despertó al sonido de la pu' ante voz del mancebo castellano.

Levantóse lentamente, púsose de pie, y midió con una larga y profunda mirada á su adversario.

—¿Quién eres tú—le dijo con desprecio—, caballero sin mote y sin empresa?

¿Acaso no hay en los Reales de Castilla valientes capitanes que vengan á medirse conmigo, que soy el caudillo de cien combates?

—Es verdad—contestó el mozo—; soy caballero novel, pero vengo por tu cabeza para hacer empresa con ella: y como cristiano, vengo á arrancarte el corazón y el cartel que te has atrevido á poner en la cola de tu caballo, cuando tiene escrito el nombre de la que sobre ángeles se asienta.

—Ea, vete, cristiano—dijo Tarfe con desdén—, que yo no he de probar mis armas con quien trae las suyas blancas y oculta su semblante.

El mozo se levantó con coraje la visera, y mostró su hermosa y juvenil faz al moro.

Tarfe miró con asombro al mancebo.

La expresión de desprecio que antes aparecía en su semblante, se borró.

Sólo quedó en ella una sonrisa de afecto.

—Valiente eres, rapaz—dijo—: gran fama alcanzarás en el mundo si una lanza traidora no corta en flor tu vida, pero vete: que no soy asesino ni me mido con niños: vete y di á ese terrible Gonzalo Fernández de Córdoba que Tarfe le espera durmiendo.

Y fué á reclinarse de nuevo en el césped.

Pero el joven caló su visera, levantó el cuento de su lanza y la tendió con ira sobre la espalda del moro.

Al sentir este ultraje, Tarfe saltó como una pantera herida, embrazó su adarga, requirió su espada, cabalgó, tomó campo, y partió con la lanza baja contra el cristiano, gritando ronco de furor:

—¡Por Satanás; el mentiroso, villano, que has de pagar con tu sangre tan ruin y cobarde ultraje!

Y á este punto embistió contra el mozo, que le acortó el trecho saliéndole al encuentro.

El aire gimió con el estruendo del choque.

La lanza de Tarfe saltó hecha menudas astillas contra la adarga del castellano.

Este no se movió de los arzones.

Su pica falseó la adarga y la jacerina del moro, y le hirió levemente, rompiéndose también como hubiera podido romperse una caña.

Tarfe rugió de cólera, y su ancha y larga espada damasquina lució con o un rayo fuera de la vaina.

Desnudó á su voz el cristiano la suya, tornaron á tomar campo, y se acometieron de nuevo con doble coraje é ímpetu furioso.

Martillaban los aceros sobre el duro hierro de los arneses: los airones, los penachos, las sobrevestas y las galas eran despojos del combate: empezaban á desclavarse corseletes y grevas, y la sangre corría de más de una herida.

Rugía Tarfe como un hambriento león del desierto.

Coloraba su frente la vergüenza de no haber exterminado á la primera embestida á aquel cristiano casi niño, que se había atrevido á insultarle, y redoblaba sus golpes y sus embestidas; ligero como un halcón, incansable, feroz, irritado.

Y siempre encontraba apercebida la adarga del cristiano.

Siempre su caballo, caracoleando en su torno, le divertía en una defensa fatigosa.

Y redoblábanse los tajos sobre el templado acero de su jaco. Jadeaban ya los caballos.

El cristiano, á quien sin duda importaba la brevedad, hacía girar el suyo como un torbellino en derredor del moro.

Al fin, entrambos corceles fatigados, cubiertos de sudor, ensangrentados los ijares, obedecieron mal al freno, y el de Tarfe tropezó en el tronco de un árbol al tomar una vuelta, y cayó arrastrando á su jinete.

El castellano contuvo generosamente al suyo para no atropellar al moro, echó pie á tierra, y adelantó cubierto con la adarga y la espada en alto contra su enemigo, que se había levantado cubierto de polvo y trémulo de furor.

Empeñóse de nuevo el combate á pie firme. Silbaba el acero contra el acero.

El Dios de las batallas, posado en una nube roja, miraba con asombro á los caballeros.

Y Tarfe apretó los puños y los dientes.

Describió un ancho círculo alrededor de su cabeza con su espada, y la dejó caer como un rayo sobre el cristiano.

La hoja damasquina saltó en pedazos al chocar la templadísima adarga del mancebo.

Tarfe estaba desarmado: sólo le quedaba el puñal, arma débil é inútil.

Arrojó lejos de sí la adarga, y se fué con los brazos abiertos al castellano, que le imitó.

El combate pasaba á ser lucha.

Una sombría y sardónica carcajada salió por entre las barras del yelmo de Tarfe.

Meñbrudo, agigantado, gran luchador, pensaba sofocar entre sus robustos brazos al castellano.

Y así hubiera sin duda acontecido.

Pero cuando el moro estrechaba al mancebo, cuando su coselete rechinaba entre aquel brazo de hierro, la mano del joven buscó el falso de la armadura de su enemigo, y su daga buida penetró en su pecho.

Tarfe abrió los brazos, lanzó un grito terrible, y cayó de espaldas.

El AVE MARIA había sido rescatada.

El mancebo alzó su visera.

Su rostro juvenil y hermoso, cubierto de sangriento sudor, se elevó al cielo, y sus elocuentes ojos negros dejaron brillar una lágrima de gratitud.

Oración suave, dulce, perdida como un perfume en la inmensidad del abismo, y elevada hasta el trono de Dios; y luego fué al caballo del moro, quitó de su cola el cartel del AVE MARIA, le besó de hinojos y le suspendió de su cuello sobre su pecho, á manera del vasallo que ostenta el blasón de su señor.

Y llegó á Tarfe, le desenlazó el yelmo, y al ver su frío semblante, afeado por la lividez de la muerte, exclamó con un orgullo disculpable en sus pocos años.

—Sobervio moro: el novel caballero tiene ya empresa para sus armas, y el AVE MARIA será un cartel de gloria en el blasón de los Garcí-Lasos de Castilla.

Y cortó la cabeza á Tarfe, la colgó del arzón de su caballo, cabalgó, salió de la espesura, y se encaminó al Real.

Allá á lo lejos se levantaba una nube de polvo bajo los pies de los caballos de un pequeño escuadrón, que avanzó hasta dejar conocer á los que cabalgaban.

Era el capitán Gonzalo Fernández de Cordo-

va con sus escuderos, que había sido elegido por el consejo de guerra para responder al reto de Tarfe, y venía armado de todas armas y cubierto de lazos y penachos.

Pronto llegó junto al joven, y pudo ver en su pecho el AVE MARIA y en su arzón la sangrienta cabeza del moro.

Detúvose el capitán y con él sus escuderos.

—¡Pardiez, Garcilaso—dijo Gonzalo Fernández al joven—, que temprano empezáis á ser azañosos! vais apurando todas las grandes empresas; Chacón y don Diego de Córdoba, Ponce de León y Aguilár, entran en palenque en Bibarrambla y vencen delante de la corte de Granada; Pulgar pone el nombre de MARIA en la mezquita mayor en prenda de posesión; y vos, niño aún, rescatáis esa sagrada AVE MARIA de un guerrero tan formidable como Abd-Allah-ben Tarfe. ¿Qué dejáis, pues, que hacer á Gonzalo Fernández de Córdoba?

Y esto dijo sonriendo afablemente, como quien tiene harta gloria para no envidiar la ajena, el hombre que debía ser la primera y más clara gloria de las glorias guerreras de las Españas.

El que debía ser el último cercador de Granada.

El conquistador de Nápoles.

El terror de los franceses.

¡El GRAN CAPITÁN!

Yendiéronse las manos Gonzalo Fernández y Garcilaso, y tomaron juntos la vuelta de Santa Fe.

Desde aquel día, los Lasos son Lasos de la Vega, y en su blasón campea el AVE MARIA; desde aquel día, también las armas de la ciudad de Santa Fe son una pica, clavado el cuento en la cabeza de un moro, y pendiente de ella el cartel del AVE MARIA.

XXI

LA AGONIA DE GRANADA

Gonzalo Fernández de Córdoba había sido encargado por los reyes don Fernando y doña Isabel de formalizar el sitio de la ciudad.

Acercábase la hora fatal en que la enseña del Islam debía ser arrebatada por el huracán de la guerra que la sustentaba.

Cercada enteramente Granada, empezó a sentir el hambre.

Muy pronto ésta se hizo intolerable.

Hablábase ya de rendición entre los principales caballeros.

El rey Chico seguía dormitando en los perfumados departamentos del patio de los Leones.

Siempre delante de aquella sangrienta cámara.

Siempre delante de su remordimiento.

Empezaron á aparecer al descubierto las traiciones.

Supose que los principales caudillos temerosos por sus vidas y haciendas, andaban en tratos para la rendición de la ciudad.

Quedaron patentes las causas de tantos sangrientos motines, de tantas batallas perdidas, de tantas esperanzas malogradas.

Y no fué ya tiempo de atender á males incurables arraigados de viejo en el corazón de Granada.

Sostúvose aún, sin embargo, algunos días, con la esperanza de un socorro de Africa.

Pero los socorros no venían.

Aquejaba el hambre, y se temía á cada momento la embestida decisiva del enemigo.

Una noche, Boabdil sintió pasos de algunos hombres en uno de los extremos del patio de los Leones.

Su corazón se estremeció.

Entre las voces de aquellos hombres que hablaban y que al parecer saltan de la sala de Justicia, creyó reconocer el acento extranjero de los castellanos.

¿Qué hacían aquellos cristianos en su alcázar?

¡Rataban, sin duda, en medio del silencio de la noche, de la rendición de la ciudad: la corona temblaba en su cabeza: el reino de Granada agonizaba.

Boabdil huyó despavorido, y se encontró, sin darse razón de cómo, en la funesta cámara de los Leones.

Sobre las señales rojas de la sangre de los abencerrajes, á la luz de una lámpara de alabastro, estaba arrodillada una mujer vestida con un blanco traje de luto.

El rey reconoció á la sultana Zoraida.

De la boca del rey salió un grito ahogado.

Zoraida levantó la cabeza, y vió al rey.

Se levantó lentamente, y dijo al rey extendiendo su brazo de alabastro hacia la sala de Justicia:

—Allí tus vasallos cobardes entregan tu corona á los formidables reyes de Castilla. Aquí, la sangre de caballeros inocentes se levanta hasta el Altísimo clamando contra ti venganza.

Y la sultana se separó del rey y se perdió como un fantasma entre las columnas del patio de los Leones.

El rey cayó anonadado sobre aquella sangre, y lloró.

En efecto, el capitán de caballos, Gonzalo Fernández de Córdoba, y Hernando de Zafra, secretario de los reyes don Fernando y doña Isabel, que habían entrado secretamente en la Alhambra por un postigo, trataban con los wazires Aben-Comixa y Abul-Cazin-Abd-el-Melik de la rendición de Granada.

Al día siguiente, el débil Abu-Abd-Allah reunió en consejo á sus wazires, á sus faqués y á sus kadíes, y les consultó sobre la resolución que debía adoptarse en tan extrema situación.

El resultado fué fatal.

Los unos, vendidos al enemigo, los otros temerosos de él, resolvieron la entrega de aquella ciudad, engrandecida por el famoso rey Nazar-al-Hhamar, fuerte y poderosa hasta Abul-Hacen, y vencida, destronada bajo el débil cetro de Abu-Abd-Allah-el-Zogoibi.

Todos los del consejo se inclinaron á tratar de avenencia con los reyes enemigos, y sólo el valiente Muza, encontrando aún resistencia y brío en su corazón, dijo que *aún era temprano*.

Sin embargo, se determinó que el wazir Abul-Cazin-Abd-el-Melik saliese á proponer capitulación á los cristianos.

Los reyes de Castilla y de Aragón recibieron bien á este noble caballero, y determinaron que

Gonzalo Fernández de Córdoba, Hernando de Zafra y algunos otros de los principales cristianos concertasen la entrega.

Estos caballeros, precedidos del wazir, entraron otra vez en la Alhambra, por una mina entre la torre del Agua y la puerta de Hierro, y encerrados secretamente en la sala de Justicia del patio de los Leones, hicieron las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

Cuando al día siguiente el wazir las presentó en el consejo, la palidez del terror se pintó en todos los semblantes; la sultana madre, Aixa-la-Horra, tembló de cólera, y el rey desfallecido, con los ojos preñados de lágrimas, ocultó su dolor entre los brazos de su madre.

Y en medio de aquel espectáculo de desolación, intenso en el alma el amor de la patria, sereno, aunque pálido, el intrépido guerrero infante Muza se levantó, y abarcando en una larga y sombría mirada á los que le rodeaban, dijo con acento de la más fría reconvencción:

—Dejad, señores, ese inútil llanto á los niños y á las delicadas hembras; seamos hombre y tengamos todavía corazón, no para derramar lágrimas, sino hasta la última gota de nuestra sangre; hagamos un esfuerzo de desesperación, y peleando contra nuestro enemigo ofrezcamos nuestros pechos á las contrapuestas lanzas.

Muza era un héroe; su voz vibrava inspirada, pujante, entre aquellos hombres, antes tan valientes, y entonces aterrados por el adverso destino.

—Yo estoy pronto á acaudillarlos—continuó el infante con energía—para arrostrar con denuedo y corazón valiente la honrosa muerte en el campo de batalla.

Mas quiero que nos cuente la posteridad en el glorioso número de los que murieron por defender su patria, que no en el de los que presenciaron su entrega.

Y si este valor nos falta, oigamos con paciencia y serenidad estas mezquinas condiciones, y bajemos el cuello al duro y perpetuo yugo de envilecida esclavitud.

Veo tan caídos los ánimos del pueblo, que no es posible evitar la pérdida del reino.

Sólo queda un recurso á los nobles pechos, que es la muerte; y yo prefiero morir libre, á los males que nos aguardan.

Si pensáis que los cristianos serán fieles á lo que os prometen, y que el rey de la conquista será tan generoso vencedor como venturoso enemigo, os engañáis.

Están sedientos de nuestra sangre, y se hartarán de ella.

La muerte es lo menos que nos amenaza.

Tormentos y afrentas más graves nos prepara nuestra enemiga fortuna: el robo y el saqueo de nuestras casas; la profanación de nuestras mezquitas; los ultrajes y violencias de nuestras mujeres y de nuestras hijas; opresión, mandamientos injustos, intolerancia cruel, y ardientes hogueras, en que abrasarán nuestros míseros cuerpos.

Todo esto lo veremos por nuestros ojos: lo verán por lo menos los mezquinos que ahoran temen la honrada muerte; que yo, ¡por Allah que no lo veré!

La muerte es cierta, y en todos muy cercana.

¿Pues por qué no empleamos el breve plazo que nos resta, donde no quedemos sin venganza? ¡Vamos á morir defendiendo nuestra libertad!

La madre tierra recibirá lo que produjo, y *al que faltare sepultura que le esconda no faltará cielo que le cubra.*

No quiera Dios que se diga que los granadines nobles no osaron morir por su patria (1).

Calló Muza, y callaron todos los que allí estaban.

Y calló también el rey.

Y entonces Muza, viendo el abatimiento de wazires, xeques, arrayaces y fakies, se salió lleno de ira de la sala.

Y dicen los que de aquel tiempo y de aquellas cosas escribieron, que habiendo tomado de su casa armas y caballo, se salió por la puerta de Elvira, y que nunca más pareció ni se supo qué había sido de él (2).

Entretanto el rey, viendo que en la ciudad y en todo el reino faltaban á un mismo tiempo el

(1) Todo el discurso de Muza, es histórico á la letra.

(2) Histórico.

ánimo y las fuerzas, resolvió escribir á los reyes sitiadores que, para evitar alborotos y novedades, quería entregarle la ciudad al momento.

El wazir Aben-Comixa fué á Santa Fe con esta carta y con un presente de caballos castizos, con ricos jaeces y alfanges.

Esta fatal determinación fué el día cuatro de la luna de rabié, primera del año de 897 (1).

XXI

LA TOMA DE GRANADA

Aún no había amanecido, y ya los clarines de los jinetes y los tambores de los infantes despiertan á los soldados españoles dentro de los muros de la ciudad real de Santa Fe.

Los exploradores son los primeros que salen á la Vega.

Tras ellos se mueven los tercios.

Los pesados carros de artillería rechinan, arrastrados lentamente por bueyes.

Han tomado el camino de Granada.

En otras ocasiones apenas los cristianos han salido de su Real, apenas han avanzando hacia Granada, los bizarros jinetes moros han llegado á todo el escape de sus caballos con las lanzas bajas y las adargas al pecho.

Zenetes, Zegríes, Ganzules, Mazas, Almoradíes, Venegas, las tribus todas, árabes ó africanas que pueblan á Granada han disputado palmo á palmo, golpe á golpe, sangre por sangre, vida por vida, el paso de los cristianos, y arrollados siempre por éstos, siempre vencidos, han vuelto á una nueva lid cada día; nunca escarmentados, nunca domados.

Granada no cuenta los hijos que envía al combate, ni cuando vuelven vencidos cuenta los que faltan, los que se han quedado tendidos en la Vega.

Hoy el ejército español avanza cada vez más, y nadie sale á su encuentro.

Ni una sola persona aparece cerca ó lejos en el camino.

Las alquerías están mudas.

Ni una leve columna de humo se levantaba de las chimeneas.

Otras veces, de cada una de aquellas alquerías, de cada una de aquellas aldeas, han salido

á escape jinetes moros, llamados por el toque de rebato de la campana de la Alhambra, avisando que los cristianos se han puesto en movimiento.

Y acá y allá las distantes torres de atalaya, encaramadas en sus vericuetos, han dejado ver sus humaredas como señal de peligro y de combate.

Hoy la campana de la Alhambra no envía su vibración hasta los montes.

Hoy las atalayas no encienden el ramaje verde y humoso.

Disipadas las blancas nieblas de las montañas, el sol naciente alumbrá una tierra silenciosa, que sólo parece habitada por aquel numeroso ejército que se acerca á la ciudad, cuyas puertas están cerradas todavía.

Parece que ¡roviendo de la ciudad se pierde en los aires un gemido silencioso, un gemido de desesperación y muerte.

XXII

Y por el contrario, ¡cuán alegre, cuán ruidoso el ejército que avanza!

¡Cuánto penacho y cuánta pluma entregados al viento!

¡Cuánto pendón desplegado!

Mirad los jinetes andaluces cómo hacen gallardear á sus caballos siguiendo las blancas hacañas de la reina doña Isabel y de sus damas y el potro árabe del buen capitán Gonzalo de Córdoba, que resguarda á la reina.

Mirad cuán melancólicamente conmovido el hermoso semblante de la reina que ciñe sobre sus rubios cabellos la corona de Castilla y León y Andalucía: mirad al otro lado, armado de guerra, y vestido de gala á un tiempo, el rey don Fernando que rige blandamente su bridón de batalla, ciñendo en vez de yelmo la corona de Aragón y de Sicilia, y de Navarra, y de Cataluña, y de Valencia: mirad cómo sigue el trote de su caballo, en dos hileras á sus lados, con la ballesta afianzada en la mano y el venablo preparado en la otra, siempre dispuestos á la pelea, los bravos ballesteros aragoneses.

Mirad, mirad, tras los dos reyes, seguidos por una formidable manga de arcabucería castellana, al buen conde de Tendilla, llevando enhiesto el estandarte real, y á su derecha el gran Cardenal de España, sustentando el estandarte de la Fe.

(1) 1492 de J. C.

Ved ese largo y robusto cordón de jinetes y de peones, de bombardas y de acémilas, que arroja de sí, incansable, la ciudad de Santa Fe.

Mirad cuán abigarrados los gallegos, y los astures con sus trajes nacionales, y cuán sencillos y severos los catalanes y los vascos, los navarros y los montañeses.

Pero todos van alegres.

Ha llegado el gran día.

El 2 de Enero de 1492 es una gran fiesta: es el día de triunfo ganado con mil gloriosos combates.

Granada ha capitulado.

El rey Chico se ha despojado de su corona, y la ha dejado en la Alhambra.

Granada es de los Reyes Católicos, y éstos y sus soldados van á recibir á la orilla del Genil las llaves de la ciudad, de manos del rey vencido.

XXIII

Por eso Granada calla, por eso Granada gime, por eso parece que el sol alumbra una ciudad y una comarca desiertas.

Por eso los jinetes granadinos no salen á la Vega lanzando al aire su grito de guerra.

Por eso las alquerías y aldeas no envían tampoco jinetes para aumentar el número de sus hermanos de Granada.

Por eso las torres de atalaya no exhalan sus blancas humaredas, y por eso está muda la campana de la torre de la Alcazaba.

Granada, la sultana, la ciudad querida del Profeta, la alegría del Islam, es la cautiva vencida de la Cruz.

XXIV

¡Muros derruidos de mi ciudad de Granada; melancólico Albaicín, que conservas aún tus mezquitas moras convertidas en templos cristianos; abandonados palacios de la Horra y del Gallo de Viento; Alcazaba Kadima, que debes á los vientos y á las lluvias de trescientos años tu musgo verdinegro y tus cortinajes de hiedra; asombrosos jardines que concertais con el murmurio de las hojas de vuestros árboles agitadas por las auras, el murmurio de las aguas de vuestras fuentes de alabastro labradas por el

moro; barrios del Zenete, de Aynadamar, del Hajeriz y de la Antequeruela; irregulares plazas, torcidas callejas, almarestanes y aljamas; sombrosas riberes del Darro; risueñas orillas del Genil; y tú, alcázar de delicias, joya de filigrana de oro y colores, Alhambra encantada, maravilloso alcázar creado por la voluptuosidad musulmana; y vosotras, torres Bermejas, murallas, torreones y castillos; volved á ser por un momento lo que fuisteis el día en que vuestro recinto torreado abrió sus puertas de hierro á los campeones de la Cruz; recoged vuestros escombros; poblaos de los seres que vivieron en vuestro recinto, arrancadlos de sus tumbas; dejadme que copie, mirándolo con los ojos del alma, el cuadro fantástico compuesto por la desventura de vuestros señores en aquel día memorable; dejadme que contemple toda la desolación, todas las tristezas, todas las lágrimas, todas las amargas de vuestros moros vencidos!

¡Ah! ¡yo cierro los ojos! ¡yo veo en un sueño terrible á Granada despertando para la afrenta y para el vencimiento!

¡Yo la veo apurando sola toda la hiel contenida en la copa de la expiación de las razas vencedoras de España en el Guadalete, por siete siglos de dominio sobre la noble tierra de España; por siete siglos de matanza, de sangre y de lágrimas!

Llegan hasta mí los gemidos de los cautivos cristianos que se apilan, que se revuelven, que lloran en fétidas mazmorras; veo el rubor, siento la desesperación y la agonía de la hermosa doncella castellana, que entre las grandezas, entre las maravillas de los perfumados retretes del harem, siente los pasos del impuro señor que se acerca: veo el resplandor del incendio de una y otra villa, y uno y otro campo de batalla cubierto de cadáveres insepultos, cuyos despojos se disputan los buitres y los lobos, y no te compadezco, Granada, porque estaba escrito que tú fueses la víctima expiatoria de tantas desventuras, de tantas afrentas, de tantas lágrimas, de tanta sangre.

¡Levantáos de la tumba, yo os evoco, Boabdil el Desdichado, Muza el valiente, Aixa la altiva, Zoraida la renegada, Morayma la infeliz, Reduan, Ali-Alhar, Tarfe, Venegas y Abencerrajes, Zegríes y Gomeles; vosotros todos, rey y sultanas, y emires, y alkaides, y xeques, y caballeros; vosotras tribus descendientes de los árabes, de los almohades y de los almoravides; los

que buscásteis vuestro último baluarte en los rojizos muros de Granada, alzáos y venid en torno mío!

¡Mirad!

La Cruz se eleva en lo más alto de Granada; en la Alhambra.

Mirad; nuestras mazmorras están vacías, vuestros harenos, desiertos.

Mirad aquella otra ciudad que también fué mora; es Toledo.

Mirad aquel templo cristiano.

¿Qué veis pendiente de sus muros góticos?

Cadenas y más cadenas; grillos y argollas.

Son las prisiones, las ligaduras de los cautivos de Granada, clavadas como un voto de gracias al Altísimo en los muros de un templo erigido por los poderosos Reyes Católicos, vuestros vencedores.

Esa Cruz que descuella sobre vuestra soberbia kasbá, esas cadenas clavadas en los muros de San Juan de los Reyes de Toledo, son el símbolo de vuestro vencimiento, son el glorioso testimonio de vuestra completa expulsión de España.

Y mirad más allá de la Vega, más allá de la sierra, más allá de las Alpujarras, al otro lado del mar.

Un ejército español acampa sobre el Africa; ante él han caído multitud de vuestros descendientes.

Ese ejército va por las llaves de Granada, de Córdoba y de Sevilla, que guardan aún vuestros nietos, esperando volver á abrir con ellas las puertas de aquellas ciudades perdidas para ellos.

Ese ejército, en nombre de Dios y de la patria, va á cumplir la última voluntad de Isabel la Católica.

XXV

El pasado aparece ante mí.

Y veo á Granada cómo fué en el día 2 de Enero de 1492.

Desde muy temprano, desde antes del amanecer, se nota un movimiento desusado en la ciudad.

El intenso frío de la mañana ha creado una niebla blanca y espesa, á través de la cual se ven deslizarse sombras envueltas en blancos albornoces.

Estas sombras adelantan en grandes grupos.

En medio de estos grupos se ven acémilas cargadas, sillas de mano cerradas, conducidas por esclavos.

En las acémilas van oro, alhajas y ropas.

En las sillas de mano, en las literas, mujeres.

Son familias ricas granadinas que abandonan la ciudad con sus hermosuras y sus tesoros, temerosas de la codicia y de los excesos de los vencedores.

Entre estas familias ricas se desliza alguna pobre, que conduce á sus mujeres envueltas completamente en sus haikes, sobre las jamugas de sus asnos, que corren más de lo que quisieran, castigados por sus dueños.

Parece que aquellos desdichados á quienes el miedo ó la altivez destierra, les tarda el verse al amparo de las ásperas breñas de las Alpujarras, y se apresuran por llegar á la única puerta que hay abierta en la ciudad; la del Bib-Lachar.

Una vez fuera de ella tomarán el camino de Dar-al-Huet, á las pocas horas se encontrarán en las escabrosidades de la sierra.

No se ve un solo semblante.

Todos, como para evitar que se vean sus tristezas y sus lágrimas, llevan caídos los capuces de los albornoces.

Alguna vez, caminando lentamente, se ve un largo convoy de acémilas, cuyas voluminosas cargas van cubiertas por ricos paños; magníficos caballos encubertados, llevados del diestro por esclavos; carretas cargadas hasta lo alto, dejando ver riquísimos muebles; delante y detrás de este convoy van algunos jinetes negros armados hasta los dientes, con las lanzas altas y los escudos en el brazo.

Aquel es un convoy real, que conduce parte del magnífico mueblaje de la Alhambra y demás alcázares reales de Granada; acaso parte del tesoro del rey Chico.

Cuando los vencedores entren en Granada, encontrarán la Alhambra y los palacios del rey desamueblados, polvorientos, llenos de despojos inútiles, como casas desalquiladas de prisa; las mezquitas sin Koranes encuadernados en seda y oro, sin sus lámparas preciosas; el vencido se lleva sus riquezas movibles; pero no puede llevarse sus maravillosos alcázares, en ellos encontrará el nuevo dueño las maravillas del arte oriental; los claros estanques, los bellos jardines, los misteriosos apartamentos, las magníficas cámaras, las esbeltas galerías, las fuentes cinceladas, las paredes cuajadas de arabescos, de ins-

cripciones, de versos; las cúpulas semejantes á grutas de hadas; los techos de sándalo, de nácar, de oro y de marfil; los sonoros pavimentos de alabastro; los esmaltados mosaicos, los ajimeces calados como un velo de tul; los vencidos no han podido, no han tenido tiempo de manchar, de borrar, de afeár tanta belleza; ni se han atrevido á incendiar aquellos alcázares, aquellas mezquitas; acaso han temido las iras del conquistador; acaso sus manos han arrojado á las aguas de una fuente la antorcha destructora, prefiriendo que el odiado vencedor goce de tanta hermosura á destruirla por sí mismos.

XXVI

La puerta de Bib-Lachar vomita incesantemente desterrados que toman el camino de la sierra.

Un buen escuadrón desemboca al paso lento de sus caballos.

Entre una y otra fila, van multitud de hermosas literas.

Son las mujeres del harem del rey Boabdil.

Su guardia negra, su guardia asalariada, cierra la marcha.

Es cerca de medio día, y la puerta de Bib-Lachar se cierra también.

Granada está completamente cerrada.

Dentro de poco la puerta Real se abrirá.

Por ella saldrá la corte, y entre la corte el rey Chico, que irá á buscar al rey don Fernando un poco más allá del sitio donde se unen el Darro y el Genil, junto al pequeño santuario de un morabitho.

Es el lugar convenido para la entrega de Granada.

Un vigía, colocado en la torre del Homenaje de la alcazaba de la Alhambra, debe avisar la llegada del ejército cristiano á aquel lugar.

Aunque hay mucha distancia, el reflejo del sol sobre las armas, avisará al vigía.

Pero aún no ha llegado aquel momento.

El ejército cristiano cruza aún la Vega circunvalando la ciudad.

Acá y allá se ven fuertes escuadrones que se detienen y toman posición, como si desconfiando de la fe sarracena quisiesen éstos prepararse para una nueva batalla.

Y, sin embargo, la ciudad muda y desierta, no presenta indicio alguno de ella.

Penetremos en la ciudad.

Recorramos sus calles.

Su soledad es espantosa.

Todas las puertas están cerradas.

No se escucha el más leve rumor.

Llega la hora de la oración de adohar y ni en un solo alminar se escucha la voz del almuedano, llamando á los fieles á la oración con el grito de costumbre:

“¡No hay otro Dios que Dios, y Mahoma es su profeta!”

Cualquiera podría creer, al ver a quel silencio, que la ciudad ha quedado completamente abandonada, que dentro de ella no hay más que casas vacías.

No; á pesar de los miles de habitantes que han huido de ella para refugiarse en las enriscadas villas de las Alpujarras, centenares de miles de habitantes han quedado en la entonces populosísima Granada: no han tenido valor para abandonar el hogar donde han nacido, y muchos de ellos son demasiado pobres para soportar los gastos de un viaje: están escondidos en lo más retirado de sus casas, aterrados, llorosos: aquel silencio, aquella soledad, son una señal de luto y miedo.

XXVII

Llega al fin un momento después del medio día, en que aquel silencio se rompe.

La campana de la Alhambra da una tras otra, y con sonido grave y lúgubre, treinta y tres campanadas.

El vigía de la torre del Homenaje de la alcazaba de la Alhambra ha visto relucir bajo el sol, que hace algunas horas ha aparecido, disipando la fría niebla, en un cielo diáfano, las armaduras del ejército cristiano.

Cumpliendo su encargo, ha arrojado al espacio la vibración, en aquellos momentos solemne y terrible, de la campana de guerra de la Kasbá.

Y los habitantes de la ciudad, y los de la Vega, y los de la montaña, se estremecen al escuchar el sonido de la campana.

Ha llegado la hora.

Granada va á dejar de ser musulmana.

En la gran cámara del Mexuar, donde la corte (esto es: el rey Boabdil, su madre la sultana Aixa la Horra, los wazires, los alimes y los ca-

balleros dispuestos á seguir al rey) espera silenciosa la señal que ha de llevarla á la humillación, al rendimiento; aquel sonido es una señal de dolor: los semblantes palidecen, los ojos se llenan de lágrimas, menos los de la sultana Aixa que destellan un relámpago de cólera, y el desdichado Boabdil, toma de manos de uno de sus servidores, que se la presenta de rodillas, en una bandeja de oro, la corona de Granada, que el triste rey se ciñe por última vez con las manos trémulas y frías.

Todavía es rey, y aquella corona es una irrisión, una humillación, una amarga burla del destino ceñida á su cabeza.

XXVIII

La corte se pone en movimiento.

En la gran plaza de armas del alcázar, dos walíes presentan al rey su inútil corcel de batalla, en el que monta, sirviéndole de estribo la rodilla de uno de sus caballeros: la sultana Aixa ocupa su ostentosa litera, cuyas cortinas de brocado corre por sí misma la sultana, de una manera nerviosa; los demás caballeros cabalgaban; las hojas de hierro de la puerta Judiciaria se abren con estruendo, y el rey y la sultana, y su corte, pasan entre la guardia silenciosa, que rinde á Boabdil sus últimos honores, y permanecer allí para recibir al conde de Tendilla y al cardenal Mendoza, que con el pendón real de los Reyes Católicos y el pendón de la Fe, resguardados por un buen golpe de arcabucera castellana, llegarán á tomar posesión de Granada.

Entonces los soldados moros dejarán su lugar á los soldados cristianos, arrojarán sus armas y se dispersarán, marchando á sus casas.

XXIX

Entretanto el rey traspasa la puerta de Bib-Leujar, desciende por la calle de los Gomeles, y atravesando la plaza Nueva, se aventura en el estrecho Zacatín.

Los añafles, las dulzainas, los timbales y las atakebiras de su guardia africana resuenan en altos alaridos, como si en vez de caminar hacia la ignominia, fuesen á buscar la gloria en el combate.

Y al atravesar las calles se abre alguna ventana y asoma algún semblante lacrimoso ó cólerico.

Y ya es una mujer desolada y llorosa que grita:

—¡Maldito seas, rey! ¿Para qué se ha quedado tendido allá en la Vega el amor de mi alma?

Ya es un viejo que dice:

—¡Maldito de Allah vayas, cobarde, y de mala muerte mueras! ¿Por qué he perdido mis hijos en batalla, si había de ver este día?

Y cada vez que el rey escucha una de estas maldiciones, y tras ellas el violento cerrarse de una ventana, clava los acicates en los flancos de su bridón de batalla, que bufa y se encabrita, como lanzando una nueva maldición al rey.

Al pasar por Bib Arrambla, la opresión del alma de Boabdil crece: aquel es el lugar de las cañas y de las sortijas, y de los torneos, y de las fiestas de toros, y es también el lugar de los motines.

La puerta Real se abre.

Boabdil, su madre, su corte, están ya fuera de la ciudad, á la que no deben volver.

Se deslizan á lo largo de los muros, dejan atrás el castillo de Bib-Ataubin, atraviesan el puente del Genil...

A un tiro de ballesta, don Fernando el Católico espera inmóvil como una estatua.

Tras él, en escuadrón cerrado, se agrupan sus caballeros, sus banderas, sus jinetes, sus peones: el ejército de Castilla.

Fernando V adelanta su caballo, y poco después, los dos reyes, el vencedor y el vencido, se encontraron.

Los dos reyes descabalaron á un tiempo, y el de Granada hizo ademán de arrodillarse ante Fernando.

Pero el generoso conquistador no se lo permite.

Entonces, Boabdil el Desdichado le dijo, señalándole las llaves de Granada, que uno de sus wazires, arrodillado, presentaba al rey Católico:

—*Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; esta ciudad y reino te entregamos, que así lo quiere Allah, y confiamos que usarás de tu triunfo con clemencia y generosidad.*

Los sollozos sofocaron las palabras del rey vencido, y, á pesar de que, consolándole, Fernando le instó para que volviese á Granada, montó á caballo, y seguido de su madre y de cin-

cuenta de sus mejores caballeros, tomó á gran prisa, y anegado en lágrimas, el camino de las Alpujarras.

Entré tanto, el wisir Aben-Comixa entregaba en la puerta de la torre de los Siete Suelos las llaves de la Alhambra al conde de Tendilla, y poco después éste tremolaba el pendón real de los Reyes Católicos (1).

XXX

EL SUSPIRO DEL MORO

¡Ah, y cómo corre entretanto el rey Chico!

¡Cómo hiere los ijares de su blanca yegua!

Parece que devora la distancia, deseoso de perder en ella el estruendo de la alegría de los vencedores.

¡Ay, y cómo corre también la comitiva del cuitado rey!

Huyen de su desventura y de su vergüenza, porque nadie los persigue.

Y los moros que van por el camino, con sus mujeres en sus asnos y sus bienes en sus acémilas, maldicen al pasar el rey.

Y le llaman cobarde.

Y el rey aprieta los acicates de la yegua, que gime dolorosamente, y apresura su carrera.

Y la comitiva del rey apresura también á sus caballos, que vuelan.

(1) En la época de la conquista de Granada no tenían aún este dictado don Fernando y doña Isabel: cabalmente por esta conquista les concedió este título el Papa Alejandro VI; nosotros les llamamos Reyes Católicos, porque con esta calificación se les reconoce por excelencia. Se habrá notado también que en este escrito establecemos que en tiempo de los moros había una campana en la torre de la Vela, ni más ni menos que hoy. No faltará quien diga al leer esto: "El autor ignora que los moros no usaban campanas." Es cierto; no las usaban en sus templos; llamaban á la oración por medio de las voces de sus muecines; pero el que no las usasen para sus actos religiosos no prueba que no las dedicasen á otros usos; aquella campana servía, como ahora, durante la noche, para marcar á los labradores de la Vega las horas del riego, y para tocar á rebato, para llamar á las armas; los labradores cristianos siguieron las costumbres de los labradores moros, porque tuvieron que adoptar por necesidad su mismo sistema de riego.

Falta entre ellos el infante Muza, Muza el valiente.

Muza, que no ha tenido bastante valor para presenciar la pérdida de su patria.

¡Corre, miserable rey!

¡Corre, como correrá tu llanto lejos de ese jardín de delicias, donde brotan flores de púrpura bajo los rayos de un sol de oro!

Corre, miserable, corre, y oculta tu vergüenza y tu deshonra entre los pelados riscos de las Alpujarras!

Pero detente en esa aldea de Armilla.

Detente de nuevo y rinde un nuevo homenaje.

Ahí, en esa aldea, está la reina Isabel de Castilla.

Arrojate de tu yegua, besa la mano de esa noble señora, torna á cacalgar y huye de nuevo.

Ya las nieblas de la tarde flotan en el horizonte.

El último rayo del sol poniente refleja á lo lejos sobre las torres de Granada.

En esas torres que eran antes tu castillo, y que ya no volverás á ver.

Míralas, Boabdil, míralas.

Entre sus almenas, ese último rayo de sol hace brillar limpias armas.

Pero esas armas no son las de tus moros.

Son las de tus conquistadores.

Detente, Boabdil, y mira por última vez á tu perdida Granada, porque cuando hayas bajado la vertiente opuesta de esa colina, ya, aunque vuelvas atrás los tristes ojos, no volverás á ver á tu ciudad.

¡Oh! ¿Por qué alentaste los bandos?

¿Por qué asesinaste á los treinta y seis caballos abencerrajes?

El rey había llegado á una colina á dos leguas de Granada.

Junto á ella había encontrado á las dos sultanas: su madre y su esposa.

Aixa-la-Horra le miró con cólera.

Zoraida, con desprecio.

En la cima de la colina se veía una estrecha

quebradura, desde la cual se divisaba por última vez á Granada.

El rey, al llegar á aquella quebradura, se detuvo, echó pie á tierra, extendió los brazos hacia su querida Granada, y cayó de rodillas.

Luego exclamó, exhalando un grito desgarrador:

—¡Alah-ku-Akbar! (1).

Y cayó de rostro contra el suelo, rompiendo en amargo llanto.

Y Aixa-la-Horra, su madre, cuando así le vió, dicen que dijo, trémula y demudada, señalando á la ciudad:

—Razón es que llores como mujer, pues no fuiste para defenderte como hombre (2).

Y su wazir, Aben-Comixa, que le acompañaba, para consolarle, dijo:

—Considera, señor, que las grandes y notables desventuras hacen también famosos á los hombres como las prosperidades y bienandanzas, procediendo en ellas con valor y fortaleza.

Y el cuitado rey, llorando, le dijo:

—Pues ¿cuáles igualan á las extraordinarias adversidades mías?

Y montó á caballo, se volvió al Oriente y partió.

Al partir la yegua, dicen que dejó señaladas sus herraduras en la roca, y aún se muestran hoy al viajero aquellas señales.

Los moros, en memoria de aquella trístísima despedida, llamaron al alto del Padul, á la quebradura donde se prosternó el rey, *Ojo de lágrimas*, y los castellanos le señalan todavía con el nombre de *Suspiro del moro*.

Entretanto, los cristianos ponían una cruz en la sala de Justicia del Patio de los Leones.

(1) Dios es grandel

(2) Histórico.

EPÍLOGO

Los duendes de la Alhambra.

PROLOGO

I

Las predicciones del valiente Muza se habían cumplido. Los conquistadores, arrastrados por su fanatismo, habían faltado á las capitulaciones de la conquista.

Fray Hernando de Talavera, y especialmente el padre Torquemada, sucesivos arzobispos de Granada, no se habían limitado á la simple predicación del Evangelio para atraer blandamente á los moriscos á la religión cristiana, sino que habían empleado todo género de violencias para convertirlos.

La Chancillería, esto es, el poder judicial, el Ayuntamiento, esto es, el poder civil, y el capitán general de la Costa y reino de Granada, esto es, el poder militar, ayudaban de consuno al elemento eclesiástico, esto es, á la Inquisición.

II

Los moriscos eran vejados, encarcelados, sujetos á una dura pena por la más leve denuncia.

Sus mezquitas habían sido convertidas en iglesias.

Todo manuscrito árabe, fuese ó no fuese el Koran, había sido quemado.

Así perecieron más de quinientos volúmenes que se guardaban en la Biblioteca de la Universidad árabe, con los cuales se perdieron tesoros de ciencia, y se dificultó el conocimiento de la Historia de los árabes en España.

No importaba: se había servido á Jesucristo, y todo iba bien.

III

No fué ésta la sola profanación, la sola barbarie que que nuestros heroicos abuelos ejercitaron en Granada.

El gran emperador Carlos V, de gloriosa recordación, el monarca que más caro ha costado á España, y con nuestro oro y con nuestra sangre arregló sus negocios de Italia y de Alemania, aquel gran vampiro ornado con la triple corona de España, de Alemania y de Romanos, fué el que debía causar un verdadero estrago en la magnífica joya de los árabes.

IV

Ya pocos años después de la conquista, en unos jardines de la parte alta de la Alhambra, destruyendo magníficas construcciones, se había levantado un sencillísimo y feo monasterio de mendicantes, bajo la advocación de San Francisco.

Los frailes convirtieron el jardín en huerta, cambiando las flores en hortalizas.

Se había derribado la gran mezquita árabe, para construir sobre su terreno una iglesia cristiana con la advocación de Santa María de la Alhambra, que no empezó, sin embargo, á construirse hasta 1581, por orden de Felipe II.

En 1526, Carlos V, apenas efectuado su casamiento en Sevilla con la infanta de Portugal, doña Isabel, pasó á Granada, adonde le llamaba el aspecto amenazador que empezaban á tomar los moriscos, excitados por las tiranías de que eran objeto.

Carlos escuchó sus quejas, y sujetándolas al examen de su Consejo, los quejosos resultaron culpables, y Carlos V publicó el célebre edicto por el que se les mandaba bajo graves penas que sus casas, antes cerradas con arreglo á sus costumbres, estuviesen abiertas y sujetas á la inspección de la justicia como la de los cristianos; que sus mujeres no pudiesen llevar por la calle el rostro cubierto; que no pudiesen reunirse en cierto número para tratar de nada; que no tuviesen armas; que aprendiesen la lengua castellana y vistiesen el traje castellano, y que se les quitasen sus hijos para instruirlos en la religión y en el lenguaje de los españoles.

V

Este edicto desgarraba completamente las capitulaciones de la conquista; no podía ser más ominoso, más tiránico para los vencidos.

El discurso de Muza cuando se trató de la entrega de Granada había sido una profecía.

¿Cómo abrir sus casas, aquellas cerradas y misteriosas casas musulmanas, al primer alguacil que se presentase? ¿Cómo que sus mujeres, faltando al pudor y á los preceptos del Koran, mostrasen sus hermosos semblantes á la lasciva mirada de los hombres?

¿Qué hacer con sus ricos y ostentosos trajes de seda y oro, que nadie compraría porque á nadie podrían servir de nada por estar prohibidos, y en los cuales había invertidas grandes sumas?

¿Cómo viejos y mozos, grandes y chicos, aprender en poco tiempo el habla castellana, so pena de ser castigados?

Y, sobre todo, ¿cómo renunciar á sus hijos?

VI

Ya en 1498, puramente excitados por la tiranía de los vencedores y por el fanático celo religioso del arzobispo fray Hernando de Talavera, habían recurrido á la insurrección, último y desesperado derecho de los oprimidos.

Aquella insurrección acaudillada por el bravo Fernán de Benastepar, había sido vencida en Sierra Bermeja, costando mucha sangre á los españoles, entre los cuales murió su caudillo don Alonso de Aguilar, uno de los grandes capitanes de la conquista de Granada, hermano de Gonzalo Fernández de Córdoba.

De tal manera fué el estrago, que cuando durante la segunda rebelión de los moriscos, en 1568, llegó don Juan de Austria á Sierra Bermeja y al lugar donde se había dado el último y desesperado combate, encontró alrededor del reducto natural, formado por las peñas y dentro de él, un número espantoso de esqueletos de hombres y caballos.

VII

Tan dura había sido la venganza de los castellanos por la sangre que les había costado la sumisión de los moriscos, que éstos, escarmenados, no se atrevieron á contestar con una nueva insurrección al edicto del emperador, y para que le templase le ofrecieron ochenta mil ducados.

dos, merced á los cuales el emperador, que á causa de sus gigantescas empresas estaba siempre necesitado de dinero, aplazó por entonces la ejecución del edicto, dejando algún respiro á los moriscos.

VIII

De estos ochenta mil ducados, el emperador consignó diez mil para que se comenzase la obra de un palacio en el mismo sitio que ocupaba el palacio árabe de invierno, entre la Torre Judiciaria y la Torre de Comares, palacio que debía tener delante una gran plaza.

El alcázar árabe empezaba entonces en un muro que seguía la línea de la que hoy se llama puerta del Vino, hasta terminar en el tambor de fortificación que se llama Cubo de la Alhambra, y que mira al río Darro sobre la iglesia de San Pedro y San Pablo.

Desde aquel muro empezaban los magníficos departamentos del alcázar: continuaban sobre el sitio en que hoy están el palacio de Carlos V. la iglesia de Santa María, el convento de San Francisco hasta la Alhambra alta, entre las torres de los Siete Suelos y de las Infantas.

IX

Aquella vandálica obra de destrucción del más bello, del más grandioso monumento árabe del mundo, había empezado inmediatamente después de la conquista, para la construcción del convento de San Francisco.

Después para la erección de la iglesia de Santa María.

Por último, y durante la permanencia de Carlos V en Granada, desde Marzo á Noviembre de 1526, para la construcción del palacio que hoy lleva el nombre del emperador.

Con soberbia, con ira, se ven hoy aquella gran plaza de armas, la puerta del Vino mutilada, conservada no sabemos por qué milagro; aquel palacio del Renacimiento, emplazado en el lugar que ocuparon maravillas desconocidas; la iglesia de Santa María; los casuchos que alrededor de ella forman un pequeño barrio; el mezquino convento de San Francisco; la Alhambra alta, cuyo suelo es de cascajo, entre el cual

se recogen pedazos de alicatado; las torres mutiladas; sus bellos interiores habitados por familias miserables; borrados los arabescos por el humo de la miseria; rasgados sus muros, desmochados, coronados por una cabellera de hierbas parásitas, volados en gran parte por los franceses que invadieron á España en 1808, orlados por una innoble aspillera de tierra: barbarie sobre barbarie: brutalidad sobre brutalidad, y, sobre todo esto, un extraño abandono, sin que haya una mano que pretenda atenuar la miseria de aquella grandiosa Casbá, reducida á un esqueleto en que sólo queda una pequeña parte del maravilloso alcázar, y aún así, descuidado y amenazando ruina.

X

Los que alientan el sentimiento del arte, ven con dolor tanta ruina: los que se interesan por el decoro de su patria, se avergüenzan cuando los ojos de un extranjero miran con un justísimo asombro el estado en que se encuentra la Alhambra.

XI

Los escombros rodeaban á Carlos V en su alojamiento del alcázar de Granada: no parecía sino que estaba encarnado en aquel soberbio y poderoso manarca algo del genio de la destrucción.

No se satisfizo con arrasar una inmensa parte del alcázar, sino que en la parte que milagrosamente respetó, llevó á cabo mutilaciones injustificables.

A la derecha de la Torre de Comares, entre ésta y el mirador de la Sultana, destruyó estancias que debían ser magníficas, para construir otras al uso de su época.

Y, no satisfecho aún, rompió adornos y arabescos para inmiscuar en ellos como un feo remiendo el águila imperial y el *Non plus ultra*.

¡La soberbia destruyende el artel

¿Por qué los vencidos de Granada no incendiaron aquel alcázar de maravillas?

Eran más cultos, más ilustrados que sus vencedores.

Prefirieron abandonar aquella preciada joya á los castellanos. ó acaso tal vez la abandonaron con la ardiente, con la ciega esperanza de recobrarla.

XII

Afortunadamente el palacio de Carlos V, si no puede considerarse como una joya del arte greco-romano, es una obra bellísima, en la cual hay maravillas de construcción.

Lástima grande que ya que hemos perdido lo que se encontraba en el lugar que ocupa el palacio, éste permanezca sin cubrir, abierto á la intemperie é inhabitable.

Pero por más que sea bello este palacio, no compensa la pérdida de las bellezas inapreciables que se destruyeron para construirle.

¿Por qué no se le edificó en otro lugar?

Por una razón de vanidad insensata y deplorable.

Porque Carlos V quiso dejar el sello de su nombre sobre el alcázar portentoso de los vencidos.

XIII

Pedro Machuca, maestro de obras del emperador, pintor, escultor y arquitecto, fué encargado del diseño, que aprobado por el emperador se puso en ejecución, empezando inmediatamente el derribo de la parte del alcázar que se necesitaba para el emplazamiento del palacio.

XIV

En 1527, alejado ya el emperador de Granada, se abrieron los cimientos y se puso la primera piedra.

Al mismo tiempo, para la habitación de los obreros, se construyeron las casuchas que aún hoy existen, y que habitadas por los empleados del Real Patrimonio y por gente pobre, constituyen la reducidísima parroquia de Santa María de la Alhambra.

Después de haber presentado el antiguo alcázar, hemos creído deber presentar la Alhambra tal como hoy se encuentra, como prólogo de la siguiente leyenda.

FIN DEL TOMO CUARTO

Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

- Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.
- Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.
- Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.
- Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet
- Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.
- Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).
Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días**, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.
- Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).
- Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados (1270-1492).
- Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).
- Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).
- Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).
- Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).
- Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).
- Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).
- Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).
- Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).
- Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).

Leyendas de la Alhambra.

ISABEL LA MORISCA

I

Era una fría tarde de Noviembre del año de 1527.

Una de esas grises y melancólicas tardes del invierno de Granada, que, sin embargo, no son tristes, y que tienen mucho de poéticas.

Lloviznaba menudamente, hacía mucho frío.

Estaban suspendidos los trabajos á causa de lo lluvioso del día.

Una línea de sillares amarillentos empezaban á aparecer sobre la tierra como los dientes sobre una encía.

Montones de materiales se veían acá y allá, sombreros bajo los cuales labraban las piedras los canteros: cabrias y carretas: todo, en fin, lo que circunda una gran construcción, aparecía en lo que hoy se llama Plaza de Armas.

II

En una casa que se apoyaba y se apoya en la puerta del Vino, y que hoy sirve de habitación al contador del Real Patrimonio, en la Alhambra, taberna con honores de hostería entonces, adonde acudían los obreros y los soldados del presidio ó guarnición del castillo, sentados á los lados de una larga mesa sobre bancos, delante de una gran ventana defendida por una vidriera,

algunos de cuyos vidrios rotos habían sido reemplazados por papeles, había cuatro hombres jugando una partida de dados, á ver quién pagaba, no sólo el vino que contenía un enorme jarro vidriado, en el cual de tiempo en tiempo bebían todos, sino el que había contenido varias veces.

III

En el fondo oscuro de una sala, y alrededor de una chimenea, donde levantaba una alegre llama un montón de leña, había como hasta otros veinte hombres, entre albañiles, canteros y soldados, á juzgar por sus trajes, que jugaban á los naipes y á los dados, y comían, bebían y charlaban.

En un ángulo de la sala, frente á la puerta de entrada que formaba próximamente ángulo con la árabe del Vino, de la cual se descendía por tres escalones, y sobre la que el viento mecía un hacecillo de sarmientos, que decía mudamente á los que pasaban que allí podían embriagarse por su dinero; frente á esta puerta, repetimos, en el ángulo interior de la taberna, había una mesa cargada de medidas y jarros vidriados, delante de otra gran mesa que se apoyada en la pared y que sostenía seis enormes pellejos de vino con las incitantes patas levantadas.

A la izquierda de esta mesa, entre ella y la puerta de entrada, había un fogón en que chirriaba una sartén, arrojando un fuerte olor á

lomo en adobo, y hervían una multitud de pucheros.

Entre las dos mesas, la del despacho y la de los pellejos, había un hombre característico, como de cuarenta años, indudablemente morisco, no sólo por su tipo, sino por la mezcolanza de su traje.

IV

Era pálido mate, de rostro y nariz prolongada, de grandes ojos negros, duros, penetrantes y sombríos, de boca con labios algo gruesos, con barba negra, fina y lacia, frente ancha y pronunciada, cráneo voluminoso, cortados los cabellos casi á raíz, y rodeada la parte superior de la cabeza con un pañuelo de seda de vivos colores, puesto de tal modo, que afectaba la forma de un turbante.

Era alto, cenceño, fuerte; tenía una especie de colete de ante á la castellana, viejo, usado, sin mangas, que dejaba ver otras deslucidas y ajustadas mangas de paño verde muy claro con guarniciones en los hombros y en las bocamangas de seda negra desfilachada: las mangas de una jaquetilla moruna que se veía merced á tener abierto el colete: una camisa de lienzo crudo cerrada en un puño en el cuello: una faja á listas de todos colores de lana anchamente rodeada á la cintura, asomando por el costado izquierdo sobre esta faja el puño de asta negro de una larga gumía.

Por calzones, gregüescos anchos de paño pardo que no pasaban del nacimiento del muslo.

Por último, perdiéndose bajo estos gregüescos, unas calzas atacadas, azules, de punto de lana ordinario, deslucidas también, blanquecinas por las rodillas y con cicatrices, ó, lo que es lo mismo, costurones en varias partes, y por calzado unas babuchas viejas de cordobán, que á duras penas podía averiguarse que habían sido amarillas.

Las mangas de la jaquetilla eran muy cortas,

lo que contribuía á hacerle parecer zancareño, como acontece con las aves que tienen cortas las alas, dejando ver unas huesudas y fuertes muñecas, y el principio de un brazo moreno y velludo.

Este hombre se llamaba Juan Aben-Hud, lo que demostraba que era morisco convertido y bautizado, que había conservado su apellido árabe, y no tenía muy buena fama.

Había sido preso muchas veces; se decía de él que mantenía de una manera secreta amistad con mala gente, y que muchas veces se le había visto hablando con moros que á todas luces venían de Africa.

Habíasele concedido, sin embargo, el privilegio de ser el hostelero y el tabernero exclusivo de la Alhambra, porque obreros y soldados decían que el vino y las viandas que vendía Aben-Hud eran buenos, y sobre buenos, baratos.

De tal manera era esto, que los escuderos y los lacayos del capitán general del reino y costa de Granada, que unía á este cargo el de alcaide de la real fortaleza y jurisdicción de la Alhambra, y vivía en ella, se mantenían de la cocina de Aben-Hud; y no sólo éstos, sino los maestros y alarifes secundarios de la obra del palacio, y aun el mismo señor Pedro Machuca, artífice mayor de la Alhambra, que en una pequeña plazuela á espaldas de la hostería había construído una pequeña y cómoda casa, que con la hostería se comunicaba por una puerta de servicio, y en la cual vivía.

V

Pedro Aben-Hud era viudo; pero tenía consigo una hija y una sobrina, que le servían de mucho.

La hija se llamaba Ana, y lo único que tenía de hermoso era una magnífica cabellera negra, rizada, partida en dos trenzas tan largas, que para recogerlas se las recogía á la cintura.

Por lo demás, era denegrida á fuerza de mo-
rena, flaca, huesuda, fea, de carácter áspero y
de voz desapacible; pero tenía una gran cuali-
dad, guisaba admirablemente.

La sobrina se llamaba Isabel, y era utilísima
á Aben-Hud, porque, á más de la gente de la
Alhambra que por necesidad y comodidad iba á
comer y á beber á su casa, acudían muchos de
la ciudad, aunque les costaba superar las empi-
nadas cuestras de la Alhambra, sólo por admirar
la grande hermosura de Isabel, y con la espe-
ranza de poseerla; por lo cual, y para hacer me-
recimientos y aparecer como una buena conve-
niencia á los ojos de la muchacha, gastaban los
que de la ciudad subían, por diez de los que en
la Alhambra habitaban.

Isabel, pues, hacía el oficio de gancho en la
taberna de Aben-Hud.

VI

Además de esto, la excelentísima señora con-
desa de Tendilla, esposa de don Iñigo López de
Mendoza, conde de Tendilla, marqués de Mon-
dejar, capitán general de Granada y alcaide de
la real fortaleza de la Alhambra, gustaba tanto
de Isabel, y la favorecía de tal modo, que Aben-
Hud estaba seguro de tener el padre alcaide,
mientras Isabel viviese á su lado.

VII

¿Y adónde había de ir la pobre Isabel?

Estaba sola en al mundo, y no quería estar
acompañada.

Sus padres, su familia entera, había sido de-
gollada en Sierra-Bermeja, á causa de la insu-
rrección de 1498, y Aben Hud, que sólo conta-
ba entonces diez u once años, pero acostumbra-
do á andar entre breñas, era ya como una cabra
montés, la había salvado de su casa incendiada
cuando sólo tenía dos años, se había ido con ella

á Málaga, y con ella había pasado después á
Granada, sacándola adelante con las limosnas
que les daban las almas caritativas.

VIII

Así vivieron fatigosamente, hasta que más cre-
cido Aben-Hud, convertido, ó, mejor dicho, bau-
tizado por el reverendo arzobispo de Granada,
fué empleado por recomendación de éste en los
trabajos de la Alhambra.

Después se casó con una morisca, á cuyo lado
vivió Isabel.

Desde los ocho años habitó ésta continuamen-
te en la Alhambra, y mostró una marcada pre-
dilección por el antiguo alcázar moruno.

Como era hermosa, viva, inteligente, dulce,
desde el capitán general hasta el último soldado
de la guardia de su excelencia, la querían, la
hablaban, la regalaban.

Isabel tenía entrada franca en el alcázar, y se
había notado que todos los días bajaba al peque-
ño patio situado junto al jardín de Lindaraja, y
se sentaba bajo la bóveda que sostenía y sostiene
la sala de Embajadores.

La mirada de Isabel se fijaba en un ángulo de
aquella bóveda, y permanecía abstraída por al-
gún tiempo.

Después se levantaba, entraba en el jardín
de Lindaraja, cogía flores, se salía del alcázar,
y se iba á la reducida vivienda de su tío Aben-
Hud, que estaba entonces situada en la parte
alta de la Alhambra.

IX

Cuando la preguntaban por qué iba al subte-
rráneo de la Torre de Comares, y por qué mira-
ba siempre los mismos sitios, respondía:

— No sé; pero hay allí algo que me llama.
Acabaron por creer que esto era uná manía de

la joven, se acostumbraron á verla allí con mucha frecuencia, inmóvil y mirando siempre á un mismo ángulo, y nada la decían ya, como no fuese que era muy hermosa y que estaban enamorados.

Isabel miraba hoscamente á los que esto la decían, y tanto desdeñó á sus pretendientes, que acabaron por no decirla nada.

X

Un día el emperador la vió, y preguntó á los cortesanos que le acompañaban, deteniéndose y mirando con insistencia á la joven:

—¿Quién es esa muchacha?

—Señor—le respondió uno que conocía á Isabel—; es Isabel la morisca.

—¿Morisca?—dijo el emperador—; está vestida como las castellanas, y tiene una cruz á la garganta.

—Señor, es morisca convertida; está bautizada, y es muy buena cristiana.

—¿Es buena cristiana, y se llama Isabel como Su Majestad la emperatriz? que la den veinticinco ducados para una saya, y que la pregunten si quiere ser criada de Su Majestad

XI

Isabel tomó los veinticinco ducados, agradeciéndolos, y respondió humildemente que sería con todo su corazón criada de Su Majestad, mientras Su Majestad estuviese en la Alhambra; pero que si ella salía de la Alhambra para seguir á Su Majestad, moriría.

XII

Se comentó mucho esta respuesta de la morisca, y nadie encontró otra solución sino la de que

Isabel estaba enamorada de alguien, á quien nadie conocía.

Siempre se busca la explicación de la conducta extraña de una mujer, en el amor.

Porque el amor es la vida entera de la mujer.

Creyóse que el hombre desconocido á quien Isabel sin duda amaba, no podía separarse de la Alhambra.

Se procuró averiguar quién fuese este hombre, y nada se descubrió.

XIII

Y pasó el tiempo, y al fin creyeron encontrar al hombre á quien Isabel amaba, y que no podía separarse de la Alhambra.

Era este su artífice mayor Pedro Machuca.

XIV

Un día en que Isabel estaba, como de costumbre, apoyada en un machón del arco del subterráneo de la torre de Comares, con la mirada fija é inmóvil en el ángulo de la derecha del fondo, cuando dejó de mirar y se irguió para retirarse, vió delante de sí un hombre como de treinta años, vestido de negro, que la miraba y dibujaba sobre una cartera que tenía en la mano.

Aquel hombre era el señor Pedro Machuca, pintor, escultor y arquitecto, á quien el emperador acababa de encargar la construcción de un palacio sobre el antiguo alcázar moruno.

XV

Isabel se ruborizó vivamente, y por la primera vez bajó la mirada á la vista de un hombre.

Pedro Machuca era pálido, tenía unos grandes ojos negros y tristes, y en su mirada vaga parecía buscar algo que no esperaba encontrar.

Resplandecía en su semblante algo de eso que pudiera llamarse fuego del genio.

No era alto ni bajo, pero bien apuesto; llevaba, aunque sencillo y severo, traje de hidalgo, y de su costado pendía una espada.

—Os ruego me perdonéis—dijo Machuca quitándose por un momento su birrete, en un saludo cortés—si me he atrevido á retrataros sin pedir os licencia: bajaba yo para esparcirme un poco en ese hermoso jardín, cuando os he visto en ese machón, y en una actitud propia de una estatua; yo soy escultor, para servir os, señora, y ¡qué queréis! la afición á mi arte me ha hecho sacar la cartera y diseñar, copiándoos un pequeño apunte de estatua.

—¿Me dais licencia de que vea lo que habeis hecho?—dijo sonriendo pudorosamente Isabel, y cediendo á una curiosidad disculpable.

Machuca se acercó á ella, y la mostró un contorno bravamente apuntado.

—¡Ah! ¡pero yo no estoy desnuda!—dijo vivamente ruborizada Isabel.

—Es una licencia de artífice que yo me he tomado, señora; voy á esplicaros lo que yo pienso hacer, para que os tranquilicéis: mirad: esta bóveda es una pieza de mucho paso; por aquí se va á la capilla y al salón de Embajadores: esta entrada es demasiado pobre para tan rico alczar: mirad: sobre el arco pondré yo un relieve que representará la fábula de Júpiter y Leda: ¿no sabeis vos esa fábula?

—No—contestó cándidamente Isabel, que ya trataba como á un amigo á Pedro Machuca, porque las mujeres simpatizan muy pronto con el hombre que las agrada.

—Pues bien; Júpiter era el padre de los falsos dioses de los paganos; y este señor Júpiter era muy enamorado: vió á Leda, gustó de ella, y se convirtió en cisne para enamorarla: en fin, ya veréis la fábula cuando yo la diseñe. Como decía, pondré esa fábula en relieve sobre la clave del arco, y en los machones dos estatuas de mármol de Moacel en la misma actitud en que vos estábais cuando yo os he visto, si vos me dais licencia y

consentís en servirme de modelo; pero, aunque no consintáis, las estatuas se os parecerán; porque, no me acuséis de atrevido porque os lo diga, se me habeis entrado en el alma, y aunque no vuelva á ver os, os tendré siempre presente.

XVI

Por esta vez los ojos de Isabel no tomaron la activa expresión de desdén que habían tomado para todos los que la habían dicho amores.

Si ella se había entrado sin saberlo en el alma del señor Pedro Machuca, también sin saberlo el señor Pedro Machuca se había entrado en el alma de Isabel.

XVII

La joven se aturdió, balbuceó algunas palabras ininteligibles, y pretendió alejarse.

—Esperad—la dijo Pedro Machuca—; tengo que haceros una petición.

—¿Y cuál?—dijo Isabel posando la mirada tranquila de sus grandes ojos de gacela en Machuca.

—El dibujo que he tomado de pronto—dijo el artista—es pequeño, incompleto: ¿queréis estar mañana á esta misma hora en la misma posición en que os he encontrado hoy?

—Estaré—dijo Isabel.

Y se retiró lenta y cabizbaja.

XVIII

Al día siguiente el señor Pedro Machuca, llevando bajo el brazo una gran cartera, bajó al mismo lugar donde había encontrado el día anterior á Isabel.

La joven estaba apoyada en el machón, y miraba como de costumbre al ángulo interno derecho del subterráneo.

Machuca se sentó en el suelo, abrió la cartera, sacó de ella una gran hoja de papel, la puso sobre la cartera, y dejó ver una estatua delineada, con la cabeza en embrión, bien dibujada; pero fuerza es confesarlo, algo barroca, poco esbelta, demasiado robusta, á pesar de lo que, revelaba á un artista.

Isabel permaneció inmóvil, como si no hubiera sentido á Machuca.

Y, sin embargo, su corazón latía con violencia.

Machuca copió con facilidad y bravura la cabeza de Isabel, alterando sólo su peinado, para hacerlo estatuaría.

La estatua estaba circunscrita al machón en la parte media de su altura y de su grueso.

Cuando hubo concluído se levantó y se dirigió hacia Isabel.

La joven dejó su posición y salió al encuentro de Machuca.

—Mirad—dijo éste—; ya está: desde que ayer me separé de vos he estado trabajando en el proyecto de ornamentación de ese arco, según yo pensé esta ornamentación cuan os vi. Venid acá —añadió acercándose al machón en que había estado apoyada Isabel, y poniendo sobre él la hoja en que estaba delineada la estatua—: aquí colocaré esta figura hecha de bulto, tres veces mayor que como ahora la veis; y para emplazarla, abriré en el machón una hornacina; es decir, un hueco: al otro lado será necesario poner otra estatua igual que mire al mismo sitio: encima (y Machuca se retiró para señalar la clave del arco) pondré, ejecutada en mármol en alto relieve, la fábula de Júpiter y Leda: pero ¿para qué cansarme en explicároslo, si traigo en mi cartera el dibujo general para presentarlo al emperador? venid, mirad.

Y saliendo al patio, abrió su cartera, que estaba en suelo, y tomando otra hoja de papel, presentó á la joven el diseño del arco ornamentado, tal como hoy existe.

—Mirad—dijo Machuca—; he aquí la fábula: Júpiter y Leda.

—Oh, qué cisne tan hermoso!—dijo cándida-

mente Isabel:—¿quiénes son estas dos figuras tan feas que están á los lados entre esos árboles, con cuernos y pies de cabra?

—Son dos sátiros que sorprenden un secreto de Júpiter—contestó sonriendo con una leve malicia Machuca.

—¡Ah!—dijo Isabel—: Leda no se me parece.

—¡Ah! ¡no, vive Dios!—respondió vivamente el artista—: ni en burlas quiero yo tener celos del Padre Júpiter ni de nadie.

—¡Celos! ¿y por qué?

—Porque os amo, porque no quiero que améis á nadie más que á mí, y Leda amaba á su cisne.

—Maestro—dijo Isabel—, os metéis en muchas honduras; no es esto que yo me enoje, pero os quisiera menos atrevido; yo no puedo querer más que al que haya de ser mi esposo, y éste debe ir primero á hablar con mi tío, á quien tengo en lugar de padre.

—¿Y quién es vuestro tío, señora?

—Juan Aben-Hud.

—¿Y dónde vive vuestro tío?

—Pues qué, ¿no le conocéis? Todos le conocen en la Alhambra, y muchos de los de la ciudad le conocen también.

—Bueno y alto debe ser su oficio, cuando tantas gentes le conocen.

—Es el dueño de la taberna de la puerta del Vino—dijo bajando los ojos Isabel.

—¡Ah!—dijo dolorosamente sorprendido Machuca.

—¿Lo veis?—dijo Isabel; un hidalgo no puede querer buenamente ser esposo de la sobrina de un tabernero morisco; adiós, pues, y olvidémonos de que nos hemos conocido.

La voz de Isabel al pronunciar estas palabras, sonaba á lágrimas.

Machuca permaneció reclinado, abstraído, poseído por un terror vago.

Cuando volvió en sí de su abstracción se encontró solo.

Isabel había desaparecido.

Cogió tristemente su cartera, se la puso debajo del brazo, entró en el jardín de Lindaraja,

le atravesó, se metió por la sala de los Secretos, tomó por la derecha, atravesó una mina, y llegó á un pequeño patio que hoy lleva el nombre de Machuca, porque en una de las habitaciones de aquel patio tenía su estudio el buen arquitecto de Carlos V.

XIX

Ya que hemos tropezado con el patio de Machuca, y aunque nos apartemos por un momento del propósito de este capítulo, describámosle.

Entrando en él por la mina que había recorrido Machuca, se encuentra á la izquierda un gran frontón árabe cuajado de admirables arabescos, matizados entonces, dorados, aunque algo empañados los colores y el oro por el tiempo que había transcurrido después de la conquista, en muy buen estado.

Desde entonces acá, el sol, la lluvia, el viento y el polvo de más de tres siglos han lamido, llorado, cubierto el oro y los colores.

Queda, sin embargo, en aquel frontón rojizo la originalidad, la diversidad, el contraste, la magnífica composición; la bravura de aquellos arabescos tallados en estuco por una mano franca, inteligente, acostumbrada á la ornamentación.

Es tal vez aquel detalle de la Alhambra lo más rico, lo más clásicamente oriental, lo más monumental de ella.

Sus dos ventanas, entre las cuales hay otra ventana fingida, sus dos puertas dinteladas, sus fajas, su friso, su grande y portentoso alero de alerce, ennegrecido por el tiempo, con sus dobles canes delicadamente entallados, entre los cuales se ven profundas molduras ornamentadas con un gusto exquisito, todo esto más grandioso, más antiguo, más bravo, más artístico que el resto de la Alhambra, denuncian la demolición de la parte del alcazar primeramente construída en los tiempos de Al-Hhamar el Magnífico, esto es, en la época precisa de transición del bizantino

al gótico; en la arquitectura oriental cristiana del arco del medio punto á la ojiva, y de la pobreza, de la sencillez, de la monotonía del adorno á las grandes combinaciones, al lujo y al florido de la ornamentación, al apogeo de la arquitectura oriental sarracénica. Se ha llegado á toda la belleza, sin que se haya perdido la magnificencia monumental y la bravura de la ejecución.

Creemos que no haya nada comparable en su género al frontón del patio de Machuca, no sólo en la Alhambra, pero ni tampoco en ninguno de los monumentos árabes que aún existen.

Frente á este frontón, y muy inferior á él, sin que por eso deje de ser muy bello, está el pequeño vestíbulo de tres arcos calados del vestíbulo de la mezquita real, hoy capilla.

Antepuesto á este vestíbulo hay un arco grande árabe ojivo, desnudo hoy, pesado, falso, es decir, construído mucho después de la conquista, y probablemente mucho tiempo después de Machuca.

El frontón y el vestíbulo están unidos por dos muros laterales de ladrillos revocados y blanqueados, con aleros comunes.

En el de la derecha del frontón se apoya un pasadizo volado, de construcción moderna y pesada, que pone en comunicación algunas habitaciones y la actual casa del gobernador.

El patio apenas mide ocho varas de anchura por diez de longitud.

Se eleva en tres gradas por la parte del vestíbulo de la capilla, y en otras tres por la parte del frontón.

En el centro de la parte más baja del patio hay una pequeñísima fuente rebajada en el pavimento, y resquebrajada.

En el ángulo opuesto á la salida de la mina, una puerta del frontón conduce á un ingreso que por otra puerta lateral conduce al portal de la casa del gobernador.

En el ángulo al frente de la mina se ve, por una estrecha abertura practicada de alto á bajo, torcerse una escalera gótica, cuya entrada está

en el espacio comprendido entre el grande arco y los tres arcos del vestíbulo de la mezquita.

XX

Por esta puerta y por esta escalera, Pedro Machuca subió á una grande habitación cuadrada, á nivel del pasadizo volado de que hemos hecho mención, con el cual comunicaba por una puerta.

El único balcón de esta estancia situado sobre el grande arco ojivo del vestíbulo de la mezquita, permitía ver de frente el magnífico frontón árabe.

XXI

Esta estancia estaba iluminada por una sencilla linterna abierta en el techo.

Las paredes estaban cubiertas por una tinta gris oscura, y en ellas, sobre tablas, se veían bustos, estatuitas, modelos de barro cocido, proyectos arquitectónicos.

Contra las paredes, en el suelo, por todas partes, se veían carteras de mayor ó menor tamaño.

En un armario con alambreras, grandes libros encuadernados en pergamino, con los rótulos en gruesas letras góticas á lo largo del lomo.

Modelos en barro, concluidos los unos, esbozados los otros, destinados á la ornamentación del palacio, cuyos diseños había aprobado el emperador.

En dos caballetes, dos grandes tableros con hojas de papel pegadas en ellos, representando el uno la planta, y el otro el alzado del palacio por su fachada principal.

Bajo la linterna iluminada de lleno por la luz que penetraba, una gran mesa de delineación cubierta de papeles y de tacillas, en que el hollín depurado reemplazaba á la sepia y á la tinta de china.

Compases, tiradores, pinceles, todo en desorden, y delante del gran sillón de baqueta sobre esta mesa, un tablero sobre cuyo papel estaba diseñado en escala mayor la fábula de Júpiter y Leda.

XXII

Machuca arrojó con hastío la cartera que llevaba debajo del brazo sobre la mesa, se sentó en el sillón, y quedó abismado en una meditación tristísima.

—¡Morisca y sobrina de un tabernero!—exclamó con despecho—; ¡imposible, de todo punto imposible! ¡tener hijos con sangre de moro! ¡bah, no!... y la amo, la amo, no puedo olvidarla; desde que la vi soy otro, tengo más vida, más fuerza, pienso mejor, hago mejor; sabe Dios antes de conocerla cuántos días hubiera empleado en la ornamentación de ese maldito arco en que la vi apoyada; ¡bah! más valía que Su Majestad no se hubiera acordado de mí para traerme á la Alhambra; el provecho poco, ciento cincuenta ducados al año... la honra, en verdad, mucha; construir un hermoso palacio en que se unirán el altivo nombre del emperador y el humilde nombre mío; pero esta honra me cuesta muy cara; si no hubiera venido, no la hubiera visto; ¡verla y no tenerla! ¡amarla y renunciar á ella! ¡ah! esto es demasiado, esto me matará; ¡qué mujer, qué ángel, Dios mío! ¡y que eso sea hija de moros y sobrina de un tabernero!... ¡vive Dios! esto no puede ser.

XXIII

Machuca guardó silencio.

Su cabeza se embrollaba, sus pensamientos se perdían en un caos.

—¿Por qué está en el alcázar—dijo al fin— cuando en el alcázar está la corte del emperador? ¿Será de la servidumbre, puede ser, pero

cómo se llama?, yo he debido preguntárselo; es posible que se me esconda, que no vuelva á bajar á la bóveda del salón de Embajadores: ¡ah! pero si yo no pensaba en nada, si me encantaba mirando sus hermosos ojos garzos, su semblante blanco como la nieve acabada de caer de la nube, y sonrosado como un carmín que yo no he visto en ninguna parte, en ninguna flor en la tierra, en ninguna cándida nube de la alborada en el cielo: ¡ah! yo me voy á volver loco: ¿y qué miraba, señor, qué miraba con tanta fijeza, allá en el fondo de la bóveda?

XXIV

Machuca volvió de nuevo al silencio, porque de nuevo se embrollaba en sus ideas.

Estaba, por decirlo así, en el período álgido del amor.

Pasó aquel nuevo vértigo, y volvió á su soliloquio.

—¿Qué edad tiene?—dijo—; es á un tiempo niña y mujer, tiene toda la gravedad de los años y toda la juventud de la hermosura; ¡ah! las mujeres como ella encubren la edad bajo sus encantos; debe tener más de veinticinco años y apenas representa diez y ocho: ¡qué mujer, Dios mío! me va á ser imposible olvírla: ¡ea! despertemos, combatamos, no nos entreguemos sin resistencia á un pensamiento que puede volvernos locos.

XXV

En aquel momento la gran campana del alcazar tocó á la oración del medio día.

Machuca se quitó piadosamente el birrete, y rezó.

Después tomó bajo el brazo la cartera que contenía el proyecto de ornamentación del arco de entrada de la bóveda del salón de Comares, y con la cabeza descubierta salió al pasadizo vola-

do, le recorrió, llegó á una puerta, bajó unas escaleras, atravesó una estancia, y por un arco árabe salió al patio del Mexuar ó del Estanque, y por él pasó al vestíbulo del de los Leones; recorrió parte de su galería derecha, y llegó á la sala de las Dos Hermanas.

Su puerta estaba cerrada, y sólo se veía abierto el postigo.

Junto á él había un continuo, espada en mano, y sentados en una banqueta de terciopelo, un chambelán y dos gentiles-hombres, señal clara de que allí estaba el emperador.

Un arroyo ruidoso y cristalino, que provenía de la fuente de la sala, salía de ésta por un arriate de mármol, y corría hasta el pie de la fuente de los Leones, que tenía suelto su magnífico juego de aguas.

Algunos de la baja servidumbre vagaban por las galerías, con la cabeza descubierta.

XXVI

—Señor Núñez de Torrependo—dijo Machuca á uno de los gentiles-hombres—¿queréis hacerme la merced de anunciarme á Su Majestad?

—Con mil amores, señor Pedro Machuca—contestó el gentil-hombre.

Y levantándose atravesó el postigo, levantó el gran tapiz que cubría el arco de entrada de la sala, y dijo:

—Señor, el artífice mayor de la Alhambra.

Carlos V que, sentado junto á una magnífica mesa delante del arco del alamino de la derecha que estaba cubierto así como los otros arcos por su parte interior con un admirable tapiz de Flandes, despachaba con su secretario Francisco de los Cobos, hizo señal á Núñez de Torrependo de que podía entrar Machuca.

XXVII

Desapareció el gentil-hombre, y Machuca entró y se detuvo respetuosamente inclinado, cerca del arco de entrada.

—Carlos V acabó de firmar los despachos despidió á Francisco de los Cobos que salió por el arco que corresponde al Mirador de Lindaraja, y el emperador se volvió afablemente al artista.

—Y bien—le dijo—; llegad, Machuca, veamos lo que nos traéis.

—Traigo, señor, á Vuestra Majestad—dijo Machuca—un proyecto para embellecimiento del alcázar.

—Veamos, veamos—dijo el emperador.

Machuca puso sobre la mesa la cartera, la abrió y dejó ver al emperador la primera hoja, en que estaba el proyecto general, esto es, el arco con las dos estatuas en sus machones, y sobre la clave, la fábula de Júpiter y Leda.

—¿Y qué es esto?—dijo el emperador.

—Señor—contestó Machuca—para ir desde el salón de Comares á la real capilla, hay que pasar por la bóveda del salón, y está tan desnuda, que me ha parecido que convendría darla alguna magnificencia.

—Bien, bien, pero este arco es de fábrica, pobre, revocado y blanqueado, y no sentarán bien en él estatuas de mármol.

—Es decir, señor, que no agrada á Vuestra Majestad mi proyecto.

—No, no es eso, mi buen Machuca; no me parece mal lo que aquí se ve; vamos, hacedlo, pero ya que nos metemos en ello, dejáos de barro cocido; labrad las estatuas en ese buen mármol de Macael que tanto os agrada; traedme, sin embargo, más en grande las estatuas y el relieve.

—Ya está eso hecho, señor—dijo Machuca levantando la hoja en que estaba diseñado el proyecto general y dejando ver la delineación de la estatua al emperador.

—¡Ah!—dijo éste—pues no habéis andado torpe en elegir el modelo: ¿cómo es esto, Machuca? ¿cómo habéis logrado que la buena Isabel Aben-Hud se os dejase ver tan al vivo?

El emperador había reconocido á la morisca, porque el enamorado Machuca había hecho un magnífico retrato.

—¡Ah! no; no, señor—se apresuró á decir Machuca—, el desnudo lo he inventado yo, y bien se conoce, porque el arte nunca puede llegar á la naturaleza, y á una naturaleza tal como la que debe aparecer en esa joven; sólo he copiado la cabeza.

—Me parece bien la estatua—dijo el emperador—, ¿y la fábula? ¿habéis diseñado también la fábula?

—Sí, señor—dijo Machuca levantando la segunda hoja y dejando ver el perfil del relieve al emperador.

—¡Ah ¡ardiez!—exclamó éste—, peregrina ocurrencia, Machuca, representar á Júpiter poseyendo á Isabel Aben-Hud.

—¡Ah, no!—saltó vivamente el escultor—: repare bien Vuestra Majestad, señor; esa es Leda, esa no se parece á Isabel; no, no, de ningún modo; yo no hubiera hecho eso nunca.

—Sin embargo, sin embargo—dijo el emperador—, ponéis á la pobre Isabel muy cerca de esta fábula.

Se cubrió de sudor frío Machuca.

Le pareció que el emperador reparaba demasiado en aquello, y veía tan hermosa á Isabel, estaba tan enamorado de ella, que le parecía que no podía menos el emperador de enamorarse también, si es que ya no estaba enamorado.

En este caso, la fábula era un presentimiento.

XXVIII

—Guardad esos dibujos—dijo el emperador— y poned cuanto antes mano á la obra: antes de irme de Granada quisiera ver los modelos en barro, y me voy dentro de pocos días.

—Dentro de ocho los modelos estarán concluidos.

—¿Cuándo empezásteis los diseños, Machuca?

—Ayer, señor, después de medio día.

—¿Cuándo pensásteis la obra?

—Ayer, después de medio día, señor.

—¿Sabéis que me parece que nunca habéis sido tan pronto para pensar y ejecutar?

—Es verdad, señor.

—Decidme, y por qué hasta ahora no se os ha ocurrido ornamentar ese arco?

—Porque hasta ayer no le había visto ornamentado, aunque de otro modo.

—Explicáos, Machuca.

—Ayer vi á esa joven, á quien Vuestra Majestad llama Isabel, apoyada en el machón derecho del arco, mirando al fondo de la bóveda, en la misma actitud en que está la estatua.

—¿Y qué miraba, Machuca? ¿á alguno de mis pajes? Dios me perdone; pero esta parece la mirada de una mujer enamorada.

—Lo que miraba esa joven, señor—se apresuró á decir Machuca—, era un ángulo obsburo de la bóveda, donde no había nadie.

—Pues ved ahí que esto es muy raro, y tengo curiosidad por saber lo que Isabel miraba: vos que la tratáis, preguntádselo, Machuca; idos.

XXIX

Machuca salió obligado á volver á ver á Isabel por dos razones: porque estaba enamorado de ella, y porque tenía que cumplir un encargo expreso del emperador.

Conociendo el nombre de la joven, le fué fácil saber que pertenecía á la baja servidumbre de la emperatriz, y que ésta la estimaba mucho.

—Se irá con la emperatriz, y yo me quedaré en Granada—dijo para sí Machuca cuando supo esto—; está bien: es forzoso confesar que querer ser más afortunado sería avaricia; y el emperador se marcha dentro de quince días; y no puedo olvidarla; y esa muchacha en la corte, esa divinidad; bueno, bien, mil veces bien: soy muy feliz.

Machuca se desesperaba.

Invertía su tiempo en trabajar en los modelos de barro y en ir y venir al sitio donde había encontrado á Isabel. Pero Isabel no había vuelto.

Desde el momento en que Machuca la había

dicho que la amaba, había creído no deber ponerse á su alcance, y se había perdido entre la servidumbre de la emperatriz.

XXX

Machuca se enamoraba más y más.

Por otra parte, no podía dar cumplimiento al encargo del emperador.

Habían pasado tres días.

Tanto había trabajado en el relieve Machuca, que no sólo estaba éste concluído, sino también esbozada la estatua y perfectamente acabada la cabeza, que era exactamente parecida á la de Isabel.

No había necesitado para ello tenerla delante.

La tenía viva, ardiente, en su imaginación.

XXXI

En la tarde del tercer día, Machuca embistió por todo y se fué á la taberna de Juan Aben-Hud.

Ana, la contrahecha, guisaba: Aben Hud medía vino para servirlo á los concurrentes que llenaban la sala baja.

Al ver á Machuca que se había detenido delante de él, le dijo secamente:

—¿Cómo lo queréis, tinto ó pardillo, dulce ó seco?

—Ni dulce ni seco, ni tinto ni blanco—contestó con energía Machuca, que tenía algo de mal genio, en vista de la secatura de Juan Aben-Hud.

—¿Pues qué queréis?—dijo éste.

—Hablaros de un asunto muy serio.

—Podéis empezar.

—Conozco á vuestra sobrina.

—¡Bah! ¿no más que eso? la conoce todo el mundo.

—Me ha enamorado—dijo Machuca cerrando los ojos, y echándose, como suele decirse, el alma á la espalda.

—¡Bah, bah! la monserga de todos: pues qué, ¿se puede ver á mi sobrina sin enamorarse de ella? pues á ella, á ella con eso, que os dará la misma respuesta que á todos.

—Ya he hablado con ella.

—¿Y qué tengo yo de hacer si os ha dicho que no?

—No me ha dicho que no—exclamó con algo de impertinente vanidad Machuca.

—Pues entonces os ha dicho que sí; allá vosotros.

—Tampoco me ha dicho que sí.

—Pues entonces ¿qué os ha dicho?

—Que ella no puede querer á nadie más que al que haya de ser su marido, y que, el que quiera serlo, ha de hablar antes con su tío, á quien tiene en lugar de padre.

—Pues, mirad, se ha caído para vos una estrella del cielo; porque en los veintiocho años que tiene mi sobrina, vos sois el primer hombre que la ha hablado y que ella no ha echado con cajas destempladas; y eso que desde que tenía catorce años está como la veís, que no parece sino que no ha pasado ni un día por ella, y me la han requebrado y la han andado á la husma tunos muy largos y gente muy gorda y muy rica, que hubieran dado por ella un ojo, y algunos los dos: agarraos al cabello que la ocasión os presenta, maestro Machuca; mirad que las mujeres son como las veletas, que un día miran á levante, y otro á poniente, según el viento que corre: yo, por mi parte, ¿qué queréis que os diga? sois hidalgo, tenéis buen oficio; el emperador os da la mano, y me conviene la boda: no creáis que yo me contento con cualquier cosa para ella; aunque me veis junto á estos pellejos y á mi pobre hija ahumándose, y á mi sobrina sirviendo, y yo y mi hija sirviendo á todo el mundo, cosas son éstas de fortuna que á los empinados tira de lo alto, y levanta á las nubes á los gusarapos que estaban entre el lodo; que si el maldito rey Chico no hubiera perdido su reino, ó si los buenos de Sierra Bermeja y de las Alpujarras le hubieran ganado, emir sería yo y mi hija y mi sobrina

infantas: ¿no sabéis que me llamo Aben-Hud, y que los Beni-Hud eran descendiente de reyes y estaban emparentados con la familia real de Granada.

Había algo de bravía majestad, al decir estas palabras, en el tabernero Aben-Hud:

—Estaba escrito—continuó—; el Señor Altísimo lo quiere: perdimos nuestra ciudad y nuestro reino, y fuimos echados á la calle como mendigos: mis padres y los padres de Isabel, mis parientes y sus parientes, fueron degollados en Sierra Bermeja, incendiadas nuestras alquerías y confiscada después para el rey nuestra rica hacienda: la pobrecilla tenía dos años cuando yo la salvé del hierro y del fuego: yo era un niño entonces, y vivimos como mendigos, hasta que pude vivir con mi trabajo: vamos, el recordar todo esto me aflige y me irrita, no quiero hablar de ello; pero fuerza era deciros lo que bastase para que no creyérais que honrábais á Isabel ca, sándoos con ella: pero ¿á qué hablar? pues qué no tiene ella en su hermosa frente la altiva majestad de su raza soberana? No hablemos más; yo hablaré cuanto antes á mi sobrina; ella os lo dirá: bebed, y después quedáos ó idos, como queráis, pero no me habléis más de esto; hemos hablado bastante, y me he irritado.

XXXII

El morisco llenó un pequeño jarro de vino y le presentó á Machuca.

—Bebed vos antes—dijo Machuca.

—Yo nunca bebo—dijo Aben-Hud—; mis padres no bebían, y los hijos deben parecerse á los padres; ahora, si queréis que bebamos como en señal de amistad, en un mismo jarro, llenaré uno de agua.

—Me basta con vuestra mano—dijo Machuca bebiendo conmovido la mitad del vino que había en el jarro.

Y dando después la mano á Aben-Hud, se despidió y salió.

XXXIII

Aquella noche su sueño tuvo algo de fiebre.

Al mediar el día siguiente bajó al patio de las Rejas, donde estaba la entrada de la bóveda de la Torre de Comares.

Exhaló un grito de alegría.

Isabel estaba allí.

Adelantó, y le dijo:

—Mi tío me ha hablado: me lo ha dicho todo: consiente, y yo consiento también.

—¡Ah Isabel, Isabel mía!—exclamó Machuca—, ¿no es esto un sueño?

—No—contestó tranquilamente Isabel—: estaría de Dios.

—¿Luego me amáis?

—No digo yo eso, me parecéis bien, bueno y honrado, y en vos consistirá el que yo os ame.

—Pero... la corte va á dejar á Granada: yo voy á quedarme aquí.

—Aunque yo no os conociese me quedaría también: yo no me separo del alcázar de mis padres.

—¡Ah!

—Sí; aquí nació mi madre, la infanta Zaida-Araja; aquí su hija sirve á la esposa del nieto de los que arrojaron á mi madre del lugar de su cuna: yo amo este alcázar; me parece que por todas partes veo en él la sombra de mi madre.

—¿Es la sombra de vuestra madre la que buscáis cuando miráis absorta desde ese arco á lo profundo de la bóveda?

—No—dijo sonriendo tristemente Isabel—; lo que yo busco allí es otra cosa.

—¿Otra cosa! ¿y qué?...

—Dicen que donde hay duendes hay tesoros: en la Alhambra hay duendes.

—¿Duendes!

—Sí; duendes ó almas en pena, ¿qué más da?

—Hablad: hablad, ¿los habéis visto vos?

—Sí, oid: una noche, hace ya muchos años, había yo estado por la tarde haciendo labor acu-

rrucada en un rincón de la sala de los Leones: me había dejado las tijeras; vivía yo entonces en el alcázar con la esposa del capitán general, que me ama, que me quiere como á una hija: desperté muy tarde: me dolía un dedo, me había hecho un padraastro, necesitaba cortarlo: busqué mis tijeras, no las encontré; me acordé de que las había dejado en la sala de los Abencerrajes: me vestí, porque me aquejaba el dolor del dedo; pude haber ido al aposento de alguna de las criadas, pero no quise incomodarlas; me costaba menos trabajo ir á la sala de los Abencerrajes donde recordaba haber dejado mis tijeras: tomé una lamparilla y bajé al patio de los Leones: ya veis qué cosa tan simple, tan natural: era una noche muy oscura: el alcázar tan hermoso de día, daba miedo de noche: el nombre de Dios escrito entre las ajaracas que iluminaba al pasar mi luz, tenía algo de terrible: yo empezaba á sentir miedo; pero me dió vergüenza de él; adelanté, llegué á la sala de los Abencerrajes, busqué apresurada, porque mi miedo crecía: vi relucir una cosa en un rincón: eran mis tijeras, las recogí, y apenas las había recogido, un soplo frío apagó la luz; pero no quedé á oscuras; una luz azulada, débil, semejante á una niebla, llenaba la sala de los Abencerrajes, al mismo tiempo la campana de la Alcazaba señaló la media noche: ¡oh! me estremeció al recordar aquello, me pongo mala.

—Los abencerrajes degollados—lijo profundamente impresionado Machuca.

—¡Ah! reyes, sultanas, emires, caballeros, esclavos, todos lívidos, todos ensangrentados, todos terribles, dando vueltas en derredor mío, sin que yo pudiese tocarlos, arrastrándome como en un torbellino, gritando, aullando, llorando, gimiendo, rugiendo... ¡oh Dios mío!... y todas aquellas bocas decían: "Es una de nuestras hijas; una de nuestras hijas; démosla su herencia." Y me llevaban consigo por la sala de las Dos Hermanas, por el jardín de Lindaraja, hasta ahí, junto á ese arco, en el cual el terror me hizo perder los sentidos; pero tuve tiempo para ver

los duendes, los fantasmas, las almas en pena se metían allí, por allí, por aquel rincón oscuro, como ratones por sus agujeros.

—¿Y luego? ¿y luego?—dijo Machuca.

—Luego, me encontré en mi lecho.

—¿Soñásteis, pues?

—No, no soñé; tenía en mi mano las tijeras: recordaba haberme levantado, haber ido por ellas: no tenía duda alguna; estaba todavía estremecida de espanto: por eso, señor Machuca, vengo aquí de día y miro aquel rincón; porque de día no tengo miedo, hay una fuerza irresistible que me atrae al lugar por donde desaparecieron los duendes; y digo duendes, porque, mirad, no os lo he dicho todo: aquella multitud de reyes y de sultanas, de caballeros y de esclavos, no eran como fueron, no; eran pequeñitos; sus voces, por más que chillaban y aullaban y rugían, no producían más que un zumbido: eran como mi mano; subían, bajaban por el aire; me hacían muecas, y á veces se reían de mí los nalditos; eran duendes, duendes, que aquella noche se les ocurrió tomar la forma de reyes y de sultanas y de caballeros y de esclavos, sabe Dios qué forma se les hubiera ocurrido tomar otra noche: por nada del mundo andaría yo de noche por el alcázar, ni aun de día, á no ser que hiciera sol, porque dicen que los duendes tienen miedo al sol: dicen también que cuando los duendes se aparecen á una persona que está bautizada y que tiene valor para pronunciar el nombre de Dios y hacer la señal de la cruz, sin miedo en el corazón y con fe en el Altísimo, los duendes desaparecen y dejan descubierto un tesoro.

—¿Y vos no tenéis fe en el corazón, no creéis en Dios Trino y Uno, mi querida Isabel?

Sí, sí señor, aunque soy morisca, creo con todo mi corazón en Dios, porque he vivido muchos años de la caridad, y no me ha faltado con qué cubrir mi cuerpo, ni pan ni lecho, ni fuego; porque Dios me ha amparado, porque lo siento dentro de mí alma; pero los duendes... son espantosos; se hiela la sangre cuando se les ve; no se acuerda una de nada: ¡ah! no, ni por la vida de

lo que yo más amase volvería de noche á andar por el alcázar.

—Sin embargo, en el alcázar vivís.

—Pero entre mucha gente; los duendes no se aparecen nunca más que á una sola persona, y desde aquella noche duerme en mi aposento María de los Santos, una de las doncellas de la marquesa.

—Y cuando la emperatriz se vaya, dicen que la marquesa de Mondéjar la va á acompañar.

—Iré á vivir á casa de mi tío, que está fuera del alcázar, y dormiré con mi prima Ana.

—¡Oh! ¿cuándo será el día que yo os acompañe, para que no tengáis miedo á los duendes?—dijo Machuca.

—Adiós—dijo Isabel ruborizándose—; me he detenido demasiado; hasta mañana, aquí.

Y se alejó viva y alegre, cantando un romance popular.

XXXIV

Machuca fué con el cuento al emperador, que se rió mucho.

Tanto Carlos V como Machuca, creyeron que todo había sido un sueño, hijo de la viva imaginación de la morisca.

Desde aquel día supo ya todo el mundo que la altiva, la desdeñosa Isabel amaba al fin, y que el hombre á quien amaba y con quien estaba concertado su casamiento, era el artífice mayor de la Alhambra, el señor Pedro Machuca, que por estar más cerca de Isabel, que había venido al fin á vivir con su tío, había construído á espaldas de la taberna una pequeña y cómoda casita que con la taberna se comunicaba por una pequeña puerta de servicio.

Pedro Machuca conservaba su estudio de escultor, pintor y arquitecto en la habitación que ya hemos descrito, dependiente del patio que aún lleva el nombre de Machuca.

EL ALFÉREZ MONTORO

I

Había pasado un año cabal desde el día en que se entendieron Isabel Aben-Hud y Pedro Machuca, hasta aquel en cuya lluviosa y fría tarde presentamos á nuestros lectores la taberna-hostería de la Alhambra.

Dijimos que junto á una ventana, sentados á uno y otro lado de una estrecha mesa, había cuatro hombres jugando á los dados, vino.

El uno de aquellos hombres, militar á todas luces, por su traje y visiblemente de guardia en el alcázar, porque tenía puesta la coraza, y junto á sí, sobre la mesa, un alto casco de infante con crestón liso, era un joven como de veintiséis á veintiocho años, buen mozo; pero de fisonomía dura y de expresión audaz, vanidosa y necia.

Era de estos hombres que hacen gala de lo grosero y de lo perdonavidas, y cuyo valor es problemático á primera vista para los hombres experimentados.

Se llamaba Bartolomé Montoro.

Era alferez, porque su familia, para quitársele de encima, le había comprado su alferecía, que no por sus méritos; porque no había asistido á ninguna campaña. Esto no quitaba que el alferez Montoro mirase con desdén y de alto á bajo á los buenos veteranos de Italia y de Africa, y dijese entre sus amigos, y siempre cuando no podía oírlo uno de aquellos veteranos:

—¡Bah! esos viejos insufribles ya se sabe lo que han hecho; pero no se sabe aún lo que yo haré cuando llegue la ocasión; á su edad me avergonzaré si no he hecho más que ellos.

Decíase que alguna vez le había aplicado alguno de estos viejos inútiles, según él decía, á cuyos oídos habían llegado las murmuraciones de Montoro, un duro correctivo que, sin embar-

go, no había servido de nada, porque Montoro seguía murmurando.

Honra para las mujeres, no había que esperarla en sus labios; no había una de quien se hablase que con él no hubiese tenido historia y á la que no hubiese desesperado; ni marido á quien conociese que no fuese una víctima suya con tal de que su mujer fuese hermosa; ni padre ni hermano que con él hablase á quien no hubiese seducido la hija ó la hermana.

Tratábase con frailes, especialmente con los mendicantes; era asiduo concurrente á las mancebías; perseguía á las comediantas; terciaba en juegos de azar y no siempre limpiamente; se embriagaba, y, en fin, no tenía el diablo por donde desecharle.

Dábanle dinero á la mano sus ricos padres para que por falta de él no le adquiriese deshonorando á su familia, y, como gastaba y triunfaba, estaba rodeado de parásitos, entre los cuales se perdían sus murmuraciones y sus calumnias.

II

Aquella tarde le acompañaban dos pajes y un palafrenero del marqués de Mondéjar; gente menuda y ruin, aduladora y siempre dispuesta á hacer la corte al que gastase poco ó mucho con ella su dinero.

Se fastidiaba Montoro.

Empezaba á embriagarse, y no se divertía.

Sus acompañantes, demasiado pícaros, le dejaban ganar siempre; y es muy fastidioso no encontrar resistencia.

Si por perdidosos hubieran de haber pagado el gasto, no hubiera ganado Montoro una sola partida.

Pero Montoro pagaba siempre.

III

Montoro arrojó el cubilete y los dados, y se recostó aburrido contra la vidriera.

De improviso se irguió.

Una preciosa joven rubia, blanca, gallarda, adelantaba hacia la taberna, atravesando por entre los materiales la plaza de Armas.

Era Isabel Aben-Hud que venía del alcázar.

—¡Ventre de Lucifer!—dijo Montoro, cuya mirada casi ebria resplandeció de una manera sombría—; ¿no os parece que la hermosa de la Alhambra lleva algo levantada la saya?

Esto aludía á un vergonzoso estado de maternidad de Isabel, supuesto por Montoro.

Un hombre que adelantaba con un jarro lleno de vino en la mano oyó estas palabras; se puso pálido como la muerte, pero se dominó, hizo como que nada había oído, y llegó á la mesa diciendo en alta voz:

—¡Eh!, señor alférez Montoro, aquí tenéis el cuarto jarro; pero os aconsejo que no bebáis más, porque estáis bastante malo, os vais á poner perdido, y podéis dar un mal porrazo.

Aquel hombre era Juan Aben Hud.

—¡Eh!, ¿qué dices tú, bellaco?—contestó Montoro—; ¿y sabes tú si hay vino ni hombre que puedan conmigo?

—Ya lo sé—dijo reposadamente el morisco—; pero siempre es bueno la prudencia, y hacer por que la cabeza no pese más que los pies.

—Eres un pobre hombre—dijo Montoro.

—Más vale así—respondió Aben-Hud.

Y se retiró.

IV

Fué á la puerta de la taberna, á tiempo que entraba en ella Isabel.

—Buenas tardes, tío—le dijo la joven sonriendo tristemente.

—Buenas tardes, sobrina—respondió distraído Aben-Hud.

Isabel atravesó la taberna, y se perdió por la puerta que estaba al frente de la entrada, recibiendo al pasar algunos requiebros de los que estaban en la taberna.

Aben-Hud salió de ella y habló algunas pala-

bras con un pilluelo que estaba acurrucado en los escalones de la puerta royendo resignadamente un pedazo de pan duro

Después Aben-Hud volvió á colocarse impasible entre sus dos mesas.

V

El pilluelo penetró en la taberna agazapado, encogido, adelantando como un perro, y fué á sentarse sin ser visto bajo un extremo de la mesa, junto á la cual estaban el alférez Montoro y los dos pajes y el palafrenero del marqués de Mondéjar.

VI

—Mirad, mirad por do viene ese necio de Pedro Machuca—dijo el alférez Montoro—, con su vanidad que no se puede resistir, porque el emperador le ha mandado edificar un palacio; siempre serio y amarillo como un muerto: ¿no es verdad, amigos, que el tal Machuca parece un fantasma? Por nada del mundo querría yo encontrármele en una noche como la que se nos viene encima en una callejuela del Albaicín: creería haberme encontrado con un alma en pena, y contra las almas en pena no hay valor que sirva.

VII

En efecto; Pedro Machuca, vestido de negro, muy pálido y muy triste, atravesaba la plaza de Armas por entre los materiales viniendo de la Casa Real, y trayendo el camino que poco antes, tan triste y tan pálido como él, había traído la hermosa joven.

—Otras veces se dice—observó el palafrenero—que era un tuno de marca mayor, y que como los dos pajes estaba mucho menos ebrio que el alférez, la sogá tras el caldero; pero ahora es preciso decir, el caldero tras la sogá.

—¡Y qué sogá, Diegote!—dijo uno de los pajes—; de buena gana me la liaría yo á la cintura, y con lo que quedase me daría las vueltas que pudiese á la garganta.

—En volviendo tú á poner la lengua en esa moza, Oterillo—dijo Montoro—, puede ser que te ponga yo algo encima de tal manera que no puedas lamerte en diez semanas.

—Me parece á mí que tanto da que éste, ni tú ni yo tomemos en lengua á Isabel, como si habláramos de la estrella Venus—dijo el otro paje.

—¡Bah! Sardelos—dijo Montoro—; eso era en otro tiempo, cuando la roca todavía no se había convertido en cera; pero ahora... mira, mira ya de cerca al señor Machuca que toma la vuelta para meterse en su casa: dime tú si no tiene toda la cara de un hombre aburrido, que tiene sobre las narices una mosca que no puede quitársela de encima: dale tú á un hombre pechugas de ángel un día, y otro día, y otro, y á todas horas, y acabará por no poder pasarlas: desengañaite; los amores para toda la vida no están más que en los libros de Caballería: un hombre de carne y hueso que no se llama Amadis, ni Belianis, ni Gaifeiros, ni Roldán, ni Orlando, necesita para no morir de fastidio un amor todos los meses: fortaleza tomada, entrada á saco, pasada á cuchillo la guarnición, incendiada, y á otra fortaleza: el buen amador, ó no vale dos pitos ó debe decir como César: "Llegué, vi, vencí"; pero vosotros no sabéis una palabra: sois unos asnos, y no habéis estudiado más que picardías de antecámara y caballeriza; ¿qué sabéis vosotros quién era César, cachorros míos?

—Lo que yo sé—dijo Sardelos—es que llegaste, viste á Isabel y no venciste.

—¡Eh, diablo!—dijo de muy mal humor Montoro—; cómo que á la muchacha se le había puesto hacer marido á Machuca y no se atrevía todavía á engañarle: ¡eh, Juan, Juan de los diablos!—añadió el alferez casi beodo golpeando fuertemente con el jarro vacío sobre la mesa. á riesgo de romperle—: más vino, tunante, más vino.

—Bueno—dijo acercándose Aben-Hud—; todo lo que puede ser es que dentro de cinco minutos os acueste sobre mis pellejos.

—No he visto en mi vida tabernero más animal que tú—dijo Montoro—; bastante te importará á ti que uno predique, con tal de que para predicar te haya metido en el bolsillo un doblón de á dos; y, oye: ¿por qué está tan triste y tan amarilla tu sobrina? Juan, tú eres un buen Juan y no ves dos dedos más allá de tus narices.

—Cuando digo yo—contestó Aben-Hud llevándose el jarro vacío—que á éste va á ser menester acostarlo...

—Oye tú, Montoro—dijo el palafrenero—; te aconsejo que no tomies la barba á Juan, porque muerde.

—Siempre serás tú un cobarde mal nacido y bellaco—dijo Montoro—: ¿que muerde, eh! ¿y por qué no se ha comido ya al tal Machuca?

—De verdad que estais machaca—dijo Aben-Hud, trayendo un nuevo jarro de vino y retirándose.

VIII

—¿Qué ha dicho ese cerdo—preguntó Montoro.

La verdad más grande que ha dicho en toda su vida—contestó Otero—: ¡que machacas! Ya ves tú que cuando nosotros te lo decimos, que somos tus amigos, te lo diremos por algo.

—¡Tontos! Pues qué, ¿está ciego ese buen Juan? Pues qué, ¿no ve que la Isabel se pasa las horas muertas encerrada con el Machuca?

—Como que está haciendo el maestro dos estatuas que son el retrato de Isabel.

—Sí, de Isabel desnuda—dijo Montoro.

Y se puso á tocar con la boca y con los dedos sobre la mesa el toque de marcha.

—A buena hora—dijo Sardelos, poniéndose de pie—; marchemos; ya empieza á ser de noche; el capitán de la guardia pasará lista y te echará de menos.

—Tanto se me da á mí del capitán de la guardia y del capitán general como del gran Tamberland de Persia; ea, ayudadme á acabar con ese jarro, y estense todos quietos, que entre día y noche no hay pared; á más que yo, mientras no salga de la plaza de Armas, estoy dentro de la guardia y nadie tiene que decirme nada.

—Bueno, bien, quedémonos—dijo Diegote; pero no hay que hablar de cosas que pueden traer disgustos. ¿Cómo te va, Montoro, con tu beata de la calle de Amanuel?

—Como al señor Machuca con su manceba: me aburro, y voy á levantar el campo.

—¡Dale!—dijo Sardelos.—Lo que es yo, no estoy más aquí, porque no quiero que nadie me meta en honduras, y porque mi señora y el capitán general irán pronto á la capilla, y hago falta.

—Y yo también—dijo Otero.

En aquel momento sonó un clarín, dejando oír el toque de pienso.

Muchos de los soldados que estaban en la taberna se levantaron.

Diegote se levantó también.

—Mí caballos me llaman—dijo—, y si no acudí me expongo á que me den un trato de cuerda; si no quieres venir, quédate, Montoro; lo que es yo, me voy; primero es la obligación que la devoción; buenas noches.

Y se alejó.

Sardelos y Otero se alejaron también, saliendo de la taberna con los soldados á quien había llamado el toque de pienso.

Montoro se quedó solo hablando con el jarro á medio vaciar.

IX

El pillete que estaba acurrucado debajo de la mesa, viendo que nada podía oír, porque al altérez se le había puesto la voz ronca y opaca, se levantó, se fué á donde estaba Aben-Hud, y

le relató c por b todo la que había oído á Montoro.

Aben-Hud le escuchó sombrío, pálido, trémulo de cólera.

Luego le dió dos maravedises, y se fué lentamente á sentarse delante de Montoro, que continuaba hablando solo de una manera ininteligible.

X

La taberna había quedado desierta; los soldados se habían ido á su cuartel, y los obreros á sus casas.

Ana, la pobre hija jorobada de Aben-Hub, había cubierto el fogón y se había metido en las habitaciones interiores.

La taberna estaba oscura, débilmente alumbrada por el escaso resplandor del fuego de la chimenea.

De tiempo en tiempo, una ráfaga de viento zumbaba en los aleros.

XI

Aben-Hud miraba sombrío y amenazador al alférez Montoro, que ya completamente ebrio, continuaba hablando solo de una manera tarda é incoherente, y que no bebía ya porque no tenía fuerzas para levantar el pesado jarro de vino.

XII

—¡La Isabell!—decía con la voz tomada y opaca.—¡Valiente moza! ¡Lástima que la hayan echado á perder! Será menester contarle un cuento al señor Machuca ó Machaca. ¡Machaca, Machacal! Eso es lo que él ha hecho: machacar y más machacar hasta que ha calentado el hierro frío... Bueno, bien; esos bribones me han cla-

vado el jarro á la mesa; corriente. ¡Pillos! Me comen un lado, y cuando me pongo á hablar de lo que me da la gana, porque sí, me dejan solo de miedo de que les rompa una costilla ese animalote de Áben-Hud. ¡Bah! ¡Cabestro! ¿Quién me dice á mí que no sabe todo lo que sucede y que se aguanta por la cuenta que le tiene? ¡Desvergonzado! ¿Qué les importa á estos moriscotes la honra? Dos maravedises no vale la del mejor. Anda... anda... ¡sí él supiera que no sabe el tal Machuca cómo quitarse de encima á su sobrina, y que anda que bebe los vientos por doña Esperanza, el aya de las hijas del marqués! ¡ya lo creo! Como que doña Esperanza es una matrona hermosaza con cada ojo negro y con cada doblón de á ocho de dote, y de buena sangre vieja solariéga y honrada... y no ha querido á nadie, y no hay que irse á ella con galanteos. ¡Buena hembra está la tal doña Esperanza! Que me lo cuenten á mí, que todavía estoy rodando por las escaleras del empujón que me dió un día que quise hacerla un cariño. ¡Y vaya si tiene fuerza! Capaz es ella de tirar sola de la bombardita de Belcebú, que pesa cincuenta arrobas; ya, ya... quince días estuve cojo de resultas del empujón y del rodamiento. ¡Fonto de Áben-Hud! Mejor, dentro de poco, Isabel estará para quien la quiera. ¡Diablo de bribones! Nada; pues no parece sino que el jarro es la torre del Homenaje, según lo que pesa el maldito. ¡Bah!, me voy; no me gusta estar solo. ¡Eh, señor capánete! No parece sino que le han salido á vuesa merced pies y que está vaesa merced jugando conmigo á San Miguel y el diablo.

Y el alférez tendía una mano incierta á su casco, procuraba levantarse y no podía.

Balbucoó algunas palabras ininteligibles.

Su cabeza cayó sobre la mesa, y se durmió.

XIII

Áben-Hud le miró de una manera terrible.

—¡Morisco, esclavo!—exclamó.—Si yo mata-

ra á este miserable no encontrarían castigo bastante para mí; ¡harto he sufrido por semejantes cosas! ¿Qué sería sin mí de mi pobre hija, de mi pobre Isabel! ¡Ah! Ya se lo decía yo: un casamiento secreto no es bueno; nadie lo sabe, llegará un día en que murmurarán de ti y será menester matar á alguno, y ya ha llegado ese caso; pero no seré yo quien mate á este hombre, no; eso corresponde al marido; es necesario avisar para que se lleven de aquí al alférez. ¡Hola, Cristóbal! Hijo, ven acá.

XIV

Acudió el pillete que ya conocemos, y Áben-Hud le dijo:

—Anda, vete á la guardia de la Casa Real y di al capitán Morcillo, que la monta, que el alférez Montoro se ha quedado aquí hecho un atún, que yo tengo que cerrar la taberna obedeciendo á las ordenanzas, y que no quiero que se quede aquí, no crean que le he dado yo algo cuando él es el que ha tomado la mona; y por cierto que no me ha pagado. Anda, hijo, anda.

—¿Con lo que llueve, padrino Juan?

—Mira, chiquillo, en llegando al pellejo, ocurre.

—No es eso; sino que con la obra hay altos y bajos, y la noche está oscura, y va á ser menester echarse á nadar más de tres veces.

—Con haberme dicho que te diera luz, hubieras ahorrado muchas palabras; toma mi linterna, hijo, y vete.

XV

Poco después llegaron renegando cuatro soldados de la guardia, cargaron con el alférez Montoro, y se lo llevaron.

Cristóbal había sacado del interior de la taberna un mezquino jergón y una manta, y se

había puesto á hacer su cama en un ángulo de la taberna, junto al hogar en que quedaba algún fuego.

Aben-Hud dió á Cristóballo un puchero lleno de sobras, una cuchara de palo y un pedazo de pan.

—Cuidado con que me andes en el vino—dijo—; ahí sobre la mesa te queda un poco para que sosiegues la comida; buenas noches.

—Buenas noches, padrino—dijo el muchacho poniendo el puchero en el fogón para que se calentase.

Aben-Hud, con su linterna en la mano, se metió en el interior de la taberna y cerró la puerta de comunicación.

Un cuarto de hora después, Cristóballo había devorado su pitanza, y envuelto en la manta, enroscado como un perro, dormía.

EXPLICACIONES

I

Juan Aben-Hud atravesó un callejón, y al fin de él llegó á una pequeña puerta.

Llamó á ella, y al cabo de algunos segundos la puerta se abrió, y apareció Pedro Machuca con una bujía encendida en la mano.

—¿Qué es esto, Juan?—dijo Machuca—; venís muy mal encarado.

—Con la cara que trae un hombre que se ha tragado la cólera, y se ha quedado con la gana de aplastar á un bicho venenoso; ¿dónde está Isabel?

—Se ha recogido—dijo Machuca.

—¿Tan temprano?

—Anda enferma y triste.

—Ya; la enfermedad que no es enfermedad; lo necesario: ¡Si ello era preciso! y lo van conociendo; amigo Pedro, vamos á encerrarnos donde ella no pueda oírnos, que tengo que hablaros.

II

Machuca llevó á Aben-Hud á un pequeño aposento morisco, construído con restos del alcázar derribado, y cuyos ajimeces daban al callejón que existe entre la puerta interior de la torre Judicaria á la puerta del Vino.

En aquel aposento había algunos sillones de baqueta, una gruesa alfombra en el suelo, y una mesa en que había estudios arquitectónicos é instrumentos de matemáticas.

—Mirad—dijo Machuca señalando una gran hoja, en que estaban delineados algunos cortes canteriles que debían servir para sacar las plantillas de que se servían los canteros para labrar los sillares; acabo de dejar sobre esa hoja mi escuadra de bronce, nadie ha entrado aquí, y ya no está; echadla á buscar; os la encontrareis sabe Dios dónde; eso es, si parece.

—¡Y bien, qué!—dijo Aben-Hud—; alguien la habrá quitado de ahí.

—Indudablemente; pero ese alguien no es una persona de carne y hueso.

—Pues no lo entiendo, señor Pedro.

—Son los duendes.

—¡Los duendes!—dijo Aben-Hud volviendo inquieto la cara hacia atrás.

—Afortunadamente—dijo Pedro, estos duendes de la Alhambra no se meten con las personas, sino con las cosas, y son silenciosos, no meten el ruido que otros, ni tiran pellizcos, ni dan bofetadas; pero lo revuelven todo.

—Esperad—dijo Aben-Hud—; el otro día cuando abrí la taberna, me encontré todos los jarros y todas las medidas debajo de la mesa.

—Los duendes, Juan, los duendes.

—Otro día me hallé con un charco de vino, y vació uno de los pellejos.

—Los duendes, señor Juan.

—Pues en ambas ocasiones di una paliza á Cristóballo, que se chupó los dedos; el pobrete ponía el grito en el cielo, jurando y perjurando que se le castigaba injustamente.

—Tenía razón.



—Es un muchacho muy útil, muy listo; baja y sube treinta veces al día de la ciudad á la Alhambra, y de la Alhambra á la ciudad, sin cansarse ni quejarse.

—Pues no le culpéis por lo que encontréis revuelto en la taberna, que, os lo afirmo, no es culpa suya; pero no sé cómo con vos se han metido los duendes, porque como hasta ahora nadie se ha quejado de ellos, yo creo que sólo se meten con Isabel y conmigo; noches pasadas, Isabel puso bajo la almohada la ropa blanca con que se iba á mudar para que se calentase, y cuando fué á buscarla encontró debajo de la almohada los zapatos, y la ropa blanca debajo de la cama, desdoblada, sucia, como si hubieran limpiado con ella las paredes, y con un pcco de olor á azufre; fué menester quemar la ropa.

Juan Aben-Hud se santiguó, lo que quiere decir que, aunque morisco, era buen cristiano.

III

Pedro Machuca se sentó en un sillón, señaló otro á Aben-Hud, y le dijo:

—¿Qué es lo que tienes que decirme, amigo Juan?

—Más que decirnos—dijo Aben-Hud sentándose—tengo que preguntaros; deseo que no toméis á mal las preguntas que voy á haceros, porque al fin soy tío de Isabel, he pasado mucho por ella, la amo, y, aunque sea vuestra mujer, no puedo desentenderme de ciertas cosas. ¿Es cierto que ignorando que vos estáis casado, quiere la marquesa de Mondéjar casaros con doña Esperanza, la aya de sus hijas?

—Certísimo—contestó seriamente Machuca.

—¿Es cierto—dijo palideciendo Aben-Hud—que vos os mostráis pronto á ese casamiento?

—¿Certísimo—respondió Machuca.

—¿Y por qué hacéis eso?—dijo levantándose enérgicamente Aben-Hud—; ¿creéis que me he muerto ya?

—Sentáos—dijo tranquilamente Machuca—; todo eso lo sabe Isabel.

—¿Y lo consiente?

—Sí.

—¿Y por que?

—Porque es necesario que yo permanezca en la Alhambra; y si hubiese despreciado á doña Esperanza, ésta, que es soberbia, hubiera propuesto á la marquesa una de dos cosas; ó no estar ella donde yo estuviese, ó que yo no estuviese donde ella; pensar en que por mí había de quitar Su Majestad de la capitania general del reino y costa de Granada y de la alcaidía de la Alhambra al marqués de Mondejar, sería pensar un desatino, y pensar en que sólo saliendo los marqueses de la Alhambra podría salir de ella doña Esperanza de Alfaro, sería pensar en un imposible.

—No creo que la marquesa sea más madrina de esa doña Esperanza que de nuestra Isabel.

—Concedido; pero media aquí que hemos engañado á la marquesa casándonos de secreto (1), gracias á los buenos oficios del padre guardián, y á la obra que le he hecho gratis en su celda; esto no nos lo perdonaría nunca la marquesa, que destina para monja á Isabel.

—¡Buena monja nos dé Dios!—dijo Aben-Hud—; y sobre todo, ¿qué os importa á vos el salir de la Alhambra?

—¡Ahí es nada! ¿y mi palacio?

—No faltará una comunidad de frailes ó un rico señor que os dé trabajo á la mano.

—No hay mejor comunidad ni mejor acomodo que el Emperador: ¿sabéis lo que será mi palacio? ¿sabéis qué será el recuerdo de mi nombre por ante la posteridad? ¿no veis que, aun sin haber concluido mi obra, llaman ya el patio de—

(1) En aquellos tiempos, aún no se había celebrado el Concilio de Trento, que aumentó en gran manera las formalidades previas del matrimonio, y un sacerdote estaba autorizado para casar, sin más prevenciones y sobre su conciencia, á los que le pedían la bendición nupcial; esto producía grandes abusos, para remediar los cuales el Concilio de Trento decretó todo lo que hoy se observa en la celebración del matrimonio.

Machuca á aquel del alcázar en que yo tengo mi estudio? ¿queréis que yo, que soy artista con toda mi alma, renuncie á la gloria?

—¡Gloria sin dinero! En verdad, en verdad, que anda para con vos manirroto el Emperador. ¡Ciento cincuenta ducados al año! Echad con ellos una gala; y si vos fuérais hombre que os equivocárais en las cuentas, y por mil fanegas de cal pusiérais dos mil y quinientas, y os hiciérais cargo que después de puestos los sillares nadie habla de contarlos, y os quedarais entre las uñas con algo de los jornales, sería otra cosa.

—Yo no sé hacer eso—dijo el honrado Machuca—ni me cabe en la cabeza; los materiales y los jornales que se han gastado en la obra de la celda del guardián de San Francisco para que guardase el secreto de mi casamiento con Isabel, los he pagado yo de mi bolsillo, aunque bien pudiera haberlos tomado; y para no gastar más, yo mismo le he pintado y le he dorado el oratorio á su paternidad.

—Lo que no impedirá que el Emperador sea robado.

—Allá, allá los contadores y los sobrestantes; el Emperador sabe que yo no pongo mano en las cuentas, que no las hago, ni aun las veo.

—A mí me gustan los hombres de bien—dijo Aben-Hud—por lo mismo que hoy se encuentran muy poco; pero, sin que yo haya robado á nadie, en los ocho ó diez años que hace puse mi taberna, he cubierto bien el riñón, y os afirmo que no hay necesidad de que vos os esclavicéis por el mezquino sueldo que os da Su Majestad; todo lo que yo tengo es de mi sobrina, y por consecuencia para vos; decidme, publico mi casamiento y me quitó de la Alhambra para evitar enemistades, y os entregó cuatro mil ducados que poseo; á mi hija y á mí, ya nos queda tiempo para ganar otros tantos.

—Lo agradezco, señor Juan, pero no lo acepto—dijo Machuca.

—¿Olvidáis que mi sobrina está tan encinta que ya se le conoce, que se murmura de ella, que, como está siempre metida en vuestro estu-

dio, la llaman vuestra querida, y que se sabe que hay una puerta de comunicación entre vuestra casa y la mía, que desde hace seis meses, es decir, desde que os casásteis, pasa aquí las noches Isabel?

—Ls sé todo, y, si ya no he castigado á algún maldiciente, es por no aumentar la murmuración.

—Pues, mirad—dijo ya bastante alterado Aben-Hud—; vos tenéis la sangre mucho más dulce que la mía; porque hoy me han faltado dos dedos para matar á un mal nacido que ha puesto la lengua en mi sobrina.

—No cometáis una imprudencia—dijo con energía Machuca—; dejadlos que hablen, que día llegará en que callen; no nos expongamos á perder lo que no podríamos volver á encontrar; esperad, esperad unos días, no más que unos días; dentro de poco estarán concluidas mis estatuas y puestas en su lugar.

—Yo creo que estáis loco, maestro—dijo Aben-Hud—; me salís antes con el palacio, y ahora me salís con esas malhadadas estatuas, que son en gran parte la causa de lo que se murmura, porque para trabajar en ellas habéis de tener delante á Isabel.

—Como que Isabel me sirve de modelo.

—¿Qué necesidad había de que las estatuas se pareciesen á Isabel?

—Tendremos que volver á los duendes, amigo Juan.

—Que me condene si entiendo una palabra de todo este negocio.

—¿Tenéis sueño, señor Juan?

—No.

—Pues bien, venid conmigo, coged vuestro albornoz de pelo de camello, como yo cogeré mi capa de paño de Castilla para preservarnos de la lluvia y del frío, y venid.

—¿Y á dónde vamos?

—A la Casa Real; allí veréis lo que os hará conocer si tenéis corazón ó no.

—Pues bien, maestro, tomad vuestra capa, que yo al paso tomaré mi albornoz.

IV

Machuca y Aben-Hud se levantaron, tomó este último la linterna que había dejado sobre la mesa, apagó Machuca la bujía, buscó en otro aposento una capa burda con capuz, se la puso, salió con Aben-Hud á la taberna por la puerta de comunicación, se envolvió Aben-Hud en un albornoz pardo de pelo de camello, abrió la puerta exterior, salieron cerró, y ayudados por la luz de la linterna, atravesaron, no sin gran trabajo, la plaza de Armas, que estaba casi impracticable, no sólo por los materiales, sino por profundos baches causados por la lluvia que continuaba cayendo copiosamente.

V

Llegaron al fin á una gran puerta situada en el mismo sitio donde hoy está la de la casa del gobernador, pero más fuerte, claveteada y barrreada como la de una fortaleza.

Un albardero envuelto en su tabardo y tras-pasado de frío hacía la centinela pegado al quicio.

En el fondo de un pequeño patio, bajo un cenador, alrededor de una chimenea en que ardía vigorosamente medio carro de leña, había quince ó veinte soldados charlando y riendo.

El centinela cruzó su alabarda al ir á entrar Machuca.

—El artífice mayor de la Alhambra—dijo éste.

El soldado levantó su alabarda; pero la volvió á cruzar al ir á pasar Aben-Hud.

—El tabernero hostelero de la Alhambra—dijo Aben-Hud.

En aquel momento, un hombre bigotudo, fornido, con coraza y capacete relucientes y banda de sarga roja sobre la coraza, lo que demostraba que era capitán, salió por una puerta inmediata y oyó la voz de Aben-Hud.

—Hola, maese Juan—dijo—; entrad para acá que tengo que estiraros un poco las orejas.

—Con vuestra licencia, señor hidalgo: el señor Juan, que es mi huésped, viene conmigo—dijo Machuca.

—Supongo—dijo el capitán—que vos no ofenderéis si hago á maese Juan algunas amistosas advertencias y le impongo un castigo por una falta que ha cometido.

—¿Y qué falta, si gustáis, capitán Morcillo?—dijo Aben-Hud—: ¿estaba pegada, ó pasada, ó sosa la liebre que os he enviado para que cenéis? ¿tenía agua el vino?

—No por cierto; pero ya que habláis de vino, de vino se trata: ¿creéis que yo tengo como vos taberna?

—¿Por qué decís eso, capitán Morcillo?—dijo Aben-Hud, aunque sabía demasiado por qué lo decía el capitán.

—¡Por los morros de Barrabás!—dijo Morcillo—: ¡pues no me habéis enviado un pellejo!

—Si pellejo llamáis á una bota hecha con la piel de un gato, y de los chicos, razón tenéis; pero es un pellejo que se llena hasta reventar con media azumbre.

—Habéisme enviado con el alférez Montoro todo el vino de vuestra casa; y no es esto la malo, sino que se me ha levantado el estómago; porque me le han echado ahí dentro, ha empezado á desembaular, porque está que revienta, y se ha armado un hedor de quince mil y más demonios: ¡por vida del alférez Montoro y de vos! de vos sobre todo: ¿pues no sabéis que los que viven dentro de los muros de la fortaleza y aun de su jurisdicción están sujetos á las ordenanzas de guerra? ¿no se os ha prevenido que al que se ponga pintón no le deis más vino? ¿y no está puesto en una tablilla dentro de vuestra taberna el edicto del capitán general que así lo manda? ¿por qué habeis dado lugar á que el alférez Montoro se ponga tan perdido, y sobre todo á que se me revuelvan las tripas con lo insoportablemente que huele?

—Ya sabéis, capitán Morcillo—contestó con

mpaciencia Aben-Hud—, que al alférez Montoro es menester matarle, ó dejarle.

—Se pide auxilio.

—Sería peor lo roto que lo descosido.

—Vaya, bien; no daré parte de vos á su excelencia; pero con una condición: para sosegar el estómago, habéis de traerme un pequeño jarro de aquel buen aguardiente de las Alpujarras que tenéis.

—He cerrado la taberna, capitán Morcillo; ya sabéis que el edicto manda que se cierre en habiendo obscurecido: hoy ha obscurecido más temprano, porque el día ha estado metido en aguas, y el nublado me ha quitado mucha venta.

—Pero tenéis la llave de vuestra casa en el bolsillo.

—Llueve mucho, capitán.

—A bien que venís envuelto en un albornoz de pelo de camello que no lo pasa un puñal.

—Sí, pero los pies... buen amparo están las babuchas para las lagunas que hay en la plaza de Armas.

—Y á vos ¿qué os importa eso, compadre, si sois un pato?

—Decididamente queréis beber.

—Decididamente quiero arreglarme el estómago; vos tenéis la culpa de que se me haya descompuesto, poniendo como un cuero al alférez Montoro, y vos tenéis que pagar la pena.

—Vaya, esperadme en vuestro cuarto, señor Machuca—dijo Aben Hud al arquitecto, que había escuchado pacientemente aquella conversación.

VI

Aben-Hud salió armado de su linterna, y Machuca, saludando al capitán, subió por las escaleras, llegó á una galería que se prolongaba hasta más allá de la puerta de su estudio, alumbrada por algunos faroles clavados en la pared, y á tiempo que Machuca montaba el último peldaño

de la escalera, se abrió una mampara situada frente al desemboque de la escalera, y apareció una mujer, mejor dicho una dama, con una lámpara de cobre encendida en una mano.

VII

Aquella dama era alta, robusta, Luena moza en toda la extensión de la palabra.

Estaba en esa edad de la mujer, que no puede marcarse cuando la mujer ha conservado su frescura; entre los treinta y los cuarenta años.

Vestía de negro con traje de lana, y con toquilla con rostrillo, que no dejaba ver más que su semblante fresco, blanco, sonrosado: los ojos grandes y negros; las cejas negrísimas y bellas; la nariz recta y pura, y la boca mórbida con los labios húmedos y fuertemente encarnados.

No podía negarse á primera vista la grande hermosura de esta dama: era una hermosura fría, sin expresión.

Aquellos hermosos ojos dejaban ver una mirada vulgar, una inteligencia muy limitada.

En vano se hubiera supuesto en aquellos hermosísimos labios una sonrisa espiritual.

Faltaba galiardía y esbeltez á aquel cuerpo, en que se adivinaban unas admirables formas.

Era, en fin, la animación de una estatua producida por un gran escultor sin genio, en que no se encontrase más que la parte plástica.

Esta señora podía hablar y hablaba fuertemente á los sentidos de un hombre vulgar; pero no podía impresionar á un hombre de espíritu, de genio, como Machuca, el diseñador del bellísimo palacio de Carlos V.

VIII

Al ver á Machuca, la dama se detuvo, y se puso pálida.

Machuca al verla frunció el gesto y se quedó

inmóvil, con el pie izquierdo sobre el segundo peldaño de la escalera.

—¿Qué os ha dado, señor Pedro Machuca?— dijo con una voz algo áspera y un poco gangosa la dama: no parece sino que habéis visto al diablo.

—¡Ah, doña Esperanza, doña Esperanza!— dijo Machuca, que tenía mucho de galanteador y de calavera al estilo de su época—; lo que me sucede cuando os veo, es que la sangre se me revuelve toda, y me lleva el diablo, Dios me perdone.

—¡Ave María purísima!—dijo doña Esperanza—; ¿y por qué os sucede eso, señor Pedro Machuca?

—Por vuestras enemigas tocas, señora; yo no sé por qué se ha de tapar la hermosura.

—Cuidado con ser licencioso, hermano.

—¿Y es ser licencioso suponer que vuestros cabellos son tan negros como vuestros ojos?

—Y ondeados, señor Pedro Machuca, y finos como la seda.

—¡Cosa rara!—dijo Machuca—; ¡gran preciosidad! generalmente los cabellos ondeados, son ásperos.

—Pues no, no, señor; mis cabellos no son ásperos, sino suavísimos; y cuando me los vuelto, si estoy sentada, aunque la silla sea alta, llegan al suelo; y son tantos, que bien me pudiera cubrir con ellos.

—Ya, ya lo dice el bulto: y vuesa merced tiene unos bultos que... ¡válgame Dios! ¿a qué ponerse colorada?

—Si dice usted unas cosas, señor Pedro Machuca...

—Es hablar, señora.

—Pues mire vuesa merced: á nadie he dicho yo si tengo los cabellos cortos ó largos, pocos ó muchos, ni nadie me los ha visto desde que tenía quince años; como que en cuanto me despierto me los cojo, y me pongo la toquilla.

—Mal hecho.

—¿Conque es mal hecho tapar las tentaciones de Satanás?

—¡Ay señora! que lo que se adivina tienta más que lo se ve: á no ser que se suponga que esos bultos no son carne y cabello, sino trapo.

—¡Jesús mil veces! yo no sé cómo oigo estas cosas: y sobre todo á un hombre tan desagradado que no estima la buena voluntad que se le tiene, ni los honestos pensamientos de una dama como yo; que en Dios y en mi ánima no está la carne en el garbato por falta de gato; que bien á la husma me andan, sin despreciar á nadie, personas muy principales: y con la hacienda que yo tengo, que no es grano de anís, y con mi linaje, que es de los buenos y antiguos de Castilla, y con lo mucho que me quiere y me favorece mi señora la condesa, ya podía yo estar casada y recasada, y no así entretenida con palabras que nunca se cumplen, señor Machuca; pero, ya se ve; entre vuesa merced y yo se ha metido el diablo; vamos, si yo no debía miraros á la cara; si tenía ganas de echaros la vista encima para deciros cuatro verdades secas, en ocasión en que, como ahora, nadie nos oyese.

—Mirad, señora; si tenéis que decirme sin que nadie nos oiga, mejor será que lo dejemos para más tarde.

—¿Eh, qué, señor Pedro Machuca?—dijo volviéndose á poner encarnada doña Esperanza.

—Vuestra habitación, señora, está independiente, y tiene puerta á esta galería: yo necesito hablaros largamente: ahora es temprano, los pajes y los criados no se han recogido, y maravilla es que en el tiempo que estamos hablando no haya pasado ninguno.

—¿Y bien, qué?—dijo con algo de aturdimiento doña Esperanza.

—A las doce duerme profundamente todo el mundo; en vez de irme á mi casa me quedaré en mi estudio, y podremos hablar largamente sin que nadie nos vea ni nos oiga, hasta el amanecer.

—¡Cómo! ¡qué! ¡Dios me asista! ¿qué os atrevéis á decir, señor Pedro Machuca? ¿que yo, atroyando mis recatos, os reciba en mi aposento á deshora, expuesta á que las doncellas

que duermen al uno y al otro lado os oigan y lo digan, y ande mi reputación rodando por esos suelos? Desde que os tratáis con moriscos no se os puede oír sin escandalizarse: ¡las malas compañías! os perderéis sin remedio, y es mucha lástima! y yo lo siento, porque, al fin y al cabo, os quiero bien, aunque honesta y limpiamente.

—De la misma manera os quiero yo: y por lo mismo no debéis tomar á mal mis palabras; no he querido yo decir, ni lo he pensado, que me recibiéseis á deshora en vuestro aposento, es que vos habéis adelantado el discurso.

—¿Pues si no os recibo en mi aposento, dónde os he de hablar á deshora?—dijocada vez más turbada doña Esperanza.

—En mi estudio, señora, en mi estudio, donde no puede oírnos nadie, porque nadie vive alrededor.

—No, no, de ninguna manera—dijo con voz apagada y cada vez más encendió doña Esperanza.

—Concluyamos, señora; porque si hasta ahora nadie ha sobrevenido, puede sobrevenir, y no es bien que nos vean hablando mano á mano en un corredor, como si fuéramos los dos de la baja servidumbre: que os guarde Dios, y no os olvidéis de que á las doce estaré en mi estudio, y para que no tengáis que llamar, encontraréis la puerta abierta.

Y Machuca se deslizó por la derecha, dejando á doña Esperanza, perpleja, aturdida, confusa, encendida como un pavo, y latiéndola violentamente el corazón.

IX

Machuca entró en su estudio á obscuras, tomó á tientas de sobre la mesa una bujía, salió, la encendió en uno de los faroles del corredor y volvió á su estudio.

En la puerta se encontró á Aben-Hud, tieso, inmóvil, envuelto en su albornoz de pelo de camello, dejando ver bajo él sus enjutas piernas y

sus pies calzados con las babuchas llenas de lodo.

—¿Habrá oído este gato guarduño algo de mi conversación con doña Esperanza?—dijo para sí Machuca.

—Estoy que me lleva el diablo—dijo Aben-Hud, entrando en el estudio con Machuca, que se alarmó.

—¿Y por qué os lleva el diablo, amigo Juan?—dijo Machuca afectando una serenidad que no tenía.

—¡Por Dios y por todos los santos, que le suceden á uno unas cosas que no son para sufrirlas!—dijo Aben-Hud soltando en el suelo su albornoz y sentándose en uno de los tres ó cuatro sillones que esparcidos acá y allá había en el estudio.

—Pero ¿qué os sucede?—pregutó más alarmado Machuca.

—¿Pues qué, no lo habéis visto? ¿qué es un morisco? ¡menos que un perro! todos se creen mejores que nosotros, y creen que pueden mandarnos, burlarnos, escarnecernos, como si fuéramos esclavos: y luego, si un día nos levantamos airados con nuestra venganza y exterminamos cuanto encontramos por delante, no conocerán que ellos son los que han traído sobre su cabeza la tempestad.

—Pero ¿por qué todo eso?—dijo Machuca, que á cada momento estaba más alarmado.

—¡Ah señor capitán Morcillo!—dijo Aben-Hud—, ¡con que vos, pobre diablo, que vivís de los maravedises de vuestra soldada, cuando os la dan, me obligáis á servirlos como si fuérais mi señor y me amenazáis, y os falta poco para maltrarme! ¡Dios de Dios! ¡y yo me he visto obligado á obedecerlos como si fuera vuestro perro!...

X

Machuca se tranquilizó.

Aben-Hud había echado hábilmente mano de un pretexto para exhalar la cólera que no podía

contener, que se le escapaba á borbtones, á causa de que, desde la revuelta de la escalera, y sin ser visto de Machuca, había oído gran parte de la conversación de éste con doña Esperanza.

XI

Ya que de explicaciones nos ocupamos, expliquemos por qué había cometido Machuca la imprudencia de meterse en aquella conversación con doña Esperanza, en un lugar donde podía sobrevenir Aben-Hud.

Machuca había sido en su primera juventud muy dado á las mujeres, muy galanteador y muy calavera, como todo hombre de imaginación.

En su alma no cabía más que un solo amor, y debemos decir que su alma no se había enamorado hasta que conoció á Isabel.

Pero no sucedía lo mismo respecto á sus sentidos, que se impresionaban fácilmente á la vista de cualquier belleza, aunque ésta no pasase de ser, como en doña Esperanza, una belleza de forma.

Antes de conocer á Isabel había conocido al aya de las hijas del marqués de Mondéjar, y su protuberante hermosura, adivinada bajo todas las ropas y todos los cendales con que la honestísima señora la encubría, había impresionado vivamente los sentidos de Machuca. Fascinarse y ponerse en la situación de galanteador audaz, fué una misma cosa.

Pero dió con una roca, ó, mejor dicho, con una conquista demasiado difícil; porque tenía que vencer la educación, las costumbres y la manera de ser y de sentir de doña Esperanza.

XII

Era ésta hija de Gutierre de Alfaro, hidalgo, aunque pobre, de buen solar, muy lleno de su alcuernia, y antiguo camarero de don Fernando

el Católico; viudo cuando su hija Esperanza apenas contaba seis años, sin parientes á quien encomendar su hija, la buena Isabel la Católica, que supo el apuro en que se encontraba el pobre Gutierre de Alfaro, se encargó de la educación de su hija, y la metió á su costa en el convento de Santo Domingo el Real, de Madrid.

Al año siguiente murió Isabel; pero continuó en el convento Esperanza, porque habiendo previsto que la niña debía, naturalmente, vivir más que ella, Isabel la Católica había hecho lo necesario para que, aun después de su muerte, continuase su protección hacia doña Esperanza.

La marquesa de Mondéjar, dama de Isabel la Católica, había quedado encargado de la niña.

Cuando Esperanza cumplió sus quince años, murió su padre, dejándola bajo la tutela del marqués de Mondéjar y heredera de una suma de tres mil ducados que el marqués de Mondéjar puso á ganancia en manos de unos genoveses, á fin de que, cuando Esperanza profesase ó se casase, encontrase, en vez de disminuido su capital, aumentado.

Cuando Esperanza cumplió los veinte años, aprovechando su tutora, la marquesa de Mondéjar, una pasajera estancia en Madrid, tuvo una explicación con la joven, á fin de que profesase ó saliese del convento para vivir á su lado, donde no la sería difícil encontrar una buena colocación.

Doña Esperanza optó por esto último; no tenía absolutamente vocación al claustro, y salió de él, sabiendo más de lo que sabían las damas de aquella época; esto es, leer y escribir correctamente, rezar las horas en latín, coser y bordar como una costurera, y hacer confituras y flores; con más algo de canto y de vihuela, que tañía deliciosamente.

Pero se la había pegado la gangosa voz del claustro, y no hubo medio de quitársela, por más que en doña Esperanza no hubiese una razón física para aquel gangueo.

Lo que tampoco pudo arrojar de sí, fueron las costumbres monacales; fuera de que se dejaba.

ver de todo el mundo, doña Esperanza continuaba en casa del marqués, en la Alhambra, las mismas costumbres que en el convento.

Tapábase cuanto podía, no dejando ver del rostro más que los ojos, las narices y la boca, y manteniendo delante de los hombres ocultas sus hermosas manos, bajo las anchas bocamangas de la túnica, de la especie de hábito franciscano que continuamente vestía.

En cuanto al pie, nadie se lo había visto; ni aun el zapateo. Sabíase, sí, por éste, que doña Esperanza, á pesar de su buena estatura, tenía el pie bonito y muy pequeño; porque gastaba zapatos de cinco puntos, y cuando los daba á coser ó gobernar, aparecían amoldados de una manera deliciosa é incitante.

XIII

Doña Esperanza, que durante cuatro años había ejercido en el convento el cargo de maestra de las niñas hijas de ricas familias que en el convento se educaban, había continuado en casa del marqués de Mondéjar, en la Alhambra, la misma ocupación respecto á las hijas de sus tutores.

Por eso se llamaba generalmente aya de las niñas del marqués.

Pero esto no era exacto; doña Esperanza no servía en manera alguna á la marquesa ni á sus hijas; era, como pupila, parte de la familia de aquellos señores, comía con ellos, era servida como ellos, y como ellos respetada; acompañaba á todas partes, como si hubiera sido su hija, á la marquesa, y cuando hablando de ella decía: *mi señora*, era como si hubiera dicho *mi madre*; aunque la marquesa, por su edad, podía muy bien ser su hermana.

Pero lo que no se pudo recabar de doña Esperanza, fué que dejase su hábito, ni asistiese nunca á la representación de una comedia, á lo que llamaba una tentación inventada por Satanás.

En los saraos que por días de su santo, ó por los de su esposa, ó por el aniversario de la conquista de Granada, ó por alguna fausta victoria alcanzada por el rey, daba en la Alhambra el marqués de Mondéjar con todo el esplendor digno de un grande de su altura y de sus riquezas, doña Esperanza se presentaba siempre con su hábito y sus tocas en medio de una bizarra multitud cubierta de galas y joyas, y se retiraba muy pronto, á causa, decía, de que tenía que rezar sus horas.

Junta su esplendente, abultada y fresca hermosura á esta modesta virtud y á su dote, que en manos de los genoveses había crecido hasta seis mil ducados, los pretendientes á su mano, hidalgos y bien heredados, se habían sucedido á centenares, sin obtener más que una desabrida contestación á su primera propuesta.

El primero para quien se ablandó el corazón de roca de aquella mujer á quien equivocadamente se creía extraña al amor y enemiga de los hombres, de aquella especie de monja escéptica exclaustrada, fué Pedro Machuca, que embistió á escala franca, por decirlo así, y como había embestido otras tantas, aquella fortaleza; pero fué vigorosamente rechazado por estas severas palabras y por un gesto no menos severo que ellas, en el recodo de un pasadizo del alcázar, donde se habían encontrado á solas y manos á boca, doña Esperanza y Machuca.

—Señor hidalgo, no es de buenos ni de bien nacidos atreverse á damas que ningún motivo han dado para el atrevimiento y están muy lejos de darlo; ya me habían dicho que érais atrevido con las mujeres, sin duda porque no habéis tratado en toda vuestra vida más que con mujercillas; sirvaos esto de escarmiento para en adelante, y si vuestros propósitos son buenos, que no lo parecen, ahí está mi señora la marquesa á quien tengo en lugar de madre, y á quien podéis decir, si os place, lo que acerca de mí hayais pensado; y con esto, que os guarde Dios, y no volváis á desmandaros conmigo, que si esta vez callo, porque Dios quiere, hablaré si se repite e

atrevimiento, y podría ser que tal sucediese que os pesase.

Y doña Esperanza, entre irritada, altiva y contenta, porque aunque fuese de una manera, no sabemos hasta qué punto inconveniente, el señor Pedro Machuca de quien estaba enamorada en silencio, la había dejado conocer que la deseaba, se retiró lenta y majestuosa.

XIV

Aquello había sido á un tiempo un disfavor y un favor.

Pedro Machuca sabía, porque la durísima esquividad de doña Esperanza había adquirido fama, que si otro se hubiera atrevido á lo que él, el escándalo hubiera llegado al cielo: quedóse al par mortificado por la reprimenda, y contento porque aquella mujer, que había rechazado á tanto buen pretendiente, le autorizaba para solicitarla de una manera decorosa; y por el conducto de ordenanza, por decirlo así, empezó á entrar en cálculos consigo mismo, de lo que resultó que algunos días después dejó entrever á la marquesa de Mondéjar, que si, andando el tiempo, y á consecuencia de un trato honesto llegaban doña Esperanza y él á estimarse, el asunto terminaría en boda.

XV

Esto captó á Machuca la protección del marqués de Mondéjar y de su esposa, que por tener ya doña Esperanza treinta y dos años deseaban verla bien casada, y á esta circunstancia debió en gran parte Machuca, que el Emperador, que estimaba en gran manera á Mondéjar, añadiese, al encargo de construirle un palacio que á Machuca había hecho, el cargo de artífice mayor de los alcazares de la Alhambra, lo que le producía un sobresueldo y muchos privilegios y exenciones.

Machuca estaba ya casi moralmente obligado á contraer matrimonio con doña Esperanza.

Pero conoció á Isabel, se apasionó perdidamente de ella, y encontrando fuerte en la virtud á la joven morisca, se casó con ella en medio del más profundo secreto, gracias á los buenos oficios del padre guardián de San Francisco de la Alhambra.

XVI

Aben-Hud había consentido, á pesar del orgullo que sentía por su sobrina y de su indómita soberbia de raza, en aquel casamiento secreto, porque había comprendido que su sobrina amaba tanto al arquitecto, que impedirle que se hubiera casado con él hubiera sido obligarla á tomar otro peor partido.

El casamiento quedó, pues, profundamente secreto, y Machuca construyó á espaldas de la hostería ó taberna de Aben-Hud una casa que, como sabemos, se comunicaba con la taberna.

De este modo, la unión de Isabel y Machuca estaba oculta á todo el mundo.

XVII

La joven continuaba al servicio de la marquesa de Mondéjar durante el día; pero al oscurecer, con pretexto de que su prima Ana estaba enferma y no muy fuerte su tío Aben-Hud, Isabel se iba á dormir á su casa, de la cual no salía hasta el día siguiente á las ocho.

Con mucha frecuencia se echaba de menos á Isabel en las habitaciones de la marquesa; pero no se inquietaban por esto, porque ya se sabía dónde estaba: en el estudio del señor Pedro Machuca, sirviéndole de modelo para la conclusión de las estatuas que debían colocarse en la entrada de la bóveda inferior del salón de Embajadores.

XVIII

En cuanto á doña Esperanza, Machuca continuaba tratándola como á una mujer con quien

hubiese pensado casarse á la larga, cuando hubiese sobrevenido un amor tal que no tuviese más solución que el matrimonio.

Isabel lo sabía esto, pero tenía confianza en Machuca; conocía que si hasta cierto punto hacía la corte á doña Esperanza, era por complacer á los marqueses de Mondéjar, y aunque mejor hubiera querido que doña Esperanza hubiese estado á cien leguas de la Alhambra, no molestaba con sus celos á Machuca.

XIX

Aconteció lo que acontece siempre: pasó la luna de miel, y, cediendo á la razón el amor, Machuca empezó á calcular y á conocer que había dado un paso demasiado grave casándose con una morisca, cuando tenía casi un formal compromiso contraído con los marqueses de Mondéjar de casarse un día con doña Esperanza de Alfaro.

Esto no quiere decir que Machuca hubiese dejado de amar á Isabel: por el contrario, la amaba cada día más; pero con un amor que estaba lejos de ser el arrebatado, el frenesí de la pasión; amor de mejor raza, porque no tenía su razón en los sentidos, sino en el alma; amor tranquilo, íntimo, puro, intenso, ese amor que de dos seres hacen uno solo, que nada puede romper, ni aun la muerte.

Pero con la posesión tranquila, no disputada, los sentidos de Machuca, que siempre había sido un tremendo galanteador, se habían emancipado.

Doña Esperanza, por lo mismo que para él era un ser desconocido en el terreno del amor, empezó á hacerle interesante, y acarició el pensamiento de que bien podía ser marido de Isabel, sin dejar de ser por eso amante de doña Esperanza.

XX

Era, sin embargo, asunto arduo el abordar con tales intenciones á una mujer de costumbres

tan rígidas y de virtud tan á macho y martillo como doña Esperanza, y en esto consistía el que Machuca se hubiese mostrado con ella más reservado que lo que doña Esperanza hubiera querido, y más de lo que era necesario; porque la verdad es que, enamorada doña Esperanza, y cada día más ciega por Machuca, aunque lo disimulase, se había seducido á sí misma, y tan débil había quedado su virtud, que triunfar de ella, siendo por supuesto el triunfador Machuca, era ya una empresa fácil y de pocos momentos.

De aquí que doña Esperanza hubiese sostenido á solas, y en un corredor del alcázar con Machuca, un diálogo tan peligroso como el que ya conocen nuestros lectores, y de aquí el que Aben-Hud, que había oído gran parte de aquel diálogo desde la revuelta de la escalera, estuviese de un humor endiablado, y atribuyese aquel mal humor á los malos tratamientos que sufría de gentes como el alferez Montoro y el capitán Morcillo.

XXI

Machuca se engañó; el morisco había roto en improperios y en quejas, porque de tal manera le había irritado la conducta de Machuca, que no podía disimular su irritación, y le había buscado un pretexto para que Machuca no conociese su verdadera causa.

—Eso—dijo Machuca, no debe inquietaros—; realmente no se exceden con vos; más bien os han tratado con cariño que con fuero el capitán Morcillo; y si otra cosa pasase, ya se pondría remedio.

—¡Ah! nunca podré sufrir con paciencia la altivez de esos mal nacidos soldadotes, que creen que á todo pueden atreverse porque llevan cinco palmas de acero pendientes de la cintura, como si para matar se necesitase más que una pulgada.

—Dejémonos, dejémonos de eso—dijo Machuca, que ya os tranquilizareis, y vereis que no es asunto para tanto. Vengamos á lo que aquí nos ha traído, esto es, á explicaros la razón por

qué no publico mi casamiento con Isabel. Ya sabéis que yo tengo empeños bastante formales contraídos con doña Esperanza de Alfaro; empeños que existían antes de que yo conociese á Isabel, y que no han impedido que con Isabel me case; pero si se publicase mi casamiento, doña Esperanza pondría el grito en el cielo, se ofenderían los marqueses de Mondéjar, que la protegen, y me arrojarían de la Alhambra, poniéndome mal con el emperador.

—¿Y qué os importa?—dijo Aben-Hud—: ¿acaso mi sobrina no tiene dote bastante para que podáis vivir y criar á vuestro hijo? El veinte por ciento dan los genoveses, y á ese respecto, el dote de mi Isabel renta más de lo que os da el emperador porque le construyáis un palacio; más, mucho más, dos, tres veces más; mi Isabel es rica, y muy hermosa, y os ama á vos, y no quiero que sufra, porque me parte el alma el verla pálida y triste.

—Isabel es feliz—dijo Machuca—; yo lo soy también; no está triste, sino melancólica, y su palidez y su melancolía son efecto del estado de maternidad en que se encuentra.

—Ese estado va haciéndose ya visible—dijo Aben-Hud, y por lo mismo es necesario que todo el mundo sepa que Isabel es vuestra mujer; porque si no, la creerán deshonrada, y eso no lo puedo sufrir yo, no lo sufriré.

—Ya hemos pensado en eso Isabel y yo.

—¿Y que habeis pensado?—dijo severamente Aben-Hud.

—A pretexto de que está enferma, y de que necesita respirar los aires natales, irá á pasar cinco ó seis meses á Sierra Bermeja.

—Allí no podrá encontrar ni aun los huesos de sus parientes; porque no se sabe dónde están enterrados, ó dónde blanquean, si al sol ó á la lluvia—dijo con una feroz tristeza Aben-Hud.

—Vos y vuestra hija os ireis con ella; no faltará quien se quede cuidando de la taberna, y lo que se perdiese se os abonará de mi pobre hacienda, que creo que baste para cubrir los daños que sufriréis por vuestra ausencia.

—¡Cuándo, tratándose de Isabel, me he parado yo en el dinero!—respondió—; pero, ¿qué iremos á hacer en Sierra Bermeja? ¿Sabéis cómo son tratados allí y en las Alpujarras los moriscos? como perros; el rey nuestro señor no sabe lo que hacen los corregidores, las justicias y los capitanes de los presidios de soldados en la Serranía de Ronda y en las Alpujarras, y si un día desesperados los moriscos se sublevan y lo ponen todo á sangre y fuego, se dirá que son unos viles descreídos y rebeldes; porque no querrán confesar, ni aun ver, que á tanto puede llegar la tiranía, que el más débil prefiera morir mordiendo el pie que le estruja, á sufrir una muerte lenta que nunca acaba. ¡Ir á Sierra Bermeja y con una mujer tan hermosa como Isabel!... ¡Vos no la amais cuando decís eso! ¡porque si la amarais, no querríais perderla!

—Iríais tan recomendados del capitán general del reino y costa de Granada, que nadie se atrevería á vosotros.

—¿Qué les importa á los corregidores, á los frailes y á los soldados de tierra de moriscos lo que manda ó lo que no manda el capitán general? Con decir que un morisco cometió desacato ó que incitó á los otros para que se rebelasen, basta para que se descarguen de haberlo ahorcado ó de haberle hecho pedazos; creedme, lo único que aquí puede hacerse, lo mejor que puede hacerse, es decir nos hemos casado; y si el marqués de Mondéjar lo toma á mal y escribe contra vos al rey y os quita la obra del palacio, nos iremos á Castilla, donde no nos faltará que comer, y viviremos en paz y contentos. Ved lo que haceis, porque nada os aprovecha negaros. Iréme yo al guardián de San Francisco que os casó, que es un varón recto y justo, y que á más de eso le gustan los buenos vinos y los doblones de á ocho, le contaré lo que pasa, y él, por su conciencia y por su interés, todo á un tiempo, publicará vuestro casamiento, para evitar males gravísimos, que de otra manera pueden sobrevenir.

—Estais obcecado, amigo Aben-Hud—dijo

Machuca, que sudaba al verse en aquel compromiso; hablad con Isabel, y ella os dirá también que quiere que nuestro casamiento continúe secreto.

—Porque Isabel no sabe lo que sucede—exclamó echando fuego por los ojos Aben-Hud—; que si lo supiera, saldría á la calle gritando: “Pedro Machuca es mi marido.”

—¿Pues qué sucede?—dijo poniéndose enérgicamente de pie Machuca, y arrojando á su vez fuego por los ojos.

XXII

Aben-Hud se arrepintió de haber ido tan lejos; pero ya no podía retroceder, tragó saliva y contestó:

—¿Se murmura villanamente de Isabel y de vos!

—¿Y quién murmura, vive Dios?—exclamó colérico Pedro Machuca, que tenía muy mal genio y saltaba con suma facilidad.

—¿Por qué había yo de tener este humor de los diablos—dijo Aben-Hud—, sino porque no me he atrevido á matar esta noche á un hombre?

—El nombre de ese hombre!—dijo Pedro Machuca.

—Sí; casi casi he debido decíroslo—exclamó Aben-Hud, que tenía tan entre ojos á Machuca como al alferez Montoro—; yo no he podido castigarle, porque un morisco no puede hacer nada; hartas veces, á causa de mi genio, he estado preso y á punto de ir á galeras, y me he acobardado; pero vos sois castellano é hidalgo, y podeis tomar satisfacción de una injuria.

—¿Injuria!—exclamó cada vez más descompuerto Machuca.

—Sí, injuria y gravísima; se dice que Isabel ha sido burlada, y que la habeis burlado vos.

—¿Pero quién lo dice, quién?—exclamó Machuca.

—El alferez Montoro—dijo sombríamente

Aben-Hud; y haberle tenido yo allí, en mi casa, borracho, oyendo sus infames calumnias, y haberme visto obligado á sufrir y callar!

—Os juro que cuando despierte de su borrachera Montoro se arrepentirá de haber nacido—exclamó Machuca.

—Empezad por decir yo soy el marido de esa mujer á quien habeis creído liviana.

—No, no publicaré mi casamiento con Isabel: para castigar al alferez Montoro me basta con ponerme delante de él y reirme de él en sus barras: me provocará, y asunto concluído.

—Sabéis, señor Pedro Machuca—exclamó Aben-Hud—, que puede suceder muy bien que antes que os entendáis con Montoro, y á pesar de que un morisco no puede hacer nada, tengáis que entenderos conmigo.

—Venid, venid—dijo Pedro Machuca tomando su birrete, su capa y su espada—; vamos al momento á entendernos; seguidme.

—En buen hora—dijo Aben-Hud.

XXIII

Machuca se fué á la puertecilla de la escalera de caracol que descendía hasta el vestíbulo de la mezquita, la abrió, y bajó por ella seguido de Aben-Hud, y á oscuras: llegó al vestíbulo, salió al patio que aún lleva su nombre, y siguiéndole siempre Aben-Hud, tomó por la mina que conducía al departamento de los baños, le cruzó, atravesó el jardín de Lindaraja, entró en el patio de las Rejas, y se metió en la bóveda del salón de Embajadores.

XXIV

La obscuridad era densa.

Se oía el continuo y monótono desplomarse de la lluvia, el ruido más marcado de los chorros de

las canales, y el zumbir del viento contra las torres, las almenas y los árboles.

Machuca había llegado allí á tientas, pero sin vacilar, como quien conoce bien un camino, y Aben-Hud, siguiéndole irritado y nervioso.

XXV

—En ninguna parte podemos explicarnos mejor que aquí—dijo Machuca—, porque aquí está la explicación de mi conducta.

—¿Aquí?—exclamó ferozmente Aben-Hud.

—Sí, ¿no habéis oído hablar nunca de los duendes del alcázar?

Aben-Hud cambió de repente de situación de espíritu.

Como morisco, y aunque no lo hubiera sido, como hombre de su tiempo, era supersticioso; y aunque harto valiente para arrostrar cualquier peligro contra los hombres, al oír hablar de duendes y en aquel tenebroso lugar, en medio de aquella noche fría, de viento y de lluvia, se aterró.

—¿A qué me habéis traído aquí?—dijo.

Y se acercó á Machuca, le asió una mano, y tiró de él.

—¡Ah!—exclamó Machuca—; vos no encontraríais nunca el tesoro que aquí se oculta.

—¡Un tesoro!—exclamó Aben-Hud con la voz algo menos trémula.

—Sí, un inmenso tesoro—contestó Machuca—: ya sabéis que dondequiera que está encerrado un tesoro, hay una legión de duendes que le guardan.

—También hay duendes donde se ha cometido un crimen.

—Pero los duendes no muerden, no hieren, ni aun pellizcan; son espíritus que nada pueden hacer contra los seres corpóreos, más que espantarlos haciéndolos ver visiones pavorosas; contra el que es buen cristiano y cree en Dios y en su infinito poder, los duendes no pueden hacer

nada, ni aun espantarle; pero el que tiene valor para hacer la señal de la cruz y para pronunciar los dulces nombres de Jesús, María y José, ahuyenta á los duendes, y no sólo los ahuyenta, sino que encuentra el tesoro que los duendes guardan: este es un premio que Dios da á la fe de quien cree con todo su corazón en su omnipotencia. Isabel, antes de ser mi esposa, vió una noche á los duendes; cuenta que se le aparecieron una noche en la sala de 'os Abencerrajes, que la cogieron en medio como un torbellino, que la trajeron hasta aquí, y que los duendes desaparecieron por aquel ángulo, por el suelo, como ratones por su agujero. Isabel se aterró y estuvo enferma del susto, y no se ha atrevido á volver á andar de noche por el alcázar, ni aun á dormir en él; por el contrario, yo, desde que he sabido lo de los duendes, bajo todas las noches, y aún no he conseguido que los duendes se me presenten; ellos saben que no han de asustarme, que sólo conseguirían que yo encontrase el tesoro; y como tienen mala intención, se están quietos y callados, y no se me presentan; pero firme he de estar hasta que alguna vez se atrevan; para ello necesito permanecer en la Alhambra, y si publico mi casamiento con Isabel, me veré obligado á salir de ella. He ahí por qué callo y por qué callaré: castigaré al que de Isabel murmura, y para que nadie murmure más, os la llevaréis mañana diciendo que vais á las Alpujarras á asuntos de vuestra familia, aunque no la tengáis, que á nadie le consta: y puesto que con razón tenéis miedo á las tiranías que con los moriscos se hacen en las Alpujarras, os volveréis de noche, os meteréis en el Albaicín, y en una casa que yo buscaré permaneceréis oculto hasta que Isabel dé á luz el hijo que Dios nos ha concedido.

XXVI

A este punto llegaba de sus explicaciones Pedro Machuca, cuando, convirtiéndose el tempo-

ral en tormenta, arreció el viento hasta tomar la fuerza del huracán, se desplomó con fragor la lluvia, sonó un largo trueno, y brilló un deslumbrante relámpago, que penetrando por el arco de la bóveda la iluminó un momento de una manera vivísima.

Machuca oyó un grito de terror.

Había vuelto la obscuridad, y llamó á Aben-Hud.

Aben-Hud no contestó: había huído despavorido entre las tinieblas; se había lanzado al patio, había atravesado el jardín de Lindaraja y se había perdido en las revueltas del departamento de los Baños.

A la luz del relámpago había visto algunas formas extrañas, y, sobre todo, lo que más le había aterrado, había sido una pequeña fantasma blanca que representaba una mujer desnuda que se parecía á Isabel.

XXVII

Nada tenía esto de sobrenatural.

Las formas extrañas que á la luz del relámpago había visto Aben-Hud, eran los palos y tablas de un andamio que se habían puesto para enlucir la parte superior de la bóveda: y la fantasma blanca, la pequeña mujer desnuda que se parecía á Isabel, era una de las estatuas ya concluida, que Machuca había hecho bajar aquel mismo día desde su estudio á la bóveda.

XXVIII

Machuca lo comprendió todo, cuando al lucir otro relámpago reparó en el efecto que producía en la bóveda, y no se rió del asunto de Aben-Hud, porque no sabía hasta qué punto podía haber sido funesto aquel susto al morisco.

Era necesario buscarle.

Volvió á su estudio, tomó una linterna, la encendió y bajó de nuevo á la bóveda.

Nada había allí más que el andamio, la estatua, las espuelas y las herramientas de los trabajadores.

Buscó por el patio de las Rejas, por el jardín de Lindaraja, por la sala de los Secretos, por los Baños, por la sala de las dos Hermanas, por el patio de los Leones, por la sala de los Abencerrajes, por todas las partes, en fin, del alcázar por donde podía andarse libremente, y no encontró ni muerto ni vivo á Aben-Hud.

Esto consistía en que Aben-Hud, aunque se había aterrado, era bastante fuerte para que el terror no pudiese causarle un desmayo, y jugaba de buena fe con Machuca al escondite.

Cuando desde un rincón de la sala de los Secretos, donde se había acurrucado temblando de frío y de miedo, había visto el reflejo de la luz con que adelantaba buscándole Machuca, fascinado por el terror, creyendo que los duendes se le echaban encima, había escapado para esconderse en otro rincón oscuro.

Y así sucesivamente había ido escapando á medida que él veía el reflejo de la luz.

XXIX

Los que conocen la Alhambra saben cuán fácil es este juego y cuán difícil encontrar al que se esconde.

XXX

Cien veces revolvió la parte practicable del alcázar Machuca, sin poder dar con Aben-Hud.

Hubo un momento en que, asomando á uno de los adarves levantado á poca altura sobre el bosque, exclamó:

—Habrá sido capaz de arrojarle por aquí huyendo de los duendes; es fuerte, y la altura poca; él parecerá.

Sonó entonces una grave campanada en la torre de la Vela.

Esto indicaba que eran las doce de la noche; la campana de la Vela anuncia siempre con anticipación la hora para marcar su tiempo de riego á los labradores de la Vega; no suena hasta las once, en que da treinta y tres campanadas en memoria de la conquista; á las doce anuncia la una; á la una, las dos, y así sucesivamente hasta el alba, en que, uniéndose al toque de Avemarías de la mañana de la campana mayor de la catedral, da otras treinta y tres campanadas, y permanece silenciosa hasta la oración de las ánimas de la noche, en que da dos campanadas, cuatro á las diez, y desde entonces dos hasta las once de la noche, en que recuerda la conquista con sus treinta y tres campanadas sonoras.

Esta campana se oye en toda la Vega, y su toque sirve por la noche, como hemos dicho, para regular el riego.

XXXI

—La media noche—dijo Machuca—; si doña Esperanza no está ya en mi estudio, debe sobrevenir pronto; la diré cualquier cosa, me libraré de ella, y volveré á buscar por fuera á ese pobre Aben Hud.

Machuca se volvió á su estudio, y poco después se abrió la puerta que correspondía á la galería y apareció doña Esperanza completamente cubierta con un manto y sin luz.

UNA TRAGICOMEDIA

I

Entró azorada, inquieta, como quien va á hurtadillas á un lugar adonde no le conviene ir.

—Cerrad, cerrad—dijo con su voz monjuna, ligeramente gangosa á Machuca—; cerrad y poned algo sobre la cerradura, á fin de que si algún ocioso desvelado mira, nada vea: ¿qué se diría de mí si aquí me vieran? No sé por qué he venido. ¡Jesús, Jesús una y mil veces! Estoy sofocada y pesarosa.

—Pesarosa, ¿de qué, señora mía?—dijo Machuca, que había puesto su birrete en la llave de la puerla, de modo que nada podía verse á través del claro de la cerradura.

—Hablemos, hablemos muy bajo—dijo doña Esperanza—; nada importa que no nos puedan ver si nos pueden oír.

—Pues para que hablemos muy bajo, señora—dijo Machuca—, será preciso que nos sentemos muy juntos; pero qué hacéis que no os quitais ese largo manto?—añadió, ofreciéndola un sillón.

—¡Oh! Me da vergüenza, señor Machuca, mucha vergüenza; sí, á fe mía; perdonad, pero también estoy pesarosa de haber cedido á una tentación.

—¿Y qué tentación, dueño mío?—dijo Machuca, que sin poderlo remediar, á causa de sus costumbres de libertino, que no había perdido con el casamiento, miraba de una manera avara los magníficos ojos, la magnífica nariz y la magnífica boca de doña Esperanza, única cosa descubierta por el manto.

—Os diré—contestó doña Esperanza—; cuando salí del convento para venir al lado de mi tutora, mi señora la marquesa, ésta creyó que yo me prestaría á vestir como las otras damas, y á despecho mío, creyendo que cuando estuviesen hechos los vestirla, mandó que me hiciesen al-

gunos ricos trajes; estos trajes han estado guardados.

—¡Yal—dijo Machuca— Y esta noche os habéis puesto uno de ellos.

—Sí, señor Machuca, sí; por vos; vos tenéis la culpa; ya se ve... me tenéis entretenida... todo el mundo sabe nuestro concertado matrimonio, y nunca llega; yo he dicho, después de que me hablasteis esta noche: ¿será que yo no le parezco bien con mi hábito y con mis tocas? Ha sido una tentación, una tentación de Satanás, de que me arrepiento; dejadme, dejadme permanecer envuelta en mi manto, señor Machuca.

—¡Ah! No—dijo cada vez más galante Machuca—, que aunque me parecéis muy bien con vuestro hábito y vuestras tocas, tengo para mí que os deben caer á las mil maravillas las galas de dama; hacedme la merced de arrojar el manto, doña Esperanza; ved que muero.

—Me haréis morir de vergüenza; mirad que si me quito el manto habré de mostraros los cabellos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Y yo que tengo ansia por verlos!...

—No los ha visto nadie, señor Machuca, nadie; nunca me peino sino cuando estoy sola.

—Pero, luz de mis ojos, ¿qué rubor podéis tener del que será muy pronto vuestro marido?—dijo Machuca, que arremetía por todo, interesado, aunque de una manera puramente sensual, por doña Esperanza.

—¡Ah, sí! Siendo así... pero no, no, no me atrevo, no puedo.

—¡Ah! Pues me atreveré yo—dijo Machuca, abriendo audazmente el manto de doña Esperanza y arrebátandosele.

Machuca se hizo atrás sorprendido y lanzó un grito, una exclamación de asombro, mientras doña Esperanza, toda ruborosa, se cubría el rostro con sus admirables manos.

II

Machuca había visto una mujer admirable.

No había creído que una mujer, tan mujer, tan alta, tan buena moza, tuviese el reducido talle que doña Esperanza le había dejado ver al cubrirse el rostro con las manos, comprimido por la larga cotilla de su traje de corte.

Había visto además, al inclinar su cabeza doña Esperanza, una cabellera negra, sedosa, ondulante, abultada de una manera tentadora, una montaña de cabellos.

El traje de doña Esperanza era de damasco de color de hoja seca con bordaduras ligeras, pero bellísimas, de oro, con cuchilladas de raso blanco en el pecho y en los bombillos de las mangas.

—Quiero veros, quiero veros por completo—dijo Machuca asiendo las manos de doña Esperanza que se retiró, y le dejó ver su semblante indignado y rojo como una amapola.

—¿Qué habéis hecho?—dijo—: ¡me estáis asiendo las manos! ¡me insultáis! ¡estáis loco!

—¿Y cómo no estarlo, si sois la hermosura de las hermosuras? ¡oh Dios mío, qué garganta! Fidias no ha hecho una estatua tan hermosa como vos.

—Soltad, soltad, ó grito—dijo doña Esperanza—; sois un mal hombre.

Machuca soltó las manos de doña Esperanza.

—Os sueito—dijo—, por no contrariaros; que, en cuanto á gritar, no gritaríais, no gritaréis: acudirían y os verían aquí, conmigo, como nunca os han visto.

—¡Ah! vos seréis mi perdición.

—¡Vuestra perdición! vos, si continuais tratándome así, seréis la causa de que yo me condene, porque me desesperaré, porque blasfemaré.

—¡Ah! no digáis tan horribles cosas, por Dios, señor Machuca—exclamó la santurróna doña Esperanza.

—Sentáos, sentáos, señora, y dejad que mis ojos se recreen en vuestra hermosura.

Doña Esperanza se sentó aturrida.

Machuca colocó un sillón junto al de ella, y se sentó.

Estaban de espaldas á la puerta de la escalera de caracol, que terminaba en el vestíbulo de la mezquita, y por la que había bajado Machuca con Aben-Hud, para llevarle á la bóveda del salón de Comares.

Aquella puerta estaba abierta.

III

—Tenedme por vuestro esposo—dijo Machuca asiendo una mano de doña Esperanza.

La pobre doña Esperanza, que estaba perdidamente enamorada de Machuca, no retiró la mano.

Aquella mano temblaba y ardía.

Doña Esperanza estaba cada vez más encendida y más turbada.

—Por mi esposo os tengo—dijo doña Esperanza—, porque creo que, sobre ser buen hidalgo, sois buen cristiano; y oídlo, aunque me cuestas rubor el confesarlo, ya que palabra y mano de esposo me habéis dado, después de Dios y de la memoria de mi madre, vos sois lo que más quiero en este mundo: desde que os vi, os amo; desde que os amo, padezco; tengo celos no sé de qué: me parece que todas han de quereros como yo os quiero y que á todas las habéis de querer vos más que á mí: no extrañéis esto que os digo, porque ya sois mi esposo, porque Dios ha oído la palabra que me habéis dado; porque creo en vos, y, si me pidiérais la vida, os la daría.

IV

No era menester tanto para que Machuca se olvidase por el momento de Isabel, de su conve-

niencia, del compromiso en que se ponía: lo olvidó todo, como todo lo olvidó doña Esperanza.

En aquellos tiempos se creía de tal modo en Dios, se le tenía tal temor, que ninguna mujer dudaba del juramento de un hombre, porque á ninguna de aquellas de nuestras cristianísimas abuelas podía ocurrírsele hubiese un hombre tan audaz que se atrebiese á ofender á Dios, procurando su condenación.

Doña Esperanza se había creído esposa de Machuca, y Machuca se había olvidado de su esposa.

Cuando pasó el vértigo, era ya tarde.

Sin embargo, Machuca dijo:

—Saldremos por donde podamos.

V

—Ahora, esposo y señor mío—dijo doña Esperanza—; ahora que estamos unidos ante Dios, y que dentro de muy poco lo estaremos ante los hombres, quitadme un último amargor del corazón: ¿por qué entra aquí todos los días esa muchacha, esa morisca que se llama Isabel?

—¡Ah!—exclamó Machuca—: porque vos no érais mía.

—¿Eh? ¿qué decís?

—¡Ah! no os asustéis: yo os lo explicaré, oíd: nosotros, los escultores, cuando trabajamos una estatua, necesitamos copiar las formas de una mujer.

—No os entiendo bien—dijo poniéndose palida doña Esperanza.

—Voy á explicarme mejor—dijo Muchuca—; venid, mirad.

Y se acercó con ella á un torno en que había un objeto cubierto con un paño.

Quitó el paño, y apareció la otra estatua que, con la ya concluida, debía colocarse en la bóveda del salón de Comares.

—¡Ah Dios mío! una mujer desnuda: ¿qué ver-

—¿güenza!—exclamó doña Esperanza—: ¿y necesitáis para hacer esto que otra mujer se desnude delante de vos?

—Indudablemente, Esperanza mía: ¿cómo, sino, inventar todas estas delicadezas, todas estas bellezas?

—Pero esa mujer será vuestra manceba—dijo con la irritación de los celos doña Esperanza.

—No, mi manceba no; la pago porque me sirva de modelo, y nada más.

—Jurádmelo por vuestra salvación.

—Os lo juro.

—¡Ah! me habéis vuelto el alma al cuerpo, esposo y señor mío; pero esa mujer no volverá, ¿no es verdad?

—No, porque vos me serviréis de modelo.

—¡Yo!

—Sí, vos: sois mucho más hermosa que Isabel; Isabel no tiene esta garganta, estos hombros.

VI

En aquel momento, la luz que Machuca tenía en la mano cayó al suelo, y se apagó.

Al mismo tiempo una bofetada cayó sobre el rostro de doña Esperanza.

Después la mesa de delinear, con todo lo que tenía encima, vino al suelo, produciendo un estrépito espantoso.

Luego volvió el silencio.

Todo esto sucedió en un instante; pasó, con la rapidez con que pasa un relámpago.

VII

—¡Oh, qué es esto, qué es esto, Dios mío!—exclamó doña Esperanza cogiendo por acaso á Machuca, y abrazándose á él—: ¡qué es lo que me sucede!

—¡Los duendes! ¡los malditos duendes!—ex-

clamó Machuca, diciendo lo primero que se le ocurrió.

—¡Ah! no digáis eso, que moriré de espanto—exclamó doña Esperanza.

Y se estrechaba más y más contra Machuca.

—¡Ah, los malditos duendes!—exclamó éste irritado—; pero yo juro que, como los coja, lo han de pasar mal.

—¡Ah! sí, sí—dijo doña Esperanza—; decían que había duendes en el Alcázar; pero que estaban alla abajo, allá, donde nadie vive; que no se atrevían á subir aquí arriba; porque dicen que los duendes huyen de la gente: sacadme, sacadme de aquí, esposo mío, ó moriré de espanto.

—Nada temáis, porque los duendes no se dejan sentir dos veces: pero ¿qué os han hecho, señora, que lloráis?

—¡Oh Dios mío! un golpe terrible en la cara: el ojo izquierdo que me duele que me rabia: ¡Dios mío! ¡Dios mío! yo me he olvidado de mi recato, porque estaba loca por este hombre y tú me castigas.

—Yo os pagaré de tal modo, y tan pronto, que no tendréis lugar de sentir el haber enloquecido por mí, ni el que yo haya enloquecido por vos; yo os lo juro, amor mío: ahora dejadme que haga luz.

—¡Ah! no, no os soltéis de mí, que moriré de pavor—dijo doña Esperanza.

Y, asido por ella, Machuca buscó sobre una tabla sus útiles de encender, é hizo luz con una pajuela, con la cual buscó con trabajo la bujía que le habían tirado de la mano: la encontró y la encendió.

La puerta de la escalera de caracol estaba abierta.

Doña Esperanza reparó en ella.

—¡Ah!—dijo con estremecimiento, mirando á su fondo obscuro—; por allí han entrado los duendes.

—Sí, por allí han entrado, pero os juro que no volverán á entrar.

—Llevadme, llevadme á mi aposento—dijo doña Esperanza.

—Esperad, esperad á que vea lo que los duendes os han hecho—dijo Machuca acercando la luz de su bujía al rostro de doña Esperanza.

Su parte izquierda estaba amoratada; su ojo izquierdo hinchado, encendido; debía suponerse que se hincharía y se encendería mucho más.

Doña esperanza continuaba llorando.

—¡Ah! todo por vos, por vos; por mi liviandad, porque yo sé bien que, á pesar de todos vuestros juramento, no he debido ser vuestra, sino después de haber ido al altar con vos: ¡ah! yo estaba loca, yo estoy loca, y Dios me castiga: vámonos de aquí, y no me burléis, señor Pedro Machuca, porque se lo revelaré todo al marqués de Mondéjar, y, si no os casáis conmigo, iréis á galeras.

VIII

Machuca se hallaba en una de esas situaciones en que un hombre por remediar un desacierto haría lo que no hubiera hecho por conseguir el objeto causa del desacierto.

Juró y rejuró otra vez á doña Esperanza que no la pesaría el haberle amado hasta aquel punto, y ya, más consolada doña Esperanza, la llevó á su aposento.

—Ma ana—dijo antes de cerrar la puerta doña Esperanza—, si no queréis que yo viva agonizando, pedidme en casamiento á mi tutor el marqués de Mondéjar.

—Os lo prometo—dijo Machuca.

—Dios os lo pague, si así lo hacéis—dijo doña Esperanza, que no había cesado de llorar.

Y cerró la puerta.

IX

Machuca permaneció inmóvil delante de ella, dominado por la situación.

—¿Qué es lo que me sucede?—murmuró—:

¿por qué me he casado con Isabel?... ¿por qué... yo, que la amaba tanto, no la amo ahora, y me abraso por esa doña Esperanza? ¿qué he bebido en los ojos de esa mujer?... y mi hijo, mi hijo... ¡ah! ¡mis costumbres de libertino, mi ciega pasión por las mujeres... y esa beata, ¡qué digol... ese amor mío, enamorada de mí, loca... ¿cómo salir de esto, cómo? ¡ah! si esto no fuera más que una pasión que pasara con la reflexión; si yo volviera á amar á Isabel; si no me arrastrase el corazón hacia Esperanza, ¿qué me importaría del marqués de Mondéjar, del emperador... y, sobre todo... cómo había de probar doña Esperanza que ha sido mía?... ¡ah! esperemos, esperemos: tal vez pase esto.

Machuca, con la cabeza inclinada sobre el pecho, abatido, se encaminó á su estudio, y entró en él.

Al alzar la cabeza vió á Aben Hud pálido, ce-trino, arrojando llamas por los ojos.

—¡Ah!—dijo Machuca poniendo el candelero con la bujía sobre una de las tablas colgadas de la pared, que sostenían yesos y modelos, y encarándose ferozmente á Aben Hud—: ya sabía yo que vos érais el duende.

—No era difícil adivinarlo—contestó rugiente Aben-Hud, pero con voz sorda y lúgubre—; pero lo que yo no sabía era que fueses tan miserable, tan infame: ¡ah! bien, sí, me alegro del pavor que he pasado allá abajo, porque ese pavor te ha hecho creer que yo me había perdido; tú estabas descuidado, y al volver á buscarte, á tientas, sin saber por dónde, he podido conocer la traición que preparas á tu esposa, á mi sobrina... ¡qué digo á mi sobrina, á mi hija, que duerme allá descuidada, confiando en un amor que nunca la has tenido!

—¡Aben Hud!—gritó colérico Machuca.

—Calla y escucha; tú no tienes derecho á interrumpirme: yo soy un hombre honrado y tú eres un infame; ¡ah, sí, un infame! es verdad; acostumbrado á vencer mujeres fáciles, encontrando una virtud invencible en Isabel, sintiendo por ella un deseo brutal, dijiste: me casaré

con ella secretamente; romperé el débil papel con que ella puede probar que soy su esposo, y la abandonaré, la sacrificaré á otra mujer que me enamore: he hecho mal en sacudir á esa pobre beata: he debido matarte: ¿para qué te quiere Isabel? Será indigna de su sangre si al saber la traición que has hecho con ella no te desprecia.

—¿Has acabado ya?—dijo con una sombría calma Machuca.

—Aún no; aún tengo que decirte, oye: si mañana publicas tu casamiento con Isabel, si dejas á esa doña Esperanza que se consuele, que se componga como pueda, yo me reiré de esto; nada sabrá Isabel, y todo pasará: pero si te niegas á lo que con tanta razón exijo, pide misericordia á Dios, porque donde quiera que te encuentre, te mato.

X

Machuca palideció de furor. Estaba excitado, fuera de sí, loco.

Sin embargo, pudo aún contenerse, y dijo con la voz trémula, provocadora, amenazadora:

—Oye: si me hubieras hablado con moderación, si hubieras visto en lo que aquí ha pasado esta noche una debilidad mía, un momento de locura en que toda la parte no ha sido mía; si me hubieras hablado como amigo, yo te contaría de otro modo; pero me provocas, me amenazas... Mirá: ¿ves este papel que yo llevo sobre mi seno por temor de que se descubra el secreto que encierra, si le abandono? es la única prueba que existe de mi casamiento con Isabel: el padre guardián de San Francisco que nos desposó, ha muerto; mira, soy libre.

Y Machuca, en un momento de furor, de delirio, quemó el papel á la luz de la bujía.

—¡Ah! ¿sí?—exclamó con un acento semejante al sordo rugido de un tigre, Aben-Hud—; ¿sí? pues muere...

Y descargó una terrible puñalada á Machuca que cayó por tierra, y se dió un terrible golpe en la cabeza contra la pared.

—¡Oh insensato, insensato!—exclamó Aben-Hud mirando con desesperación á Machuca—: ya no tiene remedio: ¡pobre Isabel, pobre hija mía!

Y Aben-Hud, horrorizado por el daño que creía haber hecho á su sobrina, escapó por la escalera de caracol.

Adelantó á tientas, encontro después de un largo espacio, la mina que conducía á los Baños; salió al patio de las Rejas, y á tientas, buscando la salida al jardín de Lindaraja, se metió en la bóveda del salón de Comares; y adelantando por ella, sus manos, extendidas hacia adelante, tropezaron en la estatua.

—¡Ah! ¡qué esto!—dijo pasando sobre la estatua la mano—: esto es una figura semejante á la que he visto arriba; esto es lo que me pareció un fantasma, un duende; lo que me espantó: ¡ah ¡y esta figura se parece á Isabel! ¡y esta figura es! la que me ha causado el espanto! sin el cual yo nada hubiera visto, nada hubiera sucedido... ¡Oh, Señor, Altísimo y Unico! ¿por qué esta figura, que se parece á Isabel, ha causado esta desgracia? ¿estaba escrito, Señor, Dios mío, que la infeliz pagase algún ignorado delito de sus padres, que tú no has querido perdonar? ¡Ah, no supieron los cobardes quedar sepultados como mártires bajo los escombros de su Granada, y aquí, una nieta de sus antiguos reyes, cae bajo la desgracia, bajo la deshonra, bajo la desesperación!...

Aben-Hud se apretó las sienes con las manos.

Y llorando, desesperado, transido de dolor, volvió á salir á tientas de la bóveda.

—Es necesario que yo me salve por ella, que nadie sepa que he estado aquí: ¡ah! sí, pero lo sabe el capitán Morcillo; me ha visto entrar, no me ha visto salir: no puedo permanecer en Granada; es necesario que yo salga de ella, Dios mío, antes de que amanezca. ¿Qué sería de Isabel sin mí? Ella no sabe dónde tengo yo ente-

rrado mi oro; sí, sí, salvémonos á toda costa: por el jardín de Lindaraja, el adarve está á poca altura, y ha llovido tanto que la tierra está reblandecida; sí, valor, me salvaré: luego ya tendré ocasión de llevarme á las Alpujarras á Isabel.

XI

Aben-Hud se encontró al cabo en el jardín de Lindaraja.

Tomó á la izquierda y encontró el adarve, que aun no estaba cubierto como ahora por una galería, y se detuvo en el mismo lugar por donde tres horas antes había supuesto Machuca se habría arrojado, huyendo de los duendes.

La altura, sin embargo, era de más de diez varas.

No había otro sitio por donde escapar.

Aben-Hud se encomendó, como buen morisco mal convertido, ó, mejor dicho, como no convertido, más que en la apariencia, se encomendó á su Dios Altísimo y Unico. Montó en el claro de dos almenas, y se dejó caer.

Oyóse un golpe sordo: después nada.

XII

Entre tanto, Machuca volvía en sí, en su estudio: sentía un dolor vago en la cabeza, á causa de cuyo golpe se había desvanecido, y un agudo escozor en el pecho.

Se puso en pie con trabajo, y se abrió la ropilla ansioso.

Recordaba el golpe del puñal de Aben-Hud, temía estar herido de muerte.

En aquel supremo momento comprendió toda la enormidad de lo que había hecho.

Volvió su amor á Isabel, á su hijo, aún no nacido, intenso, invencible, y murmuró con su alma estas palabras:

—¡Salvadme, Señor, salvadme para mi Isabel,

para mi hijo: la impura mujer que ha causado estas desgracias no merece que yo la sacrifique mi esposa.

En el mismo momento lanzó un grito de alegría.

Un relicario de plata, que desde niño llevaba por devoción pendiente del cuello, con una imagen de la Virgen de la Antigua, pintada en marfil por su padre, y un pedazo de *Lignum Crucis*, le había servido de coraza: el puñal había perdido su fuerza al romper las dos gruesas tapas y los dos cristales, y sólo le había alcanzado en el pecho un puntazo, rasgándole ligeramente la piel, de lo que provenía el fuerte escozor.

XIII

—¡Ah! ¡milagro, milagro!—dijo Machuca con alegría besando la imagen—: la Santísima Virgen ha permitido esto para que yo me arrepienta; para que me corrija de los vicios de mi mocedad: ¡Oh Santa Madre de Dios! yo te haré una solemne novena en la iglesia de San Francisco de la Alhambra: yo te dedico el hijo ó hija que naciere, y te prometo no vivir más que para servicio de Dios y para el bien de mi familia.

Machuca se sintió fortalecido, se limpió con su pañuelo la poca sangre que le salía del rasguño, levantó después la mesa de delinear, y lo puso todo en orden para que no quedase rastro de lo que allí había acontecido; tomó su linterna, bajó al patio de las Rejas, al jardín de Lindaraja, y comprendiendo lo que podía haber sucedido, se fué al lugar del adarve por donde se había descolgado al bosque Aben-Hud.

XIV

Sobre las banquetas de las almenas estaba la gorra de lana del morisco.

Al descolgarse, el recio viento que soplabá le había arrebatado la gorra.

—Por aquí hay poca altura—dijo Machuca—; pero, sin embargo, es bastante para que el que se arroje si no se mata se estropee: sabe Dios cómo tendría el pensamiento el pobre Aben-Hud cuando se tiró por aquí: debía creer que me ha matado; tenía razón para ello, mi conducta había sido infame; yo la enmendaré; sí, Dios me ayudará. ¡Pero qué habrá sido de Aben-Hud!

XV

Machuca sacó el cuerpo por el mismo claro de las almenas por donde se había descolgado Aben-Hud, é inclinó la linterna hacia el suelo.

Pero la luz no llegaba hasta él, á causa de la densa niebla.

—¡Juan! ¡Juan Aben-Hud!—dijo Machuca llamando.

Pero nadie contestó.

Entretanto, la lluvia, que era fuerte y espesa, calados los vestidos de Machuca, escurría por su piel.

Machuca se sentía malo; tenía fiebre; no á causa de la herida, que, como hemos dicho, no pasaba de ser un rasguño, sino por las violentas impresiones de aquella noche.

Machuca, con el corazón oprimido, porque no sabía lo que había sido de Aben-Hud, y por el difícil compromiso en que se había metido con doña Esperanza, dejó el jardín de Lindaraja, atravesó el patio de las Rejas y el departamento de los Baños, subió á su estudio, cerró la puerta de la escalera de caracol, tomó su capa, su birrete y su espada, apagó la linterna, salió, baó al patio del Estanque, y por una escalera que ponía en comunicación la Casa Real con la empezada obra de palacio de Carlos V, abrió la puerta con una llave que siempre llevaba consigo, y tropezando acá y allá en los materiales, á causa de la grande obscuridad de la noche, llegó al fin á su casa.

En aquel momento, la campana de la Vela dió cuatro campanadas, que anunciaban las cuatro de la madrugada.

Machuca antes de entrar en el dormitorio de Isabel, se mudó las ropas interiores, que estaban ensangrentadas.

Sobre la herida se había puesto una capa de yesca que había restañado la sangre.

XVI

Isabel dormía profundamente.

Machuca se acostó en silencio á su lado.

ENREDO Y DESENREDO

I

Retrocedamos á las primeras horas de aquella noche.

En vano el morisco había llevado un jarro del mejor aguardiente de las Alpujarras al capitán Morcilio.

Este no había podido arreglarse el estómago, perturbado por el insoportable olor que arrojaba de sí el alférez Montoro.

Estaba éste tendido en el suelo del cuarto del capitán con la coraza puesta, el casco boca arriba junto á la cabeza, la espada cogida bajo el cuerpo, y sin moverse más que se hubiera movido un muerto.

Pero el largo é insistente ronquido, alternado con un resoplido de toro que producía el sueño letárgico de su borrachera, demostraban claro que estaba vivo y muy vivo.

Arrojaba además de tiempo en tiempo por la boca y por las narices, y no sabemos si por los ojos y por los oídos, borbotones de vino, que pro-

ducían el fétido olor que tenía desesperado al capitán Morcillo.

II

—¡Por Barrabás y por todos los santos del infierno—dijo el capitán sin saber lo que se decía en su irritación, contemplando con una mirada indescriptible por lo hosca y lo malévola al inerte alférez—, vive Dios que he de hacer una de las más con vos, don beodo, cuero del diablo, villano, que así á traición me estáis dando el peor rato que he pasado en toda mi vida.

Y saliéndose con ímpetu del cuarto, dijo con voz extortórea:

—¡Hola, cabo Perdígones! ¡aquí!

III

Del cenador del otro extremo del patio donde se estaban calentando los de la guardia, se levantó un mocetón fornido, y adelantó hacia el capitán apretándose la hebilla del talabarte, murmurando mientras pasaba el claro del patio bajo la lluvia.

—¡Cualquiera mete en luz las corazas! diablo de temporal, y ¡cuándo se cansará Dios!...

Llovía entonces furiosamente.

—¿Qué me manda vuesa merced, señor capitán Morcillo?—dijo el cabo Perdígones llegando junto al capitán y saludándole militarmente.

—Cerrad la puerta, que ya es hora: retirad al centinela; que se metan los soldados en el cuerpo de guardia, después de apagar el fuego, no suceda algo, y que ninguno me salga, so pena de un trato de cuerda. Volved vos después.

El capitán se quedó paseándose en el soporal, restregándose las narices que le picaban, mientras el cabo perdígones cumplía sus órdenes.

Cuando estuvo apagado el fuego y retirado los

soldados al cuerpo de guardia, el cabo Perdígones volvió junto al capitán.

—Venid conmigo—dijo éste, entrándose en su cuarto—: mirad qué atún.

—Y es un atún manido—dijo el cabo Perdígones—, porque huele que rabia.

—Decidme ahora vos, que sois buen militar—dijo Morcillo—, si esto es honesto; ¡vive Dios que lo que merecía este bergante era que yo diese parte á su excelencia!... pero le quitarían la bandera y lo echarían á puntapiés. ¡Dios, Dios! siempre es feo embriagarse; pero estando de facción... no parece sino que este perdido no sabe de memoria las ordenanzas; ¡y cómo las coge el malvado! lo que yo siento sobre todo, en cómo me ha puesto el estómago: ¡juro á Dios que mejor quisiera estar de trinchera sobre el Garellano con el señor Gonzalo de Córdova frente á los franceses, que cinco minutos más orilla de esta peste.. Gran campaña fué aquella, cabo Perdígones; grandes tiempos y gran capitán.

—Sí, señor, sí; gran capitán y gran campaña—contestó el cabo Perdígones—; pero, dígame vuesa merced, ¿qué se va á hacer con el alférez? porque esto no se puede resistir, y á mí también, me van dando bascas.

—Mirad, cabo Perdígones; agarradle vos por la cabeza, que yo le agarraré por los pies, y le sacaremos al patio.

—¿Al patio, señor capitán Morcillo? ¡Pues si está diluviando!

—Así se abrieran las cataratas del cielo: mejor; así se lavará, y se le pasará la borrachera.

—¿Y si se le mete por la boca abierta más agua que vino ha bebido, y se ahoga?

—Mejor: un borracho menos; porque esto, por Belcebú y por Satanás, no se ha de quedar sin castigo.

—Le quitaremos la coraza, si á vuesa merced le parece; porque, ¡buena se va á poner con la lluvia!

—No puede ponerla peor el agua que lo que ya la ha puesto de vino: sobre todo, que la limpie ó reviente. Conque, vamos, vamos, cabo.

Perdigones; á ver si con este castigo escarmententa.

IV

El cabo Perdigones hizo de tripas corazón; agarró por debajo de los brazos al alférez, volviendo la cabeza para apartar las narices, y el capitán Morcillo le cogió por los pies, y le sacaron al patio.

—Bastaría con que le dejáramos en el soportal—dijo Perdigones; que, como todo soldado viejo y bravo, era compasivo.

—Al patio, al patio—dijo Morcillo—; que se remoje bien.

El alférez fué dejado en el patio-bajo la lluvia.

—Venid acá, cabo Perdigones—dijo el capitán volviendo á entrar en su cuarto—; á falta de cubo, tomad el capacete del alférez, llenadlo con el chorro de una canal, y arrojad sobre esto el agua que fuere menester.

Aquella operación se hizo en algunos minutos.

—Ahora tomad un par de buenos tragos de aguardiente para confortar el estómago.

El cabo se bebió bien medio cuartillo.

—Y oid, cabo Perdigones—: cuidado de que no salga ningún soldado del cuerpo de guardia; no está bien ni es decente que vean el castigo de un superior por una falta tan fea; vos guardaréis profundamente el secreto, so pena de lo que os pudiere suceder; además, de cuando en cuando saldréis, á fin de cuidar de que nada grave suceda al alférez; vaya, buenas noches, cabo Perdigones.

—Dios las dé muy buenas á vuesa merced.

V

Cuando hubo salido el cabo, el capitán cerró la puerta corriendo un cerrojo.

—Quisiera yo que me dijeran— refunfuñó fuertemente amostazado el cabo Perdigones— ¡qué culpa tengo yo de la borrachera de este desvergonzado, para pagaria á medias! Y, ¡ya

escampal ¡que si quieres! Pues no, como no se despabile, bien se puede jurar que no la ha cogido floja; no sería malo meterle bajo el soportal; ¡pobre diablo! pero, aguarda, que si el capitán sale, que es muy capaz, y ve que no está donde le hemos dejado, sabe Dios la que me echaría encima; allá, allá ellos; el que manda, manda.

Y atravesando el patio, se metió en el cenador, y luego en el cuerpo de guardia, junto á cuya puerta se sentó en el extremo de un banco para impedir que ningún soldado saliese.

VI

Pero, ya fuera á causa del ruido monótono de la lluvia, ya por efecto del medio cuartillo de aguardiente que se había bebido, al poco tiempo de haberse sentado inclinó la cabeza sobre la coraza, y se durmió.

VII

Durante algún tiempo, el alférez Montoro permaneció dormido, tan inmóvil como si hubiese estado en un blando y caliente lecho.

Pero sucedió lo que había previsto el cabo Perdigones; como estaba boca arriba y con la boca abierta, y llovía á mares, le entró tanta agua por la boca, que, á punto de ahogarse con la fatiga, despertó, se agitó, y lanzó de sí un raudal de agua y vino.

Esto, el gran frío, la impresión de la lluvia, desvanecieron lo bastante su borrachera para que pudiese incorporarse y darse cuenta de lo que le sucedía.

—¡Por el infierno—dijo, balbotando sus palabras—; ya pagaré ese bergante de capitán Morcillo la afrenta que me ha hecho arrojándome al patio! Yo no estaba aquí, no señor; ha sido él, nos veremos, señor mío, nos veremos.

Y poniéndose á gatas, porque de ninguna manera podía ponerse de pie, se arrastró hasta el soportal, y allí se acurrucó contra la pared.

A pesar de lo mojado que estaba, tal era la influencia de su borrachera, que se durmió.

Así pasaron por lo menos tres horas.

Al cabo, el frío de los vestidos mojados le despertó.

La borrachera había casi desaparecido.

Tan bueno había sido el remedio que le había aplicado el capitán Morcillo.

VIII

Continuaba lloviendo á más y mejor.

El cabo Perdigones, que se había calentado un tanto con su trago de aguardiente, seguía durmiendo sentado en la punta del banco por la parte de adentro de la puerta del cuerpo de guardia.

Montero se había puesto con mucho trabajo de pie, y, apoyándose en la pared, adelantaba lentamente hacia las escaleras que conducían á las habitaciones del capitán general.

Se había propuesto llegar hasta el aposento de su amigo Sardelos que estaba más allá del estudio de Machuca, y acogerse en él.

Subió trabajosamente las escaleras.

A pesar del frío, le pesaba la cabeza: sus ojos estaban cargados de sueño.

Al llegar á los últimos peldaños, se durmió de nuevo.

IX

Todos los de la servidumbre del marqués de Mondéjar se habían recogido, y estaban apagados los faroles de la galería.

Reinaba, pues, una obscuridad profunda; y sólo la alteraban el silencio, el continuo y mo-

nótono caer de la lluvia y el ronco zumbido del viento.

X

Despertó al fin el cabo Perdigones, bostezó, se puso de pie, se desperezó, se estiró, tomó el farol del cuerpo de guardia, salió al patio, y abrió enormemente la boca, y no menos enormemente los ojos, al ver que no estaba allí el alférez.

—Calla—dijo—, pues ya la ha mondado: precisamente, el remedio no era para menos: más vale así. ¿Se habrá meido en el cuarto del capitán? ¡cá! ¡bueno es el capitán Morcillo para ablandarse! antes sería capaz de abrir la puerta de un castillo que defendiese al enemigo, que de recibir por esta noche en su cuarto al alférez Montoro: pero ¡ah! ya, se ha subido á las habitaciones de los pajes de quienes es muy camarada—añadió Perdigones viendo el rastro de agua que por junto á la pared subía hasta las escaleras.

Después vió en el primer tramo de ellas el mismo rastro, subió, y al volver vió tendido en lo alto del segundo al alférez.

Se acercó á él, y le examinó.

—Vavos—dijo—; no le ha sucedido nada; duerme, bien está ahí.

Y volviendo á bajar se entró en el cuerpo de guardia, dejó el farol, se acostó sobre el banco, y se durmió ya sin cuidado.

XI

Pasó como una hora.

El alférez volvió á despertar; pero sereno ya, fuerte, aunque atormentado.

Sonó entonces la campana de la Vela dando una sola campanada.

Era la media noche.

Iba á levantarse el alférez, cuando oyó el ruido

de los pasos de un hombre, al extremo de la galería.

Luego el crujir de una llave en una puerta.

Después, el leve chirrido de los goznes.

—¡Callal!—dijo el alférez—; es ese maldito de Machuca: ¿qué diablos hace á estas horas en el alcázar?, y ha dejado abierta la puerta.

En efecto, era Machuca que acudía á su cita con doña Esperanza, después de haber buscado inútilmente á Aben-Hud, y había subido por otra escalera.

Volvió el silencio, y el alférez se puso de pie; pero no rompió la marcha, le detuvo un nuevo ruido que provenía del otro extremo del corredor.

Y quel ruido era el roce de un traje de seda sobre el pavimento al rápido y leve paso de una mujer.

Aquel ruido adelantó, pasó por delante del alférez entre la obscuridad, y se alejó en dirección al estudio de Machuca.

Poco después rechinaron de nuevo los goznes de la puerta, y, por último, volvió el silencio.

—Aventura tenemos—dijo Montoro—que estaba completamente sereno: ¡y ella se ha metido en el estudio de ese miserable Machuca! ¡qué suerte tienen algunos hombres, y tan sin merecerla! ¡diablo, diablo!, y la que ha pasado lleva una rozagante falda de seda; no, pues no hay en el alcázar más que una dama cuyos trajes crujan de ese modo: ¡la marquesa! ¡poder de Dios! ¡y hay paciencia para sufrir la desvergonzada fortuna de ese bribón! ¡ah! desde la puerta del estudio puede oirse todo lo que dentro hablen; pero desde adentro puede oirse también todo lo que se acerque, y mis espuelas cantan que no hay más que pedir: ¡afuera las espuelas!

Montoro se las quitó y las sujetó en el cinturón; después adelantó sin causar el más leve ruido, se detuvo junto á la puerta del estudio de Machuca, y escuchó.

Hablaban tan bajo las dos personas que dentro estaban, habían comprendido de tal modo que por un accidente cualquiera podían ser escu-

chados, que sólo se percibía el murmullo de su conversación, sin que pudiera distinguirse por él quiénes eran las personas que hablaban.

El alférez miró por el ojo de la cerradura; pero nada vió.

Como sabemos, Machuca había puesto en la llave su birrete.

Montoro se tendió, y miró por debajo de la puerta.

Tampo vió nada.

Permaneció escuchando más de una hora, esperando á que los de adentro se descuidasen y hablasen alto.

Pero esto no aconteció.

De improviso oyó gemidos sordos, inarticulados.

—¡Diablo!—dijo—; ¿por qué gimen así?, y, sobre todo, ¿á qué había de gemir la marquesa?

Montoro esperó aún media hora en vano.

De repente se oyó el fuerte golpe de un objeto que caía al suelo, luego un crujido semejante al de una furiosa bofetada; después un estrépito infernal, como si todo lo que había en el estudio de Machuca hubiese venido al suelo.

La sangre se heló en las venas del alférez Montoro, que no era muy valiente, á impulsos de un pensamiento supersticioso.

—¡Ah, los duendes del alcázar!—exclamó—; ¡los duendes, que se han subido á las habitaciones del capitán general!

Y dominado por el pánico, escapó, y se encontró, sin saber cómo, á la puerta del cuarto de guardia del capitán.

—¡Abrid, abrid, voto á cien legiones, capitán Morcillo, abrid ó echo la puerta abajo!—dijo golpeando sobre ella.

El capitán Morcillo le oyó entre sueños, y preguntó:

—¿Quién diablos anda ahí?

—Abrid, amigo Morcillo, por el amor de Dios—dijo el alférez.

El capitán conoció, por lo seguro de la voz de Montoro, que se le había pasado la borrachera, supuso que le suplicaba afligido por el frío,

tuvo lástima de él, fué á la puerta, y la abrió.

—Entrad—dijo—; pero, si no os habéis lavado bien, no os hacerquéis.

—Cerrad. cerrad pronto—dijo el alférez precipitándose en el cuarto pálido y desencajado.

—¡Cómo! ¿por qué?—dijo Morcillo—; ¿os ha vuelto loco la borrachera?

—¡Ah, no, no! ¡os duendes!...

—¿Qué decís de duendes? ¿habéis soñado y venís á traerme un cuento de viejas?

—Digo que los duendes—contestó ya más tranquilo Montoro viéndose con luz y acompañado.

—Acabareis por gastarme la paciencia, que bien la he habido menester para no dar parte á su excelencia de vuestra indignidad, lo que os hubiera costado muy caro; callaos, echaos, y dejadme dormir.

XII

—Os repito que los duendes han revuelto todo lo que hay en el cuarto que tiene en el alcázar el señor Pedro Machuca, y han hecho bien, porque lo que sucedía era una infamia.

—En verdad, en verdad, que el señor Pedro Machuca, contra su costumbre, ha pasado la noche en el alcázar—dijo el capitán.

—Y bien acompañado—contestó Montoro—; pero no con la que podéis suponer, no con Isabel Aben-Hud, eso es ya muy viejo.

—Ni un escorpión es tan venenoso como vuestra lengua, alférez Montoro—dijo el capitán—; ¿no sabéis que se susurra que la Isabel está secretamente casada con Machuca?

—Porque eso fuera verdad os daría un beso en el cogote, capitán Morcillo—dijo el alférez.

—¿Y á vos, qué os va ni qué os viene con que el señor Pedro Machuca esté casado ó no con Isabel Aben-Hud?

—¿Qué si me va ó que si viene?—dijo Montoro—; ¿pues no conocéis que si Machuca está ca-

sado con Isabel no puede casarse con doña Esperanza de Alfaro, con quien se dice tiene concertadas las bodas?

—Pero ese hombre es un licencioso—dijo el capitán.

—Y si fuera soldado ó estudiante, se comprendería; pero un maestro de obras, un cantero, un albañil... dígoos que suceden cosas que irritan: ¿si supúerais con qué dama ha estado encerrado!...

—¡Dama!

—Sí, dama y muy dama: ¿quién creéis que puede llevar en el alcázar rodapiés de crujiente damasco?

—Señor Montoro, cuidado no os oiga el marqués de Mondéjar, y os mande arcabucear.

—Entendería que mandase arcabucear á su mujer, no á mí.

—Vos estáis loco; habéis soñado todo eso en vuestra borrachera.

—Allá, allá lo veremos; alguien ha de ser el primero que vea ó sienta las cosas; otros las ven después, y todo se sabe.

—Pues mirad, alférez Montoro—dijo Morcillo—; os aconsejo que no digáis á otro lo que á mí me habéis dicho, que dejéis rodar la bola, y que no os metáis en un pantano en el cual podéis hundiros.

—¡Bah, bah! yo sé que sois discreto, capitán, y tengo en vos confianza.

—Muchas gracias, Montoro; pero tengo sueño, y os pido que concluyamos la conversación.

Buenas noches.

—Buenas noches, capitán Morcillo.

Se echaron cada uno en un tablado que había en el cuarto, y al cabo de poco tiempo el capitán roncaba.

No acontecía lo mismo á Montoro: se había desvelado, y, á más de eso, con los vestidos mojados aún encima sentía un frío horrible.

A la media hora empezó á toser de una manera seca, terrible: parecía que se le arrancaba el pecho.

Al mismo tiempo le había acometido una fiebre violenta.

—¡Capitán Morcillo! ¡Capitán Morcillo!—exclamó—: ¡yo me pongo malo! ¡yo me muero!

El capitán Morcillo despertó, acudió, vió el grave estado en que se encontraba el alférez, llamó al cabo Perdigones, y éste con cuatro soldados llevó á Montoro al hospital, que para los soldados y los trabajadores se había establecido en el convento de San Francisco de la Alhambra.

XIII

—¿Qué dicen los médicos?—preguntó el capitán Morcillo á Perdigones cuando volvió del hospital con los soldados.

—Pues preciso, qué han de decir—contes, dijo Perdigones—; que es muy fácil que el alférez las lle: la cosa no ha sido para menos.

—Ya lo creo—dijo el capitán—; tal ha sido la mona, que no ha podido echarla del cuerpo.

XIV

Al día siguiente, el marqués y la marquesa de Mondéjar recibieron dos partes.

El capitán Morcillo había dado parte al marqués de que estaba en el hospital con pulmonía el alférez Montoro.

A la marquesa la dijo una de sus doncellas que doña Esperanza estaba en cama muy enferma, y que no podía levantarse.

El marqués, que era un buen caballero y muy caritativo, se fué al hospital á ver á Montoro, le encontró con una gran calentura, y encargó vehementemente á los médicos hiciesen cuanto pudiesen por salvarle.

Cuando volvió al alcázar le dijeron que el tabernero Juan Aben Hud había desaparecido, y no se sabía dónde estaba.

Isabel se había presentado llorando á la marquesa.

Esta, que amaba mucho á Isabel, hizo que su marido apretase las órdenes, á fin de que Aben-Hud fuese encontrado.

XV

En cuanto á doña Esperanza, había pasado muy mala noche: la dolía el cuerpo, y tenía asustada el alma; parecíala que había hecho una enfermedad de aquellas cuyo remedio es difícil.

Desconfiaba instintivamente de Machuca, y sus celos contra Isabel Aben-Hud crecían.

Por otra parte, la mejilla y el ojo que habían sufrido la bofetada de Aben-Hud, se habían hinchado de una manera grave: y en cuanto al ojo, se le había puesto encendido y voluminoso como un tomate.

Doña Esperanza se miró al espejo, y al verse en aquel estado se echó á llorar.

—¡Ah malditos duendes!—exclamó—; pero yo tengo la culpa; ¡yo, que he dado lugar á que Dios me castigue!

A más de esto, á doña Esperanza la dolía fuertemente el estómago, y sentía un malestar interno que nunca había sentido; algo que era completamente nuevo para ella.

Todo esto la aterraba.

—¿Y qué hago yo? ¿cómo me presento á mi señora la marquesa? ¡ahl! ¡no me presentaré, no! Suceda lo que quiera, nadie me verá.

Doña Esperanza recorrió el cerrojo de la puerta de su aposento, para no tener que levantarse á abrirla, cuando, notando que tardaba en aparecer más que lo de costumbre, viniesen á informarse si estaba enferma.

Se entiende que doña Esperanza se había quitado el traje de gala, le había guardado, y se había encajado las tocas.

Así se había metido en la cama.

XVI

Llegó la hora en que la marquesa iba por la mañana á la capilla con doña Esperanza y con sus damas, y doña Esperanza, contra su costumbre, no parecía.

La marquesa mandó que la avisasen.

La doncella enviada encontró la puerta del cuarto abierta, y á doña Esperanza gimiendo, con el rostro vuelto contra la almohada.

—Me estoy muriendo—dijo en cuanto sintió á la doncella—: decidlo así á mi señora la marquesa; no puedo moverme: todo mi cuerpo es un dolor; ¡pero qué dolor, Dios mío!, va á dar fin de mí.

XVII

La marquesa, que, como sabemos, amaba como á una hija á doña Esperanza, á pesar de que por su edad podía, cuando más, ser su hermana, se apresuró á ir á verla.

Ni por esto volvió el rostro doña Esperanza: antes se hubiera dejado hacer pedazos.

Continuó con el rostro vuelto á la almohada, y cuando vinieron los médicos, dijo que no podía volverse, y no fué posible ni aun tomarla el pulso.

En cuanto á lo de volverla, así que oyó la orden doña Esperanza, empezó á gritar y á decir que no consentiría que ni aun manos de mujer la tocasen; que se moriría de vergüenza si á esto se atrevieren.

Doña Esperanza no se movía ni aun para variar de posición, sino cuando por un momento y de tiempo en tiempo la dejaban sola.

XVIII

Entretanto, y apenas salido de su guardia, el capitán Morcillo se fué á ver á Pedro Machuca

que estaba en su casa asistiendo á Isabel, in consolable y aterrada por la desaparición de su tío.

—Necesito hablaros de un asunto muy grave, señor Pedro Machuca—dijo el capitán.

—Pues pasemos á esta otra estancia y hablemos—dijo Machuca pasando con el capitán á otra habitación.

—Cerrad esa puerta—dijo Morcillo—, y hablemos bajo, á fin de que nadie pueda oírnos.

—¿Venís á hablarme, sin duda, de Juan Aben-Hud?—dijo Machuca después de haber cerrado la puerta—: ¿le habéis encontrado? ¿le ha acontecido alguna desgracia?

—Nada sé de Juan Aben-Hud—contestó el capitán—: lo que sé es que estáis obligado por vuestra seguridad y por el honor de una dama á matar á un hombre, á un mal nacido.

—¡Que estoy obligado á matar á un hombre por el honor de una dama!—dijo Machuca—: no os comprendo, señor capitán Morcillo.

—Pero comprenderéis, sí, que yo soy un hombre honrado y un buen caballero, y que cuando os digo esto tendré razones para ello.

—Indudablemente: pero os repito que no os comprendo.

—Señor Pedro Machuca, se sabe todo, todo lo que sucedió anoche, después de media noche, en vuestro aposento del Alcázar.

—¡Ah!—exclamó Machuca—: ¿y quién ha sido el miserable que se ha atrevido á escuchar, á observar lo que sucedía en mi estudio?

—Un borracho á quien yo había echado al patio para que volviese de su borrachera con la lluvia, y que al volver de ella subió á las habitaciones del marqués, á tiempo que la marquesa iba á buscaros á vuestro aposento.

Machuca saltó de su sillón, y exclamó, mirando de una manera terrible al capitán:

—¿Quién es el infame, el villano, el mal nacido que se ha atrevido á decir que doña Catalina Pacheco, marquesa de Mondéjar, ha ido de noche á buscarme á mi estudio?

—El alférez Montoro.

—Pero ese hombre es un misable, un borracho á quien nadie debe dar crédito.

—Yo no se lo doy, señor Pedro Machuca; yo sé demasiado cuánta es la virtud de doña Catalina, y había de ver pruebas en contrario, y dudaría: pero es el caso que algo ha sucedido; que una mujer ha ido anoche después de las doce á vuestro aposento.

—Y qué, ¿no hay más dama ni más mujer que doña Catalina en el Alcázar?

—Indudablemente; y muy hermosas, aunque todas muy honradas: supongamos que alguna ha olvidado su honra por su amor: pero ya sabéis que en el Alcázar no hay dama alguna que gaste falda larga de corte de damasco: éstas sólo las usa la marquesa.

—Por salvar el buen nombre de doña Catalina, no puedo, como cristiano y como hidalgo, comprometer el nombre de otra dama: espero que deis fe á mis palabras, señor capitán Morcillo.

—¡Oh, sí! os tengo por valiente y por honrado, y no puedo dudar de lo que me digáis.

—Pues bien, señor capitán; anoche cometí la locura de recibir en mi estudio á una mujer; esa mujer vestía, es cierto, un traje de corte de damasco: pero, os lo afirmo por mi honra, os lo juro por mi salvación y por Dios Uno y Trino: esa mujer no era la marquesa de Mondéjar.

—Lo creo, señor Pedro Machuca, tanto más, que si viera algo contrario por mis mismos ojos, dudaría de ello.

—Decidme ahora: ¿había alguien delante cuando ese infame Montoro pronunció su calumnia?

—Nadie, yo solo: si alguien lo hubiera oído, y hubiera castigado en el acto al alférez, y hubiera impuesto temor, para que no repitiesen la calumnia, á los que la hubiesen oído; pero como estábamos solos, y yo no acostumbro robar á nadie el derecho que tiene para castigar lo que contra él se hace de obra ó de palabra, he venido á avisaros.

—Pero, entre tanto—dijo con desesperación

Machuca—, ese villano andará propalando la calumnia por todas partes.

—No, porque el alférez Montoro no se atreve á nada sino cuando está borracho: en su sano juicio se le puede tolerar, y no parece mal hombre.

—Pero si siempre está ebrio.

Os aseguro que por ahora no está borracho, ni lo estará por mucho tiempo: he tenido que enviarlo al hospital, y tal vez á consecuencia de la pulmonía que tiene encima, á causa del remojo en que le puse para que se le quitara la borrachera, los médicos os ahorren el trabajo y el compromiso de matarle.

—Pero ¿por qué, por qué ese hombre ha tomado en boca el nombre de la marquesa y el mío para tan infame calumnia?

—En primer lugar, porque el alférez Montoro tiene muy mala lengua: y luego porque os aborrece de muerte.

—¿A mí? ¿y con qué razón?

—Con la de que está locamente enamorado de doña Esperanza de Alfaro, y sabe que está convenido vuestro casamiento con ella.

—¡Ah! pues os juro que si el alférez escapa libre de mis manos y doña Esperanza quiere, por mi parte puede casarse con ella: yo me caso con otra.

—¡Diablo, diablo, y qué buena moza os lleváis, señor Pedro Machuca! porque ya se conoce la afición que media entre vos é Isabel Aben-Hud, y supongo que con ella será con quien pensáis casaros.

—Lo habéis acertado, capitán Morcillo: ahora, no os suplico que guardéis un gran secreto acerca de lo que os ha dicho Montoro, porque creo firmemente que por vuestra propia honra lo guardaréis.

—No dudéis de ello, señor Pedro Machuca:

—No dudo, señor capitán Morcillo, y tengo el placer de deciros, que si hasta hoy os estimaba como merecís, de hoy en adelante os tengo como el mejor amigo, y os doy las gracias por

las noticias que me habéis dado, y por las cuales haré lo que debo hacer.

—Así lo creía, y por eso os he avisado: pero, adios, señor Pedro Machuca, que he pasado muy mala guardia y muy mala noche; me pesan los ojos, y me voy á descansar.

—Adios, y hasta la vista—dijo Machuca.

Y acompañó al capitán Morcillo hasta la puerta de su casa, donde ambos volvieron á despedirse efectuosamente, como los mejores amigos del mundo.

XIX

Pedro Machuca cerró la puerta, se fué donde estaba Isabel, llorosa por la desaparición de su tío, y la dijo:

—Consuélate; yo sé bien que tu tío parecerá en cuanto sepa que nos hemos casado.

—¿Pues qué, no nos hemos casado ya?—dijo Isabel.

—Sí, vida mía—contestó Machuca—; pero á causa del estado en que te encuentras, tu tío me exigió publicase nuestro casamiento; yo le opuse algunas razones que creía justas, se enfureció, me amenazó, yo me irrité, quemé la única prueba que de nuestro casamiento existía, y tu tío... tu tío se separó de mí irritado, amenazando al cielo y á la tierra.

Machuca no quiso decir á Isabel que si Aben-Hud no le había matado, había sido un milagro.

Pero Isabel se aterró.

—¿Has quemado el papel que nos unía!—dijo pálida como un cadáver.

—Y qué importa! voy á pedirte ahora mismo á la marquesa de Mondéjar: ella es muy buena cristiana, muy buena señora, y nos casará al momento.

Isabel se tranquilizó.

Pedro Machuca se puso su mejor traje, y se fué á pedir una audiencia á la marquesa de Mon-

déjar, que le recibió en el momento, acompañada por una dama y por cuatro doncellas que hacían labor.

—Es tan grave lo que debo hablar á vuecencia, señora—dijo Pedro Machuca—, que suplico humildemente á vuecencia me escuche á solas.

La marquesa pasó á su recámara, adonde la siguió Machuca.

—Hablad—dijo doña Catalina, severa y atenta.

—Vengo á pedir á vuecencia por esposa á su doncella Isabel Aben-Hud.

—¿Y doña Esperanza?—dijo severamente la marquesa.

—Obligaciones de hombre honrado—contestó Machuca—, me obligan á casarme con Isabel.

—¿Y por qué habéis echado sobre vos esas obligaciones, si me habéis empeñado vuestra palabra para doña Esperanza?

—Dios lo ha querido, señora, porque el amor viene de Dios; yo estimaba mucho á doña Esperanza antes de conocer á Isabel; pero cuando la conocí fuí todo suyo, y hubiera muerto si ella no hubiera sido mía.

—¡Ah! ¡Ha sido livianamente vuestra!—exclamó creciendo en severidad y tocando en la indignación la virtuosa y rígida doña Catalina, que no comprendía las faltas contra el honor.

—Ha sido mía después de haber bendecido nuestra unión un sacerdote ante Dios, aunque en secreto.

Y entonces, ¿por qué me pedís la mano de Isabel?—dijo, conteniendo su irritación por dignidad, doña Catalina.

—Porque la desgracia ha hecho que haya desaparecido la prueba de nuestro casamiento: el guardián de San Francisco de la Alhambra, que nos casó, ha muerto, y la certificación de los desposorios que me había librado la he perdido en fuerza de guardarla.

—¿No os atrevaís á mí con una mentira—dijo

doña Catalina— por salvar la honra de vuestra esposa?

—No, no, señora; yo os lo juro por la salvación de mi alma.

—¿Y no se encontrará en algún libro esa partida que habéis extraviado?

—El desposorio fué secreto, señora; el convento de San Francisco no es una parroquia.

—Pero el padre guardián era muy celoso; esperad, esperad; ya averiguaremos; pero entre tanto, ¿qué va á ser de doña Esperanza, que os ama, que á nadie ha amado más que á vos?

—Yo creo, señora, que doña Esperanza no pasaba de estimarme, como la estimaba yo, y que si á alguien ama, no es á mí.

—¿Qué decís?

—Creo que doña Esperanza está enamorada, y que si no ha roto su compromiso conmigo ha sido por no disgustaros; no lo confesaré por timidez, fingirá que se desespera, llorará mucho y pondrá el grito en el cielo; pero en el fondo de su alma se alegrará; estoy seguro de ello, señora.

—Pero ¿á quién ama, á quién ama doña Esperanza?

—Al alférez Montoro.

—¡Cómol! ¿A ese libertino, á ese mal hombre, á quien no ha quitado ya su bandera el marqués mi señor por las buenas recomendaciones que tiene, y con la esperanza de que se corrija? ¿Y de tal hombre ha podido enamorarse doña Esperanza?

—Doña Esperanza, señora, es muy inocente; buen mozo y muy galán el alférez Montoro, y muy acostumbrado á seducir mujeres, doña Esperanza está en peligro...

—Basta, basta—dijo doña Catalina—; todo esto me aturde; idos, que ya proveeremos según convenga.

—Beso las manos á vuestrecesencia—dijo Machuca inclinándose respetuosamente.

Y salió.

XX

Después de esto, doña Catalina pasó á las habitaciones de su marido, y estuvo en ellas encerrada con él una hora.

El marqués salió, se fué al convento de San Francisco, y permaneció en él una hora encerrado con el nuevo guardián,

El guardián, después de irse el marqués, pasó con los padres graves del convento al archivo, y examinó todos los papeles que había autorizado el difunto guardián desde la fecha de un año antes hasta que murió.

Encontróse entre ellos una declaración en forma, de su puño y letra, en que constaba había desposado seis meses antes solemnemente, aunque en secreto, al artífice mayor de la Alhambra, señor Pedro Machuca, con la morisca Isabel Aben-Hund.

El guardián tomó este documento, y se fué á entregarlo al marqués de Mondéjar.

XXI

Aquella misma noche, reunidas gran número de personas, con la servidumbre y lo que podía llamarse corte del capitán general del reino y costa de Granada, alcaide de la real fortaleza de la Alhambra con sus torres y jurisdicción, estando presentes Machuca y su esposa Isabel Aben Hud, engalanada con traje y joyas que le había regalado la marquesa de Mondéjar, se publicó su casamiento en el magnífico salón de Comares.

XXII

La marquesa encargó á las doncellas que asistían á doña Esperanza guardasen acerca de esto para con la enferma el más profundo se-

creto, por temor de que se agravase su enfermedad.

Pero como no se había encargado lo mismo á los que asistían en el hospital al alferez Montoro, aquel suceso, que había dado mucho ruido, llegó á su noticia, y le llenó de alegría.

Esta alegría tuvo gran parte en su mejoramiento.

Los médicos vieron que lo que habían tomado por pulmonía no había pasado de ser un fortísimo catarro, y algunos dependientes á quienes Pedro Machuca había encargado le avisasen el momento en que debiera salir del hospital el alferez, le anunciaron aquel día que saldría por la tarde.

XXIII

Machuca se fué aquella misma tarde al hospital, es decir, al convento de San Francisco, y cerca de él se metió en la casa de uno de sus obreros, y á través de la abertura de una ventana baja fijó su vista en la portería del convento, y esperó á que saliese el alferez Montoro.

Pero ya se había puesto el sol después de una larga espera de Machuca, y éste creía que por entonces no saldría del hospital el alferez.

Iba á retirarse, cuando Montoro, al parecer fuerte y ágil, con el birrete bizarramente inclinado sobre la ceja izquierda, galanamente vestido, apareció en la portería del convento y tomó el camino del alcázar, ó mejor dicho, de la plaza de Armas.

—Es preciso alcanzarle antes de que beba, se embriague y hable con alguien—dijo Machuca quitándose de su apostadero, saliendo de la casa, poniéndose en seguimiento del alferez y alcanzándole poco después en la encrucijada de dos callejas, por donde no pasaba nadie á la sazón.

XXIV

Machuca tocó en un hombro al alferez; éste se volvió bruscamente.

Pero al ver á Machuca se serenó su semblante, sonrió, y tendió la mano al arquitecto.

Este permaneció inmóvil y fijo.

—Aceptad mi mano—dijo cortésmente Montoro, que cuando no estaba borracho parecía buen hombre, aunque no lo fuese, porque respetaba las conveniencias—; aceptarla, porque aunque he sido muy enemigo vuestro, las cosas han cambiado y soy muy vuestro amigo.

—Eso lo veremos—dijo Machuca, después de que hayamos hablado—; y como por lo que pueda suceder y por temor á las pragmáticas, no quiero, tanto por interés vuestro como por interés mío, que nadie sepa que hoy nos hemos visto, hacedme la merced de tomar desde aquí hacia la puerta de Hierro, que yo tomaré hacia los Siete Suelos, á fin de que podamos encontrarnos al pie de la Alhambra alta, en el arco del Agua, ya sabéis, junto á la entrada de la huerta del Generalife.

—Muy bien—dijo Montoro, nublando el semblante en razón á lo amenazador del fondo y de la forma de las palabras de Machuca—; no se dirá que un soldado ha rehusado acudir á la cita de un menestral.

Machuca se puso pálido, porque la calificación de menestral le rebajaba; pero se contuvo, y dijo:

—Estamos perdiendo el tiempo; marchemos cada cual por su parte y de prisa para reunirnos cuanto antes donde nadie nos vea ni pueda vernos.

—Pues hasta que nos encontremos—dijo Montoro.

—Hasta que nos encontremos—contestó Machuca.

Y ambós partieron en distinta dirección.

Nadie los había visto hablar.

Un cuarto de hora después, al dar vista al acueducto de la Alhambra, Machuca apareció.

al otro lado de él; doblando el ángulo de la torre del Agua, el alférez Montoro.

Machuca le hizo seña de que le siguiese, y torciendo á la derecha, apartándose de la Alhambra, subió por la rambla pedregosa que conduce hoy al cementerio.

Siguió junto al vallado de espinos de la huerta del Generalife que se extendía á su izquierda, siguió este vallado, cuando vuelve hacia la Silla del Moro, y allí, junto á unos espesos árboles, se detuvo.

El alférez Montoro se reunió tres minutos después con él.

XXV

—En primer lugar—dijo Machuca—¿cómo estáis de salud?

—Muy bien—contestó Montoro.

—Os pregunto esto—añadió Machuca—porque necesito saber si estáis bastante fuerte, para que yo, sin temor de cometer una villanía, pueda quitaros el habla.

El alférez Montoro, que era bravucón, alzó el brazo en el ademán marcado de dar un revés en la cara á Machuca.

Pero éste, que estaba prevenido, saltó atrás, tiró de la espada, y se puso en guardia, y el alférez dió el revés al aire.

A seguida tiró de la espada, ya más frío, ya menos bravo pero siempre fanfarrón, y en vez de irse sobre la guardia de Machuca, le dijo sin entrar en distancia:

—Aunque á mí me importe tres bledos darme con vos de tajos y reverses, quiero saber por qué me habéis insultado y me habéis traído á esta ocasión.

—A vos no es posible insultaros, porque no tenéis vergüenza—dijo Machuca—, ni comediamento, ni nada que merezca respeto.

—¿El motivo de esas palabras!—dijo el alférez, con la cabeza erguida y la mirada tosca, en una hinchada afectación de amenaza.

—Os lo voy á decir, aunque no quisiera repetir la calumnia por la que voy á mataros, para que no podáis repetirla; habéis puesto la lengua infame en una tal dama, que para nombrarla debíais lavaros antes la boca con agua de rosas y claveles.

—Pero, señor Machuca; si yo no sabía que os habíais casado, y habíais puesto de tal manera á vuestra esposa, que era necesario estar ciego para no verlo.

—No hablo yo de mi esposa, sino de la marquesa de Mondéjar, ¡villano!

—¿Y qué culpa tengo yo—dijo Montoro, de que su excelencia fuese á encerrarse con vos hace cuatro noches en vuestro aposento?

—¡No era la marquesa, mal nacido; era mi esposa!

Machuca no quiso decir que era doña Esperanza, ni quería tampoco matar al alférez; lo que quería era castigarle, aterrarle, para que ni aun borracho se atreviese á repetir su tremenda suposición, hasta cierto punto fundada en las apariencias, de que la marquesa había ido á verle á su estudio.

—Pues si era vuestra esposa—dijo Montoro—la hermosa Isabel llevaba á obscuras un traje que nunca llevaba á la luz del sol; vamos, señor Machuca, no temáis que por envidia diga yo á nadie lo que podría meteros en un atolladero; pero no me digáis á mí que aquella dama no era la marquesa.

XXVI

Machuca avanzó y acometió al alférez de una manera tan rápida, que éste tuvo que ponerse de un salto fuera de distancia.

Pero Machuca siguió avanzando, alcanzó al alférez y le dió una estocada corta, en hueso, pero bastante para hacer perder tierra al alférez, ó para que éste la tomase por miedo.

Montoro no dijo una palabra, y se mantuvo inmóvil.

—Nunca he visto un hombre tan villanamente cobarde—dijo Machuca, intentando un cintarazo sobre el alferez, pero conteniéndose por hidalguía; ¿os hacéis el muerto, don temeroso, para que yo no os mate? ¡eal alzaos y volved á tomar la espada, ó vive Dios que os mato como á un perro.

El alferez se puso lentamente de pie, recogió su espada, y en vez de ponerse en guardia, la envainó.

—¿Qué hacéis, vive Dios?—dijo Machuca, que estaba muy excitado.

—Me habéis herido poco ó mucho; acabo de salir del hospital, estoy torpe y débil, y si me matáis cometeis un asesinato.

—¿Y si no os mato, y si os embriagáis, y si soltáis otra vez la lengua?

—Por la cuenta que me tiene, callaré; pues qué, ¿se me esconde á mí que si lo que yo dije en confianza al traidor capitán Morcillo, que es sin duda quien os lo ha dicho, se lo dijese á cualquier otra persona y el marqués de Mondéjar lo supiera, se contentaría con lo menos desollarme vivo? Desengañaos, señor Machuca; yo no tengo mal vino; yo no hablo mal ni cuerdo ni borracho más que de las personas á quienes no quiero bien; yo no os quería bien, francamente, porque tenáis tratado vuestro casamiento con doña Esperanza de Alfaro, á quien adoro, á pesar de que ella, cuando se lo he dicho, me ha enviado á los di: blos; pero ya que publican: do vuestro casamiento con Isabel habéis demostrado que nada os importa doña Esperanza, han cambiado las cosas; no me estorbáis, tengo libre el campo, y os quiero bien.

—¿Y si yo os casase con doña Esperanza?—dijo Machuca.

—Entonces os adoraría, Dios me perdone; porque no debe adorarse más que á Dios.

Pues daos por casado con doña Esperanza antes de tres días, y oid: yo no os he matado porque no quería mataros; me he contentado con daros un ligero puntazo, sólo para que sepáis que puedo heriros más profundamente, cuando me

deis ocasión para ello; vámonos y entremos juntos en la Alhambra; ni os quiero mal ni bien; me disgusta que arrastréis vuestra hidalguía en las tabernas, y os presentéis borracho en todas partes, y habléis mal de las mujeres, y os atreváis con los cobardes y os humilléis con los valientes; todo eso es feo, y tan feo, que da asco el verlo.

—Pues mirad, señor Machuca; lo que conmigo no haría un fraile francisco lo hará doña Esperanza sólo con casarse conmigo; porque, por no darla disgusto, me quitaré del vino y de las malas costumbres, y me volveré un santo.

—Dios lo quiera, que bien lo habéis menester—dijo Machuca.

—¿Y sabéis que me escuece el puntazo?

—Pues dad gracias á Dios de que os escuezca tan por encima, y abrid el ojo, porque os importa.

—Juro á Dios no beber ni malhablar, si dentro de tres días me caso con ella; pero si me desprecia, si no quiere casarse conmigo, de desesperado, me desenfreno.

—Os casaréis, Montoro.

—¿Y por qué tenéis vos tal seguridad de que querrá casarse conmigo doña Esperanza?

—Porque doña Esperanza hace mucho caso de mis consejos.

—Pues aconsejadla, señor Machuca, y aconsejadla bien—dijo suspirando de una manera particular el alferez—: ahora decidme, que yo no lo diré á nadie: ¿quién era la dama de hace cuatro noches?

—Un duende—dijo, viéndose apretado en demasía Machuca.

—¡Un duende... un duende... y gemía el maldito! ¡y qué manera de gemir!

—¿Pues no han de gemir los duendes?—dijo Machuca—si son almas en pena.

—Pues, mirad, no sepa la Inquisición que os tratáis con duendes—dijo el alferez.

—Yo me trato con ellos—dijo Machuca—, como un amigo, para ahuyentarlos; en fin, dejáos de hablar de duendes y de damas: casaos

con doña Esperanza, que vais bien casado, enmendad vuestra vida, y ya encontraréis el premio: pero, vamos, vamos de prisa, que la noche cierra oscura y fría, y en vuestra casa, sin que nadie lo entienda, os curaré ese arañazo.

—Decid, señor Machuca: ¿era el duende doña Esperanza, ó no?—dijo el alferez, deteniéndose ya cerca de la puerta de los Siete Suelos.

—Si volvéis ni aun á imaginarlo, es mato—dijo Machuca—: además, doña Esperanza nunca usa vestidos de seda.

—Y de Damasco, por cierto; que como damasco crujía la falda de aquélla.

—Pues no habiendo sido doña Esperanza; ni mi esposa, ni la que vos os imaginásteis, fué otra, y como yo no he de decíroslo, resulta que la tal dama es para vos un duende.

—Y vaya si sois afortunado—dijo suspirando ruidosamente el alferez—: parece mentira.

A este punto entraron por la puerta de los Siete Suelos, á tiempo en que iban á cerrarla.

XXVII

Cuando una hora después Machuca volvió á su casa, la encontró llena de alegría.

Juan Aben-Hud había vuelto, pero antes de entrar en su casa, había pasado por la cárcel.

Veamos lo que había sucedido á Aben-Hud.

Al arrojarle, como sabemos, por el adarve, se había lastimado un pie, pero tan ligeramente que no le impidió ponerse en marcha, ni escalar, por la parte del río Darro. la tapia de poca altura que cierra el bosque de la Alhambra.

Atravesó el pequeño barranco que hay por aquella parte; subió el bosque de las Cornetas, atravesó el puente del Diablo, y tomando la cuesta del Chapiz se puso en demanda, y á gran paso, del camino de Guadix para ganar las Alpujarras.

Pero como creía haber cometido un asesinato y que se le buscaría, emprendió la marcha por

montes y cerros, que no eran mal camino para Aben-Hud, porque era una cabra montés.

XXVIII

Pero no había contado con el estado de su alma, ni con la postración que este estado debía producirle.

Sentía una pena infinita, una desesperación pesada, insoportable.

Se le presentaba Isabel desolada, loca por la muerte de Machuca; deshonrada, porque no podía probar que era viuda del asesinado, con un hijo en el seno, con un pobre hijo que nacería sin padre.

Sentía esto de una manera tan amarga Aben-Hud, que experimentaba los mismos efectos que si hubiese tomado un veneno.

Tenía fiebre; le faltaban las fuerzas, y se repetía por único consuelo estas palabras:

—Desenterraré mi oro, lo entregaré al anciano Abu Kaleb el de Cádiar, que es bastante honrado para llevárselo á mi pobre Isabel, á mi pobre Ana; luego, luego, para que no sufran la vergüenza de ser hija y sobrina de un ajusticiado. me tiraré por un tajo.

Este era el único consuelo que encontraba en su desesperación Aben-Hud.

XXIX

A pesar de lo lastimado de su pie, y á pesar de la fiebre, Aben-Hud marchaba rápidamente por cerros y valles.

Pero se veía obligado á dar grandes rodeos para remontar los barrancos que, á causa del terrible temporal, eran cada uno un torrente.

La noche era cerrada y lóbrega.

A más del recuerdo del supuesto asesinato de Machuca, afligía á Aben-Hud el recuerdo de los duendes.

El rebramido del viento, que producía sonidos extraños, inarmónicos, agudos, terribles, contra las rocas, en're las quebraduras, en los profundos cañones de la montaña; el graznido de los aguiluchos hambrientos allá en su nido, en las altas cortaduras, estridente, vibrante, fiero; el rugido de los torrentes que se despeñaban por los barrancos; el son monótono, largo, perdido, en derredor en la distancia; el ronco ladrido de algún perro, guardián de aprisco, y de tiempo en tiempo un relámpago, que hacía abordar por un momento de una manera fantástica de entre las tinieblas un paisaje bravamente agreste; todo esto aumentaba el mal estado del espíritu de Aben-Hud, impresionándole fuertemente.

XXX

Por los rodeos que se veía obligado a dar, á pesar de que marchaba con suma rapidez, adelantaba muy poco.

Al amanecer estaba, cuando más, á tres leguas de Granada, al pie de la sierra de Guadix, en un terreno estrecho, intrincado, solitario, cubierto de encinas seculares, y por donde rara vez se aventuraba planta humana, y aun ésta de bandido ó criminal escapado de la justicia.

XXXI

Aben-Hud tomó un poco de descanso: iba tan mojado como si hubiera hecho á nado el camino: y en verdad, tan espesa era la lluvia, que marchar bajo ella era poco menos que nadar.

Al en-Hud saltó de sobre la piedra en que se había sentado.

Había empezado á sentir una especie de adormecimiento: ceder á aquel adormecimien-

to, no dominarle, hubiera sido entregarse á la muerte.

Hacía mucho frío: la lluvia empezaba á convertirse en nieve.

Aben-Hud se orientó, y después se puso en marcha, tomando la derecha de la sierra.

—Andando bien—dijo—, dentro de dos horas estaré en la Rambla de la Sangre.

Y continuó marchando con suma rapidez.

A las tres horas, y con gran trabajo, y ya muy enfermo, llegó á la Rambla de la Sangre, inmediata á Cádiar.

Había andado de una manera prodigiosa, como andaban aquellos terribles Monjes de las Alpujarras, á quienes la Santa Hermandad llamaba los *invisibles*, porque nunca podía tropezar con ellos.

XXXII

Aben-Hud subió á lo alto del solitario barranco, se metió por una bocamina de las de en tiempo de los romanos, adelantó por una de sus galerías, y en un pequeño ensanchamiento donde se abrían otras tres bocas y adonde apenas llegaba una escasa luz, tentó el suelo con su puñal, y á poco encontró una capa durísima, como de piedra.

—¡Ah, sí! nadie sabe que yo he enterrado aquí mi oro! ¡aquí está! yo no tengo fuerzas para levantar la piedra; pero iré á Cádiar, en Cádiar pueden no saber todavía que yo he matado á un hombre: la justicia anda mucho más despacio que el que huye: y no se pone en camino cuando hace mal tiempo avisaré á Abu-Kaleb, y él que es fuerte sacará de aquí mi oro y se lo llevará á Ana, á Isabel.

XXXIII

Aben-Hud se arrastró hacia la salida de la mina, pero no pudo llegar á ella: la fiebre le postuló completamente.

Por fortuna, estas minas tienen la temperatura elevada; el viento no penetraba en ellas, ni en la que se encontraba Aben-Hud había humedad.

Podía decirse que estaba en una alcoba natural, aunque sobre un lecho un poco duro.

Aben-Hud permaneció allí calenturiento, delirante, por algunas horas; pero su robusta organización, lo abrigado del lugar donde estaba, y su fuerza de voluntad, que aunque latente existía en él, dominaron la fiebre, y á las veinticuatro horas Aben-Hud se encontró más fuerte que cuando había entrado en la mina.

XXXIV

Salió de ella como pudo, y como pudo se encaminó á Cádiar, adonde llegó al cabo de una hora, invertida en pequeñas marchas y pequeños descansos.

Pero cuando llegaba en la plaza del pueblo á la puerta de la casa de Abu-Kaleb, se abrió ésta y aparecieron dos bigotudos cuadrilleros de la Santa Hermandad con sus tabardos, coletos de ante, sus redondos cascos, sus largas espadas y sus altas botas con espuelas; porque aquellos cuadrilleros eran de á caballo.

Con ellos venía un anciano, morisco, á juzgar por su traje, y al abrir y al ver junto á ella á Aben-Hud, se puso densamente pálido y retrocedió.

Los cuadrilleros, que eran gente práctica y acostumbrada á juzgar por indicios, repararon en la conmoción del anciano, y en el movimiento de retroceso que al verlos había hecho Aben-Hud, y se echaron sobre él.

—Daos á prisió al rey y á la Santa Hermandad, de orden de su excelencia el señor capitán general del Reino y costa de Granada.

Claramente se veía por estas palabras que aquellos cuadrilleros eran parte de la gente que de orden del marqués de Mondéjar había salido en busca de Aben-Hud, y que, siguiendo indicios, habían buscado en Cádiar, casa de su pariente Aben-Kaleb, á Aben-Hud.

—Matadme—dijo éste—; pero no me llevéis á Granada, porque me ahorcarán, y yo no quiero deshonor á los míos.

Los cuadrilleros abrieron un palmo de orejas: nada les habían dicho acerca de si Aben-Hud era criminal ó no: sólo se les había mandado que le buscasen y le llevaran á Granada.

—¿Pues si no queríais deshonor á los vuestros—dijo uno de los cuadrilleros—, por qué habéis cometido el delito que os llevará á la horca?

—¡Estaba ciego! ¡estaba irritado! ¡el tuvo la culpa! ¡me dijo cosas muy terribles! ¡yo había visto cosas muy malas! ¡si no hubiera el estado ciego por la cólera, aunque no hubiera sido más que por mi sobrina, no hubiera yo matado al señor Pedro Machuca!

La Santa Hermandad estaba de enhorabuena: le había salido de entre los pies un ahorcado: así es, que uno de los cuadrilleros desprendió del talabarte de su espada unas esposas y las puso á Aben-Hud.

—¡Dejadme hablar con mi pariente!

—No podéis hablar con nadie hasta que habléis con los señores alcaldes del crimen—dijo el otro cuadrillero.

—¡Matadme!—dijo Aben-Hud.

—Eso es cosa de los señores—respondió el otro cuadrillero.

—¡No me moveré de aquí!

—Os llevaremos en peso á la cárcel, y así que allí os pongan un par de grillos, os terciaremos en un macho y allá iréis.

XXXV

Lo hicieron como lo dijeron los cuadrilleros, llevaron á Aben-Hud á la cárcel, donde le encajonaron un par de calcetas de Vizcaya, embargaron en la villa una mula, montaron en ella á Aben-Hud, y tomó á buen paso el camino de Granada, adonde llegaron al obscurecer, y dieron con el preso en la cárcel y con el parte en casa del alcalde mayor.

Al ver este caballero que Aben-Hud estaba preso por el asesinato de Pedro Machuca, á quien conocía mucho, y con el cual había estado hablando cabalmente aquella tarde acerca de la desaparición de Aben-Hud, se echó á reír, y dijo á sus subordinados:

—Me parece que habéis perdido el buen olfato que tenáis, hijos míos; os venís muy ufanos porque creéis haber preso á un criminal, y sólo habéis cogido á un loco: ea, tomad esta orden y llevadle al momento á la cárcel, para que suelten sin costas al señor Juan Aben-Hud, y dejáis vosotros allí un ducado de multa cada uno para los pobres presos, á fin de que otra vez no cometáis tonterías por las que puedan burlarse de la Santa Hermandad.

Los cuadrilleros tomaron la orden y salieron cabizbajos, porque no tenían ni aun el recurso de decir una sola palabra á su alcalde mayor.

Llegaron á la cárcel, Aben-Hud fué puesto en libertad con grande asombro suyo, y recogido por dos criados del marqués de Mondéjar, que habían recibido el correspondiente parte de la llegada de Aben-Hud.

Se entiende que los cuadrilleros se guardaron muy bien de no pagar la multa que para los pobres presos les había impuesto su jefe.

XXXVI

Aben-Hud, que creía que todo aquello no era no era otra cosa que un cambio de prisión, esto

es, que le traspasaban de la jurisdicción civil á la jurisdicción militar, iba triste, cabizbajo, acongojado.

Pero cuando los escuderos del marqués de Mondéjar le dijeron que Machuca, su sobrina y su hija habían pasado un gran cuidado por él, irguió la cabeza como si le hubieran quitado un enorme peso de encima, y dijo:

—¿Pues qué, no ha muerto el señor Pedro Machuca?

—Me parece—dijo uno de los escuderos—, que en lo que menos piensa ahora el señor Machuca es en la muerte; ¡digo, cuando está en sus glorias porque se ha publicado su casamiento con vuestra sobrina!

—¿Ah! ¿eso ha hecho?

—Sí, señor, y solemnemente, en el salón de Comares, en plena corte: ¡vaya! y hubo brindis y *gaudeamus*; porque al fin la señora marquesa quiere mucho á vuestra sobrina.

—¿Pues entonces, no está herido el señor Pedro Machuca!

—¿Quién dice herido? como no se entienda que lo está en el corazón por el amor de vuestra sobrina...

XXXVII

Aben-Hud no podía explicarse aquello, como no fuese por medio de un milagro.

Tenía la seguridad de que había descargado una terrible puñalada sobre el pecho de Machuca.

Estaba aturdido: sentía una inexplicable ansiedad por llegar á la Alhambra, y esta ansiedad le prestó fuerzas que no tenía.

Al cabo llegó, y Ana é Isabel se arrojaron en sus brazos, y se maravillaron al oírle preguntar si en efecto vivía Machuca, si no había sido herido: porque Isabel y Ana ignoraban lo que había sucedido.

Aben-Hud se acordó entonces de los duendes

y le pareció que todo aquello pudo muy bien haber sido una ficción, obra de aquellos malignos diablitos.

XXXVIII

Por esto, cuando llegó Pedro Machuca encontró la casa llena de alegría.

Aben-Hud se abalanzó á él, le miró, le palpó, y dijo con alegría:

—¡Conque era mentiral ¡conque yo lo he soñado! ¡ho y qué perversos son los duendes! Figuráos que me armaron la noche aquella que yo estuve con vos en el alcázar, una visión tal y que parecía tan verdadera, que yo creí que habiéndome vos injuriado, encolerizado, sacado fuera de mí, os había muerto: huí, y he estado á punto de morir de veras: pero gracias á Dios que todo ello ha venido á parar en mentira y falsedad diabólica.

—¡Ah! los duendes son muy malos—dijo Pedro Machuca—, y sobre todo intolerables para los que les temen.

—¡Buena pasada me han hecho los condenados! y tal, que necesito meterme en la cama y pasar algunos días en ella: estoy muy enfermo, he padecido mucho.

Acostaron á Aben-Hud, llamaron al médico, y cuando éste aseguró que ningún peligro corría el enfermo, Machuca se fué al alcázar y se puso desde un rincón oscuro en acecho de la puerta del aposento de doña Esperanza.

XXXIX

Tenia ésta una doncella pizpireta y viva como una centella, que se llamaba Floreta, y se dejaba galantear sin pena por todo bicho viviente.

Quiso la buena fortuna de Machuca que, apenas se había puesto en acecho, la doncella sa-

liese del aposento de su señora y tomase hacia el lugar donde estaba apostado Machuca.

Al ver un bulto en la sombra hizo un movimiento de retroceso; pero Machuca la tranquilizó, diciendo.

—¡Eh! no hay que asustarse, paloma; soy yo.

—¡Ah! ¡y que me place!—dijo adelantando Floreta—; ¡y á qué propósito estáis ahí de centinela, señor mío?

—Me está pesando extraordinariamente en el bolsillo un doblón de á ocho, y necesito aliviarme de él.

—Pues echadle para acá, señor Pedro Machuca, porque en Dios y en mi ánima que mi bolsillo está bien ligero: ¡buen salario nos dan á las criadas! ni para zapatos tenemos.

—Vente aquí más para lo obscuro, Floreta.

—A donde queráis, señor Pedro Machuca; pero por poco tiempo, porque mi señora está muy enferma: la señora marquesa ha mandado que no salga de su cuarto una doncella, y yo la he dejado sola.

—¿Y qué tiene doña Esperanza?

—Ella se lo sabrá: hace tres días que no come y que no se le ve la cara, porque la tiene vuelta á las almohadas, ni permite que nadie la toque; ni los médicos para tomarla el pulso.

—¡Ya!—dijo Machuca comprendiendo la enfermedad de doña Esperanza.

—¿Sabéis vos de qué está enferma?—dijo Floreta comprendiendo la exclamación de Machuca.

—¡Vaya si lo sé! Mira, dí á doña Esperanza que deseo hablarla esta noche, cuando todos estén recogidos, y sin que nadie más que tú lo sepa.

—¡Jesús, María y José!—dijo santiguándose Floreta—: vos estáis loco, señor Pedro Machuca: pedidme á mí que baile de cabeza, que lo haré con mucho gusto por serviros; pero no me mandéis que lleve un tal recado á doña Esperanza; ¡á propósito es ella para citas de tapadilla! ¡para que me metiesen á mí por toda mi vida en un convento, y me tuviesen encerrada á pan y agua!

¡pues buena es la marquesa para estas cosas! ¡y tardaría mucho en decirselo doña Esperanza! ¡y vos, un hombre casado!...

—¿Lo sabe doña Esperanza?

—No, señor; la marquesa ha mandado que no se le diga, porque no se sofoque; pero basta con que lo sepa yo.

—Mira, habla de mí á doña Esperanza; dile que me has visto, que te he preguntado con mucho encarecimiento por ella, y que siente mucho no estar á su lado para asistirle y velar á su lado de rodillas: ya verás, por lo que te conteste, como puedes decirle lo que quiero que la digas, y estoy tan seguro de que consentirá en ello, que no necesito que me avises; á las doce estaré en este mismo sitio. Adiós.

Y dejó sola á Floreta.

—¡Y bien puede ser!—dijo ésta—: estas anturronas, así á la chita callando, son peores que una tormenta; sólo que son una tormenta sorda, y no se las siente: vamos, esto importa más que echar dos cuartos de conversación con maese Sardelos: que espere.

Y Floreta se metió de nuevo en el aposento de doña Esperanza.

XL

Esta, que al sentir que la habían dejado sola se había movido, había levantado la cabeza y se había tentado su ojo, cuya hinchazón había casi desaparecido: al sentir que la puerta se abría volvió á echarse y permaneció inmóvil.

Floreta se acercó al lecho.

—¿No siente vuesa merced alivio?—preguntó á doña Esperanza.

—¡Ay! ¡no, hija mía, no!—contestó ésta—; nuestro divino Señor me está poniendo á prueba, y es menester sufrirla con paciencia, como El, pacientísimo cordero, sufrió por nosotros su pasión y muerte: ya ves, Floreta, que yo no me quejo, cuando todo mi cuerpo es un dolor, y me

dan unas arcadas y unas ansias, que parece voy á arrojar las entrañas, que otra cosa no tengo que echar del cuerpo; pero ¡cómo ha de ser! ¡todo sea por Dios!; hágase su voluntad, así en la tierra como en el cielo.

—Amén—dijo suavemente Floreta—: ¡y si viera vuesa merced, señora, que hay quien se interesa tanto por vuesa merced, que le corrían las lágrimas por los ojos cuando le dije lo muy dolorida y enferma que vuesa merced se encuentra!

—Dios se lo pague á esa persona: ¿y quién es, Floreta?

—Quién ha de ser, sino el señor Pedro Machuca, que es un buen hombre y muy compasivo.

Doña Esperanza hizo un movimiento espontáneo como para levantarse; pero se contuvo.

—¿Y no te ha dicho más el señor Pedro Machuca?—dijo doña Esperanza, procurando en vano dominar lo trémulo de su voz.

—¡Ah! Sí, señora, sí; me ha dicho que daría gustoso un dedo de la mano por poder estar aquí y servir á vuesa merced de rodillas.

—¿Pero no te ha dicho más?

—Dè manera que si vuesa merced no se enojara...

—¿Y de qué he de enojarme yo?

—Como vuesa merced es tan recatada...

—Pero ya sabes que estoy tratada de casar con el señor Pedro Machuca, y que puedo mirarle como si fuera mi esposo.

—Eso me ha dicho él—contestó Floreta. ya segura de que podía atreverse á todo—: y, en fin, lo que el señor Machuca desea es hablar á solas con vos en vuestro aposento, cuando estén recogidos todos.

—¿Y tú qué le has dicho, Floreta?

—¡Figúrese vuesa merced lo que yo le habré dicho tratándose de una cosa tal y tan delicada! Le he puesto cara de hereje, y le he dicho que ni por soñación vuelva á pensar en ello.

—Has hecho bien, muy bien, Floreta, hija; pero mira, anda, vete á buscar al señor Machuca.

ca, y dile que yo he dicho que puede venir cuando se hayan recogido todos; porque, mira, Floreta, puede ser que tenga que decirme algo que importe mucho.

—¡Oh, y cómo se va á alegrar el señor Machuca!, porque pedía el veros con muchas ganas.

—Pues anda, hija, anda y avísale.

XLI

Floreta salió, y fué adonde estaba esperándola el paje Sardelos.

—Otra vez tardas hasta la Semana Santa— dijo fuertemente irritado el paje—: y á fe que es amoroso el esperar en este callejón, por donde se cuela el viento como por un fuelle.

—¡Y qué quieres, hijo!, los que servimos no podemos hacer lo que queremos.

—¡Qué me cuentas tú, mal nacida!—dijo Sardelos—; pues qué, ¿no te he visto yo hablando en lo obscuro con el señor Pedro Machuca?

—Bien, sí, ¿y qué tenemos?—dijo Floreta—: el señor Pedro Machuca me ha dado un recaño para mi señora, y este doblón de á ocho: tómallo, Sardelos, truécalo en dos de á cuatro, quédate con uno, y dame el otro.

—¡Ah, ya!—dijo Sardelos guardando el doblón—, ¡conque tu señora tiene historia con el señor Pedro Machuca!

—Yo creo que sí—dijo Floreta—; y aunque tiene cuentos y cuentas...

—Pues mira, mientras por cuentas de estos cuentos vayan cayendo de estos de á ocho, vamos bien.

—¿Ves tú como yo soy buena para ti?—dijo Floreta.

—¡Y que no lo fueras tú!—contestó Sardelos—; pero ¡quién hubiera dicho que tu señora!... Vamos, que suceden cosas... ¡Y mi amigo Montoro que está loco por ella, y acaba de decirme que antes de tres días se casa con doña Esperanza!...

—¿Y á ti qué te se da?; que abra el ojo.

—¡Vaya, vaya, y qué santurronas!

Y pasando de esto á hablar de otras cosas, Floreta se estuvo hablando con Sardelos más de una hora, y al cabo de ella volvió al aposento de doña Esperanza, se disculpó de lo que había tardado con decir que había tenido que buscar á Machuca, y la anunció que éste vendría después de la media noche.

XLII

Un siglo fueron para doña Esperanza las tres horas que pasaron hasta que llegó la media noche.

Al fin oyó Floreta que llamaban quedo á la puerta.

Abrió, y entró Machuca.

Floreta se salió discretamente.

Es verdad que ella también tenía cita.

Sardelos la esperaba en el corredor.

La severa y virtuosísima marquesa de Mondéjar estaba muy lejos de creer, que mientras ella dormía tranquilamente tenían lugar en su casa tales enredos, y mucho menos tratándose de doña Esperanza.

XLIII

—Que Dios os guarde—dijo Machuca acercándose respetuosamente al lecho de doña Esperanza gorra en mano—: ¿cómo os sentís, señora?

—Mal, muy mal, malísimamente, ¡por vuestra causa, y sólo por vuestra causal! ¿Pero habéis cerrado la puerta, señor Machuca?

—No me he atrevido á tanto, señora—dijo Machuca fingiéndose grandemente admirado.

—Pues bien, cerrad, no quiero que nadie oiga lo que hablemos—dijo doña Esperanza.

Machuca corrió por dentro el cerrojo de la puerta, volvió junto al lecho, y encontró á doña Esperanza incorporada, apoyado el brazo izquierdo sobre las almohadas, sin toca, suelta la magnífica cabellera, y con el ojo izquierdo hinchado aún y aún bastante encendido.

—¡Mirad, mirad cómo me han puesto por vuestra causa, esposo y señor mío!—dijo doña Esperanza con voz dolorida.— ¡mirad qué ojo éste! ¡Y cuánto he sufrido, cuánto! No he comido, no he bebido, y todo porque no me vean esta hinchazón, este destrozo desde la noche de los duendes.

—¡Ah! ¡Los duendes! ¡También con vos se han metido los duendes!—dijo con asombro Machuca.— ¡esos perversos no respetan nada: ¡vos también!... Ahora comprendo lo que he oído con sorpresa, con admiración.

—¿Y qué es lo que habéis oído con admiración y con sorpresa?—dijo alarmada doña Esperanza.

—El que me hayáis llamado esposo y señor vuestro.

—¡Pues qué! ¿No lo sois?—dijo de una manera ansiosa doña Esperanza.

—¡Ah, ya, sí! Los duendes os habrán hecho ver, y vos lo habréis creído, lo que no ha sido ni puede ser.

—¡Qué! ¿No hablásteis conmigo hace cuatro noches á primera hora, cuando me tropecé con vos al salir de este aposento?

—No, por cierto, yo os lo juro; debió ser un duende que tomó mi figura.

—Os digo que érais voz, señor Pedro Machuca.

—Decid que os pareció que era yo, y nada tiene de particular, porque los duendes toman la figura que quieren.

—No me dijisteis—exclamó á cada momento con más ansiedad doña Esperanza—que teníais que decirme graves cosas, y que me esperabaís en vuestro estudio después de la media noche?

—No dudo que el duende os dijera eso—con-

testó con grande aplomo Machuca—, porque los duendes son muy malignos.

—Y decid, decid: ¿en vuestro estudio no me dijisteis tales cosas, que me volvísteis loca, y tuve que miraros como mi esposo y mi señor?

—Doña Esperanza, los duendes se han burlado de vos.

—Pues se han burlado de una manera bien cruel—dijo doña Esperanza, echándose á llorar.— ¡Pero érais vos, érais vos! Sí; cuando nos dejaron á obscuras y me dieron la bofetada que me ha puesto así este ojo, yo me abracé á vos; ¡sí sabré yo que abrazaba un cuerpo y no un espíritu!

—Es que... señora, los duendes toman también cuerpo y hacen todo lo que puede hacer una persona, y muerden, y pellizcan, y abofetean, y parece que lo echan á rodar todo, y, sin embargo, al otro día todo está en su sitio, como si nadie lo hubiera tocado.

—Pues os afirmo—dijo doña Esperanza, llorando cada vez más desconsolada—que yo no estoy como estaba antes de que me burlasen los duendes, tomando vuestra figura; y si no, ved mi ojo hinchado, dolorido, sangriento... y el corazón... ¡ay, Dios mío! ¡tened lástima de mí!, porque si no me hacéis vuestra esposa, me muelo!

—Eso no es posible, señora—dijo Machuca, rompiendo por todo—, porque yo no me puedo casar con dos mujeres.

—¡Qué decís!—exclamó doña Esperanza, cuyas lágrimas se contuvieron.— ¡Que no os podéis casar con dos mujeres! Pues qué, ¿estais casado, mal hombre?

—Sí, señora; desde hace seis meses; pero de secreto. Ahora lo sabe todo el mundo, porque hace tres noches, el señor marqués de Mondéjar y su esposa lo publicaron solemnemente en el salón de Comares.

—¿Y con quién estais casado, perverso?

—Con Isabel Aben-Hud.

XLIV

Doña Esperanza quiso hablar y no pudo; se puso muy pálida, apareció en sus ojos y en su boca una angustia infinita, y se desmayó.

—¡Dios me valga—exclamó Pedro Machuca.—¡Si habré matado yo á esta mujer!

Y fué á la mesa, tomó un jarro de agua que en ella había, y roció una y otra vez el semblante de doña Esperanza, que al cabo de cinco minutos empezó á volver en sí.

—¡Casado, casado!—dijo al fin.

—Y luego, incorporándose de nuevo con energía, dijo:

—¿Y qué hago yo? ¿Qué va á ser de mí? ¡Estoy perdida!

—¿Perdida? Eso es imposible, señora; todos saben hasta qué punto llega vuestra virtud.

—¡Los duendes! ¡los malditos duendes!—exclamó doña Esperanza.

—Pues bien; si los duendes os han jugado una negra pasada, casaos, señora.

—¡Casarme! ¡Pero si yo estoy casada con vos!

—Os juro que os engaÑais; hace mucho tiempo que no nos vemos, señora; sabéis, además, que cuando muy de tarde en tarde nos hemos visto, yo no os he dicho ni una sola palabra de amor.

—Es verdad; pero también es cierto que yo os amaba, que habíais prometido á la marquesa mi señora que os casaríais conmigo.

—Por no disgustarla, porque yo estaba obligado ya con Isabel Aben-Hud.

—¡Desdichada de mí, y en qué hora tan menaguada he nacido!—dijo doña Esperanza, volviendo á su llanto.

—Hay un hombre que os ama, señora, que está loco por vos, que por vos se salvará ó por vos se perderá.

—¿Y qué hombre es ese?—dijo doña Esperanza, mirando fijamente á Machuca.

—Ese hombre es el alférez Bartolomé Monto-

ro; á él también le jugaron los duendes un mal lance la misma noche que á vos, puesto que, según vos decís, os aconteció vuestra aventura con los duendes hace cuatro noches; ha estado enfermo en el hospital, ha salido esta tarde, y como sabía ya mi casamiento con Isabel, me ha dicho: "Puesto que por estar casado ya, no podéis casaros con doña Esperanza de Alfaro, decidla de mi parte que me quiero casar con ella; que yo no me he atrevido antes ni me atrevo ahora, porque creo que doña Esperanza os quiere.

—Pues miente Montoro—dijo doña Esperanza—, porque siempre me ha andado á las vueltas, y un día, por un atrevimiento suyo, le hice rodar por las escaleras.

—Ya veis si os ama el pobre alférez.

—Demasiado.

—Es buen mozo.

—No lo niego; pero es muy mal hombre y muy procaz.

—Me ha dicho que por vuestro amor se convertiría en un santo.

—Malas costumbres tiene para enmendarse.

—El amor hace milagros.

—Ya lo creo; bien lo sé yo.

—Además, el alférez es rico y de muy buena casa.

—Tira el dinero en vicios; pues qué, ¿no me he informado yo? Porque ya que estamos en este caso, debo ser franca con vos: Montoro me gustó mucho cuando le vi; pero cuando pregunté quién era y cuál era su vida, y me lo dijeron, me asusté.

—Montoro, si os casais con él, no tendrá más vicio que adoraros, porque vos seréis la dueña de su bolsillo y de su hacienda: ved que el infeliz está desesperado, y ya que me he casado yo, casaos vos también.

—¿Queréis vos que me case con el alférez Montoro?—dijo doña Esperanza, mirando de una manera fija, profunda, ansiosa, á Machuca.

—No solamente lo quiero yo, sino que lo quiero también la noble marquesa de Mondéjar.

XLV

Doña Esperanza inclinó la cabeza sobre el seno, y permaneció por algún tiempo abismada en un silencio dedolor.

Machuca vacilaba; tenía lástima de ella, y algo que podía llamarse amor; pero se acordaba de las desgracias que había evitado un milagro; de Isabel, de su hijo, y recobraba sus fuerzas.

Estaba demasiado hermosa con su dolor y con su amor doña Esperanza.

—¡Juradme!—dijo levantando de improviso la cabeza.—¡Juradme por la salvación de vuestra alma, por la vida de vuestra esposa y de los hijos que tuviéreis, que no sois vos el que me ha perdido!

Machuca meditó que hay circunstancias en que se debe jurar en falso, si el juramento produce un bien, y juró con tal energía, que engañó á doña Esperanza.

—Pero entonces, ¡Dios mío!—dijo ésta poniéndose mortalmente pálida—; yo he estado una noche en poder de los duendes, uno de los cuales tomó por desdicha mía vuestra figura.

—O tal vez, señora, lo habéis soñado—dijo con grande aplomo Machuca.

—¡Ah, no, no! ¡por desgracia no lo he soñado!

—Pues suponed—dijo Machuca—que todo ha sido un sueño, y haced feliz á Montoro.

—Aunque yo sea desdichada, ¿qué he de hacer? ¿qué remedio me queda? Sí, sí, decidle que le quiero, que me casaré con él si Dios no hace que me levanten cadáver de este lecho.

—Consoláos, señora; ved, que tal vez Dios no ha consentido que esos espíritus malignos se apoderen de vos, sino para castigar algún pecado vuestro.

—Sí, para castigar el pecado de haberos querido; porque os he amado tanto, que mi amor ha sido un pecado mortal.

—Dad todo ese amor á vuestro esposo.

—¿Sí? pues se lo daré, señor Pedro Machuca,

se lo daré—dijo irritada doña Esperanza—; porque al fin él me ama, y vos no me amáis; porque él quiere casarse conmigo, y vos os habéis casado con otra.

—Entonces, señora, adios; que él os vuelva pronto la salud.

—Creo que mañana estaré buena, señor Pedro Machuca—contestó con altivez doña Esperanza.—Id con Dios.

Machuca abrió la puerta, y salió.

XLVI

Doña Esperanza se arrojó de nuevo contra las almohadas, y rompió á llorar.

—¡Ha jurado por la salvación de su alma, por la vida de su mujer y por la de los hijos que tuviere que no fué él... que no fué él!... y si él no fué, ¿quién fué, Dios mío?

Doña Esperanza estuvo dando vueltas á todo esto hasta que se durmió, y se durmió casi convencida de que los duendes se habían burlado de ella. Porque en su cristianísima cabeza no cabía que un hombre tan notoriamente cristiano como Pedro Machuca hubiese jurado en falso por la salvación de su alma, y por la vida de su mujer y de sus hijos.

Una vez dormida, soñó con el alférez Montoro, lo cual nada tenía de extraño; porque en la situación en que doña Esperanza se encontraba, el alférez Montoro era su única esperanza.

XLVII

Despertó muy entrado el día.

Estaba sola.

Se levantó furtivamente, y se miró á un espejo.

La hinchazón había desaparecido; su ojo iz-

quierdo aparecía tan hermoso como su ojo derecho.

Cuando Floreta entró, la encontró levantada y vestida.

Doña Esperanza no tenía ya por qué ocultar la cara; estaba hermosísima, aunque muy pálida.

Nadie supo nunca, nadie más que Pedro Machuca, por qué doña Esperanza había estado tres días echada de rostro sobre la cama sin comer ni beber, y sin permitir que nadie la tocara.

XLVIII

Lo primero que hizo doña Esperanza en cuanto se dió á luz, fué preguntar al capellán confesor de la marquesa:

—Padre, ¿los duendes pueden tomar forma y cuerpo humano?

—Indudablemente, hija mía—contestó el clérigo.

—¿Y pueden los duendes parecerse de tal manera á una persona que conocemos, en la figura, en la voz, en la mirada, que nos engañemos?

—Sin duda.

—Y, ¿pueden los duendes hacer todo lo que puede hacer un hombre, andar, correr, herir, golpear?...

—Todo, todo, hija mía; por supuesto, si lo permite Dios: ¿habéis tenido alguna visión diabólica?

—No, padre, no; sólo tenía una duda.

XLIX

El alférez Montoro, que había visto hablando á doña Esperanza con el capellán, le dijo cuando ésta se alejó, porque se acercaba el alférez Montoro:

—¿Qué os decía mi novia, padre?

El alférez había pedido á doña Esperanza, y el casamiento estaba señalado para de allí á dos días.

—Cosas tuyas—dijo el capellán—; es una inocente doña Esperanza, una niña; os lleváis un tesoro; figuráos que me ha preguntado si los duendes pueden tomar forma y cuerpo humano, y pueden hacer lo mismo que un hombre cualquiera.

Al alférez le entró una tos perruna, sosegada, la cual dijo al capellán:

—En efecto, padre, doña Esperanza vale un tesoro, y es inocente como una niña.

L

Dos días después, se celebró con gran pompa el casamiento del alférez Montoro con doña Esperanza de Alfaro.

La novia vestía un magnífico traje de damasco, color de hoja seca, con bellísimas bordaduras de oro, sobre el cual caía un largo transparente velo blanco de desposada con estrellas de plata.

Lucía además muchas y ricas joyas que la había regalado su tutora la marquesa de Mondéjar, convertida en madrina.

Al acercarse doña Esperanza, volvió á acometer una tos seca al alférez Montoro; le pareció que conocía el crujido especial de aquel traje de damasco.

Se le paró, sin embargo, la tos, y se casó.

Después de los desposorios, cuando los recién casados quedaron solos, doña Esperanza dijo á Montoro:

—Vuestra soy, esposo y señor mío; os amo, porque vos me amáis; me parecís muy bien, y estoy segura de que dentro de poco, después de Dios, vos seréis á quien yo adore; pero os querré mucho más si cuanto antes me sacáis de este maldito alcázar.

—¿Pues por qué le tenéis tan mala voluntad, señora mía?

—¿Pues qué, no sabéis que en el alcázar hay duendes?

—Lo sé tanto—dijo suspirando el alférez, como que hace ocho noches me dieron tal baqueteo, que estuve tres días en el hospital.

—¡Ay! hace ocho noches—dijo doña Esperanza—me la dieron á mí muy mala.

—¡Lástima—dijo murmurando sus palabras de una manera ininteligible Montoro—que yo no me atreva á matar al señor Pedro Machuca!

—¿Qué decís, esposo mío?—preguntó doña Esperanza.

—Digo que os amo tanto, que no quiero que los duendes os hagan pasar otra mala noche; basta con una; y gracias á que yo no me atrevo con los duendes; que si no, me habrían de pagar caro el mal rato que os hicieron pasar. Mirad, doña Esperanza, yo me bajaría á vivir con vos á la ciudad; pero pueden bajarse detrás de nosotros los duendes; lo mejor será que cuanto antes nos vayamos de Granada.

—Decís bien; eso será lo mejor, y me daréis en ello mucho placer.

LI

Ocho días después, salía por la puerta de Elvira una pesada carroza de camino tirada por ocho mulas y voluminosamente cargada á la zaga.

Dentro iban doña Esperanza y dos doncellas, una de las cuales era Floreta.

Junto á la carroza, sobre un gran cuartago, el alférez Montoro.

Detrás, escoltando á la carroza, diez y seis lacayos, escuderos del marqués de Mondéjar, armados á la jineta.

El alférez Montoro pasaba á Valladolid, donde estaba la corte, llevando apretadas cartas de recomendación del marqués y de la marquesa

de Mondéjar para que se diese una compañía de la guardia española al alférez Montoro, y una plaza de camarista de la emperatriz á su esposa doña Esperanza de Alfaro.

LII

Pedro Machuca se quedó de mal humor en la Alhambra.

A pesar de todo, y á causa de sus resabios de libertino, sentía que se le escapase doña Esperanza.

Esta, antes de irse, le había demostrado bien claro y con bastante energía que, á pesar de los duendes, había cobrado una violenta y exclusiva afición á su marido: pero se consoló muy pronto y se olvidó completamente de doña Esperanza, cuando tres meses después Isabel dió á luz un hermosísimo niño, que, cumpliendo su voto, Pedro Machuca presentó á la Virgen de la Antigua.

CONCLUSIÓN

I

Las dos estatuas habían sido colocadas en los machones de la entrada de la bóveda del salón de Comares, y sobre ellas la fábula de Júpiter y Leda en alto relieve, tal como hoy se encuentran.

Isabel persistía en su costumbre de ir de día por algún tiempo á la bóveda y mirar al ángulo derecho interno de ella.

Un día reparó que la mirada de las dos estatuas formaba un ángulo agudo cuya vértice terminaba en el mismo punto donde ella fijaba la vista, porque por allí había visto ó soñado que

veía desaparecer el tropel de duendes que la habían arrastrado desde el salón de Comares hasta la sala de los Abencerrajes, de una manera real ó soñando, que esto no se lo explicaba bien Isabel; llamó á su marido, hízole reparar en lo que ella ya había reparado, y Pedro Machuca, tomando del patio de las Rejas una piedra, se fué al punto donde coincidían y coinciden aún las miradas de las dos estatuas.

Golpeó, y sonó á hueco.

—Aquí hay algo—dijo Machuca poniéndose pálido—; tal vez un tesoro.

—¡Un tesoro!—exclamó Isabel.

—¡Quién sabe! es muy extraño que suene á hueco en el mismo punto donde coinciden las miradas de las dos estatuas: espera, espera.

II

Machuca se alejó y volvió á poco con una palanqueta, acometiendo con ella la parte de muro en que sonaba á hueco.

Machuca abrió con facilidad un boquete.

Aquel muro estaba reblandecido por la humedad.

Al penetrar la palanqueta produjo un ruido seco, acompañado de ese crujido particular de una vasija de barro cocido que se rompe.

Machuca acabó en pocos minutos de destruir una delgada pared que cubría un nicho.

En aquel nicho aparecieron, á medida que la pared fué cayendo, dos magníficos jarrones árabes: magníficos, no por la materia, sino por la forma y por la belleza imponderable de los dibujos de su esmalte.

Una de las asas de estos dos jarrones, era lo que había roto con su palanqueta Machuca.

III

Estos dos jarrones existen aún, y se ven por los que visitan la Alhambra, á través de una reja en una de las habitaciones bajas del alcázar, correspondiente al patio del Estanque, ó de los Arrayanes, ó del Mexuar, como mejor queramos.

Son elegantísimos.

Tienen de cuatro á cuatro pies y medio de altura, y de dos á dos y medio en su parte más ancha.

Son de figura distinta, aunque con un mismo carácter; esto es, puramente árabes: indudablemente de los tiempos de Juzef Abul-Hegiag.

Muchos de los que se han ocupado de estos jarrones, han dicho que son de porcelana.

Esto no es exacto: los árabes no conocieron la porcelana; si la hubieran conocido, de porcelana serían los alicatados de la Alhambra, para cuyo ornato no perdonaron gasto alguno, como lo prueba la profusión con que emplearon el oro en polvo para dorar los adornos, lo que aparece aún en algunas partes en que el tiempo ha respetado el oro y los colores.

Como los alicatados, los jarrones son de una especie de arcilla blanca, cocida, esmaltada con un vidriado ordinario, pero admirable por la fuerza y por el tono de sus colores, hasta tal punto, que hoy no ha podido imitarse, á pesar de los adelantos de la química.

Los jarrones son, pues, de barro cocido, vidriados de blanco, y con labores en negro de una portentosa combinación.

Grecas, flores, estrellas, escudos, inscripciones, todo menudo, todo genuinamente árabe, todo delicado, todo bello, constituyendo un tesoro artístico.

En las inscripciones se lee repetida la palabra *felicidad*; la profesión de fe *no hay otro Dios que Dios*; y el mote de los reyes Algalifes *sólo Dios es vencedor*.

Estos jarrones debieron pertenecer al adorno

de alguna de las cámaras, tal vez al de la de Comares ó de Embajadores, porque la labor de los jarrones es muy semejante á la de esta sala, es decir, pertenece á los tiempos en que la ornamentación era más rica, más fastuosa, y al mismo tiempo más genuinamente árabe, y por consecuencia más monumental.

Si estos jarrones fueran de oro, valdrían más por la materia; pero no tendrían más valor artístico, ni serían más bellos.

Son una verdadera maravilla; porque en ellos se han vencido las dificultades de lo grosero de la materia y del vidriado.

No hay un solo desentono en la intensidad del negro de aquellos adornos: no hay una sola línea vacilante; no hay un solo lugar en que se haya corrido el vidriado negro sobre el blanco.

Hoy podrían imitarse aquellos jarrones en porcelana; pero valdrían menos, porque habría desaparecido la dificultad: tales como están hechos, es hoy de todo punto imposible imitarlos.

Es necesario conceder que los árabes y los moros eran unos admirables alfareros.

Es gran lástima que aparezca roto el más bello, el más rico de estos dos jarrones.

IV

Machuca dió un grito de alegría, y se puso las manos en la cabeza, mirando con ojos asombrados aquel prodigio del arte oriental.

—¡Oh Dios mío!—exclamó—; ¡qué hombres aquellos! ¡qué cosas hacían! Aunque estas ánforas no contengan más que aire, son ya una inmensa riqueza.

—¡Están llenos de oro!—dijo pálida de emoción Isabel, que había metido su pequeña mano en uno de los jarrones, y la había sacado llena de brillantes, doblas, juzefinas de oro cendrado—: ¡oh Dios mío, y qué ricos somos! ¡el Señor ha querido que la descendiente de los reyes de Granada herede su tesoro! Por eso me dejé las

tijeras una tarde en la sala de los Abencerrajes; por eso cuando fui á buscarlas se me aparecieron reyes, y damas, y caballeros, y me arrastraron consigo, y me trajeron aquí, y por aquí desaparecieron; por eso Dios ha querido que las estatuas en que me has retratado, Pedro mío, mirasen á este sitio. ¡Dios quiere que ese tesoro sea nuestro!

—Este tesoro es del rey—dijo suspirando Pedro Machuca, porque se acordaba en aquel momento de su hijo—, que por aquel oro, siendo, como era hijo de hidalgo, podía titular, vincular, ser un potentado.

En aquellos tiempos, el dinero valía por lo menos cuatro veces más que ahora, puesto que el interés legal era de veinte por ciento.

—¡Que esto es del rey!—exclamó Isabel—; pues qué, ¿se han aparecido al rey los duendes?

—Nada importa eso; de todo tesoro que se encuentra, las dos terceras partes pertenecen al rey, y la otra tercera al que le encuentra.

—¡Ah! pues aun así somos muy ricos—exclamó Isabel.

—¡Quién sabe si se quedarán con todo!—dijo suspirando Machuca—; cuando empiezan los del Consejo, es necesario echar paciencia para esperar á que concluyan y pedir á Dios que no se les olvide el concluir; aún no he cobrado yo los dineros que se deben á mi padre por obras en tiempo de los señores Reyes Católicos.

—Pues mira—dijo Isabel mirando con ansiedad en torno suyo—, nadie nos ha visto; saquemos lo que podamos; ya es tarde; pronto oscurecerá; si llega la noche sin que nadie nos vea, podemos sacarlo todo, todo para nuestro hijo, y luego... luego rompemos los jarrones, enterramos los pedazos...

—Por nada del mundo rompo yo esta maravilla—exclamó Machuca, que era fanático por el arte—; y además, Isabel, todo se sabe; si esto se supiera, tu pobre marido, que es un hombre honrado, iría á galeras; y luego, ese oro pesaría sobre nuestra conciencia; porque el que se apo-

dera de lo que no es legítimamente suyo, es un hadrón; este tesoro pertenece á la Alhambra, la Alhambra, Isabel, ha costado á España mucha sangre y muchos tesoros. Este que tenemos delante es del rey, está en su propiedad, no podemos tocar á él sin mancharnos las manos; deja, deja ahí esas doblas; anda, hija mía, anda y di al marqués de Mondéjar que tu marido ha encontrado un tesoro, y que se queda guardándole.

—¡Oh Dios mío!... ¡y serán capaces de no darnos nada!

—Siempre nos quedará un tesoro: nuestra honra sin mancha; esto no es nuestro; ve, ve y no tardes, que me anda rondando la tentación en la cabeza y necesito que venga gente que me libre de mí mismo; ni una palabra más; ve, y que no tarden en venir.

Pronunció de un modo tan severo y tan firme sus últimas palabras Machuca, que no atreviéndose á insistir, Isabel se alejó en paso lento y llorando.

Pensaba en lo que su hijo podía ser con aquel tesoro.

V

Machuca se quedó paseando á lo largo del subterráneo.

—Dios me pone á prueba—exclamó—; es necesario acordarse mucho de la honra para no caer en la tentación. ¿Y á quién, á quién voy yo á entregar esta inmensa riqueza? Al monarca más poderoso del mundo; no á un desdichado que gime bajo la desgracia y la pobreza; á un monarca á quien el Nuevo Mundo envía tesoros, comparados con los cuales el que tengo á la vista es como una gota de agua comparada con el mar; á un monarca que con una sola palabra suya hace temblar á todos los reyes de la tierra, Y entretanto, los hijos del rey, del infortunado rey que dejó aquí escondido este tesoro, soñando

tal vez volver á su Granada, sufren hambre y miseria sobre los abrasados campos de Africa. ¡Oh, lo que es la fortuna! los que hoy encumbra, mañana los despeña; los que hoy favorece, los que en su soberbia se creen invencibles, mañana abandonados, escarnecidos, se arrastran sobre el polvo, cubiertos de lepra y anegados en el llanto de la desesperación; no hay más que una verdad y una eternidad; no hay más que una inmutabilidad: Dios.

Machuca inclinó la cabeza sobre el pecho, y gimió.

Al lado del oro de que podía apoderarse, había empezado á irritar sus fauces una sed terrible que nunca había sentido, la sed del oro; y el dominio de la tentación le hacía escuchar su terrible sofisma.

VI

—Todo lo que ha sucedido para que este tesoro se descubra es maravilloso—decía Machuca—; yo no creo en los duendes, no los he visto nunca; sin embargo, Isabel afirma que los ha visto; si ella no los hubiera visto, ó no lo hubiera soñado por lo menos, yo no la hubiera encontrado aquí, apoyada en ese machón, mirando al lugar donde están esas malditas ánforas llenas de oro. Si no la hubiera visto aquí, tal vez no la hubiera visto nunca, ¿quién sabe? La virtuosa marquesa de Mondéjar aparta mucho á sus doncellas del trato de las gentes; las tiene casi como en un convento, y, dado caso de que la hubiera visto, tal vez entonces hubiera estado casado con doña Esperanza.

Machuca suspiró, lo que demostraba que no había olvidado los encantos físicos de la esposa del alférez Montoro.

VII

—¡Bah!—dijo—; no sucede más que lo que Dios quiere; el hombre no sabe ni de dónde viene ni á dónde va; es una pluma lanzada al viento; Dios la lleva. ¿Por qué se me ocurrió á mí ornamentar ese arco con dos estatuas cuando vi el buen efecto que producía apoyada en el machón mi hermosa Isabel? ¿Por qué al labrar las estatuas las miradas de las dos han venido á coincidir cabalmente en un punto que puede superponerse entre esos dos jarrones? ¿Por qué Isabel, no yo, ha reparado en esa coincidencia? ¿No parece esto probar que la voluntad de Dios es que ese tesoro sea para ella?

He aquí el sofisma: Pedro Machuca se valía de casuísmos para convencerse de que podía apoderarse legítimamente de aquel oro.

VIII

Pero afortunadamente, Machuca tenía el espíritu fuerte y un grandísimo aprecio á su honra.

Para consolarse de la pérdida de aquel tesoro, que tal vez dentro de algunos minutos debía entregar al emperador, representado por su capitán general del reino y costa de Granada y alcaide de la Alhambra, apeló á otro camino.

—Y bien—dijo—, ¿no me ha dado Dios ya un tesoro en mi adorada Isabel, y otro tesoro en mi hermoso hijo? ¿No podrá suceder que Dios pruebe mi corazón poniéndome á la vista ese oro para saber si soy digno de la felicidad que alcanzo? Sí, sí, esto es sin duda: ¿á dónde vamos á parar! Dios no puede querer mi deshonor, Dios no puede querer que yo falte á las leyes del reino, haciéndome merecedor de un terrible castigo que daría á mi hijo una herencia de deshonor, que haría á mi Isabel esposa de un galeote,

viuda en vida de su marido, y ¡quién sabe! ¡quién sabe la infamia que podían traer sobre ella la desesperación y la miseria! no, no; afuera ese oro; afuera la tentación; el mejor tesoro es la honra y la tranquilidad de la conciencia; que nada tengan que ver con nosotros alcaldes ni escribanos; yo no sé cómo he podido vaciar; ya se ve, la pobreza, lo escaso de la remuneración; aún me deben el precio del sudor de mi honrado padre; ¡qué hemos de hacerle! paciencia.

Y Machuca, ya más tranquilo, continuó paseándose á lo largo del subserráneo abismado en sus pensamientos.

IX

Entretanto Isabel había subido á las habitaciones del marqués de Mondéjar, y había dicho á uno de sus gentiles hombres que necesitaba hablarle.

En aquellos tiempos, personajes como el marqués de Mondéjar, virreyes ó capitanes generales de reino con jurisdicción y mero mixto imperio, tenían en torno suyo, por necesaria representación, gentiles-hombres, camareros, pajes, alférez mayor del reino con estandarte real y ostentosa guardia de alabarderos, como que representaban al rey, y todo este fausto se sustentaba por el rey, no por ellos.

A más de esto, el marqués de Mondéjar, conde de Tendilla, era uno de los grandes más grandes de España, y uno de los más ilustres capitanes del Emperador.

X

El gentil-hombre dijo á Isabel sonriendo que no podía, por más que le pesara, pasar su recado

al marqués, porque estaba éste gravemente ocupado en el consejo de guerra.

Este consejo de guerra, cuando todo estaba en paz en el reino de Granada, tenía lugar á causa de que, en la costa de Abra, cuatro justas marroquíes habían incendiado alquerías, hecho cautivos y robado ganados.

Por lo tanto el marqués de Mondéjar se ocupaba con sus capitanes de mar y tierra en buscar los medios para que, ya que no podía deshacerse lo que habían hecho los corsarios morcos, se evitase volviere á acontecer lo mismo en lo sucesivo.

XI

Isabel se fué á buscar á la marquesa, mientras el capitán general se desesperaba, porque todas las medidas que podían tomarse para poner á cubierto la costa, se estrellaban en una dificultad, en que no había dinero, achaque común de aquellos tiempos.

—Conquistadme el reino de Nápoles—decía Fernando V al Gran Capitán dándole un puñado de aventureros, lo peor de cada casa.

El Gran Capitán partía, llegaba, emprendía bravamente la guerra, vencía con aquellos demonios que llevaba bajo su mando, y que, como no eran inmortales y necesitaban comer, morían los unos á manos del enemigo disminuyendo el ejército, y los otros se sublevaban por falta de paga.

Escribía el Gran Capitán al rey pidiéndole hombres y dinero, y el rey le contestaba sin enviarle un hombre ni un maravedí:

—Componeos como podáis.

Y lo mismo se decía á Pizarro y á Hernán Cortés, que pedían socorros desesperados desde el Perú y desde Méjico: y lo mismo á Pedro Navarro en Africa; y más tarde, lo mismo á Antonio de Leyva en el Monferrato: á don Juan de Austria en Flandes, y, sin embargo, se conquis-

taban Nápoles, el Perú, Méjico; se prendía en Pavía á Francisco I, se sujetaba á Flandes, se aherrojaba á Portugal, y por lauro de sus conquistas, el rey desterraba á Gonzalo de Córdoba después de pedirle unas absurdas cuentas; caía en desgracia Pizarro, se encarcelaba á Hernán Cortés, se dejaba sin recompensa á Antonio de Leyva, se mataba á don Juan de Austria, se desesperaba al gran duque de Alba.

Siempre el rey, receloso, envidioso, enemigo de los grandes caudillos españoles; siempre nuestro heroico soldado, abandonado delante del enemigo, sin pagas, sin recompensa, salvándose por su propio esfuerzo, encarnando en sí el bravo espíritu nacional, y triunfando con la nación bajo el estandarte real; conquistando nuestras impercederas é incomparables glorias en provecho de reyes ingratos.

Eran aquellos unos tiempos maravillosos en que nuestros grandes caudillos, nuestros grandes soldados, hacían milagros.

El marqués de Mondéjar se encontraba en una de estas difíciles situaciones.

Los piratas berberiscos, como otras tantas veces, caían sobre el litoral, incendiando, cautivando y robando, y el capitán general de la costa y reino de Granada; no tenía ni naves, ni hombres, ni dinero, para evitar se repitiesen aquellos desastres.

XII

Si Isabel no pudo ver por esta razón al capitán general, tampoco pudo ver á la marquesa de Mondéjar, porque ésta estaba seriamente ocupada conferenciando con su confesor acerca de la salvación de su alma.

XIII

Empezaba á obscurecer.

Isabel se volvió al subterráneo.

Machuca continuaba paseando por él cabizbajo y meditabundo.

—¿Por qué vuelves sola?—dijo severamente á Isabel cuando la vió.

—El marqués—dijo tímidamente Isabel—, está en el consejo de guerra, y la marquesa con su confesor: no he podido ver á ninguno de los dos.

—¡Ah!—exclamó Machuca—, ¡esperar todavía, y la noche cierra, y con las tinieblas vienen las malas tentaciones!

—¿Pero no ves—dijo la tenaz Isabel—, que cuando hemos encontrado estas dificultades, es porque Dios quiere que sea para nosotros el tesoro?

—No me causes el sentimiento, Isabel, de ver que tú te conviertes en mi demonio tentador.

—¡Oh Dios mío qué cosas dices, y en qué sitio y á qué hora!

—Ve, vuelve; si no quieren pasar recado al marqués, métete en el consejo, y di desde la puerta que hemos encontrado en el alcázar una inmensa cantidad de doblas juzefinas

XIV

Isabel volvió á subir.

Y como sabía que ni gentil-hombre ni paje habían de consentir en anunciarla, se escurrió y se metió en la sala del consejo, á tiempo que el marqués de Mondéjar decía:

—¿Y dónde, señores, dónde encontrar dinero?

—En la bóveda de la sala de Comares—dijo con voz sonora Isabel—, hay dos jarrones llenos de doblas juzefinas.

Se levantaron todos como impulsados por un sacudimiento galvánico.

—Pero ¿qué es esto, Isabel, hija mía?—dijo el marqués de Mondéjar que era muy bondadoso—: ¿tendremos que lamentar el que os hayáis vuelto loca?

—No, no, señor—dijo con precipitación Isabel—; es verdad, mucha verdad: dos hermosísimos jarrones muy grandes, llenos de unas hermosas doblas; perdóneme vucencia si me he entrado así de rondón; no querían anunciarme, y mi pobre marido se impacienta abajo: se ha quedado guardando el tesoro: ya veis, señores, empieza á ser de noche y los duendes... ya sabéis que hay duendes en el alcázar; yo los vi una noche, y me llevaron desde la sala de los Abencerrajes á la bóveda de la sala de Comares, y desaparecieron por el mismo sitio donde hemos encontrado el tesoro mi marido y yo: á mí se me debe el que se haya encontrado ese tesoro: ¡y cuánto oro hay allí, y qué hermosos son los jarrones! venga, venga vucencia: venid, señores, y los veréis.

—Indudablemente esta pobre Isabel se ha vuelto loca—dijo el marqués de Mondéjar.

XV

En efecto, Isabel parecía loca.

Estaba muy palida.

Había en sus ojos algo de vago, algo de extraño.

Temblaban sus mejillas, sus palabras eran entrecortadas.

Era que la costaba un sacrificio inmenso por su hijo, por su marido, entregar aquel tesoro, dejado allí por sus ascendientes, y que creía con toda la fe de su corazón que Dios había reservado para ella, y se lo había entregado, mostrándole el lugar en que estaba escondido, por medio de los duendes.

XVI

—No, no estoy loca—dijo con vehemencia Isabel—; es que me he aturdido, porque no creía que pudiese haber junto tanto oro, y ya veis qué disparate; el rey nuestro señor debe tener más, mucho más, mucho más; no, no estoy loca; venid, venid y lo veréis; no hay más que salir de aquí, bajar las escaleras, atravesar el patio del Estanque y la sala de Comares, bajar las otras escaleras y allí está la bóveda, y en la bóveda el tesoro, y mi marido, mi buen marido guardándole; venid.

Y echó á andar.

XVII

Como no se arriesgaba á otra cosa más que á dar un paseo en balde por una parte del alcázar, el marqués de Mondéjar y los capitanes de su consejo, siguieron á Isabel que, excitada, febril, iba muy de prisa.

Algunos pajes con luces precedían al capitán general, y los del Consejo.

Isabel se detenía de tiempo en tiempo para que la alcanzasen, porque era ya de noche y tenía miedo á los duendes.

Al fin Machuca, que estaba dado á los diablos, vió el reflejo de las luces en el patio.

Poco después á Isabel, luego los pajes, y al fin exclamó viendo aparecer al marqués de Mondéjar con los ocho del Consejo:

—¡Gracias á Dios que ya están aquí; me pesaba eso en el alma; me parecía que iba á desaparecer como ha parecido.

Y señalaba los dos jarrones, en los cuales re-

flejaban las luces de los faroles que llevaban los pajes

—¡Conque no estaba loca!—dijo el marqués de Mondéjar.

—No, gracias á Dios—contestó Machuca metiendo la mano en uno de los jarrones, y mostrando al capitán general seis ú ocho doradas doblas; están llenas de éstas.

—Gracias á Dios que nos socorre, señores—dijo el marqués de Mondéjar á los del Consejo—; dentro de un mes los piratas berberiscos no se atreverán á venir sobre la costa del reino de Granada.

XVIII

Se llamaron escribanos y alcaldes, se contó el dinero y se libró testimonio de haberse encontrado en el alcázar, en tal sitio, á tal hora, y con tales señas, por el artífice mayor de la Alhambra Pedro Machuca y su mujer Isabel Aben-Hud, en dos jarrones de labor morisca, veinte mil doblas juzefinas.

XIX

Isabel estuvo gravemente enferma, si se muere ó no, y en cuanto á Pedro Machuca, seis ú ocho años después le entregaron, á buen componer, dos mil ducados, con lo que se dió por muy satisfecho.

Los jarrones se conservan, como hemos dicho, en la Alhambra.

Y el nombre de Pedro Machuca, en el bello palacio del Emperador.

FIN DE LAS LEYENDAS DE LA ALHAMBRA.

Novísima Historia Universal,

desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. La Historia Universal más moderna y más barata del mundo. 20.000 retratos de hombres célebres, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

Tomo I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

Tomo II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

Tomo III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

Tomo IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet

Tomo V.—Historia de la República romana, por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

Tomo VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la

magnífica **Historia Universal, desde el siglo IV hasta nuestros días**, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavisse y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

Tomo VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

Tomo VIII.—Formación de los grandes Estados (1270-1492).

Tomo IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

Tomo X.—Las guerras de religión (1559-1648).

Tomo XI.—Luis XIV (1643-1715).

Tomo XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

Tomo XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

Tomo XIV.—Napoleón (1809-1815).

Tomo XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

Tomo XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

Tomo XVII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).